

$\epsilon = 18$ S.
 $\delta = 4$

LA
ILUSTRACIÓN MODERNA



LA
ILUSTRACIÓN MODERNA

SEMANARIO DEDICADO Á LAS FAMILIAS

REDACTADO POR

DISTINGUIDOS LITERATOS ESPAÑOLES

É ILUSTRADO POR REPUTADOS ARTISTAS

NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO II. — AÑO II

BARCELONA
Espasa y Compañía, Editores

221, CALLE DE LAS CORTES, 223

1893

Ayuntamiento de Madrid



INDECISIÓN...
CUADRO DE J. AGRASSOT.



LA ILUSTRACIÓN MODERNA



VIAJES, LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MÚSICA, MODAS

SEMANARIO DEDICADO A LAS FAMILIAS

HEMEROTECA
MUNICIPAL



ATISBANDO...—CABEZA DE ESTUDIO POR E. LÖVENTHAL

MEMORÁNDUM



¿Qué nos dará el año 1893? Quiera Dios que el malestar de que se sienten aquejadas las naciones de Europa no se acreciente en sus doce meses y que no estalle la tormenta que se va fraguando en todas las regiones y que ha de acabar por un temporal deshecho. Veremos si, en el año que empieza ahora, corregirá el gobierno de España algunos de los males que aquejan á nuestra patria, lo cual no esperamos, por el temor fundado de que el señor Sagasta y las gentes de su partido repitan ahora lo que antes ya hicieron, ó sea ir tirando adelante y favorecer á los paniaguados. Mal comienza, por cierto, el gabinete fusionista. Sus adláteres, que tanto chillaron por haber concedido el ministerio anterior alguno que otro empleo á deudos de los ministros, ¿por qué no ponen el grito en el cielo con lo que acaba de ocurrir recientemente? A fe que parientes y más parientes de los ministros han sido los afortunados en la lotería de los empleos, calzándose los más gordos, siendo así que no pocos de ellos malditas las condiciones que reúnen para desempeñarlos. A bien que en los altos cargos, por desgracia desde mucho tiempo, ya no se buscan aquellas condiciones. Con tal de que el nombrado mangonee en la política ó sea deudo de algún ministro, posee ya la ciencia infusa y la experiencia necesaria para entender de todo. De donde resulta que haya directores de Obras públicas que ignoren lo que es una carretera y directores de Instrucción pública que no hayan parado nunca mientes en la organización de Universidades é Institutos, cuanto menos en la de otras escuelas tanto ó más convenientes que los expresados centros de enseñanza.

Sigue dando juego en Alemania el asunto Ahlwardt. Es sabido que éste acusó al armero judío Lœwe de haber proporcionado á su gobierno fusiles defectuosos, y que, en cierto modo, el canciller Caprivi salió á su defensa en el *Reichstag*. Desde que esto sucedió se han publicado nuevas noticias desfavorables para el referido fabricante de armas. Un periódico francés dió á luz una carta que Lœwe dirigió hace algunos años al general Boulanger, en la cual hace ofrecimientos á Francia para la fabricación de fusiles Lebel, cosa que ha recibido con indignación la prensa de Berlín. *La Gaceta de Colonia* ha hecho notar que estos ofrecimientos se hicieron al día siguiente del incidente Schænbele, es decir, cuando se creía en la inminencia de la guerra, en momentos en que acababan de aparecer en París publicaciones abiertamente belicosas y en que Deroulède emprendía su viaje de propaganda á Rusia. Aquel periódico concluye diciendo que quien hizo tales ofertas viene á dar la razón á los que afirman «que los judíos no tienen patria.» Lœwe ha agravado su situación, nada envidiable, con una carta dirigida á un periódico, en la cual confiesa que el documento facilitado á *Le Figaro* por el capitán

Driant es auténtico, y añade que no creyó haber obrado mal, ya que, si hizo proposiciones á Francia, fué para procurar á Alemania un negocio que podrían haberle quitado los norteamericanos. ¡Valiente defensa, por cierto! La verdad es que en el fondo de este malhadado asunto hay también una corrupción y una falta de patriotismo que, por desgracia, se advierten en este siglo más que en ninguno de los pasados.

.*.*

En Francia, como es de suponer, sigue ocupándolo todo la cuestión del Panamá. El ministerio quiso imponerse á la Comisión de información, que era ya señalada como un nuevo Comité de salvación pública, y para ello ordenó las detenciones de que dimos noticia, y ha pedido autorización para procesar á senadores y diputados. Compárase ya en París lo que está pasando con las dolorosas escenas de la época del Terror, y refiriéndose á los detenidos y á los procesados, ya se dice «la primera carreta» y «la segunda carreta,» aludiendo á las víctimas que en los días nefastos de 1792 y 1793 eran conducidas en carros á la guillotina incesantemente. La agitación que reina en la capital de Francia y en toda la nación la traducen los rumores de trastornos que circulan á cada momento, y de muchos de los cuales se tarda en tener noticia en el extranjero, porque el gobierno francés imposibilita la transmisión por telégrafo de tales nuevas. Abiertamente algunos periódicos parisienses hablan de los pretendientes al trono, publicando sus biografías, señalándolos á la atención pública é indicando con mayor ó menor claridad que á alguno de ellos compete la tarea ó el deber de barrer la suciedad que inficiona á la nación en todas partes. Las Cámaras son trasunto de esta agitación y de la inquietud que se siente, traduciendo todo en sesiones tempestuosas, en las cuales se apostrofan duramente unos á otros los representantes del pueblo, lanzándose al rostro *gros mots* que apenas pueden publicarse, si por acaso hay posibilidad de hacerlo. De esta contienda se originan desafíos como el de Clemenceau y Deroulède, que de nada aprovechan para lavar la honra de ninguno de los combatientes, ya que, después del lance, se queda manchada como antes de llevarlo á cabo. Nada menos que á ciento cuatro diputados, según M. Andrieux, alcanza la acusación de que cobraron más de un millón de francos para sostener la empresa del Panamá. Y lo terrible de todo se halla en que hoy ha tirado el diablo de la manta y las manchas han salido al descubierto; pero estas manchas y esta suciedad hace años que existen y que no debían ignorarlas los gobiernos que se han ido sucediendo, á pesar de lo cual ni hicieron nada para contenerlas, ni nada ordenaron para castigar á corruptores y corrompidos.

.*.*

Se ha acordado por los gobiernos de Italia y Suiza la prórroga del acuerdo comercial con España. Otro tanto va á hacer Austria-Hungría, puesto que la Cámara de los diputados de Viena aprobó ya un proyecto de ley autorizando al gobierno imperial para arreglar interinamente las cuestiones comerciales con nuestro país. En la discusión que se promovió con tal motivo, el ponente señor Kozlowki manifestó que las relaciones íntimas que existían entre la familia imperial de Austria y la familia real de España, y la estimación sincera de que goza S. M. la Reina Regente, doña María Cristina, por sus virtudes y admirable prudencia, hacían desear que las relaciones amistosas entre Austria y España se mantuvieran también en el terreno económico y comercial. Esta declaración de M. Kozlowki fué recibida con calurosos aplausos, lo propio que el deseo, por él también expresado, de que España entrase en la unión aduanera central de Europa.

.*.*

Su Santidad el Papa León XIII ha dirigido una epístola á los preladados y otra al pueblo de Italia para condenar el masonismo. Excita el Sumo Pontífice á los obispos á fin de que li-

berten á su grey de los errores masónicos, manifestando que el masonismo crece todos los días y que su contagio penetra en todas partes. Hace notar, con elocuente palabra, que son cada día objeto de nuevas ofensas las divinas creencias que constituyen la gloria más pura del pueblo italiano y el escudo para su salvación en lo futuro. La masonería, introduciéndose bajo la máscara de sociedades filantrópicas, ha conseguido, ya por la corrupción, ya por la violencia, dominar á Roma y á toda Italia. La religión es blanco de persecuciones de toda especie, haciéndose activa propaganda con el destructor propósito de sustituir el naturalismo al cristianismo, el culto de la razón al de la fe, la falsa moral, llamada independiente, á la moral católica, y el progreso de la materia al del espíritu. A las santas máximas del Evangelio se ha opuesto el Código de la Revolución, estableciéndose en las escuelas la enseñanza atea en el puesto de la enseñanza cristiana y católica; se ha invadido el templo del Señor, confiscando su patrimonio, y si no se ha podido impedir la administración de Sacramentos, se tiende á favorecer por todos los medios el matrimonio y entierro civiles. Con palabra indignada sigue pintando León XIII los daños que el masonismo está causando, y al final dirige un caluroso llamamiento á los padres y á las madres de familia para que liberten á sus hijos del contagio masónico y salven la familia y la sociedad. Encarga Su Santidad que á las logias y congresos de los masones se opongan los círculos católicos, los comités parroquiales y las asociaciones de caridad y oración, aniquilando así el mal con la abundancia del bien. ¡Quiera Dios que seán escuchadas las palabras del sabio anciano, cabeza visible de la Iglesia de Jesucristo, puesto que en sus consejos se cifra el remedio de la enferma sociedad contemporánea!

*
* * *

Inglaterra, que se ha apoderado del comercio del mundo, lleva trazas de acaparar todas sus riquezas artísticas. Sus Museos, ricamente dotados, pagan á más del peso de oro los ejemplares que dejan escapar de sus países los gobiernos de otras naciones de Europa, indiferentes, ó por desidia ó por ignorancia, respecto de cuanto se refiere al arte y á la arqueología. Hace poco uno de los Museos de Londres, según de público se ha referido, adquirió por 65,000 libras, ó sean 325,000 duros, una estatua, que sin duda será maravillosa y de increíble rareza, que un labrador de la isla de Egina encontró trabajando en un campo. Vendióla el labrador á un comerciante inglés de esponjas, establecido en aquella isla, sin sospechar el tesoro que enajenaba, y el comerciante logró trasladar la estatua á Inglaterra. Quien sepa la importancia que se da á las estatuas eginetas no extrañará que el aludido Museo de Londres adquiriese aquella obra escultórica, pagando por ella, si no 300,000 duros, por lo menos una cantidad crecidísima. Y á propósito de esta noticia, se asegura que personas muy inteligentes, adscriptas á los Museos Británico y de South Kensington, han visitado las Exposiciones históricas de Madrid, tanto para estudiarlas cuanto para tomar nota de sus más valiosos ejemplares, perseguirlos cuando las Exposiciones se cierran y ver de adquirirlos á fuerza de libras esterlinas y de billetes de Banco. Muy de temer es que dentro de pocos años, objetos que hayan figurado en el Palacio de Recoletos, adornen las vitrinas de alguno de los citados museos, y que, aun sabiendo nuestros gobiernos que van á sacarse de España, nada hagan por adquirirlos y para enriquecer con ellos los museos nacionales. Cuando se permite derribar la *Torre Nueva* de Zaragoza, ¿á qué conservar ejemplares arqueológicos que no alcanzan á la importancia de este monumento?

B.



SILUETAS MODERNAS

DON MIGUEL DE LOS SANTOS ÁLVAREZ



PERO aún vivía?

He aquí la pregunta que han hecho recientemente muchas personas al leer en los periódicos la noticia de su fallecimiento.

Si; aun vivía; pero no para las letras, que dejó de cultivar hace muchos años; ni para la administración pública, que sólo conservaba de él un buen recuerdo, desde que, abandonando el servicio activo, salió del Consejo de Estado para entrar en el panteón de las clases pasivas.

En los círculos de la que se llama buena sociedad no se ha podido hacer la misma pregunta, porque allí eran muchos los que le conocían y trataban; pero quizás no haya faltado quien al leer los artículos que le ha consagrado la prensa periódica exclame: ¡Cómo! ¿era aquél?

Si por cierto. Aquel viejecito que á pesar de sus setenta y tantos años no dejaba de vestir el frac ni una sola noche; aquel caballero correcto que era en los salones encanto de las damas con su conversación amena y un tanto zumbona; aquel veterano del Casino que comentaba con un chiste, siempre ingenioso y muchas veces sangriento, los sucesos del día; aquel consejero de Estado que conservó toda su vida las maneras corteses y un tanto afectadas de los diplomáticos; aquel señor de la capa azul, que es acaso el último español que la ha llevado de este color; aquel hombre agradable y al parecer insignificante que asistía á la vida como á un espectáculo no demasiado interesante; aquel *Álvarez* que no se apasionaba por la política ni por la literatura, aunque de vez en cuando dejara escapar de sus labios un concepto atinadísimo para juzgarlas, era don Miguel de los Santos Álvarez, el amigo inseparable de Espronceda, el literato que llegó á adquirir cierta notoriedad, y á quien todos, hasta muchos de los que diariamente le veían, daban por muerto, á causa de que hace cerca de medio siglo colgó su pluma y no ha pensado en descolgarla.

Era un hombre de talento, dotado de gran ingenio, que manejaba bien el estilo humorístico y escribía con facilidad en prosa y verso, mejor en prosa que en verso. En suma, un buen escritor de segundo orden. En el mundo literario brilló más bien como satélite que como astro de primera magnitud, y si no hubiera sido íntimo amigo de Espronceda y éste no hubiese tenido la ocurrencia de poner á la cabeza de su canto á Teresa aquella octava que empieza diciendo:

Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno,

que francamente es empezar bastante mal, no tendría muchas probabilidades de que su nombre pasara á la posteridad.

Miguel de los Santos Álvarez tuvo la desgracia de rendir culto al descreimiento volteriano que sentían ó afectaban muchos escritores de su tiempo, especialmente los que alardeaban de liberales. Espronceda formó escuela. Aquel amargo escepticismo que el autor de *El Diablo Mundo* copió de su modelo literario, lord Byron, fué el sello característico de sus discípulos, y Álvarez, que no era un genio y no podía tener la independencia de tal, no supo ó no quiso ó no pudo sustraerse á él.

Entre todas sus composiciones en verso, sólo hay una, la que se intitula *¡Pobres niños!* que es por cierto de las mejores que ha producido su pluma, en la cual no se encuentra absolutamente nada de esa incredulidad que afea y despoetiza todas sus obras.

Juzguen mis lectores.

No llores, niño inocente,
porque el tapiz de tu lecho,
en mil harapos deshecho
no conserve tu calor;
no llores, no, si una madre
tienes, que en su seno amigo,
ofreciéndote un abrigo
te acaricia con amor.

—
¡Eres más feliz que el huérfano
que duerme en cama suntuosa,
sin que sus labios de rosa
cierren el beso maternal;
que mientras él se desvela
sin que le aduerma un cariño,
tú le encuentras, pobre niño,
y hallas alivio á tu mal!

¡Él no, y es un inocente
como tú, y es tan hermoso
como tú, y tan candoroso,
los dos vivís una edad!
Y los dos lloráis, tú pobre,
lloras temblando de frío,
y el otro llora, ¡hijo mío!...
sin saberlo, su orfandad.

—
¡Ah! no lloréis, mis queridos,
que hay para los dos un cielo,
para los dos un consuelo,
un manto para los dos!...
¡Hay una Virgen que vela
por los niños desgraciados,
y deja á los fortunados
para que los vele Dios!

Esta es la composición de un creyente y de un poeta. Hay espontaneidad, ternura, sentimiento, fe, y por eso hay belleza. Si Miguel de los Santos Álvarez hubiera seguido por este camino no hubiese alcanzado renombre de genio, pero sí podría aspirar á que su fama fuese más universal y más reconocida de lo que es ahora. La poesía no vive de negaciones y de dudas. Cuando no es bálsamo que consuela ó esperanza que alienta ó noble aspiración que fortalece, es poca cosa. Sólo á los grandes genios se les pueden perdonar, lamentándolos, ciertos extravíos, y los genios no dudan casi nunca; ó creen ó niegan resueltamente, y hasta en la negación puede haber grandeza. Si no temiera que se me tachase de aficionado á la paradoja, diría que la negación es una afirmación al revés.

Miguel de los Santos Álvarez es un escritor que no niega ni afirma, es la encarnación de la duda. Parece que desde su primera juventud, es decir, desde antes de haber vivido, estaba cansado de la vida. Su musa es el fastidio. Él no perdona ocasión de hablar de su pereza, y, más que un hombre perezoso, parece un hombre fatigado, fatigado sin saber de qué, fatigado de no hacer nada. Por eso su poesía no puede interesar, como no interesa el bostezo. Se celebra un rasgo de ingenio y de éstos tiene muchos; se saborea la dicción casi siempre castiza; se sigue con gusto la narración dispuesta con arte; pero el escritor no hace ni sentir ni pensar, y por eso la impresión que causa tiene que ser pasajera.

El poeta que en 1837 componía las sentidas octavillas italianescas que acabo de copiar, escribía dos años después una poesía de la que sólo tomaré algunas quintillas.

Vida, pues ya nos cansamos
de andar uno y otro juntos,
tiempo es ya de que riñamos,
y en el trance á que llegamos
vamos riñendo por puntos.
En el punto del nacer,
que es mi mayor sentimiento,
¿no me quisiste ofender
cuando tú me diste el ser
sin pedir yo el nacimiento?

Y el tono vil con que te hablo
es desprecio, que no es chanza,
que no hace alto en un vocablo
quien está entregado al diablo
y ha perdido la esperanza.

...
¡Ea!... ¡vida, márchate
con dos mil pares de cuernos!...
¡Porque sino te daré
tan furioso puntapié
que pares en los infiernos!

Esto lo escribía en 1839, dos años después que *¡Pobres niños!* ¡Qué diferencia de una á otra composición en la forma y en el fondo! Cuando escribía la segunda ya se había alistado en la legión que capitaneaba Espronceda. No había cumplido veinte años y ya estaba cansado de la vida, ya había *perdido la esperanza*. Si decía la verdad al expresar estos conceptos ¡qué pena!... Y si no la decía ¡qué mal gusto! De todos modos, ¡qué influencia tan perniciosa la de la secta literaria á que se había afiliado!

Y una cosa hemos de hacer notar comparando las dos composiciones. La versificación de la primera es fluida, armoniosa y fácil. En la segunda hay versos tan duros como este,

que no hace alto en un vocablo;

y en la quintilla final es preciso convertir en agudo el esdrújulo *marchate* para que el primer verso resulte octosílabo y aconsonante con el tercero y cuarto.

Este artículo se haría interminable, si hubiera de examinar detenidamente su poema *María*, que el autor llama novela en verso, y la continuación de *El Diablo Mundo*, escritas las dos casi todas en octavas reales que no tienen nada de particular.

He dicho que su prosa me gusta más que sus versos, y para demostrar la razón de mi preferencia no tendría que hacer más que copiar algunos trozos de su novela *La protección de un sastre* ó de sus *Cuentos*. Mas como esto es imposible, á dichos trabajos me refiero, y estoy seguro de que cuantos los lean serán de mi opinión. Su prosa, además de correcta sin afectación, es fácil; el estilo chispeante y ameno, y la gracia natural, espontánea y nunca chocarrera. Parece que el autor no piensa en el público, y esto da á sus narraciones una sencillez y una naturalidad encantadoras. Tiene descripciones felicísimas y con cuatro palabras da idea exacta del lugar ó la persona que pretende pintar. Más que verdaderos cuadros, los suyos son bocetos, llenos de animación; de color y de vida. Siempre domina en él la nota irónica del escepticismo, pero hasta en los pasajes más escabrosos acierta á mantenerse dentro de los límites de lo decoroso y de lo culto. Su afición á la paradoja y su genial desenfado sientan bien en un escritor humorístico. Entre sus cuentos merecen llamar la atención las *Agonías de la Corte*, que son sencillamente un *tour de force* de ingenio y habilidad. Hubiera sido más acertado darles el título de *Tragedias vulgares*, que lo vulgar no siempre excluye lo trágico. Se trata de pintar en muy pocas páginas la muerte de dos ó tres desventurados que terminan su vida en medio de la pobreza, de la soledad y de la indiferencia más completas. Miguel de los Santos Alvarez realiza el prodigio de contar estas lúgubres historias con tan delicado gracejo que el lector, sin dejar de sentir la amargura que hay en el fondo, las lee sonriendo desde la primera hasta la última palabra.

He dicho que es un excelente narrador, y aquí sí que no tengo más remedio que rogar á los lectores que me crean bajo mi palabra ó darles una muestra, aunque sea ligerísima de sus narraciones. Opto por lo segundo, y allá va el comienzo de *La protección de un sastre*:

«Hacia el año de mil ochocientos treinta y tantos, amados lectores míos, y esto, que puede muy bien ser tan sólo un cumplimiento para los varones, es la verdadera expresión de mis sentimientos para todas las mujeres bonitas que me lean; hacia el año de mil ochocientos y tantos, vino á Madrid un tal Rafael de yo no sé cuántos, muchacho de unos veinte y pico de años de edad, de no malas disposiciones intelectuales, ni tampoco mal dispuesto corporal y mecánicamente. Puede que con el tiempo sepamos de dónde venía este muchacho, yo por ahora tampoco sé de esto una palabra. Lo que sí sé de cierto, es que no tenía parientes en la corte, y que con la intención, sin duda de no estar en ella falto de *protección*, traía consigo un compañero, con quien podría estar casado ó no estarlo, porque era el compañero una mujer. Yo no sé cuáles serían los primeros pasos que este hombre y esta mujer darían en la corte, pero supongo que serían los necesarios para buscar casa, porque apenas llegados, estaban ya viviendo en una muy decente habitación de una decantísima casa de pupilos, fonda ó cosa parecida.»

El que así escribía poco después de cumplir los veinte años, podía haber dado á la literatura frutos mucho más ópimos de los que ha dejado. Le dominó la pereza y dejó de escribir cuando debía haber comenzado.

Santos Alvarez, como se le llamaba vulgarmente, á pesar de que á él le disgustaba mucho, pues decía que su nombre era Miguel de los Santos y su apellido Alvarez, y que por tanto tenía derecho á que las gentes le llamaran de un modo ó de otro, según los grados de simpatía que por él tuvieran, era ante todo un hombre de sociedad, nacido para vivir y brillar en el gran mundo. Cuando un ministro le nombró para desempeñar un cargo diplomático, dió pruebas de saber lo que hacía y de conocer las aptitudes de los hombres. Parecía hecho de encargo para pisar mullidas alfombras y atravesar con planta segura y firme los salones, codeándose con los grandes de la tierra; cortés, agradable, escéptico y chancero. Un hombre que tomaba la vida en broma no podía menos de resultar muy á propósito para desempeñar un papel en las cuestiones de alta política, que tienen tantos puntos de contacto con las farsas teatrales.

Cuando residía en Madrid, frecuentaba más los círculos aristocráticos que los literarios y era más conocido de las damas linajudas, como cortesano de la belleza, que de los escritores militantes, como hijo de las musas.

Se contaban de él mil anécdotas que demuestran la viveza de su imaginación y su ingenio epigramático.

En 1852, con motivo del natalicio de la infanta doña Isabel, entonces princesa de Asturias, se abrió un certamen literario para celebrar tan fausto acontecimiento. Don Miguel Agustín Príncipe, más distinguido como magistrado que como poeta, quiso tomar parte en él y compuso una oda, que leyó en son de consulta á varios de sus amigos, entre los cuales se contaba don Miguel de los Santos.

Leía el autor su composición, que todos escuchaban en silencio. Pero al llegar un pasaje en que pintando á la reina Cristina, emocionada por la satisfacción en el momento del natalicio, decía el poeta:

ignora cuál de dos placer elija,
si el inefable de abrazar á la hija,
ó el indecible de besar la nieta,

exclama sin poder contenerse, Miguel de los Santos Alvarez:

y por no armar un cisco
fué y abrazó al infante don Francisco.

Semejante salida bastaba para poner término á la lectura, por muy imperturbable que el lector fuese.

De los comienzos de su vida administrativa también se refiere un suceso que, según creo, es rigurosamente exacto y honra á su rectitud y carácter.

Había sido nombrado intendente de Toledo, que así se llamaba entonces á los delegados de Hacienda, y como no sabía una palabra de administración ni de materias económicas, marchó lleno de desconfianza á tomar posesión de su destino.

A los pocos días de hacerlo, advirtió con grandísimo asombro que todo marchaba á las mil maravillas, y logró averiguar que aquella regularidad y aquel acierto se debían casi exclusivamente á uno de esos pobres diablos que hay en la mayor parte de las oficinas, y son los que desde un puesto subalterno llevan el peso de todos los asuntos importantes.

Un día que entró el empleado en su despacho le preguntó Alvarez:

—¿Cuánto tiempo lleva usted de servicio?

—Treinta años, señor intendente.

—¿Qué sueldo tiene usted?

—Cuatro mil quinientos reales.

—¡Cuatro mil quinientos reales, un hombre de su honradez y de su inteligencia! dijo Alvarez.

Y levantándose repentinamente de su asiento dice al empleado:

—Siéntese usted ahí.

—Yo, señor...

—Siéntese usted le digo.

El empleado obedeció maquinalmente, y cuando se vió sentado en el sillón del jefe preguntó aturdido:

—¿Y usted dónde va á sentarse?

—Yo en la primera diligencia que salga para Madrid. Voy á decir al ministro que no hago aquí maldita la falta, y á que á quien debe nombrar intendente es á usted.

Y lo hizo como lo dijo.

El empleado no sería intendente, pero él renunció su destino.

Andando el tiempo y después de haber desempeñado con lucimiento varios cargos diplomáticos, llegó don Miguel de los Santos á ser uno de los más útiles y más ilustrados individuos del Consejo de Estado.

EDUARDO ZAMORA CABALLERO.



EL VELO

(DE LAS «ORIENTALES» DE VÍCTOR HUGO)

¿Habéis rogado á Dios esta noche, Desdémona?
SHAKESPEARE.

LA HERMANA

¿Qué tenéis, hermanos míos?
bajáis la frente rugosa;
cual triste luz en la fosa
brillan los ojos sombríos.
Del cinto los atavíos
desgarrados, el luciente
puñal con mano impaciente
remueve cólera insana.

EL HERMANO MAYOR

¿No habéis alzado hoy liviana
el velo de vuestra frente?

LA HERMANA

Del baño, hermanos, volvía,
oculta en velo tupido
del albanés atrevido
á la imprudente osadía.
De la mezquita en la vía,
un instante el velo pierde
sus dobles, que yo recuerde,
porque el calor me abrasaba.

EL HERMANO SEGUNDO

Un hombre entonces pasaba
envuelto en un caftán verde.

LA HERMANA

Tal vez... pero no su audacia
consiguió ver mi semblante...
¿Qué habláis bajo en este instante
que me anuncia una desgracia?
¿Queréis sangre? ¡Hermanos, gracia
No me ha visto. ¡A una inocente,
débil mujer, inclemente
va á dar muerte vuestro antojol

EL TERCER HERMANO

¡El sol descendía rojo
esta tarde al Occidente!

LA HERMANA

¡Oh, favor! ¿Qué os hice? ¡Cielo!
¡Cuatro puñales, Dios pío,
desgarran el pecho mío!
¡Mi velo! ¡mi blanco velo!
¡No huyáis, en tal desconsuelo,
de mi agonía, inhumanos,
que ya de la muerte, hermanos,
el velo cubre mis ojos.

EL CUARTO HERMANO

Éste, aunque te cause enojos,
no le levantan tus manos!

ADOLFO DE LA FUENTE.



SANTA CECILIA.—GRABADO POR G. HEUER

Ayuntamiento de Madrid

LA MONEDA



NADIE puede, en este mundo, tener ó hacer todo lo que necesita. Es imposible que cada cual fabrique con sus propias manos lo que le es indispensable para la vida, y del mismo modo que ponemos de buena voluntad al servicio de nuestros vecinos el producto de nuestro oficio, así también nos vemos obligados incesantemente á acudir á ellos para que nos den lo que ellos producen y nosotros necesitamos.

Verbi gratia, yo, habitante de la ciudad, que no poseo ni prado, ni arroyo, ni establo, no puedo apacentar ni dar alimento al buey que cocerá más tarde en mi olla. En cambio, el campesino se vería muy apurado si tuviera necesidad de procurarse por sí mismo el vestido ó los útiles de labranza que le son indispensables.

Es evidente que este cambio de servicios se remonta á las primeras épocas de la humanidad.

Hasta en los pueblos más salvajes se ve al pescador cambiar en la ribera su pesca con la caza que le cede el que persigue los animales del bosque.

Nada más fácil que entenderse cuando los objetos que se cambian son poco más ó menos del mismo valor y al mismo tiempo de la recíproca conveniencia de las dos partes. Así el propietario cultivador de una viña da un cesto de racimos al hortelano que le paga con un saco de patatas y de judías; así el niño cambia el pan y las manzanas de su merienda por los confites que le da su compañero.

Pero á medida que las necesidades se multiplican y con ellas los cambios crecen en importancia, la cosa ya no es tan fácil.

¿Qué adelantaría yo con adquirir y traer á mi casa al buey ó al carnero que se ceban en los campos, si no tengo ni establo, ni pastos, ni tiempo para cuidarlos? Aun dado caso que pudiera hacerlo, en el ínterin, ¿qué carne pondría en mi puchero?

Por otra parte, si yo diese al propietario de ese carnero ó de ese buey el equivalente en productos, entregándole, por ejemplo, los objetos que yo fabrico, no saldría él más ganancioso.

¿Para qué le servirían los candados que yo fabrico, por docenas, por gruesas ó por millares? Él no necesitará más que uno ó dos por año, y de los más ordinarios, y seguramente que por su buey ó su carnero no sería mucho darle una caja llena.

No es, pues, siempre fácil realizar los cambios en objetos, y á buen seguro que el banquero ó el fabricante de coches en cuyos salones trabaja el pintor, se verían muy embarazados si el uno tuviera que pagarle su trabajo en operaciones de crédito y el otro en carretelas.

Es, pues, de toda necesidad, para facilitar el cambio de productos, tener á mano un valor que los represente y que sea divisible, un medio de adquirir objetos sin aparejarlos, digámoslo así, dos á dos, sin exponerse á recibir lo que no se desea, ó á dar lo que no se necesita.

La moneda representa este papel complaciente de corredor de cambios.

Cuando el labrador conduce al mercado su carro de legumbres, ó su saco de trigo, ó su barrica de vino, ó su ganado, no se inquieta acerca de lo que se le dará en cambio en objetos que él pueda necesitar á la corta ó á la larga. Se contenta con evaluar el precio de su mercancía en pesetas y en céntimos y con ellos vuelve á su casa. Con esto sabe perfectamente que á la hora que le convenga, toda esta moneda se cambiará en útiles para su labranza, en enseres para su casa ó en vestidos para su familia y para él.

El metálico, ó la moneda, es, como se ve, un medio cómodo y fácil de cambiar los productos de nuestro trabajo y da por resultado el hacernos independientes unos de otros. En vez de estar obligados á tener en cuenta la conveniencia del vendedor y del comprador, para que coincidan una con otra, la venta de mi mercancía que verifico hoy, nada tiene de común con las adquisiciones que podré hacer mañana. He vendido lo que me convenía y con mi dinero compraré mañana lo que me plazca.





LA TIPLE NUEVA

I

TOMASA era la servidora que vestía y peinaba á la primera actriz; y Ramona, un querubinito rubio que enredaba por los corredores del escenario, era la hija de Tomasa.

Y cuando el traspunte se llegaba respetuoso á la puerta del camarín llamando á la primera actriz porque le tocaba salir á la escena, la Tomasa se iba detrás de su señora, y por las rendijas de la decoración poníase á admirar devotamente el trabajo sereno y hermoso de aquella soberana del arte, cuya presencia en las tablas difundía por todo el teatro un ambiente como de incienso y un sentimiento como de religión.

¡Lo que había soñado Tomasa en aquel sitio, la frente pegada al áspero lienzo y el ojo puesto en el agujero del telón que con los dedos iba agrandando!... Porque Ramoncita, la chicuela triscadora y hechicera, oyendo también desde los bastidores, había ido aprendiéndose muchos y largos trozos de las obras que se representaban, y luego, en los entreactos, las damas de la compañía gustaban de llamar á sus cuartos á la trastuelo, haciéndole que les recitase aquellos fragmentos de su lucido repertorio.

Y las partes de por medio, todo el cuerpo de racionistas, habíale dicho á la mamá embozada:

—Servirá la chica para la escena.

Opinión de la cual participaban los caballeros que iban al cuarto de las actrices, y las familias de éstas, y los dependientes de la guardarropía.

Ello, al cabo, era verdad que á la Ramoncita no le faltaba despejo y que tenía un decir gracioso y sentido, con el cual embelesaba á la gente y ponía chocha á su madre. ¿Qué más necesitaba la pobre mujer, para echarse á levantar castillos, junto á los de trapo y listones que arrumbaban los tramoyistas detrás de la decoración? Llenábasele á Tomasa el pecho de codicias. ¡Aquellos versos ricos y sonoros, aquella música de palabras nobles, en boca de su Ramoncita! ¡Aquellas escenas admirables, fina labor de joyería y encaje, desempeñadas por la niña querida!... ¡Oh, si ella, la madre humilde, pudiera ver á su criatura recibiendo algunos de aquellos festejos que la primera actriz conseguía! ¡Si desde aquel mismo agujero la viese un día lucir su figura gallarda, su ademán urbano, su gracia, su monería, su pasión!

No le faltaba á Tomasa otra cosa que oír, como oyó, á la primera actriz reverenciada, decirle una tarde de función, después de haber escuchado á la muchacha:

—En cuanto crezca un poquito, mándala al Conservatorio, á ver si despunta.
Estas palabras le sonaron á Tomasa como un repique á gloria.
¡La niña en el Conservatorio! Antes de dos años ya estaba en él.

II

¡Qué de sacrificios y proezas en los cinco años de la carrera! El cuartito barato donde la ex sirvienta de la gran actriz se había refugiado con su futura notabilidad, era una maceta de ilusiones en capullo. En aquel cuchitril de luz medrosa estaban los rayos del sol amaneciendo á todas horas, y en aquel espacio angosto se cernían aleteando mil promesas de felicidad y orgullo. Las penas, que eran muchas, no entraban en la casa más que á traición, deslizándose á rastras por debajo de la puerta, sin que mereciesen nunca el honor de ser advertidas, cuanto menos lamentadas.

Tomasa ya no iba al teatro á vestir y peinar á la gran comedianta, porque ésta se había muerto; pero las cómicas segulan dándole labor. Cosía, planchaba, iba y venía con el llo henchido de ropa; realizaba prodigios de química, y de equilibrio, y de prestidigitación para estirar y repartir su dinerillo; producto de madrugones y vigiliás; subía y bajaba de la guardilla, habitación de la abuela usurera que prestaba pesetas y duros sueltos á plazos de una semana; la mantilla de casco y el pañuelo de capucha iban y venían de la cómoda al Monte, como los despojos de un naufragio movidos por el flujo y el reflujo. Y todo con el ánimo fuerte, con risas y cantos, y alborozos, cobrando mayor bravura á mayor revés, con el alma siempre llena de la superstición del porvenir, y mirándose la madre enamorada en los ojos de su niña, cubriéndola de galas según el destino que la aguardaba. Amorosamente peinaba todos los días la cabellera dorada y frondosa, espléndido atavío de la gentil cabecita; luego, nada de confiarle la menor faena; prohibición absoluta, porque no se atezasen sus manos de señorita, de primera actriz, blancas y menudas como dos puñaditos de nardos. Las vecinas entraban á morir de envidia ante aquel lujo de telas recosidas, de dijes acepillados, de escurrembres y rebañaduras de tocador. La madre les contaba todo lo que hacía al caso: los éxitos en los camarines, el consejo de la comedianta ilustre, las imaginaciones del presente, las bienandanzas del porvenir.

A todo eso, Ramona iba creciendo, y se acercaba... ¡se acercaba la hora de que entrase á pisar la tierra prometida! Tomasa ya se preparaba; tenía atestada la cabeza de títulos de cartel, de nombres de protagonistas, de trajes, escenas, enredos y desenlaces, todo lo que había recogido por la hendidura del telón.

Y la muchacha hacía progresos. No solamente declamaba, sino también cantaba que era una bendición del Señor. No que se lo hubiesen enseñado en el Conservatorio; era don natural que la muchacha poseía. Su vocecita era delgada y temblona, pero eso lo suplía ella con el donaire y la afinación. Lo cierto es que no había tango, ni copla, ni coro imitativo, ni duo bailado, ó brincado, ó renqueado, del novísimo repertorio de nuestros días, que Ramona no lo diera á saborear con todos los ruidos labiales, guturales, linguales y de tacón y palmas que les había puesto el inspirado maestro compositor.

III

De ahí provino lo inevitable: que Ramoncita quiso cantar. Y aunque su madre intentó oponerse, porque la gran actriz su antigua dueña y modelo, no cantaba, forzoso le fué desistir, pues la niña se empeñó con porfías y berrinches, y además las personas inteligentes en el ramo opinaron que tal resistencia era una insensatez.

—¿Y *El Tanto por ciento*, decía la mamá confundida, y *La bola de nieve*, y el *Drama nuevo*, y?...

Los inteligentes le contestaban:

—Ya no van los tiempos por ahí.

En vista de que ya no iban por ahí los tiempos, Tomasa se dió por vencida y accedió á que las glorias soñadas fuesen con música y á que las pusiera en solfa la niña, entrando en el templo de la fama por la puerta de las tiple.

Ramoncita se ajustó en un teatro *chantant*, y Tomasa se dió por satisfecha, ¿qué iba á hacerle? ¡Ya que los tiempos venían por ahí!... Sobre que ella sabía también de cantantes muy célebres y muy vitoreados.

Lo que no sabía la infeliz, era el adelanto que había tenido el arte escénico, desde que ella no vela las funciones por el telón del foro. Acariciando otra vez esperanzas, creyendo aún en la gloria que iba á abrirse, fué al teatro la noche del *debut*, con todo su caudal de ambiciones y regocijos. Vistió y peinó á la niña, la puso hermosa y elegante como un rosal de Mayo. El traje era precioso: de fin de siglo, con frac encarnado, pechera blanca y falda ceñidísima de raso negro; en la mano un *claque* con forro mullido de raso azul, y que debía tenderse y aplastarse siguiendo los altibajos de la arieta de salida. No le pareció mal á Tomasa. La niña estaba guapísima; perdonó lo extravagante á cambio de lo favorecido. Dejó, pues, á la diva compuesta, emperejilada, hecha un rayo de sol de Oriente, y corrió á tomar sitio entre bastidores, en la primera caja, junto á la embocadura, por donde se alza la cortina.

Allí comenzaron sus sorpresas, en el punto de comenzarse la función. La buena mujer no acertaba á explicarse lo que veía.

Las señoritas del coro (galanteadores de la *Gran Cocotte*), representando la libra esterlina, la onza de oro, el luis, el billete de Banco y la cotización de la Bolsa, entonaban un epitalamio, con adobo de guiños y ensalada de contoneos. Inmediatamente salía Ramona y cantaba su arieta: más contoneos y más guiñaduras, y con pasos de danza, brinquitos, desmayos y ojos en blanco. Llegábase á las candilejas y hablaba en secreto al público, unas veces parecía que le escupía el chiste estirando el hociquito, otras que lo adobaba echándole puñaditos de pimientón. Un éxito, un arrebató; y la Tomasa á cada instante más aturdida. Luego el duo con la *Gran Cocotte*; un cantable de besos con final de guajira arrullada, perezosa, soñolienta...

¿Qué era aquello? ¿Qué hacían allí? ¿Qué pasaba en aquella escena?

Y no paró en una hora aquel pedrisco de licencias y desenvolturas. Al lado de las tiple alegrillas y tentadoras, los barítonos y los tenores piaban, mayaban, despedían gallipavos y estornudos, moliánse los huesos á copia de piruetas y contorsiones.

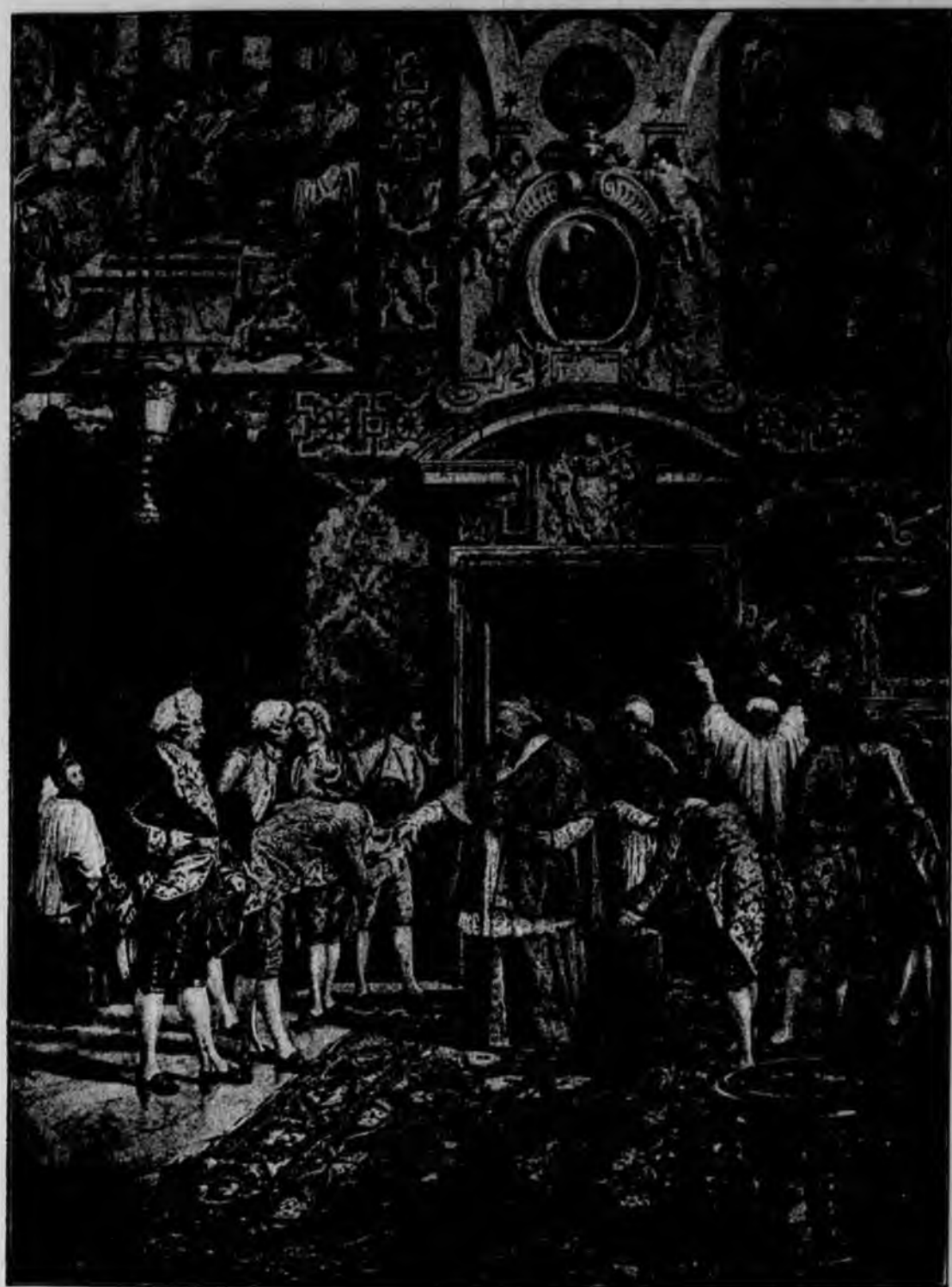
¿Qué tremolina era aquella? Tomasa se lo preguntaba afligida.

Todas las noches, arrimada al bastidor, asistía á semejante zambra y á otras por el estilo, en un acto y varios cuadros.

Delante de aquel espectáculo la pobre mujer se sentía triste, humillada, escarnecida. No; no era aquel arte de carnestolendas el que ella había soñado para su hija.

Cuando manifestó á ésta tímidamente sus rubores y repugnancias, la tiple nueva puso el grito en el cielo. Y la venció. ¿Qué más quería? ¿No la miraba agasajada, triunfante, popular? ¿No veía los ciclones de entusiasmo que iban á envolverla? Pues, ¿cuándo otra artista más famosa recibió muestras de afición más ardiente del público que corría loco á celebrarla, que le enviaba piropos derretidos desde las galerías, y le coreaba las coplas, y le seguía el compás con los bastones y los tacones?

La madre se callaba dando la razón á la chica. ¿Qué remedio? No se sentía ella con fuerzas para volver á trabajar. Pero abandonó su sitio de entre bastidores. Quedábase en el cuarto, allí, en un rincón, ocultando su corrimiento y el dolor de sus anhelos defraudados, mientras del escenario llegaban confusos los ecos de la gran zaragata.



LA NOBLEZA ROMANA FELICITANDO EL AÑO NUEVO Á LOS CARDENALES

CUADRO DE TOMÁS MORAGAS





IV

La noche del beneficio Ramoncita estrenaba una zarzuela. ¡Qué entradón! Se habían vendido las butacas á cuatro y cinco pesetas para una sola hora.

La tiple ya estaba vestida; es decir, no lo estaba. Su madre, que se disponía á irle sirviendo las prendas del traje, quedó aterrada cuando la niña le dijo:

—Ya estoy.

—¿Así?

—Pues, ¡así!...

Ramona iba á presentarse ante los espectadores, poco más equipada que el divino Sócrates representó á las tres Gracias.

Las energías de la madre se despertaron fieras y potentes. ¡No! Aquello no. Su hija no saldría á correr tal desvergüenza. Ella no lo toleraba. Antes se la llevaría del teatro. Luego lloraba oprimiéndose los párpados con las manos. ¡Por Dios! ¡Su hija!... ¡Que no saliera de aquel modo!

Acudió todo el mundo á la puerta del cuarto. ¡Qué risa! ¡La mamá que se venía con repulgos!... ¡Qué risa! Fué la anécdota de la temporada.

Es claro que no bien sonaron los timbres, la beneficiada corrió á representar su papel, sin hacer caso de las iras de su madre. Pero ésta al quedarse sola en el cuarto, tomó su resolución: no había de seguir allí, se marchaba en aquel instante del teatro, y no volvería á poner en él los pies. ¡Sí, sí, á la calle, á su casa!

En el saloncillo, al cual salía el camarín de Ramoncita, estaban expuestos los regalos del beneficio. Joyas, dijes, chirimbolos, mantones de Manila, panderetas, guitarras, bombones y ramilletes. Y allá, en un extremo de la gran mesa, entre el cartón de una mantilla con madroños y un álbum de fotografías flamencas veíase una corona de laurel, y en sus cintas esta leyenda: *A la aplaudidísima artista.*

¡Una corona! Tomasa se indignó.

—¡Una corona para nosotras! ¡Y se la presentarán á la muchacha en la escena, lo mismo que hacían con la gran actriz!

Eso, de ningún modo. ¡Qué ofensa, qué usurpación!

Robó la corona, escondióla bajo las puntas del mantón y salióse huída del teatro. Durmió aquella noche habiendo escondido en el cofre el trofeo hurtado. La tiple llegó muy tarde con toda la impedimenta de sus regalos, y no pidió la corona, cuya falta no había echado de ver.

A la mañana siguiente la Tomasa madrugó, se echó á la calle, cruzó el puente de Segovia, penetró en el cementerio de la Sacramental. Llevaba la corona. Cuando salió al cabo de media hora, ya no la llevaba. La había dejado colgada en el nicho de la comedianta muerta.

JOSÉ FELIU Y CODINA.



LAS ARDILLAS

Los antiguos instintos de raza muestranse indelebles en las ardillas que, á pesar de su natural elegancia y distinción, nunca dejan de ser primas hermanas de los ratones y de tener, por tanto, como éstos, la pasión del ahorro. Tanto si viven en los bosques de Europa en estado de naturaleza, como si se alojan en los jardines públicos de las grandes ciudades de la América del Norte, donde la munificencia de los paseantes les asegura abundante alimento durante la mala estación, siempre y en todas partes se sienten irresistiblemente inclinadas á amontonar abundantes provisiones para el invierno apenas su proximidad les es advertida por las brisas del otoño. Entonces saben escoger con perfecto discernimiento las provisiones que pueden conservarse por muchos meses sin sufrir gran deterioro, y aun á riesgo de condenarse á un régimen alimenticio un poco monótono, acostumbra no almacenar otra cosa que nueces y bellotas.

Pero sus métodos de aprovisionamiento no son exactamente iguales en ambos lados del Atlántico. Las ardillas de Europa ocultan sus víveres con el mayor cuidado para sustraerlos á los préstamos forzosos que de ellos se tomarían los ratones en calidad de parientes pobres. Al efecto colocan dichos víveres debajo de las rocas ó en los huecos de añosos troncos, sin por eso despararrarlos en demasiados sitios.

Sus hermanas de los Estados Unidos son más desconfiadas: son unos pequeños *yankees* de cuatro patas

que tienen el instinto de los negocios y saben que contra los ladrones toda precaución es poca. Así como el avaro experimentado no mete todo su tesoro en el mismo escondrijo, así ellas, por cada nuez, por cada bellota que quieren guardar, practican una diminuta excavación que tapan después con una piedra ó con un poco de césped; y, llegado el invierno, con memoria segura é infalible, encuentran una á una todas aquellas cosas que hace meses escondieron. El articulista del *Harper's Magazine* ha visto muchas veces ardillas abrirse paso al través de una capa de nieve de un pie de espesor y volver á salir luego con una nuez entre los dientes.

Todas esas medidas de previsión están plenamente justificadas. Las ardillas no han resuelto, como las marmotas y los lirones, el problema de la vida barata. Durmiendo durante toda la estación en la que los alimentos son raros, y no teniendo el privilegio de librarse por medio de un prolongado sueño de los rigores de una completa abstinencia, veríanse, por ser frugívoras absolutas, condenadas á morir de hambre durante los largos meses del invierno, si con tiempo oportuno no tomaran precauciones para librarse de la carestía; así es que, siguiendo el ejemplo que les dan los ratones, sus próximos parientes, tienen mucho cuidado en llenar de provisiones sus abundantes graneros.

Por lo demás, no es ésta la única semejanza que con los ratones presentan los más temibles caudillos de las pandillas de que se compone la tribu de los roedores,

pues, como éstos, tienen las ardillas la pasión por los viajes. Los estragos causados por las bandadas de ratones que desolaron la Europa en el siglo XVIII han sido reemplazados en el otro lado del Atlántico por las invasiones de ardillas. En 1749 los colonos de Pennsylvania se vieron obligados a defenderse con implacable energía de estos animales, que cuando se muestran en escaso número son agradables visitantes, pero que se convierten en verdadero azote cuando se presentan formando cuerpos de ejército. Las autoridades de la región invadida gastaron más de doscientos mil francos en premios, pagando treinta y un céntimos y medio por cada cabeza de ardilla. Los invasores devastaron completamente todos los cereales del país que no habían sido recolectados, pero pagaron muy caro este atentado contra la agricultura, pues dejaron seiscientas cuarenta mil víctimas en los pavimentos de los graneros (1).

Las más recientes invasiones que han ocurrido en determinadas regiones del territorio del Oeste de los Estados Unidos, durante la primera mitad del siglo XIX, han tenido algunas veces funestas consecuencias para los sembrados de maíz; pero hay que tener en cuenta que no han sido reprimidas con implacable severidad. Cada cinco años, aproximadamente, entraba en campaña un verdadero ejército de ardillas; atravesaba los prados, los bosques y las montañas; ningún obstáculo bastaba para detenerlas: pasaban á nado el Niágara, el Hudson, el Mississippi y sólo se detenían de cuando en cuando para devastar algún campo de cereales repleto de abundante cosecha. A pesar de todo nadie pensaba en renovar las matanzas de 1740. Cada temporada la invasión disminuía visiblemente. Las ardillas se arrojaban en los ríos sin conocer siquiera los primeros rudimentos del arte de la natación; así es que centenares de ellas perecían ahogadas al pasar los grandes ríos de América, y las que podían alcanzar la orilla opuesta, llegaban en tal estado de extenuación y abatimiento que era muy fácil cogerlas con la mano. Algunas había que, agarrándose en los escombros flotantes en el agua, se dejaban llevar por la corriente. Esto dió origen á la leyenda que supone que las ardillas representaban ingeniosos canoeros, que para dirigir sus canoas sabían aprovechar los caprichos del viento y se servían de su cola como si fuera una vela. La imaginación popular había tomado por experimentados navegantes á los infelices naufragos asidos á una tabla de salvación con la energía del desesperado. Por último, después de dejar los invasores la mayor parte del contingente en el fondo de los ríos, reducidos á algunos centenares de sobrevivientes y rendidos por la fatiga, se perdían en los montes Alleghany.

Las ardillas tienen horror á la promiscuidad, pero á pesar de ello no practican una rigurosa monogamia, pues viven más bien bajo el régimen de la unión libre y temporal. Desde que el período de la gestación ha em-

pezado, la hembra se vuelve áspera y desagradable y despide al esposo, y no tan sólo lo expulsa del nido común sino que ni siquiera le permite que se encarama en el árbol donde fija su residencia. Estas precauciones, que tal vez parecerán excesivas, están en el fondo perfectamente justificadas; la madre tiene graves motivos para temer que los pequeñuelos sean asesinados, pues á veces acontece que los padres dan muerte á su progenitura. Ugolino tiene discípulos en los corpulentos árboles del Nuevo Mundo, pero afortunadamente esta criminal costumbre no se ha extendido entre las ardillas rojas del antiguo Continente.

Las hembras pardas de América son buenas guardianas, pues no vacilarían en valerse de las garras y los dientes para rechazar al imprudente que se arriesgase á subir al árbol donde crían la prole; pero raras veces se ven obligadas á valerse de la violencia para hacer respetar su derecho de propiedad, que parece estar consagrado en el código de las ardillas.

Durante un mes, la madre agota sus fuerzas para alimentar con su leche á los pequeñuelos, que casi siempre son en número de cuatro. Sus ojos están todavía cerrados, su piel es de color rosado y su pelo tarda en nacer. En cuanto empiezan á sentirse con fuerzas suficientes la madre les acostumbra poco á poco á alimentarse de frutas que tiene el cuidado de masticar antes de introducir las en la boca de los pequeñuelos.

Después de esto empieza la educación. No se crea que de la noche á la mañana puedan formarse aquellos pequeños acróbatas. Los vecinos pueden asistir á aquellos ejercicios, pero con la condición de no inmiscuirse para nada en las lecciones que la madre quiere dar sola, sin el concurso ni los consejos de los indiscretos.

Cuando los pequeñuelos hacen los primeros ejercicios, por lo común suelen ser muy tímidos. A veces no se atreven á pasar sobre una rama horizontal que se agita un poco; entonces suplican á la madre que no les conduzca más allá, y con las patitas traseras se le abrazan al cuello de tal modo que parecen niños. Sus súplicas son rechazadas con gran dulzura, pero si se obstinan en no querer arriesgarse á pasar por el puente porque no lo juzgan bastante sólido, acaban por sufrir una fuerte corrección maternal.

Desde el momento en que nace en ellos la confianza, hacen rápidos progresos, y al cabo de quince días ó tres semanas, los pequeños acróbatas, que tan tímidos son al principio, en un abrir y cerrar de ojos han aprendido á encaramarse á lo alto de un árbol, á saltar de rama en rama, á columpiarse graciosamente suspendiéndose con una sola pata de un retoño del grueso de un hilo; en una palabra, á ejecutar los juegos de alta escuela que su estado permite.

Abandonados á sí mismos, utilizan en sus juegos las habilidades que les ha enseñado la madre. Tienen la costumbre de mantenerse casi siempre en una posición vertical, y sus juegos se parecen mucho á los de los niños. Las ardillas rojas de los bosques de Europa tienen una vocación especial por el pugilato, mientras que las ardillas grises de América prefieren la lucha á la manera de los atletas de la antigüedad. Tan sólo en los momen-

(1) Tomamos estas noticias del *Harper's Magazine*, pero el autor del *Vom Yels zum Meer*, fundado en el testimonio de Brehm, afirma que esta cantidad resulta inexacta y debe ser doblada.

tos de reposo dominan en ellas los instintos peculiares de la raza, y es difícil formarse idea exacta de la gracia de estos animalitos, que pasan muchas horas del día peinandose la cola unos á otros con sus garras, que les sirven de peines naturales.

Las ardillas son muy amigas de vivir en compañía del hombre. En los jardines del capitán Hill de Richmond y en la mayor parte de las grandes ciudades de América toman la comida de manos de los paseantes con la familiaridad, casi podríamos llamar descaro, de las palomas de Venecia. En los parques de propiedad particular se muestran algo más reservadas, y su simpatía, en este caso, no es tan general, pues, á juzgar por su comportamiento, parece que forman parte de la familia, y en su consecuencia, manifiestan cierta desconfianza hacia las personas que no frecuentan la casa. Las ardillas que vivían al pie de las ventanas del doctor Phillips, no tan sólo conocían al dueño de la casa, sí que también á sus hijos, á los criados, á los caballos y á los perros. Cada día, á la misma hora, se presentaban en el reborde de

las ventanas á tomar la comida que se les daba, y si el festín tardaba en venir, llamaban dando golpecitos al cristal. Si no veían en el interior de la habitación ninguna cara desconocida, comían con completa tranquilidad, pero si algún visitante forastero se presentaba detrás de los cristales, hufan rápidamente, teniendo, empero, buen cuidado de llevarse consigo el mayor número posible de provisiones. También manifestaban la más viva inquietud cuando veían entrar en el patio algún gato ó perro que no fuese de la casa.

La prudencia no les privaba de sentir por todo la más viva curiosidad. A poca distancia de las habitaciones del doctor Phillips había algunos obreros que construían un edificio. Cada día, en cuanto los obreros abandonaban el trabajo para ir á comer, una docena de ardillas se encaramaban por los andamiajes, para examinar lo que se había hecho por la mañana. En el fondo de cada uno de estos animalitos se encuentran, sin duda, las aptitudes de un inspector de trabajos públicos.

G. LABADIE-LAGRAVE.



NUESTROS GRABADOS

INDECISIÓN...

CUADRO POR J. AGRASSOT

De consulta están las dos señoras que, en trajes de comienzos del siglo, ha pintado el artista valenciano J. Agrassot en el cuadro que reproducimos en grabado. Tras de la lectura de la carta que habrá hecho una de ellas, tócale á la otra dar su contestación, pero bien se ve que se halla indecisa y que vacila en su respuesta. Todo se le vuelve abrir y cerrar el abanico, escuchando las observaciones de su amiga, que parece mostrar cierto empeño en obtener una contestación decisiva. ¿Es acaso carta de algún amante que no haya logrado ganar por entero el corazón de la dama irresoluta? Así parece deducirse de la expresión de su rostro, tan lejana de la complacencia de la que da el sí en negocios de amor, ruborizándose, pero á la vez con toda su alma. Las dos figuras están dibujadas con suma espontaneidad y con galanura; son ambas expresivas, naturales sus actitudes y bien hallados los detalles de los trajes, que habrán sido sacados indudablemente de viejos vestidos que el autor guardaría en sus talleres entre casacones, sombreros de tres picos, bordados y chismes de la antigua indumentaria. Tiene además este cuadro un carácter español castizo, señalado principalmente por los tipos de las dos señoras.

ATISBANDO...

CABEZA DE ESTUDIO POR E. LÖVENTHAL

Expresivo es el rostro de la apuesta dama que entre un cortinón ha pintado el artista E. Löventhal, en el momento de atisbar lo que estará pasando no lejos de ella. No la inquieta mucho, á buen seguro, lo que trata de averiguar, puesto que su cara antes se muestra risueña que adolorida. Será asunto de mera curiosidad ó tal vez coqueteo para presentar su lindo palmito encuadrado por la rica y tupida estofa del cortinón. De pretexto le sirvió al artista el tema para mostrar su garbo en el manejo del pincel, ya en los pliegues de la colga-

dura, ya en pormenores del tocado de la dama, y más principalmente en su rostro, de líneas correctas, bien dibujado, con una expresión finísima que no destruye ninguna de sus bellezas, puesto que es bien sabido que la expresión exagerada, así de la alegría como del dolor, destruye la pureza clásica de la forma, por la cual la evitaron con empeño los escultores helénicos en sus más celebradas estatuas.

SANTA CECILIA

GRABADO POR G. HEUER

Pertenecía santa Cecilia á una familia patricia de Roma. Instruída en el Cristianismo, obligáronla sus padres á que se casara con el joven Valeriano, que no compartía sus creencias religiosas; mas la noble dama no tardó en convertirle, lo propio que á Tiburcio, su cuñado, y á un oficial de nombre Máximo. Fueron los últimos presos y condenados á muerte como cristianos. Cecilia sufrió la misma suerte y murió mártir con la firmeza y serenidad más admirables. El nombre de Santa Cecilia figura desde mucho tiempo en el rezo de la Santa Misa. La iglesia construída bajo su advocación en Roma, *in Transtevere*, es el título de un cardenal presbítero. Los músicos la tomaron por patrona, porque al cantar las alabanzas del Señor, dicen las actas de su martirio, unía con frecuencia la música instrumental á la música vocal. La gloriosa Santa ha inspirado repetidamente á los artistas. Rafael, el Dominiquino, Carlo Dolce pintaron con rasgos celestiales su imagen: el Donatello esculpió un busto de esta mártir, en bajo relieve, de una admirable delicadeza: la *Oda á santa Cecilia*, de Haendel, es modelo de grandiosidad y de sublime inspiración. En los modernos tiempos, distintos pintores han presentado á Santa Cecilia en el momento de alabar á Dios por medio del canto y del órgano. Tal ha hecho el autor del grabado, que insertamos en este número, en el cual brillan por su misticismo é idealidad la hermosa imagen de la Santa y los coros de ángeles que bajo su acompañamiento entonan divinos cánticos.

LA NOBLEZA ROMANA FELICITANDO EL AÑO
NUEVO Á LOS CARDENALES

CUADRO DE TOMÁS MORAGAS

El distinguido artista catalán Tomás Moragas tomó por asunto del cuadro que reproducimos una antigua y respetuosa costumbre que se conserva en Roma. El día primero de año los nobles romanos, entre los cuales, como no ignoran nuestros lectores, figuran familias que en lo ilustres igualan si no aventajan á las de más elevada estirpe de Europa, acuden á felicitar á los eminentísimos purpurados que viven en la ciudad pontificia. Esta práctica es homenaje tributado á los insignes varones que ocupan los primeros puestos en la jerarquía de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, á la vez que un acto de firme adhesión á la Santa Sede, representada

en aquella ocasión por cada uno de los individuos del Sacro Colegio. Aun cuando esta costumbre reviste siempre gallarda magnificencia, el pintor catalán, para imprimirle aún mayor riqueza y para hallar mayores ocasiones en que hacer gala de su pincel elegante y de su colorido armonioso, la colocó en los últimos años del siglo pasado ó primeros del actual. El cuadro, por su agrupación, por las figuras de los cardenales y de los nobles, que visten bordados casacones, por el esplendor arquitectónico de la escenografía, recuerda las obras en que hizo más alarde de sus portentosas cualidades el malogrado Mariano Fortuny, de quien fué amigo íntimo y carísimísimo Tomás Moragas. Esta acuarela fué adquirida por Mr. Aguen, que la guarda como oro en paño en su casa de Londres, entre otros trabajos pictóricos de los artistas contemporáneos de mayor renombre.





¡PASIÓN!

NOVELA ORIGINAL

DE

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

I

El nacimiento de doña Blanca fué motivo de grandes fiestas para muchas familias de Córdoba.

¿Sabéis por qué?

Porque la madre de doña Blanca, una doña Leonor de Santisteban y Villapando, de muy noble cuna y de mucho orgullo por sus pergaminos, habíase maleado con la suerte, y clamaba á Dios y á la Virgen y á todo lo que había que clamar, porque la dichosa suerte no le dió hijos.

La iglesia de Santa Marina, de la cual hablaré cuando precise, era siempre un puro jubileo de cirios encendidos, de cánticos, de novenas, todo costeado por la inconsolable doña Leonor, para que los cielos piadosos se dignaran concederla fruto de bendición.

El marido era un hombre á la *pata la yana*, como ahora se dice para hablar de un gran señor de muchas campanillas que, no obstante el jaleo de repique que puede armar con ellas, está siempre retraído y no se da lustre y es modesto.

El marido de doña Leonor era, en fin, un noble muy *noblaço*.

La aflicción de su atildada esposa llegó á contagiarse al bonísimo del caballero; en un

principio se consoló, pensando que el hijo vendría más pronto ó más tarde; pero se inquietó mucho á los tres años de matrimonio, y á los nueve sus alarmas eran terribles. Últimamente empezó á sufrir también, formando entre los dos un eterno dúo de jeremiadas, para oído, más bien que para que se explique, aunque el lector, á la verdad, no creo yo que desee la audición de tales músicas.

Casi todas las familias nobles de Córdoba tenían parentesco, próximo ó lejano, con los muy nobles, y muy ilustres, y muy altos, y muy poderosos, don Hernando Máinez de Carrillo y Lara y doña Leonor de Santisteban y Villapando, señores del pueblo tal y de la villa cual, con grandes patronatos y con muchos privilegios del señor rey, y con enterramientos en varias iglesias.

Eran muy amados, además, los grandes señores, por la gente plebeya, y motivábase el amor por sus muchas dádivas y continuos y muchos ejemplos gloriosos de caridad.

Esta simpatía que los señores Máinez y Carrillo inspiraban, hizo que los demás llegasen á sentir su pesadumbre igual que ellos.

Figuraos, pues, con lo que dije, lo que sucedería en el corazón de doña Leonor, en el de don Hernando y en el de todos los cordobeses de su parentela y de su amistad, cuando maese Luis, el señor médico, viejísimo, muy experimentado en la ciencia de la obstetricia, se acercó una tarde, allá entre dos luces, á Pericón Lobato, y le dijo calándose los anteojos:

— Señor Lobato, vuestros servicios desearía.

— ¿Y para qué desea mis servicios el buen maese? preguntó Pericón Lobato, adusto y cariacontecido, como siempre se encontraba.

— Pues para que corráis, al señor, á decirle de mi parte que hay nuevas gravísimas.

Pericón Lobato, de cuyo físico diré algo más adelante para que le conozcáis bien, saltó entonces de pronto, para interrogar de nuevo afanosamente:

— Y esas nuevas ¿se refieren á mi señora doña Leonor?

— Pues á la misma.

Corrió el otro en busca de su señor en oyendo esto; salió el señor, no permitiéndole su impaciencia esperar á maese Luis, y cuando estuvieron solos exclamó el médico súbitamente, dándose á la par un gran porrazo en un carrillo, costumbre del sabio cuando sus preocupaciones eran muy hondas:

— Me atrevo, al fin, á asegurarlo, mi señor: la señora está en cinta.

Entraba doña Leonor en el aposento cuando el médico dijo lo que ya oísteis; y cuando lo oyó ella, lanzó un ¡ay! de felicidad; á esta exclamación, la casa de los señores Máinez y Carrillo se convirtió de repente en una casa de locos. Doña Leonor se desmayó de alegría; don Hernando se echó á llorar y abrazó á uno de sus escuderos, bigotudo como un diablo, y le besó tiernamente en la boca sin saber lo que hacía—tal fué la turbación y aturdimiento que le puso la fausta nueva;—los pajes corrieron dando tumbos de acá para allá; las dueñas chillaron de alborozo, como ratas pisadas; la noticia bajó de las habitaciones superiores á las inferiores como un relámpago; se posesionó de toda la servidumbre, que dió gracias á los cielos, en grande y ruidosa gritería; de la tropa menuda de abajo, salió la noticia á la calle, se metió por los casucos de la vecindad, corrió por los balcones, por los patios, por las ventanas, fué de una calle á otra, de una plaza á otra, se extendió, se ensanchó, se multiplicó, llenó todo el barrio de Santa Marina, primero; toda la Ajerquía alta seguidamente, toda la Ajerquía baja después, y toda la población á lo último: acudieron los vecinos, felicitando á los señores en coplas alusivas; acudieron los deudos con lágrimas de alegría en los ojos por la emoción de la agradable nueva; al médico se erigió en Dios, dentro de la casa, de donde ya no debería salir, mientras doña Leonor no saliese de su cuidado; las gracias á la Virgen y á Dios redobláronse, con limosnas á los pobres, mantos á las Vírgenes de los templos, funciones religiosas de gran aparato, y así llegó el noveno mes, y así dió á luz doña Leonor de Máinez y Carrillo un ángel rubio como las candelas, bello como las ilusiones, y este ángel fué doña Blanca.

Ya sabéis por qué el nacimiento de doña Blanca fué motivo de tan grandes fiestas.

No quiero detenerme aquí para hacer la historia de la infancia de esta niña.

Saltaré de pronto á cuando tuvo quince años, para deciros que era todo lo hermosa que desde niña prometió, y eso que, desde niña, los vates cordobeses la hacían versos, de alguno de los cuales traigo á colada en esta hora un fragmento, porque me parece oportuno:

Los días pasarán. Tú habrás crecido;
serás hermosa, esbelta... Las mujeres,
con relación al físico mirado,
por lo que son, revelan lo que han sido,
como en tí se contempla revelado
lo que has de ser por lo que ya hoy eres.

Vates habrá que verterán tesoros
de sublime armonía;
te ensalzarán en cánticos soneros;
y tantas galas hallarás en ellos,
como al contarlas, hebras contaría
tu brillante corona de cabellos.

Entonces tenía doña Blanca nueve años; cuando tuvo trece fué un asombro, y un año después, es decir, cuando no cumplió quince años aún, habían tañido ya debajo de sus balcones muchas vihuelas y se habían cantado muchas coplas, á las que siempre se mostró con una adustez y un ceño que espantó y puso carne de gallina al más decidido galán.

Muchas querellas hablanse resuelto ya también, debajo de aquellos balcones, entre enamorados furiosos, y siempre quedó el asunto concluido con la muerte de uno de los dos, que era después encontrado por la ronda. Hacía sudar la dichosa doña Blanca al corregidor y demás gente de justicia, porque nadie se atrevió nunca de frente ni por la espalda con la tremenda notoriedad, y el valimiento, y el poder de la familia de Máinez y Carrillo, amén de que nunca doña Blanca dió pretexto tampoco con una mirada ni con una sonrisa y no alentó jamás á ninguno, mostrándose en todas ocasiones con la adustez, seriedad y el recatamiento que á una doncella de su rango y de su nombre ilustre correspondía.

No vayáis á creer que era doña Blanca una arrogante moza cuando tenía quince años; póngase muy lejos de ese punto quien tal haya entendido.

Era regular su estatura, delgada, sin ser raquítica; hallábase en ese período de metamorfosis entre la niña y la mujer; pero se adivinaban allí los encantos, los misterios, los tesoros, en fin, de la rica savia oculta aún, como el botón de la rosa que todavía no se ha roto.

Viendo el cuerpo de doña Blanca, pensábase en la niña, sintiéndose el hombre con el influjo que una niña puede al alma inspirar.

Viendo su rostro y su mirada, sentíanse todos los profundos respetos que una mujer puede producirnos.

Había en los ojos de esta mujer, ó de esta niña, arrogancias, orgullos, inocencias, pudores... ¡Oh, conjunto extraño y bello! Eran grandes sus ojos, grandes y de un celeste oscuro que hacía pensar en el cielo cuando se nubla; pestañas larguísimas, arqueadas; nariz de correctísimo dibujo, un poco grande, cesariana; boca pequeña, firme, vigorosa.

Un aficionado á los símiles hubiera dicho que Grecia y Roma se unieron en un fuerte abrazo, besáronse hasta confundirse, y del estallido de aquel beso salió doña Blanca. En su frente, en sus ojos, en la dulce armonía de su cabeza gentil, coronada de cabellos rubios, velanse las espirituales y graciosas alegrías de la escultura helénica; en su boca y en su nariz, la arrogancia, la altivez, la bravura, el materialismo vigoroso y puro á la par de los soberbios hijos de la Loba.

Su cabeza adornábase hacia la frente por un enmarañado monte de cabellos, como la espuma dorada de un mar de oro; peinábase después los cabellos hacia atrás, lisos y brillantes, hasta recogérselos en la nuca, artística y desaliñadamente, en una cinta de plata. Este peinado,

extrañísimo entonces, y tan común ahora en las mujeres de Andalucía, daba á su rostro juvenil un sello de gracia, de dulzura y atrevimiento, que aumentaba el contraste que se advertía en la persona de mi doña Blanca.

Con todo lo que os he dicho, y á propósito de contraste, debo añadir que doña Blanca era morena, de un moreno claro, muy suave, muy puro, igual, dulce, y podéis figuraros lo que contrastaría este color moreno con el dorado de su cabeza y con el celeste de sus ojos.

Ya conocéis á doña Blanca, en su físico, por lo menos; moralmente nada de mi heroína os digo: los lances famosos de esta verídica historia os harán comprender el alma de la hija de los Máinez y Carrillo, y para no detenerme en detalles circunstanciados, os hablaré ahora de un sujeto muy principal y muy digno de salir á la escena cuanto antes.

II

La edad que ya dije tendría doña Blanca.

No obstante los inmensos conflictos de amor que con su hermosura había causado, no sabía lo que tal pasión era.

No vayáis á creer por esto que doña Blanca no amase... Amaba, pero á su modo; sentía el amor como ella lo comprendió siempre; tranquilo, suave, sin apasionamientos, sin locuras, y muy pronto conoceréis al hombre de su amor, un don Fermín de Santisteban, primo suyo, por parte de madre.

Ahora me reduzco á deciros, volviendo á lo otro, que, según la fama, no sabía lo que era amor, ni lo supo en algún tiempo todavía.

Lo que hay en todo es que una tarde de Octubre llegaba doña Blanca de pasear por los alrededores de Córdoba. Habíala acompañado un escudero solamente, aquel Pericón Lobato que casi la vió nacer: la amaba con idolatría, y don Hernando tenía siempre junto á la joven, cuando ésta iba al templo por las mañanas, ó á paseo por las tardes, como único y fiel guardián, muy parecido ciertamente á un enorme perro de presa.

Salió á caballo la dama con el viejo mastín.

Apenas embocaron, de vuelta de su excursión, por la calle Ancha, donde don Hernando vivía, contuvo dificultosamente Pericón Lobato un gruñido feroz.

—¿Qué hay, viejo? preguntó doña Blanca distraídamente.

—Algo que yo no sé, mi señora, contestó él, como en un ladrado; tengo buen olfato y á novedades me huele.

Él no pudo explicárselo nunca... Pero, aunque estaba distante aún el gran portalón de la casa de los Máinez y Carrillo, un cierto olor á novedades desabridas metiósele por su chata nariz de podenco, se le encrespó el gran bigote, y cuenta la historia que las cejas se le erizaron también, unas enormes cejas que parecían otros dos bigotes, cuyos vellos eran, perdonándoseme la comparación, sendas plumas de puerco espín caídas hacia abajo.

Con aquel olorcillo que le dió á mi hombre, inconscientemente sin duda, pero como si adivinase de pronto un peligro para su ama, espoleó al caballo con dureza, relinchó éste, y plantóse en dos saltos delante del portalón.

Metiéronse seguidamente por allí caballero y caballo; no se sabe qué indicio tuvo Pericón para creer con certeza que las novedades existían. Lo que se sabe es, que se apeó furioso y tiró las riendas, como quien dice, á la cara de un lacayuelo, que intentó escurrir el bulto, temeroso de que Pericón Lobato pagase con él cosas atrasadas, de que siempre tenía el primer escudero buena dosis.

Se volvió Lobato como una fiera y encogió la nariz, como si husmease, para adquirir el convencimiento de que podía permanecer tranquilo.

Asomaba ya la cabeza la cabalgadura de doña Blanca por el enorme portalón que dió paso antes al terrible cancerbero; dirigíase éste á tener el estribo á la gentil y adusta doncella...

Pero detúvose de pronto, al sentir el ruido de unas muy fuertes pisadas que provenían de allá, del oscuro fondo, en dirección de la descomunal y vetusta escalera del edificio.

Quedó sin apearse doña Blanca, por no tener á Pericón Lobato, como de costumbre, para que la ayudase.

—Pericón, dijo severamente. ¡Vamos!

Pero el viejo habíase dirigido como una furia para la persona de las fuertes pisadas, cuya silueta no se distinguía aún, por confundirse en la vaga penumbra del techado, á la claridad dudosa de la mortecina tarde.

Avanzó la persona desconocida hacia Pericón Lobato, con la misma rapidez que iba á encontrarle el otro, y no dice la historia cómo se detuvieron, no dando un encontrón, al estorbarse mutuamente el camino para continuar.

—Y ¿á quién buscáis vos, señor mío? preguntó Perico Lobato agriamente, cuando se detuvo delante de la persona.

—Y vos ¿tenéis derecho á preguntar en este tono y con esos ademanes?

—Derecho me da quien puede, para arrojaros á la calle, si no contestáis pronto.

—Lo podéis intentar.

Dijo esto el hombre de una manera tan fría y grave, que desconcertó verdaderamente al mastín.

Doña Blanca pareció titubear y como si no se atreviese á intervenir en aquella discusión, que podría tener mallísimas consecuencias.

Efectivamente. Se anubló su ánimo en viendo al hombre; se le puso la idea de pronto en los osados rondadores nocturnos, y en que podría ser el desconocido otro más osado aún que entraba en su solar, ganoso de conquistarse afectos de sus dueñas y rodrigones y sabiendo que ninguna persona de su sangre le pondría impedimento á la entrada.

Hizo doña Blanca adelantar su caballo en esto, y Pericón se echó atrás; anduvo el desconocido hacia la joven, se quitó el sombrero, é hizo una profunda reverencia, que permitió contemplar por de pronto á doña Blanca un cráneo lustroso y pulimentado.

Viendo el escudero la calvicie del desconocido encogió la nariz, mientras el otro se inclinaba, y gruñó ásperamente:

—A muerto me huele; mal asunto: lo primero que vió mi señora de ese hombre, fué la calavera.

Era verdad; antes de haberse fijado la hija de Máinez y Carrillo en el rostro, ni en ningún otro detalle del extranjero, tuvo que contemplar la más lustrosa de las calvas, por la grave y lenta inclinación que aquél le hizo.

Cuando levantó la cabeza, las miradas de los dos se cruzaron; la de ella, orgullosa, fría, con majestades y desdenes; la de él, fija, franca, inquisitorial, con asombros y vacilaciones.

—¿A quién buscáis, señor? preguntó doña Blanca con mesura y gravedad de reina.

El desconocido pareció como deslumbrado un instante; quedó silencioso y vacilaba.

Como viese la joven que no obtenía respuesta, prosiguió así:

—Mi padre, don Hernando, salió para Aguilar hace tres días; volverá esta noche.

Miró de arriba abajo al desconocido, y añadió luego más confiada al parecer:

—Mi madre está enferma, aunque no de peligro, y no os recibirá; decidme qué queréis, de parte de quién sea, y yo me encargaré de vuestro mensaje.

No obstante la prevención que el desconocido creyó notar en los ojos de doña Blanca, su voz era dulce, argentina; era una voz que contrastaba grandemente con la dureza y la frialdad de aquellos ojos.

—Gracias os doy, señora: tuve ya el honor de saludar á vuestra madre.

—Os felicito, caballero, contestó la joven friamente, pues nunca pensara que á doña Leonor hubiesen dado barruntos de recibir visitas esta tarde.

—Yo acepto la felicitación, repuso el sujeto inclinándose profundamente; la admito ufano. por el motivo de ella y por la dama que me la dirige. Doña Leonor fué bastante noble y buena para atender á un humilde y oscuro hidalgo; me honraré mañana viendo al señor Máinez y Carrillo, para quien traigo pliegos del señor rey don Felipe.

—¡Ah! exclamó doña Blanca con viveza, sois un mensajero del rey.

—No sé qué deciros, señora, para decir verdad.

—¿Os explicaréis?

—Pliegos de S. M. traigo para el señor Máinez y Carrillo, vuestro padre, pero el rey no me los dió; entregómelos el señor secretario universal, para que los trajese á revienta caballo, y con súplica de que aprovechara los segundos.

El desconocido acentuó mucho la palabra súplica, y la joven le observó entonces con más fijeza; sintióse con un punto de curiosidad ante una persona á quien el soberbio secretario del rey suplicaba.

Con la mirada escrutadora tomó bien su imagen, que era de este modo, según copia fiel del párrafo de una carta que, algunos meses más tarde, escribía la primogénita de los Máinez y Carrillo, á su prima la abadesa del convento de Santa Catalina de Málaga.

El párrafo de aquel notable documento, referente al desconocido hidalgo de que ahora se trata, decía así:

«Yo creí, señora prima de todo mi afecto, que el desconocido fuese uno de estos galanes flaco de seso y de corazón; mas me tranquilicé luego que le reconocí por persona extraña; su edad, que sería de treinta y ocho á cuarenta años, me tranquilizó también y muy mucho y principalmente la convicción que al instante tuve, de que me hallaba ante persona forastera.

»Creyéndome ya obligada por lo mismo, acerquéme al extraño para arrancarle de las uñas del bueno de Pericón; cruzado que hube mi palabra con él, quedéme observándole; conven-

címe de que su edad era la que ya sabéis: tenía barba que empezaba á ser gris y fino bigote: frente grande, despejadísima, prolongándose hacia atrás por la enorme calva de su cráneo, brillante como el marfil; era la nariz regular, sin esos rasgos que anuncian altivez, nobleza ó valor; los labios gruesos, los ojos pardos, grandes, tristes; la estatura mediana, el continente severo, el atavío de viaje, ajado y lleno de polvo. Conoci presto que al entrar en Córdoba llegó el hidalgo en busca de mi padre para entregar los pliegos del rey ó del señor secretario, y que no quiso siquiera detenerse á pasar por la posada.»

Así concluía el párrafo de referencia, por el cual habéis conocido fielmente al mensajero del rey.

Después de cruzar algunas otras frases de cortesía y de quedar el hidalgo en volver á la noche para el desempeño de su cometido, dijo á la joven gentilmente que le besaba la mano; contestóle la dama que le guardase Dios, se inclinó el hidalgo de nuevo, fué, descabalgó doña Blanca y se dirigió á su habitación, sin acordarse á poco para nada del hidalgo portador de los pliegos.

(Continuará).



Impertinencia.—Historia sin palabras

POR APELES MESTRES



1



2



3



4



5



6



7



8



9



10



11

1892



Durante muchos años, poco más ó menos hasta 1860, Francia compraba los juguetes al extranjero; Nuremberg, el Tirol, Bélgica y Suiza, le proporcionaban estos productos. Hoy día la industria de juguetes es una de las más importantes de París; así es que esta ciudad manda á toda Europa muñecas articuladas, conejos mecánicos, pistolas, fusiles, cocinas, juegos de croquet, teatros, linternas mágicas, polichinelas, bolos, animales, globos de caucho, soldados de hoja de lata, que han sustituido en el mercado á los tan conocidos soldados de plomo. Sin embargo, los alemanes continúan invadiendo los mercados franceses con sus arcas de Noé, casas de fieras, paisajes de abetos barnizados, cajas de música, acordeones, armónicas y herramientas de carpintero. Estos juguetes tienen un aspecto vulgar y están pintados de un modo grosero, sin gracia, pero los venden á un precio muy bajo.

A pesar de que la importancia de estos objetos indudablemente perjudica á los franceses y les sería muy provechoso bajo todos aspectos combatirlo, esto no obsta para que la industria de los juguetes tome cada día mayor extensión en Francia. En Montreuil y en Saint-Maurice hay fábricas de cerámica dedicadas exclusivamente á la construcción de cabezas de porcelana para muñecas de lujo, y los mismos alemanes van á comprar las graciosas figuritas modeladas por M. Carrier-Belleuse ó por otro de los escultores de la vecina República. Al lado de estas magníficas muñecas se encuentran también en el mercado otras baratas, pero naturalmente menos elegantes. Si se quiere distinguir cuáles proceden de la industria francesa y cuáles de la alemana, no hay más que agitarlas; la obrera parisiense acostumbra llenar el interior de las muñecas de piedrecitas, y los movimientos que éstas hacen desarrollan entre los niños la afición á la vivisección, es decir, á romperlas.

Un obrero parisiense fué el que tuvo la idea de sustituir el plomo por la hoja de lata en la fabricación de soldados. ¿Dónde pensarán ustedes que este industrial, que produce cerca de cinco millones de guerreros cada año (un ejército capaz de cercar á todos los de Europa), toma la primera materia? Pues emplea las abandonadas cajas de sardina que el trapero recoge entre los montones de basura de las calles. Estas cajas van á parar todas en casa de un especialista de Buttes-Chaumont, quien por medio del fuego separa el estaño de las soldaduras de las placas de hoja de lata. Estas placas sirven para fabricar arandelas de farolitos venecianos, cuando no son bastante anchas para que puedan cortarse en ellas vagones de ferrocarril, ranas saltonas, soldados ó bien caño-

nes de pistola. En Belleville hay una fábrica, de la que salieron los famosos *cric-cric*, (cuyo solo recuerdo parece que ensordece), que tiene empleados doscientos obreros en la fabricación de estos juguetes, de los cuales tan sólo Francia produce anualmente dos millones aproximadamente.

Las fábricas de equipos militares de Marais han luchado victoriosamente contra la importación belga y alemana. Ocupan gran número de mecánicos, de torneros, ebanistas, pintores, barnizadores y están provistas de grandes motores de vapor que ponen en movimiento las máquinas de estampar, cortar y limar los metales.

La fabricación de ruedas de plomo para juguetes mecánicos ocupa por sí sola varios talleres. Esta fabricación es muy sencilla: los obreros están sentados formando círculo alrededor de una mesa, y con la mano izquierda sostienen unos moldes de madera, en los cuales echan plomo fundido que se halla en unos recipientes que tienen cerca.

En París existen unas cuarenta fábricas destinadas á la producción de globos de caucho. La más importante de ellas produce anualmente 100,000 docenas, sin contar los bebés, los polichinelas y los animales de caucho.

El antiguo conejo blanco, sencillo y burlón que golpea suavemente cuando le arrastran con un cordel, sentado sobre un tamborcito, es de origen parisiense. Su construcción no se efectúa en grandes fábricas, sino en habitaciones de obreros en la calle de Beaubourg y en la de Gravilliers. La piel de aquel animalito está compuesta con los desperdicios de las peleterías y el carrito formado de cajones inservibles. Las ruedas se cortan de una pieza por la presión de un aguzado anillo de metal; el resto se saca de mangos de paraguas inservibles y con dos clavos se forman los ojos. Entre los obreros que se dedican á este trabajo los hay que tienen la especialidad de pulir los clavos para los ojos. Esos pobres conejos viven poco tiempo: la polilla los devora en los almacenes y los que de ella escapan perecen á manos de los niños. Francia consume anualmente ochenta mil juguetes de esta clase.

Los pequeños bomberos montados en velocípedos movidos por un hilo de caucho; los pájaros de papel que vuelan por el aire movidos por la fuerza centrífuga; el gran número de problemas y cálculos de todas clases; los trompos de rotaciones oscilantes; los autómatas tan maravillosamente compuestos; todos los juguetes destinados á ser rotos y destrozados rápidamente, realizan aplicaciones de la mecánica, de la física y de la industria; la electri-

ciudad y la fotografía han sido llamadas á contribuir á la construcción de juguetes de un modo inofensivo encerradas en cajoncitos de madera.

Por medio de cromógrafos de distintos colores pueden obtenerse centenares de pruebas de un dibujo á la pluma; pequeños teléfonos imitan á los grandes; diminutas y lindas locomotoras arrastran, silbando, un tren de muchos vagones entre gran humareda; *steamers* microscópicos serpentean en pequeñas vasijas de agua que remueven con su hélice. En fin, el mundo real ha sido reproducido en pequeño y transformado en juguete á un tiempo instructivo y de recreo.

Una de las innovaciones más ingeniosas es la del caleidoscopio-teatro. El caleidoscopio, como nadie ignora, está formado de un tambor horizontal abierto en su parte superior, que da vueltas con gran rapidez alrededor de una pirámide truncada llena de pequeños espejos. En el interior del tambor se coloca una tira de cartón, en la cual hay una serie de figuras pintadas que representan un personaje en todas las actitudes que constituyen la descomposición de un movimiento determinado, de manera que en cierto modo viene á ser el análisis de aquel movimiento, y dando un fuerte impulso al tambor, se hace la síntesis de aquellas actitudes; el espectador, que ve pasar todas las figuras con velocidad extraordinaria en los espejos que tiene enfrente, se forma la ilusión de que ve un solo personaje vivo y en movimiento. Este ingenioso juguete ha sido perfeccionado, trasladando la imagen reflejada sobre el pequeño espejo sin alinde colocado delante del caleidoscopio. Además, delante del espejo se pone una decoración que también se refleja en él y en cierto modo hace ver al personaje dentro de un cuadro ó escenario. De esta manera puede representarse un circo ecuestre con un clown que hace juegos de destreza, un río con una persona bañándose, una carrera de obstáculos, un jardín con niños que juegan. El espectador que mira el espejo al través de una lente contempla un diorama lleno de vida y animación.

Quando los muebles antiguos han sido invadidos

por la polilla, bastará para librarlos de ella darles una capa de barniz copal, cuidando de que este barniz penetre bien en los intersticios, para cuya operación se empleará una brocha. Es inútil que en vez de barniz copal se emplee la terebentina ó el ácido fénico, pues estas sustancias no producen ningún efecto sobre los parásitos que suelen atacar y destrozar los muebles de lujo.

Para librarse del mareo es conveniente aplicarse, antes del embarque, tres capas sucesivas de colodión resinado sobre la boca del estómago.

Si el viaje ha de durar muchos días, se lleva una pequeña provisión para reparar las resquebraaduras.

Para aprender á rezar no hay como viajar por mar.
—PROVERBIO INGLÉS.

Explicar un hecho no es más que deducirle de otro hecho inexplicable. —ROYER COLLARD.

Los que creen que el dinero lo hace todo, suelen estar dispuestos á hacer cualquier cosa por el dinero. —V.

Las mujeres nunca son más fuertes que cuando emplean por todas armas su debilidad. —***

Hay un gran secreto para ser breve ó lacónico, y es ser claro. —FLOURENS.

RECREOS INSTRUCTIVOS

VÉTE Y VEN

El jabón es una especie de *bú* para los niños, así sea de los príncipes *fantásticos* del Congo; pocos espantajos les causan tanto terror, sobre todo en invierno!!

Es una especie de electricidad *negativa*, por más que sean *positivos* los resultados de limpieza, frescura é

higiene que resultan del jabón si en él no se ha empleado grasa de cerdo, potasa cáustica ó algún otro ingrediente malsano que entra en la composición de los más finos jabones de tocador: supongamos, pues, que sea á base de glicerina, acaramelado y perfumado... pero ni por esas; el niño huye y llora, y si la casa es grande, difícil será que pueda hallársele, y más todavía

que venga junto á la terrible jofaina y á la dura servileta.

¿Cómo hacer para que se preste gustoso á una operación tan delicada y molesta? pues ofreciendo un blanquísimo terrón de azúcar de esos que parecen aglomeración de pequeños diamantes. El niño acude... se le limpia... se le entrega el terrón y he aquí terminada la pequeña tragicomedia de todas las mañanas.

Pues lo mismo puede hacerse con la jofaina y agua



limpia en donde sobrenaden varios fósforos de madera: se introduce un pedazo de jabón en el agua y los peces de madera huyen despavoridos: se sustituye el jabón por un pedazo de azúcar y todos los fósforos acuden al reclamo. Esta experiencia está basada en los fenómenos de capilaridad de los cuerpos: el jabón se disuelve y forma pequeñas corrientes divergentes que separan á las

maderitas de su foco: el azúcar absorbe el agua formando corrientes atractivas, y de aquí se deriva el va y vén de los improvisados peces en el líquido de la jofaina.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

MO-NE-DA

Solución al cuadrado:

R A T A
A T A R
T A C O
A R O S

CHARADA

A un amigo de la corte
de buen *prima* con *tercera*
un vicense (hombre del Norte
aunque al lector no le importe),
agasaja á su manera.

Es honrado; ¡bueno fuera!...
y aunque es cierto que usa *tercia*
no quiere emplear la *tercera*
según marca *tres primera*,
porque aborrece la inercia.

El *todo* lector, no es claro
porque más bien es espeso;
sano, así, así; nada caro
y en la despensa reparo
que está colgando muy tieso.

LONGA (Niza).

COMBINACIÓN

. L . . .
. A
. . . V . . .
. E
. L . . .
. . . A
D
. . . A .

Sustituir los puntos con letras, de modo que de cada línea resulte un nombre de mujer.

Comunicado por D. LUIS RINÉ, de Reus.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. *Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados todos los derechos artísticos y literarios. — IMP. ESPASA Y COMP.^a



LA VIRGEN Y EL NIÑO JESÚS

CUADRO DE JUAN LLIMONA



LA VIRGEN Y EL NIÑO JESÚS
CUADRO DE JUAN LLIMONA
Ayuntamiento de Madrid

7
cué
aut
dos
inji
defi
los
ant
Mr.
paz
hac
riza
nac
tad
dar
qu
tier
sad
Mr
qu
y e
Vic
que
fué
ma
Cas



MEMORÁNDUM

ALABÁBANSE los políticos que hoy forman el ministerio Gladstone, en Inglaterra, que con su advenimiento al poder quedaría apaciguada la cuestión de Irlanda. Saben bien nuestros lectores la agitación que este asunto ha producido en todo el Reino Unido, y cuán empeñados se hallan la mayoría de los irlandeses en conquistar para su país la mayor autonomía posible, y hasta una cierta independencia, formando federación con los demás Estados de la Gran Bretaña. Negar en absoluto á Irlanda fundamento en sus quejas sería notoria injusticia, mas de esto á admitir los procedimientos que la *Liga nacional* ha excusado, si no defendido abiertamente, para conseguir sus deseos, media grandísima distancia. Los excesos y los crímenes del *boycotting* trajeron consigo la represión que en Irlanda ejerció el gobierno anterior de lord Salisbury y del que fué principal ejecutor el intrépido Mr. Balfour. Creyó Mr. Gladstone, conforme hemos dicho, que al entrar en el poder el partido liberal todo sería paz y concordia entre Inglaterra é Irlanda; mas, por lo que acaba de suceder, esta paz se va haciendo ilusoria. Quéjense los irlandeses en general, y sobre todo los separatistas caracterizados, de que el gabinete inglés se muestre tibio en conceder el indulto á personas condenadas por delitos de los llamados agrarios, y aun cuando recientemente haya puesto en libertad á cuatro individuos condenados por homicidio de un agente de policía que llevaba un mandamiento de expulsión contra un colono, esto no les ha satisfecho lo bastante, antes quieren que la gracia alcance á algunos dinamiteros. Ante las hazañas de éstos en algunos paises, que tienen soliviantada la opinión contra ellos, el gobierno inglés se ha hecho el sordo á las expresadas reclamaciones. Sea por esto, sea por enemiga de algún extremado separatista contra Mr. Morley, secretario por Irlanda, según se le denomina en el gabinete británico, es lo cierto que la víspera de Navidad se produjo una explosión en Dublin, en la oficina central de policía y en lugar próximo al Castillo de la citada ciudad, residencia oficial del ministro secretario. Víctima fué de la explosión un desdichado agente, mas los autores no lograron sus propósitos, que sin duda se dirigían contra la persona misma de Mr. Morley. La explosión de la bomba fué terrible, rompió los vidrios de la biblioteca en la habitación del secretario, pero no causó mayores daños. Los dinamiteros, ó no pudieron colocar la infernal máquina más cerca del Castillo, ó creyeron que sus efectos destructores alcanzarían á él, aun en el sitio en que la

dejaron. ¿Qué va á hacer ahora el ministerio inglés? No es probable que se muestre débil hasta el punto de conceder lo que piden los separatistas respecto de los fenianos condenados por los tribunales. Quizás apresure la presentación del proyecto del *Home Rule*, de cuyo contenido no se tiene todavía exacta noticia, si bien se cree que no dejará satisfechos á los partidarios calurosos de la autonomía irlandesa. Entretanto Mr. Gladstone, que, como es sabido, ha traspasado los ochenta años, ha ido á buscar algún reparo á sus fuerzas en el sol y en el clima relativamente benigno, para un habitante de Londres, que reina en las playas de Biarritz.

* * *

La Cámara francesa ha rechazado el proyecto de tratado con Suiza, por no querer hacer rebaja en la tarifa mínima. De esto se ha deducido en seguida, lógicamente, que España nada tiene que esperar de la nación vecina, y que iba á continuar el régimen sustentado por M. Melé y los suyos. Los que lo aprovechan todo para hacer la oposición á un gobierno, cuando no pertenece á su agrupación política, sostenían durante el ministerio Cánovas que á las escasas ó ningunas simpatías que el partido conservador tenía en Francia era debido que no se llegase á una inteligencia económica. Añadían los mismos que esto sostenían que todo cambiaría de aspecto con la subida al poder del partido liberal ó fusionista. Y hete ahí que el señor Sagasta y sus amigos son llamados al Consejo de la Corona y que nos encontramos en la misma, mismísima situación de antes con la República de allende los Pirineos, y acaso todavía en peores condiciones, después de haber sido rechazado el proyecto de tratado con Suiza. Los periódicos más adictos al actual ministerio español manifiestan ya que después de aquella votación hay que renunciar á toda esperanza de que la Cámara francesa se muestre más benigna con nosotros. ¿Quién, pues, tenía la culpa de que no pudiese llegarse á un concierto económico con Francia? La mayoría de su Cámara, ni más ni menos, agrícola, ultraproteccionista y empeñada en cerrar el paso de la frontera á nuestros vinos, al intento de favorecer la producción vinícola del Mediodía de su nación.

* * *

Aunque algo calmada de momento la agitación producida en Francia por el asunto del Panamá, á causa de hallarse suspendidas las sesiones de las Cámaras, no deja de dar juego por esto aquella malhadada cuestión, siendo el tema de estos días la causa del fallecimiento del barón de Reinach. Sobre el particular reina aún la oscuridad más completa. El cadáver fué exhumado; el célebre Brouardel y otros médicos lo han examinado, inspeccionando sobre todo sus vísceras, mas á la hora en que escribimos estas líneas no han emitido dictamen. Díjose primero, según rumor público, que el barón había muerto envenenado, y se venía á indicar que no se había suicidado sino que se le había propinado el tóxico. Más tarde refirieron periódicos noticieros, que Brouardel había manifestado que no había descubierto en las vísceras señales de veneno metálico, pero que le faltaba practicar los experimentos necesarios para asegurar si había tragado ó no el difunto algún veneno vegetal. Posteriormente todo esto ha sido desmentido, porque Brouardel ha asegurado que no podía emitir todavía opinión fundada, si bien parecía indicarse que no se inclinaba á creer en un envenenamiento. Este acto, pues, del Panamá, no ha terminado, y aún puede dar origen á escenas que apasionen á la multitud, á la cual mantiene en constante excitación una parte de la prensa parisiense.

* * *

Malas nuevas nos llegan otra vez de la América Meridional. Por lo visto sus habitantes no han querido que transcurriese en paz el año memorable del Cuarto Centenario. La República Argentina es presa otra vez de la guerra civil, cuando empezaban á reanimarse sus negocios y

se abrigaban esperanzas de que podría mejorarse su situación financiera. La provincia de Corrientes alzó pendón contra el gobierno federal, y los insurrectos, que al principio eran pocos, fueron engrosando, y llegaron á derrotar á las tropas argentinas enviadas para reprimir la insurrección. Anuncióse por telegramas que publicó la prensa americana y europea, que el señor Marco Avellaneda había sido nombrado por el gobierno árbitro federal para dirimir las diferencias que existen entre aquél y los insurrectos de Corrientes. En este punto se hallan las cosas, ó mejor las noticias, si bien se teme que el señor Marco Avellaneda no habrá podido llevar á cabo su misión pacificadora. Hay que acoger siempre con reserva los telegramas que vienen del Sur de América, puesto que todos aquellos gobiernos ejercen el derecho de censura en la correspondencia telegráfica y únicamente dan curso á las noticias que les son favorables. Por otra parte, las que proceden del otro lado de los Andes reflejan muchas veces, no la verdad exacta, sino los deseos de los insurrectos, y por consiguiente son optimistas respecto de éstos.

* * *

La fabricación del pan ha preocupado al alcalde y vecinos de Madrid, y la enfermedad de la glosopeda, en el ganado vacuno, á las autoridades y pueblo de Barcelona. Los panaderos madrileños no querían hacer pan, del llamado francés, sujetándose á peso fijo, pretensión que el alcalde no quiso admitir fundadamente. Por fin se llegó á una avenencia, y hubo pan de todas clases y para todos los paladares. Más serio se presentó el asunto de la glosopeda, por contenderse acerca de si podía ser ó no perjudicial el uso de las carnes de reses atacadas de la enfermedad expresada. La Junta provincial de Sanidad opinó que eran dañosas, y por consecuencia las dos autoridades provincial y local dictaron disposiciones para que se ejerciera rigurosa vigilancia en los mataderos, al objeto de que no se consintiese la venta de carnes procedentes de reses enfermas. El asunto de las carnes merece ser estudiado seriamente. Hace tiempo que los mercados de Barcelona están mal abastecidos en este concepto, pues es de infima calidad la carne que en ellos se expende, además de tenerla que pagar muy cara los consumidores.

B.





SILUETAS MODERNAS

ROQUE BARCIA

DURANTE el período de la Revolución, que ya vamos dando al olvido aunque realmente está muy próximo, no pasaba una semana sin que los vendedores ambulantes de papeles impresos, atronasen los oídos de los habitantes de Madrid pregonando periódicos ú hojas sueltas, y añadiendo después del título, á guisa de reclamo: *escrito y firmado por Roque Barcia*.

Este nombre era, en efecto, un aliciente.

Al oírlo echaban mano al bolsillo en busca de los *dos cuartos*, no sólo los revolucionarios más avanzados, sobre todo la clase proletaria, que esperaban ver halagadas sus pasiones, sino muchos zumbones de la mesocracia, ávidos de reír las extravagancias del popular escritor, y algunos literatos que, prescindiendo del fondo buscaban la animación pintoresca de la frase, los giros atrevidos, la concisión del estilo, que unas veces daba en chavacano y rayaba otras en elegante, y la pureza del lenguaje, casi siempre castizo.

Ninguno quedaba defraudado. Don Roque satisfacía por igual á literatos, zumbones y revolucionarios, que encontraban en sus escritos bellezas, extravagancias y doctrinas disolventes.

No cumple á mi propósito juzgar al hombre político que fué una calamidad por su influencia perniciosa. Ni la índole de LA ILUSTRACIÓN MODERNA lo consiente, ni el trabajo tendría ya oportunidad, que es la primera de las cualidades que se exigen á estos escritos. Pero como no se puede negar que don Roque fué en sus tiempos una verdadera notabilidad político-literaria, en mi deseo de dar á estos artículos toda la variedad posible, me ha parecido que su originalísima figura no haría mal papel en esta galería.

Le conocía á fondo, porque le traté bastante y con alguna intimidad, á pesar de la diferencia de edades. Él era mucho más viejo que yo, dicho sea sin ofensa. La casualidad nos hizo encontrarnos, y aunque siempre fui un reaccionario de tomo y lomo, sobre todo para él ultra-demócrata de los más radicales, me tomó gran afecto, al que correspondí sinceramente. Refa mis opiniones, que tomaba por paradojas de muchacho, ganoso quizás de mostrar ingenio defendiéndolas, y me daba en materia literaria muchos y buenos consejos. Siguieron nuestras relaciones hasta que ya su actitud política las hizo imposibles, y entonces fueron enfriándose poco á poco y llegaron á extinguirse, sin que en mí se enfriaran, ni menos se extinguieran, los sentimientos, mezcla de afecto, de conmiseración y de respeto, que me inspiró siempre tan curioso personaje.

Antes de pasar adelante debo decir que aquel furioso demagogo que alcanzó tan triste renombre, que llegó á ministro en el cantón de Cartagena, y tuvo parte tan principal en las desgracias de la patria, era un infeliz, lo que se llama un pobre diablo, incapaz de matar un mosquito ni de causar daño á sabiendas. Su pluma le ganó influencia; sus amigos le dieron asiento en las Cortes, cuando quizás necesitaba asilo en una casa de orates; su exaltación de sectario convencido le llevó á Cartagena, donde contrajo tremendas responsabilidades; su hombría de bien le hizo pasar los últimos años de su vida solo, triste y abatido, derramando lágrimas estériles sobre el pasado, y sin acabar de persuadirse de que los males que lamentaba, y á que tanto había contribuido, eran consecuencia natural de sus doctrinas, y no producto de los hombres que quisieron aplicarlas. Don Roque, que amaba apasionadamente á los niños, fué toda su vida un niño grande. Con la impavidez de una criatura arrimaba la mecha encendida á un reguero de pólvora, y luego se asombraba de que la pólvora se inflamase y maldecía sus estragos con acentos elocuentes. Cuando el general Contreras, jefe militar de los cantonalistas, hizo por el Mediterráneo una expedición que figura con justicia en los anales de la piratería, bombardeando las ciudades de la costa de Levante, Barcia supo que en Alicante había muerto un niño, abandonó sus funciones de gobierno, quiso huir de Cartagena y fué preso por los que el día antes eran sus amigos y entonces por traidor querían fusilarle. Cuando logró salir del calabozo en que estuvo aherrojado, oyendo sin cesar las amenazas de muerte que al pie de sus ventanas proferían los energúmenos de la demagogia, apeló á un recurso supremo escribiendo una hoja suelta en la que renegaba de Contreras, y de la artillería, y de los barcos blindados, y del derramamiento de sangre. «Yo, decía, sobre poco más ó menos, con una candidez que movería á risa si la cosa no fuese tan grave, he defendido siempre la fraternidad universal. ¿Qué dirá ahora esa madre, si ha leído mis libros, cuando vea que en nombre de mis doctrinas una bala de cañón le ha quitado á su hijo?» La madre probablemente no diría nada, pero si el dolor la dejaba discurrir y las lágrimas la permitían hablar, hubiese podido contestarle:—«¡Cómo! ¿Te asombras de que los cañones maten? Pues, ¿cuándo han servido para otra cosa? Y si se ponen en manos de presidiarios, lo más natural es que derramen sangre de inocentes.»

Pero me he apartado de mi propósito. Dejemos en paz al político. Dios le habrá juzgado, y su infinita sabiduría habrá dado un fallo en que la justicia absoluta se combine con la inagotable misericordia.

Don Roque Barcia era un poeta. Escribió varias obras dramáticas, y no recuerdo que lograra ver representadas más que tres: un drama en dos actos y dos piezas en uno. Su versificación era entonada, valiente y siempre correctísima, pero ni sobresalía en la pintura de los caracteres ni sabía combinar la trama de las producciones destinadas al teatro. Por eso sus obras no tuvieron ni podían tener gran éxito. Él, por otra parte, nunca tuvo pretensiones de autor dramático.

El drama á que antes me he referido se representó en el teatro de Variedades cuando actuaba en él Julián Romea, al frente de una compañía notable por el conjunto, de la que formaban parte la Palma, la Hijosa y la Berrobianco con Oltra, Mario y Morales; llamábase *El pedestal de la estatua*, y era una colección de escenas un tanto deshilvanadas en que el autor cantaba las glorias de Cervantes. El éxito no pasó de ser lo que llaman los franceses *un succès d'estime* y tampoco merecía más. Pero, si por la falta de interés y la mala combinación del plan no tenía condiciones de drama, en cambio como producción poética encerraba trozos y detalles de primer orden. No la tengo á la vista y hasta ignoro si llegó á imprimirse, pero recuerdo una escena en que un cortesano de Felipe III se presenta en la guardilla donde Cervantes lucha con la miseria, que está escrita de un modo admirable. El poeta cree vislumbrar un rayo de esperanza en aquella visita, mas apenas comienza el diálogo, se entera con amargura de que no tiene más objeto que pedirle su espada de Lepanto, para que figure en una colección que forma el Rey de objetos que figuraron en la famosa batalla. El autor del *Quijote* no la niega, pero aplaza el donativo para después de su muerte, diciendo:

. Tiene antes
que acompañar mis restos á mi huesa.
Del monarca será muerto Cervantes.
— Parece, don Miguel, que darla os pesa.
— ¡Nada, señor, dijeron al soldado
los que hoy cuidado de su espada tienen!
¡Nunca por este viejo han preguntado,
y hoy por su espada á preguntarle vienen
No me pesa que el lauro lisonjero
niegue á mi frente merecida palma...

Me pesa que un acero, *que es acero*,
merezca más que yo, que tengo alma.
No fué mi acero aquel fervor cristiano
que oyó el ronquido de la mar bravía,
no fué mi acero quien en buque hispano
vertió la sangre que en el golfo hervía:
otro es, señor, quien el acero aferra,
otro es, señor, quien gana los laurales...

No recuerdo más. Pero basta lo copiado para demostrar que el que así siente y de este modo escribe es un poeta.

Donde más brillaba era en la prosa. Gustábale imitar el estilo cortado de Víctor Hugo, y con frecuencia solía igualar á su modelo. En esas contraposiciones violentas, que son la especialidad del famoso escritor traspirenaico, logró don Roque momentos felicísimos. Para causar efecto en las multitudes tenía, además, una cualidad que con ninguna otra puede ser reemplazada: la convicción. Decía, á lo mejor, disparates enormes, pero creía en ellos. La sinceridad palpitaba en todos sus escritos, y para llevar el convencimiento al ánimo de los demás no hay nada como estar convencido. Un apóstol sin fe podrá argumentar con admirable dialéctica, podrá vencer á todos sus contradictores en el terreno de la discusión, podrá ser un ergotista irresistible, pero no hará prosélitos y por consiguiente no será propagandista. Barcia lo era por desgracia de todos.

Ocurrió el asesinato del general Prim.

El juez empezó á llenar millares de folios para perderse en un mar de confusiones.

Y en aquel momento se le ocurre á Barcia escribir un artículo, por cierto, de los más notables que produjo su fecunda pluma.

Allí pintaba el crimen con los vivos colores que le sugirió su acalorada fantasía, describiéndolo, no cómo fué, seguramente, sino como él pensaba que podía haber sido.

Titulábase «Luces en el aire,» y suponía que los asesinos, apostados de trecho en trecho desde la puerta del Congreso hasta la esquina de la calle del Turco, lugar del trágico suceso,

se avisaban unos á otros encendiendo fósforos, al pasar el coche en que iba el caudillo revolucionario.

Contaba la escena con tal lujo de detalles, daba á la ficción tales apariencias de realidad, que no parecía sino que todo lo había visto, y aun daba lugar á suponer que había tomado en el hecho parte principalísima.

Así hubo de pensar el juez que, sin encomendarse á Dios ni al diablo, dió con él en la cárcel y allí le tuvo, no pocos meses, en compañía de otros acusados tan inocentes como él.

Yo confieso que, aun no conociendo á Barcia, ni sabiendo que era incapaz de matar á nadie, hubiera pensado de un modo diametralmente opuesto al del encargado de administrar justicia.

En el mismo escrito en que Su Señoría vió indicios de culpabilidad hubiera encontrado pruebas de inocencia, pensando que el que supiera algo de aquel infame asesinato se guardaría bien de decir una palabra.

Pero los jueces no tienen obligación de discurrir del mismo modo que los periodistas, y por este motivo don Roque fué largo tiempo huésped del inmundo y famoso Saladero.

Peritísimo en materia de lenguaje, antes de morir quiso dar cima á un *Diccionario etimológico*, en que había trabajado casi toda su vida. Ignoro si llegó á tener la satisfacción de verlo publicado.

EDUARDO ZAMORA CABALLERO.



ÚLTIMAS ABJURACIONES

Voy á morir! prenda del alma mfa:
éste el centón de mis quimeras es;
leed, leed; y de la gloria impfa
de tanto error abjuraré después.

EL HIJO (*leyendo*)

«Cuna de rosas al nacer hallamos.»

EL PADRE

¡Mentira! Abrojos al nacer nos dan.

EL HIJO

«Rosas, la vida al comenzar, hallamos.»

EL PADRE

¡Falso! Los pies por entre abrojos van.

¡Voy á morir! Las bárbaras memorias
que el fin amargan de mis horas ved:
¡cúmulo abyecto de entrañables glorias!
Leed, por Dios, y escarmentad; leed:

EL HIJO

«Su vida el hombre de ilusiones puebla.»

EL PADRE

¡Ay! Necio error á la ilusión llamad.

EL HIJO

«Huye la edad de la razón cual niebla.»

EL PADRE

¡Horror! ¡Pasad, horas sin fin, pasad!

¡Voy á morir! De nuestra vida escasa
pasa en engaños la primer mitad,
la otra mitad en desengaños pasa;
¡nunca olvidéis esta cruel verdad!

EL HIJO

«¡Triste es dejar del mundo la presencia!»

EL PADRE

¡Mundo! os doy ledo mi postrer adiós.

EL HIJO

«Perece el bienestar con la existencia.»

EL PADRE

¡Muerte, del hombre el bienestar sois vos!

RAMÓN DE CAMPOAMOR.





TIPO MERIDIONAL. — CUADRO DE E. VON BLAAS

TOMO II.—6.

Ayuntamiento de Madrid



ANTONCHU Y MARICHU

I

TENÍA setenta bien cumplidos y se llamaba Santiago Iturrigorri, apellido que significa fuente de agua roja, debido á que los Iturrigorris procedían de una casería oculta en un repliegue de Somorrostro y á la vera de un castañar, en el cual había un manantial ferruginoso. Santiago había conocido á su abuelo, quien también conoció al suyo, y éste no sabía cuándo sus antepasados se habían establecido en Santurce dedicándose á la pesca; lo que prueba que los Iturrigorris eran muy antiguos y hacía sabe Dios cuántos años que habían dejado la yunta y la tierra por la barca y el mar.

Santiago no comprendía que sus antepasados no hubiesen sido hombres de mar, porque para él la tierra era insignificante accesorio del Océano y los continentes la continuación de las costas. Lo demás nada valía.

—¡Raya! ¿Hay aire más saludable que el del mar, ni mecedora más cómoda que una barca, ni colchones que en blandura ganen á las aguas, ni siesta mejor dormida que la que se echa en la lancha? ¡Raya!

En soltando su interjección favorita, no admitía réplica, y en ella había convertido el nombre de un pez bastante feo.

Había nacido y vivido en Santurce y allí deseaba morir, porque el pueblo era para él lo que la roca para la ostra, y no necesitaba más ni pedía más. ¡Ah! sí: deseaba ver casada, antes de echar el ancla en el cementerio, á su nieta Marichu con uno nacido en Santurce y hábil como él en la pesca del bonito, de la sardina y del gubión. No había que pensar en novio de tierra adentro ni en marino de la costa de Levante desde que Iturrigorri había averiguado que Mediterráneo significa mar entre tierra. Al saberlo se quitó la pipa de la boca, plegó el lado derecho del labio, abrió el izquierdo, disparó una escupitina y dijo con desprecio:

—Eso no puede ser mar: será una charca. Esto sí que es mar, añadió mirando el Océano.

—¿Acaso todos los mares no están entre tierras? le preguntaron.

—No: la tierra es la que está entre mares, menos eso que llaman Mediterráneo, que debe ser un mar sin vergüenza cuando consiente que la tierra le dé nombre.

Todos los días se sentaba Santiago á la puerta de su casita después de haber comido, si no llovía; y cuando Marichu había lavado los platos y guardado las sobras del pan y dado un

escobazo al piso de tablas y arrimado la media docena de sillas, iba donde estaba el viejo, convertía el suelo en taburete y repasaba y arreglaba los aparatos de pesca que empleaba Iturri-gorri, en lo cual era muy hábil. La gente, al pasar, decía ó pensaba:

—¡Qué guapa es Marichu!

Y Santiago, que lo oía si lo decían y lo adivinaba si lo pensaban, contestaba:

—¡Raya, si es guapa!

La joven se ruborizaba, sonreía, y aunque bajaba los párpados, siempre enviaba por el rabo del ojo una mirada de gracias al autor del elogio. La piel de las mejillas del pescador se juntaban debajo del paladar para chupar con fuerza de ventosa gran cantidad de humo del tabaco que llenaba la negra pipa, humo que pausadamente lanzaba por la boca y á veces por las narices, y mientras miraba cómo se deshacían las espirales, repetía:

—¡Raya, si es guapa!

Antonchu Ederra afirmaba que no había en Santurce, ni en Portugaleta, ni en Algorta, ni en Deusto, ni en Luchana, ni en Abando, ni en ninguno de los pueblos que se mirarian en la ría si sus aguas estuviesen limpias, ni siquiera en Bilbao, una rescacha, ó sea joven, que en guapeza igualase á Marichu; y ésta á su vez pensaba, pero no lo decía, porque no le hubiera estado bien, que el motil, ó sea el mozo, merecía llamarse Ederra, que en vascuence significa hermoso.

El joven cuidaba de estar en la playa cuando Santiago regresaba de la pesca para ayudarle y ponderar su habilidad en trabar gibiones, que así se llaman allí los calamares: después se atrevió á detenerse á la puerta de la casita para echar unos párrafos con el viejo sobre la vida de mar; más tarde ya se sentó á su lado y le ofreció tabaco de hebra para cargar la pipa.

—Señor Santiago, le decía, los jóvenes que vivimos de la pesca tenemos mucho que aprender de un viejo lobo marino como usted.

—¡Raya! Los años y los peligros dan experiencia. ¡Con tantas me he visto!

Y el viejo tiraba del hilo de los recuerdos, y mientras el carrete daba vueltas, Ederra miraba á Marichu, la joven le devolvía las miradas, y el abuelo seguía narrando lances de pesca, sin notar que el amor tiraba los anzuelos. Una vez sí vió que su nieta había echado á perder, en vez de componerla, una potera, la mejor que tenía, con la cual había cobrado millares de gibiones.

—¿Qué es eso, Marichu? ¿En qué pensabas?

La joven se ruborizó, Ederra sonrió y el viejo cogió la potera por si el estropicio tenía remedio. ¡Qué había de tener! El gesto de contrariedad fué tan enérgico, que los pelos de la barba casi se juntaron con la punta de la nariz por encima del afeitado bigote. Marichu miró á Ederra como diciéndole: «Tú tienes la culpa.»

—Señor Santiago, dijo Antonchu, tengo en mi casa unas poteras tan buenas, que antes de salazarlas ya están los gibiones tendiendo las patas para agarrarse. Le daré una y si quiere la probaremos hoy mismo. La mar está como un plato y es seguro que encontraremos algún pozo.

—¡Raya! Aceptado.

Fuése Ederra, y en menos de un soplo estuvo de vuelta, con la potera nuevecita, los ganchos hacia arriba, equidistantes y formando círculo. Y mientras el viejo la examinaba, Antonchu preparó la lancha y afirmó el palo con tanta presteza y seguridad, que Santiago dijo:

—Eres marino, ¡raya!

Se embarcaron, y en dos remaduras puso el joven la embarcación en franquía, luego izó la vela, que hinchó el viento, y se fué á sentar al lado de Santiago, que gobernaba el timón.

—Hace muchos años que salgo á la mar solo, le dijo el viejo; desde que murió mi hijo Ignacio, el padre de Marichu. Cuando pescábamos los dos no había quien cobrara más bonitos ni trajera más sardina y berdeles. ¡Qué redadas! La pesca del bonito me gusta, ¡raya! porque el barco parece una gaviota; se desliza, vuela, y los bonitos, al ver el cebo que entre dos aguas

sigue el vertiginoso movimiento de la lancha, abren la boca, saltan y ¡ñach! ya se han clavado, ¡raya! Después otro, y otro, y aún más. Se vendían baratos, pero en la abundancia estaba la ganancia. Ahora no puedo gobernar solo, ya soy viejo y me dedico á la pesca de gibiones. En encontrando un pozo ya no escapan. Ya verás.

—Mi padre dice que si hay un gibión en la mar, usted ha de trabarlo.

—Es verdad. Luego Juana María, la madre de Marichu, los vende en Portugalete ó más allá, hasta llegar á Bilbao si se ofrece. A veces se pagan á cinco reales docena. ¿Vas á Bilbao con frecuencia?

—Poco, porque pesco con mi padre, y no queda tiempo para holgar.

—Yo voy cuando menos una vez al mes, escogiendo un domingo.

—¿A oír misa en el santuario de Begoña?

—Eso es; y rezo á la Virgen, protectora de los marineros y de todos los desvalidos. En la iglesia consta cómo se salvó de una tempestad Andrés de Bermeo con seis bajeles, y de otra Martín de Olarte, y muchos otros milagros. El bajel de Olarte estaba desjarciado, sin mástiles, timón, ni velas, y la Virgen atendió á sus ruegos y los de la tripulación, y por su intercesión se libraron del naufragio. Otros muchos debieron su salvación á la Virgen. Yo siempre que me embarco miro donde está el santuario y rezo una salve. ¿Rezas tú?

—Mi madre me ha enseñado á encomendarme á la Virgen.

—Nada pierdes y mucho ganas. Pues después de misa nos sentamos á la sombra de un nogal y almorzamos con apetito la tortilla de patatas y algún pescado frito; echamos un trago, y cuando nos hemos hartado de ver á nuestros pies la ría y Bilbao la vieja, y las montañas de hierro, bajamos los trescientos diez y nueve escalones de aquella escalera que por lo alta parece la del cielo. Y lo es para los buenos, porque es la del cementerio y la del santuario. ¡Qué bien puesto está aquello que hay en el Campo Santo! ¿Lo recuerdas? Dice así:

Aquí acaba el gozar de los injustos
y comienza la gloria de los justos.

Muy bien dicho, ¡raya! Si no hubiera Dios, ¡cómo se reirían los pillos! Pero Dios les espera, y cuando mueren comienza para ellos el penar y para los buenos el gozar. Arría la vela.

—Me parece buen sitio este.

—Echa el muerto.

Ederra cogió la piedra que servía de ancla y á la que llaman muerto aquellos marineros, y fondearon. Las corrientes fueron desviando la lancha hasta quedar quieta, y entonces Santiago y Antonchu lanzaron las poteras á un palmo del fondo, imprimiendo suave movimiento á la sedena para atraer á los gibiones, que alargan las patas, cogen lo que creen cebo, clavándose pocas veces, pues las más se agarran, y suben con la potera cuando bracea el pescador, no soltando la presa hasta que fuera de su elemento caen en la lancha. La leve sensación que experimenta la mano que sostiene la sedena cuando el gibión atrae la potera, es el aviso que recibe el pescador, quien bracea con rapidez, en particular cuando la pesca está á flor de agua, para cobrarla.

—¡Uno! dijo Santiago.

El gibión cayó en la lancha y soltó un chorro de tinta que salpicó la cara de Antonchu.

—¡Estás majo! exclamó riendo.

—¡Si me viera Marichu!

Iturrigorri fijó en él dos ojos que parecían dos anzuelos, con los cuales quería clavar lo que ocultaba aquella exclamación que se le había escapado á Ederra, quien se turbó. Por fortuna en el fondo del mar un gibión se le agarró á su potera.

—¡Otro! dijo. Hemos dado con el pozo. La pesca será buena.

—¡Si le viera Marichu!... pensó el viejo. Luego no le agradaría que le viera sucio.

—Vaya si hemos dado con el pozo. Otro.

— Ahí va el mío.

— Es necesario aprovechar la racha. Ya pican; ya está.

— Llenaremos la barca.

Los gibiones caían en el fondo y ofrecían hermosos reflejos de nácar con puntos negros en todo su cuerpo, que aparecían para borrarse y reaparecer en otra parte.

— ¿Por qué no te gustaría que Marichu te viese con la cara manchada de tinta?

Antonchu miró atontado á Santiago, y no sabiendo qué contestarle abrió la boca, hizo una mueca que quería ser una sonrisa y enseñó sus fuertes y blancos dientes.

— ¡Ya! murmuró el viejo.

El pozo se agotó ó los gibiones se marcharon, y Santiago resolvió poner la proa á Santurce.

— Sería el marido que le conviene á mi nieta, pensaba.

Ederra se acordaba en aquel momento más de su padre que de Marichu, porque debía salir á pescar y no habría salido esperándole.

En la playa estaba Juana María, á la que gritó Santiago:

— Mañana á primera hora á Portugalete. Ciento ochenta gibiones. A peseta la docena, quince pesetas.

— La mitad para Ederra.

— Nada quiero, señor Santiago, porque eso sería cobrarme.

— Llévate una docena para cenar.

— ¡Para que mi padre se entere de que le he dejado para pescar con otro! Buena se armaría, pensó Ederra. Y se fué á su casa.

Lo que en ella pasó no lo dijo, pero algo sería, porque su padre era bueno, pero rudo, de poco aguante y estaba furioso por no haber podido salir á la mar por no haber comparecido Antonchu. La madre de éste, Pepa, había acabado por parecerse al marido, y aunque el fondo no podía ser mejor, la forma no podía ser peor, y por un quítame allá esas pajas armaba una escandalera. Como Juana María, se dedicaba á la venta del pescado, y las del oficio la temían.

II

Santiago ya no se limitaba á seguir las espirales del humo de su pipa: tenía un ojo fijo en Antonchu, otro en Marichu, y se convenció de dos cosas: que se amaban y que los labios no se habían atrevido á confesar lo que los corazones sentían. Cada tarde Ederra formaba el propósito de aprovechar un momento para decir:

— Mira, Marichu, te amo.

Pero cuando quería mover los labios se quedaba como los pájaros hambrientos, con la boca abierta. Un día se atrevió á decir:

— Mira, Marichu...

Á la joven le dió un vuelco el corazón y bajó los ojos.

— Mira, Marichu..., repitió Ederra.

— ¡Ahora! pensó la nieta de Santiago.

Hubo una pausa y Antonchu dijo por tercera vez:

— Mira, Marichu...

Y por tercera vez se calló:

— ¿Qué he de mirar? preguntó ella.

— ¿No te parece que la tarde es hermosa?

— Muy hermosa.

No hubo más. El día siguiente, domingo, Iturrigorri fué al santuario de Begoña á oír

misa con su Juana María y Marichu, y ¡qué casualidad! allí estaba Ederra. Asistieron al santo sacrificio con mucha devoción, después fueron al camarín á adorar la Santa Imagen, y Santiago dejó una moneda de cobre y Antonchu otra, pobre ofrenda de corazones ricos de fe. Luego salieron, y al salir dijo Ederra á Marichu quedo, muy quedito:

—He pedido á la Virgen que me quieras.

La joven se ruborizó primero, le miró después y le contestó bajo, muy bajito, y con encantadora sencillez:

—¡Bendita sea la Virgen! Ha oído tus súplicas y las mías.

Á Antonchu le pareció muy sabrosa la tortilla, riquísimos los berdeles fritos, hermoso el cielo, á pesar de que las nubes tapaban el sol, y cristalinas las aguas de la ría, que las avenidas de las últimas lluvias habían convertido en barro diluido.

Terminado el almuerzo y recogidas las sobras en un cesto, volvieron á Bilbao, y al hallarse delante del cementerio, dijo Iturrigorri:

—No olvides lo que dicen estas letras:

Aquí acaba el gozar de los injustos
y comienza la gloria de los justos.

El hombre es un barco que echa el ancla en el cementerio: si trae patente limpia le admiten en el cielo, si la trae sucia va al infierno. Todo lo que es mortal acaba aquí, pero aquí comienza lo eterno. La Virgen de Begoña nos valga para ganar la gloria.

—Amén, contestaron todos. Y siguieron bajando los trescientos diez y nueve escalones. Á pie fueron á Santurce, y al llegar dijo Marichu á Ederra:

—Me has dicho que me querías y yo no he negado que te quiero. No estaría bien que nos viéramos para hablar de nuestro amor sin el consentimiento del abuelo. Mientras no lo tengas, no vuelvas.

Antonchu dió una manotada á la boina, que pasó al hombro derecho. Marichu tenía razón, pero ¿cómo se atrevería á decir á Santiago que estaba enamorado de su nieta? Tres tardes salió de su casa con el firme propósito de hablarle y no le habló. El cuarto día se embarcó con él, suponiendo que en la mar tendría menos trabada la lengua; pero apenas hubo comenzado la pesca se acordó de que su padre le esperaba para ir á la sardina y comenzó á sudar pensando en la chillería que le aguardaba al regresar.

—¿Estás tonto? le dijo Iturrigorri. Todos los gibiones te escapan.

—Hoy tengo mala mano, porque...

—¿Por qué?

Ederra cerró los ojos y contestó como niño á pregunta del maestro:

—Porque quiero á Marichu y ella me quiere y no sé cómo decírselo á usted.

—Ya lo sabía.

—¿Usted no se opondrá?

—Mientras no se opongan tus padres. Cuando Ignacio quiera puede hablarme, y si él es gustoso de que Marichu sea su nuera á mí no me disgustará.

Al regresar con el balde lleno de gibiones que rebullían en el agua, Ederra sonrió y dijo á Marichu:

—Ya le he hablado y el abuelo consiente. Mi padre vendrá aquí, echarán unos párrafos y por san Ignacio, la fiesta del santo patrón de Vizcaya, nos casamos. Señor Santiago, quisiera que el señor cura nos echara la bendición en Begoña.

—Bien pensado.

Antonchu y Marichu charlaron, charlaron embriagados de felicidad, hasta que el primero vió la barca de su padre.

—Pecho al agua: ahora mismo voy á hablarle.

Y se fué resuelto, suponiendo que el enojo de Ignacio por no haber ido con él á la sardina

desaparecería al saber de lo que se trataba; pero no le dió tiempo de decirselo, porque la pesca había sido escasa y parecía pulpo clavado en el anzuelo que extiende sus patas en busca de presa.

—Padre...

—Recoge esa miseria de pescado y véte á casa. Has estado pescando con Iturrigorri olvidado de tu padre. Lárgate...

Antonchu obedeció, porque echaba Ignacio más espumarajos que tinta un gibión, quien se dirigió donde estaban Santiago y Marichu.

—El señor Ignacio, abuelito.

—Sé á lo que viene. Me parece que tú debes retirarte.

El viejo cargó la pipa, la encendió y esperó muy satisfecho.

—Buenas tardes, Ignacio.

—Buenas tardes, Santiago. Es necesario que eso acabe.

—Lo mismo digo.

—Pues cuando vuelva mi hijo le ordenas que se largue á toda vela y con Nordeste, pues no está bien que yo le mantenga y tú lo aproveches. Su puesto está en la barca de su padre, no en la tuya.

De un resoplido echó fuera Iturrigorri el humo que había convertido sus mejillas en hinchada vejiga.

—¿Estás loco?

—Lo estaría si consintiera que explotaras á mi hijo; que tu mujer vendiera lo que él pesca y os guardais el dinero.

—¡Raya!

Esta raya salió de su boca como resoplido de ballenato; y levantando la mano derecha, en la que tenía la pipa, la dejó caer en la cara de Ignacio, con tan mala suerte que la nariz de éste, que era puntiaguda, quedó calzada por la encendida pipa. Pegó un bote, lanzó un rugido, socorrió con ambas manos sus narices, tiró la pipa á la cabeza de Santiago y se tiró él; y Ederra é Iturrigorri rodaron por la arena, convertidos en un lío, con cuatro piernas que pateaban y cuatro brazos con los cerrados puños en continuo movimiento. Se oía:

—¡Raya! ¡Raya!

Á los gritos acudió Juana María, que llegaba de Portugalete, los pies desnudos, á media pierna la sucia falda llena de grasa de pescado; semejantes á orejas de buho las puntas del pañuelo, que llevaba liado á la cabeza, con toda la facha de mujer brava que suelen tener las vizcainas vendedoras ambulantes de pescado, y de una garfiada marcó cuatro sangrientas rayas en la cara de Ederra; cuya mujer vino volando, manoteando y gritando á tomar parte en la pelea, y de una cabezada tumbó á la madre de Marichu. Los vecinos intervinieron, los separaron y los llevaron á sus respectivas casas, ensangrentados, rotos, bramando de ira y con propósito de volver á comenzar en cuanto se les presentase ocasión.

—¡Marichu, rugió Iturrigorri, antes muera que te vea casada con Antonchu!

—¡Antonchu, bramó Ederra, si vuelves á casa de Santiago encontrarás cerrada la de tu padre!

Marichu lloró y lloró Antonchu, quien un día se atrevió á aproximarse al viejo y á la nieta; pero Iturrigorri se levantó, extendió el brazo y dijo con acento en que había más amenazas que en una galernada:

—¡Véte!

III

La joven no se quejó ni volvió á hablar de Ederra, pero estaba triste; no cantaba, tenía los ojos enrojecidos, sus mejillas palidecían. Iturrigorri sabía lo que aquello significaba y entre

bocanada y bocanada de humo mascaba estas palabras, mirando en dirección á la casa del padre de Antonchu:

—¡Canalla! ¡Raya! ¡Si se muere Marichu, le mato! ¡Raya!

Y la nieta estaba cada vez más triste, más pálida, más resignada y tenía los ojos más hundidos y enrojecidos. Ella también miraba, pero no hacia la casa del padre de su deseado para maldecirle, sino en dirección á la ría, en cuyo extremo y en una eminencia que domina á Bilbao está el santuario de Begoña, y pedía amparo á la Virgen y estaba segura de que la Madre de Dios la oiría.

Antonchu, tan alegre siempre, estaba taciturno; acompañaba á su padre á la pesca, pero no hablaba. De su casa había desaparecido la paz, y los vecinos decían que á veces oían en ella voces de disputa. La madre, acostumbrada á gritar en las calles cuando vendía sardina:—¡Ay qué fresca y qué fresca, y qué viva y qué viva, y qué gorda y qué gorda!—era la que más alborotaba. Era una buena mujer, como tantas hay, pero cuyas obras resultaban malas por vocinglera y escandalosa, y que con el fuelle de su lengua convertía el rescoldo en llama, la llama en hoguera y la hoguera en volcán. ¡Lo que habló de Marichu, tan buena y honrada! No era honrada ni buena.

—Madre, ¡por Dios! se atrevió á decirle un día Antonchu mientras cenaban.

—Es verdad cuanto dice, gritó Ignacio.

—No lo es, padre.

La madre sopló, el fuego prendió, Ignacio perdió la cabeza, y cogiendo el plato que tenía delante lo estrelló en la cara de su hijo, que se levantó pálido, el rostro ensangrentado. El demonio intentó cegarle en aquel momento para arrojarle contra Ignacio; pero el joven lanzó un fuerte suspiro, como si quisiera echar fuera los ardores del infierno, y sus labios murmuraron:

—¡Virgen de Begoña!

Después añadió:

—Padre, perdóneme si le he ofendido, que tal propósito no tuve. Mientras yo esté en esta casa en ella no habrá paz. Me embarcaré para América.

No habló más y se fué á acostar. Ignacio cerró el puño, lo extendió hacia la casa de Iturrigorri y rugió:

—Si se va mi hijo, mato al viejo. ¡Canalla!

Marichu enfermó y fué necesario llamar al médico; Antonchu habló á un amigo suyo que navegaba en el vapor *Zornoza*, que debía hacerse á la mar para la Argentina después de Pascua de Resurrección, y el capitán convino en embarcarlo gratis á condición de que prestase, durante la travesía, servicio de marinero. El domingo de Ramos Antonchu se detuvo cerca de la puerta de la iglesia, al salir de los divinos oficios, porque no quería marcharse sin ver, acaso por última vez, á su amada, y como la gente era mucha, Marichu se encontró separada de su abuelo y de su madre y se paró en la calle para esperarles.

—Marichu, le dijo el joven: voy á América, pero volveré para ser tu esposo. No me olvides.

—No te olvidaré. Reza á la Virgen de Begoña.

No habían vuelto á hablarse desde aquella terrible tarde. Marichu tuvo que guardar cama el lunes, y su abuelo, al fumar la pipa, escupía en dirección á la casa de Ederra y murmuraba:

—Si se muere, le mato. ¡Raya! Mato á ese canalla.

Ederra sospechaba que estaba próxima la marcha de su hijo, quien no había vuelto á hablar de ella para evitar escenas violentas, y extendiendo el puño hacia la casa de Iturrigorri, gritaba:

—Si pierdo á mi hijo, mato á ese viejo canalla.

Y los del pueblo, que estaban enterados de lo que ocurría, decían:

—Un día se matan.

La madre de Antonchu no gritaba ni alborotaba, porque habían entrado en Semana Santa, debía confesar, y comprendía que es pecado dar suelta á la lengua. El martes Santo, después de cenar, dijo:

—Antonchu; por ahí cuentan que te embarcas pronto. Siempre has cumplido con la Iglesia, como buen cristiano, en compañía de tus padres. ¿Te parece que mañana vayamos á confesar?

—Está bien, madre.

—¿Irás, Ignacio?

—¿Acaso he dejado de cumplir un solo año?

Se acostaron temprano para madrugar. Después de haber rezado, Ignacio metió el brazo derecho debajo de la almohada, se arrebujó y comenzó el examen de conciencia, que no le acusaba de no haber amado á Dios sobre todas las cosas, de haber jurado su Santo Nombre en vano, de no haber santificado las fiestas, ni de haber matado, robado, deseado la mujer del prójimo ni codiciado los bienes ajenos. ¿Ni de haber levantado falsos testimonios? La verdad es que había dicho á Iturrigorri que explotaba á Antonchu, que se quedaba el dinero de lo que él pescaba. Ciertamente que Santiago le había contestado con una puñada, pero ¿no le había provocado? ¿Era verdad que Marichu no fuese buena ni honrada? No lo era, y él le había levantado falsos testimonios, y porque Antonchu quiso defenderla, él le pegó; y su hijo se iba á América. ¿Quién tenía la culpa? La conciencia siguió hablando á aquel rudo hombre de mar hasta que se durmió, y siguió hablándole en sueños. Al amanecer se tiró de la cama y se puso camisa limpia y la ropa de los disantos, y antes de estar el sol sobre el horizonte ya estaban los padres y el hijo en la iglesia, donde había mucha gente cerca de los confesonarios. A las ocho el señor cura dijo la misa en el altar mayor y dió la comunión. Ederra, su mujer y Antonchu subieron por el lado de la Epístola, cuando Iturrigorri, su nuera y Marichu subían por el lado del Evangelio, y la penitencia juntó en la Sagrada Mesa á los que tantas amenazas de muerte se habían lanzado. A un tiempo se arrodillaron y quedó el padre de Antonchu al lado del abuelo de Marichu. Los altares estaban cubiertos, la luz de una mañana de invierno entraba por las ventanas sin descender de las alturas; los dos cirios tenían los resplandores de la Fe, y la luz del que el monaguillo llevaba en la mano iluminaba los ornamentos del sacerdote, que tenía el copón en la mano izquierda, la Sagrada Forma en la derecha, y decía las palabras sacramentales. Cuando se oyó: *Domine, non sum dignus*, las manos golpearon el pecho y se movieron los labios de Santiago é Ignacio que repetían: *Domine, non sum dignus*. El monaguillo tocaba la campanilla, que con su sonido argentino llenaba como acento divino la iglesia y los corazones de la muchedumbre que estaba arrodillada, la cabeza inclinada.

Después de la comunión continuó la misa, y una vez terminada se retiraron los fieles, y las familias de Ederra é Iturrigorri salieron á un tiempo empujadas por los que estaban detrás; y sin que hubiesen puesto nada de su parte, Santiago se halló al lado de Ignacio, Pepa junto á Juana María y Antonchu cerca de Marichu.

—Buenos días, Santiago, dijo Ederra.

—Buenos días, Ignacio, contestó el viejo.

—Veo que has cumplido con la Iglesia.

—Es deber de cristiano.

—Yo he dejado muchas cosas á los pies del confesor.

—Todos los pecados.

—Y me he traído el propósito de enmienda.

—Pues es natural, porque sin arrepentimiento y propósito de enmienda el confesor no podría absolvernos.

—La verdad es, Santiago, que yo te he ofendido.

TOMO II.—7.

- La verdad es, Ignacio, que también te he ofendido yo.
- Antonchu quiere irse á América.
- Marichu está enferma.
- Yo sé por qué Antonchu se marcha.
- Yo sé por qué Marichu está enferma, y también sé cómo recobrará la salud.
- Y yo el medio de que tu hijo no se embarque.
- ¿Casándoles?
- Casándoles.
- ¿Por qué no les casamos?
- No veo inconveniente.
- Tampoco yo.
- Pues les casaremos.
- Eso es, les casaremos.

El viejo se detuvo, de una manotada se quitó dos lágrimas que caían de sus ojos, y dijo:

—¡Raya! Ederra, quiero darte un abrazo. ¡Raya! Un buen abrazo.

Y bueno fué el que se dieron. Iturrigorri se empeñó en que los Ederra comieran en su casa y Juana María aderezó bacalao en *inchaur-salsa*, ó sea salsa de nueces, tan sabrosa que todos se chuparon los dedos, y bebieron dos botellas de chacolí que sirvieron para remojar las castañas. Nadie mentó los agravios pasados, que habían dejado á los pies del confesor, como dijo Ignacio; pero se habló del porvenir, que se presentaba de color de rosa, porque el porvenir era el casamiento de Antonchu y Marichu, que se celebró en el santuario de la Virgen de Begoña, en quien los novios tenían puestas sus esperanzas cuando la galernada de odios y rencores amenazaba hacer naufragar su dicha.

IV

Han transcurrido cuatro años. Santiago ha saltado de la barca con los dos Ederra, porque ahora pescan juntos, y mientras las madres preparaban el pescado para la venta bajo la dirección de Antonchu, y Marichu la modesta cena, Iturrigorri encendió la pipa, sentó sobre las rodillas un niño de tres años, mofletudo, de pelo rubio rizado, con dos ojazos como el puño, al que miraba embobado Ignacio.

- ¿Cómo te llamas? le preguntó Santiago.
- Antonchu Ederra é Iturrigorri, contestó el niño con su media lengua.
- ¿A quién te pareces?
- A mamá Marichu.
- ¿Quién te quiere á tí?
- Abuelito Santiago y abuelo Ignacio, y las abuelitas y papá y mamá.
- Es muy mono el niño, Santiago.
- Monísimo, Ederra. El cabello y la nariz son de Antonchu.
- Y los ojos y la boca de Marichu.
- Pensar que por poco se va á América...
- Estábamos locos, Ignacio.
- Locos, Santiago.

El niño abrió los brazos, las cabezas de los abuelos se juntaron para recibir las caricias, y en medio de ellas apareció el rostro del angelito que les besó en la mejilla, diciendo:

—¡Cuánto te quiero! ¡Cuánto te quiero!

Los viejos sintieron humedecidos los ojos, y dirigieron la mirada al fondo de la ría, donde en una altura y dominando Bilbao está el santuario donde se adora la Virgen de Begoña, y á la Madre de Misericordia dieron gracias por tanta felicidad.

TEODORO BARÓ.

NUESTROS GRABADOS



LA VIRGEN Y EL NIÑO JESÚS

CUADRO DE JUAN LLIMONA

Al ver esta obra se viene en seguida á la memoria el recuerdo de Fra Angélico de Fiesole y de los artistas que en el siglo xv hicieron famosa la pintura italiana. Y á pesar de este recuerdo, el lienzo va en sus pormenores por camino distinto al seguido por el citado místico artista. Casi se diría que hay naturalismo, mejor dicho, puede afirmarse que lo hay de verdad en el cuadro de Llimona, cuando los de Fra Angélico son ideales en todo, absolutamente en todo. Pero así en las obras del fraile de Fiesole, como en la de nuestro paisano, la idealidad no procede de los elementos naturales de la pintura, ni siquiera de sus líneas capitales, sino del fondo que encierran, del profundo sentimiento cristiano, creyente que se advierte en la composición, en las figuras y en la admirable y encantadora expresión de éstas. Llimona, siguiendo en esto á algunos artistas de ahora, ha reproducido casi un interior del día, en habitación modesta; pero al hacerlo lo ha transformado bañándolo con la atmósfera del ideal cristiano. ¡Cuánta ternura resplandece en el rostro correcto, humano al par, de la Virgen Madre! ¡Qué serenidad en el continente y en la mirada de la que nació sin mancilla y sin pecado concibió al Salvador de los hombres! ¡Qué aureola de bondad intensa aparece en la linda cabecita del Niño Dios! ¡Qué delicado misticismo en todo! ¡Cómo Llimona, en el vestido de la Santísima Virgen, y hasta en los detalles exactos de la cuna, ha sabido apartarse de la realidad terrena, sin llegar á alterarla! Este cuadro, repetimos, es la obra de un verdadero artista cristiano, es una de aquellas pinturas ante las cuales el hombre descubre su cabeza y ora. A estos superiores méritos de concepto y de sentimiento une además los de una ejecución correcta en el dibujo, espontánea en la pincelada, simpática en el color, que es sumamente armonioso en el original. El joven artista catalán huye de los efectos, y, sin embargo, su cuadro produce viva

impresión en el ánimo, y la produce por las razones que hemos dado, ó sea porque Llimona pintó lo que sentía y siente, y porque al dar forma gráfica á sus ideas y afectos supo elevarse á aquellas alturas en que el arte es más, mucho más que una mera recreación de los sentidos ó un mero alarde de habilidad pictórica. El excelente grabado que publicamos, debido al señor Sadurní, reproduce con suma fidelidad el mencionado cuadro, abrigando la convicción de que nuestros lectores verán con singular agrado la obra del pintor y la del grabador.

ROQUE BARCIA

Véase *Siluetas modernas*, pág. 36.

TIPO MERIDIONAL

POR E. VON BLAAS

Paseando por la Chiaja de Nápoles ó por Torre del Greco, vería el autor de esta pintura la joven del pueblo que le sirvió de modelo. Los ojos, la nariz y la boca, en los cuales hay rasgos de la corrección clásica griega; el cabello negro y crespo sin artificio, todo en esta hermosa cabeza descubre su origen meridional italiano. Las mujeres del Mediodía de España, morenas como las napolitanas y con ojos de fuego también, muestran, no obstante, una expresión en su rostro diverso del que suelen tener las moradoras de las comarcas próximas al Vesubio. Hay en las andaluzas más vida, mayor animación que en las italianas. En unas y otras se advierte un aire de melancolía, esa nota característica de las doncellas de ambos pueblos, que en los dos parece heredada de los árabes. El artista, al copiar el tipo que le sirvió de tema para su cuadro, lo embelleció todavía sin duda alguna con aquellos pequeños retoques, con las casi insignificantes variaciones que aumentan la perfección y la belleza de un agraciado rostro. Que lo es el pintado por von Blaas lo dice el excelente grabado que damos en este número.

CUENTECILLOS

La escena en un cuarto de banderas.
Varios oficiales jóvenes están de broma, y se guasean de los viejos que se tiñen el pelo, sin fijarse en la presencia del teniente coronel que se tiñe el bigote, seguramente, puesto que lo lleva negro como el azabache y tiene la cabeza toda blanca.

—Señores, dice el teniente coronel, les advierto que si estas bromitas se refieren á mí, están ustedes equivocados. Las canas de mi cabeza no son consecuencia de la edad, sino de un susto. Contaré á ustedes el sucedido.

Estando yo de operaciones en la Manigua, me aparté bastante de la columna, en un momento de descanso, con el objeto de bañarme.

Acababa de meterme en una inmensa laguna cuando se me presenta un tremendo cocodrilo.—Si llega á verme soy perdido,— me dije; rápido como el pensamiento me metí debajo del agua, y allí estuve cuanto tiempo me permitieron mis pulmones.

Al sacar las narices, vi que el cocodrilo había desaparecido.

Me vestí y corrí á reunirme con la columna.

La extrañeza de mis compañeros de armas no tuvo límites cuando me vieron llegar.

Tenia todo el pelo de la cabeza blanco.

La cosa se explica fácilmente; al meterme bajo el agua, inadvertidamente me dejé la coronilla fuera.

Por eso tengo el bigote negro, y blanca la cabeza.

Así habló el teniente coronel; los oficiales que le escuchaban quedaron, al parecer, convencidos.

Habían pasado algunos días después de esta escena.

El batallón tenía que salir muy de mañana á maniobras.

El referido jefe se presentó en el cuarto de banderas á la salida del sol.

—Mi teniente coronel, le dijo el oficial de guardia. ¿Ha encontrado usted algún cocodrilo por el camino?

—¿Por qué me pregunta usted eso?

—Porque lleva usted medio bigote blanco.

En efecto, con las prisas de vestirse para no caer en falta, el teniente coronel se descuidó de pintar su bigote.

* * *

A una reunión donde se representaban charadas, se ponían acertijos y descifraban jeroglíficos, asistía un señor andaluz, sumamente soso.



Nunca acertaba nada, ni presentaba problema ni juego alguno para pasar honestamente el rato.

Los contertulios se fijaron en su ineptitud, y queriendo reírse de él, le obligaron, quieras que no, á poner un jeroglífico.



Tanto le rogaron que tomó pluma y papel, se fué á la mesa y puso el siguiente jeroglífico:

Todos dieron mil vueltas al papel, pero ninguno dió con la solución y tuvieron que darse por vencidos.

—*Pue, me paese que la cosa é bien fácil; un monte, un ojo y un deo; pue la solución é... Monte—vi—deo.*

Lo echaron de la tertulia.

* * *

Llegó á Toledo un inglés muy alto y muy grueso á visitar las bellezas artísticas que encierra la imperial ciudad.

Iba hacia la fábrica de armas acompañado de un *cicerone*. Un empleado de consumos preguntó en alta voz á dicho acompañante:

—¿Ande vas?

—A acompañar á este *alifante* á la *frábica*, contestó el *cicerone* señalando al extranjero.

Pero el extranjero comprendió el insulto y propinó al desvergonzado una soberana tunda.

Cuando, pasado algún tiempo, el *cicerone* hablaba de este asunto, decía:

—Yo estaba *inorante* de que *alifante* es lo mismo en inglés que en castellano.

* * *

Un muchacho se examinaba de Geografía y no contestaba bien á ninguna de las preguntas hechas por el tribunal.

—¿Dónde está Aragón?

(Silencio).

—¿En qué punto desemboca el Ebro?

(Silencio).

—Pero, hombre, por el amor de Dios, diga usted, siquiera, ¿en qué punto del globo vive usted?

—Rambla de Santa Mónica, doscientos veinticuatro, tercero, izquierda, contestó el examinando.

* * *

Tres cesantes indigentes se encuentran con una colilla de puro.

—Yo la he visto primero.

—Yo la he cogido del suelo.

—Yo dí el aviso.

Los tres tienen opción al hallazgo. Partirla sería un crimen.



Convienen, por último, en adjudicarla al más desgraciado de los tres, después que se oigan las desventuras de cada uno.

— Pues sepan ustedes, dice el primero, que hace más de dos años me alimento tan sólo de lo que encuentro por la calle: cáscaras de melón y naranja, trozos de cebolla y algún mendrugo de pan. No llevo camisa; mis zapatos no tienen suela y duermo á la intemperie.

— Al fin y al cabo usted está solo. Yo tengo familia. He visto morir de hambre á un hijo mío; dormimos en el suelo sobre un trozo de estera recogido entre unos escombros, y hoy nos echan del sótano en que habitamos por no tener dos reales que me cuesta de alquiler al mes.

— Mía es la colilla, dijo el tercero. Figúrense cuál será mi situación que, en este mundo, no tengo más amparo que á ustedes dos.

MELITÓN GONZÁLEZ.





¡PASIÓN!

NOVELA ORIGINAL

DE

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

(CONTINUACIÓN)

III

LA carta cuyo párrafo os dí á conocer para que supieseis cómo el hidalgo era, se encontró, con otras muchas, entre los papeles de la monja que ya mencioné, que murió repentinamente y no tuvo tiempo, sin duda, de quemarlos.

Esos papeles, y otros, hallados también por don milagroso á doña Blanca, uniéndose á ciertos apuntes ó memorias que dejó escritas el portador de los pliegos del rey, son los datos que me dieron luz á mí para atreverme á contaros, sin perder detalle, y desde el principio hasta el fin, la más peregrina de las historias.

Continuaré diciéndoos que cuando la hija de Máinez y Carrillo entró en sus habitaciones estaban ya oscuras. Sintió rumor de pasos y exclamó:

—Decid que traigan luz, dueña.

—¡Válame Dios, doña Blanca! contestó al punto una voz juvenil, de muy delicado timbre: no me place vuestro yerro; dueña me dijisteis, cargándome de años en menos que transcurre un segundo; ¡pesie á mí, que en adelante haré que tengan por mote mis caballeros una dentadura mellada y unos huequecillos malaventurados que parezcan ojos!

—¡Ah, que sois vos, doña Casilda! exclamó doña Blanca vivamente; perdonadme, bien lejos estaba yo de esta buena ventura.

—¿Buena ventura llamáis á la suposición de que yo tenga más años que un palmar y esté de arrugas como una mal nacida?

—No, por Dios, que llamo buena ventura á la que me favorece con vuestra presencia.

La hija de Máinez iba andando á tientas en la oscuridad para encontrarse con doña Casilda: tropezóse al fin con ella.

—Apartaos, decíale la otra fingiendo mal humor; apartaos, desde hoy rendiré homenaje respetuoso á toda dueña que á mi paso encuentre, más que sea horrible y negra y mala como un poseldo; basta para que toda la vida las ame el que yo á ellas me asemeje.

—Vos, doña Casilda, siempre estáis con los donaires á vueltas; no hay mal humor que os resista.

—Callaos por la Virgen, que yo no os oiga más ese vos y ese doña que me estremecerán en vuestro labio desde hoy: menos etiqueta quiero, para que no me acuerde del sambenito de años que me echasteis.

—Bien está, Casilda, exclamó doña Blanca dulcemente: ya ves que te tuteo sin otro ambage; pero ha de ser con una condición.

—Me la figuro.

—Sí, la de que yo no sea para ti doña Blanca tampoco.

—Corriente; no te vayas, y deja que te abraze: es un pacto que es preciso sellar; así, ¿ves? ya te encontré la boca: hay que sellarlo con un beso.

Besáronse las dos damas en la oscuridad, y como si de aquel beso puro hubiese brotado el sol, se iluminó súbitamente la estancia con la luz que entró una camarera.

Miráronse sonrientes las dos damas, echados los brazos aún la una al cuello de la otra.

Era un tipo doña Casilda enteramente opuesto al de doña Blanca: su estatura era la misma; el contraste estaba en su blancura de nieve, en sus cabellos negros y brillantes, en sus ojos negros también, apasionados, infinitos, en la corrección y en la movilidad de sus facciones. No había en ella la seriedad, la adustez, el continente altivo de doña Blanca; no había aquel reposo en su frase ni aquella majestad en sus movimientos. La edad era también la misma, pero ¡qué diferentes dones puso la naturaleza en estas dos criaturas! Aunque de algún tiempo atrás pareció á los suyos un poco más retraída y ensimismada doña Casilda, fué siempre jovial, ligera, dulce; su espíritu era inmaculado como la blancura de su rostro.

—Y bien, Casilda, ¿cómo te encuentro aquí?

—A ver á doña Leonor estuve y la encontré con sus achaques de doncellica dengosa; lo que doña Leonor tiene que la desasosiega, no es enfermedad ni cosa que lo valga, sino aburrimiento, que la hace inclinar como si fuese de plomo.

—Mi pena tengo, Casilda, que ya es una enfermedad como cualquiera otra; enfermedad, que maese Luis no le cura, ni creo yo que se la cure nadie; un médico nada más conozco yo que consiga alguna vez un poco de alivio.

—¿Y quién será ese, Blanca?

—Pues, don Fermín, mi primo.

Al oír doña Casilda este nombre, enrojeció súbitamente y guardó silencio.

Doña Blanca no se fijó en este detalle y continuó:

—Ama á su sobrino don Fermín de una manera, que casi podría yo tener celos, como hija de doña Leonor, y como futura de mi primo.

—Pero pueden estar descuidados, ¿es verdad, Blanca? exclamó Casilda lentamente.

—De seguro; no soy celosa, y les amo mucho á los dos para dolerme de que se amen ellos también; al contrario, me alegra y gozo.

—¿De modo que tú no sabes apreciar, tú no comprendes esa pasión!

—¿Qué pasión? preguntó doña Blanca con extrañeza.

—La pasión de los celos.

—¡Los celos! Oí mucho hablar de desdichas que con los celos se experimentan, pero mi corazón está tranquilo, en buena hora, y creo que tranquilo seguirá en este punto.

—Tú, Blanca, respondió la otra con dulce melancolía, eres la elegida de Dios para las felicidades de la tierra.

—Me pone gran inquietud tu tono, amiga; no me lo explico, pero deseo para tí la felicidad, como para mí misma; dime cómo has encontrado á doña Leonor.

—Fuí á su cámara, porque me dijeron que paseabas con Pericón Lobato: la hallé recostada en un diván, como enferma de muerte; la interrogué, y contestóme en tono lastimero mil desdichas de que no me reí por respeto y amor, porque tu madre, dicho sea ahora que viene en coyuntura, hermosa está, saludable, fresca y sana, más que nosotras todavía.

—Eso me parece, y mi inquietud no es grande, por lo mismo, ni hubiera yo paseado tampoco, á no estar segura de ello.

—En medio de sus cuitas de no poder moverse, anunciáronla la presencia de un forastero que buscaba á don Hernando.

—¡Ah! ¿el mensajero del rey?

—El mismo, ¿lo sabes ya?

—Le encontré cuando entraba; con Pericón Lobato hubiera tenido disputa á no intervenir yo.

—Pues iba diciéndote, que conforme barruntó tu madre la novedad del forastero y las impresiones nuevas que podría darla, se irguió con viveza, la color mudósele, brillaron sus ojos con más fuego que los tuyos y con más hermosura,—y eso que á tí, mi Blanca, no hay en Córdoba ni en el Andalucía quien te asemeje,—y dijo muy suelta de ánimo que entrase el desconocido; retirarme quise, aunque el pasmo que me puso la repentina metamorfosis de doña Leonor me quitaba el aliento mismo.

—Quedaos, quedaos, mi doña Casilda, dijo ella. Me quedé y ví al forastero; ya lo has visto y nada de su figura ni de sus modales te diré: si pude observar una cosa que tú no habrás tenido tiempo de observar como yo.

—Efectivamente, apenas si hemos cruzado alguna palabra, para decirle yo que mi padre había ido á no lejano lugar, y que mi madre doña Leonor no le recibiría; para decirme él la mucha honra que ya tuvo en ver á mi madre, y por cierto que suspendió mi ánimo la novedad grandísima de que doña Leonor se dignara recibir al forastero.

—Por Dios, que no le ha pesado.

—¿A quién? ¿A mi madre?

—¿A quién otra persona podía ser? contestó Casilda ligeramente. ¿Al hidalgo forastero? Ya se supone que no le pesó tampoco vernos á nosotras.

Sonrió doña Blanca por la dulce coquetería con que dijo doña Casilda aquello, y exclamó afablemente:

—¿Ha sido entonces á doña Leonor á quien no le ha pesado?

—Ni á mí tampoco, que me dejó prendada con su hablar mesurado y su continente; dígame, mi Blanca, que no hablé por el gusto de oírle, y poco tiempo figúraseme que estuvo con nosotras.

—¿Te enamorarás acaso del mensajero? preguntó doña Blanca riéndose.

—No sé qué te diga, contestó la otra sonrojada hasta lo blanco de los ojos; poco se me

TOMO II.—8.

alcanza en punto de amor; pero amor es discreto en mi sentir, y calla y se esconde; la tranquilidad con que yo te hablo de las nobles prendas en que el forastero abunda, más bien podría tomarse como principio de la amistad sincera que le profesaré.

—¿Cómo es el nombre del hidalgo? preguntó doña Blanca distraídamente.

—Don Martín Pedrosa se llama, repuso doña Casilda.

Y prosiguió luego con aquella suave ligereza de copo de espuma:

—Y además, no es ya don Martín buen ayuntamiento para nosotras; hombre maduro me parece; aunque no sea viejo para no poder con los años; no creo que ande él tampoco en ganas de hacer rondas como doncel sin seso, de los que se dan de cuchilladas debajo de tus balcones...

Interrumpió á Casilda la presencia de una mujer, vieja, arrugada, de tremendo porte, con anteojos grandísimos y largas tocas.

Al verla doña Casilda exclamó imprudentemente:

—¡He ahí mi retrato! ¡Donosa equivocación fué la tuya!

La oyó la vieja y exclamó agriamente, viendo á la par que doña Blanca sonreía:

—Dignas son de regocijo donosidades de mozuelas sin seso, y por tan justa razón os reís ciertamente; nunca lo creyera en vos, que tanto alardeáis de mesura, doña Blanca.

La peroración y el ademán de la dueña, fueron causa de que doña Casilda no pudiese contener la hilaridad; haciale señas doña Blanca para que se contuviese, y no lo consiguió: la vieja entonces quedó parada en medio de la habitación, y levantando los brazos trágicamente exclamó en voz chillona:

—Yo protesto y á don Hernando me quejaré: á nadie quiero turbar con mi presencia, y quédese en pie que me iría, no siendo por vuestro recato y vuestra opinión, doña Blanca: don Fermín vendrá inmediatamente, que está saludando á doña Leonor en su cámara, y no estando aquí vuestra madre, á mí me corresponde estar á vuestra mira, que no es de opinión que un mozo, aunque sea primo vuestro, esté con vos á solas, cuando, amén de pariente, vuestro prometido es.

—¡Qué decís! exclamó doña Casilda levantándose de pronto.

Y luego, mirando á su amiga, pálida y temblorosa, añadió:

—¿Oí bien lo que dijo la dueña? ¡Tu prometido es don Fermín!

Doña Blanca sonrió, haciendo un signo afirmativo.

—¡Cómo no me lo dijiste! exclamó doña Casilda con mucha turbación, que pareció á doña Blanca sorpresa sencillamente.

—No me pareció de necesidad notoria, contestó doña Blanca, riéndose ya de la sorpresa de su amiga; además, he pensado siempre que lo habrías supuesto.

—¡Nunca! nunca, ni por casualidad, oí hablar tampoco en tu casa de este asunto.

—Bien, ya lo sabes, dijo doña Blanca.

Se levantó luego sorprendida y la preguntó dirigiéndose á ella:

—¿Pero te vas á ir? Se alegrará mucho mi primo de verte.

—Voy con doña Leonor un momento para despedirme; mi padre vendrá por mí, y estaré prevenida.

Dijo esto y fué á salir después de besar á doña Blanca, pero se detuvo de pronto. Don Fermín de Santisteban habíase presentado. Cruzóse entre los dos una profunda reverencia y salió doña Casilda luego.

Tenía don Fermín de veintidós á veintitrés años: su rostro era dulce; el cutis delicado como de dama, con transparencias y tersuras; color ligeramente sonrosado; negro bigote, muy fino y muy sedoso; marcial la apostura; el continente noble y el atavío de sencillez y elegancia suma.

Puede decirse que era don Fermín el hombre único, de la gente moza de la ciudad, que frecuentaba el trato de doña Blanca; era apuestísimo, ágil, valiente, emprendedor y de tanta

belleza y simpatía, que se acostumbró á ser el niño mimado entre las damas lo mismo que entre los caballeros; todos le querían, y en todas partes era, no sólo admitido, sino deseado. Como último detalle puedo deciros que tenía unos grandes y hermosísimos ojos negros, que hacían recordar, por su parecido, la seducción, la pureza, la vida, el poder inmenso de los ojos de su guapa tía doña Leonor, á quien no conocéis aún.

Otro detalle curioso, cuya explicación no se tuvo aquella noche ni en mucho tiempo después, fué el siguiente: que cuando salía don Fermín, un cuarto de hora después, de la cámara de su prima, tropezó con un objeto extraño; lanzó una exclamación, á la que acudieron doña Blanca y la dueña.

—Luz, dijo don Fermín, que traigan una luz.

Lleváronla precipitadamente, y pudieron reconocer con profunda sorpresa y pesar á doña Casilda, que al salir cayó desmayada, sin duda, no teniendo hasta entonces quién la socorriera.

(Continuad).



LA MODA DE PARIS



Abrigo de astracán
Traje de calle

Hay un destino así para las personas como para los castillos. El de Dampierre, destinado á la elegancia y á las cosas del gran mundo, acaba de presenciar los esplendores de otras épocas. El matrimonio de M.^{me} de Luynes con el duque de Ayen, boda patricia y brillante, como no suelen verse iguales, ha abierto á la hospitalidad los espléndidos salones de aquella morada señorial. La señora duquesa de Luynes, madre de la joven novia, que quedó viuda á los veintiún años por la muerte del valiente héroe de Patay, posee una habilidad singularísima para ser duquesa, conservándose mujer.

Delgada, graciosa, de facciones finas, con rasgados ojos azules, tiene en el más alto grado el don de saber agradar. M.^{me} Yolande de Luynes, su hija, hoy duquesa de Ayen, era la más hermosa mujer de la aristocracia, y ahora será la joya de las jóvenes damas del noble *faubourg*. De talle elegante; fina también de rostro; noble la cabeza; los ojos azules, grandes, ideales, como los de su madre; pintora de talento; amazona intrépida, practica con garbo extraordinario todos los *sports* á la moda. A estas cualidades de mundo, une un corazón de oro, abierto para todas las miserias y para todos los infortunios.

El día en que se firmó el contrato su bello rostro estaba radiante de felicidad. Su alegría, su animación, los rayos inocentes de sus ojos dejaban adivinar bien por qué la había elegido su esposo. Llevaba un delicioso traje de pequín rosa adornado de encajes crema.

Para el matrimonio en la iglesia, Worth compuso vestidos de hadas, Virot sombreros encantadores. Comencemos por el de la novia, maravilla de elegancia y de simplicidad, en raso marfil y larga cola orlada de flor de azahar. El cuerpo se hallaba fijado al lado, en la cintura, por un ramo de las mismas flores, las cuales caían en ligeras guirnaldas sobre la falda. Las mangas, poco pronunciadas, iban adornadas en los hombros con punto de aguja, y al cuello, de lo propio, lo sujetaba otro ramito de azahar. El velo larguísimo, de punto de aguja, se hallaba prendido en la cabeza por una delgada diadema de las citadas flores.

La señora duquesa de Luynes, madre de la novia, vestía un magnífico traje de terciopelo gris, con punto de Alenzon, capotita de Virot, de terciopelo gris también, plumas y marabúes con agujas que tenían la cabeza de diamantes. La joven duquesa de Luynes, Uzés de nacimiento, encantaba por su juventud y belleza con una *toilette* de terciopelo celeste con zibelina,

piel que adornaba asimismo el cuerpo. Sobre su graciosa cabeza rubia aparecía un lindísimo sombrero de terciopelo trenzado sobre un ruedo de zibelina. Dos alas con raros reflejos formaban *aigrette* sujetas por soberbias joyas. Agujas con cabeza de perlas mosqueaban el sombrero.

La condesa de Guerne, que tuvo la amabilidad de cantar en la iglesia, mostró una vez más que no era sólo un prodigioso ruiseñor, sino que tenía el alma de una grande artista. Su traje, de terciopelo Luis XIII, iba acompañado de un sombrero de nutria, adornado con violetas.

M.^{me} Howland llevaba un soberbio traje de terciopelo negro; la señora condesa de Oilliamson, vestido de piel de seda, adornado en el cuerpo de una manera original por medio de abollados de seda crema, que recordaban los corpiños de los Valois. Las mangas estaban separadas en dos partes por un lazo. En los hombros llevaba una pelerina de zibelina. El vestido de la duquesa de Mouchy era azul, con una capotita adornada con rosas amarillas, y la condesa de Garets se distinguía por su tocado, consistente en una toca de zibelina con ramitos de violetas.

Hiciéronse á la joven novia regalos fabulosos. La canastilla contiene encajes, joyas, diamantes, pieles asombrosas y perlas espléndidas. Las pieles, como dijimos, son muy estimadas de las señoras jóvenes, por lo cual, al lado de las piezas clásicas, como el vestido y abrigo de nutria, se suele ahora regalar una serie de pieles que las señoras utilizan luego según su gusto y las variaciones de la moda. Las pieles que forman estos regalos han de ser selectas, y para adquirirlas se hace forzoso dirigirse á casa de confianza que más tarde se encargará de transformarlas.

Este año el renombrado peletero de la *rue de la Paix*, es decir, Grunwald para hablar claramente, proveedor titular de todas las damas ricas, ha ideado lindos modelos de la mayor elegancia, entre los cuales señalaremos dos piezas que disfrutaban ya de mucha boga. Compónese una de ellas de un abrigo cruzado por delante, terminando en el talle y con mangas holgadas, confeccionado en nutria; cuello y vueltas son de zibelina, siendo apropiado este abrigo para visitas y para toda clase de vestidos. El otro modelo consiste en una coquetona capita de astracán. Grunwald, habilísimo para arreglar abrigos suaves y graciosos, ha alcanzado con este trajecito franco-ruso el más alto grado de la elegancia.

Úsase por la noche la *pelisse* forrada de cabra de Mongolia, cuya blancura de nieve sienta bien al cutis de las parisienses. Hay también la rotonda de armiño, muy ancha, con la cual las damas frioleras se envuelven al salir del baile ó del teatro. Por lo demás, no hay cosa que reemplace á las pieles para hacer frente al frío, y esto explica que sigan en triunfo contra todos los caprichos de la moda.

El mes de Diciembre pertenece á los niños y á las mujeres. Navidad y los aguinaldos dejan vivientes recuerdos al través de los años. El *Petit Noël* es fecundo en ingeniosas invenciones, siéndolo este año la de una muñeca que respira, que anda, habla, y diríamos que vive. Es un *bébé*, no un juguete; un camarada que el niño encuentra siempre dispuesto á compartir sus juegos.

En aquellos días las madres y las abuelas se complacen en vestir á sus hijos y nietos para



Traje y sombrero para señorita
de M.^{me} Thirion

las Navidades, adornándolos como si fueran príncipes. M.^{me} Thirion, encargada de estos embelesadores vestidos, nos ha enseñado una serie de ellos para todas las edades, de los cuales describiremos uno solo. Es de bengalina blanca y recuerda los trajes de la época de Luis Felipe; tiene escote sobre un canesú ricamente bordado en seda blanca con aplicación de faya. Las mangas, sopladadas por lo alto, se hallan aprisionadas por un largo puño bordado. Una pequeña berta deshilada sigue al escote del cuerpo, y tres volantes, asimismo deshilados, rodean la falda. Para los niños hay trajes en paño ó en terciopelo, de los que hablaremos en otra ocasión.

Volvamos á los aguinaldos, para indicar á nuestros lectores las monaditas que se han inventado para ellos. Entre las joyas se cuentan pequeñas tortugas, cisnes, langostas con el cuerpo incrustado de esmeraldas y de diamantes; flores de admirable delicadeza como campanillas, jacintos y orquídeas, la flor del día. Lenthéric, el director de la Perfumería de las Orquídeas, ha mandado fabricar lindos adornos para el tocado, en concha, y bonitos *atyches*, ó frasquitos de esencias, joya perfumada del gusto de las señoras; saquitos para pañuelos y ropa blanca, unos adornados con florecillas pintadas por mano de artista, y otros más sencillos, pero siempre deliciosamente aromatizados; espejos de mano; una colección inédita de abanicos, y preciosos adornos para vestidos de baile, con flores y cintas combinadas con arte y gusto irreprochables por M.^{me} Lenthéric, cuyos consejos son en todas ocasiones muy apreciados por las damas elegantes.

El primer grabado representa un traje de paño; falda de paseo, azul real adornada de galones y de una estrecha orla de astracán; cuerpo del mismo paño con ancho cinturón de raso negro; mangas de raso no muy voluminosas para que quepan debajo del abrigo, que es de astracán, no demasiado largo, abriéndose sobre un chaleco de terciopelo cuero, con bordaduras; gruesos botones artísticos van á los dos lados; el manguito de astracán se halla adornado con un ramo de violetas. El sombrero de castor negro está adornado con plumas, sujetas por medio de un lazo de terciopelo cuero de Rusia.

El segundo de nuestros grabados representa un vestido y sombrero de niña, según los modelos de M.^{me} Thirion, boulevard de la Magdalena. El vestido es de paño azul de Francia, elegantemente adornado en terciopelo castaño con cambiante rojo, formando un canesú con la berta dentellada, un bordado de seda café con leche sigue los contornos de los dientes orlados de nutria. Las mangas, todas fruncidas, tienen un *bouffant* de terciopelo. El gran sombrero Lamballe, en terciopelo negro, va plegado delante de un modo gracioso, en forma de trébol, componiendo su adorno un lindo penacho de plumas.



Los ingleses conservan como una preciosa reliquia la primera locomotora de camino de hierro, construida en 1817 por Edward Pease, en cuyo taller trabajaba Jorge Stephenson. A dicha locomotora se le dió el nombre de *Locomotion*.

Este primitivo aparato estuvo expuesto con mucha solemnidad, con ocasión del jubileo de Darlington el día 27 de Septiembre de 1875.

No es por simple curiosidad, sino por un sentimiento por cierto muy distinto, que nos trasladamos á aquella época, tan cercana de la actual, en la que el genio industrial luchaba con energía para llevar á cabo esta revolución, calificada entonces de locura, ó sea colocar entre las varas de un vehículo, donde se coloca el caballo, una caldera en ebullición. Al empezar Pease no se proponía, ni mucho menos, hacer competencia á las sillas de posta; se limitaba á alcanzar una notable economía en el transporte del carbón á orillas del Tus por un procedimiento de su invención. Sus ensayos fueron recibidos no sólo con la más viva oposición sino que se trató de matarlos por medio del ridículo. Se calificó la invención de absurda y al inventor de idiota, suscitándole toda clase de dificultades. El duque de Cleveland se opuso á que el camino que debía recorrer *Locomotion* se acercara mucho á sus tierras destinadas á la caza, y terminada la línea se pasaron cuatro años antes que se concediera el permiso para explotarla. Por fin, el 27 de Septiembre de 1825, el camino de hierro de Stokton á Darlington se abrió al servicio público en presencia de gran número de curiosos que no sabían si aplaudir ó silbar.

En España, en 1827, se presentó un proyecto de ferrocarril que debió unir Madrid á Aranjuez: el rey Fernando VII, que pecaba de escéptico y malicioso, negó el permiso, fundándose en que si el ensayo daba buenos resultados y se construían líneas para poner en fácil comunicación los extremos de la península con el centro, Madrid se haría inhabitable, porque todos los españoles acudirían á solicitar empleos.

Empezaba Agosto y el día era uno de los más calurosos del año. El sol hacía sentir sus ardientes rayos en aquella tierra arenisca. El rey iba montado y vestía un traje corto y estrecho de terciopelo que llamaban jaique, lo que le daba mucho calor. Cubría su cabeza una caperuza de terciopelo encarnado guarnecida con una sarta de gruesas perlas que la reina le había dado antes de salir. Detrás de él había dos pajes á caballo, uno de ellos llevaba un ligero y bruñido casco de acero

de los que se fabricaban entonces en Montauban; el otro llevaba una lanza, cuyo hierro era un regalo que había hecho al rey el caballero de la Rivière, que lo había traído de Tolosa, en cuya ciudad era donde mejor se fabricaban.

A fin de no incomodar al rey con el polvo y el calor, dejábanle marchar casi solo. El duque de Borgoña y el de Berry se hallaban á la izquierda, algunos pasos más adelante, hablando entre sí. El duque de Orleans, el de Borbón, el caballero Coucy y algunos otros personajes se hallaban también más avanzados formando un grupo aparte. Detrás del monarca los señores de Navarra, de Albret, de Bar, de Artois y muchos otros formaban un gran cortejo.

Marchaban por el orden indicado, y acababan de entrar en el gran bosque de Mans, cuando de repente salió de detrás de un árbol de la orilla del camino, un hombre de grande estatura con la cabeza y los pies desnudos, vestido con una mala chamarreta blanca. Adelantóse y tomando por las riendas el caballo del rey:

—¡No sigáis adelante, noble rey, exclamó con voz terrible; volved atrás, pues os acecha la traición!

Los guerreros acudieron en seguida, y golpeando con el palo de sus lanzas las manos de aquel hombre, obligáronle á soltar las riendas. Como tenía el aspecto de un loco, dejáronle marchar sin informarse de nada, y siguió al monarca cerca de media hora repitiendo, desde lejos, las mismas palabras.

Esta repentina aparición dejó muy confuso al rey. Su cabeza, que era muy débil, quedó trastornada; pero á pesar de todo continuaron el camino. Pasado el bosque, encontráronse en una gran llanura arenosa, en donde los rayos del sol eran todavía más vivos y ardientes. Uno de los pajes del rey, rendido por el calor, dormitaba, y la lanza que empuñaba cayó sobre el casco é hizo retemblar bruscamente el acero. Entonces el rey se estremeció, y levantándose sobre sus estribos echó mano á su espada, espoleó su caballo y adelantóse gritando:

—¡Corramos contra esos traidores! ¡quieren entregarme á mis enemigos!

Al oír esto apartáronse á toda prisa los que le rodeaban; pero no pudieron por esto librarse de recibir algunas heridas. Hay quien asegura que algunos, entre otros un tal Polignac, fueron muertos por el rey. El duque de Orleans, que era uno de los que se hallaban cerca del monarca, vióle venir contra él espada en mano y dispuesto á herirle; entonces el duque de Borgoña, que acudió precipitadamente, le gritó:

—¡Huid, querido sobrino, monseñor quiere mata-

ros! ¡Ah! ¡Qué desgracia! ¡Monseñor está delirante!
¡Dios mío, procuremos sujetarle!

Se presentaba, sin embargo, tan furioso, que nadie se atrevía ante el peligro que amenazaba. Dejaronle correr de una parte á otra y fatigarse persiguiendo á uno y otro de los acompañantes. Por fin, cuando estuvo rendido por el cansancio y bañado en sudor, el chambelán, monseñor Guillermo Martel, acercándosele por la espalda, le abrazó. Rodearonle entonces todos, quitaronle la espada, apeáronle del caballo y recostáronle en el suelo, desabrochando su jaique. Su hermano y sus tíos se le acercaron; él con los ojos inmóviles no conocía á nadie y no pronunciaba una palabra.

—Es indispensable regresar á Mans, dijeron los duques de Berry y de Borgoña; ved ahí el viaje en Bretaña terminado.

Encontraron por el camino una carreta tirada por bueyes, colocaron en ella al monarca de Francia, atándole al propio tiempo por temor de que le repitiese el delirio, y condujéronle sin movimiento y sin palabra á la ciudad.

Un bendito escribió la siguiente carta á un amigo suyo:

«Mi querido C...; me he dejado olvidada la petaca

de plata en tu casa; ten la bondad de mandármela por el dador de la presente.»

Al ir á cerrar la carta encuentra la petaca, y añade:
«Postdata: Acabo de hallar la petaca; no te molestes en buscarla. Adiós.»

¡Y cierra el billete y lo envía á su amigo!!!

Tómese la nata ó la espuma de la leche (que no tenga crema ó manteca) y disuélvase en una disolución fría, concentrada de bórax.

Este mucílago se conserva bien, y en cuanto á su poder adherente, es superior al mucílago de goma arábiga.

Las acciones son mucho más sinceras que las palabras.—SCUDERI.

Los hombres dan impulso á los negocios, y éstos arrastran á los hombres.—LÉVIS.

Quod volumus, facile credimus. El hombre cree con facilidad lo que teme ó lo que desea.—BACON.

La arrogancia es no pocas veces el disfraz de la bajeza.—***

RECREOS INSTRUCTIVOS

Solución á la charada anterior:

TO-CI-NO

Solución á la combinación anterior:

ELISA
TERESA
ELVIRA
CLOTILDE
FLORA
ROSA
DOLORES
PILAR

CHARADA

Seis sílabas hay, lector,
en mi excéntrico *total*,
y es un refugio oriental
para el viento y el calor.
Una dos, labrada está
en materia blanca y fina
de *uno cinco dos*, divina
si el arte vida le da.
Cuatro seis cierra papeles,
puertas, cartas y otros trastos,
no sin que ocasione gastos
entre cristianos infieles.
Si *seis dos*, pobre mujer,
¿quién tendrá el alma *cuatro uno*,
siendo un redomado tuno,
dejándola padecer?
Los dioses ya *cuatro tres*;
uno seis pisa el distraído
y *una tres* hacen sin ruido

los que siembran... al revés.
Lector, si al Oriente vas,
en el *todo* te cobijas,
y allí entre mil sabandijas
sombra y descanso hallarás.

Comunicado por la señorita M. DE C.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

1	2	3	4	5	6	7	8	Nombre de hombre
2	7	5	8	7	6	8	Idem.	
1	2	7	8	4	2	Calle de Barcelona.		
4	8	1	6	2	Nombre de mujer.			
4	8	1	2	Mueble de lujo.				
5	6	8	Pariente.					
2	4	Naipe.						
1	Consonante.							

Comunicado por M. BRUJÓ, de Barcelona.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados los derechos artísticos y literarios.—IMP. ESPASA Y COMP.*



ENSEÑANDO

CUADRO DE

Ayuntamiento de Madrid



ENSEÑANDO LA DOCTRINA

CUADRO DE JOSÉ BENLLIURE

Ayuntamiento de Madrid



MEMORÁNDUM

La agitada situación por que atraviesa Europa, y á la que ha añadido leña la cuestión del canal de Panamá, es causa de que todas las malas levaduras fermenten doblemente, apareciendo más á la superficie las doctrinas perniciosas sociales y políticas. El socialismo en todas sus variadas formas, y el anarquismo, que se mantienen siempre ojo avizor, han sacado más afuera la cabeza en estos días, notándose en París, en Londres, en Berlín y en otras capitales, síntomas graves que deberían hacer más previsores á los gobiernos del día, si no estuviesen éstos también inficionados de un virus revolucionario y demoledor. En Londres, socialistas y anarquistas han visto que las manifestaciones en *Trafalgar Square* no producían ya efecto, y no considerándose aún con fuerzas para librar batalla en calles y plazas, han cambiado la forma de propaganda ó, mejor dicho, la manera de producir desorden é inquietud. Para este fin eligieron uno de los templos protestantes mayores y más concurridos de Londres, al que acudieron en el número que se les consintió, pero número bastante para alborotar y escandalizar en aquel local. Allí los congregados para fines religiosos de su secta hubieron de contemplar cómo aquellas gentes entraban en el templo cantando á grito pelado la *Marsellesa*, cómo interrumpían al orador que dirigía la palabra al auditorio en el servicio religioso, y cómo se retiraban repitiendo de nuevo aquel canto revolucionario. Por más graves tenemos estas manifestaciones que los mismos *meetings* en *Trafalgar Square* con procesiones por *Regent Street*. Hace tiempo que en Inglaterra juega el gobierno con fuego, creyendo acaso que por la índole de aquel pueblo ciertos desahogos no han de tener la trascendencia que ofrecen en el continente. ¡Quiera Dios que no se equivoque en bien general de Europa!

* * *

En París la inquietud por idénticas causas aparece más y más cada día. He ahí lo que escribe el batallador Paul de Cassagnac en *L'Autorité*:

«El resultado más claro, dice, de los escándalos en el asunto del canal de Panamá, es la organización de la insurrección por los socialistas.

»Lo más grave, empero, es la entrada en escena de los socialistas conocidos, que tienen un nombre más ó menos ilustre dentro del partido.

»Esta organización de la resistencia y de la fuerza, este ruidoso y público llamamiento á

TOMO II.—9.

la insurrección, encuentra quien lo aplauda, hasta en la *Petite République Française*, dirigida por M. Goblet, senador por el departamento del Sena y ex presidente del Consejo de Ministros.

»Se ha escrito «que todos los oradores han dicho excelentes cosas» y que los ciudadanos Camelinat, Alleme y Guesde «han hablado muy oportunamente.»

»Ya lo veis, se lleva adelante del modo más fraternal del mundo la alianza de los radicales y de los socialistas, en otro tiempo predicada en Lyon por M. Millerand.»

Revolucionarios, socialistas, anarquistas y otros por el mismo estilo celebraron una reunión en un local de París que trae inquieto á *Le Siècle*, y contra la cual pide represión enérgica *La Lanterne*, por cuyo motivo se la ha calificado de burguesa. El *Moniteur* dice con razón á este propósito:

«No diremos con la complicidad, escribe dicho periódico, pero sí con la tolerancia del gobierno, los revolucionarios, aliados suyos en los días de elecciones contra los conservadores, han podido levantar cabeza, reunir á sus parciales, ensanchar su propaganda é instalar las oficinas de los estados mayores en la Bolsa del Trabajo, y en provincias en los sindicatos socialistas y en las oficinas de ciertas alcaldías.

»Han obtenido leyes contra los amos y los propietarios; ahora quieren su turno en el poder, lo cual no es cosa tan inconsecuente que digamos.»

Por otra parte, las entrevistas celebradas por *Le Matin* reducen las palabras incendiarias á meras catacresis, parábolas y antinomias. Habiendo preguntado el redactor que tuvo las entrevistas «cuándo se emprendería la marcha,» uno de los oradores que preconizó esta operación estratégica, no pudiendo negar la palabra pronunciada por él, dijo: «¡Oh! eso no fué más que una sencilla figura retórica empleada en el calor de la discusión: en medio del alboroto es muy excusable.»

Explicación que comenta *Le Jour* con los siguientes párrafos de oro:

«Hay en la ciudad muchos pobres diablos que no saben nada de retórica y que se dejan engañar por palabras de grande efecto, que se tragan lo mismo que píldoras. Estos, en realidad, saldrían á la calle, mientras los consejeros de la Casa del Pueblo, que les han incitado á hacerlo, se mantendrían apartados del fuego.»

Hemos copiado estos fragmentos porque encierran elocuentes verdades. Las clases trabajadoras han de estar prevenidas siempre contra los que, empleando paradojas é hipérboles, les pintan un mundo ideal para el día en que triunfasen las ideas socialistas y anarquistas. Harto se ha demostrado adónde van tales hombres y á qué camino de perdición conducen doctrinas que sólo sustentan como medio para darse buena vida y para no trabajar, lo cual no saben ver los incautos por ellos seducidos.

* * *

Gran polvareda han levantado en Alemania las revelaciones del *Vorwaerts* (¡Adelante!), periódico socialista, sobre el empleo dado á los fondos güelfos, por otro nombre fondo de reptiles. Este fondo, que asciende á diez y siete millones de thalers, se constituyó en 1867 bajo pretexto de indemnizar al rey de Hannover de la pérdida de sus bienes, mas en realidad de verdad con el fin de proporcionar al gobierno prusiano recursos con que recompensar los servicios de sus agentes secretos. El príncipe de Bismark no tenía que dar cuenta del empleo de este dinero, y, por lo tanto, cuando en el año último se pensó en restituir los bienes al duque de Cumberland, sucesor del Rey de Hannover, á nadie le extrañó que los tales fondos hubiesen disminuido considerablemente.

Según el *Vorwaerts* percibieron dinero de la caja güelfa altos dignatarios, generales y otros militares, jueces, periódicos, individuos del Parlamento y funcionarios de Palacio. Esta revelación causó profundo estupor, y al ser negado el hecho, contestó el periódico socialista

publicando una lista de recibos que varían de 3,000 á 60,000 marcos. Algunos de ellos están firmados por individuos del Parlamento: figuran también dos periódicos extranjeros. El *Vorwaerts* llama especialmente la atención hacia tres recibos de 35, 30 y 10,000 marcos, fechados en Junio de 1886, algunos días después de la muerte del rey Luis II de Baviera, recibos firmados por dos elevados personajes del servicio particular del rey de Baviera, y por un empleado subalterno que desempeñaba funciones íntimas cerca del desdichado monarca bávaro. El citado periódico no nombra á nadie, pero sus alusiones son tan transparentes, que los personajes han sido inmediatamente señalados con el dedo. Uno de ellos parece ser el ministro presidente bávaro, señor Lutz, que ha sido uno de los más decididos miembros del partido nacional liberal, y que se distinguió durante su mando por la enemiga que tenía á los católicos, á quienes persiguió y molestó cuanto pudo. ¿Qué habrá de realmente cierto en todo esto? El tiempo lo dirá, hemos de exclamar. Como es de suponer, el asunto está dando materia á larga discusión y lo utilizan los contrarios de Bismark para proseguir la guerra que de largo tiempo están llevando á cabo contra el famoso ex canciller del Imperio. El periódico oficial *Reichsanzeiger* ha negado la verdad de todo lo afirmado por el periódico socialista.

* * *

En Portugal se han abierto las Cámaras con discurso del Trono. Esperábase que en él se adelantaría algo respecto de los proyectos financieros que tiene redactados el actual gabinete portugués con objeto de levantar la abatida Hacienda de la nación. Nada se dice de ello en el discurso del Trono, según acontece siempre en tales documentos, reducidos á frases generales. Portugal mostró energía en el asunto de la Deuda, no cediendo á las exigencias de los tenedores extranjeros, ó mejor dicho, de los de París, puesto que los de Londres aceptaban ya lo propuesto por aquel ministerio. Entre dejar de pagar los intereses ó reducirlos por un espacio de tiempo más ó menos largo, los ministros portugueses optaron por lo segundo, conforme lo han hecho otras naciones. Las Cortes han de regularizar ahora la situación, aprobando ó rechazando los decretos de Hacienda y, en el último caso, estudiando otras soluciones. La crisis financiera sigue siendo grave en Portugal, porque alcanza á sociedades de crédito y á empresas de importancia. De ella se resintieron la Compañía real de los caminos de hierro portugueses, bancos de Lisboa y de Oporto, etc., etc., debiéndose también á la misma, por modo más ó menos directo, la suspensión de las grandiosas obras que se hacían en el Tajo, para el puerto de la citada capital, y en las que se ocupaban muchísimos brazos.

* * *

El 5 de Enero S. M. la Reina Regente firmó el decreto de disolución de las actuales Cortes. En breve, pues, volveremos á pasar por un período electoral con todas las consecuencias propias de semejantes situaciones. Asunto sería ya de que los electores se hiciesen cargo de la importancia que tienen los cargos de senador y de diputado, y de que votasen para el Senado y para el Congreso personas de arraigo que no especulasen con la política y que no acudieran al Parlamento como podrían acudir á un teatro para hacer gala de sus habilidades oratorias. Casi puede decirse que todo el mundo, con voz unánime, exceptuados los políticos de oficio, condenan el parlamentarismo y censuran por ende la representación nacional, tal como hoy se entiende, ó mejor, tal como hoy se practica por los muñidores electorales. Mucho tememos, empero, que en las próximas elecciones continúen los mismos vicios de antes y aun se acrecienten los abusos. Los vientos, por desgracia, no van en las regiones en las que se teje y desteje en la política, por donde desearían cuantos quisieran ver establecido en España el verdadero sistema representativo, que fuese representación fiel de todas las clases de la nación y de sus nobles y patrióticas aspiraciones. ¿Será esto un sueño que no debamos ver nunca realizado? Lo cierto es que cada día nos apartamos más de tan hermoso ideal.—B.

POLVOS Y LODOS

«... y si mi hijo se empeña en no seguir una carrera, le obligaré á aprender un oficio, porque no quiero que la ociosidad corronipa su juventud, y quiero dejarle un medio seguro de ganarse honradamente la vida. Hoy soy rico; pero ¿quién sabe si lo será él mañana?...»

(Carta escrita al autor por un padre de familia).



A primera vez que ví á Manolo H*** era yo muy niño: aún no contaba doce años, y me hallaba á la sazón huésped en casa de mi amigo Fernando, el más querido de mis compañeros de colegio. Tenía Fernando un hermano mayor, grande amigo de Manolo, y quiso un día llevarnos al magnífico *chateau* en que éste habitaba, para ver un soberbio león del Sahara que habían encerrado vivo en una gruta natural de su delicioso parque. Cuando llegamos á la lindísima explanada á que el *chateau* daba frente, vimos detenidos, ante la escalinata de mármol que daba entrada al torreón del Norte, varios carruajes, entre los que llamó mi atención una preciosa *cesta* tirada

por cuatro jaquitas enanas, con arreos á la calesera, azules y plata.

—¡Ahí está Currito Pencas! exclamó Fernando al verla.

Y, batiendo las palmas de alegría, se tiró del coche de un solo salto.

Preguntéle entonces quién era Currito Pencas, y me dijo que un famoso torero, grande amigo de su hermano y de Manolo, que dirigía el Club tauromáquico de que ambos formaban parte.

—Y hoy van al cortijo de la Picota á escoger el ganado para la corrida del jueves, añadió sin tomar resuello. Mi hermano mata, y Manolo pone banderillas... Yo no hago nada, porque soy chico; pero, cuando sea grande, pondré también banderillas, y no seré como ese tonto de Manolo, que nunca sale del *cuarteo*: yo daré también el *quiebro*... Y mira, ya me estoy dejando la coleta.

Y, al decir esto, me mostraba un rabito de pelo rubio como el oro, que, atado con un hilo, asomaba bajo el terciopelo de su gorrita escocesa. Yo comencé á reir y le tiré del rabito.

—¡Estate quieto! me dijo. Que se va á enterar mi hermano.

Y, pasando cariñosamente su brazo en torno de mi cuello, me preguntaba, mientras subíamos abrazados la escalinata de mármol:

—¿Y tú, no quieres ser torero?

—No, respondí yo gravemente. Quiero ser marino.

—¡Tonto! exclamó Fernando rechazándome lejos de sí. ¡Nunca tendrás entonces un coche y unas jaquitas como las de Currito Pencas!

Yo me encogí de hombros y seguí en pos del hermano de mi amigo, que, atravesando varios pasillos y una sala de billar, nos condujo á la estancia en que se hallaba Manolo. Era ésta

una gran pieza rectangular, tapizada toda de rico cuero de Córdoba, con zócalo y artesonado de roble tallado; ocupaban los cuatro ángulos otras tantas armaduras completas, árabe la una con capacete ceñido por un turbante blanco, otra de Milán con adornos ricamente damasquinados y cincelados, y otras dos de mallas del siglo XIII. En las paredes laterales había otras cuatro panoplias, también antiguas, y sobre las dos grandes mamparas de cuero que daban entrada á la pieza se veían los retratos de un caballero con tabardo oscuro y la insignia de clavero mayor de Calatrava al cuello, y el de una dama de edad madura con el severo traje blanco y negro de las viudas del siglo XVII; tenía ésta á los pies una caja de ricas joyas, y constaba en una inscripción, esculpida en el marco, que las había cedido para fundar un hospital en 1630. Componían el resto del mueblaje una sillería de roble tallado; una mesa, también de roble, con pies de tijera, cuya tapa la formaba una enorme tabla de una sola pieza, admiración de cuantos la veían, y dos de esos armarios del siglo XVI, primorosamente tallados é incrustados, que remataban en el escudo de armas de la casa de Manolo. Pero sobre aquel fondo de antigua y severa magnificencia había amontonado Manolo, el elegante de nuestra época, cuantos objetos pueden dar de sí las aficiones inconstantes, los caprichos de la moda y las extravagancias de gustos pasajeros.

Velanse diseminados por donde quiera, no con ese bello desorden hijo del buen gusto artístico, sino con ese otro desorden hijo del despilfarro y de un carácter caprichoso en que la obra sigue siempre al deseo sin dar tiempo á la reflexión, bronces, porcelanas, armas y arreos de caza, floretes, pipas de todos géneros, fustas, látigos, instrumentos de música, cromos, acuarelas, fotografías de cantantes famosas y de escandalosas celebridades femeninas, y otros mil objetos artísticos ó extravagantes, esparcidos todos por las paredes, sobre los muebles, en *étagères*, colocados sin gusto ni concierto, y hasta arrojados por los rincones.

Formaban en uno de ellos un extraño trofeo varios estoques de matar y algunas lujosas banderillas, con una cabeza de toro en el centro, disecada y con ambos cuernos dorados. La armadura de Milán tenía terciado un capote de torero de raso encarnado; asomaba un cigarro puro por la visera de la celada, y parecía apoyarse en una garrocha de derribar vacas, que había mandado hacer Manolo con el asta de la lanza de uno de sus abuelos, muerto en Aljubarrota. A los pies de la dama del siglo XVII estaba el retrato de una bailarina francesa, llamada por sus admiradores *la hija del aire*; y por debajo de éste, encerrado en un rico marco dorado y en el centro de una corona de laurel de plata, había un zapato de raso blanco, reliquia de aquella notabilidad pedestre, á quien llamaba Manolo—¡á los veintidós años!—la última ilusión de su vida.

Una cosa llamó también mi atención de niño: sobre el escudo de armas en que remataba uno de los armarios del siglo XVI, y cubriendo aquella gloriosa cimera que adornó la misma Isabel la Católica con una corona condal, había colocado Manolo, el descendiente de aquella raza de héroes, ¡una montera de torero!

No sé si era esto casualidad ó era alegoría: es lo cierto que aquel pobre Manolo no añadió nunca á los timbres de su casa otra empresa que la de aquella montera, desconocida hasta entonces en la heráldica.

Cuando nosotros entramos, Currito Pencas, sentado á horcajadas en una lindísima silla de estilo Luis XV, que decían haber pertenecido al tocador de la Dubarry, y había comprado Manolo en Londres á precio exorbitante, tenía la palabra, y contaba á su auditorio su viaje á París para dar una corrida de toros, y el *disgustillo* que, según él, había tenido con Napoleón III, que ocupaba la presidencia. Era un hombre de unos cuarenta años, cuyas formas parecían modeladas por el cincel de Fidias: su rostro tenía esa vulgar corrección que se nota en los tipos hermosos de la plebe, no obstante reflejarse en toda su persona cierta gracia, cierta gallardía no exenta de dignidad, que le hacían simpático á primera vista. Vestía una chupa de terciopelo morado muy oscuro y chaleco bajo de lo mismo, que dejaba asomar la camisa rica-

mente bordada y cerrada con botonadura de gruesos brillantes; una faja de seda de vivos colores ceñía su cintura, y caía sobre ella una leontina de oro de grosor enorme, que bien hubiera podido costar media talega de duros.

Manolo estaba á su derecha, sentado en la mesa de roble, y rodeábanlos, unos de pie y otros sentados, hasta diez ó doce jóvenes, *crème* de los salones de la corte al mismo tiempo que *mocitos crúos* del Club tauromáquico.

—¡Sigue, Currito, sigue! exclamó Manolo, invitándole á reanudar su narración, interrumpida un momento á nuestra llegada.

—Pues naa, prosiguió Currito: too fué que ese Napoleón no tiene ni los diez y nueve reales cabales... (1). Ya me tenía hasta la moña con que si la corría ha de ser hoy, si ha de ser mañana, y yo mientras tanto aburrío en aquel París de Francia, too el día *olivares* (boulevards) arriba, *olivares* abajo, con más frío que un perro chino, porque se levantaba á las noches un fresquete, que le hacía á uno tiritá en francés. Llegó por fin el día de la corría, y aquello fué pa morir de risa, caballeros!... Parecía la plaza un tarrito de pomáa, y, á poco más, hasta los triperos me salen con guantes. En fin, caballeros, cuando salió el primer toro tocaron un *vigulin*...

Aquí estalló una explosión general de risas y palmadas, á que puso fin Currito Pencas, continuando:

—Maté el primer bicho con un volapié, que si lo llevo á dá en Sevilla... ¡caballeros!... se junde Triana, y las campanas de la Giralda repican solas!... Pero en aquella tierra nadie entiende la afisión; y sin que sonara un aplauso atravesé el redondé con los trastos en la mano, para hacerle la venera al palco imperiá. Allí estaba el señó Napoleón, más tieso que una estaca, y la Emperatrí, y el Príncipe Imperiá, y una piara de monsiures y madamas, tan secos y tan *filimicupistis*, que no parece sino que se mantienen con obleas por no engordar. La Emperatrí hizo una seña, y me mandaron subir al palco. El Napoleón se puso entonces los espejuelos, me miró de arriba abajo, y, ¡caballeros!... ni que hubiera entrao el gato de casa! me volvió la espalda, y se puso á platicá con una vieja que traía en la cabeza una á modo de papalina blanca, y en la mano un soplaó de plumas, en vez del abanico de las jembras de po acá. —¿De qué campanario se habrá escapao esta lechuza? me dije yo, que en cuanto le eché el ojo le tomé tirria. Y luego supe que era la duquesa de la *Mota* (La Motte)... como quien dice, de los cuatro ochavos.

Aquel desprecio me irritó; porque le acababa de brindá el toro en francés y...

—¿En francés?... exclamaron varias voces. ¿Y cómo dijiste?... ¡Cuenta, Currito, cuenta!

—Pues le dije mu serio: «Brindo por *bú* (vous), y por la mujer del *bú*, y por el *bucesito* chico.»

De nuevo estallaron las carcajadas, y de nuevo las hizo cesar Currito, continuando:

—La Emperatrí, al fin como española que es, estuvo mu campechana. Me dijo que me había visto torear en Granáa allá en años témporas y me encargó que guardara bien el cuerpo, no fuera á haber alguna desgracia. Y en esto salta la vieja del soplaó, y me dice con una cara de mirame y no me toques:

—¡Perrro usted sangerrra mucho al torro!...

—Pues si no quiere usted que lo sangre, le dije yo, mándele al méico y que lo mate con la *mepatía*... Yo no sé si me entendió, que yo bien recio se lo dije; pero es lo cierto que á la Emperatrí le entró tal risa, que hasta tos le vino.

Pues vamos á que mientras la madre reía y el padre platicaba, se viene á mí el Napoleón chiquetito, me coge por las borlitas de la chupa, y en español construío me dice al oído:

—¿Tú, me quierres dar á mí ese traje bonito?...

(1) Para comodidad del lector, conservamos en lo posible, en las palabras de este personaje, la ortografía que corresponde al lenguaje del pueblo bajo de Sevilla.

—Pues ¿no he de querer, prenda? Esta misma noche lo tienes en tu casa; le dije yo con el alma. Porque tenía aquella criaturita una carita de ángel, que parecía una mosqueta.

Y así fué: que aquella misma noche se lo mandé con dos chicos de la cuadrilla á las Tullerías, con un carté de letra mu fina, que decía:

Al príncipe imperial, Currito Pencas

Y por aquí le salió la pepita á la gallina, caballeros... porque á la otra noche me estaba afeitando pa ir á los Italianos, cuando se me entra por las puertas un Monsiú Coliflor (Coliflori), que era chalán (chambellan) del Emperaó, más flaco que el San Jerónimo de Mayo.

—¿El señó Pencas? me dijo.

—Para servir á usted, amigo, le contesté.

Y sin salir de un ladrillo, me jizo entonces más de veinte cortesías... Empieza mi Coliflor con señó Pencas arriba, señó Pencas abajo, y que patatín, que patatán, saca cuatro billetes de á mil francos, y me los pone en la mano, diciendo que aquello me mandaba el Emperaó, en pago del traje que le había regalado al chiquillo.

—¡La sangre se me subió á la cabeza, caballeros!... porque me pareció que me daba aquel hombre una guantáa en mitá de la cara!... ¡Venirme á pagar á mí con cuatro mil francos un regalo que hacía!...

—Tente, Currito, tente, me dije; que á éste hay que descabellarlo por lo fino. Y como si fueran de papel de estraza, tiro los billetes en la mesa sin mirarlos siquiera, y dígole mu campechano:

—Siéntese usted, Monsiú Coliflor: vamos á echar un cigarro... Y saco la petaca de filigrana de oro que me regaló la Reina.

—¡Oh, qué linda alhaja! dijo el Coliflor.

—No es fea, contesté yo como si tal cosa. Esa me la regaló la Reina de España.

—¡Oh, señor Pencas!... ¡que usted quema el dinero!...

—No se apure usted, señó, le dije yo entonces; que todavía me quedan un par de onzas en el bolsillo para comprarle al Emperaó un organillo y un mico, por si quiere ir á España á ganarse la vida...

—¿Qué es lo que usted dice, señor Pencas?...

—Digo, por si usted no sabe, que Currito Pencas no es ningún ropavejero del Rastro, ni tiene ningún baratillo en las callejuelas de Regina. ¿Está usted?... Digo, que lo que Currito Pencas regala, lo paga la voluntad, pero no lo paga el dinero... y digo, que ni el Emperaó de Francia, ni el Emperaó del globo terraco, le sacan á Currito Pencas los colores á la cara. ¿Está usted, Monsiú Coliflor? ¿Está usted?

—Yo estoy espantado.

—Pues remójese la mollera con agua fresca, no le venga algún desmayo, dije yo volviéndole la espalda. Y aquella misma noche reuní á la cuadrilla y tomamos el tren, diciendo desde la ventanilla: ¡Adiós, París!... ¡Te queaste sin Currito Pencas!

Currito Pencas calló, y el entusiasmo del auditorio llegó entonces á su colmo. Aquellos pulidos caballeros, entusiastas del París que llamaba Veuillot *Universidad de los siete pecados capitales*, se indignaron de que el París verdaderamente culto y elegante hubiese visto en su ídolo tan sólo un gitano garboso; la digna conducta de Napoleón fué considerada como un crimen de lesa tauromaquia contra aquel héroe del trascuerno, y la insolencia del torero como una arrogancia más caballeresca que la de aquel conde de Benavente que prendió fuego á su palacio, por haberse hospedado en él aquel Condestable de Borbón, traidor á su patria. Rodearon, pues, al torero aclamándole, y á los gritos de:—¡Bien! ¡Bravo! ¡Bien por Currito! ¡Viva Sevilla! ¡Eso es dejar bien puesta la bandera! —le levantaron, tal cual estaba sentado en la silla de la Dubarry, y le colocaron sobre la mesa.

—¡Pues claro está, caballeros! decía Curruto desde lo alto de su apoteosis. Quien descabella seis toros tóos los lunes, bien puede descabellar á un Emperaó una vez en la vida...

Abrióse en aquel momento la puerta, y entró un negrito de unos quince años, vestido de librea verde aceituna, con una gran bandeja llena de botellas, platos y copas. Era el *groom* de Manolo, que traía el *lunch* para los señoritos.

Manolo mismo nos sirvió á Fernando y á mí algunas pastas y una copa de vino, y ordenó luego al negrito que nos llevase á ver el león preso en su cueva. Indudablemente estorbaba á la completa expansión de los señoritos la presencia de aquellos dos inocentes testigos. Mas Fernando, que no acertaba á separarse de Curruto Pencas, se declaró en completa rebelión, y de tal manera chilló y se resistió, que tuvo que acudir su hermano y sacarle á viva fuerza, y casi arrastrando, á la escalinata del jardín. Allí ordenó á su lacayo que nos acompañase á ver el feroz cautivo del Sahara, y nos llevase luego á casa en el tilburí que nos había traído.

A poco oíamos á lo lejos la preciosa voz de barítono de Manolo, que dominando á los gritos y á las carcajadas, cantaba al compás de las copas que chocaban, el famoso brindis de Maffeo Orsini en la ópera *Lucrecia*:

Il segreto per esser felice
Só lo per prova, e l'insegno agli amici... (1).

Al oírle Fernando, apretaba los dientes de rabia.

—¡Si yo fuera el león, exclamaba, rompía la reja, y me comía á mi hermano y á ese farol de Manolo!...

Tuvo, sin embargo, que refrenar sus bríos y resignarse á subir conmigo al tilburí, mientras veíamos á la alegre cuadrilla subir á su vez en un breack tirado por cuatro caballos, que el mismo Manolo guiaba, y alejarse á trote largo, en dirección del cortijo de la Picota.

En el camino nos cruzamos con otros dos coches de alquiler, de cuyas cortinillas corridas salían estrepitosas risotadas de mujeres. El lacayo, que trataba á Fernando con harta familiaridad, le dijo, sonriendo de un modo extraño, una cosa que no entendí. Fernando le contestó otra de que tampoco pude enterarme, y se quedó luego muy pensativo. Yo, para distraerle, le volví á tirar de su incipiente coleta.

—¡Déjame! me dijo bruscamente: ¡no seas niño!

Y cada vez más pensativo, seguía con la vista á los dos coches, que en aquel momento tomaban también el camino del cortijo de la Picota...

¡Pobre Fernando!... Tres meses después murió en pocos días, sin que su madre permitiese al confesor acercarse á su cabecera.

—¿Para qué asustarle? decía. ¡Si es un ángel!...

¡Ah! no son ángeles, á los trece años, los niños que sus madres abandonan en manos de criados desde su más tierna infancia.

II

Así se pasaban los días de Manolo, cual una sarta de dorados cascabeles, alegres, ruidosos y vacíos, dando la ociosidad entrada á todos los vicios, prestándoles la opulencia todas las seducciones y todos los refinamientos. Jamás le habían negado sus padres el menor de los gustos; jamás le habían contrariado el más leve de sus caprichos; y aquel natural inculto creció, por lo tanto, torcido, como una planta bravía abandonada en terreno salvaje, sin experimentar nunca la imperiosa necesidad que tiene el hombre de vencerse á sí mismo, sin comprender tampoco en las demás criaturas otro destino que el de servir á su egoísmo y satisfacer los goces en que cifraba el único fin de su vida; porque en esto iba Manolo más allá del que dijo: «Comamos y bebamos, que mañana moriremos.» ¡Manolo creía que no iba á morir nunca!

(1) El secreto para ser feliz, lo sé yo por experiencia, y lo enseño á los amigos.

Murió al cabo su padre, y hubo que dividir en seis partes, por ser cinco las hermanas de Manolo, aquel caudal que se creía tan inmenso, y que apareció entonces mermado por las malas administraciones, y embargado en su mayor parte por esa polilla, hija del lujo, que carcome y arruina á las casas nobles: ¡las deudas!

Vióse entonces aquel brillante joven, que se creía poderoso, heredero tan sólo de un corto caudal que aún no poseía, y sujeto desde su infancia á todas las torcidas exigencias de una educación opulenta y licenciosa. Vióse precisado por vez primera á lanzar sus miradas más allá del horizonte de caballos, toros y perros, salones, casinos y lupanares en que hasta entonces había vivido encerrado, y vió con sorpresa que tras de la opulencia llegaba la medianía, y que tras de la medianía podía venir la miseria. Ni por un momento pensó, sin embargo, en abandonar el lujo y el boato á que le habían acostumbrado sus padres. Pensó más bien, para sostenerlo, en efectuar con la hija de algún banquero ó comerciante rico uno de esos *matrimonios de conveniencia*, en que el yerno busca en las talegas del suegro un puntal de oro que sostenga la casa solariega que se derrumba, y el suegro en los pergaminos del yerno cierto polvo de antigüedad que encubra lo flamante de su arca. Mas, según la frase de Manolo, era la cruz del matrimonio el árbol de que se ahorca el marido; y, al llegar la hora de escoger árbol en que ahorcarse, le sucedió lo que á Bertoldo, que ninguno le pareció bastante á propósito.

Pensó entonces en dedicarse á la política, juego de albur en que todos pueden probar fortuna; mas su ignorancia y su falta de carrera le cerraban los caminos honrosos por donde se llega á altos puestos, y su inconstancia y su pereza, jamás vencidas, le cortaban esos otros caminos por donde la osadía conduce á la ambición, adonde rara vez logra la modestia colocar al mérito.

Mientras tanto el tiempo corría, y de tal modo corrían también los dineros de Manolo, que á los dos años había derrochado por completo la legítima heredada de su padre. Mas no por eso moderaba su boato ni cercenaba sus gastos: limitábase tan sólo á no pagar las deudas que por todas partes contralía, y de locura en locura, de bochorno en bochorno, de bajeza en bajeza, llegó por fin á vivir por completo de las pingües rentas de la poca vergüenza. Pedía dinero prestado; comía cada día de la semana en casa de uno de sus ilustres parientes; daba rodeos para evitar el encuentro de acreedores, como el peluquero y el perfumista, y empeñaba alhajas y hasta ropas para comprar el ramo de camelias que regalaba á la actriz de moda, ó satisfacer algún otro capricho semejante, en que le parecía ver un deber de sociedad ó una exigencia de su rango. ¡Cuántas amarguras no le costó, sin embargo, ahogar ese sentimiento de noble pundonor que existe siempre en el hombre bien nacido mientras no se encanalla! ¡Qué rubor cubrió su frente la primera vez que no pudo pagar una deuda que le exigían! ¡Qué vergüenza cuando tuvo que regatear por primera vez, en una casa de préstamos, los intereses de la alhaja empeñada! ¡Qué humillación cuando se oyó designar, entre las mismas personas de su círculo, con el apodo de *el joven de los siete cocineros*!

Ya Manolo debía hasta la camisa que llevaba puesta; ya se veía forzado á ahorrar las cuatro pesetas que le costaba un par de guantes, y aún no se había deshecho del coche y los caballos; aún no podía prescindir del abono en el teatro, y creía necesarios los mil gustos refinados que, por no haber aprendido nunca á prescindir de ellos, formaban en él una segunda naturaleza.

Encaminábase un día á paseo, guiando los caballos de su tilburí, con un lacayo á la trasera, que llevaba terciado al brazo el lindo bastón del señorito, con puño de malaquita. De repente se lanzó á los caballos, con un palo en la mano, un hombre del pueblo, roto y mal encarado, y detuvo con vigoroso empuje el trote del brioso tronco. Indignado Manolo, levantó el látigo al atrevido, sin reconocer en él al infeliz carpintero del Club tauromáquico, á quien adeudaba tres mil reales, importe de sillas, picas y palos de banderillas. Mas el hombre saltó como una fiera al coche, y agarrando al elegante por el cuello, barbotaba furioso:

TOMO II. — 10.

—¡Mis hijos se mueren de hambre y tú andas en coche!... ¡Paga, canalla, paga ó te estrangulo!

Y, al decir esto, la estaca del artesano se levantó en alto para medir las espaldas del señorito.

Aterrado Manolo se arrojó por el otro lado del coche, y más atemorizado que confundido, más lleno de saña que de vergüenza, desapareció entre el círculo de curiosos que había rodeado al coche, mientras el carpintero gritaba:

—¡Tunante!... ¡Tramposo!... ¡En el centro de la tierra que te escondas te he de arrancar mi dinero!...

Este incidente llenó de temor á Manolo, y, para evitar que el feroz carpintero cumpliera sus amenazas, decidió pagarle su deuda. Mas ¿dónde encontrar aquellos 3,000 reales, mezuquina cantidad, que era en aquel tiempo, para su agotada bolsa, una suma más que considerable? Preocupado con esta idea, se dirigió aquella noche á primera hora, con el fin de matar el tiempo, á casa de la condesa Z..., ilustre parienta suya, cuya hija única había de casarse de allí á pocos días. Encontró á las señoras en un salón morisco, á que daban entrada, por uno y otro lado, dos intercolumnios árabes, cerrados con amplios cortinajes de seda de Mogador.

Hallábase allí expuesto el *trousseau* de la novia, y varias otras damas, amigas y parientas de la condesa, contemplaban, criticaban y envidiaban aquel inmenso conjunto de preciosidades, valuado en dos millones de reales. Joyas, telas, ropas y objetos preciosos de todas clases hallábanse colocados en una especie de bazar que ocupaba todo el largo del salón, teniendo cada objeto una tarjeta en que constaba el nombre de la persona que lo había regalado.

Manolo saludó afectuosamente á aquella ilustre anciana, en que se hermanaban de un modo extraño la piedad y la firmeza, la dulzura y la prudencia. Su traje era negro, de seda, rico cual correspondía á su clase, severo cual cuadraba á sus años; sus cabellos blancos, sujetos con un gran peine de azabache, formaban gruesos bucles, que daban á su cabeza el airoso aspecto de un camafeo romano. Manolo saludó también á las otras señoras, y siguió con ellas pasando revista á las galas de la novia.

—¡Oh, qué cosa tan magnífica! exclamó una de las damas, deteniéndose ante unos encajes primorosamente colocados sobre visos de raso celeste.

—Este es el regalo de mi prima lady M***, dijo la condesa.

Y, dejando sobre el tapete un pañuelo blanco que tenía en la mano, desdobló los encajes.

—Estos, decía mostrándolos, pertenecieron á la Reina Ana Stuard: forman tan sólo los vuelos de unas mangas, y están apreciados en cinco mil duros.

—Pues no me parece muy delicado regalar una cosa ya usada, dijo remilgadamente una vieja llena de cosméticos y moños que en todo encontraba faltas.

—Y á mí, sin embargo, me ha parecido este regalo más delicado que ninguno, replicó la condesa; porque estos encajes los regaló la Reina Ana á la bisabuela de mi prima, y, para que no salgan de la familia, los ha regalado ella á mi hija.

—Será lo que tú quieras, dijo desdeñosamente la vieja; pero jamás me pondría yo desechos, aunque fuesen de una reina.

—Desechos son éstos, que más de una princesa los querría para adornarse, dijo con sorna la condesa. Pero, para que veas que mi pobre prima no regala tan sólo desechos, aquí tienes el complemento de su regalo.

Y, al decir esto, la anciana levantó con ambas manos un rico joyero de plata, en que se hallaban apiladas sin engaste, cual si fuesen avellanas, hasta un centenar de gruesas perlas de Guzarate.

—¡Pero esto representa un caudal! exclamó asombrada una de las señoras.

—Ni siquiera las he contado, dijo sencillamente la condesa.

Al oír esto Manolo, levantó vivamente la cabeza, y, atusándose el bigote, se puso á contemplar las riquísimas perlas, mientras la vieja de los moños decía despechada:

—¡Claro está! Como su marido fué Virrey en la India, no le costaría mucho á la buena lady hacer pacotilla de perlas.

De nuevo iba á replicar la condesa; pero atajóle la palabra un lacayo, anunciando que esperaba una visita en un salón vecino. La condesa invitó entonces á las damas á permanecer allí con su hija, ó á venir con ella al otro salón en que esperaba la visita anunciada: todas optaron por lo último, y Manolo, que parecía preocupado, aprovechó la ocasión para despedirse.

—¿Te vas, Manolo? dijo la condesa, tendiéndole la mano.

—Sí, replicó éste; voy á dar una vuelta por el Círculo, y á oír luego *Los Hugonotes*... ¡Anoche estuvo Tamberlick delicioso!...

—Pero vendrás á comer mañana... Es miércoles.

—¡Ya lo creo! dijo Manolo.

Y, dirigiéndose á las otras damas, añadió riendo:

—¿Dónde encontraré un anfitrión como la condesa... y unas *cotelettes* como las de su cocinero?

La señora se echó á reír.

—Ya sabes, dijo, que la condesa-anfitrión es anfitrión inamovible y que las *cotelettes* están vinculadas á los miércoles. Ya tiene orden el cocinero de que nunca falten.

—¡Pero esos son ya demasiados mimos!

—¿Y qué quieres, hijo? replicó bondadosamente la anciana. Mimar á los jóvenes es el gran placer de las viejas.

Manolo bajó lentamente el primer tramo de la magnífica escalera, poniéndose los guantes; allí se detuvo y buscó algo, que no encontraba, en los bolsillos del pantalón primero, y después en los de la levita: entonces volvió atrás, y entró de nuevo en el salón morisco, como si hubiese olvidado algo. Las señoras habían ya salido; y al verse solo, Manolo lanzó en torno suyo una mirada medrosa; acercóse rápidamente de puntillas al sitio en que estaban los encajes de la reina Ana y las perlas de Guzarate; allí se detuvo, mirando á todas partes azorado; dos veces extendió su mano trémula, y dos veces volvió á retirarla; de nuevo volvió á extenderla, y, pálido, desenchajado, temblándole las rodillas, cogió al fin del joyero cuatro de las ricas perlas. Una especie de grito ahogado y el crujido de un traje de seda sonaron en aquel instante al otro extremo del salón: el ratero volvió, aterrado, la cabeza, y vió moverse suavemente las cortinas del intercolumnio, como si acabasen de dar paso á alguien. Quedó el miserable por un momento inmóvil, cual la estatua del espanto, con la lengua pegada al paladar y los ojos extraviados fijos en el intercolumnio; lanzóse al fin á las cortinas y las descorrió violentamente. Nadie apareció; sólo había en el suelo un pañuelo finísimo, marcado en una de las esquinas con una G y una corona condal. Era el mismo que había olvidado la condesa sobre el tapete, al desplegar los encajes.

Entonces se creyó Manolo perdido, y salió corriendo del salón; bajó á saltos la escalera, y sin cesar de correr atravesó calles y plazas, sin saber adónde iba, oprimiendo siempre entre sus dedos crispados aquellas perlas robadas, resonando sin cesar en sus oídos aquel grito ahogado y aquel crujir de sedas, apareciéndose á su imaginación extraviada los transeuntes que se cruzaban por todas partes, cual enormes letras que se combinan de diverso modo, como si tuviesen vida, para producir siempre y tan sólo la palabra *ladrón!* la palabra *ratero!*...

Jadeante llegó al fin al puente D***, solitario en aquella ahora; y encaramándose en un pilar, arrojó con furia á la turbia corriente del río las cuatro riquísimas perlas.

Entonces, por una de esas obcecaciones de la pasión, tan comunes en el hombre, el ilustre ratero se creyó seguro y se creyó absuelto, y dejándose caer en un banco del puente, respiró desahogado!

P. LUIS COLOMA.

(Concluirá).

¿QUIÉN ES ELLA?

CUENTAN de un corregidor,
nada lobo,
que siempre que al buen señor
denunciaban muerte ó robo,
atajaba al escribano
que leía la querella,
diciéndole:—¡Al grano, al grano!
¿Quién es ella?

Y como hombre procedía
de gran seso,
quien tal actuación ponía
por cabeza del proceso;
que en vano más de una vez
se sigue al crimen la huella
por no preguntar al juez:
¿Quién es ella?

En todo humano litigio,—
¡no hay remedio!—
á no obrar Dios un prodigio
habrá faldas de por medio:
danza en todo una mujer,
casada, viuda ó doncella,
luego, el hito está en saber
quién es ella.

Si Adán perdió el Paraíso,
fué por Eva,
que probar vedada quiso
no sé si manzana ó breva.
Desde entonces con profundo
pesar pudo conocella;
desde entonces sabe el mundo
quién es ella.

Si ves hecho polvo al muro
que fué Troya,
merced al griego perjuro
y á su bélica tramoya,

suspende el fallo severo
entre esta nación y aquélla,
hasta que te diga Homero
quién es ella.

Si á Blas, no el lazo, la albarda
de Himeneo
sólo de su hacienda guarda
lo arrepentido y lo feo,
no preguntes: ¿cómo Blas
nació con tan mala estrella?
pregunta y acertarás:
¿Quién es ella?

Si en la calle siento ruido
de camorra,
y algún *quidam* mal herido
grita:—¿No hay quien me socorra?—
Requiescat digo al difunto,
doy paso al que le atropella,
y en la taberna pregunto:
¿Quién es ella?

Si ves postrado en el lecho
del dolor
á algún mozo de provecho,
no le preguntes, doctor,
qué reuma ó qué tabardillo
en su salud hizo mella;
pregúntale—es más sencillo—
¿quién es ella?

Es un sexo amable, lindo...
Sí, una plata;
yo lo confieso... y prescindo
de la vieja y de la chata;
pero escamado y cobarde
digo ¡zape! á la más bella;
que temo saber ¡muy tarde!
quién es ella.

MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS.



EN LA ANTESALA
ACUARELA DE JOSÉ MORAGAS POMAR

Ayuntamiento de Madrid



LA CONDESA DE DANMARTIN

I

Danmartin, 1464.

EXTENDÍASE el crepúsculo lentamente con una finísima niebla al través de las ramas de la huerta, cuyas encendidas manzanas brillaban todavía en los árboles. Debajo de ellas, en el camino, algo brillaba también como ellas; érase el oro de las bordaduras y el reflejo de los rubies.

Una mujer avanzaba penosamente entre el barro y la oscuridad del camino. Veíase de ella sólo la larga extensión de su tieso y pesado manto de terciopelo, ricamente bordado con piedras preciosas. Era vacilante su paso y llevaba un bulto hacia el cual inclinaba el rostro de continuo. Por la inseguridad de su marcha adivinábase que había tenido antes pajes que aguantaran la pesada cola de sus vestidos, y que por vez primera sostenía en brazos á su hijo.

Lástima inspiraba notar cómo adelantaba penosamente, porque á cada paso se le escapaban de las manos ateridas los holgados pliegues del vestido y del manto. El niño lloraba en sus brazos, que le estrechaban de un modo febril, pero con inseguridad. Con todo, dirigíase valientemente hacia los mohosos tejados de la aldea, que aparecían al extremo de la huerta. En algunas ventanas resplandecía la luz roja del fuego ó la amarillenta de un velón. Llegó á la postre, y atravesando un jardinito llamó á la primera puerta.

—¿Quién va? contestó una voz agria.

La joven abrió la puerta. El tizón que ardía en el hogar iluminó sus joyas y dejó ver su esbelto talle, sus rubios cabellos y el niño que llevaba en brazos.

—Soy la condesa de Danmartin: los soldados del rey Luis me han echado de mi castillo: mi marido ha huído. Yo no tengo dónde recogerme ni cosa alguna que comer. Dejadme aquí un rinconcito.

El arrugado rostro de la vieja, que había en la casa, reflejó el odio y la mofa.

—¡Ah! dijo ella, ¿sois vos la señora? Alégranse mis ojos de veros así.

—¿Qué os he hecho? exclamó la condesa retrocediendo.

—¿Qué me habéis hecho?... Tenía una hija á poca diferencia de tu edad que se fué á servir al castillo. Era hermosa, señora, más hermosa que tú. Prendóse de ella tu marido y tú la arrojaste de la casa, de noche, abandonándola en mitad del camino, con su hijo en el pecho, como te arrojan á tí ahora, con tu hijo en brazos. Muere, pues, como ella.

Abundantes lágrimas corrieron por las mejillas de la condesa. Ignoraba que antes hubiese

sido tan cruel. Cerró la puerta y se encontró en plena noche, mientras el niño comenzaba á llorar de nuevo.

Casi arrastrándose llegó á la choza inmediata.

—¿Qué quiere la mendiga? preguntó un vozarrón de hombre. Entrad, aquí hay siempre para los pobres un vaso de leche y un sitio junto al fuego.

Mas así que reparó en el manto espléndido cuajado de pedrerías:

—¡Márchate! dijo, ¡márchate, mujer! La caridad de los pobres no alcanza á los tuyos. ¡Qué bien ha obrado el rey Luis al echarte de tu casa, sin abrigo en el invierno, como tú nos trataste á nosotros... Sí, he visto á mi pobre padre morir en el foso cuando nos arrojaste de nuestra cabaña porque te hacía falta nuestro huertecillo para tus rosales. La fría lluvia de la noche caía sobre la frente de mi padre moribundo. ¡Ojalá sea tan fría y tan dura para tí!

Levantóse mientras hablaba, y así que calló, dirigióse rápidamente hacia ella, abierta la mano en ademán de abofetearla. Huyó la pobre mujer, vacilando y como cayéndose entre los pliegues de su largo vestido, espantada del raro caso de que se viese despreciada y tenida por mala, ella que había sido siempre mirada como cosa santa á la que se adora. Huyó, huyó sin detenerse y se encontró al extremo del bosque cuando era ya noche oscura. Nunca había pasado la noche fuera, sola, en el campo, y tuvo miedo. A lo lejos, en el bosque, ¿no percibía acaso los rugidos de bestias fieras? Los lobos y los osos, á los que tanta guerra había hecho su marido, ¿tendrían más misericordia de ella que sus propios vasallos? Lágrimas llenaban sus grandes ojos pálidos, porque se veía rechazada de los hombres, abandonada á las bestias. Asombrábase al descubrir que no tenía título alguno para merecer su compasión.

El niño lloraba porque sentía hambre. Era un hermoso niño de diez y ocho meses, á quien su madre no había alimentado nunca. Al oírle llorar sintió que algo nuevo se despertaba en su corazón. Y le puso á su pecho, que el niño mordió cual si fuese una fruta, pero como no tenía leche, lo dejó llorando de ira. Entonces vió ella en el bosque la pequeña choza de un carbonero y llamó á su puerta; mas nadie respondió. Entró allí y reparó en el suelo á un hombre y á una mujer jóvenes, muertos, y en brazos el uno del otro. A su lado había un botijo vacío. Estaban encanijados hasta dar miedo, por lo cual adivinó que habían muerto de hambre y recordó haber oído que reinaba el hambre en el país, y que por tal causa moría mucha gente.

Cerró nuevamente la puerta y marchóse. El mudo reproche de los dos muertos pesábale en el corazón de tal manera que apenas oía los gemidos de su hijo. En cada hoyo imaginaba ver al anciano moribundo: á sus pies yacían los esposos muertos de hambre, pareciéndole que marchaba por encima de sus cuerpos helados.

Sin embargo, á pesar de estos espectros, desandaba el camino y se dirigía á la aldea, por causa de su hijo. Si alguna compasiva mujer lo amparaba y lo criaba con los suyos, poco le importaba lo que pudiese ser de ella. Mas á la postre, como perdiese entre el barro uno de sus zapatitos, empezó á cojear, y rendida se desmayó sobre un montón de piedras, á la vera del camino.

Como se encontrase allí, muriéndose el niño en sus brazos, oyó á lo lejos la voz de un hombre que cantaba. Recordó entonces villanas historias, que oyó referir en el castillo, de señores que se reían á las barbas de las damas, rojas por la vergüenza. Alzóse temerosa de los hombres y, pronta á acogerse á los lobos, pero sus pies estaban demasiado hinchados y de nuevo cayó sobre las piedras.

La voz cesó y nada se percibía en la noche infinita. Tuvo miedo: miedo de que alguien llegase. Mas la voz se oyó pronto más cercana, y el corazón de la joven saltó de gozo, porque en su desolación todo ser humano le parecía un auxilio.

—¡Ah, exclamó ella, por el amor de Santa María, tened caridad de mí!

Y vió dos personas, una de ellas con una linterna, que avanzaba hacia ella. Éranse un

hombre y una mujer, vivos éstos y entrados en años. Y como el hombre alzase la linterna para mirar quién les dirigía la palabra, prorrumpió la mujer:

—¡Eh! Es la condesa de Danmartin que pasa hoy la noche á campo raso. Mucho te he visto en litera cuando yo iba por el barro: ahora somos iguales ante Dios. ¡Pideme caridad aún, hermosa dama!

—¡Caridad! repitió humildemente la condesa.

Con una risotada contestóle la otra:

—¡Qué gusto da, le dijo, oírte mendigar y negarte la limosna!

—¿Qué os he hecho? preguntó Juana, que este era el nombre de la condesa, ¿qué os he hecho?

Su voz temblaba: buscaba en los rincones de su memoria qué olvidado crimen había cometido.

La mujer seguía riendo con risa feroz.

—Erais rica y nosotros pobres. ¿No es bastante esto? ¿no es bastante?

El hombre miró á Juana y su vista se encendió, mientras vagaba por sus gruesos labios una malvada sonrisa. Apartando á su mujer, pasó el brazo por la espalda de la condesa, y ésta sintió en el rostro su aliento de borracho.

—Hermosa es, dijo él.

Y como la desdichada, muerta de miedo, ocultase la cara contra su hijo, probó él de levantársela con sus groseras manazas é iba á estampar los labios en su boca. Pero su esposa, celosa, le arrancó de allí llenándole de injurias. Entonces vió en los hombros de Juana la hermosa presilla del manto, toda de oro y rubíes y que resplandecía á la luz de la linterna.

—Eso vale más que mil besos, dijo ella, y arrancó la presilla del manto con un tirón tan brutal que la condesa cayó como muerta en el montón de piedras. Cuando entreabrió los ojos, vió á los dos mendigos que se alejaban, de bracero, cantando, riendo y con paso inseguro.

Un profundo suspiro salió de su corazón, porque no le quedaba ya más esperanza.

De pronto, otra voz de hombre preguntó en el camino:

—¡Quién eres tú que lloras!

Juana, asustada, no respondió.

—¿Qué haces? insistió él.

Y vió ella, en la vaguedad de la noche, un hombre grueso, con la faz casi oculta por la barba rubia. Sonaba la voz con tanta dulzura que le inspiró confianza.

—El niño va á morir, dijo ella.

—Vén conmigo, contestó el hombre.

Y viendo que vacilaba:

—No temas nada. Soy Antonio el Fuerte, trabajador del conde de Danmartin. Soy hombre honrado, y por el alma de mi madre que nada has de temer. Encontrarás en mi cabaña fuego, pan, leche y una buena cama de helechos.

Juana nada decía.

—Vén, dijo él, y le tendió la mano.

Dijo ella:

—No puedo: estoy despeada.

Entonces se la llevó él en brazos, en medio de la noche, campo traviesa, hasta que llegaron á una pequeña choza, hecha de barro y de troncos de árboles, muy pequeña y humildísima, puesta en el rincón de un campo como el nido de la alondra. Entróse en ella y colocó su carga en el montón de helechos que le hacía oficio de cama. Al notar la rigidez y el silencio de la mujer comprendió que se había desmayado. Los gritos del niño enfermo continuaban sin cesar.

Antonio no había visto aún el rostro de la que había llevado á cuestas por el bosque, gracias á haberse ocultado la luna entre las nubes. Cuando encendió el hogar vió que era joven,

delicada y dolorosamente hermosa. Al verla así, con el oro pálido de sus cabellos extendidos sobre los helechos, el gran manto lleno de piedras preciosas y el niño rubio apretado contra su seno, hubiérase creído que era la Madona dormida. Contemplábala Antonio como una visión dulcísima y fugaz. De repente reconoció en ella á la condesa de Danmartin, á la esposa de su señor, y esto le pareció más extraño todavía. Pero como el niño siguiera llorando, cogiéndole en sus brazos, lo envolvió con su capote, le acercó al fuego y le dió un tazón de leche caliente.

Cesó el niño de llorar y la madre abrió los ojos que parecían decir: «¿Dónde me hallo?» y que se tranquilizaron en seguida. Miró al niño que comía, miró el fuego largo rato y al hombre sentado cabe el hogar con el niño en las rodillas. Empañóse luego su mirada y con acento de súplica dijo:

—¡No me echéis de aquí!

Levantóse Antonio.

—Señora, dijo, hace treinta años combatí delante de París, niño aún, á las órdenes del conde Danmartin, en el ejército de la gloriosa *Pucelle* (1)... Soy para siempre su súbdito.

Juana sonrió. ¡Cuán grato le era saber que en su pasado se contaban cosas gloriosas y no solamente crueldades y villanías! Adivinó entonces lo que sienten las almas de los muertos cuando, ante el trono de Dios, escuchan con asombro sin límites el mal y el bien que han hecho.

II

Antonio iba y venía. La condesa, sentada en un banco junto al fuego, apoyóse en la pared contemplando cómo jugaba su hijo.

Lentamente mojó un pedazo de pan negro en un tazón de leche. Reanimábala el calor del fuego; sentíase dichosa por no tener frío, ni hambre, ni miedo, y sobre todo, por no sentir la terrible angustia de ver á su niño muriéndose en sus brazos. Apenas advirtió lo pobre del hospedaje. Antonio se dolía de que lo fuese. En la casita no había más que la cama de helechos, un cofre, que así servía de tal, como de mesa, en la pared un madero á modo de vasar con cacharrería, y por fin el banco, al lado del hogar, en el cual estaba sentada la condesa. Antonio reparaba en esto por vez primera y todo le semejaba sucio y rústico. Por desdicha no podía cambiarlo. Mas al dirigir la mirada hacia el montón de helechos, una nueva idea penetró en su alma. Abrió el cofre y sacó de él un paño de tejido grosero, el único que posela, porque el otro sirvió de mortaja para su madre. Guardaba éste para él y todavía entre sus perfumadas dobleces se descubrían algunas briznas de espliego que la anciana había puesto en verano.

Recogió las florecillas que caían y las metió en el cofre. Extendió luego el paño encima de los helechos, porque comprendió que aquella divina y delicada criatura no podía dormir como él, sin sábanas ni colcha. Para servir de colcha tenía sólo el capote y lo tendió también en la cama, tras de lo que salió de la choza y fué á llenar el botijo de agua fresca. Hecho esto echóse á dormir en el umbral, como perro fiel que guarda á su amo.

Juana aceptó todo esto como un servicio que le era debido y durmió bien en su agreste lecho. Antonio velaba y su cuerpo de trabajador volvióse delicado á fuerza de pensar en lo que debía padecer la condesa con las agudas puntas y la dureza de los helechos. Recordó haber oído contar que los ricos dormían en camas de pluma.—Al día siguiente, pensó, me iré al bosque, y mataré los pájaros del rey para alimentarla y con su plumaje le arreglaré una cama.—De este modo, acariciando mil proyectos atrevidos y peligrosos, pasó la noche de claro en claro. Así que vino el alba levantóse para tender sus redes.

Juana despertó tarde. A su lado, en el banco, encontró un manojito de margaritas tardías, algunos panecillos de pan moreno y un jarro de leche. El día transcurrió con lentitud: quedó

(1) Así llaman los franceses á Juana de Arco.

sola con su hijo, sola en el campo que rodeaba el bosque. Cuando regresó Antonio hallóla sentada todavía en la cama deshecha, trenzando una corona de margaritas.

A la noche, como la víspera, encendió el fuego, arregló la cama, fué por agua, cortó leña, preparó la comida y se marchó á acostar fuera, al fresco. Y por luengo tiempo, todos los días se pasaron del mismo modo.

Y el invierno volvió por segunda vez.

III

Durante el día Antonio se hallaba fuera, en los campos que cultivaba, y Juana se quedaba sola con su hijo. Como no sabía coser, ni cocinar, ni limpiar los cacharros, ni hacer cosa alguna de las que hacen las mujeres de clase baja, sus vestidos se pusieron perdidos, y la choza quedó, como siempre, sucia y rústica. Y como no tenía allí ni libro alguno, ni el laúd, ni paje, ni palafrenero, los días se le hacían largos, aun cuando ella matase el tiempo refiriéndole al niño las historias de *Los cuatro hijos de Aymón* y del *Romance de la Rosa*. A veces componía baladas, porque en sus más juveniles años fué dama de honor de la Delfina Margarita y le enseñó la princesa la gay ciencia.

IV

Érase un día de Noviembre, en el que Juana y su hijo se estaban en la choza, y el último jugaba solito.

Sentada se hallaba la condesa en el hogar, con la barba apoyada en la mano. Entreveía en las llamaradas de fuego todo un pasado muerto y hermoso, y apenas se fijaba en la larga historia que el niño balbucía junto á su regazo.

No hay cosa más bella que el pasado, y la condesa, melancólicamente, lo evocaba en las llamas.

Y mientras así soñaba, trajo el viento sonos de trompas. Alzó Juana la cabeza. ¿Era el sueño todavía? Mas corrió en seguida hacia la puerta el niño, criatura noble que no tuvo jamás miedo. Envolviéndose ambos en el manto descolorido, sentáronse en el umbral. ¿Sería una cacería regia? Si así fuese, había ya resuelto la condesa arrojarle á los pies del Rey y pedir el perdón de su marido.

Cuando estaba buscando palabras que pudiesen enternecer al monarca, lanzó el niño un grito de alegría y apareció una cabalgata que salía del bosque, caracoleando alegremente y hermosa como la procesión de los Reyes Magos. Los pífanos, las trompas y las trompetas despedían regocijados sonidos. Al frente iban los sacerdotes con sus casullas de oro cantando el *Te-Deum*, y la bandera de Francia, acribillada de flechas, ondeaba detrás de sus venerables cabezas.

—Pero, dijo la condesa, este no es aparato para ir de caza.

Entonces vió una bandera que tenía el blasón de su marido.

El conde de Danmartin, repuesto en sus Estados, iba en procesión solemne al altar de la Virgen de la aldea, y á buscar á su mujer y á su hijo en la choza de un vasallo.

Grande fué la alegría de Juana al dejar aquel sitio y cuando la rodearon los brazos de su esposo:

—¡Oh, marido mío, dijo ella, me sacas tú de aquí como Nuestro Señor Jesucristo saca á las almas del Purgatorio!

V

Cuando Antonio volvió por la noche, halló la choza vacía.

—Se habrán entretenido en el bosque, pensó para sí.

Y cogió la linterna, saliendo á buscarles.

Una hora ó dos buscó en vano. Al regresar encontró la casa también desocupada, y se

apoderó de él una profunda tristeza. Y como se dirigiese al cofre para coger una vela, á fin de renovar la que había en la linterna, advirtió que algo resplandecía allí. Era un gran anillo de diamantes con el sello del conde.

No vería ya más la sonrisa de la señora, ni oiría la charla del pequeño señor; nada más que aquellas frías piedras. Parecióle que la cabaña estaba vacía.

Cierto día descubrió en una rendija de la pared largos cabellos sedosos y reconoció en ellos los rizos dorados de la cabellera del niño; saltándole lágrimas de los ojos los guardó en el cofre con el espliego de su madre.

En cuanto al anillo del conde, por temor á los ladrones, le dió á la Virgen de Danmartin. Era no más el anillo de su señor. De la condesa Juana no le quedó nada.

M.^{me} JAMES DARMESTETER.
(*Mary Robinson.*)



UNA CANCIÓN.—CUADRO DE TEODORO GRUST

PLANTAS Y FLORES

HABLEMOS de plantas y de flores. Empecemos por lo primero, por las raíces. La raíz nutre la planta sirviéndose de diminutos chupadores, y con ser tan pequeños su fuerza es tal, que puede elevar una columna de mercurio a mayor altura que la presión atmosférica la eleva en el barómetro.

Las hojas son los pulmones de la planta, y la *cola* de la hoja se llama *petiolo*, así como la cola de la flor *pedúnculo*. Si la flor tiene la forma de uva, de manojo ó de *sombrilla*, como les sucede á las de las zanahorias, á las de los claveles, á las de las lilas y á las de acacia, la pequeña cola que sostiene cada flor, tomada aisladamente, se conoce con el nombre de *pedicelo*.

Si se deshoja una flor de fuera hacia dentro, en un gran número de plantas, se encuentra primero el *caliz*, parte de la planta que ha servido de envoltura al botón, al empezar el desarrollo, y que ahora se queda bajo la *corola* que la sostiene. Las hojitas de que se compone, á menudo verdes y otras veces coloradas, se conocen con el nombre de *sépalos*. Después del caliz sigue la *corola* ó *cámara*.

Formada ésta de los más ricos tapices, puede decirse que es la *alegría de la planta*; de ella está orgullosa, y la más humilde hierba se cree, por la corola, hija amada de la naturaleza. Formada de mil modos distintos, ora semeja un suntuoso nido, que parece labor de hadas; ora una barquilla aérea, en la que los esposos son columpiados por una sifide invisible. En ella ha desplegado la naturaleza toda su magnificencia. ¿Cómo es posible contemplarla sin conmoverse? Nos enseña de un modo elocuente, por medio de las delicadas y admirables atenciones y los cuidados con que rodea á aquellas humildes familias, el respeto que debe merecernos el hogar. Y no tan sólo colora á su gusto el nido vegetal, si que también lo embalsama con los más exquisitos perfumes.

Las piezas de que se compone la corola se conocen con el nombre de *pétalos*.

En el interior de la corola se observan unos hilitos, unidos por su base á los pétalos, que se llaman *estambres*, sobre los que se encuentra una especie de saquito ó tapón cubierto de polvo. El polvo que les envuelve es el *polen* ó materia fecundante; los sacos que le contienen se llaman *antenas*, y por último, en el centro, se ve el *pistilo*.

Quitense á la flor su caliz, su corola y sus estambres, y se observará junto á la base del pistilo una pequeña dilatación, es el *ovario*. Abrase esta dilatación y se verán allí apuntar pequeños *huevos*.

El pistilo está abierto en toda su longitud. En su extremidad superior se nota una abertura que se llama *es-*

tigma, por la cual se introduce hasta el ovario el polen ó polvillo fecundante. El largo hilo, á cuya extremidad se encuentra el estigma, ha recibido el nombre de *estilo*.

Si se quieren distinguir claramente todas las partes indicadas de una flor, tómese el lirio; excepción hecha del *caliz*, que no se encuentra en aquella planta, es una de las más á propósito para estudiar la estructura de las flores. En ella se observa fácilmente:

1.º Que la cámara nupcial del lirio se compone de seis piezas ó pétalos; 2.º que los estambres, en número de seis, están llenos de abundante polvillo amarillento, y 3.º que el pistilo, muy grande en aquella planta, sostiene un estigma de tres labios.

Siempre que se observen reunidos los indicados caracteres junto con *raíces bulbosas*, se puede asegurar que la planta pertenece á la noble y brillante familia de las *lilídeas*.

Las *crucíferas* es otra familia muy conocida, predilecta de los temperamentos linfáticos; se reconoce en que se compone:

1.º De un caliz de cuatro sépalos desiguales dos á dos; 2.º de una corola compuesta de cuatro piezas dispuestas en forma de cruz; 3.º de seis estambres, dos de los cuales son más pequeños que los demás, y 4.º de un pistilo grande y grueso, casi redondo, con sólo dos labios.

La gran familia de las crucíferas comprende las siguientes plantas, todas muy conocidas: el *alelí*, el *berro*, tan notable por sus propiedades diuréticas y depurativas; el *tlaspis* de los jardines, tan lindo por sus bordados; la *viola* matronal, la *coclearia*, la *col*, reina de las huertas; las *nabas*, el *reponche*, la *colza*, el *nabo*, compañero inseparable de la col en el puchero de los aldeanos; la *lunaria*, llamada así á causa de su gran cáscara redonda.

¿Qué número tan grande de plantas célebres por su magnificencia ó por los continuos servicios que prestan á la humanidad, aliviándola, nutriéndola y consolándola!

¿Hay algo más brillante, precioso y útil para todo el mundo, que las venerables *leguminosas* entre las cuales se encuentran el guisante, las habas, las lentejas, alimentos de los pobres; el *pipirigallo*, la *alfalfa*, el *trébol*, alimentos de los animales; el *cítiso*, el *espantalobos*, el *árbol de Judea*, el *altramuz*, que Virgilio (difícil es darse razón de ello) lo apellidaba triste; la *sensitiva*, el *índigo*, por el cual hacemos los europeos tantos viajes á la India; el *árbol del cachunde*; por último, las plantas medicinales, gloria de la farmacia, el *árbol de la goma arábiga*, el *tamarindo*, la *casia* y el *sen*?

Algunas plantas reúnen en la misma corola el pistilo y los estambres; en otras se hallan separados. Es verdad

que á menudo nacen flores machos y flores hembras muy cerca unas de otras, en el mismo tallo algunas veces, hasta en la misma rama, pero no pueden tener la esperanza de unirse nunca, á menos que, columpiándolas, el céfiro les invite á ello. El avellano, cuya rama servía en otro tiempo á los magos, y la rastrera familia de las *cucurbitáceas* (melón, calabaza, cohombro), son plantas que ofrecen esta particularidad; cada una de ellas produce los dos sexos, pero en distinto sitio. En las licnidas, menos afortunadas todavía, no pueden macho y hembra crecer en una misma planta. La palmera de flores con pistilos nace á veces muy lejos de la palmera de flores con estambres; pero los insectos que á su alrededor aparecen van cargados de polen y la flor queda fecundada.

Y el que contempla aquel espectáculo, no puede menos de exclamar: «Moscas veloces, hermosos escarabajos, industriosas abejas, soñadoras cetonias, ¿es posible que contemple indiferente vuestros incesantes viajes por el aire? ¡Dulces mensajeras, evitad el paro, evitad la golondrina! ¡Ojalá podáis hallar durante la tempestad un árbol de espesas ramas donde refugiaros! ¡Evitad la araña, evitad el pérfido icneumon!»

Pero no todo es de alabar en la vida de los insectos: algunos abusan de sus privilegios. Contemplad el bonito clavel granate; en él veréis seis estambres y su pistilo de doble estilo y de doble estigma, perfectamente unidos. ¿Qué hacen en él los insectos? Depositar subrepticamente sobre el pistilo el polen de un clavel vecino de hojas blancas, y de esta mezcla resultan toda clase de matices. Esto explica en cierto modo la desconfianza de algunos vegetales, como, por ejemplo, el yaro, que se halla siempre al pie de los vallados vigilando, como un centinela, provisto de una maza y con aire amenazador. Y sin embargo, la familia del yaro, familia singular, compuesta de distintas agrupaciones de triste aspecto, permanece oculta en lo profundo de un impenetrable palacio. A cualquier hora del día se ve con sorpresa en el dintel de la puerta de aquel palacio, de pie, en una garita, á aquel sombrío centinela. ¿Quiere destruir los insectos con la ayuda de su terrible maza? No, su misión es más siniestra todavía. Nadie ignora que gran número de moscas depositan sus huevos en los cuerpos en putrefacción; que una vez en ellos se convierten en gusanillos; que se nutren de aquellas sustancias y que luego sufren la metamorfosis... pues bien; la maza de que está armado el yaro exhala un olor de carne corrompida y tiene, además, el color de ésta, en

vez de aparecer siempre fresca como todas las partes de los demás vegetales; algunas veces toma una temperatura superior á la del aire; la mosca, engañada por su instinto, deposita sus huevos en ella y allí perecen.

Otras plantas hay todavía que hacen la guerra á los insectos. La dionea, originaria de América, que se cultiva con curiosidad en invernáculos, presenta al mosquito un licor azucarado en la superficie de sus hojas; en cuanto el insecto, demasiado confiado, se aproxima y llega á tocar la superficie, la hoja se dobla violentamente por la mitad y le ahoga... Muerto el insecto vuélvese á abrir aquella hasta que se presenta otra víctima.

En cambio, ¡cuántos insectos atacan, devoran y envenenan las plantas! El terrible saltón y la langosta, que devastan la tierra, el gorgojo, las orugas y los pulgones.

Todo son complots y destrucciones en un mundo donde, sin embargo, el amor une á muchos seres.

Como ejemplo de *precaución inútil* en las plantas, tómese una flor de la familia de las *malváceas*, —que comprende desde la malva hasta el boabab, el mayor de todos los árboles conocidos;— en ella se podrá observar con qué cuidado tan extraordinario los numerosos estambres, formando una haz compacta, envuelven la hembra ó, mejor dicho, sus hembras; porque en esta planta el pistilo está compuesto de varios pistilos unidos. Pero para descubrirles, si la flor no es muy abierta, es preciso practicar una hendidura en la especie de tapón formado alrededor de aquéllos por los órganos masculinos. Acurrucadas debajo de aquellos guardianes impenetrables, se pudiera creer á las hembras perfectamente resguardadas de toda relación exterior. Sin embargo, nada más lejos de la verdad. Insectos armados con una trompa, ingeniosamente doblada en una envoltura oculta en el vientre, ó bien arrollada como el resorte de un reloj de bolsillo, aparecerán errantes con fingida inocencia por entre los estambres, llevando al parecer los perfumes de las flores vecinas.

Con facilidad puede hacerse esta observación en una malva-rosa ó malva-real, si es simple, porque debe estudiarse siempre con flores simples; las dobles no son otra cosa que flores degeneradas por medio de un cultivo especial, y privadas en todo ó en parte de los órganos masculinos.

E. N.

NUESTROS GRABADOS

ENSEÑANDO LA DOCTRINA

CUADRO DE JOSÉ BENLLIURE

En la sacristía de algún convento, que por las señales ha de contar antiquísima fecha, un fraile capuchino enseña la doctrina cristiana á niños que por sus tipos y por su aire dicen á las claras haber nacido en tierra de España. Es el padre uno de esos tipos ascéticos, que han pasado la vida en la predicación y en la enseñanza, entre ayunos y disciplinas; uno de esos tipos cuya sequedad angulosa de líneas viene suavizada y hermozada por un espíritu de caridad y paz cristiana que se transparenta en los ojos y en el timbre dulcísimo de la voz con el cual se aumenta la elocuencia de sus palabras. Bien conoce el padre capuchino qué trascendental importancia tiene para el niño aprender aquel librito corto en páginas, rico en celestial doctrina, y de qué manera todo cuanto de él quede grabado en su inteligencia, blanda como la cera, ha de servirle más tarde, en las luchas, y en las tentaciones de la vida para enderezar sus pasos, sus acciones y sus dichos por el camino recto. Por esto el bondadoso fraile llena este ministerio con un celo que los rapazuelos no pueden comprender en todo su valor, pero que no dejan de adivinar, sin embargo, sobre todo los más despiertos. Estos, y al par los mayores, escuchan la explicación atentamente; otros la siguen algo distraídos y no falta quienes la escuchan como quien oye llover. El pintor valenciano José Benlliure ha pintado con gran verdad el tema, ya estudiando con cariño la figura del fraile, que es por todo extremo noble y simpática, ya haciendo también un especial estudio de cada uno de los chicuelos, para imprimirles variedad y dar á cada uno la verdad en la actitud y en la expresión que verán nuestros lectores examinando el exacto grabado del cuadro que publicamos. El chico que está pronto á responder al padre es de una espontaneidad admirable y allá se van con él el cargado de hombros junto al arrodillado y el que más allá tiene los brazos cruzados y atiende como escolar aplicadísimo. Para caracterizar el lugar y para obtener á la vez brillantes efectos de color, ha puesto Benlliure un fondo con santos de estilo románico, semibizantino, que tendría entre los apuntes de su cartera de artista por haberlo encontrado probablemente en Italia ó en algún otro país extranjero, pues no creemos que se conserven en España pinturas de este carácter.

EN LA ANTESALA

ACUARELA DE JOSÉ MORAGAS POMAR

Requiere la acuarela mano ligera para que resulte

espontánea. Los retoques apenas caben en este género de pintura que tanto se presta para los asuntos elegantes. Lo es el de la lámina que publicamos, reproducción de una acuarela del joven artista Moragas Pomar, quien, bajo la dirección de su padre don Tomás, ha cultivado una clase de pintura en la que fué maestro insigne nuestro malogrado Fortuny. Pasa la sencilla escena que forma el tema en la antesala de un palacio habitado por personas de elevada posición ó de aristocrática alcurnia. El criado, grave en el ejercicio de sus funciones, comprende la importancia de ellas y tiene el aire de que hayan de echársele memoriales antes de lograr que alce el cortinón para penetrar en el despacho de su amo y señor. Del lujo que reina en la casa son prueba el cortinón ó antepuerta de riquísima estofa, la gotera magníficamente bordada al sobrepuesto, y el tapiz ó paño de Ras que adorna las paredes de la sala, aparte de descubrirlo igualmente la suntuosa librea que viste el criado. Todo esto lo ha copiado con diestro pincel el autor de la acuarela.

UNA CANCIÓN

CUADRO DE TEODORO GRUST

Ein Lied, un canto ó canción, titula á este cuadro el artista que lo pintó. En algunas comarcas de Alemania tienen por costumbre las jóvenes del pueblo reunirse en la casa de alguna de ellas, las tardes de ciertos días, y pasarlas cantando á coro ó á dúo cantos populares, ora religiosos, ora profanos. Algo de esto hacen también las doncellas casaderas en algunas provincias de España, y en Cataluña, antes más que ahora, no era cosa rara, yendo por las calles de una aldehuela, oír las frescas voces de varias muchachas que cantaban al unísono alguno de los romances populares del Principado. El *lied* de Alemania tiene en su ritmo musical, melancólico y largo, algo de la *tonada* catalana, como lo hizo notar el insigne y malogrado Piferrer en uno de sus preciosos artículos sobre música. Uno de esos dulces y melancólicos cantos entonarían probablemente las dos hermosas jóvenes que inspiraron á Teodoro Grust. La delicadeza del tema la supo interpretar bellamente este artista, dando á su cuadro aspecto de realidad y sentimiento ideal al propio tiempo. Mucho de ideal tienen las finas cabezas de las cantoras y en la sencillez misma de toda la escena se advierte un deseo de evitar pormenores que den á la pintura carácter realista. En *Una canción* á los méritos de concepto hay que unir los de desempeño que se advierten en el grabado mismo que publicamos.



¡PASIÓN!

NOVELA ORIGINAL

DE

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

(CONTINUACIÓN)

IV

CONTINUARÉ diciéndoos, que los pliegos del desconocido causaron en el señor de Máinez y Carrillo una muy grande expectación, y en toda la casa por ende. En la cocina y en la cuadra reuníanse grandes cónclaves de la servidumbre, mezclada, de escaleras arriba y de escaleras abajo.

Decíase en aquellos cónclaves misteriosos que el señor estaba huraño y macilento, en contra de lo usual.

Cuando esto habló uno de los sirvientes, saltó otro para decir, moviendo la cabeza:

—Pardiez, á Pericón Lobato sí que no hay quién le resista; su humor es terrible.

Rieronse todos en las barbas de quien aquello expuso: ¡vaya una nueva! ¡Como si Pericón Lobato dejase de estar alguna vez dado á perros!

—Pues yo digo, que ahora no está dado á perros como antes; que ahora es de otra manera; porque veréis...

—Sí, sí, dijo un marmitón entonces, interrumpiéndoles sin preámbulos: el mozo de caballeriza que partió con don Fermín á su misterioso viaje, juróme que sorprendió á Pericón Lobato, con lágrimas en los ojos, una noche, después que volvió con doña Blanca de allá de los declives de la sierra.

—¡Qué barbaridad! ¿el escudero Pericón llorando?

—Eso dije yo al mozo de caballerizas, y se ofendió mucho porque puse en duda la confianza que me hizo.

—¿Y aseveró lo dicho?

—Mala hora me venga, si miento; aseveró lo dicho, y añadióme como por vía de remache: «Sí, llorando, allí, en la cuadra, medio tendido, y con la cabeza tirada sobre los arneses de su trotón de guerra.»

Hubo idas y venidas, dimes y diretes, conferencias de mal cariz, entre don Martín Pedrosa, portador de los pliegos del rey, á quien Pericón Lobato, sin explicarse la razón, odiaba de muerte, y el caballero Máinez y Carrillo.

En otro de aquellos cónclaves de la servidumbre, se comentó mucho también un detalle que era en verdad para que se tuviese en cuenta; el corregidor Zapata de Cisneros asistía siempre á las conferencias, alejándose después, así, como preocupado hondamente y lleno de aflicciones.

—¿Habéis visto, exclamó una doncella de doña Leonor, que andaba entre si quedarse por marido con un escudero ó con el mozo de caballerizas que hizo al marmitón la confianza, ¿habéis visto que van muy juntos siempre don Francisco Zapata y don Martín Pedrosa?

—Ciegos habíamos de ser, repuso el marmitón todo azorado. Y hemos visto también que tú te has quedado sin tu Saltillo, por habérsele llevado don Fermín. Saltillo era el mozo de caballerizas.

—¡Mal año también para otras, don Zascandil! exclamó la doncella picarescamente. Me quedé sin Saltillo, pero también se quedó sin don Fermín, quien lo sentirá más que yo, al de caballerizas.

—Oye, oye, preguntó uno de los del corro, y ese viaje del señor de Santisteban, ¿qué será?

—¿Y qué puedo yo deciros, cuitada de mí? lo que sé únicamente, es que pasan muy grandes cosas sin que yo pueda precisaros qué cosas sean. ¡Virgen del cielo! lo mejor no sabéis.

—¿Qué, qué? dijeron todos, alargando una cuarta el pescuezo, saltones los ojos por la curiosidad y contralidos los labios.

—Que también doña Casilda parece que se ha encantado con la llegada de ese mensajero misterioso, que así ha vuelto el ánimo á las damas, como se lo volvió á los caballeros; la noche misma que don Fermín partió, ó lo que es igual, la tarde que llegó á Córdoba don Martín, doña Casilda sufrió un síncope al salir de la cámara de doña Blanca; un síncope, para el que

no bastaron sales ni otras melecinas; sólo maese Luis, con su gran sabiduría, tuvo fuerza para deshacer el encanto. Yo no digo que don Martín Pedrosa sea brujo, pero pongan atención vuestras mercedes: el mismo día que llegó, doña Leonor, mi señora, se pone buena de repente; doña Blanca se nos empieza á hacer más adusta; doña Casilda se ve acometida de síncope que la ponen á morir; don Fermín de Santisteban parte como un condenado, sin aparejo ninguno de despedidas, ni explicación de su viaje á deudos y amigos; Pericón Lobato, que es una fiera brava, llora con la cabeza sobre los arneses de su trotón. Don Hernando anda como mulo plagado de moscardones, que por nada cocea, y eso que nunca se vió talante más afectuoso que el suyo; el corregidor va y viene también, irresoluto y con las manos puestas en la cabeza, como si anduviese receloso y mal avenido, y el único que ríe, que recita versos, que regocija á las damas y que hace de la vida un sayo con mangas y capirotos es don Martín Pedrosa, que lo armó todo.

Lo que habéis oído, aunque resulte exagerado, os dará una idea del efecto que la presencia de don Martín hizo en Córdoba. Al encontrarse doña Blanca con don Martín, hacíanse ambos profundísima reverencia y no pasaron de este punto las relaciones de los dos en bastante tiempo.

Esto de no hablarse no quitó para que doña Blanca y don Martín se viesen, por las mañanas sobre todo, al salir de la iglesia de Santa Marina.

Llegó la hora en que don Martín Pedrosa debía partir á la corte, después de quince días, y no volvió en este tiempo á cruzar la palabra con doña Leonor ni con su hija. El día antes de marchar, don Martín dijo á don Hernando y al corregidor que se hallaba enfermo; no era asunto de guardar cama ni de ponerse á dieta, pero le hubiese sido imposible hacer toda aquella larga caminata, á revienta caballo, como la hizo la otra vez, de cuyo viaje, sin duda, le resultó la enfermedad.

Esto dijo don Martín á los otros, pero no parecía hallarse enfermo; la verdad del caso es, que anduvieron buscando, el corregidor y su amigo, un hombre de confianza á quien entregar los pliegos para el rey. Don Fermín de Santisteban hubiese venido que ni de molde para esto; pero don Fermín partió ya, como recordaréis, con otro mensaje de no menor importancia. Encontróse al fin, y salió con pliegos para el secretario y con otro de don Martín, también para el mismo.

Quedó, pues, en Córdoba el hidalgo de la calva, retrayéndose poco á poco de las amistades que había contraído, grave, macilento siempre como no tuviera compañía, piadoso y fiel observante del amor de la iglesia, como lo probó á todo el barrio de Santa Marina, cuyos vecinos veíanle todos los días de función entrar el primero en la iglesia á oír misa por las mañanas y oír el sermón por las tardes.

No solamente se hizo conocer del barrio, sino amar de los pobres. Al salir de la iglesia llovíanle las alabanzas de los mendigos, y á los mendigos les llovían los reales de plata que salían de la bolsa de seda del hidalgo.

Muchas veces, al concluir la misa, deteníase don Martín á la puerta de la iglesia para hacer sus dádivas; era un hermoso cuadro el del caballero aquel, de afable porte, rodeado de andrajosas y miserables criaturas, cojas, ciegas, mancas, con cuyo desastrado aspecto hacían mucho contraste las calzas de seda negra del caballero; los zapatos lustrosos con hebillas de plata; de no menos lustre los gregüescos, oscuros como las calzas, de terciopelo finísimo; la ropilla, de terciopelo negro también, acuchillada; la altísima y tiesa gola, el birrete de rica pluma, el capotillo un poco largo y la ligera espada con sencillo puño de hierro.

En más de una ocasión habíanse encontrado las miradas de doña Blanca y de don Martín á tiempo de arrojar los dos una moneda en la mano denegrida y huesosa del portador; y aunque eran ya antiguos conocidos, no cambiaron jamás una sonrisa; hubo solamente la profunda reverencia de don Martín y la no menos profunda de doña Blanca, con el gruñido sordo y la mirada torva á la par de Pericón Lobato, que hacía entonces de rodri-gón, con el bello cojín de seda debajo del brazo, inmóvil, serio, espetadísimo, detrás de su ama.

No vayáis á creer por esto, que el nombre de don Martín dejó de sonar en los oídos de doña Blanca.

Á la hora de la comida generalmente era citado, la tarde que había función en la iglesia, porque la hija de los Máinez y Carrillo decía á su padre que le vió, ó doña Leonor, si acompañaba á la iglesia á su hija.

Doña Blanca solía hablar de esto con un indiferentismo glacial, como habló siempre de todos los hombres; pero tenía amor á su padre, gustábale verle satisfecho, y don Hernando se satisfacía al hablar del portador de los pliegos misteriosos.

Picado un día don Hernando por la indiferencia que advertía en las damas, dijoles en tonillo áspero:

—Pues hace fijar mucho la atención ese sujeto por las prendas bonísimas que le adornan.

Maravilló á don Hernando la desagradable acogida que tuvieron aquellas palabras en doña Leonor: dígoos esto, porque puso muy avinagrado semblante y exclamó en un tonillo áspero, de que no tenía costumbre:

—Siempre estáis con vuestro don Martín á pleito, y diría cualquiera que se esconde de nosotras y que nos huye como á la peste. Mucho hablar y mucho hablar y con eso nos contentamos; las gracias de vuestro don Martín, para contadas deben ser y no para vistas, según vos nos atrabilláis los oídos y según él se guarda.

—Por mi vida que no se guardará más, contestó don Hernando resueltamente: cierto es que anda muy retraído ahora, y poco resolutivo; mas no sé á qué achacarlo: nuevas de Madrid no ha tenido, y no puede ser lo que le ande por dentro cosa de allá... A vosotras os lo traeré á la ocasión primera como reo de gran culpa.

Doña Blanca estuvo á punto de decir:

—Por Dios, que á mí nunca me hizo falta.

Pero se contuvo, viendo el entusiasmo con que su padre añadió:

—Y ya veréis, mis señoras, lo bien amado que os será: el origen de don Martín es oscuro, y por eso es más digno de alabanza y atenciones: nació de familia indigente casi; fué desde niño muy precoz; humanidades cursó en Salamanca, sin ser obstáculo su pobreza, por el amor que supo captarse de sus profesores; se licenció de lo que quiso, por su mucha sabiduría; guerreó en Italia y no admitió recompensas; compone versos que están muy en boga; es muy bienquisto en Madrid, gran amigo del secretario de Estado, y no desempeña altos destinos porque no quiere; anda distraído siempre, á cábalas con sus ideas de sabio; ama la soledad, y caso de acompañarse, la compañía de los viejos prefiere, de los filósofos, de los artistas, sin que sea un histrión por eso; es atento, cortés, y no obstante su habitual aspecto de seriedad profunda, es divertido y alegre con las damas; las contenta y las distrae con su repertorio de historias, de cuentos, de anécdotas, que aprendió en sus viajes y en sus campañas, contado todo con un gracejo sutil, con un comedimiento que le honra, con

gentileza y suavidad, de tal modo que una frase cualquiera toma en sus labios importancia suma.

Tal fué el retrato moral que doña Blanca oyó hacer á su padre del mensajero del rey don Martín Pedrosa.

—¿Y nos le traeréis? interrogó doña Leonor con viveza.

—Está ofrecido.

—¿Á qué lugar concurre con más frecuencia?

—Con nuestro amigo el de Sarabia se junta y á su casa va.

—¡Cómo! ¡Con el padre de Casilda! exclamó doña Leonor suspensa. ¡Casilda nada nos dijo!

—No es extraño, contestó doña Blanca, con gran sentimiento: desde la noche del síncope una sola vez la hemos visto; está muy triste y con desasosiego que no se explica. Díjome don Melchor esta mañana, al salir de Santa Marina, que no quiere pasear, ni trato alguno con la gente; una persona hay no más que consigue distraerla un poco.

—¡Que me place! repuso doña Leonor encantada. ¿Quién es esa persona?

—Don Martín.

Hizo doña Leonor un gracioso gesto al oír aquel nombre otra vez, y así terminó la sobremesa en casa de los Máinez y Carrillo aquella tarde.

A doña Blanca, por lo demás, le trajo profundamente tranquila el discurso encomiástico que hizo su padre de don Martín, y continuó recibiendo sus reverencias y contestándolas ceremoniosamente en el atrio de Santa Marina.

Pericón Lobato se hizo más feroz y siguió gruñendo también siempre que á don Martín encontraba.

Una tarde salieron juntos don Hernando y don Martín; pasearon sus cabalgaduras por la campiña y visitaron cierta arruzafe de la propiedad de don Hernando; volvíanse á la ciudad al galope de sus caballos, porque el corregidor esperaba al señor Máinez y Carrillo para no sé qué conferencia de las muchas que celebraban en aquellos días.

Cerca ya de la población, encontráronse con doña Leonor y doña Blanca, á caballo también, seguidas del inseparable, irascible y viejísimo escudero de las cejas de pluma de puerco espín, Pericón Lobato.

—¡Ah! dijo Máinez y Carrillo ¡Novedades tenemos!

Refrenó su cabalgadura para ponerla al paso de las otras, y doña Leonor, una hermosa, arrogante y esbeltísima hembra, á pesar de sus cuarenta años, contestó sonriendo:

—¿Y qué novedades, si gustáis, son esas, señor?

Llegó en este momento don Martín, que iba un poco detrás, puso también su alazán al paso, hizo á doña Blanca la profunda reverencia de costumbre, se la devolvió ella, se inclinó después ante la madre, saludó también doña Leonor, y don Hernando decía mientras, aludiendo á la pregunta que su mujer le hizo:

—Es novedad y de mucho fuste la de que os hayáis atrevido á montar á caballo esta tarde.

Y señalando á don Martín después, añadió el caballero alegremente:

—Ved, señoras, qué coyuntura, para que os haga la presentación debida de mi amigo don Martín Pedrosa, á quien las dos ya conocéis; hele aquí, en cuerpo y alma, al modo y manera que ya os le pinté en alguna ocasión; no hice esto antes, como ahora lo hago, porque le ví retraído de sus amistades primeras en la ciudad, y temí por esa causa, con mucha más razón,

que no quisiese otras; él lo perdonará, en gracia á que hubiera sido en mí descortesía desaprovechar este instante.

Don Martín Pedrosa se inclinó cortésmente; doña Leonor volvió los grandes y hermosísimos ojos negros hacia él, y dijo como si continuara el discurso de su esposo:

—Y mucho más, siendo, como somos, antiguos conocidos; casi estoy por asegurar que yo tuve el honor de ser la primera persona con quien habló en Córdoba el caballero.

Había avanzado mucho la tarde, era casi de noche ya, y no pudo ver nadie el encendido que puso la sangre alborotada en el rostro impasible siempre de don Martín, que se quedó á poco pálido como un muerto.



EL PERRO VENGADOR



1. — Descuidando sus respectivos quehaceres, páranse en una esquina dos patronas para despellejar á sus huéspedes.



2. — Un estudiante — víctima como todos ellos de todas ellas — las sorprende en ocupación tan nefanda.



3. — « Vén aquí, Sultán; ha llegado el momento de hacer pagar cara á estas harpías su perversidad. »



4. — « Conque, quieto ahí y oído á la caja. »



5. — « La maledicencia ha llegado á su período álgido... ¡A mí, Sultán! »



6. — Y el perro vengador parte como un rayo tras su amo que prosigue impertérrito su camino.



MESA REVUELTA

UNA compañía de la legua, que trabajaba en el teatro de una ciudad de segundo orden, repetía, la noche del día en que ocurrió la historieta que voy á referir, una comedia muy vista y que nunca había gustado.

A las doce del día no se había expendido en el despacho un solo billete, siendo así que estaban encargadas todas las localidades del teatro para la noche siguiente, en que se ponía en escena una tragedia nueva, anunciada con mucha pompa, y de la que los actores habían tenido buen cuidado de hacer los mayores elogios, colocándola alguno de ellos al lado de las siete maravillas.

El autor de la compañía, hombre astuto y travieso, circunstancias que sin excepción concurren en cuantos ejercen igual empleo, pasó á ver al alcalde primero constitucional, con el objeto de obtener permiso para suspender la función anunciada.

—¿Qué se le ofrece? preguntó la flamante señora, conocida fuera de los actos del servicio por el tío Mateo.

—Señor, contestó el autor, vengo con una pretensión...

—¡Ya! repuso el alcalde, será como suya; ¿no quiere la dama hacer el papel que le ha repartido el director de escena, porque debe vestirse á la española antigua, y tiene las piernas torcidas?

—No es eso.

—Será lo otro. Querrá la graciosa hacer el papel del barba, porque es más fuerte que el suyo... ¿Qué tal, acerté?... ¡Oh! yo las entiendo, y como se me atufen las narices...

—Pero, señor. Si V. S. se dignara oirme.

—V. S. se digna, contestó el alcalde humanizando el entrecejo al oír el tratamiento. Vamos á ver; ¿qué es lo que quiere?

—Que me permita V. S. suspender la función anunciada para esta noche.

—V. S. no permite. La función está anunciada y debe hacerse... Al hombre por el asta y al buey por la palabra.

—Cuando V. S. sepa las razones en que fundo mi petición, añadió el autor, que conocía el flaco del buen alcalde, no dudo un momento que se servirá V. S. decretarla favorablemente.

—A ver; explíquese.

—La compañía está sumamente atrasada, y si esta noche la obliga V. S...

—No hay remedio.

—Mire V. S. que á estas horas ni un solo billete se ha despachado todavía.

—¡Ah! no le dé á usted cuidado, dijo el alcalde, mandaré echar un pregón para que todos los ciudadanos de esta población concurran esta noche al teatro, bajo la multa de tres ducados. Eso sí, como hombre libre, soy decidido protector de las artes.

—Debo advertir á V. S. que esa medida es algo arbitraria.

—¡Arbitraria!... Renuncio á adoptarla. A ver, propóngame otra.

—Se puede decir que por indisposición de un actor...

—¡Negado!... El público los vería á todos buenos, como otras veces en igualdad de circunstancias, y diría de mí que me había dejado sorprender, y una autoridad no debe ser sorprendida nunca. En fin, yo pensaré sobre ello, y por si no se me ocurre un medio de salir de este apuro, porque yo deseo servirle, échese también á pensar, y avístese conmigo en el palco de la presidencia antes de que empiece la comedia.

Llegó, en efecto, la hora señalada para dar principio á la función sin que el despacho de billetes se hubiese estrenado, y no habiendo en el teatro más que los músicos, el alcalde y su esposa (que como tenía entrada franca no faltaba una sola noche), subió el autor, como había quedado convenido, al palco de la presidencia, y después de haberse puesto á los pies de la señora alcaldesa, y de haberle ofrecido que al día siguiente irían las parejas de baile á su casa á bailar el bolero, se dirigió al alcalde y le dijo con mucho aplomo:

—Señor, ya encontré un medio que concilia los extremos. Si V. S. le adopta, se acredita de hombre de talento, y al mismo tiempo hace un gran servicio á la compañía, y por consiguiente al arte del que se ha constituido protector.

—¿Cuál es? ¿cuál es?

—V. S. sabe que el tifus hace los mayores estragos en esta ciudad, y por consiguiente nada tiene de extraño que...

—Más bajo, más bajo, dijo el alcalde, no oiga mi mujer que es algo bachillera; quiero llevarme toda la gloria que resulte de la idea que me va á sugerir, y que en ningún tiempo puedan decir que cedo á influencias extrañas.

El autor se acercó al alcalde y le estuvo hablando un rato al oído.

—Anúncielo, anúncielo, dijo éste restregándose las manos como un hombre que está satisfecho de sí mismo.

Despidióse el autor de la alcaldesa, y á los dos minutos apareció en el proscenio y dijo:

—De orden de la autoridad, y por indisposición del público, se suspende la función anunciada para esta noche.

Cierto labrador francés, á quien un hermano suyo, militar que servía en la Argelia, había conferido amplios poderes para la administración de sus bienes, un día preguntó cándidamente al escribano del pueblo:

—Diga usted, señor escribano, en virtud de estos poderes de mi hermano, *¿podría yo hacer su testamento en mi favor?*

En 1846, el P. Lacordaire se dirigía al jubileo de Lieja y tenía por compañero de viaje á un hombre de sociedad. Un viernes, al parar á cenar en una fonda, el dominico se contentó con hacerse servir una tortilla, mientras el otro comió de carne. Fuera por malicia ó por deseos de entrar en conversación con el célebre predicador, el otro viajero llevó la conversación á materias religiosas, y en particular á la cuestión de los misterios: y decía que él no podía digerir una religión que ventá así á chocar con la razón humana, etc. El padre escuchaba. Cuando el otro hubo acabado, le dijo:

—¿Usted sabe cómo se hace una tortilla?

—Claro que sí.

—Haga el favor de decirme lo que hay que hacer.

—Se pone manteca en una sartén y se hace derretir.

—¿Y después?...

—Después se rompen los huevos, se les bate bien, y se les echa en la manteca derretida.

—Muy bien. Pero la manteca, ¿en qué estado se halla al ser echada en la sartén?

—En estado sólido.

—Y el fuego la liquida, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Y los huevos, ¿en qué estado se echan?

—En estado líquido.

—¿Y qué hace el fuego en ellos?

—Los cuece y los vuelve sólidos.

—He aquí, pues, dijo el padre, como el mismo fuego que liquida la manteca endurece los huevos: ¿cómo se comprende eso?

El otro calló, los presentes sonrieron y añadió el padre:

—De modo que usted, que no comprende una tortilla, quiere comprenderlo todo en lo que se refiere á Dios y á la Religión. ¿No ve usted que en todo hay misterios, hasta en las tortillas?

Contra los callos se recomienda la siguiente preparación:

Extracto de cáñamo de la India.	5 partes
Ácido salicílico.. . . .	20 "
Colodión.. . . .	240 "

Se untan los callos con este preparado y desaparecen en muy poco tiempo.

Para obtener una excelente bebida refrescante se llena un frasco hasta el tercio con jarabe de naranja, y después acaba de llenarse hasta el cuello con ron. Una copita del licor resultante en un vaso de agua de la fuente da una bebida agradable y sana. Si uno está de viaje y desea un *grog* de excelente calidad, en vez de agua fría se usa agua hirviendo.

En tiempo de revoluciones ni el pobre está seguro en su probidad, ni el rico en su fortuna, ni el inocente de su vida.—JOURBERT.

Siempre que te advierten algún defecto, hazte cargo que nunca te dicen sino la mitad de lo que es.—NICOLE.

Con orden y tiempo se encuentra el secreto de hacerlo todo y hacerlo bien.—PITÁGORAS.

Todo hombre instruido, virtuoso y útil es noble de hecho.—***

El reinado de la libertad también puede ser un sainete político representado por verdugos.—***



LAS BOTELLAS ANTROPOFÁGICAS

Ningún drama, entre los más espeluznantes, presenta más peripecias ni tan extrañas como las que voy á presentar, valiéndome de dos botellas y algún otro acceso-

rio; el programa es variado y de terribles consecuencias para... un plátano y un huevo.

Se trata nada menos que de incendiar, asfixiar, estrangular, desollar, decapitar y devorar por fin de fiesta. Colocando las dos botellas encima de la mesa,

demostramos principio á la función. Antes de ella se habrá hecho quemar en el interior de las botellas un poco de alcohol (1), tapándolas herméticamente mientras se consume el incendio y se consume el oxígeno.

Se tendrá preparado un huevo duro, reblandecido luego en vinagre para que pueda ajustarse el polo inferior á



la boca de la botella; en el huevo se pinta con tinta china una cara de *pierrot* lo más boba posible. Mientras tanto se rajará la epidermis á un plátano maduro hasta un tercio de su longitud; en la esferoide de las botellas pueden pegarse brazos de cartulina más ó menos caprichosos, de modo que den á aquéllas el aspecto de un personaje raro; hecho todo esto se destapará una botella, introduciendo con la mayor rapidez posible el huevo blando por su polo inferior; colocado el huevo se situará con la misma destreza la parte de plátano en donde empiezan las rajaduras, de modo que su extremo desnudo se adapte bien á la boca de la botella. Hecho esto, cada personaje obrará por su cuenta; la cabeza del *pierrot* irá adelgazándose y tomando expresiones inverosímiles su fisonomía; la botella se devorará á sí misma la cabeza y sin poderlo remediar... hasta que caerá en redondo en el fondo de la botella, en tanto que el desdichado plátano sufrirá la desolladura más completa, mientras hace *flup flup*, como si esto pudiese causarle un placer desconocido; y nuestros dos personajes quedarán uno sin

(1) Basta echar con cuidado, para no lastimarse, un papel encendido dentro la botella.

cabeza y otro sin piel, pero ostentando el plátano desnudo, apetitoso como siempre, y más limpio que nunca.

Es preciso apresurarse á cogerlo antes de que desaparezca también en el fondo de la botella, pues el mal ejemplo es contagioso y podría caberle al plátano la misma suerte que al huevo, prisionero en la botella. Este pequeño drama es muy divertido si se prepara bien, y enseña una vez más la fuerza de gravedad del aire, que oprime al objeto de un modo irresistible cuando éste no tiene debajo otra cosa que el vacío.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

CA-RA-VAN-SE-RRÁ-LLO

Solución al logogrifo numérico:

FAUSTINO

CHARADA

Prima tres muy gordo es
y se come con delicia
por más que sea injusticia
cazarle como una res.

Tercera es nota notada
como prima y como baja
y tiene la gran ventaja
de esperar una escalada.

Dos en doble es nombre al fin,
mas un nombre tan vulgar
que á médicos suele dar
tras del don, un fuerte din.

¿Por qué? la causa es sencilla;
en día tan señalado
se come tan sin cuidado
que al fin la salud se humilla.

El *todo* causa destrozos
al estallar en los mares,
y al saltar mueren á pares
los viejos como los mozos.

ACRÓSTICO

AMALIA, ISABEL, LEONOR, CAROLINA, ELVIRA,
PAULINA, ANASTASIA, NARCISA

Formar con las primeras letras de los presentes nombres de mujer el de una provincia española.

Comunicado por R. M.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.



FIESTAS CONMEMORATIVAS DEL DESCUBRIM

Ayuntamiento de Madrid

o i
ore
á
do
od
pri
ert
a i
lo:
el v

ha:
-SE

og
STI

Ra

es
con
e s
no:
es:
n y
rai
un
lob
nb.
cos
n, t
? li
señ
n si
a s
aus
en l
mu
om

OS

NOI
AST
etra
fio:

CTI

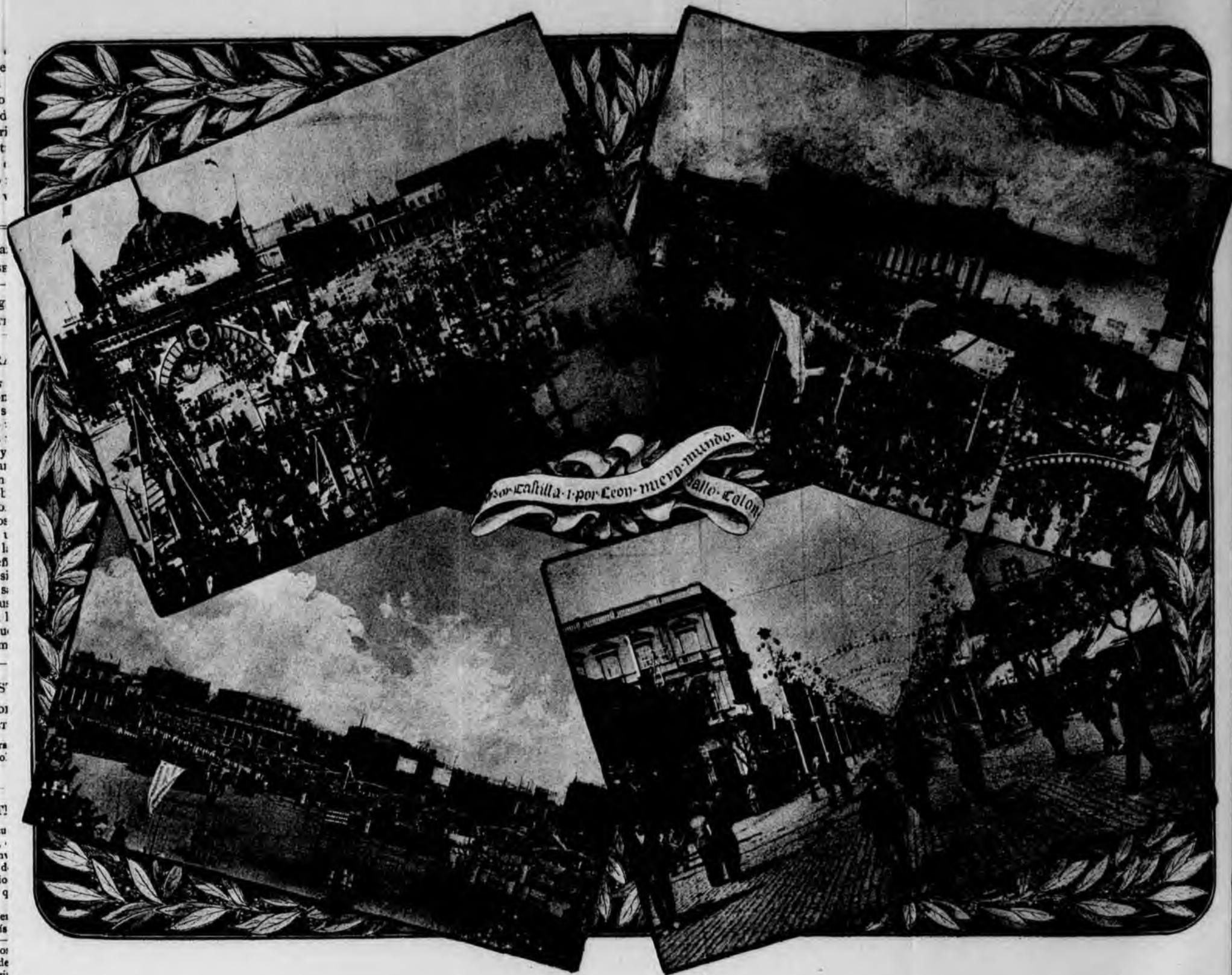
cu
s, i
env
s d
ario
e q

rei

rtis

cior
e de
righ
3,
one

MP.*



FIESTAS CONMEMORATIVAS DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA EN MONTEVIDEO

Ayuntamiento de Madrid



F
de ha
tar á
La v
tam
á lo
dije
ant
res
que
im
co
po

c
g
c
t



MEMORÁNDUM

PARIRÁN los montes y nacerá un ridículo ratón, dice la fábula, y esto ha sucedido con el Ayuntamiento de Barcelona. Tras de traer y llevar expedientes, tras de conciliábulos repetidos entre los prohombres fusionistas y el gobernador de la provincia, después de haberse dicho y asegurado que se iba á suspender todo el Ayuntamiento, ha venido á resultar á la postre un pastel para acomodar el Cabildo municipal al gusto del partido imperante. La votación en que los concejales conservadores y algunos republicanos aprobaron los préstamos contratados por el alcalde señor Porcar y Tió para salvar el crédito del Municipio, sirvió á los fusionistas, porque obra de ellos es lo que se ha hecho, para suspender á todos cuantos dijeron sí en aquella votación. Y como los concejales del fusionismo, acaso ya avisados de antemano, votaron en contra, cádate que éstos, sea cual fuere el estado de la opinión pública respecto de ellos, seguirán sentándose en los escaños del Consistorio. Ridículo es, pues, lo que se ha hecho, ridículo y por añadidura injusto, siendo un dato más para que la gente imparcial se llame á engaño sobre las promesas que en la oposición hicieron los liberales, cosa, empero, que no ha extrañado á cuantos saben bien lo que es hoy desgraciadamente la política en nuestro país y más en determinados partidos.

*
* *

Marruecos ha ocupado la atención de los políticos y de la prensa por causa de las intenciones que se atribuían á Inglaterra. El fracaso de Mr. Carlos Ewan Smith cuando se dirigió á Fez para concertar un tratado de comercio ventajoso á su nación con preferencia, diciendo, no obstante, que se hacía en beneficio de todos los Estados europeos, puso de mal talante á la Gran Bretaña, que ardía y arde en deseos de darle á entender á S. M. Sheriffiana que no se niega impunemente á aquella poderosa nación lo que conviene para sus intereses materiales. Ha buscado, por lo tanto, ocasión en que darles un disgusto á los marroquíes, y se creyó que ya había llegado con la muerte por la policía de Tánger del súbdito inglés Juan Trinidad, vecino de Gibraltar, que con otros había promovido tumulto en las calles de la citada ciudad africana. Pretexto era esto al fin, no motivo que hiciese necesaria una interven-

ción diplomática. Los gobernantes marroquíes por un lado y los gobiernos de Europa por otro, han contenido los ardores de Inglaterra, si en realidad éstos han existido; los primeros deteniendo á los agentes de policía que hicieron fuego sobre el súbdito inglés, y los segundos poniendo en guardia inmediatamente y dando á comprender á la Gran Bretaña que no consentirían fácilmente un desembarco en Tánger, y mucho menos una ocupación. Qué pasaría en el caso de que los ingleses llevasen adelante sus propósitos, es difícil asegurarlo de antemano, porque el triunfo es hoy muchas veces del más osado, si á esta cualidad añade el ser fuerte; mas no cabe duda alguna de que en Tánger podría iniciarse un conflicto europeo cuyas terribles consecuencias sería difícil prever. Parece, no obstante, que las últimas noticias son más tranquilizadoras y que todavía no ha salido de Londres Mr. Ridgeway, militar y diplomático que va á Tánger, con encargo especial de su gobierno, para reanudar las negociaciones que el sultán y sus ministros interrumpieron tan bruscamente, obligando á sir Carlos Ewan Smith á marchar á Tánger y de allí á su patria.

* * *

La *boite à surprises* va siendo el famoso asunto del canal de Panamá. A cada día salen complicados en sus agios y malversaciones distintos personajes. El ex ministro M. Baïhaut ha sido uno de los últimos. Se le acusa de haber recibido en 1886 una crecida suma para presentar á las Cámaras el primer proyecto de ley relativo al empréstito de las obligaciones sorteables del Panamá, proyecto que M. de Lesseps retiró poco después ante la oposición de la Cámara y que volvió á presentarse en 1888 cuando los diputados estuvieron mejor dispuestos. M. Baïhaut, que se halla preso, ha confesado, según parece, que recibió dinero, si bien niega que ascendiese la cantidad á un millón de francos, como se aseguraba. Cuando presentó el primer proyecto era ministro de Obras públicas, y en aquella ocasión lo refrendó M. Carnot, que tenía el ministerio de Hacienda; de ahí que algunos crean también que la borrasca del Panamá llegue á envolver al mismo presidente de la República. Otra de las personas que en los últimos días han dado juego en las audiencias del tribunal que entiende en este proceso es el célebre ingeniero M. Eiffel, á quien ya nos referimos en una de nuestras últimas revistas. De M. Eiffel se afirma que recibió del Panamá la friolera de treinta y tres millones de francos, como contratista de las obras del canal. Esto en sí nada querría decir, porque hubieran podido reclamar aquella crecida suma la magnitud y la dificultad de las obras; mas es cosa edificante y que ha producido asombro el haber declarado otro ingeniero que los trabajos llevados á cabo en el canal por M. Eiffel costarían á lo más cuatro ó cinco millones de francos. ¡Estupendo caso por cierto! Este malhadado asunto, que ya produjo la caída del ministerio francés presidido por M. Loubet, ha ocasionado después la del que tenía por presidente á M. Ribot, esta vez para facilitar la salida de M. Freycinet, otra reputación que se ha venido al suelo arrollada por los escombros del Panamá. Otro tanto le ha pasado á M. Floquet, el presidente de la Cámara de diputados, que hubo de dejar su cargo, reemplazándole M. Casimiro Perier, mientras el citado M. Ribot reconstituía el gabinete.

* * *

Malhadado hemos apellidado repetidas veces al asunto del canal de Panamá y lo es, en efecto, por los inmensos daños que ha ocasionado al mundo entero. La baja ocurrida por este motivo en los valores del Estado franceses, la que seguidamente han tenido las acciones y obligaciones de caminos de hierro y de otras empresas representan una cantidad enormísima que persona perita en tales materias calcula en 2,800.000.000 de francos, doble suma de la que representa todo el capital, en diversos conceptos, del canal de Panamá. ¿Y qué le habrá

pasado al comercio en todos sus grados? Espanta pensarlo é imaginar los graves disgustos que por tal causa estarán sufriendo muchísimas familias. Nuestros valores, que tan ligados se hallan con Francia, han experimentado asimismo una baja considerable, tanto más sensible cuanto que coincide con el alza en el cambio de los francos. La situación francesa es, pues, harto difícil y no poco peligrosa. Los que atribuían al señor Cánovas del Castillo y á su gobierno nuestro malestar en este punto, pueden ver ahora que con el señor Sagasta en el poder ha empeorado aún, no advirtiéndose señal alguna de mejoría.

* * *

El jefe del ministerio en Bélgica, M. Beernaert, ha dado á conocer á los presidentes del Senado y de la Cámara de los diputados las proposiciones revisionistas que se propone defender en el Parlamento. Estas proposiciones entrañan cambios atrevidos y cuyos resultados no pueden adivinarse fácilmente, siendo, por añadidura, mucho más afortunado hacer vaticinios acerca de ellos no conociendo muy á fondo el carácter y los sentimientos del pueblo belga. Á 140,000, entre contribuyentes y capacidades, alcanza ahora el censo de Bélgica, y si se aprueban los proyectos de M. Beernaert se pasará de un salto al número de 750,000 ú 800,000 electores. Hoy, empero, el ciudadano belga es elector á los veintiún años; en lo sucesivo no podrá ejercer el derecho de sufragio hasta los veinticinco años para la Cámara de diputados y hasta los treinta y cinco para el Senado. La cualidad electoral no será un simple derecho, como en el día, sino una obligación, como la de jurado ó concejal, por ejemplo, sufriendo pena los que dejen de emitir su voto. Patrocinan, además, sistemas electorales distintos M. Nothomb, ex ministro de Estado; M. Janson, los socialistas, que quieren el sufragio universal á los veintiún años, sin limitaciones, y M. Frere Orban, que lleva por fin dar la hegemonía á los electores formados en las escuelas neutras y librepensadoras, á toda la masa escéptica y descreída de las grandes ciudades y de los centros industriales.

* * *

Se han celebrado en Madrid las sesiones de la Asamblea de las Cámaras de Comercio. En ellas se han discutido los distintos asuntos que están hoy sobre el tapete por haber originado reclamaciones de las Cámaras y de los centros productores. Entre ellos figura en primera línea la Ley del Timbre, que tanta oposición ha suscitado desde sus comienzos, y cuyas disposiciones, por excesivamente minuciosas y sobrado casuísticas, producirían cada día conflictos, algunos quizás muy graves, entre el comercio y la industria y la administración del Estado ó las empresas que tuviesen en arriendo determinados impuestos. Las Cámaras de Comercio acordaron pedir la derogación, ni más ni menos, de la Ley del Timbre, por onerosa, acuerdo que será origen, probablemente, de que se suavice el rigor de las disposiciones contenidas en la expresada ley. Contra la de los alcoholes y contra su reglamento también se ha levantado viva oposición, que ha tenido eco en la Asamblea de que hablamos. No se piden para esta ley acuerdos tan radicales, aunque sí contra el Reglamento, cuya suspensión ha sido solicitada con insistencia, ínterin se procede á su revisión. Este estado de cosas dará un resultado nada ventajoso para nuestra Hacienda, cual será el de que en el actual año económico aparezcan muy mermados los ingresos por los expresados conceptos.

* * *

Ha entregado su alma al Criador, en la corte, el veterano general Castillo, que en la última guerra carlista defendió noblemente la invicta ciudad de Bilbao. Era uno de esos hermosos

tipos de militar español, valientes, caballerosos, cristianos, rigurosos ordenancistas que van desapareciendo de día en día. Las bendiciones de cuantos le trataron le han acompañado á la tumba. S. M. la Reina Regente, siempre pronta á premiar los servicios y á honrar la memoria de sus fieles súbditos, quiso que se tributaran al cadáver del general Castillo los más grandes honores militares, pero lo impidió la expresa voluntad del difunto. Quiso el general que no se le tributasen honores, que ni siquiera se avisase la hora del entierro, que se le amortajase con hábito carmelitano, y que se pusiese su cadáver en el suelo. ¡Rasgos de humildad cristiana, complemento de una vida empleada en hacer el bien y en alabar á Dios, que le habrán valido al alma del valiente general corona inmarcesible en la gloria eterna!

B.



POLVOS Y LODOS

(CONCLUSIÓN)

III



la mañana siguiente era ya la una, y aún no se había levantado Manolo; mas no por eso dormía. Recostado desde el amanecer en los almohadones de su lecho, fijaba su hosca mirada en el suelo, y quizá por primera vez en la vida daba entrada su espíritu á la reflexión, fuerte y poderosa palanca del bien, si la conciencia le sirve de punto de apoyo. Atraíale esta luz clarísima dentro de sí mismo; mostrábale el precipicio que la pasión le había ocultado, y sacudía las fibras de su alma, despertando los últimos restos de pundonor y de vergüenza que en ella quedaban. Horrorizábase entonces de haber intentado pagar una deuda con un robo; quería á todo trance hallar un arbitrio que le pusiese á cubierto de la ruina y la deshonra, y afanábase por combinar un plan de vida tranquila y morigerada. Mas en vano tiraba cálculos y trazaba planes; anegada su razón en un mar de ideas opuestas, parecía oscilar como una luz que se apaga, dejando tan sólo claras ante su vista aquella estaca del artesano que se levantaba amenazándole y aquel cortinaje de seda que se movía, cual un testigo que le acusase. Furioso entonces Manolo se revolcaba en su lecho y mordía las almohadas desesperado... De nuevo volvía á todas partes los ojos, de nuevo dirigía á todas partes sus pensamientos y de nuevo tornaba á encontrarse encerrado en aquel círculo de ignominia en que le aprisionaban sus deudas y su deshonra... ¡Tan sólo el infeliz no elevaba sus ojos al cielo, cuya misericordia nadie le había mostrado! ¡Tan sólo no los levantaba á María, remedio de todas las angustias, á quien nunca le enseñaron á llamar *Madre!*...

Pasaban entonces en su imaginación, cual sombras fantásticas, aquellos ya lejanos días de ventura, llenos de opulencia y de goces, añadiendo á su angustia la amarga angustia del bien pasado que en la desgracia se recuerda, uniendo á su dolor el merecido dolor del bien que por nuestra culpa se llora perdido... ¡Dolor sin remedio, dolor punzante cual ninguno, que despierta ya en el alma del que sufre algo de la impotente rabia del condenado!

—¡Ah! decía el infeliz sollozando; ¡si yo supiese ganarme la vida! ¡Si yo tuviera fuerza de voluntad para vencerme!... ¡Si desde niño hubieran castigado mi insolencia y domado mis caprichos!... ¡Ay! ¡Mi padre no quiso que mi ayo me reprendiese, y hoy me abofetea un villano!... ¡Mi madre no consintió que mi profesor me amenazara, y hoy me amenaza un presidio!...

¡Y el infeliz Manolo ocultaba el rostro en las almohadas llorando como un niño, sin

consuelo de los hombres, á quienes no osaba confiar sus penas; sin consuelo de Dios, á quien no le habían enseñado á invocar nunca!... ¡Ah! ¡si aquel padre, si aquella madre hubiesen podido contemplar desde la eternidad el dolor y la ignominia de aquel hijo de sus entrañas, cuán prudente hubieran juzgado la previsión de esos otros padres ricos, opulentos, grandes, que no se desdeñan de dar á sus hijos una carrera que les asegure ese mañana, siempre, y hoy más que nunca, incierto! ¡Cuán saludable es esa severa disciplina de colegio, que acostumbra al niño á la obediencia y al trabajo para preservar al hombre de la ociosidad y la soberbia! ¡Qué profundo aquel dicho de Luis XIV cuando, arrastrado por su fogosidad, nunca domada, á un acto de cólera indigno de un rey, exclamaba desolado: «¿Pero no había varas en mi reino cuando yo me educaba?...»

Un golpe dado á la puerta de la alcoba vino á sacar á Manolo de sus amargas reflexiones. Al oírlo se incorporó de un salto en el lecho con esa zozobra, compañera siempre de la mala conciencia, y no se atrevió á contestar. Abrióse entonces la puerta y entró su ayuda de cámara con una carta. Manolo miró por todas partes aquel sobrescrito cuya letra no conocía: decidióse al fin á romper el sobre, y cuatro mil reales en billetes de Banco cayeron sobre las ropas del lecho. Manolo creyó que soñaba; vió entonces que acompañaba á los billetes una carta sin firma, y en el colmo de la sorpresa leyó en ella lo siguiente:

«Conozco las luchas de la vida, y sé cuán peligrosas son para la juventud sin experiencia y sin apoyo. Permítame usted, pues, que le ofrezca el mío, impulsado por el recuerdo de la amistad que me unió con su padre. Desde este momento puede usted solicitar en el ministerio de Estado el destino que más sea de su gusto, en la firme persuasión de que le será concedido; y por si acaso se encuentra usted al presente en alguno de esos apuros tan comunes en los jóvenes, permítame que le ofrezca este insignificante préstamo, que no creo pueda herir su delicadeza. Yo mismo he de reclamar su pago cuando se encuentre usted en disposición de hacerlo.

»No es el trabajo lo que deshonra, mi buen amigo: ánimo, pues, y escuche mientras tanto un leal consejo, que, si en algo le punza, es tan sólo para curarlo. Difícil es ser pobre sin decoro, á quien fué quizás rico con orgullo; pero si quiere usted que se le haga fácil, practique sus deberes religiosos y pronto echará raíces en su alma esa hija de la fe que se llama conformidad cristiana.»

Manolo leyó y releyó esta carta y, fuera de sí de alegría, se arrojó de la cama, sin que un pensamiento de gratitud hacia aquel bienhechor misterioso acudiese á su mente; sin que un movimiento de acción de gracias hacia la Providencia divina que le tendía la mano brotase en su corazón egoísta y, como tal, ingrato... Ya tenía con qué pagar su deuda al temible carpintero; ya tenía en aquel destino prometido una base en que asentar aquella vida nueva que deseaba; y sintiendo con esto ahuyentarse sus recelos y disiparse sus temores, llegaba hasta creer imposible que la vieja condesa hubiera descubierto su robo. ¿Acaso no pudo el viento mover aquellas cortinas? ¿Acaso no eran éstas de seda y podían crujir al moverse? En cuanto al pañuelo, pudo dejarlo caer la condesa cuando se despidió de Manolo; y el grito... ¡ah! aquel grito ahogado cuyo recuerdo le daba escalofríos media hora antes, le parecía entonces, sin duda de ningún género, que debió de ser tan sólo efecto de su azorada fantasía. Ocurriósele al fin lo que, desde luego, debió de ocurrírsele: que quizá la misma condesa había escrito aquella carta. Pero no comprendiendo en los demás la generosidad que en sí no tenía, achaque común á todos los mezquinos, examinaba la letra, que parecía disfrazada, diciéndose convencido:

—¡Imposible!... Yo en su caso hubiera hecho arrojar al ratero por la ventana... Esta carta tiene que ser de algún buen amigo de mi padre, á cuya noticia ha llegado el escándalo de aquel maldito carpintero.

Así son á veces los hombres, y así era siempre Manolo; así ahuyentaba sus temores con sus deseos, y de tal manera los transformaba en realidades, que cuando llegó la hora de comer se vistió con su elegancia de costumbre y se encaminó con la mayor frescura á casa de la condesa.

—¡Audacia! ¡audacia! se decía para acallar aquellos temores que, á medida que se acercaba al palacio, de nuevo le asaltaban. Si nada sabe, nada arriesgo... Si algo sospecha, mi audacia la desorienta... Si lo sabe todo, queda siempre el recurso de negar ó el de pedirle perdón confesándole mi culpa... Apelaré entonces al patético, que es arma á que las mujeres nunca resisten.

Al atravesar el anchuroso vestíbulo, los lacayos se levantaron para saludarle respetuosamente, y Manolo sintió que enrojecía hasta el blanco de los ojos. Flaquéáronle las piernas al subir la escalera, y al verse frente á frente de aquel rico *portière* de terciopelo, en cuyo fondo se destacaban bordadas las armas de la ilustre condesa, de tal modo refluyó la sangre á su corazón, que tuvo que detenerse allí por varios minutos. Dueño al cabo de sí mismo, entró con paso firme al gabinete y... vió que la condesa le tendía la mano con la misma amabilidad de siempre, sin que el menor rastro de sorpresa, de indignación ó de disgusto asomase en aquella imponente fisonomía, en que se hermanaban entonces, como todos los días, la dignidad de una reina y la dulzura de una santa.

Manolo sintió un movimiento tan vivo de alegría, que estuvo á pique de venderse; contrúvose, sin embargo, y, alegre y chancero como nunca, se puso á bromear con los otros convidados que aquel día tenía la condesa. Ésta, por su parte, le prodigó las atenciones de siempre; sirvióle ella misma las famosas *côtelettes* de que tanto gustaba, y cuando ya se despedía el ratero, bien entrada la noche, le preguntó de modo que todos los presentes pudieran oírlo:

—¿Vas á la ópera, Manolo?

—A lo menos iré al terceto, respondió éste: cantan esta noche *Lucía*.

—Pues me vas á hacer un favor, y me ahorras escribir una carta... Allí estará la baronesa, porque hoy le toca su turno; hazle una visita de mi parte, y dile que ahí lleva el importe de los billetes de la rifa que me envió esta mañana.

Y al decir esto la señora, puso en manos de Manolo, de modo que todos lo vieran, un bolsito de raso lleno de dinero. Aquella prueba de confianza acabó de disipar los temores de Manolo, y lleno de alegría se dirigió al teatro, repitiendo casi en voz alta:

—¡Nada sabe! ¡Nada sabe!... ¡Me he salvado!

Al volver á su casa á las altas horas de la noche, como tenía por costumbre, se le ocurrió leer de nuevo la carta anónima: notó entonces una cosa en que antes no se había fijado; y era que despedía aquel papel el mismo suave perfume de piel de Rusia, esencia favorita de la condesa, en que estaban impregnadas sus cosas y su persona.

—¡Imposible que sea ella! exclamó Manolo tirando la carta con rabia. ¡Si así fuera, sería esa mujer el demonio del disimulo!...

¡Y no se le ocurrió decir al ingrato el ángel de la delicadeza!

A pesar de estas nuevas dudas, se levantó Manolo á la mañana siguiente perfectamente tranquilo. Su plan estaba formado; había de pagar, antes que nada, su deuda al feroz carpintero, cuya estaca y cuyos gritos le inspiraban tan serios cuidados; había después de firmar

obligaciones de todas sus deudas; solicitaría luego un consulado en Rusia, único país de Europa que no había visitado; y allí, viviendo tranquilamente de su sueldo, iría pagando poco á poco lo que debía, al mismo tiempo que probaba los placeres de los climas fríos, de que hasta entonces no había disfrutado.

A las doce se dirigió Manolo, con los billetes en el bolsillo, á pagar él mismo su deuda al infeliz carpintero: temía que si daba esta comisión á algún criado se compensase éste con aquella cantidad de sus salarios atrasados. No lejos del taller del carpintero, detúvose para dejar franco el paso á un gran coche de caza, tirado por cuatro caballos, que guiaba un caballero.

— ¡Manolo! gritó éste deteniendo el coche. ¿No vienes al hipódromo?

— ¡No, no puedo! respondió Manolo, alejándose al reconocer en el que guiaba y en los que ocupaban el coche á seis ó siete de sus elegantes camaradas.

— ¡Mira! ¡Manolo! ¡Vén acá! ¡Vamos á las carreras! gritaban los del coche. Uno de ellos echó pie á tierra y le cogió por un brazo; otro sacó de debajo del asiento una botella de Jerez, todavía lacrada, y, echándosela á la cara cual si fuese una carabina, gritaba apuntándole:

— ¡O vienes, ó disparo!...

Manolo procuraba excusarse. Entonces se inclinó desde el pescante el joven que guiaba, y le dijo en alemán con cierto tono incisivo:

— ¿No tienes dinero para hacer apuestas?

Esta pregunta hecha para humillarle por el hijo de un rico banquero salido de la nada, á quien en su aristocrático orgullo llamaba Manolo *el marqués del Ochavo*, le irritó de tal manera, que contestó también en alemán, con una arrogancia digna de su futuro consulado:

— ¡Cuántas quieras te hago desde ahora!

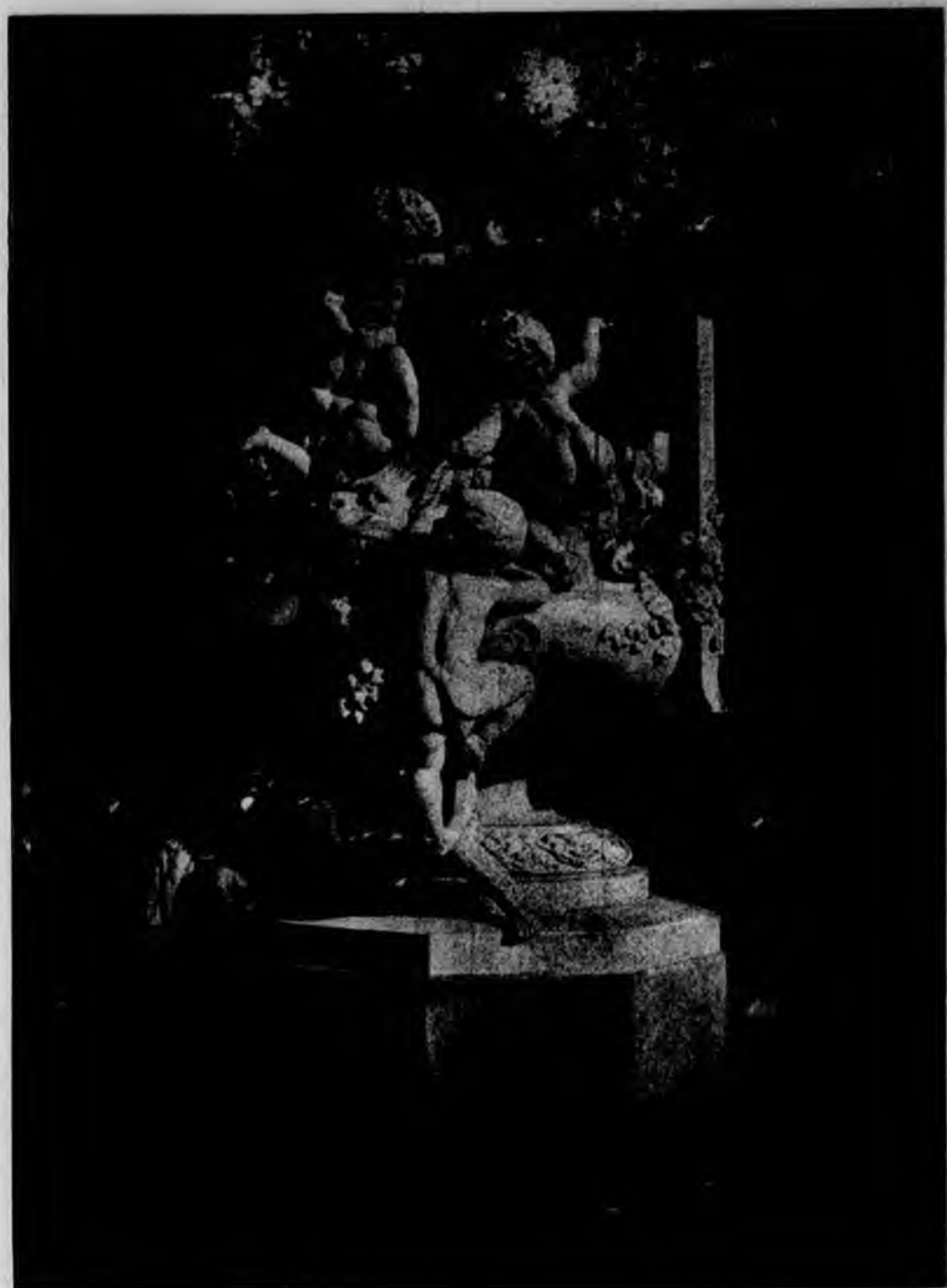
Y sin acordarse ya de deudas ni de estacas, subió al coche y se marchó con sus amigos á las carreras de caballos.

Una hora después de tomado el *lunch*, había perdido ya Manolo los tres mil reales del carpintero en diversas apuestas, y debía además á cierta marquesa casquivana, que hablaba de *jockeys* y caballos como el más consumado *sportsman*, unos cuantos pares de guantes, importe de otra apuesta que con ella había cruzado. Aquella noche gastó Manolo quinientos reales en una preciosa caja de sándalo en que envió á la marquesa sus guantes, y para lo poco que ya quedaba de aquel dinero que debía á la más delicada caridad, acabó de gastar el resto en cenar alegremente con unas cuantas amigas, notabilidades afamadas de la Compañía de Bufos!...

¡Cuán poco puede el hombre contra su naturaleza viciada, si no le sostiene esa *gracia divina* que las sombras del pecado ahuyentan del alma!

IV

Al pie de los Alpes marítimos, y en aquella parte de la alta Italia que ocupa la Lombardía, brota al lado de un peñasco, y en el fondo casi de un barranco, un manantial de aguas medicinales. Bájase á él por una escarpada senda, que recorren los enfermos en bestias ó literas, con riesgo manifiesto de encontrar en el fondo del barranco el remedio total de sus dolencias. A la izquierda se descubre desde una altura Monza, la antigua capital del reino Lombardo-Véneto, y á la derecha queda el camino de Mónaco, la famosa *corbeille de fleurs*, que oculta entre sus hojas esa serpiente venenosa que ha cubierto toda aquella tierra de tumbas de suicidas: la ruleta



JARRÓN EN EL PARQUE DE BARCELONA

DE JOSÉ REYNÉS

Ayuntamiento de Madrid

de l
nifi
una
que
su
co
na
tes
op
qu
A
su
ac
ca
y
á
a
e
u
t
f

de Baden-Baden, que, expulsada de Alemania, ha ido á labrar en el exiguo principado su magnífica caverna.

La especulación ha levantado al lado del manantial un gran *Hotel*, en que falta al enfermo una capilla en que pedir á Dios misericordia, y no le falta, sin embargo, un salón de baile en que prepararse á morir, ni una ruleta, sucursal de la de Mónaco, en que ganar el dinero para su entierro.

¡Qué triste es ver agitarse allí, al compás de un piano, unas piernas á que pronto comunicará la muerte su rigidez espantosa! ¡Qué horrible ver adelantarse una mano descarnada para fiar á un punto de la ruleta cantidades que debieran de estar ya consignadas en un testamento!

Mézclanse allí, entre las gentes honradas que vienen á tomar las aguas, algunos de los opulentos jugadores de la *Contamine* de Mónaco, y algunos de esos otros tahúres y bribones que pululan alrededor de las mesas de juego, como asquerosas ratas á caza de desperdicios. Allí se hablan todos los idiomas, corren todas las monedas, se cometen todas las infamias y se sufren todos los dolores... Allí también acude de cuando en cuando la muerte á escarbar en aquel cenagal de enfermedades y de vicios, para sacar á tirones de este mundo á un alma que cae en manos de Dios vivo, mientras en el hotel siguen, tabique por medio, jugando, bailando y sufriendo.

Por Agosto de 18** llegué á este famoso hotel, acompañando á otro Padre enfermo, que iba á tomar las aguas.

Habíase recogido una noche mi compañero más temprano que de ordinario, por hallarse algo fatigado, y á la luz de una vela de esperma me preparaba yo, en el aposento inmediato, á escribir algunas cartas. Aún no había comenzado mi tarea, cuando llamaron á la puerta: era una camarera del hotel, que me buscaba para auxiliar á un moribundo. Detúveme tan sólo el tiempo necesario para coger mi crucifijo, y seguí en pos de ella por aquel dédalo de corredores, guarnecidos por todas partes de puertas.

—¿Y está muy grave? le pregunté por el camino.

—Yo creo que está ya muerto, me contestó con la mayor naturalidad. Esta mañana me dijo que avisase á un sacerdote que había visto en la fuente, y yo me olvidé de ello... Entré esta noche á ver si quería algo, y ya no contestaba... ¡*Madonna mia!* ¡Qué miedo, verle boca arriba, mirando al techo!...

Comprendí que no era ocasión de decir á aquella mujer lo que merecía, y me limité á apretar el paso, mientras le preguntaba:

—Pero el médico ¿qué ha dicho?

—¡Si el médico no lo ha visto, *signor!*... Ese hombre no viene á las aguas; viene á la ruleta... Es un pobrete, *signor*; paga sólo tres liras...

Llegamos por fin al último piso del hotel, y se detuvo mi guía ante una puerta entreabierta; allí se despidió, diciendo que era necesario avisar al amo, para que sacase antes del alba el cadáver de aquel hombre que aún no se sabía si había muerto. Penetré, pues, solo en aquel cuchitril infecto, en que no había más que dos sillas, una mesa y una especie de catre de tijera. En él se hallaba tendido boca arriba un hombre que respiraba fatigosamente: tenía los ojos cerrados, y una mano delicada y blanca, cual la de una dama, salía por entre las ropas del lecho, oprimiendo fuertemente algunas prendas de vestir viejas y mugrientas, con que sin duda había procurado arroparse. Á la luz de la bujía que allí encontré encendida, examiné aquellas facciones, en que la muerte había impreso ya su característico sello: era un hombre

TOMO II.—14.

de más de cuarenta años, y sobre la palidez cadavérica que cubría su semblante destacábanse esas manchas rojas y granujientas, amoratadas entonces, que producen las bebidas alcohólicas en las personas dadas á este vicio. No me desalenté, sin embargo; ocurrióseme al punto que aquel hombre podría ser un vicioso, y hasta un criminal, pero no era seguramente un impío. El hecho de haber pedido un sacerdote revelaba ese resto de fe, más ó menos viva, que establece un abismo sin fondo entre la impiedad formal y el mero libertinaje.

Removíle primero suavemente, y después con violencia; habléle luego al oído en cuantos idiomas sabía, pues ignoraba cuál era el suyo. Mas el moribundo permanecía siempre inmóvil, con los ojos cerrados y la boca entreabierta, respirando de aquel modo fatigoso, semejante ya al estertor de la agonía, y latiendo su corazón apresuradamente, cual un reloj que gasta su cuerda rota.

Imposible era administrarle el Sacramento de la Extremaunción, porque el pueblo más cercano era Roccabruna y distaba más de una hora de camino por la áspera pendiente de la montaña. Fundándome entonces en que, al pedir aquel desgraciado un sacerdote, había demostrado su deseo de reconciliarse con Dios, extendí sobre él mis manos, y *sub conditione* le di la absolución. Coloqué después mi crucifijo sobre su pecho, y me senté á su cabecera, sin que pudiese prestarle otro auxilio que el de humedecer de cuando en cuando aquellos labios secos con mi propio pañuelo, que mojaba en un jarro.

Así pasaron dos horas: á lo lejos oía el piano del salón de baile, que tocaba una polka; á mi lado percibía el aliento de aquel hombre desconocido que iba á expirar. Faltóme al fin el aire en aquella reducida estancia, infectada por el vaho del enfermo, y abrí la ventana para respirar un momento. Al frente se veían las de la sala de juego, también abiertas, y pude distinguir, bajo las pantallas verdes de sus lámparas, los rostros ansiosos de los jugadores que se inclinaban sobre la ruleta y los montones de oro que cubrían el tapete.

Un ruido estridente y desagradable resonó entonces hacia el lecho del moribundo; creí que arañaba en la pared con las uñas, y acudí al punto á su cabecera. Encontréle, sin embargo, en la misma postura, inmóvil, como le había dejado. Entonces volvió á resonar aquel mismo ruido, que me causaba escalofríos: era que el moribundo rechinaba los dientes...

A lo lejos tocaba entonces el piano el brindis de *Lucrecia*, y una poderosa voz de contralto cantaba al mismo tiempo su famosa letra, *Il segreto per esser felice...* Oprimióseme el corazón tan fuertemente, que no pude contener las lágrimas, y, obedeciendo á un movimiento espontáneo, acerqué el crucifijo á aquellos labios secos; mas éstos permanecieron mudos é inmóviles, y no lo besaron.

A las dos movió el moribundo levemente la cabeza, y arrojó por la boca un poco de sangre; diez minutos después entró en la agonía. Entonces me arrodillé á su lado, y comencé á recitar la recomendación del alma. Al llegar á las palabras *Redemptor tuum facie ad faciem videas. — Veas á tu Redentor frente á frente*, el agonizante experimentó una fuerte sacudida. Abrió los ojos, me miró espantado, echó hacia atrás la cabeza con tal violencia que sentí crujir sus vértebras, y arrojando por narices y boca un mar de sangre negra, se quedó muerto.

Sentí un estremecimiento de horror, que me corría de pies á cabeza, y apenas si pude balbucear hasta el fin aquellas oraciones. Al terminarlas llamé á la camarera, y poco después llegó también el dueño del hotel, acompañado del médico y de otros dos hombres. Adivinando entonces la repugnante escena que iba á seguirse, me retiré á mi cuarto para rezar, por el alma de aquel muerto sin nombre, el oficio de difuntos.

A poco sentí que abrían una puerta que daba al campo, situada al pie de mi ventana. Ya

el alba comenzaba á clarear, y pude distinguir á dos hombres del pueblo que salían sigilosamente. Llevaba uno al hombro una azada, y el otro conducía del diestro un borrico: sobre éste iba atravesado un bulto, envuelto en una sábana sucia. Tomaron en silencio una estrecha senda que trepa por la montaña, hasta llegar á Roccabruna, antigua ciudad de Mónaco, perteneciente hoy á Francia. Al volver un recodo del camino enredóse la sábana en un matorral, y, desgarrándose por un extremo, dejó asomar los pies desnudos y agarrotados de un cadáver.

Era el de aquel desconocido, que marchaba ya camino del cementerio.

V

Aquella tarde se presentó en mi cuarto el dueño del hotel suplicándome que le tradujese al italiano algunas cartas en español, encontradas en la maleta del difunto.

—Era un falsario de España, me dijo. Vea usted lo que traía en un doble fondo de la maleta.

Y al decir esto me mostraba varias plantillas falsificadas de billetes de los Bancos de Turín y de España. Miré los sobres de aquellas cartas, y ví, con indecible espanto, que iban todas dirigidas á Manclo...

Entonces se me ocurrió escribir esta historia, para dedicarla á ciertos padres de familia.

P. LUIS COLOMA.



ROMANCE SATÍRICO

PUES me hacéis casamentero,
Angela de Mondragón,
escuchad de vuestro esposo
las grandezas y el valor.

Él es un médico honrado
por la gracia del Señor,
que tiene muy buenas letras
en el cambio y el bolsón.

Quien os lo pintó cobarde,
no lo conoce, y mintió,
que ha muerto más hombres vivos
que mató el Cid Campeador.

En entrando en una casa,
tiene tal reputación,
que luego dicen los niños:
«Dios perdone al que murió.»

Y con ser todos mortales
los médicos, pienso yo
que son todos veniales
comparados al doctor.

Al caminante en los pueblos
se le pide información,
temiéndole más que á peste,
de si le conoce, ó no.

De médicos semejantes
hace el Rey nuestro Señor
bombardas á sus castillos;
mosquetes á su escuadrón.

Si á alguno cura, y no muere,
piensa que resucitó;
y por milagro le ofrece
la mortaja y el cordón.

Si acaso estando en su casa
oye dar algún clamor,
tomando papel y tinta
escribe: «ante mí pasó.»

No se le ha muerto ninguno
de los que cura hasta hoy,

porque antes que se mueran
los mata sin confesión.

De envidia de los verlugos
maldice al Corregidor,
que sobre los ahorcados
no le quiere dar pensión.

Piensan que es la muerte algunos,
otros, viendo su rigor,
le llaman el día del juicio,
pues es total perdición.

No come por engordar,
ni por el dulce sabor;
sino por matar la hambre,
que es matar su inclinación.

Por matar mata las luces;
y sino, le alumbra el sol,
como murciélago vivo
á la sombra de un rincón.

Su mula, aunque no está muerta,
no penséis que se escapó;
que está matada de suerte
que le viene á ser peor.

El que le ve tan famoso,
y en tan buena estimación
atento á vuestra belleza,
se ha enamorado de vos.

No pide le deis más dote
de ver que matéis de amor;
que en matando de algún modo,
pará en uno sois los dos.

Casaos con él, y jamás
viuda tendréis pasión;
que nunca la misma muerte
se oyó decir que murió.

Si lo hacéis, á Dios le ruego
que os gocéis con bendición,
pero si no, que nos libre
de conocer al doctor.

FRANCISCO DE QUEVEDO (1).

(1) Don Francisco de Quevedo y Villegas nació en Madrid en 1580, de una familia ilustre cuyos miembros desempeñaron en la corte elevados cargos. En la Universidad de Alcalá estudió lenguas, llegando á poseer el latín, griego, hebreo, árabe, italiano y francés, dedicándose también á estudios escolásticos, teología, derecho, literatura, filología, física y medicina. Volvió á Madrid con vastísima erudición, y habiéndose batido en duelo y matado á su adversario, fugóse á Italia, donde el duque de Osuna, virrey de Italia, se interesó muchísimo por él, confiándole empleos importantísimos. Envuelto en la desgracia en que cayó el Duque, Quevedo fué confinado á sus tierras, desterrado luego, absuelto, y otra vez desterrado por haber exigido indemnización de los perjuicios que le irrogó aquel primer inmerecido castigo. Durante su destierro en sus haciendas de la Torre escribió la mayor parte de sus poesías, que firmaba con el nombre de Bachiller de la Torre, suponiendo ser éste un poeta del siglo XV. En 1632 fué llamado otra vez á la corte y, nombrado secretario del Rey, casó con una dama de elevada alcurnia y enviudó á los pocos meses. En 1641 se le supuso autor de un libelo contra el Estado y las costumbres y fué arrestado en Madrid. Al cabo de cerca dos años del más duro cautiverio se reconoció su inocencia y fué puesto en libertad; pero salió de su prisión enfermo y sin esperanzas de vida, y se fué á sus tierras, donde murió en 1645. A pesar de lo mucho que se conserva de Quevedo, gran parte de sus manuscritos le fueron robados viviendo él todavía. Quevedo es el gran satírico español y una de las principales figuras de la Edad de Oro de la literatura castellana. En el romance que hoy publicamos se revela bien la personalidad y estilo literarios de Quevedo.

PLANTAS Y FLORES

II

QUIEN pasee por el campo á la salida del sol se convencerá de que no es vana quimera el *despertar de la naturaleza* tan celebrado por los poetas. Las hojas que durante la noche han permanecido inclinadas hacia el suelo, á la acción de la luz se enderezan, se extienden y se vuelven más movibles y bulliciosas; en cuanto están despiertas viven en continuo estado de agitación. Preséntanse de nuevo los insectos, ábrese las flores exhaliando sus más delicados perfumes, lo que equivale para ellas á llamar con todas sus fuerzas á las mariposas y gusanos. Los estambres y los pistilos dan principio á sus juegos, en las familias donde se hallan reunidos.—La expresión de Linneo, *Mariti et uxores uno oedemque talamo gaudent* es admirable.—Entonces es cuando las antenas provistas de estigmas se mueven misteriosamente; pero al anochecer reina de nuevo el silencio; todo languidece, todo se adormece y al llegar á media noche hasta las hojas se hallan inmóviles.

Obsérvense cuán bien acostumbrados están los pájaros á este adormecimiento del follaje, del cual se aprovechan para el descanso. Si alguna vez, en lugar de silbar ó cantar despertándose, permanecen silenciosos, es que durante la noche las hojas *han estado agitadas*. Y los pájaros tienen miedo, saben que amenaza una tormenta.

El sueño de las plantas se observa particularmente en las acacias, el trébol y las habas. Los foliolos de las hojas de estas últimas se inclinan tan sensiblemente al ponerse el sol, que Pitágoras las creyó *vivientes*; y como creyese que tenían alma, prohibió á sus discípulos que comieran de aquella planta, como lo había hecho con respecto á los animales.

Pero ¿qué hubiera dicho Pitágoras si hubiese conocido la dionea papamoscas ó pipirigallo de Bengala, cuyas hojas oscilan como el péndulo de un reloj? ¿Qué hubiera dicho al presenciar la vallisneria, planta acuática originaria del Mediodía de Francia, que tiene los sexos separados y sin que puedan juntarse sobre un mismo punto de apoyo? Crece en las balsas; pero en vez de nadar por la superficie del agua, como los nenúfares, permanece en el fondo. Ahora bien: recuérdese que su flor no puede ser fecundada sino en un medio seco. ¿Qué hace, pues, esta planta? El pedúnculo de la flor hembra, arrollado en forma de espiral, en el momento de la florecencia se alarga y la corola abierta flota sobre el agua. Desgraciadamente la flor con estambres sólo tiene un pedúnculo muy corto. ¿Cómo tendrá lugar la aproximación? Adviértase que ni los

insectos ni el céfiro pueden facilitar la de aquella planta. Pues bien; ya que es de todo punto indispensable, las flores con estambres se desprenden de sus pedúnculos y, subiendo completamente libres por entre las plantas con pistilo, andan bogando de una á otra flor...

Entonces es cuando se realizan los desposorios y noviazgos, después de los cuales la flor hembra se cierra, contrae el tallo en espiral y se sumerge hasta el fondo de las aguas para nutrir allí su fruto.

Al anochecer vese que gran número de plantas toman precauciones contra el frío y la humedad. Algunas de ellas, cerradas sus flores, inclinan el tallo y permanecen así hasta la hora de despertar. Hay una especie, que pertenece á la familia de las euforbias (*euforbia oleaefolia*), que queda aletargada de esta suerte todo el invierno.

Las flores del loto del Nilo y del nenúfar blanco se sumergen en el agua á la hora del sueño.

Hay plantas que, en cuanto al tiempo en que permanecen dormidas y despiertas, siguen exactamente las horas de la salida y puesta del sol; otras, en cambio, tienen para ello horas fijas, sin relación alguna con la estación del año. La caléndula despierta de cinco á seis de la mañana; si permanece más tiempo cerrada es señal de lluvia.

Algunas tienen un sueño muy irregular, y otras hay que pueden cambiar por completo las horas de descanso por medio de la luz artificial.

Tal vez Pitágoras habría prohibido á sus discípulos comer toda clase de vegetales, obligándoles á alimentarse sólo de leche, si hubiese observado que no hay ni una planta que no sea susceptible de determinados movimientos. Si se sujeta una rama de manera que su extremidad superior se dirija hacia el suelo, se la verá crecer doblándose sobre sí misma, y la cara inferior de sus hojas doblar su pectíolo presentando la superior hacia arriba. Una planta cualquiera metida en oscuro subterráneo, toma una dirección especial hacia el ventanillo ó respiradero por donde penetra la luz. Las trepadoras se dirigen por sí solas y á tientas al arbusto ó rodrigón á cuyo alrededor podrán encaramarse.

En los animales puede observarse que cada víscera tiene su función, su oficio especial, y que el conjunto de todos los órganos constituye una armonía admirable, conjunto del cual no puede quitarse parte alguna sin que se destruya el todo. El estómago digiere, el pulmón respira, el corazón envía la sangre hasta los más peque-

nos vasos; cada parte tiene su misión especial, pero todas con sus diversas ocupaciones, son tan solidarias las unas con las otras, que no sería posible separarlas al mismo tiempo sin destruirlas.

En las plantas, por el contrario, toda función se realiza á poca diferencia en cada una de las partes de que aquellas se componen. Ni siquiera la circulación es la función particular de tal ó cual parte del vegetal. En cuanto á la nutrición, aunque parezca propia tan sólo de las raíces, hay que tener en cuenta que son las únicas que están en contacto con la tierra que les sirve de alimento; sin embargo, hay plantas que sólo se nutren de aire.

Por lo demás, no vaya á creerse que las palabras *respirar, nutrirse*, cuando se refieren á las plantas, signifiquen operaciones tan diversas y especiales como son las de los animales superiores. En los vegetales todas las funciones se hallan algo mezcladas unas con otras; los órganos destinados á la respiración pueden tomar alimentos en el aire, y las raíces, órganos de la nutrición, desempeñan, en algunos casos, el papel de órganos respiratorios. Si se plantan ramas desprovistas de raíces y de hojas, véseles crecer perfectamente; la vida se manifiesta según el medio en el que se desarrollan; debajo del suelo las raíces, en el aire las hojas. La mejor prueba de que ni las raíces ni las hojas tienen una organización distinta, consiste en colocar una planta en situación inversa, es decir, plantar las hojas y las ramas en el terreno, y dejar las raíces á la libre acción del aire, y observar como las hojas se convertirán en raíces y éstas en ramas.

La reproducción de las plantas por medio de rampollos, prueba también que la difusión de la vida y la ausencia de solidaridad entre las diversas partes de un mismo ser es uno de los caracteres especiales de las plantas.

Pero hay todavía más pruebas de que toda función en un vegetal puede realizarse en cada una de sus partes. Estas pruebas son las siguientes:

1.º Córtese y plántese un pedacito de raíz, la vida continúa en aquella y pronto aparecerá en la superficie.

2.º Hasta lo que más inerte parece, por ejemplo, un trozo de corteza, es para gran número de árboles uno de los medios de reproducción.

3.º Una hojita metida en tierra y cuidadosamente

cultivada primero echará yemas en el extremo de sus nervaduras y más tarde ramas.

Así como nos hemos ocupado en el amor entre las flores podemos también ocuparnos en su amistad. Algunas plantas manifiestan cierta predilección por otras, las buscan y desde muy lejos extienden hacia ellas sus ramas; otras, en cambio, se apartan lo posible unas de otras y hasta algunas veces les es imposible crecer juntas.

Puede también observarse entre ellas ciertos hábitos de familia. Entre las trepadoras, el lúpulo se enrosca en las ramas volviéndose siempre de cara al sol, mientras que el convólculo y las judías se enroscan en sentido opuesto.

El guisante y la vid se mantienen sobre sus soportes por medio de pequeñas manecitas nerviosas adherentes. La capuchina procede de un modo distinto: con sus largos pecíolos (vulgarmente el rabo de las hojas), se enreda en las ramas que se le proporcionan, y el clavel se enrosca por la extremidad de sus hojas listadas.

Se observan familias enteras entregadas á una especie de melancolía, como también las hay que alegran la vista. Las hay inconstantes que cambian de color según las horas del día, tales como el gladiolo, el *hibiscus mutabilis* y hasta la *victoria regina*, que en pocas horas pasa del blanco al rojo. Las hay tímidas, apasionadas y ambiciosas. Algunas son amantes de la soledad, otras que sólo viven reunidas en gran número, etc., etc.

Hay plantas que andan poco á poco por el suelo y cada año recorren un espacio de algunos milímetros. Las orquídeas se pasean de esta suerte sin que sea posible reducirlas á la inmovilidad; pero no hay que sorprendernos, pues se ha calculado la velocidad de su carrera, y se puede asegurar que para recorrer un espacio de un kilómetro emplearían tres mil años aproximadamente. Otras plantas, como por ejemplo la fresa, andan por sí solas en diversas direcciones á su alrededor llevando sus retoños; la zarza se arroja á lo lejos, se trasplanta por sí sola y produce nuevos zarzales.

E. N.



CUENTOS POPULARES CÉLTICOS

EL SASTRE AVISPADO

TENÍA el gran Macdonald, en su castillo de Saddell, un sastre muy cuco á quien encargó un día que le remendase unos pantalones, hechos de tal manera que iban unidos al chaleco formando con él una sola pieza, adornada con orlas muy vistosas, y tan cómoda para ir de viaje como para llevarla en el baile. Al hacerle el encargo prometióle que le daría un buen regalo si desempeñaba su tarea por la noche en la iglesia. No era extraño el ofrecimiento, pues, según de público se decía, aquel viejo y arruinado templo era el punto de reunión de los fantasmas, y al cerrar la noche velanse en su oscuro recinto cosas muy espantables.

El sastre no lo ignoraba; mas era de suyo animoso y despabilado, y juróse á sí mismo que había de ganar el premio. Así, en cuanto hubo anochecido, bajó al fondo del valle, y entrando en la iglesia, que distaba como una media milla del castillo, sentóse en una tumba, encendió una vela, púsose el dedal y empezó ágilmente su tarea, no pensando sino en la recompensa prometida.

Al cabo de un rato, parecióle notar que el suelo temblaba bajo sus plantas, y alzando los ojos, que tenía fijos en su labor, vió una gran cabeza humana que brotaba del pavimento levantando una losa sepulcral y oyó que le decía con voz estentórea:

—¿Ves esta gran cabeza?

—Sí que la veo, pero tengo que hacer, respondió el sastre.

Y continuó echando zurcidos á más y mejor.

Tras la cabeza apareció el cuello y repitió el mismo vozarrón:

—¿Ves este cuello?

—Sí que lo veo, pero tengo que hacer, respondió el sastre.

Y continuó impertérrito su tarea.

En pos de la cabeza y el cuello mostráronse unas anchas espaldas y un robusto pecho, y dijo la voz de trueno:

—¿Ves este gran pecho?

—Sí que lo veo, pero tengo que hacer, respondió el sastre.

Y siguió cosiendo como si tal cosa.

Entonces salieron de la tumba dos grandes brazos avanzando los puños hacia él y añadió la voz:

—¿Ves estos fuertes brazos?

—Sí que los veo, pero tengo que hacer, respondió el sastre.

Y prosiguió activamente su labor, conociendo que no había que perder tiempo.

Salió después del sepulcro una gran pierna, que golpeó fuertemente el suelo, y preguntóle la voz misteriosa:

—¿Ves esta gran pierna?

—Sí que la veo, pero tengo que hacer, respondió el sastre.

Su aguja volaba de modo tal que había concluido su tarea cuando sacó el espectro la otra pierna de la tumba. Sin darle tiempo para incorporarse, cogió la candela y echó á correr llevándose los pantalones, en tanto que el fantasma, dando un espantoso rugido, le iba á los alcances.

Ambos corrían por el valle, más presurosos que el río engrosado por el aguacero; pero el sastre le llevaba mucha ventaja á su perseguidor, y como era muy ligero de piernas, no desconfió ni un momento de ganar la ofrecida recompensa. En vano gritaba el fantasma intimándole que se detuviese; él se hacía el sordo y no paró de correr hasta llegar al castillo. Llamó á la puerta y acababa ésta de cerrarse tras él, cuando llegó á su vez el espectro, y furioso al ver que le escapaba la presa, dió en la pared una fuerte manotada dejando impresos en la piedra sus cinco dedos. Esto es tan cierto como que aún hoy podréis verlos perfectamente si visitáis el castillo y miráis de cerca el dintel de su puerta principal.

Así ganó el sastre avisgado la recompensa prometida.

Macdonald no advirtió jamás que en sus pantalones había algunas costuras tan mal cosidas que se les podía aplicar aquel refrán que dice: «Entre puntada y puntada cabe una vieja sentada.»

LAS AVENTURAS DE CONALL

Conall era un poderoso feudatario del rey de Erin, que tenía tres hijos, y por causa de éstos incurrió en el enojo del rey, porque se pelearon con los infantes y mataron al mayor de ellos.

El monarca, montado en cólera, envió un mensaje á Conall, diciéndole:

«Vuestros hijos han cometido un gran crimen matando á mi primogénito. Fácil me sería vengarme; pero esto no curaría mi dolor, y estoy dispuesto á renunciar á ello, si tú y tus hijos me traéis el caballo bayo oscuro del rey de Lochlann. Con esta condición les perdono.»

Conall dijo para sí:

—¿Por qué no he de dar gusto al rey, si complaciéndole salvo la vida de mis hijos? Difícil es la tarea que me impone, pero yo la desempeñaré aunque vaya en ello mi propia existencia y la de mis hijos.

Así lo declaró al monarca, volviéndose en seguida á su casa, bastante turbado y caviloso por cierto.

Aquella noche, al acostarse, contó á su mujer lo que le había pasado, y ella se afligió mucho al oírlo, pensando que tal vez no volvería á verle.

—¡Oh, Conall! exclamó, ¿no habría valido más que hubieses dejado que el rey desahogase su cólera castigando á tus hijos, que no partir para un viaje del cual no sé si volverás en tu vida?



Retratos de Mr. Grover Cleveland, presidente de los Estados Unidos, y de su esposa Mrs. Cleveland

Ayuntamiento de Madrid

A la mañana siguiente, Conall y sus hijos levantáronse muy temprano y pusieron en camino, no parando hasta llegar á Lochlann. Entonces dijo el anciano á sus hijos:

—Paremos aquí y buscad la casa del molinero del rey.

Cuando la hubieron encontrado, empeñóse el molinero en que aceptasen su hospitalidad aquella noche. Ya instalados en el molino, Conall contó á su dueño que sus hijos y los hijos del rey se habían peleado, matando aquéllos al infante primogénito, y que el rey no quería perdonarlos sino á condición de que le llevasen el caballo bayo oscuro del rey de Lochlann. Terminado su relato añadió:

—Si tuvieseis la bondad de indicarme la manera de cumplir mi encargo, creed que os lo recompensaría con largueza.

Respondióle el molinero:

—No es fácil empresa la que os proponéis, pues el rey tiene tanto cariño á su caballo y lo vigila tanto, que no os lo habéis de llevar si no es robándolo. Si lo conseguís, podéis tener la seguridad de que yo no he de delataros.

—Eso pensaba yo, dijo Conall. Vos y vuestros mozos trabajáis todos los días por cuenta del rey y os sería fácil escondernos á mí y á mis hijos dentro de unos sacos de salvado.

—No me parece mal proyecto, respondió el molinero.

Luego habló á sus mozos y éstos metieron á Conall y á sus hijos en los sacos. Vinieron luego los criados del rey, y, cargando con ellos, los llevaron á las caballerizas reales y fuéronse, cerrando la puerta.

Entonces salieron de sus sacos los jóvenes para apoderarse del caballo; pero su padre les dijo:

—Todavía no, antes hemos de hacer agujeros para escondernos, si nos oyen.

Hiciéronlos y luego probaron coger el caballo; mas éste, que era un potro indomado, metió tanto ruido resistiéndose que el rey acabó por oírlo y dijo á sus criados:

—Algo le pasa á mi bayo oscuro. Id á verle.

Obedecieron los criados, y oyendo Conall y sus hijos que se aproximaban, escondiéronse á toda prisa.

No viendo los criados nada que justificase los recelos del rey fueron á encontrarle y manifestáronle que no había novedad en sus caballerizas.

Al poco rato, Conall y sus hijos intentaron nuevamente apoderarse del caballo; mas éste se alborotó de tal modo que causó mucho más estrépito que la vez primera, oyendo lo cual el rey volvió á enviar los criados á las caballerizas para que viesan qué le pasaba á su caballo favorito. Volvieron los otros á sus escondrijos. Excusado es decir que se marcharon aquéllos como la otra vez, sin haber descubierto la causa de aquel gran ruido.

—Es asombroso, dijo el rey. Como vuelva á suceder, yo mismo bajaré con vosotros.

En esto, Conall y su hijos renovaron su tentativa, mas el caballo defendióse á coces y á bocados metiendo más ruido aún que las otras veces.

—Vaya, no hay duda, repitió el rey, alguien está molestando á mi bayo oscuro.

Tiró del cordón de la campana. Acudió la servidumbre, y poniéndose el rey á su cabeza bajaron á las caballerizas: Conall y sus hijos escondiéronse presurosos al oír que se aproximaban.

El rey, que era muy sagaz, dijo al entrar:

—Aquí debe haber penetrado alguien. Sigamos sus huellas.

Dicho y hecho. Al poco rato ya habían descubierto el escondrijo donde se ocultaba Conall. Éste era un feudatario poderoso del rey de Erin y á fuer de tal muy conocido, de modo que, al verle el rey, no pudo menos que exclamar:

—¡Cómo! ¿Tú aquí, Conall?

—Señor, respondió éste, vine á pesar mío. Tu bondad y tu gracia me valgan.

TOMO II. — 15.

Tras esto refirióle como el rey de Erin le había mandado que le trajese el caballo bayo oscuro como enmienda del crimen que habían cometido sus hijos matando á un hijo del monarca, y añadió para excusarse:

— Como sabía que no me lo habíais de ceder, vine aquí con el intento de robarlo.

— Bien, vénte conmigo, dijo el rey.

Luego ordenó que se vigilase de cerca á los hijos de Conall y se les diese de comer, y en cuanto se encontró con éste á solas, preguntóle:

— Dime, ¿te has encontrado alguna vez en un trance más apurado que éste? Porque ya comprenderás que el gaznate de tus hijos huele á cáñamo. Has impetrado mi bondad y mi gracia diciendo que viniste aquí contra tu voluntad; por consiguiente, te perdono. Ahora, si me relatas un caso que te haya sucedido, tan grave como éste, te prometo perdonar la vida al menor de tus hijos.

— Os contaré uno muy serio, respondió Conall. Yo era un niño todavía, mi padre poseía muchas tierras y extensos parques habitados por numerosas vacadas. Un día parió una vaca y mandóme mi padre que fuese por ella. Obedecíle, sorprendiéndome á mi regreso una gran nevada que nos obligó á quedarnos en el aprisco. De pronto, aparecieron once gatos acaudillados por uno de piel de zorro y tuerto por más señas, el cual les dijo, mientras yo les contemplaba con más sorpresa y espanto que simpatía:

— ¿Qué hacéis? Ea, cantad una balada á Conall.

Sorprendióme no poco al ver que hasta los gatos sabían mi nombre. Cuando hubieron cantado, díjome el bardo que los capitaneaba:

— Ahora, ¡oh Conall! páganos por la balada que los gatos te han cantado.

— No tengo nada que daros, les respondí, como no os llevéis la ternera que he traído.

No bien lo hube dicho, cuando en un abrir y cerrar de ojos se la hubieron llevado. Entonces dijo el bardo:

— ¿Qué hacéis tan callados, holgazanes? Cantad otra balada á Conall.

Yo de buena gana habría renunciado al gusto de oírla; pero ellos, sin consultarme, se empeñaron en regalarme los oídos con ella.

— Ahora paga el trabajo, me dijo el gran gato de piel de zorro.

— Ya me revientan vuestras baladas y vuestras exigencias, les respondí. Nada tengo para daros, como no sea la vaca que traje conmigo.

Oírlo y llevársela los gatos fué todo uno.

— ¿Por qué os calláis, perezosos? repitió el bardo. Cantadle otra balada á Conall.

Ya podéis figuraros, señor, qué gusto me darían estos obsequios.

Cuando hubieron cantado, repitió el bardo:

— Ahora paga á los cantores.

Yo no sabía qué darles, y así se lo dije; pero esta declaración debió de sentarles muy mal, pues la acogieron con un horrible concierto de maullidos. Yo, viendo malparada la cosa, me encaramé á una ventana que daba al Parque y, como era muy fuerte y ligero, salté á una gran distancia del edificio. Siguióme la hueste gatuna tan furiosa que hube de subirme á un árbol muy copudo para librarme de sus garras. Buscáronme largo rato, y no pudiendo dar conmigo hablaban ya de volverse, rendidos de fatiga, cuando su capitán les dijo:

— Parece mentira que teniendo dos ojos no sepáis encontrarle, y yo, que sólo tengo uno, esté contemplando á esa gallina escondido entre el follaje de este árbol.

Al oír esto acercáronse todos y yo les tiré una flecha y maté al más atrevido. Encolerizóse el tuerto y exclamó:

— Cavad con las uñas en torno del árbol y daremos con ese tunante en tierra.

Obedecieronle inmediatamente abriendo un grande hoyo en torno del árbol, y cortando en seguida una de sus raíces, lo cual le hizo dar una sacudida tan violenta que proferí un grito

de espanto. Vivía cerca del bosque un sacerdote acompañado de diez hombres que me oyó y dijo:

—He oído el grito de un hombre, que sin duda pide socorro y voy á ayudarle.

El más avisado de sus compañeros respondió:

—Esperemos á ver si grita otra vez.

Entretanto, los gatos seguían cavando; al poco rato cortaron otra raíz y yo dí otro grito, que sin duda expresaba más terror que el primero.

—Corramos, dijo entonces el sacerdote, hay un hombre que pide socorro.

Dicho esto, salió corriendo de su casa, seguido de los suyos. Ya era hora, pues los gatos ya estaban cortando la tercera raíz. Poco después el árbol vino al suelo dando yo un tercer grito que revelaba bien claramente mi espanto. En aquel mismo instante aparecieron mis valerosos libertadores que, arremetiendo á los gatos espada en mano, los pusieron en fuga. Os aseguro, señor, que hasta que los hube perdido de vista no me atreví á moverme y que al volver á mi casa no las tenía todas conmigo. Este es el trance más apurado en que me he visto, pues tengo para mí que el peligro que corrí en aquellos momentos era harto más grave que el que ahora me amenaza de ser ahorcado mañana por el rey de Lochlann.

—¡Bravo! exclamó el rey, bien te explicas. Dígame en verdad que con tu historia has salvado la vida de tu hijo menor. Si me cuentas otro caso más apurado que el que aquí te ha sucedido, salvarás la vida de tu penúltimo hijo.

—Con esa condición os lo contaré.

—Te escucho.

—Era también un mozo de pocos años cuando sali un día á cazar, hallándome en las tierras de mi padre, que estaban cerca del mar. Era el terreno que recorría muy áspero, lleno de peñascos puntiagudos y profundas cavernas. Encontrábame en el punto más elevado de una costa muy tajada y bravía, cuando me pareció ver que entre dos rocas se elevaba una columna de humo y me entró la curiosidad de ver qué era ello. Tratando de averiguarlo resbalé y caí. Por fortuna crecían en aquel paraje en tal abundancia los brezos que ni en los huesos ni en el pellejo sufrí menoscabo. En cambio se me heló la sangre en las venas al considerar que había caído en un abismo del cual no podría salir en los días de mi vida. De pronto oí un gran rumor que iba por grados aproximándose y presentóse ante mis ojos un descomunal gigante, seguido de dos docenas de cabras, precedidas de un macho cabrío. Acercóse á mí el gigante y díjome con voz de trueno:

—¡Hola, Conall! Ya hace mucho tiempo que mi cuchillo se enmohece en mi bolsillo esperando tu tierna carne.

—Para comerme no tienes necesidad de hacerme pedazos, le respondí; puedes tragarme de un bocado. Pero noto que eres tuerto. Yo entiendo mucho en medicina y puedo devolverte el ojo que te falta.

Entretanto, el gigante ponía al fuego una gran caldera. Yo le iba explicando cómo debía hervir el agua que debía servir de medicina. Cogí un puñado de brezo y lo eché á la caldera, rociando después con él el único ojo bueno que le quedaba al coloso, diciéndole que así se lo curaría, hasta que conocí que había quedado completamente ciego.

Cuando vió que no veía, yo le dije que iba á escapar de su poder á pesar suyo. Dió un alto y púsose al borde de la caverna diciendo que se vengaría atrozmente. Yo me escondí lo mejor que pude, no resollando por temor de ser descubierto.

Al oír al amanecer el canto de los pájaros, conoció que despuntaba el nuevo día y gritó:

—¿Estás durmiendo? Levántate y saca mis cabras.

Yo maté el macho cabrío, y él, conociéndolo, gritó:

—Creo que estás matando mi macho cabrío.

—No es eso, le respondí, sino que la cuerda está tan enredada que me cuesta mucho desatarla.

Tras esto solté una cabra y él se puso á acariciarla diciendo:

—Tú eres mi blanca y vellosa cabrita; tú me ves á mí y yo á tí no puedo verte.

Así se las fuí enviando una tras otra, y mientras él las examinaba yo desollaba el macho cabrío. Puse mis piernas en el lugar que debían ocupar sus patas traseras y mis brazos en el de las delanteras, mi cabeza en el sitio que le correspondía á la suya y encima de ella los cuernos de la bestia, y acerquéme de esta manera al gigante, que, pasándome la mano por el lomo, dijo con triste acento:

—Ya te conozco; eres mi querido macho cabrío: tú me ves á mí y yo á tí no puedo verte.

Cuando me ví fuera de aquel antro y pude contemplar la tierra iluminada por el sol, no cabía en mí de gozo. Arrojé la piel del macho cabrío, y grité asomándome á la boca de la caverna:

—Ya estoy libre, á pesar tuyo.

—¡Ah! Eres listo y valiente, por vida mía. En prueba de mi admiración, quiero regalarte una sortija mágica que te será de mucho provecho.

—Tírala y la recogeré.

El gigante tiró la sortija y yo me la puse.

—¿Te la has puesto? preguntó.

—Sí, le respondí.

—¿En dónde estás, sortija? preguntó entonces el gigante.

—Estoy aquí, respondió la sortija.

El coloso corrió hacia el lugar donde había sonado la voz. Entonces comprendí que estaba perdido si no me deshacía lo más pronto posible de la sortija delatadora; tiré de una daga que llevaba al cinto y cortándome el dedo lo tiré tan lejos como pude.

—¿En dónde estás, sortija? gritó nuevamente el monstruo.

La sortija, que estaba á la orilla del mar, le respondió:

—Estoy aquí.

El monstruo dió un salto hacia el punto donde había sonado la voz, arrojándose á las olas.

Cuando ví que le envolvían y se estaba ahogando sentí un júbilo tan grande como me lo daría el saber que nos habéis perdonado la vida á mí y á dos de mis hijos.

Muerto el gigante, volví á su caverna, me apoderé de todo el oro y la plata que en ella tenía y volví á mi casa, en donde fuí recibido por todos con el gozo que podéis figuraros. En prueba de que es la pura verdad lo que os he contado, aquí está mi mano. Miradla y veréis que le falta un dedo.

—En verdad, Conall, le dijo el rey, sois un hombre astuto y un gran narrador. Os concedo la vida de dos de vuestros hijos, y si me contáis otro lance más apurado que el presente, en el cual os hayáis encontrado, perdonaré asimismo la vida á vuestro primogénito.

Conall, sin hacerse de rogar, empezó inmediatamente su tercer relato de esta manera:

—Un día vino mi padre á encontrarme, entregóme una mujer y vime casado. Poco tiempo después fuí á cazar, y dirigiendo casualmente mis pasos hacia el Océano, ví una isla en medio del brazo de mar que tenía delante, y meciéndose junto á la playa un bote del cual colgaba una sogá por delante y otra por detrás, y conteniendo una multitud de objetos preciosos. Metíme en él por la codicia de cogerlos, y no bien lo hube hecho, cuando como por arte mágico se puso en movimiento avanzando veloz hacia la isla. En cuanto llegué á ella salté inmediatamente en tierra. Hacerlo y volverse el bote por donde había venido fué todo uno.

Lo que á mí me azoró fué que la tal isla tenía todas las trazas de un paraje desierto

é inhospitalario, pues no se veían en ella señales ni vestigios de haberla habitado la raza humana. Subíme á una altura, y descubrí detrás de ella un valle en el cual, y en el fondo de una caverna, había una mujer con un niño desnudo en el regazo y un cuchillo en la mano. De pronto hizo ademán de hundírselo en el pecho, y el niño, asustado, echóse á llorar con tal desconsuelo que la mujer no tuvo valor para realizar su propósito y tiró el arma homicida.

—¿Qué estáis haciendo? grité horrorizado.

—Y á vos ¿qué os trae aquí? replicó ella.

Contéle lo que me había pasado y respondiome:

—Así vine yo también.

Mostróme el camino que debía tomar para acercarme á ella. Cuando estuve á su lado le pregunté:

—¿Por qué queríais degollar á ese niño?

—Porque se ha de cocer para que lo coma un gigante que hay en esta isla. No tengo más remedio que obedecerle bajo pena de la vida.

En aquel momento oyéronse los pasos del gigante.

—¿Qué haré? ¡pobre de mí! gritó aterrada la mujer.

Acerqueme á la caldera, que por dicha no estaba caliente, y métíme en ella á punto que él llegaba.

—¿Has hecho cocer el chiquillo? preguntó con voz tonante.

—Todavía no, le respondió ella.

Pero yo exclamé dando unos gritos desaforados:

—¡Ya estoy, mamá! ¡el agua hierve!

—¡Ah, ah! ¡qué festín! dijo el bárbaro haciéndosele agua la boca al pensar en el buen plato que le esperaba.

Y así diciendo iba apilando leña debajo de la caldera. Entonces me tuve por muerto. Por fortuna, el gigante se echó á dormir esperando que estuviese la carne en el punto que debía tener para engullirla. Al notarlo la mujer, acercó sus labios al borde de la marmita y preguntóme si estaba vivo aún. Yo le respondí que sí, sacando la cabeza entre la caldera y la tapa, que estaba medio levantada. Levantéme y salí de la caldera dejando en el fondo de ella el pellejo de las nalgas. La mujer, viéndome perplejo, díjome que al gigante no se le podía matar sino con su propia lanza. Temblando, como podéis figuraros, me acerqué al coloso. Su aliento era tan fuerte que cada inspiración de sus labios me atraía invenciblemente y cada vez que expellían el aire me rechazaban con tal violencia que temía caerme de espaldas. Por último, haciendo de la necesidad virtud, revestíme de valor, cogí la lanza y poco á poco fui apartándola de su lado.

No cesaron con esto mis temores, antes subieron de punto al ver que mi débil brazo era impotente para manejar aquella arma gigantesca. Y os juro que contemplar á aquel coloso que no tenía sino un ojo, situado en mitad de la frente, ponía los pelos de punta al más pintado. Sin embargo, alcé como pude la terrible lanza y la metí con todas mis fuerzas en su único ojo. Al sentirse herido cogió furioso la lanza y tiró al aire. Volvió á caer y dándole en la cabeza lo dejó cadáver. ¡Figuraos, oh rey, cuál sería mi gozo! Apresuréme á alejarme con mi compañera de cautiverio de aquel lugar donde habíamos pasado tan crueles angustias. Aquella noche dormimos en la playa. Al amanecer fui por el bote, nos embarcamos en él la mujer, el niño y yo y volvíme á mi casa.

La madre del rey, que también estaba escuchando con grande interés la historia, exclamó entonces:

—¡Cómo! ¿Fuisteis vos el matador del gigante?

—Yo mismo.

—Miradme, vuestra antigua compañera de cautiverio soy yo, y el niño á quien salvasteis la vida es el rey de Lochlann, aquí presente.

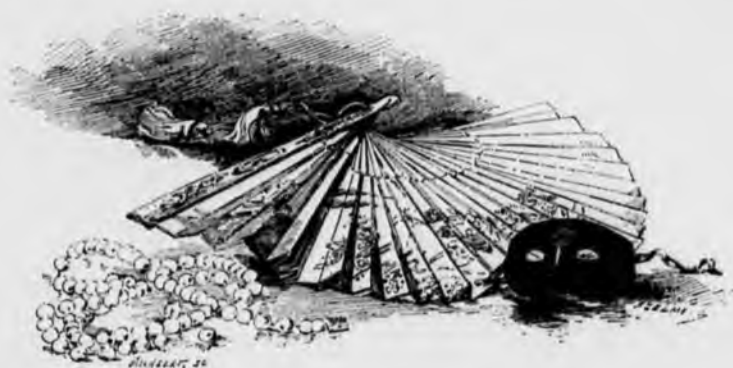
Regocijéronse todos en extremo oyendo estas palabras y dijo el rey:

—¡Oh, Conall! Peligrosas aventuras corriste. Tuyo es mi caballo bayo oscuro y tuyo también este saco lleno de los más preciosos objetos custodiados en mi tesoro.

Al amanecer del día siguiente partían del palacio real Conall y sus hijos llevándose el caballo bayo y un saco lleno de oro, plata y piedras preciosas. Esto lo dejaron en su casa y el corcel lo llevaron al rey, que desde entonces les profesó grande afecto.

Cuando Conall volvió definitivamente á su hogar su esposa ordenó, para celebrar su feliz regreso, un festín tan suntuoso que en el alegre reino de Erin lo recuerdan todavía.

Traducido de la obra *Celtic fairy tales*, de JOSÉ JACOBS, por
J. COROLEU.





¡PASIÓN!

NOVELA ORIGINAL

DE

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

(CONTINUACIÓN)

V

PERO habéis de saber que aquella emoción extraña de don Martín, nadie la pudo notar. A las palabras de doña Leonor, contestó con gran reposo:

—Justamente, señora, eso mismo estaba yo diciéndome; quísole mi buena suerte, y con vos puede decirse que fué con la primera persona que hablé en este país.

—Mal os iría, contestó doña Leonor riendo. cuando tan rehacio anduvisteis para hablar la segunda.

A lo que don Martín repuso con aquella voz suya afable y simpática:

—No creáis, señora, que no lo deseé, pero lo temí al mismo tiempo; á vos y á doña Blanca ví un instante, seguida una de otra; dos relámpagos fueron, y no cegué, porque todavía los milagros se dan; buscar el peligro, porfía es de gente moza llena de alardes; ahora que lo encontré nuevamente, arrostrándolo estoy como puedo y Dios me sacará en palmas.

—Donoso estuvisteis en vuestro discurso, señor, y, aparte de la galantería, vuestro ingenio nos prueba, y parabienes me doy porque don Hernando no se equivocó en el halagüeño retrato que de vos nos hizo.

Saludó don Martín y hubo una pausa; doña Blanca iba silenciosa, á la izquierda de su madre; al lado de doña Blanca don Hernando, y quedaban doña Leonor á un extremo y don Martín á otro.

Hizo dar un bote, de repente, don Hernando á su cabalgadura, y se pasó al lado de su mujer; las dos damas quedaron en medio. Don Martín aproximó su caballo al de doña Blanca.

—Y á vos, dijo don Martín entonces, fué á la segunda persona á quien en Córdoba hablé.

—Dispensad, contestó doña Blanca sonriendo levemente, fué á Pericón Lobato.

—Es cierto, señora; después de vuestra madre pensaba yo en vos, naturalmente: entre dos cielos tan hermosos no podía yo recordar esa nube.

—No quiso Dios que cayera el *nublado* sobre vos aquella tarde, porque yo estuve para protegeros.

—¡Os debo la vida! exclamó don Martín riéndose.

—Casi, casi, contestó doña Blanca muy placentera.

A todo esto, Pericón tenía las cejas y los bigotes erizados como nunca; chispeábanle las pupilas, indicio claro de la cólera que le estaba hirviendo en el corazón. Encogió la nariz muchas veces y olfateaba con fuerza, como si le diese ya el tufillo á sangre.

No podía explicárselo Pericón, pero al ver á don Martín veíale rojo, como todo lo que al hidalgo rodease; oyó algunas palabras sueltas del breve diálogo de doña Blanca, y don Martín comprendió que aludían á él, y no pudo contener un gruñido feroz.

Oyóle don Martín, pero no se dignó volver la cara; oyóle doña Blanca también, pero los gruñidos de Pericón Lobato hacíanla siempre sonreír.

Aunque no la demostró ya, ni con el gruñido de costumbre, la furia del escudero fué monstruosa cuando Máinez y Carrillo se despidió en la *Puerta quemada* para ir á casa del corregidor, corriéndose por junto á la muralla en busca de otra puerta, para abreviar camino; y cuando notó, además, que don Hernando dejó á don Martín con las damas, despidiéndose de él á la par que de ellas.

Acompañólas don Martín hasta la casa, y doña Leonor, con mucha cortesía, pidió á don Martín que la favoreciese entrando á esperar la vuelta de su amigo, de la casa del corregidor.

Pareció que don Martín aceptaba de muy buen grado, mal que pesase al escudero; se apeó con mucha presteza y tuvo el estribo á las señoras, con lo cual ocasionó un nuevo y tremendo disgusto á Pericón Lobato.

Manteníase doña Blanca en silencio, aunque se comprendía demás que desapareció un tanto su natural reserva; dulcificábase la adustez de su cara y aquella dureza fría de sus ojos, velo tupido con que envolvíase toda ella, al ver á un hombre ó hablarle, como no fuesen los pocos de su íntimo trato.

Se habló mientras el señor llegaba, y encontráronse la hija, y la madre sobre todo, con que era verdad lo que don Hernando dijo, de la discreción y el ingenio de don Martín; él se mostró muy franco, haciendo gala, sin orgullo, de su buen saber y donosura.

Doña Blanca siguió separando de su rostro aquel velo de su adustez y su frialdad, máscara verdadera de su corazón impresionable, de su espíritu sutil, de su delicado y superior entendimiento; ella fué encontrando un placer muy puro en la idea, con el trato de aquel hombre á quien vió muchas veces y á quien sólo habló con algún detenimiento aquella noche; su alma,

como el capullo de una bella rosa, se entreabría con dulzura por aquel effluvio bondadoso y bienhechor que de pronto la refrescaba.

No tuvo jamás doña Blanca trato frecuente con ningún hombre, como no fuera su confesor, don Hernando, algunos otros señores sesudos amigos de don Hernando, maese Luis, el médico, aquel don Fermín, su primo, á quien ya conocéis, y un seráfico sacerdote, llamado Andrés Roelas, que tenía entonces cuarenta y tres años, y que fué luego de mucha fama por las visitas con que le agració el ángel san Rafael. Ninguno de los hidalgos mozos que tañeron vihuelas y esgrimieron espadas debajo de sus balcones logró conmover el corazón de la hija de don Hernando, porque su exquisita nerviosidad encontró siempre de mal sabor aquello de reñir y matarse por ella; halló lo mismo de insustanciales los billetes amorosos que hubo de leer por encontrarlos de repente entre las hojas de su libro de oraciones, en el cajón de alguna mesa y hasta debajo de sus mismas almohadas al acostarse. Tenía, por otra parte, el tremendo é interminable gruñido de Pericón Lobato, y ya sabía ella que Pericón Lobato la adoraba entrañablemente, hasta morir, y ya sabía, al igual, que aquel gruñido quería decir siempre que no se fiara de ningún hombre.

No tardó don Hernando, y don Martín quedó en la casa hasta que entró mucho la noche; salió llevándose toda la simpatía de doña Leonor y con ofrecimiento muy reiterado de volver algunas noches, por lo solícitos que anduvieron doña Leonor y su marido en suplicárselo. También doña Blanca hubiese deseado unir su frase de alegría á la que sus padres tributaron á don Martín despidiéndole, pero no encontró palabra alguna; quedó silenciosa é inmóvil, y al salir el mensajero le saludó, inclinando la cabeza como cuando se encontraban en el atrio de Santa Marina.

Bajó don Martín las escaleras sosegadamente; detúvose en el enorme patio que tenía que cruzar para encontrarse en el portalón de entrada, y miró hacia la ancha crujía, cubierta de cristales, que rodeaba el patio; parecía buscar á alguna persona con los ojos, pero á nadie encontró. Ni en el interior del edificio, ni en la calle, oíase rumor alguno; reinaba un silencio de tumba.

Adelantó don Martín cautelosamente hasta un postiguillo situado á la izquierda; le halló cerrado y dió en él un golpe con el recato posible.

—¿Quién va? exclamó una voz dentro.

—Gracias, que parece ya roto el encanto, murmuró don Martín.

Hablase entreabierto el postigo, y asomó por allí la cabeza del marmitón que andaba á la ronza de la camarista.

—Dime, truhán, exclamó don Martín sin mas ambages; ¿dónde encontraré yo ahora mismo al primer escudero?

El marmitón había reconocido á don Martín inmediatamente; al oír su pregunta erizósele el cabello; conocía toda la servidumbre el odio que Pericón Lobato profesaba á don Martín; juró además el escudero que la primera vez que don Martín le dirigiese la palabra, contestaríale con un tajo que le partiese por gala en dos; esto lo creeréis exagerado, pero el marmitón, como el resto de la servidumbre, conocía al escudero perfectamente, y por ese motivo se le puso el pelo de punta, por el convencimiento que abrigaba de que Pericón Lobato cumpliría lo ofrecido.

—Vamos, ¿podréis ó no contestarme?

Se rascó el marmitón la cabeza, miró hacia adentro como si quisiera consultar á alguien á quien don Martín no veía, antes de responder, y luego dijo entrecortadamente:

—Pues mire su señoría; Pericón Lobato fué á la cuadra, cuando vino de la sierra con mi señora doña Leonor y con mi señora doña Blanca y con su señoría, y no sé yo que haya salido aún.

—¿Cuál es el camino para ir donde Pericón Lobato puede encontrarse?

TOMO II.—16.

—Acompañaré á su señoría, con lo que seré muy honrado, exclamó el marmitón lívido de miedo y muriéndose de curiosidad á la vez.

—No es preciso, contestó don Martín secamente.

El marmitón indicó el camino al caballero y se dirigió éste al fondo del patio; entró por un callejoncillo, dió en otro patio no menos grande con una gran puerta que daba frente á la embocadura misma del callejón.

—Aquí será, dijo.

Aflojó el paso y anduvo ya con cautela; así llegó á un tragaluz bajo, sin hierros, que había en la pared; asomó por allí la cabeza el hidalgo y no vió á nadie; una luz tenue ardía allá en un extremo de la cuadra.

Don Martín adelantó entonces hacia la puerta, entró sin vacilar; ningún ruido había; miró ávidamente al interior; los caballos volvieron hacia él la cabeza, como curiosos, y admirándose á la par por la presencia del forastero; sentíase ahora un relincho, después un golpe de las herraduras en el suelo, y quedaba todo otra vez en un silencio de cripta, con aquella luz macilenta, allá en el fondo, cuyos débiles fulgores apenas si alcanzaban á iluminar una parte de la caballeriza.

Adelantóse don Martín mirando á uno y otro lado cautelosamente; detúvose cerca de la luz, sin esperanza ya de ver al escudero; sintió de repente un largo suspiro, y exclamó entonces en voz alta:

—¡Perico Lobato!

—¿Quién va? preguntó una voz agria y ruda que retumbó allí, como la nota sombría de un genio malo.

—Don Martín Pedrosa. Levántate y acércate que te tengo que hablar.

Sucedió á las últimas palabras de don Martín una curiosísima escena; fué Pericón mismo quien á don Martín contestó; su gran suspiro oyó el hidalgo solamente; pero á llegar un poco antes le habría sorprendido llorando como le sorprendió cierta vez Saltillo el de caballerizas. Eran, pues, verídicos los datos que el marmitón hubo de suministrar al cónclave misterioso que recordaréis.

Iba diciendo que ocurrió una curiosa escena; conforme hubo oído Pericón de nombrarse al caballero, dió un salto de tigre, saliendo de la oscuridad y plantándose ante él de repente. Había desenvainado á la vez su puñal, que sacó del cinto, y no sé qué resplandor fué más siniestro á la luz mortecina que iluminaba la escena, si el del puñal ó el de los ojos de Pericón Lobato que llameaban, hundidos allí, entre los cerdosos matorrales de las cejas.

Vió don Martín ambos destellos; previniéndose al golpe que le amagaba echó un paso atrás rápidamente, avanzó más Lobato para asegurar su golpe, porque el primero dió en el vacío, pero se encontró sujeto ahora, como por un yugo formidable, con una mano de don Martín.

Revolcóse fieramente, pero no se pudo desprender de la mano de acero que le sujetaba; fué una lucha silenciosa, tenaz, en la que sólo se oía la respiración jadeante de Pericón; cedió éste al fin, pero el puñal había quedado en poder del impasible caballero.

Miráronse los dos trabajosamente á la escasa luz; ni uno ni otro pronunció una frase. Pericón Lobato, hosco, sombrío, terrible, escupiendo lavas por aquellos ojos desencajados, contraída la boca como para la modulación de una blasfemia y crispados los puños. Don Martín, reposado, serio, noble. Fué don Martín quien primero habló, y su acento era reposado como su expresión, sin cóleras, sin odios, con una tristeza más bien y una melancolía que desgarraba.

—¿Por qué me odias? dijo. ¿Qué te hice para que me quieras matar?

Inclinó el escudero la cabeza y contestó reconcentradamente:

—Dejadme, señor, yo os lo ruego; me desarmasteis, me habéis vencido, otra vez no será.

—¿Pero creistes, malaventurado de tí, que me importaría algo que me matases? No me importaría nada; pero ¿por qué no había de saber los motivos que á ello te impulsan?

El escudero contestó desesperadamente:

—Me turbo y no sé qué contestar; yo no siento en mí otra cosa que el ansia de no veros, aunque para eso os asesine.

—Está bien, repuso el caballero friamente; tu demostración hostil de esta tarde, á venir en tu busca me movió; no quieres decir lo que contra mi persona te obliga; sabe, pues, amigo, que impedí tu golpe, no por defenderme, sino por saber antes la causa de tu racunia; el orgullo no es prenda que á mí me adorne; desagraviarte quería, si te ofendí.

Aquel lenguaje dulce, reposado, lleno de nobleza, hería más al anciano escudero que todas las amenazas y agravios; se retorció más desesperadamente aún, y como continuase en silencio, añadió don Martín tristemente:

—¿No lo dices? está bien; por tu gusto lo harás y no porque te impulse razón alguna; me tranquilizas porque no quiero cargar en mi conciencia de haber hecho á nadie daño; ahora, toma tu puñal; hiere; me harás merced.

Alargó el puñal á Pericón Lobato, pero éste le rechazó violentamente.

—No, dijo; me habéis hecho daño en el corazón con vuestras palabras, más que me lo hicisteis en el cuerpo con vuestros puños; no, idos; no os arrojo; suplicoos humildemente que lo hagáis; juré mataros y cumpliré mi juramento, como no sea que me matéis á mí; pero yo os juro, señor, que todas estas razones que en mí hay para desear vuestra muerte, las amontonaré despacio, las maniataré para que no se me vayan, haré una de todas y la sabréis antes de que mi juramento cumpla.

Don Martín no contestó; quedóse mirándole con profunda melancolía; volvió luego la espalda y se alejó sin hablar.

(Continuará).



NUESTROS GRABADOS

FIESTAS CONMEMORATIVAS DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA EN MONTEVIDEO

América ha celebrado con regocijadas fiestas el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colón. Todos los Estados de aquel continente se han asociado á las manifestaciones de júbilo que en Europa han hecho España é Italia. Montevideo, capital de la República del Uruguay, ha sido una de las ciudades que con mayor pompa y animación han celebrado el citado acontecimiento, de tanta trascendencia en la historia del género humano. De la brillantez que tuvieron las fiestas y de la animación que reinó en los puntos principales dará idea á nuestros lectores la lámina que publicamos, en la que van reproducidas distintas vistas de la misma en aquellos días de bullicio y de alegría. Tomadas directamente de los sitios más hermosos de Montevideo, se ve en ellas el movimiento de gente que hubo por calles y plazas, el modo como éstas se adornaron con vistosos arcos, y los globos de gas preparados para las iluminaciones, que fueron espléndidas en las noches de los festejos, señales todas de que la rica población de Montevideo supo comprender la significación que tenía la fecha del cuarto centenario del descubrimiento de América y de que quiso ponerle de relieve por medio de ostentosos espectáculos y funciones en las que tomaron parte todas las clases sociales.

JARRÓN EN EL PARQUE DE BARCELONA

DE JOSÉ REYNÉS

Esta notable obra escultórica, colocada en el Parque de esta ciudad, honra á su autor, que hace poco alcanzó otro señalado triunfo con la inspirada y mística imagen de San Luis Gonzaga, que dimos también en este Semanario. El jarrón esculpido por Reynés es un trabajo de excelente estilo decorativo, que produce hermoso efecto en aquellos jardines, en medio de los árboles y de las plantas. Siguiendo el camino que marcaron insignes escultores franceses é italianos del siglo XVIII, el mencionado escultor, además de trazar un jarrón de líneas grandiosas, ha enlazado con él una animada escena en la que entran varias figuras de niños. Encarámanse unos en el jarrón para llegar al borde de él; zambúllense otros en el agua, de que está lleno y que mana igualmente por mascarones esculpidos en los lados; secundan los demás la travesura de sus camaradas, y no falta alguno de ellos que, cariacontecido, sale del fondo del jarro después de haber tomado un baño. Reynés ha impreso al grupo de los niños y á toda la escena una vida portentosa. Por las expresiones diríase que aquellos rostros están hablando, y en las actitudes brilla una naturalidad encantadora, haciendo valer las bonitas líneas de los cuerpos, de las extremidades y de las cabezas una ejecución holgada al par que muy cuidadosa en todos los detalles. Reynés, que tan bellamente trató un asunto profundamente religioso, como lo hemos dicho antes, ha hecho alarde de la flexibilidad de su talento desarrollando en el jarrón del Parque una escena llena de verdad, realista en parte, pero á la vez interpretada con una delicadeza que le da cierto aspecto ideal. Estas excelentes cualidades son causa de que á todas horas un grupo de espectadores rodee el jarrón que hemos descrito y lo aplauda calurosamente. Deseosos nosotros de popularizar en este periódico las obras que vayan apareciendo en el mundo de las Artes, nos complacemos en

publicar una fiel reproducción del jarro decorativo de Reynés, directamente sacada en el Parque por don Ricardo de Valero.

RETRATOS DE Mr. GROVER CLEVELAND,

PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS,

Y DE SU ESPOSA Mrs. CLEVELAND

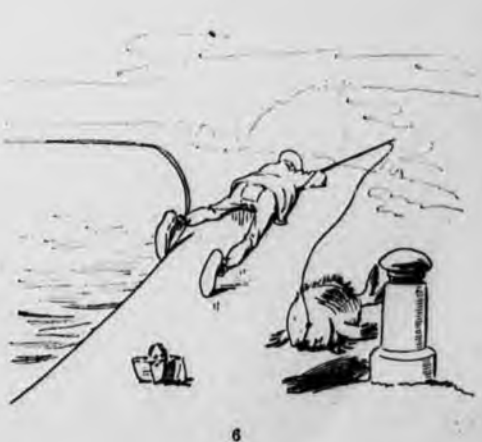
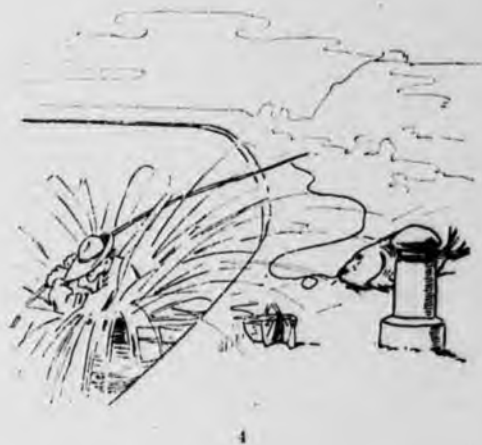
Saben nuestros lectores que en las últimas elecciones presidenciales de los Estados Unidos, el candidato de los demócratas, Mr. Cleveland, obtuvo la victoria sobre su competidor Mr. Benjamín Harrison, candidato de los republicanos. Grover Cleveland nació en 1837, y al principio de su carrera se dió ya á conocer como abogado en Nueva York. Más tarde la ciudad de Buffalo le nombró alcalde, y en este cargo demostró ya de un modo claro que poseía un raro talento organizador. Por la energía que desplegó en la realización y por su carácter varonil se ganó numerosos amigos y partidarios, logrando que de un estado deplorable y triste pasase aquella ciudad á otro brillante y envidiable que convirtió á Buffalo en una de las ciudades importantes de la Confederación Americana. Como consecuencia de sus notables servicios obtuvo entonces el puesto de uno de los gobernadores del Estado de Nueva York, en el que dió nuevas pruebas de su espíritu enérgico. Pronto las miradas de todos se fijaron en él, y cuando se procedió á elecciones para la presidencia en 1884 el partido democrático le presentó como candidato suyo. Venció entonces á su competidor el republicano Blaine, tomando posesión en 4 de Marzo de 1885 del cargo de Presidente de los Estados Unidos de Norte América. Mister Grover Cleveland, como lo hemos dicho antes, ha obtenido por segunda vez los sufragios de sus conciudadanos para el mencionado puesto, el más elevado de la citada nación. Su joven esposa, cuyo retrato damos asimismo, goza como su marido de generales simpatías.

SS. MM. EL REY DON ALFONSO XIII Y LA REINA DOÑA MARÍA CRISTINA

GRUPO EN MÁRMOL DE VENANCIO VALLMITJANA

Ejecutó primero en tierra cocida Venancio Vallmitjana el grupo que hoy publicamos, el cual hubo de esculpir luego en mármol en tamaño natural para el ministerio de Fomento. Esta obra del laureado escultor es felicísima, y aparte de la exactitud de los retratos llama la atención como excelente trabajo artístico. La agrupación del Rey y de la Reina es acertada y las dos augustas figuras presentan expresión de majestad, bondad y nobleza. El retrato del Rey, á la edad en que fué sacado, encantaba por su fidelidad con el modelo, ocurriendo otro tanto con la severa cabeza de la Reina Regente. En el grupo de mármol hizo Vallmitjana alarde especialmente de su hábil cincel. ¡Con qué cariño trató las dos cabezas del Rey y de la Reina, modelándolas con exquisita finura y al par con el desempeño holgado que le es propio, puesto que el citado artista ve con horror lo desmedrado y fatigoso! ¡Qué verdad hay en las ricas telas de los vestidos de los Reyes, de los cuales se descubre la calidad, merced á los delicados accidentes puestos en el mármol por el autor! Todas estas bellezas de detalle se funden bellamente en la grandiosidad del conjunto, conforme podrá adivinar quien no hubiera visto el grupo original, examinando la exacta reproducción fototípica que damos en este número.

Nobleza obliga, por Ramón Escaler





7



8.—Vaya, abur y estemos en paz

MESA REVUELTA

El ruibarbo, del cual Inglaterra, Bélgica, los Países Bajos y algunas comarcas de Alemania hacen un enorme consumo, es, entre nosotros, dice un periódico francés, un alimento de escásima importancia. Excepción hecha de las tabernas, de los *bars* y de los restaurantes ingleses, sólo vemos, y aun raras veces, en los grandes depósitos de comestibles, aquellos manojos de magníficos pecíolos de un blanco verdoso, realizados por el bermellón ó la laca que aparece en sus nervaduras; el ruibarbo no ha adquirido carta de naturaleza en nuestro país. Es verdad que tiene el inconveniente de prestarse á las burlas, lo cual es un gran escollo en un pueblo tan malicioso como el nuestro. Si alguna vez cometéis la imprudencia de llenar de aquel alimento una tarta ó compota que figure en vuestro menú, preparaos para contestar á uno de vuestros amigos, el cual os preguntará maliciosamente si habéis adivinado que los invitados necesitan purgarse. Esas buenas gentes ignoran aún que medicamentos tan deseados por los enfermos de imaginación como la buena casia y el saludable sen se extraen de la raíz de la planta, y que la naturaleza ha negado la virtud purgativa á los pecíolos que comemos y á las hojas que mezclamos agradablemente con las espinacas.

Además de sus propiedades alimenticias, tiene el ruibarbo la magnificencia de su vegetación, que aboga en favor suyo. Con dificultad se encuentra en las nuevas importaciones de plantas exóticas otra más ornamental, cualquiera que sea el sitio en el que se halle, pero en particular cuando se le aísla en el césped. Este año precisamente se ha podido observar la extraordinaria fuerza de la savia del ruibarbo.

Sin embargo, nuestra predilección por esta hermosa planta no llega hasta el extremo de hacernos olvidar sus imperfecciones; la inflorescencia del ruibarbo constituye, por decirlo así, su lado flaco; el extraordinario volumen que presenta antes del nacimiento, promete

mucho más de lo que produce. Si se la deja desarrollar, madurar y dar granos, se presenta demasiado deshojada; el espesor de las hojas disminuye en seguida, su verde follaje se altera y se llena de manchas amarillas; por último, el crecimiento del tallo disminuirá la recolección de pecíolos que se esperarán saborear con grandes deseos. Es, pues, práctico suprimir todos los tallos con flor desde el momento que aparecen. Este inconveniente se presenta muy singularmente en el ruibarbo austral y en el ondulado, que son dos de las variedades más conocidas. Si se quiere gozar de la eflorescencia es muy conveniente que se dejen crecer los tallos florales del ruibarbo palmeado, el cual puede alcanzar una altura de tres metros, y cuyos limbos, de cinco ó seis lóbulos, recuerdan, por sus grandes dimensiones, los del plátano. Los ingleses, que son muy aficionados á las tartas y compotas de ruibarbo, han importado ó creado, por necesidad, una docena de variedades, que se diferencian tan sólo, entre ellas, por la forma de sus hojas.

El célebre violinista Pugnani tenía una nariz tan extraordinaria que Lavater no había, sin duda, visto otra parecida, y bien puede creerse que la naturaleza no volverá á producirla en el transcurso de muchos siglos: en longitud era igual al resto de la cara, tomada en su conjunto, y en cuanto á su proeminencia, era mucho mayor que la de las más grandes narices aguilfeñas. Un alfarero de Milán á quien el artista debía una importante cantidad, tuvo la ocurrencia, á fin de poner en moda sus vasos de todas clases y para vengarse de su deudor, de mandar que se pintara en el fondo de sus vasos (sobre cuyo uso nada nos dice la historia), la figura del violinista con su estupenda nariz. Pugnani se quejó al gobernador austriaco de la ciudad, y habiendo comparecido el alfarero ante aquella autoridad militar, limitóse, siguiendo la tradición, á desplegar un gran pañuelo, sobre el cual estaba representado el emperador

de Austria, diciendo al propio tiempo: «Si Su Majestad Imperial está en mi pañuelo y nada tiene que decir, bien puede M. Pugnani encontrar su efigie en mis vasos y no incomodarse, por eso, conmigo.» No hay que decir que el alfarero fué absuelto.

Para impedir que las moscas ensucien los muebles, espejos, etc., fróntense en diferentes partes de los mismos con aceite de laurel, cuyo olor ahuyenta estos insectos. Se destruyen también poniendo sobre una mesa un plato de mercurio mezclado con leche ó agua y azúcar. Si se cubre un plato con un baño de miel, todas las que acudan quedarán á él pegadas.

En las cocinas podrán suspenderse del techo unos ramos de parasitaria ó de alfalfa, salpicada con agua azucarada; cuando ha anochecido se aplica debajo una tabla con un poco de pólvora y pez griega en polvo, se prende fuego y caen casi todas las que haya en el manojo.

Para que las moscas no se peguen á las pinturas se pone en una cazuela de agua un manojo de puerros por espacio de seis ú ocho días, y con esta agua se humedece la pintura.

La leche mezclada con pimienta

es un veneno para las moscas sin serlo para el hombre.

Las hojas del tabaco puestas en infusión en agua por veinticuatro horas, y después que hiervan una, atraen las moscas y éstas perecen infaliblemente.

Para dar á las maderas comunes un color hermoso de caoba, se escogen aquellas cuya textura y veta se le parecen más, y que tienen una densidad y exactitud susceptibles de tomar un bello lustre.

Pásese primero por la superficie de estas maderas agua fuerte ó ácido nítrico debilitado con una cantidad bastante considerable de agua, por cuyo medio se las

hace tomar ya un color rojizo. Después se compone un barniz, haciendo disolver en una botella de espíritu de vino una onza de sangre de drago y otra de carbonato de sosa filtrado ya en este líquido; se dan con él á la madera muchas manos, hasta que adquiere el color de la caoba, y después se lustra con un poco de aceite.

—¿Podría usted retratarme con mi mujer? preguntó uno de Calamocha, en una fotografía de Zaragoza.

—Sí; pero ¿dónde está la parienta?

—¡Toma! en mi pueblo.

Aquel que no reconoce al amor como una divinidad poderosa, ó es loco ó ignora por completo lo que pasa en el mundo. Nuestro destino está en sus manos: locura, sabiduría, salud, enfermedad, todo lo concede al que le place; puede hacer que nos amen, que nos deseen y que nos busquen.—CECILIUS.

Ciegos por la pasión, casi siempre tienen los amantes por perfecciones los defectos del ser amado... Que tiene el cutis negro, pues lo encuentran del color de la miel. Que es desaseada y repugnante, es una beldad con cierto desaliño. Si es bizca, tiene la

mirada de Minerva. Si enjuta como un palo, la ven esbelta como una gacela. Si es de corta estatura, una mujer pequeña es para ellos una de las gracias; su figura es un dije. Si es demasiado alta y robusta, majestuosa. Si es tartamuda ó habla confusa y atropelladamente, esta dificultad es un encanto indecible. Si es muda ó muy callada, es por exceso de pudor ó timidez... En fin, no acabaríamos nunca si fuéramos enumerando todas las ilusiones de este género.—LUCRECIO.

Al pobre le falta poca cosa, pero al avaro le falta todo.—PUBLIUS SYRUS.



SS. MM. EL REY DON ALFONSO XIII Y LA REINA DOÑA MARÍA CRISTINA
GRUPO EN MÁRMOL DE VENANCIO VALLMITJANA

RECREOS INSTRUCTIVOS

UNA FAMILIA EN PELIGRO

Vivimos en una época en que todo tropieza, resbala y cae: nada extraño, pues, que esos infelices labriegos sean víctimas de su desconocimiento de las leyes del equilibrio.

Para demostrar mi aserto le bastará al lector convertirse por pasatiempo en titiritero y entretener la fastidiosa velada de invierno con el nuevo *belén* de figuras movibles.

Supongo que habrá guardado los tapones de las botellas de champagne que saltaron el día de Año Nuevo: y digo supongo porque en mi anterior artículo



sobre *muñecas* indiqué la conveniencia de guardar todo lo que las gentes superficiales tiran por la ventana.

Pues bien; esos tapones, colocados como indica nuestro dibujo, pueden simular pequeños y ligeros personajes, no más ligeros ni pequeños que otros más encopetados.

La cabeza se forma con una avellana, pintada á la aguada por la parte que estuvo adherida á la cápsula vegetal; se la agujerea antes por lo que llamaremos base del *cráneo* por medio de un alambre ó punzón, dando vueltas hasta que se forme el orificio.

Los brazos pueden ser de madera ligera, y para las piernas se emplearán dos pajuelas de cocina, haciendo servir de pies la cabeza, al revés de lo que sucede á muchos.

Colocado un alambre dentro de la mano del monigote, y en el extremo del alambre un gancho con un peso proporcionado al del personaje, como un tapón, una patata pequeña, etc., se verá como nuestro infeliz labriego, puesto por azar al borde del abismo, se lamenta *mimicamente* con los ademanes más expresivos por haberle caído el hato, que no puede recoger sin caerse de su roca Tarpeya. En vano se lamenta su hija y se le erizan los pelos de conejo que forman su cabellera: fortuna tiene la niña de que una horquilla clavada en un sitio posterior de su cuerpo la sostenga haciendo tres pies con los indispensables fósforos de cocina.

Toda la cuestión está en que, guardando el equilibrio, gracias al peso puesto fuera del centro de gravedad

del pobre hombre, éste se mueva cadenciosamente al menor impulso, condenado á sostener su hatillo sin poderle alcanzar, renovando el suplicio de Tántalo.

Esta experiencia es sencilla, curiosa y nada triste, como que se trata de personas que han brincado por los aires impelidas por los gases del champagne.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

TOR-PE-DO

Solución al acróstico:

PALENCIA

CHARADA

*Prima y dos es cosa clara,
y prima, tercera y cuarta
á más de un prójimo ensarta
y hasta le rasga la cara.*

*Las cifras son preferidas
si á tertia y cuarta preceden,
y mil percances suceden
por el cuatro tres traídas.*

*De Burgos la cuarta y prima
es población algo ignota,
y el todo mucho alborota
cuando se nos echa encima.*

Comunicada por D. VICENTE DE JUANA

JEROGLÍFICO



ENIGMA CUADRADO

A	S	S	A
M	E	I	R
D	I	É	N
A	S	S	A

Combinar las letras de manera que, leídas las de cada columna horizontal y verticalmente, resulte: 1.ª, en la iglesia; 2.ª, nombre de mujer; 3.ª, clase de tejido; 4.ª, se hace en los hornos.

Comunicado por J. SAPETTI, de Madrid.

Reservados los derechos artísticos y literarios. — IMP. ESPAÑA Y COMP.ª



SIMPATÍA

DIBUJO DE JOSÉ LLOVERA

Ayuntamiento de Madrid



MEMORÁNDUM

DEL Panamá se sigue hablando en Francia y en todas partes. La cosa va resultando una estafa tan colosal como lo era la empresa de abrir el canal en proyecto. Hoy todo el mundo grita, en la nación vecina, contra los administradores de la Compañía y se quiere para ellos un ejemplar castigo, y los mismos que así obran hoy son, acaso, los que hace cuatro ó cinco años trabajaban con ahinco para que el gobierno amparase á la citada empresa, que iba ya por los suelos, según se veía claramente. Deseaban cuantos habían puesto sus capitales en el negocio, con esperanzas de gran lucro, que no se fuese á rodar todo, que no se hubiera de proceder á la liquidación, que se continuasen los trabajos del canal, á fin de ver si se contenía la baja de los valores del Panamá y de aprovechar la primera coyuntura para soltarlos, acogiendo al refrán castellano que dice: «el que venga atrás que arree.» Hubo, empero, un momento en que el diablo tiró de la manta, y el diablo en esta ocasión fué M. Delahaye, y entonces los mismos panegiristas de la Compañía de Panamá se convirtieron en acusadores y son los que hoy más alborotan. Es cierto que á cada instante se descubren escándalos más gordos. Un testigo de las obras da, sobre el desbarajuste que reinaba en ellas y sobre las estafas que se cometían, datos en alto grado curiosos. Un vagón cargado de una mercancía determinada iba y venía tres ó más veces por el camino de hierro, figurando otras tantas su entrada, sin que en realidad se descargase la mercancía y cobrando también el expedidor su importe tres ó cuatro veces.

«Los transportes, dice este testigo, eran muy rápidos. No se daba á los interesados más que veinticuatro horas de tiempo para retirar las mercancías que se les enviaban, so pena de una multa de diez pesos por cada día de retardo, gracias á lo cual la descarga se verificaba de cualquier modo, algunas veces á ciento y á doscientos metros de su destino. Á veces en un trecho de algunos kilómetros se veían abandonadas por el camino armaduras de hierro, rieles, piezas de maquinaria, que permanecían allí por mucho tiempo. Por un motivo ó por otro no se había podido retirar todo aquello ni en seguida ni al día siguiente: se contraía la costumbre de verlo así, no se quitaba nada del sitio en donde se encontraba, y al fin quedaba todo olvidado. Por mis propios ojos he visto objetos que, descargados en 1885, se hallaban en el mismo sitio en 1890. ¿Y en qué estado? No servían ya para nada ni nada valían. ¿Se quiere

TOMO II. — 17.

saber la pérdida causada por el abandono y el olvido de aquellos objetos? Su coste, fabricación y transporte se puede calcular en dos y medio francos el kilogramo. Había cuatro millones de kilogramos, y su valor, por tanto, de diez millones de francos. Pues bien, todo esto se ha vendido como hierro viejo á la casa Jardy Benech, de Savona, cerca de Génova, á razón de seis francos los cien kilogramos, ó dígase 240,000 francos; ¡9.765,000 fueron para el orín!»

* * *

Inglaterra va á pasar de seguro malos ratos en Egipto. No todo son flores allá para la poderosa Albión. Tras de los derviches del Mahdi, se le ha aparecido la oposición del virrey Abbas Bajá Hilmi, quien la demostró echando de su ministerio á los consejeros favorables á los ingleses. Reclamó lord Cromer, representante de Inglaterra, y cedió el joven kedive, si bien, al parecer, no en todo. El soberano egipcio fué objeto de entusiastas demostraciones por parte de los estudiantes del Cairo. La rebelión, pues, se inicia, y sea cual fuere su término, dará que hacer no poco á los ingleses.

* * *

La emperatriz de Austria, que viaja por España, gozará en estos días de la inapreciable fortuna de poder apartar la atención de todo este cúmulo de suciedades y de miserias. El hermoso país de Andalucía tiene encantada á la augusta señora, que, libre de las enojosas trabas de la etiqueta, recorre sus más hermosas ciudades como la más modesta viajera, disfruta de los preciosos espectáculos que allí ofrece la naturaleza, se embelesa contemplando los magníficos monumentos de Granada, Córdoba y Sevilla, y se solaza, por fin, viendo escenas populares llenas de la gracia y del donaire que en tanto grado poseen los naturales de aquella tierra. Habíase propuesto la Emperatriz ir á Aranjuez para saludar á la Reina Regente, que se hubiera trasladado ex profeso á dicho Real Sitio; pero le ha tenido miedo al frío, que hubiera sido dañoso para su delicada salud, y á las nieves que en los últimos días han cubierto extensas comarcas del Centro y del Norte de nuestra patria. El invierno de 1893 va siendo uno de los más rigurosos de este siglo, porque á la intensidad del frío se han agregado la abundancia de nieve en unos puntos y los temporales y las aguas en otros. En el Mediodía los ríos tuvieron grandes avenidas y produjeron inundaciones; en el Norte, en la costa Cantábrica, la nieve puso á sus vecinos en incomunicación con el resto de la Península, y en el Norte de Cataluña, en la región del Ampurdán, lo propio que en el Mediodía de Francia, los vendavales, la tremenda *tramontana*, causaron daños de cuantía, retrasaron los trenes, tumbando el viento algunos vagones y poniendo en riesgo la vida de las personas que habían de trabajar al aire libre.

* * *

La crudeza del invierno ha sido origen también de enfermedades. En Madrid reinó como una epidemia de afecciones de los órganos respiratorios. Una de ellas causó la muerte del teniente general don José Arrando, bizarro militar que peleó valientemente en la última guerra carlista y que era también un católico á macha martillo, al modo del general Castillo que le precedió de pocos días en la tumba. Durante la guerra, cuando en las regiones del gobierno imperaban ideas poco favorables á la Religión, Arrando exigía de los cuerpos que mandaba el cumplimiento de prácticas religiosas que otros jefes ó descuidaban ó suprimían expresamente.

Acaso también los fríos de Madrid pudieron influir en el ataque congestivo á la cabeza que sufrió el conocido hombre de Estado don Cristino Martos y del cual no pudo reponerse, á pesar de los desesperados esfuerzos que hizo la ciencia médica para conseguirlo. Don Cristino Martos era una figura en la política española. El juicio que de él se haga podrá ser más ó menos benévolo, pero sea cual fuere, es imposible dejar de reconocer sus cualidades de talento y su oratoria

vigorosa, que había empleado en el Congreso, y más todavía, quizás con mayor fortuna, en el Foro, tratando asuntos de derecho criminal, especialidad en la que se distinguió entre los jurisconsultos madrileños. Por lo reciente se recuerda el papel que desempeñó durante la revolución de Septiembre, en la que formó en el grupo de los llamados *cimbrios*, que tanto dió que hacer á los gobiernos de entonces. Después de la Restauración estuvo navegando por algún tiempo en las aguas del partido republicano; mas después vió las raras prendas de inteligencia y de carácter que poseía el rey don Alfonso XII, y sintiendo ya inclinación por la monarquía, franqueó la «honesta distancia» que de ella le separaba, y empezando por acompañar á Palacio á una comisión que obtuvo una audiencia del malogrado monarca, acabó por ser partidario decidido de la dinastía legítima de España. Á su muerte se le han tributado honores regioes, asistiendo á su entierro los hombres más sonados de todos los partidos políticos de España, y á su frente los señores Cánovas del Castillo y Sagasta. ¡Dios haya concedido á su alma la gloria eterna!

* * *

La tumba se ha abierto también para otros varones insignes de nuestra patria. José Zorrilla, el poeta genial, el que hizo revivir en sus admirables romances la España antigua, el autor del drama más popular en el teatro castellano de nuestra época, entregó su alma al Criador, en Madrid, donde hace algún tiempo residía, y en donde se le hicieron suntuosos funerales. Todos los españoles se asociaron al dolor que causó la muerte de Zorrilla, verdadera gloria nacional, y á cuya memoria dedicaremos más largo espacio en otro número. Casi con el fallecimiento del insigne poeta, coincidió el del señor don Emilio Bravo, presidente del Supremo Tribunal de Justicia y magistrado de superiores méritos. ¡Descansen en paz sus almas!

* * *

No ignoran nuestros lectores los inmensos beneficios que de las Órdenes religiosas han reportado nuestras islas del Archipiélago Filipino. Los padres Jesuitas, Agustinos y Dominicos vienen siendo de siglos los defensores del nombre español en aquellos remotos países, debiéndose á su enseñanza y á su elocuente palabra el respeto que los naturales tenían hasta hace poco, y aún tienen, si bien perturbado por propagandas antipatrióticas, al *castila* ó español de la Península. Un periódico romano publica sobre una de las expresadas órdenes, la de Santo Domingo, datos que son por todo extremo interesantes. A su cuidado se encuentra el Colegio de Santo Tomás de Aquino, en Manila, elevado á Universidad en el reinado de Carlos III. Lo secunda el Colegio de San Alberto. Tiene colegios dirigidos por religiosas de la orden para la instrucción de la mujer, misioneros párrocos en las provincias de Manila, Cavite y Laguna, y vicarios provinciales en Luzón, Nueva Vizcaya y en otras cuatro provincias del Archipiélago Filipino. La Orden de los Hermanos Predicadores cuenta en Filipinas 10 provincias, 69 parroquias, 22 misiones, 3 obispos, 26 lectores, 69 párrocos, 22 misioneros, ó sea un total de 205 religiosos y 41 religiosas. Á su cuidado están confiadas 700,000 almas, y á principios del año último, fecha de los postreros datos llegados á la Propaganda Fide, se sabía que habían administrado en el anterior 27,576 bautizos, celebrando 7,307 matrimonios.

* * *

Buena la están armando los partidos políticos, singularmente los liberales, con ocasión de las venideras elecciones para diputados á Cortes. Necesitaría el señor Sagasta disponer de quíntuplo número de distritos para satisfacer las exigencias de los jefes y subjes, y para contentar á tanto pretendiente como aparece, y aun así es muy probable que no pudiese lograrlo. ¡Dios de Israel y qué cosas van á verse! ¡Qué candidatos se presentarán, unos ni

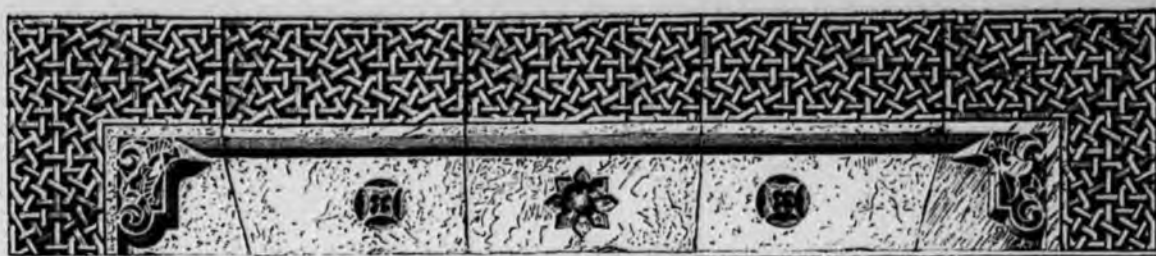
siquiera conocidos en su pueblo, y otros de talla tan pequeña que ni á alcaldes de barrio hubieran podido aspirar en otro tiempo! Necesitábanse antes cualidades de arraigo, de posición ó de superior talento; haber contraído méritos positivos en favor del país, para que se pudiese aspirar á la representación del país en Cortes, so pena de que los electores se burlasen del atrevido y le diesen una merecida lección desairándolo. Hoy todo el mundo sirve para diputado. Con haber mangoneado en un comité y haber sido concejal en cualquier aldea, y aun menos, porque esto ya es algo, aunque poquísimo, cádate ya al político ambicioso en condiciones para figurar en candidatura, para que la apoye un cacique ó muñidor, para que le empuje el gobernador de su provincia y para que le *encasille*, como ahora se dice, el mismísimo presidente del Ministerio y protojefe de su partido. Así van las cosas y así resulta tan soberanamente estéril la labor de las Cortes.

* * *

El 21 de Enero se conmemoró el centenario de la muerte del infortunado Luis XVI de Francia, uno de los sucesos más espantosos que registra la Historia. Dios en su infinita justicia premiaría al Rey Mártir con la gloria inmarcesible de la bienaventuranza eterna, mientras su desdichada patria, tras de repetidos infortunios, expía quizás de nuevo aquel crimen, en estos mismos instantes, pasando por una de las mayores vergüenzas y sufriendo una de las calamidades más dolorosas para un pueblo que cuenta tantos incrédulos y materialistas.

B.





NOIRAUD

No tenga usted cuidado, caballero, no se le escapará el tren... hace quince años que llevo pasajeros al ferrocarril, y nunca se les ha escapado el tren. ¿Lo oye usted, caballero? ¡nunca!

—Sin embargo...

—¡Oh! ¡no mire usted su reloj!... Porque es preciso que sepa usted, y eso el reloj no se lo dirá, que el tren llega siempre con un retraso de un cuarto de hora. No recuerdo que ni una sola vez haya llegado sin retraso.

Pero lo que nunca había ocurrido, ocurrió aquel día; el tren llegó á la hora precisa y no pude alcanzarle. Mi cochero se puso furioso.

—Debe usted advertirnos, decía al jefe de estación, debe usted advertirnos si es que los trenes, de repente y sin saber por qué, son puntuales... ¡Cuándo se había visto eso!

Y tomando por testigos á todos los presentes les decía:

—¿Vieron ustedes nunca cosa semejante? No quiero que este caballero se figure que es culpa mía. ¡Un tren á la hora exacta!... Háganme ustedes el favor de decirle como es la primera vez que esto sucede.

No se hicieron de rogar, pues todos exclamaron á un tiempo:

—¡Oh, sí, señor, sí; ordinariamente viene con retraso!

He aquí, pues, que debía pasar tres largas horas en un pueblecito muy triste del cantón de Vaud, metido entre las melancólicas montañas coronadas por dos penachos de nieve.

¿Cómo me las iba á componer yo para pasar estas tres horas?... Pregunté á mi vez á los presentes para que me informaran. Y de nuevo me contestaron á una:

—Vaya usted á ver el Chaudron: es lo único digno de visitarse en este país.

Pero ¿dónde se hallaba ese Chaudron? En la mitad de la pendiente de la montaña de la derecha. Como el camino era algo difícil, me aconsejaron que tomara un guía, y allá abajo, en una casita blanca con ventanas verdes, debía encontrar el mejor del país, Simón, un hombre atrevido y animoso.

Fuí allí y llamé á la puerta de la casita.

Una vieja me abrió.

—¿El señor Simón?

—Sí, señor, vive aquí; pero en este momento, si le busca usted para ir al Chaudron...

—Sí, para ir al Chaudron.

—Pues bien; se siente algo indispuerto desde esta mañana, y las piernas le flaquean mucho... no le es posible salir; pero no pase usted cuidado, hay quien puede reemplazarle... hay Noiraud.

—Vaya por Noiraud.

—¡Ah! es preciso que le advierta á usted que Noiraud no es ninguna persona.

—¿No es una persona?

—No; es nuestro perro.

—¿Cómo? ¡vuestro perro!

—Sí, señor, sí, Noiraud... Y no dude usted de que le guiará muy bien, tanto como mi marido... está acostumbrado ya á eso.

—¿Está acostumbrado?

—Sí, señor; hace muchísimos años que Simón lo lleva consigo. De este modo ha aprendido á distinguir los parajes, y ahora desempeña solito y á las mil maravillas su trabajo. Ha guiado ya á muchos viajeros y todos han quedado complacidos de su servicio. Por lo que hace á inteligencia, no pase usted cuidado, pues tiene tanta como usted y yo... sólo le falta poder hablar... Pero no es cosa indispensable; si debiera enseñarle un monumento, es claro que sí, porque para ello es menester dar explicaciones y citar fechas históricas; pero aquí sólo puede usted contemplar la naturaleza. Tome usted á Noiraud; después de todo le costará menos dinero... Á mi marido debiera usted darle tres francos, mientras que Noiraud no gana más que treinta sueldos, y no dude usted que le hará ver por treinta sueldos lo mismo que mi marido por tres francos.

—Está bien; ¿dónde está Noiraud?

—Descansando al sol, allá en el jardín. Esta mañana ha llevado ya al Chaudron á unos señores ingleses. ¿Quiere usted que le llame?

—Sí, sí; llámele usted.

—¡Noiraud! ¡Noiraud!

Y dando un salto por la ventana presentóse en seguida un perrito negro, bastante feo; de pelo largo rizado y en desorden. A juzgar por su aspecto, no valía gran cosa; pero se transparentaba en su porte y movimientos cierto aire de gravedad, de decisión y de importancia. En cuanto llegó dirigióme una mirada serena, fija y penetrante, que parecía decirme claramente: «Es un viajero. Quiere ver el Chaudron.»

Me bastaba con que se me hubiese escapado un tren y no quería que se me escapara otro. Para evitarlo dije á aquella mujer que no disponía más que de tres horas para ver el Chaudron.

—Ya comprendo, contestó; usted quiere tomar el tren de las cuatro. No tenga usted cuidado. Noiraud le conducirá á usted aquí á la hora oportuna. Vamos, Noiraud, en marcha, en marcha.

Pero Noiraud no parecía hallarse dispuesto á emprender el camino, pues permanecía allí inmóvil, contemplando con cierta agitación á su dueña.

—¡Ah! ¡qué torpeza la mía! dijo la anciana; me olvidaba... me olvidaba del azúcar.

Y sacando de un cajoncito cuatro terrones y entregándomelos, me dijo:

—Vea usted por qué no quería marchar. No tenía usted los terrones de azúcar. Vamos, en marcha... ¡Al Chaudron! ¡al Chaudron! ¡al Chaudron!

Y mientras muy despacio y con gran claridad repetía estas últimas palabras, yo por mi parte examinaba con suma atención al perro. El animal contestaba á su dueña con un ligero movimiento de cabeza, que iba acentuando cada vez más, mostrándose al último impaciente y de mal humor, como si dijera: «Sí... sí... al Chaudron, ya lo entiendo... Este caballero tiene los terrones de azúcar... y vamos al Chaudron... Perfectamente... ¿Me toma usted por un estúpido?»

Y visiblemente contrariado, sin esperar á que terminase la anciana por tercera vez las palabras *al Chaudron*, dió media vuelta, vino á colocarse delante de mí, y señalándome con la mirada la puerta del aposento, me dijo del modo más claro que puede expresarse un perro:

—¡Vamos! ¡venid conmigo!...

Seguíle sin chistar y emprendimos la marcha; él iba delante, yo detrás; de este modo atravesamos todo el pueblo. Los muchachos que vagaban por las calles, reconociendo á mi guía, le decían:

—¡Eh! ¡Noiraud! ¡Buenos días, Noiraud!

Tenían ganas de jugar; pero él, desdeñoso, volvíales la cabeza con el ademán de un perro que no puede distraerse porque está dispuesto á cumplir con su deber y á ganar con ello treinta sueldos.

Uno de los muchachos exclamó:

—Dejadle, caramba. Acompaña á este señor al Chaudron... ¡Buenos días, señorito!

Y riéndose repetían:

—¡Buenos días, señorito!

Yo me sonreía, pero torpemente: estoy seguro de ello. Sentíame algo contrariado, hasta si se quiere un tanto avergonzado ó corrido; en fin, veíame dominado por el animal, pues en aquellos momentos era mi director. Él sabía adónde iba mientras que yo lo ignoraba. Rabiaba por salir del pueblo y deseaba hallarme pronto solo con Noiraud, en presencia de las maravillas de la naturaleza que el perrito debía enseñarme para que pudiera admirarlas.

Por de pronto, una de las primeras maravillas que encontré fué una horrible carretera polvorienta y muy cálida, en la que caía el sol perpendicularmente. El perro andaba muy ligero y yo me fatigaba siguiéndole; así es que probé de moderar su paso y le dije:

—Noiraud, vamos, Noiraud, no vayas tan de prisa.

Pero Noiraud, sin prestar atención ni darse por entendido, continuaba andando.

Cuando al llegar al extremo de un campo quise sentarme á la sombra de un árbol, le dió un verdadero acceso de cólera. Ladraba rabiosamente y me dirigía terribles miradas. No había duda, pues, que sentarse en aquel sitio no era lo acostumbrado y que, por lo tanto, me había excedido. Tan agudos y exasperantes eran sus ladridos que me levanté para continuar el camino. Noiraud entonces se apaciguó de repente y se puso de nuevo á trotar delante de mí mostrándose muy alegre. Comprendí lo que quería. Ya estaba satisfecho.

Al cabo de breves instantes entramos en un delicioso caminito lleno de flores, sombrío y perfumado, donde se percibía el murmullo y el frescor de vecinas fuentes... Noiraud se deslizó de pronto entre los matorrales, y galopando desapareció por un pequeño sendero. Seguíle jadeante, y cuando apenas había andado unos cien pasos hallé á mi perrito que, con la cabeza levantada y brillándole los ojos, me aguardaba en una especie de plazuela entre la espesura, animada por el melodioso murmullo de una cascada. Había allí un banco rústico y las miradas de Noiraud se dirigían alternativamente del banco á mis ojos y de mis ojos al banco. Cada vez comprendía mejor el lenguaje del perrito.

—Vamos, me decía, ya tienes un sitio á propósito para descansar... aquí se está bien... hace fresco... ¡Qué tonto eres!... ¿pues no querías quedarte allí, al sol?... Vamos, siéntate... puedes hacerlo, te lo permito.

Detúveme... tomé asiento... y encendí un cigarro. Iba á ofrecer otro á Noiraud; pensé que tal vez fumaba... pero luego me acordé de los terrones de azúcar y le di uno, que con gran destreza tomó en el aire y ronzó con fuerza; luego se tendió al suelo y se adormeció á mis pies. No me cabía duda de que estaba acostumbrado á hacer alto en aquel sitio y á dormir la siesta un rato.

Pero apenas le duró el sueño unos diez minutos. En cuanto á mí, estaba completamente

tranquilo; Noiraud empezaba á inspirarme confianza; así es que resolví obedecerle ciegamente. Levantóse desperezándose y miróme de soslayo, como diciendo: «En marcha, compañero, en marcha.» Y como antiguos camaradas andábamos por el bosque con paso más sosegado. Noiraud se recreaba con los encantos, el silencio y la amenidad de aquel sitio... Cuando nos hallamos otra vez en la carretera, se daba mucha prisa por librarse del calor y del polvo; adelantábase y apresuraba el paso que, á pesar de lo diminuto, era firme, seguro y acelerado. Bien claro se manifestaban sus deseos de llegar cuanto antes. Como estaba fresco y había descansado á sus anchas, andaba sólo por el placer de pasear por uno de los más hermosos senderos del cantón de Vaud.

Á la izquierda presentóse un camino y Noiraud tuvo un momento de vacilación; luego reflexionó un instante, volvió á andar y tomó el camino de la derecha sin poder ocultar, empero, cierta turbación é incertidumbre en los pasos. De pronto se detuvo. Debió equivocarse, porque, desandando lo andado, tomamos el camino de la izquierda, que á los cien pasos nos condujo á una especie de circo. Noiraud, husmeando, me instó á que contemplara la inmensa altura del enorme peñasco que forma el circo. Cuando creyó que ya lo había visto bastante, hizo un cambio de frente y volvimos á tomar el pequeño sendero que se desliza por el bosque. Noiraud se había olvidado de enseñarme el circo de las peñas; pero esta ligera falta fué al punto reparada.

Muy pronto el camino se presentó montañoso, accidentado y duro; yo andaba muy despacio y con gran precaución. Noiraud saltaba de uno á otro peñasco, pero sin abandonarme y fijando en mí sus miradas tiernas y solícitas. Por último, empecé á distinguir cierto murmullo: Noiraud daba ladridos de alegría y de contento.

—Ánimo, ánimo, me dijo. Ya llegamos... vas á ver el Chaudron.

Y en efecto, estábamos ya en el Chaudron. Allí pude contemplar una modesta fuente que se desliza entre reflejos de mil colores, producidos por el continuo choque del agua en una roca inmensa, ligeramente excavada. Pero la verdad es que hubiera sentido mucho haber emprendido tan penosa ascensión para ver aquella maravilla, que no era por cierto cosa extraordinaria, á no haberme acompañado el intrépido Noiraud, que es sin duda mucho más interesante y digno de verse que el Chaudron.

Á cada uno de los lados de la fuente, y en unos pequeños *chalets* suizos, hay instaladas dos lecherías servidas por jóvenes, una rubia y otra morena, vestidas con el traje de su país. Desde el umbral de sus casitas, que más bien que casas parecían cajitas recortadas mecánicamente, acechaban con vivo interés mi llegada.

Parecióme que la rubia tenía unos lindos ojos azules, y ya había dado tres ó cuatro pasos hacia ella, cuando Noiraud rompió en furiosos ladridos y me cortó resueltamente el camino. ¿Sentiría alguna inclinación por la morenita? Tomé otro camino, y me convencí de que así era, en efecto, pues mi perrito se sosegó como por encanto al verme sentado junto á una mesa frente á la casa de su protegida. Pedí un vaso de leche, y la amiga de Noiraud se metió en su casita-juguete, adonde ví que Noiraud la seguía entrando subrepticamente en la casa. Por una ventana entreabierta seguía con la vista á mi Noiraud... El muy tuno estaba de acuerdo con la muchacha, pues le sirvieron, antes que á mí, un gran vaso de leche.

Al poco rato presentóse con los hocicos salpicados de gotitas blancas y dispuesto á hacerme compañía y á contemplar como tomaba la leche. Díle un terrón de azúcar, y quedamos los dos tan satisfechos, el uno del otro, que pasamos una media hora deliciosa respirando con todos los pulmones el puro y ligero aire de la montaña, á unos tres ó cuatrocientos metros de altura.

Por fin, Noiraud empezó á dar muestras de impaciencia y de agitación. Lela en sus ojos, cual en libro abierto: «Es preciso partir.» Pagué el gasto, me levanté, y mientras me dirigía hacia la derecha, el camino que nos condujo á la montaña, ví que Noiraud se paraba á la izquierda, junto á la entrada de otro camino, y fijaba en mí una mirada enérgica llena de seve-

ridad. ¡Cuánto no había aprendido desde hacía dos horas, y cuán familiar no era ya para mí la silenciosa elocuencia de Noiraud!

—¿Qué opinión has formado de mí? me decía Noiraud. ¿Crees por ventura que te voy á hacer pasar por el mismo camino? No, por cierto... soy un buen guía... Conozco mi oficio... Vamos á bajar por otro camino.

En efecto, bajamos por otro, que es sin duda mucho más hermoso que el primero. Noiraud, vivaracho y alegre, se volvía á menudo hacia mí con aire de triunfo y de satisfacción. Atravesamos el pueblo, y, al llegar á la plaza de la estación, Noiraud se vió acometido por tres ó cuatro perros amigos suyos que parecían tener ganas de charlar y jugar un poco con su compañero. Querían detenerle al pasar, pero Noiraud, gruñendo y roncando, rechazó enérgicamente sus juegos, como si les dijese:

—¿No estáis viendo que tengo que hacer... que conduzco á este caballero á la estación?

Y hasta que estuvimos en la sala de espera, no consintió en separarse de mí,—después de haber desmenuzado alegremente dos terrones de azúcar.—Y hé aquí cómo interpreté la mirada de despedida que me dirigió:

—Faltan todavía veinte minutos. Ya ves como no debía yo ser causa de que te escapara el tren. ¡Vamos! ¡Feliz viaje! ¡Feliz viaje!

LUDOVICO HALÉVY.





ANDE YO CALIENTE

*Ande yo caliente,
y riase la gente.*

Traten otros del gobierno,
del mundo y sus monarquías
mientras gobiernen mis días
mantequillas y pan tierno,
y las mañanas de invierno
naranjada y aguardiente
y riase la gente.

Coma en dorada vajilla
el príncipe mil cuidados
como pildoras dorados;
que yo en mi pobre mesilla
quiero más una morcilla
que en el asador reviente
y riase la gente.

Cuando cubra las montañas
de nieve y plata el Enero,
tenga yo lleno el brasero
de bellotas y castañas,
y quién las dulces patrañas
del rey que rabió me cuente
y riase la gente.

Busque muy en hora buena
el mercader nuevos soles,
yo, conchas y caracoles
entre la menuda arena,
escuchando á Filomena
sobre el chopo de la fuente
y riase la gente.

Pase á media noche el mar
y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama;
que yo más quiero pasar
de Yepes á Madrigar
la regalada corriente
y riase la gente.

Pues amor es tan cruel,
que de Píramo y su amada
hace tálamo una espada,
do se junten ella y él,
sea mi 'Tisbe un pastel
y la espada sea un liente,
y riase la gente.

LUIS DE GÓNGORA.



PAÍS
POR MODESTO URGELL

Ayuntamiento de Madrid



From Harper's Magazine.

Copyright, 1890, by Harper & Brothers.

Cabañas indias en el río Pasig, cerca de Manila

MANILA Y SUS ALREDEDORES

POR EL

DR. SAMUEL KNEELAND

No he visto en el mundo una región que tenga un carácter tan especial como las Islas Filipinas. Estudiándolo como yo he procurado hacerlo, nótase en ellas una extraña mezcla de la indolencia tropical y del espíritu emprendedor de los septentrionales, del conservatismo español y la energía inglesa, del lujo europeo y la frugalidad china.

La vía más indicada para ir al archipiélago es la del Norte, y por cierto que adoptándola se recibe una viva impresión al comparar las aletargadas civilizaciones del Japón y de la China con la de los españoles y los tropicales malayos. Debo advertir que, sea cual fuere el camino que se tome, no se libra el viajero de las furiosas arremetidas con que pone á prueba la solidez de las naves el mar de la China, incesantemente encrespado por los monzones.

Pasada, al cabo de algunas semanas, la sensación de la novedad, reemplázala muy pronto un agradable sentimiento de calma y de serenidad que podríamos llamar característico de esas islas. La madre patria cuida de su bienestar temporal; la Santa Madre Iglesia se encarga de la salvación de las almas, y la madre tierra, aunque algo propensa á los terremotos, provee con largueza á las necesidades físicas del hombre, no exigiendo de él sino un gasto insignificante y un trabajo no muy costoso.

Créese vulgarmente que estas islas, que llamaron Filipinas en obsequio á Felipe II de España, durante cuyo reinado se descubrieron, son un archipiélago poco importante del Pacífico que nos envía cáñamo, azúcar y cigarros. Es la menos conocida de las colonias europeas, á pesar de que por su extensión, el número de sus habitantes, su excelente clima, su feracidad y sus inagotables riquezas naturales merece ser más conocida de las naciones americanas que en otro tiempo tuvieron con ella estrechas relaciones.

Su extensión es de unas 1,050 millas de Norte á Sud, por 800 de Este á Oeste. El mar de la China baña estas islas al Norte, el Sud y el Oeste y el Pacífico por la parte de Oriente. Aunque son muchas, no pasan de cuarenta las que con justicia pueden calificarse de importantes, siendo la primera de ellas la de Luzón, cuya capital es Manila, y cuya superficie es de 350 millas de

longitud por 175 de anchura. Fueron descubiertas en 1521 por Magallanes, fundando Legaspi la ciudad de Manila medio siglo más tarde. Desde entonces han pertenecido á España.

Es verdaderamente notable el modo que ha tenido esta potencia de conquistar y conservar tan importante colonia. Legaspi llevaba por todo ejército seis monjes agustinos y un puñado de hombres de guerra. ¡Qué contraste con el trato que dieron Cortés y Pizarro á los indígenas de las colonias hispano-americanas! No les impulsaba el afán por conquistar territorios, ni la codicia de atesorar riquezas, sino el sincero deseo de convertir las almas de aquellos naturales. Sin el auxilio de la fuerza bruta, sin ningún extremo de crueldad ni de intolerancia, los monjes lograron con su perseverante celo y sus cristianos ejemplos granjearse la confianza de aquellos dóciles y pacíficos isleños.

La bahía de Manila, situada á unas 650 millas al Sud-Este de Hong-Kong es una de las más bellas y espaciosas del mundo, y muy hermosas las montañas que á gran distancia aparecen formando como la mitad de un inmenso anfiteatro. En cambio, el terreno de la orilla es muy bajo y su vegetación comparativamente pobre, no alterando la monotonía del paisaje sino algunos grupos de palmeras y bambúes.

No hay duda que al salir de los puertos francos ingleses los registros de la aduana y la formalidad del pasaporte son extremadamente molestos, así como las negras murallas, el foso lleno de barro corrompido, el infecto río y las angostas calles de la vieja ciudad hacen muy desagradables las primeras impresiones del extranjero. Sólo después de una estancia de algunas semanas pueden apreciarse la jovialidad, la viveza de espíritu y los hospitalarios sentimientos de aquellos habitantes.

El recinto viejo de Manila tiene el aspecto de una fortaleza arruinada con sus muros que cuentan tres siglos de fecha y su foso ancho y de escasa profundidad, en el cual se revuelcan los carabaos, ó búfalos acuáticos, que son allí las más comunes acémilas y bestias de tiro. Sus puertas no se cierran jamás ni se alzan nunca sus puentes levadizos. Yo tengo para mí que, si hoy quisiesen aprovecharlos, sus cadenas no podrían funcionar de puro enmohecidas.

Dando la vuelta á los muelles de piedra que forman las orillas del cenagoso río Pasig y en los cuales se ve á un lado una especie de fortaleza, y en el otro un faro, encuéntrase una flota de vaporcitos y barcos mercantes de vela, que dan una idea de la importancia mercantil del puerto en el punto de vista del comercio de cabotaje.

Varias ensenadas formadas por el río establecen una red de comunicaciones con los distantes suburbios y villorrios que se extienden hasta el pie de las montañas. La multitud que pasa por los puentes, las innumerables canoas que cruzan el agua en todas direcciones y el incesante estrépito de los carruajes nos revelan allí que estamos en un gran centro industrial.

Allende las murallas y costeando la bahía encuéntrase la *calzada*, elegante paseo de almendros por el cual se ven desfilar todas las noches muchos carruajes llenos de caballeros y de señoras con la cabeza descubierta. Generalmente allí no incomoda el polvo, el aire es embalsamado y el calor templado por la brisa del mar, contribuyendo á la amenidad del sitio una banda indígena que suele tocar en él excelentes piezas. Vense en este paseo muy pocos jinetes—sin duda á causa del calor—y éstos suelen ser ingleses ó americanos. Los poneys de Manila son robustos y bien proporcionados, pero harto pequeños y cortos de piernas para los jinetes algo corpulentos.

Sin embargo, todas las primaveras se desarrolla como una fiebre contagiosa que impulsa á gozar de los placeres de la equitación á todas ó la mayor parte de las razas que pueblan la capital. Esta es la ciudad más europea del Oriente, una población tropical que participa del carácter de Nápoles y del de Venecia, modificados por la avaricia china, la energía inglesa, la ligereza española y la alegre indiferencia de los indios. Tiene la provincia 300,000 habitantes, en su mayoría tagalos—y los más de éstos jornaleros, labradores y barqueros;—unos 25,000 chinos, modestos mercaderes, maquinistas é industriales manufactureros; muchos mestizos que

participan del tipo físico y de los vicios de ambas razas; 5,000 españoles, entre peninsulares y filipinos; 500 europeos de otras naciones y como unos 25 americanos. Desde la mañana hasta la media noche las calles están animadas por una bulliciosa muchedumbre.

Entre las novedades que más llaman la atención del viajero procedente del Celeste Imperio debo citar las anchas carretas de dos ruedas que se emplean en Manila para el transporte de las mercancías. Tiran de estos vehículos, ya uno, ya dos ó tres carabaos, animales que abundan extraordinariamente en la ciudad y su comarca. Tienen mucha semejanza con el buey y un color plumizo oscuro, las piernas blanquecinas, el pelo rudo y escaso y anda siempre—con muy poca gracia por cierto—siempre humillando la cerviz y mostrando sus grandes cuernos desarrollados hacia atrás casi horizontalmente. Es una bestia vigorosa, ligera y dócil, á la cual ponen en vez de bocado un anillo colgado de la nariz y del cual penden las riendas que el carretero empuña montado en ella ó sentado en una vara al modo de los tartaneros. Para uncirla á la carreta le ponen un pesado yugo de madera que con el continuo roce le llena la cerviz de callosidades. El carabao no tiene precio para los indígenas, que sin él no podrían dedicarse al cultivo del arroz ni conservar sus ricas praderas. Gústale, como al elefante, revolcarse en el fango y zambullirse en el agua cenagosa, no sacando de ella sino la punta de la nariz. Arrastra el fatigoso arado del país y, en general, las cargas más pesadas, tirando de la carreta como si tal cosa, con barro hasta las rodillas. Su carne no es comestible y su pellejo sólo se aprovecha para fabricar sandalias ordinarias. La leche de la hembra, que llaman *caravalla*, bébese como la de vaca.



From Harper's Magazine.

Copyright, 1890, by Harper & Brothers.

Calle de la Escolta

Las mejores calles son la de la Escolta y del Rosario. En ambas hay muy buenas tiendas, en las cuales puede comprarse toda suerte de objetos á precios razonables. Esta última, y gran parte de la primera, la monopolizan los mercaderes chinos, procedentes en su mayoría de Amoy, los cuales hacen á las demás razas una concurrencia desastrosa, porque contentándose con una módica ganancia venden la mercancía á bajo precio.

Nuestro grabado representa la parte baja de la calle de la Escolta. Es relativamente ancha, con los edificios cubiertos de tejas, ventanas correderas y holgados toldos en las tiendas. Gózase de este modo en las aceras de una apacible sombra. Los muchos soldados y sacerdotes que en ella se encuentran revelan los elementos gubernamentales de la capital, que por cierto viven allí en perfecta armonía. Los principales edificios públicos de la capital son las iglesias y los cuarteles, siendo las primeras las construcciones más notables que se contemplan desde los alrededores de Manila.

Si bien se examina, hay pocas realmente dignas de verse. Todas son de sencillo aspecto y hállanse en un estado ruinoso á causa de su antigüedad y de las fuertes sacudidas que recientemente les han dado los terremotos. Admíranse en ellas muchos ornamentos de oro y plata, relucientes candelabros y pintadas bóvedas; pero no obras artísticas propiamente dichas.

Durante las fiestas del Corpus la pompa y el esplendor de las procesiones fascinan á la población, que se entusiasma viendo desfilar por las calles interminables hileras de frailes y sacerdotes paseando imágenes sagradas y entonando himnos litúrgicos. La clase sacerdotal es

muy inteligente y caritativa, dedícase con asiduidad á las ciencias exactas, que requieren una investigación minuciosa é infatigable, y ejerce una grande influencia en el candoroso ánimo de los indígenas, debiendo declarar que hacen de ella muy buen uso. Como en todas partes, son hijos fieles y sumisos de la Iglesia católica.

El arzobispo es más poderoso que el mismo gobernador general y tiene á sus órdenes mayor número de subordinados que éste. Si se suprimiese allí el clero, los indígenas volveríanse ingobernables y el país volvería á caer en la barbarie. No negaré que los frailes tienen grandes defectos, porque al fin son hombres; pero en cambio no puede ponerse en duda que están identificados con el bienestar del país. En las Islas Filipinas no hay capuchinos, sino solamente dominicos, agustinos, franciscanos y jesuitas. Éstos se reclutan en todas las clases sociales y, si son españoles, raras veces vuelven á la Península. En verdad puede decirse que no sólo representan la Religión sino también el patriotismo, la civilización y la educación para los indios y la estabilidad de la dominación española.

Las ruinas de iglesias que se ven en Manila y en los suburbios son extremadamente pintorescas y producen mucho efecto, por ser tan extraordinaria la causa que las produjo y tan terribles los resultados de ella. Es cosa que pone espanto el pensar en una fuerza que de un momento á otro puede hacerse activa y que obra de un modo tan repentino é incomprendible, sin previo aviso, de suerte que no hay medio de precaverse de su furor. Y sube de punto el miedo que inspira ese pavoroso fenómeno al considerar que la solidez de los edificios, tenida generalmente como una garantía eficaz de la vida humana, es el mayor peligro que la amaga en caso de terremoto. En la antigua iglesia de los jesuitas, las paredes, ennegrecidas por el tiempo, están cubiertas de una verde vegetación tropical que viste y engalana las ruinas. Los derrumbados arcos y los cuarteados claustros ofrecen un espectáculo digno de parangonarse con los más notables que puedan verse de esta clase en Egipto, en Grecia ó en Roma. El triste silencio de las celdas, hoy patrimonio de los murciélagos, los lagartos y otros repugnantes bichos, hace un raro contraste con el estrépito de las calles vecinas, cuya concurrencia parece echar en olvido el misterioso poder que reside bajo sus plantas.

Desde Noviembre hasta Abril la temperatura es soportable, aunque llega muy á menudo á 82° Fahrenheit; las noches y las primeras horas de la mañana son generalmente frías. En la estación de las lluvias, que dura de Mayo á Noviembre, hace un calor igual al que sentimos



From Harper's Magazine.

Copyright, 1880, by Harper & Brothers.

Campanario de la catedral, derribada por el terremoto de 1880

nosotros durante la canícula. Es la temperatura más molesta y malsana para los extranjeros. Cuando el termómetro marca de 65 á 68 grados se siente fresco y no puede dormirse sin cubrecama. A pesar del calor y la humedad propias de la estación, son muy raras las enfermedades endémicas, y la transpiración, que tanto debilita el cuerpo, resulta entonces muy beneficiosa. El aire es puro y el clima saludable, sin exigir ninguna precaución higiénica extraordinaria, sobre todo en las tierras altas y á la orilla del mar. Algunas veces ha aparecido allí el cólera con carácter epidémico, como sucedió en el otoño de 1882; pero no fué más mortífero que en otras regiones templadas ó frías.

Ya se comprenderá que en un clima semejante las habitaciones deben construirse teniendo en cuenta la excesiva fuerza de los rayos solares, sin que por ella padezcan menoscabo las condiciones de luz y de ventilación que toda morada humana necesita. Tampoco pueden olvidarse en semejante país las precauciones que requiere la frecuencia de los terremotos. No se conocen allí los cristales para las ventanas, cuyo marco suele tener unos seis pies de alto por tres ó cuatro de ancho, no dejándose sino dos pulgadas en cuadro para las aberturas que deberían ocupar los cristales. Éstas las tapan con unas láminas que llaman conchas, porque las fabrican utilizando la lisa y transparente concha de un marisco de aquellos mares, con cuyo auxilio templan el ardor y la deslumbradora intensidad de los rayos solares. Es una materia poco frágil, fácilmente reemplazable, y que equivale, para los ojos curiosos, á una tupida cortina.

Puede decirse que tal es el sistema de construcción de las dos terceras partes de los edificios particulares. Los demás, siempre de madera, están hechos de tableros ornamentados exteriormente. Los pavimentos son de madera frotada con cera; no se usan alfombras ni cortinas ni muebles susceptibles de emplearse ó de convertirse en nidos de insectos, lo cual aligera mucho, por cierto, el trabajo de mantener aseadas las viviendas, con gran satisfacción de las doncellas, á las cuales molestan siempre estas tareas domésticas. El mueblaje y las camas los hacen de caña, y no usan colchones, prefiriendo los jergones de paja por ser más frescos y suficientemente blandos. Envuelto en el pajahmas, protegido por el mosquitero, cubierto con una sábana de lino y los pies con un cubrecama, dado que la temperatura baje hasta los 68 grados, puede uno dormir á pierna suelta. Con las ventanas entreabiertas, sin más luz que la pálida lamparilla, sin otro ruido que el que hacen los lagartos en el techo, el zumbido de los mosquitos furiosos de ver burlados sus intentos ó el súbito aleteo de un murciélago errante, podéis entonces entregaros á un sueño delicioso turbado solamente por la espantosa imagen del terremoto que en aquel país siempre parece inminente.

Traducido del inglés por
J. COROLEU.

(Concluirá).



¡UNA VELA!
CUADRO DE ULISES BUTÍN

Ayuntamiento de Madrid

EL TOCADOR

V

EL CABELLO

PARA los antiguos la cabellera abundante era atributo de los dioses y de los héroes: véanse sino las estatuas de las divinidades griegas, sobre todo las de Júpiter, de quien Homero dice que un movimiento de su cabellera hacía temblar todo el Olimpo; mientras que Aquiles, en la *Ilíada*, se lanza al combate formando su rica cabellera, levantada por el viento, una especie de aureola en torno de su cabeza; pero esta opulencia del cabello no era para los antiguos guerreros un mero lujo, sino que era también una especie de escudo natural contra los golpes del enemigo.

Este culto al pelo degenera en afeminación entre los persas y los lidios, quienes se rizaban la barba y el cabello entrelazando con éste hilos dorados y cintas de púrpura: en cambio las cartaginesas destinaron sus cabellos á más heroicos fines, cuando los transformaron en cuerdas para su flota, cuerdas que los romanos en vano intentaron romper en el combate: lo cual demuestra la enorme resistencia del cabello.

No se quedan atrás en dar importancia á los cabellos los galos en la Edad Media, de manera que una de sus dinastías se designa como la de los *reyes cabelludos*, y la larga cabellera era distintivo de la aristocracia: juraban por sus cabellos, y arrancarse uno y dárselo á alguien era la mayor prueba de estimación. Si posteriormente Francisco I inició la moda de los cabellos cortos (á la *Titus*), fué porque hubo de sacrificar su cabellera á causa de una quemadura; pero Enrique III restableció la moda de los cabellos largos en anillados rizos, que en tiempo de Luis XIV se convierten en pesadas pelucas, moda que introdujo el rey para ocultar un lóbanillo que le salió junto á la frente, si bien él protestaba que la peluca da mayor majestad y nobleza á la fisonomía del hombre. Las pelucas sufrieron modificaciones hasta que desaparecieron con la Revolución francesa, y desde entonces se usan los cabellos más ó menos cortos, por lo que toca á los hombres, pues en cuanto á las mujeres, una larga y hermosa cabellera es siempre

TOMO II. — 19.

un gran atractivo que nada ha perdido de su antiguo prestigio.

Pero aparte de ser ornamento de la figura humana, el cabello representa además un abrigo natural contra las influencias exteriores, así es que su conservación merece toda suerte de cuidados.

Por la mañana conviene airearse la cabeza pasando por ella el cepillo y peinándola después, haciéndolo de cuando en cuando con el peine espeso. Porque el aire vivifica la savia, y sin el aire el cabello se debilita y muere, por esto los turcos se vuelven pronto calvos, á causa de que el turbante impide que sus cabellos se aiceen.

Tampoco debe violentarse nunca el cabello rizándolo ni de cualquier otra manera, si no se quiere que se ponga quebradizo y se caiga infaliblemente. Si alguna vez las conveniencias sociales exigen alguna operación de aquella índole, evítese cuando menos la tirantez, que fatiga la raíz, y evítese también, en lo posible, que los toque su gran enemigo, el hierro. Y cuando el compromiso haya cesado, al volver á casa, quítese al cabello toda traba y déjese suelto para que descanse y se sane.

Al acostarse, las señoras pueden recoger sus cabellos en una redcilla y no en otra cosa que por el roce y por impedir el paso del aire los destruya.

Muchas mujeres tienen la mala costumbre de mojar sus cabellos para alisarlos y ponerlos brillantes, y hasta algunos se entretienen á veces en frotarlos con el dedo humedecido en saliva, sin atender á que el agua, y sobre todo la saliva, por sus propiedades alcalinas, alteran el color del cabello y acaban á la larga por quitarle el lustre. Muchos hombres, sobre todo hombres de estudio, gustan de sumergir la cabeza en agua fría mañana y noche, y dicen que esto les va muy bien. No lo dudamos, pero de ello resultan casi siempre castigados los cabellos y se favorece su caída.

Más reprobable es todavía el empleo de bandolinas, que engrasan el cabello é irritan la piel: afortunadamente van cayendo en desuso.

Respecto á la otra cuestión que se suscita á veces sobre si conviene cortar el cabello á los niños, se han

hecho varias observaciones comparativas sin que la cosa haya quedado muy en claro: sin embargo, creemos recomendable la afirmativa, principalmente para los niños á quienes los cabellos cortos dan un aire más varonil: en cuanto á las niñas á veces hasta es necesario hacerlo, cuando su cabellera se hace demasiado poderosa y se nutre á expensas de los otros sistemas, produciéndoles una debilidad general que no se sabe á qué atribuir. Pero tampoco hay que generalizar esto demasiado, pues es más común que la cabellera peque por defecto que por exceso de vitalidad.

Hablando ahora de las pomadas, diremos que éstas, cuando son bien preparadas, constituyen un cosmético que puede llamarse natural, pues ayuda á la secreción sebácea de la cabeza para mantener en constante suavidad el cuero cabelludo y tal vez para nutrir el cabello. Otra ventaja de la pomada es prevenir y combatir el que los cabellos se pongan tiesos y levantados, lo cual sucede, sobre todo en verano, á causa de las propiedades higrométricas del cabello, aparte de otras causas individuales que puedan existir. Además la pomada, si conviene, aglutina y asfixia ciertos parásitos de la cabeza, haciendo ésta inhabitable para los mismos.

El empleo de la pomada es, pues, en general, recomendable, sin que pueda llegar á erigirse en ley; hay personas cuyos cabellos son refractarios á todo cosmético y hay que dejarlos cuales la naturaleza los ha hecho, pues el contacto de cualquier compuesto no hace sino perjudicarlos.

Pero por lo mismo que recomendamos el uso de la pomada, hemos de recomendar también mucho cuidado con las sofisticaciones. Una buena pomada se compone generalmente de manteca de cerdo, grasa fina y aceite de almendras dulces, todo ello perfumado con una esencia cualquiera; pero muchos perfumistas y peluqueros caen en la tentación de aumentar el volumen y por consiguiente los rendimientos de la pomada, añadiéndole un poco de polvos de alabastro. Hay un medio muy sencillo de descubrir este fraude, y consiste en hacer derretir un poco de pomada; si se liquida sin dejar heces, es pura, si las deja, está sofisticada; y aunque los polvos de alabastro en sí no son peligrosos, tienen el inconveniente de engrasar la cabeza.

Algo podemos decir, para terminar, de los polvos para la cabeza; pues aunque el empolvarla ha caído en desuso casi completo, habiendo perdido la boga de que gozó en el siglo pasado cuando la peluquería era un verdadero arte, no obstante, hay todavía ciertos casos en que dicha operación puede ser de gran provecho, como, por ejemplo, en ciertas enfermedades ó convalecencias en que conviene tener la cabeza herméticamente cubierta: entonces, para evitar que cuando los

cabellos vuelvan á ponerse en contacto con el aire huelan mal y caigan á mechones, pueden empolvarse para que el polvo absorba la humedad y evite toda fermentación de desagradables consecuencias; pero hay que ir con mucho cuidado con los polvos que uno se pone en parte tan importante: los buenos son los de arroz y flor de harina.

El color del cabello puede reducirse á cuatro tipos principales: *negro, rubio, rojo y blanco*. El cabello *negro* contiene químicamente mucho hierro y poco azufre; el *rubio* mucho azufre y poco hierro; el *rojo* una cierta cantidad de hierro en el estado de óxido rojo y muy poco azufre; el *blanco* apenas tiene hierro ni azufre. De manera, que todos los grados de coloración del cabello, dependen de las variadas proporciones de hierro y azufre que contiene. Los climas parecen influir en la coloración: hacia los climas septentrionales el cabello toma un color rubio ceniciento: junto al polo la materia pigmentaria llega á faltar por completo, y de ahí que en aquellos países abundan los albinos. Esta acción del frío se revela hasta en los animales: por esto al venir el invierno, el armiño se vuelve blanco como la nieve, y la piel de la liebre de las montañas se pone de un color más claro. La población de los climas templados, y con mayor motivo la de los países cálidos, se distingue por el cabello negro: y en la zona tórrida los cabellos no sólo tienen un color negro muy intenso, sino que se ponen crespos y como carbonizados por la acción del calor. Ya es mucho más aventurada la pretensión de deducir del color del cabello el carácter y las cualidades de una persona; pero lo que resulta innegable es la influencia que en su descoloración tienen los grandes afectos de la vida ó las emociones muy vivas. La historia nos suministra ejemplos de ello: Ludovico Sforza sintió tal terror la víspera de su suplicio que sus hermosos cabellos negros se volvieron de una blancura deslumbrante, de tal manera que sus carceleros no le reconocían y creyeron que había habido una sustitución de personas. Lo mismo sucedió al canciller Tomás Morus, según Gibbon, cuando se le notificó su sentencia de muerte, é igualmente se cuenta de la reina María Antonieta en igual situación. Todo esto no puede negarse: pero dar de ello una explicación científica ya es más difícil. Se ha pretendido que en casos tales, á causa de la conmoción cerebral, se agriaba la parte aceitosa del cabello, y que la descoloración era consecuencia de la acidez: otros sostienen que la causa de tal fenómeno es una corriente eléctrica que se establece entonces en el interior del cabello, cuyo resultado es la eliminación del hierro y el hacer el cabello inaccesible á la reabsorción de dicha sustancia. Pero repetimos que todo esto son suposiciones no comprobadas.

Un célebre orientalista, M. Estanislao Julien, comunicó al Instituto de Francia la siguiente curiosa relación: «Los chinos, por medio de ciertos medicamentos y de una alimentación especial, consiguen transformar el líquido que colora el sistema piloso, y dar á los cabellos rojos ó blancos un tinte negro que se conserva intacto hasta la vejez.» Efectivamente, según personas que han estado en China, nada es allí tan raro como los cabellos blancos, así como rubios ó rojos. La medicación que para ello emplean la rodean de misterio: sólo sabemos de ella lo que nos dice un naturalista francés, sobre quien parece fué ensayada. Según cuenta éste, todas las mañanas le hacían beber un líquido que dejaba en la boca un sabor astringente de hierro: después le frotaban la cabeza con una pomada oscura y agua hedionda, que dejaba la piel un poco amarilla. Con este tratamiento sus cabellos, que eran de un color rojo vivo, pasaron á ser negros como el azabache. ¿Cómo explicar esto? Es un axioma científico que ciertas preparaciones ó alimentos influyen en el color de los tejidos; así las plumas de los gansos alimentados con pescado toman un matiz naranjado: á los enfermos medicados internamente con azoato de plata se les pone la piel bronceada: es sabido también que se puede dar ciertos colores á las plantas regándolas con determinadas preparaciones. No es extraño que suceda una cosa análoga con el cabello, que participa de la vida animal y de la vida vegetativa.

Pero con todo lo que se refiere al cabello, y por tanto á la cabeza, no se puede obrar á la ligera, véase sino el siguiente caso que se publicó en la *Gaceta Médica* de París. Un hombre de cuarenta y siete años, fuerte y robusto, empezó de repente á perder la salud y la inteligencia sin que pudiera sospecharse la causa: su médico se perdía en conjeturas hasta que averiguó que el enfermo frotaba varias veces al día con un peine de plomo sus cabellos que empezaban á blanquear: entonces hizo analizar un polvo gris de que sus cabellos estaban llenos, y que resultó ser sulfuro de plomo. Prescribió al enfermo un tratamiento adecuado á lo que acababa de descubrir; pero ya era tarde, y el enfermo murió con todos los accidentes cerebrales que caracterizan á las intoxicaciones de este género.

Esto nos lleva á tratar de los peligros de las tinturas: éstas son *negras, rubias ó blancas*. Las tinturas negras se preparan con plomo ó con plata. Las tinturas rubias son *americanas ó inglesas*: las *americanas* consisten en la combinación de dos disoluciones, una de sulfato de cadmio y otra de sulfhidrato de amoníaco, y, según que predomine en cantidad ésta ó aquella, el color resultante será más claro ó más oscuro; las manchas que estas disoluciones dejan en la piel se quitan con el yoduro de potasio. La base de las tinturas rubias *inglesas* es el

agua oxigenada, que tiene la propiedad de descolorar las materias animales que toca, haciendo que después tomen otro color por la absorción del oxígeno atmosférico. Hay también una tintura *rubia momentánea* que se obtiene lavándose simplemente la cabeza con *tintura de Tucumán*, que se expende en las farmacias: resulta de ello un rubio subido que se hace desaparecer con sólo lavarse otra vez la cabeza con agua: sirve para disfrazarse ó desfigurarse y para el teatro. Finalmente, las *tinturas blancas* no son tales tinturas, pues consisten en lavar el cabello con una solución de permanganato de potasa primero, para disolver la materia orgánica, después se deja secar para mojarlo en seguida en una solución concentrada de ácido oxálico que acaba de destruir todo el pigmento del cabello, dejando éste reducido á un tubo capilar de un blanco puro y casi diáfano. Se emplea sobre todo en la América del Norte.

Las tinturas negras con base de plomo puede decirse que son otras tantas preparaciones venenosas que, una vez han penetrado en la sangre, producen desarreglos más ó menos graves y hasta pueden ocasionar la muerte. Las preparadas con plata ofrecen menos peligro, pues esta sustancia no puede ser absorbida, ni, por consiguiente, penetrar en el cerebro ni en la sangre, y aunque entrara, tampoco sería muy temible; pero tiene el inconveniente que si el cabello á que se aplica no es muy resistente, se seca y se arruga y cae como quemado: por consiguiente, la calvicie puede ser una consecuencia de la aplicación de tales tinturas, que ofrecen, además, el peligro de irritar el cuero cabelludo, y pueden producir erisipelas que si alcanzan al cerebro determinan fatales *meningitis*.

Las tinturas rubias inglesas y americanas pasan por inofensivas: téngase presente, sin embargo, que en las americanas entran como colorante el sulfato de cadmio, que es una sal venenosa. La tintura rubia momentánea es absolutamente inofensiva. Nada hay que decir de las tinturas blancas, pues sólo pueden aplicarse á cabellos que están fuera de la cabeza del individuo.

Pero después de todo, ¿por qué emplear tintura alguna? El color del cabello no es una particularidad fortuita de la fisonomía, sino que es siempre adecuado al tipo y lo caracteriza: si uno cambia el color de sus cabellos hace perder á la fisonomía su homogeneidad, y le da cierto aspecto chocante de disfraz. Y si la tintura se emplea para disimular las canas, entonces es peor, porque es olvidar de una manera ridícula que no son solos los cabellos los que cambian por la acción del tiempo, sino también la tez, la mirada, la voz, todo: todo es solidario en nuestro cuerpo, y querer cambiar esta solidaridad es hacerse chocante á simple vista, es cambiar una figura de venerable en ridícula.

Pasando ahora á tratar de los cabellos postizos y *pelucas*, reconocemos que muchas veces son útiles y necesarios para suplir, á falta de cabello propio, los múltiples servicios que éste presta, aparte de su aspecto ornamental, como protegiendo el cráneo contra la crueldad del aire, tamizando, por decirlo así, los rayos del sol, mitigando su ardor para la cabeza, resguardando los ojos y las orejas, etc., etc. De manera que no está fuera de lugar el decir lo que deben ser las pelucas.

Un postizo ó peluca debe hacerse generalmente con un tejido lo más ligero posible, por ejemplo, tul, para que sea permeable al aire exterior y deje libres las funciones transpiratorias de la piel: si la peluca tiene resorte para sujetarla, procúrese que éste sea muy suave para evitar perturbaciones en la circulación de la sangre: si se sujeta con alguna materia aglutinante, procúrese que no se pegue demasiado para que no arranque los cabellos que queden y no irrite los tegumentos. Y en todo caso quítese á menudo para airear y limpiar la cabeza.

También debe irse con mucho cuidado con los depilatorios, pues todos ellos, por razón precisamente de su destino, son más ó menos cáusticos y, por tanto, enemi-

gos de la piel. El más inofensivo y de mejores resultados se obtiene con la siguiente fórmula:

Sulfhidrato de cal. 20 gramos
Almidón finamente pulverizado. . . 15 »

Mézclese y deslíese en un poco de agua hasta obtener una pasta semilíquida, pero bien ligada.

Para usarlo se extiende sobre la parte que se quiere librar del vello, en capa de un espesor de uno ó dos milímetros. Al cabo de veinte ó veinticinco minutos, esta capa se habrá puesto sólida; entonces se la quita lavándose con agua fría ó caliente, y el vello ha desaparecido por completo. Esta operación nada tiene de dolorosa, escuece un poco, y esto mismo es el regulador del uso de la pasta, así que empieza á escocer demasiado se quita. Después la piel queda un poco encarnada en el sitio operado, pero esta alteración cede fácilmente á la acción del aceite de almendras dulces. Se comprende que la operación no cura radicalmente la primera vez: el vello es probable que se reproduzca, pero repitiendo el remedio, á la tercera ó cuarta vez, desaparece definitivamente y por completo.

DR. JAMES.



NUESTROS GRABADOS

SIMPATÍA

DIBUJO DE JOSÉ LLOVERA

Este estudio de un tipo popular español reúne las cualidades de donosura y elegancia que Llovera sabe

poner en sus cuadros y en sus dibujos cuando interpreta costumbres y pinta tipos que se van perdiendo en nuestra tierra por causa de la uniformidad y del cosmopolitismo que todo lo invaden. Andalucía es una de las comarcas de España que más resisten esta corriente, por



CORDELIA

CUADRO DE A. REIFFENSTEIN

lo cual conserva todavía en los hábitos de sus moradores y en los trajes del pueblo los rasgos característicos de unos y otros en pasadas centurias y en los comienzos del siglo. El uso de la mantilla, que aún está en predicamento en aquel reino, las flores con que adornan la negra cabellera sus hermosas mujeres, las cuales, sintien-

do afición por los colores vivos, escogen predilectamente entre las flores el rojo clavel, las telas que eligen para sus vestidos, todo esto se diferencia de los trajes y de los adornos que emplean las mujeres de los demás reinos de España. Se ha mantenido también en las provincias andaluzas el tipo característico del país, del que

es preciosa muestra el rostro expresivo, con sus puntas de picaresco, de la garrida moza dibujada por Llovera con facilidad admirable y con delicado gusto, según pueden comprobarlo nuestros lectores examinando la fiel reproducción que damos en este número del citado dibujo, ligeramente colorido.

PAÍS

POR MODESTO URGELL

Encanta en este paisaje la sencillez de la línea que tan perfectamente responde a la plácida quietud de la naturaleza a ciertas horas. Una procesión que se ve a lo lejos imprime al cuadro una dulce melancolía. El que ha visto las rieras y torrenteras del Principado, especialmente las de su costa de Levante, le parece ver una de ellas en el paisaje de Urgell que publicamos en este número. La aldea, edificada junto a aquella vía natural, que así sirve de carretera como de desagüe a las aguas pluviales, tiene los rasgos característicos de nuestros pueblos de Levante, pintorescos todos en sumo grado y que atraen al viajero con la pulcritud de sus casas. Un celaje más simple todavía que las mismas líneas del paisaje aumenta su grandiosidad y realza el sentimiento poético que en el conjunto se descubre.

¡UNA VELA!

CUADRO DE ULISES BUTIN

Con simplicidad admirable, se presenta el mar en este cuadro en todo su grandioso é imponente aspecto. Una veía descubre a lo lejos la muchacha que, los pies en el agua, mira ansiosa el horizonte esperando sin duda a persona querida de su corazón, ó que no habrá visto desde mucho tiempo, ó que habría salido para alguna de esas expediciones breves que tantas veces acaban trágicamente. Así acontece en la vida de los pescadores. Hácense a la mar con sus frágiles embarcaciones para ganar el pan de la familia: sereno está el cielo, las aguas en calma, la barca se desliza como por la superficie del más terso lago. Sólo a lo lejos se divisa apenas una ligera línea de nubes. De allí vendrá la tormenta, de allí vendrá una de aquellas espantables galernas que levantan olas como montañas en las cuales se hunden las naves y perecen sus tripulantes. Y estos cambios que ocurren principalmente en el Atlántico,

sobre todo en nuestra costa cantábrica y en la occidental de Francia, se producen en breve espacio de tiempo, en horas, aun en período más breve todavía. Horrible ansiedad la que pasan entonces las esposas, las hijas, las madres de los pescadores. No ha de pasarla, en los momentos del cuadro, mas acaso la hubiera pasado ya, la muchacha pintada por el artista francés Ulises Butin. ¡Qué hermoso está el mar! Apenas riza el aire sus aguas, levantando pequeñas olas que hacen de continuo un suave murmurio. Cielo y agua ofrecen una tinta azulada, finísima, que se confunden en el lejano horizonte, allá en donde, como pequeñas manchas, se destacan las velas pintadas por el artista y que contempla con afán la pobre pescadora, con el cuévano en brazos que llenará luego de pescado, apenas la barca aporte en la playa. Pintado con maestría este cuadro, todo su encanto, empero, se cifra en la poesía del mar que ha sabido traducir su autor con todo su encanto y con todas sus bellezas.

CORDELIA

CUADRO DE A. REIFFENSTEIN

Cordelia es una de las hijas del *Rey Lear* en la tragedia de Shakespeare que lleva este título. Es la más dulce y la más tierna entre las princesas hijas de rey, y su bello corazón forma contraste con el duro egoísmo de sus hermanas. A pesar de esto, incurre en el desagrado del rey su padre por haber interpretado éste malamente sus palabras al contestarle Cordelia sobre el cariño que le profesaba. Maldicela Lear y la arroja de su palacio, pero cuando el monarca se vuelve loco, acude Cordelia a cuidarle, rodea su lecho de enfermo, le acompaña por todas partes, y entonces el rey obcecado comprende su error y nota cuán diferente es el proceder de la dulcísima princesa del que tienen para con el sus demás hijas. Este hermoso personaje, una de las más felices creaciones de Shakespeare, ha tratado de pintar el autor del cuadro que publicamos en grabado. Acaso no reuna la ideal dulzura que Cordelia tiene en la obra del gran dramático inglés, pero sí la majestad de aquella princesa. Reiffenstein la ha caracterizado al modo de una dama noble del siglo XI ó XII, época en que puede colocarse el *Rey Lear*, que, como otras tragedias de Shakespeare, presenta cierta vaguedad en la caracterización de lugar y de tiempo.



¡PASIÓN!

NOVELA ORIGINAL

DE

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

(CONTINUACIÓN)

VI

ERA la casa solar de los Máinez y Carrillo, la que existe hoy, reformada y revocada, con el número 14, en la calle Mayor del barrio de Santa Marina; hállase ya en estado ruinoso; pero en la época de la historia que os refiero era una de las más hermosas de dicha calle, que tomó después el nombre que hoy tiene, y que se llamaba entonces *Ancha*, por ser, en efecto, la más espaciosa y principal del barrio.

Perteneció esta casa á un mayorazgo que fundó doña María Suárez de Figueroa, de la rama también de los Carrillos, cosa que no citan los diferentes autores que hablan de antigüedades cordobesas.

La calleja del Chaparro, próxima á esta casa, llevó, entre otros muchos nombres, además de ese, el de Jurado el Viejo, el de Rodrigo del Pozo, el de Godoy, el del Olivo y el de doña Blanca, por mi heroína famosa. El tiempo, que lo borra todo, borró de allí el nombre queridísimo en el barrio de esta dulce y adorable mujer, para ir poniendo consecutivamente los otros que ya dije.

Como puede hoy comprenderse, muy corto era el trecho que tenían que andar de la casa de Máinez y Carrillo para llegar á la iglesia. Salían las damas á pie, fuese por la mañana ó por la tarde, muy rebozadas en sus mantos, eso sí, y muy con los ojos en el suelo, porque sucedía que doña Leonor, con tener ya cuarenta años, y con tener una hija de quince, hermosa como un cielo, y que armaba tanto ruido con su hermosura, con todo eso, digo, tenía unos ojos negros hermosísimos, malévolos, seductores, que ardían como unas brasas, arrancando con su misma luz brillantes destellos á su rostro, blanco como la leche y terso como las hojas de las flores.

Dije, y repito, que tenían las dos que ir con los ojos bajos, no sólo porque así lo requería el natural recatamiento de ambas mujeres, sino porque eran buenas cristianas y sabían, además, que otra cosa hubiera sido ir contra Dios por el daño que habrían hecho á los hombres, curiosísimos de suyo, la una con sus ojos celestes y dulces como el cielo, y la otra con sus ojos negros y sombríos como la noche. Bien es verdad que si hubieran levantado los ojos y herido á alguien, hubiérase quedado el herido como se quedó alguna vez, á una mirada casual de cualquiera de las dos, moribundo y dando las boqueadas, pero sin chistar ni atreverse á levantar los ojos como protesta ni como súplica, porque estaba siempre Pericón Lobato detrás de las damas, con su enorme espadón, que no sé yo cómo podía sostener aquella cintura, ni cómo había cuero en el mundo con resistencia para el talabarte de donde el maldito espadón constantemente pendía. Estaba, pues, con su espadón, y por un quitame allá esos humos tiraba de él, dándole una paliza á quien primero se presentara.

Tengo que deciros, mis señores, en honor de la verdad, que eran muchas las fatigas que pasaba Pericón Lobato; pero, por fortuna para él, doña Leonor no tenía costumbre de frecuentar mucho la iglesia por las mañanas, á primera hora, lo cual era ya un respiro para el escudero, que sólo tenía que guardar á una de las celestiales hembras. Dígoos también, que al día siguiente de la tarde, ó la noche, mejor dicho, del encuentro de don Hernando y don Martín con las damas, y de la presentación de don Martín hecha por don Hernando, tuvo el antojo doña Leonor de ir á la iglesia con su hija; había quedado muy prendada de la discreción y gentileza de palabra del amigo del esposo, y lo mismo que se había prendado de estas agradables dotes de don Martín, se prendó así de la idea de hallar en aquel sujeto un buen amigo que la desaburriera alguna cosa, y la restaurara con este motivo de su enfermedad, que no era otra que un aburrimiento horrible, mucho peor que todas las enfermedades; y todo esto lo pensó la dama con intención sanísima, porque de otra cosa no era capaz, no sólo porque había probado siempre su honestidad, sino porque amaba á su esposo, de mucho amor, y no lo hubiera cambiado por todos los don Martín Pedrosa que hubiese en el mundo.

Sea como fuere, aquella mañana tuvo doña Leonor el antojo de ir á la iglesia; era domingo, y habíase encajado en el templo buen golpe de gente, ganosa de oír la palabra santa de Dios; llegaron las de Máinez y Carrillo, con su eterno Pericón Lobato á la cola; al llegar á la pila de agua bendita encontráronse con don Martín, que les ofreció el agua con una muy grande y ceremoniosa reverencia.

Doña Blanca notó entonces que, no obstante ver al caballero casi todos los días, nunca éste fué osado para hacer lo que hizo esta mañana; se lo explicó, pensando que antes no lo

hizo porque no estuvo presentado á ella por su padre, y que la escena de la presentación de la tarde pasada fué ya como una especie de beneplácito para que pudiera aproximarse á las damas siempre que las circunstancias lo trajeran á cuento, para hacerlas los honores que el respeto á las señoras convenía, amén de la amistad afectuosa que con el padre y el esposo le ligaba.

Satisfizo mucho también á la joven aquel comedimiento de don Martín, de mostrarse tan ceremonioso con ellas delante del público, como locuaz, alegre, decidor y comunicativo en el seno amigable y afectuoso de la casa y del hogar. Esto pareció á doña Blanca de mucha discreción y mucha modestia, porque otro, en su lugar, se hubiese infatuado y hecho alardes, en presencia de los demás, de las atenciones que mereció á unas damas tan bienquistas y tan brillantes, muy famosas en todo el reino, y en Córdoba particularmente, donde eran solicitadas en las fiestas, como complemento de esplendor, por la grande hermosura de ambas, y por ser de lo más principal y de lo más florido de la vieja nobleza de Castilla.

También la noche antes, mientras hablaba precisamente don Martín con el escudero, habían pasado por la imaginación de doña Blanca ciertas ideas tranquilizadoras con respecto á don Martín, que le confirmaron más en la amistad franca que le profesó.

Aquella misma noche en que por vez primera la habló el hidalgo largamente, se retiró doña Blanca á sus habitaciones muy pensativa. ¿Cómo no sentía por don Martín aquella repulsión que le inspiraban siempre los demás hombres? No pudo explicárselo. Quedó sola en su dormitorio, después que la hubieron desnudado sus camareras; hacía bastante frío, pero la hermosa habitación estaba muy caliente, con los gruesos tapices de que los muros hallábanse cubiertos, y los grande troncos de encina que habían ardido hasta poco antes en la chimenea, dejando un rescoldo que echaba calor suave. Se arregló la misma doña Blanca sus hermosos cabellos que le caían sobre la espalda, como un río de oro sobre un pulimentado témpano de nieve. Mirábase al espejo entretanto con gran abstracción, y repetíase de un modo involuntario la misma pregunta. ¿Cómo no sentía por don Martín aquella repulsión que sintió siempre por los demás hombres? Pensando á esta pregunta que don Martín pudiese también cortejarla, su rostro, que tenía una bella expresión de bondad y mansedumbre de los cielos, tomó aquella tirantez dura é imponente que ya conocéis, y á sus ojos vino aquella expresión de majestad que lastimaba; pero al instante, una gran risa la invadió toda, causándose ella misma impresión de extrañeza inexplicable de verse reír de tan desordenado modo, en aquella soledad, á medio vestir, en aquella hora, y delante de un espejo: fué este gran impulso de risa, por haberse acordado de pronto, al contemplar su brillante y dorada corona de cabellos, de los pelos raídos y de la tremenda y lustrosísima calva de don Martín Pedrosa; después de acordarse de la calva, se acordó de los treinta y ocho ó cuarenta años de don Martín, y se molestó consigo misma de pensar que el mensajero del rey pudiese ir á la idea de cortejarla, como aquellos otros barbilindos, que para lustre á su fama de galanes se apalearon y se hirieron y mataron al pie de su balcón. Por eso se tranquilizó, y se entregó desde entonces confiadamente al afecto de don Martín, porque pensó que don Martín, á quien ella con sus quince años consideraba como un amable viejo, la amaría como el Padre Roelas, y como maese Luis, y como Pericón Lobato.

Esto la animó mucho, porque don Martín parecíale un viejo bastante más seductor que los otros, y comprendió que la hubiera agradado ser amiga suya, por ser hombre muy divertido y de imaginación excelente.

Y en este punto es cuando yo tengo que hablar de la iglesia de Santa Marina: el barrio que lleva este nombre es de los más importantes de Córdoba; habitaba entonces mucha nobleza allí, aunque no era como en el barrio de San Juan, llamado de los caballeros, por ser el de los domicilios de toda la aristocracia: no obstante, Santa Marina, por su mucha y diferente población, contaba con muy noble vecindario, además de la clase media, la proletaria y otros dedicados á las faenas campestres.

La iglesia parroquial correspondía á la importancia de la población: es ese grave y sombrío monumento, donde hoy rezan los vecinos devotos, como rezaron, sin duda, las familias cristianas de hace once siglos: súmese el ánimo en grandes turbaciones y perplejidades al fijar los ojos atónitos en aquel viejo libro de piedra de la historia; sus altas naves, de pronunciadas bóvedas, hacen que allí retumben las pisadas con eco extraño, que tiene mucho de los imponentes rumores de tumba que nos parece escuchar en los sueños de nuestras noches solitarias; los grandes y bellos arcos, gótico-bizantinos recuérdanos con profunda turbación de ideas extrañas y desordenadas, el modelo de los templos ojivales, aquellas primitivas muestras de la profunda é imponente religiosidad, y pruébase así, en su adustez, en su aspecto, en sus detalles ínfimos, si se mira por los tres lados que presentan, y mirándola sobre todo por el del Norte, con sus capiteles, y con sus esbeltísimas agujas, sin contar la bella portada de molduras lisas, ni la rica muestra de arquitectura consistente en la claraboya de anillos concéntricos.

De luengos siglos há, vienen los eruditos á la greña, sobre si este templo fué ó no edificado con anterioridad al año 607, en que se fundó otro en Sevilla, bajo la misma advocación: viejos cronicones aseguran que la reedificó el emperador don Alfonso en 1146, que hizo la conquista de Córdoba, teniendo que evacuarla á poco, por encontrarse sin hombres para defenderla.

Cuando doña Blanca y doña Leonor cumplían sus prácticas religiosas en la iglesia de Santa Marina, era el templo más grave y majestuoso aún; carecía de esos horribles embaldurnamientos de cal de que hoy revisten casi todos estos venerables edificios, como una marca de infamia que ponen en el rostro arrugado y bendito de un apóstol de Dios. Entonces no había perdido mucho de su carácter, con las obras que allí mandó hacer el obispo don Leopoldo de Estruía; entonces no habría sufrido los terremotos de 1638 ni de 1755; el retablo del altar mayor no era el que hoy tiene, ni el tabernáculo tampoco, ni existía el enterramiento de la muy famosa doña María Isidra Quintana de Guzmán y la Cerda; la que fué marquesa de Guadalcázar é Hinojenes; la que fué grande de España, dama de la reina y de su real orden; la que fué doctora en filosofía y letras humanas, catedrática honoraria y consiliaria perpetua de la Universidad de Alcalá; la que fué académica honoraria de la Real Española, y la que logró otros muchos títulos y honores por el profundo saber, que la hizo famosa en todas las Españas.

En los tiempos de doña Blanca Maínez y Carrillo de Lara, Santisteban y Villapando, un enterramiento modestísimo veíase solamente, bajo un arco, que también desapareció. Hallábase situado este arco junto al altar de San Juan Bautista, y la sepultura á que me referí, era la de don Benito López de Alfaro, que sirvió muy valerosamente á los señores Reyes Católicos en la conquista del reino de Granada; la de otro Ramón del mismo apellido, sexto abuelo del anterior, que también se halló en la toma de Baeza en 1228, y otras tres ó cuatro muy ilustres personas de la misma familia.

Tenían costumbre doña Leonor y doña Blanca de postrarse de hinojos, durante la misa, sobre aquella losa funeral de los ilustres restos de la familia de los Alfaro. Era curioso y digno de estudio para el observador, y don Martín lo era extraordinariamente, la contemplación de aquellas dos hermosísimas damas, mundos de vida, de esplendor, de gentileza y de juventud, aunque doña Leonor tuviese ya cuarenta años, medio cubiertas por aquel viejo arco denegrido, y arrodilladas sobre la losa de una tumba. Era aquello extraño y suave, poético y de una dureza á la par que molestaba, pero resultando de todo, mucho más fuerte y más admirable, la hermosura de las damas, cuyos rostros se destacaban como dos luces de la gloria, bajo las dos sombrías tinieblas de los rebocillos de sus mantos, y del arco viejo que las cubría, cubriendo á la vez la antigua sepultura.

Terminádose que hubo el ceremonial religioso, salió la multitud de la iglesia muy recogida y con la unción conveniente.

Don Martín no ofreció á las damas su agua bendita como al entrar: la tomaron ellas,

mientras Pericón apresurábase á levantar los almohadones en que estuvieron de rodillas, poniéndolos al salir en manos de un lacayuelo de cara truhanesca, por no decir indecente, que estaba ya esperando á cargar con ellos, por la parte de afuera del atrio, entreteniéndose en hacer mojigangas con otros chicos.

Un domingo era, y más grande por eso el tropel de criaturas que al templo acudió. Al salir doña Blanca con su madre, se agolparon los pobres en derredor suyo, colmándola de gracias y de oraciones; ella, con un aire modesto y tranquilo, que constitula la principal gala de su hermosura, sacaba de su limosnara profusión de moneditas repartiéndolas con frases dulces de consuelo entre los míseros lisiados.

Doña Leonor era caritativa y noble, pero aquella familiaridad con la miseria imponíala poderosamente, afirmando con su gracioso donaire, que se holgaba mucho de repartir toda su riqueza entre menesterosos, y cuando acabaren sus riquezas, hasta la última punta de humo de su adorno, y hasta el último tejido de su mejor encaje flamenco; sólo que no la dijeran que hiciese lo que su hija hacía, de meterse con los infelices, y hablarles, y preguntarles por sus hijos, y hasta curarlos alguna vez en sus casas, cuando no salían por ser enfermos ó imposibilitados. Que no le dijeran eso, porque hubiese dejado la vida en la demanda y ella ¡Dios fuese loado! era bastante pecadora para amar su vida y no mantenerse en el deseo de su conservación.

Aquella mañana se retiró algunos pasos y esperó el término de la gran obra de misericordia de su hija, confiada enteramente y sin temer por ella, porque veía allí como una sombra de la joven, al tremendo Pericón Lobato, con la nariz encogida como nunca y el bigote y las cejas, empinadas como nunca también.

Seguían los pobres aumentando, y estrechándose en derredor de doña Blanca, de modo, que la hubiesen tenido como en prensa, á no ser porque, de segundo en segundo, escuchábase el poderoso gruñir del escudero Pericón, haciéndoles retroceder por un instante, con ciertos escalofríos; escuchábanse los clamores de gracia y los relatos de las pobres gentes, como gran murmullo de enorme colmena; entre aquellos agradecidos clamores se oían, sobre todo, palabras de admiración y de cariño de los pobres para su virgen.

¡Nuestra *virgen*! Así era nombrada por el pueblo aquella niña, majestuosa y llena de piedades; aquella mujer bendita y dulce con la desgracia, que tanto renombre alcanzó en los barrios cordobeses.

Doña Blanca seguía, en tanto, repartiendo sus limosnas, y pensó con tristeza, viendo solo junto á su madre á don Melchor de Saravia:

—¡Por qué no vino Casilda hoy! ¡Qué le pasará, Dios mío!

(Continuad).





SONETOS

Á UNA NARIZ

Érase un hombre á una nariz pegado,
érase una nariz superlativa,
érase una nariz sayón y escriba,
érase un peje espada muy barbado:
era un reloj de sol mal encarado,
érase una alquitara pensativa,
érase un elefante boca arriba,
era Ovidio Nasón más narizado:
érase un espolón de una galera,
érase una pirámide de Egipto,
las doce tribus de narices era.
Érase un Naricísimo infinito,
muchísimo nariz, nariz tan fiera,
que en la cara de Anás fuera delito.

MUJER PUNTIAGUDA CON ENAGUAS

Si eres campana, ¿dónde está el badajo?
si pirámide andante, vete á Egipto:
si peonza al revés, trae sobrescrito:
si pan de azúcar, en Motrii te encajo.
Si chapitel, ¿qué haces acá abajo?
si de diciplinante mal contrito
eres el cucurucho y el delito,
llámame los cipreses arrendajo.
Si eres punzón, ¿por qué el estuche dejas?
si cubilete, saca el testimonio:
si eres corozza, encájate en las viejas,
si buída visión de san Antonio,
llámame doña embudo con guedejas:
si mujer, da esas faldas al demonio.

FRANCISCO DE QUEVEDO.



EL HAMBRIENTO

POR

R. MORAL



1.—Don Timoteo era muy pobre; y aunque á pie y sin alimentos para el camino, tuvo que emprender la marcha en busca de su tierra natal para ver si en ésta le corría mejor suerte.



2.—Mas la noche se le vino encima y tuvo que hacer parada en el pueblecito inmediato.



3.—Donde hubiérase quedado al aire libre si no hubiese sido por doña Brígida, antigua conocida suya y caritativa señora, que le dió albergue en su casa.



4.—Como no se había desayunado, comenzó á sentir los efectos del hambre; doña Brígida le pregunta qué tiene, y don Timoteo dice que le duelen las grietas, las que serían curadas con un pedazo de pan y un trozo de queso.



5.—La buena señora le dió de muy buen grado lo que deseaba; mas viendo que en vez de curarse alguna grieta se lo comía, no pudo menos que preguntar:



6.—«Pues ¿no decía que era para curarse las grietas?»

«Señora... ¡acaso le parece ésta chica!...» dijo abriendo la boca.



Los aerolitos son masas minerales más ó menos voluminosas que de la atmósfera caen á la tierra. Generalmente están redondeadas y van cubiertas de una especie de corteza negra: se componen de diversas sustancias terrosas ó metálicas, algunas de ellas cristalizadas, y otras en glóbulos ó venitas: contienen hierro aliado con el níckel y con el cromo, y algunas veces con el azufre, con la sílice y con el manganeso. La caída de aerolitos, ordinariamente va precedida de aparición de globos inflamados que se mueven en el espacio velozmente á gran altura y que acaban por estallar con fuerte detonación. Las piedras meteóricas llegan ardiendo á la superficie de la tierra, y muchas veces despiden vapores sulfurosos en el acto de caer. Se había creído que los aerolitos se formaban en el espacio hacia el límite de nuestra atmósfera, por agregación ó condensación: después Laplace supuso que podrían provenir de los volcanes de la Luna; pero desde hace bastantes años, suelen considerarse como fragmentos de pequeños planetas que, circulando irregularmente en el espacio, se encuentran de repente dentro de nuestro sistema planetario, ceden á la atracción de la tierra y se precipitan sobre ella. También son considerados como aerolitos las masas de hierro más ó menos considerables que se encuentran en algunos lugares, y que no se han visto caer: algunos de ellos pesan miles de kilogramos. La caída de *pedras del cielo* fué conocida desde la más remota antigüedad. En el *Libro de Josué* se habla de una lluvia de piedras que destruyó el ejército enemigo. Las piedras milagrosas que los antiguos llamaban *baetyles*, *abadirs*, y que guardaban en los templos, consagrándolas á los dioses, sobre todo á Cibeles, eran sin duda aerolitos. Plutarco, en la *Vida de Lisandro*, describe una piedra de esta clase caída en Tracia. Los sabios consideraron por mucho tiempo las *pedras celestes* como una superstición popular; pero un hecho de este género presenciado en Siena en 1794 convenció á los incrédulos, y otro igual acaecido en Normandía en 1803, y que dió lugar á una investigación de la Academia de Ciencias, acabó de disipar todas las dudas.

Los senadores romanos acostumbraban á hacer entrar con ellos en la *curia* á los hijos suyos que ya empezaban á tener discernimiento. Un día, habiéndose tratado en el Senado una cuestión importante, cuya deliberación se aplazó para el día siguiente, se convino guardar entretanto silencio sobre aquel asunto hasta que

se promulgara el decreto referente al mismo. El joven Papirio había acompañado su padre á la curia. Al regresar, su madre le preguntó sobre qué se había deliberado. Él contestó que no podía decirlo. Esta contestación aumentó la curiosidad de la matrona, que, excitada por el silencio de su hijo, é impaciente por descubrir el misterio, reiteró vivamente sus preguntas. Entonces el joven, para librarse de sus instancias, inventó una ingeniosa mentira. Dijo que los senadores habían discutido la cuestión de si valía más para la República dar dos mujeres á un marido, ó dos maridos á una mujer. Esta noticia aterrizó á la madre, que salió de casa azorada y contó la cosa á otras damas romanas. Al día siguiente una multitud de consternadas matronas se reunió á las puertas de la curia, y allí, gimiendo y llorando, decían que valía más dar dos maridos á una mujer que dos mujeres á un marido. Los senadores, al entrar, se preguntaban asombrados qué significaban aquel tumulto y aquellas súplicas. Entonces Papirio, adelantándose, les contó las importunidades de su madre, y la mentira con que él había salido del paso. Los senadores, prendados de su discreción é ingenio, decretaron que desde entonces los hijos no podrían entrar con sus padres en la curia, y que este favor sería sólo reservado á Papirio.

Se dice muchas veces, aludiendo á la conducta que deben observar las personas que ocupan ciertos cargos ó se hallan en determinada situación de evidencia, que *la mujer de César, no sólo debe ser honrada, sino también parecerlo*. El origen de esta frase es que la mujer del célebre Cayo Julio César celebraba con otras mujeres ciertos misterios religiosos. Un joven patricio calavera, Clodio, se introdujo en el palacio durante la noche, en el momento de la celebración de los misterios. Una esclava le sorprendió en el cuarto de la mujer de César, y, á la mañana siguiente, lo fué contando de manera que, por la noche, Roma entera conocía la aventura. César, sin averiguar más detalles, que indudablemente hubieran demostrado la honradez de su esposa, la repudió en seguida y, como se le reprochara su precipitación, dijo que la mujer de César, no sólo debía ser honrada sino, además, parecerlo.

En el año 480 antes de J. C., Jerjes, rey de Persia, invadió la Grecia, y acampó su ejército en Macedonia. El desfiladero de las Termópilas era el único paso de la Tesalia. Leónidas, rey de Esparta, se apostó á la entrada de dicho desfiladero con trescientos espartanos, y

resistió durante muchos días al ejército de Jerjes, que contaba más de dos millones de soldados. Pero la traición de un pastor, que reveló á las tropas persas un paso secreto que les permitió envolver á los griegos, hizo inútil la abnegación de Leónidas y los suyos. Entonces éste hizo grabar sobre una roca la siguiente inscripción: «¡Caminante! vé á decir á Esparta que hemos muerto aquí obedeciendo sus leyes.» Después abandonó el desfiladero, penetró de noche con sus trescientos espartanos en el campamento de Jerjes, y allí se hicieron matar peleando. Este hecho heroico se ha hecho proverbial con el nombre de *paso de las Termópilas*.

Lúculo, general romano, de familia consular, era extremadamente rico y gastaba muchísimo en la mesa.

Un día que su cocinero le sirvió una comida relativamente modesta:

—¿Qué es esto? exclamó Lúculo, ¿qué significa una mesa tan mal servida?

—Como el señor no me dijo que tuviera nadie á comer... dijo el cocinero.

—¿Qué importa? replicó el amo; como yo en mi casa: ¡Lúculo come en casa de Lúculo!

Las opulentas comidas de Lúculo han pasado á la historia.

Un farmacéutico francés propone, para hacer potable el agua, un procedimiento que consiste en diluir en 30 litros de agua dos claras de huevo. Verificada la mezcla, se calienta á 100 grados, con lo cual se coagula la albúmina, formando una vasta red que arrastra las materias heterogéneas; esta red, por la ebullición, sube á

la superficie en forma de espuma. Una vez fría el agua, se filtra, y concluye la operación. Procedimiento nuevo, cómodo y sobre todo barato.

Contra los sabañones, se aconseja la siguiente pomada:

Óxido de zinc.	2 gramos.
Creosota.	2 "
Láudano.	2 "
Vaselina.	50 "

Úntese por la mañana y por la noche las partes enfermas.

¿Vale algo nuestra existencia si no se puede contar con el verdadero afecto de un amigo? ¡Qué placer más suave es hallar un ser con el cual podemos hablar con la misma libertad, con que hablamos con nosotros mismos! ¡Qué ventaja sacaríamos de la prosperidad si no hallásemos quien pueda regocijarse de ello tanto como nosotros! ¡Y cómo es posible soportar el dolor sin un amigo que se aflija más, si cabe, que nosotros mismos! —CICERÓN.

Hay en la amistad una especie de mutuo respeto del que no se puede prescindir sin quitarle su más bello adorno.—CICERÓN.

No hay favor más dulce que el amor, como tampoco le hay más amargo; es miel y hiel á la vez.—PLAUTO.

La guerra civil corrompe más á los soldados que á sus jefes.—TÁCITO.



UNA NUEVA CRISTALERÍA

En todas las casas hay cierto desván al que fueron á parar infinidad de objetos más ó menos preciosos, pero que el tiempo ó los inevitables accidentes de la vida han deteriorado.

Así como la química moderna se aplica á imitar la naturaleza, haciendo surgir nuevos productos de elementos, al parecer, ya gastados, nosotros podemos, en nuestra reducida esfera de acción, devolver al uso diario muchos de esos objetos del desván, aunque sea alterando la olímpica paz de los ratones.

He aquí varias botellas rotas: pues sin perjuicio de utilizarlas *todas* á su debido tiempo, vamos á escoger una que se rompió (no ella sola) por la mitad de su longitud: y de esa botella podemos sacar un vaso bastante original y barato cual ninguno.

Para conseguir tal resultado bastará ejecutar lo siguiente: colocada la mitad inferior de la botella encima de una mesa bien nivelada, se la llena de aceite hasta la altura que se quiera dar al vaso; luego se hace enrojecer al fuego una barrita de hierro ó acero, que se toma con pinzas para no quemarse los dedos; se introduce bruscamente esa barrita dentro del aceite, y al cabo de un rato, por efecto de la enorme diferencia de la temperatura entre la parte no sumergida y la que contiene el aceite, el vidrio se cortará automáticamente siguiendo la línea del líquido y quedando *ipso facto*, formado un vaso que tiene entre otras ventajas la de salir barato y aparentar mayor cabida de la que realmente tiene, problema buscado por los venteros de todos los países.

Es preciso limar algo los bordes, desgastándolos con esmeril para que no corten los labios; y si no se tiene esmeril á mano, pueden redondear con lima de acero,

pero teniendo la precaución de efectuar dicho trabajo introduciendo en el agua el vaso, la lima y las manos; con la elasticidad del agua se amortiguan las vibraciones del vidrio y, por consiguiente, los choques con el cuerpo duro no ocasionan ruptura.

Por estos medios pueden obtenerse vasos, que si no resultan dignos de figurar al lado de las renombradas copas venecianas, pueden ser útiles como medidas, abrevaderos de pájaros, recipientes, etc.

Con un poco más de trabajo se convierten dos de



estos vasos, colocados en situación opuesta entre sí, en un tosco reloj de arena: ciérrase para ello con pergamino pegado á los bordes la parte libre de la circunferencia de cada vaso: se adhieren los dos por medio del cemento para pegar el cristal, que se vende en las ferias, y agujereando con los polos de los conos opuestos con el mismo orificio, por medio de una lima circular de *rabo de ratón*, se unen por medio de un canutillo de vidrio que deje pasar libremente la arena y se fija con el cemento; se vierte la arena en uno de los recipientes, y reloj en mano, se mide el tiempo que tarda en vaciarse el recipiente superior: conseguida la cantidad de arena equivalente á la duración que se desea, se tapa entonces la circunferencia que se había dejado libre, con el pergamino (1).

Estas operaciones requieren bastante habilidad y paciencia, pero el resultado es curioso; si se quiere fabricar ese reloj hay que escoger dos vasos bien chatos, de igual diámetro, y cuyos conos del fondo tengan la caída más igual entre sí que sea posible, lo cual podrá averiguarse antes valiéndose de la misma arena.

JULIÁN.

(1) Con este aparato no puede conseguirse una medida exacta, pero sirve de algo, siquiera no sea más que para ejercitar la habilidad del lector curioso.

Solución á la charada anterior:

A-GUA-CE-RO

Solución al jeroglífico:

VIVA LA GALLINA Y VIVA CON SU PEPITA

Solución al enigma cuadrado:

M I S A
I N E S
S E D A
A S A R

CHARADA

Si mi *todo* vale poco,
siempre vale más que nada;
pues, ó mucho me equivoco,
ó es un tema de charada.

Si la *una cuatro* metí,
el lector me lo dirá;
mas se me figura á mí
que decirlo no querrá.

Una dos cuatro buena es,
y hasta *tres cuatro* lo abona;
la propagó un buen francés
que merece una corona.

Se hace *tres una* al soldado
y también lo hacen al preso,
y en todo fardo pesado
hay *dos tres* aunque esté ileso.

No vale el *todo*, lector,
(siendo ruin en este mundo)
que en buscarle con ardor
pierdas siquiera un segundo.

A. X.

ROMBO



Sustitúyanse los puntos con letras de modo que leídas vertical y horizontalmente digan: 1.^a, letra; 2.^a, mineral; 3.^a, nombre de mujer; 4.^a, provincia española; 5.^a, mineral; 6.^a, especie de verso; 7.^a, vocal.

Comunicado por R. M. de Barcelona.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

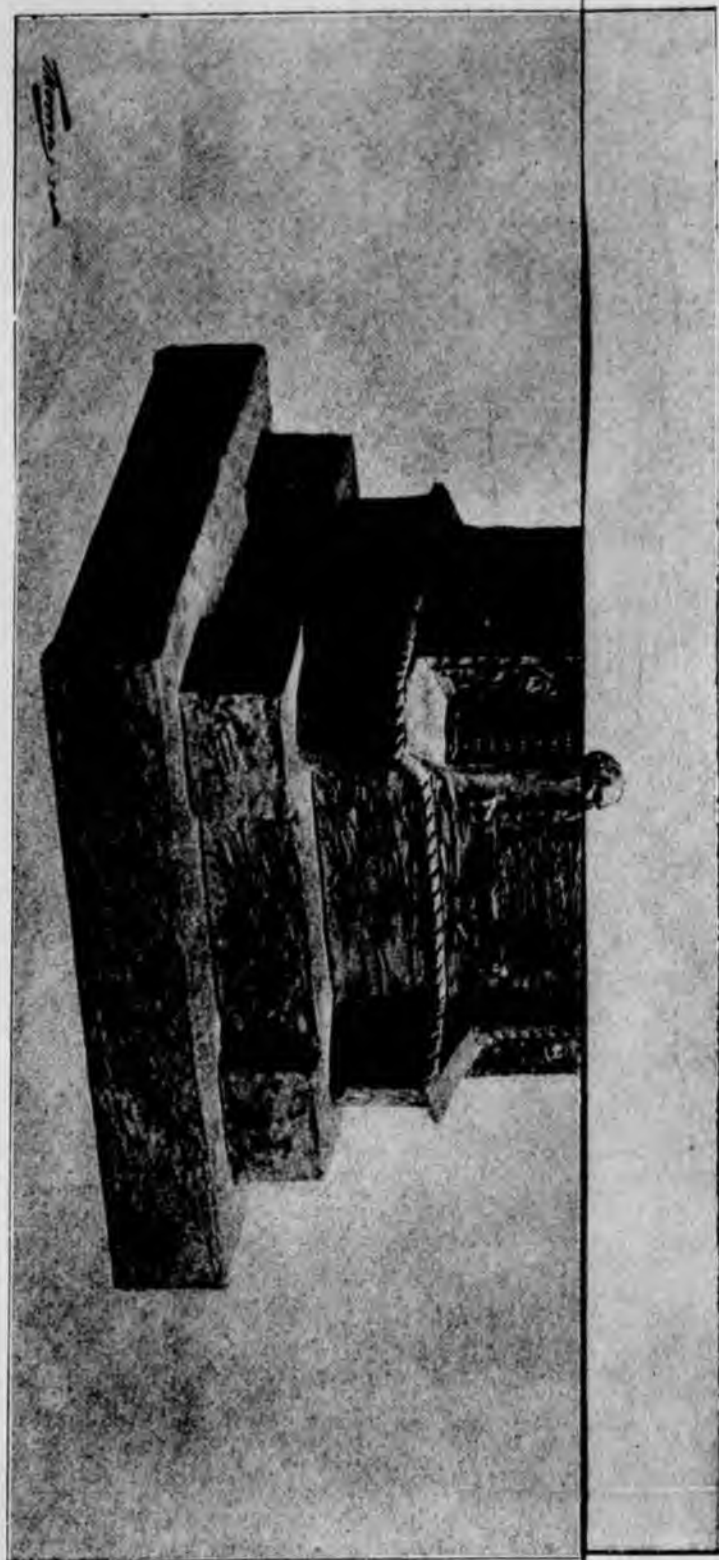
Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.^a*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados los derechos artísticos y literarios. — IMP. ESPASA Y COMP.^a



PROYECTO DE MONUMENTO Á MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

POR AGAPITO VALLMITJANA



PROYECTO DE MONUMENTO A MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA
POR AGAPITO VALLMITJANA



MEMORÁNDUM

Todo el mundo y la prensa toda consideran en Inglaterra que es muy grave la situación del Egipto. El joven kedive cedió ante la presión de lord Cromer y despidió á Takhri Bajá, contrario resuelto de las reformas inglesas, llamando al ministerio á Riaz Bajá, pero con repetidos actos ha demostrado luego que no había cedido en nada de sus sentimientos anti-ingleses. A Takhri Bajá le concedió el grado más alto de la Orden del Osmanieh, y para que su pueblo pudiese demostrarle sus simpatías se presentó por dos veces en público, á corta distancia, lo cual no suelen hacer los monarcas mahometanos, que en mucha parte siguen siempre las antiguas prácticas del Oriente. Abbas Hilmi fué á la mezquita y fué al teatro en donde se cantaba *Aida*, y en los dos puntos se le acogió con entusiasmo. El pueblo hizo más aún, puesto que trató de destruir las oficinas de un periódico árabe, amigo de los ingleses, que ve la luz en el Cairo. Que el Egipto, en general, es contrario á la ocupación inglesa, es cosa admitida por la prensa imparcial, incluso la inglesa. Pero Inglaterra entiende que, á pesar de esta resistencia, ha de continuar la ocupación hasta conseguir los fines financieros y políticos que se propuso alcanzar. El problema estriba ahora en saber si el kedive obró por su propio impulso, animado sólo por las simpatías que le demostraban periódicos franceses y de otras naciones, ó si cuenta con algún oculto y poderoso apoyo para el caso en que llegue á formalizarse la resistencia del Egipto á los ingleses. Sobre esto se ha hablado de Turquía y Rusia, suponiéndose si ambas potencias protegen á escondidas las manifestaciones del joven soberano egipcio, diciéndose además que el sultán é Ismail Bajá, abuelo de Abbas y ex kedive, son los instigadores de cuanto ha pasado en el Cairo. Es sabido que los árabes y los orientales en general son maestros en la política de complots y de intrigas, y que saben tramarlos ocultando hábilmente sus deseos y fingiendo amistad y simpatía hacia el mismo á quien se proponen derribar, y aun acabar con su vida. Egipto, acaso, renueve la cuestión oriental que más ó menos encubierta se halla siempre sobre el tapete.

* * *

Tal vez lo que ocurra en el delta del Nilo sea causa de que Inglaterra modere sus ímpetus respecto de Marruecos. Lo cierto es que desde el nombramiento de Mr. Ridgeway como

TOMO II. — 21.

enviado británico en Tánger hasta el día se han disipado en mucha parte los gruesos nubarrones que se cernían sobre el Estrecho de Gibraltar. Sigue la Gran Bretaña sosteniendo que su objeto principal y casi exclusivo es convenir con el gobierno marroquí un tratado que abra aquel imperio á la producción europea de todas las naciones. Como potencia comercial buen cuidado se tendría de sacar para sí la mejor parte, pero no se lo consentirán fácilmente los demás Estados, singularmente Francia, Italia y España. El paso dado por Mr. Ridgeway deteniéndose en Madrid, en su viaje para Tánger, ofreciendo sus respetos á la Reina y visitando á los ministros, prueba cuando menos que Inglaterra juzga serle conveniente no hallarse en abierto desacuerdo con nuestro país.

* *

Italia ha tenido también un escándalo que los franceses han tratado de engrosar, pintándolo con los más feos colores en su afán por buscar naciones que les hagan compañía. Se ha tratado de suponer que era lo ocurrido con los Bancos de Roma otro Panamá, afirmación exageradísima por todos conceptos. De todo lo que se ha contado resulta en claro que el Banco Romano tenía en circulación sesenta y cuatro millones de liras en billetes, guarismo superior á la emisión que puede hacer legalmente. El cajero barón Lazzaroni, hombre de sesenta años, aparece comprometido por diez y siete millones, y el senador Fanlongo, gobernador del Banco, por suma casi igual. Ambos fueron detenidos, sirviendo todo ello de arma á los enemigos del gobierno para censurar al señor Giolitti y al señor Miceli, quienes afirmaban hace un mes que los rumores que circulaban acerca del expresado Banco no eran más que habladurías. Hoy se ven precisados á reconocer las irregularidades, puesto que las persiguen, irregularidades cuya existencia no habían logrado descubrir, á pesar de tener la atención fija en la situación de diversos establecimientos de crédito italianos, de los que cree la opinión pública que se encuentran en mal estado.

* *

Media, en realidad, enorme distancia entre lo acaecido en el Banco Romano y la suciedad espantable del asunto del Panamá. A las noticias que repetidamente se han publicado acerca de esta serie inacabable de escándalos, hay que añadir las curiosas revelaciones que hizo *Le Figaro* sobre Cornelio Herz, detenido en Inglaterra en una fonda y sin que se le pueda trasladar á Francia por hallarse muy enfermo. M. Herz, dice aquel diario, arrancó primeramente á la Compañía 600,000 francos en 1886, después un millón en Junio de 1888, dos millones en Julio, otros dos en Agosto, y por último cuatro millones más, exigidos con amenazas, á M. Reinach en Enero de 1889. Estas partidas arrojan la bonita suma de 9.600,000 francos. A este paso se comprende muy bien la ruina de la empresa, de los accionistas y de todos cuantos intervenían en el negocio.

* *

El ministro de Fomento, señor Moret, ha juzgado que era asunto de estudiar la manera de hacer intervenir directamente á los obreros en la ejecución de las obras públicas, y á este objeto ha encargado á la Comisión de reformas sociales que emita informe sobre estos cuatro extremos:

- 1.º Intervención que á su juicio pueda darse á los obreros en el Consejo de Agricultura, Industria y Comercio, á fin de que en él representen los elementos del trabajo.
- 2.º Manera de nombrarlos para que lleven á dicho Centro la representación de su clase.
- 3.º Retribución que habrá de señalárseles.

Y 4.º En el caso de resolver afirmativamente los anteriores puntos, manera de allegar los recursos convenientes.

Bueno es que se estudien estos y otros puntos, y sobre todo que los gobiernos y los hombres que ocupan primeros puestos en los Estados vean de prevenir, en lo posible, los conflictos sociales que se originan entre el capital y el trabajo, y que tan grave sesgo van tomando en los actuales tiempos, en que para contenerlos y dirigirlos no se cuenta en tanto grado como antes con las creencias y con los sentimientos religiosos, que son los mejores y más poderosos reguladores del orden social.

* * *

S. M. el Rey, don Alfonso XIII, ha tenido que sufrir una de las enfermedades de que escapan contados niños. Por fortuna la escarlatina que se declaró en el Rey niño, y que es la enfermedad á que aludimos, como lo habrán adivinado nuestros lectores, se presentó desde el momento con caracteres marcadamente benignos. Por esto no llegó casi á inspirar inquietud, viéndose ya en seguida que no había de poner en peligro la vida del augusto monarca, tan importante para la paz y felicidad de España.

B.



EL MAESTRO DE HACER CUCCHARAS

I



Ramón no le podían ver ni pintado en su pueblo, porque era un holgazán como una loma, sin oficio ni beneficio, por lo que le llamaban el maestro de hacer cucharas, que en aquel país significa aproximadamente lo que en otros el maestro de atar escobas. Mientras le duró la herencia paterna lo pasó muy bien, andando de viga derecha; pero cuando acabó de comérsela, no encontró quién le diese para llenar la andorga, y á fuerza de acostarse con una ración de hambre y levantarse con otra de necesidad, se iba quedando como un alambre.

—Pero, hombre, le decían todos, ya sabes que en esta vida caduca, el que no trabaja no manduca.

—¡Ya lo sé, por mi desgracia! contestaba Ramón bostezando.

—Pues entonces, ¿por qué no trabajas para manducar? Dios opina que el hombre debe ganar el sustento con el sudor de su frente.

—En este punto no estoy conforme con Dios.

—¡No digas judiadas, hombre!

—Las opiniones son libres.

—Pero no las opiniones contrarias á las de Dios.

Razonando y disputando así, el maestro de hacer cucharas se moría de hambre por no querer doblar el espinazo, y recordando é interpretando absurdamente el precepto bíblico que dice: «Nadie es profeta en su patria,» y el refrán que añade: «El que no se aventura no pasa la mar,» determinó irse por el mundo en busca de tierra donde poder comer sin trabajar.

Andando, andando, recorrió las siete partidas sin encontrar lo que buscaba, y llegó á un pueblo, donde se sentó, desfallecido de hambre, en uno de los bancos de piedra que adornaban un paseo.

Al fin del paseo se veía un convento, cuyos frailes pasaban y repasaban por delante de Ramón, tan colorados y tan gordos, que daba gusto el verlos.

Al ver á los frailes, lo que le ocurrió á Ramón no fué pensar en lo mucho y bien que servirían á Dios, sino en lo mucho y bien que comerían y beberían.

Trasladándose mentalmente al refectorio del convento y sus dependencias, vió allí divinidades gastronómicas que le pusieron los dientes de á cuarta.

—¡Qué despensa tan bien provista tendrán esos siervos de Dios! pensaba Ramón recordando todas esas pinturas cromolitográficas que adornan los escaparates de las estamperías, representando frailes y curas reventando de gordos y nadando en delicias concupiscentes, y, sobre todo, en las de la gula. ¡De seguro que el convento tiene en su bodega los mejores vinos que produce la tierra; en su pesquera los mejores pescados que produce el agua, y en su despensa los mejores jamones que producen Avilés y Extremadura.

Ramón continuaba trazando un magnífico poema gastronómico por este estilo, y pensando cómo podría él componérselas para introducirse en el convento y sacar de allí la tripa de mal año, cuando se sentó á su lado un viejecito que venía de hacia el convento.

—Con permiso de usted, le dijo el viejo, voy á descansar aquí un poco, porque vengo de hacer la visita diaria al Padre Guardián, y como vamos ya á Villavieja, las piernas no nos quieren acabar de llevar á casa si no descansan un poco.

—¡Hola! ¿conque es usted amigo del Guardián de ese convento?

—Mucho. Nos criamos, como quien dice, juntos, y como sus santas ocupaciones son muchas y las profanas mías son pocas, le hago diariamente mi visitita, y aquel bendito de Dios no sabe cómo agradecermelo lo bastante.

—Según eso, ¿el Padre Guardián es muy buena persona?

—Un santo, que está reclamando un nicho en los altares. ¡Hombre! con decirle á usted que hasta con los árboles se encariña, está dicho todo. Había en la huerta del convento un hermoso peral, á cuya sombra gustaba el Padre Guardián de descansar y dedicarse á sus lecturas, y cuyas peras le gustaban mucho. Un huracán, que se desató en otoño pasado, derribó el peral. Paseando esta tarde por la huerta con el Padre Guardián he visto el tronco del peral, apoyados sus dos extremos sobre dos sillares, y cubiertos con tejas, para que la humedad del suelo y la lluvia no le dañen; y preguntando á Su Reverencia cómo el invierno pasado, que fué tan frío, no le hicieron astillas y se calentó con él las piernas la santa Comunidad, me ha dicho que por todo el oro del mundo no daría aquel madero, pues le guardaba para hacer de él un san Cristóbal, de cuyo santo es el Guardián muy devoto.

—¿Y cómo no ha mandado aún hacer el san Cristóbal?

—Porque la Comunidad es demasiado pobre para llamar expreso á un escultor, y espera á que por casualidad venga por aquí alguno que, más bien por caridad que por interés, quiera favorecer á la Comunidad con tan santa obra.

—Yo soy escultor, y casi casi me dan tentaciones de detenerme á hacer esa obra de caridad, ya que el Padre Guardián es tan bendito.

—¡Calle! ¿Conque usted es escultor? ¡Hombre, qué feliz casualidad! Decídase usted á dar un alegrón al Padre Guardián yendo á visitarle y diciéndole que se encarga de hacerle el san Cristóbal, que tanto desea tener por devoción al santo y por la *santificación* del peral, que tan buenos ratos le dió durante muchos años con su sombra, y, sobre todo, con sus peras.

—Casi casi estoy decidido á ello, aunque me están esperando en veinte partes distintas para trabajar en mi arte, pagándome á peso de oro.

—Por mucho que le paguen á usted, no será tanto como le pagará Dios en el cielo el trabajo que dedique á los santos religiosos de este pueblo.

—Esa paga es la que más me satisface, y para alcanzarla, voy á ver ahora mismo al Padre Guardián.

—Sí, no se detenga usted, porque me parece que oigo tocar á refectorio en el convento, y si se descuida usted un poco, no podrá ver á Su Reverencia hasta después de la refacción.

Los ojos le chispeaban á Ramón al oír que tocaban á refectorio, é inmediatamente se encaminó al convento, seguro de que, cuando menos aquel día, iba á sacar la tripa de mal año.

Conforme caminaba, iba soliloqueando del modo siguiente:

—Lo mismo entiendo yo de hacer santos que de hacer cucharas, pero necesito comer, y comer inmediatamente, y, como dijo el otro, esta es la cuestión, y lo demás, inclusa una paliza que me arrimen esos benditos frailes cuando sepan que he llenado la tripa á su costa por medio de un engaño, me importa un comino. ¿Conque ahora están tocando á refectorio? Hombre, no han de ser tan poco cumplidos los frailes que no me digan: «¿Usted gusta comer con nosotros?» ¡Vaya si gustaré, y vaya si será abundante y apetitosa la comida, porque lo que es los frailes que he visto estaban de buen año!

II

El maestro de hacer cucharas llegó á la portería del convento, y en lugar de preguntar si podía ver al Padre Guardián, dijo al portero:

—Hermano, avise al Padre Guardián que un escultor desea hablarle.

El convento se alborotó al saber que un escultor había llegado á la portería, y el Guardián, lleno de gozo, se apresuró á ordenar que le condujeran á su celda.

Para que se comprenda mejor aquel alboroto y aquel gozo, hay que explicar más por menor lo que pasaba con el tronco del peral caído. En aquel tronco no veía ya la Comunidad un tronco de árbol; que veía un glorioso san Cristóbal hecho y derecho, alto y fornido como un Goliat, con un bastón como el muslo de un hombre de grueso en la mano, y con un Niño Jesús como un serafín en el hombro.

Un lego, á quien por lo decidor, discreto y sentencioso llamaban el hermano Séneca, y consultaba la Comunidad en los casos graves, se dejó decir un día que en todo madero y en toda piedra había un santo, y toda la habilidad del escultor se reducía á saber sacarle del madero ó de la piedra. Como el Padre Guardián había decidido que el santo que se sacase del tronco del peral fuese el glorioso san Cristóbal, de quien era muy devoto, y de esta devoción participaba toda la Comunidad, toda la Comunidad vió desde entonces mentalmente en el tronco del peral, no un tronco, sino una perfecta imagen del glorioso san Cristóbal, tal como lo he descrito. Así era que todos los religiosos veneraban ya aquella imagen, inclinándose devotamente al pasar por delante de ella, como se inclinaban al pasar por delante de la de san Francisco que estaba en la iglesia, oculta tras una cortina. La única diferencia que los buenos religiosos encontraban entre la imagen de san Cristóbal y la de san Francisco consistía en las cortinas que las ocultaban. La que ocultaba á la imagen de san Francisco era de seda, y cualquiera la podía descorrer, y la que ocultaba á la imagen de san Cristóbal era de madera, y sólo la podía descorrer un escultor.

Este escultor había llegado después de esperarle largo tiempo, iba á descorrer la cortina de san Cristóbal, y la santa Comunidad iba á contemplar con los ojos de la cara la venerada imagen que hasta entonces sólo había contemplado con los ojos del alma.

Me parece que la cosa era para alborotarse el convento y llenarse de gozo el Padre Guardián.

No dejó de extrañar Ramón que al atravesar por cerca de la cocina del convento no le diese en la nariz tufillo alguno de pollo asado, jamón frito, perdiz en salsa, salmón cocido, merluza rebozada, etc., etc.; pero se tranquilizó atribuyéndolo á que su nariz habría perdido con el desuso la aptitud para percibir aquel delicioso tufillo.

El Padre Guardián, que salía alborozado á su encuentro, le recibió con bondad suma y le hizo sentar en un sillón frente al suyo.

—¿Conque tiene la honra nuestra pobre y santa casa, le preguntó Su Reverencia, de que la visite un escultor?

—La honra, reverendísimo Padre Guardián, es del humilde artista, y sería mucho mayor si el artista pudiera servir en algo á esta santa Comunidad. Un buen anciano muy afecto á ella, y particularmente á Vuestra Reverencia, con quien por feliz casualidad he hablado no lejos de aquí, me ha dicho que Vuestra Paternidad deseaba mandar hacer una efigie del glorioso san Cristóbal.

—Es verdad, hermano, que tengo ese vehemente deseo; pero como también le habrán dicho, la Comunidad es tan pobre, que sólo puede remunerar al artista con sus bendiciones y la hospitalidad durante el tiempo que emplee en la obra.

—Lo sé, reverendo Padre Guardián, y á mí me bastará por parte de la Comunidad esa remuneración, porque la que más deseo es la que Dios pueda añadirle.

—Debo advertirle, hermano, que las constituciones de nuestra santa casa, arregladas á nuestra pobreza y espíritu de mortificación, son tan estrechas en punto á alimento nuestro y de aquellos extraños á quienes damos hospitalidad, que una de sus prescripciones es la de que no podremos alimentar á ningún extraño á la Comunidad á menos que él y uno de los religiosos se conformen con compartir la poca porción de alimento que corresponde á cada religioso. Yo tendré mucho gusto, hermano, en compartir la mía con el caritativo artista que trabaja en dotar á nuestra iglesia de una imagen del glorioso san Cristóbal, á quien tengo mucha devoción, porque á su intercesión debí el no perecer al pasar un río. Diga, pues, hermano, si se conforma con esta dura, pero sagrada prescripción de nuestras constituciones.

—Me conformo gustoso, Padre Guardián.

—Mire, hermano, que es muy dura para el que no está acostumbrado á ella como yo lo estoy.

—Los artistas españoles también están acostumbrados á durezas.

—Pues, hermano, ya que quiere participar de nuestra mortificación, pase conmigo al refectorio, donde ya está reunida la Comunidad propiamente para hacer penitencia.

El Padre Guardián y el maestro de hacer cucharas se dirigieron, en efecto, al refectorio, diciendo Ramón para sí:

—¡Penitencias como la que voy á hacer me dé Dios toda la vida! Si fuera cualquier otro de los frailes el que hubiera de compartir su ración conmigo, no me haría mucha gracia; pero siendo el Padre Guardián, ya es otra cosa, porque naturalmente ha de tener, cuando menos, ración doble y algún plato de *plus* sobre los de la Comunidad.

El Padre Guardián se sentó á la cabecera de la mesa é hizo sentar á su derecha al artista, á quien chocó mucho que sólo hubiera destinado un servicio para los dos, y éste tan pobre, que consistía en un cuchillo, un jarro de agua y una cuchara de madera.

Después de la bendición de la mesa, que dirigió el Padre Guardián, y duró cerca de media hora, pues hubo Padrenuestros, Avemarias, Salves y Credos para infinidad de santos y vírgenes y bienhechores del convento, se sirvió el primer plato, que consistió en una cazuela por barba de alubias guisadas con aceite, sal y ajos.

El Guardián, después de decir á Ramón que las constituciones del convento asignaban en cantidad y calidad la misma refacción á todos los religiosos, incluso el prelado, le dió la cuchara, advirtiéndole que por turno debían servirse ambos de ella, á lo que puso el artista alguna resistencia, diciendo que no debían sus labios pecadores profanar la cuchara salida de los labios del prelado. Turnando la cuchara de mano de Ramón á la del Guardián, y de mano del Guardián á la de Ramón, dieron entre ambos fin á la cazuela de alubias, que, en honor de la verdad, á Ramón parecieron muy buenas y le pusieron el estómago como un reloj, porque á mucha hambre no hay pan duro, y el hambre de Ramón era canina.

Con gran asombro de Ramón, que creía las alubias sólo destinadas á hacer boca y esperaba la sucesión de una porción de platos á cual más apetitosos, terminada aquella refacción que todos, incluso el Padre Guardián, sazonaron con un trago de agua, el Padre Guardián, se puso á dar gracias á Dios por el alimento concedido á la Comunidad.

El maestro de hacer cucharas tuvo tentaciones de dar un gran escándalo, diciendo que aquello no merecía que se diera á nadie gracias por ello, pero se aguantó pensando que más valía tener la tripa llena de alubias, pan y agua, que llena de viento, como hacía mucho tiempo la tenía.

—Ya ve, hermano, le dijo el Padre Guardián en la conversación de sobremesa, que aquí va á hacer verdadera penitencia.

—Padre, contestó Ramón, algo se ha de hacer en el mundo para ganar el cielo; pero explíqueme dos cosas que no acierto á comprender. Yo he oído decir que un tal Horacio dió licencia á los pintores y los poetas para mentir cuanto les diese la gana, pero me parece que mien-

ten demasiado los que pintan todas esas estampas en que no se ven más que frailes y curas sentados á opiparas mesas, ó regodeándose entre toneles ó botellas de exquisitos vinos.

—Hermano, esas son licencias pictóricas, que paga la propaganda de sectas disidentes para calumniar y desacreditar al clero católico.

—¡Ah, ya! Lo comprendo perfectamente, aunque no lo apruebo; pero sáqueme, padre, de otra duda. Si todas esas delicias gastronómico-báquicas son pura licencia pictórica, como en efecto lo son, según lo que veo en esta santa casa, ¿en qué consiste que todos estos benditos religiosos, incluso Vuestra Paternidad, están tan gordos y tan guapos, que da gloria de Dios el verlos?

—Consiste, hermano, en que la tranquilidad de la conciencia es lo que más engorda al hombre.

En este punto el maestro de hacer cucharas, que en asuntos de conciencia era muy lego, se quedó con su duda; pero se la guardó para sí, pensando que las alubias, el pan y el trago de agua le habían puesto el estómago como un reloj.

III

De orden del Padre Guardián proveyóse al escultor de las herramientas necesarias, se trasladó el tronco del peral á la habitación que se había destinado para su estudio, y el escultor comenzó su trabajo, después de pedir y concedérsele, que nadie, incluso el mismo Padre Guardián, entrase en aquella habitación, á fin de que nadie fuese á perturbar su inspiración artística.

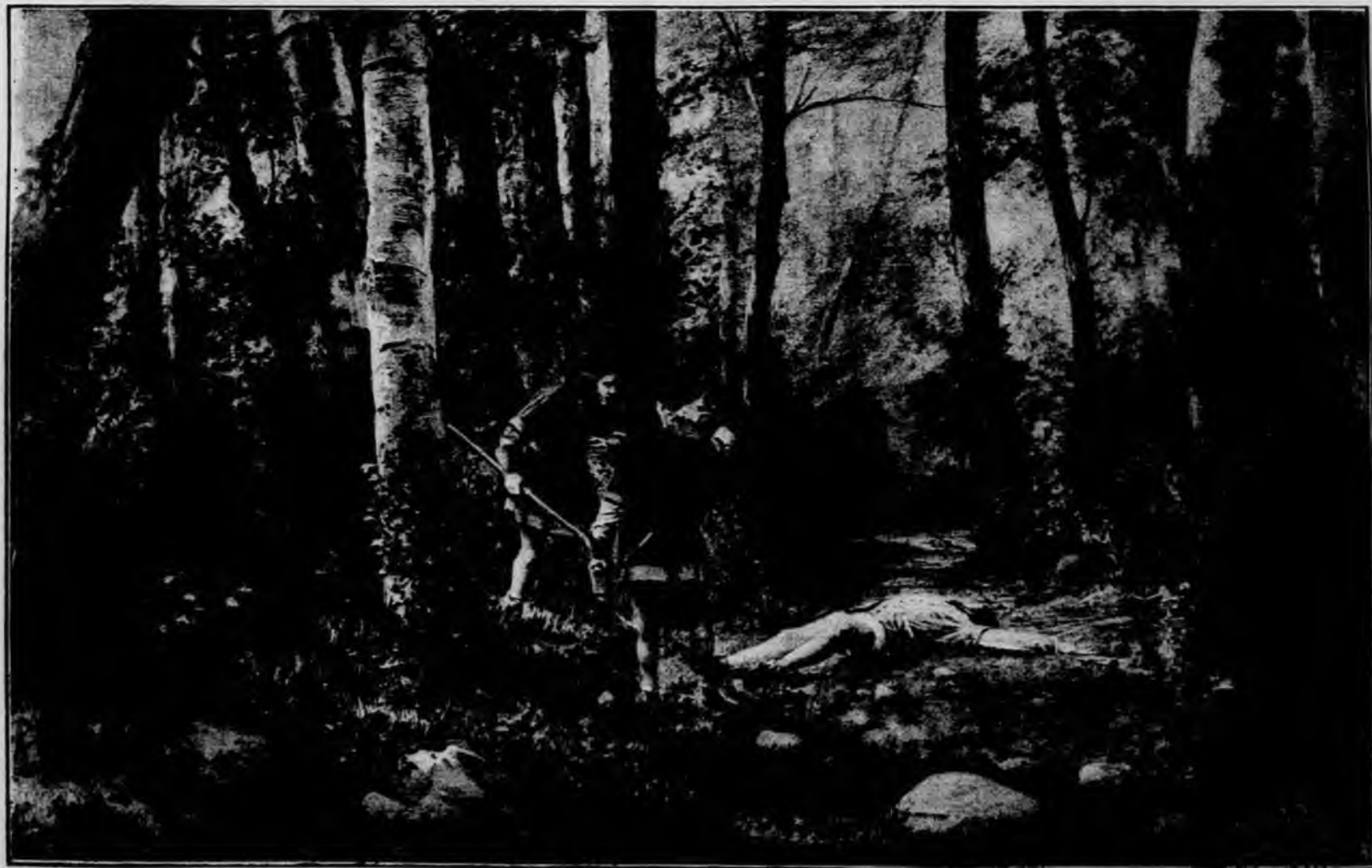
Pasaron días y más días, y Ramón, que parecía el espíritu de la golosina cuando llegó al convento, se iba poniendo tan gordo y guapo. En la tranquilidad de su conciencia no debía consistir esta mejoría, porque ó no la tenía, ó la tenía más negra que el carbón el que por llenarse la tripa engañaba á aquellos benditos frailes haciéndoles creer que sabía hacer santos, cuando con muchísima razón le habían puesto en su pueblo por apodo el maestro de hacer cucharas, porque no sabía hacer nada; pero la verdad era que las alubias estaban muy bien guisadas; alguno que otro día se reemplazaban con lentejas ó patatas, estas últimas con su pizquita de bacalao, y los días de incienso hasta se sustituían con un potaje de garbanzos y espinacas, que era para chuparse los dedos. Naturalmente, esto era gran cosa para el que hacía mucho tiempo se acostaba con una ración de hambre y se levantaba con otra de necesidad, aunque el hombre tuviera la conciencia como un tizón. Así era que Ramón, si algo pedía á Dios en sus cortas oraciones, era que le permitiese vivir en aquella santa casa el más largo tiempo posible. Lo único que le mortificaba un poco era que la ración que compartía el Padre Guardián y él le dejaba siempre con gana de algunas cucharadas más, porque el Padre Guardián era mucho más diestro que él en colmar la cuchara; pero aun de esto se consolaba pensando que es sapientísima máxima higiénica la de que el que no quiera que le empache un manjar, lo conseguirá infaliblemente absteniéndose de hartarse de él.

La Comunidad toda, y particularmente el Padre Guardián, ardían en deseos de que terminase la imagen del glorioso san Cristóbal, que debía representar á este gran santo pasando un río, apoyado en un tronco de árbol que le servía de bastón, y con el Niño Dios en sus hombros, y no cesaban de preguntar á Ramón á qué altura llevaba su trabajo.

—Ya le tengo á la altura de la cabeza, contestó Ramón un día, pero al siguiente se presentó al Padre Guardián, lleno de consternación.

—¿Qué le pasa, hermano? le preguntó el Guardián alarmado.

—Padre, me pasa, ó mejor dicho, nos pasa una gran desgracia, con que sin duda Dios ha querido castigar mi vanidad artística. Tenía ya casi concluido el san Cristóbal, con perfección tal, que... lo confieso, Padre, la vanidad más pecaminosa se había apoderado de mí, y cuando iba á emprender con la cabeza, que era lo único que me faltaba, me he encontrado con un con-



MUERTE DE DON JUAN I DE ARAGÓN, EL «CAZADOR.»—CUADRO DE FÉLIX URGELLÉS

Ayuntamiento de Madrid

denado nudo en el trozo correspondiente á ella; de modo que he perdido todo el trabajo, y tenemos que renunciar á hacer del tronco del peral la imagen de san Cristóbal.

—¡Qué dolor, hermano, qué dolor! exclamó el Padre Guardián desconsolado. Un santo tan grande...

—Por lo mismo, Padre, que era un santo tan grande...

—No hablo, hermano, de la grandeza corporal del santo sino de la espiritual.

—Es verdad que la grandeza espiritual y corporal corrían parejas en el glorioso san Cristóbal.

Toda la Comunidad participó del dolor del Padre Guardián cuando supo aquella gran desgracia.

—Una cosa me ocurre, Padre Guardián, dijo el escultor después de un rato de profunda meditación. Vuestra Paternidad tenía en tal estima el tronco del peral, que quería santificarle convirtiéndole en un santo.

—Es verdad, hermano, que no otra cosa merecía el tronco del árbol que con tan apacible sombra y tan sabrosas peras me había regalado durante muchos años.

—Pues en ese caso, si á Vuestra Paternidad le parece, ya que no podemos hacer de él un san Cristóbal, haremos un santo más pequeño; por ejemplo, un san Juan Evangelista, que, como mozo imberbe en la época de su vida en que se le representa, no había llegado aún al complemento de su estatura.

—Me parece muy bien, hermano, contestó el Padre Guardián lleno de alegría. Y ciertamente que san Juan Evangelista, el discípulo más amado de Jesús, no fué santo menor que san Cristóbal en lo espiritual, aunque en lo corporal lo fuese. Nada, nada, hermano, haga un san Juan Evangelista de la madera que le quede útil.

—Así lo haré, Padre Guardián, y ruegue á Dios que no tengamos una nueva desgracia, porque los nudos son la desesperación de los artistas que trabajamos madera.

—Es verdad, hermano, y en prueba de ello le voy á contar una anécdota curiosa. Uno de nuestros religiosos fué á confesar á un carpintero que se hallaba en peligro de muerte, y como le preguntase si perdonaba á todos los que le habían hecho daño, le contestó el carpintero: «Sí, Padre, á todos les perdono, menos á los nudos, que son los que me han hecho desesperar en esta pícara vida.»

—Pues yo contaré á Vuestra Paternidad cosas no menos curiosas en ese punto. ¿No ha oído Vuestra Reverencia contar lo que hizo el diablo con el glorioso san José cuando el Santo trabajaba de carpintero?

—No, hermano; cuéntemelo, que bien necesito que me distraigan un poco del dolor que me ha causado la triste noticia que ha venido á darme.

—Pues ha de saber, Padre, que el diablo se daba á doscientos mil demonios viendo que el santo carpintero no tenía por donde él pudiera echarle la uña, y que hasta las malas partidas que le jugaba venían á resultar en beneficio del Santo, y aun del arte, como sucedió con lo de la sierra.

—¿Qué fué eso de la sierra, hermano?

—La sierra era entonces un instrumento imperfecto, pues como sus dientes formaban línea recta en vez de estar, como ahora, ladeados alternativamente á derecha é izquierda, corría poco, y era necesario darle sebo á cada instante para que corriese. El diablo pescó una noche la de san José, y con un alicate le fué ladeando los dientes, y después de hacer esta operación se marchó muy satisfecho, creyendo que el Santo iba á echar sapos y culebras por la boca cuando se pusiese á aserrar y viese que la sierra no hacía más que magullar la madera. Abrió san José su taller la mañana siguiente, cogió su sierra, se puso á aserrar, y se quedó agradablemente sorprendido al ver que la sierra, sin darle sebo ni nada, adelantaba más entonces en un minuto que antes en un cuarto de hora. Examinándola, vió en qué consistía

aquello, y adivinando que era efecto de alguna *trama* del diablo, convertida por Dios en adelanto del honrado arte de la carpintería, llamó *tramar* á la operación hecha por el diablo en la sierra, y así se llama aún aquella operación.

Al Padre Guardián, como era tan bendito, le entró tal risa al oír el cuento del maestro de hacer cucharas, que se tumbó en su sillón celebrando el chasco que se había llevado el diablo.

—Pues oiga Vuestra Reverencia, continuó Ramón, otro chasco que el enemigo malo se llevó con el glorioso san José.

—Cuenta, cuenta, hermano, dijo el Guardián conteniendo aún con dificultad la risa.

—Entonces, para alisar la obra labrada con azuela ó hacha, se usaba un pedazo de madera dura, que se pasaba y repasaba sobre ella. Una noche cogió el diablo el alisador de san José y se entretuvo en embutir en él la parte inferior de un formón, de modo que estuviese tan disimulado que el Santo no lo conociese, y cuando fuese á alisar la madera, el corte del formón, que apenas sobresalía media línea del alisador, le magullase la obra. San José, apenas abrió el taller la mañana siguiente, cogió el alisador y se puso á alisar una tabla, y se quedó agradablemente maravillado al ver que de dos boleos quedaba la tabla como la seda. Al ir á averiguar en qué consistía aquello, echó de ver la pillada del diablo, y burlándose de él, exclamó: ¡*Ce pillo!* (porque el Santo ceceaba un poco, cosa que daba mucha gracia á su conversación), y desde entonces le quedó el nombre de *cepillo* al alisador perfeccionado por el diablo, con gran adelanto del honrado arte de la carpintería.

Al Padre Guardián, que era una alhaja para lector ú oyente de los cuentistas que tienen poca gracia como yo para contar, le entró de nuevo tal risa, que el maestro de hacer cucharas creyó que se desternillaba.

A fin de contenerla, el maestro de hacer cucharas se apresuró á continuar:

—Cansado el diablo de hacer al Santo jugarretas, en que siempre le salía el tiro por la culata, se puso á idear una diablura de padre y muy señor mío, y al fin dió con ella. Cogió un poco del venenillo que destila la lengua de los envidiosos y maldicientes, que son una misma cosa, derramó gotas de él en la madera en que iba á trabajar el Santo, de cada gota resultó un nudo más duro y empedernido que el corazón de los egoístas, y cuando el santo carpintero se puso á trabajar, los nudos le hicieron tan mala obra, que perdió la paciencia de tal modo, que si no hubiese sido un carpintero tan santo y bien emparentado, de seguro no hubiera ido al cielo.

Dejando aún al Padre Guardián tumbado en su sillón reventando de risa, el maestro de hacer cucharas se fué á hacer el san Juan Evangelista.

IV

Así el Guardián como la Comunidad molían al escultor pidiéndole noticias del santo Evangelista, porque hacía ya meses que había emprendido aquella nueva escultura, y no le llegaba la camisa al cuerpo, temerosos de que el diablo se la echase á perder derramando en la madera alguna gota del venenillo de marras, que diese por resultado un nuevo nudo.

En cuanto al escultor, aseguraba que la obra iba á su gusto y no tardaría en terminarla, y aunque no echaba barriga, como la habían echado el Padre Guardián y los frailes, sin duda porque tenían la conciencia más tranquila que él, pedía á Dios que le permitiese hacer penitencia el resto de su vida en esta santa casa, porque desde que entró en el convento tenía el estómago tan arregladito cuanto desarreglado le tenía antes de entrar.

Pero cate usted que un día se presenta al Padre Guardián, exclamando lleno de consternación:

—¡Ay, Padre Guardián, qué gran desgracia!

—Hermano, ¿qué es lo que ocurre? le preguntó el prelado con los pelos de punta.

—Lo que ocurre es que al ir á esculpir la cabeza del Evangelista para dar por terminada mi obra, me he encontrado con un enorme nudo en ella.

—¡Por vida de los nudos de mis pecados! exclamó el Guardián perdiendo la paciencia por la primera vez de su vida; pero recordando que aquellos nudos podían ser obra del diablo, para que la perdieran él, el escultor y la Comunidad, hizo un gran esfuerzo para recobrarla, y la recobró, y preguntó al escultor con mucha calma:

—Y dígame, hermano, ¿tendremos que perder toda esperanza de convertir en veneranda imagen el peral que tan grata sombra y tan sabrosas peras me dió?

—No, reverendísimo Padre: aún puedo hacer con lo que queda de su tronco una imagen, por ejemplo, la de la Virgen María, que naturalmente, como mujer, era de menos estatura que san Cristóbal y san Juan Evangelista.

—¡Alabado sea Dios por el consuelo que nos proporcionó con esa ideal exclamó el Padre Guardián alzando los ojos al cielo. Haga, hermano, la imagen de la Virgen María, y así saldremos ganando con no haberle permitido al enemigo malo hacer la de san Cristóbal ni la de san Juan Evangelista, que, aunque fueran grandes santos, su santidad no admite comparación con la de la Madre de Dios!

El maestro de hacer cucharas se adhirió en un todo á este parecer del Padre Guardián, y volvió á encerrarse en su estudio por espacio de meses enteros, en que diariamente encargaba á los religiosos, cuando de sobremesa se hablaba de su obra, que procurasen con sus oraciones ahuyentar al diablo para que no se la echase á perder con algún nuevo nudo.

Los buenos religiosos no omitían medio de cumplir aquel encargo; pero á pesar de esto, los temores del escultor y la Comunidad se realizaron, porque días después de haber anunciado el primero que se acercaba el término de su obra, anunció, lleno de consternación, de que participó la Comunidad, y muy particularmente el prelado, que el diablo con su nuevo nudo le había echado á perder por tercera vez la escultura.

—Hermano, dijo al artista el Padre Guardián, no puedo resignarme á abandonar la esperanza de convertir el tronco del peral, que tan grata sombra, y sobre todo tan sabrosas peras me regaló por espacio de muchos años, en un objeto sagrado, ó cuando menos, si sagrado no pudiese ser, en un objeto profano.

—Sagrado ha de ser, Padre Guardián, contestó el escultor con resolución tal, que llenó de esperanza y alegría al prelado y aun á toda la Comunidad. Es verdad que la madera que nos queda del tronco del peral tendrá la altura de un perro sentado; pero aun así puede salir de ella un precioso Niño Jesús.

—¡Hermano, Dios le bendiga por esa ideal exclamó el Padre Guardián, y toda la Comunidad le hizo coro con un *amén*. ¡Un Niño Jesús! la imagen del Redentor dos veces santa por su personificación divina y por su representación de la gracia y la inocencia humanas!... Sí, hermano, háganos de mi querido peral una imagen del Niño Jesús.

El maestro de hacer cucharas volvió á encerrarse en su estudio, y la Comunidad á matarse para ahuyentar de él al diablo, temerosa de que volviera á hacer alguna de las suyas. En cuanto al Guardián, era tanta su alegría con la esperanza de que su querido peral se iba á convertir en una preciosa imagen del Niño Jesús, que hasta se le aumentó con ella el apetito, á pesar de que, gracias á Dios, siempre había sido bueno, con gran sentimiento del maestro de hacer cucharas, que no había encontrado medio de colmar la suya como el Padre Guardián, y por tanto salía muy perjudicado en el reparto de la refacción.

Meses hacía que el escultor se ocupaba en la obra del Niño Jesús, cuando un día se presentó al Guardián muy afligido, participándole que una vez más le había echado á perder el diablo la obra con un nuevo y terrible nudo.

El Padre Guardián se echó á llorar al ver que había desaparecido su última esperanza; pero el escultor le consoló sacando de debajo de la blusa un cucharón de madera, y anuncián-

dole que por fin había conseguido utilizar la del peral haciendo con ella aquel utensilio de refectorio, que permitía al humilde artista no profanar con sus pecadores labios la cuchara de los santos del prelado.

—¡Ah, hermano! exclamó el Padre Guardián arrebatándole el cucharón, esta cuchara ha de ser para mi uso, que siendo hecha de la madera de mi querido peral, el alimento que tome con ella me será doblemente sabroso. Vamos al refectorio, donde ya nos espera la Comunidad, que tengo ansia de estrenar esta preciosa cuchara.

El maestro de hacer cucharas, al ver que le había salido el tiro por la culata, como al diablo cuando se las hubo con el glorioso san José, tuvo intenciones de romperse el bautismo saltando por la ventana. Se había propuesto proveerse de una cuchara que, aun sacándola cortésmente del plato sin colmarla, le proporcionase doble ración, y se encontraba con que había trabajado para el obispo ó, lo que venía á ser lo mismo, para el prelado.

La desesperación del maestro de hacer cucharas dejó vacío el plato, y á su compañero de manducatoria poco menos que alpiste.

—Esto va mal y retamal, dijo para sí al retirarse del refectorio con la tripa poco menos que llena de aire, como cuando entró en el refectorio por primera vez. ¿Y qué es lo que yo me hago ahora? Si tomo el portante por esos mundos de Dios, vuelvo á las andadas, es decir, á acostarme en ayunas todas las noches. Y si permanezco aquí como huésped, cosa que es muy dudoso se me permita después de haberse visto, ó cuando menos sospechado, que sólo me corresponde el título de maestro de hacer cucharas, el Padre Guardián me hará ladrar de hambre con ese maldecido cucharón fabricado por mí. Lo que á mí me conviene es ingresar en la Comunidad con derecho propio, ó hablando en plata, meterme fraile en este convento. Sí, señor; decididamente me meto fraile, y así tendré como cada quisque mi cuenco de potaje, que despacharé sin andar en comanditas, porque ni á Cristo Padre daré yo parte en mi refacción, y pronto empezaré yo á echar barriga como los demás religiosos, tanto más, cuanto que entonces tendré la conciencia tan tranquila como el primero de estos siervos de Dios.

Dicho y hecho: Ramón, que casi se llamaba ya á sí mismo fray Ramón, hizo en toda regla su petición de que se le admitiera de hermano lego, y el Guardián, antes de resolver, consultó el caso con el hermano Séneca, que, por supuesto, estaba bien enterado de los antecedentes del peticionario, y ya más de una vez se había mostrado reservado y caviloso cuando se trataba de él.

El dictamen del hermano Séneca fué el siguiente:

—Dios es un Señor infinitamente bueno, sabio, poderoso y justo, y el deseo de llenar la tripa sin trabajar no es suficiente mérito para ser admitido á su servicio. Los que no ven más allá de sus narices intelectuales, y otros que, aunque vean, hacen que no ven, suponen que éste es el único mérito que nos abre á los frailes las puertas del convento, y ni Dios, ni nosotros podemos asentir con hechos á esta suposición de los que no ven más allá de sus narices intelectuales, ó, aunque vean, hacen que no ven.

El Padre Guardián, en vista de este dictamen, despidió del convento al maestro de hacer cucharas con un *non possumus*, una bendición y un zoquete de pan.

¿Y qué ha sido del maestro de hacer cucharas? Yo se lo diré á ustedes: se metió á hombre político y se las bandeó muy bien, unas veces como republicano, otras como carlista, otras como zorrillista, otras como sagastino, otras como canovista, y otras como moderado. Más aún les diré á ustedes, es hombre de tal influencia en la política española, que á él se deben principalmente todas las grandes desventuras que España ha experimentado en estos últimos años, desde que las inició el derrumbamiento del trono de San Fernando, hasta que las coronó el derrumbamiento del árbol de las libertades vascongadas!

ANTONIO DE TRUEBA.



MANILA Y SUS ALREDEDORES

FOR EL

DR. SAMUEL KNEELAND

(CONCLUSIÓN)

Las calles están iluminadas por el petróleo, porque las cañerías para el gas no pueden establecerse en un suelo tan movedizo. En las casas particulares y en todas las tiendas se usan velas y unas grandes lámparas alimentadas con aceite de coco; por donde se ve que el temor á terremotos imprime un sello especial á las costumbres públicas de todas las clases. Las viviendas de los indígenas las construyen de bambúes, cubriéndolas de hojas de nipa. Afortunadamente, esta construcción es baratísima y rápida, pues á causa de la combustibilidad de estos materiales y del sistema de iluminación son muy frecuentes, en estas barracas, los incendios.

Siendo tan escasa la población, el aspecto de la ciudad tiene poquísimo interés para el viajero. Las calles son angostas y lóbregas, transitando por ellas casi exclusivamente sacerdotes, empleados del gobierno y mercaderes chinos, que son los que habitan las casas más sólidas y oscuras. Esto, por lo que respecta á la ciudad antigua, la cual no participa, ciertamente, de la actividad de la moderna, tan llena de conventos, hospitales, escuelas, oficinas y otros locales que atraen la concurrencia. Su aspecto es el de una estéril decadencia, y su sociedad se compone exclusivamente de órdenes religiosas y pequeñas camarillas. Los españoles peninsulares miran con cierto menosprecio á los isleños, y éstos hacen otro tanto con los mestizos y los indios. Estas capas sociales parece que se confunden durante el día, merced á las exigencias de la vida, pero esta confusión es la del agua y el aceite, que se separan en cuanto cesan de agitarse. Cada clase social vive en un ambiente propio y distante de los demás, de donde resulta que no pueden concertarse para ningún fin político, situación que al gobierno de la metrópoli le tiene cuenta y que se guardará muy bien de modificar en cuanto de él dependa. El único punto sobre el cual parece existir una completa unidad de sentimientos en el terreno oficial, es la ojeriza á los extranjeros, siendo de notar que los chinos son, de todos, los más odiados.

Los teatros son insignificantes, los conciertos muy raros, no hay bibliotecas públicas, pero sí muchos bailes, y casi todos los domingos riñas de gallos. El establecimiento de los reñideros lo consiente el gobierno mediante una contribución que produce anualmente muy buenos rendimientos en el archipiélago, aunque de algunos años acá tiende á disminuir de una manera considerable. Las riñas suelen celebrarse los domingos y demás días festivos desde la salida de misa mayor hasta la puesta del sol. Las apuestas son limitadas por la ley á la cantidad de cincuenta pesos fuertes, pero, en realidad, las hacen mucho más altas. El indio cuida meses

enteros á su gallo con paternal cariño, poniendo sobre su cabeza cuanto posee, con lo cual expone, en menos de un minuto, lo que adquirió y conservó á costa de grandes y prolongados sacrificios. El largo puñal que llevan atado á la pata izquierda equipara el gallo más cobarde al más fuerte y valeroso. Se han hecho algunas tentativas para suprimir este vicio nacional; pero no habiendo producido nunca otro resultado que un general y peligroso descontento, el gobierno ha acabado por renunciar á su propósito, contentándose con sacar una buena renta de este vicio, imponiéndole algunas restricciones para evitar el menoscabo de la propiedad pública. Agrúpase la muchedumbre ávida de contemplar aquel popularísimo espectáculo, que resulta muy animado y alegre con el estrépito incesante de los concurrentes y de los gallos atados por la pata, formando largas hileras, no menos que por la charla de sus amos, que vociferan como unos energúmenos al hacer sus apuestas. Yo he visto pagar cincuenta pesos por un gallo, al cual su amo acariciaba como un ser mimado, llevándolo amorosamente en sus brazos y pasándole, sin cesar, la mano por el cuello y la cola. Para él era el belicoso volátil lo que el caballo para el jokey ó el perro para el cazador: un amado compañero.

Las rentas de las islas provienen de una contribución directa llamada *tributo*, impuesta á todos los indios, mestizos y chinos y al tabaco, derechos de exportación é importación y el impuesto sobre la renta. Estos réditos empléanse en la colonia.

El único producto que va á España es un gran número de hojas de tabaco. Las principales exportaciones á los Estados Unidos, Europa y Australia son cáñamo, azúcar, tabaco y cigarros, café, cacao, maderas tintóreas, arroz, pieles, sombreros y tejidos vegetales.

Las mujeres tagalas suelen tener el talle erguido y las facciones groseras, y sobre todo las que acuden todas las mañanas, desde los pueblos circunvecinos, á vender verduras y frutos; pero su vestido es excesivamente pintoresco por la brillantez de sus colores. Consiste en una camisa corta de tela ligera, usualmente blanca como la nieve, de fino cáñamo ó *sinamay* y con frecuencia de considerable valor, una saya ó sarong de brillantes colores que se extiende desde la cintura hasta los pies, cubriéndola á modo de delantal un tapiz cuadrado y de pliegues de ropa oscura, tan ceñido á las caderas, que las obligan á dar unos pasos muy cortos, produciendo en el traje un contraste que lo realza muy agradablemente. Generalmente no se lleva en las demás provincias ni suelen usarlo las mestizas españolas. No siempre llevan camisa y zagalejo, resultando de ahí que muchas veces es su traje sobradamente primitivo. Échanse á las espaldas un mantón con el cual se cubren á menudo la cabeza y que les da un aire muy poco gracioso, haciéndolas parecer á veces jorobadas. Calzan unas diminutas chinelas que apenas les cubren los pies, sujetándolas tan sólo con los dedos meñiques. Es un calzado bastante malo y muy poco á propósito para la limpieza de los pies. Por regla general los tienen pequeños, y para realzar el efecto de las chinelas suelen pintar los talones de color encarnado. La mayoría de los niños no llevan más ropa que su propio pellejo. El traje de los hombres consiste en una camisa clara, más ó menos fina, y generalmente blanca ó cenicienta sobre los pantalones. El sombrero, que llaman *salacot*, es de forma semiesférica ó puntiaguda, fabricado con juncos, hierbas y bambúes del país, y no tienen precio para preservarse del sol y de la



From Harper's Magazine.—Copyright, 1890, by Harper & Brothers.

Tipo tagal

lluvia. Su valor varía entre veinte céntimos y varios pesos, y los hay ricamente adornados de plata.

Los mestizos son las razas más vigorosas y opulentas de las Filipinas, ora procedan de sangre española ó china.

Uno de los tipos más interesantes de Manila es el de la cigarrera. Al ponerse el sol vense todos los días á centenares de mujeres saliendo en grupos de un largo y bajo edificio próximo á uno de los puentes, todas vistiendo el sencillo y pintoresco traje de las indias. Las hay de todas edades, desde los veinte hasta los cincuenta, y las más de ellas tienen hermosos ojos, magnífica cabellera y rostro agradable, aunque de bastas facciones. Muchas de estas mujeres, que trabajan en las factorías del gobierno y de los particulares, son chinas mestizas, como



From Harper's Magazine. Copyright, 1896, by Harper & Brothers.

Cigarrera

claramente lo indica la posición oblicua de sus ojos, á pesar de que por otra parte tienen las mejillas anchas como la raza malaya. El número total de personas empleadas en esta industria, en la ciudad y en sus alrededores, asciende próximamente á 22,000, de las cuales sólo 1,500 pertenecen al sexo masculino. La capa exterior del cigarro la hacen con una ó dos hojas alisadas por unas pequeñas piedras y las llenan de pequeños pedazos de tabaco arrollado, uniéndolas en ambos extremos por una pasta. Después los cortan con unas tijeras. Esta labor la hacen sobre unas mesas de madera, que no alcanzan sino un pie del suelo, en unas habitaciones muy bien ventiladas. En cada una de ellas hay centenares de obreras. A cada lado de las mesas hay diez de ellas. Estos muebles tienen cerca de un metro de anchura y están situados el uno muy cerca del otro, no quedando sino un angosto paso. Todas se sientan sobre sus talones ó en unos taburetes de bambú que no tienen sino dos pulgadas de alto. Sólo un tagal es capaz de mantenerse en una posición tan incómoda por espacio de tantas horas. Los únicos instrumentos que usan son los dedos, los martillos, las tijeras y la pasta. Meten un ruido insoportable, golpeando la mesa con sus manos de almirez de piedra y con su charla incesante, á la cual no pone coto sino la aparición del inspector.

Van á la fábrica muy de mañana y salen de ella al anochecer, debiendo muchas de ellas cruzar largas distancias á pie ó en botes para volver á sus casas. En aquellos momentos ofrece un animado cuadro aquella bulliciosa y alegre muchedumbre.

El tabaco ha sido siempre, y probablemente continuará siendo, la renta más importante de las Islas Filipinas, por lo que respecta al gobierno. La antigua legislación obligaba á los indios á cultivarlo en ciertas regiones, en las cuales, con dificultad, se cubren las necesidades de la vida, prohibiéndoles, bajo severas penas, dedicarse á otro. Desde el mes de Enero de 1883 el cultivo, la venta y la manufactura de tabacos son libres, y esta libertad estimula la producción y el mejoramiento de la planta.

Los mejores cigarros se venden á buen precio. El trabajo de las factorías es puramente manual, pero es de esperar que esta industria no tardará en adquirir un gran desenvolvimiento con el auxilio de la maquinaria. La demanda del material no elaborado, ó sea en estado nativo, es allí desconocida.

Celébranse allí muchas fiestas religiosas, teniendo cada aldea un día consagrado á su santo patrono, bajo la dirección del clero, que pertenece allí á todas las clases, desde el castellano rancio hasta el indio puro. Todos los días llevan el nombre de algún santo, al cual se honra, y cada católico tiene por protector y patrono aquel cuyo nombre lleva. Es una fiesta que ocupa el lugar de la del natalicio, y se celebra con bailes y regocijos, á los cuales se invita especialmente á los tocayos.

En las fiestas de aldea se adornan é iluminan las casas, y álzanse en las calles arcos de flores colgando de ellos muchos farolitos; sitúanse bandas de música en las plazas, y las danzas, los teatros y los fuegos artificiales animan y alborozan á la muchedumbre. Todos abren sus casas obsequiando á los visitantes en la medida de sus facultades, y no se ve nunca, en medio de tales y tan agitados concursos, ninguna reyerta ni caso alguno de borrachera, lo cual debe atribuirse, en gran parte, á la prohibición de expendir públicamente bebidas espirituosas.



From Harper's Magazine.

Copyright, 1906, by H. R. & B. Co.

Una calle de los suburbios con chozas de nipa

Los actuales indígenas del archipiélago son, indudablemente, de linaje malayo; tienen el mismo carácter, el mismo aspecto y costumbres que las ramas bárbaras de esta raza, pero sus facciones son más agradables. Las de las islas meridionales tienen más semejanza con los malayos que los tagales de Luzón, más ó menos mezclados con los chinos, japoneses y negritos.

Son una raza de hermosas formas y gallarda estatura, tez cobriza, cabellera negra y ruda, y barba rala; tienen la cabeza bien formada, aunque aplastada en su parte inferior, la nariz deprimida, las mejillas prominentes, el rostro ovalado, la barba estrecha, la boca ancha, con los labios delgados y la dentadura blanca y robusta, los ojos negros y brillantes, y los pies pequeños.

Son en número de cinco ó seis millones, ó tal vez más, están sujetos á escasos tributos, no necesitan trabajar mucho para su manutención y alegran su existencia muchas fiestas de carácter semirreligioso. Por lo demás, tienen una grande afición á la música, al baile, á las riñas de gallos y al juego de la lotería. Estos dos últimos son especialmente autorizados por el gobierno. Por regla general desempeñan el oficio de criados, labradores, empleados del gobier-

no, y á veces oficiales de pequeña graduación. Raras veces ocupan posiciones de responsabilidad, pues, aunque habituados á las costumbres de la civilización, son unos niños grandes, voluntariosos, volubles, imprevisores, poco amantes del trabajo y grandemente aficionados al juego. Su amor al fausto y á la ostentación lo descubren en el vestido, en sus casas y en sus ceremonias religiosas. Aman el dinero, y muchos de ellos son bastante industriuosos, mas no son capaces de hacer un esfuerzo para adquirirlo. La naturaleza provee al indio de arroz, frutos, hierba y pescado, y su propio pellejo es su principal vestido. Por ahí se podrá comprender cuán poco experimenta la necesidad de trabajar. Sus ideas respecto á la propiedad participan mucho de la teoría platónica desarrollada en el tratado *De la República*. Su aldea es su mundo, y los juegos, las distracciones y los pesares de sus vecinos los consideran como propios; su casa está siempre abierta y su mesa aparejada para el amigo y el extranjero, y no comprende que pueda existir bienestar privado distinto del bienestar público: quiere el bien para todos.

El indio es á su manera un filósofo; tiene pocas necesidades y las satisface fácilmente llevando una vida sencilla y apacible bajo las palmeras de su delicioso clima. En la cabaña erigida á orillas del río que se desliza entre bananos y bambúes, y rodeada de árboles y flores, pueden encontrarse muchas parejas representando al vivo á Pablo y Virginia y que sería una lástima afligir con las reyertas, los celos, la codicia y las pasiones de la civilización. Pero ¡ay! esa sencillez arcadiana no puede subsistir mucho tiempo allí donde impera la influencia europea.

Los lazos de familia son estrechos entre aquellos naturales, pero tienen, como hemos dicho, ideas muy especiales acerca de lo que llamamos la propiedad. La costumbre que ambos sexos usan sin distinción de edades, de ocupar juntos una misma habitación día y noche, no es muy idónea para conservar la moralidad ni la limpieza. Son veraces y respetuosos, intrépidos en el peligro y soldados y marinos excelentes, y tienen, además, una imaginación que les sugiere toda suerte de recursos para salir de un mal paso. No les preocupa mucho la idea de la muerte, como no sea para desear unas espléndidas exequias, y tienen escasa fe en los escapularios que llevan; mas en cambio conservan en el fondo de su ánimo las supersticiones peculiares de su raza, creyendo á pie juntillas que las almas de sus antepasados habitan los bosques de las islas.

Generalmente las casas de los indígenas son hechas de bambú y cañas, cubiertas con hojas de palma de nipa y sostenidas por postes de madera, y tan baratas que la vivienda de dos recién casados no suele costar más allá de quinientas libras. Estos nidos humanos fabricanse habitualmente en los más hermosos parajes de las orillas de los ríos, allí donde es más opulenta y poética la vegetación, rodeados de jardines con estanques, por donde discurren graciosamente los cisnes, con barracas para los baños y amarradas á la orilla las canoas provistas de los avíos para la pesca.

Traducido del inglés por

J. COROLEU.

NUESTROS GRABADOS

PROYECTO DE MONUMENTO Á MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

POR AGAPITO VALLMITJANA

Es indudable que á Cervantes no se ha erigido en España un monumento que sea digno de su fama universal é imperecedera. Acaso la magnitud del intento ha arredrado á los artistas para emprenderlo, porque en verdad se hace difícil que la arquitectura y la escultura inventen algo que en grandeza corresponda al mérito insigne de Cervantes y á las bellezas de su admirable fábula de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Agapito Vallmitjana, el laureado escultor, de cuyo talento tendrán noticia todos nuestros lectores, enamorado de Cervantes y de sus obras, ha querido prestarle tributo de admiración, componiendo y modelando el proyecto de monumento que damos en este número, fielmente reproducido por la fototipia. Casi es excusado que señalemos el acierto con que ha realizado su propósito, porque la inspección de la lámina lo dice bas-

tantemente. Adoptando la forma piramidal, casi la única posible tratando de coronar el monumento con la estatua, á pie, del personaje á quien se dedica, ha procurado Agapito Vallmitjana imprimirle un carácter español por medio de la ornamentación que en algunos detalles presenta ciertos dejos de arabesca. Pensando en Cervantes, hubo de pensar en seguida, primero y sobre todo, en su *Don Quijote*, porque sin disputa es

la obra privilegiada de su privilegiadísimo ingenio. Detalles felices, como pintura del corazón humano y de sus pasiones y miserias hay en las *Novelas ejemplares*; primores de concepto y de dicción en *Persiles y Sigismunda*, pero éstas y las demás creaciones de Miguel de Cervantes se quedan tamañitas ante su colosal novela,

su prodigioso poema, de una originalidad no superada por ninguna otra de las humanas creaciones en las letras; pintura exacta del hombre en lo que tiene de más sublime; trasunto también fidelísimo del buen sentido popular español, así en lo que ofrece de bueno y honrado, como en sus malicias, sátiras y donaires, modelo inimitable de delicadeza y de gracia, serie de portentos en la manera de expresar los más difíciles conceptos, patrón del estilo y del lenguaje castellanos reconocido por cuantos han estudiado á fondo el gallardo idioma de Castilla. Esta concepción maravillosa se impuso, pues, á la imaginación de Agapito Vallmitjana, cuando pensó en componer, y luego después cuando llevó á ejecución, su proyecto de monumento á Cervantes,



ESTATUA DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA

(Del proyecto de monumento á Miguel de Cervantes Saavedra, por AGAPITO VALLMITJANA)

tes, obrando en esto con plausible acuerdo, porque los monumentos que se dirigen á todas las clases sociales, á los doctos como á los ignorantes, es fuerza que hablen claro y que sinteticen en pocas formas gráficas lo que el artista se haya propuesto recordar y conmemorar con ellos. La gloria mayor de Cervantes fué, ha sido, es y será el *Don Quijote*, y por ello el escultor catalán colocó en lo alto de la pirámide la

estatua retrato del ilustre autor, dándole la majestad y nobleza que resplandecen en su poema y los rasgos que han marcado sus más minuciosos biógrafos, poniendo á los dos lados en el segundo cuerpo las estatuas de don Quijote y de Sancho Panza, las dos imperecederas figuras que él creó, y figurando á la Fama que premia con coronas aquella peregrina invención simbolizada—como decimos— en sus dos principales personajes.

No menos afortunado se muestra Agapito Vallmitjana en las dos estatuas que separadamente pueden verse en las páginas 179 y 180 de este número, pudiéndose apreciar perfectamente sus bellezas escultóricas. Caballero Don Quijote en Rocinante alza los ojos al cielo, indicando que sus quimeras, si lo fueren, pertenecen á una región ideal, en la que puede apreciarse toda la hermosura del alma humana, de sus aspiraciones y de sus ensueños. Gallardo aparece el caballero manchego, con el lanzón á punto de emplearlo en desfacer entuertos, sin que en nada resulte ridículo, como no lo son sus empresas, á pesar de los palos, manteamientos, sustos, quebrantos y desdichas de toda suerte que le valieron. Por contrario sentido va Sancho sobre el rucio, caída la cabeza como dormitando, doliéndose de las fatigas que ha de soportar, pero siguiendo y obediendo á su amo, admirándole en medio de sus locuras y queriéndole siempre, como aquellos viejos servidores españoles que antes morían que abandonar á su señor, y menos admitir en él mácula ni defecto alguno. A lo alto señala Don Quijote; á la tierra señala Sancho Panza, y allá se van con sus caracteres las respectivas caballerías, porque Rocinante anda al paso, pero moviéndose como corcel de hidalgo, que quiere mostrar bizarria, y el rucio camina reposadamente, sin alzar apenas los cascos del suelo, según lo demanda el aire del escudero que lo monta. Estas dos estatuas componen muy bien el centro del monumento, dándole variedad de líneas, atrayendo la atención del espectador, que de ellos pasa á la estatua de la Fama, y seguidamente á la del famoso escritor, gloria de las letras patrias y regocijo de los españoles, y aun de los extranjeros, pasados, presentes y venideros.



ESTATUA DE SANCHO PANZA

(Del proyecto de monumento á Miguel de Cervantes Saavedra, por AGAPITO VALLMITJANA)

MUERTE DE DON JUAN I DE ARAGÓN EL «CAZADOR»

CUADRO DE FÉLIX URGELLÉS

Con un precioso fondo de paisaje que trata magistralmente el autor del cuadro que reproducimos, puso por asunto la muerte desgraciada del rey don Juan I de Aragón en una cacería. Era el rey aficionadísimo á la caza, de donde le vino el sobrenombre con que se le conoce en la Historia, y preciábase de poseer los útiles de cetrería y montería de más gusto y precio, y los más

raros que se conocían, los halcones mejor adiestrados y las traillas de perros más magníficos, en todo lo cual—lo propio que en la música, también pasión favorita suya— gastaba crecidísimas cantidades, y por ellas descuidaba los negocios de Estado, en el período no poco agitado que comprende su reinado. Al decir del cronista Carbonell, dábanse en palacio muchos días tres conciertos, y antes de acostarse el rey bailaban las doncellas y mancebos de la Corte al son de animadas danzas. Otro tanto ocupaba la caza á don Juan el I, y mientras cazaba, la reina era la que cuidaba del gobierno. Un día que había salido con sus monte-

ros á los bosques de Foixá, mientras aquéllos esperaban apostados las fieras, el rey, que iba solo á caballo, encontró una furiosa loba, y bien se espantase su caballo, bien acometiese al monarca un accidente repentino, puesto que no pudo saberse la verdad, es lo cierto que cuando se advirtió el caso y se acudió á socorrerle, don Juan I ya no existía. Esta escena ha presentado con mucha verdad y colorido dramático el distinguido artista Félix Urgellés. El cuerpo del rey yace tendido en el bosque, y al notarlo dos monteros, suenan la bocina para llamar hacia aquel sitio á las personas que formaban parte de la regia cacería. El lugar de la escena está hábilmente dispuesto, como lo hemos indicado ya al principio de estos párrafos; son vivientes y expresivas las figuras de los dos monteros, y el cuerpo tendido del infeliz monarca tiene toda la realidad que demanda el asunto.



¡PASIÓN!

NOVELA ORIGINAL

DE

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

(CONTINUACIÓN)

VII

ESPERANDO á doña Blanca en el mismo atrio de la iglesia hallábase su madre: estuvo sola muy poco tiempo, porque inmediatamente aproximáronse á ella algunos graves señores. Son precisamente muy conocidos los nombres de los personajes aquellos, porque llegaron en Córdoba hasta nuestros días, por sus virtudes, por sus talentos ó por la limpieza de su sangre. Eran el Padre Andrés de las Roelas, que amó siempre á doña Blanca con igual veneración casi, aunque parezca exagerado, que á la Virgen Madre de Jesús, de quien fué siempre tan devoto.

No estaba herido aún, el Padre Roelas, de la enfermedad de que él mismo habla en su declaración y juramento de la aparición de san Rafael. Su rostro, afable y dulce, de santo, hacía ya presentir en él á un elegido de la gracia.

Era otro de los que se aproximaron con Roelas, un hombre no menos bendito, aunque mucho más viejo: era aquel medicazo tan sabihondo, que anunció con grande algazara á

doña Leonor, quince años antes, el fausto acontecimiento de su preñez. Unos dicen que este médico se llamaba Alfón de Otero; otros aseguran que maese Luis: la historia ha conservado el nombre del segundo, indicio claro de que fué mucha mayor su fama. Como unos tan encumbrados señores, como los Máinez y Carrillo, tendrían que asistirse naturalmente del médico más famoso, claro es que se debe dar crédito á que fué maese Luis, y no Alfón de Otero, el profesor de *melecina*, de la ilustre casa de tan ilustres señores.

Con Roelas y con maese Luis acercóse don Melchor de Saravia, padre, como ya sabéis, de doña Casilda. Apellidaba la plebe á este señor el *Alcabalero*, porque entre otras grandes concepciones y beneficios, que gozó siempre esta familia, hallábase el de la contaduría de Alcabalas: estos pingües cargos eran hereditarios, como en los marqueses de la Puebla de los Infantes, que tuvieron la Alguacilia Mayor, también de Alcabalas, y la del Padrón de Vecinos, Vino, Seda y Rastro.

Érase este don Melchor hombre de muchas campanillas y mucho fuste, viudo, con sólo una hija á quien ya conocéis. Se hizo muy famoso, no solamente por sus campañas al mando de galeras españolas, sino por sus enormes caudales, que aumentaron considerablemente, de creer al vulgo, por las grandes proezas y los ricos botines que logró en el mar.

Las últimas personas que se acercaron fueron el mismo don Hernando Máinez y Carrillo, con la compañía de don Martín Pedrosa.

Hallábase don Hernando asaz cuidadoso.

Conferenciaba frecuentemente con sus amigos, y aquel día de fiesta de que me ocupo interrumpió, á la vista de su mujer y de su hija, un cuchicheo misterioso que mantenía con don Melchor de Saravia y don Martín Pedrosa.

Terminó doña Blanca en esto y se aproximó á su madre; el objeto de doña Blanca, ante todo, era preguntar á don Melchor por Casilda, pero le vió tan abstraído con los otros caballeros que temió importunarle.

Andrés de las Roelas acarició dulcemente las manos pulidas de la joven, y díjole con mansedumbre:

— Gracias, buena hija en Dios.

— ¿Gracias de qué? preguntó la joven ruborosa.

— Del bien que hacéis á Dios y á nosotros, sus humildes representantes, con el bien que hacéis á nuestros pobres.

Maese Luis, en tanto, saludó á doña Leonor con mucha fineza: doña Leonor sonrió; doña Leonor no podía olvidarse jamás de que maese Luis había anunciado á su deseada hija, como el ángel anunció al Señor, bien que aquel ángel anunciador de doña Blanca fuese un tanto viejo y un mucho feo.

Transpusieron las señoras delante.

El Padre Roelas y maese Luis siguieron detrás muy animados en cierta conversación que versaba sobre un certamen poético que iba á celebrarse, con motivo de una hermosa festival á la santa á quien se rendía culto en la iglesia del barrio.

Don Hernando y don Melchor formaban un tercer grupo, habiéndose embebido los dos en los cuchicheos anteriores. Don Martín Pedrosa habíase aproximado á las damas, yendo á la derecha de doña Leonor; Pericón Lobato, seguía inmediatamente á este primer grupo, con los bigotes y las cejas tiesos como siempre.

Así anduvieron doña Leonor y doña Blanca, y don Martín, en divertido coloquio, que sabía mantener siempre el caballero, no obstante su tiesura y gravedad para con los hombres: don Hernando, con mucho hablar en voz baja, y mucho pararse y poner los labios junto al oído de don Melchor, como quien desliza frases de gran monta. Saravia, oyendo con atención suma, como con cara de asombro, y moviendo la cabeza gravemente á uno y otro lado, y Andrés de las Roelas diciéndole á maese Luis con su voz llena de mansedumbre:

—Desengáñese vuesa merced, y póngase de acuerdo conmigo: yo entiendo de mucha bondad eso del certamen.

—Y yo también lo entiendo, Padre Andrés, decía maese Luis, ¿quién habló cosa en contrario?

—No, maese, veréis ahora lo que yo quería decir.

—¿Cómo no? Decid que me solazo yo muy placenteramente con todo lo que vos habláis.

—Merced que me hacéis.

—Hablad, hablad.

—Pues iba diciendo, que entendía de mucha bondad eso del certamen y lo del principal aditamento de la fiesta.

—¿Y cuál es el principal aditamento de la fiesta, si os place?

—Los premios de á 10, de á 20 y de á 30 escudos.

—Mi elogio merece tal previsión, Padre Roelas.

—Y es de buen ver, que ya habrá por ahí escritores de bolsas flacas que sepan ganarlos; huélgome también, maese Luis, de las prendas artísticas como galardón al ingenio, porque pueden conservarse en memoria de aquello que le halagó.

—¿Y los aderezos de espadas? ¿Y la media pieza de punta de humo? ¿Y los pomos de oro? preguntó maese Luis placenteramente, y dándose de paso una tremenda bofetada en un carrillo.

No sé si recordaréis, que eso de darse de bofetadas, era costumbre de maese Luis, como se encontrase muy abstraído en lo que pensase ó dijese.

—Sí, también me agrada eso, contestó el Padre Roelas con dulzura; y los otros premios de los pomos de oro, y de los guantes de ámbar, y los de jazmines, y los breviarios: todo eso en fin, maese, es de acatar, y son premios, yo se lo digo á vuesa merced, que llevarán al estímulo; con lo que no estoy bien es con que se hayan puesto temas de composiciones que no sean religiosas, puesto que á la Virgen es la fiesta; ni que se haya acordado dar un premio tan profano como esa rosa natural; que eso, por lo insignificante, mucho demuestra y de poco gusto lo creo.

—Espere, espere vuesa merced, contestó el médico; yo no sabía tal cosa ni me parece que exista; lo de la flor, muy verdad que es; lo de que haya temas de composiciones no religiosas, no me acuerdo yo: sí, hay un tema libre.

—¡Ya lo creo, y mire vuesa merced como muy bien lo sabe! Basta que sea libre para no ser religioso, porque cada uno escribirá lo que se le antoje y no pueda convenir.

—Muy verdad que es, ahora que caigo; pero no debe empecer, padre; ese es un respirillo que se da á la gente joven; un tema libre es de muy buen ver y se presentarán lindas cosas; con mucha más razón si se piensa que á esas quintillas,—porque el metro lo impone la convocatoria,—se dará el más grande premio, que es la flor que á vuesa merced tan mal huele.

Así iban cuando llegaron todos á la casa de don Hernando.

Las últimas frases de éste á don Melchor, cuando se detuvieron, las he de anotar, para que juzguéis de ellas.

—Y no sabemos lo que hacer mientras no venga ese emisario, que fué con los pliegos en lugar de don Martín, y que tanto tarda. Que hay conspiración, es indudable; pero ¿cómo nos hemos de meter sin órdenes expresas, y hablo ahora por Zapata, especialmente, en lo que no se mete el mandón de allá? ¡Veréis, don Melchor, como el asunto irá para largo; cuando se acuerde no será para evitar el fuego, sino para que ardamos en él, y nos costará mucha gente y muchas fatigas poner remedio á la cosa, si lo tuviera.

Entraron ya las damas: Máinez y Carrillo exclamó, dirigiéndose á don Melchor y á don Martín:

—Entrad, señores; hacia esta hora me avisó el corregidor anoche que vendría, y ya sabéis

lo que conviene oírle: entrad, Padre, añadió dirigiéndose á Roelas: se desayunará vuesa merced con esos ricos bizcochos de las monjas de Santa Clara, que tanto gustan á maese Luis: vamos, maese.

Entraron todos; las damas estuvieron muy atentas: el clérigo siguió hablando de su pesadumbre por lo del certamen. Don Martín contó una historia, que le contaron á su vez, ocurrida en un mesón llamado de las Parras, con lo que dejó suspenso al auditorio; historia de que no me hago yo eco, por no creerla de ocasión. La gracia y la modestia de doña Blanca viéronse allí como siempre; aquella frialdad y dureza de rostro, aquella mirada orgullosa desaparecían por completo tratándose de personas de su confianza; habló con don Martín alguna vez, riéndose de buena voluntad por las anécdotas que contaba á su madre, y á ella como hubiera coyuntura. Doña Leonor estaba en sus glorias y mostró su agrado sin rodeos; era franca en sus afecciones, y, careciendo de doblez, dejaba penetrar su alma, que tenía la misma hermosura de su rostro. Don Hernando atendía á los de aquí y á los de allí, é impacientábase de la tardanza del Corregidor. Maese Luis no dijo esta boca es mía: tenía la muy metida en trabajos con los ricos bizcochos de las monjas de Santa Clara.

Tuvo al fin doña Blanca ocasión de hablar con don Melchor, por haber dejado éste á Máinez y Carrillo, y llevándole aparte le preguntó entonces:

—Pero ¿y doña Casilda, señor, qué le pasa? ¿por qué me abandona así, con tanto amor como siempre me tuvo y de que me dió pruebas?

—Que no me habléis de ella, suplicoos, doña Blanca: me tiene mohino y de mala catadura; por mi vida, que nunca tal pasó.

Había arrugado el ceño notablemente el de Saravia cuando hablaba así, y os aseguro que doña Blanca llegó á intimidarse.

Lo notó don Melchor, y añadió más afectuoso:

—Me habréis de perdonar, si se me escapa así la bilis, cuando yo menos quisiera; pero cosas tales están pasando, que no digo yo á mí, sino á otro mucho más paciente montariasele la cólera, y le ahogaría muy luego.

—Pero, ¿qué es lo que pasa? ¿Qué cosas son á las que aludís? preguntó la joven sorprendida.

—Pues si yo las supiera, ¿quién os ha dicho que no hubiese ya arreglado el negocio?

—¿Enferma no está, doña Blanca?

—Como la habéis visto la última vez; enflaquecida un poco, y triste; mas la color mudósele, y anda con desganos y mal avenida con todo el mundo: yo no sé qué tenga: don Martín puede decíroslo mejor que yo.

—¿Es médico don Martín acaso?

—Yo no sé qué deciros, doña Blanca, porque sabe de todo don Martín; su modestia alardear de su sabiduría le impide, pero si surge un caso, allí está él para demostrar lo que vale. Créome yo que don Martín es más que médico todavía: para el paciente, en medicina abunda; para el pobre, en dinero; para el desconsolado en fe que le anime; y ya se cuenta también que ahí, donde le veis, con su natural amable y su continente gentil, que nadie creería de fuerza, ha metido ya en Córdoba el resuello para adentro á algún bruto; perdonad, doña Blanca.

—¿Qué decis?

—Que es bravo, y tiene fuerzas de Hércules; á nadie provoca, pero no queda bien quien le llegue á provocar.

—No os comprendo.

—Ni yo sé tampoco lo que me digo, señora mía, porque hablo de lo que oí hablar vagamente: yo no pude percatarme bien, pero figúraseme que Pericón Lobato os podría enterar de ese asunto en manera muy cumplida.

—¡Cómo! ¿habrá pasado Pericón tal vez de los límites con el caballero? preguntó doña Blanca inquieta, mirando á don Melchor ávidamente.

Encogióse de hombros don Melchor, no sabiendo qué responder, y afirmando por su vida que eran conjeturas no más de que se hizo eco, por oír campanas solamente, no sabía dónde. Doña Blanca no insistió, creyendo en verdad que el padre de Casilda ninguna cosa más podía decirle, pero prometiéndose en su interior averiguar personalmente lo que hubiera en aquel asunto.

En esto hallábanse, y sintióse en la calle un rumor sordo, que fué aumentando hasta dar en tumulto: se distinguieron claramente pisar de caballos, gritos y alocadas risas de la multitud: á lo mejor, un mugido horrendo retumbaba, llenándolo todo y como clavándose en los oídos.

Abrió maese Luis un balcón para enterarse de lo que era, y exclamó luego:

—¡Calle! Es vuestro sobrino, el caballero don Fermín, que lidia toros esta mañana.

Y don Hernando contestó irritadamente:

—¡Bellaco será, y no caballero, cuando así se huelga, y no cumple fielmente los empeños nobles en que yo le pongo!

Esto dijo, y se asomaron todos á los balcones; todos menos don Hernando y menos Roelas, que quedó endulzándole el mal humor.

VIII

Se asomaron también las dos mujeres y don Martín con ellas, envolviendo á doña Blanca en una furtiva mirada, pero profunda, inmensa; una mirada de temores, de agonía, de inquietudes: ninguna de las dos pudo observarle, estaban demasiado absortas en la contemplación del espectáculo que se ofrecía á sus ojos.

Con don Fermín iban otros cuatro jóvenes caballeros, de buen porte y de atavío lujoso: un jayán, que parecía trabajador del campo, cogía la punta de una cuerda; el otro extremo atábase á las astas de un toro, que se revolvía con furia algunas veces, causando las carreras alocadísimas de la multitud. Ninguna persona de las que salieron á los balcones de Máinez y Carrillo se extrañó de aquel espectáculo, como no hubiese sucedido á ningún vecino de Córdoba; lo mismo que en Málaga y en Sevilla, eran muy comunes estas cosas antiguamente, sobre todo desde el siglo xv hasta fines del siglo xviii: los jóvenes caballeros de Córdoba tenían costumbres que hoy vemos con extrañeza infinita, encaminadas todas á ejercitar su robustez, su agilidad y su valor; corrían cañas, jugaban sortijas, lidiaban toros y ejercitábanse, en fin, en trabajos de la misma índole, que le separaban un tanto y un mucho ciertamente de estudios profundos y delicadezas extremadas, pero que los hacían forzudos, mal intencionados, brutales y todo lo demás que se quiera. Los días festivos especialmente eran los consagrados para lucir estas habilidades. Reuníanse cuatro ó cinco de aquellos jóvenes señores y sacaban del matadero reses con cuerdas, que empezaban á correr por la población: deteníanse para lidiarlas, rejonearlas y aun darles muerte, bajo los balcones de tal ó cual señora; claro es que cada uno acordábase para esto de su dama preferida; yo no lo dije antes porque no fué menester, pero la dama preferida de don Fermín de Santisteban era su prima doña Blanca Máinez y Carrillo de Lara Santisteban y Villapando.

Doña Blanca y su madre, más que otra cosa de lo que en la calle ocurriese, abstraíanse admirando con amor la simpática figura del noble mancebo: amábanle de verdad: en la satisfacción del hermoso rostro de la tía mostrábase todo el orgullo de que aquel bellissimo y gentil doncel fuese de su sangre: en el rostro severo y dulce á la par de doña Blanca, revelábase... ¡ah! ¿qué revelaba? Eso era lo que, con las ansiosas pupilas fijas ávidamente en el rostro de la joven, intentó descubrir el mensajero del rey, don Martín Pedrosa.

Don Fermín amaba á su prima. Eso lo sabían doña Leonor y don Hernando desde hacía mucho tiempo. ¡Eso, por desdicha para don Martín Pedrosa, lo supo también don Martín

aquella mañana, y supo al instante, porque se dió buen manejo para averiguarlo, que don Fermín era valiente y generoso; que se dió un poco á las aventuras, sin ser un calavera incurable; que le gustaban el garito y la mancebía; que en los naipes y los dados era maestro, que amaba las riñas como á una segunda doña Blanca, y que pasaba las noches enteras de picos pardos.

Supo don Martín también que aquellas condiciones de don Fermín las sabían sus tíos, pero que en la casa hacíase la vista gorda. Don Hernando decía, que por todo aquello debía pasar su sobrino antes de casarse, para conveniencia de la que fuese su mujer; y como la mujer de su sobrino,—ó del sobrino de doña Leonor, para más propiedad,—sería más pronto ó más tarde su propia hija, ahí tenéis por lo que don Hernando deseaba que don Fermín fuese calavera antes de su casamiento y no después.

Y eso de las ideas de Máinez y Carrillo no eran hablillas, ni chismes de vecindad, no; que lo dijo don Hernando en voz alta muchas veces, y aquella misma noche, ¡oh, cielos! se lo dijo á don Martín.

Viendo estaban las damas la escena de la calle, y la destreza de don Fermín en la lidia del toro, cuando reparó doña Leonor que salía Pericón Lobato.

Vieron todos después, como lo veía doña Leonor, que Pericón Lobato, frío, impasible, feo, con los bigotes y las cejas empinados, dirigíase hacia donde estaba don Fermín.

Todos le creyeron demente. Pericón Lobato fué en derechura de la res; pero Pericón Lobato iba á cumplir una orden de su señor y no había res en el mundo que valiese.

Llegó hasta don Fermín, que se disponía á clavar su rejón al toro.

Púsose entre don Fermín y la res, vuelto á la res de espalda, se inclinó profundamente ante don Fermín, quitándose su chambergo, y díjole con aquella voz suya, que semejaba gruñido:

—Mi amo, don Hernando, suplicaos por mi boca que lo dejéis todo para ir inmediatamente á su presencia.

Se sonrojó don Fermín oyendo la orden.

—Bien, dijo luego.

Miró á su tía como demandándole ayuda, alargó el rejón á uno de los jóvenes caballeros, indicándoles que marcharan y continuasen en su diversión, y entróse valientemente por el ancho zaguán en busca de su tío don Hernando.

Pasébase éste de un extremo á otro de la habitación, y estaban todos sorprendidos de ver su ira. Nunca hasta entonces pudo sorprender nadie, ni la misma doña Leonor, un arrebató de cólera tan grande en Máinez y Carrillo: ya recordaréis lo que os dije de su natural amable y de su condición poco pagada de orgullos y de exaltaciones impropias.

Doña Blanca y doña Leonor, por un lado, y el Padre Roelas por otro, exhortaban al caballero á que se ablandase con don Fermín.

Entró éste al propio tiempo, como si tal cosa hubiese sucedido.

Su primer movimiento al entrar fué para quitarse con graciosa cortesía el lindo birrete, fué luego á besar la mano del buen Roelas, sonrió á la par á su tía y á su prima, y detúvose delante de don Hernando.

Pareció que el tío entró un poco en calma, aunque no le creyó don Fermín todo lo tranquilo que él hubiese deseado.

Detúvose á su vez el esposo de doña Leonor, y dijo severamente:

—¿Sabéis las palabras que acabé de pronunciar hace poco ante estos señores?

—No, tío, contestó sonriendo, y si me conviene oírlas espero que las repetiréis, para yo ser tan dichoso oyéndolas, como los que las oyeron.

Doña Leonor estaba muy pálida; amaba á don Fermín tanto como á su propia hija; amaba á su marido entrañablemente, y una desavenencia entre los dos hubiera sido para la dama de gran pesadumbre.

—¿Y si no fuesen agradables para vos las palabras que pronuncié? preguntó don Hernando áasperamente.

—Entonces vale más que no las pronunciéis, repuso el mozuelo con la misma gentileza: siendo así, ya fué bastante que las oyeran los señores que aquí están.

—Pues las diré, y las oiréis.

Don Fermín se encogió de hombros de una manera imperceptible casi, pero lo notó don Hernando, se exasperó más por esto, y dijo fríamente:

—Pues decía delante de estos señores, que erais un bellaco, cuando así os holgabais, sin cumplir fielmente los empeños nobles en que yo os ponía.

Enrojeció don Fermín como si la sangre le fuese á saltar, y avanzó un paso hacia su tío.

Doña Leonor se interpuso mirando á su esposo, sorprendida.

—¿Qué es esto? dijo.

Don Martín Pedrosa miró á su vez á doña Blanca, y palideció horriblemente, viendo la palidez intensa que el rostro de la joven había tomado.

Don Hernando exclamó sin mirar á su mujer:

—Y bien: ¿teníais algo que replicar, señor de Santisteban?

No se atrevió entonces doña Leonor á decir una palabra, pero quedó cuidadosa y observando con ansiedad.

Don Fermín había contestado fríamente también:

—Esperaba, señor, á ver si algunos de los caballeros aquí presentes repetían vuestras palabras como suyas, para dar á ellos la contestación que á vos, porque llevo sangre de esas damas, no puedo daros.

—¡Oh, don Hernando! ¿pero qué os pasa? exclamó Roelas dulcemente. ¿En qué pensáis?

—Dejad, Padre, que quiero oírle hasta el fin, repuso Máinez y Carrillo.

Detuvo con un gesto á doña Blanca, que parecía querer hablar, y prosiguió luego encarándose con don Fermín:

—Vuestras palabras, mozo, han sido un reto que me habéis dirigido.

—No, señor, repuso don Fermín respetuosamente: fué á esos señores, si creyeron razonado el insulto que vos en un arrebato, que no me explico, me lanzasteis.

Los que podían darse por aludidos eran don Melchor de Saravia y don Martín Pedrosa. Mantúvose don Melchor en prudente silencio, porque amaba á don Fermín, y comprendía lo bueno y lo noble que éste era. Además, tenía su valor muy bien probado para ofenderse por aquellas frases.

Don Martín Pedrosa, que era para don Fermín como un desconocido, adelantó un paso como si fuese á protestar airadamente, pero se contuvo á una profunda mirada de súplica de doña Blanca.

—Explicadme, pues, vuestra conducta, repitió en tanto Máinez y Carrillo.

—¿Cómo? interrogó don Fermín con sorpresa.

—¿Os negáis, entonces?

—Eso nunca,—y el mancebo se encogió de hombros otra vez;—desde niño perdí á mi padre, lo fuisteis vos desde que murieron, y como á mi padre os obedeceré.

—Pláceme mucho.

Hasta aquí ha contado el autor, pero el resto de la escena lo sabréis por don Martín Pedrosa, que lo dejó escrito, y como lo contó os lo traduzco por ser de mucha curiosidad. De manera, que es don Martín quien habla.

—Sedujéronme grandemente la actitud, el ademán y la voz del mancebo, en el instante en que don Hernando le instó segunda vez á que hablase; aquella simpatía del bravo y noble mozo fué al mismo tiempo como un agudo áspid; parecióme que de aquel áspid iban surgiendo otros muchos, y otros muchos aún surgían después de cada uno de aquéllos, para ir

clavándose todos en las carnes, en los huesos, en los pulmones, en la lengua, en las sienes, en la sangre.

—¡Váleme, Dios mío! pensé, con sequedad de boca, dolor de ojos, para no llorar y turbación de ánima. ¡Váleme, Dios mío, que estoy celoso!

Tenía yo los ojos muy abiertos y los sentidos como los ojos para pensar lo mismo que ver, pero yo no vide más que la bella figura de aquel mancebo de veintidós años, hermoso, digno, esplendente, varonil, lleno de vida, y la otra figura también de doña Blanca, bella como los cielos, pura, gentil, de rostro de pesares y mirada de mansedumbre para el apuesto y joven señor; todo eso vide nada más aunque había más gente allí, y una cosa nada más oía y era el latido de mi corazón, que iba detrás de aquellas mordeduras del áspid, reproducido y multiplicado, como si cada latido fuese una gota de veneno que los dedos rugosos de una maga negra vertiesen en cada una de las heridas.

Comparé incontinenti mi fea calva con el fuerte cabello de don Fermín, su pupila brillante é inquieta, con mis ojos cansados por las vigiliass del estudio; la color de su mejilla sonrosada y pura, con mi rostro que atezaron los soles y los aires en mis campañas de Italia; la tirantez fresquísima de aquel semblante de niño con medidas y majestades de hombre, con el asomo de arruga que podía ya notar en mi rostro persona ávida y experta como anduviese en comézón de ello; me comparé yo todo, en fin, con todo él, y con grande flaqueza de piernas y la misma sequedad de boca, que en ocasión y lugar, dije, lloré dentro de mí, por mí mismo, como si yo hubiese muerto, y yo de rodillas me viera delante de mí, metido en mi ataúd.

Abajé los ojos, y díjeme como si rezara:

—¡Don Martín! ¡Don Martín, perdido sois!

Habló don Fermín para contestar á don Hernando, de una cosa que yo me sabía como nadie, y desde que comenzó en su habla me hice cargo del negocio, y comprendí muy bien la extrañeza que el mancebo hubo mostrado cuando el tío le argüía que hablase una y otra vez.

—Si lo queréis, bueno, había dicho el mozo con un continente tan bravo y noble que hubiera yo querido para mí. Un mes hace que volví de Aguilar, lo recordaréis, mi tío, porque allí quedé cuando vinisteis, y en la misma noche de nuestra llegada me llamasteis á todo correr, llegando yo aquí al día siguiente de haberos entregado don Martín—señaló á mí el mozo—los pliegos del Rey, nadie supo mi llegada, porque así se me exigió; la noche de aquel día mismo me enviasteis á Granada.

—Callad, dijo don Hernando vivamente.

—Me enviasteis á Granada, prosiguió don Fermín, imperturbable, con Saltillo solamente, sin otros criados, sin escuderos, á que me metiese á descubrir conspiraciones de moros y rufianes.

Sorprendidas y llenas de terror hallábanse las damas.

Don Melchor, cejijunto y mohino, y don Hernando á todo esto intentó hacer callar á don Fermín una ó dos veces.

—No, dijo él, puesto que me pediais que hablase.

—¡Es desacato á mí! gritó Máinez y Carrillo.

—Es obediencia, repuso don Fermín sosegadamente.

Disponíase á continuar, y púseme yo en guardia; don Fermín, por achaques de amor propio, iba á hacer la revelación de lo que era todavía un secreto de Estado; no sabía yo cómo valerme en aquel negocio, y se me venía grave empeño, dejando que continuaran así las cosas; ruborizábame, con mi vejez de cuarenta años y todo, de hacerme allí autoridad, porque no pareciese yo soberbio, que es la soberbia un muy feo pecado; pero dentro de mí vide y sentí una cosa que me dijo, que mi principal rubor de hacer yo aquello era por estar doña Blanca delante y parecerme de poco valer, y propio de gente moza y no de viejo como yo soy, los alardes de superioridad, en presencia de las damas.

Algunas frases más dijo don Fermín, y como insistiese en hablar pese al disgusto de don Hernando, díjole Saravia, valido de su confianza con el joven, y amor que le tenía:

—Callaos, don Fermín, lo pide vuestro tío.

Como no callase, adelantéme con mucho trabajo que disimulé, y díjele al mancebo duramente:

—¡Callaos!

Miráronme todos con grande sorpresa, y yo no vide ninguna cosa, nada más que á mi deber.

Desafiábame ya don Fermín con los ojos, antes que el labio respondiese, é hizolo así, colérico, de tal manera, que sacó de su perplejidad á los otros:

—¿Y quién sois vos para hablarme de esa manera, y en nombre de quién me mandáis callar?

Y yo le dije:

—Soy don Martín Pedrosa, sencillamente, y os mando callar en nombre del Rey, á quien represento con poder absoluto.

Inclináronse todos respetuosamente y también la dama, mirándome ahora con más sorpresa que antes; como viera yo que don Fermín andaba hosco aún y como con gran recelo, quise enseñar mi carta del señor rey don Felipe II, por donde disponía que todos sus vasallos me sirviesen y respetasen como á su propia persona; pero me sentí tan confuso delante de doña Blanca, de aquélla que pudiera con mucho ser mi hija, que me quedé con la intención.

Íbaseme el mozo á la rebeldía, y se me fué á mi toda la presencia de ánimo á la idea de tener que castigar al osado caballero allí delante de su prima, no pudiendo yo responder á las palabras insultantes que me dirigió, con la cordura y la frialdad de que creí haberme ya dado á mí mismo pruebas. No sé cómo hubiese salido del lance, á no entrar el corregidor Zapata en aquel punto, con don Alonso Valdelomar y don Diego Gutiérrez de los Ríos.

Todos los presentes con anterioridad hallábanse suspensos de ver la arrogancia con que yo mandé á don Fermín que callase, y de lo poco que correspondía después á mi arrogancia, mi actitud, por haberme quedado ya indeciso en aquello de enseñar mi carta al mancebo; en tan triste negocio fué cuando entró el corregidor y salvé mi dignidad, ordenándole que prendiera á don Fermín. Bastóle al corregidor, que estaba en mis secretos, aunque no en el más grande de mi inclinación á doña Blanca; bastóle digo, y sin más averiguar, pues sólo le tocaba obedecerme, abajó la cabeza y le pidió la espada él mismo, con lo cual, y vista la sumisión y acatamiento á mi persona del altivo Zapata, todos acabaron de maravillarse, con harto rubor mío, aunque mi aparente sosiego lo encubriera.

Entregó su espada don Fermín de buen grado y fué conducido con buena escolta, de la gente que el corregidor traía, á la torre de los Donceles, donde luego que salí de casa de Máinez y Carrillo, fuí á verle y á excusarme con él, y á que le pusieran suelto.

(Continuad).





EN un desierto vivía un cuervo que había construido su nido sobre uno de los árboles más altos. Bajo este mismo árbol una enorme serpiente había establecido su domicilio, en uno de esos montones de tierra que forman las hormigas blancas. Cuando el cuervo notó que tenía en la vecindad un enemigo tan peligroso, buscó la manera de alejarlo o destruirlo. No encontrando este medio, y no pudiendo tampoco vivir tranquilo junto a vecino semejante, se dirigió a un zorro a quien conocía, y le participó sus inquietudes, rogándole al mismo tiempo que le ayudara con sus consejos, y le sugiriera un medio de acabar con la serpiente.

—En un estanque formado por el río Varada, contestó el zorro al cuervo, vivían en otro tiempo gran número de peces de todas clases. Un cuervo marino fue un día a beber en aquel estanque, y viendo la multitud de peces que nadaban en sus límpidas aguas, deseaba hacer presa en ellos; pero el agua era tan profunda que no había medio de alcanzarles. Entonces recurrió a la astucia.

Acercándose a aquel lado del estanque donde vio mayor número de peces, tomó humildemente y con aire hipócrita la actitud de un penitente. Los peces, así que vieron al enemigo, huyeron despavoridos y se ocultaron en el fondo del agua. Sin embargo, al observar el aire modesto y humilde del cuervo marino, que permanecía por tanto tiempo inmóvil en su sitio, le preguntaron de lejos que hacía allí.

—¡Ay! contestó el cuervo marino con aire contrito y tono de lamento, he venido a esta orilla para expiar mis crímenes ejercitándome en la penitencia, y para prepararme a bien morir. He sido, en verdad, autor de muchas muertes, sobre todo de los de vuestra especie; pero al fin me he convertido y he tomado el oficio de penitente en el que pienso perseverar por todo el resto de mi vida.

Los peces, al principio, desconfiaron de tales palabras. Pero viendo después que su conducta no venía a desmentirlas, poco a poco fueron familiarizándose con él, y acabaron por convencerse de que su conversión era realmente sincera y de que nada tenían que temer de su parte.

Antes de ejecutar su péfido designio, el cuervo marino esperó algunos días: hasta que, comprendiendo que había ganado toda la confianza de los peces, un día que éstos se habían juntado todos a su alrededor, mostró de repente sumido en profunda tristeza, llorando y gimiendo y dando, en fin, señales de la más viva aflic-

ción. Los peces, admirados de este súbito cambio, le preguntaron la causa del mismo.

—¡Ay, amigos míos! contestó el cuervo, lloro al pensar en las desdichas que bien pronto van a caer sobre vosotros, pues sé que estáis destinados todos a sufrir una muerte cruel. La ciencia secreta é infalible que poseo del tiempo y de las estaciones, me dice que va a sobrevenir una sequía general, y que en el término de doce años no caerá ni una sola gota de agua: todos los ríos, estanques y lagunas quedarán bien pronto en seco, y todas las razas de peces que en ellos viven morirán horriblemente. Pero la amistad y la afección que he llegado a concebir por vosotros me inducen a salvaros de la universal ruina, lo cual podré realizar fácilmente si aceptáis mi proposición. He descubierto, a cierta distancia de aquí, en una montaña un gran charco de agua alimentado por una fuente que nunca ha de secarse. Si deseáis vivir y consentís en fiaros de mí, me encargo de iros transportando, unos tras otros, sobre mi espalda, a sitio tan seguro.

A tales razones los peces quedaron llenos de espanto: ni por un momento pensaron en dudar de la sinceridad del cuervo marino. No creyendo tener nada que temer de él, fiaron en sus promesas y se abandonaron a su perfidia. Así pudo ir sacando del estanque un pez cada día, empezando por el más gordo: lo ponía sobre su espalda y lo llevaba a la árida cima de una roca, donde lo devoraba a su placer.

Bien pronto fueron devorados todos los peces de aquel estanque. Quedaba solamente un cangrejo que, sospechando la traición del cuervo, resolvió castigarle como merecía. Para ello le suplicó que le prestara el mismo servicio que había prestado a los peces. El cuervo marino, confiado, pone al cangrejo sobre sus hombros y lo transporta a la misma roca. Llegados allí, el cangrejo, no viendo agua por ningún lado, y si sólo rocas peladas y multitud de restos de peces esparcidos aquí y allá, ya no dudó de la perfidia del pajarraco. Y no esperó más para darle su merecido: le cogió el cuello con todas sus patas, y le estranguló.

Después de haberse así vengado de aquel infame, volvió paso a paso a su antigua estancia, donde continuó viviendo en paz como antes.

Cuando el zorro hubo acabado su cuento, dijo al cuervo:

—Así es como uno se deshace astutamente de aquellos a quienes se tiene interés en destruir. Busquemos ahora, añadió, algún artificio para destruir a tu ene-

migo, como el pájaro marino destruyó á los peces, y el cangrejo á él.

No bien cesó de hablar el zorro, que el cuervo le condujo á su domicilio, y le mostró el albergue de su peligroso vecino. En aquella sazón, el rey del país, que había ido á cazar en aquel bosque, pasó por el sitio donde habitaban el cuervo y la serpiente, y sintiéndose fatigado, quiso descansar bajo el árbol donde se hallaba el nido de aquél. Después de quitarse su collar de oro y algún otro de sus principales ornamentos que dejó en el suelo, se echó á la sombra del árbol y se durmió. Mientras estaba sumido en profundo sueño, acercóse el zorro é hizo un signo al cuervo. Este bajó sin ruido y, por consejo de aquél, tomó con el pico el collar de oro del rey y lo hundió en el agujero nido de la serpiente, retirándose después los dos en silencio.

Uno de los acompañantes del rey, que había advertido la maniobra, la explicó á su señor en cuanto se despertó éste, quien llamó á sus gentes, y mandó que cavaran la tierra en el sitio en que el cuervo había introducido el collar. Mientras se ejecutaban sus órdenes, la serpiente, que estaba dentro de su agujero, sintiéndose molestanda, salió furiosa y quiso lanzarse sobre los que perturbaban su reposo; pero éstos hicieron caer sobre ella una lluvia de piedras hasta dejarla aplastada: después siguieron cavando hasta recobrar el collar de oro del rey.

Después de haber logrado así por la astucia la muerte de su enemigo, el cuervo vivió tranquilo y feliz en aquel mismo árbol en el seno de su familia.

(PAN-SHA-TANTRA).

Para purificar el agua no hay más que añadir á cada doce litros de ella 50 centigramos de percloruro de hierro y 20 centigramos de carbonato de sosa cristalizado. Fórmase un precipitado que lleva consigo todas las impurezas que el agua contiene en suspensión, y la deja completamente clara á los 45 minutos.

La *Crema de Baco* se hace de la siguiente manera: Échese en una cacerola medio litro de buen vino blan-

co, azúcar, corteza de limón y canela: se hace hervir, y entretanto se toman siete ú ocho yemas de huevo y se baten hasta que queden bien mezcladas unas con otras: écheseles entonces por encima el vino, imprimiéndole un movimiento circular. Después se pasa todo por un tamiz, se van llenando tarritos, y se hace tomar por el baño maría.

Para obtener cebollas de tamaño extraordinario, se escogen en otoño las más bonitas y sanas que se cojan, y, durante el invierno, se ponen en un saquito que se cuelga al lado de una chimenea que se encienda todos los días habitualmente. A la primavera siguiente se siembran en tierra buena, donde crecen sin dificultad; pero durante su vegetación sólo dan hojas y el tallo no se desarrolla, de lo cual resultan cebollas de gran tamaño, que llegan á pesar medio kilo ó más.

El verdadero amigo es el que nos asiste en nuestros días sombríos.—PAN-SHA-TANTRA.

El peor amigo es el que cambia por una sola palabra que le dicen de nosotros.—MEIDANI.

Pobre mérito es el enriquecerse: gánate, si puedes, un corazón, y esto vale mucho más.—SAADI.

A la puerta de la taberna todos son hermanos y amigos: á la puerta de la cárcel no hay amigos ni hermanos.—(PROVERBIO HEBREO).

Las mujeres impúdicas han sido hechas para los hombres impúdicos, y los hombres impúdicos para las mujeres impúdicas: mientras que las mujeres virtuosas para los hombres virtuosos, y los hombres virtuosos para las mujeres virtuosas.—CORÁN (XXIV, 26).

Admirad una acción buena y absteneos de investigar sus motivos, porque quizás concebirlais sospechas que os harían menos ardientes en imitarla.—(PENSAMIENTO CHINO).



LAS CAÑAS DE LILIPUT

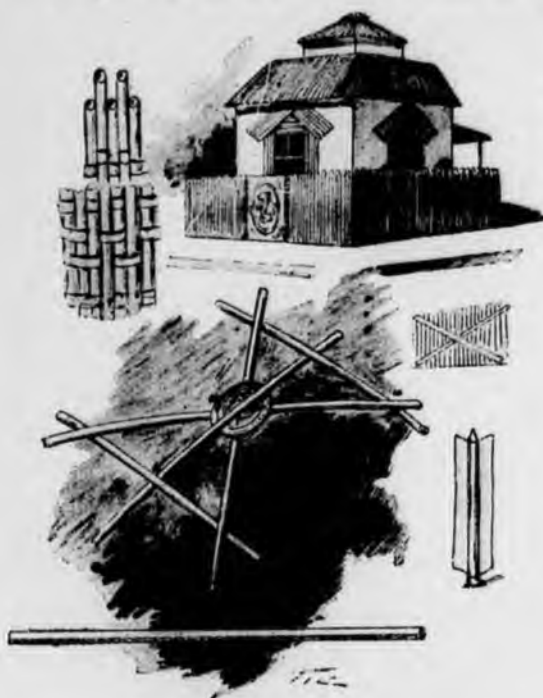
Después que el sol del estío ha dorado los huecos tallos del centeno, quedan en pie unas pajas rectas, lisas, de un color amarillo muy agradable y que hasta tienen cierto brillo, como si se hubiesen entretenido las hadas microscópicas en darles barniz de laca.

Estos tubitos, aun cuando de nada sirvieran, sólo por ser tan lindos valen la pena de ser guardados. Pero

no: que sirven y mucho, como vamos á ver: en primer lugar no hay entre las jóvenes lectoras quienes olviden cómo chuparon los sorbetes valiéndose de esas pajas: ellas saben si puede encontrarse otro tubo tan bonito y tan barato para dedicarlo al uso indicado; luego, cogiendo varias pajas, han adornado cromos y fotografías haciendo marcos permanentes y muy bonitos; y, para corroborar mi aserto, voy á proponerles una experiencia que servirá para comprender la solidez relativa de esas

frágiles cañitas, que son, sin embargo, guardando la proporción del tamaño y de la masa, mucho más sólidas que el bambú, del mismo modo que la pulga salta, proporcionalmente á su volumen, mucho más alto y tendido que el mismísimo kangurúo.

Colóquense las cinco pajas tal como están en el



dibujo, y sirviéndolas de punto de apoyo una moneda, verán los lectores si tienen resistencia las tales pajitas; todo depende de la trabazón alternada, gracias á la cual los cinco tubitos forman como un cuerpo homogéneo con la moneda.

También me parece oportuno, aunque no tan fácil, el trabajo de construcción liliputiense que indicamos en el dibujo, valiéndose para las empalizadas, adornos de fachada y aleros de tejado, de las pajitas de que hablamos.

Para realizar una construcción como la que indico, es preciso, en primer lugar, agenciarse una base de madera ó cartón fuerte, encima de la cual se traza la plantilla del edificio.

Luego se clavan por debajo varias puntas de París, largas, delgadas y bien rectas; esas puntas se pintan con cola para adherir á ellas papel fuerte, que, formando ángulos rectos, sirva de apoyo á las primeras pajas: á medida que éstas se van colocando, se pinta con cola la superficie que ha de estar en contacto con la paja siguiente y así se prosigue hasta terminar la verja: á ambos lados de la puerta principal debe haber dos puntas de París para sostener la puerta y contribuir á la solidez de la verja; no estará de más que con delgadas tiras de cartulina amarilla se refuerce la verja por detrás colocando dichas tiras formando X.

Las paredes de la casita pueden ser de cartulina blanca ó imitando madera; el tejado se irá construyendo del mismo modo que la verja, pero aquí es más fácil colocar las pajas encima de un plano inclinado de cartulina delgada.

Como puertas y ventanas pueden servir las cubiertas de cajas de fósforos que mejor imitan la madera: como las de la marca León, etc.

No será ésta la única construcción exótica con que voy á poner á prueba la habilidad de mis jóvenes lectores, sobre todo si pertenecen al sexo femenino: esos trabajos parecen fútiles á primera vista, y sin embargo, son muy á propósito para ejercitar el cálculo y la paciencia y para enriquecer la imaginación.— JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

PA-TA-RA-TA

Solución al rombo:

G
O R O
C L A R A
G R A N A D A
P L A T A
O D A
A

LOGOGRIFO NUMÉRICO

1	2	3	4	5	6	7	8	Nombre de varón.
3	4	1	2	5	6	4		Por donde sale el sol.
3	4	1	7	6	2			Prenda de vestir.
4	3	4	5	2				Nombre de mujer.
8	2	6	2					En la leche
4	3	4						Consonante.
3	2							Nota musical.
7								Vocal.

Comunicado por J. SAPETTI, de Madrid.

JEROGLÍFICO

NADIE — • • CO



ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

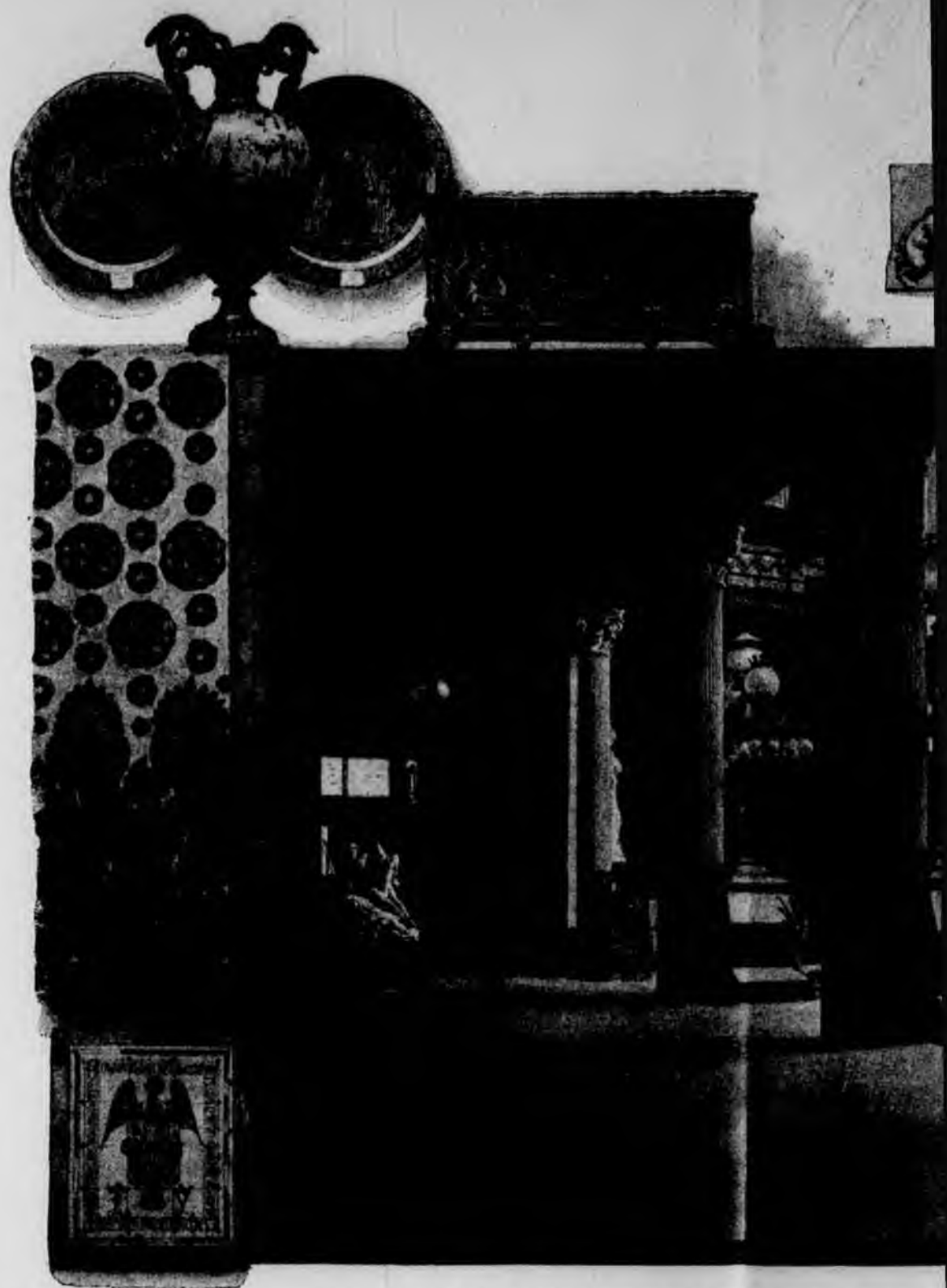
Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.ª*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados los derechos artísticos y literarios. — IMP. ESPASA Y COMP.ª



GRAN SALÓN DEL PALACIO DE BELLAS ARTES DE BARCELONA
É INTERNACIONAL



GRAN SALÓN DEL PALACIO DE BELLAS ARTES DE BARCELONA EN LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE INDUSTRIAS ARTÍSTICAS
É INTERNACIONAL DE REPRODUCCIONES



MEMORÁNDUM

SE han celebrado en Alemania las nupcias de la princesa Margarita de Prusia y del príncipe Federico Carlos de Hesse. Los alemanes, que profesan cariño, como ningún otro pueblo, á las costumbres tradicionales, las respetan y las guardan en los actos más importantes de la vida. Las bodas dan motivo en todas las comarcas de Alemania para algunas bonitas escenas, tan pintorescas como llenas de poesía, que cuentan siglos de existencia. La corte imperial, respetuosa también para todo cuanto proceda de la tradición, no había de obrar por manera distinta, y así lo ha probado ahora con ocasión del referido matrimonio. Entre los usos viejos ha llamado la atención la característica danza de las antorchas. Reunidos en uno de los más suntuosos y desahogados salones del Palacio, los Emperadores, los príncipes de la familia Real, los augustos novios, los ministros del Imperio y los más altos dignatarios palatinos y del gobierno forman dos compactas filas á ambos lados del salón, y cuando se hallan todos reunidos, da el Emperador la señal para el comienzo de la ceremonia. Al son de una música, que recuerda los viejos minuets, aparecen varios pajes elegantemente vestidos, que semejan los pajes de las antiguas óperas, cada uno de los cuales lleva una antorcha encendida. Con la mayor reverencia atraviesan el salón hasta llegar á los ministros del Imperio, á quienes entregan las antorchas. Los ministros dan á su vez una vuelta por el salón, y esta especie de figura de danza se repite distintas veces hasta que termina el acto, retirándose los recién desposados á sus habitaciones particulares. En medio del rico decorado del salón, entre espejos y bujías, con el esplendor de los trajes de corte que llevan las damas y con el brillo de los uniformes militares y civiles, la ceremonia de que hablamos ofrece un cuadro animadísimo, de verdadero carácter regio y á propósito para que lo reproduzca el pincel de un artista de ingenio.

El Czarewich, ó Gran Duque heredero de Rusia, ha visitado la ciudad de Berlín. Como es de suponer, esta visita ha dado origen á muchos comentarios y no la han visto con agrado las naciones que desearían ver á Rusia negándole el agua y el fuego á Alemania. Guillermo II ha estado muy expresivo respecto del Czar, singularmente en el almuerzo que el regimiento del Emperador Alejandro ofreció al heredero del trono moscovita. Guillermo II brindó por el Czar y le dió las gracias por la nueva prenda de amistad que le había concedido á él y á su familia,

TOMO II.—25.

enviándole el príncipe heredero con encargo de representarle en las fiestas del matrimonio. «Vemos, dijo, en nuestro primo imperial, no sólo al jefe del regimiento que lleva su nombre, sino también al mensajero de una amistad probada varias veces y al representante de una casa que ha tenido siempre íntimas relaciones con nuestros predecesores.»

* * *

Falleció en Viareggio la señora duquesa de Madrid, princesa de Parma, doña Margarita, esposa de don Carlos de Borbón. La *Reale tenuta de Viareggio*, en donde esta princesa entregó su espíritu al Creador, según parece, por causa de un ataque cerebral, es una posesión que legó á la señora Duquesa su abuelo Carlos II, duque de Parma, que abdicó en 1849. Por parte de madre, era nieta del duque y de la duquesa de Berry y sobrina del Conde de Chambord. En 1867 casó doña Margarita con don Carlos. De esta unión han nacido don Jaime, que tiene hoy la edad de veintidós años, y cuatro hijas, una de las cuales, la mayor, doña Blanca, contrajo matrimonio en 1889 con el archiduque de Austria, Leopoldo Salvador. Doña Margarita era una dama de sentimientos bondadosos y que no perdonaba ocasión de hacer bien al prójimo. La maledicencia nunca había encontrado punto por donde atacarla, á pesar de lo expuesta á sus tiros que hoy se hallan los reyes y los príncipes y cuantas personas ocupan elevadas posiciones. ¡Dios tenga en su Santa Gloria á la virtuosa Princesa!

* * *

No contento el parlamentarismo con hacer de las suyas en Europa, lleva ya trazas de haber invadido también algún país del Oriente. El imperio del Japón, en aquella parte del mundo, se ha señalado siempre entre las demás naciones orientales por su espíritu abierto á la civilización europea y á las cosas modernas. Muchas de las instituciones japonesas se han montado recientemente casi á la europea, y las costumbres de aquí han penetrado en la vida de aquellos naturales hasta un punto que ha excitado el asombro de las personas ilustradas que han visitado recientemente Jokohama y las demás ciudades y puertos importantes del mencionado imperio. Pues bien, quisieron los japoneses tener también Cortes como los países de Europa, y en efecto, establecieron un Parlamento que funciona á la manera de los de acá. Há poco ha tratado asimismo de echar su cuarto á espadas en punto á indisciplina y oposición al Gobierno, y para ello ha negado la votación de los presupuestos. Pero allí aún el Mikado conserva gran parte de su antigua fuerza, y á raíz del acuerdo puso en penitencia al Parlamento, suspendiendo sus sesiones por dos semanas. «La democracia, dice un periódico suizo, marcha muy aprisa en aquella lejana isla, que hace veinticinco años aún conservaba las instituciones de la Edad Media y que hoy está en camino de sobrepujar en punto á agitaciones parlamentarias á las antiguas naciones de Occidente.»

* * *

Del Panamá de Francia y del llamado *Panamino* de Italia síguese hablando, aun cuando la opinión comienza á dar claros indicios de que le cansan ya estos asuntos. En París llamó la atención la defensa del ingeniero Eiffel, hecha por M. Waldeck-Rousseau, quien adujo gran copia de guarismos para demostrar las cantidades enormes que en el Istmo debían pagarse á los contratistas por las obras, á causa de las grandes dificultades que opone á los trabajos el clima de aquellas latitudes. En Italia se han hecho algunas nuevas detenciones por el asunto de los Bancos. Hablando de esto, un periódico de muy reposado juicio, refiriéndose especialmente á la prisión de Tanlongo y Lazzuroni, dice que no han de exagerarse las cosas.

«A los dos personajes presos, dice, no se les persigue por malversaciones, es decir, por haberse metido dinero en el bolsillo, sino por haber consentido ó dejado consentir irregularidades tales como el aumento en la circulación de los billetes, contraviniendo á los Estatutos

del Banco. Hasta se asegura que el señor Tanlongo tiene en su poder una carta del señor Crispi, entonces ministro, en la cual le autoriza para hacer lo que ha hecho. Así, pues, sin motivo han llamado á esto el *Panamino* los que quieren ponerlo todo á la moda de París.

»Asimismo los billetes de hombres públicos, periodistas ó diputados que se han encontrado en la Caja del Banco, no se parecen en nada á los pequeños papeles del canal de Panamá: no son cheques de hombres comprados sino billetes de prestamistas, lo que, bajo el concepto moral del acto, presenta alguna diferencia. Esto no impide que ese desagradable asunto no haya quebrantado mucho la posición del ministerio nombrado bajo la influencia de preocupaciones financieras para realizar reformas de esta clase, por cuyo motivo tiene al frente á un hombre político que ante todo es un hacendista.»

* * *

Afirmase que en Biarritz se han reconciliado el rey Milano de Servia y la reina Natalia que, como no ignoran nuestros lectores, vivían separados hace largo tiempo. La reconciliación fué tan inesperada que al pronto se creyó que era una farsa; mas no parece ser tal, sino muy sincera y acompañada de lágrimas y de abrazos. ¿Cuándo volverán á la capital de su reino los soberanos desterrados? Esto pregunta un periódico, el cual entiende que el regreso á Belgrado es acto indispensable para redondear el drama de familia que de cuatro años acá se ha estado representando alrededor del trono servio.

* * *

Portugal sigue luchando con su política interior y sobre todo con su política financiera. Díaz Ferreira, presidente del Consejo y ministro de Hacienda, leyó en las Cortes los proyectos de ley, que tanto se esperaban, para arreglar el Erario y equilibrar los ingresos y los gastos; mas las proposiciones suyas no han sido bien recibidas y es probable que en breve originen la caída del ministerio. Éste puede decirse que se halla ya derrotado en la Cámara, porque los regeneradores, con quienes antes podía contar, se han pasado también á la oposición. El citado ministro pide que se aumente la contribución de consumos, formulando tarifas especiales, más recargadas, para Lisboa y Oporto. Contra estas peticiones han puesto el grito en el cielo los diarios de todos los colores, porque dicen que hoy la vida es cara en todo Portugal y carísima en Lisboa, y que de aumentarse los derechos sobre los artículos de comer, beber y arder se hará insoportable. El gobierno, empero, se encuentra con un déficit que le es preciso llenar, y por esto acude á todos los medios, incluso al pobre arbitrio de imponer contribuciones sobre el lujo y la vanidad, que resultan casi siempre contraproducentes é ilusorias.

* * *

La enérgica, pero mesurada protesta firmada por numerosos estudiantes católicos de la Universidad de Barcelona contra la apertura del templo protestante de la calle de la Beneficencia en Madrid, movió á otros escolares librepensadores, cortos en número, á organizar un *meeting* para expresar su opinión contraria á la de sus compañeros católicos. Este *meeting* no pudo llevarse á cabo en el Circo Ecuestre por la algarazara que allí se movió, acabando todo á palos y silletazos, por cuyo motivo se preparó otro para el domingo día 5 en el teatro Calvo Vico. En él los estudiantes librepensadores hablaron de todo menos de la capilla protestante. Cada uno dijo lo que mejor le plugo y la reunión acabó en paz. No sucedió lo mismo fuera del teatro. Un grupo de anarquistas contendió, al parecer, con otro de socialistas, y de las palabras pasaron á los hechos, disparándose algunos tiros de revólver, y cayendo á los pies de una ciudadana, defensora del anarquismo, una botella llena de una sustancia que se inflamó al dar en el suelo. Hubo entonces el barullo más espantoso. La guardia civil montada y de á pie, que vigilaba los alrededores del teatro, cargó contra los autores de la asonada, dispersándoles y

deteniendo á algunos, entre ellos á la aludida ciudadana. Salieron heridos algunos agentes de policía, el gobernador apareció en el sitio de la ocurrencia y varios de los detenidos fueron entregados á la autoridad militar. Hubo carreras en la Gran Vía, Paseo de Gracia y calles adyacentes; cerráronse puertas, algunos viandantes pacíficos recibieron un regular susto; pero á la media hora todo se hallaba tan tranquilo como antes de empezar el *meeting*. Es muy sensible que por causa de leyes absurdas y de una inconcebible tolerancia tengamos que presenciar en nuestra ciudad tan lamentables escenas.

S. M. la Emperatriz de Austria-Hungría, á bordo de su yacht *Miramar*, que es un soberbio vapor de ruedas, llegó á esta ciudad, la cual visitó de riguroso incógnito, conforme lo ha verificado en todos los puntos de España que ha recorrido. El noble rostro de la soberana, en el que se descubren las huellas de profundos pesares, llamó la atención de cuantas personas la vieron recorrer modestamente calles y paseos, ya á pie, ya en un sencillo coche de punto. Mucho deseamos que este viaje haya mejorado la salud de la augusta señora, delicada desde el desgraciado fin de su hijo, el heredero del trono de Austria-Hungría.

B.



LIBRE DE SERVICIO

I



GRANDES calaveradas imaginará que llevaba en su mente el coracero Lafrite quien sepa que obtuvo hallarse libre de servicio por veinticuatro horas, y que tenía diez francos en el bolsillo; porque eso de tener veinticuatro horas...

Pues bien, la verdad es que nada tenía premeditado. Sencillamente, había recibido diez francos de su familia y pensó:

—Un coracero con diez francos, veinticuatro horas y el prestigio militar, puede fiar á la casualidad el encontrar toda clase de entretenimientos y diversiones.

Así es que salió del cuartel con el aire conquistador de un soldado que se tiene asegurada una hazaña de esas de cierto género tan propias de la vida militar como cualesquiera otras.

Detúvose indeciso en el umbral, miró á la derecha, después á la izquierda, dió algunos pasos en este sentido, luego pareció cambiar de idea y se inclinó á la derecha, pero, al fin, se resolvió decididamente por la izquierda, como hubiera podido resolverse por la otra.

La verdad es que no sabía adónde ir. En casos semejantes suele optarse por marchar de frente, y esto fué lo que hizo el coracero, convencido de que así, por fuerza, iría á parar á alguna parte. Y efectivamente, fué á parar á la plaza Vendôme. Detúvose ante la columna y se alegró de ser francés. Sin embargo, la ascensión á dicha columna no podía formar parte del programa de regocijos de un coracero con medios para darse un gustazo de esos que los defensores de nuestros hogares tienen sólo en perspectiva muy de tarde en tarde. Pasó, pues, por delante de aquel trofeo glorioso, echó una mirada compasiva al centinela de la Comandancia, llegó á la calle de Rivoli, preguntóse si echaría hacia arriba ó hacia abajo, y al fin decidióse por dar media vuelta á la izquierda. Al llegar á la estatua de Coligny, preguntó á un anciano que estaba contemplando la imagen de aquella víctima de la noche de san Bartolomé:

—Dispense usted, caballero, ¿quién es ese señor que está ahí arriba?

—Ese es Coligny, contestó el viejo.

—¡Coligny!... ¿ese cochero que asesinó al individuo que llevaba en su coche?

Lo confundía con Collignon.

Entró en una taberna y bebió una copita, preguntándose al mismo tiempo al ver que el buen viejo se desternillaba de risa:

—¿De qué demonios se reirá con tanto gusto ese espantajo?

Una vez hubo bebido, volvió nuestro coracero sobre sus pasos, sin siquiera pensar en lo que hacía, y se encontró en los Campos Eliseos. Sentada en uno de los bancos vió á una niñera con un niño en brazos: acercóse á ella sonriendo, sentóse en el mismo banco, buscó manera de trabar conversación y se entabló entre los dos el siguiente diálogo:

—Vaya un tiempo que hace... no sabe uno qué pensar de él... si se serenara, probablemente haría buen tiempo... pero si no se serena... es muy posible que llueva.

—Es verdad... contestó la muchacha.

—Aunque á veces lo mismo da que se serene como que no se serene.

—Es cierto.

—Pues lo que es yo si llueve me fastidio... estoy libre de servicio por veinticuatro horas...

—¡Ah! entonces, ya lo creo que sí...

—Y... no me gustaría que lloviera...

—Pues... ya lo creo que no.

—Sobre todo ahora que, estando con usted en tan agradable conversación, si llegara á llover me vería privado de su amable presencia.

—¡Ah!... ya lo creo que sí.

La cosa no marchaba. Nuestro coracero comprendió que por esta vía adelantaría poco y se decidió á emprender la cosa por otro lado. Viendo que el chiquitín tenía fijos en él sus ojos muy abiertos, exclamó:



—¡Ja! ¡ja! ¡miren, miren el paisanito ese... y qué guapote está!

—Vaya...

—Usted será tal vez el ama...

—¿Yo? no, señor, no... tiene dos años.

—Es que creo que las amas ganan mucho dinero... yo pensé que usted era...

La muchacha bajó los ojos sin contestar, y el coracero prosiguió:

—Pues entonces, ¿qué es lo que le dan de comer á este señorito?

—¡Toma! pues, sopitas; como le darian á usted cuando era pequeñito.

—La verdad es que no me acuerdo de lo que me daban... ¡ah! sí, sí, sopi-

tas, todos los días sopitas; para un militar es lo más nutritivo... Y ¿qué van á hacer del paisanito?

—¡Oh!... hay tiempo para pensarlo.

—Yo sé un oficio muy bueno, pero muy bueno... para mí lo querría... comerciante en tapones...

—Ya lo creo que sí... puede ponerse una bonita tienda...

—¡Ah! naturalmente... interrumpió Lafrite; una tienda muy linda... con una esposa muy linda también y muy amable... usted, por ejemplo... y un rorro bien mono como ese...

El rorro en aquel momento estiraba sus bracitos para agarrar las crines del casco del coracero, y éste quitóse complacientemente el casco y lo puso sobre la cabeza del *bebé* riéndose á carcajada suelta junto con la niñera.

De pronto vióse mucha gente echar á correr hacia un carruaje que pasaba muy aprisa.

—¿Qué es esto? preguntó la chica.

—Es un ministro que va á la Cámara, contestó sin detenerse uno de los que corrían hacia allí.

—¡Ay! ¡yo que nunca he visto un ministro!... ¿Quiere guardarme el chiquillo?... ya vuelvo en seguida.

—Vaya usted, vaya usted, dijo Lafrite; no tenga usted cuidado, á mí me gustan mucho los niños.

De pronto, en la multitud que corría á ver al ministro, prodújose un remolino, una mujer cayó al suelo, fué atropellada y la condujeron desvanecida á una farmacia. Era la niñera.

Pasaron dos horas, y el coracero, inquieto, echaba á su alrededor miradas llenas de consternación. El chiquillo había empezado á llorar y él no tenía más remedio que mecerle en sus brazos ante las burlonas sonrisas de los transeúntes: á estos cuidados hubieron de suceder otros más íntimos, y después vuelta á llorar la criatura. Lafrite era presa de una agitación más fácil de comprender que de explicar, y murmuraba:

—Pero ¿cómo no vuelve la chica esa?...

Confió su crítica situación á una vendedora ambulante que por allí andaba, la cual aumentó su confusión al significarle que era cosa de todos los días el ver malas madres que aprovechaban cualquiera ocasión para deshacerse disimuladamente de sus hijos.

Al oír esto Lafrite quedó aterrorizado, y en su angustia no acertaba á decir sino:

—¿Qué voy á hacer yo ahora con esa criatura?

Decidióse por fin á dirigir ciertas insinuaciones á la vendedora, la que le atajó explicando que tenía ya seis niños á quienes mantener y que no le convenía cargar con un séptimo.

—Y sin embargo, exclamaba el coracero que estaba dotado de excelentes sentimientos, yo no puedo dejar al pobre pequeñín en medio del arroyo... pero ¿qué hago con él?... Ya estoy aviado... ¡ay! ¡ay! ¡ay!...

El pequeñín continuaba llorando con todas sus fuerzas; para acallarle, Lafrite le dió un caramelo que compró á la misma vendedora, y al verlo más calmado se lo llevó en brazos con gran admiración de los paseantes.

II

Lafrite vió un numeroso grupo que se había formado alrededor de un charlatán, y se dirigió allí diciendo al chiquitín:

—Ya verás, ya verás qué cosas tan bonitas hace este señor... Mira la bola que tiene en la mano... ahora desaparecerá... ¿Ves? ya se fué... ahora volverá; ya vuelve... ya vuelve... ¡mírala, aquí está!... Es bonito eso ¿eh?...

—Caballeros y señoras, decía el prestidigitador; esto no es nada: yo me comprometo á escamotear, ante el ilustrado público, nada menos que un niño.

—¡Ja, ja! exclamó Lafrite.

Y dijo para sus adentros:

—Esto es lo que me conviene.

El charlatán tomó al niño y lo cubrió con un gran paño.

—¡Pasa! dijo.

En seguida levantó el paño: el niño no estaba.

Lafrite respiró alejándose del grupo; pero el escamoteador le gritó:

—¡Eh, militar! un momento, hombre: el juego no ha concluído.

Volvió á colocar el paño, diciendo:

—¡Vuelve!

Y el niño volvió en medio de los entusiastas aplausos del ilustrado público.

Lafrite, desesperado, tiraba de las crines de su casco como quien se tira de los pelos; metió el niño debajo del brazo, como llevan el pan los obreros, y se puso á pensar en lo que haría con él, cuando descargó una borrasca que dispersó paseantes y mirones. Entonces Lafrite, compasivo en medio de todo, puso sobre la cabeza del niño el casco, que se le hundió á la criatura hasta los hombros, y empezó á correr, chapoteando en el barro, salpicado por los carruajes que

pasaban, y aturdido por los gritos desesperados del chiquillo sepultado en aquella prenda marcial.

Encontrando á su paso una taberna, el infortunado coracero se precipitó en ella, quitó el casco al niño, medio ahogado, y empezó á apostrofarle:

—¿Quieres callarte, con veinte mil de á caballo? Después que te llevo conmigo, te compro caramelos y te enseño los juegos de manos, tú te echas á gritar ahí como un borrico. ¿Qué tengo que ver yo contigo, galopín, si ni siquiera te conozco? Eres un niño abandonado, ¿entiendes? Si cuido de tí es porque quiero, porque tengo buen corazón; pero nada te debo... ¿oyes?

En esto vió entrar un sujeto con un paraguas roto, y, reconociéndole, exclamó:

—¡Toma, Boucleux!

—¡Hola, Lafrite! contestó el recién llegado, ex camarada licenciado ya. ¿Es tuyo el rorro?

—¿Mio? dijo Lafrite. ¡Ya, ya!...

Y le explicó la situación, añadiendo:

—¡Y pensar que estoy libre de servicio por veinticuatro horas y tengo diez francos en el bolsillo, y que de las veinticuatro ya casi han pasado la mitad... estoy divertido!

—¿Conque tienes diez francos?

—Diez francos.

—¡A verlos! Bueno: ¿vas á pagar, eh?

—Haz que nos sirvan lo que tú quieras, contestó Lafrite meciendo el niño en sus brazos.

Iban entrando nuevos clientes, y como el tabernero viera á los dos compañeros decididos á irse á otro establecimiento más tranquilo, les sirvió en la trastienda, donde se hallaron completamente solos.

Mientras Boucleux llenaba los vasos, el coracero hacía esfuerzos dignos de una tierna madre para calmar al chiquillo.

—Mira, le decía, mira aquel señor cómo pone *mam* rojo en los vasos.

Después le contaba cuentos de soldados y seguía meciéndolo, cantándole una canción de cuna «oh... oh... oh... oh...»

Pero el niño no parecía dispuesto á dormirse.

—Esta pobre criatura tiene sed, dijo Boucleux. ¿Démosle un poco de vino?

—¿Vino? interrogó el buen coracero. Bueno... tal vez sí... un poco... pero con azúcar.

Pidió azúcar é hizo disolver un terrón en el vaso.

—Mira, decía al chico enseñándole el vaso; ¡*mam* bueno para el niño! ¿quieres? ¡qué bueno es! Toma, pobre chiquitín, toma...

Y los dos militares se reían á carcajada suelta de la avidez con que su compañerito *chupaba* un buen trago.

—¡A tu salud! dijo Boucleux tendiendo el vaso lleno hacia Lafrite.

Pero éste, para brindar, tenía naturalmente que retirar el vaso de los labios del nene, el cual, á cada tentativa de este género protestaba ruidosamente; así es que Boucleux hubo de beber solo hasta que el pequeño discípulo de Baco, bajo la influencia del *mam* bueno, hubo cerrado pausadamente sus párpados y retirado los labios del vaso que él solo había vaciado casi por completo. Entonces los dos amigos pudieron beber, fumar y conversar con toda libertad.



En dos horas de conversación llegaron á agotar todas sus mutuas confianzas, más cuatro litros y pico de vino.

Anochece, y los lejanos walses y polkas de una orquesta venían á acariciar sus oídos.

—Es el baile del *Conejo tuerto*, dijo Boucleux, podríamos ir.

—¡Vamos allá! respondió Lafrite muy animado por las repetidas libaciones.

Llamó, pagó 7 francos 50, tomó en brazos al niño dormido, y ya tenemos á los dos soldados que salen de la taberna más alegres que unas pascuas, con paso un si es no es vacilante y riendo en falsete como tontos.

III

En el *Conejo tuerto*, la entrada de un coracero con un niño en brazos levantó grandes rumores; á estos rumores el chiquillo despertó y empezó á reír regocijado por los sonos de la orquesta y el movimiento de los danzantes, y tal vez principalmente por los vapores del vino azucarado que había bebido.

Una mujerona lo tomó sentándole en sus rodillas, lo cual permitió á los dos amigos entregarse al placer de ciertos bailes nacionales desconocidos de nuestros abuelos y refrescar á su sabor entre baile y baile. En un arranque de fraternidad trocaron varias prendas de su respectivo uso: así Boucleux se puso el casco y se ciñó el sable de Lafrite, mientras éste se cubría con la gorra y empuñaba el paraguas de aquél; en esta conformidad bailaron un rigodón y la broma general llegó á su colmo.

Acabáronse al fin los recursos del coracero para pagar más refrescos y más billetes de baile, y entonces el director de éste sintióse asaltado de tardía indignación profesional contra aquellos dos borrachos que iban al baile con una criatura que mejor hubiera estado en la cama.

Expulsóles, pues, y ellos continuaron en la calle una serie de figuras coreográficas, acompañándose de una canción de soldados, marcando fuertemente el paso en medio del arroyo, salpicándose de barro de pies á cabeza y riéndose con la inextinguible risa de los dioses de Homero.

IV

Pero la vista de un oficial de un escuadrón que le examinaba fijamente á la luz de una lámpara eléctrica cortó en seco la alegría del coracero.

—¡Bonito te has puesto! dijo al fin el oficial mirándole de arriba abajo; ¿te

has metido á barrendero, ó á limpiar cloacas? ¿qué es esto?

La cabeza de Lafrite se despejó súbitamente, y poniendo militarmente la mano abierta á la altura de la sien, balbuceó:

—Mi teniente...

—¡Gorra! ¡paraguas!... ¡eso sí que está bien! Y el casco y el sable á un borracho...

—Mi teniente...

—¡Al cuartel en seguida! Mañana tendrás noticias del coronel, exclamó el oficial.

Y se marchó.

TOMO II. — 26.



—Nadie me libra de veinte días de arresto, exclamó amargamente el desventurado coracero, volviendo á tomar su sable y su casco, y dando en cambio á Boucleux la gorra y el paraguas de éste, el cual le dijo, con toda la brutalidad con que se habla á un camarada que ya no puede convidar:

—¡Cuando uno es soldado francés no se emborracha de esa manera, ni deshonor así su uniforme! Vergüenza me da de que me vean contigo. ¡Toma! aquí tienes tu rorro... y buenas noches.

Aquel hombre no sabía lo que era agradecer unas copitas.

Lafrite, anonadado por tanta ingratitud, tomó el pequeñín y llegó al cuartel sin atinar aún en lo que haría con el niño.

Un grito de alegría le sacó de sus meditaciones: miró quien lo había dado, y vió á la niñera de los Campos Eliseos, que casualmente se había fijado por la mañana en el número que el coracero llevaba en el cuello de su uniforme, y esperaba desolada á la puerta del cuartel el regreso de aquel individuo.

Tal fué el uso que el coracero Lafrite hizo de su permiso y de sus diez francos.

JULIO MOINAUX.





Fotografía de Franz Hanfstaengl Kunstverlag, A.-G. de Munich.

FELICIDAD MATERNA.—CUADRO DE E. KLIMSCH

Ayuntamiento de Madrid

LA BELLA MARGARITA

BALADA INGLESA (1)

LARGOS días de verano,
días sois de enamorar;
los amantes van sin tregua,
sin reposo, hablando van:
—Si te quiero, Margarita,
bien lo sé yo, por mi mal;
lo mucho que tú me quieres
por tu mal bien lo sabrás.—

Peina sus cabellos rubios
Margarita en el portal,
pasa un caballo á galope,
Guillermo y su esposa van.
Margarita se apresura
sus cabellos á trenzar,
y se sale de su casa
para no volver jamás.

Y cuando la noche oscura
llegaba del día en pos,
la sombra de Margarita
á su amante apareció.
—¿Duermes ó velas, Guillermo?
alegre tu lecho es hoy,
tu lecho nupcial bendiga,
como á mi mortaja, Dios!—
Cuando tras la oscura noche
el día resplandeció,
dijo Guillermo á su esposa:
—¡Triste está mi corazón!
que he tenido un sueño malo,
mal presagio á nuestro amor:
ví la estancia, ví ese lecho
que de sangre se inundó...
—Estos sueños, amor mío,
de ver sangre en derredor,
estos sueños, buen esposo,
no son buen presagio, no.

Alzóse Guillermo al punto,
llamó al servidor más fiel.
—Pronto, pronto, mi caballo,
quiero á Margarita ver.
Llamó rápido á la puerta,
Margarita no fué á él,

que fueron sus siete hermanos,
todos le querían bien.
Alzó el paño mortuario:
—¡Cielos! ¡cual te vuelvo á ver,
Margarita, estás muy pálida,
ya no hay rosas en tu tez:
lo que nadie por tí haría
yo por tí lo puedo hacer,
besaré tus labios cárdenos
y sonríeme otra vez!—
Los hermanos suspirando
le decían con desdén:
—Deja en paz á nuestra hermana,
vés y besa á tu mujer,
que es risueña y colorada...
—A mi esposa besaré
tan risueña y colorada
siempre que lo tenga á bien,
que es besarla ó no besarla
mi derecho y mi deber.
Mas, ¡por Dios! que á vuestra hermana
cosa alguna no jure.
Preparad, mis servidores,
preparad vino y pastel,
que hoy veréis sus funerales
y mañana otros veréis.

Si murió ayer Margarita
hoy Guillermo muerto está,
Margarita de amor muerta
y Guillermo de pesar:
si en una capilla á ella
á él en otra enterrarán.
De una tumba brotan rosas,
de otra tumba un gran rosal
que se suben á la bóveda
y no pueden subir más,
y se enlazan amorosos
para á la gente admirar.

Todavía allí estuvieran
sino fuera el sacristán,
que cortó los dos rosales
y no han vuelto á salir más.

(1) Esta balada, sumamente antigua, figura en la colección de Percy, titulada las *Reliquias*, junto con varias de asunto análogo. En algunas de ellas el esposo, la esposa y la amada mueren en la iglesia durante la ceremonia de la boda, que constituye el punto capital de la narración. En otras no figuran más que los dos amantes, y lo culminante es la escena de la aparición, que recuerda la *Lenora* de Bürger. Las flores que brotan en las tumbas de los enamorados son una de las ficciones favoritas de la Edad Media, encontrándose en la leyenda de *Tristán é Isolda*, y en otras muchas.



LOS PIGMEOS DE LA GRANDE SELVA AFRICANA

ESTUDIO PUBLICADO EN LA REVISTA NORTE-AMERICANA «SCRIBNER'S MAGAZINE,» EN EL MES
DE ENERO DE 1891

FOR

ENRIQUE M. STANLEY

EN mi obra titulada *En el África tenebrosa* conté el gozo que había experimentado al ver cosas que recordaban la humanidad primitiva y el respeto que me inspiraron el Adán pigmeo y su consorte en el selvático paraíso de Avatiko, cerca de las márgenes del río Ituri. Es un asunto que me ha dado mucho que pensar por espacio de una larga serie de años. La primera vez que lo traté fué en 1872 en Washington, conversando con un senador de la Carolina del Sur que se apresuró á manifestar una opinión enteramente contraria á la mía al oírme expresar mis simpatías por los negros del África interior. Sus duras alusiones á las ideas abolicionistas pusieron término al diálogo, sellando mis labios la indignación ante aquella apocada inteligencia incapaz de apreciar y juzgar al hombre con filosófico criterio. Sin embargo, el suyo es el más común entre los blancos de los países civilizados, así en América como en las demás partes del mundo. Ya he perdido la cuenta de las veces que me han preguntado desde mi regreso de África:—¿Creéis en verdad que el pigmeo sea un hombre como los demás?—¿Le creéis capaz de razonar?—¿Pensáis que pueda raciocinar como nosotros acerca de las cosas que ve, ó, en otros términos, le creéis dotado de inteligencia?—Siempre que se me han dirigido semejantes preguntas he contestado mentalmente:—No acierto á ver qué diferencia hay entre el hombre civilizado y el pigmeo; porque desde el momento que á éste le es dable expresar sus ideas en un dialecto comprensible, para mí no hay duda que podría preguntarme también:—¿Son capaces los hombres civilizados de raciocinar como nosotros los hombres de la selva?

En obsequio á aquellos de nuestros lectores que sientan algún interés por esa diminuta raza me he tomado el trabajo de escribir este artículo, pensando que cuando lo hayan leído podrán juzgar con mayor conocimiento de causa á los enanos que pueblan la grande selva del África ecuatorial. Si tal desean, empielen por emancipar su entendimiento de la teoría darviniana y del supuesto consorcio del hombre con el mono y desechen las ficciones relativas al bruto que, según ella, fué nuestro progenitor, y al cual se supone existente en alguna región no sumergida de la tierra desde el período eoceno. Es imposible asegurar que el hombre haya sido jamás un ser distinto de lo que es hoy, esto es, un bípedo dotado de inteligencia.

Ora nos refiramos á los trogloditas ó habitantes de las cavernas, á los que edificaban sus viviendas sobre estacas, á los que viven en los países pantanosos, ó en balsas arrastradas por la corriente de los ríos, á los hombres de la edad de piedra, de bronce, de hierro ó de acero ó á

cualquiera de las que han transcurrido hasta llegar á la culta degeneración actual, podemos probar hasta la evidencia que el hombre, desde su aparición sobre la tierra, ha sido siempre una criatura distinta de las demás en el mero hecho de estar dotado de inteligencia. En este concepto, los pigmeos de la selva africana son iguales á cerca del cincuenta por ciento de los modernos habitantes de cualquiera de las grandes ciudades americanas.

Desde el tiempo de Herodoto no se ha advertido ningún cambio ni el más insignificante progreso entre los pigmeos de la selva. Bien así como el pájaro ha continuado fabricando su nido, la abeja su colmena y la hormiga su colonia como desde tiempo inmemorial lo hicieron, los pigmeos, al cabo de veintitrés siglos, continúan edificando sus chozas tan toscamente como lo hacían cuando Herodoto recitó la historia de sus viajes ante el Consejo de Atenas, 445 años antes del nacimiento de Jesucristo.

Á mi juicio es este un fenómeno que se explica muy fácilmente. Las mismas causas que desde antes de la época de Herodoto los arrojaban sin cesar de los territorios en que vivían, los mantienen hoy en el estado de atraso y degradación en que se hallan sumidos. El continente africano ha sido el más expuesto á las irrupciones de la inmigración que en todos tiempos lo han inundado desposeyendo á sus antiguos habitantes. Muchos siglos antes de que los asiáticos aportasen al bajo Egipto debieron de ocupar los antecesores de los pigmeos el delta del Nilo, tal vez en la misma época en que los trogloditas habitaban la Bretaña y el Occidente de Europa. Cuando los exploradores nasamones cayeron en poder de los pigmeos, éstos se hallaban establecidos en grandes comunidades á orillas del Niger, en un lugar próximo á Timbuctu. Los pastores más ancianos del Unyoro recuerdan haberlos visto á orillas del lago Alberto, cerca del Ecuador. De ahí se infiere que si bien los pigmeos no han experimentado cambio ni progreso alguno en el espacio de tantos siglos, en los tiempos prehistóricos, mucho antes de edificarse las pirámides — probablemente veinte ó treinta siglos, — los antepasados de los pigmeos se hallaban más adelantados que no lo está su silvestre descendencia en su retirada de los ricos bosques de la zona lluviosa y que han



Figmeo en acecho

sufrido una verdadera decadencia degenerando de un estado más dichoso á la condición en que hoy los vemos. Como todas las naciones, tribus y comunidades establecidas por su mal en el camino de otras naciones y tribus superiores en número, en fuerza, en habilidad ó en otras cualidades, los pigmeos se han visto obligados á retirarse, disminuyendo su número y diseminándose por los bosques y los terrenos pantanosos en donde han llevado una vida nómada en busca del necesario sustento, huyendo de las comarcas cuya opulencia podía tentar á sus perseguidores.

Asunto es este por todo extremo interesante, mas como no fuera oportuno tratarlo aquí á fondo, por referirse á la antropología prehistórica, paso á la descripción de los pigmeos y de sus moradas que tuve ocasión de ver en la grande selva africana.

Herodoto es el historiador más antiguo que nos proporciona noticias relativas á los pigmeos. Después de él nos las ha dado también Andrew Battel. Moffat y Livingstone nos han dado á conocer los indígenas del Cabo, á los cuales llaman *bushmen* los holandeses. El primer conocimiento de los pigmeos establecidos en el centro del África ecuatorial lo debemos á Schweinfurth y á Piaggia, que hicieron el viaje á Niam-Niam y á la tierra de Monbutta, situadas á la linde septentrional de la grande selva. En la expedición que hice bajando el Congo en 1876 y 1877, oí hablar de los pigmeos uatúas, ó batúas, en la frontera sur de la región forestal, y aun tuve la suerte de capturar á un individuo de esa raza; pero considerándolo como un tipo excepcional y deforme, no dimos á esta captura la debida importancia. Más adelante, en 1881 y 1882, volvieron á hablarme de ellos algunos indígenas que los velan á menudo; en nuestra expedición para libertar á Emín Bajá, cruzamos la región habitada por los enanos ambutis, capturando á unos cincuenta de ellos de varias edades y pertenecientes al uno y al otro sexo. Al reunirnos con Emín y el capitán Casati, encontramos que el primero tenía una sirvienta enana de unos veinticinco años de edad, y el segundo un asistente pigmeo de tez amarilla que podría tener como unos trece años. Nosotros teníamos seis cautivos de esa raza, de modo que en el campamento de Kavalli llegamos á reunir ocho pigmeos de diferentes edades.

Emín Bajá se complacía en medir á aquellos hombrecillos y sacó media docena de fotografías de ellos.

Viajando en todas direcciones á través de la selva, en un radio de 1,700 millas, cruzamos una zona de la región forestal, situada entre los ríos Ihuru é Ituri—que tenía aproximada-



Un asistente zanzibarita y un pigmeo

mente 30,000 millas cuadradas de extensión—en la cual puede decirse que hormiguean los pigmeos. Atravesamos durante una temporada sus campamentos á docenas, y observamos que todos estaban situados á una hora ú hora y media de una estación agrícola de los indígenas, y que éstas siempre estaban rodeadas de aldeas ó de chozas, pertenecientes á esos diminutos nómadas de la selva.

Cuando la estación á la cual habíamos llegado tenía buenas plantaciones de bananos, enviábamos en el acto partidas de exploradores en todas direcciones á fin de que examinasen los caminos, generalmente intrincados como un laberinto, y con el objeto de adquirir provisiones y de hacer lo posible por capturar á un indígena que nos facilitase noticias respecto á los alrededores del campamento. Con este motivo presentáronme docenas de tipos de hombres silvestres, todos curiosos á cual más, y en verdad que fuera difícil decir si era el salvaje ó era yo en tal caso quien se mostraba más sorprendido del encuentro. Cuando entraba en el campamento un grupo de indígenas, mi gente se precipitaba en tropel á recibirlos para ver á qué raza pertenecían de las tres que habitan la selva, todas muy distintas entre sí por razón del color, la corpulencia y la estatura.

Los aborígenes que desmontan los bosques, hacen extensos claros en ellos, plantan plátanos, bananas, maíz, habas y tabaco; son, en último resultado, hombres y mujeres que podríamos calificar de tipos comunes, de tez bronceada ó cobriza. Su única originalidad consiste en las raras ideas que profesan respecto al atavío personal, que les inducen á perforarse el labio superior, colgando de este agujero un gancho de madera, un anillo de hierro, una pequeña concha ó un disco de madera del tamaño de un botón de Ulster. También suelen engalanarse con collares de dientes humanos, de chimpancé, de mono ó de cocodrilo. Por lo demás, su estatura descuella sobre la de los pigmeos más gallardos, sobrepujándoles en ella de la altura de la cabeza y de los hombros. Para dar una idea aproximada de la talla de los pigmeos me bastará decir que una persona que la tuviese de cinco pies y seis pulgadas podría usar una muleta alta como lo son por regla general los pigmeos adultos, sin distinción de sexo. Por supuesto que, como acontece con todas las razas, su estatura varía mucho, según los individuos. Hemos medido algunos que no la tenían mayor de 33 pulgadas. Los más altos, siendo tipos genuinos y no adulterados, no pasaban de cuatro pies y cuatro pulgadas. A primera vista nos figurábamos que los exploradores habían capturado una porción de chiquillos; mas cuando los mirábamos de cerca, veíamos á las enanas desarrolladas de pechos y con las señales de haber pasado los trabajos de la maternidad, y que los varones adultos representaban una edad de más de veinte años. Los chicos zanzibaritas, de catorce ó quince años de edad, complacíanse en alinearse al lado de los pigmeos, riendo á carcajada tendida al ver que muchos padres de familia de aquella raza no podían competir con ellos en gallardía.

Habíanme dicho que los enanos guerreros se distinguían por sus luengas barbas; mas yo no he visto sino uno que fuese barbudo. Con todo, suelen tener el cuerpo cubierto de un vello tan largo que puede cogerse con los dedos.

Sus armas y sus ornamentos son iguales á los que usan los agricultores indígenas, de los cuales los obtienen sin duda en cambio de los productos de la selva, como, verbigracia, la miel, pieles de mono y de babuino, de antílope y de leopardo; plumas, sobre todo las que tiene en su encarnada cola el loro ceniciento, y la carne seca de los animales que matan ó cogen en el lazo. Como no es fácil adquirir en la selva una cantidad de carne algo regular, un elefante aprisionado en uno de aquellos fosos cuneiformes que los pigmeos abren al intento, ó herido por una de aquellas puntas de lanza, que un gran peso de madera hace caer á veces

de la altura de veinte pies, vale un tesoro. Semejante provisión de carne, pellejo y marfil basta para adquirir ornamentos de hierro para la garganta de las mujeres; discos de hierro para adornar los brazos y las piernas; cinturones de conchas, bolas de hierro; grandes pedazos de corcho para cubrir la desnudez ó preservarse del frío; azagayas para los guerreros, flechas cruelmente barbadas, pequeños, pero sólidos, arcos adornados con colas de mono, de gato montés ó del de algalia, y á veces de leopardo; una aljaba de cuero, una holgada camiseta, un talabarte con un cuchillo de monte metido en una vaina profusamente labrada; además de una gran provisión de dorados plátanos, y probablemente un gran jarro de vino de bananas para confortarse en la triste y húmeda lóbreguez de la selva, sin perjuicio de alcanzar la comunidad entera autorización para regalar el estómago, hartándose de los frutos que ellos prefieren como delicadas golosinas.

Traducido del inglés por
J. COROLEU.

(Continuará.)





GRAN SALÓN DEL PALACIO
DE BELLAS ARTES DE BARCELONA
EN LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE INDUSTRIAS ARTÍSTICAS
E INTERNACIONAL DE REPRODUCCIONES

Se ha cerrado la citada Exposición, primera en su clase celebrada en España, iniciada y llevada á cabo por el Ayuntamiento de Barcelona. Dadas las dificultades que esta empresa presentaba, no podía esperarse otra cosa más de ella que un ensayo del que se sacasen advertencias para Exposiciones futuras de igual índole. Como Exposición en regla dejó algo que desear la que acaba de cerrarse en el Palacio de Bellas Artes, mas por lo contrario, como ensayo, existen razones para que se den por satisfechos de sus resultados el Cabildo municipal y también los expositores. Algunas industrias han probado que se hallaban en camino de verdadero progreso, así en la parte meramente técnica como también en la artística. En tal caso se encuentran la cerámica y la cerrajería, que exhibieron productos labrados con suma perfección y que se hicieron notar por su buen gusto. La ebanistería presentó también obras ejecutadas con pulcritud, advirtiéndose en ellas un inteligente estudio y un hábil renacimiento de los ejemplares de distintas épocas. El diestro dibujante José Cabrinety, autor de la vista que publicamos, ha sacado con admirable exactitud la perspectiva del Gran Salón del Palacio de Bellas Artes, tomada desde el pórtico que sostiene la galería superior en el lado del edificio próximo al Paseo de la Industria. La impresión es exactísima y acredita la pericia del artista. Éste ha rodeado la vista con una interesante orla constituida por distintos objetos elegidos entre los que se expusieron. Allí se ven, empezando por la línea inferior, una losa de grandes dimensiones con el escudo de los Reyes Católicos, en barro vidriado policromo, salido de la alfarería de los señores Menzague y Compañía, de Sevilla. Síguele el soberbio tapiz, de carácter oriental, tejido en los acreditados talleres de los señores Sert hermanos y Solá; dos preciosos platos de loza dorada, fabricados por los señores Ros y Urgell, de Valencia; un jarrón y un arca de la instalación de Andrea Onufri, de Palermo, y el lindísimo bajo relieve de Serpota, vaciado en yeso, que presentó una casa italiana representada en esta ciudad por el ingeniero señor Ferri, á quien se debió que figuraran en el expresado concurso importantes reproducciones venidas de Italia, y entre ellas los suntuosos muebles copiados del Palacio Real de Palermo.

FELICIDAD MATERNA
CUADRO DE E. KLINSCH

Resplandece felicidad el rostro de la madre que aparece en este cuadro. Acaricia ella dulcemente á su hijo, y el niño, á su vez, la paga con las tiernas monerías que llenan de dicha el corazón de una buena madre. El niño es, al propio tiempo, una perla, y por su hermosa cabecita, por los redondos brazos y por las piernas y pies metidos en carnes, por todo su lindo cuerpecito, hábilmente dibujado, recuerda los deliciosos niños que trazó el pincel de Rafael Sanzio de Urbino, en sus inmortales *Madonnas* y Sagradas Familias. Sin copiar para nada al egregio pintor de Urbino, téñale con todo muy presente E. Klinsch cuando compuso, y más todavía cuando dibujó, la obra que reproducimos en este número, grabada con superior perfección. La testa de la madre, teniendo no poco de los tipos populares de Italia, muestra en muchos rasgos una corrección que no se encuentra en el modelo vivo, sino que ha de hallar el pintor en su mente, perfección ideal que encanta y acrecienta el interés de un asunto que de otro modo frisaría casi en lo vulgar y adocenado. La afortunada agrupación de las dos figuras, el fondo que hace resaltar por claro el busto de la madre y el cuerpo todo del hijito contribuyen á hacer más bello y más atractivo este lienzo en que tan bien pintada sale la *Felicidad materna*.

PROYECTO DE MONUMENTO
AL EMPERADOR DE ALEMANIA GUILLERMO I EN LA CIUDAD
DE BERLÍN

Quiere Berlín alzar suntuoso monumento que recuerde á las generaciones futuras la memoria del monarca que creó el imperio de Alemania. A este intento se abrió concurso público en el que se eligieron tres proyectos, ninguno de los cuales dejó satisfechos los deseos de los berlineses y menos los del actual monarca Guillermo II, nieto de aquel soberano. Las aficiones de éste se iban tras de un pensamiento ejecutado por el escultor Reinhold Begas, que goza de merecida fama en Alemania y fuera de ella. No obstante, el proyecto de Begas no alcanzaba todavía á lo que querían el actual Emperador y los berlineses entusiastas del difunto. Téñase presente que Italia, al tratar de erigir un monumento á Víctor Manuel, había escogido un proyecto imponente por su extensión y dimensiones, que requie-

rirá para llevarlo á cabo una gran extensión de terreno, y que exigirá hasta el derribo de manzanas enteras de edificios. Berlín, pues, no se contentaba con una estatua monumental, magnífica escultóricamente considerada, puesta sobre un zócalo de mayor ó menor riqueza. De

ahí vino que el arquitecto de Stuttgard, Halmhuber, que había trabajado como segundo arquitecto en la construcción del palacio del *Reichstag*, redondease el proyecto de Begas, imprimiéndole grandioso aspecto arquitectónico.



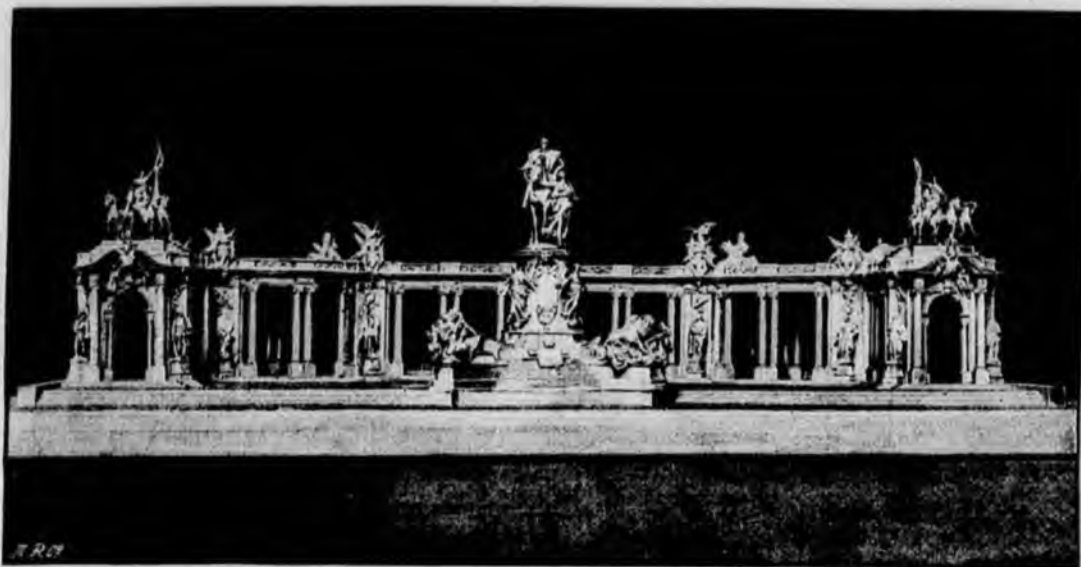
PROYECTO DE MONUMENTO AL EMPERADOR DE ALEMANIA GUILLERMO I, POR REINHOLD BEGAS

El monumento se divide en dos partes. Una de ellas comprende el monumento propiamente tal con la estatua ecuestre de Guillermo I. Viene á constituir la segunda un hemiciclo, con doble columnata, más ó menos directamente inspirado en el famoso hemiciclo del Bernini, en la plaza de San Pedro de Roma, que tan copiado ó imitado ha sido en todos tiempos. En el

centro de este hemiciclo se levantará el monumento. Reinhold Begas es autor de éste; el arquitecto Halmhuber lo es de la columnata. El soberano alemán está representado cubriendo su cabeza el casco, á modo de yelmo antiguo, y tapando en gran parte su cuerpo una capa ó manto que le ha permitido al artista sacar un hermoso partido de pliegues, que recuerda hasta cierto

punto las estatuas clásicas. Monta Guillermo I un soberbio corcel, al que lleva del diestro la diosa de la Victoria, que á su vez sostiene una palma, según el autor símbolo de la Paz por la manera como la tiene colocada la mencionada diosa. Un zócalo cuadrangular sirve de base á estas estatuas, zócalo que tendrá en sus plafones bajo relieves sacados de los hechos culminantes de la vida del Emperador glorificado. Estatuas de la Fama, repartiendo coronas, se apoyan en los ángulos del gran zócalo. Al pie de él se ven figuras colosales que

representarán la Guerra y la Paz. En los cuerpos adelantados de la escalinata, sobre que se levanta el monumento, irán leones que apoyarán las garras delanteras en trofeos de cañones y banderas copiados de los que cogió al enemigo el emperador Guillermo I en sus campañas. Todo esto tendrá dimensiones colosales: á once metros alcanzará la estatua del Emperador y á veintiséis el total del monumento, desde el plan terreno á la cimera del casco imperial. El bronce y el mármol serán las materias de que echará mano el celebrado escultor para



VISTA TOTAL DEL PROYECTO DE MONUMENTO Á GUILLERMO I DE ALEMANIA

la realización de su pensamiento. En los extremos de la columnata se pondrán, conforme se ve en el dibujo que publicamos, cuadrigas en bronce también de colosales dimensiones, y distribuidas por este cuerpo arquitectónico imágenes alegóricas y estatuas de los hombres que contribuyeron á la unificación de Alemania.

Han de señalarse todavía los medios de que se echará mano para la erección de un monumento que ha de resultar costosísimo y que exigirá también el derribo de edificios si se persiste en emplazarlo en sitio que permita verlo desde el Palacio Real. Habíase pensado en organizar una lotería, pero esta idea no fué bien acogida, porque se creyó, con razón, que no era cosa de asociar el

juego á la realización de un proyecto nacional, que había de recordar á un personaje glorioso para la patria y para la dinastía de los Hohenzollern. El gobierno y el *Reichstag* habrán, por lo tanto, de ocuparse en dar solución á las dificultades económicas, después que se hayan vencido las de índole artística, gracias al ingenio de los dos autores del proyecto y más que todo á la preferencia que le ha otorgado el emperador Guillermo II, cuya voluntad, como es sabido, pesa mucho en todas las cuestiones que se debaten en Alemania. Los dos grabados que van en este número son exacta reproducción del proyecto y darán clara idea de él á nuestros lectores.



¡PASIÓN!

NOVELA ORIGINAL

DE

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

(CONTINUACIÓN)

IX

QUEDARON con las damas maese Luis y el Padre Roelas, consolándolas en su aflicción, por aquel tan extraño como imprevisto suceso, que ponía en prisiones á don Fermín, y por Dios que no hubieran creído nunca que el poder de aquel señor mensajero llegase á tanto. Doña Leonor irritábase terriblemente contra don Martín, y doña Blanca, que parecía meditar, consolábala con juiciosas ideas, referentes á que no había en aquello exposición alguna para el sobrino, afirmando que creía que don Martín obró de aquel modo, más bien para sacarle que no meterlo en un conflicto.

Ayuntamiento de Madrid

Don Martín Pedrosa, por su parte, había pedido cortésmente á Máinez y Carrillo que le guiara á otra habitación: echó á andar don Hernando, y don Martín invitó á los otros á que le siguiesen.

—Dispensadme, dijo después don Martín á don Hernando; pero habéis dado lugar á que vuestro sobrino os faltase al respeto delante de nosotros, poniéndome á la vez en el caso de obrar como lo hice: figuraos, añadió dirigiéndose á Zapata y á los otros caballeros, le puso en gran sonrojo delante de personas extrañas y quiso desquitarse al dar explicaciones de su conducta, contando á gritos lo que sabe que es un secreto. Don Hernando, debía yo quejarme al Rey.

—Es que yo no le pedía cuentas de lo que hizo desde que se marchó, sino desde que ha vuelto.

—¿Y cuándo volvió? preguntaron don Alonso Valdelomar y Gutiérrez de los Ríos.

—Anoche, contestó Zapata.

—¿Vos lo sabéis?

—Me lo mandó don Hernando para que me hiciese sus confidencias, y volviselo con noticia de que vendría yo hoy por la mañana con vosotros.

—Justamente, contestó Máinez y Carrillo con ardor, y se contentó con enviármelo á decir con su escudero, yéndose por ahí de aventuras sin más aviso.

—¡Bah! dijo don Martín Pedrosa, no os reconocí esta vez, don Hernando; fuisteis poco indulgente, pero yo sé demás que fué en servicio del Rey: libre creyóse ya el mozo después de un mes de trabajos y peligros, y quiso distraerse: está hecho y ya pasó: perdonadle, que él os dará excusas; yo le hice salir para que no hablase más, porque el mozo es atrevido y terco; en fin, vamos á lo que importa.

Eso era precisamente lo que importaría al lector saber, pero no hay dato alguno referente á la grave conferencia que allí tuvieron; por los lances posteriores traslúcese, sin embargo, y con eso no más será preciso que os contentéis ahora.

En lo más hondo de su desconsuelo hallábase doña Leonor, por la prisión de su sobrino; no hacía caso de las juiciosas razones de su hija: lloró unas veces como una Magdalena, é irritóse otras con todo el tremendísimo impulso de una mujer cuando se irrita. ¡Cómo, piadoso Dios! ¿Y era aquel don Martín Pedrosa, á quien ella tanto había distinguido y estimado, quien así se atrevió á mostrar sus iras con una persona de su sangre? ¡Oh pérfido, ingrato, mal hombre y mal caballero, sin conciencia y sin corazón!

Quería la dama ir presurosa á la torre de los Donceles á ver á su sobrino y nadie podía detenerla. Pero doña Blanca, con aquella mesura y discreción de siempre, la detuvo con algunas frases no más, advirtiéndola que le sería imposible entrar en la prisión sin una orden del mismo que á don Fermín había mandado prender.

Así pasaron dos horas, y creyéndola más calmada se retiraron el médico y el cura.

Quiso entonces doña Leonor hablar con su marido, pero su angustia llegó á ser terrible, cuando supo que Máinez y Carrillo salió precipitadamente con el señor corregidor y los otros caballeros en busca de don Martín Pedrosa, que había salido antes. Esto lo tomó la dama como indicio seguro de que la vida de don Fermín corría peligro, y se abatió ya del todo, sumergiéndose en grande desconsuelo; así hallábase, como dije al principio, y entró don Fermín de repente.

Fué muy grande la impresión de doña Leonor cuando le hubo visto, y no fué menos la de doña Blanca; pero se moderó, como siempre, dándole plácemes por su libertad, sin

exaltación ninguna, aunque sí con mucho agrado. Doña Leonor, por su parte, le abrazó estrechamente con tierno impulso, diciéndole entre sus lágrimas que le creía un resucitado.

Oyéndola don Fermín rió de buena gana, y muy tranquilo y de buen humor, dijo á las señoras, sentándose junto á ellas:

—Llegué á la torre con la irritación que ya supondréis, y desesperado contra mí mismo y contra todo el mundo por la violencia de que me creía víctima: encerráronme, y no habían pasado quince minutos cuando sentí de nuevo el chirriar espeluznante de barras y cerros. Fué mucha mi sorpresa cuando reconocí á don Martín Pedrosa en el caballero que entraba.

Don Fermín de Santisteban quedó callado un momento, y luego añadió con mucha seriedad:

—Por Dios digo, mis señoras, que no conocí en mi vida un hombre que sepa meterse en el corazón, como ese don Martín. De ver su cara no más se me aplacó el irritado ánimo: nunca he visto majestad y dulzura como aquellas. Llegó á mí sin hablar; cogióme de las manos con mansedumbre, y las estrechó como se me figura que debe estrechárselas un padre á un hijo; habló luego, y era su hablar de un reposo y una tristeza dulce, que me cautivaron.

—Si os ofendí, señor, perdonadme, que no fué intención mía haceros mal: una ligereza excusable por el fuego de vuestra edad, y por el apuro en que don Hernando os ponía, iba á ser causa de que incurriésemos todos en delito, por la revelación de un secreto que no nos pertenece: nunca hubiera yo hecho uso de la autoridad sin límites que el Rey me concedió, porque mi índole natural me hubiera impedido, á no ser en cosa que fuera para servir urgentemente al señor Rey; por eso nadie aquí supo nunca, ni vuestro tío tampoco, á no ser Zapata, porque no hubo otro remedio, los poderes ilimitados que yo traía; perdonadme, repito, señor, pero obré para sacaros de un conflicto que podía perderos para con S. M., para evitar también á don Hernando el triste dolor de que le faltarais al respeto, y para concluir de una vez con escena tan penosa; si después de estas explicaciones no os bastase y queréis otra clase de reparación, aunque sea enojoso para mí, yo os la daré con mi espada, pero tendréis que esperar para eso á que yo me despoje de todo carácter oficial que pueda perjudicaros si me mataseis; en un caso ó en otro, como mi intención no era otra que apartaros por un instante de vuestro tío, y evitar que revelaseis un secreto, y ya todo pasó, vengo yo mismo á anunciaros vuestra libertad. Libre sois, pues, señor.

Me hizo, cuando acabó su discurso, una inclinación, que la majestad y la entereza de un rey no lo hubiesen hallado igual: dígoos, prima, añadió don Fermín muy pasmado dirigiéndose á doña Blanca, que desde el principio de su plática quedé yo absorto y como quien oye y ve cosas de otro mundo; yo conocía á don Martín de nombre solamente, porque apenas vine de Aguilar salí escapado para Granada, y ya sabéis que volví anoche; pero cuando en la torre me habló así, sentíme preso de una vaga inquietud de haberle yo ofendido y no él á mí, como aseguraba al darme sus explicaciones: yo me sentí de pronto como si hubiesen arrancado de mí ser toda otra cosa que no fuese un sentimiento muy vivo; olvidándome súbitamente de orgullos y terquedades, de que procuraré corregirme para no recibir otras lecciones; cogíle de pronto por el impulso ciego de mi corazón y le estreché en mis brazos, sin haberme arrepentido luego: se desprendió él de mí afablemente, y díjome:

—Bien; eso quiere decir que sois mi amigo: viejo soy para una amistad como la vuestra,

porque os doblo casi la edad, pero no le hace; no os amaré menos por esa causa; al contrario, podré ayudaros, si lo necesitáis alguna vez, con mi pobre experiencia.

Yo le dije, muy conmovido de oír su tono, que le estaba agradecido, porque era un gran corazón el suyo: sonríome otra vez, y dijo que lo que hacía falta ya era que yo le acompañase á casa del corregidor, donde encontraría á don Hernando y podría presentarle mis excusas; yo no tuve palabras con que contradecirle, porque me pareció entonces de mucha justicia lo que antes creí despótico: lo hicimos como lo pensó. Don Hernando abrazóme, apenas me hubo visto. Don Martín entonces me suplicó que viniera con vosotras para que calmase la aflicción que por mi causa sentíais; obedecí, vine, y aquí estoy pidiéndoos también perdón por el mal que os haya hecho.

Contó don Fermín todo aquello con una gracia, con una sencillez, con una ligereza y donosura, que hacían sonreír: sonreíale doña Leonor á través de sus lágrimas y le dió luego á besar su mano, como bella señal de que no tenía que pedir perdones.

Quedóse con las damas el mancebo hasta la vuelta del tío, hablando de muchas cosas, aunque guardó entonces una reserva profunda sobre aquello que antes iba á revelar, que había hecho concebir gran temor á su tía, pero ahora también la tía guardó un prudente silencio, como si ninguna cosa hubiera oído; tuvo don Fermín ocasión de hablar un momento á solas con su prima, y díjole muy quedo:

—Vos, doña Blanca, habéis tenido la culpa de todo.

—¿Qué decís? interrogó ella sorprendida y con cierta altivez.

—Yo quise venir esta mañana debajo de vuestros balcones y lo olvidé todo por esa razón.

—Mal hecho, y no debíais culparme por vuestras locuras, que sabéis, además, lo poco agradables que me son; quien puede entrar en casa de una dama con tantos motivos como vos podéis entrar en la mía, extravagancia y locura comete yendo bajo sus balcones como los demás galanes, y poniéndose él así por su gusto á nivel de todos.

—Me pesa vuestra filípica, mucho más que todo lo malo que me haya de ocurrir.

—Tengo mucho pesar de los pesares vuestros, por mis reprensiones, pero no serán tantos cuando así dais lugar á ellas: además, don Fermín, lo que habéis hecho hoy es impropio de vos y ofensivo para mí; sabéis lo poco que me agradan esos espectáculos, y esos alardes de lidiador y rejoneador de toros; pero sois incorregible: acordaos de lo que pasó hace ya algunos meses, también quisisteis venir de noche á cantar trovas en mi calle; os costó un disgusto, heristeis de gravedad á un amigo vuestro que os tropezó en el mismo lugar, con la eterna manía de los cantos; hubo un disturbio en la familia y os dije entonces, don Fermín, que cuando vos hacéis esas cosas de ir á ponerlos á nivel de vuestros rivales cantando trovas como ellos, riñendo al igual, y entregándoos á otras mil majaderías, es porque vos mismo comprendéis que en mi corazón debisteis estar desde el principio á la misma altura que ellos; y os dije entonces con mucha firmeza que, aparte de nuestro parentesco, nada de común había entre nosotros. ¿Lo recordáis?

—¡Oh, sí! contestó Santisteban con mucha turbación.

—Bueno, contestó doña Blanca dulcemente, y por esa causa lo hacéis peor ahora; para desagraviarme sin duda.

—Por desagraviaros fué, contestó él suspirando.

—Pues ya sabéis, señor primo, que como á mí se me desagravia es con circunspecciones y con mesuras, sin ligereza, sin calaveradas, sin juegos, sin alardes de valentía; dejadme de

relumbrones; yo no quiero eso en quien me ame; yo tengo bastante, y creo que es mucho para poderlo conseguir, con que tenga quien haya de ser mi esposo y señor, alma y cerebro; espíritu para sentir y cabeza para pensar.

Se retiró don Fermín en aquel instante, porque llegó don Hernando; doña Blanca quedó sola, permaneció mucho tiempo como si reflexionase, con los bellos ojos fijos y tristes; aquellos ojos celestes que no estaban entonces, á la verdad, llenos de durezas ni de orgullos. ¡No, por Dios, mis lectores! que estaban llenos de lágrimas.

(Continuad).



LA MODA DE PARÍS

I



Vestido de baile para señora joven ó señorita,
por M.^{me} Pelletier Vidal

Las gentes de la gran moda le temen cada día más al frío, de modo que tras de los parabienes de Año nuevo y de los aguinaldos, todo el mundo se apresura á marcharse hacia el país del sol. Cannes y Niza son los herederos de París. Allá reinan la animación, la elegancia y el lujo. Su Alteza la Parisiense lleva á aquellos sitios las modas novísimas.

Este año los vestidos alcanzan el *summum* del buen gusto y de la elegancia. ¿Puede darse cosa más femenina y más seductora que el rico traje compuesto por M.^{me} Pelletier Vidal, para una hermosa dama instalada ahora en la costa de Azur? La falda es de piel de seda, color de cielo, orlada de zibelina; la misma piel adorna la parte delantera de la falda y termina al lado con un lazo flecha, de raso botón de oro. El cuerpo á pliegues envuelve el busto y se confunde con la falda: lleva escote cuadrado, con piel también y una lluvia de perlas finas y de perlas de oro. Las mangas, muy anchas, son de terciopelo botón de oro.

Con motivo de una boda de elevada alcurnia, la misma M.^{me} Pelletier Vidal ha confeccionado admirables vestidos de gala, entre los cuales escogemos el siguiente, destinado á una joven y elegante princesa. Es de raso crema, adornado con magnífico punto de Alençon, que alcanza á la cola y embellece el cuerpo esco-

tado. Un largo manto de corte, de terciopelo azul real, va prendido á los hombros. Para taparlos, cuando lo quiera la señora que lleve este vestido, ha imaginado la propia modista un precioso cuello Enrique II, en brocado de oro forrado de armiño.

Las exposiciones están de moda y se organizan con cualquier pretexto, siendo algunas

muy curiosas y de sumo interés para el mundo elegante. La que prepara M.^{me} Thirion, con motivo de instalarse en la *rue de la Paix*, contendrá sorpresas muy agradables para las señoras. Es imposible describir las lindas monadas que acaba de inventar. Sus nuevos salones serán un verdadero museo de elegancia, y esta exposición permanente atraerá todos los días, á partir del 19, la crema de las coquetas ansiosas de novedades.

En efecto, al lado de canastillas, trajes y sombreros para niños y señoritas muy jóvenes, M.^{me} Thirion reserva uno de sus salones para las prendas de ropa blanca destinadas á las señoras. Allí expondrá las más bonitas muestras de lencería para damas, *deshabillés* elegantes, refajos de seda, gorras y deliciosos fichús para la mañana, y en fin, mil objetos de refinada elegancia, cuyos modelos renovados incesantemente constituirán un atractivo siempre nuevo.

La innovación que se propone introducir M.^{me} Thirion no se reduce á confeccionar ropa blanca primorosamente cosida y bordada como en las casas de mayor renombre, sino que quiere establecer precios en extremo ventajosos, así en las canastillas completas, como en las prendas de ropa blanca interior y en la ropa blanca para el servicio de la casa. Gracias á los contratos que ha firmado con fabricantes y con bordadoras, que ahora forman parte de su casa, podrá llevar á cabo los trabajos más delicados de bordado, la lencería más fina y ponerla en los precios de los grandes establecimientos de novedades.

Representa nuestro primer figurín un vestido de baile para señora joven ó señorita, inventado por M.^{me} Pelletier Vidal, *rue de la Paix*, 19. Es de moaré *pekiné*, de tornasol rosa y gladiolo. Orla la falda un volantito forrado de terciopelo color de lechuga. El cuerpo, á pliegues, va sujeto al talle por un cinturón del propio terciopelo, el cual forma pliegues también en el escote. Las mangas sopladas quedan cubiertas en lo alto por viejo punto á la aguja. Las medias de seda y los zapatitos de raso, son también de color lechuga. Guantes de Suecia crema, abanico de plumas de avestruz montado en concha clara y con cifra de diamantes completa este airoso traje.

II

Todo era fiesta en el viejo castillo de Sigmaringen el día 10 de Enero pasado. En aquel edificio lleno de recuerdos y cuna de los Hohenzollern, el príncipe Fernando de Hohenzollern se casó con la princesa María de Edimburgo.

No vamos á referir las ceremonias, que fueron muy sencillas: el matrimonio civil, autorizado por el conde de Wedell, representante del rey de Prusia; la bendición nupcial que dió el abad mitrado de los benedictinos de Benton; el banquete, las iluminaciones con la luz eléctrica, la música y toda la pompa de aquel día. Pero, ¿cómo dejar de mencionar aquella asamblea de soberanos y de príncipes, aquel pequeño congreso de altezas en familia? Hallábanse representadas allí Alemania é Inglaterra, figurando Bélgica lo propio que la Rumanía. Los jóvenes novios son encantadores. El pueblo les desea larga vida y muchas felicidades; deseémosles nosotros que por ellos reine y se perpetúe la paz. ¡Tantas nubes pasan por este mundo de miserias! ¡Ojalá brille el sol en días purísimos!...

Bajo las bóvedas del gran salón se expusieron los regalos, de los cuales tenemos la fortuna de poder dar á nuestras lectoras una sucinta descripción. La reina Victoria envió á la princesa soberbios botones de esmeraldas y brillantes, un incomparable chal de las Indias y profusión

de encajes. Junto á estos objetos velase la diadema de diamantes y turquesas del duque de Edimburgo, el brazalete con dos corazones entrelazados de zéfiros y diamantes de la princesa de Gales; las hebillas, brazaletes y abanicos ofrecidos por la emperatriz Eugenia, por las duquesas de Fife y de Sajonia y por la princesa de Hannover. Había, además, suntuosa platería, dones del Czar y de la Czarina, un reloj de puro estilo, presente del duque de Flandes, y el delicado y precioso envío de la reina Isabel de Rumanía. Este regalo constituye un poema.



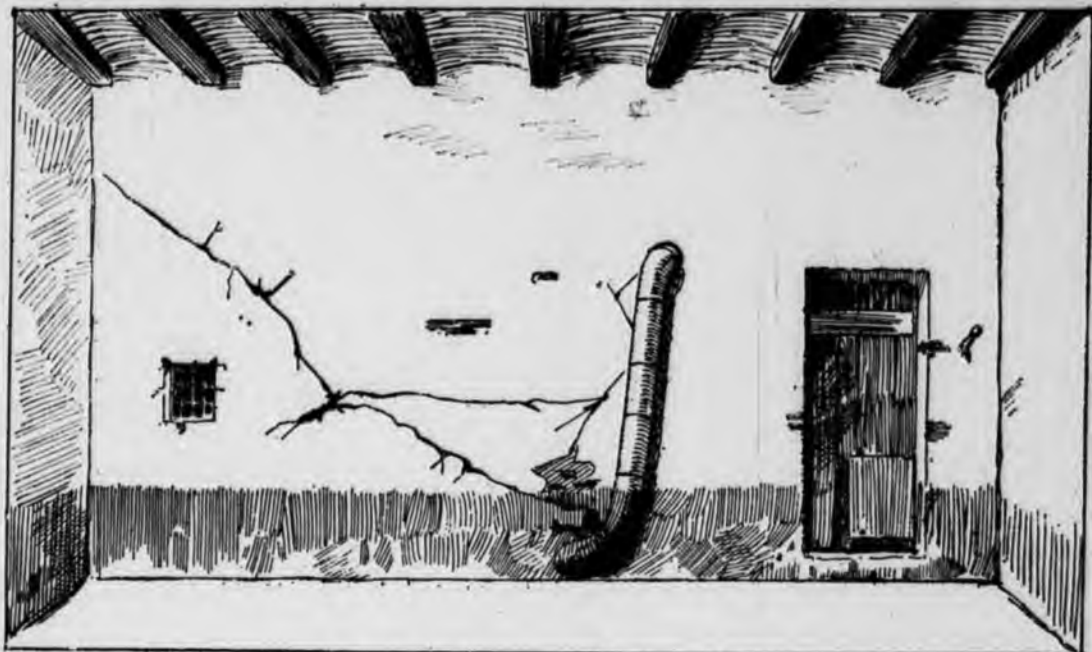
Vestido de baile, por M.^{me} Lippman

Imagínese un cofrecillo, estilo greco-bizantino, del siglo XI, en esmalte alveolado, incrustado de brillantes. En las cuatro caras, miniaturas con el trebol inglés y el *nelke* rumano, apoyándose el mueblecito en cuatro leones de marfil. En el interior estaba guardada una obra maestra, consistente en un pequeño libro de misa, con hojas de marfil, ribeteadas de oro. Hay en el libro una poesía compuesta por S. M. rumana, iluminada primorosamente y con toques de oro. El nombre Isabel figura al lado del seudónimo Carmen Sylva. La Reina ha sido la artista. Terminemos aquí, porque no acabaríamos nunca. Las vitrinas del salón presentaban, en resumen, las maravillas de las industrias artísticas de toda Europa. Muchos años se pasarán sin que el viejo castillo de Sigmaringen sea teatro de otras fiestas semejantes.

El segundo grabado es figurín de un lindo vestido de baile hecho por M.^{me} Lippman, 2, *rue de la Paix*. Este vestido resulta á propósito para señora joven ó para señorita. Es de gasa de Argel color de crema, adornada abajo con un volantito. El cuerpo, muy gracioso, va plegado á manera de abanico y se pierde en un bonito cinturón de moaré camaleón que forma por detrás una especie de lazo Enrique II, de elegante efecto. Las mangas holgadas son de moaré camaleón y tienen encima una berta de gasa listada.

METAMORFOSIS

POR RAMÓN ESCALER



Grave fué el aprieto en que metieron al pintor Morales, obligándole á pintar un cuadro en este lienzo de pared tan maltrecho!...



Sin embargo, ustedes dirán si salió bien de tan apurado trance...

Ayuntamiento de Madrid



Los antisépticos hoy día más en uso han sido examinados comparativamente, y se puede afirmar que el más energético es el sublimado corrosivo, pues al $\frac{1}{1000}$ mata al microbio de la fiebre tifoidea en diez minutos; el éter yodoformizado saturado lo mata en 36 horas; la solución de sulfato de cobre al 2 $\frac{1}{2}$ %, en 9 días; la solución de ácido fénico al 5 $\frac{1}{2}$ %, en 9 días; el ácido bórico al 1 $\frac{1}{2}$ %, en 12 días.

Además la esencia de canela de Ceilán mata al microbio en 12 minutos; la del clavo, en 25; la del tomillo, en 35; la del sépol, en 35; la de verbena de Indias, en 45; la del geranio de Francia, en 50; la de orégano ó dictamo de Creta, en 75; la de pachulí, en 80; la de ajeno, en 4 horas, y la de sándalo, en 12 horas.

De ello resulta que la esencia de canela es microbicida hasta el punto de matar al microbio de la fiebre tifoidea casi con tanta rapidez como nuestros modernos antisépticos, 12 minutos por 10. Comparando, pues, las esencias con las soluciones de ácido fénico, ácido bórico y yodoformo, la comparación resulta en favor de aquéllas. Muchas de ellas impiden la evolución del microbio después de algunos minutos ó algunas horas de acción, mientras que nuestros antisépticos sólo obran al cabo de algunos días. La canela de Ceilán es la que desde este punto de vista ocupa el primer lugar; los egipcios la empleaban en los embalsamamientos y entraba en la composición de la triaca. El tomillo y el sépol siempre se han empleado en la medicina casera. La verbena de Indias se emplea hoy día en infusión teiforme. El orégano era muy apreciado como vulnerario en los tiempos heroicos de Grecia. Virgilio lo cita en el libro XII de la *Enéida*.

En los experimentos practicados por los señores Cadiac y Meunier se ha procedido por contacto directo del microbio con las esencias. Ocurre la duda de si el poder antiséptico continúa siendo el mismo cuando, por lo que hace á las esencias, se sustituyen por el vapor de esencia. Esto tiene mucha importancia, porque es mucho más fácil para la medicina práctica exponer las vías respiratorias á los vapores de esencias que al contacto directo con las mismas. Respirar esencias antisépticas es cosa fácil, y de este modo puede obtenerse una atmósfera microbicida. Los experimentos del señor Chamberland resuelven de un modo claro esta cuestión; este señor ha demostrado que los vapores de esencia aparecen tener idénticas propiedades antisépticas que

las mismas esencias que obran por contacto directo. Como se comprenderá, estos hechos tienen especial importancia.

Siguiendo este camino puede fácilmente concebirse la composición de una especie de triaca moderna con grandes propiedades antisépticas en general, para ello bastaría que los señores Chamberland, Cadiac y Meunier practicaran nuevos ensayos; de este modo se sabría cuáles son las esencias en general más activas, y se compondría una mezcla cuyo poder microbicida sería extraordinario. Los señores Cadiac y Meunier han averiguado ya que las propiedades antisépticas de la ratafia de coriandro son mayores que la suma algebraica de las propiedades de cada una de las esencias componentes. De esto puede deducirse, por lo que ya se conoce, que podría obtenerse una mezcla esencialmente microbicida juntando las esencias de canela, clavo, orégano, tomillo, sépol, geranio, verbena de Indias y pachulí. Los vapores de estas mezclas podrían muy bien prestar grandes servicios á la medicina preventiva cada vez que temiéramos ser víctimas de una afección infecciosa ó contagiosa. No despreciemos, pues, las esencias ni los perfumes, siempre y cuando no se abuse de ellos hasta el extremo de atacar el sistema nervioso.

Por qué se dijo: *Délo á mi burra que llegará antes que yo*. Una moza aldeana llevaba delante de sí una burra, que por ir á su mismo lugar, do tenía un pollino, caminaba más que la moza. Encontrando con un cortesano, díjole:—Hermana, ¿de dónde bueno sois?—Respondió:—De Jetafe.—Decidme, ¿conocéis en ese lugar la hija de Lope Hernández?—Dijo ella:—Muy bien la conozco.—Pues hacedme tan señalado placer que de mi parte le llevéis un beso.—Respondió la aldeana:—Señor, déselo á mi burra, porque llegará antes que no yo.

Por qué se dijo: *Nunca más perro al molino*. Escondió un ciego cierta cantidad de dineros al pie de un árbol en un campo, el cual era de un labrador riquísimo. Un día yendo á visitallo hallólos menos: imaginando que el labrador los hubiese tomado, fuése á él mismo, y díjole:—Señor, como me parecéis hombre de bien, querría que me diésedes un consejo, y es: que yo tengo

cierta cantidad de dinero escondida en un lugar bien seguro, ahora tengo otra tanta, no sé si la esconda donde tengo los otros, ó en otra parte. Respondió el labrador:—En verdad que yo no mudaría lugar, si tan seguro es como vos decís.—Así lo pienso de hacer, dijo el ciego. Y despedidos, el labrador prestamente tornó la cantidad que le había tomado en el mismo lugar, por coger los otros. Vueltos, el ciego cogió sus dineros, que ya perdidos tenía, muy alegre diciendo:—Nunca más perro al molino.—De aquesta manera quedó escarmentado.

Un viajero andaluz, que estaba muerto de frío, llegó á una venta; pero estaba tan llena de pasajeros, que no había lugar en la lumbre.

—Patrón, dijo el viajero en alta voz, lleve usted un par de huevos estrellados á mi caballo.

—¡Qué! ¿come huevos vuestro caballo!

—Haga usted lo que le mando.

Al oír estas palabras todos los que se estaban calentando corrieron á la cuadra para presenciar la extrañeza, y entretanto nuestro viajero se calentó con toda libertad.

Vuelve el patrón, y le dice:

—Vuestro caballo no quiere absolutamente los huevos; ya me parecía á mí imposible...

—¿De veras?

—No señor, no.

—Pues en este caso me los comeré yo.

La virtud que se contenta con sólo pan, es la única que se halla al abrigo de la corrupción. Esta especie de virtud es la que inspiró la contestación que dió al ministro Walpole un caballero inglés de gran talento y distinguido mérito. La corte tenía interés en atraerle á su partido, y Walpole fué á encontrarle, y le dijo:

—Vengo de parte del rey á ofreceros su protección, á manifestaros el sentimiento que tiene S. M. de no haber hecho todavía nada por vos y á brindaros con un destino correspondiente á vuestros méritos y capacidad.

—Milord, le dijo el virtuoso y modesto personaje, antes de contestar á vuestras proposiciones, permitidme que me traigan la cena.

Trajéronla, en efecto, y se componía de un simple picadillo hecho con restos de carne de la comida del medio día. Dirigiéndose entonces al ministro, añadió:

—¿Creéis, milord, empresa fácil el que la corte gane

á un hombre que se contenta con tan frugal comida? Decid al rey lo que habéis visto; y esta es la única contestación que debo dar.

Para hacer impermeable una tela, tómese medio azumbre de aceite de linaza cocido y un cuarto de onza de goma elástica; háganse hervir juntas estas materias poco á poco, hasta que se haya disuelto la resina, y entonces añádense á la mezcla azumbre y media de aceite cocido, una libra de goma amarilla, otra de cera virgen é igual cantidad de litargio; hágase hervir de nuevo todo hasta que las materias estén bien disueltas y mezcladas, y entonces se dará una mano de este líquido, aún caliente, á la tela.

Para purificar el agua existe un procedimiento muy sencillo y económico, que consiste en llenar una jarra de aquel líquido y echar en el fondo arenilla fina ó una composición porosa compuesta de arenilla, carbón de leña ó de piedra, y de un poco de cemento esponjoso, y déjese así por algún tiempo.—Con esta operación se pondrá muy limpia el agua y tomará un sabor delicado que no tienen las aguas pasadas por los filtros más limpios.

La fortuna de los ricos, la gloria de los héroes, la majestad de los reyes, todo acaba por un: *Aquí yace*. —YOUNG.

El valor muchas veces no es más que el efecto de un grandísimo miedo.—GALIANI.

La lengua que pronuncia palabras deshonestas es el trujamán de un corazón corrompido.—***

Los hombres de partido se imaginan que gobernar una nación es sujetarla á la opinión que tienen ellos.—***

El hombre superior es impasible por su naturaleza; poco le importa que le alaben ó le censuren; no escucha más que su conciencia.—NAPOLEÓN.



UN MICRO-COSMOS

Muchos de mis lectores saben que los jardineros japoneses poseen en alto grado el arte de reproducir en pequeña escala todos los accidentes de un paisaje.

Diferenciándose en esto como en tantos otros asuntos de las ideas occidentales, aplican su saber a la reducción mínima de los árboles, las rocas, las plantas y hasta los guijarros de río: he visto encinas y sophoras que no tenían más de 15 centímetros de altura sin que faltase nada a su forma y desarrollo: y esto nada tiene de particular tratándose de los pueblos semitas de la raza mongólica, que poseen una vista de microscopio y una delicadeza de tacto incomparable.

Nosotros podemos imitar en uno de estos Recreos al jardinero japonés, y esto lo conseguirá fácilmente el lector, si quiere seguir puntualmente mis indicaciones.

Se trata ahora de crear... no, de hacer que se crea un pequeño mundo nuevo, donde no falten agua, continentes, plantas y animales: unos lo llamarán acuario; otros un Micro-cosmos sumergido.

Se toman cinco cristales bien claros y de bastante espesor, tres de dimensiones iguales y forma de paralelogramo, y los dos restantes cuadrados para constituir las paredes estrechas; así tenemos el fondo, las dos caras más aparentes, y las dos secundarias; estos cristales se unen por medio de charnelas de hojalata, lo cual hará un aprendiz hojalatero sin dificultad: y se juntan los intersticios con mastic marino, ó con una mezcla en partes iguales de caoutchuc y betún de Judea.

JULIÁN.

(Concluirá).

Solución al logogrifo numérico anterior:

VALENTÍN

Solución al jeroglífico:

NADIE MENOS PARCO QUE LAS PARCAS

CHARADA

Si abundara una *segunda*
una *dos tres* cada día
con gran placer comería
pero hay *tres*... ¡que Dios confunda!

Tres dos es cosa que enfada
cuando de tono está fuera,
y es fácil que arme quimera
siendo al deudor presentada.

Una tres muy cara es
cuando se engaña al perito,
y por más que se alce el grito
pone la bolsa al revés.

El *todo* es americano,
y según cuenta la historia
al criollo le sabe á gloria
como al galo y al hispano.

TRÍO DE SÍLABAS

• • • • •
• • • • •
• • • • •

Sustituir los puntos por letras de manera que las sílabas vertical y horizontalmente indiquen: 1.º, parte del mundo; 2.º, nombre de mujer; 3.º, se come.

Comunicado por JUAN NONITO, de Barcelona.

ACERTIJO

Una cosa que fluye, se disuelve, se funde, se amolda, se corta, se teje, se abatana, se come, se bebe, se pega, se imprime, se ahoga, se alza, se interpone, etc., porque no hay oficio en que no haya por donde asome.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

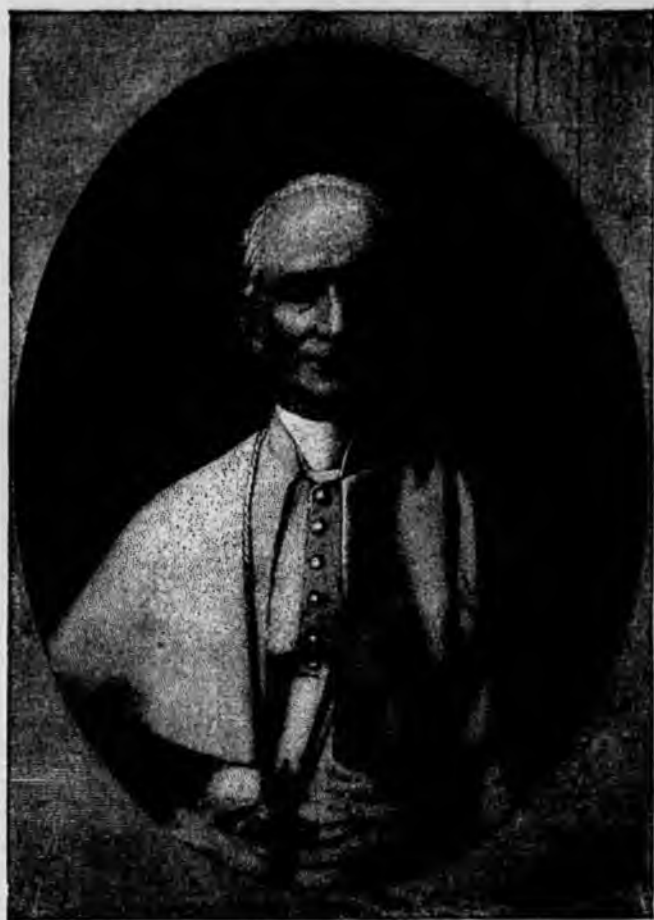
Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados los derechos artísticos y literarios.—IMP. ESPASA Y COMP.ª

Ayuntamiento de Madrid



SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIII

Ayuntamiento de Madrid



MEMORÁNDUM

CELEBRÓ el Catolicismo, el día 19 de Febrero, el Jubileo episcopal de Su Santidad el Papa León XIII. Las muestras de veneración y de amor que el Orbe Católico dió al santo y sabio Pontífice con motivo de su Jubileo sacerdotal se han repetido ahora, aumentándose, si cabe, porque á cada instante se hace más visible la virtud y la sabiduría del insigne varón que gobierna en la tierra la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo. Á cuatro actos principales pueden reducirse las manifestaciones de cariño y adhesión al Papa que se han verificado con motivo de la referida conmemoración. Forman el primero las solemnes funciones religiosas que se celebraron el 19 de este mes en todo el mundo, por disposición de los Prelados, con el objeto especialísimo de recordar la consagración episcopal del Padre Santo, que la recibió el mismo día del año 1843, en la iglesia de San Lorenzo *in Panisperna*. Será el segundo el ofrecimiento que se hará á León XIII de un magnífico templo dedicado á san Joaquín, patrono de Su Santidad, templo que se ha levantado en el popular barrio *Prati di Castello*, que carecía de iglesia para el servicio espiritual de aquella extensa barriada. Consistirá el tercero en una colecta general, que se verificará en todo el Orbe Católico, con el fin de ofrecer al Papa una ofrenda digna de su altísima representación y de sus excelsos méritos, con la cual pueda atender á las crecientes necesidades de la Santa Sede. Por fin, el último acto para celebrar el Jubileo episcopal, de que hablamos, lo constituirá una peregrinación especial de católicos de todas las partes del globo, que acudirán al Vaticano para besar los augustos pies del Vicario de Cristo y para testificarle una vez más su absoluta adhesión á su Sagrada Persona y á las salvadoras doctrinas de la Iglesia católica, apostólica y romana. Todos los actos enumerados han revestido, y revestirán los que aún hayan de llevarse á cabo, la grandeza, la sublimidad, mejor dicho, de todas las grandes manifestaciones del Catolicismo.

* * *

Para festejar el expresado Jubileo, León XIII ha querido dar una prueba de su amor á algunas naciones, entre ellas nuestra España, creando cardenales á ilustres prelados pertene-

cientes á las mismas ó que prestaron en ellas relevantes servicios. Tal ocurre, por lo que á nosotros toca, en la concesión de la púrpura cardenalicia hecha al arzobispo de Sevilla, doctor don Benito Sanz y Forés, prelado de gran virtud y de preclara inteligencia, y á monseñor di Pietro, Nuncio que ha sido por muchos años en la corte de Madrid, donde ha dado pruebas repetidas de su extraordinaria ilustración, tacto y prudencia. Dignóse Su Santidad confiar á nuestra augusta Reina Regente la imposición de las insignias cardenalcias á los nuevos purpurados, y este acto se realizó con la pompa que despliega la corte de España en todas las ceremonias palatinas, en la capilla del Palacio de Oriente, el día 5 del actual mes de Febrero. Brillante aspecto ofrecía aquel día la capilla Real con la presencia de la Reina, de S. A. la Infanta doña Isabel, de las damas de su servidumbre, de los nuevos cardenales, de los obispos de Madrid, Salamanca y León y de muchos grandes de España y elevados funcionarios de Palacio. Los discursos que pronunciaron los ablegados pontificios fueron en sumo grado lisonjeros para nuestra Reina y para la nación, siendo expresión elocuente de las simpatías que por ellas siente nuestro amado Padre Santo.

* * *

Ha fallecido en Vigo la señora doña Concepción Arenal, autora de trabajos sobre Derecho y Sociología que la valieron merecida reputación y el aprecio de todas las personas de honrados sentimientos. Conocía bien los problemas jurídicos y sociales y poseía extensa erudición, sin que, á pesar de ello, hiciera gala de estas cualidades, puesto que, muy al revés, mostraba singular modestia; no cayó nunca en la pedantería y escribió con una claridad y sencillez que merecen los más calurosos elogios. Nació la señora Arenal en Enero de 1820, y desde muy joven reveló su aptitud para las materias que trató después magistralmente. En 1862 publicó la primera edición del *Manual del visitador del preso*, que ha sido traducido á muchos idiomas europeos, y más tarde *Las colonias penales*, *El derecho de gracia ante la justicia*, *Cartas á un obrero*, *La mujer del porvenir*, *La condición de la mujer en España* y otros varios libros y opúsculos, aparte de numerosos artículos en revistas y periódicos. En el extranjero disfrutaba doña Concepción Arenal de envidiable reputación, á lo que debió que el criminalista inglés doctor Wines le encomendase la parte correspondiente á España de uno de los libros más importantes que ha dado á luz el citado escritor. Desempeñó el cargo de visitadora general de prisiones, haciendo con este motivo interesantes y útiles observaciones que consignó en informes oficiales. ¡Descanse en paz el alma de la difunta señora, que por tan noble manera ha honrado la ciencia española contemporánea!

* * *

Ha fallecido también en Irún el señor Rojo Arias, persona muy conocida por la parte que tomó en la política de nuestro país defendiendo las ideas liberales. El señor Rojo Arias tuvo una muerte cristiana y edificante. Antes de recibir los Santos Sacramentos de la Iglesia, que pidió él mismo, manifestó ante varios testigos que había tenido la desgracia de pertenecer á la masonería, en la que entró por motivos políticos; que hacía algún tiempo se había separado de aquella secta, y que condenaba sus errores, como los condenaba la Iglesia, en cuyo seno quería vivir y morir. En sus últimos días se mostró fervoroso católico. ¡Descanse en paz!

* * *

Marsella ha ocupado la atención de Europa por la asonada del pan y por la aparición en ella de una epidemia coleriforme. Aquella populosa ciudad se encontró por algunos días con el pan escaso y aun faltándole, de modo que hubo verdaderos tumultos para apoderarse de este alimento de primera necesidad para el hombre. Carros cargados de pan fueron asaltados por gentes del pueblo que se lo repartieron. Los panaderos se habían declarado en huelga por no haber querido admitir la tasa que les había señalado el alcalde. Un deo muy socialista ofrecía la medida adoptada por M. Flaissieres, que así se llama el alcalde; pero la población le apoyaba, cansada del monopolio que ejercían los panaderos. Por causa de esta situación, en algunos momentos faltó del todo el pan en Marsella, á pesar de haberlo facilitado en regulares cantidades la administración militar, y del que se hizo venir de diferentes puntos. La vida de algunos dueños de tahonas llegó á correr riesgo, porque el populacho, amotinado, trataba de jugarles una mala pasada, cosa que sólo pudo evitarse con la intervención de fuerzas del ejército. Al fin capitularon los panaderos, restableciéndose el estado normal en aquel importantísimo puerto del Mediterráneo.

Poco se tardó sin que ocurriera una nueva alarma. Diéronse casos mortales de una enfermedad con síntomas coleriformes, que se dijo al principio ser una nueva manifestación de la *influenza*. Pronto se vió, empero, que presentaba señales muy diversas, opinándose que se trataba de una epidemia colérica. No se presentó con fuerza, mas no libró á Marsella de que sus procedencias y las de una dilatada zona inmediata fuesen declaradas sospechosas primero y en seguida sometidas á cuarentena. Así lo dispuso el gobierno español, en primer lugar para atender á la salubridad pública, y en segundo para seguir el mismo camino que le había trazado el Gobierno francés, cuando sometió á inspección, ventilación y cuarentena, también según los casos, las procedencias de España, por haber ocurrido algunas contadas defunciones sospechosas en el reino de Valencia.

* * *

En el asunto del canal de Panamá han obtenido auto de sobreseimiento MM. Rouvier, Grevy, Renault y Devés; MM. Fernando y Carlos de Lesseps han sido condenados á cinco años de prisión y 3,000 francos de multa; MM. Fontane y Cottu, á dos años de prisión y 2,000 francos de multa por los delitos de estafa y abuso de confianza, y M. Eiffel á dos años de prisión y 20,000 francos de multa por abuso de confianza. Estos fallos han dado lugar á muchos comentarios, y en general ni los ha recibido bien la opinión pública, ni han agradado á la prensa. Sigue turbio este asunto, en el cual se ha visto por parte de importantes personajes un propósito decidido de que no pudiesen esclarecerse algunos de los muchos puntos oscuros que en él aparecieron.

A los pocos días se vió la causa seguida al pintor filipino Juan Luna y Novicio, autor del cuadro *Spoliarium*, que mató á su mujer y á su madre política, hace pocos meses, é hirió á uno de sus cuñados, de apellido Pardo de Tavera. Vióse claramente cuán desdichado había sido Luna en su matrimonio y que los celos le habían arrastrado á la comisión del crimen. Notóse ya, al empezarse los debates, que el artista, que se presentó abatido y con marcadas

muestras de arrepentimiento, tenía las simpatías del jurado y las del auditorio. El jurado pronunció uno de esos veredictos que tanto escándalo producen entre los juristas y entre las mismas personas de recto juicio, absolviendo libremente á Luna y Novicio. Que en su delito mediaban numerosas circunstancias atenuantes es indudable, pero de admitir estos extremos, que hubieran reducido mucho la pena, á una absolución completa, media una gran distancia. El jurado y el tribunal de París han sentado con su fallo la jurisprudencia de que los maridos ultrajados pueden hacerse la justicia por su mano, y no sólo en la persona de la esposa infiel, sino igualmente en la de sus allegados.

B.



EL MODELO Y LA IMITACION

I



VICENTE ama á Josefina. Vicente es un joven de facciones agraciadas y de buen talle, obrero inteligente y de la clase distinguida, puesto que gana un jornal de seis á siete pesetas diarias. Sus compañeros de taller le estiman por sus cualidades simpáticas y goza entre ellos de alguna influencia.

Josefina es una hermosa muchacha que, aunque de familia artesana, recibió esmerada y sólida educación en un convento. Huérfana desde la infancia, fué recogida y adoptada por una hermana de su padre, viuda, que por haber servido muchos años en casa principal pudo retirarse con una pensión modesta, aunque suficiente para cubrir sus necesidades y las de la niña á quien iba á servir de madre. Por medio de las relaciones adquiridas en la casa de sus amos, Antonia, que este era el nombre de la buena mujer, consiguió poner de interna á su sobrinita en un colegio dirigido por una congregación religiosa, en el cual, como hemos indicado, recibió una educación sólida y un poco superior á la que ordinariamente pueden procurarse las personas de su condición. Cuando la niña llegó á ser mujer, Antonia, que la veía con toda la frecuencia que los usos de la casa permitían, y que experimentaba por ella la ternura de una madre, la retiró para embellecer y alegrar con ella la soledad de su hogar.

Vicente empezó á frecuentar la casa á título de pariente no muy lejano de entrambas, y como Antonia tenía buenas noticias acerca de su conducta, y entre la clase artesana podía ser considerado como un buen partido, no vió desde el principio con malos ojos la inclinación que el joven demostraba por su sobrina, inclinación que no tardó visiblemente en convertirse en amor.

Vicente aprovechaba, cada vez con mayor asiduidad, todas las horas libres para pasarlas en casa de la viuda, adonde acudían también, de cuando en cuando, otros vecinos á compartir la velada. Como era de carácter expansivo y abrigaba la inocente pretensión de considerarse un poco superior en luces y en inteligencia á los que formaban aquel pequeño círculo en que irradiaba la belleza de Josefina (ó de Fineta, que era el apelativo familiar con que se la conocía), él era el que generalmente se encargaba de comentar los sucesos y cuestiones del día, inspirándose en sus propias luces, superiores á lo que podía esperarse de su escasa instrucción, y en el periódico que hojeaba mientras comía apresuradamente para dirigirse á casa de su novia.

Por tal la tenían los vecinos y aun la misma Antonia, pues la manera con que Fineta acogía los galanteos un poco tímidos, pero inequívocos del joven, la ternura á veces mal encubierta de sus miradas y otros signos reveladores de un sentimiento más hondo que el de la amistad y el parentesco, no permitían suponer otra cosa. Vicente, sin embargo, no estaba tranquilo. Si á pesar de su natural abierto y resuelto se mostraba algo tímido en sus relaciones con Fineta, era porque ésta se mantenía siempre con él en una actitud reservada, dando á sus apremios amorosos respuestas dilatorias y equívocas que, sin desalentarle, sumían, sin embargo, su espíritu en la incertidumbre y en la confusión. También Antonia, que deseaba la unión de los dos jóvenes, había observado con extrañeza esta conducta de su sobrina, pero tanto ella como Vicente no se atrevían á provocar una explicación decisiva; Vicente por miedo á romper con una situación que, si no era enteramente la que su corazón apasionado ambicionaba, le mantenía, sin embargo, en la suave y risueña atmósfera de la esperanza, y Antonia por la persuasión que abrigaba de la superioridad del juicio de Fineta sobre el suyo y el hábito que iba contrayendo de someterse á su suave y cariñoso imperio.

Pero Vicente anhelaba despejar un poco su situación, como quiera que á fuer de enamorado no podía dejar de levantar de cuando en cuando la conducta de Fineta la sospecha y el recelo en su corazón; pero sobre que las ocasiones de hablar á solas con la joven se presentaban muy rara vez, parte porque Antonia cumplía en este punto con rigor los deberes de madre que se había impuesto, y parte también porque Fineta hacía lo posible, aunque sin afectación, porque la ocasión no llegase, Vicente tuvo que contentarse con abrir á Antonia su corazón y las sospechas que le asaltaban de no ser correspondido, ó por frialdad de alma de la joven, ó tal vez por hallarse ya interesado su corazón por otro hombre.

—Quítate eso de la cabeza, le contestó la buena mujer. A los enamorados los dedos se os antojan huéspedes. Yo, que veo á Fineta á todas horas y la conozco mejor que tú, pondría mis manos en el fuego á que te quiere. Te daré una prueba para mí convincente. El tiempo que medió entre su salida del colegio y el que tú empezaste á frecuentar la casa, me tuvo la chica en un susto perpetuo, porque no podía disimular que suspiraba por volver al lado de sus monjas y tomar el hábito. Los malos ratos que esto me hizo pasar, sólo Dios y yo lo sabemos, porque, sea egoísmo del cariño, sea lo que sea, yo no me sentía con fuerzas para renunciar á la idea de tenerla á mi lado en la vejez y á compartir su vida, casada ó soltera. Pero en cuanto tú te presentaste fué cambiando poco á poco la decoración, y ahora (porque estas cosas se disimulan mal) estoy segura de que en todo piensa menos en eso. No es que se haya enfriado en sus devociones, eso no; ella es la santita de siempre; pero ya se acabó aquel suspirar siempre que se hablaba de la vida del colegio, y aquellas indirectas, sin duda para que me fuese acostumbrando á la idea de la separación que á mí me entristecía el alma. Todavía no hace mucho tiempo, al saber que una de sus compañeras iba á profesar, soltó esta expresión, que quiere decir mucho:—En todos los estados se puede servir á Dios.—¡Para que ella hubiera dicho eso antes de conocerte! ¿Quieres que te riegue más el oído?

—No, señora Antonia, contestó Vicente, y de buena gana le daría á usted un abrazo por tan buenas noticias, pero eso no me basta. Fineta es una muchacha que vale mucho, pero hablando se entiende la gente y ella no acaba de explicarse.

—El que calla otorga.

—El que calla no dice nada. Usted sabe que yo la quiero con buen fin, y no es posible que nos casemos si una de las partes está muda. Lo que hay es que Fineta tiene entregada la voluntad á los curas y á las monjas, y sus beaterios han hecho de ella una chica sin corazón.

—¡Huy, Vicente! exclamó Antonia. Ándate en eso con tiento, porque yo tengo mis barruntos de que la libertad con que echas la lengua á pacer en ciertas materias es la que tiene atascado el carro de nuestros proyectos.

—¿Cómo es eso? Yo no soy de los que se mofan ó hacen guerra á la religión.

—Eso no basta. Aquí se hila más delgado que en los sitios que tú frecuentas. No lo sé á punto fijo, pero no hay quien me quite de la cabeza que la conducta de Fineta tiene su por qué, y yo le hallo en cierta noche, que tú recordarás, que oyendo hablar del diablo y del infierno soltaste la carcajada diciendo:—¿Quién cree ya en esas vejece?—Aquella noche Fineta durmió mal, porque yo la sentí suspirar y dar vueltas en la cama, y aun se me figura que desde entonces está entornada contigo. A mí la cosa tampoco me gusta, si te he de decir la verdad, pero me hago cargo de lo que es la juventud ahora, y en su caso esperaríá á que el matrimonio y la edad te sentaran un poco el juicio; pero ella tiene allá sus ideas y es posible que lo entienda de otro modo.

Vicente frunció un poco el ceño y se quedó pensativo.

—Mire usted, señora Antonia, dijo después de breves momentos de reflexión: yo estoy dispuesto á dar á Fineta mi corazón, y á ser para ella lo que se llama un buen marido; pero no puede pretender que la pida además permiso para saber lo que he de pensar sobre cosas... que los hombres entendemos mejor que las mujeres. De todos modos, quiero salir de esta situación ridícula, y ya que ella parece que tiene miedo á que platiquemos ni un solo momento á solas, hágame usted el favor de pedirle una explicación franca acerca de la conducta encerrada que observa conmigo, y sepa yo de una vez si he de ir al vado ó á la puente.

Antonia no vió dificultad en acceder á tan legítimos deseos, y en aquel mismo día refirió á su sobrina la conversación tenida con Vicente, que ella oyó con marcadas señales de turbación.

—Vicente tiene razón, dijo al fin con aparente tranquilidad. Y puesto que usted me habla del asunto, aprovecho la ocasión para decir, sin rodeos, una cosa que tengo sobre el alma desde hace tiempo, y que no he confiado á usted, como debiera, por no disgustarla. Yo quiero á Vicente, no tengo para qué ocultárselo á usted, aun dado caso de que la cosa le viniese á usted de nuevas; pero estoy resuelta á no casarme con él mientras no cambie de ideas.

—Ya lo había yo calado, exclamó Antonia; aquella tontería que soltó aquí una noche acerca del diablo y del infierno...

—Es algo más que tontería, es que Vicente no es católico, apostólico y romano; porque las doctrinas de la Iglesia hay que aceptarlas todas ó quedar fuera de ella.

—¡Jesús! ¡yo no había pensado! Se conoce que tú lo has consultado con persona que...

—No había necesidad, porque eso lo enseña el catecismo. El sacrificio me cuesta, ¿para qué lo he de negar? pero me he hecho formal promesa á mí misma de no casarme sino con hombre que profese mi misma fe. Aparte de que, como después he sabido, Vicente anda también metido en ciertas sociedades... que no prometen nada bueno... ¡vamos! y que á mí no me gustan... Pero, en fin, de esto ya se iría él desengañando.

—¡Qué lástima!... ¡Un chico tan guapo... y tan bueno! Vamos, creo que lo has de pensar mejor... Yo no entiendo de esas cosas tanto como tú... pero se me ocurre que si en estos tiempos todas las muchachas casaderas se empeñasen en dar calabazas á los que flaquean por la doctrina cristiana, muchas se quedarían para vestir imágenes.

—No diré que no, y también sé (porque en cosa que me llegaba tan al alma no he dejado de informarme bien) que la Iglesia, en determinados casos, autoriza el matrimonio de personas que disienten en materias de fe, como por ejemplo, entre católica y protestante; pero á mí, á

Dios gracias, nada me obliga á quebrantar una resolución que tengo hecha, y que siendo, como es, legítima, he de cumplir vencíendome á mí misma...

—¿Pero, y el pobre Vicente?...

—Vicente ya se consolará. Yo nada le he prometido, y sobre todo, si él me quiere de veras, volverá al redil, dejando de meterse en honduras que están fuera de su alcance y acerca de las cuales no nos toca dar lecciones sino recibirlas.

—Pero, criatura, ¿no comprendes que él por amor dirá amén á todo lo que tú quieras, aunque otra cosa le quede dentro?

—No lo crea usted. Vicente es un muchacho muy sincero é incapaz de engañarme en cosa que él sabe que yo tomo tan á pechos. Además, el pobre, en estas cosas, se cree un águila respecto á nosotras, y le parecerá que se rebaja poniendo su superior inteligencia al nivel de la de unas pobres é ignorantes mujeres como nosotras.

—Ya puede que tengas razón... Si vieras qué cara puso cuando yo le indiqué... Pero, en fin, es un dolor que, queriéndose uno y otro, no dejes eso para después... tú acabarías por convertirle; porque, aunque él crea otra cosa, tú sabes de estas y otras materias mucho más que él, y si te propusieras...

—No, tía, yo no sé nada; pero quiero que el que ha de ser compañero de mi vida piense lo mismo que yo en lo necesario... sin perjuicio de ser mujer amante y sumisa en todo lo demás. Del novio al marido suele haber gran diferencia. Vicente, además, tiene sus puntas de predicador, y podría suceder que él se empeñase en convertirme á mí, lo que, como usted se figura, no habría de lograr... y en esta discordia podría naufragar la paz doméstica, ó por lo menos mi felicidad. Eso aparte de otros inconvenientes...

—Sí, sí, ya caigo... Viene después la educación de los hijos... En fin, ¿tú lo has pensado bien?

—La prueba de que lo he pensado bien, es que me decido á darle á usted este disgusto, á usted, á quien no quisiera dar más que buenos ratos y alegrías.

—Deja, chiquita, que á mi edad no se ignora que en este mundo abunda más el acíbar que los merengues. Ya le diré á Vicente lo que hace al caso.

—Pero, por Dios, tía, procure usted...

—¿Dorarle la píldora? Pierde cuidado. Aunque si es verdad que él te quiere tanto, cederá.

A pesar del gesto de triste desaliento con que Fineta recibió esta observación optimista, Antonia, al enterar á Vicente al siguiente día de la conversación tenida con su sobrina, vió con disgusto chasqueadas sus esperanzas. Vicente se puso furioso.

—¡Eso es, exclamó, lo que había de esperar de una beata sin corazón que ha enajenado su voluntad á los curas!

—Yo sé que ella te quiere.

—Quite usted allá, ni ella me quiere á mí, ni es capaz de querer á nadie.

—Pues mira, si tus noticias acerca de la existencia del diablo y del infierno se parecen á las que tienes respecto del corazón de Fineta, ya puedes echarlas en remojo.

Esta observación de Antonia, lejos de calmar á Vicente, le exasperó todavía más.

—Usted y ella hablan en este asunto por boca de ganso, por boca de los curas, que necesitan de esos espantajos para apoderarse de las conciencias. Tiene gracia; venirnos en el siglo del vapor y de la electricidad con esa fábula ridícula y atravesarla entre dos corazones como si fuera un abismo.



CONSISTORIO CELEBRADO EN EL VATICANO EL DÍA 19 DE ENERO DE 1893
Ayuntamiento de Madrid

—¡Pero hombre, exclamó la viuda, á quien se le iba ya subiendo un poco el humo á la chimenea, no tomas la cosa con poco fuego!

—Es que como ustedes tienen una venda en los ojos...

—Vaya con el sabio que se nos ha entrado por casa. Pues yo te digo que Fineta entiende de esas y otras cosas más que tú, que no haces más que repetir lo que lees en esos papeluchos, escritos por gente que calza los mismos puntos que tú en sabiduría.

—¡Claro! ¡quién le saca á ustedes ya de la cabeza esas supersticiones! Pero que á estas alturas se le venga á decir á un hombre con barbas: «no te quiero sino á condición de que creas en el diablo y en el infierno,» pasa de castaño oscuro. Le digo á usted que es una burla y de mí no se burla nadie.

—Te advierto, Vicente, que la cosa es más seria de lo que á tí te parece.

—¿Cree usted que yo hablo de broma? Puede usted decir á su sobrina que por mí se acabó la presente historia, y que se divierta con otro muñeco, que yo no sirvo para el caso.

Y dicho esto, Vicente se alejó sin volver la cabeza y precipitándose por la escalera como un alud.

C. SUÁREZ BRAVO.

(Concluirá).





EL CONDE ARNALDOS

QUIÉN hubiese tal ventura
sobre las aguas del mar
como hubo el conde Arnaldos
la mañana de san Juan!
Con un falcón en la mano
la caza iba á cazar,
y venir vió una galera
que á tierra quiere llegar.
Las velas traía de seda,
la jarcia de un cendal,
marinero que la manda
diciendo viene un cantar,
que la mar ponía en calma,
los vientos hace amainar,
los peces que andan al hondo
arriba los hace andar;
las aves que andan volando
las hace al mástil posar.

— Galera, la mi galera,
Dios te me guarde de mal,
de los peligros del mundo
sobre aguas de la mar,
de los llanos de Almería,
del Estrecho de Gibraltar,
y del golfo de Venecia,
y de los bancos de Flandes,
y del golfo de León
donde suelen peligrar.—
Allí habló el conde Arnaldos,
bien oiréis lo que dirá:
— Por Dios, te ruego, marinero,
digaime ora ese cantar.—
Respondióle el marinero,
tal respuesta le fué á dar:
— Yo no digo esta canción
sino á quien conmigo va.—

CANCIONERO GENERAL.





CURIOSIDADES CIENTÍFICAS

ADEMÁS de los peces nadadores, hasta hoy conocidos, existen los peces que podemos llamar trepadores. Los estudios de Dufort y las descripciones del notable naturalista Jonathan Franklin nos han dado á conocer esta clase de peces, que son una verdadera maravilla de las aguas, un prodigio de la naturaleza. Gracias á las admirables inflexiones de su cuerpo, así como á las especiales espinas de la cola, este extraordinario y privilegiado pez puede encaramarse hasta la cima de las palmeras, de las que extrae voluptuosamente sabroso y delicado jugo; de modo que al propio tiempo que refinado gastrónomo es un acróbata singular. Habita en la India y en las islas del Archipiélago, donde no es abundante.

Su nombre científico es el de *anabas*. Los indígenas lo llaman *pannei-eri*, que significa «trepador de árboles.»

Gran fortuna es para los titiriteros indios poseer un *anabas*, porque sus ejercicios gimnásticos son el encanto de curiosos y vagabundos; cuando al son del tamboril se encarama en la varilla, nadie se acuerda ya de los lagartos sabios, ni de los monos volteadores, ni de las cabras danzantes.

Cuando Dufort pudo observarle por vez primera no fué poca la sorpresa que le causó el ver que se paseaba por entre las ramas de una palmera entre una curuja y una ardilla. Entonces se encaramó á su vez en el árbol, tomó el pez con la mano y vió que su aleta anal estaba provista de afiladas espinas que formaban ganchos.

Por medio de esta especie de garfios vivientes puede agarrarse á la corteza de las palmeras, separar la cabeza, levantar el cuerpo y volver á agarrarse á la rama; de modo que parece un deshollinador en miniatura que se encarama á lo largo de una chimenea.

El naturalista Carlos Kleibs halló varios *pannei-eris* que se encontraban fuera del agua por espacio de todo un día, avanzando siempre con el auxilio de sus espinas-

garfios. Los siguió, y pudo observar que iban á beber el licor en la cima de una palmera ó á sumergirse en las aguas de algún estanque cercano. Cuando el pantano está ya completamente seco, el pez trepador se marcha en busca de otra laguna donde poder de nuevo sumergirse.

En verdad que no deja de ser cosa extraordinaria para un pez el trepar por las ramas de los árboles, pero lo más curioso es saber cómo puede permanecer tanto tiempo fuera del agua. Para la naturaleza no hay obstáculos; así es que le ha bastado colocar en la boca del *anabas* un aparato tan singular como ingenioso, herméticamente cerrado, que recibe y guarda el agua de los estanques cada vez que el animal abre su boca maravillosa.

El agua conservada en una especie de bolsillo ó depósito, algo parecido al del dromedario, permite al *anabas* respirar libremente con sólo humedecer los bronquios durante sus excursiones aéreas. Mientras su cántara está llena, no abandona el árbol.

Es, pues, un ser privilegiado, porque, además de poder nadar sumergido en el agua, puede arrastrarse por el suelo y hasta trepar por las ramas; de modo que dispone de tres elementos: el agua, la tierra y el aire.

Pero, además del pez trepador, existe el pez cazador, el gracioso *quetodon*, vestido de púrpura y oro, ligero y bonito, delicado y elegante, completamente cubierto de perlas y de diamantes.

Su astucia es todavía más notable que su extraordinaria belleza. Ningún otro animal ha empleado nunca un recurso tan raro y tan original para apoderarse de su presa; de modo que si su vestidura nos deslumbra, su inteligencia nos encanta y asombra.

Su boca, que prolonga en forma de tubo de una finura extraordinaria y de una estructura maravillosa, es á la vez una bomba y un cañón.

Cuando el *quetodon* divisa su presa, que de ordina-

rio es una linda mosca verde ó azul de los trópicos, que anda chupando los cálices de las flores de algunas plantas marinas, se le aproxima cautelosamente y con gran previsión, y al llegar á cinco ó seis pies de distancia se detiene el pececito, prepara el tubo como si apuntara con un arma de fuego y arroja una gota de agua de su boca tubular. Siempre da en el blanco, ó sea en la infeliz mosca, que cae sin sentido en el agua; entonces, con gran presteza, llega el quetodon, se apodera de la víctima ya casi asfixiada y la traga con la misma facilidad con que el pájaro mosca se chupa una gota de rocío.

Puede decirse que el quetodon tira con la boca de la misma manera que nosotros tiramos la ballesta ó la pistola, pero con la circunstancia de que nunca yerra el golpe, siempre acierta con precisión mortal para el infeliz insecto.

Hay animales verdaderamente crueles que se complacen jugando con la presa, pero el quetodon se limita á lavar la suya. La rocía y la limpia cuidadosamente, como si temiera que un pequeño grano de polvo manchara su hermosa vestidura bordada de púrpura y oro.

Con tanto ingenio como emplea el quetodon en

cazar, pesca el diablo del mar. La horrible fealdad de este pez tropical le ha valido el nombre con que se le designa. En su frente achatada, especie de promontorio arcilloso, se levantan cuatro viscosos y movibles cuernos cuya extremidad parece pintada de rojo ó como un gusano sanguinolento puesto allí á modo de cebo. Estos cuernos del diablo del mar son los instrumentos de que se vale para alimentarse, y gracias al uso que de ellos hace puede engañar con facilidad á la presa. Metido en el légamo ó agachado debajo las algas marinas, oculta tan á maravilla su horrible fealdad que tan sólo se le ve el extremo de un cuerno que se mueve en la superficie de las aguas como si fuera un gusanillo.

Fiándose de estas apariencias, los peces suelen arrojarle con avidez sobre el cuernecito que creen gusano; pero entonces el cuerno desaparece, y de improviso se levanta entre la espuma de las aguas la monstruosa cabeza del animal que con su inmensa boca se traga á la víctima.

Este singular animal, que vive gracias á sus cuernecitos, es pescador de caña, así como el quetodon es cazador de ballesta.

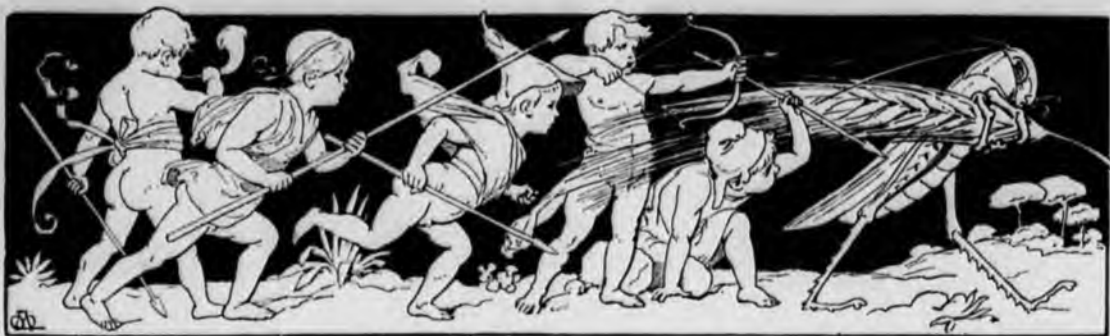
JULBERT-DUMONTEIL.





S. A. R. LA PRINCESA MARÍA DE EDIMBURGO
CON EL TRAJE POPULAR RUMANO

Ayuntamiento de Madrid



LOS PIGMEOS DE LA GRANDE SELVA AFRICANA

ESTUDIO PUBLICADO EN LA REVISTA NORTE-AMERICANA «SCRIBNER'S MAGAZINE,» EN EL MES
DE ENERO DE 1891

POR

ENRIQUE M. STANLEY

(CONTINUACIÓN)

A veces también un búfalo ó un grande antilope, pasando por encima del frágil ramaje que cubre traidoramente la fosa aparejada para cogerlo, cae en ella y queda prisionero con gran alborozo de los pigmeos.

Tienden asimismo muchos lazos en los parajes frecuentados por los monos y la caza menor.

Las fosas profundas abiertas con preferencia en los sitios adonde se barrunta que han de acudir los animales más corpulentos en busca de una fresca sombra ó para devorar el corcho ó las ramas de los árboles, las cubren con palos y una capa de hojas sobre la cual extienden otra de tierra. Usan también otra clase de trampas que consisten en una pequeña choza muy ingeniosamente dispuesta con la puerta suspendida como la de una ratonera. En cuanto ha traspuesto sus umbrales algún incauto cuadrúpedo de la selva ciérrase tras él la portezuela y queda cautivo.

Los bosques les facilitan asimismo una gran variedad de frutos silvestres, raíces, plantas y hongos. Aquella región que nuestra caravana calificaba de inhospitalario desierto, provee á sus ingeniosos habitantes de una gran diversidad de comestibles á los cuales se hallan acos-

tumbrados desde niños. En Noviembre de 1888 seguimos por espacio de muchos días las huellas de una tribu de pigmeos señaladas por una gran cantidad de cortezas de amomo y de bayas de frinium, cáscaras muy parecidas á las de las nueces de España y pedazos del pellejo oscuro y correoso de las habas *entada scandens*.

Esas tribus errantes vense á veces en la dura necesidad de tomar algunos alimentos que fueran ponzoñosos ó, cuando menos, nauseabundos para el hombre acostumbrado á comer granos y vegetales. Limazas, tortugas, ardillas, ratones, gatos de algalia, icneumones ó ratas de Faraón, serpientes, gusanos, hormigas blancas, grillos, cigarras, monos, chimpancés, leopardos, gatos monteses, cerdos verrugosos, cocodrilos, iguanas, lagartos, antílopes, búfalos, elefantes; toda suerte de cuadrúpedos, todo linaje de bichos son para ellos materia comestible. Esas tribus tienen el paladar poco exigente; la experiencia me ha enseñado que saborean todos esos manjares con el mismo gusto. A veces arrojábamos á las enanas cautivas las entrañas de

los animales que habíamos muerto, y era de ver con qué gratitud las recibían, cogiéndolas ávidamente, asándolas y devorándolas en un abrir y cerrar de ojos. Todas tenían jarros y el agua era abundante; pero su rabioso apetito no sufría dilación y su innata pereza no les permitía tampoco dedicarse á la tarea de cocer los manjares.

Ya se comprenderá que una gente como esa no habla de sentir una excesiva repugnancia por la carne humana. En la región forestal la antropofagia está en boga: es un hecho que no puedo poner en duda aunque no lo haya presenciado. Los cadáveres de los individuos de la caravana, fallecidos en la selva, fueron muchas veces exhumados,



Trampa para cazar animales salvajes

y los heridos por el hierro de los indígenas eran prontamente despedazados, repartiéndose los asesinos sus sangrientos despojos. Un día dispersé un grupo de caníbales, que habiendo degollado á una mujer y lavado su cadáver se aprestaban á comerlo. Junto á él había apercibidos varios pucheros y la pobre difunta pertenecía á una tribu enemiga. La deducción era lógica. Todos los blancos de la caravana podrían testificar varios episodios de esta naturaleza. Cuando el pigmeo se ve completamente privado de víveres para el diario sustento mata sin escrúpulo al enemigo que cae en sus manos para devorarlo. Con todo, cuando reprendíamos á nuestros prisioneros por tan inhumana costumbre, siempre negaban que les fuese imputable, achacándola al propio tiempo á sus vecinos.

Por regla general, los utensilios y los ornamentos los compran ó los roban á los indígenas agricultores, pues ellos ni cultivan la tierra ni se dedican á ninguna otra industria. En el tocado acomódanse al estilo dominante en su respectiva comarca; sus toscos vestidos, hechos de pedazos de corcho y hábilmente endurecidos los permutan con ellos los plantadores en cambio de una cantidad de miel ó por la piel de alguna bestia silvestre; sus armas defensivas, sus utensilios, los cuchillos de madera y las hachas que llevan consigo, todos son comprados ó robados.



S. A. R. EL PRÍNCIPE FERNANDO, HEREDERO DEL TRONO DE RUMANÍA



S. A. R. LA PRINCESA MARÍA DE EDIMBURGO

Sus armas consisten en una pequeña lanza barbada, un arco muy corto acompañado de una aljaba llena de flechas de madera que á veces tienen la punta de hierro, una daga y un pequeño cuchillo de doble filo que colgado de un hilo llevan atado al codo izquierdo. El arco lo fabrican de madera muy resistente; casi siempre de palo-hierro, y la cuerda es una ancha trenza formada con fibras de calamus. Cuelga de cada extremo del arco una borla á guisa de adorno y arróllanle en el centro una cola de mono recién cortada que al secarse le da mayor resistencia. Las flechas son cortas, no pasando por regla general de la longitud de 18 á 22 pulgadas; las de madera son del grueso de un lápiz y terminan en una larga punta con una serie de muescas que no cogen menos de tres pulgadas. Las hacen con el bárbaro intento de no desperdiciar el veneno de que las untaron. Cuando tienen la punta de hierro es afilada como



Una familia de pigmeos ante la tienda de Stanley

una navaja, dentellada también y metidas en unos pequeños estuches de hierro. Esas hojas las hacen dentadas á fin de que retengan el veneno al meter las flechas en la aljaba y al sacarlas de ella. Ésta consiste en un largo y estrecho saco de piel de antilope en el cual llevan como un centenar de estas flechas que bien podemos llamar mortales. Cuando caía en nuestras manos alguno de esos guerreros pigmeos íbamos con mucho tiento en cogerles las flechas, porque si bien el veneno de que están untadas es peligroso, mas no necesariamente mortal cuando está seco, en cambio, si es fresco todavía, ora sea negro ó encarnado oscuro, produce sin remedio la muerte con una agonía espantosa y á ninguna otra comparable.

Cuando tropezamos por vez primera con esas tribus que usan flechas envenenadas no conocíamos ningún antecedente que nos indujese á recelarnos de tan grave peligro; pero no fué lo mismo después de la dura lección que llevamos en Agosto de 1887 peleando con los salvajes avisibbas. Fué una jornada terrible. Algunos jóvenes, arrastrados por el ejemplo del valeroso

teniente Stairs,—cuando la expedición emprendida para libertar á Emin Bajá,—embistieron de frente con impetuoso arrojo; mas de improviso cayó sobre ellos una granizada de pequeñas flechas. Por supuesto que la agresión quedó en el acto debidamente contestada; por manera que los prisioneros que cogimos temblaban como unos azogados. Nuestros heridos tiraban de la flecha y la arrojaban sonriéndose con menosprecio y continuando el fuego como si tal cosa; pero algunos, en vez de tirar la flecha que les había herido, tuvieron la ocurrencia de enseñarla al médico. Al terminar la batalla éste me las enseñó, y advertimos con alarma que habían sido recientemente bañadas en una sustancia de color oscuro y muy parecida á la goma, que despedía un olor acre y sutil semejante al del asa fétida. Al parecer aquellas flechas habían sido zambullidas en un líquido resinoso de modo que quedasen bien empapadas de él y luego reunidas en un mazo y envueltas en una hoja de banana ó de frinium. Algunas aljabas llenas de flechas que cayeron en nuestro poder nos probaron que los salvajes las consideraban muy peligrosas, pues las llevaban tan cuidadosamente empaquetadas y aparte de las otras.

Las heridas causadas por esas pequeñas flechas tenían la apariencia de un pinchazo hecho con una aguja mechera, y como por otra parte ignorábamos sus efectos, nos limitamos á hacerles una inyección de agua caliente antes de venderlas. A veces no faltaba un amigo que llevaba su abnegación hasta el punto de chupar la herida, para tener la seguridad de que no quedaba en ella ninguna sustancia capaz de enconarla. Fué un procedimiento que no produjo nunca utilidad alguna. Todos los heridos murieron á la postre de espantosos padecimientos causados por el tétanos, ó les salieron unos horribles tumores gangrenosos, que les privaban por mucho tiempo de dedicarse á sus tareas, ó quedaron con la salud tan estropeada, por efecto de la intoxicación de la sangre, que la vida se convirtió para ellos en una carga pesada.

Tardamos mucho tiempo en encontrar un antídoto para este veneno; algunos prisioneros no comprendían ninguno de los dialectos que nosotros hablábamos; mas, por fortuna, al cabo de un año de andar á tiros por la selva con toda suerte de enemigos, ensayamos las inyecciones hipodérmicas de carbonato de amoníaco en torno de la herida, y desde entonces disminuyeron notablemente las bajas ocasionadas por este motivo.

Una reina, ó mejor, la esposa de un cacique de los pigmeos, que profesaba gran simpatía á un individuo de la expedición, nos enseñó un arum, diciendo que de esa planta medicinal sacaban su veneno los naturales de la selva. Pretendía igualmente conocer una hierba que, á su decir, era la mejor triaca para contrastarlo; pero no tuvo ocasión de enseñárnosla mientras estuvo con nosotros.

Como quiera que sea, los negros veteranos de la caravana hacían toda clase de conjeturas respecto al asunto. Varios sostenían que el tal veneno procedía de un jugo extraído del leño del cachú ó cato. Yo, por mi parte, opino que esa sustancia resinosa dimana de las hormigas rojas, que encontramos acopiadas en voluminosos paquetes en casi todas las chozas de la aldea Avisibba. Después de todo, es muy fácil que todos anduviésemos descaminados y que esta ponzoña se confeccionase con el *strophanthus hispidus*, vegetal africano perfectamente descrito por sir John Kirk, como una planta trepadora, cuyo tronco tiene algunas pulgadas de diámetro y una corteza muy dura y cuyos filamentos saltan de un árbol á otro enredándose en su ramaje como las lianas. Según el doctor Fraser, catedrático de materia médica en la universidad de Edimburgo, varios químicos han extraído de la semilla de esta planta una sustancia que llaman estrofantina, y dicen que basta un décimo de grano de ella para matar casi instantáneamente una rana.

Adviértense entre los pigmeos dos tipos distintos que difieren entre sí de una manera muy

marcada. El uno tiene la tez bronceada clara, y el otro mucho más oscura, casi negra. El primero se distingue por la franqueza de su mirada; por sus ojos muy separados entre sí, rasgados, saltones, límpidos, negros y brillantes, que recuerdan los de la gacela; los niños por el cutis del rostro, amarillento y lustroso como el viejo marfil, en tanto que el del cuerpo lo tienen ligeramente oscuro. Los de la raza más negra se diferencian por el gran prognatismo de la mandíbula inferior que va estrechándose hasta rematar en punta al llegar á la barba; en sus ojos hundidos y muy aproximados entre sí, y en el dorso de la nariz, que es siempre muy aplastado. Tienen la frente deprimida, los labios abultados, el cutis del cuerpo muy basto y el vello que lo cubre largo y espeso. Ambos tipos tienen dos particularidades que los caracterizan: las manos muy chicas y con los dedos afilados y los pies diminutos y elegantemente combados.

Hemos visto algunos—no muchos—que bien podían calificarse de bien formados. La pequeña y regordeta beldad á la cual vimos en la estación de Ugarrúa—un tratante en marfil—era una seductora muchacha cuya estatura no pasaba de 33 pulgadas. Es muy posible que su belleza fuese debida á su perfecta salud y á la buena alimentación que el árabe le proporcionaba. Sea como fuere, nos hizo el efecto de una preciosidad muy digna de verse y tan serena y comedida como la señora mejor educada. Un artista se hubiera prendado de ella: un escultor hubiera dado algo bueno por alcanzar semejante modelo en miniatura. Era muy joven: estaba precisamente en la edad en que la niña se convierte en mujer, y su juventud y su infantil inocencia la hacían encantadora.

La mujer del cacique capturada por Uledi, el héroe de *En el África Tenebrosa*, era asimismo una joven muy interesante. Trajéronla al campamento «pálida y radiante como la luna,» enteramente desnuda, pero recargada de anillos de hierro bruñido en los brazos y en los tobillos, y de collares del mismo metal. Su cabellera era corta, y la cara le relucía merced á una untura de aceite de castor. Era muy reposada, consagrábase con asiduidad á sus nuevas obligaciones, y al poco tiempo ya se había granjeado las simpatías de todos. Su amo era muy bueno y generoso, y ella le pagaba su buen trato, cuidando sus cosas con la cariñosa fidelidad de un perrito faldero.

El estudio que hemos hecho de los pigmeos nos permite afirmar que los indígenas menos inteligentes de África, son tan capaces de progresar como los hijos de los europeos. La joven que acabo de citar era la perla de las sirvientas. En obra de pocos meses aprendió á desempeñar su oficio con tanta perfección como la más lista y experimentada cocinera ó doncella del Reino Unido. Otra mujer de la misma raza, pero de cuarenta y cinco á cincuenta años de edad, nos costó más trabajo para educarla, pues tardó muchos meses en comprender la rutina de los quehaceres domésticos; mas nunca le faltó buena voluntad, y por último se salió con la suya. Su tarea era sencilla, pero pesada. Durante la marcha llevaba la batería de cocina de su amo, y en cuanto hacíamos alto iba por leña, encendía el fuego, hacía provisión de agua y guisaba la cena. Costó algún trabajo acostumbrarla al aseo, y sobre todo á lavarse las manos antes de tocar los manjares; pero con el transcurso del tiempo se fué educando hasta no dejar nada que desear. Lo que no pudimos conseguir jamás fué que pusiese freno á la lengua, y por cierto que la tenía muy suelta y desmandada. En cuestiones de toma y daca, dejábale plena libertad: excuso decir si se aprovecharía de ella. No sé que fuese mal hablada; pero sí que no le repugnaba hacer bromas y que á veces las tenía pesadas.

La capturamos juntamente con otros cinco individuos de su tribu en Noviembre de 1888. Preguntámosle en dónde podríamos encontrar una plantación de bananos, y señaló hacia el

estenoreste; la seguimos durante una jornada, pero fué tiempo perdido. Entonces la enviamos con los forrajeadores, no produciendo tampoco gran resultado sus indicaciones; con todo, ella insistía en que siguiéndolas habíamos de encontrar la estación de Indepessu, en donde abundaban excesivamente los bananos. Según el mapa que yo llevaba, Indepessu cala al sureste; por lo tanto, cesamos de emplearla como guía enviándola á la retaguardia. Desde entonces no paró de señalar al estenoreste con incorregible porfía, y manifestándonos por medio de una expresiva mímica, que allí podíamos encontrar unos plátanos tan recios como sus muslos. A pesar de su empeño no le hicimos caso y proseguimos la marcha en la dirección que habíamos emprendido con gran disgusto de ella y no escaso regocijo de mi gente que tomaba á chacota su tenacidad. No me veía una vez sin manifestarme por medio de una animada pantomima, que el terco era yo, y mi obstinación iba á causar la total ruina de la caravana. Sin embargo, seguimos avanzando hacia el sureste, encontrando de este modo nuestro antiguo camino, y por último llegamos á una comarca tan espléndidamente fértil, que su ceñudo semblante no pudo menos de alegrarse. Entonces preguntéle á mi vez, dónde estaba Indepessu. Su modo de contestar probóme que nos habíamos comprendido, y desde entonces bastóme pronunciar la palabra Indepessu para poner término á sus murmuraciones, que reemplazaba siempre con una socarrona risita.

Traducido del inglés por

J. COROLEU.

(Concluírá).





EL INGENIERO M. EIFFEL



M. DELAHAYE



M. FERNANDO DE LESSEPS



EL BARÓN REINACH



M. ARTON

CUESTIÓN DEL CANAL DE PANAMÁ
PRINCIPALES PERSONAJES QUE HAN FIGURADO EN LA MISMA
Ayuntamiento de Madrid



NUESTROS GRABADOS

SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIII

Como decimos en la *Crónica* de este número, su Santidad el Papa León XIII ha celebrado el día 19 de este mes su jubileo episcopal. Con este motivo publicamos el retrato del santo y sabio anciano que con admiración de todo el mundo gobierna la Iglesia católica, apostólica y romana, asombrando al orbe entero con su profunda ciencia. ¡Qué hermosa cabeza la del venerable Pontífice! ¡Cómo resplandece en su mirada la luz de una inteligencia que penetra los más difíciles problemas sociales y da sobre ellos la norma á todos los poderes del antiguo y del nuevo Continente! Bondadosa es al mismo tiempo la mirada del Padre Santo, como de quien sigue fielmente la doctrina de Jesucristo, que fué todo caridad para el género humano. El retrato que publicamos es, á nuestro juicio, el que con más exactitud en las líneas del rostro y con mayor verdad en la expresión presenta la efigie de León XIII.

Aunque muy popularizadas las noticias referentes á su vida, recordaremos las principales á nuestros benévolo leyentes. Nació Joaquín Pecci, después Papa León XIII, el 2 de Marzo del año 1810 en Carpineto, pequeña población de Italia, situada en una hendidura de los montes Lepinos, derivaciones de la cordillera Volscia. Procedían los Pecci de antigua y noble familia de Siena. Ordenóle de sacerdote el cardenal Odescalchi el 23 de Diciembre de 1837. Dedicado por entero al servicio de la Santa Sede, fué gobernador de Benevento de 1838 á 1841. En 1841 Gregorio XVI le nombró delegado en Perusa, centro de agitación política entonces, siendo después, en Enero de 1843, Nuncio apostólico en la corte de Bélgica y viéndose elevado á la dignidad arzobispal con el título de arzobispo de Damietta. En el Consistorio celebrado el día 19 de Enero de 1846 fué preconizado obispo de Perusa. En 1853 es nombrado cardenal con el título de San Crisógono, y el 20 de Febrero de 1878 elegido Papa, para suceder á Pío IX, por el Cónclave de Cardenales.

CONSISTORIO CELEBRADO EN EL VATICANO EL DÍA 19 DE ENERO DE 1893

Celebró el Papa León XIII el 16 de Enero último el Consistorio en el cual pronunció la alocución *Conseruatricis vitæ* y anunció el nombramiento de los nuevos cardenales. El 19 siguiente se verificó el Consistorio público, del que damos una vista, y al cual Su Santidad impuso el capelo á los nuevos purpurados. Esta ceremo-

nia se hizo por la mañana del citado día en el Vaticano. Primeramente los cardenales recién nombrados prestaron juramento en presencia del Cardenal jefe de orden, el Camarlengo y el Vice-Canciller de la Santa Iglesia y del Camarlengo del Sacro Colegio, mientras los cantores pontificios ejecutaban los motetes de rúbrica. Entretanto subía el Papa al Salón *dei Faramenti*, en donde le aguardaban los Cardenales, los Príncipes asistentes al Solio pontificio, el Auditor de la Cámara Apostólica, los Arzobispos y Obispos, los demás Prelados, el Secretario de la Congregación de Ritos, el Promotor de la Fe y los abogados consistoriales. Púsose Su Santidad las vestiduras pontificales y salió en la silla gestatoria, precedido de los *flabelli*, dirigiéndose al aula regia. Los cardenales prestaron obediencia al Papa, le besaron pies y manos y recibieron el abrazo. León XIII les impuso luego el capelo y todos los cardenales se dirigieron procesionalmente á cantar el *Te Deum* en la capilla Sixtina, recitándose la oración *Super electos cardinales*. Finalmente, el Papa cerró y abrió la boca de los nuevos cardenales, les impuso el anillo cardenalicio y dió un título á cada uno. El grabado que publicamos, sacado de un apunte tomado del natural, reproduce el imponente acto que brevemente hemos referido.

S. A. R. LA PRINCESA MARÍA DE EDIMBURGO CON EL TRAJE POPULAR RUMANO

Lindísimo es este retrato de la princesa María. A su rostro aniñado y fino le sienta muy bien el curioso traje que llevan las mujeres del pueblo en Rumanía y que tiene un aire oriental muy caracterizado. Orientales son el cuerpo y las mangas holgadas; oriental la falda que se abre por delante; de dibujo oriental todos los bonitos motivos que enriquecen el vestido y que están ejecutados en seda é hilo de variados colores, bordados según el modo especial de aquel pueblo que tanto ha llamado la atención en todas las Exposiciones internacionales. Estas bordaduras de brillantes colores imprimen al traje singular riqueza, la cual se aumenta por medio del cinturón, que suele ser siempre de placas de bronce articuladas y cinceladas con prolijidad mayor ó menor, según el boato de la persona que lo usa, y por las gargantillas y patenas, muy historiadas también y sumamente vistosas. Ricos y aparatosos son también los pendientes y á veces los adornos de la cabeza, todo lo cual omitió la princesa María de Edimburgo al retratarse con el traje popular rumano en que se la ve en la lámina que publicamos.

S. A. R. EL PRÍNCIPE FERNANDO HEREDERO DEL TRONO DE RUMANÍA

El príncipe Fernando Víctor Alberto de Hohenzollern-Sigmaringen, heredero del trono rumano y esposo de la princesa María de Edimburgo, es hijo segundo del príncipe Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen, jefe de la rama mayor de los Hohenzollerns, como lo es de la rama menor el emperador Guillermo II. Designósele príncipe heredero de Rumanía, por Real Decreto de 18 de Marzo de 1889, que dió el rey de Rumanía, el menor de los hermanos de su padre. En 1866 el príncipe Carlos de Hohenzollern fué elegido príncipe de Rumanía y en 1881 se le proclamó rey por consecuencia de los cambios introducidos en la Europa Oriental á causa de la guerra de Rusia y Turquía. En su matrimonio con «Carmen Sylva» no ha tenido hijos, y de ahí que su sobrino, el príncipe Guillermo, hijo mayor de su hermano mayor, fuese designado como heredero del trono. Aquel joven Príncipe renunció á esta sucesión, y por lo tanto fué elegido príncipe heredero de Rumanía su próximo hermano Fernando. Así, pues, lo mismo este príncipe que su esposa la princesa María se hallan emparentados con la casa Imperial de Alemania. El príncipe Fernando nació en Sigmaringen el 24 de Agosto de 1865, y por lo mismo cumplió el pasado verano veintisiete años. Es delgado, de mediana estatura, hermoso cabello y ojos azules, y tiene una expresión muy agradable. Amable, pero de carácter enérgico, en los tres años y medio que ha pasado en Rumanía se ha hecho muy popular en todas las clases sociales, acogiendo muy bien los rumanos su enlace con la princesa inglesa.

S. A. R. LA PRINCESA MARIA DE EDIMBURGO

La princesa María de Edimburgo, que se ha casado recientemente en el castillo de Sigmaringen con el príncipe Fernando de Hohenzollern-Sigmaringen, heredero del trono de Rumanía, es la hija mayor de los duques de Edimburgo. Nació el 29 de Octubre de 1875, y por lo mismo cuenta la edad de diez y siete años. Debido quizás en parte á que desciende de una rusa, la joven princesa, lo propio que su madre la duquesa de Edimburgo, tiene asombrosa disposición para los idiomas, poseyendo algunos con gran perfección. Su rostro es atractivo y dulce, y su aire gentil, al par que majes-

tuoso, la han puesto en condiciones de representar un elevado papel á la juvenil edad de diez y siete años. Ha demostrado también la princesa María dotes naturales para la pintura, revelando en sus trabajos no escaso talento, de modo que varios se han vendido á precios bastante elevados en bazares y ventas organizadas para fines benéficos. El duque de Edimburgo ha puesto siempre particular cuidado en que sus hijos se ocuparan en ejercicios físicos á fin de desarrollar sus fuerzas y de robustecer su salud. La princesa María se señaló por su afición á los ejercicios ecuestres, habiéndose acreditado en todas partes de excelente amazona, y singularmente en Malta, en donde vivió largo tiempo con sus padres, por causa del grado que tiene en la marina británica S. A. R. el duque de Edimburgo. En la armada gozaba la joven princesa de gran popularidad, que se ha hecho ahora patente con los preciosos regalos que la marina real le ha ofrecido y que figuran entre los mejores y más espléndidos de su canastilla de boda.

CUESTIÓN DEL CANAL DE PANAMÁ

PRINCIPALES PERSONAJES QUE HAN FIGURADO EN LA MISMA

No necesitamos decirles otra vez á nuestros lectores quiénes son los personajes, cuyos nombres van por epígrafe de estas líneas y cuyos retratos damos, ni explicarles el papel que han representado en el famoso asunto del canal de Panamá. Bien saben que Fernando de Lesseps, que con tanta fortuna había abierto el istmo de Suez, fué el iniciador y el autor de la obra del canal de Panamá, en la que han naufragado su gloria y su popularidad, que le valieron el calificativo del *gran francés*. Las denuncias de Delahaye fueron el comienzo de las investigaciones sobre aquella empresa y trajeron los lamentables resultados de que ha dado cuenta la prensa de todos los países. Arton y el barón de Reinach tuvieron especial participación en el asunto de los cheques, por cantidades considerables, que fueron entregados á personas de primera fila, para conseguir que en la Cámara y en las esferas del gobierno apoyasen la empresa del Panamá. Por fin el ingeniero Eiffel, popular también por la torre que en París lleva su nombre, tomó á su cargo obras en Panamá por las que cobró cantidades que el tribunal ha juzgado excesivas hasta el punto de calificar su percepción de estafa y malversación de caudales.



¡PASIÓN!

NOVELA ORIGINAL

DE

M. MARTINEZ BARRIONUEVO

(CONTINUACIÓN)

X

CUANDO don Martín llegó á su casa de vuelta de la torre, un criado salió á su encuentro y díjole misteriosamente:

—Dos tapadas os esperan, señor, mucho ha.

—¡Cómo! exclamó don Martín sorprendido; ciertamente que no tengo yo en Córdoba ni en ninguna parte tapadas que me puedan visitar.

—Pues en vuestra cámara las tenéis, porque me ví obligado, y las entré: perdón os pido si desacato cometí.

—¿Y el talante de esas damas?

—Luctuoso es y sencillo, pero de gran fuste parecieronme; á dueña quintañona olióme una, y de la otra no sé qué decir.

Siguió el criado en su plática, y avanzó el caballero, sin oírle más, hacia la puerta de su habitación.

TOMO II.—32.

Ayuntamiento de Madrid

Detúvose suspenso al entrar: una de las damas adelantó presurosa levantándose á la vez el manto, y se postró á sus pies bella y doliente.

—¡Cómo, doña Casilda! ¿qué quiere decir vuestra presencia en mi casa?

—¡Oh, señor, dijo ella, piedad os pido, piedad para él!

La levantó presuroso don Martín, exclamando á la vez en tono muy severo:

—No está bien que una dama de vuestro linaje así se salga de su hogar, aunque sea con muy respetable compañía; y vos, dueña, añadió dirigiéndose á la otra mujer que también se descubrió, no debisteis haberlo permitido.

—Señor, dijo la otra humildemente, á casa de los Máinez y Carrillo llegábamos, se enteró doña Casilda al entrar de lo ocurrido con don Fermín, por la doncella de doña Leonor, y atrás volvimos sin hablar con nadie, porque doña Casilda lo ha ordenado, y porque sus lágrimas me movieron.

Doña Casilda en tanto permanecía callada, de pie, allí, delante del hidalgo, ruborosa y doliente á la par, llenos de lágrimas los seductores ojos, pálida como un cadáver, y haciendo resaltar la divina hermosura el rebocillo de su manto, que rodeaba su rostro de virgen, como una triste aureola negra.

La contempló don Martín un instante silenciosamente; cogióla una mano después, y díjole con muy dulce tristeza:

—¿Sois desgraciada, doña Casilda?

—¡Oh, contestó ella ahogadamente, vos lo sabéis! En el tiempo que hace que os conozco mi secreto supisteis penetrar, don Martín, ¿á qué, pues, preguntarme si soy ó no desgraciada?

Movió don Martín la cabeza á un lado y otro, y prosiguió melancólicamente:

—Es que al veros tan hermosa y al veros tan niña, el alma se niega á creer lo que viendo están los ojos y lo toma como un fingir que pasará sin duda; quédese el dolor para los viejos corazones que ya en la vida cubriéronse de sangre por la atroz batalla, pero resplandezca la luz en los espíritus juveniles, y besen sus alas al volar horizontes risueños de color de rosa.

—No, don Martín; vos lo sabéis, la herida es grande y no tiene remedio; tocasteis mi corazón con vuestra dulce blandura, y me confesé á vos como á mi padre ó á mi hermano lo hiciera. ¡Qué dije, loca de mí! mucha más confianza tuve en vos que en ellos; á ellos nunca me atreveré á decir lo que en mi alma hay, y os lo dije á vos; no sé lo que será, pero no estoy arrepentida; al contrario, si alguna felicidad podía yo haber alcanzado después que supe el lazo que ya á doña Blanca y á don Fermín unía, fué la de los consuelos que vos me disteis.

—¡Oh, doña Casilda, no desalentéis, yo os lo ruego; el destino es caprichoso! ¿Quién sabe lo que sucederá?

La niña levantó la frente con orgullo y dijo con firmeza:

—Mi secreto lo saben esa mujer solamente, que de madre me sirvió desde que nací, y vos, ¡yo no sé por qué causa! porque Dios ha querido sin duda, pero también lo sabéis; uno y otra guardaránme secreto y no me venderán por el mucho amor que ella me tiene y lo caballero que vos sois; morirá, pues, el secreto conmigo; pero mis lágrimas, si las vierto, son de amor, y no de súplica para que el amor suyo me den: sean ellos felices en buenhora, que yo á nadie iré con mis cuitas para mover á piedad y que la limosna me arrojen.

—¡Oh, niña! ¡cuánto debéis sufrir! exclamó el caballero con profunda emoción.

—Sabéis que sufro, porque yo os lo digo; pero no lo sabrá en adelante ni ha de sospecharlo tampoco quien mi cara y mi risa de siempre vea; á casa de Máinez y Carrillo iba, con muy buen propósito de curarme de la mejor manera, que es viéndoles á los dos, hundiéndome yo misma en el corazón hasta el mango el cuchillo de su felicidad; pero encontréme con la gran desdicha de la prisión de don Fermín, y con la nueva de vuestro poder, que nadie aquí

conocía: era ya otro asunto que sentir, deslindado de aquél; á vos recurro sin más, porque mi amigo sois: habéis puesto en prisión á don Fermín y libertad daréisle, aunque sólo sea para que vos secretamente veáis cómo una niña sabe encerrar el mal de su alma en urna de piedra que nadie rompa.

—¡Ay! murmuró don Martín, no pudiendo resistir más las agonías de su alma: he aquí un ejemplo que Dios es servido poner ante mis ojos.

Oyó estas palabras perfectamente doña Casilda: miró á don Martín con profunda sorpresa.

—¿Qué decís? exclamó palpitante.

Él la miró también muy confundido: aunque se dominó prontamente, el rayo sereno de la pupila de la mujer siguió hundiéndose en su alma.

—¿Me habrá vendido mi mala ventura? pensó don Martín volviendo á su turbación primera.

Se animó un poco de nuevo, porque doña Casilda dejó de mirarle ya, y dijo lentamente:

—¿Qué dijisteis, señor?

Y él repuso con su sosiego habitual:

—Que sois una niña, pero valiente y noble como una grave mujer que se curtió en la desgracia.

—¿Pero por qué soy ejemplo para vos? insistió ella, ¿aunque resultare yo una heroína, qué puede haber de común en lo que á vos os ocurra y lo que á mí me pasa?

—El ejemplo de resignación y valentía en las almas grandes puede servir para los trances difíciles que Dios al hombre somete: un triste batallar es la vida; el corazón, herido sale siempre en esas batallas, sean de amor, de ambiciones del mundo ó de lo que fuere: no hay que mirar quién es el enemigo ni qué armas usó: sólo hay que ver que la herida está hecha y que la sangre mana: todo ejemplo de infinito valor, de enseñanza es y de espejo ha de servirnos.

Doña Casilda miró otra vez á Pedrosa, así como suspensa, y después de otro intervalo, murmuró de manera que no pudo el caballero enterarse:

—¡No, eso es imposible!

—Bien, dijo en voz alta y en el tono suplicante del principio, ¿me negaréis la libertad de don Fermín?

—¡Bah! repuso don Martín sonriendo dulcemente: así los negocios de vuestro corazón pudieran arreglarse como están arreglados esos.

—¿Qué decís? preguntó la joven con emoción profunda.

—Id, doña Casilda, id y perdonad á vuestro viejo amigo Pedrosa el mal rato que os diera: tuvo razones que eludirse no pudieron; id, que el señor de Santisteban está libre.

—¿Cómo, me engañaron entonces?

—No os engañaron, pero detrás salí yo mismo; á la torre de los Donceles fui á ordenar que lo pusieran suelto y á desagraviarle. Reconciliado con su tío está ya también, y así lo estemos nosotros siempre con Dios.

Detúvose doña Casilda un instante á contemplar á don Martín como si le admirara: se inclinó luego respetuosamente ante él, y antes de salir, exclamó en un arranque involuntario de su alma:

—¡Oh! ¡cuán grande sois, y cuán digno de ser amado!

—Sois una niña, exclamó don Martín sonriendo, y como á niña os oí.

—Antes lo dijisteis, don Martín; soy una mujer, y que sois digno de ser amado es una mujer la que os lo dice.

Salió la joven muy conmovida, quedándose también don Martín en grandes alarmas porque hubiera descubierto sus aficciones así como él supo descubrir las de doña Casilda.

—¿Adónde vamos? preguntó la dueña después que salieron.

—A casa de los Máinez y Carrillo, contestó Casilda resueltamente.

Allá se dirigieron, y la recibió doña Blanca con el placer y agasajo que supondréis: don Fermín hallábase con las damas, y éstas, doña Leonor en particular, en muy gran alborozo.

Felicitó Casilda á Santisteban, felicitó á sus amigas, y doña Blanca se llevó á Casilda á sus habitaciones, y hablaron á solas largamente.

Cuando la primogénita de Máinez y Carrillo contó en detalle á la de Saravia la escena que por la mañana ocurrió, díjole su amiga en aquel tonillo ligero de otras veces:

—Te pondría gran miedo al ver de pronto á don Fermín entre corchetes.

—No me puso ninguno, contestó doña Blanca, con aquel gran sosiego suyo que conocéis: yo pensé desde luego que todo acabaría en bien.

—¿Pero qué amor es el tuyo, Blanca? dijo entonces Casilda, echándose á reír: ¿qué hay en ese pecho que no late unas veces con más afán que otras? ¿Qué tranquilidad es la tuya que no mueve tu sangre, calentándola el fuego del corazón, para llevarla á que ponga brillo de calentura en tus ojos, y para que dé golpes en tu garganta y en tus sienes? Mal año si á la vista de un peligro que el amado de una mujer corra, la mujer no lucha desesperada, y no se retuerce de congoja, y no se apresura á ofrecer su vida para salvar al hombre de su amor.

—¡Oh, Casilda! si no te conociera bien, creería que todo eso que dices en tono risueño lo dices de verdad.

Así habló doña Blanca, presa de turbación inexplicable: las palabras de su amiga llegaron á lo hondo del corazón; sintióse de repente acometida de mortales agitaciones. Doña Casilda estúvola observando: efectivamente, relase cuando empezó á hablar, pero después fueron aquellas palabras el grito ardiente de su propio corazón.

—No hagas caso, dijo mirándola á la vez con fijeza.

Y luego añadió temerosa y sin dejar de mirarla:

—¿Qué te sucede? ¿te pones enferma, Blanca?

—¡Oh, no! pero ¿por qué me miras tú así?

—Te miro con el amor que en mi alma por tí hay.

—No, no es eso; yo no sé lo que me sucede.

—¡Eh, señora, fortaleza, dijo Casilda alegremente; fortaleza, y no desmintáis vuestra sangre! vamos á la cámara de doña Leonor. Allí estará don Fermín todavía y te distraerá con alguna de sus donosidades, que tanto le reímos.

—¡No, eso no! exclamó doña Blanca precipitadamente; con doña Leonor, no: con don Fermín tampoco.

Doña Casilda, muy pálida, temblorosa también como la amiga lo estaba, aunque ésta por su profunda turbación no lo pudiese notar, díjole:

—Te dejo sola entonces, porque lo prefieres, á mi parecer.

—¡Oh, sí, sí! un rato, un momento no más: muy luego estaré yo con vosotras.

Salió Casilda y pensó al alejarse:

—¡Virgen del Consuelo, qué esperanza para mi corazón si no amase á don Fermín!

Doña Blanca, por su parte, encerróse por dentro al quedar sola; corrió á su reclinatorio, se arrojó de rodillas sobre un cojín, echó hacia atrás la cabeza, levantó las manos, cruzándolas después apretadamente, clavó en el Cristo los espantados ojos, y exclamó con palabras de fuego:

—¡Dios clemente! ¿por qué todo lo que debo sentir, según Casilda, ante un peligro que Santisteban corra, no lo sentiría yo por ningún hombre ni por él tampoco, como sentiría en lo profundo de mi alma el peligro que don Martín corriera?

Inclinó la cabeza después, la apoyó sobre las manos en el mismo reclinatorio, sin que ningún ruido turbase entonces aquella soledad misteriosa.

Se levantó al fin, arregló sus cabellos, compuso su semblante, abrió la puerta de la cámara y salió en busca de Casilda y doña Leonor.

Apenas hubo salido, se levantó un tapiz lentamente y asomó una cabeza, ruda, desmele-
nada, sombría: era la de Pericón Lobato; estaba aterrador en aquel instante: llameábanle los
ojos y se le doblaba la piel de la frente en arrugas feroces.

Miró á un lado y á otro, jadeante, estremecido, como fiera acorralada; hizo un movi-
miento como de quererse lanzar sobre todo lo que vela, para hacerlo pedazos; contúvose, se
golpeó el pecho con los crispados puños, y entrecortadamente por la ira... ó por el sentimiento,
que la expresión de aquellas palabras no ha podido averiguarse, exclamó así:

—¡Era verdad! ¡Era verdad!

(Continuad).





COMEMOS demasiado. Asistimos á demasiados convites y banquetes y aun nuestra comida ordinaria es también excesiva. Esto nadie lo ignora, se dice á cada instante; pero pronto lo olvidamos hasta acabar por no poner ningún cuidado en el comer. Y este es el camino seguro que nos conduce lenta, pero necesariamente á la dispepsia, á las enfermedades del estómago, á la gota y al reumatismo. Dejamos que nuestro cuerpo se llene de sustancias no digeribles y olvidamos que éstas son verdaderos tóxicos. El oxígeno, cuando se halla en alta presión, es un veneno; el abuso de los alimentos y de los vinos exquisitos es otra forma del envenenamiento.

El número de dispepsias á que dan origen las comidas, es incalculable; sin que nadie lo note, todas ellas son causa de dichas dolencias. El estómago funciona y se dilata, ¡cuántas personas lo tienen dilatado y lo ignoran, y cuando desgraciadamente ya es tarde lo advierten muy á su costa!

Por otra parte, contribuyen también á ello el ceremonial, el buen parecer, las comidas á deshora, el calor de los aposentos, el aire de los comedores, etc. ¡Qué higiene la de las comidas!

Hace poco tiempo que un amigo nuestro comió en compañía de un médico. — ¿Usted sabe, le decía, por qué existen tantos dispépticos? — ¿Por qué? Las causas son tantas... — Indudablemente, pero hay una que se une á las demás; nos volvemos dispépticos por galantería. — Y con efecto, en todas partes se admite que debe servirse primero al bello sexo. Esto parece que no tiene nada que ver con lo dicho y, sin embargo, no es así. Su vecina de usted come tranquilamente mientras usted la habla, y cuando ya ha terminado ó muy poco antes, le sirven á usted; entonces debe usted continuar la conversación empezada, y al mismo tiempo procurar de un modo ú otro comer; en realidad lo que usted hace no es comer sino tragar. La masticación está prohibida al caballero que come en un convite, y, sin embargo, la masticación es el punto de partida esencial, necesario, para la digestión. Sin una buena masticación no hay buena digestión, y ahí tiene usted por qué nos volvemos dispépticos en los convites.

¡Cuántas verdades no encierra esta opinión de aquel médico! Y sin embargo, no debemos olvidar que lo moral obra sobre lo físico, y que una agradable compañía contribuye más á una buena digestión que el mejor elixir del mundo. El abuso, y tan sólo el abuso, es lo perjudicial.

Las personas sagaces en esta materia han aprendido á masticar hasta cuando están invitados. Es verdad que son pocos, pero son los verdaderos comedores. Desde el principio se han formado educación aparte; así como los sabios mueven siete veces la lengua antes de hablar, también las personas prudentes deben masticar más de veinte veces antes de tragar los alimentos. Tal es el precepto recomendado por el profesor Bouchard y que da resultados maravillosos en el caso de dilatación del estómago.

El que aplique, pues, la regla de «masticar, masticar y siempre masticar,» alcanzará resultados muy notables, si tiene cuidado en aplicarla rigurosamente. Por de pronto causa gran admiración el digerir bien, se come mucho menos y se satisface el apetito más pronto. Se levanta de la mesa como si se hubiese comido mucho, y si bien en realidad se han absorbido menos alimentos, en cambio se han asimilado completamente, lo cual es una ventaja inapreciable. ¿Cómo se hace la digestión cuando se traga apresuradamente y sin masticar? Una parte de los alimentos no adquieren los jugos de la digestión; las transformaciones son incompletas y el organismo lleva consigo sustancias inservibles ó elabora verdaderos tóxicos. Es preciso, pues, saber comer bien; fuerza es confesar, con todo, que comer, siguiendo las reglas, es á menudo muy fastidioso; pero también es cierto que no podemos vacilar en la elección; ó comer bien ó sufrir una dispepsia.

Los dispépticos son fáciles de reconocer al poco tiempo. Calvicie precoz, ligera disnea al subir las escaleras, tufaradas de calor después de comer, alguna somnolencia, falta de aptitud para el trabajo, la aparición por la mañana, al despertar, de algunas pequeñas pústulas ó barros en la cara, etc., etc. Si en este estado se continúa asistiendo á convites cuatro veces por semana, ya puede darse por segura la dilatación del estómago y más tarde la gota, etc. No abusemos, pues, de las comidas; comamos despacio, mastiquemos siempre con cuidado y atención.

Al abdicar la corona el emperador Carlos V dirigió á su hijo Felipe II, en presencia de los magnates de su corte, las siguientes palabras: «Hijo mío; te entrego esta pesada carga: esta corona que ves resplandeciente de oro, abunda en crueles espinas. Puedo confesarte sinceramente que desde el día en que subí al trono, hasta hoy que lo abandono, no he tenido un solo instante de

reposó, y todos los placeres que he disfrutado han sido envenenados.»

Al poco rato después de esta abdicación se retiró al monasterio de Yuste, donde, por espacio de algunos años, dió numerosos ejemplos de piedad. Su historia conserva de esta época un rasgo desconocido hasta entonces. Estando vivo hizo celebrar sus funerales con toda la pompa y magnificencia posibles. En el interior de la iglesia se elevó un mausoleo; se encendieron grandes hachas; toda la servidumbre, de riguroso luto, rodeaba el féretro, y los monjes, en tono lúgubre, celebraban el Oficio de difuntos. Carlos asiste á sus funerales, y contempla, en este imaginario homenaje tributado á su memoria, las lágrimas de sus amigos y oye los cantos lúgubres de los religiosos que ruegan al cielo le reciba en la mansión de los bienaventurados. El Emperador, que vestía un traje completamente negro, se arrodilló; al presenciar este espectáculo, las personas que se hallaban presentes derramaron de nuevo algunas lágrimas, y por última vez le compadecieron como si hubiese sido enterrado en la tumba. Carlos V parecía tener el presentimiento de que su muerte no tardaría en venir. Y en efecto, al día siguiente al de los funerales, cayó enfermo víctima de una calentura que consumió pronto sus fuerzas, y terminó su carrera en los mayores transportes de la más acendrada fe.

Zeuxis pintó un cuadro que representaba un canastillo de uvas, llevado en la mano por un muchacho de doce años. Unos pájaros, engañados por la apariencia, fueron á picar las uvas. Y al verlo dijo Zeuxis: — Muy bien imitadas estarán las uvas cuando se engañan los pájaros, pero muy mal imitado debe de estar el muchacho cuando no les espanta su presencia.

Un viajero hizo un gasto más que regular en una posada. Llegó la hora de pagar la cuenta, y dijo al posadero que no tenía un maravedí, pero que en equivalencia le cantaría lindísimas canciones. El posadero contestó que lo que quería era dinero y no canturrias. — Pero si os canto una que os agrade por completo, ¿no la tomaréis por moneda sonante? — Corriente; vamos á ver, dijo el posadero. — El cantarín empezó varias canciones, y ninguna le gustaba al amo de la posada. — Voy, pues, á cantaros una que de seguro os gustará, dijo el viajero sacando su portamoneda y haciendo como que lo iba á abrir, y empezó á cantar:

La mano al bolsillo
y al huésped pagad!

.....

que en Italia llaman la *canción del viajero*. — ¿Os agrada

esta? — Sí, dijo el posadero. — Pues, entonces, ya estáis pagado. Abur.

Cromwell, en los negocios de Estado importantes, dictaba á su secretario tres ó cuatro despachos contradictorios, y ocultaba cuál era el que entregaba al correo de gabinete.

El hipo que proviene de una mala digestión se cura comiendo un terrón de azúcar empapado con algunas gotas de éter sulfurico.

Si no se tiene á mano ese remedio puede beberse poco á poco un vaso de agua, ó bien caminar solamente algún tiempo con la boca abierta, reteniendo un poco la respiración. Por fin, para hacerlo pasar á otro, se le sorprende ligeramente, y luego le cesará.

Los que visitan los enfermos deben, para preservarse del contagio, acostumbrar á arrojar de cuando en cuando la saliva mientras que reciben las exhalaciones del sudor y de los alientos del enfermo.

Es menester, por otra parte, airear á menudo los aposentos en que se tienen flores, para facilitar la salida de los gases dañosos que éstas exhalan, y quitar la superabundancia de humedad de la atmósfera.

La prueba más infalible de tener mal gusto es el estar prendado de sí mismo. — OXENSTIERN.

El orgullo nunca quiere deber, y el amor propio nunca quiere pagar. — LA ROCHEFOUCAULD.

El príncipe debe ser superior á los súbditos, y la ley ha de ser superior al príncipe. — FRANCISCO I.

Un rey ha de tener presente tres cosas: 1.^a que gobierna á hombres; 2.^a que debe gobernarles según la ley; 3.^a que no gobernará eternamente. — EURÍPIDES.

Podrás hallar mujeres que nunca hayan tenido cortejo; pero con dificultad las hallarás que sólo hayan tenido uno. — LA ROCHEFOUCAULD.

La vejez y la maternidad son una especie de sacerdocio de la naturaleza. — CHATEAUBRIAND.

—♦♦♦—



UN MICRO COSMOS

(CONCLUSIÓN)

Así tenemos ya el escenario; ahora falta la decoración: para esto se toman trozos de coke bien abigarrados y se construye una gruta clara, (según indica el dibujo) juntando los fragmentos de coke por medio de cemento y bañando el conjunto en una solución más clara del mismo cemento; hay que emplear cada vez poca cantidad porque se solidifica con mucha rapidez.

Así los cristales como las rocas hay que dejarlos, cuando estén secos los cementos, muchos días en el agua, para que desaparezcan de la superficie las sales químicas que envenenarían á los futuros habitantes.

Después de esto se introduce *la tierra* dentro del *mar*, que será lo más límpido que se pueda; cúbrese con



musgos arrancados de las rocas del río ó del arroyo, y después se lanzan por aquéllos dédalos acuáticos algunas ranitas incipientes, varios moluscos acuáticos y ciprinos dorados de pequeña talla.

Para embellecer la flora de ese nuevo país, se recojen en los sitios húmedos y frondosos, plantitas acuáticas, que las hay de muy diversas y hermosas formas.

¡Figúrese el lector lo agradable que ha de ser para toda persona amante de la natura contemplar el pequeño y bellísimo mundo que su inteligencia y trabajo ha hecho surgir encima de una mesa, en el centro de un salón!

En cuanto á la dieta de esos extraños Adanes, puede consistir en gusanillos, migas de pan, moscas, mosquitos y otros pequeños insectos: es preciso cambiar el agua cada día, tomando las precauciones necesarias para que quede siempre en el fondo, (de arena fina, con algunos guijarros de colores) la suficiente para que puedan vivir los animales mientras se llena de nuevo el depósito; el mejor sistema para vaciarlo, consiste en aspirar el agua con un sifón de vidrio; para quitar el polvo de

la superficie se pasa por encima un papel chupón. Segurísimo el resultado, puede ser más ó menos agradable según la paciencia y el ingenio del fundador de esa isla misteriosa. — JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

PLÁ-TA-NO

Solución al trío de sílabas:

EU RO PA
RO SI TA
PA TA TA

Solución al acertijo:

LA GOMA

CHARADA

Se pone como *una dos*
la niña muy ruborosa,
y por *dos tres*, poca cosa,
corre de la dicha en pos;
de bajar nos libre Dios
una tres con ansia loca,
pues toda prudencia es poca.
—¿Mi *todo*?— Bella ciudad
do alcanzó celebridad
una gran reina con toca.

Comunicada por FELIPE R.

ROMPE CABEZAS

E
.	D
.	.	M
.	.	.	U	.	.	.
.	.	.	.	N	.	.
.	D	.
.	O

Sustitúyanse los puntos con letras de modo que leídas horizontalmente resulte un nombre de varón.

Comunicado por R. M. de Barcelona.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

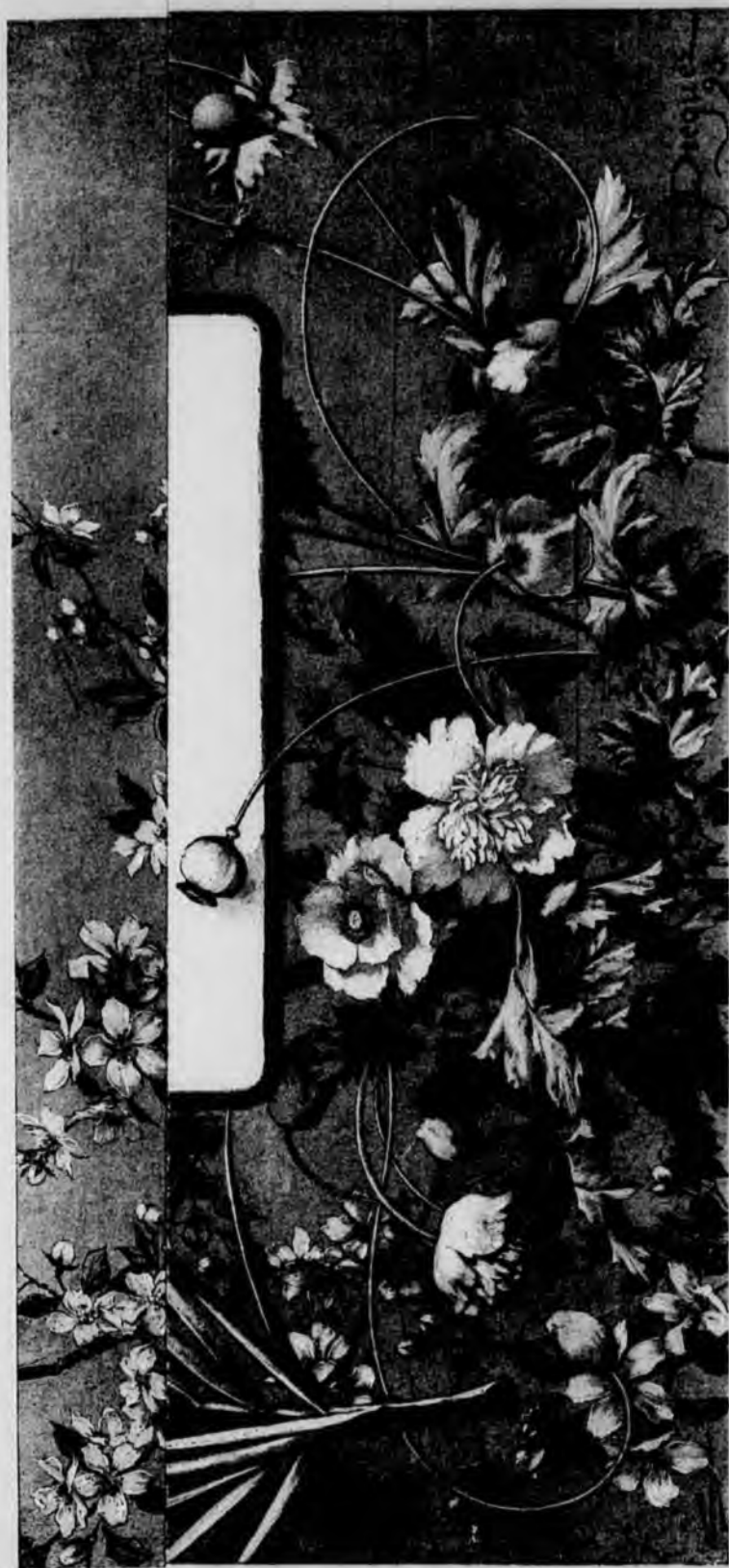
Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

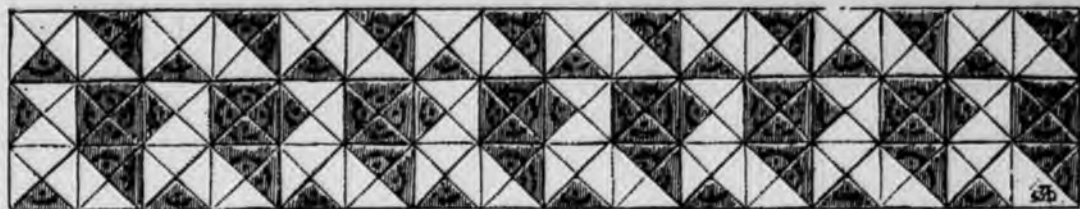
Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados los derechos artísticos y literarios.— IMP. ESPASA Y COMP.^a



Ayuntamiento de Madrid





AL LECTOR

Deseosa LA ILUSTRACIÓN MODERNA de asociarse al testimonio de admiración elevado por toda España á la memoria del insigne é inspirado poeta José Zorrilla, le dedica este número, del que forma parte una de sus leyendas más poéticas y más genuinamente castizas. Por haber querido componerlo con obras originales hechas adrede para el expresado propósito, ha tenido que retardarse algo la publicación de este homenaje al ilustre autor de las *Leyendas*, del *Poema á Granada* y del *Don Juan Tenorio*.

MEMORÁNDUM

EL anciano Mr. Gladstone, primer ministro de Inglaterra, presentó á la Cámara de los Comunes su proyecto de *Home Rule* para Irlanda. Saben nuestros lectores que desde algunos años reina viva agitación en la verde Erín, agitación en parte social y en parte política. Decimos que presenta hasta cierto punto carácter social, porque en ella tienen especial representación las reclamaciones de los colonos, que cultivan propiedades mediante un canon anual. Ciertos propagandistas, deseosos de llevar el agua á su molino para conseguir más tarde ó más temprano una revolución social y política, han inculcado á los colonos ideas de resistencia contra el pago de las pensiones atrasadas y corrientes, produciéndose entre ellos y los propietarios conflictos que han hecho necesaria á veces la intervención de la fuerza pública. La *Liga agraria*, asociación irlandesa, extremó la lucha, llegándose al punto de que se cometieran crímenes, que en modo alguno pueden excusarse y menos disculparse. Con este movimiento social se enlazaba el político, dimanado de la manera como Inglaterra ha gobernado á Irlanda y del deseo de ésta de lograr su autonomía, en la mayor extensión posible.

El ministerio de lord Salisbury, opuesto á todas estas aspiraciones, dictó leyes de coerción para contener á los irlandeses y logró sin duda imponer á aquel país la tranquilidad material. No cesó por ello la propaganda política irlandesa, la petición repetida del *Home Rule* que había negado siempre lord Salisbury. Cuando subió al poder el ministerio liberal de Mr. Gladstone renováronse las esperanzas de los irlandeses, por razón de las promesas que en la oposición les había hecho este hombre de Estado.

* * *

Mr. Gladstone cumplió su palabra presentando á los Comunes el 13 de Febrero su proyecto de *Home Rule*. En alguna ocasión hemos dicho que es prodigiosa la ancianidad de aquel personaje. A la edad de 83 años que cuenta, después de soportar todas las fatigas de la preparación de un proyecto difícil y complicado, Mr. Gladstone el citado día se presentó en la Cámara y por espacio de más de dos horas estuvo hablando sin demostrar fatiga física ni mucho menos fatiga en su inteligencia. En el proyecto se concede á Irlanda un Parlamento, que tendrá su asiento en Dublín, y se le otorgan numerosas prerrogativas de un carácter resueltamente descentralizador. El gobierno nombrará un virrey, que podrá oponer su veto á los acuerdos del Parlamento de Dublín cuando lo juzgue conveniente. Son muy diversos los pareceres sobre el expresado proyecto. Los conservadores y los unionistas ingleses lo atacan resueltamente, afirmando que con él se entrará en pleno federalismo, y que producirá que Irlanda se separe de Inglaterra. Estos partidos políticos, acaudillados por lord Salisbury, votarán contra el *Home Rule*. Entre los demás partidos unos aprueban el proyecto en todas sus partes, otros en sus puntos capitales, pero no faltan quienes lo juzguen todavía insuficiente, creyéndolo poco descentralizador y considerando precaria ó ilusoria la autonomía que se concede á Irlanda. El derecho de veto concedido al virrey es atacado sobre todo por los liberales más extremados y por los irlandeses separatistas, alguno de los cuales ha manifestado que lo admitiría entre las cláusulas de la ley, pero con la expresa condición de que se considerase letra muerta. Las discusiones en la Cámara de los Comunes serán calurosas. Quizás logre el gobierno que el *Home Rule* irlandés sea aprobado en dicha casa, mas se pregunta todo el mundo: ¿qué porvenir le espera en la Cámara de los Lores, en donde están en escaso predicamento los principios que dominan en el proyecto? Su triunfo en esta Cámara es muy dudoso y acaso naufrague en ella.

* * *

Tienen los ingleses cosas curiosas, verdaderas excentricidades. ¿Quién diría que en el hemicycle de la Cámara de los Comunes no hay asientos bastantes para todos los diputados? Esta falta de sitio ha dado origen á escenas graciosísimas. Se ha visto en alguna ocasión llegar á las puertas del Palacio de Westminster á un diputado en un coche lleno de sombreros, penetrar en el salón de sesiones y distribuir los sombreros en varios puestos para marcar los de sus amigos políticos. El sombrero y una tarjeta de visita bastan para conservar un asiento. Otros diputados han ido á la Cámara á las siete de la mañana con el exclusivo intento de poner su sombrero y su tarjeta en un asiento y tenerlo así reservado para la hora de sesión. El día en que Mr. Gladstone debía leer el proyecto de *Home Rule*, muchos diputados hubieron de permanecer de pie, metidos en los pasillos y en los rincones de la sala. El arquitecto que trazó el plan de aquel local entendió que nunca asistirían á las sesiones todos los diputados, y no previó el caso de que un asunto de intenso interés, como ha sucedido ahora, los atrajese á todos á la Cámara, dejando sólo de acudir á ella los enfermos ó inválidos.

* * *

Consérvanse en Inglaterra vetustas prácticas que se observan escrupulosamente, como una especie de ceremonial. Una de ellas consiste en el registro que hace en los sótanos del palacio de Westminster una ronda de *yeomen* ó soldados viejos de la guardia para asegurarse de que no hay en ellos ninguna sustancia explosiva. Cualquiera diría que este registro se lleva á cabo por miedo á los modernos anarquistas, y sin embargo no es así. Es práctica introducida desde que el famoso conspirador Guy Fawkes quiso hacer volar, hace cerca de tres siglos, el Parlamento por medio de algunos barriles de pólvora colocados en la cueva.

* * *

Los proteccionistas franceses, ó mejor dicho, los diputados por los distritos vinícolas del Mediodía de Francia, no cejan en sus propósitos de recargar los derechos de introducción de los vinos españoles, con objeto de cerrarles el paso de los Pirineos. Hace poco se presentó á la Cámara una proposición de 80 diputados, en la cual se pide que en vista de la diferencia del cambio entre Francia y España se aumenten en cantidad de setenta céntimos por grado alcohólico hasta los diez grados y nueve décimas las tarifas mínima y máxima que se exigen por hectólitro por la importación de los vinos de España. Desde los once grados se pide para los diez primeros grados la imposición del derecho antes indicado y el pago, por cada grado más, de un derecho de aduanas igual al importe del derecho de consumos, correspondiente al alcohol. Los que vendan vinos de procedencia extranjera deberán indicar el origen de los mismos. Esta propuesta causó profunda indignación en nuestro país, y el Gobierno, respondiendo á los deseos de la opinión pública, y especialmente de los productores de vinos, parece que adoptó resoluciones enérgicas para el caso de que la Cámara francesa acordase los expresados aumentos. Si así fuere, el Gobierno del señor Sagasta se halla pronto á denunciar el *modus vivendi* y el tratado sobre la propiedad industrial y literaria. El país aplaudirá que se muestre la mayor energía en el asunto y que se ataque á Francia con las mismas armas que ella emplea. Últimamente se decía que el ministerio francés se mostraba inclinado á combatir la proposición de los ochenta diputados, pero se dudaba del éxito que pudiese obtener, porque en la Cámara dominan en gran manera los diputados pertenecientes á los distritos vinateros del Mediodía.

* * *

Van á contraer matrimonio el príncipe Fernando de Bulgaria y la princesa María Luisa de Parma. Hace tiempo que se habían proyectado los esponsales, y para hacer posible el matrimonio se revisó la Constitución búlgara, con el objeto de ver si dentro de ella había medio para asegurar la educación católica y el ejercicio de este culto para los futuros sucesores al trono. Sin esta condición, la familia de Parma, que es sinceramente católica y muy piadosa, no hubiera consentido el matrimonio. Vióse que esto podía hacerse, y entonces se decidieron los esponsales, que se retrasaron algunos días por causa de la muerte de la duquesa de Madrid. La desposada tiene veintitrés años. Se ha educado en el palacio de Schwarsan, próximo á la residencia del conde de Chambord, en Frohsdorf. La joven princesa se parece, según dicen personas que la conocen, á su abuela la duquesa de Berry, de la que tiene las facciones y la viveza de espíritu. El padre de la princesa María Luisa heredó el castillo de Frohsdorf después de la muerte del conde de Chambord. Descienden ambos novios de Fernando I, rey de Nápoles, y de su esposa la reina María Carolina, archiduquesa de Austria, hermana de la infortunada reina María Antonieta. Una hija del rey Fernando I, la princesa María Amelia, casó

con el rey Luis Felipe, abuelo paterno del príncipe Fernando de Sajonia Coburgo Gotha, actual príncipe de Bulgaria. La madre de la princesa María Luisa de Parma era biznieta del mismo rey Fernando.

* * *

El estanco de las cerillas fosfóricas, acordado por las anteriores Cortes para procurar algunos ingresos más al presupuesto del Estado, ha tropezado en su planteamiento con algunas dificultades. Los expendedores, poco satisfechos del premio que se les concedía, manifestaron su descontento, y en algunas ciudades, entre ellas Madrid y Barcelona, dejaron de vender aquel artículo de tanto consumo. A la vez los consumidores censuraban lo raquítico y la mala calidad de la mercancía, doliéndose de que tengan que gastarse fósforos malos y caros cuando antes los había en todas partes buenos y baratos fabricados en España. Si en realidad el estanco de los fósforos produjese un pingüe ingreso al Tesoro y sirviese de alivio positivo á nuestra decaída Hacienda, podrían los consumidores llevar con paciencia las molestias del monopolio. Lo doloroso será que hayan de aguantarlos y que el arbitrio vaya á perderse en el mar sin fondo del presupuesto, no tocando de él en definitiva la Nación ventaja ninguna cierta.

B.



SILUETAS MODERNAS

ZORRILLA



Es basta á las mujeres el buen sentido, para resolver con una sola frase muchas de las cuestiones que á los hombres preocupan.

Así el día de la muerte del insigne cantor de *Granada*, una, que por cierto no presume de literata, oyendo leer en un periódico que el Gobierno buscaba precedentes para acordar los honores que se habían de rendir al cadáver del finado, preguntaba sin intención epigramática, pero haciendo un verdadero epigrama:

—¡Qué! ¿Se ha muerto alguna otra vez Zorrilla?

Esta sencilla pregunta encerraba una amarga censura del Gobierno, que buscaba precedentes para aplicarlos al que no los necesitaba, porque él por sí era un precedente, y un juicio crítico del egregio poeta que acaba de bajar á la tumba.

¡Zorrilla! No hay ni un solo español que no le conozca. Hace más de cincuenta años, desde 1837, todos hemos salido de la escuela de primeras letras, y entrado en la adolescencia, recitando los armoniosos versos del poeta más genuinamente español que ha nacido, desde el siglo de oro hasta la fecha. Pero no es sólo en España donde su popularidad reina con imperio avasallador. Lo mismo sucede en las repúblicas de América en que se habla nuestra lengua, y no es una paradoja decir que, durante mucho tiempo, el único lazo de unión que ha subsistido entre aquellos países, en mal hora desgajados de la patria española y su antigua metrópoli, ha sido el genio del trovador vallisoletano.

¿Qué mozalbete no se ha creído un Don Juan Tenorio? ¿Qué estudiante no ha robado al *Digesto* y las *Pandectas* el tiempo que necesitaba para devorar las bellas y animadas descripciones de *Margarita la Tornera* ó *A buen juez mejor testigo*? ¿Qué dependiente de comercio no ha representado *El puñal del godo* en algún teatro casero? ¿Qué colegiala no ha soñado, al vestirse de largo, con las blancas tocas de doña Inés?

Todos, absolutamente todos, hemos sido esclavos de la dulce tiranía que, con su magia encantadora, ejercía sobre los espíritus el que ya no existe. Y cuando el frío de los años

empieza á dejar sentir su influencia sobre los que ya pisamos los umbrales de la vejez, todavía nos sentimos rejuvenecidos, recordando con deleite las gallardías de aquel don Pedro I de Castilla, que cuando va á visitar en su cueva de nigromántico al embajador del rey moro de Granada que conspira contra él, dice á sus ballesteros:

—Aquí, lebreles, y alerta,
y á mi primera señal
le echáis al cuello un dogal
y le ahorcáis de esa puerta.
—Ved qué es ese hombre, señor,
embajador de Granada.
—¿No acuso, pues, la embajada,
si cuelgo al embajador?

Zorrilla dialogaba siempre con esta naturalidad admirable.

Cuando había escrito una cosa en verso, parecía imposible decirla en prosa con mayor sencillez ni con más concisión.

El padre de don Juan Tenorio entra en la hostería, donde sabe que su hijo está citado, para relatar sus aventuras, en cumplimiento de la apuesta hecha con Mejía, y la escena comienza de este modo:

—¿La hostería del Laurel?
—En ella estáis, caballero.
—¿Está en casa el hostelero?
—Estáis hablando con él.

Es imposible decirlo mejor. Renuncio á seguir copiando, porque para dar idea de todas sus bellezas sería necesario traer á estas columnas la escena entera, y no es ese mi propósito.

Con el título de *Recuerdos del tiempo viejo* escribió para *El Imparcial* larga serie de artículos que vienen á ser una especie de autobiografía, en que el poeta da cuenta, no sólo de los hechos que constituyen su vida privada, sino, lo que es más interesante, de su historia literaria.

Allí puede enterarse el lector de que Zorrilla nació en Valladolid en Febrero de 1817, siendo hijo de un alto funcionario de la magistratura; estudió en Madrid en el Seminario de Nobles, y pasó á Toledo para seguir la carrera de Derecho. Fugóse de Toledo, emancipóse de la autoridad paterna, y á los veinte años se dió á conocer como poeta genial y de altos vuelos, leyendo en el cementerio, con motivo del entierro de Larra, una poesía que desde luego le señaló á los ojos de los inteligentes como hijo predilecto de las Musas. La publicación de algunas de sus leyendas demostró que no eran infundadas las esperanzas que había hecho concebir desde el momento de su aparición en el mundo literario, y las muchas obras dramáticas que dió á la escena acabaron de consolidar su fama y popularizar su nombre. Inquieto y aventurero por naturaleza, siempre en guerra con los editores y ávido de toda clase de emociones, marchó á París, donde vivió algún tiempo, componiendo y publicando su poema *Granada*. Embarcóse después para América, sentando sus reales en Méjico, donde encontró la más cariñosa acogida. El infortunado emperador Maximiliano le nombró su lector y le otorgó su amistad, honor que el poeta supo pagar con adhesión que ni la muerte ni los años han quebrantado, y después que su imperial amigo regó con su sangre el suelo de Querétaro, Zorrilla se fijó definitivamente en España, donde la Academia lo admitió en su seno y la ciudad de Granada le coronó en vida, proporcionándole la dicha de poder asistir á su propia apoteosis celebrada con pompa verdaderamente regia.

Dice el erudito padre Blanco García, que tan eminentes servicios ha prestado á nuestras letras con la publicación de sus profundos estudios críticos, que Zorrilla no era un grande lírico, porque lo que más atrae en sus composiciones no es la intimidad del pensamiento, sino

la magnificencia de las descripciones, cuando el poeta *«se sale de sí mismo, para responder á los rumores externos que le fascinan,»* y añade:

«Cuando verdaderamente adivinó su vocación fué en la primera leyenda, preludio de tantas otras, siempre admirables y nunca imitadas; tal es asimismo el secreto de su inmensa y omnimoda popularidad, privilegio reservado entre los artistas á solos los que, constituyéndose en eco animado de una nación ó de una raza, saben perpetuar en los bronce del imperecedero canto la imagen viva y elocuente de la tradición. La historia de España, pero esa historia que no se aprende en los descarnados cricones ni en los archivos; historia íntima y palpitante escrita en el polvo y las ruinas de los vetustos monumentos, fué el venero inexhausto de donde tomó Zorrilla las pinturas que immortalizan su numen legendario. Viajero incansable por los espacios ideales, con la mente abstraída de la sociedad actual y el corazón puesto en la que le hacían columbrar sus ensueños, habla al escéptico indiferentismo con la fervorosa credulidad de otros días, y reproduce en su arpa de trovador las aéreas y lejanas notas que de ellos ha recogido.

»No será imposible que, pasados algunos siglos, si por ventura llegaran á perderse ó confundirse los datos biográficos, venga Zorrilla á ser enumerado entre los personajes míticos ó fabulosos, hijos de la fantasía popular, como sucedió con Valmiki y Homero. Sus leyendas son algo así como los poemas indianos ó el Romancero español; narración de proezas privativas de un gran pueblo, conjunto de rasgos fisionómicos é inconfundibles, epopeya fragmentaria sin otra unidad que la del principio y generador de las partes. Al anacrónico endiosamiento de los héroes griegos y romanos, de Horacio Cocles y Atilio Régulo, de Bruto y de Catón, sustituye Zorrilla las virtudes cristianas y el valor indomable de los hombres nacidos en una edad injustamente llamada de barbarie, y en la que ni estaba absorbido, como en la antigua, el individuo por el Estado, ni los corazones grandes necesitaron para adquirir ese nombre apelar al arma suicida. Crímenes, errores, ignorancias y torpes leyes hallaban entonces el contrapeso de unas creencias purísimas y universalmente respetadas, de altos y esplendorosos ideales que todo lo dignifican y transforman.

»Desde Rodrigo hasta Isabel, desde la fatídica rota del Guadalete hasta la rendición gloriosa de Granada, el genio creador de Zorrilla ha sabido desenvolver un ciclo poético, quizás con el fin único de entretener ocios y dar pasto á las fantasías meridionales, pero formando en realidad algo superior y que no morirá mientras exista y pueda entenderlo la raza española. Los encantos de la religión y las increíbles hazañas de los paladines, los despedazados residuos de la abadía y del alcázar fronterizo, los cantos del trovador errante y la salmodia de los monjes solitarios, ajimeces y celosías, calados y rosetones góticos, esos son los atractivos que mueven el corazón y la pluma de Zorrilla para ofrecerlos á nuestros ojos con el poder irresistible de la realidad embellecida por el arte.

»Rompiendo de frente con la doble y funesta tradición de Boileau y Vasari, se extasiaba al contemplar las poéticas memorias y los prodigios arquitectónicos de la Edad Media; y comunicando el aliento de vida á las fantásticas narraciones del santoral monástico y de las leyendas regionales, hizo de las suyas un conjunto variado y hermosísimo sobre toda ponderación.»

Es difícil decir nada más completo y sobre todo decirlo mejor.

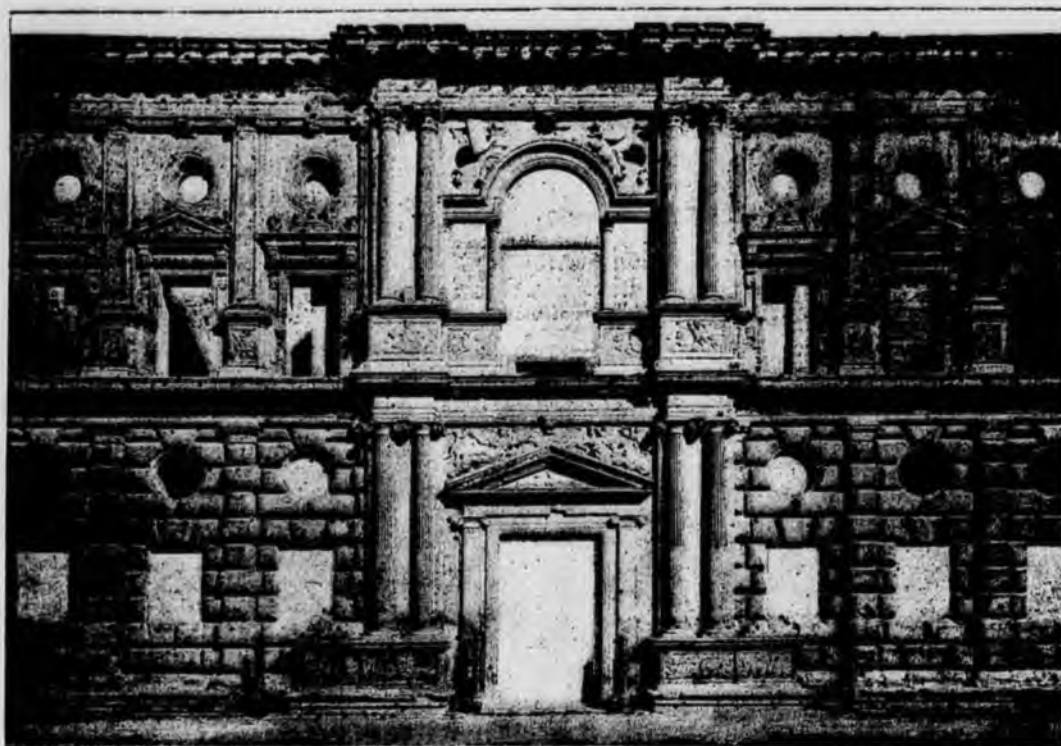
Zorrilla no era ni quería ser trascendental á la manera moderna.

Cantaba porque sentía la necesidad de cantar, y su canto brotaba espontáneo de su fantasía como el gorjeo sale de la garganta del ave, como el agua surge cristalina y pura del manantial, sin esfuerzo y sin objeto determinado. Otros componen artículos de fondo, en versos más correctos y mejor contruidos que los suyos, pero ninguno tiene el secreto de apoderarse de nosotros con encanto irresistible y evocar las ruinas del pasado y poblarlas de sombras que á

su vez toman cuerpo, y adormecernos en éxtasis delicioso con la magia imponderable de sus melodías.

Pequeño, enjuto, nervioso y vivaracho, de poblado bigote y luenga perilla, que los años habían blanqueado, parecía un coronel retirado. Si en lugar de verle vestido con la prosaica levita ó el desairado frac, le imagináramos con la ropilla acuchillada y el chambergo sobre la frente, pudiéramos tomarle por la encarnación de cualquiera de los héroes de sus leyendas inmortales.

Era un lector inimitable. Tenía voz sonora y á la vez dulcísima, capaz de todas las inflexiones. No declamaba, leía, pero leía en cierto modo cantando, con una música especial suya,



FACHADA DEL PALACIO DE CARLOS V EN GRANADA

que daba más valor á los versos. En prosa no le oí leer nunca, é ignoro, por lo tanto, si había llegado á vencer ésta, que es la gran dificultad de los lectores.

El pobre bardo, en lucha siempre con las impurezas de la realidad, vióse obligado en varias ocasiones á presentarse en los teatros para dar lecturas públicas por un salario mezquino. Hasta, contratado por un empresario, recorrió algunas provincias con este objeto, y mientras duraba la excursión, no tenía derecho de leer en ninguna parte sin permiso del especulador que le había contratado. Más afortunados los antiguos trovadores, corrían de castillo en castillo, pagando con sus trovas la hospitalidad que recibían, pero al menos cantaban donde les parecía conveniente.

Como autor dramático compuso muchas obras, entre las cuales no es posible dejar de citar con encomio *El puñal del godo* (escrita en una noche); *El zapatero y el rey*, una de las más populares; *Sancho García*, la hermosa leyenda trágica; *Traidor, inconfeso y mártir*, la más

perfecta si no la más inspirada de todas, y el famoso *Don Juan Tenorio*, «ese rey de la escena,» como dice el P. Blanco.

Elegido individuo de número de la Real Academia Española, rompió con la antigua costumbre de leer en el acto de su admisión un discurso en prosa, y compuso el suyo en verso. Hizo perfectamente, porque él no sabía escribir en prosa. Los *Recuerdos del tiempo viejo*, lejos de desmentir esta afirmación, la confirman.

Un distinguido escritor catalán y colaborador de LA ILUSTRACIÓN MODERNA, el señor don Teodoro Baró, tuvo la satisfacción de defender en el Congreso una proposición de ley para que se le concediera la pensión que ha hecho menos angustiosos los últimos años del poeta. ¡Bien



HOMENAJE AL POETA JOSÉ ZORRILLA, CON MOTIVO DE SU SOLEMNE CORONACIÓN
EN LA CIUDAD DE GRANADA

merece el que tanta gloria ha dado á España, que la patria agradecida le diese un pedazo de pan en los días de su vejez!

Y aquí podría terminar este trabajo, si no creyese de gran interés añadir algo que se refiere á las creencias religiosas de Zorrilla.

El poeta vallisoletano ha fallecido sin recibir los últimos auxilios espirituales. Pero esta omisión lamentable, no se le puede imputar á él, que los pidió con tiempo, ni siquiera á la que fué su esposa, que, postrada hace muchos meses por la enfermedad que padece y agobiada por la tribulación de aquellos momentos, pudo muy bien creer que la cosa daba más espera. Es tan fácil discurrir con el deseo, que la muerte de los seres queridos nos sorprende siempre. Otros, acaso, entre los que rodeaban al poeta, debieron ser más previsores. Es triste que no lo fueran.

En cuanto á él, tres días antes reclamó la presencia del confesor, el cual, ausente de

TOMO II.—34.

Madrid, no pudo acudir al lado del enfermo. Cuando ya en el trance supremo se llamó á otro sacerdote, era tarde.

Pero Zorrilla, el cantor de las tradiciones españolas, era profundamente religioso, profundamente *cristiano* y profundamente CATÓLICO. Toda su obra poética está impregnada de estos sentimientos, sin lo cual no tendría el carácter de españolismo que la distingue y avalora.

Creo que importa, después de la omisión lamentable de que he hablado, dejar esto bien sentado, y espero hacerlo con palabras del mismo poeta, que no dejan lugar á duda.

Escribe en París el poema *Granada*, y comienza con esta introducción, que con verdadero placer copio:

¡Cristiana inspiración, hija del cielo,
que diste ser á mi canción primera,
de mi existencia en el placer y el duelo
guía siempre leal y compañera!
Tú, que al vestirme mi mortuorio velo,
dirás conmigo mi oración postrera,
tú, que abrirás con el sepulcro al alma
de la tranquila eternidad la calma;

Tú, que al soplo de un aura perfumada,
con mi espíritu errante has recorrido
los desiertos del África abrasada,
pensil de palmas, de serpientes nido;
y los cármes frescos de Granada,
edén para los árabes perdido;
y los talleres de Albión oscura;
y de París la bacanal impura;

Tú, que perenne, con materna mano
conservaste en mi alma por doquiera
de la Esperanza el incorrupto arcano
y de la Fe la inextinguible hoguera;
tú, que al cruzar el arenal mundano
has templado mi sed rabiosa y fiera
aplicando á mis labios la ambrosía
del cáliz de la dulce poesía;

No me abandones hoy que necesito
purificar y esclarecer mi idea
al fuego santo del fanal bendito
do inflamó Dios su inextinguible tea;
hoy que anhelo una voz de eco infinito,
que más que de mortal robusta sea,
para enviar á la tierra en que ví el día
en alas de un cantar el alma mía.

Inspiración católica, más fuerte
que los tres elementos destructores
de la envidia, del tiempo y de la muerte,
ciñe mi sien y mi laúd de flores:
mágico encanto en mis palabras vierte
y, en brazos de los vientos voladores
del turbio Sena al pobre Manzanares
lleva mi corazón en mis cantares.

Vuela y á España dí que todavía
sin ira y sin pavor mi voz resuena
sobre el festín de la centuria impía
que á sus míseros hijos envenena
brindándole las copas de su orgía
que la revolución con sangre llena:
dila que hasta que expire en mi garganta
celebraré su gloria y su fe santa.»

Esto me parece que no puede ser más terminante. El poeta, no sólo invoca la inspiración cristiana, sino la católica. Prosigue el poema, y en la leyenda de Alhama el Nazarita canta á Dios en octavas tan hermosas como esta:

EL los errantes astros encamina;
 EL azul la atmósfera serena;
 EL crea y EL destruye; alza y arruina;
 EL, infalible juez, salva y condena,
 EL solo ni envejece ni declina,
 su nombre sólo los espacios llena,
 el orbe encima de su palma cabe,
 sólo EL no yerra nunca, sólo EL sabe.

Los críticos descontentadizos han censurado el penúltimo verso diciendo que Dios no tiene manos, pero aparte de que como figura poética podría defenderse, yo no hago en este momento crítica literaria. Mi propósito es demostrar la religiosidad del poeta, y nadie podrá negar que ese *juez infalible que salva y condena*, es no sólo el Dios de los cristianos, sino el Dios de los católicos.

Si fuera posible abrigar alguna duda sobre su perseverancia en las hermosas y arraigadas creencias de toda su vida, quedaría desvanecida con sólo fijar la vista en *El Liberal* del día primero de este año. Invitado Zorrilla á dar una composición para este número extraordinario, escribe los siguientes versos, como si quisiera demostrar, que si ya no era el gran poeta de otros tiempos, seguía siendo el fervoroso creyente de toda su vida:

«Cuando me falte tierra donde fijar mi planta,
 cuando me falte cielo donde tomar la luz,
 tras tanta gloria efímera, tras experiencia tanta,
 ni en la alma ha de faltarme de Cristo la fe santa,
 ni fosa en que me entierren á sombra de una cruz.»

Parece que ya sentía los pasos de la muerte y se disponía á recibirla, haciendo pública y consoladora profesión de fe.

Veintitrés días después de la publicación de estos versos dejaba de existir.

Podrá el poeta, que al fin no era un teólogo ni un Padre de la Iglesia, haber tenido la desgracia de que se escape de su pluma algún pensamiento digno de censura, pero puede asegurarse que esto se debe á un arrebató de su fantasía, á un error de su inteligencia, á cualquier cosa, menos á falta de fe.

Y que la suya no era una vestidura convencional, con que se engalanaba para pulsar la lira, lo demuestra su correspondencia íntima y privada en que no tenía necesidad de presentarse sino como era realmente.

En Mayo del año pasado escribía al marqués de Valmar, su amigo y condiscípulo del Seminario de Nobles, hablando de la enfermedad de su esposa, y en esta carta se encuentra una prueba concluyente de que no sólo *creía*, sino también *practicaba*. Dice así el primer párrafo:

«Mi querido amigo: la situación es la misma. La dificultad de dar á Juana el Viático, sin que se apercibiera de su gravedad, se obvió muy sencillamente. Nuestro confesor, el canónigo Panadés, vino de Alcalá el 27, avisándonos antes por telégrafo que permanecería con nosotros el 27 y el 28. A ese anuncio, ella misma me dijo: «y puesto que en Pascua no hemos cumplido con la Iglesia este año, sería bueno aprovechar esta venida de Panadés.» Y como ya estaba yo convenido con él, y como Juana no puede ya salir de casa por la hinchazón de las piernas, el canónigo nos confesó por la noche con toda tranquilidad, y á la mañana siguiente nos trajo el Viático de la parroquia de San José, y sólo los vecinos del segundo se enteraron del caso, por haber encontrado en la escalera al padre Panadés con las vestiduras sacerdotales, y al sacristán con el farol.»

Es grato publicar estas cosas, para hacer patente que las creencias y las prácticas religiosas no son, como piensan algunos desdichados, patrimonio de gentes sencillas, ignorantes y oscuras, sino que sirven también para dar inmarcesible brillo á las coronas que el genio ciñe á su frente laureada.

En otra carta escrita al mismo personaje, después de lamentar sus desgracias, que atribuye á castigo de Dios, por los disgustos que en su juventud dió á sus padres, habla largamente de los padecimientos de su esposa, y añade:

«Si ella me llegara á faltar, no necesitaría de nadie; y con lo que cobro me bastará para solventar poco á poco mis deudas, y morir yo en paz con Dios, aunque el mundo no comprenda nunca el cómo y el por qué. Tengo un grande afán por concluir mi vida en la oscuridad, donde la luz de mi miserable gloria no llegue, y donde *no arrastren mi cadáver por las calles, dando el último escándalo de un entierro pagano; en que las cómicas me echen las últimas flores, como á Voltaire ó á un histrión griego.*»

He copiado este párrafo, porque los académicos que dispusieron su entierro, arrojando las censuras, que no les ha escaseado una parte de la prensa, acordaron que el cadáver no pasara por delante de los teatros, para sustraerlo á las manifestaciones de rúbrica.

No tenían entonces conocimiento de esta carta, pero cuando la hayan leído, habrán tenido la satisfacción de ver que al tomar ese acuerdo, propio de su piedad acendrada, cumplían la postrera voluntad del difunto.

Estuvieron, pues, bajo todos conceptos verdaderamente inspirados el ilustre Padre Fidel Fita, el insigne autor dramático don Manuel Tamayo y Baus y el distinguido hombre público don Antonio María Fabié, que son los que en nombre de la Real Academia Española ordenaron todo lo necesario para rendir el último tributo al inmortal poeta.

EDUARDO ZAMORA CABALLERO.



A BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO ⁽¹⁾

TRADICIÓN DE TOLEDO

ENTRE pardos nubarrones
pasando la blanca luna,
con resplandor fugitivo,
la baja tierra no alumbra.
La brisa con frescas alas
juguetona no murmura,
y las veletas no giran
entre la cruz y la cúpula.
Tal vez un pálido rayo
la opaca atmósfera cruza,
y unas en otras las sombras
confundidas se dibujan.
Las almenas de las torres
un momento se columbran,
como lanzas de soldados
apostados en la altura.
Reverberan los cristales
la trémula llama turbia,
y un instante entre las rocas
riela la fuente oculta.
Los álamos de la vega
parecen en la espesura

de fantasmas apiñados
medrosa y gigante turba;
y alguna vez desprendida
gotea pesada lluvia,
que no despierta á quien duerme,
ni á quien medita importuna.

Yace Toledo en el sueño
entre la sombra confusa,
y el Tajo á sus pies pasando
con pardas ondas la arrulla.
El monótono murmullo
sonar perdido se escucha,
cual si por las hondas calles
hirviera del mar la espuma.
¡Qué dulce es dormir en calma
cuando á lo lejos susurran
los álamos que se mecen,
las aguas que se derrumban!
Se sueñan bellos fantasmas
que el sueño del triste endulzan,
y en tanto que sueña el triste,
no le aqueja su amargura.

(1) Esta leyenda forma parte de la edición de las obras de don José Zorrilla, hecha en París por el editor Baudry, hoy Mesnil Dramard et C.^{ie}, rue Jacob, 45. — 8 vol. 8.º, 30 francos. — Cada tomo separadamente 10 francos.

Tan en calma y tan sombría
como la noche que enluta
la esquina en que desemboca
una callejuela oculta,
se ve de un hombre que aguarda
la vigilante figura,
y tan á la sombra vela
que entre la sombra se ofusca.
Frente por frente á sus ojos
un balcón á poca altura
deja escapar por los vidrios
la luz que dentro le alumbra;
mas ni en el claro aposento,
ni en la callejuela oscura
el silencio de la noche
rumor sospechoso turba.
Pasó así tan largo tiempo,
que pudiera haberse duda
de si es hombre, ó solamente
mentida ilusión nocturna;
pero es hombre, y bien se ve,
porque con planta segura
ganando el centro á la calle
resuelto y audaz pregunta:
—¿Quién va?— y á corta distancia
el compás igual se escucha
de un caballo que sacude
las sonoras herraduras.
—¿Quién va? repite, y cercana
otra voz menos robusta
responde: — Un hidalgo: ¡calle!

Y el paso el bruto apresura.
—Téngase el hidalgo, el hombre
replica, y la espada empuña.
—Ved más bien si me haréis calle,
repusieron con mesura,
que hasta hoy á nadie se tuvo
Ibán de Vargas y Acuña.
—Pase el Acuña y perdone,—
dijo el mozo en faz de fuga,
pues teniéndose el embozo
sopla un silbato y se oculta.
Paró el jinete á una puerta,
y con precaución difusa
salió una niña al balcón
que llama interior alumbra.
—¡Mi padre! — clamó en voz baja;
y el viejo en la cerradura
metió la llave pidiendo
á sus gentes que le acudan.
Un negro por ambas bridas
tomó la cabalgadura,
cerróse detrás la puerta
y quedó la calle muda.
En esto desde el balcón,
como quien tal acostumbra,
un mancebo por las rejas
de la calle se asegura.
Asió el brazo al que apostado
hizo cara á Ibán de Acuña,
y huyeron en el embozo
velando la catadura.

II

Clara, apacible y serena
pasa la siguiente tarde,
y el sol tocando su ocaso
apaga su luz gigante:
se ve la imperial Toledo
dorada por los remates,
como una ciudad de grana
coronada de cristales.
El Tajo por entre rocas
sus anchos cimientos lame,
dibujando en las arenas
las ondas con que las bate.
Y la ciudad se retrata
en las ondas desiguales,
como en prendas de que el río
tan afanoso la bañe.
A lo lejos en la vega
tiende galán por sus márgenes,
de sus álamos y huertos
el pintoresco ropaje,
y porque su altiva gala
más á los ojos halague,
la salpica con escombros
de castillos y de alcázares.
Un recuerdo es cada piedra
que toda una historia vale,
cada colina un secreto
de príncipes ó galanes.
Aquí se bañó la hermosa
por quien dejó un rey culpable
amor, fama, reino y vida,

en manos de musulmanes.
Allí recibió Galiana
á su receloso amante,
en esa cuesta que entonces
era un plantel de azahares.
Allá por aquella torre
que hicieron puerta los árabes,
subió el Cid sobre Babieca
con su gente y su estandarte.
Más lejos se ve al castillo
de San Servando ó Cervantes,
donde nada se hizo nunca
y nada al presente se hace.
A este lado está la almena
por do sacó vigilante
el conde don Peranzules
al rey, que supo una tarde
fingir tan tenaz modorra,
que, político y constante,
tuvo siempre el brazo quedo
las palmas al horadarle.
Allí está el circo romano,
gran cifra de un pueblo grande,
y aquí la antigua Basilica
de bizantinos pilares,
que oyó en el primer concilio
las palabras de los padres,
que velaron por la Iglesia
perseguida ó vacilante.

La sombra en este momento
tiende sus turbios cendales

por todas esas memorias
de las pasadas edades,
y del Cambrón y Visagra
los caminos desiguales,
camino á los toledanos
hacia las murallas abren.
Los labradores se acercan
al fuego de sus hogares,
cargados con sus aperos,
cansados de sus afanes.
Los ricos y sedentarios
se tornan con paso grave
calado el ancho sombrero,
abrochados los gabanes;
y los clérigos y monjes
y los prelados y abades

sacudiendo el leve polvo
de capelos y suyaes.
Quédase solo un mancebo
de impetuosos ademanes
que se pasea ocultando
entre la capa el semblante.
Los que pasan le contemplan
con decisión de evitarle,
y él contempla á los que pasan
como si á alguno aguardase.
Los tímidos aceleran,
los pasos al divisarle,
cual temiendo de seguro
que les proponga un combate;
y los valientes le miran
cual si sintieran dejarle,



sin que libres sus estoques
en riña sonora dancen.

Una mujer también sola
se viene el llano adelante
la luz del rostro escondida
en tocas y tafetanes.
Mas en lo leve del paso,
y en lo flexible del talle,
puede á través de los velos
una hermosa adivinarse.
Vase derecha al que aguarda,
y él al encuentro la sale
diciendo... cuanto se dicen
en las citas los amantes.
Mas ella galanterías
dejando severa aparte,
así al mancebo interrumpe
En voz decisiva y grave:

—Abreviemos de razones,
Diego Martínez; mi padre,
que entró un hombre en mi aposento
durante su ausencia sabe:
y así quien mancha mi honra
con la suya me la lave;
ó dadme mano de esposo,
ó libre de vos dejadme.

Miróla Diego Martínez
atentamente un instante,
y echando á un lado el embozo,
repuso palabras tales:
—Dentro de un mes, Inés mía,
parto á la guerra de Flandes;
al año estaré de vuelta
y contigo en los altares.
Honra que yo te desluzca
con honra mía se lave,

que por honra vuelven honra
 hidalgos que en honra nacen.
 —¡Júralo! exclamó la niña.
 —Más que mi palabra vale
 no te valdrá un juramento.
 —Diego, la palabra es aire.
 —¡Vive Dios, que estás tenaz!
 dalo por jurado y baste.
 —No me basta, que olvidar
 puedes la palabra en Flandes.
 —¡Voto á Dios! ¿qué más pretendes?
 —Que á los pies de aquella imagen
 lo jures como cristiano
 del santo Cristo delante.

Vaciló un punto Martínez,
 mas porfiando que jtrase,
 llevóle Inés hacia el templo
 que en medio la vega yace.

Enclavado en un madero
 en duro y postrero trance,
 ceñida la sien de espinas,
 descolorido el semblante,
 viase allí un crucifijo
 teñido de negra sangre
 á quien Toledo devota
 acude hoy en sus azares.
 Ante sus plantas divinas
 llegaron ambos amantes,
 y haciendo Inés que Martínez
 los sagrados pies tocase,
 preguntóle:

—Diego, ¿juras
 á tu vuelta desposarme? —
 Contestó el mozo:

—¡Sí juro! —
 Y ambos del templo se salen.



III

Pasó un día y otro día,
 un mes y otro mes pasó,
 y un año pasado había,
 mas de Flandes no volvía
 Diego, que á Flandes partió.

Lloraba la bella Inés
 su vuelta aguardando en vano,
 oraba un mes y otro mes
 del crucifijo á los pies
 do puso el galán su mano.

Todas las tardes venía
 después de traspuesto el sol,
 y á Dios llorando pedía
 la vuelta del español,

y el español no volvía.

Y siempre al anochecer,
 sin dueña y sin escudero,
 en un manto una mujer
 el campo salía á ver
 al alto del *Miradero*.

¡Ay del triste que consume
 su existencia en esperar!
 ¡Ay del triste que presume
 que el duelo con que él se abrume
 al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos
 precioso y funesto don,
 pues los amantes desvelos

cambian la esperanza en celos
que abrazan el corazón.

Si es cierto lo que se espera,
es un consuelo en verdad;
pero siendo una quimera,
en tan frágil realidad
quien espera desespera.

Así Inés desesperaba
sin acabar de esperar,
y su tez se marchitaba
y su llanto se secaba
para volver á brotar.

En vano á su confesor
pidió remedio ó consejo
para aliviar su dolor,
que mal se cura el amor
con las palabras de un viejo.

En vano á Ibán acudía
llorosa y desconsolada;
el padre no respondía,
que la lengua le tenía
su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella,
callando el padre severo
y suspirando la bella,
porque nació mujer ella,
y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron
en esperar y gemir,
y las guerras acabaron,
y los de Flandes tornaron
á sus tierras á vivir.

Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,
y el tercer año corría;
Diego á Flandes se partió,
mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena,
dorbaba el sol de occidente
del Tajo la vega amena,
y apoyada en una almena
miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas
las riberas azotando
bajo las murallas solas,
musgo, espigas y amapolas
ligeramente doblando.

Algún olmo que escondido
creció entre la hierba blanda,
sobre las aguas tendido
se reflejaba perdido
en su cristalina banda.

Y algún ruiseñor coigado
entre su fresca espesura,
daba al aire embalsamado
su cántico regalado
desde la enramada oscura.

Y algún pez con cien colores
tornasolada la escama
saltaba á besar las flores
que exhalan gratos olores

á las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo
el torreón se dibuja,
como el contorno redondo
del hueco sombrío y hondo
que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba
el rigor de su fortuna,
y así la tarde pasaba
y al horizonte trepaba
la consoladora luna.

A lo lejos por el llano
en confuso remolino,
vió de hombres tropel lejano
que en pardo polvo liviano
dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,
y llegando recelosa
á las puertas del Cambrón,
sintió latir zozobrosa
más inquieto el corazón.

Tan galán como altanero,
dejó ver la escasa luz,
por bajo el arco primero
un hidalgo caballero
en un caballo andaluz.

Jubón negro acuchillado,
banda azul, lazo en la hombrera,
y sin pluma al diestro lado
el sombrero derribado
tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,
bota de ante, espuela de oro,
hierro al cinto suspendido
y á una cadena prendido
agudo cuchillo moro.

Vienen tras este jinete
sobre potros jerezanos
de lanceros hasta siete,
y en adarga y coselete
diez peones castellanos.

Asióse á su estribo Inés
gritando:—¡Diego, eres tú!—
Y él viéndola de través
dijo:—¡Voto á Belcebú,
que no me acuerdo quién es!—

Dió la triste un alarido,
tal respuesta al escuchar,
y á poco perdió el sentido,
sin que más voz ni gemido
volviera en tierra á exhalar.

Frunciendo ambas á dos cejas
encomendóla á su gente,
diciendo:—¡Malditas viejas!
que á las mozas malamente
enloquecen con consejas!—

Y aplicando el capitán
á su potro las espuelas,
el rostro á Toledo dan,
y á trote cruzando van
las oscuras callejuelas.



IV

Así por sus altos fines
dispone y permite el cielo
que puedan mudar al hombre
fortuna, poder y tiempo.
A Flandes partió Martínez
de soldado aventurero,
y por su suerte y hazañas
allí capitán le hicieron.
Según alzaba en honores
alzábase en pensamientos,
y tanto ayudó en la guerra
con su valor y altos hechos,
que el mismo rey á su vuelta
le armó en Madrid caballero,
tomándole á su servicio
por capitán de lanceros.
Y otro no fué que Martínez
quien há poco entró en Toledo
tan orgulloso y ufano
cual salió humilde y pequeño.
Ni es otro á quien se dirige,
cobrado el conocimiento,
la amorosa Inés de Vargas,
que vive por él muriendo.
Mas él, que olvidando todo
olvidó su nombre mesmo,
puesto que Diego Martínez
es el capitán don Diego,
ni se ablanda á sus caricias
ni cura de sus lamentos;
diciendo que son locuras
de gentes de poco seso,
que ni él prometió casarse

ni pensó jamás en ello.
¡Tanto mudan á los hombres
fortuna, poder y tiempo!
En vano porfiaba Inés
con amenazas y ruegos;
cuanto más ella importuna
está Martínez severo.
Abrazada á sus rodillas
enmarañado el cabello,
la hermosa niña lloraba
prosternada por el suelo.
Mas todo empeño es inútil,
porque el capitán don Diego
no ha de ser Diego Martínez
como lo era en otro tiempo.
Conque llamando á su gente,
de amor y piedad ajeno,
mandóla que á Inés llevaran
de grado ó de valimiento.
Mas ella antes que la asieran
cesando un punto en su duelo,
así habló, el rostro lloroso
hacia Martínez volviendo:
—Contigo se fué mi honra,
guardé yo tu juramento;
pues buenas prendas son ambas,
en buen fiel las pesaremos.

Y la faz descolorida
en la mantilla envolviendo,
á pasos desatentados
salióse del aposento.



V

Era entonces de Toledo
por el rey gobernador
el justiciero y valiente
don Pedro Ruiz de Alarcón.
Muchos años por su patria
el buen viejo peleó;
cercenado tiene un brazo,
mas entero el corazón.
La mesa tiene delante,
los jueces en derredor,
los corchetes á la puerta
y en la derecha el bastón.
Está como presidente
del tribunal superior
entre un dosel y una alfombra
reclinado en un sillón
escuchando con paciencia
la casi asmática voz
con que un téntrico escribano
solfea una apelación.
Los asistentes bostezan
al murmullo arrullador,
los jueces medio dormidos
hacen pliegues al ropón,
los escribanos repasan
sus pergaminos al sol.
Los corchetes á una moza
guiñan en un corredor,
y abajo en Zocodover
gritan en discorde son
los que en el mercado venden
lo vendido y el valor.

Una mujer en tal punto

en faz de grande aflicción,
rojos de llorar los ojos,
ronca de gemir la voz,
suelto el cabello y el manto,
tomó plaza en el salón,
diciendo á gritos: — ¡Justicia,
jueces, justicia, señor!
Y á los pies se arroja humilde
de don Pedro de Alarcón,
en tanto que los curiosos
se agrupan alrededor.
Alzóla cortés don Pedro,
calmando la confusión
y el tumultuoso murmullo
que esta escena ocasionó,
diciendo:

—Mujer, ¿qué quieres?
—Quiero justicia, señor.
—¿De qué?
—De una prenda hurtada.
—¿Qué prenda?
—Mi corazón.
—¿Tú le diste?
—Le presté.
—¿Y no te le han vuelto?
—No.
—¿Tienes testigos?
—Ninguno.
—¿Y promesa?
—Sí, ¡por Dios!
que al partirse de Toledo
un juramento empuñó.
—¿Quién es él?

—Diego Martínez.
—¿Noble?

—Y capitán, señor.
—Presentadme al capitán,
que él cumplirá si juró.

Quedó en silencio la sala,
y á poco en el corredor
se oyó de botas y espuelas
el acompasado son.
Un portero levantando
el tapiz en alta voz,
dijo:—El capitán don Diego.—
Y entró luego en el salón
Diego Martínez, los ojos
llenos de orgullo y furor.
—¿Sois el capitán don Diego,
díjole don Pedro, vos?—
Contestó altivo y sereno
Diego Martínez:

—Yo soy.
—¿Conocéis á esta muchacha?
—Há tres años, salvo error.—
—¿Hicisteis la juramento
de ser su marido?

—No.
—¿Juráis no haberlo jurado?
—Sí juro.

—Pues id con Dios.
—¡Miente! exclamó Inés llorando
de despecho y de rubor.
—¡Mujer, piensa lo que dices!...
—Digo que miente, juró.
—¿Tienes testigos?

—Ninguno.
—Capitán, idos con Dios,
y dispensad que acusado
dudara de vuestro honor.—

Tornó Martínez la espalda
con brusca satisfacción,
é Inés, que le vió partirse,
resuelta y firme gritó:

—Llamadle, tengo un testigo.
¡Llamadle otra vez, señor!—

Volvió el capitán don Diego,
sentóse Ruiz de Alarcón,
la multitud aquietóse
y la de Vargas siguió:
—Tengo un testigo á quien nunca
faltó verdad ni razón.
—¿Quién?

—Un hombre que de lejos
nuestras palabras oyó
mirándonos desde arriba.

—¿Estaba en algún balcón?
—No, que estaba en un suplicio
donde há tiempo que espiró.
—¿Luego es muerto?

—No, que vive.
—Estáis loca, ¡vive Dios!
¿Quién fué?

—El Cristo de la Vega
á cuya faz perjuró.—

Pusiéronse en pie los jueces
al nombre del Redentor,
escuchando con asombro
tan excelsa apelación.
Reinó un profundo silencio
de sorpresa y de pavor,
y Diego bajó los ojos
de vergüenza y confusión.
Un instante con los jueces
don Pedro en secreto habló,
y levantóse diciendo
con respetuosa voz:

—La ley es ley para todos;
tu testigo es el mejor,
mas para tales testigos
no hay más tribunal que Dios.
Haremos... lo que sepamos;
escribano, al caer el sol
al Cristo que está en la vega
tomaréis declaración.

VI

Es una tarde serena
cuya luz tornasolada
del purpurino horizonte
blandamente se derrama.
Plácido aroma las flores
sus hojas plegando exhalan,
y el céfiro entre perfumes
mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
con suave rumor las aguas,
y las aves en la orilla
despidiendo al día cantan.

Allá por el *Miradero*
por el Cambrón y Visagra
confuso tropel de gente
del Tajo á la vega baja.
Vienen delante don Pedro
de Alarcón, Ibán de Vargas,

su hija Inés, los escribanos,
los corchetes y los guardias;
y detrás monjes, hidalgos,
mozas, chicos y canalla,
otra turba de curiosos
en la vega les aguarda,
cada cual comentariando
el caso según le cuadra.
Entre ellos está Martínez
en apostura bizarra,
calzadas espuelas de oro,
valona de encaje blanca,
bigote á la borgoñona,
melena desmelenada,
el sombrero guarnecido
con cuatro lazos de plata,
un pie delante del otro,
y el puño en el de la espada.

Los plebeyos de reojo
le miran de entre las capas,
los chicos al uniforme
y las mozas á la cara.
Llegado el gobernador
y gente que le acompaña,
entraron todos al claustro
que iglesia y patio separa.
Encendieron ante el Cristo
cuatro cirios y una lámpara,
y de hinojos un momento
le rezaron en voz baja.

Está el Cristo de la Vega
la cruz en tierra posada,
los pies alzados del suelo
poco menos de una vara.
Hacia la severa imagen
un notario se adelanta,
de modo que con el rostro
al pecho santo llegaba.
A un lado tiene Martínez,
á otro lado á Inés de Vargas,
detrás al gobernador

con sus jueces y sus guardias.
Después de leer dos veces
la acusación entablada,
el notario á Jesucristo
así demandó en voz alta:
—«Jesús, hijo de María,
ante nos esta mañana
citado como testigo
por boca de Inés de Vargas,
¡juráis ser cierto que un día
á vuestras divinas plantas
juró á Inés Diego Martínez
por su mujer desposarla?»—

Asida á un brazo desnudo
una mano atarazada
vino á posar en los autos
la seca y hendida palma,
y allá en los aires—¡Si juro!—
clamó una voz más que humana.
Alzó la turba medrosa
la vista á la imagen santa...
los labios tenía abiertos,
y una mano desclavada.



CONCLUSIÓN

Las vanidades del mundo
renunció allí mismo Inés,
y espantado de sí propio
Diego Martínez también.
Los escribanos temblando
dieron de esta escena fe,
firmando como testigos
cuantos hubieron poder.

Fundóse un aniversario
y una capilla con él,
y don Pedro de Alarcón
el altar ordenó hacer,
donde hasta el tiempo que corre,
y en cada año una vez,
con la mano desclavada
el crucifijo se ve.

JOSÉ ZORRILLA.



HOMENAJE AL POETA JOSÉ ZORRILLA
CON MOTIVO DE SU SOLEMNE CORONACIÓN
EN LA CIUDAD DE GRANADA

Quiso la ciudad de Granada honrar en vida al insigne Zorrilla con una de las más elevadas manifestaciones de honor. Tal fué la ceremonia de coronarle, que sólo se había hecho en nuestra patria con don Manuel Josef Quintana. ¿Cómo había de olvidar aquella morisca ciudad, que el inspirado poeta le había elevado un monumento imperecedero en el poema oriental *Á Granada?* Caerán edificios monumentales, en polvo quedarán reducidas muchas estatuas, y aun las generaciones guardarán memoria del poema y recitarán los majestuosos versos de la introducción del *Libro de las Perlas*:

En el sagrado nombre del que en el orbe impera
Oculto del espacio tras la cortina azul,
Que arregla de los astros la incógnita carrera,
Señor de las tinieblas, origen de la luz,
Del LIBRO DE LAS PERLAS comienzo la escritura
En verso claro y fácil á comprensión común.
Leed y plegue el cielo que os sea su lectura
Raudal de fe sincera, venero de salud.

Verificóse la ceremonia de la coronación en el palacio llamado de Carlos V unido á la Alhambra, y formó parte de las fiestas un desfile, en el que figuraron los representantes de diversas ciudades, entre ellas Barcelona, de Universidades, Institutos y Escuelas, de Asociaciones

literarias y de otros distintos Centros que desearon asociarse á un acto de tanta significación para la literatura y la poesía de España. Este desfile, que fué suntuoso é imponente, reproduce el grabado que va en este número.

FACHADA DEL PALACIO DE CARLOS V
EN GRANADA

Damos en esta lámina la fachada del llamado Palacio del Emperador, en donde se celebró la coronación de Zorrilla en el año 1888. Tiene un gran patio de forma circular, con columnata dórica y es una obra soberbia, pero fría al lado del alcázar árabe, en cuyas ruinas, según fama, se levantó la nueva fábrica. Presenta la fachada la misma frialdad del interior, viéndose en ella la superposición de diversos órdenes arquitectónicos, conforme á las reglas de Vitruvio, que se imponían entonces á todas las inteligencias. « Enorme masa de piedra, distribuida no por la inteligencia, sino por el compás del geómetra, » llama á este palacio un distinguido historiador español que se ocupó en reseñar las bellezas de la historia y del arte en Granada. Con todo, el conjunto del palacio, de planta cuadrada, ofrece grandiosidad; hay riqueza en los magníficos mármoles empleados en el exterior y en el interior; se nota, por fin, el arte del Renacimiento, con sus elegancias y delicadezas, en bajos relieves y medallones esculpidos por artistas de privilegiado talento.

¡PASIÓN!

NOVELA ORIGINAL

DE

M. Martínez Barrionuevo

(CONTINUACIÓN)

XI

DE aquel asunto de las conspiraciones de los moros de que con tal extrañeza y miedo para las damas deslizó algunas frases don Fermín, no se habló una palabra más: aunque una y otra comprendieron que las conferencias de Zapata con Máinez y Carrillo y don Martín Pedrosa y los otros caballeros tendrían relación sin duda con las frases misteriosas de Santisteban, no atinaban con razones, ni supusieron que fuese cosa de peligro; además, les veían á todos risueños, despreocupados, indiferentes, y casi puede decirse que tomaron la cosa con indiferencia también, olvidándola en bastantes ocasiones. Don Martín volvió á la gracia de doña Leonor, como suponéis, causando al caballero mucho agrado el gran donaire con que le expuso la dama que creyó ya á don Fermín muerto, apenas salió de su cámara escoltado de esbirros.

—Y todo, añadió, por el miedo que de repente me pusisteis con vuestro misterioso poder.

Creedme, señor, os ví en aquel punto como un gran monstruo, devorando, no ya á mi sobrino, sino á toda la gente de mi casta. ¡Ah, señor, qué miedo tuve!

—¿Y os doy yo miedo, mi señora doña Leonor? preguntó don Martín lentamente.

Sin explicarse el motivo, sintiósele á la dama ahogar el corazón á esta pregunta, por la melancolla, por la triste resignación, por la fe dulce de un alma grande que creyó encontrar en ella.

—¡Ah, no! dijo con prontitud la dama; las mujeres somos veleidosas, y yo por eso en aquel instante pensé de vos aquello, aunque no lo sentía, como no lo siento ahora.

—¿Estáis segura de no equivocaros? insistió don Martín con aquel mismo tono que tanto impuso á la madre de doña Blanca. ¿No os parezco un monstruo?...

Iba á decir y «viejo» para terminar la pregunta, pero calló al acordarse de que doña Leonor tendría su misma edad.

Ella quedó un momento mirándole con malignidad hechicera, y á no ser por su mucho recato, hubiérale dicho lo que le surgió de pronto: de que le parecía don Martín el caballero más galán del mundo. Este instante de vacilación fué causa de que don Martín insistiese en su pregunta y ella entonces contestó muy resuelta:

—Á vos sólo os cambiaría por mi sobrino.

—¡Ah! contestó don Martín serenamente, aunque su sonrojo era manifiesto, ya sabía yo que las damas cordobesas tenían tanto donaire como hermosura; ya sabía yo también que eran satíricas hasta lo implacable. ¡Por Dios os pido, doña Leonor, que no probéis el filo de vuestras agudezas en mí!

—¡Cómo! contestó ella riéndose, tuve la valentía de haceros esa confesión, y me dais el pago de no creerme.

—Creyéndoos, mi señora, si que sería yo un monstruo.

—¿De maldad? ya lo sois.

—No, de soberbia.

—Me estáis enojando, señor mío; no creisteis lo que dije y me hacéis ofensa no creyendo en la rectitud de mis apreciaciones.

—Ved, contestó don Martín sonriendo afablemente, que eso es una fría lisonja á mí, y sobre todo, que es una dama la que adula á un caballero.

—No es lisonja, es justicia.

—Permitidme, es lisonja, y yo no la consiento jamás; si continuáis así, tendré que castigaros severamente.

—¡Á mí! ¡qué escándalo! ¿y cómo?

—Aunque sea metiendo otra vez en prisiones á vuestro sobrino.

—¡Ah, bueno! dijo ella prontamente con muy grande risa; ya dije que por vos solamente cambiaría á don Fermín; si os lo lleváis, me quedaré con vos en recompensa.

—¿Y me amaríais como á él? preguntó de repente don Martín, como en un impulso desesperado.

—¡Oh, señor! ¡qué preguntas! contestó ella enrojando: ahora sí que es seguro lo de que sois un monstruo...

—¡Ah! ¿sí?

—¡De curiosidad!

Dijo esto doña Leonor, echándose á reir otra vez, y salió precipitadamente para dar orden de que avisaran á Máinez y Carrillo. Llegó, y doña Blanca después.

Habíase acostumbrado toda la familia al trato afectuoso del señor mensajero, como doña Leonor le llamaba: después de la escena de la prisión de don Fermín creció más el afecto que al hidalgo le tenía, don Fermín habíase declarado admirador fanático de su viejo amigo; tenía siempre en boca aquí y allí; citaba sus frases, hacía gran suceso de sus menores ocurrencias; llevóle á todas partes, y enseñóle á todo el mundo como una cosa estupenda; soltábale el sobrino para cogerle el tío, y eran las mismas; conforme el tiempo pasaba, tuvo don Martín que volver á sus amistades del principio, yendo á ésta y á la otra casa de los nobles señores cordobeses, que le recibían con agasajo y grandísimo honor: de aquí que conociera también y tratase á otras muchas damas, además de aquellas de Máinez y Carrillo; doña Leonor mostró su desagrado por esto á don Martín, advirtiéndole con un lindo gesto que se lo concedía todo, á condición de que no fueran ellas olvidadas.

Hay que tener en cuenta que el afecto que puso doña Leonor en don Martín fué grandísimo, y obedecía esta afección á muchas causas; don Martín había simpatizado con ella desde el primer día que llegó á Córdoba, y le preguntó en su cámara por el caballero Máinez y Carrillo: don Martín había mostrado después á la dama y á su hija atenciones sin cuento, halagándolas y distrayéndolas con sus bellas pláticas y su donosura indiscutible. Don Martín era grande amigo de don Hernando, y nunca jamás sin el menor motivo probó cosa que contraria fuera; don Martín había preso á su sobrino para devolvérselo hermoso y valiente, á los pocos momentos, libre y feliz, cuando ella creíale ya en punto de muerte; don Martín era grande amigo también de Santisteban, de quien fué en adelante amado y reverenciado, y todas estas cosas eran así, para que doña Leonor comprendiera á la postre que el tal mensajero venía á ser como una cosa de ella y de su familia, á quien se apreciaba de veras y tenía en muy grande estimación: de aquí que la dama tratase al mensajero del Rey con tan noble confianza, y de aquí también la profunda gratitud que para todos los Máinez y Carrillo había en el alma de don Martín.

Desde el día de la prisión y libertad de Santisteban, el trato del representante del Rey con la ilustre familia fué mucho más afectuoso, velanse y se hablaban con más frecuencia; cuando no estaba en las grandes conferencias misteriosas de que eran don Hernando y el corregidor Zapata los principales agentes, estaba con don Fermín de paseo, de excursiones, de cabalgatas; como no estuviese con don Fermín ni con don Hernando, hallábase seguro con doña Leonor y con doña Blanca, haciéndolas la tertulia de noche al calor del hogar, y distrayéndolas con historias estupendísimas, cuentos, leyendas y tradiciones, sucesos muy curiosos y pasajes, en fin, de su propia vida. Doña Leonor le miraba, oyéndole á la vez con embelesamientos extraños. Doña Blanca permanecía meditabunda mientras don Martín sumergíase en sus grandes elucubraciones sobre este punto y el otro; lo que había de mérito en don Martín era que en lo más ínfimo, en lo más insignificante, en lo más insulso, en lo más trivial de su relato, al que sabía dar vida y colorido, encontraba medio siempre de deslizar á lo mejor una máxima curiosa de moral, de enseñanza, que ilustró y conmovió en muchas ocasiones á las dos señoras, y en tales casos, el rostro de don Martín, que parecía antes impasible é indiferente, tomaba animación, coloreábase, y su voz iba á la par adquiriendo un timbre que imponía y hacíase respetar. En aquellas largas noches de invierno, allí junto á la lumbre del hogar, que retorció su llama juguetona como una lengua de oro, quedábanse abstraídos hasta que doña Blanca se iba á su oratorio para entregarse antes de dormir á las oraciones de costumbre; esto era cuando don Fermín y don Hernando estaban con ellos; cuando no, era don Martín quien primeramente retirábase; quedaban todos después haciendo comentarios de la sabiduría de

don Martín, de la prudencia, de la discreción, del talento, de las bellas condiciones morales, y entre estas condiciones plausibles, la modestia y la bondad sobre todo; alabábase su gracejo, su frialdad, su desenvoltura, su cortesanía, sus severos principios, y doña Blanca, que de estas cosas no hacía mención, retirábase al fin, saludando á sus padres y á su primo, si es que su primo no salió acompañando á don Martín.

Nada dije de doña Casilda, dejándola de propio intento para lo último: imponiéndose á sí misma por una fuerza de voluntad poderosa, se dominó, se enmascaró, por decirlo así, de tal manera, que el mismo Pedrosa se hubiese engañado á no conocerla muy bien.

Con sus alegrías infantiles de otras veces consiguió hacer olvidar á su padre y doña Blanca, á muy poco trabajo, sus desabrimientos y molestias anteriores: hallábanla pálida, eso sí, pero no para inquietar, porque como la interrogasen, contestaba con una gran risa que nunca estuvo mejor: era la nota alegre de aquella velada del triste y enorme caserón de los Máinez y Carrillo.

Como don Martín quedase mirándola sorprendido alguna vez, respondía ella á su mirada con otra firme, luminosa y serena en que se podía leer:

—Ya veis como cumplo lo que ofrecí.

XII

Una de esas noches salió don Martín preocupado como nunca de casa de Máinez y Carrillo; vivía en la calle de Santiago, y allá se dirigió aceleradamente. El frío era intenso: iba don Martín embozado hasta los ojos, con cuanta rapidez podía, sin cuidarse poco ni mucho de algún que otro transeunte con quien se cruzó alguna vez.

A pesar del frío, quitóse devotamente el sombrero cuando pasó ante un *Ecce-Homo* que todavía existe en una de las travesías próximas á la calle de Santiago; melancólica lucecilla iluminaba al Cristo trabajosamente, colgada de una cuerda, delante del cristal que resguardaba la imagen.

El sitio era solitario como ninguno de Córdoba, en aquella noche de invierno, y por lo avanzado de la hora sobre todo.

Quitándose el sombrero estaba don Martín y se destacó á la vez un bulto de ancho zaguán hundido en la sombra que había muy cerca del *Ecce-Homo*.

Se dirigió á don Martín el bulto aquel y el hidalgo se echó atrás, previniendo una acometida.

—Sosegaos, señor, oyó decir entonces; quedad vuestro acero en el cinto, que sólo deseo en este punto cumplir una promesa.

—¿Alguna que hiciste á Dios y has de cumplirla ante esa imagen? ¿ó la que me hiciste á mí cierta noche, que recuerdo muy bien?

Habló don Martín de este modo, porque había reconocido en aquella voz la de Pericón Lobato.

—Lo mismo cumplo yo mis promesas á Dios que se las cumplo á los hombres. Pero no de Dios sino de los hombres trátase ahora, señor.

—¿Aquí ha de ser?

—Aquí, delante de ese Cristo, para que nos vea y nos oiga, como delante de un Cristo vi yo ciertamente, no hace muchos días, cosas que me llenaron de estupor y que á mis cavilaciones dieron más resuello y á mi aflicción también.

—Te oigo; contestó don Martín sosegadamente, sin curiosidad ninguna y como si de antemano hubiérase impuesto la obligación de oír al escudero, en dónde y cuándo él quisiera.

—Pues sea aquí mismo, prosiguió Pericón Lobato; desierto el lugar está, bardales son todos en buen trecho, y si gente hubiera, no podría oírnos: el zaguán ese cerrado está de mucho tiempo y sin habitantes el edificio; nadie nos podrá oír; si me matáis, después que hablemos, culpa no tendréis, ni para Dios, ni para los hombres; para Dios, porque os provoqué; para los hombres, porque nadie ha de vernos y cuenta no os pedirán.

—Y aunque me digas todo lo que en antojo te viniere, y quieras matarme luego ó que te mate yo á tí, ¿pensaste si yo por ventura descenderé á medirme contigo?

—Todo está pensado, señor; exclamó el escudero lentamente y sin aquellas exacerbaciones que tenía de costumbre.

—Me place mucho.

—Todo está pensado, repitió el escudero; buena sangre tenéis, sois generoso, el orgullo no va con vos, porque lo dejáis atrás como lacayuelo que merced no os hace.

—Mucho me honras, viejo, con tu decir; pero ¿por qué, si tales prendas en mí reconoces, así me odias y matarme quieres?

—Si yo fuera un sabio, como vos lo sois, mi señor, os diría que son misterios del alma, impenetrables aun para mí mismo; pero todo os lo explicaréis con lo que viene ahora. Todo lo que os dije de vuestras nobles prendas, á creer me indujeron que no desdeñaríais cruzar vuestra espada con la mía; hidalgo no soy, pero en las batallas encanecí, y mis hechos me atestiguaron como tal.

—Te estoy oyendo y á lo último espero que llegues; dí cuanto en gusto pueda venirme, pero abreviando, Pericón, que el frío hiela, y si luego hubiéramos de reñir, júrote yo que no tendré hálitos para empuñar el hierro.

—¿Me concedéis, entonces, por lo que os oigo, la honra de batiros conmigo, si precisare?

—Te la concedo.

—¡Señor, gracias! Os digo ahora que os odié cuando os ví.

—¿Por qué, Pericón Lobato?

—Porque os tuve miedo.

—¡Ah! pues tú, de valeroso diste grandes pruebas.

—Es que el miedo que os tuve no fué por mí; fué por las prendas de mi amor.

—Solo me han dicho que eras en el mundo.

—Porque soy solo, mi amor puse en corazones que no son míos.

—¡Cuida de lo que dices, Pericón!

—Mi amor puse, siguió el escudero como si no oyese la advertencia de don Martín, en muy altas personas, es verdad, pero que me pagan con una sonrisa alguna vez, con una mirada afable otras solamente, y el corazón se satisface latiendo de orgullo, ¿qué queréis? así es la vida y así lo humano; mi amor está allí, en rica cámara cubierta de tapices que le dan calor; de alfombras, donde sus pies se hunden; de divanes, donde recuéstase á pensar en sus

horas solitarias. Yo sé que ese pensamiento no está en mí, pero ¡ay! ¡que mi amor no es celoso! amor de padre es; amor de hermano, cariño de perro fiel que dará su dentellada en el mismo corazón á quien bastante sea para turbar aquel pensamiento.

Oyó don Martín estremecido, amargósele el ánimo por turbaciones inexplicables, como aquellas de la mañana que mandó prender á don Fermín; como aquellas de cuando se creyó adivinado por doña Casilda. ¡Virgen pura! ¿Habría sido adivinado también por el escudero?

No contestó; en silencio mantúvose como reo ante su juez; delito parecióle que cometería con levantar solamente la voz ante aquel rudo anciano que velaba de tal modo por la noble doncella á quien vió nacer.

Pericón Lobato, como notase el silencio que don Martín guardaba, terminó con esto:

—De lo que dije, señor, podéis ya deducirlo todo.

Y don Martín entonces, altivamente, aunque no sentía despecho alguno contra Pericón Lobato, díjole:

—Menguado sea yo, si no entiendo en todo, una cosa que fuera de gran dicha para mí, si yo la creyere. Tu odio á mí, entonces, ¿es por que yo turbé los pensamientos de doña Blanca?

Titubeó un instante Pericón Lobato, y exclamó en seguida temblorosamente:

—No, pero los turbaréis.

¡Pobre Pericón! ¡Cuánto más hubiera valido que dijese la verdad en aquel instante; cuánto más hubiera valido que en vez de decir «los turbaréis» dijera «sí, los habéis turbado.»

—Estás loco, Pericón; estás loco de verdad, y ni remotamente alcanzaré, por mucho que trabaje, á sospechar siquiera las extravagancias en que por tu celo, muy vivo, la imaginación se te pone.

—Viejo seré, pero no loco. Dicho está; ya veis que mi promesa cumplí; mi razón os he dado; lo otro falta ahora.

—¿Matarme por ventura?

—Si antes no me ofrecéis solemnemente marcharos de Córdoba mañana mismo.

Se echó á reir el caballero de la exigencia de Pericón Lobato; ni quiso contestar tampoco; pero en lo profundo de su alma comprendió después que el remedio único de sus males sería aquel que Pericón Lobato trató de imponerle.

—¿No os iréis? preguntó el escudero.

—No, contestó don Martín en un tono que contrastó mucho, por lo triste, con la anterior risa.

—¡Os mataré, entonces!

—Pero ¿no comprendes, desventurado, que no me podrías matar como no fuese por la espalda y sin que yo esté sobre aviso? ¿No comprendes que yo te he de vencer de otro modo?

—Si no puedo mataros esta noche, y con vida quedo, á traición lo haré en presentándoseme oportunidad, y aunque mi vieja sangre veneno se vuelva, que el corazón me pudra, por las agonías de la bajeza que cometeré.

—¡Bien, despachemos! exclamó don Martín secamente.

Desenvainaron las espadas y á los pocos instantes ocurrió lo que don Martín había dicho. Frente á frente no podría nunca el escudero con él; la espada se desprendió de la mano del

viejo, á un diestro golpe de don Martín; saltó el hidalgo por ella, antes que Pericón Lobato la volviese á coger; bramó el escudero de cólera y echó mano á su puñal; lo descargó sobre don Martín á tiempo que se levantaba de coger el acero; con su espada en la mano izquierda y la de Pericón Lobato en la derecha, é inclinado el cuerpo como lo tenía, no pudo don Martín guarecerse bien del golpe; lo recibió en un hombro, evitándolo en parte. Sin soltar la espada, porque Pericón de ella no se valiese, se manejó de tal modo, que el viejo se encontró desarmado en pocos segundos.

—Ahora, le dijo, véte y cuida que no sepan lo que sucedió: tus armas no te doy, porque lo que yo dije de tu locura es muy cierto y serías capaz de volver á las andadas; oye bien lo que te digo; quizás lo único que me pudo mover á no consentir que me mataras haya sido el consuelo de evitar á tu corazón, después, la horrible angustia de un mal cometido. Tu causa es grande, pero la llevas muy allá. Sin embargo, por la misma causa que defiendes, aunque dés en la manía, yo te venero, ¿lo oyes? Y más he de decirte; que lo que antes no te ofrecí, te lo ofrezco ahora. Solo en el mundo soy, como tú; lazo ninguno tengo en la tierra que á la vida me una; igual estoy en Córdoba y en el Andalucía, que en cualquiera otra parte del mundo: honrado soy y á nadie mi presencia puede dar mancilla ni mis acciones tampoco, para turbar un ánimo ni las tranquilidades de un hogar; eso te digo solamente, como respuesta á lo que te indujo á quitarme la vida, que no sé lo que es, aunque tanto me dijiste; quédese así, y conténtate, viejo, que muy pronto partiré. Mañana mismo no lo hago, porque un deber me retiene; pero tú has de convenir en que yo también cumplo mis promesas.

—¿Os marcharéis, señor?

—Me marcharé, repitió don Martín procurando ocultar la grandísima congoja que se le puso en el alma.

—No temáis entonces, contestó el escudero con alocada alegría; no temáis, señor, que yo os siga odiando. Después de doña Blanca, vuestro amor será el único que en el mundo me aliente. ¡Más aún que el de don Hernando!

—Bien está, tus armas te vuelvo de ese modo; vela siempre como hasta aquí velaste, y mi amor tendrás como tú dices que yo el tuyo tengo.

—¡Cuán bueno sois! Dejadme; dejad, por mi vida, que bese vuestra mano; el cariño merecéis del orbe entero y no interrumpida felicidad.

Aunque don Martín hizo esfuerzos para evitarlo, le cogió una mano el otro, besándosela respetuosamente; se alejó el escudero sin decir más, y don Martín quedó delante del Cristo; la luz mortecina arrancaba al rostro de la imagen destellos que parecían de lágrimas. Quedó contemplando don Martín algunos segundos la Santa Faz, á la luz de la lamparilla; se quitó el sombrero, dió un gran suspiro, se cubrió otra vez, se embozó en su capa y alejándose de allí perdióse á poco su silueta en la oscuridad.

(Continuad.).



LA estación en que se efectúa la postura de las gallinas empieza en el mes de Enero, llega á su máximo durante la primavera y termina completamente al entrar en la época de la muda.

Si bien la gallina pone sin que sea necesaria la intervención del gallo, la presencia de éste hace la postura mucho más fructuosa.

Si la gallina es precoz, empieza á poner á los seis meses de edad. Según Barral, una buena ponedora, durante toda su vida, no pone más allá de 600 huevos, á saber: 80 el primer año, 120 el segundo, 120 el tercero, 80 el cuarto; más adelante el número de posturas va siempre en disminución.

La fecundidad de las gallinas es muy variable y las hay que sólo producen un huevo cada tres días, otras cada dos, y otras, si bien son muy raras, uno diario.

La manera de estar cuidadas las gallinas influye poderosamente en la postura. Si están mal alimentadas ponen poco y sólo producen huevos muy pequeños; si están demasiado gordas los huevos se hallan desprovistos de cáscara.

Los prácticos en la materia recomiendan dos procedimientos para activar la postura: procurar en general que las aves conserven la temperatura elevada y darles al propio tiempo una alimentación especial.

Para dar por un medio económico calor á las aves en una granja, se instala el gallinero en lugar que esté en comunicación directa con los establos, con los corrales ó con las máquinas de vapor, en las granjas donde las haya, al objeto de conservar, durante la época de los fríos, una temperatura relativamente elevada sin que ocasione gasto alguno. Gracias á este procedimiento se obtienen grandes ventajas del corral, pues que los huevos frescos son mucho más caros en invierno que durante las demás estaciones del año.

Si á la gallina ponedora le es fácil encontrar en la granja, ya en el fondo del establo, ya en un rincón de la cuadra, el lugar caliente que necesita, no acontece lo mismo con la gallina instalada al aire libre. Por manera que es indispensable cerrar perfectamente el gallinero de ésta última, si bien dejando un paso que permita salir á la gallina durante las horas de sol.

Si se quieren tonificar los alimentos de la volatería, pueden añadirse granos estimulantes que sean algo picantes y que contengan un aceite esencial, tal como el tornasol, la menta piperita, ó bien las hojas de ortiga seca, cortada á pedacitos, etc.

Existen otras sustancias más ó menos preferidas por

los que se dedican á la industria de la cría de aves en general; tales son el trigo, el alforfón, la avena, los desperdicios de las carnes, etc. M. Voitellier aconseja el empleo del trigo encalado, tal como se prepara para la siembra. Para ello se toma un litro de cal viva que se hace disolver en doce litros de agua caliente, mezclándolo todo por medio de un palo. Al propio tiempo colócase el trigo en un montón, y una vez así dispuesto, se le echa encima el líquido tal como queda preparado, hecho lo cual se toma una pala de madera y se remueve con ella el trigo hasta que todos los granos queden convenientemente impregnados de aquella mezcla. Según M. Voitellier, si bien no encuentran las gallinas este alimento muy exquisito y sabroso, lo comen sin inconveniente y el régimen de esta alimentación es inofensivo mientras no se prolongue por demasiado tiempo.

El retiro favorito de la reina Carlota, era Kew. El pabelloncito que habitaba lo encontrarían demasiado vulgar la mayor parte de los simples particulares de nuestros días. Esta reina, si bien poseía pocos atractivos, tenía sólido talento y reunía grandes cualidades. Fué un modelo de esposas en Inglaterra: los ingleses nos cuentan los asiduos cuidados y preferentes atenciones que no cesó de prodigar á Jorge III durante su larga y cruel enfermedad. En Kew vivía muy retirada con su real esposo; á menudo se les veía sentados bajo la espléndida sombra de los cedros, donde, olvidando los cuidados del trono, se dedicaban á la botánica. Aconteció que un día una lindísima niña pasaba junto á la real señora y ésta le llamó: era la hija de un emigrado francés.

La tierna niña había llenado su delantal de flores campestres que acababa de coger de los verdes campos. La reina primero le habló en inglés, pero como la niña no le comprendía (hacía muy poco tiempo que había llegado á Inglaterra) le habló en francés y le dijo:

—Son muy bonitas esas flores ¿para quién las has recogido?

—Para mamá, que es muy aficionada, pero que no puede venir á ver las hermosas plantas que hay aquí porque está enferma.

—¿Hace mucho tiempo?

—¡Oh! sí, señora, ¡mucho tiempo, mucho tiempo!... desde que tuvo noticia de la muerte de papá que los malvados mataron.

—¡Pobre criatura! dijo el rey Jorge pasando su

augusta mano por la cabellera de la francesita; ¡pobre criatura! que Dios conserve la vida de tu madre.

—Es lo que le pido yo todos los días, y no obstante no le devuelve la salud... Quería quedarme hoy á su lado pero no lo ha querido y me ha mandado aquí con la niñera.

Entonces Carlota se levantó y rogó al tierno infante que le acompañara adonde estaba su niñera.

La anciana sirvienta estaba muy lejos de sospechar que aquella señora que se acercaba tan modestamente vestida, dando la mano á la chiquilla, fuese la misma reina.

—¿De dónde viene usted, señorita Luisa? preguntó con tono severo á la niña; le había encargado que no se alejara usted.

—No la riña, dijo la reina, me hablaba de su madre y vengo á suplicar á usted que me acompañe á su presencia.

—¡Mi señora está muy mala!

Y al pronunciar la anciana estas palabras, tuvo que enjugarse con las manos algunas lágrimas.

Carlota entonces añadió:

—Tal vez me sea dable disminuir sus penas... serle útil... Vamos, regresemos juntas á su casa.

Y tomó al decir esto la mano de la niña.

No tardaron en llegar á la casa que habitaba la emigrada:

—¡Mamá! ¡mamá! ahí tiene usted una señora muy buena que viene á verla á usted..., me ha prometido que cada día me daría flores muy bonitas para usted.

Al oír esta voz la señora enferma, que se hallaba junto á la ventana contemplando el sol en el ocaso, intentó levantarse, pero la reina se lo impidió.

Y sentándose en una silla que allí muy cerca había, le dijo:

—¿Sufre usted mucho, señora?

—No tengo ya fuerzas para sufrir, pero he sufrido mucho, contestó la pobre emigrada.

—Su hermosa niña me lo ha dicho, y vengo á proponer á usted un cambio de morada: esta es húmeda y malsana; tengo una habitación muy cerca de aquí y permítame usted que mañana la venga á buscar.

—¡Oh, señora! me quedan tan pocos días de vida, que no vale la pena...

—Aparte usted de su imaginación esta triste idea, piense usted en su hija y acepte usted mi ofrecimiento. Nada; mañana vendré á buscarla á usted... tanto yo como mi marido sentimos un particular afecto por los emigrados franceses.

—¡Oh! tanto mejor, tanto mejor, exclamó la niña; estoy muy contenta de que vayamos á una casa grande... Mamá, estará usted mejor que aquí.

Al día siguiente se presentó un carruaje á buscar á la pobre enferma... Hasta que llegaron al pabellón de Kew, no supo quién era su bienhechora...

—¡Quién hubiera adivinado que se trataba de una reina, repetía sin cesar la anciana criada, con un vestido de indiana y un sombrero de paja!

Los más exquisitos cuidados se prodigaban á la señora francesa, pero con todo, su salud no mejoraba:

los disgustos habían minado ya del todo su corazón. Luisa se resistía en creer que un buen piso y un magnífico jardín no bastaran para curar á una madre; estaba tan contenta jugando junto á la pajarera de la augusta dama y dando de comer á los pajaritos!

En cierta ocasión en que el rey Jorge era víctima de uno de sus habituales ataques de melancolía, quedóse suspenso al oír la dulce voz de la niña que cantaba. Llamóla, y haciéndola sentar el rey sobre sus rodillas, le dijo:

—Luisa, canta lo que hace poco rato cantabas.

—¡Oh! es muy triste, contestó la niña.

—No importa, me gusta la canción y me complace mucho que la repitas.

Entonces Luisa, obedeciendo, dió principio á la canción elegíaca dedicada á la muerte de Luis XVI:

¡Oh pueblo! ¿qué mal te hice, di?

Mientras la hija de la emigrada cantaba, el anciano monarca de Inglaterra, sin apartar los ojos de la niña, derramó algunas lágrimas, y durante el resto del día quedó en una profunda y triste melancolía. Por la noche, cuando estuvo solo, cuando ya no había luz en la habitación, se sentó al piano y repitió la melodía del *Pobre Jaime*, sobre cuyo tema fué compuesta la elegía.

Á partir desde aquel día, llamaba muy á menudo á la huérfanita (porque su pobre madre había ya fallecido) y le decía:

—Canta el aria de Luis XVI.

Cuando empezaba, el anciano se sentaba en un piano-órgano y la acompañaba con dulzura. Era en verdad una escena conmovedora ver á esta niña cantando las desdichas de un rey á otro rey cuya resignación Dios ponía á prueba. El afecto de la reina por Luisa aumentaba cada día, y á aquella excelente reina debió la pobre huérfana el ser dotada y contraer ventajoso matrimonio en Inglaterra.

* * *

Las personas propensas á tener sabañones se untarán, después de lavarse las manos por la mañana y por la noche con agua fría y jabón, secándoselas suavemente, con la mezcla siguiente:

Sulfato de alúmina ó alumbre.	3 gramos.
Cold-cream.	80 »

* * *

Para combatir la sordera se aconseja la siguiente pomada:

Veratrina.	10 centigramos
Yodo.	25 miligramos
Yoduro de potasio.	1 gramo
Cerato de Galeno.	10 gramos

Mézclese con mucho cuidado. Tres veces al día se fricciona la parte posterior de la oreja con una porción del tamaño de un guisante.

* * *

Para aumentar el amor que tenemos á nuestro país

natal, el mejor medio es residir por algún tiempo en país extranjero.—SWIFF.

que hay en ser hombre de bien, serían hombres de bien por picardía.—FRANKLIN.

La vejez es un tirano que prohíbe, bajo pena de la vida, todos los placeres de la juventud.—LA ROCHE-FOUCAULD.

El primer libro de una nación es el diccionario de su lengua.—VOLNEV.

Si los pícaros fuesen capaces de conocer las ventajas

Los hombres casi aman tanto sus defectos como sus buenas cualidades.—CRISTINA DE SUECIA.



Solución á la charada anterior:

GRA-NA-DA

Solución al rompe cabezas:

ENRIQUE
ADRIANO
REMIGIO
CLAUDIO
ANTONIO
ALFREDO
AURELIO

CHARADA

Mi *todo* es tan bravo y fiero
que aguardar algo prefiero
y no decirlo á la gente
hasta el número siguiente.

Una dos, lector amigo,
que *dos tres* tomes, te digo;
comiendo sin dilación
un *prima tres* de pichón.

Cuando soñaba en el *todo*
sufría y *tres dos* de un modo...
mas por no cansarme el húmero,
aguardaré al otro número.

CONSTANTINO PLA.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 1 Vocal.
- 2 3 Nota musical.
- 3 4 5 Nombre de una letra.
- 5 2 2 3 Nombre de otra letra.
- 1 2 3 4 5 Nombre de mujer.
- 2 3 1 2 Verbo alegre.
- 2 3 1 Personaje.
- 1 2 Verbo.
- 5 Vocal.

JUAN ORTEA, de Gijón.

PREGUNTILLAS

¿Cuál es el pan más inferior?
El...

¿Y el más guerrero, hosco y mal renombrado?
El...

¿Quién trató, bebió y estuvo acorde?
El que...

¿Y qué vino es el que más yeso contiene?

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

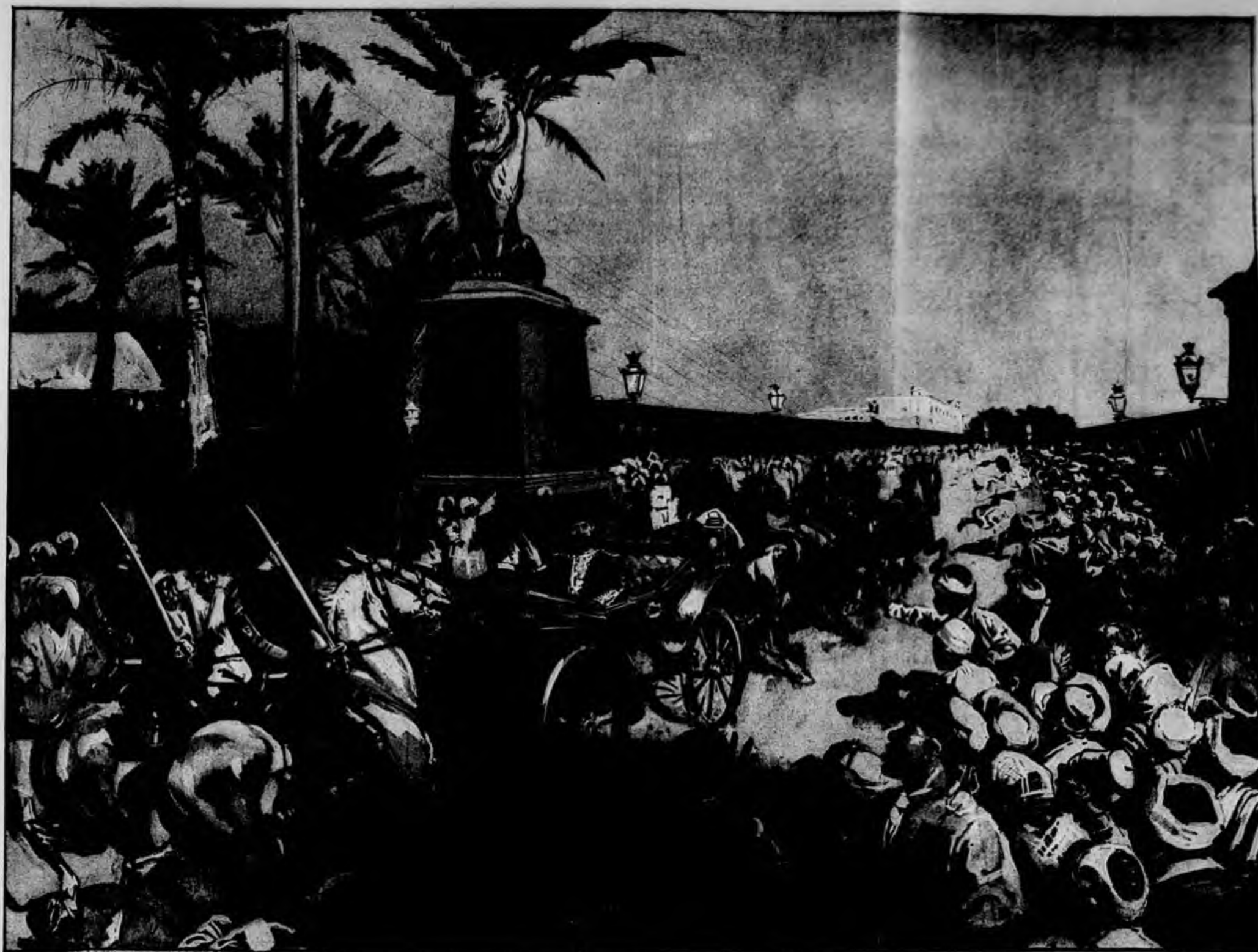
Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. *Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados los derechos artísticos y literarios.—IMP. ESPASA Y COMP.^a



EL CAIRO

Ayuntamiento de Madrid



SUCESOS DE EGIPTO.—EL KEDIVE ACLAMADO POR EL PUEBLO, EN EL CAIRO



MEMORÁNDUM

En medio de las preocupaciones políticas y financieras, ha atraído vivamente la atención de Europa un acontecimiento artístico. Aludimos al estreno de la ópera *Falstaff*, de Verdi, verificado en el célebre teatro de la *Scala* de Milán, y que ha procurado á su autor un nuevo y merecido triunfo. El compositor Verdi forma parte de aquella generación de hombres que, como el papa León XIII, como el presidente del Ministerio británico Mr. Gladstone, conservan, después de haber traspuesto los ochenta años ó cerca de ellos, el vigor de la inteligencia y la energía de voluntad que tuvieron en los años más floridos de su vida. Verdi no se ha arredrado ni ante la fatiga continuada de la creación de una nueva partitura, ni ante las numerosas molestias que ocasiona el ensayarla y ponerla en escena. Verdi ha querido ahora tratar la música cómica, de la que en otro tiempo sólo había hecho un ensayo poco feliz, y al decir de críticos autorizados de diversos países, que asistieron al estreno de *Falstaff*, ha mostrado en la empresa una facilidad y una abundancia prodigiosas y sobre todo una espontaneidad y frescor admirables en las melodías. Según parece, en esta nueva ópera ha seguido siendo italiano, si bien pagando el tributo debido á principios que admiten hoy todas las escuelas. Shakespeare, que ha procurado inspiración á tantos artistas, se la ha facilitado también ahora al autor de *Rigoletto* y *Aida*. El personaje cómico de Falstaff que representa papel principal en *Las alegres comadres de Windsor* y en *Enrique V*, constituye la base del libreto que ha escrito Arrigo Boito, autor de la letra y de la música de *Mefistofele* y de la letra de *Otelo* con música del propio Verdi.

* * *

En las islas Canarias han sido recibidas con vivas demostraciones de júbilo la nao *Santa María* y las carabelas *Niña* y *Pinta*. Ha habido bailes y se han dado banquetes pronunciándose entusiastas brindis. En Santa Cruz de Tenerife se cantó en la catedral un solemnísimó *Te-Deum*, siendo considerable la afluencia de forasteros que de todas partes acudió á aquella ciudad. Las tres naves han salido ya para los Estados Unidos, remolcadas ó convoyadas por buques de guerra de aquella República. Resueltamente irán á Chicago representando al Rey, á la Reina Regente y á España, SS. AA. RR. los infantes doña Eulalia y don Antonio. Es probable que salgan de la Península á últimos de Marzo, embarcándose, no en un buque de la armada, como se ha dicho por algún periódico, sino en uno de los más magníficos vapores de

la Compañía Trasatlántica, en los cuales podrán encontrar las mayores comodidades y el mayor confort para la travesía. Los infantes se detendrán un día en San Juan de Puerto Rico, en donde descansarán á bordo, continuando el día siguiente su viaje á la Habana. Aquí harán una estancia de cinco ó seis días, porque SS. AA. han mostrado deseos de visitar las poblaciones más importantes de la isla. Se alojarán probablemente en la Capitanía general y la entrada en el puerto la harán con toda solemnidad, trasbordando á este fin á un barco de guerra. La noticia de que irán á las Antillas los infantes doña Eulalia y don Antonio ha producido muy buena impresión en sus habitantes, quienes, según dice la prensa, les harán un afectuoso recibimiento.

* * *

Ha habido nuevo cambio de ministerio en Portugal. El presidente del que acaba de jurar, el señor Hintze Ribeiro, regenerador, expuso en la Cámara un programa, que, como los de todos los ministros anteriores, puede resumirse en la necesidad de hacer las mayores economías para arreglar la situación financiera. El nuevo presidente del gabinete no se muestra inclinado á aumentar los derechos de consumos, al objeto de procurar ingresos al Tesoro, por haberse hecho cargo de que la vida resulta ya muy cara en Portugal, sobre todo en sus dos ciudades más populosas, Lisboa y Oporto. El propósito manifestado por el gobierno anterior de aumentar los derechos de consumos, gravando particularmente los artículos indispensables al sustento diario, fué causa de que se produjera una animadversión popular en contra suya, que ha contribuido á derribarle, aun cuando el golpe directo se lo ha dado la oposición de los dos principales partidos políticos, los regeneradores y los progresistas.

* * *

También en nuestro país se preocupa mucho el gobierno en la realización de economías á fin de llegar á la nivelación del presupuesto, el *desiderátum* de muchísimas naciones, por no decir de casi todas. Las supresiones que se hacen, las reducciones de sueldos, las economías, en una palabra, en el personal y en el material, por importantes que fueren, vienen á resultar insignificantes al lado de la cuantía de las deudas que abruman á un gran número de Estados. El ministerio del señor Sagasta trata, al parecer, de cumplir las promesas que hizo en la oposición, y busca el modo de reducir los gastos y de aumentar los ingresos. Para lo último, se propone lograr que la tributación se lleve á cabo con estricta justicia, pagando cada uno lo que en realidad le corresponde, y que en la recaudación de todos los impuestos no se continúen abusos que han dado por resultado, desde muchos años, una merma considerable en la cantidad que hubieran debido percibir las arcas del Tesoro. Moralícese la administración y los ingresos aumentarán, sin duda alguna, de un modo considerable. Con objeto de reducir los gastos se trató en Consejo de Ministros de cambiar la organización general administrativa de nuestro país. Uno de los proyectos presentados por el ministro de la Gobernación, don Venancio González, dividía España en quince grandes provincias; según otro proyecto del propio ministro se suprimían de doce á catorce de las actuales. El deseo de formar grandes circunscripciones administrativas, para dar más importancia á la vida regional, lo han abrigado otros ministros anteriores, entre ellos don Francisco Silvela, pero todos se han detenido ante las dificultades de realizar el pensamiento y ante la desorganización que por mucho tiempo acarrearía en todos los servicios. El ministerio del señor Sagasta en esta ocasión tropieza con los mismos obstáculos, teniendo además en cuenta que el beneficio económico, que sería relativamente pequeño, no compensaría los inconvenientes del desbarajuste que por mucho tiempo se experimentaría. Si los ministros permaneciesen durante años al frente de un departamento, si además la política les dejase vagar para ocuparse en asuntos meramente administrativos, si por añadidura no hubiesen de sacrificar muchas veces á las exigencias de partido sus

cónvicciones en punto á la gobernación del Estado, habría medio entonces de que las reformas, absolutamente necesarias en la división y organización administrativa de España, pudiesen irse realizando paulatinamente, sin sacudidas, sin el desbarajuste que ha asustado á los ministros á que hemos aludido. La estabilidad ministerial, por desgracia, es una quimera en nuestra nación y sin ella no pueden emprenderse, y menos realizarse, mejoras de extensión y trascendencia.

* * *

En Francia el Senado ha elegido presidente á M. Julio Ferry por 148 votos entre 249 votantes. Este hombre de Estado era objeto de una animadversión muy marcada desde la campaña del Tonkín, que fué desastrosa para los franceses, porque en ella perdieron muchos hombres ocasionándoles cuantiosos gastos. La elección de M. Ferry ha sido recibida de una manera muy diversa por los periódicos, según sus tendencias políticas. Alguno de ellos indica que la nueva subida de dicho personaje puede apuntar hasta á la misma presidencia de la República, ya que se asegura que M. Ferry ha estado trabajando contra M. Carnot, con el intento, más ó menos oculto, de suplantarle en su elevado puesto.

* * *

Las noticias de la América del Sur hablan de diferencias entre la República Argentina y la de Chile, por causa de una provincia de los Andes, que ambos reivindican. Los últimos telegramas recibidos de Inglaterra indicaban temores de que pudiese sobrevenir un rompimiento, lo cual sería muy doloroso para ambos pueblos. Es lo cierto que la Argentina hace considerables aprestos militares, aumentando el armamento y el efectivo de su ejército y adquiriendo un crucero en Inglaterra, además de haber hecho allí otros encargos parecidos. Una guerra entre la Argentina y Chile, aparte de las pérdidas de vidas que traería necesariamente consigo, sería muy perjudicial para la regeneración económica de ambos países. La Argentina, en los últimos tiempos, se ha visto también contrariada por sublevaciones ocurridas en la provincia de Corrientes.

B.



EL MODELO Y LA IMITACIÓN

(CONCLUSIÓN)

II



los dos ó tres días el joven artesano, que estaba verdaderamente enamorado, se arrepintió de haberse dejado llevar de aquel momento de despecho, y andaba como sin sombra, todavía más disgustado de sí mismo que de Fineta. No quiere esto decir que se sintiese dispuesto á cambiar lo que él llamaba sus convicciones, pero pensó en sus adentros que bien hubiera podido, por amor de Fineta, disimularlas un poco, y aun interrogándose á sí propio halló que éstas se hallaban algo montadas al aire, como quiera que él no había estudiado el asunto y las aceptó sin examen. Teníalas, sin embargo, por buenas, sin más razón que la de ser modernas, y sobre todo, la de haberlas manifestado como suyas; pero la privación de la vista y del trato de Fineta iba pareciéndole un sacrificio cada día más doloroso. Volver después de su arrebató juzgábalo muy desairado y propio para hacer concebir de él una idea desventajosa. ¿Qué hacer? Para distraerse de estas tristes perplejidades y ocupar las horas, antes tan agradablemente empleadas, se metió á ojos cerrados en el movimiento socialista, al cual le arrastraban, por otra parte, la pendiente de sus aficiones, ya que él, como otros muchos espíritus generosos desprovistos de la instrucción necesaria y de la experiencia de la vida, fantaseaba una sociedad quimérica sin las irritantes desigualdades de fortuna que produce la libre función de las facultades humanas y de las circunstancias fortuitas, y aunque no veía con claridad los medios prácticos de que dejase de haber en el mundo pobres y ricos, felices y desgraciados, la falta de consistencia de sus ideas religiosas, deficientes, como hemos visto, en puntos esenciales, influída por las deplorables lecturas con que hoy distraen sus ocios las masas trabajadoras, dejaba su inteligencia sin defensa para discernir bien los falaces esplendores de la utopía. Su buen sentido, sin embargo, le había preservado hasta entonces de todo contacto con las sectas anarquistas. Siéndole antipáticas las ideas, todavía le eran más antipáticos los individuos, con alguno de los cuales se veía obligado á rozarse en los talleres; pero esta regla tenía una excepción.

Su compañero Marcial, de temperamento de acción y de lucha, y fanático por ingénita cortedad de vista intelectual, seguía manteniendo con él estrechas relaciones de amistad, que, á fuer de contraídas en la niñez, resistieron el choque casi diario que provocaba la divergencia de sus opiniones en materia tan ocasionada á alborotar los espíritus. Metido de patas en los manejos anarquistas, Marcial intentó muchas veces arrastrar á Vicente á las sombrías reuniones de la secta, siquiera para que formase juicio acerca de su extensión, de sus medios y de sus fines; pero Vicente, como hemos dicho, se negó constantemente á dar un paso que le repugnaba y cuyos peligros presentía.

Su ruptura con Fineta le puso un poco más blando de voluntad. Sucede muy á menudo que el descontento de sí propio suele irritar al hombre contra los demás, y en el corazón de Vicente empezó á convertirse en odio contra los afortunados del mundo lo que antes no era más que protesta contra un estado social que, en su desconocimiento de la historia, consideraba violento é hijo del régimen cristiano. Seguía, sin embargo, resistiéndose á acompañar á

Marcial á sus conventículos, á pesar de las seguridades que éste le daba de que semejante paso á nada le comprometía. Un sentimiento de curiosidad acabó por vencer sus escrúpulos.

Ocurría esto en una ciudad populosa, cuyo nombre no hace al caso, centro y casi cuna de todos los delirios que hoy agitan á los pueblos, y acababa de llegar secretamente á ella uno de los grandes agitadores de la extrema izquierda socialista.

—Figúrate, decía Marcial, que no se trata de un hombre como nosotros, reducidos á la piltrafa que nos echan los patrones cada semana, y que hay que tomar pena de la vida. Este es un señorón, un príncipe, antes lleno de millones y de siervos, que ha echado por la ventana para hacer guerra á esta infame sociedad que nos explota. Es uno de esos nihilistas que allá en su tierra han matado á un emperador y tienen al reinante con la sogá al cuello. Ahora trabaja con nosotros y ha jurado hacer saltar con la dinamita y el petróleo á media Europa. Es lo que se llama un hombre. Si quieres verle, esta noche se presenta en nuestra reunión, que por eso no será pública. Yendo conmigo, nadie te preguntará si eres de los afiliados.

Vicente aceptó esta vez la invitación, y á media noche penetró con su introductor en el local donde se celebraba la solemnidad. Era éste una vasta cervecería que ocupaba los sótanos de un grande edificio situado en uno de los barrios extremos de la ciudad. Ya estaba casi lleno, cuando entraron, de hombres que bebían y fumaban ó formaban grupos circulando de un sitio para otro, como para comunicarse noticias é impresiones. Vicente se negó instintivamente á acompañar á Marcial á mezclarse con ellos, y tomó asiento, decidido á no salir de su papel de espectador, en uno de los bancos colocados en forma de gradería á lo largo de todo el recinto. El cuadro que se ofreció á su vista no desdecía del que llevaba en la imaginación. Componíase la mayoría de los concurrentes de individuos de fisonomía dura é inquieta, á una gran parte de los cuales no les cuadraba la calificación de hombres, pues que aún no les apuntaba el bozo. El vicio, la ignorancia y la bestialidad de los apetitos había impreso en muchos de aquellos rostros su sello característico. Los trajes rudimentarios que llevaban algunos, á pesar de la rigidez del frío, y la pobreza y desaliño de las ropas de la mayor parte, revelaban que, si eran trabajadores, pertenecían á los oficios más humildes y materiales. Bebían y hablaban, gesticulando con vehemencia, y las frases que, destacándose del sordo zumbido de las conversaciones, llegaban á los oídos de Vicente, eran generalmente groseras y empedradas de blasfemias.

Un cuarto de hora de inspección bastaba para convencerse de que ni aun en aquel recinto, donde se congregaban las últimas consecuencias de la protesta revolucionaria, reinaba la igualdad. Moviéndose de un sitio para otro, y dirigiendo la palabra con aire protector á éste y á aquél de los concurrentes, ó rodeadas de un grupo á guisa de centro de atracción, se hacían notar individuos, no sólo mejor aliñados, sino alguno de ellos vestido como suelen vestirse los más acomodados burgueses. Eran indudablemente los jefes, ya que, donde quiera que se reunían hombres con algún semblante de organización, hay siempre que dejar puesto de preferencia al que se impone ó al que se necesita, siquiera sea para una obra de desorden. Si Vicente hubiese estado más en contacto con el grueso de la gente allí reunida, no habría dejado de oír aquí y allí, al pasar estos corifeos por cerca de alguno de aquellos grupos, estallidos de odio que frisaban en la amenaza, pero sordos y comprimidos sin duda por el miedo. El tono general del cuadro era sombrío como volcán en reposo, pero penetrado de una frialdad glacial. Se advertía que entre los individuos allí reunidos no circulaban corrientes de unión; las miradas vagaban inquietas bajo las cejas fruncidas, y hasta los que conversaban tenían pintado en el rostro el recelo y la desconfianza respecto unos de otros.

La entrada de algunos personajes de figura exótica y extranjeriza, que de todo tenían traza menos de obreros, reveló que iba á llegar el que era tan esperado. En efecto, al poco rato se verificó un movimiento de concentración hacia uno de los ángulos del local, cerca de una pequeña puerta que parecía casi disimulada en el muro y en la que estaban fijas las miradas. Ésta se abrió dando ingreso al gran revolucionario, cuya presencia fué saludada con una salva de aplausos, y delante del cual se formó inmediatamente una apretada falange de afiliados que, más que á admirarle, parecía destinada á proteger su persona. Paseó éste una rápida mirada

por el concurso, inclinó mecánicamente la cabeza al estallar los aplausos y fué á ocupar una silla al lado de la presidencia, en un pequeño tablado, levantado para ello á pocos pasos. Era un hombre como de cincuenta años, de estatura mediana, cuyo rostro al primer aspecto producía una impresión desagradable, porque tenía la depresión de la nariz peculiar de la raza tártara. Sus otras facciones eran, sin embargo, de una gran corrección; los ojos penetrantes, la frente despejada, el cabello negro, entremezclado de hilos blancos, se rizaba naturalmente, formando un pequeño tupé al lado de la cabeza. La palidez de su rostro contrastaba con la energía de todos sus rasgos. Vestía un traje vulgar de americana, pero la pulcritud sin afectación de todo su aliño denunciaba al aristócrata.

Apenas tomó asiento se vió circundado por los que allí parecían desempeñar el papel de jefes, que al dirigirle la palabra tenían á pesar suyo más la apariencia de cortesanos que de hombres que hablan á otro colocado á su mismo nivel. En el semblante del célebre demagogo, al responder á unos y á otros, contrastaba de un modo singular la cortés amabilidad de la sonrisa, con la glacial expresión de la mirada, muro de hielo que rechaza la familiaridad.

Uno de los que tenía más cerca se apartó para ocupar la presidencia, acto sencillo que no dejó, sin embargo, de provocar violentos murmullos en una parte del concurso. Como la reunión no tenía otro objeto que oír al extranjero recién venido, cuyo nombre envolvía la fama en una atmósfera de terrible misterio, se había procurado preparar su entrada en escena con la discusión de alguno de aquellos asuntos que se creyeron menos ocasionados á levantar tempestades; pero por mucho cuidado que pusieron los arenguistas encargados de esta parte del espectáculo en evitar el choque de los fluidos desordenados que flotaban en el ambiente, á cada momento la violencia de los murmullos y de las interrupciones entremezcladas de burlas soeces, amenazaban á la asamblea de disolverse en el tumulto. Era además grande la impaciencia por oír al compañero Espartaco, nombre de guerra con que era designado el boyardo.

Los oradores debían, sin embargo, estar acostumbrados á este género de acompañamiento, porque cada cual despachó mal que bien su *speech* en medio de un rumor espantoso. El último, que tenía fama de saber herir las cuerdas sensibles de aquella gente, deseoso de dar al nuevo huésped una idea de las teorías atrevidas que allí se profesaban, tronó á su sabor contra todo lo de arriba y abajo, Dios, gobierno, justicia, propiedad, burguesía y hasta socialismo de escuela. Sus palabras produjeron un terrible choque entre las dos corrientes que al parecer dividían á los asistentes; la de los fanáticos, que esperan que ha de surgir de la demolición de la vieja sociedad una sociedad nueva, toda á beneficio de los hoy desheredados, y la de los que proclaman la destrucción y la anarquía como medio definitivo de desfogar sus pasiones aviesas, abriéndoles un período de botín y de orgía. Como el orador representaba la primera tendencia, los violentos coreaban sus palabras con rugidos y denuestos, de que sólo pueden ofrecer similitud las fieras cuando se les trata de arrebatar la presa. A pesar de su natural aplomo, fortalecido por la costumbre de tener que habérselas con aquel género de auditorio, llegó ya á un punto en que no le fué posible seguir adelante. Los denuestos y las blasfemias cubrían los aplausos, y los bandos en que estaba dividido el concurso se enseñaban los puños, con riesgo de que se echaran unos encima de otros. Los apóstrofes salían encendidos de las gargantas apretadas por la ira, y antes de venir á las manos los grupos se abofeteaban con las palabras. A pesar de los gestos y campanillazos del presidente, el tribuno tuvo que sentarse, y ya entonces rompió toda la sala en el mismo grito: — ¡Que hable el compañero Espartaco! ¡Que hable! ¡Que hable!

El interpelado, que había permanecido impassible ante aquel tumulto, sin que un solo músculo de su semblante ni un movimiento de su cuerpo revelase sus impresiones, miró al presidente con gesto más bien del que se da venia que del que la pide, y se levantó. El estruendo cesó como por encanto. Visiblemente su persona, que llegaba rodeada de los misteriosos prestigios de lo inexplicable, y desproporcionado á las ordinarias pasiones que agitan al hombre, ejercía dominio sobre el auditorio. Después de medir á éste con una mirada semejante á la del operador que examina al paciente por cuyo cuerpo va á pasear el escalpelo, rompió con voz metálica, de temple algún tanto agudo, en el siguiente razonamiento:

«Compañeros: habéis manifestado propósitos enteramente de acuerdo con los míos, con las ideas por las cuales estoy trabajando desde hace muchos años, echando mano sin escrúpulos, que yo no conozco, de cuantos medios puedan conducir al fin de aniquilar la sociedad, talándola á sangre y fuego. Pero si me asocio á vuestra obra, es á condición de que me aceptéis tal como soy, pues detesto la hipocresía, y la única satisfacción que me propongo sacar ilesa de este combate titánico contra todos los poderes de arriba y de abajo, es la de no tener que disimular ni los móviles, ni los fines que guían mis actos. Por lo que veo, muchos de los que me oyen tienen, acerca de la misión que nos proponemos desempeñar, ideas arcádicas, á las que seguirán aferrados después de oírme; pero que os importe ó no os importe, quiero abriros acerca de ellas los abismos de mi corazón.»

A pesar de lo ocasionado que era este exordio á provocar nuevamente la tempestad, ni un solo grito, ni el más leve rumor interrumpió el silencio del auditorio, que escuchaba con el cuello tendido y los ojos inflamados la singular arenga. Vicente, que aislado en su asiento, presenciaba el espectáculo á guisa de espectador desinteresado, paseó sus ojos con asombro por el concurso, para sorprender la impresión producida; pero en la expresión agitada de los semblantes dominaba como un sentimiento de temor que helaba las manifestaciones en la garganta. Diríase que las palabras del orador eran como un látigo alzado en el aire, que mantenía los espíritus en la expectación y el miedo.

Con la misma tranquilidad, y sin salir de su tono acerado y frío, continuó diciendo el agitador extranjero:

«Las majaderías de Rousseau, excelentes como arma de demolición y de combate, no se han hecho para hombres, y nosotros lo somos. No voy á entrar en disquisiciones ideológicas, sé que sois gente práctica; pero ni el hombre es bueno, ni la felicidad, lo mismo para el rico que para el pobre, dejará de ser nunca más que una quimera, ni la igualdad otra cosa que ridícula utopía.

»Oídme.

»Yo he nacido en la primera jerarquía social, en posesión de todas las ventajas que excitan hoy vuestros más furiosos apetitos; rango, riqueza, consideración, hasta una salud de hierro, curtida por los rigores del clima y endurecida por los ejercicios del cuerpo. Con deciros que mi abuelo, amigo de Voltaire, educó á mi padre con arreglo á las doctrinas del maestro y mi padre hizo conmigo otro tanto, comprenderéis que no me encadenaba al entrar en la vida ninguna especie de superstición. Dueño de mi espíritu y de mis actos, me lancé en el torbellino de los placeres y pedí la dicha á los goces de los sentidos, pero no tardé en advertir que éstos toman siempre más que lo que dan: la energía de mi espíritu me salvó á tiempo de la ruína del cuerpo. Busqué la felicidad en los certámenes de la vanidad; tampoco la hallé: la vanidad es una pasión estúpida, cuyos triunfos humillan la razón, porque son triunfos alcanzados sobre los tontos incapaces de sentir orgullo. De todo punto desesperado de poder dar con la felicidad, convencido de que ni el rango social ni la inteligencia son medios de poder llegar á ella; que es un fantasma sin realidad; que la misma riqueza representa para este fin dos amargas decepciones, la que padece el que no la tiene por creer que su falta le hace desgraciado y la que experimenta el que, teniéndola, se convence de que es un instrumento negativo y hasta contraproducente para ser dichoso, quise darme otro género de satisfacciones.

»Lastimada mi soberbia de que hubiese en mi misma patria un hombre levantado sobre todos, dueño de mi libertad y de mi vida, me hice nihilista y me lancé á ojos cerrados en las terribles aventuras de la secta. Aquí dí con un filón de emociones que me hicieron comprender que el hombre puede ser, durante su paso por este miserable planeta, algo más que una máquina de sufrir penas, que un juguete del destino, por inexorable ley condenado á la miseria. Fijaos bien esto. Hacer de la vida del autócrata dueño de la de sesenta millones de seres humanos una vida más miserable y desdichada que la del último de los siervos, era ya de por sí una empresa no exenta de grandeza; pero además del hecho se desprendía otra enseñanza fecunda. El mundo está gobernado por dos grandes fuerzas, la que crea y la que destruye. La

primera se halla fuera del alcance del hombre: la teología y la ideología la llaman Dios; pero nosotros, gente positiva, nada tenemos que ver con lo invisible. Pero la otra fuerza, la fuerza destructora, reside en el hombre, reside en nosotros, y al ejercerla ejercemos un atributo serio, nos hacemos parte activa de uno de los dos grandes beligerantes que se disputan la tierra.

«En el dogma cristiano la potencia destructora está simbolizada en Satanás, el ángel rebelde, y nosotros, que vamos á la destrucción por la anarquía, nos ponemos fuera del miserable nivel humano, somos como ángeles caídos, poco importa, pero por lo mismo mucho más que hombres. De nosotros á Satanás no hay jerarquía intermedia; somos agentes activos de la misma obra.»

La actitud, la voz, el gesto del boyardo, al llegar á esta parte de su extraño discurso, guardaban terrible y misteriosa armonía con sus palabras. La cabeza echada hacia atrás en señal de reto, el entrecejo fruncido como abrumado por el peso de la maldición celeste, los ojos dilatados y la pupila fija é iluminada de rayos sombríos, las dos cavidades de la nariz ensanchadas como la del animal carnívoros que olfatea la sangre, daban á su figura la semejanza de Luzbel, vencido y derribado, pero siempre rebelde. El auditorio, subyugado, seguía pendiente de sus labios, la mayor parte sofocando á duras penas los rugidos de satisfacción que pugnaban por salir de la garganta, el resto sin poder sacudir el temeroso dominio que ejercía su persona y el poder secreto ó implacable del cual era quizá uno de los supremos árbitros.

«Compañeros, concluyó diciendo el aristócrata demagogo, nada de subterfugios. He visto que algunos de vosotros, á quienes su papel les viene muy ancho, profesan la destrucción, el incendio y la matanza, como medio de llegar á un estado social que no ha de salir nunca de la región de los sueños. Yo los profeso como medio y fin. Odiar el actual organismo, que no podrá ser reemplazado con otro mejor, es quedarse á medio camino. Es preciso ir más allá; es preciso odiar todo el organismo de la creación y persuadirnos de que no hemos de hallar otro empleo más digno de nuestras facultades que el de combatirle á fuego y sangre hasta que caigamos en el seno de la nada. Si, como yo, os sentís humillados de ser hombres, seguid mi ejemplo, y ya que no podemos ser como dioses, seamos una prolongación de Satanás. El terror que infundamos será nuestra recompensa, que harto más digno del hombre es ser temido que no ser despreciado.»

El orador sacudió la cabeza como Júpiter después de despedir el rayo y se sentó. Un rumor tremendo y prolongado, en el que los aplausos y los rugidos se confundían, estremeció el vasto local. Aquellas figuras, en su mayoría siniestras, se animaron, y agitando los puños en el aire en actitud de amenaza, parecía como que buscaban presa que desgarrar y botín que repartir. Un clamor formidable de *¡Muerte á los burgueses!* mezclado con otros gritos, blasfemias y palabras groseras que estallaban en la atmósfera densa, impregnada de vapores de tabaco, de cerveza y de pasiones salvajes, como la pólvora al contacto del fuego, sofocaron en los primeros momentos toda contradicción. Sin embargo, eran evidentes en una parte del concurso las señales de descontento: había muchas cejas fruncidas, muchos ojos que miraban airados á un lado y á otro, como buscando auxilio y número para atreverse á protestar. En esto, y aprovechando un instante de descanso en aquel bramido de olas irritadas, un hombre se levantó en uno de los bancos extremos de la sala y pidió con voz enérgica, que se oyó en toda la sala, la palabra.

Era Vicente.

Los generosos sentimientos del joven artesano se habían sublevado ante la brutalidad del programa desarrollado por el sombrío personaje que acababa de hablar. Su nativo buen sentido midió todo lo humillante que era para el pueblo trabajador que se quisiese hacerle instrumento de las locuras de la soberbia de próceres corrompidos y escépticos. Era de temperamento batallador, y sin medir las consecuencias de lo que iba á hacer y sin saber lo que iba á decir, pidió la palabra con el corazón palpitante, incapaz de refrenar el impulso avasallador que le arrastraba.

La audacia del acto sofocó por breves instantes el estruendo, y todos los ojos se fijaron con curiosidad en el atrevido joven, que así arrojaba su persona en medio de aquel volcán en plena

erupción. Vicente, sin conciencia de lo que hacía, y como respondiendo á pensamientos é impresiones anteriores, comenzó á decir:

«Compañeros: lo que acabáis de oír, más que el discurso de un hombre que se interesa por nuestra suerte, es un caso de hidrofobia...»

Ante la enormidad de estas palabras, la tempestad estalló con mayor furia, produciendo dos movimientos diversos en el concurso. Los grupos que estaban más cerca de la presidencia formaron inmediatamente una barrera de protección delante del nihilista, que desapareció por la pequeña puerta por donde había penetrado en la sala. Otra gran parte de los circunstantes se arrojó frenética sobre Vicente, aullando:—*¡Muera el espía! ¡Fuera el poliçonte!* El joven procuró hacer frente á la avalancha de puños cerrados que se le venía encima, poniendo gallardamente en movimiento los suyos; pero el círculo de rostros feroces, rechinando los dientes, de resuellos ardientes y vinosos que más parecían rugidos, le fué estrechando hasta apretarle, como si estuviera dentro de un estuche de hierro. El menudeo de los golpes sobre su cabeza acabó, en fin, por hacerle perder el conocimiento, y ya no sintió más que algo así parecido á lo que debe sentir el que bajo la acción de una pesadilla cree hallarse enteramente á merced y entre las garras de una legión infernal.

Cuando volvió al sentimiento de la vida, se encontró sentado en un banco de piedra con la espalda y la cabeza apoyadas en el tronco de un árbol. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que le habían dejado allí? No podía saberlo. Reconoció el sitio, que era una de esas anchas calles con avenidas de árboles que abundan en las grandes ciudades, y no muy lejos de la cervecería, teatro de la terrible aventura. La soledad profunda que le rodeaba era indicio cierto de estar ya muy avanzada la noche, quizá muy cerca de la madrugada. Su casa no estaba lejos. Probó á levantarse, zumbábanle los oídos y no tenía firme la cabeza; su cuerpo, magullado por los golpes, era un puro dolor; pero echando mano de toda la firmeza de su ánimo y parándose con frecuencia para tomar fuerzas, pudo llegar, más arrastrándose que andando, á su domicilio, donde se dejó caer en la cama para pasar algunas horas de fiebre y algunos días de dolencia, cuya tristeza embelleció el suave recuerdo de Fineta, que había venido nuevamente á enseñorearse de su pensamiento.

III

A la caída de la tarde del sexto día transcurrido después de estos sucesos, hallábanse Antonia y su sobrina tristemente ocupadas en sus labores, y decimos tristemente, porque movían la aguja sin mover la lengua, caso poco frecuente entre las hijas de Eva, y porque las mejillas bastante caídas de color de Fineta, revelaban muchas lágrimas furtivamente vertidas; cuando entró inesperadamente en la habitación Vicente, todavía con huellas de sus cinco días de cama.

Fineta se inmutó y Antonia clavó sus ojos en el joven con sorpresa no exenta de esperanza. Éste, como si obrara impulsado por un resorte, exclamó:

—Vengo á decirte que creo en el diablo, que creo en el infierno, y creo, porque los he visto.

Y aquí refirió con el movimiento de frases y de afectos propio del que está todavía bajo la impresión de una escena que ha removido todo su ser, la que acabamos de referir.

—El hombre no inventa nada, dijo Vicente como para resumir sus impresiones, y el poder sombrío y terrible que se presentó á mi vista hace cinco días no puede ser más que un reflejo del que yo antes consideré neciamente como una fábula. La imitación supone forzosamente el modelo. Aquí me tienes dispuesto á dejarme siempre guiar por tu amor.

Las dos mujeres oyeron al joven casi sin respirar, y apenas hubo acabado, Fineta le tendió una mano diciéndole, al paso que sus mejillas se matizaban de hermoso carmín:

—Y yo, Vicente, estoy desde ahora dispuesta á ser la compañera de tu vida, y espero, con la ayuda de Dios, acabar de convencerte de que el amor es el que ilumina la existencia, que hacen insoportable el odio, la soberbia y la envidia.

C. SUÁREZ BRAVO.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO EN 1893



Vista general



Palacio de la Agricultura

Ayuntamiento de Madrid



LOS PIGMEOS DE LA GRANDE SELVA AFRICANA

ESTUDIO PUBLICADO EN LA REVISTA NORTE-AMERICANA «SCRIBNER'S MAGAZINE,» EN EL MES
DE ENERO DE 1891

POR

ENRIQUE M. STANLEY

(CONCLUSIÓN)

VENÍA con nosotros un muchacho pigmeo, de unos diez y ocho años de edad, también bastante original. Lo cautivamos mientras su tribu estaba llevándose una caja de municiones Remington que había encontrado en la espesura, en donde la había dejado á escondidas de la retaguardia un holgazán de sudanés á quien se había impuesto un castigo disciplinario. Un oficial irlandés decía de ese chico, que estaba gordo como la manteca, y en efecto, su rostro rollizo y rubicundo evocaba este recuerdo y el de las morcillas y los salchichones. Aunque no padecía de ningún mal, era singularmente taciturno. Cuando le dirigían la palabra, mostrábase tan reservado que había que repetirle las cosas media docena de veces para que se resolviese á despegar los labios. Entretanto contentábase con pasear el índice por el muslo como trazando rúbricas, dejando caer la cabeza sobre el hombro con aire meditabundo. Fué á parar en manos de un amo que le trataba con sumo cariño. No sólo no probó nunca de desertar, sino que seguía de muy buen grado á la caravana. Ni durante la marcha, ni en el campamento, ni en el trabajo, ni holgando se le vió nunca conversar con sus compañeros. Andaba ligero como un gamo, no obstante la carga más que regular cuyo transporte se le había confiado, marchando siempre con la vanguardia y en primera fila. No bien llegaba ésta al sitio designado para acampar, echaba una mirada á su alrededor para escoger el sitio donde á su amo le convenía hacerlo, apilaba allí los efectos de éste y corría á buscar leña para encender lumbre. Una vez en la tierra llana, donde escaseaba sobremanera el combustible, un grandullón sudanés le quitó un haz de ramas que había logrado reunir con inaudito trabajo. El pobre pigmeo le dirigió una mirada de reproche, y sin decir palabra volvió á emprender su tarea. Robáronle por segunda vez y el pobre enano se echó á llorar, pero sin proferir una queja, sin pronunciar una palabra.

Basta fijarse en los pocos ejemplos que acabo de citar para comprender la buena opinión que tengo de los pigmeos y la simpatía que les profeso. Lo que me maravilla es que esos hijos de la selva, estando en guerra perenne con los colonos, y haciendo la vida de los animales de presa, puedan adaptarse tan fácilmente á las exigencias de una disciplina tan severa como la que reina en los campamentos.

No hay duda que distan mucho de manifestar el mismo grado de inteligencia que la mayoría de los indígenas en el arte de vivir cómodamente, y en el modo de proporcionar víveres á sus familias. Tampoco fabrican vestidos de corcho, ni saben cuáles son los árboles que producen materias tintóreas; ni cómo se hacen los jarros y los pucheros de arcilla, ni las agujas de hierro ó de hueso; ni de qué manera debe fundirse la hematita para convertirla en hierro; ni qué procedimiento ha de emplearse para forjar las flechas, é ignoran el arte de fabricar redes de fibra vegetal. No abren claros en la selva, no plantan ni siembran cosa

alguna, y sus viviendas, aunque muy aseadas, no son comparables por cierto á las que forman las aldeas industriosamente edificadas de las grandes tribus agricultoras.

Pero, en cambio, esos nómadas nos han demostrado que son capaces de sentimientos humanitarios, que saben ser excelentes amigos, tienen un genio tratable y un entendimiento susceptible de cultivo. Por otra parte, son valerosos y saben mostrarlo en la defensa de sus familias; saben escoger á maravilla las calvas de la selva y encontrar en cualquiera dirección el camino que les conviene en el dédalo inmenso de la espesura; los horrores de ésta no sobrecogen su esforzado espíritu; luchan ventajosamente con el elefante y el leopardo, ostentando una astucia superior á la del chimpancé, y en este punto no pueden competir con ellos ni el receloso lemur ni el maligno loro. Lo mismo cazan los pájaros más diminutos que los cuadrúpedos más corpulentos. Conocen al dedillo las propiedades de muchísimas plantas, y saben muy bien cuáles



Pigmeo prisionero

son los frutos silvestres que pueden comerse sin peligro. Obligan á las tribus más populosas á pagarles tributo, y las más fuertes comunidades de colonos se tienen por muy dichosas si logran evitar sus hostilidades.

Muchas veces he oído hablar de europeos que fueron víctimas de la ferocidad de los búfalos ó de los elefantes. Gamble Keys fué despedazado por un búfalo en Lukolela, el capitán Deane fué maltratado por un elefante que le dejó poco menos que exánime, y el honorable Guy Dawnay pereció sacrificado por un búfalo. Casi en todas nuestras expediciones hemos perdido uno ó dos zanzibaritas, que luego nos hicieron buena falta, á pesar de ir armados de excelentes carabinas, de esas que se cargan por la culata. No deja de ser muy curioso, por consiguiente, que esos muñecos, en apariencia más débiles que nosotros, ataquen á tan formidables animales con la misma bravura y con mucha mayor astucia que otros, y destruyendo sin arrostrar ningún peligro, ni dar muestras de la inquietud y el azoramiento que en tales casos perturban el ánimo de los hombres más talludos y corpulentos. Gracias á su extraordinaria destreza en el empleo de todos los ardides de la caza, libranse de morir de

inanición en las perpetuas é inhospitalarias sombras de la selva, y proporcionanse los utensilios indispensables para la vida doméstica del salvaje.

Sus aldeas, situadas bajo el frondoso follaje de la arboleda, nos parecieron siempre cómodas, abrigadas y notables por su aseo. En una de ellas vi hasta 92 chozas dispuestas en forma circular y abarcando un diámetro de unas 50 yardas. Los pigmeos suelen establecer sus campamentos en las encrucijadas de los caminos, y á la distancia de dos á tres millas de las plantaciones. Su encuentro era para nosotros un feliz agüero, pues nos anunciaba la proximidad de los caminos frecuentados y de los parajes donde podíamos proveernos de vituallas.

A veces se hallan edificadas estas aldeas entre dos líneas paralelas de estaciones agrícolas. Bastábanos entonces internarnos un corto espacio en la selva, para encontrar fértiles plantaciones capaces de mantener con sus productos á todo un regimiento. Un día llegamos á un grupo de aldeas de enanos del cual partía un camino de seis pies de ancho, que las ponía en comunicación con otro rústico villorrio situado á tres millas de distancia. Aquel camino fué para nosotros una revelación. En efecto, nos probaba que la tribu era excepcionalmente poderosa; que estaba bien instalada en aquel territorio; que su jefe disponía de importantes elementos, y no le faltaban medios para utilizarlos. Fuera del gran reino de Uganda, no habíamos visto en Africa un camino practicado en una extensión mayor de media milla.

Sus chozas tienen siempre la forma de una tortuga. Las puertas de entrada no tenían más de tres pies de altas. Casi sería más propio decir: la puerta de entrada y la de salida, pues la una de ellas daba al bosque y la trasera bien puede calificarse de puerta de escape. En el centro del círculo, formado por las chozas, había siempre la del jefe de la tribu, cual si los habitantes de ellas se considerasen obligados á servirle de parapeto. Hemos visto muy pocas que tuviesen más de 4 pies y 6 pulgadas de altura. Su longitud era de 7 á 10 pies y su anchura de cuatro y medio á siete. En los campamentos que parecían datar de más larga fecha encontramos algunos lechos toscamente contruidos, que sólo levantaban algunas pulgadas del suelo, y cuya disposición era semejante á la de los que nosotros nos improvisábamos en la selva. Bastaban algunas hojas de frinium para tener una cama mullida y agradable.

Aunque todas las familias se ven en la necesidad de proveer al diario sustento, nuestros exploradores encontraron siempre sus aldeas bien guardadas. Guerreros, mujeres, casi todos los habitantes, á excepción de los niños, salían á inspeccionar los lazos, las redes, las fosas y demás artificios con que habían puesto asechanzas á los animales selváticos, y en busca de bayas, frutos, hongos y bichos de los que ellos consideran comestibles, ó á hacer una razzia en alguna plantación de bananos de los alrededores. Así los cazadores como los merodeadores solían llevar consigo algunas flechas para su defensa, y algunas cestas vacías; mas la costumbre y la experiencia les eximían de ir cargados de muchos objetos, que tendría por indispensables otro pueblo que no fuera esa raza errante y vigorosa. Entretanto, los pocos que permanecen en el campamento vigilan con ojo avizor todas sus cercanías. Por si les entran ganas de fumar durante la expedición, llevan en un saquito una pequeña cantidad de tabaco, y es de ver con qué destreza improvisan sus ágiles dedos una pipa con cualquiera hoja de la selva. Si una mujer ha de cocer un plato de hongos ó de bananas verdes, una grande hoja de frinium ó de banano hace las veces de cazuela; el agua se encuentra en abundancia en la selva y la ceniza caliente asa muy bien esos silvestres manjares. Si se cogió en la trampa un antilope, un reptil ó un pájaro, puede cocerse en el bosque del mismo modo que en el campamento ó en la aldea. Si algún individuo de la expedición pierde una pieza de su rudimentario vestido, un puñado de hojas la reemplaza perfectamente cubriéndole por delante y por detrás con un velo fresco, limpio y fácilmente improvisado.

Entretanto los guerreros más ancianos que quedaron en casa no están ociosos. Dedicase á clavar á lo largo de los caminos que conducen al campamento las puntas envenenadas é

insidiosamente disimuladas por la hojarasca, que defienden el acceso al recinto habitado, y hasta una distancia de 50 yardas del camino principal trazan pequeños senderos paralelos apostando en ellos centinelas que vigilan los alrededores dando en caso de necesidad la voz de alarma. No he oído en mi vida un grito más estentóreo, más siniestro y poco parecido á la voz humana. Parece á primera vista que la pobreza debería poner á los pigmeos á cubierto de todo ataque; pero como son tan molestos y mal intencionados tienen muchos enemigos, y los agricultores aprovecharían con regocijo cualquiera ocasión que se les ofreciese para vengar las injurias y los atropellos que les infirieron.

He oído á muchos individuos de otras tribus quejarse muy enojados de los pigmeos, casi en los mismos términos que los boers de las fronteras al hablar de los indígenas del Cabo, y los colonos del Oeste de los Estados Unidos tratando de los indios bravos. Los que abren claros en la selva dedicándose á hacer plantaciones de bananos y á plantar campos de cereales y de tabaco detestan á los pigmeos, considerándolos como una plaga que debiera exterminarse á todo trance. Su vecindad no es ciertamente muy apetecible, que digamos. Obligados á



Flechas de los pigmeos africanos

sostener su nómada existencia con el producto de la caza, las bananas, el maíz, las habas, los melones, el tabaco, las cabras y los pollos tienen su apetito, y como tienen la astucia del raposo, y en esta parte carecen de sentido moral, saquean sin escrúpulo á sus opulentos vecinos sin que valga con ellos más freno que el de la fuerza, y aun ésta es un expediente pasajero, pues en cuanto se presenta ocasión, vuelven á las andadas. Resulta de esto que son mortalmente aborrecidos, y sólo se les tolera como unos parásitos de los cuales no pueden deshacerse los demás habitantes de la selva.

Por fortuna la Naturaleza es tan pródiga en aquellas regiones, que en los años de regular cosecha la vecindad de los pigmeos no es una gran calamidad; pero en otro caso el choque es inevitable. Y cuenta que esa gentecilla dista mucho de ser un enemigo despreciable. Un

pigmeo desarmado no puede medirse con uno de esos agricultores, por regla general muy robustos y corpulentos; pero como lleve en la mano un puñado de flechas, no le mete miedo ni el más fornido gigante de las plantaciones. Cuando tiene la desgracia de caer prisionero, es objeto de ludibrio por parte de los gallardos sudaneses y de los vigorosos zanzibaritas, que toman á chacota sus diminutas armas, su angosto pecho, su colgante abdomen y sus cortas y delgadas piernas; pero en la umbría arboleda, armado de sus flechas, de su bravura ingénita y de su proverbial astucia, su encuentro no tiene nada de agradable. Muchas veces me he encolerizado por la negligencia de los míos, que necesitaron muchos meses para persuadirse de que la superioridad de su armamento no les garantizaba la vida, si no procuraban competir con aquellos hombrecillos en vigilancia y astucia.

Un gastador, muy valeroso por cierto, internóse un día en la espesura armado de una excelente carabina de repetición y bien provisto de cartuchos para castigar una acometida, y á los cinco minutos volvió con una flecha colgada entre la quinta y la sexta costilla; otro que había ido por agua al arroyo, también perfectamente armado, regresó al poco rato sin cántaro ni carabina y con una flecha barbada en las entrañas; una mujer ocupada en coger hierbas para la sopa á un extremo de la aldea, tuvo que huir del campo con siete flechas en el cuerpo,

un soldado sudanés muy disciplinado, recogiendo leña á corta distancia de un campamento, en donde había 400 carabinas para defenderle, se nos presentó al cabo de unos momentos llevando clavadas seis flechas. A este tenor podría citar cincuenta casos producidos por la imprevisión y la ligereza incurables de mi gente. El pigmeo no viaja nunca descuidado como los imprevisores individuos de nuestra caravana. Con el arco en la diestra, una docena de mortíferas flechas en la otra mano, ojo avizor, oído atento, paso precavido y vigilante el entendimiento, hacía un perfecto contraste con la mayoría de los nuestros que atravesaban la espesura con ánimo negligente y perezoso, sin ver ni oír lo que en torno de ellos pasaba, como no fuese ante sus ojos. Avanzaban en aquella peligrosa soledad como una turba de sonámbulos. Vigilándoles en las cercanías del campamento dos veces quité la carabina á los centinelas antes que advirtiesen que alguien se les aproximaba. Al llegar á la vista de una aldea ó de un campo enemigo, portábanse muy bien; pero hubo de transcurrir mucho tiempo antes que mi voz y las lecciones de la experiencia lograsen amaestrarles lo bastante para apreciar y precaver las contingencias de una guerra con los salvajes.

Por más que parezca exagerado, debo decir que, al cabo de algunos meses de experiencia, la aproximación de un cuerpo de pigmeos se adivinaba por el olfato como el hediondo rastro del cerdo verraco. Despiden un olor acre y penetrante tan diferente del de los negros, como lo es el de éstos del que exhala por regla general la transpiración de los blancos.

¡Quién fuera capaz de explicarnos cuántas edades han transcurrido desde que esos enanos empezaron á fijar su residencia en la vasta selva del África ecuatorial! Lo único que nos consta, es que ya estaban allí antes que Herodoto visitase la tierra de Egipto y Homero recitase sus maravillosos poemas. Yo conjeturo que fué allá por los años 1500 antes de J. C. cuando Ramsés conquistó la Nubia Superior, esto es, há unos treinta y cinco siglos. Otros tantas hubieran podido permanecer ignorados en aquella lóbrega región si no se hubiesen inventado la imprenta y los ferrocarriles. Sin éstos su retiro habría sido inexpugnable, sin el auxilio de aquélla, que ha inspirado y alentado á los hombres capaces de construirlos, la empresa hubiese sido no sólo harto costosa, sino de todo punto impracticable. El ferrocarril trazado para unir el Congo Inferior al Superior y la creciente flotilla de este nuevo Estado, facilitarán á la emprendedora raza blanca, á las expediciones armadas, á los colectores de cachú, á los tratantes en madera y en goma, á los agentes de policía y á los misioneros el acceso á esa región hasta hoy tan poco conocida y tan desprovista de medios de comunicación, que se halla como separada del resto del mundo. Por más que les repugne á los pigmeos la luz del sol, algunos sobrevivirán á un cambio tan grande, y abrigo el firme convencimiento que al escribirse la historia de las futuras exploraciones, se les declarará iguales al resto de la humanidad y tan susceptibles de tiernos y generosos sentimientos como la más noble y perfecta de las razas.

Traducido del inglés por
J. COROLEU.

UN DIPUTADO MODELO

DE un diputado sé yo,
de gran peso,
que una tarde en el Congreso
pidió la palabra *en pro*;
y con risueño semblante,

sin cejar,
en *contra* se puso á hablar:
no le pareció bastante,
y se abstuvo de votar.

J. FEDERICO MUNTADAS.

NUESTROS GRABADOS

SUCESOS DE EGIPTO

Los sucesos que recientemente han ocurrido en el Cairo prestan interés á la figura del joven soberano del Egipto. Sucedió Abbas Bajá á su padre Tewfik Bajá, por muerte de éste, porque en aquel país el trono se transmite á los hijos, no guardándose como en Turquía el orden de sucesión en los hermanos del Sultán. Diez y siete años de edad contaba entonces y acababa de



ABBAS I, KEDIVE DEL EGIPTO

(De una fotografía, por Van Rosch, de París)

salir de los colegios de Europa en los que había completado su educación é instrucción. Como saben nuestros lectores, por un cambio de ministros reveló claramente Abbas I sus sentimientos hostiles á los ingleses, que desde algunos años tienen ocupado el Egipto. El joven Kedive hubo de ceder ante el *ultimatum* de lord Cromer, representante de Inglaterra; mas se cree con fundamento que no modificó en nada sus ideas y que alienta en su pecho la hostilidad contra la Gran Bretaña, cosa por otro lado muy natural y en la que le acompaña su pueblo. Por el odio que todo país tiene al invasor y por la enemiga que los pueblos mahometanos sienten siempre contra los cristianos, y más cuando son dominadores suyos, la población de Egipto, en su inmensísima mayoría, vería con regocijo que los ingleses fuesen expulsados del territorio del Nilo. De este sentimiento es hoy representación el joven Kedive, cuyo retrato publicamos.

EL KEDIVE ACLAMADO POR EL PUEBLO, EN EL CAIRO

En los días en que ocurrieron los acontecimientos que hemos mencionado en los párrafos anteriores,

Abbas I Bajá, contra la costumbre de los monarcas orientales que se dejan ver poco por las calles, fué en carruaje descubierto á la ciudadela del Cairo y á una de sus principales mezquitas. Esto sirvió de motivo á su pueblo para que le aclamase con entusiasmo, manifestándole por este medio que participaba de sus deseos de ver libre el Egipto de la ocupación inglesa. La lámina que va en este número reproduce una de esas escenas. El Kedive, al pasar en coche por uno de los más hermosos paseos del Cairo, es vitoreado ardientemente por los habitantes de aquella populosa ciudad. El cuadro está directamente tomado del natural y reproducido con la fidelidad que ponen los dibujantes ingleses en sus trabajos, puesto que un artista inglés es el autor de dicho grabado.

LA FERIA DEL MUNDO

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO EN 1893

Los norteamericanos quieren siempre hacer las cosas en grande. El tamaño es una cualidad que se apodera de la imaginación del yankee más que otra alguna, y por ello se propusieron conseguir que la Exposición Universal de Chicago superase á las más grandes que se han organizado en el viejo mundo. El área de aquella Exposición, que ha de abrirse en este año, comprenderá 1,035 acres ó dígase un perímetro dos veces mayor que el de la última Exposición de París. El mismo camino seguirá su presupuesto, así en los gastos como en los ingresos. De cuatro á cinco millones de libras esterlinas se invertirán por la Junta Directiva de la Exposición, y algunos millones más añadirán á dicha suma los gobiernos federales y del Estado, los gobiernos extranjeros, las sociedades y particulares y los contratistas de los varios locales de espectáculos que habrá dentro de aquel inmenso perímetro.

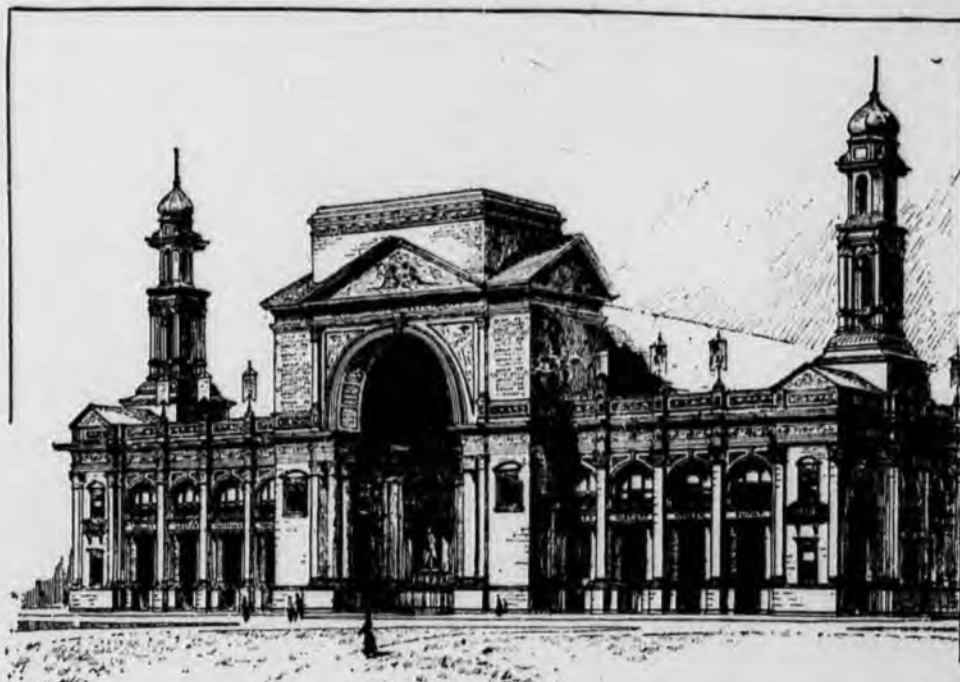
Acertada ha sido la elección de Chicago como centro de esta gigantesca demostración de la civilización y del progreso con motivo del Cuarto Centenario del descubrimiento de América y para celebrar en la América Septentrional este famoso acontecimiento. Situada en un espacio llano, en medio de una hermosa y fértil comarca, es una de las ciudades más bonitas del mundo y en importancia mercantil la segunda después de Nueva York. Hubo viva y amarga rivalidad entre Filadelfia y Chicago, que se disputaban la honra de llevar á cabo esta feria colosal, pero se juzgó que la segunda reunía mejores condiciones y por ello alcanzó el voto favorable del Congreso. Según el acuerdo de éste, confiése la Exposición á una junta de representantes de todos los Estados y á otra compuesta de cuarenta y cinco ilustres vecinos de Chicago. Estas juntas debían reunir un fondo de dos millones de libras esterlinas, elegir el sitio y formular los planos de las construcciones. El fondo de garantía se suscribió pronto por los mismos habitantes de Chicago, y en *Jackson Park* halló la Junta el sitio que podía soñar para sus propósitos. *Jackson Park* encuéntrase á lo largo del lago Michigan, el cual tiene unas veintiseis mil millas cuadradas, de manera que de todos los puntos de la Exposición se descubrirá esta vasta superficie de agua llena de edificios y objetos de todos tamaños y formas. Otra excelente condición del terreno, debida á la contigüidad del lago, es que tenga islas, estanques y lagunas, diseminadas por el parque y separando de un modo por todo extremo pintoresco los diferentes edificios. Hace algunos meses *Jackson Park* se hallaba en su estado primitivo; mas apenas fué aceptada la idea, un ejército de hombres, caballos y carros

lo volvió todo de arriba abajo y el área por completo | quedó cambiada y nivelada. Unos doscientos mil pies



Edificio para la Administración

cúbicos de tierra hubieron de ser removidos para quitar | montículos que obstruían la vista, arrancáronse árboles



Palacio para la Electricidad

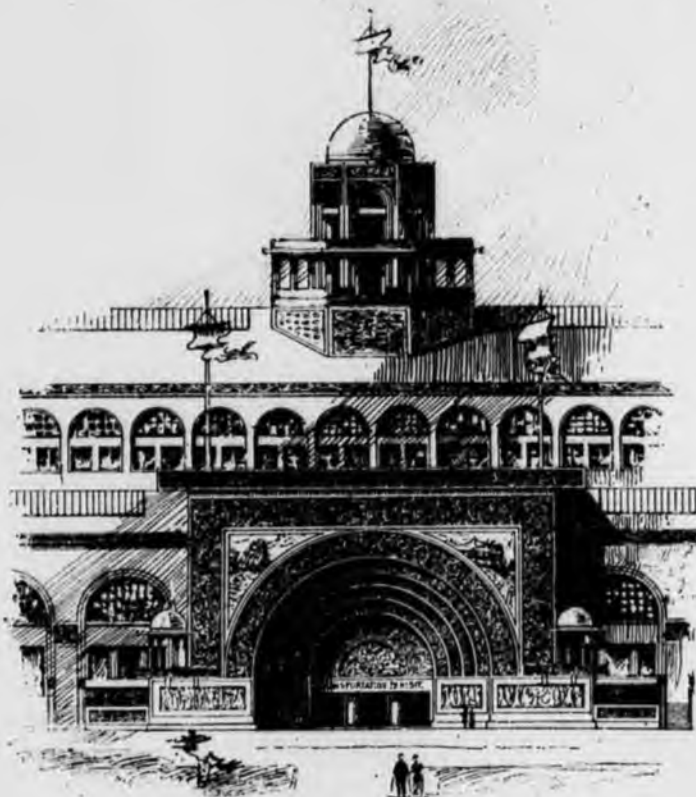
en número considerable, pues sólo se salvó un pequeño | valiéndose de máquinas de vapor, un canal que va del
trozo de bosque, y en el lado septentrional se abrió, | lago á una de las lagunas y que constituirá una de las

TOMO II.—39.

mayores curiosidades de la Exposición. Al sur y al oeste del lago se ha levantado una gran terraza, de catorce pies ingleses de altura, sobre la que se ha construido el edificio para la Administración, que será uno de los más vistosos de *Jackson Park*. No era cosa de dejar los espacios que quedaban entre los edificios desnudos de vegetación, por lo que arquitectos, paisajistas y jardineros se ocuparon acto seguido en improvisar jardines, paseos y parques para convertir aquel lugar en un sitio deleitoso.

El área ocupada por las distintas construcciones será vez y media la que tuvo la Exposición de París de 1889. De su disposición general podrán formar concepto nuestros lectores por el dibujo á vista de pájaro que damos

en este número, junto con otras vistas sacadas de la misma Exposición y que permitirán formar cabal concepto de ella. El pabellón de la Electricidad figurará entre los más importantes é interesantes departamentos. La luz eléctrica iluminará, como es de suponer, todo el perímetro de la feria de Chicago, *The World Fair*, la feria del mundo, como la llaman los americanos. No faltará tampoco un ferrocarril eléctrico suspendido y otras novedades debidas á la ciencia de los electricistas. El pabellón de la Electricidad es también lindísimo, y como varios otros edificios del certamen de Chicago, ha sido proyectado siguiendo el estilo del Renacimiento italiano, porque en materia de Arte el Nuevo Mundo ha de ser siempre tributario del Mundo Viejo. Tendrá



Palacio para los Transportes

una elevación de sesenta pies y estará hecho de un material que por el color parecerá granito, siendo la parte ornamental adecuada al estilo. La estatua de Franklin presidirá á la entrada del edificio.

Muy diverso será el pabellón de la Agricultura, proporcionado en sus dimensiones á la importancia y significación de esta industria, y exceptuando el edificio para la Administración, habrá de ser colocado entre los más hermosos de *Jackson Park*. La fachada es de estilo clásico, neorromano. Lo rodearán las lagunas, y uno de sus detalles más característicos lo formarán los cuatro pabellones, uno por lado, enlazados con la gran rotonda central, que rivalizará en dimensiones y decorado con las más espléndidas que se hayan levantado en el mundo.

El edificio para la Administración, conforme lo hemos indicado, será la perla de la Exposición. Aunque construido con materiales que han de durar sólo dos años, costará 650,000 dollars, y al decir de la prensa americana, habrá de ponerse entre las más bonitas obras de la arquitectura moderna. Por su posición dominará todo el terreno y consistirá en cuatro pabellones. El primer cuerpo es de orden dórico, de proporciones algo pesadas; el segundo, con una alta columnata, es de estilo jónico. Exteriormente aparece dividido en tres pisos. La cúpula con que remata es de graciosas líneas y se ornamentará con frisos y bajo relieves, iluminándola una colosal claraboya. El interior se decorará con talla, pintura y escultura.

(Concluirá).



¡PASIÓN!

NOVELA ORIGINAL

DE

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

(CONTINUACIÓN)

XIII

MOSTRÁBASE doña Blanca en muchas ocasiones expansiva con don Martín: consultábale en este punto y el otro en cosas de lectura, á cuyo recreo se entregó desde la niñez con entera libertad por parte de la familia. Doña Blanca era por eso un espíritu altamente educado. Don Fermín, su primo, había hecho á Pedrosa el confidente de sus amores, y él le aconsejó con gran mesura, probando la seguridad de sus juicios. No creáis que por esto de frecuentar tanto la amistad de los Máinez y Carrillo, dejó don Martín de ver ni hablar á otras nobles y respetables familias cordobesas: todo cuanto se mostró antes de retraído y apartado, ahora pareció con empeño de unirse y hablar con todo el mundo; así es que el círculo de su sociedad se extendió asombrosamente. Como trató á doña Blanca trató á otras muchas damas cordobesas, y con más intimidad si se quiere: en misa continuaron viéndose, como antes, doña Blanca y don Martín; él ofrecía el agua á la noble doncella; la noble doncella hacíale una

de las reverencias que ya sabéis, sonriendo un poco, y Pericón Lobato soltaba su gruñido. Como fuere doña Leonor con doña Blanca, era ya bien distinto; don Martín, entonces, ofrecía el agua á doña Leonor; pasábasela doña Leonor á su hija: hacíanse el saludo correspondiente, salía el caballero con ellas y acompañábalas hasta el gran portalón de la casa de Máinez y Carrillo. Pero aquí viene ahora, que ni de molde, la reproducción íntegra de una carta de las que se encontraron firmadas por la primogénita de los Máinez y Carrillo, entre los papeles de la consabida madre abadesa:

«Ya sé yo, señora prima, que vos no debíais recibir ni leer mis cartas, desde que os apartó del mundo vuestro santo horror á las humanas cosas; pero yo tengo fe y esperanza mucha de que Dios será servido de alentarnos á seguir amparándome con vuestro maduro consejo de que tanto he menester. Con eso que ya dije, voyme de seguida á daros gracias por el presente de vuestro escapulario de la Virgen del Carmen, que recibí con un muy vivo sentimiento de placer y que besé conforme vide con muy puros gozos, y encomendéle el ánima: siempre llevaré al cuello ese vuestro escapulario, con la propia voluntad que llevo y llevaré hasta que muera en este mi corazón el recuerdo y amor de Jesús.

»Hablándoos de otra cosa, púsome mucho miedo, señora prima, el principio del párrafo donde me decíais haber inquirido á vuestros deudos de Madrid y Valladolid y Salamanca, por la persona del mensajero del rey, amigo de mis padres y señor de todos mis respetos; y desde que entendí, por la continuación de la lectura, que el resultado de vuestra requisitoria venía bien con lo que yo abundaba en mi pensamiento, todo el miedo y turbación que me pusisteis fuéronseme como la niebla del monte cuando el sol empieza, y se trocaron de punto en dulce regocijo, que no salió de dentro de mí, pero que no fué menos grande por estar más callado. Creía yo, señora, que mi satisfacción, por la excelente noticia de las prendas y condiciones del referido don Martín, fuese negocio de pensar lo que amargaría á mi padre don Hernando cosa contraria que al buen caballero se refiera, por lo bien amado que el caballero le es; pero como vos me enseñasteis que no es nunca perdido el tiempo cuando se gasta en oírse una á sí misma, ved ahí por donde traslucí, y lo confieso por mucha penitencia que me pongáis, que al pensar yo de aquel modo, pensaba por mí sola. Una mala referencia de don Martín hubiérala yo creído por venir de vos, no empeciendo para recibir herida muy grande y llaga después de la herida, sin que bastase para su cura el amor que mi pecho alienta por Jesús, ni ese vuestro milagroso escapulario de la Virgen, que desde hoy me ampara.

»¡Pero válgame Dios! ¿Será un sacrilegio lo que dije? Arrepiéntome muy contrita, si tal fué, y para mi defensa puedo deciros que están vivas dentro de mí vuestras prudentes máximas, vuestros juiciosos consejos, vuestra santa moral, en fin, que me llevan como de la mano á que profese estas ideas que son mi norte en la vida mundana y que serán en la vida eterna mi salvación. En cada una de vuestras constantes epístolas me hicisteis comprender la diferencia que hay entre un deslumbrante artificio y una verdad sencilla: lo que me predicasteis un día y otro, por mi cerebro entró, como rayo de luz al entrar por la ojiva de la oscura iglesia y se desparramó por mí, blandamente, al modo y manera que aquel rayo de luz muy luego lo alumbraba todo en la casa bendita: lo que me dijisteis y aconsejasteis está en mi cerebro, en mi corazón y hasta en mi sangre, creo yo, ¡loca de mí! que alienta y no muere; yo siento que vivo de ese sentimiento. No me arranquéis, por Dios, señora, lo que de tan buena mano recibí, que lo que me dió esa mano fué el espíritu de mi espíritu, y sin ese espíritu de mi espíritu, que yo hoy tengo, yo me moriré; ese espíritu, señora prima, muy respetada y amada, que me enseñó á respetar y amar á mis padres; que me enseña á despreciar todo lo que hoy desprecio y estimar lo que estimo; que me hace enmudecer delante de los otros, cuando tanto gusto yo de hablar á solas conmigo; que me lleva á considerar el valor verdadero y el mérito de las cosas; ese espíritu de mi espíritu, que me hizo ver un hombre honrado y leal en don Martín, sin írseme

á ninguna parte con requisitorias, como vos habéis ido, porque no lo conocíais como él le conocía. Si duda hubiérame quedado, saldría de mi escapada, al modo que me contasteis salieron los demonios del pobre poseído á quien vuestro santo capellán roció con agua bendita; pero yo soy buena cristiana y amante fervorosa de la Iglesia, y en mi corazón no entrará la duda, ni entrarán los malos tampoco, con el apoyo de los benignos cielos y amor de la Sagrada Virgen y Amantísimo Hijo, que siempre demando en mis oraciones.

»Dije en el punto y lugar que sabéis, y repítolo ahora, que mi duda hubiera acabado; hubiera acabado, sí, con reparar solamente al señor mensajero el día de la prisión de mi primo el de Santisteban; el tono en que le ordenó que callare; la modestia y majestad con que replicó, que, sin ser él nada, imponíale silencio en nombre del Rey, y su ademán al tropezarse de súbito sus ojos con el corregidor y mandarle prender á mi primo, sin contar el apresuramiento de Zapata en obedecerle, cosas fueron de mucho ver por la grande admiración y pasmo que ponían. Yo quedé absorta y los caballeros presentes también, viendo la apostura y expresión del señor mensajero, y ya sabéis la mucha soberbia de Gutiérrez de los Ríos y don Melchor Saravia, para asombrarse sin causa por cosa ninguna.

»Del bendito Roelas, don Alonso Valdelomar y maese Luis, nada os digo, ni de mi padre, porque estaban confusos y admirados; pero la más afligida y llena de asombros fué la pobre doña Leonor, porque creía ya decapitado á su sobrino, á quien tan bueno y grande querer profesaba, y porque no acabó todavía de ponerse el ánimo en aquello que tocaba de que aquel grave y noble varón de tan majestuoso continente fuera quien en puntos tan diversos regocijó al entonces turbadísimo ánimo con jocosos discreteos sin fin y muy donosas y divertidas frivolidades.

»Figuraos, pues, el alborozo de doña Leonor así que entró su sobrino de repente, arrojándose en sus brazos, y figuraos también la grandeza de alma que creímos hallar en el discurso que á don Fermín húbole dirigido el señor mensajero, en la torre de los Donceles, para excusarse. Pero de todo esto os hice ya relación en mis epístolas anteriores; holgará que os lo repita, debiendo deciros nada más, como así lo hago, que doña Leonor y todos los de mi parentesco aman á don Martín como cosa propia: algunas veces que hablo yo con él figúrase me que es don Hernando ó doña Leonor con quien hablo, y con este olvido muéstrole al caballero toda la confianza que me inspira; es bondadoso, y en su rostro grave y dulce pareceme comprender que aprecia mi trato; pero como yo caiga de pronto en la cuenta de que es á don Martín á quien tengo delante y no á ninguno otro de mi familia, éntrame encogimiento y callo, y no sé qué cosa pensará él de mi actitud, que no es otra que el respeto que me pone, que es muy grande, por ir á la par de mi simpatía. Yo veo como otras damas, y doña Leonor también, háblanle y rien, y se alborozan y divierten con su discreto coloquio; yo me alborozo y divierto más contempládoles y oyéndoles: estoyme callada, y como sabéis, mi prima, que mi natural no es explosivo ni atolondrador, como el de don Fermín y mi madre, diviértome yo sola por dentro de mí, y guárdomelo todo con gran secreto, para que más me regocije.

»Quédame algo que deciros de un muy grave negocio, como lo es el del alzamiento de los moriscos de Granada, de que no sé si tendréis noticias; doña Leonor, y yo lo mismo, nos explicamos ahora á lo que obedecían el mensaje y la estancia de don Martín en Córdoba, y las conferencias y los cabildos de que ya también os impuse, y el viaje de mi primo don Fermín á Granada y todo lo demás que sabéis, por habérselo yo dicho también en sazón y lugar oportunos. Dios será servido de dar la victoria á las armas cristianas, que siempre triunfaron contra infieles; se hacen muy grandes levadas de hombres en Córdoba y en otras ciudades; aquí, por lo pronto, muy buen manejo que se da Zapata de Cisneros para reclutar soldados: el día 4 deste mes que corre, que era domingo, juntó en el Campo de la Verdad á todos los caballeros de premia, con sus armas en punto de combate, y había allí hombres de pie y á caballo en un número de mil quinientos lo menos. Púsoles el corregidor, como capitán, á los de á caballo, al

buen Andrés Ponce, y para los de á pie á Ruiz de Arguayo, y allá traspusieron muy animosos y decididos á guerrear por la fe. Don Martín Pedrosa y mi padre don Hernando ayudan al corregidor en tan apurada y difícil faena, y hasta el día once, que fué ayer, han salido bien armados y equipados hasta tres mil y cuatrocientos hombres, que llevaban capitanes, con los que ya menté, á los veinticuatro, don Francisco de Simancas y don Pedro de Acebedo, y nuestro amigo Cosme Armenta, que mandaba la infantería.

»Muy mal va esto, á lo que parece, y se me aflige el ánimo de pensar que los míos irán



también contra los moros; mi padre no marchó ya, porque espera á Zapata, que fué con los caballeros de premia del día 6. Con Dios quedad, mi prima, y os ruego muy fervorosa, que nos tengáis en vuestras oraciones, y á mí particularmente, que lo he de menester muy mucho, porque siento que empiezan á llenarme de inquietudes los días y las noches, y no es ley ni hábito en mí, por mi anterior vida serena. Contrístome por lo ya dicho, y barrunto que es todo eso buen manantial de lágrimas, que va haciéndose lado en alguna parte de mi ser, para salir muy luego á mis ojos.

»Besaos la mano muy tierna y respetuosamente, vuestra prima

»DOÑA BLANCA.

»En Córdoba, á los 12 días de Enero del año de gracia de 1569.»

Al margen de este viejísimo y amarillento papel, hay una cruz y una nota debajo, escrita de puño y letra de la superiora del convento de Santa Catalina, sor María Egipcíaca de la Transfiguración, que dice así:

«¡Como al venerable Tomás Moro, al ir á la horca, olíale su pobre hija Margarita, así también las cartas de esta pobre doña Blanca mía huélenme á un campo de trigo bendecido por el Señor! Con hablarme tanto de don Martín Pedrosa, en el transcurso de su carta, no me dice á la postre si don Martín va ó no á guerrear con los moros: ¡figúrome que será miedo de hablar de ese negocio, y no olvido! ¿Por qué ya, en muy buen número de cartas, no me habló de don Fermín, como antes?... ¿Qué le sucede? ¿Tendré yo la culpa por haberla dado ese espíritu de su espíritu? ¡Mi pobre prima! Ella no llora aún y ya vierto lágrimas al pensamiento de las que ella verterá...

»Téngala Jesucristo y su Santísima Madre en su misericordia, como yo la tengo en mi corazón y la tendré siempre en mis oraciones. Amén.»

XIV

Algunos días después de haber escrito doña Blanca su epístola á la superiora del convento de Santa Catalina, ocurrieron varias escenas muy dignas de mención.

Contaré primero las grandes peripecias de un cónclave celebrado allí, en la caballeriza, en el mismo donde el hidalgo resistió por primera vez la acometida del escudero.

Era al oscurecer, hacía frío; en la cuadra, muy acurrucados alrededor de un gran fuego, hallábanse algunos importantísimos personajes de escaleras arriba y de escaleras abajo; varios escuderos, dos pajes, el marmitón de referencia y Saltillo, el famoso Saltillo en persona, aquel decantado Saltillo que anduvo siempre á las haldas de la camarera de doña Leonor, aquella Estefanía cuyo nombre pude al fin descubrir, y que os dejé consignado, aquel Saltillo, rival aborrecido del marmitón, aquel Saltillo, para que lo entendáis de una vez, que acompañó á don Fermín en su peligrosa excursión á tierras granadinas.

Habíase hablado ya de multitud de cosas que á nadie importaban y que tampoco tenían importancia en sí; se criticó á *Cascote*, un escudero de don Melchor de Saravia; se rieron de doña Mónica, la dueña de doña Blanca, por sus pretensiones de doncella que no quiebra un plato; hubo sus dimes y diretes relativos á si Estefanía se decidió al fin por el marmitón ó Saltillo, y como estaban allí, miráronse con desdén muy satisfechos ambos de sí propios.

Hablóse, pues, de todo, y era lo cierto que nadie tenía ganas de hablar de lo que se habló, sino de otros importantísimos asuntos, muy dignos de tener en cuenta, que se relacionaban con don Martín Pedrosa, con doña Casilda, con Pericón Lobato, con doña Blanca y qué sé yo quién más; las imaginaciones hallábanse exaltadísimas, sí, pero ¿quién sería el primero que hablase? ¿Quién ponía los cascabeles al gato? Parecía que se acordó tácitamente entre todos los que el cónclave componían aquella tarde, en no ser ninguno el primero en pronunciar cualquiera de aquellos nombres á que más arriba me referí, como si la primera palabra que se pronunciase tuvieran la convicción de que iba á ser sentencia de muerte para el atrevido.

Ocurrió una cosa en aquel punto que hizo respirar á todos con más libertad: aunque lo que ocurrió fué de gran trascendencia, no vayáis á creer que causó gran alboroto ni que pusiese espanto; no, mis lectores, la cosa trascendentalísima no fué más que un rumorcillo que sintieron, así, como de roce de tela que se arrastra por el piso; habían vuelto la cabeza á una los circunstantes; una mujer acercábase sigilosa; el corazón de Saltillo latió con violencia; el del ayuda de cocina no quiero decir.

Habréis sospechado, sin duda, que la mujer que se acercaba era Estefanía; eso mismo sospecharon los otros, aunque no la distinguieron aún por la semioscuridad que había en el fondo de la extensa cuadra.

No se equivocaron, ni os equivocasteis vosotros, lectores míos, si sospechasteis lo que ellos; se presentó á la luz Estefanía; el ruidillo que se sintió no fué ciertamente porque la falda rozase con el suelo; no, que la llevaba la moza muy recogida, en evitación de males que á la falda pudiesen ocurrir; pero lo que no iba en lágrimas íbase en suspiros, y ahí tenéis que si la falda no rozaba contra el suelo, rozaba contra la pared, que era lo mismo, por el gran pánico que á Estefanía causaban los caballos, y por lo mucho que se retiraba de ellos, no fuera que le soltasen una cox.

Llegó al fin é hiciéronla sitio junto á la fogata; conocíase los respetos que el cónclave rendía á la camarera.

Levantáronse todos y la saludaron humildes; allí estaba quien iba á sacarles de incertidumbres; ella no se quiso sentar al pronto; escondía las manos en las mangas anchísimas con que hubiera podido esconderse toda ella; miró á unos y á otros, entre desdeñosa y risueña, y ellos la contemplaron muy curiosos.

—Vaya, dijo con gran donaire; parecéisme ahí salamandras más bien que hombres, según al fuego os pegáis; mal año, en los huesos el frío me penetra y no he de quejarme, que siempre se dijo: donde una hembra se ponga, no hay jayane que resista.

—Sobre mullidas alfombras andas, dijo Saltillo, con gran tiesura, y de extrañar no es que el frío te respete.

—Desabrido estáis en demasía, señor Saltillo, el saltón ó saltamontes, porque la verdad es que saltáis por cualquier cosa.

—Dos galeras bombardeándose, murmuró el marmitón socarronamente; gaste humos quien pueda, que yo meto el pico bajo el ala.

—También vos estáis desabrido, señor limpiacazuelas, y ya me voy, que no quedé, por mi vida, para que unos tales adefesios me hiciesen mal de ojos; la culpa me tengo yo, ciertamente, y bien me guardo de echársela á nadie: cría cuervos y te sacarán los ojos; los hombres, así fuisteis toda la vida, desalmados y mal nacidos; si sobre alfombras ando, razón de más para que el frío sienta, y para que agradezcáis, el señor Saltillo, igual que el de las marmitas, que yo pise estas porquedades de las cuadras, heladas además como ventisqueros, y con tal historia, por donde me vine me voy, que agraviado me habéis.

—¡No en mis días! exclamó un escudero viejote; si alguien os desagradó, no fuimos nosotros, princesa de las alfombras y de los tapices; estaos queda, que honra nos dáis así.

—Por vos me quedo y por la honorable compañía, salvo las marmitas y los pesebres, que de rendirme nadie há, y mis prendas de valer tengo, para que se me agasaje y cumplimente.

Así dijo la camarera mirando con desdén al marmitón y al de caballerizas; estaba hermosa, de verdad, en aquel instante, y los dos sintieron haberla desagradado; los ojos eran grandes con mucha expresión, de malicia más que de profundidad; el cabello negro y los ojos también; las facciones graciosas y respingadilla la nariz; descarada un tanto; la boca grande, fresca, contraída, como por expresión desdeñosa; era gallarda, además garrida, y de mucho gracejo toda la persona.

—Pues á lo que yo venía, dijo de pronto, después que se hubo sentado, era á deciros que don Martín Pedrosa acaba de llegar.

—¡Ah, diablo! exclamó el escudero; ved qué pronto se le soltó la lengua á la condenada de la mujer.

—¿Qué lenguaje es ese, señor escudero? saltó Estefanía muy alta de humos.

—Perdonad, mi señora, no ha sido como vituperio la palabra que se me deslizó, fué de plácemes y fina lisonja, por lo pronto que habéis puesto el dedo en la llaga, asaz valiente, y los pocos bríos que tuvimos todos, porque deciros he, que nos faltaron para pronunciar en toda la tarde ese nombre que acabáis de decir ahora.

Estefanía pareció complacerse de aquella contestación, sonrió un poco y repuso:

—Ya os dije, señor mío, que donde una mujer se ponga no hay valentía de hombre que valga; y sepa usarcé, que de fantasmones yo no me pago...

—Eso va con vos, señor Saltillo, díjole el marmitón calladamente al de caballerizas.

—Ni de mandrias tampoco, terminó la camarera, con gesto retorcido.

—Y esa, ¿con quién va, señor Trévedes? preguntó Saltillo al marmitón.

Agachó éste las orejas y prestó atención á lo que el escudero preguntaba, que fué lo que sigue:

—¿Y sabréis, por ventura, si se inquirió algo de particular? ¿Qué voces corren por las alturas? Dichosa vos, sin par Estefanía, que estáis en contacto con los señores y sabéis lo que ellos sepan, y podéis sacarnos de esta mala ventura en que la curiosidad estanos poniendo siempre.

—Pues dígoos, contestó la camarera, extendiendo hacia la llama sus manitas blancas de muy buen corte, que no se hizo la miel para la boca del asno; por las alturas anda quien puede y entre caballos á quien le corresponde.

—Honor que nos hacéis.

—No lo digo por vos, señor escudero, que al fin años tenéis y prudente sois; sé de quiénes hablo y mala liendre les coma; y de lo demás, lo mismo está el negocio que antes; don Martín llegó hace poco, no le visteis, porque estáis aquí embutidos como aceitunas en salmuera; explosiones hubo de afecto y plácemes muchos; doña Leonor casi le dió un abrazo para felicitarle, don Fermín y don Hernando abrazáronle fuerte también.

—Decid. ¿Y doña Blanca?

—¡Pchs! doña Blanca, seria y adusta como siempre, sin preocuparse mucho ni poco de don Martín...

Estefanía tuvo intención de añadir algo, pero detúvose á tiempo y prosiguió luego:

—La herida es en un hombro, la dirección era buena; pero se conoce que don Martín pudo evitar el golpe en gran parte y le quitó su gravedad. El caballero dice que no pudo conocer al asesino ni sospecha de nadie. Yo creo, Dios me perdone, que quien sabe ahí más de todo es la que menos habla.

—¡Cómo! ¡cómo! exclamaron á la par los del cónclave, con grande agitación.

—Pues, doña Casilda, pareceme que podía dar cuenta de algo.

Miráronse todos con asombro y Estefanía prosiguió:

—Ojos tengo que ni de lince, oídos que á tiro de arcabuz oyen, hasta el mismo pisar de doña Blanca, que es el más menudo que darse puede, y entendimiento, que no está mal que lo alabe, porque penetra tanto, y perdone usarcé el elogio, como los otros de mis sentidos de oír y ver alcanzan. A sus donosuras de antaño, doña Casilda volvió, ligera como la espuma, traviesa y mordaz como ninguna mujer hubo; sus aflicciones pasaron, y de nada se preocupa, eso á los demás parece, que no á mí; doña Casilda algo tramó y su intención por dentro le corre y secreta pesadumbre la hiere como cuchillo que no se ve: yo no digo que tenga parte en lo de la herida de don Martín, á quien estima leal y por quien sufrió mucho sabiendo que fué herido; lo que juro es que sabe quién es el del golpe y se lo calla, porque don Martín se lo pide.

—¡Poder de Dios! De modo que á vuestro ver, don Martín Pedrosa también conoce á quien asesinarle quiso.

—Muy claro es, y en razones abundará para tenerse lengua queda y no decirlo al corregidor.

—¡Vade retro! Estefanía, sois una alhaja preciosa para ministril.

Hizo Estefanía un mohín muy expresivo y contestó relamiéndose de gusto:

—Pues no digo nada á usarcé de lo que me callo.

—¿Y nos guardaréis secreto, mi hermosa dama?

—Alto allá, que no han de seducirme vuestros ditirambos, ni el que me tratéis con propopeya de gente de alcurnia ¡chica revolución sería la que yo armase, como la mala hora me diese en un punto de publicar mis observaciones sin quedarme con algunas en el cuerpo!

—¿Y nada nos diréis más?

—Deciros he algo que os incomode; que me resultáis ya un hipócrita y mal nacido, y al lugar os enviaré, adonde á parar fueron, personas que tal vez me escuchan, que darían la sangre por una mirada ó una sonrisa por quién yo sé, cuando el otro no lo presencia, y cuando están juntos, desdeñosos parecen y mal avenidos con la persona cuyos pies besarían... y no añado más; que recoja lo que dije quién pueda, y á mí que no acudan después ni uno ni otro, porque con la puerta he de dar en las narices á ambos; y en lo referente al otro negocio de la hipocresía de usarcé, sepa, señor mío, que con Estefanía no van esas; vos y los que os rodean, sospechas no digo, hasta seguridades tenéis de quién fué el pájaro nocturno que á don Martín picó, ¿á qué venirme ahora con majaderías? ¿No soy yo buena para contar lo que puedo de lo que sé? pues hable usarcé claro entonces de lo que sabemos todos.

El marmitón y Saltillo, á quienes se dirigió indirectamente la parte primera del discurso, calláronse como zorras, y el escudero habló así resueltamente cuando Estefanía terminó:

—Pues salga de una vez el nombre que á todos nos hace bascas. Pericón Lobato ha sido.

Al pronunciar estas frases el escudero volviéronse todos azorados al fondo oscuro de la caballeriza, con temor de que alguien les hubiera podido oír.

—Justo, saltó Estefanía, y veremos en lo que paran estas misas.

TOMO II.—40.

—Lo cierto es que Pericón Lobato disimula como un demonio; pero por mucho que disimule, como ya nos tenía prevenidos, no hay disimulo que valga.

Esto dijo el escudero muy bajo, y Estefanía se levantó entonces.

—Ea, añadió; ya estoy aquí de más y á mi reino he de volver: ya he hecho lo principal que yo quería, de soltar cuatro frescas en público á quien las merecía: buenas noches y que os siente el fuego y que no arda quién yo me sé.

Saludáronla todos y sintióse al momento el ruge ruge de la falda de Estefanía, arrastrándose por la pared de la cuadra; se perdió el rumorcillo y quedaron los otros haciendo los comentarios que supondréis.

—¿Oísteis lo que Estefanía habló, señor Saltillo? preguntó el marmitón socarronamente.

—Oílo, que no tengo orejas de tapia, contestó él, y sentimiento tuve, no por mí ciertamente, sino por vos á quien de veras aprecio, á pesar de los pesares.

—Pues ved que yo tenía entendido que la compasión por vos en mí debe estar, pero no me pesa.

—Mandria os dijo, que lo recordaréis, repuso Saltillo ásperamente.

—Y fantasmón á vos, que yo tengo la memoria, de fina, como vos la oreja.

—Que os aproveche.

—Igual deseo tengo; que os siente bien.

—¡Bah! dijo uno de los pajes, estaos, estaos, que á la postre, el buen deseo mostró la moza al despedirse de que los dos ardieseis.

Refunfuñaron los dos rivales y miráronse hosclos; habríanse ido á las manos á no intervenir el escudero á quien Estefanía llamaba usarcé; cortó éste la polémica de Saltillo y el marmitón y exclamó agriamente:

—Cepos quedos; deje ese asunto que está ya rancio, y fíjense todos conmigo en lo que la buena moza contó; es decir, en lo que no quiso contar, que es lo más interesante sin duda: ladina es la tal, pero en Dios y en mi ánima, que otros muros más fuertes eché yo abajo en mis mocedades; la edad de cualquiera de vosotros solamente, eso querría yo; que con eso no más habría de bastarme, para que la dama de las alfombras, ni mandria ni fantasmón me llamara y la blandura de mi voz terneza dariale; dulce amargor le pondría en la boca el dulzor de mis ojos y la lengua le soltaría con mi buen trato, para que no me tuviese como entre cadenas de tanta y tan apremiante curiosidad. Mucho sabe, y nosotros, pardiez, sabríamos lo mismo, á haber quién supiese dar al traste con sus remilgamientos.

Así hablaba y callaron los demás, y oyéndole os juraría, mis lectores, sin temor de empecatarme haciéndolo en falso, que de los allí presentes no hubo ninguno que no se propusiera en su interior volver loca á Estefanía: se interrumpió súbitamente el escudero y se levantaron todos á la par.

Habíase sentido nuevamente el crujir de la falda y el firme pisar de la buena moza; iba corriendo y estuvo junto á la hoguera al instante.

—¿Qué es eso? preguntáronle muy admirados.

—Dejadme que tome resuello, ¡buen Dios, lo que ví al llegar al patio!

—¿Y qué visteis? preguntaron á una, de pie, alrededor de Estefanía, salientes los ojos y estirados los cuellos y contraídos por la ansiedad.

—Salía don Martín, viniendo de la escalera para buscar la calle, y yo me recaté para que no me viese salir de aquí; una sombra se adelantó desde el postiguillo á salirle al encuentro.

—¡Una sombra! repitió el cónclave en masa. ¡Ave María!

—Yo me quedé á la acera del portalón viejo, con mucho pánico de que me viesen, como yo, que todo estaba viéndolo.

—¡Lo ha visto todo! repitieron á la par los del cónclave, mirándose unos á otros.

—¿Y qué visteis? preguntó el escudero.

—En primer lugar, que el hombre que á don Martín se acercó era Pericón Lobato.

—¡Pericón Lobato! repitió apagadamente, pero con muy grande admiración el coro del cónclave.

—Forcejeó con don Martín: yo iba á gritar, creyendo que se acometieran, ¡ca! fué, por lo que hube de entender muy presto, que don Martín se negaba á que Pericón le cogiese las manos para besárselas, consiguiólo y las besó, y para besarlas, en el suelo de hinojos estuvo.

—¡En el suelo! repitió el coro lentamente.

Y quedáronse con la boca abierta y los ojos fijos.

Estrecharon los oyentes á Estefanía, apretándose casi con ella, como si la garrida moza fuese otra hoguera de mucho más fuste que la que ardía entonces abandonada.

Este maquinal y simultáneo movimiento de avance hacia la camarista obedecía á las siguientes palabras que ella había lanzado á lo último:

—Pero hay más aún.

Lo que ocurrió allí entonces un delirio fué de preguntas, de apretones, de sacudidas, de visajes, de miradas de estupor, abalanzándose todos á Estefanía, como si quisieran sacar el zumo de la vid, aplastándola con fuerza para que las escupiese. No dice la historia si Saltillo ó el marmitón se valieron de tan linda coyuntura para apretarse á la moza algo más de lo debido, pero con poca malicia que se tenga ya se ve sobrado para poderlo suponer.

—Decid, decid, clamaron todos.

—No me atrevo, mis señores, respondía ella con mucha sofocación, para desprenderse de los curiosos.

—Decid, decid, repetían ellos.

—Pues habéis de saber, que allá en lo alto...

—¿Dónde? ¿dónde es en lo alto?

—Allá, por la crujía acristalada que al patio cae, ví que se deslizaba otra sombra.

—¡Otra!...

Gran espasmo general.

—Otra, sí.

—¿Y supusisteis quién era?

—Y aún estoy segura. Notélo muy bien; yo estaba bien oculta, y sin el miedo ya de que me viesen, me volví toda ojos, con tranquilidad muy grande; la luna daba de lleno en los cristales y ella estaba en la crujía ya, cuando Pericón y el caballero Pedrosa juntáronse abajo.

—Ella habéis dicho; de modo que la sombra era una mujer.

—Una mujer; vió á los otros hablar, no creyendo que había también quién la viese á ella, y cuando don Martín y Pericón saliéronse á la calle, se quitó ella del ventanal prontamente.

—¿Pero quién era ella, quién?

—¡Pues mi señora doña Blanca!

Así dijo Estefanía, y salió corriendo otra vez, sin cuidarse ya de su escrúpulo á los caballos, ni de que su fimbria resultara más ó menos sucia.

(Continuaré).



LA MODA DE PARÍS

Las exposiciones de *L'Épatant*, del Círculo Volney y de los Acuarelistas procuran á las parisienses medio de exhibir los lindos trapitos que les confeccionan nuestras grandes modistas. Para estos casos, y también para las visitas, los *five o'clock* y las comidas indicaremos una

serie de admirables trajes que acaban de inventar M.^{ms} Lippman para una elegante y graciosa princesa.

Empecemos por un precioso vestido de paseo en lana zibelina, color de hierro, del todo cruzado por bies de terciopelo color de ciruela. El cuerpo por delante forma chaqueta que se abre sobre un interior de raso crema, cubierto con punto de Venecia. La toca, adecuada á este vestido, es de terciopelo coquetonamente adornado con alitas en *aigrette*.

Otro bonito vestido de la misma casa está hecho en *onduline* y terciopelo bordado de azabache y de perlas violeta, y sobriamente enriquecido con oro. La capa que va con él es también de *onduline*, con cuello de terciopelo bordado como la falda y con fleco, mezclado con plumas, que le da vuelta. El sombrero primaveral, todo de violetas, lleva en lo alto un lazo de terciopelo oro.

Viene luego un magnífico traje de corte, de brocado perla con lama de plata. Forman la extensa cola dos graciosos pliegues Watteau, y va orlada de pensamientos de terciopelo. Tiene por el frente un delantal Imperio, que cae recto y se halla completamente bordado de acero, plata y oro y perlas finas, sosteniéndolo un cinturón Imperio asimismo, en perlas finas sembradas de amatistas. Las grandes mangas son de terciopelo tornasolado amatista.

Entre los trajes de la princesa había lencería ideal, finamente bordada y con calados, embellecida con preciosos encajes, y además una serie de refajos variados, y propios para cada



Traje de *soirée* de M.^{ms} Lippman

vestido que M.^{ms} Lippman, con el exquisito gusto que les caracteriza, habían adornado con muselina de seda listada y con deliciosos lazos y abollados de cinta.

Para llevar estas elegantes *toilettes*, de matices apagados, es preciso poseer un cutis de una frescura juvenil. Lectoras nuestras que desean aparecer más jóvenes que ésta ó aquélla amiga suya, nos consultan frecuentemente acerca del empleo de determinados específicos que se dan como infalibles para la piel. Repetimos aquí para la generalidad lo que hemos escrito á cada una en particular, ó sea que todas aquellas panaceas no son más que afeites que destruyen en poco tiempo la frescura del cutis y la belleza del rostro. Es preferible, cuando se quiere conservar un agradable color, cuidar mucho del rostro, y para ello emplear sólo productos conocidos, probados durante largo tiempo, como verbigracia la verdadera agua de Ninon de Lenclos, la que gracias á ella se mantuvo sin arrugas hasta los ochenta años. Si se emplea el *Duvet* de Ninon junto con el agua, se obtienen maravillosos resultados. Para blanquear el cuello, los hombros y brazos tenemos la leche de Ninon que es incomparable. En sus investigaciones científicas el doctor Leconte descubrió estas preciosas recetas que guardó secretas durante su vida la hermosa Ninon.

El figurín que publicamos es un traje de *soirée*, cuyo modelo han inventado M.^{ms} Lippman, 2, *rue de la Paix*. Se empleará el terciopelo amatista, orlando el bajo de la falda dos pequeños marabúes de la propia tinta. El cuerpo que ciñe el talle es también de terciopelo, adornado con grandes vueltas que forman berta y de un cuello género Médicis, en punto antiguo de Venecia, encuadrando un chaleco fruncido de muselina de seda, color crema. Las mangas, muy sopladas, se componen de una especie de volante doble en terciopelo.





M. Layard ha publicado un trabajo sobre el lenguaje silbado que se usa en las islas Canarias.

El lenguaje silbado, dice este explorador, ha debido usarse en todos tiempos y por todos los pueblos. En efecto, desde que se ha sentido la necesidad de comunicarse á distancia al través de un país cortado por grandes torrenteras, el silbido ha servido de lenguaje. Herodoto, citado recientemente por el doctor Hanny, refiere que los habitantes trogloditas de Túnez «hablaban silbando.» Sin ir tan lejos, nadie ignora que á menudo se comunican de este modo nuestros pastores y que los cazadores furtivos se avisan por medio del silbido.

La causa de que subsista el lenguaje silbado entre los pueblos civilizados es la necesidad de hablarse á regulares distancias sin que entiendan la señal los que no están en el secreto. Los contrabandistas y los salteadores expresan por este modo cierto número de pensamientos que pueden traducirse por señales de alarma, de aviso, etc.; pero esto no es más que un lenguaje silbado *convencional*, con el que se dan á entender, según la intensidad, la duración y el número de los silbidos. Cosa muy distinta es el lenguaje silbado de la isla de Gomera en las Canarias, porque se trata ya de un lenguaje articulado. El primero que lo dió á conocer en la época de las conquistas fué Juan de Bèthencourt; en nuestros días gran número de exploradores han dado cuenta de ello, distinguiéndose particularmente J. Brown, Ch. Edwards, el doctor Verneau y el alemán Quedenfeld. Este último ha buscado entonaciones musicales y las ha puesto en música.

Para saber lo que es el lenguaje silbado, sería indispensable ante todo aprenderlo, y esto no lo ha hecho hasta el presente ningún explorador. Sin embargo, M. Layard ha tenido la paciencia de pasar varios meses en aquella isla, aprender en primer lugar el español para que le entendieran los indígenas y tomar luego de éstos lecciones del lenguaje silbado. Desde luego ha descubierto un hecho sencillísimo pero hasta hoy completamente ignorado, á saber, que aquel lenguaje es el «español silbado.» Según el parecer de M. Layard, es el único ejemplo que se conoce de idioma silbado. Para obtenerlo hacen como nuestros chiquillos, se meten los dedos en la boca de diversos modos ó bien doblan tan sólo la lengua en forma acanalada.

Conviene observar en primer lugar que para una misma palabra, recorren de distinta manera la escala de notas según la persona que silba. Esta sola afirmación hace tener por erróneas las del alemán Queden-

feld. Se nota también que los sonidos se prolongan con relación á las palabras largas ó cortas que se pronuncian. Además, se distinguen las articulaciones que corresponden exactamente á las sílabas habladas, pero se halla siempre en el número de éstas una de más. La explicación de esta diferencia, hecha á propósito para engañar al observador, es muy sencilla. El primer silbido es una señal de aviso, como si se hiciera preceder el nombre propio del individuo de la interjección ¡eh! Así, por ejemplo, en vez de decir: «Domingo,» el canario silba: «Eh, Domingo.» Resuelta esta dificultad, llegó rápidamente á aprender el idioma y hasta á silbarlo bastante bien para hacerse entender de sus interlocutores. Parece que los indígenas tienen conversaciones sobre los más distintos objetos valiéndose sólo de este lenguaje.

Cierto filósofo pobre, gentílico, por enseñar á pedir limosna á un hijo que tenía, algunos días llevábalo á las estatuas de piedra y hacía que les pidiese con el bonete en la mano, y á cabo de rato, como no le respondiesen, volvía las espaldas. Visto esto por un ciudadano, preguntóle que por qué hacía aquello. Respondió:—Porque aprendo á tener paciencia, la cual ha de ser naturalmente de los pobres.

En el reinado de Carlos V un noble, llamado Aubry de Montdidier, había sido asesinado en los alrededores de Montarjis. Un perro que poseía y que todos sus amigos conocían, después del asesinato de su dueño y luego de haber olfateado la fosa en donde le habían enterrado, toma el camino de París y llega á casa de uno de los mejores amigos del malogrado Aubry. Una vez allí empieza á aullar de modo lastimero, coge al amigo por los vestidos, va y viene de una parte á otra, de tal suerte, que el caballero se dispuso á seguirle. Conducele al sitio en que había sido enterrado su amo, y, con verdadero furor, empieza á levantar la tierra hasta que descubre el cadáver de Montdidier.

Algún tiempo después vió el perro por casualidad al asesino que se llamaba, según cuenta la historia, el caballero Macaire y se arrojó á su cuello, de modo que hubo necesidad de prestarle ayuda al asesino. Tantas cuantas veces le encontraba, el perro hacía lo mismo. Llegó el suceso á oídos del rey, el cual mandó que le llevasen el perro, y cuando estaba ya en su presencia, entró Macaire por entre los señores que rodeaban al soberano, y entonces el perro se lanza furioso contra él. Sorprendido el monarca de la tenacidad del animal, y

en vista, además, de ciertos indicios que le hacían sospechar que Macaire fuese el verdadero asesino, dispuso el duelo en campo cerrado entre el acusador y el acusado. Apenas había Macaire pisado la arena, cuando el perro, cogiéndole por el cuello, lo derribó. Entonces el asesino, horrorizado y lleno de remordimiento, vióse obligado á confesar su delito.

Para hacer renacer las cejas es necesario pasar por ellas, mañana y noche, en la dirección del pelo, un cepillito suave embebido en la siguiente mixtura:

Petróleo vaselina líquido. . . . 40 gramos
Nitrato de pilocarpina. . . . 10 centigramos
Esencia de winter-green 30 gotas

Hay quien aconseja con el mismo objeto lavarlos mañana y tarde con el agua cuádruple de Raspail y dejar que se seque evaporándose naturalmente.

El hollín de la chimenea tiene muchas virtudes. Mezclado con vinagre fuerte cura los sabañones; des-

leído en aceite hirviendo y aplicado al oído, aplaca en el acto los dolores más acerbos. Asimismo puede usarse el hollín como polvo dentífrico mezclado con un poco de agua y alcohol: podemos asegurar que este es el mejor dentífrico conocido.

Las mujeres nunca son más fuertes que cuando se arman de su debilidad.—***

Los oprimidos reclaman siempre la libertad de imprenta; los opresores la censuran.—GEORGEL.

Casi no tenemos por sensatos sino á los que piensan como nosotros.—LA ROCHEFOUCAULD.

El jefe del Estado no debe ser jefe de partido.—NAPOLEÓN.

El que no tiene carácter no es un hombre; es una cosa.—CHAMFORT.



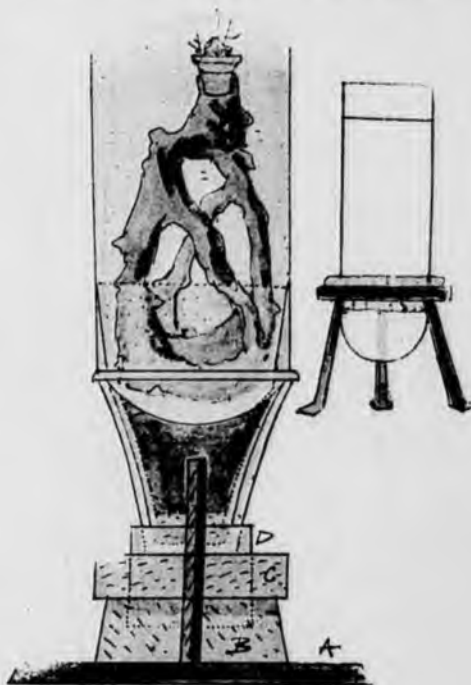
UN MICRO-COSMOS

Supongo que el lector habrá hecho con mi neo-cosmos lo mismo que aquel avaro que daba propinas *mentalmente*: porque hay ciertas pequeñas construcciones que requieren bastante dosis de perseverancia, y esto es mucho pedir tratándose de las horas que siguen al abrumador trabajo cotidiano; y digo abrumador refiriéndome al de este fin de siglo. Por si existe algún héroe anónimo á quien no le arredren ciertas dificultades, voy á proponerle la construcción de un jarrón de gran tamaño, de forma bastante artística y decididamente original.

Constrúyase con piezas de madera fuerte un zócalo tal como está indicado en la plantilla; sujétese dentro del último alvéolo, con cemento, un tiesto de paredes recias y regulares; este tiesto se reviste interiormente con una fuerte lechada de argamasa para darle más solidez, pero en el centro sólo se pone serrín con cola, por no aumentar el peso del conjunto.

Una vez agenciada la armazón del jarrón futuro, se van aplicando á él mariscos adheridos con cemento en el que se habrá mezclado un poco de color verde; todo esto supone que el globo de vidrio que ha de constituir, invertido, la copa del jarrón, sirve por su circunferencia de punto de partida para buscar el tiesto y trazar el zócalo; es bueno que la circunferencia del globo sea bastante inferior á la del alvéolo destinado á recibirlo, y llenar luego los intersticios con arena fina impregnada de yeso, cemento ó mástic hidráulico.

Una vez asegurado el globo, se llena su casquete



geométrico de arena de la más fina para formar el lecho

del acuario; construídas aparte las rocas (de corcho) se las coloca de modo que queden fijas, apoyándose en el fondo y sujetas por la arena; luego se aplican en las



hondonadas puñaditos de arcilla cubierta de musgo para que no se disuelva, y cuando ya se ha mudado muchas veces el agua del recipiente y están secas todas las argamasas, se colocan las plantillas acuáticas y los peces, que deberán ser de tamaño más exiguo cuanto más numerosos; todo esto resulta algo complicado, pero si el lector es impaciente puede tomar un trípode de cocina, rodear de trapos su coronilla (la del trípode) y

ajustar dentro un globo sin más adornos que el agua y los peces y cubriendo el trípode con papel de lija, de grado fuerte, pintado de verde y sembrado de hojillas de talco, asegurando antes el conjunto encima de una base de madera.

Algunas de esas operaciones, así como otras de que nos hemos ocupado en esta sección, necesitarían que descendiésemos á más pormenores; en tal caso, pueden mis lectores pedirlos particularmente, porque no es justo que lo que interesa á algunos ocupe el espacio de lo que á todos interesa.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

A TI-LA

Solución al logogrifo numérico:

IRENE

Solución á las preguntillas:

- 1.^a Pan... talón. 2.^a Pan... duro. 3.^a Con... vino.
4.^a El de Creta.

CHARADA

Repitiendo cinco veces
la *prima* de mi charada
hay que formar la *segunda*:
parecerá cosa rara,
pero... ¡todo! ¿á que ninguno
de los lectores la saca?

J. SOLER FORCADA.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

1	2	3	4	5	6	7	8	Catecismo
3	2	7	5	8	1	2		Nombre de hombre
5	2	7	3	8	5			Verbo
3	6	5	6	2				Quema
5	8	7	8					Animal
2	5	2						Mineral
7	2							Adverbio
								Consonante
								Nota musical
								Adjetivo atractivo
								Parte del cuerpo
								Por las mañanas aparece
								Símbolo de muerte ó gloria
								Cerradura
								Catecismo

Comunicado por M. S. E. de Barcelona.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en **La Ilustración moderna**, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

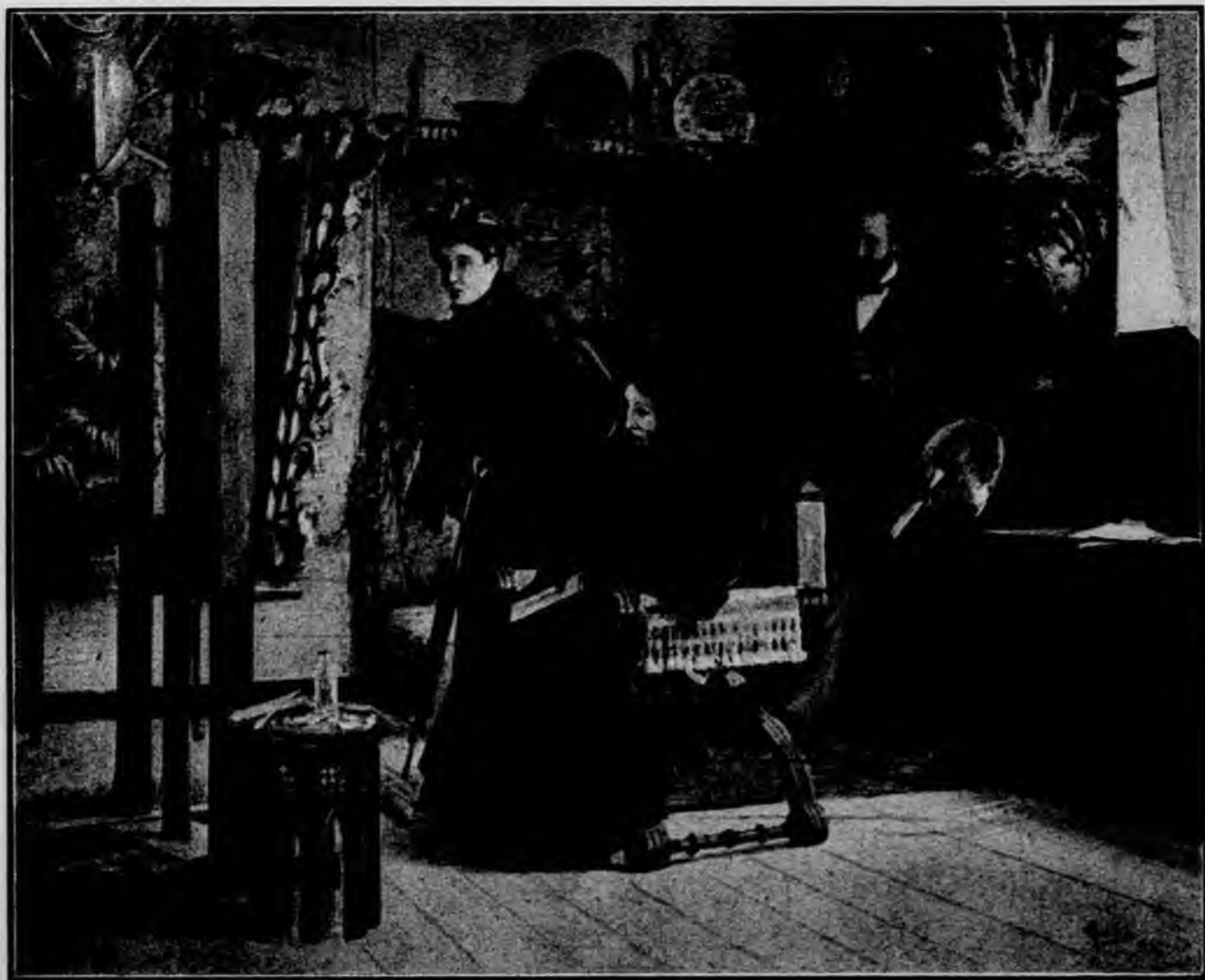
Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. *Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservado á los derechos artísticos y literarios —IMP. ESPASA Y COMP.



LA VIUDA

CUADRO DE ANTONIO COLL Y PI
Ayuntamiento de Madrid



MEMORÁNDUM

La circular del señor Martínez del Campo, Fiscal del Tribunal Supremo, por la cual se excita el celo de la administración de justicia á fin de que persiga las transgresiones de la Ley de 26 de Julio de 1878 sobre la protección á los niños, ha sido muy bien acogida por la opinión, que ve con pena la explotación inicua de la infancia hecha por hombres sin entrañas. Espanta ver los ejercicios que ejecutan con frecuencia en los circos ecuestres tiernas criaturas, en medio de los aplausos de espectadores que deberían acogerlos con la más enérgica reprobación á fin de que no se repitiesen. Estos y otros males parecidos pueden evitarse procurando que se cumpla la ley citada. Mas por desgracia no alcanzan sus disposiciones, á lo que entendemos, á prohibir otros espectáculos que para la moral de los niños son peores todavía que los ejercicios ecuestres, gimnásticos, de funambulismo, etc. Aludimos á las compañías dramáticas y líricas infantiles, á compañías en las cuales se cuida de avivar la inteligencia de niños y niñas haciéndolas representar producciones cuyo asunto y cuya letra han de inficionar y pervertir su corazón. En tales compañías, vuélvense los minúsculos actores enclenques, raquíticos, con la palidez que les ocasiona tener que pasar largas horas en una atmósfera malsana. Pero, repetimos, á estos daños en su salud física superan los estragos que se produce en su salud moral por la causa que antes hemos indicado. Haría, pues, obra buena quien extendiese el alcance de la Ley de 26 de Julio de 1878 á la prohibición de las compañías infantiles en nuestros teatros. La caridad hacia la infancia y la moralidad lo reclaman de consuno.

* * *

Quizás para lograrlo sería poderosa la Sociedad de Padres de Familia, que vela en Madrid sin descanso por las buenas costumbres. A ella se debe la persecución de hechos asquerosos, que la pluma no puede describir, llevados á cabo en salones lujosamente adornados, entre música y profusión de luces, espectáculo espantable que trae á la memoria las épocas más corrompidas de Roma y de Bizancio. Los tribunales intervinieron en el caso, y aunque pareció de momento que quedaría impune la ofensa hecha á la moral y al decoro social, cambió

después el aspecto del asunto por la noble y levantada intervención que en él ha tomado el primer Tribunal del Reino, por medio de su Fiscal. A la vez el señor Montero Ríos, ministro de Gracia y Justicia, felicitó por su campaña á la citada Asociación.

* * *

Sigue dando juego la cuestión de las cerillas estancadas. Los andaluces, que por natural son guasones, han hecho la oposición burlando, escogiendo para teatro la ciudad de Granada. En uno de los primeros días de este mes, apenas hubo anochecido, derramáronse por calles y plazas los vecinos de más buen humor, sacando velones encendidos, sogas humeando, sin que faltara un estudiante que apareció con un quinqué de petróleo. Todos ofrecían candela á los fumadores, que siguieron la corriente, promoviéndose la consiguiente bulla y algazara al grito de ¡Viva la yesca! Acentuóse la broma, y acaso se aumentó demasiado la algazara, por lo que intervinieron los guardias municipales para diseminar á los manifestantes, y el primero de todos al estudiante del quinqué. Hubo ruido entonces, descargáronse algunos cintarazos, y el escolar y su famoso quinqué fueron á parar á la prevención, de donde no lograron sacarles de momento los amotinados, que pedían su libertad á voz en cuello. Con todo esto, como es de suponer, no adelantó un paso la cuestión de las cerillas.

* * *

S. M. la Reina Regente envió á Roma al señor Merry del Val en concepto de Embajador extraordinario cerca de Su Santidad para felicitarle con motivo del Jubileo Episcopal. Mediaron entre el Embajador y el Papa, en el acto de la recepción, discursos sumamente afectuosos, demostrando una vez más Su Santidad León XIII el cariño que siente por España y por sus Reyes. El señor Merry del Val entregó al Papa una carta autógrafa de la Reina y le ofreció, además, en nombre de ésta, una preciosa colección de tapices del siglo xv, de mucho valor y de subido mérito artístico.

* * *

Irá también á los Estados Unidos de América, para asistir á las fiestas colombinas que allí han de hacerse, el señor duque de Veragua, ilustre descendiente de Colón. En este concepto marchará el duque al citado país y se hallará el 1.º de Mayo en el acto de la inauguración de la Exposición Universal de Chicago. España, por lo tanto, tendrá en este universal certamen una doble ilustre representación en las personas de SS. AA. RR. los infantes doña Eulalia y don Antonio y en la del prócer señor duque de Veragua.

* * *

Anunciamos que el proyecto de *Home Rule* para Irlanda sería origen de asonadas y de manifestaciones contrarias al gobierno de Mr. Gladstone. Nuestras predicciones se van cumpliendo. El Ulster se opone resueltamente al proyecto, y en Belfast hace pocos días se verificó una imponente manifestación orangista en la que el citado Mr. Gladstone, y su compañero en el gabinete, Mr. Morley, fueron quemados en efigie. Siguióse un *meeting* en el cual se declaró que los *lealistas* ó leales á la integridad del Reino Unido y á la Corona Imperial no reconocerán jamás el Parlamento irlandés, y por lo tanto, no acatarán sus leyes ni decisiones. Entre estrepidos aplausos fué hecho pedazos un ejemplar del proyecto de *Home Rule*.

Abrióse en Madrid, hace poco tiempo, un certamen para premiar con mil pesetas el mejor soneto que en él se presentase. Recibiéronse muchos, y fueron designados para juzgarlos la señora doña Emilia Pardo Bazán y los señores don Emilio Castelar y don Juan Valera. Cumplieron éstos el ímprobo y molesto trabajo de leer, clasificar y comparar tantos sonetos, y á la postre resolvieron dar el premio á uno dedicado á la Reina Católica, que resultó luego, al abrirse el pliego, ser obra del insigne poeta José Zorrilla. Con una sentida carta lo comunicaron á la afligida viuda los tres ilustres jueces del certamen, remitiéndole, al propio tiempo, la cantidad fijada como premio.

B.





BELLAS ARTES



MÚSICA SACRA.—STABAT DE ROSSINI

TODAS las Bellas Artes tienden á elevar el alma, á mejorar y sublimar nuestro ser, y á realzar lo que principalmente manifiesta su inmortalidad y su origen divino, el sentimiento; pero la Música, entre todas, es la que más cumple con este grande objeto, y la que por más espiritual ocupa el primer rango. Los elementos de la armonía, es verdad, están esparcidos por la naturaleza: las olas tienen sus ritmos y sus acordes; el viento hinche de sonoridad los valles; las laderas envían á lo alto el himno de sus rumores; los ríos y las florestas pueblan la soledad con sus murmurios; y sobre este gran concierto el sonido universal é inmensamente dulce de las esferas celestes se revela á los ojos que contemplan atónitos la concordancia eterna. Pero estos elementos, á ninguna regla humana ni á ninguna forma externa sujetos, sólo se dejan adivinar por lo más delicado del alma, á la cual tampoco es dado más que gozarlos y corresponderles. Por esto el pescador confía á las brisas marinas su cantilena larga, pausada y monótona; por esto el rudo pastor hace resonar los barrancos y las alturas con sus informes tonos; por esto todos los pueblos del mundo conservan esos cantares tradicionales, que así llevan el sello del país como el de un sentimiento profundo é íntimo que remueve las generaciones, las sobrevive y enlaza. Las ideas, pues, de la Música, si de tales se pueden calificar sus melodías, no tienen, como las de sus hermanas, una base humana ni un punto de imitación visible; y sólo el asentimiento de millares de hombres en la bondad y en la belleza de un canto y el placer de todo un pueblo son las pruebas de que á ella también le asiste una lógica, cuya comprensión está negada á nuestro limitado entendimiento, bien cual otra de las verdades que no entran en el círculo de la experiencia. Al ver como á ciertos cantos responde un movimiento interior que se parece á la satisfacción de una duda ó á la revelación de una idea por mucho tiempo ignorada y presentida; como en otros despertamos de un letargo y todo nuestro ser trabaja y pugna por rehacer en la memoria la época ó la vida pasada de que las frases melódicas vienen á ser un eco; bien podemos decir que las ideas musicales son la

operación superior del alma, la primera de las que se refieren á la naturaleza humana, la postrera de las que no han de ejercerse ni comprenderse sino rotos los vínculos de la materia; la única que toca á esa esfera de la verdad, de la bondad y de la belleza á que nuestra razón no ha de alcanzar nunca por sí sola. La lucha constante de la materia y del espíritu, el deseo de lo infinito que nos aqueja están profundamente expresados en esa misteriosa esencia de la forma intrínseca de la Música, en esa vaguedad deliciosa que las más de sus obras respiran y cuyas impresiones burlan nuestro análisis; y aun faltando los mayores testimonios que lo confirman, la existencia de este arte bastaría para demostrar que lo principal de nuestro ser no se anonada en el sepulcro. No hemos de mencionar aquí, ni la naturaleza de estas reflexiones lo consiente, cuánta sea la superioridad suya en la sola parte de dificultades y mecanismo.

Luego de criado el hombre, su porción inmaterial gozó y ahondó el espíritu de la creación: si puso nombre á los animales de la tierra y á las aves del cielo, también debió de responder á la armonía de la obra del Altísimo, también debió de cantar al mismo tiempo que hablaba; y en este doble lenguaje de la materia y del espíritu, el alma que recordaba su anterior esencia y se sujetaba á la única expresión concedida á su nueva morada, debió de manifestar al Sumo Hacedor su admiración, su adoración y su agradecimiento. Pues la oración es la escala que une al cielo con la tierra, la primera plegaria que resonó en la mansión de la inocencia primitiva, si no fué un canto, no de otra manera hubo de subir á lo alto que como un himno armonioso, complemento del coro inmenso con que las aguas, los árboles, las plantas y las lumbreras cantaban la Sabiduría infinita y la Omnipotencia.

Así la Religión, fuente de toda luz, de toda verdad y de toda poesía, también lo fué de la primera de las Bellas Artes; y los datos históricos más antiguos de la Sagrada Escritura demuestran cómo, cobijada por la Religión, la Música se cultivaba y tomaba incremento. Después que Tubal hubo añadido al instrumento natural de la voz el artificial de la cítara, el culto de Dios único le dió forma y la conservó, y en torno del Arca Santa los címbalos, las trompetas, los salterios y las arpas acompañaron los coros sagrados. Hasta la idolatría en que cayeron las más de las razas de la familia humana, si esta mención puede permitírsenos, se sirvió de la Música para transmitir desde los templos á la posteridad las reliquias de la antigua creencia en un solo Dios, de la relación verdadera del origen del mundo y su gran catástrofe, reliquias tristemente desfiguradas por las supersticiones y por una ciencia errada. La Música reinó en los mitos y en las grandes ceremonias de la India, del Egipto y de la Fenicia; y la culta Grecia, no sólo en sus primitivas funciones dramático-religiosas, sino también después que Esquilo hubo creado la tragedia, confió á la Música la falsa deidad de su destino inmutable, las grandezas de sus vanos dioses, las desgracias de los héroes.

La Música, pues, no se separó del altar, que había sido la cuna del Arte; y si al pie del lugar sagrado hacínaron los siglos sus recuerdos y sus tradiciones, los cantos de ella fueron los códices que cuidaron de conservarlos y transmitirlos, y jamás, sino hasta los tiempos modernos, vió menoscabada su importancia ni disputado por una rama nacida de su tronco el puesto monumental, si así puede decirse, de donde había presenciado é influido en la formación y en el perfeccionamiento de las sociedades. Y á la verdad, aun sin contar con los mayores medios y con la solemnidad con que se ejercía, bien mereció el género sagrado aquella supremacía: sus melodías eran intérpretes de los sentimientos que agitaban á un pueblo entero, graves y solemnes como el asunto y el sitio á que se consagraban, expresión de la común esperanza y del común deseo; y al paso que respiraban y esparcían la serenidad y la calma, don de los justos, velábanse con el misterio del santuario que acrecentaba su interés, su efecto y su poesía.

¿Cómo la Iglesia no había de acoger en su seno los cantares con que en los siglos remotos había sido profetizada? Ella recogió solícita los trozos dispersos del arpa de Sión; y en aquellos días en que la sociedad caminaba á su hundimiento, pueblos nuevos marchaban al impulso divino y la humanidad se agitaba y se refundía, los sublimes dolores del Rey Profeta invocaron la misericordia de Dios sobre los crímenes de los vicios envejecidos de los hombres y dieron voz y palabras al arrepentimiento. Mas ella también añadió al arpa sagrada nuevas cuerdas y la enriqueció con los tonos con que la ley de amor quería ser cantada; y los himnos á la Estrella de los mares, á los mártires, á los confesores y á las vírgenes hinchieron las bóvedas cristianas á la par de los trenos de Jeremías, de los versículos fúnebres de Job y de la amenaza pavorosa del día postrero. La Iglesia salvó en aquel gran trastorno y barbarie el depósito de la civilización antigua; y purificando por las manos venerables de los Ambrosios y de los Gregorios la tradición musical, volvióla á su verdadero destino, realzó sus modos frigios, dorios y hebraicos con el elemento armónico traído por los pueblos del Norte, y lo aplicó al culto divino. Desde entonces el canto llano ha sonado en las naves dulce y melancólicamente severo como la Religión á cuyos oficios sirve, convidando á la meditación y al recogimiento con su tintura y corte antiquísimos; á la manera con que las arcadas, los plafones y las ábsides pardas, rojas ó cenicientas de los santuarios que repiten sus ecos profundos, están diciendo que á la mano de los siglos deben aquella color que mueve á toda veneración y humildad y enaltece el alma.

El que por otro medio no pudiese juzgar del carácter antiguo del canto eclesiástico, bien le comprendería sólo por la sencillez que en él resplandece, por sus cortas frases, por su aire grandioso y por la serenidad y quietud de su movimiento. La Iglesia, en todo altamente filosófica, si esta calificación humana conviene á los efectos de la fe, hizo bien en revestir de esta simplicidad grande, noble y tranquila sus cánticos sagrados; porque cierto ningún adorno, ni compostura, ni agitación podían ser la expresión del sentimiento sublime que, sobreponiéndose á la esfera de las pasiones, se goza en adorar á Dios y en cantar sus alabanzas. En la manifestación del dolor aun ostentó de un modo más poderoso esta fuerza de intuición que parece serle propia: á la simplicidad agregó la repetición de una frase, ó la llevó al extremo de la monotonía á la manera con que el pesar embarga el ánimo toda y la llena del objeto ó del afecto que le atormenta. Más aún; cuando esta sencillez y esta monotonía no residiesen en la naturaleza, y no formasen la intimidad y la intensidad de sus sentimientos é impresiones, la simplicidad sublime, viva y vigorosa de los libros sagrados, así en su parte poética como en la filosófica, las motivarían y patentizarían su conveniencia. No es para indicado aquí someramente que la simplicidad, si el espíritu de la verdad le anima, es más profunda que el artificio más deslumbrador, y más difícil que la riqueza de los adornos.

Luego que el ingenio del hombre quiso reducir á un cuerpo de reglas ciertas lo que sólo era parte de una institución sagrada, averiguar sus leyes, arrancarlo del templo que hasta entonces le diera asilo, y entregarlo á la especulación de los maestros, alteró aquella primera sencillez; y si bien de cuando en cuando algunos supieron beber en la verdadera fuente mística, la Música religiosa ya no fué casi durante tres siglos sino recreación de los sentidos, ostentación de mecanismo, frialdad de los recursos científicos y pintura para los ojos. No le faltaron, es cierto, causas poderosas á esa alteración: la Música ante todas cosas había de crear los medios materiales; y si el arquitecto tenía marcado el tipo de sus obras y la forma general de los detalles, si al poeta le era dable remontarse en alas de la inspiración por medio de un lenguaje ya formado y culto y por una versificación cada día más perfecta, ningún problema se presentaba resuelto al compositor, antes bien era forzoso y sobrado natural que consumiese el fuego

de su imaginación y sus fuerzas en las combinaciones de los sonidos. Y es muy para notarse que en el tiempo llamado *Renacimiento* se ejecutasen esa emancipación y ese ingreso en el sendero de la ciencia; de los cuales á poco había de nacer el género profano, que ha venido á disputar al sagrado la preponderancia y dar la ley al gusto.

Así, ya de todo punto desconocido el espíritu simbólico de la Sagrada Escritura, espíritu que fué manantial fecundo de concepciones á las Bellas Artes modernas, como Homero lo había sido á las de la Antigüedad; luego que, ávidos de inspiración y de sensaciones, algunos genios osados probaron á introducir movimiento, facilidad, variedad é interés en los inmensos recursos de armonía acopiados á fuerza de trabajos portentosos y de una tenacidad admirable, entonces se asieron á los detalles del texto bíblico más que al sentimiento general, y naturalmente hubieron de llamar en su auxilio los elementos del género dramático, como el único que desde sus principios se dedicó á la expresión de las pasiones, al realce de los diálogos y á la variedad y resalto de los conceptos.

Entretanto despuntaba en Italia el astro que pronto iluminó nuevos senderos y vivificó con sus rayos el género dramático. En su curso espléndido ha visitado todos los paises, tocado todos los sistemas, brillando sobre todas las escuelas; y ahora que la ciencia y la inspiración han venido á fundirse en aquel vasto genio, cuando la escena le aclama dominador, él depone ante el altar el fruto de su larga experiencia, y aplicando al género sacro los elementos profanos que él más que nadie desarrolló, pone el sello á la concordia del misticismo, del espíritu religioso y de la sencillez con los mayores adelantos de la melodía, con los tesoros más ricos y admirables de la ciencia: restitución que así es debida á quien fue cuna del Arte y en todos tiempos su asilo, como natural y adecuada á las grandes cualidades con que la Providencia dotó al cisne de Pésaro.

Aquella fuerza y sublimidad de genio, que pusieron en sus manos el arpa terrible de los celos y de la venganza, y la lira patriótica de la Grecia sucumbiendo al cautiverio, que le hicieron cantar las maravillas con que Dios señaló la salida de Israel del Egipto y le revelaron la expresión del espíritu nacional y el himno de libertad de un pueblo sencillo y virtuoso; esa misma fuerza y sublimidad le han traído, después de tantos triunfos, á beber la inspiración en las fuentes del Catolicismo y arrancar á las palabras consagradas por la Iglesia todo el amor, todo el dolor, todo el terror, que encierran. Si con el retoque del *Moisés* y con la creación de *Guillermo*, aún se puso al frente de cuantos adelantos había hecho el arte durante su silencio, con el *Stabat* se ha elevado al nivel de los antiguos maestros, cuyas obras religiosas han venido á ser tradicionales; y, más afortunado que ellos, ha podido aprovecharse de los progresos estéticos y críticos, del cambio general del gusto en la literatura y Bellas Artes, de la restauración de los principios del sentimiento, verdad y pureza, á que el mundo debe las obras con que le enriqueció la Edad Media. Además Rossini es quien comenzó la gran revolución que ha conducido al género dramático al estado en que hoy lo vemos; Rossini ha sido durante tantos años el regulador del gusto de la Europa entera; y puesto que el influjo del género dramático es tal que todos los demás necesariamente han de resentirse de él y acomodarse en algo á sus modificaciones, Rossini más que nadie ha podido con justo título introducir en la Música religiosa esas melodías frescas, más marcadas y más perceptibles á toda clase de oyentes, en las cuales tal vez el rigor de los preceptos podría ver un resabio de los motivos profanos. Por esto, apenas ejecutado su *Stabat* en París, buscáronle con afán cuantos cultivan en Europa este ramo del arte, y donde quiera que se repitió, un nuevo triunfo confirmó el inmenso y gloriosísimo que le había coronado en la capital de Francia. Él fué materia de todas las conversa-

ciones; él ocupó el talento de los primeros pianistas; y hasta los tribunales hubieron de entender en él, con el célebre pleito entablado por los dos editores que pretendían cada cual la propiedad exclusiva. Y sin embargo, no en las márgenes del Sena ni en 1842 resonaron por primera vez la mayor parte de aquellas melodías religiosas, sino en Madrid, y en 1833, cuando las dedicó al señor Varela, comisario de la Cruzada; bien que posteriormente retocó su obra y la dejó perfecta, á la manera con que las modificaciones hechas en el *Moisés* fueron complemento de esta creación enérgica y sublime.

Este aplauso universal y entusiasta prueba cuánto sea el poder de esta obra, que seduce hasta á los más preparados por su educación musical á gozar de su efecto. La Música religiosa es la última que puede comprender el público habituado á la dramática; porque como sus melodías no se presentan sino con el carácter de armónicas, y ya la severidad del asunto, ya la práctica consagrada fuerzan á huir de formas más mundanas y á recurrir no pocas veces á las combinaciones científicas; el oído no ase fácilmente y de un golpe los cantábiles, sino que poco á poco aprende á gozar del conjunto, en el cual la memoria se acostumbra después á deslindar las ideas. Y pues la costumbre es la que en general revela lo que en primer examen se ocultó á la observación ó pareció desnudo de valor, y como deseamos ardientemente que se habitúe el público á gozar el mérito en géneros varios y particularmente en el sagrado, permítasenos cerrar estas consideraciones generales con un leve bosquejo de la obra de Rossini. Mas no intentamos ni somos capaces de dar la explicación técnica de su mecanismo, la cual, aun á poderla dar nosotros, sería contraria á nuestra manera de ver en el Arte, sólo agradable á pocos profesores, y de todo punto inútil á cuantos puedan examinar la partitura. Queremos, sí, añadir nuestra voz, por oscura que sea, al aplauso tributado por la Europa al que ha abierto una nueva vía al Arte sacro, al mismo tiempo que lo ha repuesto en su antiguo rango; queremos contribuir á la propagación y efectos de ese género que calma el ímpetu de las pasiones, templá las costumbres, purifica el alma y la eleva á una región de luz y serenidad, sólo trazando las impresiones más notables que esta obra produce é indicando la fuerza de sentimiento y filosofía que en sus partes resplandece.

Una gran sencillez respira aquella serie de piezas, si se las compara con la abundancia de formas de contrapunto que suelen ostentar las más de las composiciones sacras; y sin que esta sabia sobriedad en los recursos científicos raye de ninguna manera en pobreza ni aun se deje notar de los oyentes, el efecto se despliega imponente y mágico, la misma facilidad aparente y la espontaneidad de las partes acrecen el embeleso, ocultan el artificio, si es que en Rossini, como en todos los grandes maestros, el artificio no viene á ser genio, y hacen resaltar las palabras del himno de Inocencio. Y decimos de intento *hacen resaltar*, porque no profesamos nosotros la opinión de que la Música, y mucho menos la sagrada, haya de sujetar la inspiración y la melodía á los matices del verso, ni de andarse tras una imitación material y servil de los más leves accidentes que las palabras denotan. La Música, para nosotros, es el complemento de toda poesía: donde el lenguaje de imitación de ésta acaba, el de expresión de aquélla empieza; no se sirve del verso sino como de un motivo para hacer más sensibles sus cantos con la aplicación, y le basta expresar la impresión general de las situaciones y de los grandes cuadros de la naturaleza, el colorido y el carácter total del hecho, ya bajo el aspecto de la época, ya de la historia, ya de su mayor ó menor elevación, y antes que todo ahondar la ternura, el dolor y la alteza de los afectos. Quien supo pintar las tristes consecuencias de las pasiones humanas, los ayes del dolor y de la melancolía, los gritos sofocados del terror y el doble desencadenamiento de los elementos naturales y del furor y ambición humanos, también



ECHAR LAS CARTAS

CUADRO DE ANTONIO COLL Y PI
Ayuntamiento de Madrid

ahora ha interpretado dignamente esas estrofas que en un latín semibárbaro y con un ritmo original, sin adornos y con sencillez grande, pintan un cuadro el más poético para todo hombre, cuanto más para todo cristiano, y ofrecen constantemente solas y aisladas y mudas las dos figuras del hijo y de la madre, como si las exclamaciones, las interrogaciones, las aspiraciones y los deliquios de amor del poeta no fuesen sino el lamento de toda la creación que asiste á tal soledad y á tal silencio.

No todos los que han oído la obra de Rossini pueden juzgar del carácter de aquellas estancias; por esto y para marcar la distribución que de ellas ha hecho el compositor, permítasenos que interpoemos en nuestras reflexiones su traducción literal, en la que procuraremos conservar la forma latina aun á trueque de incurrir en algunas irregularidades.

PABLO PIFERRER.

(Continuad).



UNA VIEJA CATALANA.—CUADRO DE ANTONIO COLL Y PI

TOMO II.—42.

COPLAS DE JORGE MANRIQUE

Á LA MUERTE DE SU PADRE, EL MAESTRE DON RODRIGO (1)

I

Recuerde el alma adormida,
avive el seso y despierte,
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando;
cuán presto se va el placer,
cómo después de acordado
da dolor;
cómo, á nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fué mejor.

II

Y pues vemos lo presente,
cómo en un punto se es ido
y acabado,
si juzgamos sabiamente,
daremos lo no venido
por pasado.
No se engañe nadie, no,
pensando que ha de durar
lo que espera
más que duró lo que vió,
porque todo ha de pasar
por tal manera.

III

Nuestras vidas son los ríos,
que van á dar en la mar,
que es el morir;
allí van los señorios
derechos á se acabar
y consumir.
Allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
y más chicos,
allegados son iguales
los que viven por sus manos
y los ricos.

IV

Dejo las invocaciones
de los famosos poetas
y oradores;

no curo de sus ficciones;
que traen hierbas secretas
sus sabores.
A aquél solo me encomiendo,
aquél solo invoco yo
de verdad,
que en este mundo viviendo
el mundo no conoció
su deidad.

V

Este mundo es el camino
para el otro, que es morada
sin pesar;
mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin errar.
Partimos cuando nascemos,
andamos mientras vivimos,
y llegamos
al tiempo que fenescemos;
así que, cuando morimos,
descansamos.

VI

Este mundo bueno fué,
si bien usásemos dél,
como debemos;
porque, según nuestra fe,
es para ganar aquél
que atendemos;
y aun el Hijo de Dios
para subirnos al cielo
descendió
á nacer acá entre nos,
y vivir en este suelo,
do murió.

VII

Ved de cuán poco valor
son las cosas tras que andamos
y corremos,
que en este mundo traidor,
aunque primero muramos,
las perdemos.
Dellas deshace la edad,
dellas casos desastrados

(1) El autor de esta composición fué hijo del conde de Paredes, que murió en el año 1479, dejando en las coplas á la muerte de su padre el trozo de poesía escrito con más gala, corrección y pureza de cuantos nos ha transmitido la historia poética anterior á los tiempos de Garcilaso. En todas épocas ha sido considerada como una verdadera joya literaria.

que acaescen;
dellas, por su calidad,
en los más altos estados
desfallecen.

VIII

Decidme: ¿la hermosura,
la gentil frescura y tez
de la cara,
la color y la blancura,
cuando viene la vejez
qué se para?
Las mañas y ligereza,
y la fuerza corporal
de juventud,
todo se torna graveza
cuando llega al arrabal
de senectud.

IX

Pues la sangre de los godos,
y el linaje y la nobleza
tan crecida,
¿por cuántas vías y modos
se sume su grande alteza
en esta vida!
Unos, por poco valer,
por cuán bajos y abatidos
que los tienen;
otros que, por no tener,
con oficios no debidos,
se mantienen.

X

Los estados y riqueza
que nos dejan á deshora,
¿quién lo duda?
no les pidamos firmeza,
porque son de una señora
que se muda;
que bienes son de fortuna,
que revuelve con su rueda
presurosa,
la cual no puede ser una,

ni ser estable, ni queda
en una cosa.

XI

Pero digo que acompañen
y lleguen hasta la huesa
con su dueño;
por eso no nos engañen,
que se va la vida apriesa
como sueño.
Y los deleites de acá
son, en que nos deleitamos,
temporales,
y los tormentos de allá,
que por ellos esperamos,
eternales.

XII

Los placeres y dulzores
desta vida trabajada
que tenemos,
¿qué son sino corredores,
y la muerte, la celada
en que caemos?
No mirando á nuestro daño,
corremos á rienda suelta
sin parar;
desque vemos el engaño,
y queremos dar la vuelta,
no hay lugar.

XIII

Si fuese en nuestro poder
tornar la cara hermosa
corporal,
como podemos hacer
el alma tan gloriosa,
angelical,
¿qué diligencia tan viva
tuviéramos toda hora,
y tan presta,
en componer la captiva,
dejándonos la señora
descompuesta!

(Concluid).

CUENTOS POPULARES CÉLTICOS

ÁRBOL DE ORO Y ÁRBOL DE PLATA



—HASE que se era un rey que tenía una mujer llamada Arbol de Plata y una hija llamada Arbol de Oro. Un día fueron ambas á un valle en el cual había un estanque y dentro del estanque una trucha.

Y fué Arbol de Plata al borde del estanque y dijo:

—Truchita mía, dime por tu vida si soy la reina más hermosa del mundo.

—¡Oh, no! La más hermosa no eres tú.

—¿Quién es, pues?

—Tu hija Arbol de Oro.

Al oír esto, volviósela la reina á su palacio ciega de cólera, y echóse en su lecho jurando que estaba muy mala y que no había de curar hasta que se hubiese comido el corazón y el hígado de su hija Arbol de Oro.

Al anochecer, volvió también el rey á su palacio, y como le dijese que su esposa estaba muy mala, fué presuroso á visitarla, preguntándole qué mal tenía.

—¡Oh! respondió la reina; es un mal que vos podríais curarme muy fácilmente.

—Entonces dadlo por curado, replicó el rey, pues yo no he de omitir medio alguno para obtener vuestro restablecimiento.

—No puedo curarme, repuso ella, sino comiendo el corazón y el hígado de mi hija, Arbol de Oro.

Sucedió en aquella sazón que el hijo de un gran monarca se puso en camino para ir á pedir la mano de Arbol de Oro. El rey aceptó la proposición y envió á buscar un macho cabrío, dando á comer su corazón y su hígado á la reina, que recobró la salud en el acto.

Un año después, Arbol de Plata volvió al valle en el cual había un estanque y dentro de él una trucha.

—Truchita mía, volvió á preguntar, dime por tu vida si soy la reina más hermosa del mundo.

—¡Oh, no! La más hermosa no eres tú.

—¿Quién es, pues?

—Tu hija Arbol de Oro.

—Te equivocas, porque murió há mucho tiempo. Hace ya un año que comí su corazón y su hígado.

—¡Oh! Quien se equivoca eres tú. Está casada con un gran príncipe extranjero.

Arbol de Plata volvió á palacio y pidió al rey que mandase aparejar la mejor de sus naves, diciendo:

—Voy á visitar á mi querida Arbol de Oro, porque hace mucho tiempo que no la he visto.

Accedió el rey á sus deseos y zarpó la nave sin tardanza. La misma reina empuñaba el timón y supo gobernar con tal destreza que llegaron muy pronto al término de su viaje.

En aquellos momentos el príncipe estaba cazando en las montañas.

Arbol de Oro conoció la nave y exclamó muy azorada, volviéndose á sus sirvientas:

—¡Estoy perdida! ¡mi madre viene á matarme!

—Nada temáis, respondieron ellas; os encerraremos en un aposento para que no se os pueda acercar.

Así lo hicieron. En esto desembarcó Arbol de Plata y púsose á gritar:

—Vén á recibir á tu madre que viene á visitarte.

Arbol de Oro le hizo responder que no podía darle gusto, porque la habían encerrado en su cuarto.

Al llegar la reina á la morada de su hija, acercóse al aposento de ésta y díjole:

—¿No podrías sacar el dedo meñique por el ojo de la cerradura para que yo pudiese besarlo?

Arbol de Oro sacó el dedo meñique y la reina lo atravesó con un puñal envenenado, cayendo muerta la princesa.

Cuando regresó el príncipe de su cacería y encontró muerta á Arbol de Oro fué presa de una gran desesperación, y viéndola tan hermosa no quiso que la enterrasen, sino que mandó encerrarla en una habitación á la cual no debía nadie acercarse.

Yendo días y viniendo días volvió el príncipe á casarse y entregó á su segunda esposa todas las llaves de palacio menos una que siempre llevaba consigo. Un día la dejó olvidada, encontróla su esposa y corrió á abrir con ella la habitación misteriosa, quedando suspensa al encontrar en ella á la mujer más hermosa que había visto en los días de su vida.

Creyéndola dormida, procuró despertarla, llamándola y sacudiéndola hasta que vió la herida que tenía en el dedo meñique. Entonces extrajo de ella el veneno y de súbito levantóse Arbol de Oro sana y encantadora como nunca.

Al cerrar la noche volvió el príncipe de su cacería muy triste y abatido.

—¿Qué me darías, le preguntó su esposa, si transformase tu mal humor en alegría?

—¡Oh! la única cosa que podría devolverme el gozo perdido sería la resurrección de Arbol de Oro.

—Vé á su cuarto y la encontrarás viva.

Cuando el príncipe vió á Arbol de Oro resucitada, pensó enloquecer de júbilo, y besóla tantas veces que no parecía sino que quería comérsela; viendo lo cual le dijo su segunda esposa:

—Desde el momento que has recobrado tu primera mujer, quédate con ella. Yo me iré.

—No lo consiento, replicó el príncipe; ambas os quedaréis conmigo.

Al terminar el año, Arbol de Plata volvió al valle en el cual había un estanque y dentro de él una trucha.

—Truchita mía, volvió á preguntar, dime por tu vida si soy la reina más hermosa del mundo.

—¡Oh, no! La más hermosa no eres tú.

—¿Quién es pues?

—Tu hija Arbol de Oro.

—Te equivocas, porque hace ya un año que le atravesé el dedo meñique con un puñal envenenado.

—Pues no ha muerto, no, no, no.

Arbol de Plata fué y pidió á su marido que mandase aparejar de nuevo la mayor de sus naves, porque quería ir á visitar á su querida Arbol de Oro, á la cual no había visto hacía mucho tiempo. Otra vez accedió el rey á sus deseos y zarpó brevemente la nave. La misma

reina empuñaba el timón y supo gobernar con tal destreza que llegaron muy pronto al término de su viaje.

A la sazón estaba el príncipe cazando en las montañas. Arbol de Oro conoció la nave y exclamó amedrentada:

—¡Pobre de mí! Mi madre viene á matarme.

—No temas, respondió la segunda mujer del príncipe; vamos á recibirla.

En esto desembarcó Arbol de Plata y púsose á gritar:

—Arbol de Oro, amor mío, vén á recibir á tu madre, que te trae una preciosa bebida.

A lo cual respondió la segunda esposa del príncipe:

—En este país hay la costumbre de no probar ninguna bebida antes que la haya catado el que la ofrece.

Arbol de Plata mojó sus labios en la copa y la segunda esposa del príncipe dióle un empellón que hizo derramar su contenido en el seno de la reina que cayó muerta en el acto.

Alzáronla del suelo y enviáronla á su palacio, en donde le dieron sepultura, y el príncipe vivió muchos años dichoso.

Traducido de la obra *Celtic fairy tales*, de JOSÉ JACOBS, por
J. COROLEU.



ECONOMÍA DOMÉSTICA

CONSERVACIÓN Y COLORACIÓN DE LAS FLORES

Un día de tiempo seco, y poco antes de abrirse los botones, cójanse las flores que se quieran conservar para el invierno: pónganse en un vaso de cristal ó de tierra barnizada, herméticamente tapado con un cuero untado de aceite, para impedir la entrada á la humedad, y este vaso se coloca después inmediato á un depósito de nieve, en parte donde la temperatura sea á poca diferencia la del hielo al derretirse, pero no más fría, pues las flores se helarían. Cuando uno quiere que las flores se abran, no tiene más que sumergirlas por algunos instantes en agua tibia ó en agua corriente, devolviendo así á las fibras su primitiva elasticidad: esto prepara la flor á desarrollarse y abrirse por completo, lo cual se consigue definitivamente llevándola á una habitación caliente y sumergiendo los tallos en agua tibia que contenga un poco de salitre. De esta manera se obtienen flores llenas de vida y de frescura, que parecen cogidas aquella misma mañana.

Si no se tiene un depósito de nieve puede hacer sus veces una cueva ó bodega. En este caso es menester quemar un poco el extremo del tallo, cubriéndolo en seguida con cera de sellar, extremando el cuidado de que la humedad no penetre en el interior del vaso. Este procedimiento va muy bien con ciertas flores poco delicadas.

Hay otro procedimiento, indicado por el doctor Miergues de Boufarick: se coge la flor por el extremo del tallo, y se sumerge en parafina derretida al baño maría; se la saca luego y se la hace dar rápidamente algunas vueltas con los dedos pulgar é índice, á fin de que la fuerza centrífuga haga desaparecer el exceso de parafina y de separar los pétalos. Por espacio de más de un año el doctor Miergues ha conservado debajo de un cristal una colección de variadas flores que no habían perdido nada absolutamente de su forma y color.

Se emplea también para conservar flores un licor que se obtiene disolviendo 500 gramos de éter y 20 de goma copal, mezclada ésta de antemano con igual peso de vidrio triturado ó de arena. Se mojan las flores en este licor, se retiran después con precaución, y se dejan secar durante unos diez minutos. Todo esto se repite cuatro ó cinco veces, y se obtiene la perfecta conservación de las flores.

Para conservar las flores cortadas hay que echar un poco de sal de amoníaco en el agua donde suelen ponerse las flores: 5 gramos de dicha sal por un litro de

agua. Con este procedimiento las flores se mantienen frescas ocho, diez y más días.

Cuando las flores empiezan á marchitarse, puede devolverseles su frescura sumergiendo los tallos hasta un tercio de su longitud en agua hirviendo: cuando el agua se enfría la flor vuelve á ponerse derecha y llena de frescura. Antes de volver á poner estas flores en agua fría hay que cortar la parte de los tallos que ha estado en contacto con el agua hirviendo.

Las flores pueden colorarse artificialmente: hay sobre todo tres colores que es curioso darles por lo mismo que ninguna flor los presenta naturalmente: el negro, el verde y el azul.

Para obtener el color negro, se cogen los frutos del abedul, se dejan secar, y se convierten en polvo impalpable. Para el verde se emplea el jugo de ruda, y para el azul el azulejo (*centaurea acyanus*) que se cría entre los trigos. Tanto uno como otro se dejan secar y se reducen á polvo finísimo. He aquí ahora la manera de usarlos: se toma el polvo del color que se quiere dar á la planta y se mezcla con estiércol de carnero, una pinta de vinagre y un poco de sal: el color ha de entrar en un tercio en esta composición, la cual ha de quedar de una consistencia pastosa, y, una vez así, se coloca bajo las raíces de una planta cuyas flores sean blancas; y regándola después con agua ligeramente teñida del color en cuestión, y sin otro tratamiento especial, las flores van apareciendo negras, azules ó verdes, según se haya escogido.

Para que la cosa salga mejor conviene preparar la tierra, escogiéndola desde luego crasa y ligera, poniéndola á secar al sol, reduciéndola á polvo y tamizándola. Después se coloca en un tiesto y se planta en medio un alfiler blanco (las únicas flores susceptibles de estas modificaciones son las blancas), preservándole de la lluvia y del rocío de la noche, y dejándole expuesto al sol durante el día. Si se le quiere dar color de púrpura se emplea para la antedicha pasta y riego madera del Brasil. Con azucenas pueden obtenerse hermosos resultados, pues regándolas con tres ó cuatro tinturas distintas en sitios también diversos, resultan admirablemente matizadas.

Un holandés muy aficionado á las tulipas ponía las cabezas de esta planta en preparaciones de diversos colores, obteniendo con ellos flores de estos colores mismos. También se ha obtenido igual resultado haciendo en dichas cabezas algunas incisiones con un cuchillo, é introduciendo en ellas colores secos.

El carbón vegetal hace más subido el color de las

dalias, rosas y petunias: el carbonato de sosa enrojece el jacinto. Para dar á las hortensias color azul, basta añadir á la tierra breña ordinaria un poco de tierra tomada en un bosque en el sitio donde se hace el carbón. El peróxido de hierro, que se disuelve lentamente, provoca un color azul más intenso que el sulfato de hierro.

Las flores cuyo color natural es el violeta, expuestas al humo de un cigarro, toman en seguida un tinte verde tanto más pronunciado cuanto más vivo era su primitivo color natural. Este se observa muy bien, por ejemplo, en las flores del tlaspi violado (*Iberis umbellata*) y de la viola matronal (*Hesperis matronalis*). Dicho cambio de color es debido al amoníaco del tabaco. Partiendo de esto, el profesor italiano señor Gabba ha hecho una serie de experimentos acerca de los cambios de color que el amoníaco produce en distintas flores. El aparato que usa para ello es sumamente sencillo: consiste en un plato en el que echa una cierta cantidad de la solución amoniacal, conocida generalmente con el nombre de *alcali volátil*. Sobre este plato pone en seguida un embudo vuelto al revés, y en el tubo de este embudo las flores con que quiere hacer el experimento. Procediendo de esta manera ha logrado que, bajo la acción del amoníaco, las flores azules, violadas ó purpúras tomaran un hermoso color verde; las flores de un rojo carmín intenso (como claveles) se volvieran negras; las blancas amarillas, etc., y consiguientemente ha logrado extraños cambios de matiz en una flor que tuviera varios colores, donde lo rojo se ha vuelto verde y lo blanco amarillo. Las fucsias blancas y rojas han aparecido amarillas, azules y verdes.

Las flores así tratadas, puestas después en el agua, conservan por mucho rato su nuevo color; pero después de algunas horas recobran su color primitivo.

Otra observación hecha por Gabba es que las flores del *Aster*, que naturalmente son inodoras, adquieren, bajo la influencia del amoníaco, un agradable perfume:

y siendo naturalmente violadas, se vuelven rojas si se mojan con ácido azótico (nitríco) diluído en agua. Estas mismas flores, metidas en una caja de madera y expuestas allí á los vapores del ácido clorhídrico, toman en seis horas un hermoso color rojo carmín que conservan si se colocan en un sitio seco, á la sombra, después de haberlas dejado secar por el aire en la oscuridad.

También se puede dar color á las flores blancas (claveles, narcisos, lilas blancas, etc.), colocándolas, después de cortadas, en un vaso que contenga el color que se les quiera comunicar. Se hacen algunas incisiones en los tallos y se sumergen éstos durante cuarenta y ocho horas en una disolución de verde brillante, de violeta de metila ó de clorhidrato de rosalina, según se las quiera teñir de verde, violeta ó de rosa. Según el periódico *La Nature*, para teñir de verde los claveles blancos basta echar un poco de verde de anilina conocido con el nombre de *verde malaquita* con agua y agitarlo para que se disuelva. En la disolución se introducen los rabos de las flores, después de haber practicado en ellos algunas incisiones: á las doce horas los pétalos empiezan á teñirse de verde, y á las cuarenta y ocho horas quedan completamente teñidas.

El ensayo que nosotros hicimos nos dió los siguientes resultados: en una botellita estrecha y larga, echamos 40 gramos de agua y un gramo de verde de anilina ó malaquita, en cuya disolución metimos el rabo del clavel, después de haber practicado en él algunas incisiones. A las tres horas la coloración era completa: entonces sacamos el clavel y lo colocamos en un vaso que contenía agua natural.

Finalmente, para conservar en las flores secas su color natural, no hay sino meterlas en un baño compuesto de ácido clorhídrico y alcohol en la proporción de 1 á 600 respectivamente: después se dejan secar y se secan mucho más aprisa de lo que suelen hacerlo naturalmente.



UN PROSPECTO DEL DÍA

Madrid, 10 de Febrero de 1893.

Sr. Director de LA ILUSTRACIÓN MODERNA.

Muy Sr. mío: Por si desea publicarlo, adjunto le remito un ejemplar de los prospectos que han circulado esta semana por toda España.

Aprovecho esta ocasión para ofrecerme á usted afectísimo servidor q. b. s. m.

MELITÓN GONZÁLEZ.

GRAN ESCUELA NACIONAL

DE

COMICACIÓN, CANTURREO Y ALZALAPATA

MADRID

*« Con el arte
no se va á ninguna parte. » (1)*

La ópera, el drama, la comedia, la zarzuela seria y el sainete honesto y entretenido han pasado á la historia.

La Escuela Nacional de Música y Declamación de nuestro Conservatorio no tiene hoy razón de existir, como no se traslade á la Rioja y se la transforme en fábrica de conservas alimenticias.

La pieza en un acto con zapateados, olés, desplantes chulapescos y tiples afónicas es lo que hoy priva.

Ladrar, aullar, silbar, erupcionar y revolcarse por el escenario fuera de compás y á contra tono de una música de *chicharra*. Esta es la misión del teatro.

Amantes de la escena, deseosos de procurar un porvenir brillante á las jóvenes contumaces y á los jóvenes morbosos, *venimos á llenar un vacío* en la educación de la sociedad actual.

La gran Escuela nacional de Comicación, Canturreo y Alzalapata tiene por objeto la fabricación de artistas (llamémosles así) para la escuela moderna

!!! EN 15 LECCIONES!!!

como maximum aun para las molleras más duras y las gargantas más afónicas.

CONDICIONES DEL LOCAL

Ancho, largo y muy alto. Así es la calle de Sevilla que constituye la parte principal de nuestro establecimiento.

Como anexos, contamos con los cafés, colmados y tascas adyacentes.

(1) De una piececilla tangosa, cancanosa y patosa.



DE LOS ALUMNOS

Para ingresar en nuestra escuela se exige á ellos:

Peinarse *palante*, echarse el sombrero sobre la ceja derecha, ir afeitado y escupir por el colmillo; así como traducir directamente del caló y hacer palotes por el método de Iturzaeta; llevar un poco descuidado el físico; levantado el cuello del gabán; expresarse en términos soeces y hablar mal de Vico, Mario, Cepillo, Balaguer, García Ortega y demás artistas serios.

Ellas serán admitidas á libre plática presentando un certificado que acredite conducta mechada, exigiéndose, además, un peinado con mucho flequillo y patilla y saber liar y fumar pitillos.

EL PROFESORADO

Entre otros, contamos con eminencias como las siguientes:

Anacleto Sinaprensiones (a) *El Pingo*.—*Ex bailar flamenco* del café de «La Butibamba.»

Domingo Montoya.—*Tratante en caballerías menores*, autor inconsciente de un caló especial.



Nemesio Chirivías (a) *El Guachindango*.—*Licenciado del ejército de Cuba*. Especialidad en tangos, guajiras, papalote, gavilán y demás extravagancias más ó menos tabernarias traídas de la Perla de las Antillas.

El Mendrugo.—*Cantor de primera clase del antiguo y acreditado cafetín de «Las medias suelas»*, ex pasajero honorario del vapor correo de Algeciras á Ceuta por cuenta del Estado.

El Chapuza.—*Torero jubilado á patatazo limpio*; tatuado en el antebrazo con el gran dragón de la China, la enseña del Profeta en la pantorrilla izquierda y un letrero de «Biba mi amor» en el omóplato derecho.

ESTUDIOS

Baile flamenco.

Salto del carnero, de la rana y otros animales afines á las producciones modernas.

Clase especial de corneta y trompeta para las señoras de coro.

Instrucción del recluta y manejo de la navaja para artistas de ambos sexos.



Equitación y volteo en burro, indispensable para las obras de asno obligado, como *El monaguillo*, *Los aparecidos*, *Las campanadas*, *Las doce y media*, etc.
Clase de chulapeo, manganeo y jaripeo.



EJERCICIOS MACHOS

Se reducen á cinco y sobran.
De municipal gallego.
De Rata.
De paleta.
De cesante.
De niño más que lilaila.

EJERCICIOS HEMBRAS

De cigarrera ó chula desgarrada.
De granuja.
De soldado.
De torero ¡pa!
De marinerito.



MEDIOS DE EMULACIÓN

Los alumnos que obtengan la nota de *Chipé* tendrán opción gratis á una función por mes en los teatros de la Corte donde se practique con provecho este género de *sport*; y á una función por semana los que fuesen calificados con la nota de *Chachipé*.



PREMIOS EN ESPECIE

Los premios anteriores podrán canjearse por colecciones de *El cuerno ilustrado*, gorras de chulo, medias encarnadas, cajetillas de tabaco, barajas, trabucos naranjeros y sombreritos cordobeses.

HONORARIOS

Ninguno.

Los profesores ejercen su cargo sin retribución alguna y sólo por amor á la clase, bajo la protección y curatela de los *Alabarderos* y autoridad competente.

HORAS DE CLASE

De sol á sol.

MÁS DETALLES

Hemos suprimido las antiguas denominaciones de *galán joven*, *tiple*, *característica*, *contralto*, etc., por no amoldarse á las actuales necesidades teatrales.

Tenemos en su lugar:

Gañán joven y gañán cómico, para las comedias con burro.

Rata joven y rata de carácter.

Primer chulo.

Gritante de rompe y rasga absoluta.

Meretriz soprano ó de sopapo.

Primísima saltamontes de geribeques.

Tanguista cómica.

Esperamos del público que sabrá recompensar nuestros esfuerzos, y, de las personas ilustradas, su valiosa cooperación, así como el concurso de los jóvenes de ambos sexos sin oficio ni beneficio.

Cara curtida, descoco, desfachatez, mucha presunción y más insulas. Con sólo estas cualidades, *público de última hora* ó de Valmoral de los Cafres, podemos asegurar un brillante porvenir á los jóvenes menesterosos.

El Director

PÚBLICO BABIECA.



¡PASIÓN!

NOVELA ORIGINAL

DE

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

(CONTINUACIÓN)

XV

Se me figura á mí que sabe todo el mundo lo que fué el levantamiento de las Alpujarras: los moros se hubieran sometido difícil, pero pacíficamente, á nuestras costumbres, á nuestros trajes y aun á nuestra religión, si se les hubiera cumplido lo que ofrecieron doña Isabel y don Fernando por las capitulaciones firmadas: ofrecían los Reyes Católicos en estas capitulaciones, por sí y por los reyes sus sucesores, recibir como sus vasallos y súbditos naturales, bajo su palabra, protección y real socorro, al rey Alei-Abdilehi, su corte y todo su pueblo, pequeños y grandes, tanto hombres como mujeres, vecinos de Granada, Albaicín, arrabales, fortalezas, aldeas y lugares de su tierra y de las Alpujarras; que les dejarían sus propiedades para siempre, siendo ellos respetados y honrados como los demás súbditos españoles; que no turbarían sus rezos y costumbres, dejándoles sus leyes, sus mezquitas, sus torres, sus muecines y los productos de sus rentas; que se les costearía pasaje libre á los que quisieran marchar de España, como á sus riquezas y muebles, menos los cañones,

única cosa que se les impedía llevar; que no se les podría obligar á que llevasen marcas en los trajes, como las llevaban los judíos; que en tres años después de firmadas las capitulaciones, no pagarían contribución por casas y demás bienes, y si sólo el diezmo de cosechas y ganados, como los súbditos de España; que no se les podrían tomar criados ni caballerías, como no se las pagasen equitativamente; que á todo cristiano que entrase en una mezquita sin permiso del alfaquí, castigárase con rigor; que desde el rey Abdilehi hasta el último de los moros serían respetadísimos por los españoles, empezando por los mismos reyes de Castilla y Aragón; que se dejarían á todos los alcaldes y alfaquíes recobrar sus rentas y gozar de sus libertades; que no se les quitarían nunca sus vestidos, ni sus pájaros, ni sus bestias, ni sus provisiones, y serían respetados, además de los moros, los huéspedes de los moros; que sus pleitos serían juzgados por sus mismas leyes y por su cadí, y que en el caso de un pleito entre cristiano y moro, habría un alcaide cristiano y un cadí moro; que, además de ser juzgados por la ley *Xara*, que llamaban ellos de la *Zuna*, ningún juez podría juzgar á ningún moro por delito que otro haya cometido, ni que se encarcele al padre por el hijo, ni al hijo por el padre, ni al hermano por el hermano, ni á un pariente por otro; que no darían ni pagarían más tributo del que pagaban anteriormente; que no se permitiría maltratar de palabra ni de obra á los cristianos ó las cristianas que antes de las capitulaciones se hubiesen hecho moros; que si algún moro tenía por mujer á una renegada no se bautizaría contra su gusto, pues ningún moro ó morisco sería obligado á cristianizarse contra su voluntad también, y que si por cualquier motivo de amor quisiera volver al cristianismo sería admitido después de interrogado; que Sus Altezas, los señores Reyes Católicos, no inquirirían ni preguntarian las cosas que los moros hubieren hecho, de cualquier clase que fuera, antes de la rendición de la ciudad y de las fortalezas; que todos los moros ó cautivos, hombres ó mujeres, que se encontraran en poder de los cristianos, serían puestos en libertad sin rescate; que se guardarían y respetarían las costumbres de los moros sobre sus herencias; que las rentas de las mezquitas, y las otras cosas que había que dar á los *Muda-Taras* y los estudios y escuelas donde se enseñaba á los niños, quedarían á cargo de los alfaquíes para que los distribuyeran y repartieran como juzgasen conveniente, y que Sus Altezas y sus ministros no se mezclarían en esto, ni ordenarian que las tomasen, ni se apoderarian de ellas nunca jamás, ni ellos ni los otros reyes sus sucesores; que los jueces, alcaldes y gobernadores que los reyes pondrían en la ciudad de Granada y su territorio serían personas tales que honrarían á los moros, que los tratarían con amor y respetarían estas convenciones, que si alguno de ellos hiciere algo ilegítimo, sería depuesto, y con todo rigor castigado.

Y nada de aquello se les cumplió. No solamente no fué cumplido aquel convenio por parte de Sus Altezas, por el constante enemigo de los moros que tenían á su lado en el cardenal Cisneros, sino que les persiguieron sin descanso; la rebelión tuvo que ser y fué, pero tan grave, que el mismo Fernando tuvo que marchar al frente de sus tropas para sofocarla. Carlos V continuó la obra de apretar el yugo á los desgraciados moriscos, y éstos, que si ansiaban la paz, no podían sufrir con resignación—porque eran ardientes y valerosos—aquellas persecuciones, levantáronse también contra el Emperador, que tuvo que enviar á las Alpujarras buen golpe de sus más bravas gentes para meterlos en cintura; pero cuando corrió España mucho peligro de perder aquella hermosa región, fué en el reinado de Felipe II, y no satisfecho éste con proseguir la obra de su padre, y de los abuelos de su padre, mandó en 1566, que en tres años aprendieran los moros español; que ni en público ni en secreto se escribiera el árabe ni se hablara, y que en término de un mes fuesen entregados al presidente de la cancillería de Granada todos los libros escritos en aquel idioma. Convendrán los más apasionados de la política de Felipe II, que la orden de que aprendiesen los moros el español en el término preciso de tres años era violentísima, y comprenderán al igual que aquella de que no se hablara el árabe ni en secreto ni en público, no era ya cosa violenta, sino terrible; á Núñez Muley, un ilustre

anciano lleno de sabiduría y de prudencia, le fué encomendado el difícil negocio de obtener la revocación de la orden fatal; tales y tan atinadas cosas dijo al marqués de Mondéjar y tantos cargos le hizo, que el marqués en persona tomó grupos lleno de inquietudes y allá se fué con la esperanza de conseguir la supresión del decreto. Recibióle don Felipe como él sabía recibir á sus vasallos cuando no le tenían contento, diciéndole, sin permitirle hablar apenas, que volviera á Granada á hacer cumplir sus órdenes: el resultado de estas órdenes fué el terrible alzamiento del 24 de Diciembre de 1568.

Sabía, además, el rey, por habérselo advertido Mondéjar, las funestísimas resultas que aquello tendría, y sabíalo también porque no necesitaba que se lo dijese nadie; como lo sabía, se dió buena maña para vigilar á los moriscos desde su mismo despacho del Alcázar, y para que vigilasen, además, á los encargados de vigilar á los moriscos: fué su idea la de coger á los sediciosos con las armas en la mano, teniendo así pretexto para destruirlos, y aunque tuvo noticias con oportunidad, dejó como muerto el negocio por espacio de algunos meses: se engañó en aquel asunto, como se engañó en muchos otros: él quería una asonada y entrar luego con severos castigos, pero tardó mucho, y los conspiradores tuvieron lugar de unirse y cimentar bien su obra. Felipe II envió mensajeros secretos á los corregidores de las ciudades andaluzas, que podrían acudir prontamente con hombres y vituallas en ayuda de las gentes del rey que á Granada guarnecían: esto causó gran sorpresa, pero se obedeció. El encargado por el rey para llevar sus órdenes al corregidor de Córdoba y á don Hernando Máinez y Carrillo, por ser uno de los más poderosos caballeros de Andalucía, fué don Martín Pedrosa. La historia de don Martín, hecha en pocas palabras por Máinez y Carrillo en otra ocasión, era verídica: el rey conoció á don Martín por medio de su confesor, y una de las pocas justicias que Felipe hizo en su existencia fué la de honrar á don Martín, conociendo lo que valía: lo que más hubo de agradarle fué su modestia y su ninguna ambición, y conocidas estas condiciones de don Martín, no le perdió el rey de vista: fué un íntimo servidor suyo; procurando emplearle siempre en cosas de honra; que para las no honradas ya sabía que tenía también servidores á propósito. En Córdoba comprendía don Felipe que se necesitaba de más habilidad y más pulso, y de más energía, sobre todo cuando fuere preciso hacer soldados, y como ya conocía el rey la osadía, el valor, la terquedad y hasta la furia de que el corregidor Zapata armábase, aun contra personas de su parentela, como de la razón de Estado se tratase, allá le envió á don Martín, suponiendo con razón muy sobrada que los dos juntos harían muy buenas cosas.

Pero la inquietud se apoderó grandemente de todos los ánimos; supúsose desde el primer momento que el asunto de los moriscos era muy grave; pero se comprendió á poco que era más grave todavía de lo que se supuso: en un mes el número de moriscos sublevados pasó de treinta mil, y hubo una mortandad espantosa de cristianos. Quedarán recuerdos á la humanidad de los horrores de muchas guerras, pero nunca tan grandes ni tan terribles como los de la sublevación de los moriscos de Granada.

Debo decirlo, aunque sea abreviando, que á pesar de todas las prevenciones, no había apenas guarnición en la ciudad ni escuadra en la costa, y el marqués de Mondéjar hizo mucho con defenderse nada más, mientras le llegaron socorros. Habían nombrado rey, los moriscos de las Alpujarras, á don Fernando de Valor, joven de buena índole, pero corrompido y gastado ya; era oriundo de los reyes de Granada y por eso se le eligió bajo el nombre de Aben-Humeya; nombró á Farax alguacil mayor, y este hombre fanático recorrió el país, metiéndolo todo á sangre y fuego, y manchándose con toda suerte de tropelías; contrarió así grandemente á Aben-Humeya, que recomendaba una y otra vez, con gran ahinco á Farax y á los que le seguían, mucha humanidad; las represalias de aquellos infelices fueron sangrientas; el brazo incansable de Farax no cesaba de destruir cristianos por donde quiera que iba, ni su voz ronca y vengativa cansábase tampoco de maldecir al enemigo, ni de predicar la muerte:

así recorrió multitud de pueblos, dejando huellas horribles en su camino, en Jubar y Lanjarón sobre todo. Aben-Humeya, por su parte, lo primero que hizo, para no interrumpir sus dulces hábitos de molicie, fué organizar su palacio como á un rey convenia, empezando así á captarse odios; no por eso abandonó el asunto magno de la guerra: desaprobó las venganzas de Farax, condenándolas enérgicamente; nombró muy bravos capitanes con acertadísimo acuerdo, y organizó la defensa del modo que creyó más conveniente, encontrando todo el que entendía alguna cosa en asuntos de guerra, que en muy poco ó en nada habíase equivocado.

(Continuad).





NUESTROS GRABADOS

LA VIUDA

CUADRO DE ANTONIO COLL Y PI

No necesita de comentario el tema de este cuadro. Con claridad, sin género de duda, dice lo que se propuso presentar el artista. Ha perdido á su esposo la señora que se ve sentada en el sillón, en el centro del taller del retratista; es la viuda que, acompañada de su hija, ha ido á ver el retrato del difunto, que está contemplando entre adolorida y gozosa, adolorida por el recuerdo que en ella evoca, y gozosa, con cierto melancólico gozo, porque encuentra ser exacto el parecido en la pintura. Tan exacto lo halla que se queda como extasiada viéndolo, cual si tuviese delante á su mismísimo marido, fijando con delectación los ojos en aquella imagen pintada, memoria dulce del que fué su cariñoso compañero. ¡Cuán diferente es la expresión de la hija! Con interés examina el retrato de su padre, con amor también, mas no con la tierna melancolía de la pobre viuda. Ambas figuras son de una exactitud admirable, en especial la de la viuda, en la cual rostro, actitud, traje, todo responde perfectamente al sentimiento que el joven artista quiso poner en su cuadro. Las dos figuras de la madre y de la hija están, además, hábilmente colocadas, dando un grupo por todo extremo interesante. El pintor aguardando retirado el dictamen de las dos señoras, esperándolo con tranquilidad, porque tiene conciencia de haber estado feliz en su obra, y los varios accesorios artísticos diseminados por el taller contribuyen á caracterizar el asunto de este cuadro, de un modernismo cabal y al propio tiempo con un fondo de poesía que aparta de la vulgaridad una escena que de otro modo caería en ella muy fácilmente.

ECHAR LAS CARTAS

CUADRO DE ANTONIO COLL Y PI

La estupidez humana es causa de que mujeres como la protagonista de este cuadro ejerzan aún su embustera industria en todos los países del mundo, ya que no hay ninguno, ni siquiera entre los que se precian de más adelantados y despiertos, que no cuente con mujeres que echan las cartas, adivinas, sonámbulas y demás embaucadoras de la propia especie. Parece imposible que haya

quién pueda fiar en las predicciones de un naípe, ni quién crea que el porvenir de una persona, su buena ó mala suerte, el que se realicen ó no sus deseos y sus esperanzas pueda revelarlo la casualidad de que salga de la baraja el as de oros ó la sota de espadas, ó cualquier otro naípe al que se atribuye esta ó aquella significación agorera. Y sin embargo, ¡cuánta gente fía en semejantes mentirosos augurios! Individuos de todas las clases sociales acuden por desgracia á las sonámbulas y á las que echan las cartas, que sacan muy buenos cuartos, dominando, empero, según parece, en esta concurrencia mujeres del pueblo y señoras más ó menos improvisadas, muchas de escasa cultura y nada firmes en punto á creencias religiosas. Antonio Coll ha sacado la escena con verdad extraordinaria. La mujer que echa las cartas, con sus espejuelos, tiene aspecto de muy ducha en engañar á los incautos que fían de sus vaticinios. Las dos individuos, elegantemente vestidas, que con viva atención siguen la aparición sucesiva de los naipes, parece que trascienden á enredillo y que á la casa han ido por razones que allá se van con las trampas de las adivinas y sonámbulas.

UNA VIEJA CATALANA

CUADRO DE ANTONIO COLL Y PI

El autor de este cuadro y de los otros dos antes citados, forma parte del grupo joven de artistas catalanes. Como todos cuantos en él figuran, Antonio Coll pone empeño en estudiar directamente el natural, sorprendiendo las escenas características de nuestra época y los tipos más gráficos de ella; así los que, como la anciana de este cuadro, ofrecen los rasgos genuinos de la gente de Cataluña, como aquellos que, según puede verse en los otros dos lienzos, tienen aire cosmopolita por consecuencia de la uniformidad en trajes y en costumbres que reina hoy día en el mundo. La anciana pintada por el citado artista es de una verdad que encanta. Parécele á quien la contempla que ha de encontrarla al revolver de cada esquina, y que de seguro la verá—y en esto no irá equivocado—en las aldeas del llano de Vich ó de las comarcas regadas por el Ter y el Fresser. Del campo procedía sin duda la buena mujer, que sirvió de modelo para el cuadro tan diestramente ejecutado por su autor, aun cuando llevase algu-

nos años de vivir en ciudad populosa, lo cual no le hizo perder ni el aire ni la manera de vestirse según las ancianas de Cataluña.

LA FERIA DEL MUNDO

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO EN 1893

(CONCLUSIÓN)

Al norte del cuadrángulo que forme el área de la Exposición se alzarán los edificios para Transportes,

formando grupo, entre los pabellones de la Horticultura y de la Minería. Ofrece carácter sencillo aquel grupo de construcciones, si bien se trata de enriquecerlas con ricos detalles. Desde el lago se verá muy bien la cúpula, de 165 pies de altura, á la que se llegará por medio de ocho ascensores y desde la que se descubrirá un precioso panorama. La entrada principal, que se llamará la Puerta Dorada, constará de un simple arco embellecido con bajos relieves y pinturas murales. El resto del alzado consiste en una serie de arcadas con columnata y el correspondiente entablamento. Ábrense en los muros



Palacio de la Pesca y Pesquerías

distintas puertas que dan á arriates adornados con surtidores y estatuas. El interior semejará hasta cierto punto una Basílica romana con desahogada nave central y otras laterales, siendo más elevado el techo de la primera y teniendo todas grandes ventanales. Dentro del edificio podrá exhibirse un tren completo de pasajeros ó de mercancías, con su locomotora. En el pabellón ó edificio de Transportes se colocará todo cuanto se refiera al transporte, desde el cochecito de un niño á las mayores máquinas. De fijo que será estupendo el número y la variedad de locomotoras que allí podrán examinarse. La vista que publicamos de este edificio da acabada idea del mismo.

El palacio de Horticultura se hallará formado por un pabellón central y otros dos á los extremos, teniendo en el interior dos patios. El pabellón construido fuera del palacio tendrá el techo de cristal y en él se expondrán las más altas palmeras, bambúes, helechos, etc. El exterior se estucará dándole una tinta fina, pero caliente, y el interior se presentará bellamente decorado por medio de la policromía. Aquí se exhibirán plantas, flores, semillas y todo cuanto se relacione con la Horticultura. Estos ejemplares requieren luz que se templará y modificará por medio de cortinones, ya que el techo será de cristal, como hemos dicho. El número de caloríferos necesario para ello procurará la temperatura que se desee.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO. — La laguna vista desde el Sur

La construcción destinada á la Pesca y Pesquerías ha sido trazada siguiendo un estilo que se ha calificado de románico español, y hará contraste con las líneas clásicas de los restantes edificios. Damos de la misma la parte central, de la que se han excluido dos pequeños polígonos relacionados con ella por medio de arcadas. Levantada sobre una isla, se halla subdividida en tres partes que se ajustan al perímetro de la isla. En el pabellón central se pondrá la pesquería en general, y los polígonos se reservarán para la pesca con caña y los acuarios, á la vez que para los cebos de pescar, artificios al mismo intento y barcos pescadores.

Al departamento de Marina, uno de los más atracti-

vos de la Exposición, se entrará por un túnel en arco de medio punto y á cada lado tendrá grandes estanques con peces. Lo más típico de esta sección consistirá en un ancho estanque en cuyo centro manará un precioso surtidor. Peces y bichos marinos de raras formas y colores correrán por sus aguas, mientras en los estanques que lo rodearán, siendo el conjunto mucho mayor que todo cuanto hasta hoy se ha construído con idéntico propósito, se exhibirán tiburones, peces-espadas y otros habitantes poco conocidos del Océano.

El palacio de las Minas y Minería tendrá soberbios ingresos por dos lados y vestíbulos lujosamente decorados. Á cada ángulo se alzará un pabellón coronado



Palacio de la Horticultura



Palacio de las Minas y Minería

por sendas cúpulas rodeadas por una balconada. El techo será asimismo de cristal y se hallará á una altura de cien pies.

Aunque comparativamente de construcción sencilla, el palacio de Máquinas resultará imponente, como debe serlo. El cuerpo principal mide 850 por 500 pies, y se hallará dividido en tres naves á modo de tinglados de caminos de hierro, en cada uno de los cuales habrá grúas y plataformas móviles, estas últimas para llevar á los visitantes que deseen examinar la Exposición con las menores molestias posibles. Se empleará la fuerza de vapor, que proporcionarán grandes máquinas de esta clase, á fin de poner en movimiento toda la maquinaria. Como en las construcciones de esta clase, habrá en el patio principal, al nivel del primer piso, una galería con arcos que permitirá dar la vuelta al palacio, bajo cubierto. Los palacios de Máquinas y de Agricultura

quedarán enlazados por medio de una columnata que tendrá en su centro una regia puerta en arco. Desde este pórtico se descubrirá el lago en una grande extensión. En anexos se instalará la maquinaria de aplicaciones especiales. Un jardín en el interior del palacio procurará al visitante poder respirar aire puro cuando se sienta cansado del olor del humo, de las grasas y del aceite. Para recorrer la gran nave central habrá un ferrocarril eléctrico, desde cuyos coches el viajero lo verá todo cómodamente instalado. En uno de los anexos se aplicará la electricidad como fuerza motriz.

Tal es brevemente descrita la *Feria del Mundo* que se está preparando en Chicago. Creemos que nuestros lectores verán con interés estas noticias y los preciosos grabados que reproducen las vistas principales de la Exposición. Casi todo el mundo se prepara para tomar parte en ella, ya que á la fecha de las últimas noticias

habían aceptado oficialmente la invitación Francia, Alemania, España, Inglaterra, Rusia, Grecia, la República Argentina, Australia, Bolivia, el Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, Guatemala, Japón, México, Persia, Nicaragua, Perú, Honduras, Jamaica, Paraguay, Uruguay, Salvador y Venezuela. El gobierno de los Estados Unidos ha puesto el más vivo empeño en que nuestra nación se halle representada en Chicago por un miembro de su familia real, y deseando S. M. la Reina Regente y nuestro gobierno complacer a aquella República, en representación del Rey y de la Reina y de toda la nación, irán a aquella ciudad SS. AA. los infantes doña Eulalia y don Antonio.

**EXPEDICIÓN
Á GARMENDIOLA
(TOLOSA-GUIPÚZCOA)**

Varias veces hemos dicho que la fotografía saca hoy vistas que tienen carácter de verdaderos cuadros. La rapidez con que

pueden obtenerse las pruebas, rapidez instantánea en las máquinas de esta última clase, permite reproducir, además del paisaje, los seres vivientes con asombrosa verdad, porque no les precisa sostener por largo rato una misma postura, como se requería hace pocos años. Entonces las figuras salían paradas y enaradas: ahora presentan la vida y la espontaneidad del natural. Dígalo el pintoresco grupo que hay en esta fotografía, perfectamente sacada en todas sus partes, grupo que tiene por fondo uno de aquellos bonitos trozos de paisaje que se encuentran repetidamente en Guipúzcoa. En la seguridad de que nuestros lectores verán con gusto la fotografía que ha tenido la amabilidad de facilitarnos don Casimiro Laborde, de Tolosa, quien figura en el grupo, no hemos vacilado en reproducir



EXPEDICIÓN Á GARMENDIOLA
(De una fotografía comunicada por don Casimiro Laborde)

cirila en las páginas de LA ILUSTRACIÓN MODERNA.



MESA REVUELTA

La palabra caucho procede del indio y significa jugo de árbol; impropriadamente se da también á aquella sustancia la calificación de *goma elástica*. Es el producto de la desecación del jugo lechoso, que se extrae por incisión de gran número de plantas de la América Meridional y de las Indias Orientales, particularmente de la *fatropia elástica* ó *hevea guianensis* y de otros árboles pertenecientes á la familia de las *artocárpeas euforbiáceas* y *asclepiáceas*. La industria de esta extracción se encuentra muy desarrollada en el Brasil, Guinea, Java, Singapur, Assam, etc. El jugo en estado líquido se coloca en unos moldes de tierra, se hace secar al sol, y cuando se considera que tiene ya suficiente consistencia se rompe el molde que lo contiene. Por este procedimiento se da al caucho la forma de una pera ó de una calabaza y en tal estado llega á Europa. Desde hace algunos años también llega el caucho á Europa en forma de hojas ó de grandes placas muy compactas.

El caucho tiene un color gris, carece de olor y sabor y su densidad varía de 0,92 á 0,94; permanece inalterable á la acción del aire atmosférico, es blando, flexible, impermeable y extraordinariamente elástico. En su composición entran como principales elementos dos principios que contienen carbono é hidrógeno. M. Payen ha podido separarlos. Uno de estos principios es muy pegajoso, casi insoluble, elástico y dilatado, y el otro es muy soluble y esencialmente adhesivo. Sometido á una temperatura algo elevada, reblandece lo suficiente para formar una masa compacta; á una temperatura muy alta entra en fusión, toma la consistencia del alquitrán y la conserva aún después de haberse enfriado, por espacio de muchos años. Si la temperatura á que se le somete es todavía más elevada, se descompone, y entonces produce, en su destilación, aceites volátiles y odoríferos (*cauchina*) que tiene la propiedad de disolverle rápidamente. Puesto en contacto con la llama de una bujía, se enciende en seguida y arde rápidamente. Es insoluble en el agua y en el alcohol; pero se disuelve en éter puro y en aceites de esencia como la bencina, la esencia de trementina y el sulfuro de carbono. Si á esta última se le añaden 6 ú 8 partes de alcohol es el mejor disolvente del caucho. Los ácidos á la temperatura ordinaria tienen poca acción sobre él.

Las aplicaciones que de él se hacen son numerosísimas: sirve para borrar el lápiz y suavizar el papel, para fabricar pelotas, tubos destinados á los aparatos de química, instrumentos de cirugía, como son las sondas, cánulas, etc., para construir conductos acústicos, confeccionar calzado y telas impermeables. Se ha podido

reducirse á hilos sumamente delgados con los cuales se confeccionan tejidos elásticos para tirantes, ligas, corsés, etc. Mezclando el caucho, ya sea disuelto, ya en estado pastoso con aceite de lino y una parte de resina, se elabora un barniz especial para objetos de cobre. Muchas veces en lugar del caucho puro se emplea el caucho *vulcanizado*, ó sea al que se ha añadido azufre, ya directamente, ya por medio del sulfuro de carbono ó del cloruro de azufre. El caucho fundido se emplea con gran ventaja para ensebar espitas; un tapón de corcho recubierto de caucho es completamente impermeable. Entra también en la composición de la *cola naval* ó *liga marina* empleada en las construcciones marítimas y en el calafateo de los barcos. En Londres se han construido lanchas de salvamento con planchas de caucho y serrín de corcho.

Hace poco más de un siglo que el caucho se conoce en Europa. Un tal Fresneau lo descubrió en Cayena, y La Condamine mandó á Europa algunas cantidades de caucho en 1751, haciendo de esta sustancia la primera descripción científica. El invento de los tejidos impermeables de caucho se debe á los indios. De 50 años á esta parte ha tomado esta industria extraordinaria importancia.

Por qué se dijo. — ¿Qué más crédito tiene el asno que yo?

Pidió un labrador á otro amigo suyo, dentro de su casa, que le prestase un asno que tenía, para ir con él á la ciudad. El otro, excusándose que no lo tenía, que lo había prestado á otro, sucedió que en tal momento comenzó á roznar el asno en el establo. Entonces dijo el que se lo demandaba: — Decid, compadre, ¿no es aquel que rozna vuestro asno? — Respondió el dueño: — Necia condición es la vuestra, compadre, qué ¿más crédito tiene el asno que yo? — Así me parece. — Pues entrad por él.

En una comida que daba un banquero de Bruselas, un camarero torpe dejó caer una lengua de vaca sobre uno de los convidados.

— No es nada, dijo éste limpiándose; no es más que un *lapsus lingua*.

La ocurrencia agradó, é hizo reír mucho. El banquero la admiró tanto más, cuanto que no sabía latín, y procuró conservarla en la memoria, proponiéndose hacer uso de ella en la primera ocasión oportuna.

En una segunda comida, para la cual había cuidado de convidar exclusivamente á personas que no asistieron

a la primera, llamó junto a sí al mismo camarero, en el momento en que entraba llevando una pierna de carnero, y le dijo en voz baja:

—Me vas a verter ese plato sobre el hombro.

—¡Oh! no, señor, no tenga usted cuidado. No volverá a sucederme.

—Te digo que es preciso que me lo viertas, y al instante ó te despido.

El camarero se decidió por fin, y con un descaro que dejó sorprendidos a todos, dejó caer la pierna de carnero sobre el frac de su amo.

—No es nada, señores, dijo el banquero. Es un *lapsus lingue*, y nada más.

Nada: no produjo efecto alguno la frase y nadie dijo una palabra.

—¡Imbéciles! murmuró el banquero al oído de su mujer, ¡no hay uno solo entre ellos que sepa latín!

En este mundo no vivimos más que de ilusiones: cuando se nos aparecen los hombres y las cosas en su propia realidad, se desvanece toda la poesía de la vida. Por esto Fontanelle, cercano al sepulcro, decía: —Ya es hora de que me vaya, porque empiezo a ver las cosas tales como son.

Se ha dicho con fundamento, que la razón de ser tan poco común el devolver los libros prestados, es que cuesta menos retener un libro que su contenido.

Desesperado un alojado de caballería porque las pulgas no le dejaban dormir, se levanta, coge las pistolas, y empieza a espulgar las sábanas a pistoletazos. Reconvenido por la patrona, la cual vio con dolor atravesadas y medio inutilizadas las sábanas, díjole el oficial muy mohino:

—¡Déjeme usted en paz, señora! cada cual tiene su modo de matar pulgas.

De ahí el origen de esta locución familiar cuyo empleo es tan frecuente.

He aquí la lacónica y magnífica arenga que dirigió a sus tropas el célebre La Rochejaquelein en el acto de entrar en una batalla: —¡Soldados! si avanzo, seguidme; si retrocedo, matadme; si muero, vengadme.

Luis XV detestaba la lectura; y para lisonjearle díjole uno de sus cortesanos que él tampoco había abierto un libro en su vida. El rey repitió el dicho, contándose al barón de Thiers, quien contestó: —Sire, eso no es verdad, pero es verosímil.

Puede componerse muy buena gelatina de ron, tomando 10 gramos de gelatina alimenticia disuelta en medio litro de agua con 200 gramos de azúcar y corteza de limón y añadiendo dos claras de huevo, haciéndolo

hervir muy poco y filtrándolo luego con una tela puesta tirante en un colador. Luego deben añadirse dos vasos de ron y dejarse enfriar el líquido en un molde.

Las gelatinas que se preparan por el procedimiento indicado son unos excelentes postres y no resultan caros.

En Oriente parece que se aplica para la conservación de las uvas un procedimiento muy sencillo y económico, que consiste en recubrir las de tierra arcillosa blanda, la cual, al secarse, envuelve a todo el fruto con una capa que impide la acción del aire y de la humedad, y por lo tanto la putrefacción de la uva. Además, quedando los granos cubiertos con la capa de arcilla, quedan también aislados unos de otros y no se rompen fácilmente aunque se transporten.

El sueño y la esperanza son dos calmantes que concede la naturaleza al hombre — EL GRAN FEDERICO.

Locura es dar consejos a un enemigo; pero más locura todavía el tomarlos de él. — PROVERBIO ÁRABE.

Cuanto mejor es un libro, más tarda en venderse, porque su despacho está en razón inversa del tiempo necesario para comprender y aquilatar su mérito. — BALZAC.

El que teme padecer, padece ya lo que teme. — MONTAIGNE.

El celoso pasa la vida buscando un secreto cuyo descubrimiento ha de causar su desdicha. — OXENSTIERNE.

Si quieres ser independiente, no contraigas deudas. — ***

Hay alguien que tiene más ingenio que los hombres más agudos, y ese alguien es todo el mundo. — TALLEYRAND.

Los grandes hombres no son grandes a todas horas, ni en todas las cosas. — FEDERICO EL GRANDE.

Para no mentir ¿basta decir la verdad? — No; es menester decir toda la verdad. — MALESHERBES.

Las mejores visitas son las más cortas. — PROVERBIO ÁRABE.

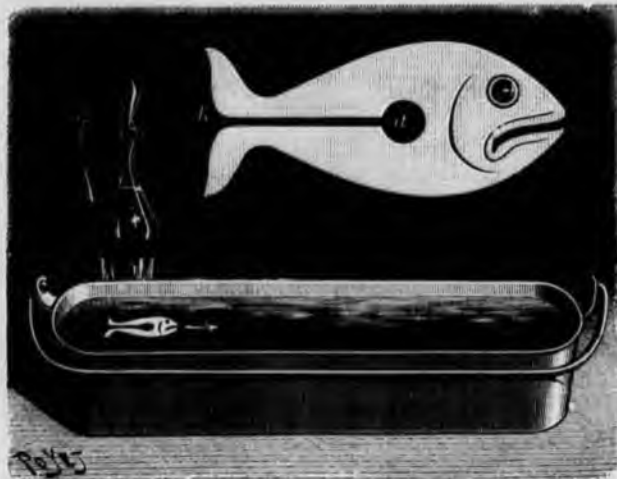
¡Respetemos las canas! y sobre todo las nuestras. — PETIT-SENN.

Hay no pocas fortunas que, como los ríos, tienen un nacimiento puro; pero se enturbian y ensucian al engrosar su caudal. — PETIT-SENN.



UN PEZ REACIO

Es sabido que el aceite lanzado oportunamente por medio de un cartucho especial sobre las olas del más alborotado mar calma instantáneamente el movimiento exasperado de las ondas líquidas y produce alrededor del buque amenazado una reacción de calma verdaderamente mágica; el aceite por su densidad específica, muy considerablemente superior al agua, gravita sobre la superficie de las olas y no deja que se agiten aunque



sople sobre ellas el poderoso hálito del huracán. Pero como éste es un mundo de contrastes, resulta que el mismo aceite se convierte en un propulsor poderoso, empleando su tendencia expansiva, y tal vez un día llegue el caso de que el proyectil *calma olas*, no solamente salve de la destrucción al buque, sino que le empuje y obligue a hacer rumbo: milagros mayores vemos todos los días.

La demostración de la segunda parte de mi aserto

puede hacerse muy fácilmente: basta para ello recortar en cartulina un pez, reservando desde la cola un canal terminado en círculo: este pez se coloca en una vasija llena de agua, situándolo en un extremo de ella: con un pincel ó la yema del dedo se dejan caer gotas de aceite en el extremo circular del canal, y el aceite, no pudiendo extenderse libremente, empuja al pez y le obliga á andar: es bueno que la cartulina sea impermeable, lo cual se consigue dándole una ligera mano de barniz.

He aquí cómo el aceite se convierte en motor; esta experiencia sencillísima y al alcance de todos, tiene tanto de juguete como de verdadera demostración científica.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior
PAR-DIEZ

Solución al logogrifo numérico
DOCTRINA

CHARADA

Dos tres cuatro necesita
poner bajo su levita
el amigo harto abordable
para librarse del sable.

Si *dos tres* canta con gusto
dando el *cinco* en tono justo,
ni vecinos ni portera
le buscarán pelotera.

El tirolés, siempre el mismo
saltará más de un abismo
para alcanzar la *dos cuatro*
de un golpe y no de teatro.

Si llega un caso esperado
está el *todo* preparado,
tremolando el pabellón
de nuestra heroica nación.

F. S., de Cádiz.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. *Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados los derechos artísticos y literarios —IMP. ESPASA Y COMP.



Ayuntamiento de Madrid



LA ANUNCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA

CUADRO DE PABLO HOECKER

Ayuntamiento de Madrid





MEMORÁNDUM

TENDRÁ la Exposición internacional de Chicago una sección en alto grado interesante perteneciente á España. Será esta sección la referente al traje y labores de la mujer, cuyos ejemplares ha recogido con el mayor celo y con particular inteligencia una Comisión de ilustres damas que se formó en Madrid, presidiéndola S. M. la Reina Regente y que nombró comisiones auxiliares en provincias. Comprendió muy bien esta Comisión la importancia y el interés que podía tener en un certamen universal americano la exhibición de magníficos trabajos ejecutados por la mujer española. En nuestra patria cuentan brillante abolengo varias industrias que casi puede decirse que son del dominio exclusivo de la mujer. Así acontece, por ejemplo, con las blondas y los encajes, ya hechos al bolillo, ya á la aguja, puesto que estas finísimas y artísticas labores han competido en España con las más preciadas de Francia y de Bélgica, sosteniendo aún en parte no pequeña este renombre, á pesar de la decadencia en que, por distintas causas, se encuentra la industria encajera. Otro tanto ocurre con el bordado, ora esté ejecutado al recamo, ora al sobrepuesto, ó de aplicación, como ahora se le llama, puesto que se hicieron entre nosotros, singularmente en el siglo xvi, deliciosas obras de matizado de sedas que se igualan á las de Flandes, si no las aventajan en ocasiones. Sabido es que en el Escorial hubo un taller famosísimo de recamo y bordado de sedas al matizado, del que fué director y hábil artífice, todo en una pieza, uno de los frailes de aquel celebrado cenobio. Una colección de estas labores llamará de seguro la atención en Chicago, y por lo mismo es de aplaudir muy de veras la empresa realizada por las distinguidas señoras que han constituido la Comisión de que hablamos. Éstas han completado el pensamiento con el envío de maniqués bien modelados, que presentarán los trajes populares femeninos en los diversos reinos de España, no sólo en la actual fecha sino también en otras atrasadas en las cuales aquellos trajes conservaban con mayor pureza que hoy día su carácter típico y genuino. Entre los libros que se enviarán á Chicago darán altísima idea de la mujer española las obras de la mística santa Teresa de Jesús y las de sor María de Ágreda, que por su claro talento mereció que la consultasen los hombres más insignes de su época, y entre ellos el rey don Felipe el II.

* * *

Los aficionados á toda clase de *sport* habrán visto con grande interés el *match* velocipédico que sostuvieron en París los nombrados Terront y Corre, habilísimos en el manejo de la

bicicleta. Espanta considerar el trabajo que hubieron de llevar á cabo los dos velocipedistas en la apuesta de que hablamos. Verificóse ésta en el Palacio de Máquinas del Campo de Marte, donde se habilitó una pista especial de 400 kilómetros. Mil kilómetros debieron correr los dos velocipedistas. Cuarenta y dos horas emplearon en ello, durante las cuales dieron 2,500 vueltas á la pista, con la rapidez media de seis leguas por hora, sin descansar ni de día ni de noche más allá de siete minutos seguidos, y esto una vez solamente. Calculóse que Terront y Corre hubieron de mover doscientas cincuenta mil veces cada pie, lo que da más de cien movimientos por minuto. No hay que decir cómo acabarían la carrera ambos competidores. No bajaron de las bicicletas sino que fué preciso bajarles de ellas, jadeando y casi exánimes, congestionada la cabeza en Terront, que es grueso, y lívido, por lo contrario, el rostro de Corre, que es un hombre flacucho. Con la afición al juego que priva en París, y para el que se aprovechan todas las coyunturas, se comprenderá que se cruzarían innumerables apuestas y algunas cuantiosas. Siguieron con afán las peripecias de la carrera los jugadores y los aficionados al velocípedo, y al acabarla hicieron todos una calurosa ovación á los dos celebrados ciclistas. Con este motivo se ha hecho notar, con razón, que el *sport* velocipédico no presenta el carácter artístico que reúnen otras diversiones de la misma clase, y entre ellas especialmente las carreras de caballos.

* * *

Dijimos en una de las pasadas revistas que el Papa había recibido, con ocasión de su Jubileo episcopal, los testimonios más elocuentes de consideración por parte de los soberanos y jefes de Estados, lo mismo de los católicos que de los pertenecientes á otras comuniones religiosas. Cítamos el obsequio que con aquel motivo había hecho á León XIII la Reina Regente de España. El Presidente de la República francesa le envió preciosos ejemplares de porcelana de la fábrica de Sevres; el Emperador Guillermo de Alemania un anillo con topacios y brillantes, como distintivo de la autoridad episcopal; los Emperadores, Archiduques y Archiduquesas de Austria un magnífico cofrecillo con una cantidad como óbolo para el Dinero de San Pedro; otra joya de mucho precio los monarcas de Portugal, y sus retratos puestos en artísticos y ricos marcos los reyes de Bélgica. Todos los jefes de Estado han enviado á Roma embajadores especiales que recibirán también mercedes de la munificencia del actual Padre Santo.

* * *

Es sabido que los estadistas y todos los hombres pensadores de Inglaterra miran con particular interés las cuestiones referentes á la organización y reglamentación del trabajo. Aquella nación, que con su sentido práctico domina las más arduas y arriesgadas cuestiones, evitando que se originen conflictos, ha demostrado repetidas veces, ya por el órgano de las *Trades Unions*, ya por boca de representantes de otras asociaciones de trabajadores, que la jornada de ocho horas era una quimera, y que si se estableciese para todos los oficios en general, de una manera absoluta, redundaría en daño de algunas industrias, á las que arruinaría, y en perjuicio, por consecuencia, de los operarios en ellas empleados, además de constituir una injusticia y una verdadera tiranía. Sólo de un modo general se ha aceptado que se fije el jornal de ocho horas para los mineros, y esto sin carácter absoluto. Recientemente una comisión de sesenta delegados de gran número de distritos mineros de Inglaterra y Escocia visitó á Mr. Gladstone para hablarle del asunto, acompañando á los mineros algunos diputados pertenecientes á diferentes partidos. Mr. Gladstone les manifestó que se hallaba dispuesto á admitir el principio de opción local en la cuestión de las ocho horas de trabajo para los mineros, pero que no se sentía con disposiciones para ir más allá. Negóse, por lo tanto, el primer ministro de la Gran Bretaña á presentar ni amparar siquiera un proyecto de ley en

que se fijase la expresada duración de jornal para todos los distritos mineros del Reino Unido. Mientras no haya casi unanimidad en los interesados en favor de la intervención del Parlamento, el aprobar una ley semejante constituiría una verdadera opresión, según parecer de Mr. Gladstone, quien terminó su contestación manifestando á los delegados que corresponde á cada distrito de minas de carbón de piedra decidir por su propia cuenta la cuestión de las ocho horas.

* * *

En medio de las entusiastas aclamaciones del pueblo de los Estados Unidos se ha abierto el segundo período de la presidencia de Mr. Cleveland. «En su discurso inaugural, dice un periódico francés, ha indicado y censurado con una franqueza y una energía tan raras como laudables el mal que corroe á la gran república del Norte, es decir, empleando sus propias expresiones «ese abyecto parasitismo oficial» que deshonor á la vez al gobierno y á los partidos. Mr. Cleveland lo ha marcado, por decirlo así, con hierro candente; si llega á desterrar de las costumbres de su país aquellas detestables prácticas, merecerá que su nombre se inscriba al lado del nombre del íntegro Wáshington.»

* * *

Háblase en México de haberse descubierto una especie de Eldorado. Así en aquel país como en la América Meridional han persistido, al través de los siglos desde la conquista española, las leyendas referentes á tesoros ocultos por los indios en las entrañas de la tierra y á minas riquísimas de oro y plata, cuyo emplazamiento conocen sólo los naturales, quienes lo ocultan por odio á los descendientes de los conquistadores. Pues bien, ahora uno de los gobernadores del Estado mexicano ha dicho que había descubierto la celeberrima montaña de oro legendaria en todo México, asegurándose que, sea ó no la verdadera montaña de la tradición, se trata cuando menos de una de las minas de oro más ricas de aquel país. El aludido gobernador no ha divulgado el secreto del punto en donde se halla la mina, mas asegura la voz pública que existe en la Sierra Madre, á unas ochenta leguas de la población de Durango. Muy de temer es que esas minas resulten ser tesoros soñados como aquellos tras de los cuales corrieron infelices españoles y por los que dieron miserablemente la vida en tierras inhospitalarias de la América.

B.



EL ESPECÍFICO



os eran las enfermas que cuidaba el doctor Ansáldez, en el hotel que había comprado cerca de Valencia, contiguo al mar, en el clima amoroso cuya blandura hace que broten en Febrero las primeras violetas.

El gabinete del primer piso era la estancia donde con mimos enamorados y auxilios heroicos era defendida contra la muerte la esposa del doctor, que iba extinguiéndose en la henchida poltrona, junto al incendio de la chimenea, lo mismo que una avecilla sobre la nieve.

En la planta baja del hotel, dentro de un aposento desnudo y sobre una cama de hierro, estaba la otra enferma, la *ánima vilis*, consumiéndose también, esperando la agonía, sin caricias, sin amor, aunque también asistida por la ciencia brava y por el ahinco indómito del médico que le daba asilo.

Aquellas dos moribundas que no se conocían, que jamás se habían visto en la tierra, que nada sabían la una de la otra, se juntaban casi al borde del sepulcro para enlazar sus existencias oscilantes y producir con ellas la llama que enardecía el pensamiento de un hombre.

Era un misterio de amor y crueldad á la vez; una obra sublime enlazada con una traición infame.

Cuando se extendió por Europa la nueva de que el doctor Koch había descubierto el específico de la tuberculosis, Ansáldez corrió á Berlín, llevando en sus brazos á su esposa. Mas al llegar él á la capital alemana ya se iba desbandando aquella peregrinación de agonizantes que se apiñó á la puerta del sabio bacteriólogo; extraña turba de pordioseros opulentos, que mendigaban, envueltos en soberbias pieles y apeándose de sus coches, una limosna de salud ó á lo menos de esperanza. Todo había sido un sueño, una generosa ilusión, cuyas jiras ya arrastraba el aire por los ángulos de la tierra. Ansáldez hubo de emprender nuevamente el viaje atribulado, y fué un milagro de su ternura amantísima que la enferma llegara con vida al hotel de la orilla del mar.

Pero aquella mujer no podía morir. Ansáldez no podía quedarse en el mundo sin la criatura adorada, de faz macilenta, blanca, anémica, contraída, y en cuyos ojos oscuros y grandísimos continuaba él bebiendo, como siempre, la luz de la pasión y de la gloria. No podía morir aquella mujer, y al regresar desesperado de su expedición á Alemania, el doctor sintió que en su cabeza nacía y fermentaba un pensamiento de orate. ¡Él era quien iba á descubrir el específico! Lo necesitaba para salvar á su mujer; aquel secreto no hallado aún le era indispensable.

En Berlín había aprendido la noción; él sabría hacerla germinar. Pero á toda prisa, sin misericordia ante el esfuerzo hercúleo que era necesario; sumergiéndose el ser entero en la cavilación y el estudio, porfiando en el análisis y el experimento... ¡Pronto, pronto!... Apremiando á la ciencia, exprimiéndose el cerebro, forzando el poder óptico de las lentes, engendrando revelaciones y prodigios en el fondo de los alambiques. ¡Muy pronto, sí! porque el mal avanzaba, y era precisa una carrera vertiginosa para llegar antes que la muerte.

Encerrado en el laboratorio se pasaba los días y las noches, abstraído en su tarea impaciente y tenaz. De allí no salía sino para bajar al gabinete de la pobre sentenciada. Reconocíala sereno, ávido, minucioso; dábale la poción, envolvíale en las pieles, atizaba la lumbré, y volvíase presuroso á sus alquimias, diciendo entre sí:—Aún hay tiempo... aún hay tiempo...

Un día se dió á entender que el problema estaba resuelto. Sí; no le cabía duda: allí, en el frasco que levantaba con mano trémula, estaba el líquido redentor. Allí tenía la salud de su enferma, la vida de su vida. Lo había experimentado largamente, con paciencia estoica, con lentitud avarienta, con pesimismo insidioso; las pruebas no fallaban. A la vista del doctor movíanse dentro de las jaulas ó saltaban por el laboratorio, sanos y ágiles, los animalejos que habían sufrido el ensayo.

¿Sería el específico, igualmente eficaz sobre el organismo humano? Esta era la cuestión que en el ánimo del doctor promovía azoramientos y ansiedades. ¿Y si mataba á su enferma, con la poderosa é indudable virtualidad del remedio? No podía éste aplicarse al objeto para el que había sido descubierto, sin que precediese la experiencia solemne, origen de una garantía completa.

Convenía, pues, al doctor Ansáldez, tener á su disposición un cuerpo humano, una criatura, imagen de la que él se proponía salvar. Necesitaba una existencia indiferente, anónima; carne de clínica que lanzar á la trinchera, al descubrimiento; una resurrección ó un cadáver que le revelara si al término de aquella aventura estaba la victoria ó la catástrofe.

La aparición del médico en el hospital fué saludada por los profesores y practicantes con salvas de risas y cuchufletas. Presentábase aquella medianía adocenada, declarando haber descubierto el específico de la tuberculosis y pidiendo una enferma que llevarse á su casa. A las burlas sucedieron la animosidad y el encono, porque la insistencia valerosa de Ansáldez le convirtió para todos de visionario en impostor. Iba él por el hospital de cama en cama buscando empeñadamente su caso. Cuando lo hallaba, vertía sobre el lecho de la doliente raudales de promesas y esperanzas deslumbradoras: la asistencia esmerada, la salud, la protección. Pero los hombres de la facultad destruían su obra en seguida, inspiraban á la enferma seducida el menosprecio hacia aquel charlatán, y el doctor vela frustrarse sus planes, mientras el tiempo pasaba robando esperanzas, enfureciendo desesperaciones.

Al fin, tendida en una cama á la cual jamás se llegaba nadie, ni una madre, ni un pariente, ni un amigo, halló el doctor una triste paciente que se dejó alucinar. Todavía le disputaron la presa, mas no fué posible arrancársela. Sacóla del hospital, mandando tirar á la puerta los guñapos de mendiga con que la muchacha había entrado, trasladóla al hotel vecino al mar, y esa era la otra enferma, la *ánima vilis*, que ocupaba el cuarto desnudo y solitario de la planta baja.

Comenzó el experimento. Ante todo reanimar las fuerzas rendidas, poner á la naturaleza exhausta en condiciones de resistir la crisis. Después de esta reparación, que fué lenta, difícil, tarea de todo un invierno, llegó la hora de empeñar el combate. ¡Cuánta perseverancia, cuánto esmero, qué fino tacto! El alma y la vida ponía en ello el doctor. Pero allí no había

sentimiento piadoso, ningún cariño, ninguna emoción que hiciese temblar la mano; aquella era una experiencia fría sobre un miserable cuerpo que la calentura estaba devorando. Allí el médico no defendía á la enferma, defendía el específico. Consumábase un sacrificio en aras de la deidad que arriba, en el aposento sagrado, esperaba el indulto de su condena.

Tranquilo y alevoso estudiaba Ansáldez el curso de sus operaciones. Los instrumentos quirúrgicos parecían en sus manos armas de asesino. Auscultaba, calculaba... no cedía ante la resistencia del mal. Su espíritu no conoció la duda, ni el miedo, ni la idea del remordimiento. Era preciso saber si el jugo de sus retortas mataba ó daba la vida.

¡La vida, la vida! Eso era lo que daba el misterioso licor. No era engaño del deseo hirviente, no era sugestión de la codicia sórdida del inventor. Éste sentía la realidad latir bajo sus manos. Entre los lienzos de la cama rebullíase una naturaleza renaciente, la carne que florecía sobre el esqueleto, la juventud queriendo hacer jirones del sudario.

¡Oh, qué triunfo y qué alegría!... ¿Sería cierto? ¿no era una asechanza de la enfermedad, que se hacía atrás como el tigre, para precipitarse luego más fiera?... En sus arranques de júbilo corría el doctor al cuarto de su esposa, la acariciaba, le hacía juramentos de salud y ventura... Cien veces estuvo á punto de inyectar en sus venas la savia maravillosa de la resurrección... Pero temeroso aún y perplejo, retirábase en seguida murmurando:

—Esperemos... esperemos...

Mas la vacilación menguaba; el alborozo crecía, la fe era dueña y señora de toda el alma del doctor. El sufrimiento, los síntomas, riesgos y temores, todo se había alejado. No quedaba allí más que la evidencia feliz y sonriente, la mendiga colmando de bendiciones á su bienhechor y embriagándose de sol y de aire puro.

La muchacha salió, por fin, á la calle, ganosa de movimiento, de espacio y de libertad. Marchóse del hotel dando el título dulce de padre al hombre que no pestañeó ante el peligro de haberla inmolado. Y el doctor la miró alejarse desde el umbral de su puerta, dirigiéndola saludos de enhorabuena, enviándola besos, agitando alegremente las manos, iluminando el espacio con la sonrisa intensa de su rostro, sonrisa que no era la del sabio triunfante, ni la del protector satisfecho de haber otorgado un gran bien, sino la del enamorado loco que afirmaba la felicidad de sus sueños.

Ya había llegado el momento de emprender la anhelada curación. ¿Qué duda le cabía? Ninguna. La realidad era su esclava. Entró en el gabinete, recluso invernáculo de la flor marchita, y dió principio á la obra, animoso, confiado, alegre. Fuerza, juventud, amor, rayos del sol ambiente de la primavera... todo eso ingería en la sangre de la tísica amada con el líquido precioso que para ella, para ella sola había inventado. ¡Oh, cómo revivirla! ¡cuántas horas de dicha, cuántos años de paz y embeleso nadaban en la sustancia oleosa del frasco!

—¡La vida, la vida!... decía el doctor á su enferma aniquilada, mientras iba infiltrándole las gotas del específico.

No. Aquella vez no fué la vida; fué la muerte el desenlace de la segunda experiencia. Fué la reacción terrible, el sacudimiento tempestuoso de la crisis desencadenada, la fiebre devastadora que barrió la miserable vitalidad del ser transido, y la enferma espiró entre convulsiones de tormento, en los brazos del doctor.

El específico allí quedaba, sobre el mármol de la consola, tesoro inútil, signo de escarnio, talismán sin virtud. En la alcoba, la muerta. En la cámara, el vivo, maldiciendo, llorando sangre y hiel, magullándose el cráneo contra las esquinas de la chimenea.

El día del entierro, detrás del séquito, iba la mendiga, la enferma curada. A la puerta del

cementerio fué y cogió la mano del doctor, estrechósela vigorosamente, se la besó: al doctor parecióle que le mordía.

¡Salvada la niña miserable, materia vil del ensayo, y en la fosa el ser querido para quien había sido robado un misterio de la naturaleza! ¿Qué importaba ya aquella conquista? Tanta lucha, tanto denuedo, tanta fatiga y abnegación, sólo habían producido un sarcasmo.

Ansáldez llegó á su casa con el alma preñada de amargura.

Recogió el frasco, subió al laboratorio, y en el fuego del hornillo fué vertiendo con voluptuosidad enconada el específico de su invención. Todo, hasta la última gota, se abrasó chirriando sobre las ascuas.

JOSÉ FELIU Y CODINA.

Madrid, Febrero, 1893.



JOSÉ VERDI



Meg (Acto I, segunda parte)



Alice (Acto I, segunda parte)



Quickly (Acto II, primera parte)



Alice (Acto III, segunda parte)



Doctor Cajus (Acto I y II)



Fenton (Acto II)

PERSONAJES DE LA ÓPERA «FALSTAFF»



Ford (Acto I, segunda parte)



Ford (Acto III, primera parte)



Nannetta (Acto I)



Quickly, vestida de bruja



Nannetta, reina de las Hadas (Acto III)



Follotto (Acto III, segunda parte)

PERSONAJES DE LA ÓPERA «FALSTAFF»

COPLAS DE JORGE MANRIQUE

Á LA MUERTE DE SU PADRE, EL MAESTRE DON RODRIGO

(CONCLUSIÓN)

XIV

Estos reyes poderosos
que vemos por escrituras
ya pasadas,
con casos tristes, llorosos,
fueron sus buenas venturas
trastornadas.
Así no hay cosa tan fuerte;
que á papas y emperadores
y prelados;
así los trata la muerte
como á los pobres pastores
de ganados.

XV

Dejemos á los troyanos,
que sus males no los vimos,
ni sus glorias;
dejemos á los romanos,
aunque oímos y leímos
sus historias.
No curemos de saber
lo de aquel siglo pasado
qué fué de ello;
vengamos á lo de ayer,
que también es olvidado
como aquello.

XVI

¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los infantes de Aragón
¿qué se hicieron?
¿Qué fué de tanto galán?
¿Qué fué de tanta invención
como trajeron?
Las justas y los torneos,
paramentos, bordaduras
y cimbras,
¿fueron sino devaneos?
¿Qué fueron sino verduras
de las eras?

XVII

¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados, sus vestidos,
sus colores?

¿Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?
¿Qué se hizo aquel trovar,
las músicas acordadas
que tañían?
¿Qué se hizo aquel danzar,
aquellas ropas chapadas
que traían?

XVIII

Pues el otro, su heredero,
don Enrique, ¿qué poderes
alcanzaba!
¿Cuán blando, cuán halagüero
el mundo con sus pluceres
se le daba!
Mas verás cuán enemigo,
cuán contrario, cuán cruel
se monstró;
habiéndole sido amigo,
cuán poco duró con él
lo que dió.

XIX

Las dádivas desmedidas,
los edificios reales
lentos de oro,
las vajillas tan febridas,
los enriques y reales
del tesoro.
Los jaeces y caballos
de su gente, y atavíos
tan sobrados,
¿dónde iremos á buscallos?
¿Qué fueron sino rocíos
de los prados?

XX

Pues su hermano, el inocente,
que en su vida sucesor
se llamó,
¿qué corte tan excelente
tuvo y cuánto gran señor
que le siguió!
Mas, como fuese mortal,
metiólo la muerte luego

en su fragua.
¡Oh juicio divinal,
cuando más ardía el fuego
echaste el agua!

XXI

Pues aquel gran Condestable,
maestre, que conocimos
tan privado,
no cumple que dél se hable,
sino sólo que lo vimos
degollado.
Sus infinitos tesoros,
sus villas y sus lugares,
y su mandar,
¿qué le fueron sino lloros?
¿qué fueron sino pesares
al dejar?

XXII

Pues los otros dos hermanos
maestres, tan prosperados
como reyes,
á los grandes y medianos
trajeron muy sojuzgados
á sus leyes;
aquella prosperidad,
que tan alta fué subida
y ensalzada,
¿qué fué sino claridad,
que, cuando más encendida,
fué matada?

XXIII

Tantos duques excelentes,
tantos marqueses y condes
y barones,
como vimos tan potentes,
dí, Muerte, ¿dó los escondes
y traspones?
Y sus muy claras hazañas,
que hicieron en las guerras
y en las paces,
cuando tú, cruel, te ensañas,

con tus fuerzas las aterras
y deshaces.

XXIV

Las huestes innumerables,
los pendones, estandartes
y banderas,
los castillos impunables,
los muros y baluartes
y barreras,
la cava honda chapada,
ó cualquier otro reparo,
¿qué aprovecha?
Que si tú vienes airada,
todo lo pasas de claro
con tu flecha.

XXV

Es tu comienzo lloroso,
tu salida siempre amarga,
y nunca buena;
lo de enmedio trabajoso,
y á quien le das vida larga
le das pena.
Vanse los bienes, muriendo,
y con sudor se procuran
y los das;
los males vienen corriendo
y después que mucho duran,
matan más.

XXVI

¡Oh mundo! Pues que nos matas,
fuera la vida que diste,
todavía;
mas, según acá nos tratas,
lo mejor y menos triste
es la partida.
De tu vida tan cubierta
de males y de dolores
tan poblada,
de los bienes tan desierta
de placeres y dulzores
despoblada.



BELLAS ARTES

MÚSICA SACRA.—STABAT DE ROSSINI

(CONTINUACIÓN)

I

*Stabat Mater dolorosa,
Juxta crucem lacrimosa,
Dum pendebat Filius*

Con dolor la Madre estaba
Y al pie de la cruz lloraba,
Ya colgado el Hijo,

Esta introducción es el trozo excelente de toda la obra, y mientras exista un corazón capaz de sentir los acentos del dolor más profundo y los efectos de la armonía más pura, ella brillará entre las mejores joyas de la corona del gran maestro. ¿Quién puede negar toda su atención á aquella entrada de los violoncellos y contrabajos, que subiendo lentamente pasan su motivo á otros instrumentos hasta caer en aquel dolorosísimo acompañamiento de los violines, mitad ligado, mitad sincopado, como los sollozos y suspiros de una angustia comprimida, mientras las trompas hacen oír un prolongado quejido? ¿Cómo no estremecerse cuando en seguida, estrechándose un tanto el movimiento, rompe la gran masa instrumental el tremendo *fortissimo*, que semeja la explosión del dolor de la naturaleza entera, y en el cual los bajos van descendiendo hasta perderse en aquellos gemidos apagados de los violines? Así dispuesto el ánimo del oyente comienzan las voces de los bajos, á su vez entran en acción los tenores, tiples y contraltos, y el conjunto armónico y fugado va dilatándose con grandiosidad y misterio, hasta hacer lugar á las cuatro partes principales que entonan el *Stabat*. Este es el trozo más patético de la introducción: toda aquella melodía está velada por una armonía tan sensible, que jamás nuestra alma se agitó tan profundamente, ni tan á pesar nuestro se humedecieron nuestros ojos; y sobre todo, cuando en la segunda frase los tiples y contraltos esfuerzan el acento en la segunda palabra *Dolorosa* y las notas se encuentran en movimiento inverso, la conmoción es tan colmada que nuestro cuerpo siente los espeluzos del terror, y el frío hiela momentáneamente

los corazones. Parécenos entonces ver la Virgen Madre muda y anonadada por su pena infinita, mientras los espíritus del cielo y los elementos y las criaturas prorrumpen en el lloro que á ella su inmensa desventura le niega. Al fin revienta el *fortissimo*, y todos los cantores pronuncian con fuerza *Dum pendebat Filius*, como si lo horrible del crimen que contra su Criador acaban de cometer los hombres sobrepusiese su mismo pesar, y no pudiese ser dicho sino con aquellos acentos marcados y enérgicos de ponderación, de indignación y de espanto. Vuelve á oirse el triste acompañamiento de los violines unido al tierno canto del tenor, una serie de modulaciones sabia y rica, en que las voces van alternando los matices y entrando por un *crescendo*, introduce una pausa instantánea y una variedad nada impropia en la marcha de la pieza; y cuando el ánimo, levemente distraído, aún recoge el postrero de aquellos acordes, ellos le reconducen al primer motivo y al canto de los violines que, como desfalleciendo, baja á producir el final. Suena éste recordando el comienzo de la entrada; y después de cambiar los tiples sus notas con los tenores, y de escucharse destacados, sueltos y unísonos los dos epítetos *Dolorosa* y *Lacrymosa*, la masa armónica va espirando en acentos truncados, los fagotes, los contrabajos y los violoncellos la acompañan por última vez en el remedo de la entrada y la sostienen en la cadencia, y los violines rematan *piano* cual últimos ecos de esa lamentación penosa á que ellos dieron principio. Esta gran pieza, rica de instrumentación y de sentimiento, procede con perfecta unidad en todos sus períodos; y aunque principalmente armónica y trabajada, se desenvuelve con tanta espontaneidad, y tan oportuna y naturalmente combina y alterna el *cantábil*, la armonía y los efectos del claroscuro, que mantiene constantemente suspenso y conmovido el ánimo, y se desliza y dura y pasa sin notarlo el que la escucha.

II

*Cujus animam gementem
Contristatam et dolentem
Pertransiit gladius.
O quam tristis et afflicta
Fuit illa benedicta
Mater Unigeniti!
Quæ morēbat, et dolebat
Et tremēbat cum videbat
Nati pēnas inclyti.*

A su alma que gemía
De tristura y de agonía
Traspasó el cuchillo.
¡Oh qué amargura infinita
Sintió esa Madre bendita
De aquel Unigénito!
Triste plañía y temblaba
A un tiempo, cuando miraba
Del Hijo el tormento.

Con un movimiento muy marcado, pero lleno de balance y aun de cierta elegancia, comienza esta aria de tenor, cuyo primer motivo casi podría equivocarse con el de una pieza lírica, si la nobleza, la simplicidad y sobre todo la grandiosidad de su corte no probasen su destino. La primera frase se resuelve con una pureza y con una redondez que descubren el verdadero tipo de la melodía, al paso que sus apoyaturas y sus notas ligadas le dan un deleite y una simpatía irresistibles. Es, en efecto, la corriente de la inspiración *rossiniana* que fluye del manantial tersa, pura y fácil: parece verse un sonido que rueda con majestad y con gracia, y con ellas sube y desciende, se dilata ó se encoge. Pero al terminar el período con los mismos sonos que constituyen una tercera frase, se despoja del leve destaco que pudo ofrecer en su comienzo, cobrando, merced al arpegio del acompañamiento, cierta extensión y vaguedad tan deliciosa como delicada, y reproduciendo la cadencia vestida de armonías más sensibles, ya mucho más lánguida y cayente y con más sentida ternura. En la segunda estancia, que compone un segundo tiempo, á la manera que el poeta prorrumpie en aquella exclamación *O quam tristis*, el ritmo se altera un tanto, y rompiendo en tono diferente con un movimiento de bajos picado y brusco, prepara, cubre é interrumpe el canto sostenido que refiere la amargura de aquella pena. ¿Por ventura el enternecimiento no obra así con ímpetu brusco en los ánimos vigorosos, á quienes un gran dolor y un gran placer cuestan siempre un grande esfuerzo que

no se manifiesta sino con vivas señales de reprimido? El canto al fin suena como una querella dulce y casi apagada; mas cobrando fuerza por otro cambio de tono robusto é imprevisto, sube animado y alto á estallar en un *fuerte* como un cruel quejido. Continúa entonces el movimiento picado de los bajos, y el período se resuelve trayendo el motivo del primer tiempo. Los mismos sonidos que hablan rematado el *ritornello* sirven ahora de dar forma á la cadencia final que cierra esta aria á manera de *coda* magnífica. Elévase ésta por semitonos, estrechando el movimiento hasta un punto agudo, que cual grito de dolor, sofocado por el llanto, dura, vibra y se ensancha; luego desciende á la nota inmediata que se repite por una apoyatura muy sensible, y finaliza muriendo *piano*, suave y desfalleciente. Es una de las piezas más simpáticas de esta gran composición, sellada con el verdadero carácter melódico, vestida de una armonía limpia y entrañable, fácil y espontánea, grande y original, como las más de las emanaciones de aquella fuente en quien la profundidad y la abundancia compiten con la bondad y la pureza.

III

*Quis est homo qui non flet,
Christi Matrem si videret
In tanto supplicio?
Quis posset non contristari,
Fiam matrem contemplari
Dolentem cum Filio?*

¿Quién en llanto no rompiera
Si á la Madre de Dios viera
En pena tan bárbara?
¿Quién, quién no se contristara
Si á la madre contemplara
Con Jesús doliéndose?

Después de un buen *ritornello*, el primer soprano canta la primera de estas dos estancias por una melodía que rebosa languidez y ternura, y la cual, marcando los hemistiquios de los versos latinos por medio de pausas bella y melancólicamente llenadas por armonías sostenidas de los instrumentos de aire, tiene cierto tono de reconvención y de admiración que muy bien se aviene con la interrogación dolorosa de las palabras. ¿Por qué las notas han de ser más altas y el acento cargar en *Christi Matrem*? ¿por qué tras esas preguntas interrumpidas la voz ha desplegarse larga, alta y fuerte como dando rienda suelta á su conmisericordia en *In tanto supplicio*? De esta manera, haciendo destacar sin afectación las dicciones en que parece concentrarse el sentido, el compositor adivina el sentimiento general de la estrofa, y sin ningún esfuerzo y sólo llevado de su inspiración realza la expresión de aquel sentimiento con delicadas tintas; desenvuelve pausada y fácilmente el hilo brillante de su motivo, y completa y redondea de todo punto sus contornos. A su vez, y por un tono más grave, repite el contralto en la segunda estancia la misma idea; y luego, tomando entrambas voces el ritmo de ésta en un canto de terceras, lo desenvuelven en una serie de imitaciones, ora insistiendo como maravillándose en las preguntas de los versos, ora lanzándose á los puntos agudos que se prolongan fuertes ó tiernos como indignándose é increpando la dureza impía de los que á tal espectáculo pueden retener su llanto, siempre con una combinación cuyo mecanismo el menos observador penetra, pero cuya delicadeza y efecto y, si así podemos decirlo, delicia claramente dicen que el genio sabe vivificar la sencillez de que le agrada revestirse. Ya en este trozo las lágrimas brotan copiosas y no reprimidas; la voz femenina se presta á ese desahogo de la piedad y del sentimiento, y al paso que en cierta manera lo motiva, enternece más y más y acrecienta el efecto. Las hijas de Jerusalén eran las únicas que plañan y lloraban al Redentor entre aquel pueblo empedernido; María Magdalena y María Cleofás las únicas que *stabant* al pie de la cruz con la madre. Este desahogo asimismo suaviza en cierto modo la tristeza severa que las voces expresan, ya en las preguntas y las respuestas con que á manera de exclamaciones se corresponden y cruzan, ya en su canto de terceras, ya con las notas altas y sostenidas que preceden al final como querellas entrecortadas.

IV

*Pro peccatis suae gentis
Vidit Jesum in tormentis,
Et flagellis subditum.
Vidit suum dulce Natum
Morientem, desolatum,
Dum emisit spiritum.*

Por el humano pecado
Vió á Jesús atormentado
Y de azotes víctima.
Al dulce Hijo vió en profundo
Desamparo y moribundo
Y exhalar el ánima!

Con movimiento sosegado y con acento lúgubre abre el fagot el prelude de esta aria, y sube á producir la disonancia en que los instrumentos de metal rompen estrepitosos y siniestros, y la cual deja suspensa la frase: después de una larga pausa la cierra un redoble de timbales, reconduciendo al tono; repítase el mismo efecto, aunque en diferente escala, y todas las masas se precipitan con decisión á resolver y completar el penoso período. Hay en este corto trozo cierto misterio y grandiosidad, que así roban la atención y predisponen para el motivo, como de antemano revelan el terrible significado de los versos y los acentos robustos con que éste será cantado. Original y aun extraño en su ritmo, pero profundo y sobremanera grave, el primer período hace resonar la voz del bajo en notas fuertemente acentuadas, que al principio muy bien pudieran tomarse por una serie de simples escalas. Mas cuando el oído hace el acorde con que al fin de cada una los instrumentos de cuerda pasan á otro relativo ó vuelven al primero, cuando próximo el período á su término la voz sube por otra escala, diciendo con vehemencia la palabra *flagellis*, y del agudo se hunde repentinamente á los graves en *subditum*, muy cerrado ha de estar á los rasgos del genio el espíritu de quien de ello no sienta horror y espanto, y si no reconoce allí un misterioso carácter del rezo y un sabor á la canturía antigua de la Iglesia. En el segundo período, pasando al modo mayor, los violines templan la rudeza del anterior motivo que en parte el *piçicato* de los bajos conserva, y dándole un giro diverso producen un *cantábil* largo, sostenido y afectuosísimo, sólo contrariado por los golpes secos de los instrumentos de metal al repetir el bajo la palabra *flagellis*. A ésta, que bien podemos llamar dulce reconvencción y queja dolorosa, sucede el lúgubre preludio que de nuevo trae el primer período para la segunda estrofa, en la cual también resalta el tercer verso *Dum emisit spiritum*; vuelve el *cantábil* de los violines, y al terminar la estancia cubren ellos con el ritmo del período anterior los suaves acentos de la flauta y de la voz que entonan con grande amor y no sin cierta languidez muy favorable *Vidit suum dulce Natum*. Raro conjunto que los acentos varoniles del bajo lleguen á ablandarse en aquellos sonidos largos, ligados y patéticos, y confíen sus anteriores escalas destacadas á los violines que las transforman en muelle acompañamiento y en un balance lánguido y dulce; bien que á poco, al pronunciar *morientem, desolatum*, recobra la voz su ritmo lúgubre y su energía, y con entrambos entra en la breve y vigorosa *stretta*. El efecto que de ese contraste resulta es el más poderoso: la expresión del dolor y de la ternura en el varón es más sentida y fuerte, y mueve más que en la mujer, en cuyo corazón Dios ya puso los efectos más suaves, la blandura y la misericordia.

V

*Eja Mater, fons amoris,
Me sentire vim doloris
Fac, ut tecum lugeam.
Fac ut ardeat cor meum
In amando Christum Deum,
Ut sibi complaciam.*

¡ Dame, oh Madre, de amor fuente,
Que tu angustia experimente,
Llorar con tus lágrimas!
Haz que el ánima se encienda
De amor tanto, que esta ofrenda
A Dios sea plácida.

Cual si la rápida pintura de los tormentos de Jesucristo y las querellas de la pieza anterior arrancasen á todos los mortales la confesión de la culpa que los versos les imputaron, pro-

rumpe todo el coro sin acompañamiento en una plegaria ferviente, humilde y rendida, en cuya serie de modulaciones sólo el genio de Rossini podía sostenerse sin menoscabo del interés y del sentimiento. Otra vez y con más claridad hiere los oídos la canturía de la Iglesia, y quien escuche cómo los bajos van entonando la primera estrofa lenta y gravemente á manera de canto llano, por poco que se recoja en sí mismo, se sentirá transportado al interior de esas místicas catedrales que la Edad Media selló con el espíritu de la fe católica. Allí también experimentará cuánto sea el poder del unísono cuando se confla á notas largas y á masas numerosas de cantores. Al modo con que en los coros sagrados, después del introito, suele á veces levantarse la voz del capiscol grave y sonora á llenar los ámbitos del templo, y á dar el tono; así el bajo, descendiendo y volviendo á subir por el diapasón, entona sólo el *Fac ut ardeat cor meum*, y se sostiene en un punto alto, durante el cual el coro le responde con una imitación llena de suavidad y armonía, y así por un tono análogo reproducen en el verso siguiente él la misma entrada y el coro la misma respuesta. Entonces, cuando los últimos ecos de aquella masa armónica se han desvanecido en el aire, rompen los tenores y van entrando las demás voces en un canon y marcando movimientos contrarios hasta empujar la masa á la resolución total, siempre con nuevos matices, siempre con admirable repartición del colorido entre los cantantes. A las súplicas amorosas con que de nuevo se desarrolla la misma idea y en las cuales descuellan los tiple y contraltos, sucede el fervor, ó mejor dicho, el grito unísono con que los bajos primero y luego los demás piden el amor de Dios á la Virgen en *Fac ut ardeat*, como una explosión súbita y vehemente de los deseos que abrasan el corazón cristiano. Es este coro sin disputa la pieza más religiosa y aun tal vez la de más efecto. Entre las frases en que se divide, media una larga pausa muy propia del carácter sagrado: aquel silencio elocuente parece un éxtasis del alma, que en oración íntima y muda exhala el amor que antes manifestó con la palabra, ó abismada en su adoración, escucha perderse en el espacio la voz de su plegaria, y recoge sus fuerzas para repetirla con nuevo fervor. La solemne y profunda voz del bajo remata sola las frases en que sucesivamente han ido pasando las demás; así en las augustas ceremonias de la Iglesia un eco hondo repite en las bóvedas los últimos acentos del canto sacerdotal, cuando también aquellas pausas misteriosas y solemnes dan lugar á oírlo, convidan al recogimiento y fuerzan á rezar y á postrarse. En esta pieza campea asimismo la sabiduría del gran maestro, y ella justifica cómo el genio, olvidando las fórmulas de los sistemas y de la rutina, maneja y domina lo más puro y sólido de la ciencia por la misma experiencia é inspiración con que sorprende lo más espiritual y lo más bello de las melodías.

VI

*Sancta Mater, istud agas,
Crucifixi fige plagas
Cordi meo valide.*

*Tui nati vulnerati,
Tam dignati pro me pati
Penas mecum divide.*

*Fac me vere tecum flere,
Crucifixo condolere,
Donec ego vixero.*

*Juxta crucem tecum stare,
Te libenter sociare
In planctu desidero.*

*Virgo virginum praeclara,
Mihi jam non sis amara:
Fac me tecum plangere.*

Esto, oh Madre, ruego que hagas:
Del Crucifijo las llagas
En mi pecho clávalas.

Sus heridas y quebranto,
Pues por mí padeció tanto,
Tú conmigo pártelas.

Haz que al Crucifijo llore
Yo contigo, mientras more
Dentro mí el espíritu.

Contigo junto al Madero
Asistir y serte quiero
Del llanto participe.

¡Virgen más que todas pura,
Cese por mí tu amargura,
Tu llorar concédeme!

Estas cinco estancias, que son tal vez las que más uniformidad y por ventura redundancia ofrecen como expresión de un mismo deseo y de un mismo sentimiento, Rossini las agrupó



UNA ESCENA DE «FALSTAFF» DE VERDI, EN EL TEATRO DE LA SCALA, EN MILÁN

DIBUJO DE G. AMATO

en un cuarteto, con lo cual, sin privarse de comunicar riqueza y variedad á los incidentes, las confundió en la pieza que por poner todas las voces en acción le brindaba con una repetición de un mismo motivo, menos ocasionada á los efectos de la uniformidad y de la monotonía. El ritmo y el movimiento aparecen ya despejados en el breve preludio, y con sencillo acompañamiento y notable franqueza, rompe el motivo cantado por el tenor en *Sancta Mater* y repetido por el contralto en *Tui nati*. Esta melodía, á su frescura, elegancia, animación y originalidad, reúne una afectuosidad y una ternura suave y suplicante; y quizás esta misma gracia expansiva, y esta facilidad suyas pudieran dar cabida á la calificación de dramática si su gran dulzura y la delicia de que nos inunda hicieran posible ningún reparo. Ni ¿quién podría oponerle cuando con tanta magia y rendimiento suena su tercera frase? La suavidad de su contorno y su desarrollo completo y redondeado bastan para cautivar los corazones. Con igual sencillez, é introduciendo alguna variedad y constituyendo un segundo motivo, entra el bajo con una frase descendente y grave en la estancia *Fac me vere*, y el contralto le responde por una imitación no menos enérgica: notas secas é intermediadas de pausas suceden á sus acentos, y tras una modulación sabiamente preparada y dispuesta, restituyen entrambas voces á la pieza su primer ritmo, entonando concertadas el primer motivo en la estrofa *Juxta crucem*. Los mismos acordes que antes cerraban el preludio preparan en seguida otro incidente, que viene á dar nueva variedad al conjunto y á formar una tercera idea. Las cuatro partes, siempre con el mismo movimiento marcado por los bajos, entonan *sotto voce* aquella modulación *Virgo virginum*: la voz va creciendo á medida que suben los magníficos acordes; y encontrada la armonía en que se apoyan, tras una breve y acertada pausa, prorrumpen el tenor y el contralto en el primer motivo dominante, y el bajo y el tiple ejecutan las réplicas con que antes el oboe llenaba los intervalos y unía las frases. Así, á favor de tal disposición y textura, esta idea, repetida por cuarta vez, aparece revestida de todo el efecto de la novedad, más poderosa y más atractiva que antes. Corónala una breve *coda*, que no desdice de la ternura afectuosa del todo, y ostenta en su remate dos acordes de no menor suavidad y efecto. Si es de admirar la elegancia que todo este largo cuarteto respira, no menos se deja notar que sin perder casi jamás el mismo ritmo ni el mismo tiempo, casi sin variar lo que constituye la base de su acompañamiento, no engendre cansancio, antes bien se haga gozar cual la pieza más rica y más simpática. En ella la sencillez no excluye la riqueza ni ésta la unidad; y así como vence á las demás piezas en movimiento, comunica gran variedad á la marcha total de ellas por el lugar que ocupa después del coro nocturno sin acompañamiento y antes del aria severa en que el contralto dice las siguientes estancias:

VII

*Fac ut portena Christi mortem,
Passionis fac consortem,
Et plagas recolere.
Fac me plagis vulnerari,
Fac me cruce inebriari
Et cruore filii.*

De Cristo el finar conlleve,
De sus martirios ni un leve
Punto nunca olvídemel
Sea herido de su herida;
En la cruz y en la vertida
Sangre suya embriágueme.

El ritornelo se va desenvolviendo con lentitud, y con sus notas sostenidas abre dignamente la severa marcha de toda el aria. Comienza ésta con un canto suave, noble y de sencillez extremada: su corte se oye al principio con cierta extrañeza; mas luego que su quieto balance se revela en el segundo inciso, también aparece la grandiosidad con que, si así podemos decirlo, dilata sus lineamientos. Ya suspenso el aire del motivo total, de repente la voz se sostiene en una nota regularmente alta durante algunos compases, y pasando en seguida á prolongarse en un punto grave las trompas cantan empujando pausadamente y creciendo hacia la resolución

que en cierto modo estalla en otra nota aguda. Este sostenimiento en aquel sonido grave es de un efecto religiosísimo; como en él la voz cobra algo de misterioso, y la majestad y la lentitud y el suave empuje de las trompas y demás armonía producen un conjunto por el cual aquel sonido se ofrece á la imaginación cual un velo transparente que sobre lo demás se va tendiendo. Sin contradecir ni á este efecto ni al carácter de todo aquel motivo, animase el segundo período *Fac me plagis* con un acompañamiento destacado en que alternan los fuertes del metal con los picados de la cuerda; y esta leve animación, ó si se quiere, agitación, contrasta lúgubramente con las réplicas doloridas del contralto, que con ellas canta toda la segunda estrofa hasta reconducir el primer motivo y aquel sonido misterioso. Es una pieza bellísima, noble, simpática y de tan sosegada dulzura que no de todos los ánimos será gozada; porque la grandeza y la energía más fácilmente se comprenden que la simplicidad y la delicadeza. Pasando severa y quieta se desvanece sin ostentación, y si no predispone los ánimos para la que sigue, al menos hace resaltar con fuerza su carácter enteramente opuesto.

PABLO PIFERRER.

(Concluirá).



ECONOMÍA DOMÉSTICA

PECES

HAY «acuarios» domésticos en los que se tienen plantas y animales acuáticos, para recreo de los ojos y adorno de la habitación. Conocidos son esos globos de cristal que contienen ciprinos dorados, cuyo tipo es la carpa, y que se llaman generalmente *peces rojos*: éstos se conservan vivos fácilmente con sólo cambiar de cuando en cuando el agua. Este es el *aquarium* rudimentario ya pasado de moda, pues hoy se consigue conservar toda especie de animales acuáticos en cantidades de agua relativamente pequeñas y que no hay que cambiar sino muy de tarde en tarde. Puede servir para ello una caja sólida y bien unida con armazón de metal y paredes de cristal grueso: si el metal ha de tocar en el interior con el agua, deberá ser revestido con un cemento ó barniz inalterable para evitar la oxidación. Los *aquariums* son generalmente rectangulares, su fondo es una tabla pizarrosa, y cuatro columnitas de hierro ó metal fundido sostienen los cuadros de cristales: éstos se adhieren ordinariamente con mástico, y en este caso hay que dejar el *aquarium* lleno de agua durante tres semanas antes de meter en él seres vivientes, pues es menester que las materias solubles que podrían afectarles hayan sido de antemano disueltas y llevadas por el agua, lo cual se consigue cambiando ésta á menudo durante dichas tres semanas.

El fondo del *aquarium* deberá estar cubierto de una capa de arena de 5 ó 6 centímetros de espesor, por el estilo de la que se usa para arenar los jardines, la cual se limpiará repetidas veces, hasta hacer perder al agua su limpidez. Sobre esta arena se pondrán algunas conchas y madréporas, y en medio se levantará un montón de rocallas cuya cúspide salga por encima de la superficie del agua y cuya composición puede ser de granito, greda, asperón, piedra pómez del Portland, etc., unido con cemento. En estas rocas en miniatura se practicarán pequeñas cavidades, poniendo en ellas plantas de adorno, pero antes conviene que esta especie de peñasco haya estado por espacio de un mes en agua constantemente renovada para purgarle de cuerpos solubles. Para llenar después el *aquarium* es indiferente que el agua sea de río, fuente ó lluvia, con tal que sea lim-

pia pero no se usará en manera alguna la del pozo ó pantano. Para hacer vivir á los peces en un *aquarium* se ponen dentro plantas que les proporcionen constantemente el oxígeno necesario para la respiración y para absorber el ácido carbónico que espiran y que viciaría el agua; por otra parte, el número de estos animales ha de estar en proporción con la capacidad del *aquarium* y plantas en él contenidas: para cada carpa de mediana corpulencia son necesarios tres litros de agua. Tampoco conviene juntar animales de costumbres distintas ó que vivan en hostilidad manifiesta.

El *aquarium* debe estar expuesto á la luz, aunque no á una luz demasiado viva, pues entonces se desarrollarían en la superficie del agua una especie de nubes amarillentas ó verdosas que empañan su transparencia y oscurecen las paredes de cristal. La situación que mejor conviene á un *aquarium* es la del Norte, al menos en verano. Sucede á veces que de repente se enturbia el agua, sea por desarrollarse aquella especie de nubes de que hemos hablado, sea por la aparición de gran cantidad de infusorios; esto indica la descomposición de alguna de las materias orgánicas que están en contacto con el agua, la cual, aparte de esto, contiene siempre infusorios en cierta cantidad: estos pequeños organismos tienen la propiedad de absorber el ácido carbónico y espirar el oxígeno en abundancia, lo cual los hace más ventajosos que perjudiciales para la vida de la pequeña población acuática.

Las plantas acuáticas más adecuadas para adornar un *aquarium* son, entre otras: la *lemna* ó lenteja acuática, la *salvinia*, la *estraciota* de hojas de álces, la azucena de agua ó nenúfar blanco (*Nymphaea alba* de Linneo), así como otras plantas cuyas raíces se contentan con un suelo poco profundo, como las calitricas (*callitrix quadrivalvis*), las *anacharis* del Canadá, las morrenas, etc. En el *aquarium* pueden ponerse, además de las plantas, animales como los *tritones* ó lagartos de agua. Los peces no se introducirán hasta algunos días después de haber colocado las plantas, y puede dárseles por compañeros algunos moluscos de agua, que, como se alimentan de algas, impiden su excesivo desarrollo que, según hemos dicho, enturbia el agua. Dichos moluscos conservan, además, la pureza del agua consumiendo las inmundi-

cias de los animales: igual servicio prestan, aunque en menor grado, los *tritones*.

Entre los peces que pueden vivir cautivos en el *aquarium* citaremos los *ciprinos* dorados de China, los *varios*, el *dardo* (especie de carpa), el *gobio* (ciprino), la *locha*, el *albur*, las *carpas* y las *tencas* de pequeño tamaño, todos los cuales viven en buena inteligencia con tritones y moluscos. Como insectos pueden ponerse los hidrófilos, hidrolíos y girinos (pulgas de agua), pero á veces los peces los comen. Sólo hay que cambiar el agua del *aquarium* cuando el fondo de éste se ennegrece ó cuando muere dentro algún animal: para conservarla limpia se sacan con unas pinzas de madera largas, ó si es necesario con una redcilla ó calador, los animales que mueran, los alimentos no consumidos, los *detritus* de los vegetales, etc. En cuanto al agua puede sacarse, en

parte, con un sifón de vidrio ó con un simple tubo de caucho, que se encorvará para usarlo, atrayendo el agua con la boca.

Finalmente puede embellecerse también el *aquarium* implantando en los agujeros de las pequeñas rocas algunos helechos, cuyo vistoso follaje completará la ornamentación, pero procurando que los tallos de estas plantas no se inclinen y sumerjan en el agua.

El agua artificial de mar para *aquariums* se obtiene disolviendo en un litro de agua pluvial:

Sal gris de cocina.	20	gramos.
Cloruro de magnesia.	2,500	»
Sulfato de magnesia.	1,750	»
Cloruro de potasio.	0,500	»

añadiendo á ello algunos centigramos de sulfato de sosa y cloruro de calcio, y filtrándolo después todo.





¡PASIÓN!

NOVELA ORIGINAL

DE

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

(CONTINUACIÓN)

XVI

EL marqués de Mondéjar, por su parte, tomó la ofensiva en 1569: hallábase Orgive sitiada por los moros y fué en su defensa; anduvo después, sufriendo bastantes descabros, por los pueblos de Upjar, Paterna, Cadiar, Andarax, Pitres, Jubiles, y sus tropas, irritadas, hambrientas y feroces, tanto ó más que las sublevadas, cometieron tropelías horribles; la guerra, por lo tanto, no tenía trazas de concluir; Felipe II se alarmó grandemente y envió á don Juan de Austria con numerosos y aguerridos tercios. Don Juan, que era un pundonoroso y valiente soldado, dispuso y arregló las cosas como convenia; castigó con severidad, galardonó con justicia, disciplinó, en fin, al ejército, y cuando llegó á las Alpujarras puede decirse que fué cuando empezó de verdad la guerra; el marqués de los Vélez sucedió, en tanto, al de Mondéjar en la capitanía general y hallábase en Berga con el grueso de su ejército, sitiado por unos once mil moriscos, al mando de Aben-Humeya.

No por esto había cesado Córdoba de enviar gentes de refuerzo á los cristianos; después de los hombres que supisteis salieron, según la epístola de doña Blanca, hasta el 11 de Diciembre, armáronse gran número de compañías; súpose la estupenda novedad de que los moriscos sublevados pasaban ya de treinta mil; el fervor por la guerra para destruirlos llegó á ser mucho en la valiente Córdoba; tres ó cuatro días después, armados y equipados por el obispo don Cristóbal de Rojas, cuyo gran celo probó así, sallan doscientos soldados entre arcabuceros

y alabarderos; era toda muy brava gente, sin contar con otros doscientos cincuenta que habían salido el mismo día 14 mandados por don Diego de Argote, con la particularidad, respecto de esta gente última, que se componía en su mayor parte de lo más florido y noble de la juventud cordobesa; las tropas equipadas y armadas á expensas del obispo tuvieron de capitán al comendador don Rodrigo de Angulo; del 19 al 22 de Mayo fueron allá también tres brillantes compañías de ciento cincuenta hombres la una y doscientos cincuenta las dos restantes, á costa la primera de don Alonso de las Infantas, que la capitaneó; con Armenta y Simancas la segunda, cuyos capitanes habían vuelto ya sin gentes, y dicen aquí mis apuntes que la tercera iba á las órdenes de los caballeros Máinez y Carrillo, Santisteban y don Martín Pedrosa; cuatro días después iban otras cuatro compañías de infantes y de caballos. El 9 de Julio fué cuando se supo la nueva desagradable de que los moriscos habían cercado Orgiva; la indignación y la cólera de los cordobeses subió de punto; el corregidor andaba descompuesto; tiró la casa por la ventana y mandó «pregonar la guerra al son de atabales y chirimías,» diciendo en el pregón famoso, que sería á sangre y fuego, campo franco y sin dar parte del botín al rey; concedíaseles también herrar los esclavos que cogieran, y ofrecíase por último á todo soldado que hubiese venido de guerrear, no queriendo volver, el castigo de doscientos azotes y seis años de galeras. Como resultado de aquello, antes de una semana hallábase ya en camino mucha gente al mando de Sotomayor; quintaron á los vecinos por real cédula, porque todas las compañías eran pocas, y salieron inmediatamente otro Sotomayor (don Alonso) con cuatrocientos hombres; don Juan Manuel, con dos compañías de cien caballos con sus trompeteros delante, muy vistosos, con vestidos azul y chambergo de plumas grises; don Cristóbal de Angulo, con otra compañía de cuatrocientos infantes, y otros cuatrocientos aun, mandados por el valiente don Alonso Valdelomar; esto era en Noviembre, y la guerra estaba en todo su apogeo; la mortandad era terrible y los hombres pocos. Yo no sigo hablando de eso por tener que ocuparme de un punto muy curioso, como lo es el de las escenas que pasaron antes y después de haberse partido para guerrear tres personajes importantísimos de esta verídica relación.

Desde la carta de doña Blanca, cuya fecha ya conocéis, hasta el día en que Máinez y Carrillo con don Martín y don Fermín salieron para la guerra con sus hombres de á caballo, pasáronse cinco meses; todo marchó en estos cinco meses igual que antes, á lo que se pudo ver; pero allá, en el fondo de la conciencia y de los corazones de doña Blanca y don Martín, había unos mundos inconmensurables y misteriosos, arcanos sin fin, que nadie penetró ni aun sospechó por la fría y dulce reserva de la mujer y por el miedo el hombre de que se penetrase la mujer de su osadía; cuanto más tiempo iba pasando, más doña Blanca sentíase miedosa de hallarse frente á frente de don Martín, y don Martín tratábala con más respeto y más frialdad, aunque su palidez era más grande, único síntoma exterior de sus maceraciones ocultas. Había llegado la horrible hora tan temida por sor María Egipcíaca de la Transfiguración; su pobre prima, la virgen, una noche á solas en sus cámaras, cuando repercutían aún en sus oídos con sonos poderosos y dulces las últimas frases del señor mensajero, hizo por vez primera inconscientemente lo que don Martín Pedrosa hizo con grandes torturas de su alma en diversas ocasiones; hizo la comparación de su primo y futuro don Fermín con el caballero portador de las cartas del rey.

Inconscientemente hizo aquello y una muy grande vergüenza ardió en su cara cuando hubo comprendido que lo hizo; no era noche invernal, no; no era noche como aquella en que se acordó delante de su espejo, por su brillante cabellera rubia, de la calvicie de don Martín; era una noche primaveral; una noche poética y hermosa, saturada de los gratos perfumes del monte; la luna plácida acariciaba con blando beso de amor las aceras y los tejados de las solitarias calles, y los muros de los erguidos torreones, y las hiedras y rosas que asomaban dulcemente como risas del cielo por los bardales de las tapias.

Allí estaba ella en su balcón aspirando la fresca y balsámica brisa; allí estaba, y en sus oídos

parecía reproducirse con acompañamientos extraños de quejas la voz apacible y suave de don Martín: contemplaba á los dos, á su primo y á don Martín, en las vagas penumbras que hacía en el fondo de la calle la débil luz de la luna; las dos figuras parecían destacarse allá en el fondo recortando vigorosamente la oscuridad por una raya de luz: le era fácil observarlas detalle por detalle, y de tan extraño modo, que los veía á los dos en cuerpo y alma; los dos eran buenos, los dos eran nobles; en la belleza del rostro de don Fermín no ponía atención doña Blanca, sin que al punto se le presentase la profunda sabiduría y grandes dotes mentales del señor mensajero del rey. Sin ella quererlo, y con doloroso rubor de sí misma, fué su imaginación de una á otra de aquellas dos figuras de siluetas brillantes recortadas en la oscuridad, y siempre, de donde ella no quería, del lugar donde la figura de don Martín destellaba, venía hasta sus ojos febriles una luz inmensa que parecía quemárselos; de don Fermín no veía doña Blanca que viniese luz ninguna para quemarle, y comprendió perfectamente lo que hasta entonces no había comprendido, por no estar segura de qué cosa era amor; se convenció, en fin, de que no amaba á su primo de otro amor que el de su parentesco, y las primeras lágrimas de verdadero dolor, en su vida, las derramó la pobre virgen aquella noche ante el doloroso y extraordinario descubrimiento; tembló de pavor, sin explicarse la causa, cuando se preguntó á sí misma con grande incertidumbre y turbación:

—¿Pues á quién amo yo, Dios mío?

Hasta en la hora de la muerte recordaría doña Blanca sus impresiones de aquella noche; hasta en la hora de la muerte recordaría aquellas lágrimas primeras de dolor que hubo derramado en su vida: ella se defendió con bravura; ella trabajó con denuedo durante aquella clara y hermosa noche estival allí, en el balcón, como un vago fantasma, porque aquella figura de don Martín cayese hecha pedazos, allí, junto á la otra, cuyos destellos eran menos brillantes y menos puros.

¡Ay! no, cuanto más doña Blanca quería apartar de su cerebro y de sus ojos aquella eternal chispa de fuego divino que brotaba de la medrosa penumbra de la calle, más resplandecía el fuego aquél, acabando de eclipsar aquella otra, pobre y triste, que estaba allí, como en agonías.

Para vencer en esta lucha gigantesca invocó, al fin, la ayuda de quien únicamente podía dársela en aquel trance; invocó á los piadosos cielos y á la bondad divina.

¡Triste suerte! ni los cielos mostráronse propicios, ni Dios tampoco.

A todas horas aparecía ante los ojos de doña Blanca, chispeante por la fiebre, la figura de don Martín como una agradable visión de los buenos sueños.

Parecía gallardo y con majestad de rey.

Los ojos hermosísimos y dulces.

Amoroso y suave el mirar.

Su rostro grave y altivo, y aquella pronunciada calvicie... que arrancó en otra noche una gran risa á doña Blanca, parecíale en esta ocasión como una clara muestra del genio portentoso de aquel hombre.

Él era valiente como ninguno, porque era valiente sin alardes.

Él era sabio como ninguno, porque con su gran saber era modesto.

Ella podía ser su hija, asunto que pareció á doña Blanca muy simpático al principio, afirmándose en la creencia que tuvo en aquel instante de que cuanto más joven se casa la mujer, más viejo debe ser el marido que escoja, para que ayude el hombre con su experiencia el poco saber del mundo y la inocente idea de la vida en que la hembra abunda.

Ella luchó mucho contra todo aquello, ya lo dije; pero no tuvo fuerza y sucumbió.

Tal vez ayudarían á esta hermosa postración de sus sentidos aquellos perfumes embriagadores del campo que venían á entrar en sus pulmones como sano beso de paz y principio de aspiración de otra vida extraña que quisiese mover su sangre con otros giros.

Tal vez ayudaría á ello aquel rayo suave de luna que se proyectaba sobre el muro de enfrente, poniendo al pie aquellas penumbras en que parecían destacarse con rayas vigorosas de luz la figura noble de don Martín en primer término y la de Santisteban detrás, olvidada en el fondo oscuro de la pared.

Ella había creído hasta entonces que sabía lo que era amor.

Figurábasele amar á su primo don Fermín; pero no, estuvo equivocada.

Aquella noche se dió cuenta por primera vez de aquel sentimiento.

Aquella noche supo lo que era amor.

Desde aquella noche amaba.

¡Ay! su amor, que era un rayo de luz, había nacido entre dos sombras; la de Santisteban y la de don Martín.

Aunque nació entre ellas, no podía partirse para entregar una parte á cada una de las dos sombras á cuyo pie nació.

Era el amor del alma de esta mujer un dulce y misterioso tallo de hiedra.

Brotó con el calor de su alma allí en aquel abismo misterioso formado por las dos sombras delante del muro.

Apenas nació, cogióse valientemente á una de ellas, convirtiéndose la sombra en tronco robusto para sostener el tierno tallo de la hiedra que subía abrazándole y que le besaba blandamente al subir con sus tiernas hojas.

Quedó ella mucho tiempo inmóvil, con los ojos fijos y el corazón como si le hubiese dejado de latir.

De la torre de un convento cercano partió lúgubre plañir de campanas, y el primer toque hizo saltar sus nervios como fino vaso sajón que de repente se quiebra.

Como si aquel tañido misterioso de campana fuese un mandato de Dios, la luna se escondió súbitamente.

Parecía como que del cielo bajaba una cortina luctuosa para envolver á la luna como al cadáver de una virgen y trasladarla de allí á celestiales mundos gloriosos, con músicas de brisas, inciensos de flores y cánticos de aves, precursoras de la mañana, que empezaron á piar en sus nidos.

Encontróse de pronto doña Blanca hundida en aquella informe masa negra; sus pupilas desencajadas quisieron hendir el vacío con soberbio ímpetu.

—¡Ay! exclamó; ¿dónde estará lo último de toda esa negrura? ¿Qué habrá después de todo eso?

Y entonces otra vez la figura de don Martín apareció allá, lejos, muy lejos, en lo profundo, en lo inconmensurable, en lo eterno, al otro lado del más allá, y con estremecimientos de pavora, comprendió ella que don Martín sería en adelante su porvenir, su mundo, su vida, y cuando muriese, sería también el mundo y la vida de aquella otra estancia eternal que creyó entrever en las pavorosas monstruosidades del sombrío piélago.

Las campanas seguían tañendo lúgubrementes.

Ni un leve rumor escuchábase fuera de aquel inmenso y monótono clamoreo de la torre de la iglesia.

Pareció aquel toque á la hija de Máinez y Carrillo doblar de muerto, y se vió de pronto vestida con un sudario blanco y ornamentada de flores en el fondo de un ataúd.

Estaba muerta.

Creíase ver allí, en mitad del templo, entre los amarillos blandones cuyas luces se doblaban siniestramente á un lado y á otro con ráfagas invisibles del aliento de algún condenado que quería apagar el último destello que en el mundo la podía iluminar, ya que no la animase.

Estaba muerta y tenía ojos para ver.

Estaba muerta y tenía oídos para oír.

Veía como la muchedumbre del barrio y de Córdoba entera agolpábase en derredor del féretro y oía á todos exclamar con voz muy baja:

—Ved, ha muerto de amor. Ved, su amor á don Martín la mató.

Pericón Lobato rugía á sus pies como una pantera.

Su padre, de pie junto al ataúd, contemplábala silencioso y abatido, y doña Leonor la besaba desesperadamente, sin que sus lágrimas ardorosas de dolor profundo, al caer sobre el rostro pálido de la muerta, consiguiesen darla otra vez la vida.

—¡Oh, cielos! exclamó doña Blanca de pronto, ¿por qué don Martín no está delante de mi cadáver?

Dijo esto en voz alta, y al oírse á sí misma creyó resucitar.

Sus palabras retumbáronle en el corazón más fúnebres, más lentas, más aterradoras que aquel tañir quejumbroso y tétrico.

Se metió adentro y temblaba de frío.

Se acostó vestida y se durmió al instante, con un sueño que era letargo.

Al otro día hallábase enferma.

Su palidez era profunda. Sus ojos parecían llenos de cansancio y aflicciones.

Su boca seria, glacial, no se entreabrió desde entonces con la sonrisa que semejaba un hálito de Dios, sobre aquel rostro de ángel.

(Continuad).



NUESTROS GRABADOS

LA ANUNCIACIÓN DE MARÍA

CUADRO DE PABLO HOECKER

El autor de esta pintura pertenece al grupo de artistas modernos que tratan los asuntos religiosos con sentimiento cristiano y con cierto carácter moderno. Inspíranse en algunos puntos de los pintores italianos de los siglos XIV y XV, mientras en otros parece que vayan siguiendo los derroteros de la nueva escuela naturalista. Hoecker, sin embargo, en su *Anunciación* no exagera, ni siquiera acentúa esta última cualidad, puesto que ha impreso á todo su cuadro marcado idealismo. Acaso la actitud de la Santísima Virgen no tiene la nobleza con que ha de presentarse siempre la Madre del Salvador del género humano, mas este defecto queda compensado por la naturalidad de la actitud misma, y por el profundo sentimiento de candor que hay en el hermoso rostro de María. Algo de realista se ve asimismo en la cabeza del ángel, mas su línea general y las vestiduras que se pierden en el espacio le dan una mística idealidad que produce viva impresión en el ánimo. Hay en el conjunto de la pintura, además, una sencillez que cautiva y que va perfectamente con el asunto elegido por Pablo Hoecker.

JOSÉ VERDI

Nació este insigne compositor el año 1813 en Bussetto, y dió á la escena sus primeras producciones en aquellos fecundos tiempos en que los teatros estrenaban cada día dramas líricos de Rossini, Bellini y Donizetti. Hablando de Verdi dice uno de los más discretos historiadores de la Música: «No tiene la potencia de Rossini, ni la sensibilidad de Bellini, ni la prodigiosa fecundidad de Donizetti, de quien procede; mas posee gran variedad de ideas, profundo sentimiento dramático, una vehemencia y un ardor que dan á cuanto escribe la vida, que es la fuerza inmensa en el Arte. Pensando en Verdi se oyen los furios de *Il Trovatore*, (1854), y la desesperación de *Rigoletto*, (1851). El maestro, empero, dispone de otros recursos en su talento. La elegía conmovedora de *La Traviata*, (1853), y el noble canto de *Un ballo in maschera* nos dicen que Verdi tiene el don de la variedad: la escena le gula, la pasión le dirige. No hay preferencia de escuela que pueda hacer desconocer al músico de veras el mérito de aquellas obras. Las que hemos citado pertenecen á lo que podemos llamar su primera manera ó su primer estilo, que concluye en *Un ballo in maschera*. Más tarde hallamos á Verdi entre los maestros contemporáneos con *I vespere siciliane*, *Don Carlos*, *Aida*, la misa de *Requiem*, en las cuales sigue siendo el mismo de antes, ardiente y dramático ante todo, pero su estilo se ha hecho más conciso, casi diría más musical.»

El triunfo que Verdi alcanzó con *Otello* le hizo persistir en el propósito, que de antiguo acariciaba, de escribir el *Falstaff*. Dólfale oír que á su genio colosal le faltaba la nota cómica, tan abundante en Rossini y Donizetti, quienes á la vez sacaban de su lira acentos tiernos, apasionados y dolorosísimos. *Giorno di regno*, ópera bufa que compuso entre las angustias de haber perdido á una esposa adorada y á hijos suyos, en medio de las torturas de la pobreza, no había de ser obstáculo

poderoso á que el maestro se lanzase á intentar una empresa, de la que, al decir de la prensa italiana, ha salido vencedor con la partitura compuesta sobre el libreto de Arrigo Boito. Verdi había leído con amor las tragedias de Shakespeare, y después de haber escrito *Macbeth* pensó en componer *El Rey Lear*. *Otello*, empero, se llevó la preferencia de Verdi, acaso por ser la pasión amorosa el alma de su fábula. Vacilante andaba luego en busca de nuevo asunto, cuando una noche Arrigo Boito le preguntó:—«¿Y Falstaff, maestro? ¡Oh, sí, Falstaff!—repuso vivamente el maestro;—mas es cosa difícil escribir el libreto. ¿Quién podrá hacerlo...» Á los dos días recibía Verdi planeado el libreto que le presentó Boito y del que se enamoró. Puso en seguida manos á la obra, y en sus casas de Génova y de Santa Agata compuso la música de la ópera que Milán aplaude con entusiasmo y que ha procurado días brillantes al teatro de la Scala, en donde *Falstaff* ha sido estrenado. El retrato que publicamos en este número reproduce con admirable fidelidad el rostro inteligentísimo de José Verdi, hoy sin disputa el primer compositor del mundo y como tal honrado por todas las naciones.

PERSONAJES DE LA ÓPERA «FALSTAFF», DE VERDI

Corresponden los varios figurines que damos en este número á personajes de la nueva producción de Verdi. En el vestuario ha puesto particular esmero la dirección del teatro de la Scala, cuidando de que los trajes saliesen ajustados á la exactitud histórica, imprimiéndoles á la vez cierta elegancia para que fuesen más del agrado del público, sobre todo del público de Italia, que no sabe prescindir de la brillantez y del colorido.

UNA ESCENA DE «FALSTAFF», DE VERDI, EN EL TEATRO DE LA SCALA, EN MILÁN

La escena de la cesta ó del cuévano se llama la que representa este grabado. Es la primera de la segunda parte, en el acto segundo de *Falstaff*. Entran las comadres—puesto que *Las alegres comadres de Windsor* constituyen la base de la nueva ópera verdiana—y la Quickly, una de ellas, refiere la acogida que le hizo Falstaff, mientras las criadas traen una cesta llena de ropa sucia, que Alice les ordena dejen allí mismo para llevarla luego al lavadero. Sola Alice, entra Falstaff, amigo de las faldas y enamorado, y la requiebra de amores. Por su mal llega otra vez la Quickly y les avisa que Ford, ciego por los celos, va á presentarse inmediatamente. Esconden, pues, á Falstaff tras de un biombo casi al tiempo en que llega Ford, galán de Alice, seguido de otros compañeros suyos y de vecinos de Windsor, quienes gritan y alborotan, perjurando que no les ha de escapar la caza. Buscan por la casa y Falstaff tiene que dejar el biombo y meterse en la cesta entre la ropa sucia. La caza de Ford y los suyos continúa; el infeliz Falstaff se ahoga en la cesta y Alice da orden de que la ropa sea tirada al patio, lo que hacen las criadas, echando por la ventana al cómico personaje. Alice, que le ha hecho esta pesada broma para escarmentarle, coge á Ford de la mano, lo acerca á la ventana y le muestra abajo, en el patio, al asendereado viejo.



TIENE la moda por condición característica ir siempre de un extremo á otro. El año anterior tuvimos la falda funda, estrecha, apretada y barriendo el suelo: este año tendremos la falda Loïe Fuller, de la danza serpentina, corta y muy holgada. Es cierto que en la parte alta va ajustada á las caderas, mas en la parte inferior se ensancha desmesuradamente hasta alcanzar un vuelo de seis á siete metros! Este ancho forma numerosas canales, que se sostienen por medio de una fina red de crin ó por una suerte de acolchado puesto en el interior.

Por lo que toca á los cuerpos, de aire muy gracioso, se ensanchan cada día más en los hombros por medio de bertas y charreteras de toda especie. El talle alargado parece mucho más fino cuando va sujeto por un estrecho cinturón de cinta. Tal es el tipo de la *toilette* actual, completada con una linda manteleta de color que armonice con el del vestido y adornada de bertas en terciopelo liso ó bordado y de un lazo Enrique II. Estos pormenores, muy interesantes en los momentos en que se piensa en sustituir los pesados trajes del invierno por vestidos más ligeros y más coquetones, nos los ha comunicado una de nuestras primeras modistas, M.^{me} Pelletier-Vidal, que dirige la moda, y cuyos decretos hacen ley entre las parisienses. Entre los admirables tejidos que nos ha mostrado, citaremos variados crespones, de matices suaves, con reflejos de flores, cosa ideal, hermosa y juvenil. Entre ellos sobresalen uno de color reseda tornasolado de rosa antigua, otro magenta y verde y un tercero tórtola y rosa. Todas las tintas claras, los grises adornados con colores opuestos, se emplean mucho en los trajes de primavera. Las sedas de fantasía, los *foulards*, todos los tejidos sedosos y flexibles figurarán en los más bonitos trajes de verano. M.^{me} Pelletier-Vidal prepara encantadoras innovaciones que, á nuestro juicio, obtendrán grande éxito. En estos instantes manda fabricar anchos galones de acero, plata y oro, en los cuales estarán sembrados ramitos de flores pintadas. Un vestido de un solo color, de estofa ligera y finamente plegada, ceñido al talle por uno de aquellos galones, será una invención felicísima para una señorita ó señora joven.

El peinado, siguiendo el impulso de la moda nueva, sigue siendo en extremo sencillo, bajo la inspiración de Lentheric, el consejero de las bellezas femeninas. Llévanse los cabellos,



Una parisién.—Dibujo expuesto en la exposición de las obras de Bac, en la Bodinière

vagamente ondulados y levantados por la nuca, á la línea de la cara, con la cual han de armonizar. Pónense, además, algunos rodetes sujetos por horquillas especiales según el estilo de 1830.

Por lo que toca á los sombreros de primavera, son también preciosísimos, y nunca el arte había inspirado tanto á M.^{me} Julia, la modista artista de las coquetas parisienses. Ante todo busca que el sombrero siente bien á la cara, y para esto compone una infinidad de adornos que maneja según el carácter particular de cada fisonomía. Gracias á esto, pueblan ahora sus salones una legión de los más nuevos y más lindos tocados que puedan imaginarse. Entre los sombreritos, todos coquetones, citaré uno de paja camaleón con jacintos malvas; una cinta, también color de malva, ciñe el casco, y un lazo rodeado de encaje forma *aigrette* por delante; piedras de color malva rodeadas de brillantes adornan los lados. Preciosa es la capotita Luis Felipe, de paja verde oscuro adornada de dos ramitos de espliego que caen sobre los cabellos ondulados; un lazo de cinta finamente fruncido va fijado en el casco por una hebilla de perlas y diamantes, y por delante forman dos pequeñas *aigrettes* plumas de marabú. Entre los sombreros redondos sobresale el *Gavarni*, de un aspecto asombrosamente artístico y gracioso, con ancha ala, que encuadra el rostro, y el 1830, de paja verde primavera, adornado de terciopelo negro, sujeto por hebillitas de diamantes y con un plumero verde y rosa. Para entretiem po merecen mencionarse los sombreros en tul, uno en particular adornado de un lazo Reina Margarita, sujeto por dos alfileres bolas de plumas negras con diamantes.

Reproducimos en esta revista de la moda uno de los interesantes dibujos que Bac, el pintor por excelencia de las cosas femeninas, expone en la actualidad en la Bodinière. Todas las señoras parisienses han ido á admirar aquella colección de dibujos, pinturas y acuarelas que las presentan bajo todos los aspectos con la gracia y la fantasía que pone Bac en sus obras.

Justos por pecadores

POR RAMÓN ESCALER



1



2



3



4



5



6



LA ciudad de Kasanlyk parece ser el centro más importante de la fabricación de la esencia de rosas en Turquía. Todos los que sepan el turco lo habrán ya adivinado, porque Kasanlyk significa «ciudad de las calderas y de los alambiques.» Según la opinión de personas bien informadas, el cultivo de los rosales y el arte de destilar los pétalos de sus flores, fué llevado allí de Túnez por un mercader turco, hace ya muchos años. En la actualidad los habitantes de ciento cincuenta poblaciones del distrito de Kasanlyk se dedican al cultivo de la rosa. El clima de aquel país es templado y el terreno arenoso; los rosales alcanzan una altura de dos metros y están plantados en hileras a una distancia de 50 centímetros por término medio. Estas hileras, de 100 á 200 metros de longitud, se hallan separadas por calles de 1 metro 50 á 2 metros de anchura, que permiten el paso de los vehículos. En el segundo año florecen los rosales, y á los cinco alcanzan el máximo de producción, empiezan á abrirse los capullos de las rosas por los días 20 á 28 de Mayo, y desde esta fecha hasta el 15 ó 20 de Junio tiene lugar la recolección, que está encomendada á las mujeres. Sus dedos están tan endurecidos que no les causan daño alguno las espinas. Se cubren sus dedos de una especie de resina negra de un olor de trementina, y al terminar el trabajo se quitan diariamente la resina y forman con ella pequeñas bolitas que destinan al comercio, pues colocadas en los cigarrillos comunican, según parece, un delicioso perfume a tabaco.

El tiempo frío y lluvioso es el más indicado para la recolección, pues impide que la eflorescencia sea simultánea y demasiado abundante. Cuando hay buena cosecha, se obtiene un kilogramo de esencia por cada 2,000 kilogramos de pétalos destilados; en tiempo húmedo puede quedar reducida á la mitad la producción de la esencia, sin disminuir por eso la cantidad de pétalos indicada.

La destilación es muy sencilla; en cada alambique se colocan 75 litros de agua y de 12 á 15 kilogramos de pétalos; se calientan luego por medio de la leña y se suspende la operación cuando se han recogido 40 litros de agua. El agua así obtenida vuelve á destilarse en nuevos alambiques que contienen 40 litros y se recogen en una botella esférica de un cuello largo, de cinco litros del líquido condensado. La esencia queda en la superficie y se la recoge, á su vez, fácilmente con el auxilio de un pequeño embudo cónico que termina con un orificio capilar.

Una hectárea de rosales produce ordinariamente

3,000 kilogramos de pétalos de rosas, de las que se extrae cerca de un kilogramo de esencia. Se obtienen, pues, aproximadamente mil gramos de esencia por hectárea. El distrito de Kasanlyk produce hasta 3,000 kilogramos de esencia. Su precio es en extremo variado; en 1885, en que alcanzó el más alto, fué de 7,500 francos por kilogramo; en cambio en el presente año ha bajado hasta 800 francos.

En otros países de Europa se ha ensayado también esta industria, y en la Provenza, por ejemplo, se extrae de la rosa de Provins una esencia más fina aún que la esencia turca. Se practica la destilación en grandes alambiques capaces para 50 kilogramos de pétalos y 300 litros de agua. Por el modo especial de llevarla á cabo se obtiene que se depositen 100 litros de agua en la extremidad del serpentín refrigerante. Los primeros 25 litros obtenidos, que son los que tienen más perfume, constituyen lo que se conoce con el nombre de doble esencia de rosas: luego se recogen 30 litros de agua de clase inferior, y, por último, 45 de la última clase.

La esencia de rosas que se mantiene en la superficie se le separa por medio de un recipiente florentino; pero por este procedimiento sólo se obtiene una cantidad infinitamente pequeña, pues apenas llega á un kilogramo por cada 100,000 kilogramos de rosas. En cambio, su precio es de 1,000 francos el litro, mientras que la esencia común tiene un valor medio de 2 francos 50 céntimos.

Además de las cualidades odoríferas, tomada la esencia de rosas en la dosis de 2 á 5 gotas, activa, según se cree, las funciones digestivas. Su acción general en el organismo se manifiesta por una tendencia muy marcada al sueño.

Pocas sustancias hay, en verdad, que nos sean más agradables y provechosas que la esencia de rosas, pues además de exhalar un exquisito perfume, es un reconfortante para el estómago y nos predispone al descanso.

Sabiendo Dionisio, tirano, que, por ser tan cruel, todos le deseaban la muerte, y que una vejezuela rogaba por su vida, maravillado de esto, mandó traerla ante sí, y preguntóle qué causa le movía á rogar por él. Respondió:—Has de saber, Dionisio, que siendo yo moza tuvimos por señor á un hombre tirano y cruel; rogué á Dios por su muerte y murió; después tiranizó la tierra otro mucho peor, y rogando á Dios que se lo llevase también murió. Agora has venido tú, que eres mucho

peor que los pasados; temo que si mueres venga otro más malo todavía; por eso ruego á Dios que te dé vida, y te sostenga muchos años.—A esta respuesta se sonrió el rey, y la dejó ir libre, cosa fuera de su condición.

Por qué se dijo.—*Si viniera solo, convidáramosle.*

Un caballero entró en una venta solo, que llegaba de camino: y uno de ciertos mercaderes que estaban allí comiendo, díjole:—¿Cómo se llama?—Respondió, por librar mejor, que don Juan Ramírez de Mendoza y de Guzmán. Dijo el mercader:—Si viniera solo vuestra merced, convidáramosle; mas para tantos no hay aparojo.

Para suavizar el calzado y hacerle impermeable al agua, mézclense las siguientes sustancias: aceite de linaza medio litro, sebo de carnero 70 gramos, cera amarilla 25 gramos, resina (pez) 16 gramos.

Se funden el sebo, la cera y la resina juntos, se mezclan bien, se añade aceite y se saca del fuego, continuando moviendo la mezcla hasta el enfriamiento compacto. Se conserva lejos de la influencia del aire y se extiende sobre el calzado con un cepillo. Luego que la grasa ha sido absorbida por el cuero, no impide que el calzado se lustre, bastando una aplicación cada quince días para conservar su suavidad é impermeabilidad.

Para la conservación de las carnes se ha ideado un procedimiento que consiste en inyectar una disolución de ácido bórico en la sangre del animal antes de matarle, y antes también de que el corazón deje de latir.

La cantidad de ácido bórico es muy corta, y sale inmediatamente con la sangre. La pequeñez de la cantidad la hace inofensiva.

El *Cosmos*, de donde tomamos esta nota, dice que se han hecho en Londres varios experimentos que demuestran la verdad de lo expuesto, declarando el doctor Barif que la carne no deja por esto de ser excelente.

Un hombre á quien nadie agrada es mucho más digno de compasión que el que no agrada á nadie.—LA ROCHEFOUCAULD.

Los cuadros y las estampas son los libros de los ignorantes.—SAN GREGORIO.

La burla es el relámpago de la calumnia.—PROVERBIO ORIENTAL.

Una falta, en política, es peor que un crimen.—TALLEYRAND.

El injuriador ó calumniador anónimo trueca su nombre, que nadie sabe, por los de *miserable* y *cobarde*, que todo el mundo le da.—PETIT-SENN.

En las revoluciones, los que pueden ganar tiempo acaban por tener razón.—NAPOLEÓN.



MÁS CRISTALERÍA

Dijimos que no debe tirarse nada por inútil como no sea nocivo; y esto se confirma casi siempre, dándose el caso de sentir la falta de una cosa que se tiró, á los pocos días de haberla despreciado.

Ese cemento *de feria*, que no tiene gran salida, pero cuyos buenos resultados he comprobado varias veces, sirve muy bien para unir diferentes piezas más ó menos homogéneas y siempre útiles; vaya, por ejemplo, que se han roto varias copas por el pie, como casi siempre sucede; pues no hay más que buscar dos cuyas formas tengan analogía, y juntándolas por su respectiva rotura, se obtiene una cristalería muy original. Es de advertir,

sin embargo, que antes de juntar las roturas hay que dar á éstas un plano que encaje con el otro plano de la copa que debe juntarse: esto se logra con un poco de paciencia frotando la rotura sobre una piedra de afilar, metido todo en el agua para evitar el choque de las moléculas y consiguiente rotura.

Véanse ahora algunas muestras de esa nueva cristalería.

También puede darse utilidad á otros chismes más ó menos invalidados por las tempestades de la vida, y obtener cacharros verdaderamente híbridos que, aunque de otra cosa no sirvieran, valen para causar risa y tienen su lugar señalado en las quintas de recreo, donde todo sirve para excitar la hilaridad.

Ese mismo cemento puede servir, sobre todo, en el campo, para juntar los varios trozos de cristal que el



viento ó una piedra han roto, y con ayuda del diamante de 25 céntimos se corta (calcándolos por encima), los

Para unir los vidrios se colocan los fragmentos encima de una mesa bien nivelada, y se van combinando como las figuras geométricas de un rompe-cabezas: cuando falta un fragmento, se corta un trozo de otro vidrio siguiendo con el diamante la forma hueca del espacio que



se desea llenar: esta operación hay que hacerla con mucho cuidado para que encaje bien el fragmento: luego que ya están todos completos se van pegando de dos en dos, y los dos que ya forman uno, con otro del mismo tamaño, y así sucesivamente hasta llegar a pegarlos todos: se les deja secar bien antes de juntar más de dos piezas, y por fin, se queda el lector bien recompensado de sus afanes por las felicitaciones de sus vecinos, y sobre todo porque corre mucho más el aire fresco que el vidriero.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

A-CO-RA-ZA-DO

CHARADA

*Prima segunda, vulgar;
dos uno, eximio poeta;
aquel se puede cortar;
si la lectora discreta
tiene todo ¿á qué buscar?*

TRIÁNGULO NUMÉRICO

							5
						6	4
					4	5	4
				6	4	8	7
			5	4	2	1	5
		6	3	5	6	7	5
	6	7	8	4	5	6	1
1	2	3	4	5	6	7	8
	1	2	3	4	5	6	4
		4	5	6	4	2	1
			6	3	5	6	7
				2	4	3	2
					7	2	1
						7	8
							3

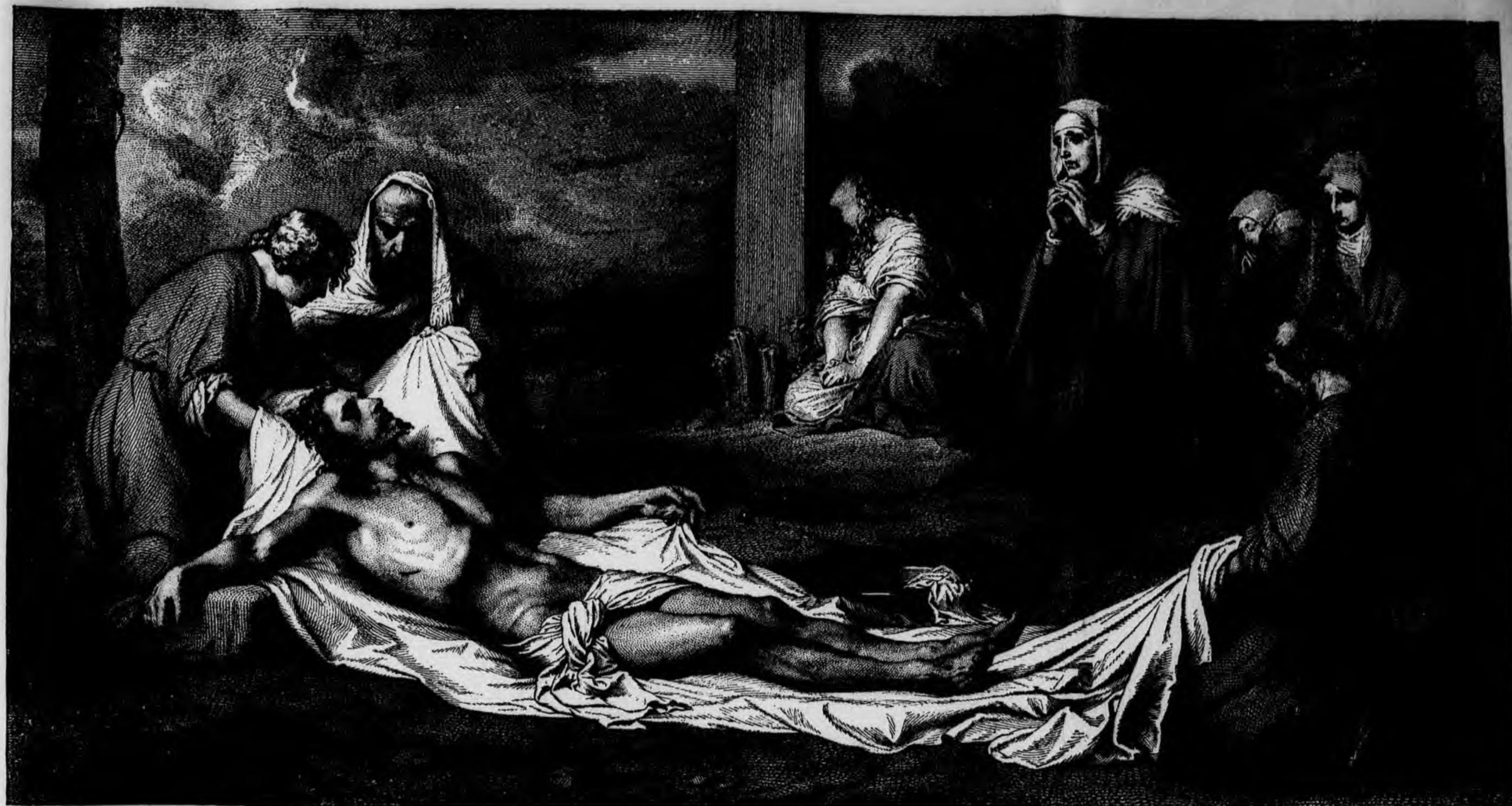
1.^a línea, consonante; 2.^a, consonante; 3.^a, consonante; 4.^a, muy usual; 5.^a, personaje fatal; 6.^a, de la campana; 7.^a, don natural; 8.^a, país rico; 9.^a, nacimiento; 10.^a, adjetivo; 11.^a, indispensable en la imprenta; 12.^a, agradable; 13.^a, cerco; 14.^a, contracción de una preposición y de un artículo; 15.^a, vocal.

ANGEL VOLFATTI, de Buenos Aires.



fragmentos que se hayan perdido: siempre es preferible eso á poner papeles pegados que con la humedad se caen.

Reservados los derechos artísticos y literarios.—IMP. ESPASA Y COMP.^a



EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ

CUADRO DE PABLO DELAROCHE

Ayuntamiento de Madrid



MEMORÁNDUM

Se trata de celebrar una Exposición general en Madrid, y al objeto se ha constituido una junta en la cual figuran personas dignísimas de todos los partidos políticos y representantes del comercio y de la industria. Ha tiempo que se acaricia en la corte la idea de un concurso con cierto carácter universal, que corresponda á la importancia que tiene hoy España, á pesar de los pesares. La Exposición Universal de Barcelona de 1888 le servirá mucho á Madrid para la organización del indicado concurso, puesto que de ella podrá sacar enseñanzas provechosas para la división de sus diversas secciones, admisión de productos, constitución de jurados, premios, y demás partes que forman el complicado mecanismo de una Exposición de la expresada clase. La posición de Madrid es excelente para que tenga éxito, á poco que se faciliten los medios de comunicación con las provincias, ya que la Corte de las Españas ocupa próximamente el centro de la Península. Deseamos que el pensamiento pueda llevarse á cabo, y en tal caso es seguro que el arte y la industria de Cataluña tendrán en él una representación importante.

•••

Nos hemos dolido varias veces del desarrollo que toma el juego entre todas las clases sociales. Nada escapa ya de su desastrosa influencia. Aldehuelas que hace pocos años eran modelo de morigeración, tienen hoy también tugurios en donde los labradores, amos, mozos y braceros acuden afanosos perdiendo allí el dinero de sus rentas ó de sus salarios y llevando luego la intranquilidad á sus familias. De este vicio se originan además pendencias, heridas y muertes, siendo entonces mayores aún los males que causa en el hogar doméstico. En las ciudades populosas va tomando espantable incremento. Madrid figura entre ellas, y al juego deben allí el lujo que ostentan en sus salones y dependencias algunos casinos frecuentados por lo más granado de la sociedad madrileña. Causa horror pensar las cantidades que se cruzan en las mesas de juego de los aludidos casinos. Bien claramente lo dice el resultado de una batida verificada recientemente por la policía madrileña y que dió por resultado sorprender juegos prohibidos en algunos círculos de recreo. De siete mil duros se incautaron los agentes en uno de ellos y de dos mil en otro, y estas cantidades indican cuán crecidas habían de ser las que se atravesarían en el monte, en la ruleta, en el *baccarat*, juegos predilectos de los que

están ansiosos de emociones y quieren buscar la fortuna por un medio que resulta ser en definitiva causa de ruina y de desesperación.

* *

Con el propósito de realizar economías, el ministro de la Guerra, general López Domínguez, resolvió introducir cambios en las capitanías generales suprimiendo algunas de ellas, entre las cuales se cuentan las de Burgos, Sevilla y Granada. Apenas lo supieron estas poblaciones pusieron el grito en el cielo, y acudieron al ministerio en súplica de que se les conservaran las capitanías. Burgos, en particular, tomó el asunto muy á pecho y hizo varias manifestaciones para mostrar el desagrado que le había producido el proyecto del general López Domínguez. La Cámara de Comercio publicó una enérgica alocución protestando contra la medida; las tiendas todas cerraron las puertas; el alcalde anunció su dimisión, y se indicó además que se adoptarían otros acuerdos más fuertes todavía si el Gobierno desatendía las súplicas de los burgaleses. También Sevilla dió señales de evidente disgusto por la supresión de su capitanía general, pero acudió al terreno diplomático buscando el modo de entenderse el Ayuntamiento con el Gobierno para sufragar los gastos y no hacer de este modo alteración en el *statu quo*. En cambio el disgusto de Burgos, Sevilla y Granada se trueca en regocijo en las ciudades de León y Córdoba, en las cuales piensa establecer capitanías generales el señor López Domínguez. Estas poblaciones se ven favorecidas y de ahí que en ellas todo sea zambra y jolgorio. Este caso es una nueva manifestación de cuán difícil le será al Gobierno introducir economías por medio de la supresión de institutos oficiales, á lo cual harán siempre viva oposición las poblaciones en que se encuentren.

* *

El asunto del Panamá ha hecho vacilar de nuevo en sus poltronas á los ministros franceses. Las declaraciones de M.^{me} Cottu, rotundas y enérgicas, alcanzaron hasta al mismísimo M. Bourgeois, ministro de Justicia, ó por lo menos así lo entendió la mayoría de la prensa parisiense, al día siguiente de aquellas manifestaciones, que produjeron vivísima emoción. Creyóse que iba á caer todo el ministerio, y la Cámara de los diputados presentó aspecto imponente el día en que se desencadenó la tormenta. Una orden del día favorable al ministerio la conjuró, limitándose entonces á dejar su cartera M. Bourgeois. Éste hizo, sin embargo, lo que algunos personajes de teatro, «hace cómo que se va y vuelve,» puesto que á los pocos días volvió á entrar en el ministerio, para lo cual sus colegas de gabinete habían cuidado de que no se proveyera la vacante. M. Bourgeois ha negado las aseveraciones de M.^{me} Cottu. Sabe Dios aún qué podrá salir de la cuestión del Panamá, porque á pesar de los meses transcurridos desde que empezó á debatirse continúa originando á cada semana, si no á cada día, nuevas sorpresas. El malhadado istmo es una caja de Pandora del siglo xix. En su interior encierra toda clase de desventuras, y el vaho mefítico que de ella se desprende semeja que tiene el poder de empañar todas las honras y todas las reputaciones. Casi con estos sucesos ha coincidido el fallecimiento de M. Julio Ferry, que hace poco había sido elegido presidente del Senado, y cuya historia política es sobrado conocida.

* *

Una fortuita desgracia evitó acaso á Barcelona un día de luto. Un operario italiano, ocupado en fabricar sillas, hacía también á escondidas bombas, al modo de las llamadas de Orsini, que cargaba con explosivos. Esta operación la ejecutaba en una casa de San Martín de Provensals, en el instante en que hizo explosión una bomba, dejándole muerto en el acto y espantablemente mutilado. Encontráronse en la casa donde vivía otras bombas y materias explosivas. Presúmese que las preparaba para fines anarquistas, tal vez para alguna cobarde

venganza ó acaso para las inmediaciones del día 1.º de Mayo. El señor gobernador, la policía y el juzgado han trabajado con afán para descubrir todo cuanto pudiese darles luz en el asunto, y principalmente para averiguar con qué cómplices contaba el italiano muerto por las mismas armas terribles que él preparaba para otros.

* * *

El erudito maestro don Felipe Pedrell ha puesto de relieve, en una serie de interesantísimas conferencias que ha dado en el Ateneo Barcelonés, la figura del compositor español Tomás Luis de Victoria, apenas conocido en nuestra patria. Hace años que en Bélgica se ejecutan conciertos históricos, cuyos programas se hallan formados con música de épocas pasadas de diversos países. En estos programas leíase con frecuencia el nombre de Victoria. En el año pasado, en una de las iglesias de París, se cantaron motetes de este maestro, y los críticos parisienses se deshicieron en elogios de las composiciones que se ejecutaron, poniendo alguno de ellos á Victoria en más alto lugar que al mismo Palestrina. El señor Pedrell ha sido quien ha procurado aquí á los aficionados barceloneses el placer de saborear algunas de las obras de Tomás Luis de Victoria, que fueron muy bien interpretadas por una robusta masa de voces, puesto que todas están escritas á voces solas. Los motetes dejaron maravillados á los oyentes por su sentimiento, riqueza melódica y ciencia de composición, y las melopeas para la Pasión, con las respuestas del coro, produjeron vivísimo entusiasmo por la grandiosa severidad de las primeras y el colorido de las segundas. En el canto de la Pasión, Jesucristo está representado por el bajo, y el cronista ó evangelista por el tenor, al contrario de lo que suele practicarse en nuestras iglesias. Tomás Luis de Victoria nació en la ciudad de Ávila en 1540; joven aún, y perteneciendo al estado eclesiástico, fué á Roma, donde estuvo largo tiempo en el Colegio Germánico de aquella ciudad, hasta que el rey Felipe II le envió á buscar para que formase parte de la capilla de su palacio. Victoria ha publicado gran número de misas, salmos, cánticos, etc., de que se han hecho reediciones. En su tiempo fué ya celebradísimo, particularmente por los escritores italianos. Ignórase el lugar de su muerte y aun la fecha con certeza, si bien existe fundamento para creer que dió su espíritu al Señor en 1613. El nombre de Tomás Luis de Victoria ha de unirse, pues, al de los ínclitos artistas, poetas y escritores que han hecho famoso en el universo mundo el siglo de oro de las letras y de las artes españolas. Si se restableciesen en nuestras iglesias las obras de Palestrina y de Victoria se lograría de fijo, en breve tiempo, la restauración de la verdadera música cristiana.

B.



EL MISERERE



HACE algunos meses que, visitando la célebre abadía de Fitero y ocupándome en revolver algunos volúmenes en su abandonada biblioteca, descubrí en uno de sus rincones dos ó tres cuadernos de música bastante antiguos, cubiertos de polvo y hasta comenzados á roer por los ratones.

Era un *Miserere*.

Yo no sé la música, pero tengo tanta afición, que aun sin entenderla, suelo coger á veces la partitura de una ópera, y me paso las horas muertas hojeando sus páginas, mirando los grupos de notas más ó menos apiñadas, las rayas, los semicírculos, los triángulos y las especies de etcéteras, que llaman llaves, y todo esto, sin comprender una jota ni sacar maldito el provecho.

Consecuente con mi manía, repasé los cuadernos, y lo primero que me llamó la atención fué, que aunque en la última página había esta palabra latina, tan vulgar en todas las obras, *finis*, la verdad era que el *Miserere* no estaba terminado, porque la música no alcanzaba sino hasta el décimo versículo.

Esto fué sin duda lo que me llamó la atención primeramente; pero luego que me fijé un poco en las hojas de música, me chocó más aún el observar que en vez de esas palabras italianas que ponen en todos, como *maestoso*, *allegro*, *ritardando*, *piú vivo*, *a piacere*, había unos renglones escritos con letra muy menuda y en alemán, de los cuales algunos servían para advertir cosas tan difíciles de hacer como esto: *Crujen... crujen los huesos, y de sus médulas han de parecer que salen los alaridos*; ó esta otra: *La cuerda aulla sin discordar, el metal atruena sin ensordecir; por eso suena todo, y no se confunde nada, y todo es la humanidad que solloza y gime*; ó la más original de todas, sin duda, recomendaba al pie del último versículo: *Las notas son huesos cubiertos de carne; lumbre inextinguible, los cielos y su armonía... ¡fuerza!... fuerza y dulzura*.

—¿Sabéis qué es esto? pregunté á un viejecito que me acompañaba, al acabar de medio traducir estos renglones, que parecían frases escritas por un loco.

El anciano me contó entonces la leyenda que voy á referiros.

I

Hace ya muchos años, en una noche lluviosa y oscura, llegó á la puerta claustral de esta abadía un romero, y pidió un poco de lumbré para secar sus ropas, un pedazo de pan con que satisfacer su hambre, y un albergue cualquiera donde esperar la mañana y proseguir con la luz del sol su camino.

Su modesta colación, su pobre lecho y su encendido hogar puso el hermano á quien se hizo esta demanda á disposición del caminante, al cual, después que se hubo repuesto de su cansancio, interrogó acerca del objeto de su romería y del punto á que se encaminaba.

—Yo soy músico, respondió el interpelado; he nacido muy lejos de aquí, y en mi patria gocé un día de gran renombre. En mi juventud hice de mi arte un arma poderosa de seducción, y encendí con él pasiones que me arrastraron á un crimen. En mi vejez quiero convertir al bien las facultades que he empleado para el mal, redimiéndome por donde mismo pude condenarme.

Como las enigmáticas palabras del desconocido no pareciesen del todo claras al hermano lego, en quien ya comenzaba la curiosidad á despertarse, é instigado por ésta continuara en sus preguntas, su interlocutor prosiguió de este modo:

—Lloraba yo en el fondo de mi alma la culpa que había cometido; mas al intentar pedirle á Dios misericordia, no encontraba palabras para expresar dignamente mi arrepentimiento, cuando un día se fijaron mis ojos por casualidad sobre un libro santo. Abri aquel libro, y en una de sus páginas encontré un gigante grito de contrición verdadera, un salmo de David, el que comienza *¡Miserere mei, Domine!* Desde el instante en que hube leído sus estrofas mi único pensamiento fué hallar una forma musical tan magnífica, tan sublime que bastase á contener el grandioso himno de dolor del Rey Profeta. Aún no la he encontrado; pero si logro expresar lo que siento en mi corazón; lo que oigo confusamente en mi cabeza, estoy seguro de hacer un *Miserere* tal y tan maravilloso, que no hayan oído otro semejante los nacidos; tal y tan desgarrador, que al escuchar el primer acorde los arcángeles dirán conmigo, cubiertos los ojos de lágrimas, y dirigiéndose al Señor: *¡misericordia!* y el Señor la tendrá de su pobre criatura.

El romero, al llegar á este punto de su narración, calló por un instante; y después, exhalando un suspiro, tornó á coger el hilo de su discurso. El hermano lego, algunos dependientes de la abadía, y dos ó tres pastores de la granja de los frailes, que formaban círculo alrededor del hogar, le escuchaban en un profundo silencio.

—Después, continuó, de recorrer toda Alemania, toda Italia y la mayor parte de este país clásico para la música religiosa, aún no he oído un *Miserere* en que pueda inspirarme, ni uno, ni uno, y he oído tantos, que puedo decir que los he oído todos.

—¿Todos? dijo entonces interrumpiéndole uno de los rabadanes: ¿á que no habéis oído aún el *Miserere* de la montaña?

—¡El *Miserere* de la montaña! exclamó el músico con aire de extrañeza: ¿qué *Miserere* es ese?

—¿No dije? murmuró el campesino; y luego prosiguió con una entonación misteriosa: ese *Miserere*, que sólo oyen por casualidad los que como yo andan día y noche tras el ganado por

entre breñas y peñascales, es toda una historia; una historia muy antigua, pero tan verdadera como al parecer increíble.

Es el caso que en lo más fragoso de esas cordilleras de montañas que limitan el horizonte del valle, en el fondo del cual se halla la abadía, hubo hace ya muchos años, ¡qué digo muchos años! muchos siglos, un monasterio famoso, cuyo monasterio, á lo que parece, edificó á sus expensas un señor con los bienes que había de legar á su hijo, al cual desheredó al morir, en pena de sus maldades.

Hasta aquí todo fué bueno; pero es el caso que este hijo, que por lo que se verá más adelante, debió ser la piel del diablo, si no era el mismo diablo en persona, sabedor de que sus bienes estaban en poder de los religiosos, y de que su castillo se había transformado en iglesia, reunió unos cuantos bandoleros, camaradas suyos en la vida de perdición que emprendiera al abandonar la casa de sus padres, y una noche del Jueves Santo, en que los monjes se hallaban en el coro, y en el punto y hora en que iban á comenzar ó habían comenzado el *Miserere*, pusieron fuego al monasterio, saquearon la iglesia, y á éste quiero, á aquél no, se dice que no dejaron fraile con vida.

Después de esta atrocidad se marcharon los bandidos, y su instigador con ellos, adonde no se sabe, á los profundos tal vez.

Las llamas redujeron el monasterio á escombros: de la iglesia aún quedan en pie las ruinas sobre el cóncavo peñón, de donde nace la cascada, que después de estrellarse de peña en peña, forma el riachuelo que viene á bañar los muros de esta abadía.

—Pero, interrumpió impaciente el músico, ¿y el *Miserere*?

—Aguardaos, continuó con gran sorna el rabadán, que todo irá por partes.

Dicho lo cual, siguió así su historia:

—Las gentes del contorno se escandalizaron del crimen: de padres á hijos y de hijos á nietos se refirió con horror en las largas noches de velada; pero lo que mantiene más viva su memoria, es que todos los años, tal noche como en la que se consumó, se ven brillar luces á través de las rotas ventanas de la iglesia; se oyen como una especie de música extraña y unos cantos lúgubres y aterradores que se perciben á intervalos en las ráfagas del aire.

Son los monjes, los cuales, muertos tal vez sin hallarse preparados para presentarse en el tribunal de Dios limpios de toda culpa, vienen aún del purgatorio á impetrar su misericordia, cantando el *Miserere*.

Los circunstantes se miraron unos á otros con muestras de incredulidad; sólo el romero, que parecía vivamente preocupado con la narración de la historia, preguntó con ansiedad al que la había referido:

—¿Y decís que ese portento se repite aún?

—Dentro de tres horas comenzará sin falta alguna, porque precisamente esta noche es la de Jueves Santo, y acaban de dar las ocho en el reloj de la abadía.

—¿Á qué distancia se encuentra el monasterio?

—Á una legua y media escasa... pero, ¿qué hacéis? ¿Á dónde vais con una noche como esta?

—¡Estáis dejado de la mano de Dios! exclamaron todos al ver que el romero, levantándose de su escaño y tomando el bordón, abandonaba el hogar para dirigirse á la puerta.

—¿Á dónde voy? Á oír esa maravillosa música, á oír el grande, el verdadero *Miserere*, el *Miserere* de los que vuelven al mundo después de muertos, y saben lo que es morir en el pecado.

Y esto diciendo, desapareció de la vista del espantado lego y de los no menos atónitos pastores.

El viento zumbaba y hacía crujir las puertas, como si una mano poderosa pugnase por arrancarlas de sus quicios; la lluvia caía en turbiones, azotando los vidrios de las ventanas, y de cuando en cuando la luz de un relámpago iluminaba por un instante todo el horizonte, que desde ella se descubría.

Pasado el primer momento de estupor, exclamó el lego:

—¡Está loco!

—¡Está loco! repitieron los pastores, y atizaron de nuevo la lumbre, y se agruparon alrededor del hogar.

II

Después de una ó dos horas de camino, el misterioso personaje, que calificaron de loco en la abadía, remontando la corriente del riachuelo que le indicó el rabadán de la historia, llegó al punto en que se levantaban negras é imponentes las ruinas del monasterio.

La lluvia había cesado; las nubes flotaban en oscuras bandas, por entre cuyos jirones se deslizaba á veces un furtivo rayo de luz pálida y dudosa; y el aire, al azotar los fuertes machones y extenderse por los desiertos claustros, diríase que exhalaba gemidos. Sin embargo, nada sobrenatural, nada extraño venía á herir la imaginación. Al que había dormido más de una noche sin otro amparo que las ruinas de una torre abandonada ó un castillo solitario, al que había arrostrado en su larga peregrinación cien y cien tormentas, todos aquellos ruidos le eran familiares.

Las gotas de agua, que se filtraban por entre las grietas de los rotos arcos y caían sobre las losas con un rumor acompasado, como el de la péndola de un reloj; los gritos del buho, que graznaba refugiado bajo el nimbo de piedra de una imagen, de pie aún en el hueco de un muro; el ruido de los reptiles que, despiertos de su letargo por la tempestad, sacaban sus disformes cabezas de los agujeros donde duermen, ó se arrastraban por entre los jaramagos y los zarzales que crecían al pie del altar, entre las junturas de las lápidas sepulcrales que formaban el pavimento de la iglesia, todos esos extraños y misteriosos murmullos del campo, de la soledad y de la noche, llegaban perceptibles al oído del romero, que sentado sobre la mutilada estatua de una tumba, aguardaba ansioso la hora en que debiera realizarse el prodigio.

Transcurrió tiempo y tiempo, y nada se percibió; aquellos mil confusos rumores seguían sonando y combinándose de mil maneras distintas; pero siempre los mismos.

—¡Si me habrá engañado! pensó el músico; pero en aquel instante se oyó un ruido nuevo, un ruido inexplicable en aquel lugar, como el que produce un reloj algunos segundos antes de sonar la hora, ruido de ruedas que giran, de cuerdas que se dilatan, de maquinaria que se agita sordamente y se dispone á usar de su misteriosa vitalidad mecánica, y sonó una campanada... dos... tres... hasta once.

En el derruido templo no había campana, ni reloj, ni torre ya siquiera.

Aún no había espirado, debilitándose de eco en eco la última campanada; todavía se escuchaba su vibración temblando en el aire, cuando los doseles de granito que cobijaban las esculturas, las gradas de mármol de los altares, los sillares de las ojivas, los calados antepechos del

coro, los festones de tréboles de las cornisas, los negros machones de los muros, el pavimento, las bóvedas, la iglesia entera, comenzó á iluminarse espontáneamente sin que se viese una antorcha, un cirio ó una lámpara que derramase aquella insólita claridad.

Parecía como un esqueleto, de cuyos huesos amarillos se desprende ese gas fosfórico que brilla y humea en la oscuridad con una luz azulada, inquieta y medrosa.

Todo pareció animarse, pero con ese movimiento galbánico que imprime á la muerte contracciones que parodian la vida, movimiento instantáneo, más horrible aún que la inercia del cadáver que agita con su desconocida fuerza. Las piedras se reunieron á las piedras; el ara, cuyos rotos fragmentos se veían antes esparcidos sin orden, se levantó intacta como si acabase de dar en ella su último golpe de cincel el artifice, y al par del ara se levantaron las derribadas capillas, los rotos chapiteles y las destrozadas é inmensas series de arcos, que cruzándose y enlazándose caprichosamente entre sí, formaron con sus columnas un laberinto de pórfido.

Una vez reedificado el templo, comenzó á oírse un acorde lejano que pudiera confundirse con el zumbido del aire, pero que era un conjunto de voces lejanas y graves, que parecía salir del seno de la tierra é irse elevando poco á poco haciéndose de cada vez más perceptible.

El osado peregrino comenzaba á tener miedo; pero con su miedo luchaba aún su fanatismo por todo lo desusado y maravilloso, y alentado por él dejó la tumba sobre que reposaba, se inclinó al borde del abismo por entre cuyas rocas saltaba el torrente, despeñándose con un trueno incesante y espantoso, y sus cabellos se erizaron de horror.

Mal envueltos en los jirones de sus hábitos, caladas las capuchas, bajo los pliegues de las cuales contrastaban con sus descarnadas mandíbulas y los blancos dientes las oscuras cavidades de los ojos de sus calaveras, vió los esqueletos de los monjes que fueron arrojados desde el pretil de la iglesia á aquel precipicio, salir del fondo de las aguas, y agarrándose con los largos dedos de sus manos de hueso á las grietas de las peñas, trepar por ellas hasta tocar el borde, diciendo con voz baja y sepulcral, pero con una desgarradora expresión de dolor, el primer versículo del Salmo de David:

—*Miserere mei, Domine; secundum magnam misericordiam tuam!*

Cuando los monjes llegaron al peristilo del templo, se ordenaron en dos hileras, y pene-trando en él fueron á arrodillarse en el coro, donde con voz más levantada y solemne prosi-guieron entonando los versículos del salmo. La música sonaba al compás de sus voces; aquella música era el rumor distante del trueno, que, desvanecida la tempestad, se alejaba murmu-rando; era el zumbido del aire que gemía en la concavidad del monte; era el monótono ruido de la cascada que caía sobre las rocas, y la gota de agua que se filtraba, y el grito del buho escondido, y el roce de los reptiles inquietos. Todo esto era la música y algo más que no puede explicarse ni apenas concebirse, algo más que parecía como el eco de un órgano que acompañaba los versículos del gigante himno de contrición del rey salmista, con notas y acordes tan gigantes como sus palabras terribles.

Siguió la ceremonia; el músico que la presenciaba, absorto y aterrado, creía estar fuera del mundo real, vivir en esa región fantástica del sueño en que todas las cosas se revisten de formas extrañas y fenomenales.

Un sacudimiento terrible vino á sacarle de aquel estupor que embargaba todas las facul-tades de su espíritu. Sus nervios saltaron al impulso de una emoción fuertísima; sus dientes chocaron, agitándose con un temblor imposible de reprimir, y el frío penetró hasta la médula de sus huesos.

Los monjes pronunciaban en aquel instante estas espantosas palabras del *Miserere*:

In iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea.

Al resonar este versículo y dilatarse sus ecos retumbando de bóveda en bóveda, se levantó un alarido tremendo que parecía un grito de dolor, arrancado á la humanidad entera por la conciencia de sus maldades; un grito horroroso, formado de todos los lamentos del infortunio, de todos los aullidos de la desesperación, de todas las blasfemias de la impiedad, concierto monstruoso, digno intérprete de los que viven en el pecado y fueron concebidos en la iniquidad.

Prosiguió el canto, ora tristísimo y profundo, ora semejante á un rayo del sol que rompe la nube oscura de una tempestad, haciendo suceder á un relámpago de terror otro relámpago de júbilo, hasta que, merced á una transformación súbita, la iglesia resplandeció bañada en luz celeste; las osamentas de los monjes se vistieron de sus carnes; una aureola luminosa brilló en derredor de sus frentes; se rompió la cúpula, y á través de ella se vió el cielo como un océano de lumbré abierto á la mirada de los justos.

Los serafines, los arcángeles, los ángeles y las jerarquías acompañaban con un himno de gloria este versículo que subía entonces al trono del Señor como una tromba armónica, como una gigantesca espiral de sonoro incienso:

Auditu meo dabis gaudium et lætitiám, et exultabunt ossa humiliata.

En este punto la claridad deslumbradora cegó los ojos del romero, sus sienas latieron con violencia, zumbaron sus oídos, y cayó sin conocimiento por tierra, y nada más oyó.

III

Al día siguiente, los pacíficos monjes de la abadía de Fitero, á quienes el hermano lego había dado cuenta de la extraña vista de la noche anterior, vieron entrar por sus puertas, pálido y como fuera de sí, al desconocido romero.

—¿Oisteis al cabo el *Miserere*? le preguntó con cierta mezcla de ironía el lego, lanzando á hurtadillas una mirada de inteligencia á sus superiores.

—Sí, respondió el músico.

—¿Y qué tal os ha parecido?

—Lo voy á escribir. Dadme un asilo en vuestra casa, prosiguió dirigiéndose al abad; un asilo y pan por algunos meses, y voy á dejaros una obra inmortal del arte, un *Miserere* que borre mis culpas á los ojos de Dios, eternice mi memoria y eternice con ella la de esta abadía.

Los monjes, por curiosidad, aconsejaron al abad que accediese á su demanda; el abad, por compasión, aun creyéndole un loco, accedió al fin á ella, y el músico, instalado ya en el monasterio, comenzó su obra.

Noche y día trabajaba con un afán incesante. En mitad de su tarea se paraba, y parecía como escuchar algo que sonaba en su imaginación, y se dilataban sus pupilas, saltaba en el asiento, y exclamaba:—;Eso es; así, así, no hay duda... así!...—Y proseguía escribiendo notas con una rapidez febril, que dió en más de una ocasión que admirar á los que le observaban sin ser vistos.

Escribió los primeros versículos y los siguientes, y hasta la mitad del salmo; pero al llegar al último que habla oído en la montaña, le fué imposible proseguir.

TOMO II.—50.

Escribió uno, dos, cien, doscientos borradores; todo inútil. Su música no se parecía á aquella música ya anotada, y el sueño huyó de sus párpados, y perdió el apetito, y la fiebre se apoderó de su cabeza, y se volvió loco, y se murió, en fin, sin poder terminar el *Miserere*, que como una cosa extraña guardaron los frailes á su muerte, y aún se conserva hoy en el archivo de la abadía.

—

Cuando el viejecito concluyó de contarme esta historia no pude menos de volver otra vez los ojos al empolvado y antiguo manuscrito del *Miserere*, que aún estaba abierto sobre una de las mesas.

In peccatis concepit me mater mea.

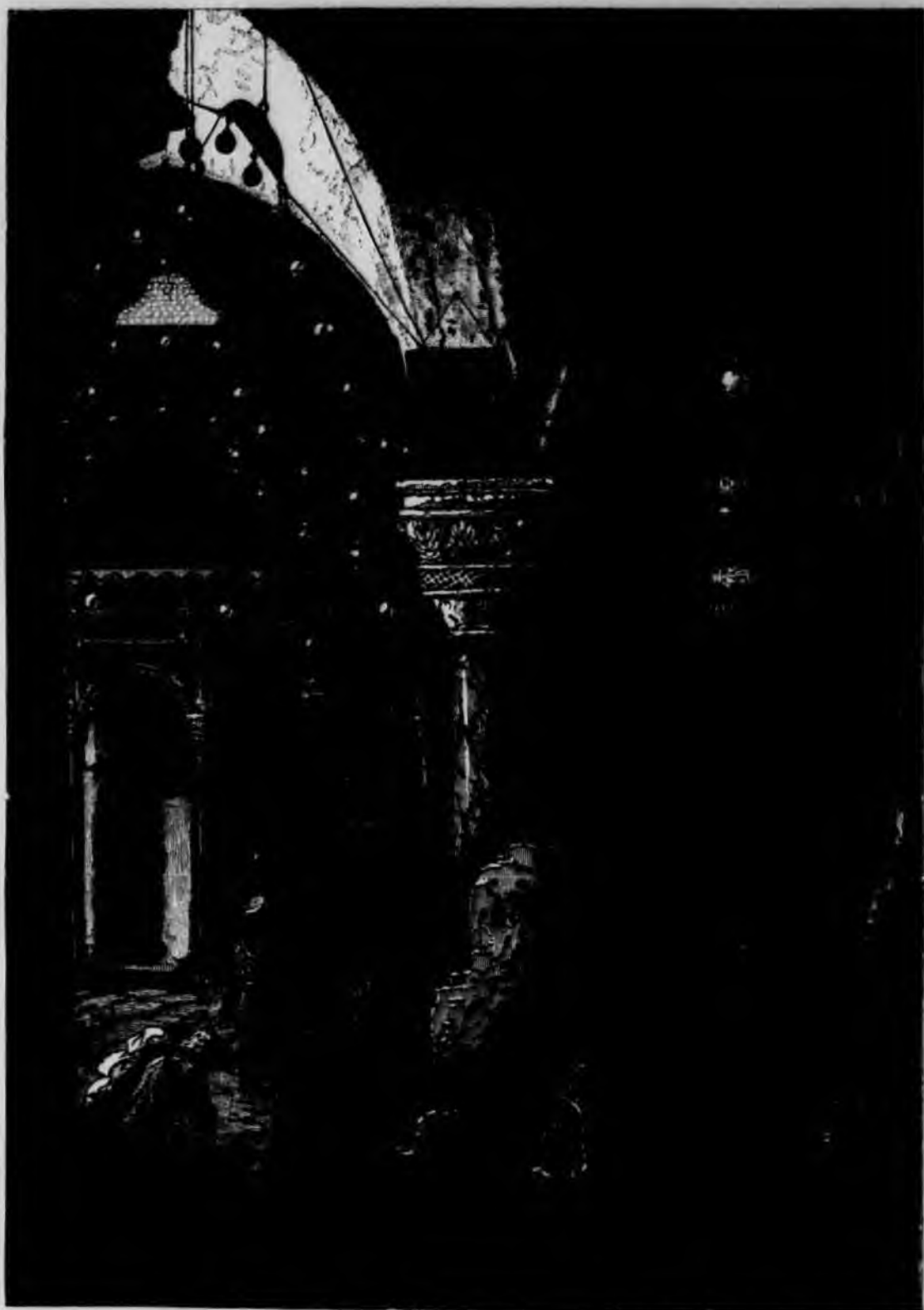
Estas eran las palabras de la página que tenía ante mi vista, y que parecía mofarse de mí con sus notas, sus llaves y sus garabatos ininteligibles para los legos en la música.

Por haberlas podido leer hubiera dado un mundo.

—¿Quién sabe si no serán una locura?

GUSTAVO A. BECQUER.





CAPILLA DE SANTA ELENA EN LA BASÍLICA DEL SANTO SEPULCRO
EN JERUSALÉN

LOS SIGLOS ANTE JESUCRISTO

VISIÓN

MISTERIOSO clamor el sueño mío
vino á turbar: medrosos del espanto,
mis ojos tras el párpado sombrío
se ocultaron inmóviles y sin llanto.
Resonaba entrecanto,
solemne cual la voz del moribundo,
aquel clamor que el pecho estremecía;
porque era el estertor de la agonía,
ó el canto funeral del muerto mundo.

Mis ojos, á pesar de las tinieblas,
un monte divisaron, cuya cima
envolvía un capuz de gruesas nieblas,
teniendo un mar sin olas por tarima.
Tristeza daba y grima
ver aquel monte erial; sus peñas huecas
con pisada de bruto no gemían,
y sólo escasos árboles cubrían
de amarillo festón sus ramas secas.

Y ví cuarenta siglos, cual soldados
de pánico terror sobrecogidos,
de aquel monte bajar precipitados,
y huir y resbalar despavoridos.
Y viles luego hundidos
en las aguas del mar que se cerraron,
cual losa de sepulcro, y ni siquiera
por signo de inscripción perecedera
un efímero círculo trazaron.

¿Y quién les acosaba? Ni una rueda
que saltara en su cumbre diestra mano,
por el declive aquel de enjuta greda
con más velocidad bajara al llano.
¿Quién miedo tan insano
pudo así derramar? Sólo el vagido
que en su inocente cuna un niño exhala,
rumor tan apacible que aun no iguala
de tiernos corderillos al balido.

Y yo este Niño ví, le ví ya adulto
clavado en una cruz por fiero encono:
bramaba en torno de él maligno insulto,
y él muriendo gemía su abandono.
Mas luego ví que un trono
era la cruz plantada en aquel monte;
resonaron cien gritos de victoria,
y ví que iluminaba un sol de gloria
de confin á confin el horizonte.

Era este nuevo sol la faz del Cristo,
y eje del mundo fué la cruz aquella:
desque en la tierra el Hombre-Dios fué visto
el empuje giraba en torno de ella.
De sus pies ví la huella
estampada en el polvo más menudo,
y súbitos los vientos rebramaron,

y contra ella soplaron y soplaron,
mas borrarla su esfuerzo nunca pudo.

Del hoyo de la cruz cuatro raudales
saltaron á la vez, y sus corrientes
cayendo por los puntos cardinales
cascadas parecían refulgentes.
Del monte las vertientes
cubrió luego un tapete de verdura,
y ví salir de lóbrega caverna
feroces bestias que en la hierba tierna
ensayaban su horrible mordedura.

De los futuros siglos estandarte
alzábase la cruz; mas al momento
se rebelaron ellos, y con arte
y con furor minaban su cimiento.
Frustró su loco intento
el Cristo que la tuvo por su lecho,
y de gloria radiante y Juez supremo
llamó al rebelde ejército blasfemo,
que de rubor velaba su despecho.

Yo ví pasar tres siglos, tres hermanos
en rostro semejaban y en figura,
de irritado verdugo eran sus manos,
y de hambriento león su catadura.
Romana vestidura
y diadema de Césares ceñían:
cuerpos sin corazón; sus pechos huecos
ni al crujido del potro, ni á los ecos
de moribunda víctima latían.

Con sus palmas de hierro quebrantaban
á los hijos de Dios, que riendo ledos
la sangre de sus miembros destilaban
por entre la abertura de sus dedos:
y ni estuvieron quedos
hasta que un lago hirvió de humor sanguíneo,
y embriagados de gozo furibundo,
creyeron zambullir en lo profundo
el sol que á deslumbrar sus ojos vino.

Mas sólo en aquel lago se ahogaron
los dioses que abortó su fantasía;
los ídolos de bronce que adoraron
la antorcha de la fe los derretía.
El olimpo crujía;
befaba Roma al Júpiter proscripto
y Grecia sus mil fábulas diversas:
apagarse su sol vían los persas,
y á su buey pereciendo los de Egipto.

Y en los templos de númenes henchidos
donde el silencio no turbaba un voto,
sonó el eco de lúgubres gemidos
al emigrar los dioses de su coto.

Y vino un terremoto
que del globo en la faz no se sentía,
los templos derrocó, de sus escombros
nuevos templos se alzaron, y en sus hombros
la baldonada cruz resplandecía.

Vencidos en tan larga y cruenta guerra
los gigantes, sostén del paganismo,
el himno de la paz cantó la tierra,
y un grito de furor lanzó el abismo.
Yo ví en el monte mismo
parecer nuevo monstruo, la herejía,
caos de sombra y luz; en sus pezuñas
procuraba ocultar las fieras uñas
que corvas hacia dentro recogía.

Falaz doblaba sólo una rodilla
ante el Cristo á quien mira de reojo,
y en el trigo esparciendo vil semilla
cubrióse el vasto campo de gorgojo.
Tenía abierto un ojo,
el otro sin pupila; y las astucias
uniendo á la porfía, al claro acento
de la verdad un oído daba atento,
y del error el otro á las argucias.

De pie delante el Cristo cara á cara
osó mirarle con desdén impío,
y sin temer que un día le juzgara,
dijo en su orgullo: «Todo el mundo es mío.»
Y luego de ancho río
el dique levantó la rada mano
de un siglo que seguía, y un torrente
bajó del septentrión, y su creciente
inundó las campiñas del romano.

Era un torrente de salvajes hordas
que arrastraba en sus olas sus penates,
y agitaba del sur las auras sordas
con los cantos de Odín y de Teutates.
Cesó de los combates
el fragor y la sangre: las semillas
del sembrador adverso recrecieron;
mas los pueblos su tósigo escupieron,
y ante la cruz doblaron dos rodillas.

Montado en corpulento dromedario
y lleno de la arena del desierto,
ví un gigante acercarse temerario
del fulgor de la luna allí cubierto.
Llevaba un libro abierto,
formado con las hojas que arrancara
á los libros de Dios y á los del hombre,
y de profeta dábale el renombre
por los sueños que en él intercalara.

Armado con su acero y su rapsodia
los pueblos arrastraba en su camino,
que bañara de aromas su parodia,
y de sangre su alfanje damasquino.
Y brazo á brazo vino
con el Cristo á luchar, y lucha implía
y horrenda fué. De aliento desprovisto
á las plantas al fin cayó del Cristo;
pero muerto no estaba todavía.

Otro siglo después aparecía
que del Cristo rasgó la vestidura:
la parte que en sus manos retenía
fué perdiendo su nítida blancura.
La cruz, que ileña y pura
sus brazos extendía en la montaña
desde la roja aurora al occidente,

amortiguó su brillo en el oriente
como terso cristal que un soplo empañó.

Ante el Cristo, esplendor del Padre sumo,
se alzó negro cual noche sin estrellas,
un siglo que era ciego, y denso humo
en torno aglomeraba de sus huellas.
Ni pálidas centellas
la triste lobreguez que al orbe enluta
pudieron penetrar; al pie del ara
echada ví entre sombras una tiara
por escabel de hermosa prostituta.

Y ví en profundo cieno sepultado
este siglo fatal, y de improviso
de todas armas un coloso armado
al fulgor del crepúsculo diviso.
Era el fulgor remiso;
mas ví que las naciones soñolientas
del Cristo á una voz se esperezaban,
la cruz en sus broquesles adoraban,
y en el puño de espadas ya sangrientas.

Otro siglo ante el Juez fué pareciendo
que cien manos á un tiempo removía,
cada mano cien plumas dirigiendo,
cada pluma cien libros escribía.
Y con risada impla:
«Tú vencido serás en esta guerra,»
dijo á su Juzgador; mas él severo:
«Tú llevarás mi luz al mundo entero.»
Palenque de su lid es hoy la tierra.

La banda occidental del ancho monte
que en mi ensueño fantástico yo vía,
cubierta era de niebla, y su horizonte
confuso entre sus pliegues se perdía;
y ví que la rompía
un siglo emprendedor; un mar extenso
y tierra más allá ví con espanto,
y adorar otro mundo el leño santo
que brillaba al través del mar inmenso.

Mas enfrente brotaban las malezas,
y mermaban del monte los raudales:
feroz hidra agitaba cien cabezas,
y ponzoña vertía en sus cristales.
Los rayos celestiales,
de la alta cruz atmósfera y diadema,
su brillo inmenso pálido volvían,
y uno á uno de allí se desprendían
como arrugadas hojas que el sol quema.

Fiero al par de bridón que se encabría
y resiste al jinete y rompe el freno,
este siglo altanero solicita
la luz examinar del sol sereno.
Y en un lago de cieno
que quiebra en ondas mil su límpida impura
fuese á mirarle en cada roto espejo,
sin ver que aquella luz era un reflejo,
y que sólo arde el sol allá en la altura.

Otro gigante ví, mas ¡ay! ninguno
tan feroz, tan horrendo había visto;
su frente alzaba sin pudor alguno,
de armas y fuerzas y rencor provisto.
Y dijo: «¡guerra al Cristo,
aplástalo al infame!» El hondo abismo
de espanto retemblo y el alto cielo,
y el monstruo prosiguió con loco anhelo:
«¡Guerra á Dios!» y adorábase á sí mismo.

Con un compás el suelo iba midiendo,
y observando las plantas y los mares,
las auras y las piedras requiriendo,
y abriendo de la tierra los ijares:
del templo los pilares
creyó que desplomar podía entonces,
y abarcólos furioso con sus brazos,
y dijo: «Veré al Cristo hecho pedazos,
de su obra al desquiciár los rudos gonces.»

Y dió un embión su pecho, y dió bramidos
de cólera su labio. Mas ¡oh, pasmo!
resisten los pilares conmovidos
de la rabiosa fiera al entusiasmo.
Entonces el sarcasmo
que contra el Hombre-Dios lanzar le plugo
que cayera temió sobre sí misma,
y apeló de las flechas del sofisma
á la segur sangrienta del verdugo.

Y de sangre un torrente vi espumoso
por la colina abajo rebramando,
para cebar incendio pavoroso
que estaba cien altares abrasando.
Estaba allí luchando
aquella hoguera atroz en torvo duelo
con la divina luz que el monte llena;
mas derretir no pudo la cadena
que esclabona la tierra con el cielo.

Sin rendirse murió, legando su obra
de horror y destrucción al que seguía
y yo ei fin esperaba con zozobra
de tan cruda y sacrilega osadía.
Mas él no parecía,
que del monte durmiéndose en la falda
de floridos rosales á la sombra,
con el cuerpo oprimía muelle alfombra,
con la sien deshojaba una guirnalda.

No era el sueño de plácida inocencia,
quizás algún espectro le acosaba;
mas el terco sopor de su indolencia
del sueño á los deleites le tornaba.
Vi al Cristo que bajaba
para tocarle con su pie divino,
y él su rostro volvió por un instante;
mas luego reclinólo, que inconstante
teme encontrar y olvida su destino.

Tornó el Cristo á llamarle cariñoso:
tornó el siglo á dormir en torpe holganza:
yo temía un combate desastroso,
yo anhelaba un abrazo por alianza.
Congoja y esperanza
me agitaban al par: en este empeño
extenderse vi súbito ancha niebla,
el monte de visiones se despuebla,
y desaparece el monte con mi ensueño.

TOMÁS AGUILÓ.





BELLAS ARTES

MÚSICA SACRA.—STABAT DE ROSSINI

(CONCLUSIÓN)

VIII

*Flammis ne urar succensus
Per te, Virgo, sim defensus
in die iudicii.
Christe, cum sit hinc exire
Da per Matrem me venire
Ad palmam victoria.*

Del juicio en aquel día
Defiéndeme, Virgen pia,
De las llamas librame.
Cristo del partir en la hora
A la palma vencedora
Por tu Madre allégame

Sobre estas palabras ha compuesto Rossini la grande aria coreada del primer soprano, digna rival de la introducción. Los instrumentos de metal rompen el breve prelude estallando bruscamente y *fortissimo* con una misma nota: este son prolongado, con el cual alterna como desde una hondura el murmurio de la cuerda, difunde el espanto y comunica cierta congoja y terror, que suben de punto cuando aquel estrépito formidable revienta con la plenitud de su fuerza en una desgarradora y sostenida disonancia, y cae tras ésta como tras de un último esfuerzo. A esta aparente confusión sucede una calma siniestra: por un contraste súbito y enérgico el oído percibe apenas el sonido apagado y hondo de la trompa y del trombón, que dura entrecortado por los fúnebres redobles de los timbales y por los golpes unísonos, pianos, bruscos y secos de toda la cuerda; cual eco lejano y dilatadísimo del fragor primero, de cuando en cuando interrumpido por ráfagas *breves* que recuerdan está sonando aún en el espacio, ó como expresión del terror difundido sobre la faz de la tierra por el son de aquella trompeta nunciadora del Juicio. Entonces principia un acompañamiento de los violines original, siniestro y adecuado al carácter del trozo anterior: la voz entra como lanzando una exclamación en el *Flammis* por medio de una nota alta, larga y vibrante; y sin que dañe á la forma melódica la profundidad filosófica de aquel motivo, despliega éste sus frases con grandiosidad sublime,

sube, baja, se redondea en amplias y vigorosas proporciones, y trae segunda vez el primer estrépito, con el cual mezcla el coro sus clamores prorrumpiendo *In die judicii*. Mas, como por entre la oscuridad de la tormenta asoma tal vez el azul del cielo, así la segunda estrofa *Christe, cum sit hinc exire* pasa al modo mayor, y al canto dulce y suplicante del soprano responde el coro *piano* por una réplica y con una armonía quieta, profunda é imponente, cual himno de temerosa esperanza dirigido al Dios de justicia que ha de juzgar en aquel día tremendo. Imponderable es el efecto de este contraste, de esta plegaria que entre tales amenazas y trastornos de la naturaleza parece una confesión de nuestra nada, y cierto no se podría alabar bastante, si no fuese tan notorio ser ésta una de las excelencias del genio universal de Rossini. Torna luego el fragor y el primer motivo y se produce el final tan breve como lleno y enérgico: aquel ascender empujándose las notas dolorosas, corresponde al temor y á la súplica antecedentes; aquel *tutti* sostenido y fuerte, sobre el cual destaca agudamente la voz de soprano, es propio de aquella *Palma vencedora* excelsa y no conquistada sino con el combate. En el conjunto de esta aria resplandece verdadera sublimidad, pues une á lo grande lo terrible, á lo entrañable el movimiento, y su majestad admira cuanto espanta: digna expresión de la tremenda majestad que velará en aquel día la cara de la misericordia de Cristo. Rossini puede contarla entre sus piezas más originales, más bellas, ricas y profundas: en nuestro sentir ella pasará á la posteridad como una de sus primeras concepciones, y una de las más altas del ingenio humano: con ella el gran maestro ha dado otra prueba de que su genio le hace digno cantor de las imágenes de la Biblia, émulo y heredero del genio de Miguel Angel.

IX

*Quando corpus morietur
Fac ut anime donetur
Paradisi gloria.*

Quando el cuerpo falleciere,
Haz que al ánima le espere
Gloria en el Empíreo.

El ánima rendida vuela al trono de su Criador en este cuarteto sin acompañamiento, cuya impresión no puede trazar la pluma sino apellidándolo himno extático, oración ardiente, exhalación de intensísimo afecto. Aquellos caimientos de voz, aquellas disonancias, aquellos movimientos encontrados y fases repetidas son otras tantas manifestaciones de ternura suavísima, de adoración humilde, de suplicantes y amorosos deseos. Las voces se elevan en las palabras *Paradisi gloria* con cierta amarga suavidad y vehemencia, que bien demuestran cuánto nuestra parte inmortal apetece su natural morada, como si los acentos volasen á perderse en aquel piélago de delicias. Próximas al remate, van repitiendo esas mismas palabras, como si no acertasen á dejar de saborear su dulzura ni á despedirse de aquel amoroso é inefable deliquio. Extinguense al fin en algunos acordes variados y *pianos*, semejantes á los suspiros del alma, que terminada su oración se hunde en el seno de la humildad y espera resignada el momento en que Dios rompa los vínculos del cuerpo. Colmo de la armonía más pura y sensible, este cuarteto está formado de frases melódicas de gran facilidad y dulzura; de modo que no sabemos cómo calificarle mejor, si llamándolo melodía armónica, ó melodiosa armonía. Razón tuvo Rossini en acordarse de la no menos bella pieza concertante con que el grande Haydn cantó esos mismos versos; y no dudamos se acordó de ella, porque si su *cuartetto* no lo atestiguara, Rossini hubiera desoido la voz de su genio. La originalidad no padece de que el genio se conforme en adoptar un carácter ya convenido y sancionado por los ejemplos más ilustres, cuando aprovechándose de éstos asoma de repente con nuevos atavíos, y se remonta por sus propias fuerzas á nueva esfera.

Y si el género religioso es el que mayormente reclama en todas las Bellas Artes cierto carácter tradicional y típico, ¿por qué Rossini no había de ceñirse á la forma armónica á

cuya pureza y severidad la tradición cristiana hace muchos siglos está confiando sus aspiraciones más vehementes, sus actos más amorosos y rendidos? Estos especiales y puros trozos armónicos son verdaderamente parte de la tradición, y como tales nuestros tiempos han de recibirlos con respeto de los pasados, y con respeto pasarlos á los venideros; no los trabajos de contrapunto, no las melodías esclavas de la moda: ¿por ventura cuando se consuma en el altar mayor de los misterios, entonces cuando el incienso ondea como un velo flotante en torno del sacerdote, se juntaron jamás otros sonos musicales á las campanadas lentas y profundas que bajan zumbando á interrumpir el silencio solemne y á estremecer los ámbitos del templo? ¡Pluguiese al cielo que el vínculo de la tradición no se hubiese quebrantado nunca! El transcurso de más de siete siglos probó en la Edad Media que esta cadena misteriosa bastaba para enlazar épocas diversas y en todas excitar las centellas del genio, atravesando fuerte y esparciendo unidad y fuerza por la mayor barbarie y los mayores movimientos y vicisitudes de las naciones. Las obras cuya idea matriz se le debe, subsisten para atestiguar cómo sin ningún servilismo y concentrando toda su fe cristiana y sus sentimientos en ella, trabajaron los artistas en el gradual desarrollo de las formas, y adivinaron la belleza que en aquella fe y en aquella tradición residían. Rafael nunca brilló tan puro y tan poético como mientras dió la última mano al desarrollo de los tipos tradicionales; y al posponerlos á las combinaciones calculadas del efecto, si creció á los ojos de las escuelas, fué descendiendo á las del entusiasmo, ó por mejor decir, del sentimiento estético, y desembarazando el camino á los coloristas. La arquitectura dejó de ser arte monumental luego que los maestros quisieron ver en las reglas de Vitruvio la única forma verdadera; si ya no es cierto que también la ojival caminaba á su decadencia desde que permitió que durante los siglos xiv y xv sus formas esbeltísimas y de todo punto espirituales recibiesen primero mayor ornato, se alterasen poco á poco, so color de mayor novedad y riqueza, y acabasen por ser manoseadas y del todo revueltas. ¿Por qué ya al principio de la ciencia los maestros se manifestaron esquivos, si no reñidos, con el tesoro de las tradiciones musicales que el altar guardaba? Breve es esta digresión para satisfacer cumplidamente á tal pregunta: algún día, si estamos destinados á verlo, enlazaremos en esta cuestión todas las Bellas Artes, esforzándonos por probar que en ellas, como en todo lo de la tierra, es la tradición el vínculo más poderoso y más fecundo.

¿El *Stabat* de Rossini fijará alguna forma tradicional en la historia del Arte? Mientras la posteridad falle, nosotros no podemos afirmar sino que de esta composición datará una nueva era, y que de ella ha de partir quien, uniendo el ingenio á la ciencia, aspire á cantar las ideas más grandes y los más elevados sentimientos. Mucho tememos, empero, que su introducción y su aria del primer soprano carezcan de rival en todo tiempo; aunque el conjunto de esta obra haya de encender más de una inspiración en los artistas futuros de juicio recto y de corazón grande y apasionado, que deseen con fe viva y largo estudio hermanar la pureza y la sencillez del pensamiento con la espontaneidad de los mayores recursos científicos. En este particular la maestría de Rossini, lejos de arredrar, traerá vida á los espíritus en que arde purificada de todo resabio de escuela la llama del Arte. La energía, la grandeza y la suavidad de los profundos motivos del *Stabat* serán muestras duraderas de su ingenio: la combinación de los efectos, la variedad del conjunto, los contrastes tan diestramente alternados de las piezas entre sí, y el manejo espontáneo, vigoroso y sobrio de las masas, dirán á las edades futuras su sabiduría, esa ciencia tan fácil con que en la paleta de su cerebro reparte los colores, los toma y los distribuye sin ostentación y con naturalidad la más armónica. De este modo ha conciliado las dos escuelas antigua y moderna; pues si despliega á su antojo y con diestra mano todos los recursos de la instrumentación, también la pureza de los motivos destinados á las voces hubiera sido perfectamente sentida en aquellos tiempos, en que la parte vocal no compartía con ninguna otra su predominio. ¿Quién tiene derecho á mirar con desvío el carácter más abierto, más dramático que en el corte rossiniano puede encontrarse? ¿Se ha demostrado que la frase de los

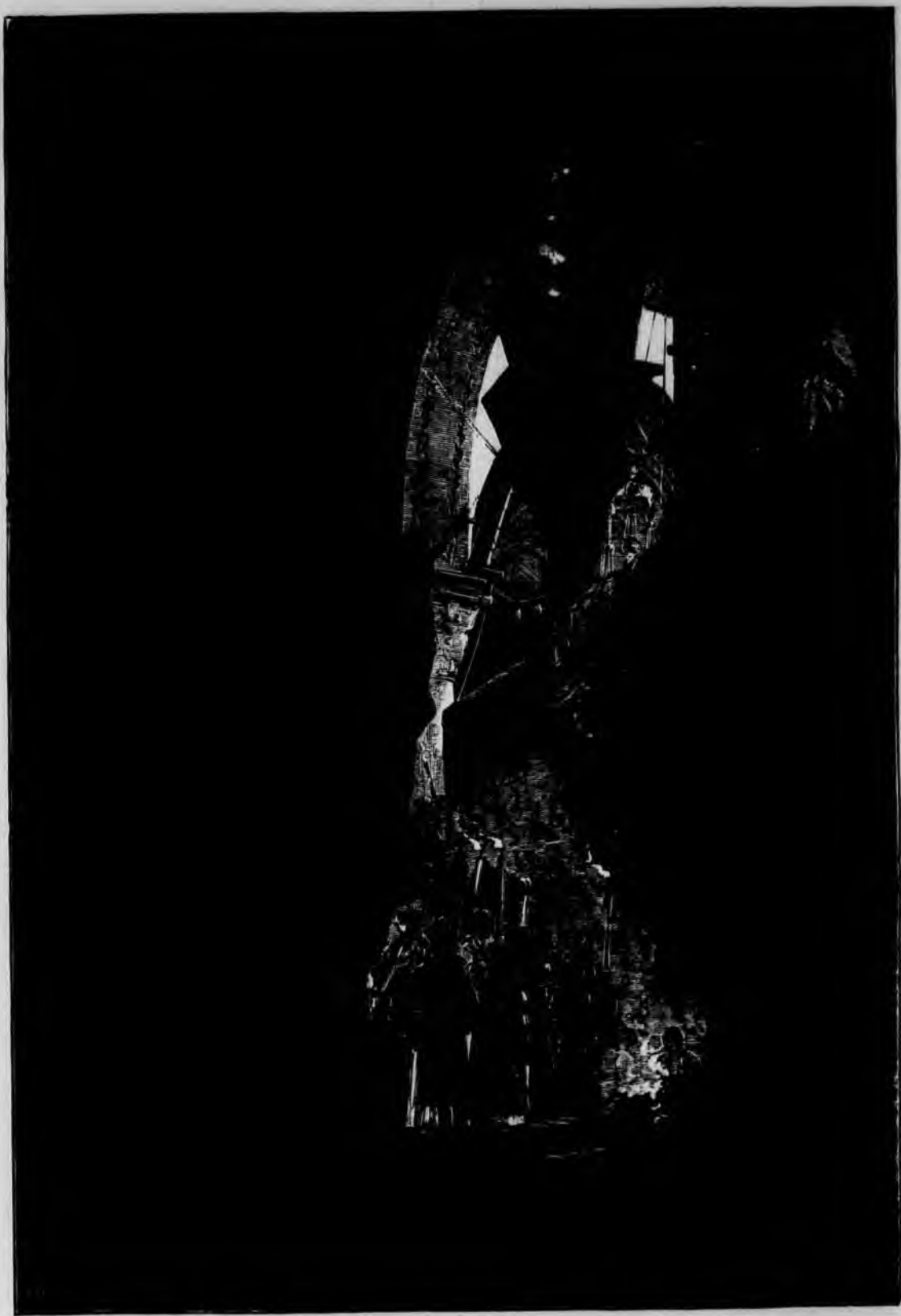
maestros anteriores sea la única conforme con la belleza y con el espíritu del género sacro? Ya que los maestros para el desarrollo de éste tomaron del profano los principales elementos, y le atribuyeron poco á poco la preponderancia en el gusto, justo es que el innovador del dramático use de los esclarecidos títulos con que poquísimos, tal vez ninguno, han contado. ¿Qué será empleándolos Rossini tan en provecho del mismo género sacro, al cual enriquece de nuevas formas, con nuevo vigor y con verdadero sentimiento? Quejémonos más bien de esos oratorios y cavatinas que suenan en nuestras misas, de esos aires de danza que rellenan los rosarios y los gozos, verdaderos laberintos, ovillejos y letrillas de la música, tristes testimonios de como el espíritu sencillo de la fe antigua se ha ido alterando y recargando con subdivisiones y accesorios vanos, tal vez supersticiosos y sin disputa nimios.

No se extrañe la severidad de nuestro sentir; los males presentes lo motivan bastante, y cada día que pasa clava más adentro de nuestro ánimo estos principios. Esta severidad y esta convicción nos dicen que ni toda la riqueza del Arte compensará jamás el rompimiento de la tradición, esto es, que nunca suplirá por el efecto de los cánticos primitivos de la Iglesia. Primeramente esos cantares, que ninguno de la generación presente ha visto componer, que ya oímos cuando nuestros padres nos llevaron á visitar el templo del Señor, que desde entonces todos los años, todos los meses han señalado las mayores solemnidades religiosas que resonaron en la muerte de nuestros abuelos y de nuestros amigos, aquellos cantos han venido á convertirse en melodías populares y en cierto modo naturales, cuya poesía se deja gustar por todos los corazones, y las cuales hieren nuestro ánimo complexas con todos los accidentes del lugar y circunstancias, preñadas de recuerdos y sensaciones. Además, su sencillez, que descubre su remoto origen, es la principal causa de su poder y de su poesía: en ella se estrellan los esfuerzos del Arte, y en vano el genio de Haydn, Mozart y Rossini quisieran luchar con la tan entrañable del rezo de difuntos, ó con la canturía con que el devoto contempla los dolores de María.

Mas ya que el Arte se ha trazado senda distinta, ábransele de par en par las puertas del templo: despójese él de toda profanidad ante la rígida fe que las custodia; y lavándose en sus santas aguas, entre el verdadero ingenio á deponer las palmas de la ciencia y del entusiasmo al pie del único altar ante el cual deba doblar la frente y la rodilla; entre á entonar los cánticos exentos de toda pasión terrena, coloreados y vivificados de un solo efecto: — El de adoración y admiración de Dios, centro el mejor y el verdadero de todo deseo y de toda sabiduría.

PABLO PIFERRER.





CAPILLA DE LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ EN JERUSALÉN



OPINIÓN DE J. J. ROUSSEAU

SOBRE LOS EVANGELIOS

ROUSSEAU fué, como es sabido, uno de los más furiosos y encarnizados enemigos del cristianismo y el primer apóstol de la revolución. Esto da mayor valor al siguiente juicio sobre los Evangelios, que extraemos de sus obras y que importa propagar, porque es el testimonio que la verdad arranca, en un momento de sinceridad, del alma de un sectario.

«Basta con meditar este libro divino para encenderse en el amor de su autor y adquirir la voluntad de cumplir sus preceptos. Jamás la virtud se ha servido de un lenguaje tan dulce, nunca la más perfecta sabiduría supo manifestarse con tal energía y sencillez. No se deja su lectura sin sentirse mejor que al empezarla.

»La majestad de las Sagradas Escrituras me admira, la santidad del Evangelio habla á mi corazón. Leed los pomposos libros de los filósofos ¡qué pequeños son al lado de éste! ¿Puede darse que un libro á la vez tan sublime y tan humilde sea obra humana? ¿Se concibe que aquel de quien refiere la historia, sea un hombre como los demás? ¿Saben hallar estos acentos los ambiciosos y los sectarios? ¡Qué dulzura y qué pureza en las costumbres! ¡Qué atractivo en las enseñanzas! ¡Qué profunda sabiduría en los razonamientos! ¡Cuánta perseverancia de espíritu y cuánta agudeza y perspicacia en las respuestas! ¡Qué imperio sobre las pasiones! ¿Dónde está el hombre ó el sabio que sabe obrar, padecer y morir sin debilidad y sin ostentación?

»Muriendo sin dolor y sin ignominia, Sócrates sostuvo su papel sin esfuerzo, y si su fácil muerte no hubiera sido el coronamiento de una vida honrada, habría motivo para dudar si fué otra cosa que un sofista. Se dice que inventó la moral, pero otros la practicaron antes, y él no hizo más que reducir á lecciones lo que otros hicieron. Aristides fué justo antes de que Sócrates hubiese definido la justicia. Leónidas murió por su patria bastante antes de que Sócrates hubiese convertido el patriotismo en deber. Esparta había dado ya el ejemplo de la sobriedad cuando Sócrates la ensalzó, y Grecia abundó en hombres virtuosos antes de que él hubiese definido la virtud.

»¿Pero de dónde tomó Jesús la moral elevada y pura que enseñó y practicó? Del seno del más furioso fanatismo brotó la más alta sabiduría; del pueblo más vil la simplicidad de las

virtudes más heroicas. Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, alcanzó la muerte más dulce que se puede desear: Jesús, espirando en medio de los tormentos, de las injurias, de los sarcasmos, maldecido por todo un pueblo, la más horrible. Sócrates recibió la copa envenenada de manos de uno que lloraba al presentársela: Jesús, en medio de los más atroces suplicios, rogó por sus crueles verdugos. La muerte de Sócrates fué la muerte de un sabio; pero la de Jesús fué la muerte de un Dios.

»¿Diremos que la historia de Jesús es una invención? No es así como se inventa, y los hechos de Sócrates, que nadie pone en duda, son menos incontestables que los de Jesucristo. En el fondo esto equivale á descartar la cuestión sin resolverla: sería más inconcebible que muchos hombres puestos de acuerdo hubiesen fabricado ese libro, que no que uno solo hubiera dado todo el asunto. Nunca la invención sería capaz de hallar aquel acento, ni aquella moral. El Evangelio reúne caracteres de verdad tan grandes, tan sorprendentes, tan perfectamente inimitables, que el inventor sería, si cabe, más admirable que el héroe.

»Reconocemos la autoridad de Jesucristo, porque nuestra inteligencia, al recibir sus preceptos, descubre su sublimidad, enseñándonos á la vez que conviene á los hombres seguirlos, pero que estaría muy por encima de ellos el adivinarlos. Admitimos la revelación como emanada del Espíritu de Dios, pero sin saber de qué modo. Con tal que sepamos que Dios ha hablado, poco nos importa averiguar de qué medios se ha valido para hacerse oír.

»Así es que, reconociendo en el Evangelio la autoridad divina, creemos á Jesucristo revestido de esta autoridad, viendo una virtud más que humana en su conducta y una sabiduría más que humana en sus doctrinas. Esto nos parece demostrado. No respetamos este libro sagrado como libro, sino como la palabra y la vida de Jesucristo.»





NUESTROS GRABADOS

EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ

CUADRO DE PABLO DELAROCHE

Pablo Delaroche es uno de los más insignes artistas de la escuela que floreció en Francia en la primera mitad de este siglo. Todas sus obras respiran grandiosidad y todas están ejecutadas con admirable corrección en el dibujo y con sentimiento apropiado á los asuntos. Sin poseer en los religiosos la delicadeza mística de los pintores italianos anteriores á Rafael, sin llegar á la exquisita idealidad del alemán Owerbeck, hay, no obstante, en los cuadros de aquel género debidos al pincel de Delaroche, un aroma cristiano que constituye su mayor encanto para cuantos saben percibir esta clase de bellezas. Véase lo que ocurre con el lienzo de *El Descendimiento de la Cruz*, que damos en este número. Su disposición tiene algo de las composiciones simétricas de la Edad Media: el cuerpo del Redentor, en primer término lo domina todo; el sagrado cuerpo, y sobre todo la cabeza de Jesucristo, pintados con verdad, no caen en manera alguna en el realismo, antes se hallan como rodeados de una atmósfera ideal y divina; los demás personajes que asistieron al acto forman como el acompañamiento de la Virgen, la cual es sin disputa la primera figura del cuadro, después de la de su Hijo Sacratísimo. En el conjunto resplandece la grandeza que ha de advertirse siempre en los temas sacados de la Pasión del Salvador del género humano.

«Venida la tarde de aquel día triste y doloroso,—dice el P. Pedro de Rivadeneira al describir la escena pintada por Pablo Delaroche,—José de Arimatea y Nicodemus, hombres principales y discípulos del Señor, con licencia de Pilatos bajaron su cuerpo de la cruz y le entregaron á su benditísima Madre, que estaba allí como á tres pasos de la misma Cruz, la cual, viéndole ya difunto, con la cabeza traspasada de espinas, con los ojos sangrientos, la boca aheleada, con el rostro escupido y lleno de cardenales, el cuerpo abierto y todo llagado, con los pies y manos horadadas de los duros clavos y el corazón atravesado de la lanza, no se puede creer el cuchillo de dolor que traspasó su alma; que fué tan agudo y recio, que si Dios milagrosamente no le diera fuerzas, con aquella vista lastimosa allí acabara. Mas con el esfuerzo que el amor le daba y con aquel rendimiento y conformidad que tenía con la divina voluntad, se confortó y se abrazó la Madre con el cuerpo despedazado de su único Hijo y Señor Nuestro: apriétalo fuertemente contra sus pechos, mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza, junta su rostro con el rostro de su Hijo, tiñe la cara con la sangre del Hijo y riega la del Hijo con sus lágrimas. Finalmente, porque ya venía la noche y se había de cumplir antes el oficio de la sepultura por razón de la solemnidad de Pascua, quitaron el cuerpo del Hijo de los brazos de la Madre, y con grande abundancia de lágrimas que derramaban Juan Evangelista, María Magdalena y las otras Marías y piadosas mujeres que allí estaban, con buena cantidad de una mixtura de mirra y de otras especies aromáticas le ungieron (según la costumbre que tenían los judíos

de enterrar sus muertos) y envolvieron el sacratísimo cuerpo del Señor en una sábana limpia.»

CAPILLA DE SANTA ELENA EN LA BASÍLICA DEL SANTO SEPULCRO, EN JERUSALÉN

A poca distancia del ábside de la Basílica en donde se custodia el Sepulcro del Redentor en Jerusalén, una escalera de veintiséis peldaños conduce á la *Capilla subterránea de Santa Elena*, construída en el sitio en donde oraba la piadosa emperatriz mientras se procedía á buscar la cruz del Salvador. Tiene unos veinte metros de largo y trece de ancho, y está situada á cinco metros debajo del nivel del templo. La terminan dos ábsides por el lado de Oriente, y en la parte central recibe luz por una pequeña cúpula sustentada por cuatro macizas columnas con capiteles de aspecto bizantino. La bóveda es lo único que en esta capilla recuerda la época latina. Es propiedad de los abisinios y está adornada con lámparas y huevos de avestruz suspendidos de la bóveda.

CAPILLA DE LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ EN JERUSALÉN

Bajando otros trece escalones se llega á la *Capilla de la invención de la Santa Cruz*, oratorio de forma irregular, de unos siete metros de longitud por casi otro tanto en su mayor anchura. Es propiedad de los Padres Latinos. Fué construída sobre una antigua y abandonada cisterna en la que, consumado el gran delito de la muerte de Jesús, fueron enterrados, según costumbre judaica, los instrumentos que sirvieron para el suplicio, á fin de evitar que alguien, tocándolos, quedase impuro, cuando menos por ocho días. En aquel sitio fueron encontradas las tres cruces del Calvario. En el único altar de esta capilla se venera una imagen de Santa Elena abrazada á la Cruz, regalo del archiduque de Austria Fernando Maximiliano, el mismo príncipe que murió trágicamente siendo emperador de Méjico.

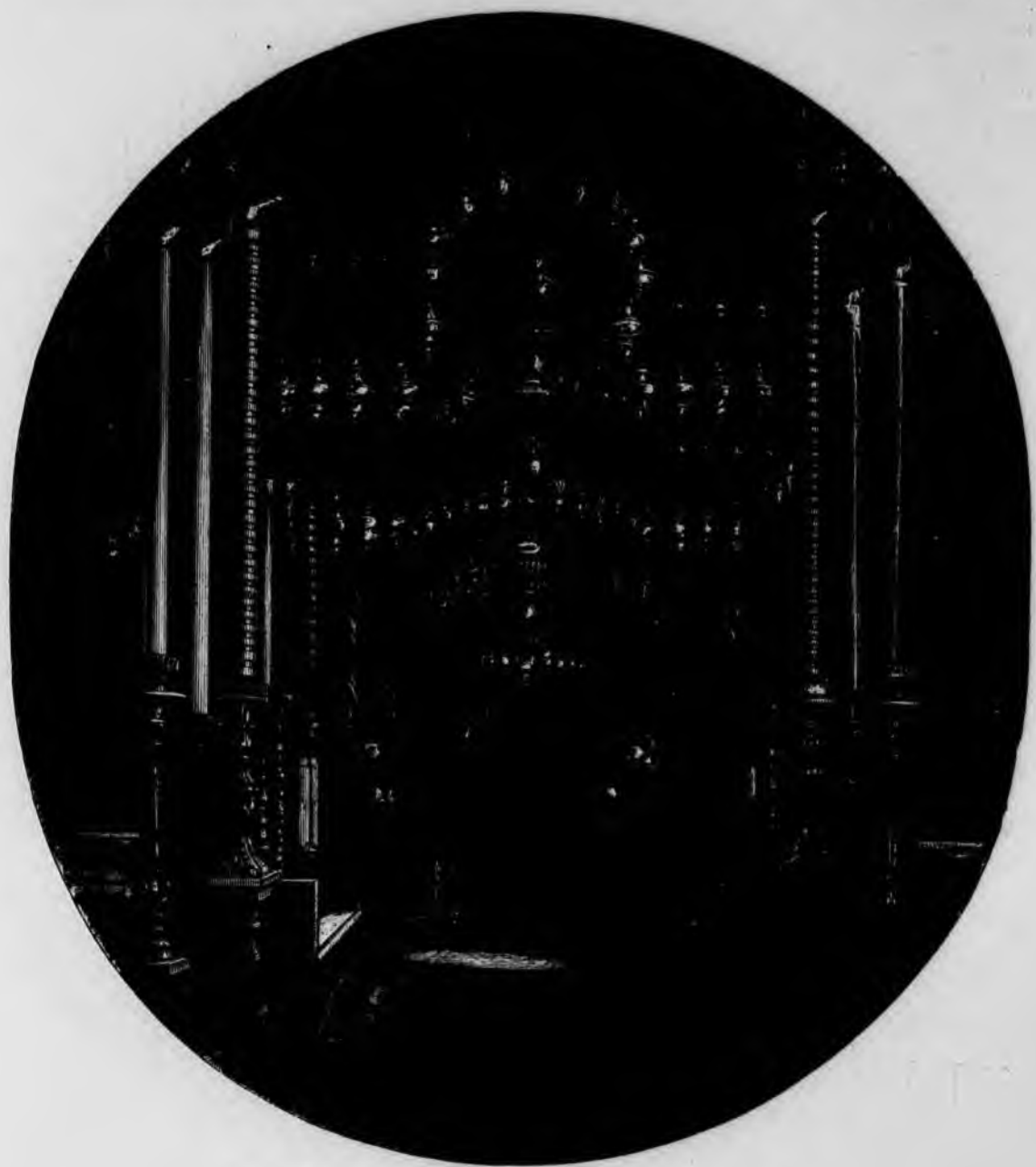
Las dos láminas que publicamos en este número, son dos vistas exactamente sacadas de la *Capilla de Santa Elena* y de la *Capilla de la Invención de la Santa Cruz*, objeto de particular veneración por parte de todos los cristianos que visitan la ciudad santa de Jerusalén.

PORTADA DEL EDÍCULO DEL SANTO SEPULCRO

Ocupando el centro de la rotonda de la Basílica del Santo Sepulcro en Jerusalén, se halla el edículo, en donde se custodia el enterramiento de Nuestro Señor Jesucristo. En un terrible incendio ocurrido en la Basílica, la noche del 12 al 13 de Octubre de 1808, sufrió grave daño el edículo del Santo Sepulcro, que reconstruyeron después los griegos. Es de forma prolongada, cuadrada al Oriente, donde tiene la entrada, y pentagonal por la parte de Occidente. Mide 8 metros 26 centímetros de longitud por 5 metros 47 centímetros en su mayor an-

chura. Es todo de mármol, y una gruesa cúpula de estilo greco-ruso cobija hoy la capilla del Sepulcro, habiendo reemplazado el esbelto remate del siglo xvi, que se puso

cuando realizó la restauración del edículo el P. Bonifacio de Ragusa. El vestíbulo, llamado *Capilla del Angel*, guarda en el centro, colocado en un marco de mármol blanco,



PORTADA DEL EDÍCULO DEL SANTO SEPULCRO

parte de la pesada losa que había cerrado la estancia sepulcral del Redentor y en la que vieron las Santas Mujeres á un ángel sentado que les anunció la Resurrección. Quince lámparas arden constantemente en la capilla, cinco de las cuales pertenecen á los latinos, otras

tantas á los griegos, cuatro á los armenios y una á los coptos.

Por una estrecha puerta abierta en la roca se entra en la estancia sepulcral, que mide 2 metros y 7 centímetros por 1 metro 93 centímetros, de manera que sólo

pueden permanecer en aquel Lugar Santo cuatro ó cinco personas á la vez. La claridad del día no penetra nunca en ella, iluminándola á todas horas, sin cesar, cuarenta y tres preciosas lámparas, pertenecientes en número igual á católicos, griegos y armenios y cuatro á los coptos. Revestida por completo de mármol blanco, así por dentro como por fuera, ocúltase bajo esta cubierta la pesada roca que forma la sepultura, y que, á pesar de las vicisitudes por que ha pasado la Basílica, existe todavía, según así lo acreditaron el formal testimonio del P. Bonifacio de Ragusa en 1555 y el más reciente

del P. español Triforio López, que en 1808 vió el edículo despojado de su revestimiento marmóreo. Hubo de acudirse á este medio protector, porque de otro modo la piedad misma de los fieles, á puro de arrancar trozos como reliquias, hubiera hecho desaparecer el sepulcro y la cueva.

En la pared septentrional de la estancia se halla el propio sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, que consiste en una especie de nicho rectangular labrado en el espesor de la peña. Con el revestimiento de mármol que lo envuelve y lo transforma en una especie de altar mide



EL CENÁCULO, EN JERUSALÉN

2 metros de largo por 90 centímetros de ancho. En el centro de la pared se ve un bajo relieve en mármol con la Resurrección del Salvador, que pertenece á los griegos. A los dos lados del relieve existen pinturas sobre el mismo asunto, propia una de los Padres de Tierra Santa y la otra de los armenios. Jarrones con flores, que se renuevan todos los días, esparcen por aquel Santo Lugar suavisima fragancia.

EL CENÁCULO EN JERUSALÉN

Reproduce este grabado la vista exterior del edificio llamado el Cenáculo en donde Nuestro Señor Jesucristo celebró la última Cena é instituyó el Sacramento de la Eucaristía. Radicales transformaciones ha sufrido el edi-

ficio en el transcurso de los siglos, mas todavía se conservan en él partes que son de la época misma del Salvador. La impresión que estos restos causan en el ánimo del peregrino cristiano no puede describirse. Todos los que han visitado la ciudad de Jerusalén, singularmente en las inmediaciones de la Semana Mayor ó Santa, describen con encendida frase el efecto que la vista de los Lugares Santos produjo en su corazón y en su inteligencia. «Vayan á la Tierra Santa, lleguen á Jerusalén, escribe el duque de Ragusa, aun abrigando una fe vacilante, todos aquellos que suspiran por emociones vigorosas y nuevas; por poco que tengan la imaginación despierta y el corazón recto y puro, su deseo ha de quedar cumplido.»



¡PASIÓN!

NOVELA ORIGINAL

DE

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

(CONTINUACIÓN)

XVII

TEMÍA encontrarse con don Martín: el gran secreto de su amor debía estar oculto y para ella sola; nadie lo debería saber, y don Martín menos que nadie: se encerró, se concentró en sí misma, habló menos aún que anteriormente, y hasta dejó de escribir á su parienta la superiora del monasterio de Santa Catalina.

Hablar con don Martín fué en adelante su tormento y su alegría; su aspiración y su pesadumbre; su martirio y su gloria: sin embargo, nunca le dirigió ya la palabra; esperó siempre á que él hablase, y en sus contestaciones deteníala siempre también un sentimiento de pudor, de timidez, de respeto profundo á don Martín, que le hacían parapetarse inconscientemente como tras de un enorme murallón de acero.

Nada salió al exterior; ni sus sueños, ni sus fantasías, ni aquel espectro de la penumbra de silueta recortada y brillante, que confundía, por inferior, la figura grata, juvenil y deliciosa del caballero Santisteban; nada de esto, digo, salió al mundo exterior; nada de esto pudo notar don Martín Pedrosa, que empezó á morir también su terrible secreto dentro del alma,

TOMO II. — 52.

perdida ya del todo la ilusión que tuviera, si alguna tuvo, viendo el glacial indiferentismo de la virgen.

¡Ay, qué cierto es que en el humano parecen alentar dos existencias!

¡Qué cierto es que apenas surge la luz en el cerebro del niño, y empieza á reflexionar, son sus meditaciones primeras para la contemplación de esa otra vida del fondo de nuestro ser; esa otra vida individual que le aísla de los otros seres; ese oculto rincón de nosotros, donde vivimos para nosotros mismos y adonde ninguna otra alma llega; eso, en fin, que es todo lo contrario de lo que parecemos, por las exigencias que impone al individuo el mundo, en todas las épocas y en todos los países, y que los caracteres las hacen luego más ó menos exageradas!

La hija de Máinez y Carrillo empezó á morir de amores por don Martín, como don Martín moría de amores por ella. Avergonzabase él de su amor, diciéndose:

—¡Puede ser mi hija!

Ella dolíase grandemente de aquel mundo de su amor, que parecía aplastarla con su peso, y decía en sus calladas congojas:

—No me amará nunca; puede ser mi padre.

Y así empezaron á alejarse mutuamente cuando se amaban ya con locura.

Un día y otro pasó así, y una semana y otra: los más interesados en aquel sencillo drama de dos corazones, eran doña Leonor y don Fermín, más que por el aprecio en que tuviesen al señor representante del Rey, por el amor que profesaban á su hija la una y á su futura el otro; pero los dos, el sobrino y la tía, eran del mismo adorable natural, sencillote, fantaseador y ligero, cuyas lágrimas y cuya impresión de placer pasaban de largo sin causar mella en sus cerebros ó en sus espíritus: ninguno de los dos tenía fibra bastante, ni sutilidad ni delicadeza para llegar á lo profundo de aquel mar sereno del alma de doña Blanca; igual pasaba con don Hernando: allí, los únicos capaces de ello eran don Martín y doña Casilda; idea de don Martín, hija de su dolor terrible, había tomado distinto rumbo. ¡Ay, don Martín creía que doña Blanca amaba como amaba de verdad; pero nunca sospechó, ni en sueños, que el amor fuese á él y no al caballero Santisteban! Doña Casilda, viendo muy claro ya lo que pasaba en los otros tres corazones, mantúvose firme y guardó silencio; cualquiera hubiese creído que tenía un plan y que alimentaba una ilusión de esperanza aunque fuese muy ligera.

Quiso don Martín Pedrosa indagar la causa de aquellas ocultas pero manifiestas aflicciones de la hija de Máinez y Carrillo.

Conocía profundamente á don Fermín: conocía profundamente á doña Blanca: los conocía á los dos, y por esto, después de mucho meditar, creyó haber dado con lo que buscaba: «Él es infinitamente inferior á ella; ella le ama con locura, y sufre porque no es comprendida por el hombre á quien ama; porque ese hombre no sabe unir su idea á la suya, ni su corazón al suyo, ni su espíritu al suyo.»

Como fuese por este tiempo cuando don Fermín pidió á su amigo Pedrosa que le aconsejase para ablandar á doña Blanca, díjole lentamente:

—Amigo don Fermín: vos sois un honrado caballero, de muy nobles prendas y de una imaginación despejadísima: cualquiera dama moriría por vos, seguramente por las seducciones en que abundáis, pero no todas las damas son como vuestra prima: me pedís un consejo y voy á dároslo; es preciso que os fijéis mucho, porque estas lecciones sólo una vez se dan, y mal año para el discípulo si no las aprende: el alma de vuestra prima vuela mucho y va muy lejos; vos sois un noble mozo; vuestra alma vuela también bastante, pero va recta á un punto, como

la de vuestra prima, y por eso quédase atrás: vuestro tino ha de consistir en que el alma de doña Blanca vea que la vuestra está á su lado.

¡Cómo temblaba la voz de Pedrosa al dar á su amigo aquel consejo!

No vayáis á creer que don Fermín echó tales palabras en saco roto, no; que era despa-bilado y diestrísimo, y las tradujo como las debía traducir, y se eficó y se esmeró, con otros muchos consejos de igual índole, hasta el punto de causar sorpresa en doña Blanca, que no pudo figurarse jamás en qué fuente bebía el ladino mozo sus inspiraciones.

Llegó con estas cosas otro día, que fué de gran trascendencia para doña Blanca y para don Martín.

Fué el día de la fiesta que se consagró á Santa Marina, con motivo de la guerra contra los moros; los ánimos estaban poseídos de gran exaltación religiosa; tradúciase por esto el amor de los cordobeses á la excelsa Virgen en destempladas aclamaciones, que se reproducían con estrépito á la vista de los moros cautivos, que una vez y otra entraban á centenares en la ciudad.

El fausto que en la fiesta se desplegó fué sorprendente: las explosiones de amor de los apasionados de esta santa, no se redujeron aquel año al límite de la collación; el culto que se la tiene ahora dista mucho de parecerse al de entonces; era muy grande, aunque reducido á la vecindad del barrio solo; pero en la ocasión de referencia, según afirman muy rancios manuscritos, todos los cordobeses tomaron parte en aquella honda alegría de la festividad.

El corregidor Zapata, que tenía muy originales cosas, encaminadas siempre á salirse con el logro de lo que entre manos trajera, tomó el negocio como suyo, disponiendo una gran lidia de quince toros en la plaza de la Corredera: fué y vino y llevó y trajo de tal modo y con tal actividad, que excitó los ánimos y empeñó á las damas y á los caballeros en la honra de que la función fuese de mucha brillantez; el asunto para el bravo corregidor era sacar buenos doblones á la corrida; no entró en la plaza aquella tarde dama ni caballero que no aprontase un buen número de escudos; quien rejoneó toros, pagó este privilegio; quien corrió cañas, pagólo también; quien jugó sortijas, entró por el aro mal que le pesase, y todo aquel dinero lo destinaba la Virgen, en cuyo honor fué la fiesta, á equipar y armar nuevas compañías que fuesen contra los moriscos de las Alpujarras: el celo del corregidor era terrible y es fama de que hizo atrocidades en servicio del rey.

La espectación llegó á ser grandísima; por todas las calles de Córdoba empezaron á discurrir, mucho antes de la hora solemne, lucidas cabalgatas de los caballeros que probarían su habilidad aquella tarde en la famosa Corredera.

Esto fué en la antevíspera de la festividad de la Santa Virgen; el corregidor formó otro brillante cortejo de caballos y hombres, con mojigangas y trasgos muy divertidos, para pregonar en todas las encrucijadas, plazuelas, calles y callejones, á son de chirimlas y clarines, que los festejos habían de durar dos días, dedicando el primero á la corrida de toros y el segundo á la adjudicación de premios de las composiciones poéticas que los hubiesen obtenido en el certamen convocado también en honor de la Virgen.

El populacho, curioso, bullanguero, entrometido y olfateador, como comadre gruñona, iba detrás de los nobles, elogiando sus vestidos, admirándose de los ricos arreos de las cabalgaduras; reíanse aquí de muy grande risa, por la fachenda seriota del lacayo y el lacayuelo de cada uno de los prepotentes; deteníase allá para ver la dorada silla de manos en que iba á la plaza la esplendente y altiva señora cordobesa; parábase en otro sitio para ver la gala y el lujo de los señores Veinticuatro de la ciudad, ó en la plaza de la Iglesia donde á la Virgen se da

culto á contemplar los grandes cartelones con los rótulos en letras muy grandes también, de las poesías que premiaron, y corrían de pronto á tal ó cual bocacalle para recrear la vista y el ánimo en la simpática persona del famoso corregidor, acompañado y escoltado de muchos caballeros que montaban fogosos corceles, algunos de los cuales lucirían su bravura y ligereza en ocasión inmediata. Allí iban don Hernando Máinez y Carrillo; allí don Martín Pedrosa, con atavío negro como siempre, pensativo y pálido; allí iba el de Santisteban; allí Gutiérrez de los Ríos, el alcabalero, y don Alonso Valdelomar, y el Alférez Mayor, y el Alcalde Mayor honorario, y algunos Jurados perpetuos y otros de las Veinticuatrías, que no fueron con la ciudad.

Cuando este brillante cortejo llegó á la Corredera, y se hizo ver de la muchedumbre, que esperaba curiosa, una aclamación inmensa brotó de todos los pechos; habían corrido voces de que el terrible corregidor tenía preparada una sorpresa al público que sería de lo más agradable del espectáculo.

Sentíase un murmullo prolongado, desigual, ronco, que se formaba de las voces, de las risas, de los cuchicheos, de los gritos, de los vivas al corregidor y á la ciudad: la borrachera de alegría del pueblo andaluz en todas las épocas fué la misma: no tiene límites, ni explicación, ni medida: los andamios, los balcones, las ventanuchas destartalladas, los ajimecillos, los tejados, todo estaba lleno con aquel mar de cabezas movible y palpitante, con oleadas impetuosas y ronco bramido: las damas resplandecían en los balcones con sus costosos brocados y sus ricos joyeles, hermosas, arrogantes, divinas, atrayendo la atención de los galanes caballeros y de las envidiosas turbas. Una banda de clarines y chirimías hizo la señal de silencio, y ya comprendían todos lo que tal cosa significaba: era un anuncio, un pregón, tal vez la noticia de la novedad ansiada: el misterioso velo iba á descorrerse de seguro y puede decirse que nunca histrión, por famoso que fuera, logró absorber tan enteramente las facultades de la muchedumbre, como el corregidor Zapata con su novedad misteriosa.

Reinó en la plaza gran silencio, los ojos estaban fijos y la atención suspensa, y el aliento y hasta los latidos del corazón.

Por uno de los gualderos asomó la figurita del hombrecillo de los pregones, rodeándose de cuatro trompetas y seis arcabuceros.

Llegó á la promediación de la plaza, y las trompetas á una lanzaron á los aires un largo sonido. El silencio fué sepulcral entonces. El hombrecillo de la ciudad estiró la gaita; seguidamente sacó la cabeza, y con voz tremebunda, que yo no sé de dónde la tomaría, manifestó cuatro veces, volviendo la cara y el cuerpo en cada una de ellas á uno de los ángulos de la plaza, que por disposición de la Corregiduría Mayor y con acatamiento de la ciudad, y para contribuir de otra muy diversa manera, grande y honrosa, al divertimento y solaz del pueblo cordobés, presentárase en la plaza, en punto de combate, la *compañía negra*, que al alba próxima partiría contra los moros alpujarreños y granadinos.

Esta noticia causó incertidumbres muy diferentes y sensación profunda al extremo; fué una novedad inesperada, y en cualquier cosa pensaron los cordobeses antes que en aquello por lo mismo que nada tenía de particular, por eso causó más extrañeza: no pasaban quince días, ó un mes á lo sumo, sin que en Córdoba se hubiesen formado nuevas compañías de á pie ó de á caballo para refuerzo de las tropas cristianas; pero desde el primer instante sabíase ya quiénes eran los nuevos alistados, y cuáles sus atavíos y el nombre del capitán, y hasta el día y la hora en que saldrían con destino al lugar de la guerra; hoy nada, el pregón aquel fué como un rayo que cayó sobre la multitud; todos miráronse sorprendidos, inquietos; se hicieron

unos á otros preguntas sobre preguntas y nadie supo contestar; nadie tenía noticia de nada. ¿Quién era el capitán de aquella compañía? ¿Quiénes eran los hombres? ¿Cómo se alistaron? ¿Quién los equipaba? ¿Cómo era el equipo? ¿Por qué, en fin, llamábase la *compañía negra*? Pero dijo el hombre de la ciudad, que el espectáculo de la nueva tropa llevaríase á efecto después de quebrados los primeros rejones,uviéronse que quedar los curiosos pensando y con las ganas de aclarar el asunto.

A seguida que el pregonero con los trompetas y los seis de los arcabuces salieron de la plaza, con grandes zambras y algarabía de la plebe, que les siguió con sus gritos y silbas, otra vez los clarines y las chirimías hicieron de las suyas, y empezó la fiesta, saliendo la gente de á pie con cinco caballeros para ayudarles, quebrando rejones. Diz que cuando aquella brillante comitiva apareció ante el público, un tremendo alarido de alegría partió de todas las gargantas: iban los de á pie vestidos de oro, plata y seda, y los jinetes, con mucha gala también, seguidos de los indispensables lacayo y lacayuelo, con los colores de sus amos; eran estos amos, don Juan Enríquez Acebedo, don Francisco Manuel, don Felipe de la Cerda, don Andrés Carcamo y Alonso y don Fermín de Santisteban. Fueron las suertes muy lucidas, y muy limpio y brillante el trabajo de los caballeros; en este punto la animación de la Corredera había llegado á ser grandiosa: sorprendía el espectáculo de la multitud abigarrada y de aquella diversidad de adornos de los balcones, de las paredes, de los andamios, de la presidencia, de los hombres, de las mujeres: allá en un inmenso balcón voleado había un grupo de hermosísimas damas, doña Leonor, doña Casilda y doña Blanca hallábanse entre ellas: el atavío de doña Blanca era severo, y su rostro, con la altivez y la gravedad de siempre, tenía no obstante aquella dulzura majestuosa y afable que enamoraba y atraía: como si el grande y secreto dolor de su alma la nutriese, habíase desarrollado de muy notable manera en los últimos tiempos, aunque nunca perdió la palidez de su semblante moreno y delicado. Detrás de las damas había algunos caballeros, y entre ellos, en muy animado coloquio con doña Casilda junto á la misma doña Blanca, hallábase don Martín Pedrosa.

No había perdido éste su locuacidad, su discreción y su hidalga cortesía; en el fondo de su pecho bramaba muy fuerte tormenta, pero un carácter como el suyo, tan igual al de doña Blanca, tenía que ocultar todo lo que en su interior hubiera de desesperado, para no venderse á los demás, y á doña Blanca mucho menos, que le hallaría ridículo, osado y risible: como se convencería del amor grandísimo que ardía por Santisteban en el pecho de doña Blanca habíase decidido desde mucho antes y estaba resuelto á concluir con sus enormes torturas: él había luchado también; él sostuvo recio combate en su corazón y en su conciencia; quedó extenuado, muerto, pero no se rindió; erigióse un altar en su pecho para el honor y se rendía alto culto como á la más grande divinidad celeste; aquel Dios de su alma, que era su honor, le dijo que debía alejarse de la mujer querida y le expuso las razones: «amar á una mujer, futura esposa de un tan gran amigo suyo como don Fermín, ni era hidalgo ni era noble: doña Blanca, además, si bien tenía la medida y la seriedad de la más juiciosa de las mujeres, niña era en años, imposible de hacer vida común con un hombre ya maduro, aunque tuviese corazón grande y fogoso, y cerebro como su corazón: había que recordar, por último, la inclinación de doña Blanca por su primo, marcadísimamente é invariable, atendiéndose á las prendas de seriedad y firmeza de la hija de doña Leonor.

En estas cosas estaban los de los andamios y los ajimeces y los corredores; fija la atención en los de la liza, regocijándose con el logro de su gusto, probando su valor y regocijando á la asistencia, que batía palmas á la contemplación de unos tan apuestos campeones.

Hubo un instante en que el público aplaudió y vitoreó frenéticamente: de todos lados salían gritos y palabras de elogio hacia uno de los caballeros, por una suerte hecha con osadía y habilidad sin límites. Doña Leonor palideció de orgullo, y lágrimas de amor y entusiasmo estuvieron para salir á sus ojos. Ante aquella ovación extraordinaria, el jinete, que era don Fermín, hizo caracolear su caballo, que mordía el freno con rabioso ímpetu, haciéndole luego humillar ante el balcón de las damas, donde la hija de Máinez y Carrillo hallábase.

Don Martín Pedrosa volvió la cabeza entonces hacia doña Blanca, y díjole muy quedo:

—¡Ah! doña Blanca; gentil y bravo mancebo muy digno de vos.

Al oírle ella enrojeció. Miró á don Martín un instante con fijeza de muerte, y contestó suspirando:

—Sí, que es mi primo noble caballero y debe amársele de verdad.

Ante aquella contestación inclinó don Martín la cabeza lleno de confusiones mal disimuladas, por mucho que él hiciese para que no se conocieran. Como amaba aquella mujer al caballero don Fermín, doña Casilda lo oyó y observó todo; vió á don Martín y estuvo á punto de inclinarse á su oído y decirle:

—¡Torpe! ¿No comprendéis que dice que se le debe amar porque no le ama?

(Continuará).





No sospechan muchas personas que no pocas de las naranjas de color sanguinolento que se venden en el mercado sean artificialmente coloradas.

M. A. M. Villon, director de la *Revue de chimie industrielle*, demuestra que no sólo se tiñen estas frutas, sino que desde mucho tiempo se da por medio del agra- cejo un color verde á las ciruelas y á las mandarinas confitadas y que hoy día se aplica esta clase de falsifica- ción á muchas frutas. Cierta especie de piñas de América se tiñen con orquilla; los limones toman un brillante color amarillo por medio de la citronina; á las fresas de color blanco que tienen mal aspecto se las sumerge en una mezcla de rodamina y de rojo azoico y de este modo adquieren un tinte rojo muy brillante; se da también un color aterciopelado á los melocotones con rodamina, rojo azoico y citronina.

Se aplica el color por medio de un pincel y un patrón de zinc recortado. Hasta los melones se pintan exteriormente por una simple inmersión fría en un baño de rojo sólido, y también se conoce el medio de darles color interiormente y un sabor agradable. Para ello se valen los falsificadores de un pequeño tubo que penetra hasta el centro de la fruta y por medio del cual se inyecta con una bomba de presión una solución de naranjado azoico, aromatizándola luego por medio de esencia de melón artificial, compuesta de aldehida, formata de ethyla, butyrato de ethyla, caterenato de ethyla, sebato de ethyla y glicerina.

En una palabra, de la misma manera que en el último invierno se han vendido claveles verdes y azules, nos venderán muy pronto, y muy caras por cierto, nuevas especies de manzanas y peras pintadas. Se pueden obtener manzanas tan rojas de la pulpa como de la piel, y también hacerles tomar un color carmesí en el interior sin que se altere el de la piel. En Francia M. Villon ha tenido la ocurrencia de crear una variedad en extremo singular: nos referimos á la pera llamada nacional. Exteriormente es de un verde dorado muy agradable, y cuando se la parte con un cuchillo se ve que una tercera parte es azul, otra tercera parte blanca y otra roja. El azul se obtiene con el azul victoria S.; el rojo con la rodamina mezclada con un poco de rojo Carnot. Se inyecta cada parte de la pera con mucho cuidado. Como se ve, por esos procedimientos se pueden preparar frutas con los colores nacionales. ¡Qué sorpresas nos reserva siempre la química!

Mahoma se hacía pasar por el profeta de Dios entre los árabes, y aseguraba tener el don de hacer milagros.

Un día que desde una colina estaba predicando al pueblo, pasóle por la imaginación llamar á la montaña y orde- narle que fuera hacia él. La montaña no le obedeció. Entonces el profeta exclamó:—Está bien, montaña; ya que no quieres venir hacia Mahoma, Mahoma irá hacia tí.—Fuése á la montaña, siguióle el pueblo, y esto pasó por un prodigio.

Sucede á veces que una persona se hace el reacio en cumplir ofrecimientos que hizo, y que quien los recibió, viendo que no se le cumplen, acude á reclamarlos: entonces se dice de él, que viendo que la montaña no iba á Mahoma, Mahoma se ha ido hacia la mon- taña.

Por qué se dijo: *Tanto que peor.*

Hablándole á un mancebo labrador, si quería casar- se con una moza del mismo pueblo, respondió que no, porque le habían dicho que era muy comedora de pan, y que no podría él mantenerla, por no tener más de lo que ganaba cada día con sus manos. Sabido por la moza, encuentra con él en la calle, y dícele:—Sabido he, que no queréis casaros conmigo, porque dicen que soy gran comedora de pan; ¡sabéis cuánto lo soy, que me obligo con este solo mendruguillo de pan, que traigo en el remango de la saya, beber un cántaro de vino?— Respondió el mancebo:—Tanto que peor.

Los jornaleros de un pueblo de Aragón pidieron, en 1868, trabajo y libertad. El alcalde, sabio de aldea con ribetes de filósofo, aplacó el alboroto diciéndoles:

—Libertad no puedo daros, porque no sé lo que es; pero trabajos no os faltarán.

—¿Has visto á mi chico? preguntó un baturro á un soldado licenciado.

—Sí, señor: es gastador.

—¡Toma! Ya lo era mucho antes de caer quinto, replicó el padre.

Para limpiar los guantes sin necesidad de mojarlos, pónganse en una tabla bien limpia, tómese un cepillo firme y fróntese con una mezcla de arcilla de quitar manchas bien seca y alumbre en polvo. Después de bien sacudidos y acepillados, para que caigan las materias, cúbrense de salvado seco y albayaide, sacudiéndolos de nuevo—esto basta cuando no están sucias.—En tal caso, quítese la grasa con corteza de pan tostado y polvo de huesos quemados; fróntese luego con una franela im- pregnada de polvo de alumbre y tierra de quitar man-

chas, y quedarán con esto limpios sin necesidad de lavarlos. Esta operación no los gasta ni aja en nada.

Si se quieren conservar las castañas, lo primero que debe practicarse es hacerlas hervir de quince á veinte minutos, y luego exponerlas al calor de un horno ordinario una hora después que se ha cocido el pan. Esta cocción y desecación de las castañas son muy propias para conservarlas muchísimo tiempo con tal que se tengan después en un paraje bien seco. Pueden emplearse desde luego, recalentándolas en el baño-maria ó en el vapor.

También se hacen secar al fuego las castañas en unos zarzos, y después acostumbran en Córcega á molerlas y hacer pan.

Un sabio conoce á un ignorante, porque él ha sido ignorante; pero un ignorante no puede juzgar de un sabio, porque él no lo ha sido nunca.—MÁXIMA DE LOS ORIENTALES.

La burla y el ridículo son, entre todas las injurias, las que menos se perdonan.—PLATÓN.

Una injusticia hecha al individuo, es una amenaza hecha á toda la sociedad.—MONTESQUIEU.

Burlarse de la filosofía, es en realidad filosofar.—PASCAL.



Solución á la charada anterior:

PE-LO

Solución al triángulo numérico:

ORIENTAL

CHARADA

A una tres el todo evita
pareciendo que lo cita;
lanza dos uno valiente
por lucirse ante la gente;
pero se cuenta de alguno
que sacó más de un tres uno.

A. FERNÁNDEZ, de Córdoba.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

1	2	3	4	5	6	7
4	7	6	2	3	1	
2	4	5	6	7		
7	1	2	3			
7	3	7				
3	7					
4						

1.^a línea, nación europea;
2.^a, animal cuadrúpedo; 3.^a, rey
de España; 4.^a, nombre bibli-
co; 5.^a, lo tienen las aves; 6.^a,
nota musical; 7.^a, consonante.

R. M. de Barcelona.

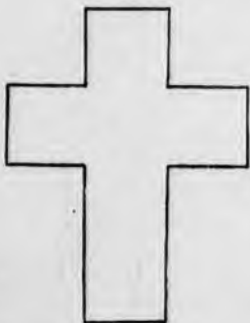
ROMBO

.
.
.
.
.
.
.

1.^a línea, vocal; 2.^a, nom-
bre de mujer; 3.^a, pueblo; 4.^a,
nombre de hombre; 5.^a, abri-
go; 6.^a, nombre de hombre;
7.^a, vocal.

M. B. de Barcelona.

PROBLEMAS



Dando tres tijeretazos á esta
forma, dividirla en seis figuras;
tres cuadriláteros y tres trián-
gulos.



Dividir un cuadrado en seis
triángulos.

F. de P. BLANCH, de Barcelona.

ENIGMA

Valencia Monovar Mataró Ciudad-Real
Sabadell Palamós

Colocar estos nombres de manera que leídos de arriba abajo
resulte con una letra de cada uno un nombre de varón.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos mucho cuantas fotografías, representando
vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de per-
sonajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y
suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de
los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas
de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que con-
sideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. *Espasa y Comp.*,
Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales
librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados los derechos artísticos y literarios.—IMP. ESPASA Y COMP.^a

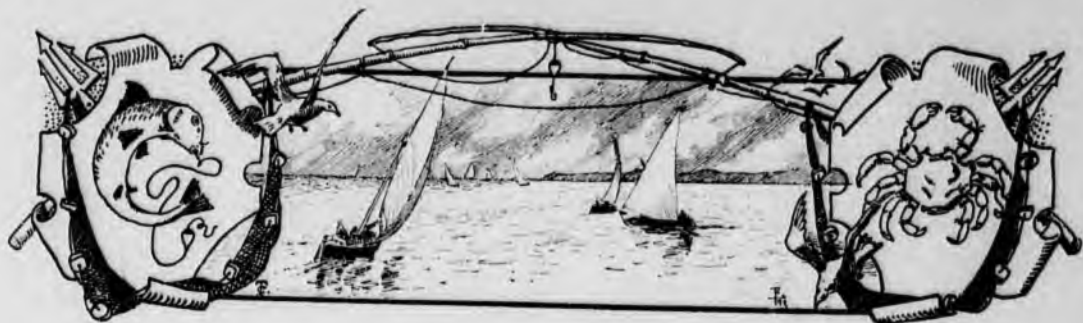


APUESTA DE VELOCIPEDISTAS EN PARÍS



APUESTA DE VELOCIPEDISTAS EN PARÍS

Ayuntamiento de Madrid



MEMORÁNDUM

EL ministro de Marina señor Cervera ha abandonado por fin su puesto. Y decimos por fin, porque hace tiempo que se venía hablando de su salida del gabinete por no estar conforme con sus compañeros en el asunto de las economías. Querían los demás ministros, y muy especialmente el señor Maura, que lo es de Ultramar, que el señor Cervera introdujera por lo menos una rebaja de dos millones de pesetas en su departamento para el año económico de 1893 á 1894. Aquel ministro, siguiendo á no dudar los deseos de la gran mayoría del cuerpo á que pertenece, se resistió á la exigencia y señaló únicamente un millón de pesetas en concepto de rebajas. Esto no satisfizo al gabinete y de ahí la dimisión. Echóse en seguida el señor Sagasta á buscar en la nómina del alto personal de la armada quien pudiese sustituir al dimitente, empresa ardua, porque todos les tienen asco á las economías. Después de haberse indicado al señor Valcárcel, quedóse al último en que sería ministro de Marina el contraalmirante señor Pasquín, como así ha sucedido.

* * *

Muy alborotados trae á los propietarios de fincas urbanas el ministro de Hacienda señor Gamazo, con las disposiciones que ha dictado sobre la declaración de la riqueza de aquel carácter é investigación luego, con objeto de evitar y castigar las ocultaciones. Fijóse el plazo del 31 del mes de Marzo para la presentación de las declaraciones por los propietarios, y éstos, considerándolo muy corto, acudieron al referido ministro haciéndole ver las dificultades de llevar á cabo en seguida lo que se les exigía y pidiéndole que prorrogase el plazo. El señor Gamazo se mostró inflexible, negándose á conceder ninguna prórroga, cosa desacostumbrada en nuestra administración. La propiedad en general, así la rústica como la urbana, está atravesando un periodo crítico. La renta se merma de año en año, y es cosa sabida que, especialmente en la propiedad agrícola, los amos salen perdiendo en sus fincas á poco que resulte desmedrada una cosecha. Aunque sosteniéndose mejor la propiedad urbana, no deja tampoco de encontrarse sometida á cierta depreciación, acaso porque todo el mundo, en los últimos años, ha alargado más la pierna de donde alcanza la sábana, imponiéndose gastos en alquiler de habitación y tren

de casa, que ahora han de reducirse forzosamente. Pues bien, todo esto debería tenerlo en cuenta el ministro de Hacienda, mostrándose algo más complaciente. Por otro lado las disposiciones á que aludimos, con las medidas fiscales que se plantearán, serán nuevo origen de abusos como los que tienen justamente irritados á los contribuyentes. Es cierto que por desgracia algunos de ellos no han sentido escrúpulo en defraudar al Estado por contribución, pero no es menos verdad tampoco que los llamados investigadores producen repetidamente un mal mayor que el que se trata de evitar, ya que á ellos se deben abusos y defraudaciones que redundan en definitiva en daño más crecido para el Erario. A evitar las ocultaciones y á suprimir los investigadores y denunciadores deberían tender los esfuerzos de nuestros Gobiernos, estudiando para ello un sistema serio, bien fundado y que no se basase como ahora en la existencia de agentes repulsivos, que han de procurarse sueldo, por no tener señalado ninguno, ó con el tanto de las denuncias ó con lo que les produzcan sus complacencias y connivencias con los propietarios.

* * *

Cuando tanto se ha hablado del régimen económico de Francia, sobre todo por lo que se refiere á nuestro país, creemos muy dignas de ser meditadas y tenidas en cuenta las observaciones que hace el diario de París *Le Temps*, nada contrario á la República.

«Durante el año 1891,—escribe el citado periódico,—que fué el que precedió á la ruptura de nuestros tratados de comercio, nuestro tráfico con España ascendió á 592.741,000 francos; en 1892 descendió á 425.222,000; es decir, una disminución de 167.519,000 francos. Dicen ahora que el perjuicio sufrido por España es insignificante, que nuestras tarifas son para ella verdaderas tarifas de favor. Pero en realidad, ¿cuánto ha perdido Francia en aquella disminución de negocios? Nuestras exportaciones han disminuído en 43.049,000 francos, mientras que en España las ventas han menguado en 124.470,000 francos. La exportación de España á Francia en 1891 fué de 411.633,000 francos, mientras que el año último fué de 280.169,000. Y en el mes de Enero de 1893 el movimiento de disminución parece que se ha hecho más sensible: nuestras ventas han retrocedido de 17.098,000 francos á 8.380,000; las de España en Francia han bajado de 67.188,000 francos á 21.868,000 francos. He aquí cómo se desmiente que nuestras tarifas no hayan ejercido influencia alguna en el comercio de ambos pueblos.

»Como estos resultados se refieren al conjunto de cambios con España, se podría creer que los vinos no han sufrido estas modificaciones. Pues bien, he ahí lo que nos dicen sobre esta materia los documentos oficiales de la aduana francesa. Al paso que durante 1891 España nos vendió 9.668,380 hectólitos de vino, en 1892 no nos vendió sino 5.602,454. En Enero de 1893 nuestras compras han descendido á 473,491 hectólitos, al paso que en Enero de 1892 fueron de 1.729,793. Si ante semejantes variaciones se persiste en decir que nuestros nuevos aranceles no son sino una pura ilusión y que el deber del Gobierno es preparar una vigorosa ofensiva contra los productos de España en general y los vinos españoles en particular, crearemos que quien tal diga comete un error y quizás una temeridad.»

* * *

Grande escándalo ha producido en la nación vecina el fallo pronunciado en la causa titulada de corrupción, por el debatido asunto del Canal del Panamá. El jurado dió veredicto afirmativo respecto de la culpabilidad de MM. Blondin, Lesseps y Baihaut, y negativo por lo que toca á MM. Fontanes, Sans Leroy, Beral, Dugué de Fauconnerie, Gobron y Proust. Algunos periódicos han dicho sin rebozo que todo cuanto se había hecho era la comedia de la justicia, y otros, á propósito del voto recaído en la Cámara de los diputados sobre una orden del día dando carpetazo á todo lo del Panamá, añaden que la Cámara ha querido apagar la luz. Indudablemente el cieno en esta cuestión rebosa por todas partes, y revela un estado tristísimo de

inmoralidad contra el cual es preciso una propaganda activa y constante por parte de todos los hombres de bien, sean cuales fueren sus opiniones políticas.

* * *

La ley de reorganización del ejército alemán, que fué presentada al *Reichstag* por el canciller imperial Caprivi en 28 de Noviembre del año pasado, ha sido rechazada en segunda votación ante la comisión militar del Parlamento. Los representantes de casi todos los partidos votaron en contra, y sólo el canciller alcanzó para su proyecto los votos de algunos conservadores. En este estado se prevé que la tercera votación será también contraria á la ley proyectada, y entonces se pregunta todo el mundo—porque la cosa á todos interesa—¿qué harán el canciller y el Gobierno? La opinión más extendida es la de que será disuelta la Cámara del *Reichstag* y que se procederá á nuevas elecciones, siendo muy contadas las personas que piensan en la posibilidad de que el canciller imperial presente al Parlamento su nuevo proyecto con modificaciones importantes. Hay quien entiende que este fracaso puede originar la caída del general Caprivi, pero esto es juzgar la política del imperio de Alemania como la de un Estado en donde la corona tenga menos autoridad y fuerza personal de los que allí goza el Emperador. Si éste sigue otorgando su confianza al actual canciller, á pesar de las votaciones contrarias del Parlamento, no dejará éste su puesto, sino que lo conservará para desarrollar desde él los proyectos de Guillermo II, luchando con los partidos hasta donde le fuere posible, que es lo mismo que realizó Bismark en algunos casos durante su mando.

* * *

Los norteamericanos podrán oír la voz de Su Santidad el Papa León XIII. Esta maravilla se deberá al fonógrafo. Nuestros lectores saben que el fonógrafo, el curiosísimo invento de Edison, reproduce con mucha fidelidad toda clase de sonidos, entre ellos la voz humana. Pues bien, hace pocos días Mr. Esteban Moriarty fué admitido en audiencia por el Papa y le presentó el fonógrafo, suplicándole que ante él pronunciase algunas frases, á lo que accedió benévolamente León XIII. Este aparato será llevado á la Exposición de Chicago, y he ahí por dónde resonarán por vez primera en los Estados Unidos las palabras del sabio Pontífice.

B.





RESERVADO PARA SEÑORAS

SALÍ de la escuela de Saumur con buenas notas y fui nombrado subteniente del 16.º de coraceros en Lunéville, de lo cual me alegré muchísimo, porque el coronel del 16.º era un antiguo amigo de mi familia y decían que me quería mucho, aunque yo apenas le conocía personalmente. Volví por algunos días al hogar paterno, y allí, en dulce beatitud, gocé la calma reparadora del campo, hasta que una hermosa mañana, á últimos de Octubre, recibí orden de incorporarme inmediatamente á mi regimiento.

—¡Hola! ¡hola! me dijo mi padre, ¿se irá calentando la cosa?...

—No creo, contesté; ya sabes que á nosotros suelen comunicarnos las órdenes con muy poca anticipación.

Una vez le hube tranquilizado con estas palabras, no pensé más que en obedecer, y lo hice de tal manera que aquella misma tarde ya estaba en París, y á cosa de las ocho de la noche, algunos minutos antes de la salida del *express*, me paseaba por el andén de la estación del Este buscando en los vagones un compartimiento vacío.

—¿Va usted en el *express*? me preguntó un empleado complaciente.

—Sí.

—Pues mire, si quiere usted subir, aquí no hay nadie.

Y abrió la portezuela de un compartimiento que llevaba el rótulo de: FUMADORES.

Torcí el gesto, porque no me hacía mucha gracia encerrarme en aquella especie de tabaquera ambulante; pero, al fin y al cabo, allí tenía grandes probabilidades de ir solo y á mis anchas durante todo el viaje, así es que, dando gracias al empleado, me metí en seguida en aquel departamento.

Hacía frío: bajo el gran cobertizo de la estación soplabá un viento glacial. Envolvíme en un inmenso *ulster* que me cubría hasta los talones, amontoné á mi alrededor cuantas prendas de abrigo tuve á mano, me hundí hasta las orejas un gorro bearnés auténtico, y con los pies bien puestos sobre el calorífero, me preparé resueltamente á pasar la noche con el mayor *confort* posible.

Como esperaba, nadie vino á estorbarme. Á las ocho y veinticinco minutos sonó una campanada, el tren partió y nos lanzamos á todo vapor al través de la negra noche. El movimiento monótono y regular de la marcha fué entorpeciendo mis sentidos y empecé á dormitar ligeramente.

Un silbido, dos ó tres sacudidas por la brusca presión del freno, y paramos.

—¡Chateau-Thierry! grita la voz ronca de un empleado.

Entreabro los ojos, estiro una pierna y... ¡brrr! un soplo glacial me da en el rostro: la portezuela del lado opuesto se había abierto bruscamente y una joven se metía presurosa en mi departamento como un torbellino.

—Vamos, pensé, he ahí una señora que no le teme al humo del tabaco.

Ví que un empleado le iba dando varios paquetes desde el andén; así es que no juzgué necesario abandonar mi cómoda postura y ayudarla. El tren se puso otra vez en marcha.

—Adiós, tía, dijo la joven, adiós: hasta la vista.

—Adiós, hija mía, contestó afuera una voz algo cascada; abrigate bien, no vayas á resfriarte. Afectos á papá y mamá... Buen viaje, Berta, hasta la vista...

¡Ah! ¿conque se llamaba Berta? Bonito nombre: la que lo llevaba no podía menos de ser también muy bonita. Esta vez abrí los ojos de par en par, y miré.

Al salir de París había corrido la cortinilla de la lámpara que iluminaba el vagón de manera que la luz no me diera en los ojos: así es que ahora me hallaba completamente en la sombra, mientras mi compañera estaba en plena luz.

Era efectivamente muy bonita: cabellos negros un poco embrollados por el viento, rasgos de exquisita finura, ojos muy grandes, que me parecieron azules, talle elegante ajustado en una chaqueta de paño: vamos, un conjunto excelente.

Aquella señora,—sería una señora, porque una señorita, viajando sola y á tales horas no se comprendía,—colocó sus paquetes, deslió mantas y abrigos, y después echó á su alrededor una ojeada rápida é inquieta. Ví que me miraba con atención, pero yo, hundido en las inmensidades de mi *ulster*, me llamé quieto. Mostróse un poco contrariada, reflexionó algunos instantes, titubeó, lanzóme otra mirada investigadora, como si quisiera penetrar la oscuridad que me rodeaba, y al fin se decidió á sacar de su maleta una especie de *matinée* de franela rayada y una ancha valona de pieles; quitóse la chaqueta y el cuerpo del vestido, y se puso en vez de ellos las antedichas prendas más flexibles y cómodas para dormir. Hecho esto se tendió en su rincón, abrigóse, y pareció decidida á abandonarse á la buena voluntad de Morfeo.

Aunque yo no había perdido un solo detalle de aquella transformación de mariposa en crisálida, que había sido para mí un espectáculo de los más atractivos, no hice el menor movimiento que pudiera alarmar el pudor de mi vecina. Ella indudablemente me había tomado por una mujer: no cabía otra explicación por más que ésta me pareciera muy extraordinaria y me hiciera reir silenciosamente bajo mis nacientes bigotes. Entretanto mi compañera, ajena á toda preocupación, parecía irse adormeciendo.

No hacía ya viento, y el cielo se había despejado: seguramente helaba, pues los cristales estaban empañados y el blanquecino vapor que los cubría se solidificaba en algunos sitios.

¡Media noche! ¡Las doce y media! ¡La una! ¡Y yo sin poder pegar los ojos! Cualquier detalle insignificante me distraía y me desvelaba.

—¡Frouard! ¡Frouard! ¡Tres minutos de parada!

Me incorporé, desembarazándome rápidamente de los chismes que me rodeaban, y salté al andén. ¡La naturaleza tiene á veces unas exigencias!... Eché á correr tan aprisa como lo permitía mi largo abrigo: primero, porque las corrientes de aire que suelen sentar sus reales en las estaciones ferroviarias pueden ser mortales para el que sale de un vagón bien calentado, y después porque no tenía la menor gana de que el tren me dejara abandonado en aquel rincón de mundo de Frouard.

Gracias á la prisa que me di para librarme de una y otra cosa, pude llegar al vagón en el preciso momento de dar el jefe de estación la señal de partida: subí precipitadamente y... ¡horror! —con sólo recordarlo se me hieló la sangre,—mi pacífica vecina, que yo acababa de dejar tan graciosamente dormida, se había levantado de un salto al verme entrar y estaba en pie delante de mí en la irritada actitud de una vestal á quien se intentara robar el fuego sagrado.

—¡Caballero! dijo con voz vibrante, está usted cometiendo una indignidad. No, lo que es ahora no entra usted, no lo tolero.

Y se plantó resueltamente frente de mí para cortarme el paso. El jefe del tren, que me había visto en actitud de subir, dió la última señal: ya no era posible retroceder. Aunque desconcertado por tan singular acogida, ante la cual me hubiera retirado galantemente en otras circunstancias, como las presentes no daban siquiera lugar á reflexión, vencí el débil obstáculo que la joven me oponía y entré en el compartimiento volviendo á cerrar la portezuela mientras el tren se ponía otra vez en marcha. Mi compañera retrocedió á pesar suyo, dando un pequeño grito medio ahogado, echó á su alrededor una mirada ansiosa como buscando el botón de alarma, que no acerté á encontrar en la semioscuridad, y acabó por dejarse caer en el asiento abatida, resignada y como esperando de un momento á otro el ser degollada por lo menos.

Entretanto yo había recobrado mi sangre fría, y acercándome discretamente á la joven, le dije con la mayor suavidad posible en la voz:

—Cálmese usted, señora, yo se lo suplico. ¿Qué teme usted de mí? ¿qué he hecho yo para excitar en usted tal indignación?

Levantó hacia mí sus grandes ojos negros (eran negros, antes me había equivocado) en los que la cólera brillaba todavía.

—¡Lo que usted me ha hecho! exclamó con voz entrecortada por la emoción, ¿y se atreve usted á preguntármelo? Ha hecho usted una cosa indigna, repugnante... ¡Abusar así de la confianza de una mujer! ¡Desfigurarse bajo los abrigos para... vamos, es una atrocidad!...

Y ocultó el encendido rostro entre las manos.

—Pero, repliqué, ¿cómo podía yo impedir que subiera usted á este compartimiento?

—Si usted hubiera hablado, ó, al subir, me hubiera ayudado, ó hubiera hecho, en fin, algo para evitar toda confusión...

—Si no me ha dado usted tiempo... Apenas entró usted empezó á mudar de traje (aquí la joven hizo un gesto de desesperación); pero aseguro á usted, señora, que en aquel momento cerré los ojos tan... á conciencia, como si estuviera durmiendo.

—¿Es verdad esto? preguntó un poco más tranquila.

—Se lo juro á usted.

Hizo un movimiento con la cabeza como si no acabara de creerlo.

—Pero, añadió con tono otra vez altanero, si no hubiera usted estado donde no debía, todo esto no habría sucedido.

—¿Cómo donde no debía? Pues me parece, señora, que estaba yo aquí antes que usted.

—¿Y desde cuándo es permitido á los caballeros el introducirse en un *reservado para señoras*? Si en Chateau-Tierry yo hubiera advertido la presencia de usted, no hubiera faltado un empleado que atendiera mis reclamaciones.

—¿Cómo, *reservado para señoras*? exclamé yo, ¡esta sí que es buena! Precisamente en París he tomado este compartimiento de *fumadores* con la esperanza de estar solo. Y confieso que al verla á usted subir, me dije que seguramente no le tenía usted miedo al humo del tabaco cuando se resolvía á estar aquí.

—No, no venga usted ahora á fingir sorpresa para excusar su felonía. Ha combinado usted un plan y...

—Dispense usted, señora: digo y repito que he subido en un compartimiento de *fumadores*, y que, por consiguiente, no podía prever el honor de viajar con...

—Pues yo, caballero, insisto en que he tomado un *reservado para señoras*, y que, por tanto, estaba muy lejos de imaginar que un hombre se atreviera...

—Dispense usted, pero...

—No, no; permítame usted que...

—Voy á probarle á usted fácilmente...

—Más fácilmente le demostraré yo que...

Simultáneamente nos dirigimos á nuestros respectivos sitios y pasando el brazo por la ventanilla procuramos arrancar cada uno un rótulo justificativo.

—¡Qué fuerte está! exclamó ella con gesto de impaciencia.

—¿Me permite usted?... le dije obsequioso.

—No, ya está... Va á quedar usted confundido...

Uno y otro aproximamos las planchas á la luz: la joven leyó en alta voz:

—*Reservado para señoras.* ¿Ve usted?

Y yo al mismo tiempo:

—*Fumadores.* ¿Se da usted por vencida?

Con rápida ojeada comprobamos la verdad de nuestras respectivas afirmaciones, y nos miramos soltando la carcajada.

La cólera había desaparecido como por encanto, sucediendo á ella un acceso de risa, al que me asocié cordialmente.

—¡Bah! tanto da, dije yo al fin, pero esta administración es deliciosa...

El estrépito del tren al pasar con grandes sacudidas por encima de las plataformas rotatorias de una estación vino á interrumpirme.

—¿Ya estamos en Nancy? preguntó mi compañera admirada y procurando recobrar la formalidad.

El tren iba reteniendo su velocidad; la joven se asomó á la ventanilla de mi lado.

—¡Ah! ¡aquí está papá! exclamó con alegría.

Abrió la portezuela, y ella salió del tren echándose en brazos de un caballero de aire marcadamente militar, alto, flaco, con bigote gris, y condecorado con la roseta de la Legión de Honor.

Bajé también yo, y al pasar al lado de padre é hija oí que aquél decía á ésta á media voz:

—¿Has viajado sola con este caballero?

Ella volvió la cabeza llevándose á su padre y no pude oír la respuesta que le daba.

Mientras me dirigía al *buffet* iba pensando para mí:

—¿Dónde diablos he visto yo aquella cara? No me es del todo desconocida.

Veinticinco minutos después nos encontrábamos los tres á la puerta del mismo compartimiento. Mi compañera de viaje fué la primera en subir muy placentera y nada cohibida.

Entretanto el anciano me miraba con atención á la luz temblorosa de un mechero de gas cercano.

—Dispense usted, caballero, dijo después de una corta vacilación y tocando el ala de su sombrero, ¿sería usted Gastón de Verdrel?

—Servidor de usted, contesté inclinándome.

Tendióme ambas manos.

—¡Esta sí que es una coincidencia de buen agüero, querido mío! Probablemente usted no esperaba que su coronel viniera á recibirle.

Quedé unos instantes sin saber qué decir.

—¡Mi coronel! balbuceé al fin haciendo el saludo militar.

—Y papá, ¿cómo sigue, mi querido Gastón?

Más perturbado cada vez, contesté las trivialidades usadas en tales casos. ¡Qué mala suerte! ¡vaya una ocasión de presentarse uno á su jefe!

Éste, que observó mi preocupación, me empujó familiarmente hacia el compartimiento diciéndome:

—Subamos: el tren va á salir dentro un minuto. Conque, añadió riendo, el señor cora-

cero iba á incorporarse al regimiento viajando en *reservados para señoras*, y con señoritas, que es mucho peor.

Los dos rótulos reveladores estaban aún sobre el asiento. La hija de mi coronel,—ya no cabía duda,—me los señaló con la mirada, y los tres nos reímos otra vez con la mejor gana.

—Mi coronel, dije yo humildemente; ya ve usted que no soy tan culpable como parece.

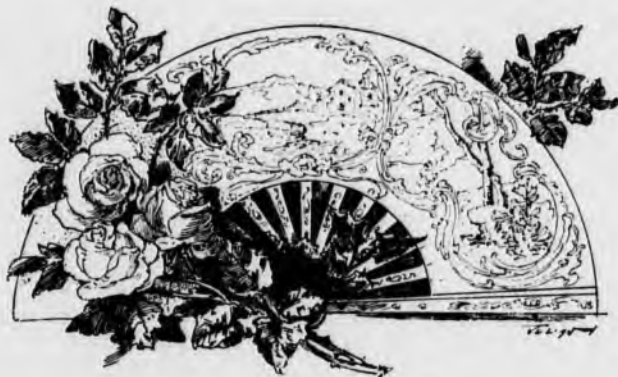
Berta hizo un gesto de pudor ofendido.

—Bueno, bueno, añadió el coronel; ahora está usted ya bajo mi mando, amigo mío, y sabré imponer á usted la corrección que se merece.

No puedo menos de desear á todos mis compañeros los oficiales jóvenes un castigo semejante. Me casé con Berta á los dos meses.

Desde entonces tenemos en gran veneración estas planchas blancas y azules que se fijan en las portezuelas de los vagones, por más que sólo prestamos á las inscripciones que contienen una confianza muy relativa. Se dice que la sociedad de *fomento del matrimonio* es la que intencionadamente provoca ciertas confusiones en el servicio de ferrocarriles.

PABLO DE GARROS.





La cascada y la Campana.

En cañada sombría — una cascada zumba;
de las peñas tajadas furiosa se derrumba,
y el negro sumidero — en que bota y retumba
la engulle toda.

He aquí que en lo mas hondo, — entre la niebla oscura
que la espuma levanta, misteriosa figura
asomaba la cara: con siniestra amargura
me sonreía.

— Tú que el abismo miras, mira en esta cascada
"del destino del hombre la imagen retratada:
"salta, brilla, retumba, se abisma, se anonada;
"después ¿que es de ella?

— "Un mas allá no busques ni á ella ni á tu muerte:
"joven camina y brilla; difunde varon fuerte
"el son de tu renombre: después vendrá la muerte
"á anonadarte — "

Del vértigo hecho presa, cedía al parasismo;
 nublóseme la vista clavado en el abismo:
 — cuando con son lejano retornóme á mí mismo
 una campana.

Abri atento el oído; su palabra sonora
 desde el valle me dijo: — Tu, hombre, espera y ora,
 "para que esta jornada, de todo dolor mora,
 "la cumplas fuerte.

"Cuan dolorosa es breve, el sepulcro su fin:
 "mas allá está tu patria, un eterno confín,
 "y allí tormento eterno o el celestial festín:
 "dirálo el Juicio.

"La imagen de tu muerte contempla en la cascada:
 "en la roya del peñasco — entera se anonada;
 "mas por caño escondido rebota en la llanada
 "formando río.

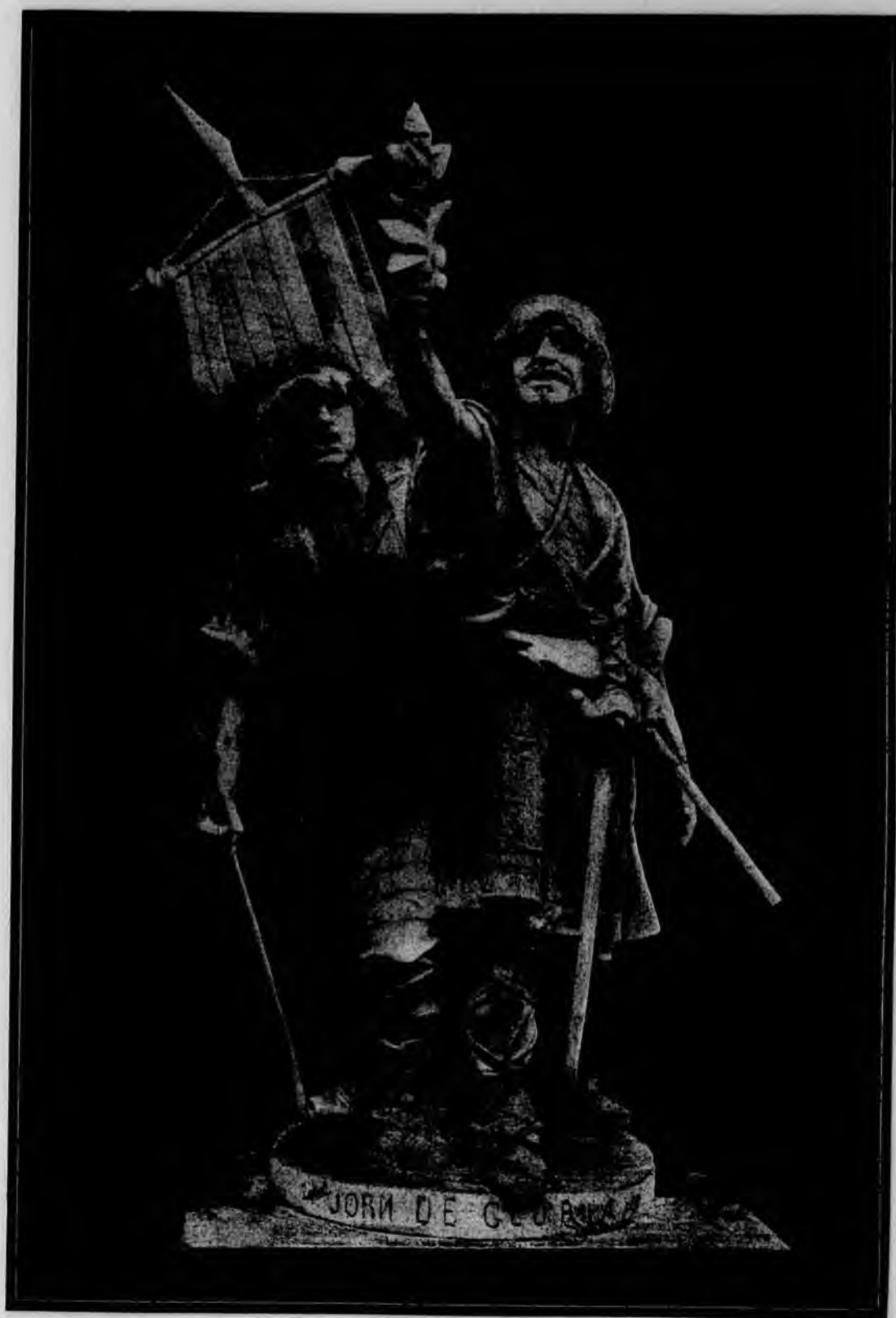
"¿Lo ves que todo el valle serpentea y fecunda?
 "su corriente á cien villas de riquezas inunda;
 "hasta que en el océano — con eterna y profunda
 "unión se abisma.

"Dentro t' propio llevas un destello divino:
 "Su patria no es la tierra; el cielo es su destino,
 "Dios su océano inmenso: ¿dudas por el camino?
 "ora y espera — "

Su eco de pena en pena quebrantándose espina;
 el sol la roja cúspide por ver portiera miera;
 el aura vespertina — en las ramas suspiras:
 cayó la tarde.

Vilamajón 24 de setiembre de 1865

P. P. P. P.



JORN DE GLORIA.—GRUPO EN YESO DE JUAN MASSÓ Y HUGUET

Ayuntamiento de Madrid

ce á un ignorante, porque él ha sido
ignorante no puede juzgar de un
lo ha sido nunca.—MÁXIMA DE LOS

ridículo son, entre todas las injurias,
erdonan.—PLATÓN.

hecha al individuo, es una amenaza
iedad.—MONTESQUIEU.

filosofía, es en realidad filosofar.—

AMERICO

ROMBO

5 7
3 1
5 7
2 3
3 7
3 7
4

europaea; 1.^a línea, vocal; 2.^a, nom-
bre de mujer; 3.^a, pueblo; 4.^a,
nombre de hombre; 5.^a, abri-
go; 6.^a, nombre de hombre;
7.^a, vocal.
Barcelona. M. B. de Barcelona.

ENIGMA

Conovar Mataró Ciudad-Real
Sabadell Palamós

abres de manera que leídos de arriba abajo
de cada uno un nombre de varón.

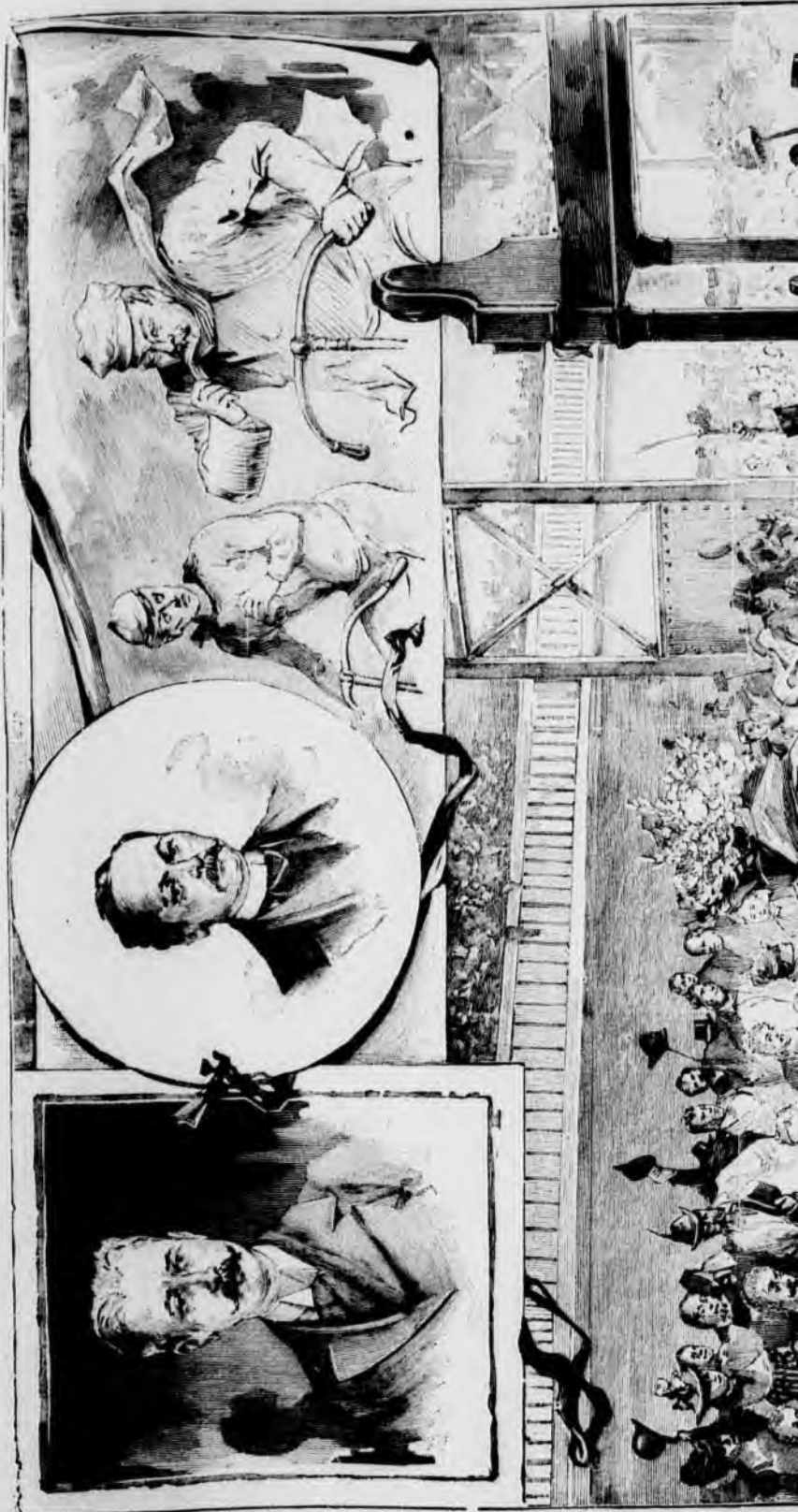
ADVERTENCIAS

mucho cuantas fotografías, representando
monumentos, obras artísticas, retratos de per-
des, nos envíen nuestros corresponsales y
rticular los de América, acompañándolas de
os necesarios, para reproducirlas en La
la, siempre que á nuestro juicio sean dignas

aremos la remisión de toda noticia que con-
interés artístico y literario.

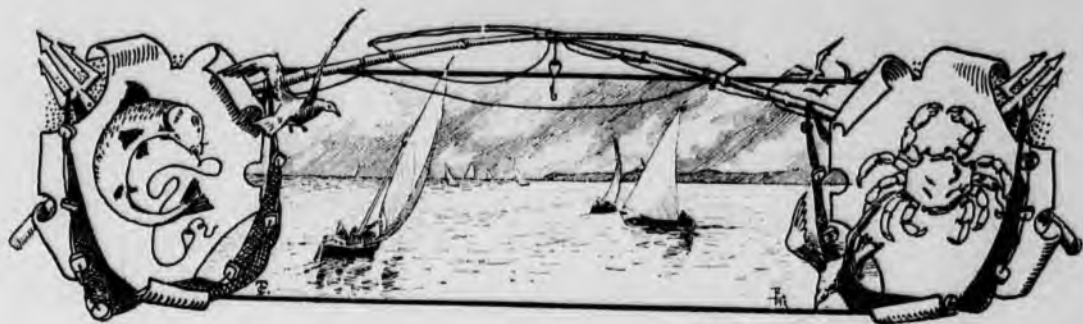
cios á precios convencionales.
erte no se devolverá ningún original.
iones, dirigirse á los Sres. *Espasa y Comp.^a*,
21 y 223, Barcelona, y á las principales
e suscripciones de España y América.

ASA Y COMP.^a





APUESTA DE VELOCIPEDISTAS EN PARIS



MEMORÁNDUM

EL ministro de Marina señor Cervera ha abandonado por fin su puesto. Y decimos por fin, porque hace tiempo que se venía hablando de su salida del gabinete por no estar conforme con sus compañeros en el asunto de las economías. Querían los demás ministros, y muy especialmente el señor Maura, que lo es de Ultramar, que el señor Cervera introdujera por lo menos una rebaja de dos millones de pesetas en su departamento para el año económico de 1893 á 1894. Aquel ministro, siguiendo á no dudar los deseos de la gran mayoría del cuerpo á que pertenece, se resistió á la exigencia y señaló únicamente un millón de pesetas en concepto de rebajas. Esto no satisfizo al gabinete y de ahí la dimisión. Echóse en seguida el señor Sagasta á buscar en la nómina del alto personal de la armada quien pudiese sustituir al dimitente, empresa ardua, porque todos les tienen asco á las economías. Después de haberse indicado al señor Valcárcel, quedóse al último en que sería ministro de Marina el contraalmirante señor Pasquín, como así ha sucedido.

* * *

Muy alborotados trae á los propietarios de fincas urbanas el ministro de Hacienda señor Gamazo, con las disposiciones que ha dictado sobre la declaración de la riqueza de aquel carácter é investigación luego, con objeto de evitar y castigar las ocultaciones. Fijóse el plazo del 31 del mes de Marzo para la presentación de las declaraciones por los propietarios, y éstos, considerándolo muy corto, acudieron al referido ministro haciéndole ver las dificultades de llevar á cabo en seguida lo que se les exigía y pidiéndole que prorrogase el plazo. El señor Gamazo se mostró inflexible, negándose á conceder ninguna prórroga, cosa desacostumbrada en nuestra administración. La propiedad en general, así la rústica como la urbana, está atravesando un período crítico. La renta se merma de año en año, y es cosa sabida que, especialmente en la propiedad agrícola, los amos salen perdiendo en sus fincas á poco que resulte desmedrada una cosecha. Aunque sosteniéndose mejor la propiedad urbana, no deja tampoco de encontrarse sometida á cierta depreciación, acaso porque todo el mundo, en los últimos años, ha alargado más la pierna de donde alcanza la sábana, imponiéndose gastos en alquiler de habitación y tren

de casa, que ahora han de reducirse forzosamente. Pues bien, todo esto debería tenerlo en cuenta el ministro de Hacienda, mostrándose algo más complaciente. Por otro lado las disposiciones á que aludimos, con las medidas fiscales que se plantearán, serán nuevo origen de abusos como los que tienen justamente irritados á los contribuyentes. Es cierto que por desgracia algunos de ellos no han sentido escrúpulo en defraudar al Estado por contribución, pero no es menos verdad tampoco que los llamados investigadores producen repetidamente un mal mayor que el que se trata de evitar, ya que á ellos se deben abusos y defraudaciones que redundan en definitiva en daño más crecido para el Erario. A evitar las ocultaciones y á suprimir los investigadores y denunciadores deberían tender los esfuerzos de nuestros Gobiernos, estudiando para ello un sistema serio, bien fundado y que no se basase como ahora en la existencia de agentes repulsivos, que han de procurarse sueldo, por no tener señalado ninguno, ó con el tanto de las denuncias ó con lo que les produzcan sus complacencias y connivencias con los propietarios.

* * *

Cuando tanto se ha hablado del régimen económico de Francia, sobre todo por lo que se refiere á nuestro país, creemos muy dignas de ser meditadas y tenidas en cuenta las observaciones que hace el diario de París *Le Temps*, nada contrario á la República.

«Durante el año 1891,—escribe el citado periódico,—que fué el que precedió á la ruptura de nuestros tratados de comercio, nuestro tráfico con España ascendió á 592.741,000 francos; en 1892 descendió á 425.222,000; es decir, una disminución de 167.519,000 francos. Dicen ahora que el perjuicio sufrido por España es insignificante, que nuestras tarifas son para ella verdaderas tarifas de favor. Pero en realidad, ¿cuánto ha perdido Francia en aquella disminución de negocios? Nuestras exportaciones han disminuído en 43.049,000 francos, mientras que en España las ventas han menguado en 124.470,000 francos. La exportación de España á Francia en 1891 fué de 411.639,000 francos, mientras que el año último fué de 280.169,000. Y en el mes de Enero de 1893 el movimiento de disminución parece que se ha hecho más sensible: nuestras ventas han retrocedido de 17.098,000 francos á 8.380,000; las de España en Francia han bajado de 67.188,000 francos á 21.868,000 francos. He aquí cómo se desmiente que nuestras tarifas no hayan ejercido influencia alguna en el comercio de ambos pueblos.

»Como estos resultados se refieren al conjunto de cambios con España, se podría creer que los vinos no han sufrido estas modificaciones. Pues bien, he ahí lo que nos dicen sobre esta materia los documentos oficiales de la aduana francesa. Al paso que durante 1891 España nos vendió 9.668,380 hectólitros de vino, en 1892 no nos vendió sino 5.602,454. En Enero de 1893 nuestras compras han descendido á 473,491 hectólitros, al paso que en Enero de 1892 fueron de 1.729,793. Si ante semejantes variaciones se persiste en decir que nuestros nuevos aranceles no son sino una pura ilusión y que el deber del Gobierno es preparar una vigorosa ofensiva contra los productos de España en general y los vinos españoles en particular, crearemos que quien tal diga comete un error y quizás una temeridad.»

* * *

Grande escándalo ha producido en la nación vecina el fallo pronunciado en la causa titulada de corrupción, por el debatido asunto del Canal del Panamá. El jurado dió veredicto afirmativo respecto de la culpabilidad de MM. Blondin, Lesseps y Baihaut, y negativo por lo que toca á MM. Fontanes, Sans Leroy, Beral, Dugué de Fauconnerie, Gobron y Proust. Algunos periódicos han dicho sin rebozo que todo cuanto se habla hecho era la comedia de la justicia, y otros, á propósito del voto recaído en la Cámara de los diputados sobre una orden del día dando carpetazo á todo lo del Panamá, añaden que la Cámara ha querido apagar la luz. Indudablemente el ciego en esta cuestión rebosa por todas partes, y revela un estado tristísimo de

inmoralidad contra el cual es preciso una propaganda activa y constante por parte de todos los hombres de bien, sean cuales fueren sus opiniones políticas.

* * *

La ley de reorganización del ejército alemán, que fué presentada al *Reichstag* por el canciller imperial Caprivi en 28 de Noviembre del año pasado, ha sido rechazada en segunda votación ante la comisión militar del Parlamento. Los representantes de casi todos los partidos votaron en contra, y sólo el canciller alcanzó para su proyecto los votos de algunos conservadores. En este estado se prevé que la tercera votación será también contraria á la ley proyectada, y entonces se pregunta todo el mundo—porque la cosa á todos interesa—¿qué harán el canciller y el Gobierno? La opinión más extendida es la de que será disuelta la Cámara del *Reichstag* y que se procederá á nuevas elecciones, siendo muy contadas las personas que piensan en la posibilidad de que el canciller imperial presente al Parlamento su nuevo proyecto con modificaciones importantes. Hay quien entiende que este fracaso puede originar la caída del general Caprivi, pero esto es juzgar la política del imperio de Alemania como la de un Estado en donde la corona tenga menos autoridad y fuerza personal de los que allí goza el Emperador. Si éste sigue otorgando su confianza al actual canciller, á pesar de las votaciones contrarias del Parlamento, no dejará éste su puesto, sino que lo conservará para desarrollar desde él los proyectos de Guillermo II, luchando con los partidos hasta donde le fuere posible, que es lo mismo que realizó Bismark en algunos casos durante su mando.

* * *

Los norteamericanos podrán oír la voz de Su Santidad el Papa León XIII. Esta maravilla se deberá al fonógrafo. Nuestros lectores saben que el fonógrafo, el curiosísimo invento de Edison, reproduce con mucha fidelidad toda clase de sonidos, entre ellos la voz humana. Pues bien, hace pocos días Mr. Esteban Moriaty fué admitido en audiencia por el Papa y le presentó el fonógrafo, suplicándole que ante él pronunciase algunas frases, á lo que accedió benévolamente León XIII. Este aparato será llevado á la Exposición de Chicago, y he ahí por dónde resonarán por vez primera en los Estados Unidos las palabras del sabio Pontífice.

B.





RESERVADO PARA SEÑORAS

SALÍ de la escuela de Saumur con buenas notas y fui nombrado subteniente del 16.º de coraceros en Lunéville, de lo cual me alegré muchísimo, porque el coronel del 16.º era un antiguo amigo de mi familia y decían que me quería mucho, aunque yo apenas le conocía personalmente. Volví por algunos días al hogar paterno, y allí, en dulce beatitud, gocé la calma reparadora del campo, hasta que una hermosa mañana, á últimos de Octubre, recibí orden de incorporarme inmediatamente á mi regimiento.

—¡Hola! ¡hola! me dijo mi padre, ¿se irá calentando la cosa?...

—No creo, contesté; ya sabes que á nosotros suelen comunicarnos las órdenes con muy poca anticipación.

Una vez le hube tranquilizado con estas palabras, no pensé más que en obedecer, y lo hice de tal manera que aquella misma tarde ya estaba en París, y á cosa de las ocho de la noche, algunos minutos antes de la salida del *express*, me paseaba por el andén de la estación del Este buscando en los vagones un compartimiento vacío.

—¿Va usted en el *express*? me preguntó un empleado complaciente.

—Sí.

—Pues mire, si quiere usted subir, aquí no hay nadie.

Y abrió la portezuela de un compartimiento que llevaba el rótulo de: FUMADORES.

Torcí el gesto, porque no me hacía mucha gracia encerrarme en aquella especie de tabaquera ambulante; pero, al fin y al cabo, allí tenía grandes probabilidades de ir solo y á mis anchas durante todo el viaje, así es que, dando gracias al empleado, me metí en seguida en aquel departamento.

Hacía frío: bajo el gran cobertizo de la estación soplaba un viento glacial. Envolvíme en un inmenso *ulster* que me cubría hasta los talones, amontoné á mi alrededor cuantas prendas de abrigo tuve á mano, me hundí hasta las orejas un gorro bearnés auténtico, y con los pies bien puestos sobre el calorífero, me preparé resueltamente á pasar la noche con el mayor *confort* posible.

Como esperaba, nadie vino á estorbarme. Á las ocho y veinticinco minutos sonó una campanada, el tren partió y nos lanzamos á todo vapor al través de la negra noche. El movimiento monótono y regular de la marcha fué entorpeciendo mis sentidos y empecé á dormitar ligeramente.

Un silbido, dos ó tres sacudidas por la brusca presión del freno, y paramos.

—¡Chateau-Thierry! grita la voz ronca de un empleado.

Entreabro los ojos, estiro una pierna y... ¡brrr! un soplo glacial me da en el rostro: la portezuela del lado opuesto se había abierto bruscamente y una joven se metía presurosa en mi departamento como un torbellino.

—Vamos, pensé, he ahí una señora que no le teme al humo del tabaco.

Ví que un empleado le iba dando varios paquetes desde el andén; así es que no juzgué necesario abandonar mi cómoda postura y ayudarla. El tren se puso otra vez en marcha.

—Adiós, tía, dijo la joven, adiós: hasta la vista.

—Adiós, hija mía, contestó afuera una voz algo cascada; abrigate bien, no vayas á resfriarte. Afectos á papá y mamá... Buen viaje, Berta, hasta la vista...

¡Ah! ¿conque se llamaba Berta? Bonito nombre: la que lo llevaba no podía menos de ser también muy bonita. Esta vez abrí los ojos de par en par, y miré.

Al salir de París había corrido la cortinilla de la lámpara que iluminaba el vagón de manera que la luz no me diera en los ojos: así es que ahora me hallaba completamente en la sombra, mientras mi compañera estaba en plena luz.

Era efectivamente muy bonita: cabellos negros un poco embrollados por el viento, rasgos de exquisita finura, ojos muy grandes, que me parecieron azules, talle elegante ajustado en una chaqueta de paño: vamos, un conjunto excelente.

Aquella señora, —sería una señora, porque una señorita, viajando sola y á tales horas no se comprendía, —colocó sus paquetes, deslió mantas y abrigos, y después echó á su alrededor una ojeada rápida é inquieta. Ví que me miraba con atención, pero yo, hundido en las inmensidades de mi *ulster*, me llamé quieto. Mostróse un poco contrariada, reflexionó algunos instantes, titubeó, lanzóme otra mirada investigadora, como si quisiera penetrar la oscuridad que me rodeaba, y al fin se decidió á sacar de su maleta una especie de *matinée* de franela rayada y una ancha valona de pieles; quitóse la chaqueta y el cuerpo del vestido, y se puso en vez de ellos las antedichas prendas más flexibles y cómodas para dormir. Hecho esto se tendió en su rincón, abrigóse, y pareció decidida á abandonarse á la buena voluntad de Morfeo.

Aunque yo no había perdido un solo detalle de aquella transformación de mariposa en crisálida, que había sido para mí un espectáculo de los más atractivos, no hice el menor movimiento que pudiera alarmar el pudor de mi vecina. Ella indudablemente me había tomado por una mujer: no cabía otra explicación por más que ésta me pareciera muy extraordinaria y me hiciera reir silenciosamente bajo mis nacientes bigotes. Entretanto mi compañera, ajena á toda preocupación, parecía irse adormeciendo.

No hacía ya viento, y el cielo se había despejado: seguramente helaba, pues los cristales estaban empañados y el blanquecino vapor que los cubría se solidificaba en algunos sitios.

¡Media noche! ¡Las doce y media! ¡La una! ¡Y yo sin poder pegar los ojos! Cualquier detalle insignificante me distraía y me desvelaba.

—¡Frouard! ¡Frouard! ¡Tres minutos de parada!

Me incorporé, desembarazándome rápidamente de los chismes que me rodeaban, y salté al andén. ¡La naturaleza tiene á veces unas exigencias!... Eché á correr tan aprisa como lo permitía mi largo abrigo: primero, porque las corrientes de aire que suelen sentar sus reales en las estaciones ferroviarias pueden ser mortales para el que sale de un vagón bien calentado, y después porque no tenía la menor gana de que el tren me dejara abandonado en aquel rincón de mundo de Frouard.

Gracias á la prisa que me dí para librarme de una y otra cosa, pude llegar al vagón en el preciso momento de dar el jefe de estación la señal de partida: subí precipitadamente y... ¡horror! — con sólo recordarlo se me hieló la sangre, — mi pacífica vecina, que yo acababa de dejar tan graciosamente dormida, se había levantado de un salto al verme entrar y estaba en pie delante de mí en la irritada actitud de una vestal á quien se intentara robar el fuego sagrado.

—¡Caballero! dijo con voz vibrante, está usted cometiendo una indignidad. No, lo que es ahora no entra usted, no lo tolero.

Y se plantó resueltamente frente de mí para cortarme el paso. El jefe del tren, que me había visto en actitud de subir, dió la última señal: ya no era posible retroceder. Aunque desconcertado por tan singular acogida, ante la cual me hubiera retirado galantemente en otras circunstancias, como las presentes no daban siquiera lugar á reflexión, vencí el débil obstáculo que la joven me oponía y entré en el compartimiento volviendo á cerrar la portezuela mientras el tren se ponía otra vez en marcha. Mi compañera retrocedió á pesar suyo, dando un pequeño grito medio ahogado, echó á su alrededor una mirada ansiosa como buscando el botón de alarma, que no acertó á encontrar en la semioscuridad, y acabó por dejarse caer en el asiento abatida, resignada y como esperando de un momento á otro el ser degollada por lo menos.

Entretanto yo había recobrado mi sangre fría, y acercándome discretamente á la joven, le dije con la mayor suavidad posible en la voz:

—Cálmese usted, señora, yo se lo suplico. ¿Qué teme usted de mí? ¿qué he hecho yo para excitar en usted tal indignación?

Levantó hacia mí sus grandes ojos negros (eran negros, antes me había equivocado) en los que la cólera brillaba todavía.

—¡Lo que usted me ha hecho! exclamó con voz entrecortada por la emoción, ¿y se atreve usted á preguntármelo? Ha hecho usted una cosa indigna, repugnante... ¡Abusar así de la confianza de una mujer! ¡Desfigurarse bajo los abrigos para... vamos, es una atrocidad!...

Y ocultó el encendido rostro entre las manos.

—Pero, repliqué, ¿cómo podía yo impedir que subiera usted á este compartimiento?

—Si usted hubiera hablado, ó, al subir, me hubiera ayudado, ó hubiera hecho, en fin, algo para evitar toda confusión...

—Si no me ha dado usted tiempo... Apenas entró usted empezó á mudar de traje (aquí la joven hizo un gesto de desesperación); pero aseguro á usted, señora, que en aquel momento cerré los ojos tan... á conciencia, como si estuviera durmiendo.

—¿Es verdad esto? preguntó un poco más tranquila.

—Se lo juro á usted.

Hizo un movimiento con la cabeza como si no acabara de creerlo.

—Pero, añadió con tono otra vez altanero, si no hubiera usted estado donde no debía, todo esto no habría sucedido.

—¿Cómo donde no debía? Pues me parece, señora, que estaba yo aquí antes que usted.

—¿Y desde cuándo es permitido á los caballeros el introducirse en un *reservado para señoras*? Si en Chateau-Tierry yo hubiera advertido la presencia de usted, no hubiera faltado un empleado que atendiera mis reclamaciones.

—¿Cómo, *reservado para señoras*? exclamé yo, ¡esta sí que es buena! Precisamente en París he tomado este compartimiento de *fumadores* con la esperanza de estar solo. Y confieso que al verla á usted subir, me dije que seguramente no le tenía usted miedo al humo del tabaco cuando se resolvía á estar aquí.

—No, no venga usted ahora á fingir sorpresa para excusar su felonía. Ha combinado usted un plan y...

—Dispense usted, señora: digo y repito que he subido en un compartimiento de *fumadores*, y que, por consiguiente, no podía prever el honor de viajar con...

—Pues yo, caballero, insisto en que he tomado un *reservado para señoras*, y que, por tanto, estaba muy lejos de imaginar que un hombre se atreviera...

—Dispense usted, pero...

—No, no; permítame usted que...

—Voy á probarle á usted fácilmente...

—Más fácilmente le demostraré yo que...

Simultáneamente nos dirigimos á nuestros respectivos sitios y pasando el brazo por la ventanilla procuramos arrancar cada uno un rótulo justificativo.

—¡Qué fuerte está! exclamó ella con gesto de impaciencia.

—¿Me permite usted?... le dije obsequioso.

—No, ya está... Va á quedar usted confundido...

Uno y otro aproximamos las planchas á la luz: la joven leyó en alta voz:

—*Reservado para señoras.* ¿Ve usted?

Y yo al mismo tiempo:

—*Fumadores.* ¿Se da usted por vencida?

Con rápida ojeada comprobamos la verdad de nuestras respectivas afirmaciones, y nos miramos soltando la carcajada.

La cólera había desaparecido como por encanto, sucediendo á ella un acceso de risa, al que me asocié cordialmente.

—¡Bah! tanto da, dije yo al fin, pero esta administración es deliciosa...

El estrépito del tren al pasar con grandes sacudidas por encima de las plataformas rotatorias de una estación vino á interrumpirme.

—¿Ya estamos en Nancy? preguntó mi compañera admirada y procurando recobrar la formalidad.

El tren iba reteniendo su velocidad; la joven se asomó á la ventanilla de mi lado.

—¡Ah! ¡aquí está papá! exclamó con alegría.

Abrió la portezuela, y ella salió del tren echándose en brazos de un caballero de aire marcadamente militar, alto, flaco, con bigote gris, y condecorado con la roseta de la Legión de Honor.

Bajé también yo, y al pasar al lado de padre é hija oí que aquél decía á ésta á media voz:

—¿Has viajado sola con este caballero?

Ella volvió la cabeza llevándose á su padre y no pude oír la respuesta que le daba.

Mientras me dirigía al *buffet* iba pensando para mí:

—¿Dónde diablos he visto yo aquella cara? No me es del todo desconocida.

Veinticinco minutos después nos encontrábamos los tres á la puerta del mismo compartimiento. Mi compañera de viaje fué la primera en subir muy placentera y nada cohibida.

Entretanto el anciano me miraba con atención á la luz temblorosa de un mechero de gas cercano.

—Dispense usted, caballero, dijo después de una corta vacilación y tocando el ala de su sombrero, ¿sería usted Gastón de Verdrel?

—Servidor de usted, contesté inclinándome.

Tendióme ambas manos.

—¡Esta sí que es una coincidencia de buen agüero, querido mío! Probablemente usted no esperaba que su coronel viniera á recibirle.

Quedé unos instantes sin saber qué decir.

—¡Mi coronel! balbuceé al fin haciendo el saludo militar.

—Y papá, ¿cómo sigue, mi querido Gastón?

Más perturbado cada vez, contesté las trivialidades usadas en tales casos. ¡Qué mala suerte! ¡vaya una ocasión de presentarse uno á su jefe!

Éste, que observó mi preocupación, me empujó familiarmente hacia el compartimiento diciéndome:

—Subamos: el tren va á salir dentro un minuto. Conque, añadió riendo, el señor cora-

cero iba á incorporarse al regimiento viajando en *reservados para señoras*, y con señoritas, que es mucho peor.

Los dos rótulos reveladores estaban aún sobre el asiento. La hija de mi coronel,—ya no cabía duda,—me los señaló con la mirada, y los tres nos reímos otra vez con la mejor gana.

—Mi coronel, dije yo humildemente; ya ve usted que no soy tan culpable como parece.

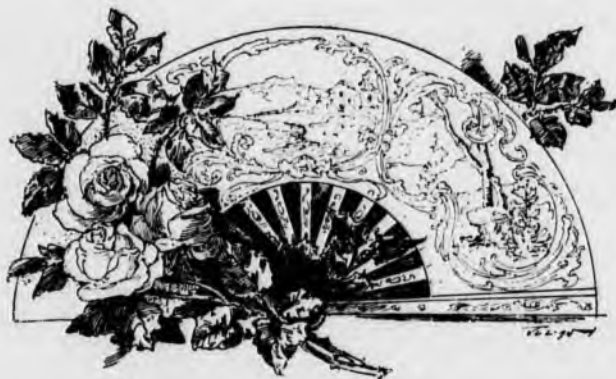
Berta hizo un gesto de pudor ofendido.

—Bueno, bueno, añadió el coronel; ahora está usted ya bajo mi mando, amigo mío, y sabré imponer á usted la corrección que se merece.

No puedo menos de desear á todos mis compañeros los oficiales jóvenes un castigo semejante. Me casé con Berta á los dos meses.

Desde entonces tenemos en gran veneración estas planchas blancas y azules que se fijan en las portezuelas de los vagones, por más que sólo prestamos á las inscripciones que contienen una confianza muy relativa. Se dice que la sociedad de *fomento del matrimonio* es la que intencionadamente provoca ciertas confusiones en el servicio de ferrocarriles.

PABLO DE GARROS.





La cascada y la campana.

En cañada sombría — una cascada zumba;
de las peñas tajadas furiosa se derrumba,
y el negro sumidero — en que bota' y retumba
la engulle toda.

—
He aquí que en lo mas hondo, — entre la niebla oscura
que la espuma levanta, misteriosa figura
asomaba la cara: con siniestra amargura
me sonreía.

—
"Tú que el abismo miras, mira en esta cascada
"del destino del hombre la imagen retratada:
"salta, brilla, retumba, se abisma, se anonada;
"después ¿que es de ella?"

—
"Un mas allá no busques ni á ella ni á tu muerte:
"joven camina y brilla; difunde varon fuerte
"el son de tu renombre: después vendrá la muerte
"á anonadarte — "

Del vértigo hecho presa, cedía al parasismo;
 nublóseme la vista clavado en el abismo:
 — cuando con son lejano retornóme á mí mismo
 una campana.

Abri atento el oído; su palabra sonora
 desde el valle me dijo: — Tu, hombre, esperas y ora,
 “para que esta jornada, de todo dolor mora,
 “la cumplas fuerte.

“Cuan dolorosa es breve, el sepulcro su fin:
 “mas allá está tu patria, un eterno confín,
 “y allí tormento eterno o el celestial festín:
 “dirálo el Juicio.

“La imagen de tu muerte contempla en las cascadas:
 “en la roya del peñasco — entera se anegada;
 “mas por caño escondido rebota en la llamada
 “formando río.

“¿Lo ves que todo el valle serpentea y fecunda?
 “su corriente á cien villas de riquezas inunda;
 “hasta que en el océano — con eterna y profunda
 “unión se abisma.

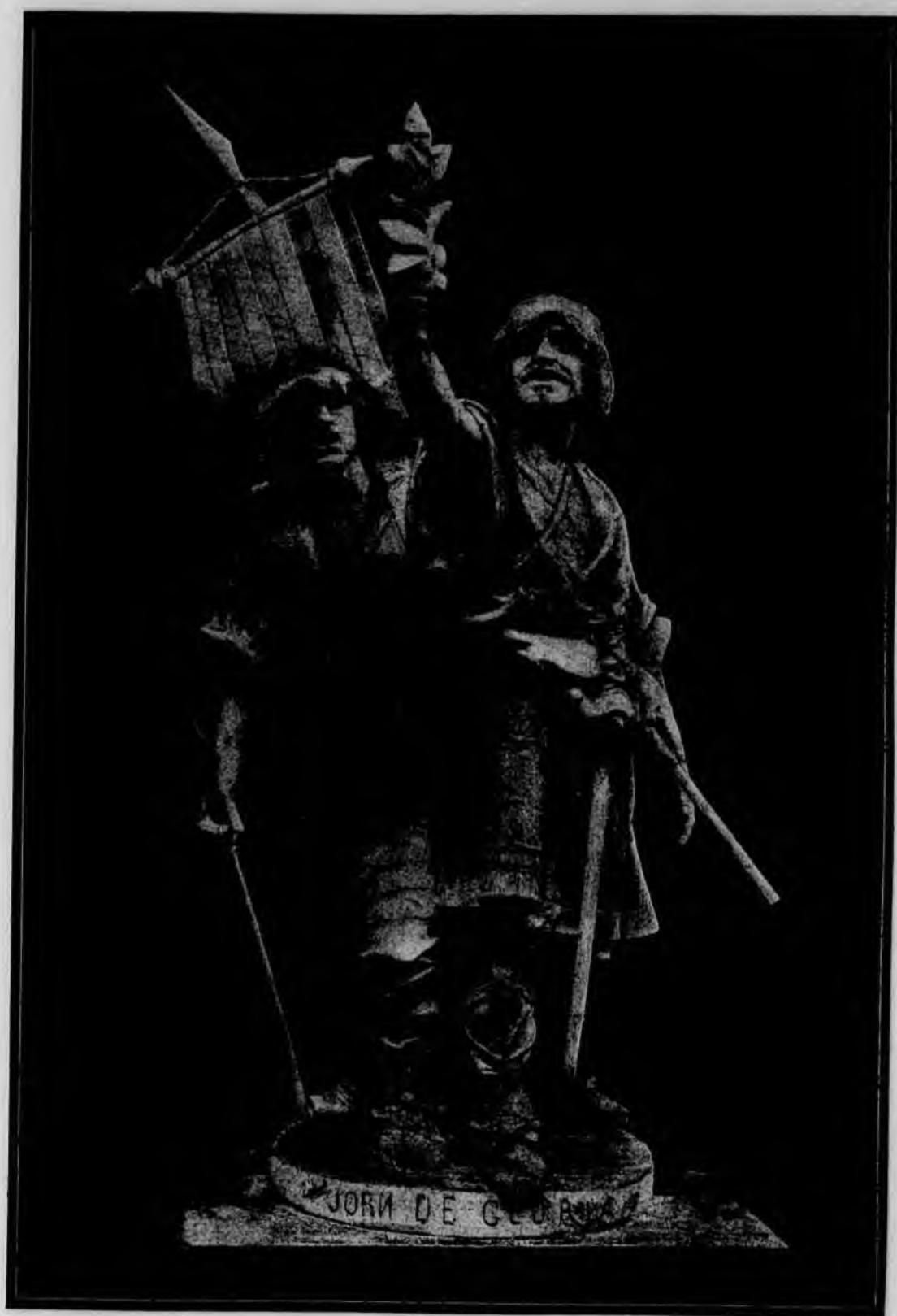
"Dentro t' propio Mevas un destello divino:
"Su patria no es la tierra; el cielo es su destino,
"Dios su océano inmenso: ¿dudas por el camino?
"ora y espera —"

—
Su eco de pena en pena quebrantándose espina;
el sol la roja cúspide por una portiera miera;
el aura vespertina — en las ramas suspiras:
cayó la tarde.

—

Vilamajón 24 de setiembre de 1865

P. Piquer.



JORN DE GLORIA.—GRUPO EN YESO DE JUAN MASSÓ Y HUGUET

Ayuntamiento de Madrid



Vista del valle Yosemite desde la punta Lookout. El Capitán á la izquierda, la Cascada del velo nupcial á la derecha y la Media naranja en lontananza

LAS GRANDES SELVAS CALIFORNIANAS

FOR

JOHN MUIR

AL tratar este importante asunto, es imposible no recordar en primer término las estu-
pendas maravillas acumuladas por la naturaleza en el célebre valle de los Yosemite.

Esta interesante comarca, situada en el seno de Sierra Nevada, tiene inefables atractivos para el viajero, ora sea turista, botánico, geólogo ó mero amante de la soledad y de sus poéticos encantos. El que emprenda la excursión sin sentirse impulsado por ninguno de estos móviles, no puede encontrarla pesada ni se arrepentirá seguramente de haberla hecho, pues la distancia de San Francisco al valle no llega á doscientas cincuenta millas, que representan uno ó dos días de viaje en tren ó en coche. Por otra parte, es tan hermoso el camino, que se hace con el ánimo constantemente embelesado y, en aquellas regiones, la serenidad de los cielos puede decirse que es un fenómeno perenne.

¡Cuán vivamente vuelven hoy á mi memoria, tras un período de veinte años, las gratas impresiones de mi primer viaje al país de los Yosemite!

Era el mes de Abril y yo había hecho la excursión á pie desde Oaklan, que se halla en la bahía de San Francisco, lo que equivale á decir que estábamos en la estación de las flores, en las tierras bajas y del litoral. El paisaje estaba brillantemente iluminado por los rayos solares, las alondras cantaban en los campos y las flores cubrían las colinas con tal profusión que éstas parecían pintadas, y yo me complacía en cruzar despacio aquellos amenos jardines, los primeros en los cuales me ha sido dable contemplar la flora californiana. Hasta aquí los rebaños y los campos cultivados, sólo de tarde en tarde manchaban el fondo del paisaje, y yo avanzaba sin dirección fija, pensando que los yosemite moraban hacia el Este de la comarca y que más ó menos tarde había de encontrarles.

Una hermosa mañana, á la entrada del desfiladero Pacheco, desplegóse ante mis ojos un paisaje que, después de mis muchas excursiones, aún revive en mi memoria como el más divinamente bello y sublime que he visto. Extendíase á mis pies la gran llanura central de California, semejando un lago de treinta ó cuarenta millas de ancho por cuatrocientas de largo, ó una rica alfombra de oro tendida sobre el llano. A lo largo de la costa oriental de este lago de oro alzábase la riscosa sierra, tranquila y majestuosa en su grandeza y reflejando tan intensos colores que no parecía estar vestida de luz, sino compuesta exclusivamente de ella, como la muralla de una ciudad celeste. Allá en la cumbre empezaba una región nevada parecida á un cinturón de perlas cenicientas; más abajo, veíase otro cinturón de púrpura oscura y azul señalando la extensión de las selvas, mientras que al pie de la cordillera veíase otra de púrpura rosada. Es el punto donde se encuentra el oro de las minas y los jardines radiantes de color que parecen rodear el monte de un muro luminoso, transparente como el cristal, inefablemente hermoso y duro como el diamante.

Parecióme entonces que no debía llamarse aquella la Sierra Nevada, sino la cordillera de la luz. Diez años después, hallándome en medio de la comarca, llenábame de admiración y de regocijo contemplando los torrentes de luz que la bañan, los ardientes rayos del sol matutino quebrándose en los picos de los montes, la profusa irradiación del sol del medio día en el cristal de roca, los fulgores que brotan de unos peñascales que parecen incandescentes y las mil deslumbradoras cascadas que se despeñan levantando una nube



Descendiendo al valle

en la cual fulguraban todos los colores del arco iris. Pero las bellezas de la tierra son todas limitadas. Los esplendores de la soledad apártanse de la gran llanura central, su flora se desparrama como suele hacerlo en las regiones montañosas, y en el valle de los Yosemite la protección del gobierno es impotente para hacer que sean perennes las cosas perecederas.

La Sierra tiene como unas quinientas millas de largo por setenta de ancho y una altura que varía desde siete á quince mil pies. Por punto general, no se ven en ella las pisadas del hombre ni nada que pueda dar una idea de la maravillosa profundidad y grandeza de su escultura. Ninguna de sus magníficas cumbres coronadas de selvas parece elevarse gran cosa sobre el nivel general como pregonando su riqueza. No se ve ningún valle extenso, ningún río caudaloso, ningún macizo de formas bien determinadas y características que llamen especialmente la atención del viajero. Hasta las cimas alineadas una tras otra, que orgullosamente se elevan hacia el firmamento, parecen comparativamente poco encumbradas y de vagos con-

tornos. Con todo, la cordillera está surcada por muchos cañones hasta una profundidad de dos mil á cinco mil pies, en la cual hubo antaño majestuosos ventisqueros y por donde corren y murmuran hoy los brillantes ríos de la Sierra.

Aunque de tan estupenda profundidad, estos cañones no están húmedos, no son lóbregos ni inaccesibles. Acá y acullá los cruzan una multitud de ásperos senderos que luego, por una suave pendiente, conducen á los manantiales de la cima varios caminos llenos de vida y de luz formados por los antiguos ventisqueros y presentando en su curso una rica variedad de nuevas y seductoras perspectivas, las más preciosas que se han descubierto en todas las cordilleras del mundo. En muchos parajes, particularmente en la región media de la falda occidental, los cañones principales terminan en espaciosos valles ó parques de encantadora belleza, llanos extensos ostentando praderas y espesuras de floridos matorrales, mientras que los grandes valles, infinitamente variados, presentan una multitud de floridos arbustos de varias especies y verdor perenne y encinas arraigadas en mil estrechos parajes, cruzando el paisaje una multitud de murmuradoras corrientes que saltan espumeando por las dentelladas rocas, formando cascadas de caprichosas formas, hasta juntarse con el resplandeciente río que corre entre ellas con majestuosa calma.

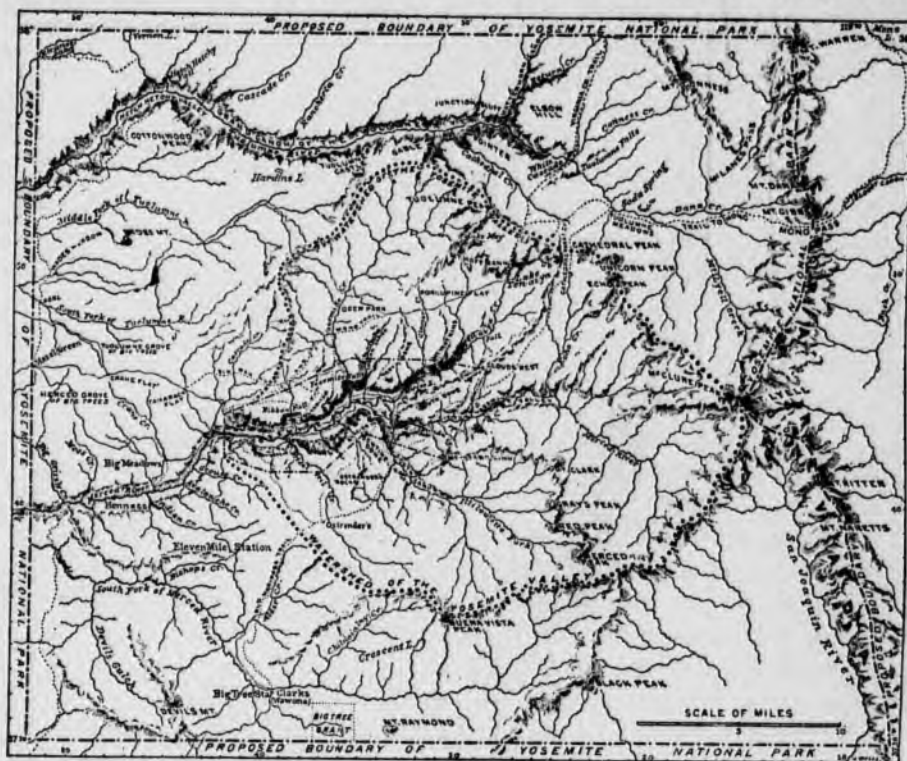
El más famoso y accesible de estos valles cañones, y el que ofrece más sorprendentes y sublimes aspectos, es el de los Yosemite, situado en la región más elevada de las aguas de la Merced, á cuatro mil pies sobre el nivel del mar. Tiene cerca de siete millas de largo, media de ancho y próximamente una de profundidad, y es su lecho un sólido granito de la cordillera. Lo limitan las montañas y una serie de enormes peñascos, separadas entre sí las primeras por varios cañones y desfiladeros. Están situadas de una manera tan armoniosa en un mismo nivel, que vistas en conjunto semejan un inmenso palacio ó un templo iluminado por luz cenital.

Pero no hay ningún templo edificado por la industria humana que pueda compararse con este valle. Todas las rocas parecen allí seres animados. Unas se inclinan hacia atrás como en actitud de olímpico reposo; otras á una altura de miles de pies, parecen adelantarse hacia sus compañeras en postura meditabunda, dando la bienvenida á las tempestades y las calmas, cual si tuviesen conciencia de ellas, aunque sin curarse de lo que pasa á su alrededor. No puede darse nada más imponente que su incommovible majestad, y sin embargo, ¡con qué elegancia están adornados estos enormes peñascos, cuya base descansa en alegres prados de color verde esmeralda y cuyas cimas se yerguen soberbias hasta el firmamento azul, ostentando un manto de flores bañadas por las mugientes aguas y por torrentes de luz deslumbradora, mientras la nieve, las nubes, los vientos y los aludes brillan, cantan y serpentean en torno, y los años van transcurriendo sin tregua! Pájaros, abejas, mariposas y miriadas de alas sin nombre, zumban en el aire llenándolo de armonía y de animación regocijada. Más abajo, entre la niebla, corre el cristalino río de la Merced reflejando en sus apacibles aguas los lirios, los árboles y las rocas más avanzadas; los tipos más frágiles y los objetos más duros y sólidos de la naturaleza en formas innumerables, cual si ella se hubiese complacido en reunir en aquel punto sus más preciosos tesoros, sin distinción de formas ni de tamaños, para poner á sus adoradores en íntima comunión con ella.

Al dirigirse hacia el valle para remontar las alturas, nótese que las selvas y las corrientes de agua van haciéndose cada vez más ricas y salvajes. A una elevación de 6,000 pies sobre el nivel del mar los pinos *epicea* tienen 200 pies de alto, con las ramas dispuestas en orden regular en torno de los corpulentos troncos, y hermosamente penadas como las hojas del helecho. El abeto *Douglas* y los pinos amarillos y dulces alcanzan aquí su mayor grado de desarrollo, de hermosura y de grandeza, así como el *libocedrus* de oscura corteza, con sus ramas de color amarillo ceniciento. Vese también allí la majestuosa *sequoia*, el rey de las coníferas, «el más noble de una noble raza.» Estos gigantescos árboles, maravillosos por su hermosura, su talla

y sus armoniosas proporciones, forman una colección de coníferas superior á todas las que hasta hoy se han descubierto en las selvas más renombradas del mundo. Este es el paraíso de los aficionados á los árboles, que no pueden menos de extasiarse al visitar esta espesura iluminada á trechos por los rayos solares y en otros parajes sumergida en apacible sombra, y en la cual un ambiente sano, aromático y voluptuoso recrea los sentidos, cuando echados sobre las ramas y la hojarasca contemplamos el centelleo de los astros al través del follaje, arrullados por el cadencioso rumor de las cascadas.

En las cumbres más elevadas que encontramos en nuestro camino, el hermoso pino epicea —*Abies amabilis*— es el árbol que más abunda, formando densos grupos que avanzan hasta el borde del abismo por ambos lados en una grande extensión de terreno, á una altura de 8,000 á 9,000 pies sobre el nivel del mar; por manera que el valle de los Yosemitas, con sus estu-



pendas masas de granito desnudo, presenta por otro lado regiones cubiertas de magnificas selvas, en las cuales se ven las principales especies de pinos, abetos, abedules y libocedrus. A la entrada del valle no se encuentran ejemplares de la *sequoia gigantea*. Las más próximas están á unos diez minutos más allá del límite de la concesión, á orillas de los pequeños tributarios del río Merced y del Tuolumne. Esos árboles descomunales forman como un cinturón á lo largo de la falda occidental de la cordillera, desde el conocido *Bosque de las Calaveras*, al Norte, hasta el comienzo del *Arroyo de los Ciervos*, al Sur, en una extensión de dos centenares de millas y á la altura de 5,000 á 8,000 pies sobre el nivel del mar.

Desde las Calaveras hasta la bifurcación del Río del Rey sólo se ven algunos grupos insignificantes de estos vegetales, formando pequeñas espesuras diseminadas, y quedando entre ellas dos espacios desnudos de unas cuarenta millas de extensión, el uno entre las selvas Stanislaus y Tuolumne y el otro entre las del Fresno y el río King. Desde aquí, y volviendo hacia el Sur, en vez de formar pequeños grupos aislados entre las demás coníferas, estos copudos árboles se

presentan en majestuosa formación al través del camino y de las fragosas cuencas de Kaaweah y Tule, formando una imponente selva de unas setenta millas de largo por diez de ancho, sólo interrumpida por algunos profundos cañones.

El Fresno, que es el más espacioso de los bosques septentrionales, ocupa una área de tres á cuatro millas cuadradas, y está situado al Sur y á corta distancia del famoso bosque Mariposa. Al extremo del cañón situado en el punto meridional de bifurcación del río King, hay un soberbio bosque de secuías que no tiene menos de seis millas de largo por dos de ancho. Es el grupo de grandes árboles que más propiamente puede llamarse selva entre las varias espesuras del Norte.

Descendiendo la rápida bifurcación de las aguas en el punto donde se separan el King y el Kaaweah, éntrase en las grandes selvas que forman la más densa arboleda de aquella dilatada selva que á guisa de cinturón ciñe el valle, y avanzando hacia el Sur encuéntrase á cada paso más exuberante, alzando al cielo sus frondosas copas y serpenteando con graciosas ondulaciones que dibujan la complicada topografía del terreno. La región más hermosa se halla en el camino de la cordillera entre Marble-Creek y la bifurcación del río y extiéndese desde los promontorios de granito que miran á las ardientes llanuras hasta la distancia de algunas millas de las fuentes heladas. El límite extremo superior de aquel gran cinturón de bosques hállase entre los brazos central y meridional del Kaaweah á una elevación de 8,400 pies, y el grupo más hermoso de secuías en la margen del brazo septentrional del río Tule. En los del Norte hay menos arbolillos, mientras que aquí por cada tronco añoso, por cada gigante marcado por el furor de las tempestades hay varios que ostentan los esplendores de la lozanía, y por cada uno de éstos una multitud de arbolillos que brotan por todas partes, sobre las piedras de los ventisqueros, al borde de los peñascos; en los lechos de los arroyos y en los profundos y húmedos aluviones de las praderas, como sedientos de participar de la vida eterna que les rodea.

Aunque la región poblada de vegetales presenta mayor densidad de arbolado, á medida que se va avanzando hacia el Sur, no puede decirse que se note en la misma proporción un aumento en la corpulencia de los árboles. La altura de 275 pies y el diámetro de 20 son tal vez las medidas comunes de los más copudos; no son raros los que llegan á 25 pies de diámetro y hay muchos que tienen cerca de 300 pies de altura. El más corpulento que encontré en el curso de mis exploraciones, es un viejo y majestuoso monumento de la selva del río King. Tiene 35 pies y ocho pulgadas de diámetro, descontando la corteza, una madera muy compacta, y sin embargo, fácil de cortar horizontalmente.

Cuando se hallan en condiciones favorables, estos gigantes viven de quinientos á seiscientos años, aunque por regla general son pocos los que llegan á la mitad de una edad tan avanzada. El secuía parece estar completamente exento de las enfermedades que atropellan y matan á las demás plantas coníferas, como el mildew y otras clases de podredumbre. No he visto nunca un secuía enfermo ni presentando señales de morirse de pura decrepitud. Si no son destruidos por la mano del hombre, viven indefinidamente hasta que son abrasados por el rayo ó arrastrados por el desmoronamiento de las tierras en que están arraigados.

(Continuará).

De *The Century Magazine*, traducido por
J. COROLEU.



APUESTA DE VELOCIPEDISTAS EN PARÍS

Los velocipedistas Terront y Corre, que ya habían luchado en la carrera de París á Brest y viceversa, entablaron otra apuesta más atrevida, que se verificó en el Palacio de Máquinas del Campo de Marte. Nuestros lectores tienen ya noticia de los detalles capitales de esta carrera, que reproduce gráficamente la lámina que va en este número. Les recordaremos que los velocipedistas hubieron de recorrer mil kilómetros, para lo cual emplearon cuarenta y dos horas, sin descansar más que brevísimo tiempo, minutos solamente. El viernes 24 de Febrero, á las nueve de la noche, comenzó la apuesta. Continuó ésta todo el sábado, y en la mañana del domingo causaba tristeza el espectáculo por la situación en que se hallaban los dos campeones. Terront semejava un espectro, y Corre daba miedo, pues ni siquiera parecía la sombra de un ser humano. Cuando se temía que ambos iban á caer desfallecidos, verificaron nuevos esfuerzos, y Terront, después de haber dado 2,051 vueltas, llegó el primero á la meta, siendo proclamado vencedor entre los estrepitosos aplausos de los aficionados que llenaban el local. El retrato de Terront figura en lo alto de la lámina á un lado, y más al centro, dentro de un círculo, el de Corre. Los demás dibujos reproducen las distintas fases de la apuesta, que no requieren explicación ninguna.

PABLO PIFERRER

Nuestros lectores habrán podido saborear en los pasados números una de las obras más sentidas y mejor pensadas de este insigne y malogrado maestro. Joven todavía escribió aquellas admirables páginas Pablo Piferrer, como joven también había escrito los artículos de crítica dramática que le han dado renombre de periodista, y la sustanciosa obra de los *Recuerdos y bellezas de España*, con la cual se adelantó á su tiempo. En 1848 falleció Piferrer en edad temprana, arrebatado por traidora enfermedad y llorado por todos los amantes de las artes y de las letras. Razón tenían para llorar amargamente su muerte. A su facilidad admirable en el estilo, en el cual se nota un aire castizo de buena cepa, unía Piferrer un criterio seguro sobre todo cuanto se refiere á la estética y á la crítica literaria y artística. Sus juicios acerca de obras dramáticas representadas en su época pueden reproducirse hoy sin variarlos en un ápice, porque tienen todo el sentido de la crítica moderna, de la crítica que atiende principalmente á la intención y á las bellezas del fondo, anteponiéndolos á los primores retóricos. En punto á crítica musical su estudio sobre el *Stabat Mater* de Rossini dice más que cuanto pudiéramos manifestar nosotros. Aquellos párrafos constituyen un verdadero tratado de estética musical, y las consideraciones finales sobre lo que ha de ser la música cristiana, la música del templo católico, las admitiría todas sin adicionarlas ni retocarlas el crítico musical más erudito de nuestros días y más enterado de las obras clásicas de la música cristiana, de las composiciones de los Palestrina y de los

Victoria. El mérito de Piferrer es doblemente mayor porque en su tiempo no era posible llevar á cabo estudios eruditos de historia artística que hoy se encuentran al alcance de muchos. Otro tanto hemos de decir de los *Recuerdos y bellezas de España*. Aún privaban, cuando los escribió, las teorías neo-clásicas en la arquitectura, y por centros docentes—por otra parte muy ilustrados—se tenía por hombre bárbaro y de mal gusto al que defendía siquiera la arquitectura ojival ó gótica. Pablo Piferrer, adelantándose á su época, como hemos dicho, emprendió no su defensa sólo sino su caluroso elogio en los capítulos de aquella obra, de la que escribió casi toda la parte de Cataluña y todo el tomo de Mallorca. Allí puso de relieve que ninguno de los estilos arquitectónicos conocidos encaja tan admirablemente con las creencias y los sentimientos del Cristianismo como el estilo ojival. Con frase encendida, con descripciones de una precisión gráfica, con imágenes brillantes pintó los más preciosos monumentos del mencionado carácter que se conservan en Cataluña y en Mallorca, llamando hacia ellos la atención de los sabios y de los artistas y reclamando para los que se encontraban en ruinas una mano piadosa que los salvara de la destrucción completa. Quien lea las páginas de *Recuerdos y bellezas de España*, participará del entusiasmo del autor por las indicadas fábricas, y aun cuando no comparta del todo sus ideas en asuntos de arquitectura, no dejará de admirar el peregrino acierto con que las describe, las estudia y analiza, y hace valer todas sus excelencias. A todo esto se debe que hoy se pronuncie todavía, como se pronunciará por años y años, el nombre de Pablo Piferrer con acento de respeto y de admiración, conservándose aún viviente su memoria. Por ello hemos creído que nuestros lectores verían con gusto su retrato, que damos fielmente sacado del que le dedicó el artista belga P. C. Gariot, y cuyo parecido es exactísimo al decir de los que tuvieron la fortuna y la honra de tratarle. Reproducimos también en fiel facsimile una poesía autógrafa suya, composición sentida y vigorosa, que dejó como recuerdo á uno de sus amigos del alma.

JORN DE GLORIA

GRUPO EN YESO DE JUAN MASSÓ Y HUGUET

Acaban de salir victoriosos los dos catalanes que figuran en el grupo del joven escultor Massó, del que damos en este número una fototipia, directamente sacada del original. Al verlos se descubre al instante que debieron formar parte de alguna de aquellas mesnadas que con tan valiente pluma describió el egregio cronista Ramón Muntaner. Aire de almogavares ofrecen, de aquellos forzudos hombres hechos á todas las inclemencias, que tenían por descanso el pelear, que iban, «desnuda la testa,» como lo dice el mencionado cronista, atemorizando al Occidente y al Oriente con el poder de su hercúleo brazo. El autor del grupo ha modelado las dos figuras que lo constituyen con una energía que corresponde al carácter del asunto y á su expresión. Son en realidad dos forzudos catalanes de los

tiempos heroicos de la Corona de Aragón. Sus rostros dicen bien la alegría de la victoria, y en sus actitudes nótase la expansión de regocijo que se produce en el hombre de guerra después de haber vencido al contrario.

BUENAS NOTICIAS

CUADRO DE C. MULLER MASZDORF

Bien se advierte que han tenido buenas noticias los dos ancianos de este cuadro, en la carta que están le-



BUENAS NOTICIAS.—CUADRO DE C. MULLER MASZDORF

yendo. Muy romo de entendimiento será el que no adivine de quién vendrán estas buenas noticias. De seguro que se trata de un hijo, de un pedazo del corazón de los dos viejecitos, del que ha de ser corona de su vejez y descanso en los postreros años de la vida. Sí, de un hijo tendrán buenas noticias marido y mujer, tal vez de un hijo que estará sirviendo al rey, cumpliendo con uno de los deberes que impone la patria. ¡Qué aire de beatitud ofrecen los dos rostros! ¡Cómo saborean las palabras de la carta que llegarán a sus corazones al modo de

música celeste! ¡Cuántas esperanzas hará nacer en ellos! Todo esto lo ha pintado el artista alemán con verdad admirable y profundo sentimiento. Es preciso haber estudiado con cariño las gentes del pueblo para pintarlas con la maestría con que lo ha hecho el autor del cuadro que reproducimos, el cual, además de ser imagen de una escena popular, constituye también un canto á la vida de la familia expresado por medio del pincel y de la paleta.



¡PASIÓN!

NOVELA ORIGINAL

DE

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

(CONTINUACIÓN)

XVIII

DEBE amarse de verdad, pero yo no le amo. — Así debió terminar su frase doña Blanca. No lo hizo, y sucedió lo que había de suceder: don Martín vió en aquello la confirmación de lo que siempre hubo pensado; arrepintióse verdaderamente de lo que dijo, y se reprochó con dureza por su osadía: pálido y grave permaneció, no dirigiendo ya la palabra á la hija de Máinez y Carrillo. Acabáronse mientras tanto las primeras suertes.

Se clavarón los rejonés como Dios mandaba y como la moda del tiempo exigía, aunque alguien venga diciendo que estas funciones no eran bienquistas bajo el reinado de Felipe II: ya lo sé yo y lo sabemos todos, en eso consistió la originalidad del tremendo corregidor.

Es fama que el público de la Corredera no fué para con los hábiles caballeros todo lo entusiasta que el caso requirió, y dicen que tuvo la culpa el andar todo el público á las vueltas con el recuerdo de lo que había anunciado el hombrecillo de la ciudad; estaban, por este motivo,

que la camisa no les llegaba al cuerpo, de curiosos y de impacientes, y de febriles y desconcertados. Llegó por fin la hora.

En el intervalo que hubo desde que los caballeros y los de á pie presentáronse en la plaza, hasta que asomó por el arco de la Espartería el primer soldado de la Compañía negra, hubo un gran desahogo en los oprimidos pechos.

Todo el mundo habló, gritó, rugió.

La efervescencia fué terrible é inexplicable el ansia y la inquietud: aquel inmenso instante de la respiración del coloso fué una epopeya tremebunda: la plaza retembló como por una sacudida geológica: de todas partes se oían las voces, los gritos, las zumbas, las risotadas, las interrogaciones anhelantes, y tal ó cual respuesta muy chusca.

De repente asomaron los ocho trompeteros de la Compañía negra: vestidos negros llevaban á la moda flamenca, amplios, ligerísimos, negras eran las monturas, negros los caballos y fué dicha circunstancia la que causó más sorpresa:

Salieron los ocho caballos lentamente.

Tascaban el freno y movían la crin, á cuya negrura arrancábale el sol reflejos azules; eran hábilmente manejados por los trompeteros con la mano izquierda; con la derecha sostenían los clarines que lanzaban á los aires bélicas tocatas: causó la vista de aquella tropa impresión profunda, pero una impresión que oprimía los corazones; el silencio de la plaza fué imponente otra vez, el espectáculo de la Compañía negra resultó pintoresco y lúgubre á la par. ¿De dónde pudieron salir los ciento cincuenta caballos negros? Nadie lo supo: después de partirse á la guerra, circuló la noticia, aunque no como artículo de fe, de que llegaron en gran número de Madrid y otras provincias, y que los restantes, hasta completar los ciento cincuenta, los escogió Zapata de las grandes requisas que mandó hacer en todos los pueblos cordobeses; también se tuvo el curioso dato, y esto sí es positivo, de que la Compañía negra se armó y equipó á costa del mismo rey don Felipe y de su bolsillo particular.

Detrás de los ocho trompeteros iban, guardando una regular distancia, los cuatro alféreces, serios, rígidos, con atavío negro también, y chambergo del mismo color, con ondulantes plumas blancas.

Desembocó seguidamente en la Corredera la brava tropa.

Conocíase, por su porte y sus rostros duros y atezados, que era personal aguerrido: no iban armados en punto de guerra; al contrario, todo era allí vistoso, nuevo, brillante, flexible; pero barruntábase, por no sé qué de imponente actitud, el feroz azote que la banda sería para sus enemigos una vez echada contra ellos.

El público se sorprendió, admirándose después; dió la compañía la vuelta á la plaza, caminando con grave lentitud.

Los trompeteros seguían inflamando los corazones con las notas bélicas, una música ruda, viril, árida, que llegó á los oídos de los circunstantes como puñal que se hunde, y repercutió, como gran estruendo de batalla y alaridos de muerte; oíase un rumor extraño, agradable y duro á la par, de las pisadas de las cabalgaduras, del roce de las anillas, de las espadas, de los pistoletes, de los ganchos de las monturas, y contrastaba esto con aquella nota sombría del color del atavío de los jinetes y los caballos; la contemplación de todo aquello hacía estremecer como la contemplación de la muerte; algo así como negros jirones de no sé qué antros tenebrosos de ruina y sangre semejabán las crines flotando vigorosamente á un movimiento del alazán fogoso, y como esperanza de perdones y dulzuras fijábase luego la curiosa pupila en las plumas blancas de los chambergos, ondulando al aire como las crines de los caballos.

Volvían y revolvían de un lado á otro de la Corredera con una precisión que asombraba: estrechándose, ensanchándose, formando de repente enorme remolino, como si allí todos fueran en un punto á morir aplastados, y todo esto á la voz firme y enérgica de uno de los alféreces, iba toda la caballería de acá por allá, como leve arista que el viento empuja, sin una ondulación, sin un desquicie, igual, compacta, uniforme; hombres y caballos parecían formar una individualidad sola; moviéndose uno, movíanse todos en el mismo acto; la imponente masa de caballos y jinetes parecía un monstruo informe de centenares de cabezas, pero un monstruo flexible, ágil, nervioso, que saltaba, rugía y retorciase á un mismo tiempo hasta poner admiración profunda.

Lo que había de suceder no tardó, y un tremebundo grito de aplauso brotó del alma de todos los circunstantes; pero en este grito de ovación entusiasta envolviase un deseo, una súplica, una gracia, una exigencia, un mandato, lo que se hubiera querido, en fin, pero á lo que no había más remedio que acceder.

El público había echado de menos al capitán de aquella compañía, y en su rugido de placer satisfecho, exclamó ebriamente:

—¡El capitán! ¡El capitán!

Mientras esto ocurría subió el caballero de Santisteban al balcón de las damas que ya os mencioné: allí recogió muy ufano las sonrisas y los elogios de unas y otras; á su tía doña Leonor faltóle poco para abrazarle; doña Blanca le miró sonriente, pero cubríase su rostro bello y grave de una palidez mortal; don Martín permaneció en silencio, recordando las últimas palabras de la hija de Máinez y Carrillo. La noble y dulce mirada del mensajero del rey había fijado en don Fermín, cuando llegó éste, y pensó con tristeza:

—¡Oh juventud! ¡Oh hermosura! Vosotras tenéis las prerrogativas de los cielos; vosotras os buscáis y os entendéis; para vosotras es el porvenir con todas sus alegrías y con todos sus esplendores. ¡Oh gentil y hermosa pareja!

Envolvió, dicho esto, en una mirada de amor y mansedumbre á doña Blanca y don Fermín y agachó luego los ojos de miedo de expresar en ellos, inconscientemente, los hondos torcedores de su corazón.

XIX

Doña Casilda miraba á don Fermín de un modo indefinible, y volvía luego los ojos lentamente, ora á don Martín, ora á doña Blanca: de doña Blanca ocultábase, de don Martín no.

Con su alegre frivolidad de costumbre, habló don Fermín de multitud de cosas, y de los soldados que iban á ver en la plaza dispuestos para ir á la guerra contra los moros.

—Oid, señora, dijo de pronto á doña Leonor, que no me reprendáis os pido, pero he dado hace poco una palabra que cumpliré.

—De poca discreción sería la palabra que empeñasteis, señor sobrino, cuando así os estáis previniendo á mi enojo.

—Y doña Blanca también ha de perdonarme, y no impedir que la cumpla, prosiguió don Fermín mirando á su prima con grande amor.

Don Martín Pedrosa oía todo esto con impasibilidad de muerte, fijos los ojos en los trompeteros de la *Compañía negra*, que empezaron á salir entonces.

—¿Y qué es ello, primo? preguntó doña Blanca distraídamente, mirando también hacia los caballos y los hombres de lo negro.

Santisteban vacilaba, como si no se atreviese á decir lo que quería.

Doña Leonor miróle con inquietud y dijo otra vez impaciente:

—Pero acabad, si gustáis, sobrino. ¿Qué mal negocio traéis entre manos?

Iba á contestar don Fermín, pero las otras damas distrajeron á su tía llamándola la atención sobre el espectáculo de la brillante *Compañía negra*: fijaron ya todas la atención también y nadie habló. Doña Blanca, teniendo á don Martín á su lado, apenas si cruzó dos palabras con él: hallábase allí sufriendo torturas inmensas con un secreto y misterioso placer de sufrirlas; no sé qué locos fantasmas pasáronle á veces por su imaginación ardorosa: eran unos fantasmas que la impulsaron en alguna ocasión á llamar á don Martín con un gesto y decir á su oído calladamente:

—¿Pero no veis lo que sufro?

Dominábase con bárbaro ímpetu, sin que en su rostro apareciese huella ninguna de su cruel suplicio.

Ella, como todo el mundo, echó de menos al capitán de la *Compañía negra*: una congoja de muerte cogióla el pecho, y pareció que se ahogaba. Ocurriósele de pronto que aquella tropa vestía de negro como don Martín y era cuando el público demandaba con entusiasmo que el capitán se presentase: los ojos de los alféreces, de los trompeteros, de la compañía toda dirigíanse al balcón.

Doña Blanca vió aquello, á la par que su madre preguntaba á Santisteban:

—Y en fin, ¿cuál fué vuestra palabra?

—La de marchar á la guerra, contestó don Fermín gravemente.

Doña Blanca no oyó lo que dijo Santisteban, aunque lo pudieron oír todos los del balcón.

Doña Blanca no tuvo tiempo de ver otra cosa que las miradas que dirigían los de la *Compañía negra* al balcón, ni de oír otra voz que la que vibraba en tenebroso grito dentro de sí misma, diciéndole muy claramente que don Martín era el capitán de la lúgubre sección, ni de sentir otro sentimiento que aquel grande, doloroso y terrible de la partida de don Martín Pedrosa. Pareció quedársela de repente en suspenso toda la sangre: una nube plomiza revistió su cara, tomando ese color terroso y repulsivo de los muertos: fué un instante, un segundo, una eternidad, en fin, para el alma poderosa de aquella mujer; no sé qué mundos de llamas pasáronle por el cerebro abrasándola repentinamente la sangre, que latió ya con enorme zum-bido en todo su ser, quitándole la respiración y cegándola y abrasando sus pulmones en oleajes de fuego: olvidada de todo, fué débil en aquel segundo, que podéis llamar la epopeya de su vida, no siéndole posible contener un sollozo, ni estas frases que brotaron con él, como un ¡ay! de muerte.

—¡Pero por qué se va, Dios mío!

¡Le oyeron todos, pero todos creyeron que aludía á don Fermín!

¡Y se fué! doña Leonor, las otras damas que presenciaron la escena, don Fermín y el

mismo Pedrosa, quedaron en la seguridad de que aquel sollozo y aquellas frases de la virgen, las arrancó á su pecho enamorado su profunda pena por la partida de don Fermín.

Fueron aquellas frases y aquellas lágrimas otra prueba durísima por que tuvo que pasar el mensajero del rey.

Nadie lo conoció.

Nadie pudo adivinar el hondo y terrible combate de aquel hombre.

Sosteníase ya don Martín con la esperanza solamente de que pronto hallaría consuelo á sus grandes fatigas, con no ver más á doña Blanca y con las distracciones y las vicisitudes de la guerra.

Una sola persona hubo que comprendió con profundo placer de su alma á lo que obedecía la exclamación de la hija de Máinez y Carrillo en el andamio de la Corredera.

Esta persona fué doña Casilda.

Al ir á despedirse Pedrosa de los Máinez y Carrillo, momentos antes de partir, encontró dispuestos también á don Hernando y á don Fermín.

El espectáculo de la tarde anterior había causado impresión profunda.

El entusiasmo fué mucho: el delirio se apoderó de aquellas imaginaciones del Mediodía; hombre hubo que habría dado gustosamente su hacienda y parte de su ser por que le admitiesen como voluntario en la *Compañía negra*; fué imposible: por orden del Rey, contaría aquella tropa con ciento cincuenta plazas, y ya lo vió todo el mundo; aquellas plazas estaban cubiertas.

No pudiendo ser así, juntáronse muchos caballeros, formando otro cuerpo, y don Hernando y don Fermín agregáronse á la *Compañía negra*, por un privilegio especialísimo que concedió don Martín, previamente, apresurándose á enviar pliegos al Rey en solicitud de que lo autorizara.

Todas esas son las noticias que de tal asunto se tienen: de si el capitán de la *Compañía negra* dió al público gusto ó no lo dió, presentándose en la plaza ó no presentándose, no hay antecedente ninguno á que puedan los historiadores agarrarse para decir alguna cosa con seguridad, pero como á deducciones quiera algún lector atenerse, se le alcanzará, como á mí, que el público se quedaría sin duda con las ganas de ver al capitán, por muchas que fuesen, porque ya conocéis el carácter de don Martín, y ya sabéis también cómo andaba él de cuitado y mal avenido con todo lo que á satisfacción oliera.

De otra cosa que ocurrió el mismo día en que la *Compañía negra* partió á Granada, si se tienen curiosos datos que ahora sabréis: era el día de la Virgen, porque quedó apuntado que la función de toros de la Corredera fué la víspera.

De modo es, que quien tenga memoria y guste de esta clase de diversión, muy diferente á la de los toros, como lo es la de presenciar como al ingenio se galardona, recordará con cierta fruición, que aquél era el consagrado para la distribución de premios del certamen y la lectura de composiciones premiadas.

La fiesta prometía ser muy solemne, pero tengo que deciros—y ahora vienen los datos de que antes hablaba—que se aguló la fiesta.

Á la misma hora precisamente en que don Martín Pedrosa, con don Hernando y Santisteban y los hombres de lo negro y las otras compañías con los otros capitanes de que ya os hablé, salieron con dirección á Granada, descargó una gran tormenta sobre la ciudad.

Dicen los curiosos apuntes que yo conservo como reliquias, que no fué ciertamente nube de verano aquello, sino temporal desatadísimo, que duró muchas horas: cayeron rayos donde

TOMO II.—56.

Dios quiso; deterioráronse algunas torres de iglesias y sufrió el vecindario una conmoción muy grande é inesperada: llovió fuerte, y el viento rugió, azotando furioso los muros de los edificios, é introduciéndose con silbo estremecedor por los ajimeces de los viejos torreones y por entre los calados de sus almenas: un muro de la Calahorra se hundió todo y se sabe muy ciertamente que se dieron los alarifes mucho trabajo y no poca maña para volver á la Calahorra su consistencia y su robustez de otras veces: hubo algunos temblores de tierra, á lo que se debió sin duda el deterioro de la torre árabe del puente, y es de pasmar que no hablasen de aquel gran día de pánico ninguno de los viejos cronicones cordobeses, de los que vinieron en bastante profusión á mi poder.

No extrañe ahora lo que os diga de que la fiesta literaria hubo de suspenderse, y siendo ya por un día, aguardáronse otros, hasta que todo volviera á su estado primitivo de tranquilidad y gusto.

Agradó esto bastante á doña Leonor: era bondadosa la dama, amable como ninguna, pero cuidábase de satisfacer sus honestos deseos, de la misma manera que cuidaba de su recato y opinión; su señor esposo y su señor sobrino habíanse marchado á guerrear, pero no eran causas aquellas para que se metiese en cuitas, ni mucho menos, para dejar á doña Blanca en la melancólica y alarmante postración en que yacía. Sermoneábale grandemente con estos ó parecidos discursos:

—Ya basta; á buena parte fueron mi esposo y el que lo será tuyo, y no es cosa de afligirse porque fueron á buena parte: como pecado podía tomar Dios tu cuita; no es dolor, sino placer muy grande lo que al ánimo puede embargar, porque nuestros maridos vayan en defensa de nuestra religión y de nuestra fe: yo estoy tranquila, y tú debes estarlo; tu padre y don Fermín pasarán apuros, ya lo creo, pero no morirán, yo te lo fio; su causa es buena y les ayudarán sus ángeles custodios.

—¿Y qué me importa mi padre ni mi primo? iba á gritar ella en una ocasión. ¿Podréis responderme vos acaso, de la vida de don Martín?

Pero no dijo una palabra; contúvose y rompió en lloro desesperado, de ver que nadie tenía corazón ni sentimientos para llegar al fondo de su alma y escudriñar lo que había en ella.

—¡Oh cielos, nadie... nadie me comprende!

Tres semanas después de aquel tormentoso y memorable día de la Santa Virgen, díjole doña Leonor á su hija cariñosamente:

—Aquí tienes pliegos de tu padre y de don Fermín: trabajan mucho, se fatigan con estos malhadados moriscos, pero andan horondos y alegres y muy distraídos: fausta nueva tenemos y tú lo comprenderás así; hemos de celebrarla y será yéndonos muy dispuestas á Santa Marina, que hoy es la adjudicación de los premios: ponte galana, dame por Dios una alegría, que yo te lo imploro.

No contestó la hija; cogió precipitadamente los pliegos, leyólos con avidez, pasando rápidamente un párrafo y otro, hasta llegar á éste que reproduzco, mientras doña Leonor sonreía dichosa de ver lo que le afanaba á la doncella el amor de Fermín:

«Todo os lo he contado, mi tía; pero no os dije nada aún de una persona á quien recordaréis mucho: refiérome á don Martín Pedrosa, que nos tiene con muy grande inquietud; anda preocupadísimo, ceñudo, huraño y hasta parece que se volvió feroz; en pocos días resultó temible: la Compañía negra se ha hecho pavorosa, no solamente para los moros, sino también para los cristianos: es un pánico profundo el que produce ya el solo nombre de esa compañía, que no es tal, sino una legión aterradora de demonios: parecen todos cortados por un molde;

se meten en la pelea como una avalancha, allí donde hay más peligro y menos probabilidades de salir airoso; revuélvense como panteras en el corazón del enemigo, y no sé por qué milagro del cielo, ha salido don Martín con bien desde el primer instante: al segundo encuentro que la compañía tuvo, cayeron más de cuarenta de ellos: aquello fué terrible, pero hermosísimo: ni don Hernando ni yo hemos continuado en la Compañía negra, porque don Juan de Austria lo ordenó de otro modo, dándonos el mando de otros tercios, cuyos capitanes murieron como valientes.»

(Continuad.)



LA MODA DE PARÍS



Sombrero de Virot

La «gran primera» de las modas se verifica al abrirse los concursos hípicas. Allí triunfarán dentro de breves días la falda-canal, el vestido-rotonda, el cuello Luis XIII y el sombrero redondo, algo arrinconado este invierno y que Virot acaba de resucitar imprimiéndole una coquetería y un atractivo irresistibles. Desde la toca del Valais, de alas abigarradas, á los sombreros redondos que proyectan sobre el rostro una sombra suave, todos son graciosos, hechiceros, con sus ligeros adornos, de poca altura, hechos con lazos de terciopelo ó de cinta y con mazos de flores,

tales como rosas de Mayo, violetas, alelles, etc.

Por el sombrero se anuncian las estaciones bajo el punto de vista de la moda, y en consecuencia por esta causa, aquella casa de artista parisién, en donde se confeccionan tan lindos tocados, se ve materialmente asaltada.

Entre las últimas invenciones figura la gentil capota *Egipcia*, de paja antigua labrada, tachonada de piedras ricas y con adornos de azabache en los lados. Un bonito lazo de terciopelo color de espliego va sujeto al sombrero con alfileres de azabache.

Entre muchas otras es de notar la capotita

Holandesa por su fantasía, teniendo delante un

ramo de rosas de Mayo, y detrás un pequeñito abanico de encaje en forma de aureola. Siguele el *Sisos*, con fondo bordado de oro y perlas finas, entremezclado de esmeraldas y con alitas de oro puestas en dos pequeños *choux* de terciopelo negro. Terminaremos estas breves indicaciones citando el *Champfleuri*, de paja negra y forma muy original, adornado por delante con un sencillo lazo de terciopelo, color de pensamiento. Las alas desplegadas van sujetas por una hebilla de oro y azabache, estando oculta la peinetita con un festoncito de flores que cae sobre el cabello ensortijado. Este mismo modelo, hecho de paja color castaño, con lazo apropiado y violetas sobre el cabello, es de un efecto precioso, y va bien á todas las caras encuadradas por un cabello ondulado y muy crespito, como lo indica Lentheric, maestro en tales materias.

El tocado de los *bebés* y de las niñas es bellissimo y original, de la manera como lo entiende M.^{me} Thirion. La forma 1830 que acaba de inventar es de una extraordinaria fantasía. Otra forma, con las alas onduladas, se armoniza admirablemente con los finos palmitos de las niñas y señoritas. Las pajas labradas de todos los matices disfrutan de especial favor: la más nueva,

la paja *camaleón*, con sus reflejos tornasolados, recuerda los tejidos que empleamos en nuestros vestidos.

Las *toilettes* primaverales que M.^{me} Thirion prepara para sus jóvenes parroquianas ofrecen un aire muy coquetón, siendo en extremo sencillas. Toda su elegancia estriba en el corte. Los adornos son una monada, pero graciosa y encantadora, como pequeños fruncidos de cinta, ó volantitos, ú otras guarniciones ligeras, finas y juveniles. Como ejemplo, haremos mención de un traje de señorita de pocos años, en crespón *soleil*, cuya falda-canal se halla rodeada de cinta de raso *prairie*. Una graciosa berta, guarnecida de cinta verde, embellece el cuerpo. Para señorita algo mayor en edad recomendaremos un precioso traje «marquesa» de seda fondo crema con florecitas. Por delante forma con el cuerpo una especie de delantal babero ceñido en el talle por un cinturón de cinta color de sauce. Las mangas de campana son anchísimas.

Sobre los cuerpos que tienen mangas y berta voluminosas, puede usarse el cuello, que presenta formas muy diversas. M.^{me} Thirion acaba de confeccionar una elegante serie de cuellos, en la que sobresale el siguiente, que agrada á las señoras de buen gusto. Es de paño de color marfil forrado de seda brochada *Amarilis*, con cambiante crema, y fruncido. Se repliega y forma un capuchón y vueltas muy elegantes.

Representa nuestro primer grabado un *Sombrero de primavera* de la casa Virot. La copa es de paja de fantasía negra; los bordes de paja de arroz crema trenzados con paja negra y cubiertos por un encaje de aplicación. Tres rosas con sus hojas van sujetas por un lazo muy alto de terciopelo color pensamiento.

El segundo figurín lo es de un traje de niña ejecutado por M.^{me} Thirion, 19, *rue de la Paix*. Está hecho con popelín tornasol rosa y musgo, adornado con faya de tinta apropiada. El cuerpo, que es muy bonito, va rodeado de fruncidos, formando canales sobre un canesú de seda cubierto de encaje. Un cinturón plegado, de seda tornasolada, viene sujeto al lado por un gran lazo. Las anchas mangas terminan con un puño de seda recubierto de encaje. La falda-canal muy ancha en el trozo inferior, se encuentra adornada por un volante en espiral. El sombrero, confeccionado en paja de fantasía, tiene por adornos una cinta musgo y rosas de Mayo.



Sombrero y traje de niña
de M.^{me} Thirion



DESDE los tiempos más remotos se conoce y se aplica la cirugía, pero la medicina propiamente dicha, ó sea el tratamiento de las enfermedades internas, permaneció por muchísimo tiempo desconocido. Atribuyéndose las enfermedades a la cólera de los dioses, procurábase sólo aplacarla por medio de sacrificios y prácticas supersticiosas. La medicina parece tener su origen en Egipto: según la fábula, el dios Serapis la había enseñado á los hombres; de ahí el que tuviera por emblema una serpiente. Del Egipto se extendió por el Asia Menor. Los griegos la atribuían á su dios Esculapio: en Cos y en Cnido la enseñaban los Asclépidas, familia de médicos que, según los griegos, descendía del dios que lleva este nombre; también tenía un santuario célebre en el Epidauro.

A pesar de todo, hasta Hipócrates, en el siglo v antes de J. C., no vemos á la medicina formando una verdadera ciencia. El gran Hipócrates la sustrajo de la sujeción en que la tenían los vanos sistemas de los filósofos griegos, y estableció la necesidad de la observación. El resumen de su doctrina se halla en sus célebres *aforismos*, que aún hoy día sirven de guía á los prácticos. A raíz de su muerte aparecen los *dogmáticos*, y su yerno, Polibio; éste, creyendo que el hombre se halla formado por cuatro humores á saber: la sangre, la pituita, la bilis amarilla y la atrabilis, considera que la salud es la conveniente proporción y armonía entre estos humores, y las enfermedades la ruptura de su equilibrio; con estas hipótesis crea las bases del *humorismo*. Herófilo en el siglo iii antes de J. C., y Evasistrato en el ii, crearon en Alejandría la anatomía y la fisiología, pero no saben sustraerse al espíritu de sistema. El primero se inclina al *humorismo* y en el segundo se halla el germen del *solidismo*. Las cuestiones que entre ambos se promueven hacen que sea acogido el *empirismo*, practicado al principio por Serapión de Alejandría y elevado y honrado más tarde por Heráclido de Tarento.

Transportada la medicina al cabo de mucho tiempo á Roma (siglo ii antes de J. C.), vense aparecer allí nuevas sectas. Asclepiades, y su discípulo Temison, hacen del *solidismo* un sistema regular. Según ellos todas las enfermedades provienen de un exceso de compresión (*strictum*) ó de relajamiento (*laxum*) en los tejidos; la cuestión se reduce sólo á reconocer uno de estos dos estados y obrar en consecuencia. Este *método*, tan sencillo en la apariencia, fué causa de que se diera á sus adeptos el nombre de *metodistas*; esta escuela aplicó la sangría, y Temison introdujo las san-

guijuelas. Más tarde Ateneo, Arquígenes y otros, combinando los sistemas anteriores, sacaron el *eclectismo*. Por último aparece Galeno, que empezó á ejercer su arte en Roma á mediados del siglo ii de nuestra era y que por más de 12 siglos fué el oráculo de la medicina. Según él, así como el mundo está formado por cuatro elementos, dotados cada uno de una cualidad propia, el fuego es *caliente*, el aire *frío*, la tierra *seca* y el agua *húmeda*, el cuerpo humano está formado por la mezcla de elementos que participan igualmente de cualidades diversas y se componen de partes que son simplemente cálidas, frías, etc., ó cálidas y húmedas, cálidas y secas, etc., de ahí, pues, los caracteres de los distintos *humores* cuya mezcla constituye los temperamentos. La sangre es cálida y húmeda, la bilis cálida y seca, etc., las enfermedades son, por lo regular, el resultado del exceso en que se halla alguna de dichas cualidades en los humores, lo cual da por resultado la *acrimonia*. Para combatir las enfermedades no hay más que oponerles remedios con cualidades completamente contrarias; por ejemplo, á las afecciones que provienen del frío húmedo, remedios que tengan cualidades cálidas y secas. Este sistema se conoce también muy especialmente con el nombre de *humorismo*.

Después de Galeno ya no se encuentran más que compiladores ó abreviadores como Coelius, Oribase, Pablo de Egipto, Aetius. Hacia el siglo viii los que más se distinguen en el cultivo de la medicina son los árabes, los cuales en Bagdad y en Córdoba fundan escuelas muy florecientes. Rhazés, Avicena, Albucasis, Averrhoes, armonizan las doctrinas de los médicos griegos con las de la Persia y de la India y realizan además algún progreso en química y farmacia.

Durante la Edad Media, en la Europa cristiana sólo ejercitaban la medicina y hasta la cirugía los clérigos. En el siglo xi se estableció en Italia, bajo el patronato de los benedictinos, la *Escuela de Salerno*, de la cual fué una lumbrera el cartaginés Constantín: en ella se coleccionan, se traducen y se comentan las obras de Hipócrates, Galeno y de los árabes. Es célebre por sus *aforismos* en versos latinos redactados por Juan de Milán hacia el año 1100. Cuando se hubieron fundado las Universidades, volvió á enseñarse públicamente la medicina; en el siglo xiii tuvo cátedras en París, Montpellier, Bolonia, etc. Los Papas fueron los organizadores de las facultades y los que, para distinguir los diversos grados de instrucción, instituyeron la colación de grados y crearon el título de *doctor*.

En el siglo xvi, Paracelso (1526) es el primero que se atreve á levantarse contra la autoridad de Galeno y, amalgamando varios desvarios astrológicos y cabalísticos con algunos conocimientos de química, crea una especie de medicina química que llama *spagtrica*. El cuerpo humano, según él, además de los cuatro elementos de los antiguos, contiene mercurio, azufre y sal; la corrupción de este elemento engendra las enfermedades; para curarlas conviene purgar por medio de remedios minerales, el mineral corrompido; á este objeto emplea oro, mercurio, antimonio, arsénico, etc. Los sucesivos descubrimientos hechos en anatomía, ciencia que hasta el siglo xvi no se valía para los experimentos más que de cuerpos de animales, porque las preocupaciones entonces reinantes eran un obstáculo para que se abriera el cuerpo humano, el conocimiento de la circulación de la sangre (1617), de los vasos cilíferos, del canal torácico, etc., etc., derribaron por completo el edificio galénico, y la Facultad de París dió la última mano á la obra destructora aprobando el uso del antimonio (1666) que aquel sistema había proscrito desde mucho tiempo. Sylvius intentó sustituir el sistema de Galeno por uno nuevo. Según él, las enfermedades provenían de que los ácidos y álcalis se hallaban con exceso en los humores y les comunicaban una *acritud* mórbida; para hacerla desaparecer bastaba oponer á los ácidos los álcalis y recíprocamente: esta nueva indicación se conoce con el nombre de *medicina quínicatrica*. Sydenham volvió á poner en práctica el método de observación, y mereció el glorioso nombre de *Hipócrates inglés*. Con todo, Hoffman y Stahl pronto inventaron nuevos sistemas y pretenden explicarlo todo, el uno por medio del *mecanismo* y el otro por el *animismo* (acción inmediata del alma, principio de la vida). Al principiar el siglo xviii Boerhaave ensayó, como lo había hecho Galeno en la antigüedad, una vasta síntesis, en la cual, á pesar de la marcada tendencia hacia el mecanismo, tomó de sus antecesores todo cuanto creyó aceptable en su doctrina. Adorando las ideas de Stahl, realza Borden el principio vital, demasiado olvidado por la escuela de Boerhaave. Barthez sigue con gran éxito en Montpellier las doctrinas espiritualistas y separa con precisión las leyes de la vida de las leyes inorgánicas. Haller produce sus admirables investigaciones sobre la *irritabilidad*, y bajo este aspecto sujeta la medicina á la psicología; Brown sustituyó la *irritabilidad* de Haller por lo que llamaba *incitabilidad*, estableciendo un sistema según el cual todas las enfermedades provienen de un exceso de fuerza (*afecciones sténicas*) ó de un exceso de debilidad (*astenia*), si bien en su sentir es mucho más frecuente esta última causa, por lo que recetaba muy á menudo el uso de los *estimulantes*. Rasori supone también la salud en el equilibrio del *stimulus* y del *contro-stimulus*, pero, al contrario de Brown, cree que las enfermedades proceden muy á menudo del exceso de *stimulus*, y en su consecuencia recomienda el *contro-stimulus*; este sistema ha recibido el nombre de *Contra-stimulismo*. Mas tarde Broussais hacía proceder todas las enfermedades de un principio único, la *irritación*, y creaba, para combatirlas, un método también único, la medicación

antiflogística; su doctrina se conoce con el nombre de *doctrina fisiológica*. Debemos añadir que á últimos del siglo pasado, el doctor Mesmer recomendó como procedimiento terapéutico, completamente nuevo, el *magnetismo animal*, que cuenta aún con numerosos adeptos, y que en nuestros días, la *hidropatía* ó *hidroterapia*, puesta en práctica por un aldeano de Silesia llamado Priessnitz, se emplea como medicación poderosísima contra un gran número de afecciones. Por último, Hahnemann, fundándose en la observación de que una afección se cura por una afección análoga, partiendo de este supuesto deduce, que por medio de ciertos medicamentos tomados en *dosis infinitesimales*, se pueden provocar enfermedades ficticias ó curarlas á voluntad, creando de esta suerte el *método sustitutivo* ó *Medicina homeopática*.

Al propio tiempo que se desarrollaban estos sistemas, Morgagni creaba la anatomía patológica; Bichat transformaba la anatomía; Jenner descubría la vacuna; Corvisart daba gran impulso al estudio de las enfermedades del corazón; Avenbrugger enseñaba la *percusión*, Laennec la *auscultación*, y Pinel proponía nuevos tratamientos para los alienados, haciendo caer en desuso las medidas de violencia contra ellos hasta entonces empleadas.

En la actualidad al espíritu de sistema parece que le ha sustituido un prudente eclecticismo. Se estudia con preferencia la anatomía patológica; se precisan las partes en donde se desarrollan las enfermedades; se describen las diversas alteraciones que las mismas producen, y los estudios se encaminan preferentemente á las investigaciones con el auxilio del microscopio y el análisis de los líquidos. En general los trabajos que se publican no son más que monografías.

Fabia Dolabella aseguraba á una amiga suya, que no tenía más que treinta y seis años, y no queriendo la amiga creerlo, lo preguntó á Cicerón, que estaba presente:—No lo dudéis, dijo el orador romano, veinte años hace que conozco á Fabia, y siempre la he oído decir lo mismo.

Talleyrand había adoptado un medio muy ingenioso para echarse de encima los autores que le hacían el obsequio de un ejemplar de su libro. Nunca tardaba en darles las gracias. Al día siguiente del regalo, los autores recibían una atentísima carta en la cual les decía: «*Estoy persuadido de que la lectura de vuestra obra me causará tanto placer como gusto me ha dado el recibirla*».

—Es muy bueno, decía Talleyrand, eso de contestar sin retardo, porque así uno se dispensa de leer la obra; mientras que si se dejan pasar días por política tendría uno que mentir.

Un criado gallego recibió de su amo orden de echar al correo todas las cartas que encontrase cerradas sobre la mesa del despacho. Un día encontró varias cartas que aún no llevaban puesto el sobre y las echó al buzón.—

¡Cómo! le dijo el amo, ¿no has visto que las cartas no llevaban sobre?—¡Señor, ¡yo creí que usted quería que no se supiese á quién iban dirigidas!

No hay mañana que deje de convertirse en ayer.—
PROVERBIO PERSA.

Ir á la guerra, navegar y casar, no se puede aconsejar.
REFRÁN CASTELLANO.

No te cases con mujer rica, porque tus hijos serían enemigos natos del trabajo.—PITÁGORAS.

Muchos se quejan de su memoria, mas nadie se queja de su entendimiento.—LA ROCHEFOUCAULD.

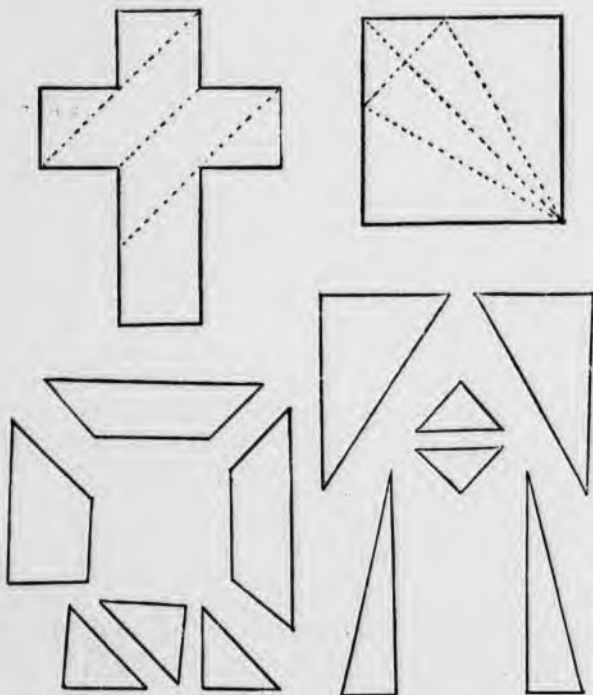
Todo el secreto del arte de alargar la vida consiste en no acortarla.—FEUCHTERSLEBEN.



Solución á la charada anterior:

TO-RE-RO

Solución á los problemas



Solución al logogrifo numérico:

BÉLGICA

Idem al rombo:

A
A N A
A R T E S
A N T O N I O
M A N T A
P I O
O

Idem al enigma:

VALENCIA
MONOVAR
CIUDAD-REAL
MATARÓ
SARADÉLL
PALAMÓS

CHARADA

*Una dos, de grande estima
goza, y oportunamente
tomada, evita á la gente
que tengan de usar dos prima.* X.

FUGAS DE CONSONANTES

.O .O.O. .O.O. .O.O.;	.a .a.a .a.a. .a.a;
.O.O. .O .O.O. .O.O.	.a .a.a .a.a .a.a

JUAN NONITO.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos mucho cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en **La Ilustración moderna**, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. *Espasa y Comp.²*, Editores, Cortes, 211 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados los derechos artísticos y literarios.—IMP. ESPASA Y COMP.²



RECONOCIMIENTO DE UN VADO

CUADRO DE JOSÉ GUSACHS

Ayuntamiento de Madrid



MEMORÁNDUM

SON pintorescos los pormenores de la toma de posesión del presidente de los Estados Unidos Mr. Cleveland, y prueban que hasta en los países más democráticos se revisten de pompa y solemnidad los actos que tienen significación en su vida política. El nuevo presidente salió de la fonda de Wáshington, en donde se alojaba interinamente, en un coche arrastrado por cuatro caballos blancos, que llevaban arneses del mismo color y palafreneros. Harrisson, el presidente que cesaba, recibió á su sucesor, y ambos se dirigieron al Capitolio, yendo delante y detrás fuerzas de artillería, caballería é infantería del ejército, milicianos y alumnos de las escuelas públicas. En el Capitolio, en donde se encontraban ya el cuerpo diplomático y los más elevados funcionarios de aquella República, el vicepresidente saliente Mr. Morton tomó juramento á su sucesor, y en seguida todos se fueron al pórtico oriental del Capitolio, y allí, al aire libre y en presencia de la multitud que llenaba la plaza, juró á su vez Mr. Cleveland sobre la Biblia de su madre, tomándole el juramento el presidente del Tribunal Supremo. Mr. Cleveland pronunció luego un discurso, que fué interrumpido distintas veces por los aplausos de los oyentes, recibiendo el presidente de lleno en su cabeza descubierta é impávido los copos de nieve, puesto que estuvo nevando gran parte del día, uno de los primeros del mes de Marzo. «El desfile, dice un periódico de Nueva York, fué largo, infiriendo nuevos sufrimientos á las distinguidas personas que lo presenciaron. Tomaron parte en él más de 20,000 paisanos, entre ellos los 3,000 consabidos tamanistas, con estandartes y los imprescindibles sombreros de copa; fuerzas de infantería, artillería y caballería del ejército regular; veteranos del gran ejército de la República y milicianos de once Estados con sus respectivos gobernadores. Se calcula que formaron en línea unos 45,000 hombres, siendo ésta la más numerosa parada inaugural que se recuerda; y hubiera llegado á 60,000 el número de participantes si el estado del tiempo y la duración excesiva del desfile no hubieran hecho desistir á varios cuerpos de tomar parte.»

* * *

Ha terminado en Inglaterra, en el Lancashire, una huelga colosal sostenida durante meses por los operarios en la industria de la hilatura de algodón. En una hostería á seis millas de

TOMO II.—57.

Manchester se reunieron los delegados de amos y trabajadores, y allá firmaron un convenio al que conceden grande importancia los periódicos más sesudos y de mayor circulación de Europa. El paro del trabajo comenzó por las fábricas de hilados, cesando de momento 45,000 trabajadores, que obedecieron como un solo hombre la voz de los sindicatos. Como la industria tiene muchas ramificaciones, la suspensión del trabajo en las fábricas produjo igual resultado en no pocos oficios que dependen más ó menos indirectamente de aquellos establecimientos fabriles. Se calcula en 125,000 el número de los artesanos que han debido pasar meses y más meses en una forzosa holganza, y en 50.000,000 de francos las pérdidas causadas por esta lucha.

Recordarán nuestros lectores que su origen se debió á haber manifestado los amos en otoño que sus beneficios se habían reducido, hasta el punto de obligarles á introducir una disminución en el salario. Propusieron en consecuencia una rebaja del 10 por 100. Los representantes de los obreros, aceptando por verdaderas las causas expresadas por los fabricantes, no admitieron la rebaja y propusieron en cambio que sólo se trabajase la mitad del tiempo, ya que á exceso de producción se atribuía la merma en los beneficios, manteniendo, empero, la tasa nominal de los salarios. Disintiendo ambas partes se entabló la lucha, que se ha señalado á la vez por una notable firmeza y por una admirable moderación por parte de los operarios. Todos han sostenido sus derechos ó sus pretensiones con energía, pero todos han respetado las pretensiones y los derechos de la parte contraria. Como es de suponer, los trabajadores hubieron de sufrir grandes penalidades. El largo tiempo en que estuvieron paradas las fábricas hizo que disminuyera de un modo considerable la cantidad de género que se hallaba almacenado al comenzar la huelga, y de esto provino que se fuese allanando el camino para terminarla. Los jefes de los establecimientos fueron bajando por esta causa la reducción, del 10 por 100 al 5, luego al 3'50 y por último al 3 por 100. Por su lado los obreros abandonaron la actitud de intransigencia absoluta en que se habían colocado respecto de los amos, y acabaron por manifestar que aceptaban el 2'50 por 100. Por los dos lados se consideró en tales momentos que sería muy censurable prolongar los sufrimientos de los obreros, y se convino en arreglar definitivamente el asunto. A este fin se reunió la comisión mixta, según lo hemos indicado antes, y después de doce horas de debates se firmó un convenio, en el cual se fijó en 2'91 por 100 la reducción de los salarios, y se solventaron las cuestiones pendientes por ambos lados. Esta última parte ofrece tanta ó más importancia que la primera, y los periódicos á que hemos aludido anteriormente la consideran como una base de la organización pacífica de las relaciones entre el capital y el trabajo.

Convínose en él que el próximo aumento de salario sea equivalente á la reducción actual ó á cualquiera otra que se juzgue necesaria de hoy á entonces; que en adelante no se introdujese ninguna variación, en alza ó en baja, en la tasa de los salarios, sino después del plazo mínimo de un año, sin que pueda efectuarse en un sentido ú otro mayor baja del 5 por 100; que toda petición de aumento ó disminución de salario la pondrán en conocimiento de la otra parte los mandatarios de los amos y de los obreros, á lo menos con un mes de antelación; que á toda huelga deberá preceder una tentativa de conciliación conforme á un procedimiento que se determinó cuidadosamente, y que toda cuestión que se relacione con los intereses generales de la industria del algodón, la tratará una comisión mixta de amos y de trabajadores. Esta huelga prueba una vez más que en Inglaterra la reflexión domina sobre el acaloramiento, y que allí pueden mantenerse sin riesgo luchas que en los países meridionales producirían á buen seguro conflictos gravísimos y acaso escenas de violencia y de sangre.

* * *

Las procesiones de Semana Santa que se celebran en Sevilla con mucha pompa, atrayendo numerosos forasteros, corrieron riesgo de verse perturbadas por un fortuito accidente que, por

dicha, no tuvo graves consecuencias. Sabrán nuestros leyentes que se sacan en aquellas procesiones los llamados «pasos,» obra muchos de ellos de escultores de grandísimo ingenio, y considerado alguno como trabajo de superior mérito, entre ellos el del «Cristo del Gran Poder,» que talló Martínez Montañés. Tanta idealidad y sentimiento religioso imprimió este celebrado artista al rostro de Jesús, que no sabía él mismo apartar los ojos de la imagen, de modo que el primer día que salió en procesión, corría de una á otra bocacalle de la ciudad para verla de nuevo y contemplarla. Las imágenes de Jesús Nazareno y de la Santísima Virgen llevan vestidos de mucha riqueza, cuajados de bordaduras y con piedras preciosas, presente de devotas personas, con lo cual se aumenta el imponente efecto que aquellos «pasos» producen en los espectadores piadosos y aun en los que se encuentran poco inclinados á abrir su corazón á esta clase de sentimientos. Uno de los «pasos» más ricamente vestidos es el de la Virgen, perteneciente á la cofradía de San Juan de la Palma, y este «paso» se incendió al pasar por delante de la Casa-Ayuntamiento, produciéndose el incidente á que antes nos hemos referido. Estropearonse por el fuego las magníficas vestiduras de las imágenes de la Virgen y de san Juan y éstas sufrieron también deterioro, mas no se perdieron del todo. La imagen de la Virgen es obra de Roldán, y la de san Juan, de Hita del Castillo, escultores ambos de fines del siglo xvii. Un cofrade, corriendo riesgo, arrancó en los primeros momentos del fuego las joyas que llevaba la Virgen, y las llevó inmediatamente á la iglesia. España posee una verdadera riqueza en imaginería cristiana de los siglos xvi, xvii y xviii, y en ella figuran como obras excelentes varios «pasos» de Sevilla y los del escultor Salcillo que posee la ciudad de Murcia.

* * *

Otra vez tenemos cambio de Ministerio en Francia. El Senado no quiso admitir una variación introducida por la Cámara de los Diputados en los derechos sobre las bebidas alcohólicas, y esta Cámara rechazó á su vez las modificaciones acordadas por la otra. Al fin planteó el Ministerio la cuestión de confianza y perdió la votación por 247 votos contra 242. Sin darse punto de reposo presentó la dimisión á M. Carnot, que se vió en el caso de buscar nuevos ministros. Díjose que formaría gabinete M. Meline, á quien se deben las medidas ultraproteccionistas en favor de los vinos franceses y en contra de los vinos españoles, pero á M. Meline sucedió M. Dupuy, que logró constituir ministerio. La mayoría de los periódicos de Francia, al anunciar la caída del Ministerio Ribot-Bourgeois, llenaron de insultos á todos sus individuos, siendo la calificación de imbéciles una de las más suaves que les aplicaron.

B



LA TORRE DE GARRAF

(EPISODIO HISTÓRICO)



UNA de las comarcas más solitarias y menos conocidas de Cataluña es, sin duda alguna, la que se encierra entre el llano del Llobregat, el mar, los pequeños valles de Sitjes y de Ribas y las montañas de Olivella y de Begas.

La carencia casi completa de producciones notables, ya que tal país es muy estéril y agreste; la ausencia casi total de variados cultivos, consecuencia natural de lo anterior, y la falta casi absoluta de vías de comunicación, las cuales quedan reducidas á algunos caminos de herradura (hoy día existen ya algunas carreteras, á más de la vía férrea que atraviesa la comarca), hacen que, á pesar de hallarse esta región muy cercana á Barcelona, pues sólo algunas leguas la separan de esta populosa ciudad, apenas sea visitada ni conocida de los habitantes de la capital del Principado.

Constituyen dicho país, objeto de medrosas consejas y de sangrientos relatos que la fantasía popular se complace en referir y en abultar, inmensas moles de piedra formando montes de imponente grandor, entre los cuales quedan estrechas gargantas, algunos reducidos valles y tal cual regular meseta, perfectamente cultivada y en la cual se cosecha excelente vino.

Consecuencia de la soledad que allí reina y de lo escabroso del terreno, que facilita la fuga y dificulta el hallazgo de los malhechores, algunos crímenes fueron allí cometidos, de los cuales queda recuerdo tan claro como persistente, lo que, unido al aspecto triste y pedregoso del país, á las enormes peñas, rojizas las que están junto al mar, y azuladas las del interior, formando desfiladeros de pavorosa vista; al silencio profundísimo que allí reina, sólo interrumpido por los chillidos de las aves de rapiña, que en aquellos riscos y vericuetos anidan y se solazan á sus anchas, libres de la presencia del hombre y que dan nombre á algunas localidades, como *La Falconera* y *Las Áligas*; y á la denominación de otros de sus sitios como *La penya del llamp*, *Lo fondo del tro* y *Lo pas de la mala dona*, hace que dicho país se presente á nuestra imaginación bajo un aspecto altamente fantástico.

Dan nombre á esta comarca el caserío y la torre de Garraf.

En una de las más abrigadas calas que aquella costa forma y á las cuales no llega jamás el hálito del cierzo helado, y sobre un montón de rocas á cuyos pies van á morir, cubiertas de espuma, las olas del mar Mediterráneo, se hallan situados dicho caserío y torre á que se refiere el episodio histórico objeto de estas líneas.

* * *

Gobernaba á la sazón en España el omnipotente don Manuel Godoy, príncipe de la Paz, cuyas escasas dotes para el alto puesto que ocupaba tantos males trajeron á la patria. La corte,

por consejo de Godoy, acababa de celebrar el tratado de San Ildefonso (1796), por el cual España contraía una íntima alianza con la República francesa, á cuyo frente se hallaba Bonaparte. Sabido es que, en virtud de este tratado, nuestra nación tuvo que auxiliar con hombres y dinero á Francia (expedición del marqués de la Romana al Norte), y enemistarse con Inglaterra, que se hallaba en guerra con aquella República, lo cual trajo por resultado la derrota de nuestra escuadra en el cabo de San Vicente, el bombardeo de Cádiz y la tristísima cuanto gloriosa página de Trafalgar.

Guarnecía, por entonces, la torre de Garraf un reducido destacamento de tropa que se ocupaba en cierta ocasión en proteger el acto de cargar leña que, en aquella rada, estaba verificando con toda tranquilidad una goleta española, cuando acertó á pasar un buque inglés que venía costeano. Divisar el barco español y aprestarse para apresarlo fué obra de momentos, y acercándose más á la playa arrió los botes dentro de los cuales iban fuertes pelotones de soldados británicos.

Súbitamente quedó suspendida la operación de carga. Los del buque español, comprendiendo el peligro que corrían, preparáronse rápidamente para la fuga. Los leñadores, por su parte, abandonando su faena, corrieron á guarecerse bajo los muros de la torre. Al propio tiempo los soldados del destacamento, viendo el trance apurado en que se hallaba la goleta, trataron de hacer algo para libertarla de una presa segura, y á dicho fin, utilizando un antiguo y bastante estropeado cañón que en la torre había, lo dispararon contra el buque inglés. Pero como las municiones de cañón eran escasas, después de algunos disparos debieron cesar en su patriótica tarea. Entonces tomaron una resolución enérgica con el fin de facilitar la fuga del barco español, el cual, aprovechando admirablemente algunos momentos de vacilación de los ingleses, más ocupados en contestar los disparos de la torre que en atacarlo, ligeramente y con presteza iba deslizándose por aquellas aguas y alejándose de la costa. En efecto, cogieron todo el hierro que en la torre hallaron á mano, y balas, llaves, cerraduras, clavos, argollas y trozos de hierro viejo fueron á parar al cañón que con ello quedó cargado hasta la boca, acercaron la mecha y el cañón disparó. Una espantosa detonación, repetida por los ecos de las montañas próximas, retumbó en aquellas concavidades, al tiempo que una nube de espuma envolvía los botes ingleses. La puntería había sido precisa y la poderosa metralla de que el cañón se hallaba cargado cogió completamente uno de los botes haciéndole casi zozobrar y causando un verdadero destrozo en su reducida tripulación.

Por algún tiempo cesó toda operación de parte de los ingleses, mas luego, una bandera negra como anuncio fatídico, apareció en uno de los palos del barco, infundiendo terror en los habitantes de Garraf y haciéndoles comprender que no habría cuartel para nadie. Como en la torre los medios de defensa eran escasos, resolvieron abandonar el caserío y la torre, como así con presteza lo verificaron al ver á los ingleses dirigirse hacia la costa. Rápidamente ascendían por aquellas empinadas cuestas, con objeto de ganar la cima de las montañas próximas los pocos soldados que componían el destacamento y los habitantes del caserío, mientras oían silbar las balas á su alrededor y las veían rebotar por aquellas lucientes peñas, pues el buque inglés no cesaba en sus disparos. Una vez en aquellas alturas pudieron ver cómo los ingleses desembarcaban, trepaban por las rocas y entraban en Garraf.

Al poco rato, densas columnas de humo, que bien pronto se convirtieron en vivísimas llamas, empezaron á salir por las puertas y ventanas de aquellos edificios. Es imposible pintar el dolor y la desesperación de los colonos del caserío al ver arder su morada...

Cuando los ingleses abandonaron á Garraf, y el buque se hizo á la vela, desapareciendo tras las peñas de aquellas erizadas costas, los fugitivos dejaron su observatorio y descendieron precipitadamente, casi arrastrándose de roca en roca.

El espectáculo que se ofreció á sus ojos al entrar en Garraf fué desgarrador. En efecto, mesas, sillas, armarios, cómodas; en una palabra, todos los muebles de la casa formaban en

el centro de la estancia alto y desordenado montón convertido en grande hoguera. Además, un verdadero río de vino corría abundantemente por las bodegas, cuyas pipas habían sido abiertas por los ingleses. Por último, tabiques horadados, puertas derribadas y rotas y todo lo que se ofrecía á la vista medio destruído daba claras muestras de la saña de los soldados británicos. Mucho tiempo tardó Garraf en reponerse de los daños sufridos, que fueron de consideración.

La comarca de Garraf ha sufrido poco há profundos cambios. La moderna civilización, bajo la forma de un ferrocarril (el directo de Madrid y Zaragoza á Barcelona) ha penetrado en ella, y horadando roca tras roca y extendiendo los ralles por la falda de aquellos montes, ha quitado la rusticidad á aquellos sitios, asombrando y ahuyentando los pájaros y animalejos que desde tiempo inmemorial tenían tomada de ellos completa y pacífica posesión.

La finca de Garraf pertenece hoy día al Excmo. Sr. D. Eusebio Güell. Se ha restaurado la torre, se ha mejorado la casa y se van introduciendo en la finca importantes reformas, que de seguro darán provechosos resultados.

M. LLOPIS Y BOFILL.



CANARIS

(DE LAS « ORIENTALES » DE VÍCTOR HUGO)

Obrar y callar.
Antigua divisa.

CUANDO vencida nave, antes altiva,
navega á la deriva,
del proceloso mar al fiero empuje;
y por hierro enemigo desgarradas
caen sus velas cuadradas
del alto mástil que á su peso cruje;

Y ven doquier los ojos aturcidos
cadáveres tendidos,
velas y jareias y anclas por doquiera;
de los palos mayores el desgaje,
arrastrando el cordaje
como larga y revuelta cabellera;

Que en horrendo fragor y en humo envuelto
sobre sí gira suelto
el buque, como rueda sobre su eje;
y que una masa de hombres agitada
vague desatentada
y de la proa hasta la popa ceje;

Cuando á sus jefes, ya despavorido,
no da el soldado oído,
y arbola airado el piélago rugiente;
y extinguida la voz de los cañones
chocan con roncós sonos,
surcando el mar que anega el entrepuente;

Y se ve el casco enorme perforado
que abre el recto costado
del mar hirviente á la onda embravecida;
y á la sangre, que corre palpitante,
la galera gigante
por las ferradas planchas da salida;

Y que vaga al azar, cual cuerpo inerte,
de la cuaderna fuerte
desligadas las tablas laterales,
como un enorme pez, que muerto flota,
cuya escamada cota
platea de las ondas los cristales:

¡Gloria ya al vencedor! ¡En su coraje
el garfio de abordaje

cae sobre el buque la cadena tesa,
cual después de la lucha clava ardiente
el águila potente
su corva garra en la rendida presa!

Y del palo mayor en la perilla
ya victoriosa brilla
su bandera que el viento deshilacha,
y cuya sombra por las aguas tiende,
y se encoge y se extiende
de dura brisa á la violenta racha.

Se ve entonces los pueblos altaneros,
con alardes guerreros,
los colores lucir más ostentosos:
el rojo, azul y plata allí campean
y en los pliegues ondean
de sus amplios pendones belicosos.

¡En este aparatoso alarde ufano
busca su orgullo vano
lisonjas á su instinto satisfecho,
cual si las ondas, que veloces huyen
y entre sí se destruyen,
señal guardasen en su móvil lecho!

La cruz arbola Malta por su ley;
Venecia, el pueblo-rey,
al tope de sus mástiles altivos
el rampante león, de tal efecto
que hace su solo aspecto
rugir de espanto á los leones vivos.

El pabellón de Nápoles vistoso,
al flotar onduloso
en brazos de la brisa perfumada,
de la popa hacia el mar rico fulgura
y en sus ondas figura
de seda y oro espléndida cascada.

España simboliza en las banderas
de sus ricas galeras
León, por sus leones de áurea garra,
Castilla, en torres que por lujo argenta,

y con ellas ostenta
las cruzadas cadenas de Navarra.

Sus Santas llaves Roma por enseña,
Milán, siempre risueña,
un niño del dragón entre los dientes;
y las naves de Francia en su decoro
tienen las lises de oro
en sus planchas de cobre relucientes.

De Stambul, arrullada por las olas,
luce tres blancas colas
la media-luna siempre aborrecida;
muestra América, libre y altanera,
un cielo en su bandera
con azules estrellas guarnecida.

El águila del Austria peregrina,
que en el campo domina
de su orgulloso y bélico estandarte,
sus alas extendidas con fiereza
una negra cabeza
del mundo vuelve á cada extrema parte.

La otra águila también de doble frente,
su antigua contendiente,
que las leyes del Czar sigue bizarra,
dos mundos contemplando al par como ella,
tiene por buena estrella,
otro sujeto en su potente garra.

Inglaterra, que doma al ponto amargo,
en alto tope largo

le impone por doquier su ancho oriflama,
tan rico, que sus vívidos colores
en el mar los fulgores
parecen reflejar de intensa llama.

Así es como los reyes altaneros
en los buques guerreros
hacen flotar sus varios pabellones,
y á las naves obligan conquistadas,
á cambiar humilladas
de enseñas á la par que de naciones.

En sus filas conducen esas naves,
cuyos destinos graves
burló la suerte en hórridas jornadas,
orgullosos de ver más numerosas
tomar puerto gloriosas
sus escuadras de guerra empavesadas.

¡En el bajel por ellos apresado
siempre llevan izado
el pabellón señal de su victoria,
á fin de que el vencido buque ostente,
escritas en su frente,
la propia afrenta con la ajena gloria!

Pero el buen Canaris, cuya atrevida
nave marcha seguida
de una huella de fuego por doquiera,
sobre los buques que su esfuerzo aprehende,
cual propia enseña, tiende
las llamas del incendio por bandera!

ADOLFO DE LA FUENTE.





PASO DE UN RÍO
CUADRO DE JOSÉ CUSACHS

Ayuntamiento de Madrid



«LOS GUARDIANES DE LA CASA.»—CUADRO DE TOMÁS MORAGAS

(Propiedad de la Excm. Diputación Provincial de Barcelona)

Ayuntamiento de Madrid



Obra de destrucción realizada en el valle Yosemite en Octubre de 1888 para destinar la tierra al cultivo del fresno

(Vista fotográfica)

LAS GRANDES SELVAS CALIFORNIANAS

POR

JOHN MUIR

(CONTINUACIÓN)

Estos reyes de los árboles, como todos los de su clase, son muy dignos de respeto por su interés científico y por la utilidad que reportan en los terrenos baldíos. Sin embargo, sólo se ha reservado el Bosque Mariposa á fin de destinarlo á parque para el público esparcimiento. Aún admitiendo que la masa general de los ciudadanos desconociese por completo la importancia de nuestras selvas, hasta en el punto de vista económico, sería muy conveniente que el gobierno fijase su atención en la conveniencia de conservarlas. En los actuales momentos podemos decir que se están destruyendo con una rapidez extraordinaria. Ha quince años encontré cinco molinos establecidos en la margen inferior del cinturón mayor de los secuoyas, los cuales iban cayendo uno tras otro cortados para alimentar el fuego. Desde entonces se han edificado muchos más, cuyo número no puedo precisar, pero es de temer que muchos de los preciosos árboles del grupo del Fresno estén fatalmente destinados á desaparecer por igual motivo. Además, se ha formado una poderosa compañía para el desmonte de las magníficas selvas del río King.

Esta industria de los molinos es causa de una devastación excesiva, pues cuando los arbolillos han sido cortados, se incendian los bosques para abrir claros en la espesura destruyendo el ramaje y la hojarasca, con lo cual desaparecen, no sólo los arbustos y los retoños, sino también muchos colosos de la selva convertidos por las llamas en carbonizados monumentos vegetales. Y aun estos destrozos son pequeños comparados con los que hacen los pastores. Todos los veranos llévanse á los pastos de la montaña muchos rebaños de ovejas cuyo paso es señalado por los estragos más deplorables. Los sitios más amenos de la comarca son despiadadamente pisoteados, los arbustos despojados de sus hojas, como si las hubiese devorado la langosta, y los bosques incendiados para mejorar los pastos. Así es destruido por el fuego aquel

soberbio cinturón de bosques desde un extremo á otro. A excepción del resinoso *Pinus contorta*, el sequoia es el árbol que sufre más de todos. En la actualidad se están haciendo diligencias para la creación de un parque nacional cerca del Yosemite, y por cierto que es muy de desear que se realice este proyecto, no sólo por consideración á los bosques vecinos, sino también en interés del mismo valle, pues los cañones y hondonadas de las cuencas de los ríos que á él van á parar, hállanse tan unidos como los dedos á la palma de la mano, como las ramas, el follaje y las flores al tronco del árbol.

Infiérese de ahí que toda la región superior de donde brotan los manantiales, con sus picos, cañones, campos de nieve, ventisqueros, selvas y corrientes, debería incluirse en el parque para que éste fuese un armonioso conjunto de bellezas naturales y no un fragmento más ó menos interesante de ellas. En la región occidental é inferior podrían extenderse los límites del parque á bastante distancia para comprender distritos forestales del Fresno, Mariposa, Merced y Toulumne, todos poblados de corpulentos árboles, de los cuales hay tres en los caminos que conducen al valle, y los demás en medio de una multitud de coníferas, casi tan interesantes como esos oscuros colosos.

Desde las alturas que dominan los lindes de estos soberbios bosques nos es dable, por último, disfrutar de una vista general del valle, perspectiva que aparece de súbito en toda su magnificencia grandiosa y profunda; es una nueva revelación en materia de paisajes, capaz de impresionar y abrir las potencias al más vulgar de los espectadores.

A lo largo de las curvas y culebreos del camino al bajar al fondo del valle, la perspectiva cambia á cada momento, descubriéndose á lo lejos sobre el musgoso suelo las aguas del río, brillando acá y acullá, y cuyo rumor empieza muy pronto á herir nuestros oídos. Mirando al azar el primer objeto que llama nuestra atención es el *Bridal Veil*—el velo nupcial—soberbia cascada que se encuentra á mano derecha.

Su primer salto de la peña está á la altura de unos 900 pies sobre nosotros, y cuando se despeña lanzando á los aires su alegre rumor, ofrece un espectáculo extraordinariamente atractivo con los mil colores de que la tiñen los rayos solares en su caída. Aquel himno parece contarnos el solemne poder que se esconde bajo la suave y espléndida vestidura que le adorna.

Al otro lado del valle, y enfrente de esta cascada, hay otra no menos preciosa, apellidada la *Cascada de la Cinta* ó *Las Lágrimas de la Virgen*. Cae de una altura de 3,000 pies, poco más ó menos, y arroja un extraordinario caudal de agua silbando y mugiendo con un estrépito que hace pensar en los cielos llorosos de los ciclones y los huracanes cuando es engrosado el caudal de sus aguas por el derretimiento de las nieves.

Encima de este opulento caudal de agua levántase la inmensa peña que llaman *El Capitán*, rodeada de bosquecillos de pinos avanzando con imponente majestad, cual si quisiese adelantarse á las masas vegetales y peñascosas que forman por aquel lado el límite del valle. Es una gran masa granítica, lisa, tajada, alta de 3,300 pies; parte y término de una riscosa cumbre en la cual representa los caracteres de la solidez y la estabilidad.

Cruzando desde aquí el valle, encuéntranse más arriba del *Velo nupcial* las pintorescas *Rocas de la Catedral*, que tienen unos 2,700 pies de altura y una hermosa, aunque maciza, escultura. Están estrechamente unidas al Capitán y brotaron del mismo pico cuando el valle estaba en su período de formación.

Más allá del Capitán la masa primera y más sorprendente que se encuentra al Norte es la inmensa montaña apellidada *Los Tres Hermanos*, que presenta á la linde del valle tres picos sucesivos, el uno de los cuales tiene cerca de 4,000 pies de altura. Le han dado este nombre en

memoria de los tres hermanos, hijos de Tenaya, el viejo caudillo yosemita, en aquel sitio capturados durante la guerra con los indios.

En la región meridional del valle, en el lado opuesto á *Los Tres Hermanos*, levántase la *Roca del Centinela*, monumento parlante del período glacial.

Continuando la excursión al través de praderas y espesuras, y en medio de estos majestuosos peñascos que parecen seguir nuestros pasos, mientras contemplamos absortos tantas maravillas y buscamos instintivamente otras, resuena sobre nuestras cabezas el estrépito de la cascada que, al llegar al pie del Centinela, se nos manifiesta con todo su esplendor, pareciendo caer del cielo aquel inmenso caudal de agua que no tiene menos de media milla de altura.



Los Tres Hermanos reflejados en el espejo de las aguas

Pero ni esta cascada, quizá la más maravillosa del mundo, es capaz de monopolizar nuestra atención, porque allí se despliega ante nuestros ojos la región superior del valle con la Cúpula del Norte, los Arcos Reales y la columna de Wáshington á la izquierda; el ventisquero de Point Rock con su magnífica escultura á la derecha, y en el centro el Tissiack ó la Media Naranja, la más hermosa y sublime de las montañas peñascosas del valle. Levántase majestuosamente serena desde el fértil suelo hacia el firmamento, hasta una altura de 4,750 pies.

Aquí se divide el valle en tres ramas, que son los cañones denominados Tenaya, Nevada é Illilouette, que van á parar á las fuentes de la alta sierra con una sucesión de perspectivas dignas de parangonarse con las más preciosas del valle.

En la rama meridional, como á una ó dos millas de la región principal del valle, hay la cascada Illilouette, que tiene unos 600 pies de altura y es una de las más hermosas de la comarca, pero inaccesible á los más; á causa de la aspereza del terreno y de la angostura del cañón. Sus más caudalosos manantiales de hielo y nieve se encuentran en las bellas é interesantes montañas del grupo de la Merced, y su anchurosa cuenca es notable por la belleza de sus lagos y la grande extensión de sus bosques.

Subiendo por la rama septentrional del valle pasamos entre la Cúpula del Norte y la Media Naranja, y en menos de una hora llegamos al lago Espejo, á las cascadas de la Cúpula y á la que llaman Tenaya, todos en diversos conceptos muy interesantes. Más allá de la cascada, al Norte del cañón, hay la sublime roca llamada el Monte Watkins, muy parecida al Capitán; al Sur, la extensa curva granítica de Cloud's Rest, que tiene una milla de altura, y entre ellas la hermosa cascada Tenaya, cuyas aguas resbalan por la bruñida superficie del granito como un río de plata, cayendo verticalmente de una altura de 700 pies.

Más allá de las cascadas, en la falda del monte Watkins, hay una antigua senda por la cual pasaban en otro tiempo los indios al atravesar la cordillera del Mono; pero en el cañón

situado más arriba de este punto no hay ninguna clase de camino. Entre el monte Watkins y Cloud's Rest sólo es accesible para los montañeses, y en algunos puntos tan peligroso que no me atreví á solicitar el concurso de los aguerridos trepadores que de buena gana hubieran hecho gala de su agilidad y nervioso vigor sirviéndome de guías en aquel paraje.

Pasada la región de las cascadas, ya no se encuentran grandes dificultades, sino antes una serie de amenos jardines cubiertos de lirios y otra de hermosas praderas entre los undo-



El Capitán

sos peñascales desparramados en el fondo del cañón. En todas partes el granito presenta una superficie limpia y como bruñida, y en muchos parajes brillante como el cristal, con los reflejos de los rayos solares, fenómeno debido á la acción del hielo, pues el cañón fué antaño el canal por donde pasaba uno de los principales tributarios del antiguo ventisquero Yosemite.

Diez millas más arriba del valle se encuentra el hermoso lago Tenaya, y allí termina el cañón. Subiendo una ó dos más llégase á la grande *Sierra Catedral*, que semeja un templo monolítico provisto de bóveda, agujas y pináculos ornamentales tan bien contruidos y acabados como si realmente fueran obra del arte humano. Hállase en una meseta de 9,000 pies de

memoria de los tres hermanos, hijos de Tenaya, el viejo caudillo yosemita, en aquel sitio capturados durante la guerra con los indios.

En la región meridional del valle, en el lado opuesto á *Los Tres Hermanos*, levántase la *Roca del Centinela*, monumento parlante del período glacial.

Continuando la excursión al través de praderas y espesuras, y en medio de estos majestuosos peñascos que parecen seguir nuestros pasos, mientras contemplamos absortos tantas maravillas y buscamos instintivamente otras, resuena sobre nuestras cabezas el estrépito de la cascada que, al llegar al pie del Centinela, se nos manifiesta con todo su esplendor, pareciendo caer del cielo aquel inmenso caudal de agua que no tiene menos de media milla de altura.



Los Tres Hermanos reflejados en el espejo de las aguas

Pero ni esta cascada, quizá la más maravillosa del mundo, es capaz de monopolizar nuestra atención, porque allí se despliega ante nuestros ojos la región superior del valle con la Cúpula del Norte, los Arcos Reales y la columna de Wáshington á la izquierda; el ventisquero de Point Rock con su magnífica escultura á la derecha, y en el centro el Tissiack ó la Media Naranja, la más hermosa y sublime de las montañas peñascosas del valle. Levántase majestuosamente serena desde el fértil suelo hacia el firmamento, hasta una altura de 4,750 pies.

Aquí se divide el valle en tres ramas, que son los cañones denominados Tenaya, Nevada é Illilouette, que van á parar á las fuentes de la alta sierra con una sucesión de perspectivas dignas de parangonarse con las más preciosas del valle.

En la rama meridional, como á una ó dos millas de la región principal del valle, hay la cascada Illilouette, que tiene unos 600 pies de altura y es una de las más hermosas de la comarca, pero inaccesible á los más; á causa de la aspereza del terreno y de la angostura del cañón. Sus más caudalosos manantiales de hielo y nieve se encuentran en las bellas é interesantes montañas del grupo de la Merced, y su anchurosa cuenca es notable por la belleza de sus lagos y la grande extensión de sus bosques.

Subiendo por la rama septentrional del valle pasamos entre la Cúpula del Norte y la Media Naranja, y en menos de una hora llegamos al lago Espejo, á las cascadas de la Cúpula y á la que llaman Tenaya, todos en diversos conceptos muy interesantes. Más allá de la cascada, al Norte del cañón, hay la sublime roca llamada el Monte Watkins, muy parecida al Capitán; al Sur, la extensa curva granítica de Cloud's Rest, que tiene una milla de altura, y entre ellas la hermosa cascada Tenaya, cuyas aguas resbalan por la bruñida superficie del granito como un río de plata, cayendo verticalmente de una altura de 700 pies.

Más allá de las cascadas, en la falda del monte Watkins, hay una antigua senda por la cual pasaban en otro tiempo los indios al atravesar la cordillera del Mono; pero en el cañón

situado más arriba de este punto no hay ninguna clase de camino. Entre el monte Watkins y Cloud's Rest sólo es accesible para los montañeses, y en algunos puntos tan peligroso que no me atreví á solicitar el concurso de los aguerridos trepadores que de buena gana hubieran hecho gala de su agilidad y nervioso vigor sirviéndome de guías en aquel paraje.

Pasada la región de las cascadas, ya no se encuentran grandes dificultades, sino antes una serie de amenos jardines cubiertos de lirios y otra de hermosas praderas entre los undo-



El Capitán

sos peñascales desparramados en el fondo del cañón. En todas partes el granito presenta una superficie limpia y como bruñida, y en muchos parajes brillante como el cristal, con los reflejos de los rayos solares, fenómeno debido á la acción del hielo, pues el cañón fué antaño el canal por donde pasaba uno de los principales tributarios del antiguo ventisquero Yosemite.

Diez millas más arriba del valle se encuentra el hermoso lago Tenaya, y allí termina el cañón. Subiendo una ó dos más llégase á la grande *Sierra Catedral*, que semeja un templo monolítico provisto de bóveda, agujas y pináculos ornamentales tan bien contruídos y acabados como si realmente fueran obra del arte humano. Hállase en una meseta de 9,000 pies de

altura, á la cual se llega por una suave pendiente, cual si la Naturaleza al hacer una obra tan bella se hubiese complacido en procurar que presentase una inmejorable perspectiva. En efecto, mirese por donde se quiera, su forma especial y su graciosa hermosura tienen un encanto tan extraordinario que no se cansan los ojos de mirarla. Su elevación, desde el nivel del suelo hasta la cúspide, es de unos 2,500 pies. Entre los pináculos que adornan su frontispicio disfrútase de los espléndidos panoramas que ofrecen las cuencas superiores de Merced y Tuolumne.

Pasando por uno ú otro lado de la Catedral descíendese al delicioso valle Tuolumne,



Vista refleja de las cascadas Yosemiteas

desde el cual pueden hacerse excursiones al monte Dana, al lago Mono, al monte Lyell y á los muchos y muy curiosos picos que se alzan sobre los prados en la región meridional y al gran cañón Tuolumne con sus inmensos peñascales y sus impetuosas y turbulentas aguas. Las espaciosas praderas próximas á las fuentes Soda son el centro de esta atractiva comarca.

Volviendo al Yosemite y subiendo por la rama Nevada, que es la central, regada por el brazo más caudaloso del río Merced, llegamos al cabo de pocas millas á las cascadas Vernal y Nevada, cuyas respectivas alturas son de 400 y 600 pies, y que se hallan situadas en medio de las más pintorescas y sublimes maravillas que en aquellos parajes ostentan las rocas con sus caprichosas combinaciones. Más adelante, siguiendo el curso del río, entramos en el pequeño Yosemite, valle muy parecido al mayor por su forma, su vegetación y sus preciosas esculturas naturales. Tiene cerca de tres millas de longitud y los montes que lo orillan de 1,500 á 2,000 pies de altura. Desde sus cumbres despeñanse varias cascadas, en tanto que en el fondo serpentea apacible y rumoroso el río, salpicando la verde alfombra de los prados con sus cristalinas aguas.

Más allá hay otros cuatro pequeños Yosemiteas en el cañón principal, formando por junto una serie de cinco, de los cuales el más elevado se encuentra

pocas millas más bajo que la base del monte Lyell, á unos 7,800 pies sobre el nivel del mar. Describir estos parajes con todas sus maravillas, la adusta majestad de los picos que los dominan, la mansión de las nieves y los manantiales que nacen de ellas fuera prolijo en demasía y no lo consienten los límites de un artículo como el que estamos escribiendo. No nos es dable entretenernos en examinar la formación de esos silvestres paisajes, la de esas grandes masas cristalinas, cuya hechicera belleza es el embeleso de nuestros ojos, la de las nubes que á trechos cruzan el firmamento, la caída de la nieve, el despeñamiento de los aludes, la invisible marcha de los ventisqueros ni las innumerables formas de las cascadas.

De los pequeños lagos formados por el remolino de las nieves y tan característicos de

estas regiones, no hay menos de 67 en la cuenca de la más importante rama central, sin contar una infinidad de estanques más pequeños cuyas rizadas aguas reflejan en su límpida superficie el azulado campo de los cielos. En la cuenca del Illilouette hay 16, en el Tenaya y sus adyacentes 13, en la cuenca de la ensenada Yosemite 14 y en el Pohono ó *Velo nupcial* uno, formando un total de 111 lagos, cuyas aguas vienen á llenar el valle de armonías con el murmullo de sus caudalosas fuentes. Saliendo de éste por los cañones secundarios nótese una elevación del terreno á entrambos lados, al Sur hasta las fuentes de Pohono ó la ensenada del *Velo nupcial*, cuya cuenca es señalada por la extensión y belleza de sus praderas y por sus soberbios bosques de pinos epicea, y por la parte septentrional, al través de la cuenca de la ensenada Yosemite, hasta la cordillera divisoria á lo largo del cañón Tuolumne y las fuentes de la estribación ó ramal montañoso á que han dado el nombre de Hoffman.

De *The Century Magazine*, traducido por
J. COROLEU.

(Continuará).





BUSTO ROMANO ENCONTRADO EN AMPURIAS.—VISTO DE FRENTE

(Altura del original 0,38 m.)



BUSTO ROMANO ENCONTRADO EN AMPURIAS
VISTO DE PERFIL



ANÉCDOTAS

EL que comienza á manejar los pinceles aspira á retratar y da caza á la víctima, á la que somete al tormento de la inmovilidad para ofrecerle como premio una cosa que, por no ser nada, no es retrato ni caricatura. Un amigo mío convenció á uno de los mozos del Instituto de Figueras de que se dejase retratar, y puso manos á la obra, en la cual me parece que yo también contribuí; y no es de admirar sea confuso el recuerdo, porque el crimen artístico se perpetró alrededor del año 56. De perfil colocamos al desdichado, y tras varios días de poner unos colores encima de otros salió una cosa que, mirada con buen deseo y sabiendo con anticipación quién era el retratado, daba remota idea del original; y muy animados resolvimos rematar la obra rogando al modelo que no se moviese, ni hablase, ni apartase la mirada del punto en que debía tenerla fija; y durante una hora se estuvo más quieto que una estatua, aunque dando muestras de sufrimiento, hasta que le dijimos que podía moverse; entonces se llevó con coraje la mano á la parte más carnosa del cuerpo en busca de una infame pulga, que le había estado chupando la sangre desde que se sentó y él sufriendo los picotazos por no perder la inmovilidad que le habíamos exigido. El retrato no debió salir del todo mal, considerado relativamente, puesto que el interesado nos demostró su gratitud convidándonos á una merienda, en la que con buen apetito despachamos una gallina con arroz, única recompensa que he merecido como artista.

De un pintor de Barcelona de la primera mitad de este siglo, que si no me equivoco se llamó Dalmases, me contaron que retrató con mucha discreción á un caballero que usaba patillas, quien quedó tan contento de la habilidad del artista que quiso que el aplauso público sancionara el mérito de la pintura; y como de momento no podía disponer de otro público que la criada, la llamó, la puso delante del retrato y le preguntó muy satisfecho:—¿Conoces quién es?—Ya lo creo: la señora Pona. ¡Si está hablando!

Y yo digo: condenado á retratar te veas y á que te juzguen tontos. También son de temer los discretos. No hay en España quién haya igualado en los retratos á Velázquez, de quien dijeron los envidiosos que toda su habilidad se reducía á saber pintar una cabeza; y como

Felipe IV le enterara de lo que murmuraba la envidia, le contestó:—Señor, mucho me favorecen, porque yo no sé que haya quién la sepa pintar...—Cuando estuvo en Zaragoza acompañando al Rey, un caballero muy principal aprovechó la estancia del gran pintor para pedirle que retratara á su hija, á lo que accedió. La joven se puso una valona de puntas muy finas de Flandes, y Velázquez, después de haber pintado la cara, terminó la obra sin tener delante el original por no molestarla, y luego envió el cuadro al caballero, quien llamó á su hija para que viera y admirara el retrato. Lo vió, pero en vez de admirarlo mostró disgusto, y dijo que no lo admitía. Sorprendido el padre le preguntó la causa, y contestó que no lo quería porque en todo no le agradaba, pero en particular porque la valona que ella llevaba cuando la retrató, era de Flandes muy fina. A Velázquez no se le ocurrió que el retrato consistía en la finura de los encajes, y porque en ellos no se fijó y no los pintó muy finos, no gustó su obra. Llámese usted Velázquez para que eso le suceda. En 1625 pintó el retrato de Felipe IV, armado y sobre un hermoso caballo, y después de concluirlo con el estudio que acostumbraba, lo firmó y lo expuso á la censura pública, teniendo por más diligente juez al vulgo que á sí mismo. Comenzó la crítica, que como á nada compromete todos la ejercen, y se dijo del caballo que estaba pintado contra las reglas del arte, siendo tantos los pareceres como los censores, y ninguno acorde con el otro. Enfadóse Velázquez, borró la mayor parte de la pintura y firmó así: *Didacus Velaçquius, Pictor Regis, expinxit.* (Diego Velázquez, Pintor del Rey, lo desmintió).

También retrató á Quevedo con los anteojos puestos, como solía traer, costumbre á que se refiere el duque de Lerma al decirle en un romance:

Lisura en verso y en prosa,
Don Francisco, conservad,
Ya que vuestros ojos son
Tan claros como un cristal.

Cuando Felipe IV quiso hacer merced del hábito de Santiago á su pintor favorito, se instruyó el expediente de prueba, cuyo despacho se dilataba con gran satisfacción de los émulos, que acaso suscitarían alguna dificultad; pero enterado el Rey mandó al marqués de Tabara, presidente de las Órdenes, que le enviase el informe, porque quería declarar en las pruebas de Velázquez; y cuando se presentó el marqués, le dijo Felipe IV:—Poned que á mí me consta de su calidad, —con lo cual quedó el expediente terminado, porque constándole al Rey no había necesidad de más; y don Diego Velázquez obtuvo el noble y codiciado hábito de Santiago.

Si el pintor favorece al retratado, éste no suele quejarse; pero si le reproduce con demasiada exactitud no es raro ponga reparos, porque aunque parezca extraño, de la fisonomía del vecino todos tenemos exacta noticia, pero no de la propia; pero á veces lo que se llama favorecer puede ser perjudicial, como sucedió en el caso que voy á relatar. Fray Juan Bautista Mayno, de la orden de Santo Domingo, pintor tan famoso que mereció que Felipe III le eligiese para maestro de su hijo, recibió de un caballero, grande amigo suyo, el encargo de hacerle su retrato para enviarlo á una dama de Granada con quien tenía tratado matrimonio; y por lo mismo que el novio no era muy garboso, el artista suplió con el color, el dibujo y la actitud las deficiencias de la naturaleza, resultando una pintura que se parecía al original, pero no lo era. Con alborozo vió la dama el retrato, pero con frialdad y disgusto al novio cuando, pasados unos días, llegó á Granada; y preguntada por su madre, le dijo que ella había dado palabra por la persona que estaba en el retrato, pero no por la que se le ponía delante; y añadió que á quien lo hubiese pintado se le debía prohibir que hiciese retratos para casamientos de lejanas tierras.

Antonio del Castillo, cordobés, vivió en el siglo xvii y fué pintor notable. En 1666 pasó á

Sevilla, y al admirar las obras de Murillo, que estaba en su apogeo, exclamó con tristeza: — Ya murió Castillo. — Era éste gran dibujante, pero no tan buen colorista, y habiendo visto Alonso Cano unas pinturas suyas, dijo que dibujando tan bien era lástima que no fuese á Granada para enseñarle á pintar. Enterado Castillo, que era de vivo ingenio, contestó: — Mejor será que él venga por acá; le pagaremos la buena intención con enseñarle á dibujar.

Pintor distinguido, natural de Valladolid, fué Antonio Pereda, que murió en 1669 á la edad de sesenta años. No sabía leer ni escribir, de lo cual se dolía, pero tenía gran colección de estampas, papeles, borroncillos, estatuas y una excelente librería formada con obras escritas en diferentes idiomas, muchas de las cuales trataban de la pintura, las que los discípulos y amigos le leían por complacerle, ya que él no podía hacerlo; y para firmar los cuadros le escribían el nombre en un papel, copiándolo él luego. Los que iban á su estudio y veían tantos libros, algunos en latín, francés é italiano, le decían sorprendidos: — Vuesamerced será latino y entenderá la lengua italiana y la francesa, — y él respondía: — Yo, señor, no soy nada. — Y con decir la verdad quedaban engañados los que preguntaban, porque no podían suponer que Pereda no supiese leer. Era su esposa, doña Mariana Pérez de Bustamante, de familia principal, y después de casada conservó relaciones con las señoras de su clase con quienes se visitaba. Como Pereda la oyera lamentarse de no tener, como sus amigas, una dueña á su servicio que con su presencia en la antesala diese tono á la casa, le dijo un día que tendría la dueña, y en la mampara de la antesala pintó una sentada en su almohada, con antiparras y haciendo labor, ejecutada con tanta verdad que á muchos les sucedió hacerle cortesía y hablarle hasta notar el engaño. No se tiene noticia de que la tal dueña pidiera salario, vestidos, ni siquiera comida, ni de que abandonara su puesto.

Francisco de Herrera el Mozo fué hijo de Herrera, llamado el Viejo: ambos fueron pintores y muy semejantes por su carácter agrio. Habiéndose anunciado una almoneda le dió el conde-duque de Olivares el encargo de elegirle los mejores cuadros que se pusieran á la venta, como así lo hizo; pero habiendo ido el de Olivares á ver los cuadros escogidos no le gustaron los más y escogió otros, ofendiendo con esto á Herrera, quien en venganza pintó un mono que, hallándose en un verjel de flores y junto á él unas rosas muy bellas, elegía un cardo borriquero, con el cual estaba muy gozoso. Tuvo el propósito de mandar el cuadro al conde-duque, pero por fortuna don Antonio de Soto Mayor le hizo desistir del empeño, representándole las malas consecuencias que podría traerle.

Don José Donoso fué pintor y arquitecto; nació en Consuegra y murió en 1686. Fué muy amigo del famoso Claudio Coello, á quien fué á buscar un día, recibéndole una criada que hacía poco había tomado á su servicio Coello. — No está en casa el amo, le contestó. — Pues dígame que ha estado aquí Donoso. — Cuando llegó el amo le dijo la criada: — Señor, aquí ha venido á buscar á usted un señor que se llama don... don... ¡Válgate Dios! No me acuerdo. — ¿Sería fulano, zutano? — Comenzó Claudio Coello á nombrar á varios de sus amigos y conocidos. — No es, contestaba la criada: El que ha venido tiene nombre de animal. — Se echó á reír el pintor y preguntó: — Pues qué ¿es caballo ó jumento? — No señor, que es animal de monte. — ¿Es león? — No, es. — ¿Es tigre ú oso? — ¡Ay sí, señor! Oso con *don*.

El pintor don Pedro Ruiz González, que vivió en el siglo xvii como el famoso Carreño, de quien era amigo, estaba un día en el estudio de aquél á tiempo que pintaba el retrato de Carlos II; y para plantarle á su gusto se puso en actitud Carreño y dijo á González que hiciese un apunte, quien así lo hizo según veía el natural, y como fuese el modelo mal trazado de pies y piernas, así salió el dibujo; el cual visto por Carreño dijo que estaba mal, y pidió á González

que le sirviese de modelo para dibujarle. Terminada la tarea le dijo Carreño:—Vea vuesamerced si es todo uno.—No, señor, contestó González, no es todo uno; que yo hice lo que vela y no tengo yo la culpa de ser más bien trazado que vuesamerced.

En uno de sus viajes á Portugal se detuvo Felipe II en Badajoz, donde vió al pintor Morales, llamado el Divino.—Muy viejo estáis, Morales, le dijo.—Sí, señor, muy viejo y muy pobre.—Oídas estas palabras por el Rey, que fué gran protector de las artes y de los artistas, volvióse á su tesorero y ordenó que en las arcas reales de aquella ciudad se le señalaran doscientos ducados para comer.—Señor, ¿y para cenar? preguntó Morales.—Que le señalen otro ciento, mandó Felipe II.

TEODORO BARÓ.



SELLOS DE CORREOS DEL CENTENARIO DE AMÉRICA EN LOS ESTADOS UNIDOS



Los Estados Unidos de América han tenido la feliz idea de hacer grabar sellos de correo especiales para 1893, dedicados todos al Centenario del descubrimiento de América. Es una manera ingeniosa de popularizar los hechos principales y los más ilustres personajes relacionados con el acontecimiento. Hemos creído curioso reproducir las diferentes clases de sellos que se han puesto á la venta y que buscarán con afán los coleccionistas.

He ahí su descripción, precios y colores:

1.—Sello de 5 dollars (negro).—Busto de Colón circunscrito en un medallón, con figuras simbólicas á los lados de América y de la Libertad.

2.—Sello de 4 dollars (carmín).—Retratos en medallones de la Reina Isabel y de Colón, sacados de cuadros antiguos.

3.—Sello de 3 dollars (verde amarillento).—Colón refiere su tercer viaje.—De F. Jover.

4.—Sello de 2 dollars (encarnado).—Colón ahorrado.—De Leutze.

5.—Sello de 1 dollar (salmón).—La Reina Isabel empeña sus joyas.—De Muñoz Degraín.

6.—Sello de 50 céntimos (azul muy oscuro).—Llamamiento de Colón á España.—De A. G. Heaton.

7.—Sello de 30 céntimos (amarillo oscuro).—Colón en la Rábida.—De R. Maso.

8.—Sello de 15 céntimos (verde oscuro).—Colón da cuenta á los Reyes de su descubrimiento.—De R. Balaca.

9.—Sello de 10 céntimos (castaño).—Colón presenta á los Reyes naturales del país descubierto.—De L. Gregori.

10.—Sello de 6 céntimos (púrpura).—Recibimiento solemne de Colón en Barcelona.—De R. Rogers.

11.—Sello de 5 céntimos (chocolate).—Colón solicita el auxilio de la Reina Isabel.—De Brozik.

12.—Sello de 4 céntimos (azul de Ultramar).—La flota de Colón.—De un grabado español.

13.—Sello de 3 céntimos (verde).—La capitana de Colón.—De un grabado español.

14.—Sello de 2 céntimos (morado oscuro).—Desembarco de Colón.—De Bauderlyn.

15.—Sello de 1 céntimo (azul).—Colón ve por primera vez la nueva tierra.—De W. H. Powell.



NUESTROS GRABADOS

¡ALTO!

CUADRO DE JOSÉ CUSACHS

El artista José Cusachs perteneció por muchos años al Real cuerpo de Artillería, en el que llegó á elevada graduación. El amor al arte le hizo retirarse del ejército, con el fin de que nada le distrajera de sus aficiones favoritas. Cuando Cusachs se retiró había ya podido ver al soldado en el cuartel, en el campamento, en las escaramuzas y en las batallas; conocer bien los oficiales de nuestro ejército; y haber estudiado menudamente las costumbres militares. Poseía, por lo tanto, los elementos necesarios para ser en nuestro país lo que Neuville y Detaille han sido en Francia, teniendo, además, como tiene, dotes envidiables de pintor y de artista. Todos sus cuadros cautivan por la exactitud de las escenas, por la fidelidad de los tipos, por la puntualidad extraordinaria de los detalles. A la vez hay en ellos facilidad y vigor en la pincelada y armonía en el colorido. El fondo del paisaje, parte muy principal en casi todos los temas militares, está tratado con superior inteligencia, que se nota particularmente en los términos y en los celajes. ¡Alto! lleva por título el cuadro que de dicho artista reproducimos en la pág. 472. La voz de ¡Alto! es transmitida á la batería que se descubre en el fondo. La figura que domina en el cuadro nada deja que desear en su expresiva actitud, ni en las líneas del caballo y del jinete. Es una escena, frecuente en la vida militar, sorprendida por el ojo diestro del artista, acostumbrado á verlas primero y luego á reproducirlas.

RECONOCIMIENTO DE UN VADO

CUADRO DE JOSÉ CUSACHS

Una brigada de caballería de un cuerpo de ejército ha de pasar un río y acaba de llegar al punto de la orilla donde existe un vado. Previsor el jefe no deja que pasen las fuerzas confiadas á su mando sin enterarse antes de las condiciones del paso y ver si puede vadearse el río sin peligro para su gente. Este es el momento que ha pintado el distinguido artista autor del cuadro en que nos ocupamos. En primer término aparece el interesante grupo formado por el jefe, por otros dos oficiales y por el guía, que indica el sitio más á propósito para vadear la corriente. En segundo término se descubre la masa de caballería que se pierde en lontananza, en un terreno pantanoso, del que ha sacado el autor muchísimo partido. La línea sinuosa del río, el cielo con finas nubes, los contados pormenores del

paisaje contribuyen á dar interés á esta obra, llena también de verdad y ejecutada con notable valentía.

PASO DE UN RÍO

CUADRO DE JOSÉ CUSACHS

Forma este cuadro pareja con el que damos en la página 449. La brigada está pasando ya el río por un vado que permite hacerlo sin grave molestia. Parte de las fuerzas han realizado ya la operación y con el Estado Mayor aguardan, entre la arboleda de la orilla, que acabe de pasar el resto. Una sección de caballería atraviesa el río en el momento elegido por el autor. El caballo de un oficial se detiene en mitad de la corriente para beber, cosa frecuente en toda clase de caballerías y detalle que ayuda en gran manera á la naturalidad dominante en todo el cuadro. El grupo que se ve en medio del río acredita por sí solo el talento de Cusachs, puesto que se halla dibujado con peregrina maestría y es de una actitud encantadora en todas sus partes. Cada uno de los seis caballos está sacado del natural; es el resultado de la impresión que recibiría el artista en algunas de sus campañas, al ser vadeado un río por el cuerpo ó brigada de que formaba parte. El paisaje es precioso en este lienzo. La sencillez de la línea le imprime grandiosidad, dándole movimiento al par los árboles muy bien dibujados. El agua transparente del río y el fondo de celaje redondean la acabada impresión que produce este cuadro.

«LOS GUARDIANS DE LA CASA»

CUADRO DE TOMÁS MORAGAS

(Propiedad de la Excm. Diputación Provincial de Barcelona)

Con admirable fidelidad ha sacado en este lienzo el distinguido artista Tomás Moragas, la perspectiva del aposento que en la casa catalana sirve para mayor número de menesteres. La ventana con los poyos laterales, la artesa para amasar el pan, la mesa con el típico porrón, la cuna, hasta la niña que monda las patatas para la comida ó la cena, todo ha sido tomado del natural con el cuidado de quien siente cariño por el asunto. «Los guardians de la casa» lo titula, y éstos son la niña hacendosa y el can dormido cabe la mesa. Moragas le ha impreso el sello característico de las viviendas de nuestros labradores, de manera que al contemplar el cuadro imagina uno que ha de percibir el olor de la leña que arde en el hogar pronto á cocer la parca refacción de sus habitantes. La reproducción,

NUESTROS GRABADOS

trasunto exacto del cuadro original, no puede copiar la armonía del color, en lo cual es hábil maestro Tomás Moragas, mas deja adivinarla, conforme acontece en las buenas pruebas fototípicas, señalando bien los efectos de la perspectiva aérea, las distancias que existen entre los diversos objetos. Con tan sencillos medios el efecto, sin embargo, resulta sumamente agradable para la vista y para la inteligencia.

BUSTO ROMANO ENCONTRADO
EN AMPURIAS

Tres vecinos de la Escala que hicieron excavaciones en el sitio de la antigua Ampurias tuvieron la fortuna de dar con el busto en bronce que publicamos, perfectamente dibujado por don J. Ferrer y Carreras. Desde su aparición se ocuparon en él los arqueólogos, convi-



¡ALTO!—CUADRO DE JOSÉ CUSACHS

niendo los más entendidos en que el busto es el de una dama romana, probablemente de los tiempos de Domiciano. Alguien creyó ver en él la representación de una divinidad griega, atribuyendo también origen griego á la escultura, mas pronto quedó desvanecida esta suposición. El busto es de una dama joven, de rostro agraciado, á pesar de algunos rasgos exagerados, más bella de perfil que de frente. Acaso lo más notable consiste en el peinado, que forma por delante una gruesa diadema de cabellos ó de alguna otra materia postiza, siguiendo en pequeñas trenzas por encima de

la cabeza y acabando en un moño formado por trenzas mucho más gruesas. En conjunto tiene este busto mucho carácter y está hábilmente modelado. Acrecientan su expresión y le imprimen aire más realista los ojos, hechos de una pasta blanca y con una piedra negra en la pupila. Esta piedra falta en el ojo derecho. El erudito arqueólogo señor Brunet y Bellet, concordando también con la opinión de ser el busto de una dama romana, opina, además, que es el retrato de una señora ampurdanesa del siglo II de nuestra Era.

¡PASIÓN!

NOVELA ORIGINAL

DE

M. Martínez Barrionuevo

(CONTINUACIÓN)

XX

Fizo doña Blanca lo que su madre la pidió; se entregó en manos de sus camareras, que la vistieron y la adornaron muy ricamente; el bello cuerpo de la virgen se apasionó en los costosos brocados cuajadísimos de pedrería; pero á su cara altiva nadie le quitó aquellos colores pálidos de la muerte: acompañó á doña Leonor, como un autómata, á Santa Marina; ocuparon el sitio que por su rango y alteza merecieron, y ya doña Blanca no se ocupó más de aquel espectáculo aparatoso y deslumbrante.

Toda la iglesia se veía con muy vistosas galas de flores y colgaduras; la efigie santa, á cuyo nombre se da culto, rodeábase de una montaña de luces que resplandecían con extraños destellos sobre los artesones pulimentados y las lámparas de plata; la hija de Máinez y Carrillo no

TOMO II. — 60.



vió el lujoso estrado; no vió á los respetables teólogos y literatos ilustres, que en aquel, como en todos los tiempos, daban prez y renombre á la ciudad y á España; no vió á los sabios disertantes que discurrían pomposamente, como preludio á la distribución de los premios y á la lectura de las poesías; no se hizo cargo de la multitud que llenaba el templo, apretándose más y más con sordo hervir, que iba extendiéndose hasta el mismo atrio, y saliendo para reproducirse una vez y otra en la plazuela, ¡ay! no, doña Blanca no tenía corazón ni pensamiento para otra cosa que para la carta que envió don Fermín á su tío.

Según lo que pudo juzgar por la epístola de Santisteban, halló la joven mucho de terrible en la conducta de don Martín; le pareció desesperado aquello. ¿Había algún secreto, Dios poderoso, en la existencia de don Martín que le llevase á la desesperación hasta el punto de no comprender que había en el mundo seres que también sufrieran y se desesperaran del sufrimiento y desesperación suya?

Con honda turbación de ánimo, todas estas reflexiones hacía la hija de Máinez y Carrillo sin darse cuenta en modo alguno del tiempo que pasó.

No hubiera sabido tampoco hasta cuándo habría permanecido así; la sacó de sus dolorosas reflexiones doña Leonor, su madre, que le tocó en un brazo ligeramente.

—Atiende, dijo.

—¿Qué?

—Los nombres de los poetas premiados van á decir.

Doña Blanca se encogió de hombros: en aquel encogimiento de hombros quiso expresar lo siguiente:

—¡Qué me importa el nombre de nadie como no sea el nombre de don Martín!

Doña Leonor no pudo comprenderla y ni la miró tampoco, pero otra persona observábala con mucho cuidado desde corto trecho; era doña Casilda.

Otra vez metíase doña Blanca en su abstracción cuando oyó vibrar en la iglesia como una dulce plegaria de ángeles un nombre queridísimo.

Fué el nombre de don Martín.

Cuando se abrió el sobre para saber cómo se llamaba el poeta que había merecido el premio de honor, que tantas inquietudes hizo pasar al bendito padre Roelas, encontráronse que lo obtuvo don Martín Pedrosa.

El nombre de don Martín, muy conocido ya en el barrio de Santa Marina, corrió entre la multitud que llenaba las naves, rindiéndosele elogio por su buen corazón y mucha sabiduría.

Doña Leonor no cabía en sí de gozo, parecióle aquello cosa propia; su placer llegó á tanto como si el galardón lo hubiese recibido don Fermín ó ella misma: no hacía más que cuchichear al oído de doña Blanca para contarle su gran regocijo por aquello. Doña Blanca, entretanto, ora amarillenta como la muerte misma, ó encendida ya por el sonrojo, contestaba á su madre con extraños monosílabos; acercóse á ella doña Casilda en aquel punto, y al oír su palabra, la turbación de la joven fué muy grande, sin que se hubiese explicado nunca el motivo.

—¿No te alegras? hábale preguntado la de Sarabia.

—Sí, mucho, contestó lacónicamente.

—No se lo figurará nadie viendo tu cara seria y triste. ¡Qué tienes, dímelo!

Doña Blanca pareció aturdirse más con aquella pregunta, se encogió de hombros como lo había hecho antes, y contestó con gran dominio de todo su ser:

—No tengo nada, Casilda; me place mucho que á don Martín galardonen, pero conozco su valor y no me extraña, por eso quizás mi regocijo no te parezca mucho. Estoy considerándoos

á vosotras, doña Leonor y tú; yo gozo también, añadió sonriendo, pero deja, deja que no me alborote.

Doña Casilda guardó silencio y siguió observándola. Doña Leonor hallábase con el oído y la vista muy puestos en lo que sucedía allá en la tribuna, que levantaron provisionalmente: alguna cosa extraña hubo de notarse; los cuchicheos entre la multitud fueron grandísimos. Doña Casilda pareció muy atenta también, dejando por un momento de contemplar á la hija de Máinez y Carrillo; llamó doña Leonor otra vez la atención de ésta para que se fijase como los demás y ella misma lo hicieran.

Efectivamente, algo había ocurrido en la tribuna; lo que ocurrió fué que cuando el secretario de luenga barba, de voz tonante y majestuosa rompió el sobrescrito para sacar el pliego donde había el autor anotado su nombre, halló con sorpresa algunas palabras escritas debajo; leyólas, y los gestos y ademanes de extrañeza y asombro que hizo durante la lectura fué lo que llamó la atención del auditorio; notóse después que los señores del tribunal hablaban entre sí como si deliberasen y la ansiedad del público fué entonces mucha.

¿Qué había escrito don Martín debajo de su nombre?

En aquel punto fué cuando doña Leonor hizo fijar nuevamente la atención de su hija: el padre Roelas y maese Luis hallábanse detrás de las damas y entre sí también tuvieron ocasión de mantener una plática muy por lo bajo.

—¿Y qué me dice vuestra merced de todo esto, padre Roelas?

—No sé qué le diga á vuestra merced, pero ya sabe mi sentir en el asunto.

—Pues si supiera el sentir de vuesa merced, á buen seguro que no le preguntase una palabra.

—Pues dígoos entonces, maese, que tenéis muy poca memoria; á esa flor 'natural me refería...

—¿Mal os huele aún?

—Ninguna cosa buena podrá salir de cosa que tan profana es.

Quedóse murmurando maese Luis algunas frases, que no hubieran gustado poco ni mucho al bendito Roelas, y reinó de repente en el sagrado lugar un silencio que pareció de tumba.

Hacíanse orejas todos y doña Leonor decláale muy quedo á doña Blanca:

—¡Oye, oye!

Era que el secretario disponíase á leer al público lo que don Martín había dejado escrito al pie de su nombre.

La voz grave y lenta resonó en lo profundo del ser de cada uno de los que la oyeron. El escrito de don Martín decía:

«Por mi fe en Dios creo que la obra humildísima de mi ingenio, que ante ese tribunal que no conozco ni creo que me conozca, presenté, alcanzará galardón en este día, que yo seré partido á lejanos lugares, á guerrear con los moros; suficiencia ninguna tengo, y si convencido estoy de que galardón merecerá es por el piadoso sentir que mi espíritu anima.

»Como súplica ferviente que un moribundo hiciera, pido al tribunal que delibere y al público que oiga, que uno y otro cuiden, en la parte que su corazón les pueda señalar, de que se ejecute lo que á todos ruego y que explicaré muy pronto.

»Es voluntad mía que el tribunal acoja un vaso de oro que de mi orden le pondrán de manifiesto; en ese vaso de oro estará la flor por mi fe ganada en el altar de la Virgen; y por mi gran fe de que ya hice mención, espero que la flor no se marchite mientras yo viva gue-

rreando contra infieles; cuando la flor se marchitase, que doblen las campanas á muerto y que las almas piadosas me encomienden á Dios.»

Tal fué el contenido del documento, que sirvió en aquellos días para exaltar el fervor piadoso de los cordobeses á la Virgen de Santa Marina. Hubo en el mismo templo grandes aclamaciones á la Virgen y al caballero don Martín: una fe tan ciega había conmovido á todos.

—Y ahora, ¿qué dice el padre Roelas? preguntábale maese Luis con un tonillo que, Dios me perdone, pero tenía algo de fisgón.

—Ahora digo, respondió el seráfico varón fervorosamente, que eso de la flor natural es un milagro que Dios quiere hacer para alguna cosa grande y que lo hará sin duda; acatemos los designios supremos.

Doña Leonor habíase levantado sin paciencia para aguantar más, y esperó de pie á que el acto solemnisimo terminase. Apenas el secretario terminó la lectura, un hombre vestido de negro, á semejanza de los soldados de la compañía de don Martín, se presentó al tribunal, llevando sobre rica bandeja el vaso del precioso metal; fué hecho todo como don Martín lo pidió, y se dió á la ceremonia una solemnidad inmensa: el espíritu de los espectadores parecía vagar inquieto, y como ahogado por una opresión muy grande: allí estaba aquella flor: ¿Quién no sabe lo que es la vida de las flores? Un día, dos, tres á lo sumo, podría durar: permaneciendo fresca más días el milagro resultaría patente: si se marchitaba, aquel hombre de fe tan sobrenatural habría muerto.

Habréis sin duda pensado en doña Blanca y en la impresión que aquellas novedades harían en su espíritu; oyó atenta desde que su madre la avisó, y sin aviso ningún otro lo hiciera lo mismo, que toda el alma y la vida tenía ella puestos con antelación en las palabras que se iban á leer.

Quedó pálida, inmóvil, con los ojos fijos y la sangre suspensa, cuando la lectura hubo terminado; estaba viendo perfectamente la flor, allí, en su vaso de oro, que resplandecía delante de la Virgen, con la luz de los blandones, poniendo relámpagos en los ojos. ¿Era posible que la vida de don Martín durase lo que la vida de aquella flor? ¡Cielos, cuán desdichada había nacido por no permitir aquella Virgen piadosa matarla antes que don Martín muriese!

Cerrados los ojos, como para entregarse á la oración, sin que la vista de los objetos exteriores pudiese distraerla, clamó de ese modo dentro de su alma inmóvil aún, cruzadas las manos, lívido el rostro, y como si todo un mundo horrible y desconocido hasta entonces para ella la estuviese aplastando. En la abstracción en que todos hallábanse, no pudo sospechar doña Blanca la febril ansiedad con que se clavaron en ella los ojos de doña Casilda, mientras la hija de Máinez y Carrillo oyó la lectura del documento de don Martín.

Abrió al fin los ojos, y con lo primero que su mirada se tropezó fué con la otra mirada ansiosa y febril de su amiga; sintió aquella mirada en su corazón como puñal ardiendo, con que se lo atravesaran. Tuvo miedo de haberse vendido á los ojos de un extraño, aunque fuese este extraño la misma doña Casilda, y se revistió súbitamente de aquella máscara de frialdad y orgullo que conocéis.

Doña Casilda, entonces, se aproximó á ella otra vez, y la habló sonriente, feliz; como siempre, encontráronse aquellas dos organizaciones tan opuestas; como siempre, contrastaron en aquel momento aquellas dos hermosuras, delicadas á la vez, dulces, en su primer vuelo, y tan distintas, tan grandes, como sus temperamentos y como sus caracteres por lo mismo.

Debo decir, para que el lector se satisfaga, porque las amaré tal vez, que el regocijo de doña Casilda no era forzado como en otras ocasiones; su natural alegre tuvo bastante con vislumbrar allá lejos, muy lejos, una lucecilla de esperanza imperceptible apenas; con eso tuvo bastante, digo, para cobrar bríos, y trabajar por su parte, para que su esperanza no quedase fallida; era activa, discreta, ingeniosa; amaba la existencia; la existencia para ella constituíase en el amor de don Fermín; tuvo una esperanza, la de que su amiga no amase á Santisteban; se realizó, era mujer y amaba, y supo muy pronto, por tal motivo, á qué atenerse.

Observó desde entonces con mucho cuidado á doña Blanca, y poco á poco fué confirmándose también lo que al principio le pareciera un absurdo.

En que la hija de Máinez y Carrillo amaba á don Martín.

Para que comprendan lo extraordinario del descubrimiento que hizo, baste decir, que doña Casilda se aterró, cuando llegó á convencerse: necesario le fué toda la firmeza de su amor á don Fermín, para no echarse atrás llena de miedo, porque su clara inteligencia adivinó, tras todo aquello velado, una catástrofe.

(Continuad).





Todos sabemos poco más ó menos en qué consiste el mareo.

Recibe este nombre la serie de fenómenos morbosos que presentan la mayor parte de las personas que viajan por mar.

Por lo común, los ataques de esta enfermedad no están acostumbrados á los viajes marítimos; pero acontece también con frecuencia que se vean ataques por el mareo viejos marinos al emprender un viaje después de algún tiempo de descanso. Por lo regular, el mal desaparece al cabo de algunos días, pero á veces dura toda la travesía, aunque sea ésta de semanas enteras. También de ordinario cesa después de desembarcar.

Los síntomas del mal son perfectamente conocidos. Primero se presentan los vértigos, se anda con inseguridad, se sienten desvanecimientos, y hay necesidad de sentarse ó acostarse. Luego aparecen los desórdenes abdominales; se experimenta el mismo malestar que en una indigestión; vienen las náuseas y muy pronto los vómitos, que son á veces en extremo dolorosos y molestos. El enfermo de mareo pierde la energía, no puede levantarse, es indiferente á todo cuanto ocurre á su alrededor, y hasta incapaz de hacer el más pequeño movimiento. ¡Cuántas veces hemos oído exclamar á los ataques de mareo, que es tanta su debilidad, que si se vieran en peligro inminente no tendrían la fuerza necesaria para intentar librarse de él!

A pesar de todo, esta afirmación es un tanto exagerada, pues no han faltado casos en los que el temor á un gran peligro ha devuelto al enfermo la perdida energía y le ha cortado los vómitos en el preciso momento en que la enfermedad se hallaba en el período más intenso.

Los animales son también víctimas del mareo. Los perros se entristecen guareciéndose en un rincón del barco, sin moverse ni querer comer; pero, según parece, á los pocos días ya están acostumbrados á la vida de bordo y pronto se ponen alegres y bulliciosos. Las gallinas, los gatos, los caballos, etc., etc., se ven también atacados; en algunos de estos animales hay aumento de salivación, pero es digno de notarse que salvo muy raras excepciones *no vomitan*.

No hablemos de las causas que producen la enfermedad, porque caen bajo el dominio de la medicina; pero creemos útil dar á conocer los medios de prevenir ó disminuir en lo posible la intensidad del mal.

Se aconseja como preservativo el comer antes de embarcarse, y en efecto, se ha observado repetidas

veces que los vómitos son más dolorosos si se ha pasado mucho tiempo sin comer nada.

También es una precaución muy útil envolverse el vientre con una ancha faja, dando con ella distintas veces la vuelta al cuerpo. Con esta precaución se evitan los movimientos.

Al embarcarse conviene estar, mientras sea posible, al aire libre en el centro de la nave, en donde los variados movimientos de la embarcación alcanzan menos amplitud; sin embargo, ha de evitarse la proximidad de la máquina de vapor, porque el mal olor que despiden el alquitrán, el carbón, la grasa, etc., aumentan las náuseas.

Es preferible estar sentado ó acostado que andar; los bruscos movimientos del barco hacen que la marcha sea muy desigual y en su consecuencia predisponen á los vahidos. También es preciso, en caso de que la indisposición no permita permanecer en el puente y obligue á retirarse al camarote, evitar toda sacudida inútil y seguir los movimientos del barco. Para lograr esto, conviene sujetar al enfermo en la camilla por medio de diversos objetos, almohadones, etc., colocados á su alrededor.

Por último, en el caso de que las diversas precauciones indicadas no dieran ningún resultado, se aliviará mucho el mal por medio de la siguiente receta:

Clorhidrato de cocaína.	0'25 gramos
Agua.	30 »
Cofiac.	60 »
Jarabe de membrillo.	15 »
Jarabe de corteza de naranjas.	15 »

De ella se tomará una cucharada cada media hora ó cada cuarto de hora. Esta poción no evita el vértigo, pero sí los vómitos.

La antipirina á la dosis de 3 gramos en dos tomas ha sido también indicada por sus felices resultados.

Tomando las precauciones indicadas, y en caso de necesidad el medicamento mencionado, no se crea que se cure siempre el mareo; lo que sí puede afirmarse es que se atenuarán sus dolorosos efectos, lo cual sin duda es una gran ventaja para el paciente.

* * *

Entre los doctores del Japón, el caso de medicina más grave es aquel en que el enfermo no tiene dinero.

* * *

Entró un muchacho en una tienda (era en Madrid, el 22 de Abril de 1856), y después de haber tomado un

panecillo, echó sobre el mostrador un medio duro para que se cobrase el tendero.

—Chico, este medio duro es falso, dijo el vendedor, viendo que la moneda era de estaño.

—¡Falso! dijo el chiquillo en la mayor inocencia; ¡pues ya! ¡conque lo acaba de hacer mi padre y será falso!

El tendero se dió tan buena maña para encontrar al monedero falso, que á las pocas horas se encontró ya éste en la cárcel.

Esto prueba que *la inocencia es el enemigo más temible del crimen.*

Por el año 1824 se ensayaba en Madrid (teatro del Príncipe), un drama en el cual hay una escena representada por salvajes. Con este motivo se trabó entre el portero del escenario y un sacasillas recién admitido el siguiente diálogo:

—¿A dónde va usted?

—Al ensayo.

—No se puede entrar.

—¡Pero si me han avisado!...

—¡Cómo! ¿usted trabaja? ¿Es usted cómico?

—No señor; soy un salvaje.

Cierto bufón tenía un libro en el cual apuntaba todas las faltas ó burradas que cometían las personas más notables de su tiempo.

—¿Estoy yo apuntado en tu libro? le preguntó un día el rey de Nápoles.

—Voy á verlo... Sí, oid: «Burrada que ha cometido Alfonso, rey de Nápoles, por haber mandado á Alemania á un alemán que había en su corte, con doce mil florines de oro para comprarle caballos.»

—Pero, ¿y si el alemán me trae los caballos ó me devuelve el dinero, qué dirás entonces?

—Entonces borraré del libro á V. M., y apuntaré la burrada del alemán.

Si continúa el buen tiempo pronto se tendrán que

sustituir las mantas de lana de las camas por otras de menos abrigo. Si es posible limpiarlas en casa, lo que es muy ventajoso, puede emplearse el siguiente procedimiento:

Échese en una cubeta llena de agua fría cuatro cucharadas aproximadamente de amoníaco ó de esencia de trementina; déjese sumergida en ella por un momento la manta de lana que se desea limpiar; frótese en seguida y luego lávese y póngase á secar.

Se puede obtener un aceite de violetas, que es excelente para el cabello, llenando de estas flores, quitándoles antes los tallos, un embudo, del cual se tapará la salida empleando algodón moderadamente apretado. En este estado debe llenarse el embudo de aceite de almendras y cerrarlo herméticamente. El líquido que filtrará gota á gota tendrá el perfume de las violetas, y si se coloca luego en botellitas bien tapadas, será un delicado aceite de tocador para los cabellos, que conservará el olor de aquellas flores por espacio de mucho tiempo.

El embustero es un almacén de promesas y de excusas.—PROVERBIO PERSA.

Siempre que pedimos anticipos á la naturaleza, nos hace pagar muy caros los intereses.—DUCLÓS.

Nuestro orgullo nos pone á merced de cualquiera que guste tomarse la molestia de lisonjearnos.—MANIAS.

Para vivir en paz contigo mismo, es preciso que estés haciendo continua guerra á tus parientes.—SANIAL-DUBAY.

La prudencia no evita los contratiempos, pero la imprudencia siempre provoca algunos.—SINGRE.



EL BUSCADOR DE ORO

No se trata de dar con la piedra filosofal, ni siquiera de abrir pozos y galerías en terrenos cuarzosos, ni de establecer sociedades de crédito que den intereses superiores al capital: aquí vamos á fabricar un pequeño

aparato que no es sino copia de los que se usan en Australia para separar las partículas auríferas de los granos de sílice y arcilla. No es difícil la construcción de ese aparato y puede ser útil á los joyeros para encontrar entre las cenizas y el polvo las limaduras de oro y plata.

Esta experiencia está fundada en el principio de la desigual densidad de los cuerpos, manifestada de un modo álgido por el movimiento de rotación en el seno de un líquido.

Todo consiste en imitar la forma y el movimiento de los taladros que agujerean los barreños, sólo que aquí la peonza está vacía y contiene la mezcla de polvos que se quiere separar. Una taza sin asa atravesada por una



regla que termina en una punta de hierro basta para el objeto: pero si no se quiere taladrar la taza, (puedese fijar un trozo de cuadradillo con lacre bueno, en el fondo de la taza, y debajo del soporte se fija también con lacre un tapón que sirva de encaje á la punta de París); como se ve, este aparato es sencillísimo y de manejo todavía más, pues se reduce á imprimir en las facetas del cuadradillo un movimiento vivo de rotación de izquierda á derecha, hasta que por efecto de ese óvalo vertiginoso dentro de una sopera ú otra vasija llena de agua, quedan en el fondo de la taza las partículas metálicas, y todo lo demás fuera de ella.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

TO-LÚ

Soluciones á las fugas de consonantes:

No todos somos bobos;
locos lo somos todos.La mala llaga sana;
la mala fama mata.

CHARADAS

Si con *tres una* te rascan
no harás *doble una*, lector;
que es un cuero superior
donde las limas se atascan.

Tercia segunda el beodo
mientras *dos una* de un pino,
y le arremete sin tino
un animal, que es el *todo*.

El cartero concienzudo
con *dos tres una* cargado
sube al tren preocupado
que parece sordo y mudo.

Cada cual da lo que tiene,
y así producen sin cuento
sin el menor espaviento
dos dos el viejo y el nene.

Recoge mi *todo*, todo
y lo recoge de un modo,
aun pegado cual *dos prima*,
que á su tarea da cima.

RAFAEL.

CUADRADO NUMÉRICO

Sustituir en el presente cuadro los espacios de las casillas por números de modo que horizontal y verticalmente sumados, den como resultado el número 81, y que la suma de los números comprendidos en las casillas que á partir de los vértices de los ángulos opuestos se crucen en el centro, den como resultado dos números primos entre sí.

N. BADÍA ÁLVAREZ, de Mondoñedo.

CRIPTOGRAFÍA

a a a a c d e e e g i l m n r r s s t u v

Formar con estas letras el nombre de un gran escritor español.

R. M., de Barcelona.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos mucho cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados los derechos artísticos y literarios.—IMP. ESPASA Y COMP.



MIRA, YA ESTÁN AQUÍ LAS GOLONDRINAS.—CUADRO DE H. HIRT



MEMORÁNDUM

Con la pompa tradicional en la corte de España se abrieron el 5 de este mes las nuevas Cortes. El acto resultó imponente y dió ocasión para que fuesen festejados y aclamados SS. MM. el Rey y la Reina. La Regente leyó con firme entonación el largo discurso del trono, que el Gobierno puso en sus manos. Las numerosas y distinguidísimas personas, señoras y caballeros, que concurrieron al acto de la apertura, pudieron ver que S. M. el rey don Alfonso XIII, aunque algo delgado, conforme ocurre en todos los niños en la época del crecimiento, disfruta de excelente salud, que se le robustecerá aún más, sin duda alguna, con los baños de mar durante el próximo verano. Al acto de que hablamos asistieron SS. AA. las infantas doña Isabel y doña Eulalia, el infante don Antonio, S. A. I. la archiduquesa doña Isabel, el cuerpo diplomático, presidiéndolo el cardenal de Pietro, nuncio de Su Santidad, los ministros, los altos dignatarios palatinos, los representantes de la Nación y otras varias principales personas. La concurrencia de señoras fué tan extraordinaria, que los sitiales del Senado, en donde se verificó la ceremonia, quedaron llenos, no encontrando sitio los que allí lo tienen señalado en semejantes días. ¡Quiera Dios que sean fecundas las tareas de las Cortes en la legislatura que acaba de inaugurarse!

* * *

La tirante situación en que se encuentran Francia y Alemania se agrava por cualquier incidente ocurrido en uno ú otro de los dos países. Hace poco la expulsión de Francia del corresponsal del *Berliner Tageblatt* (Diario de Berlín), hizo recrudecer de nuevo la animadversión entre ambas naciones, viva siempre, conforme hemos indicado, desde la guerra de 1870. Varios periódicos berlineses publicaron artículos belicosos motivados por los insultos y atropellos de que había sido objeto el señor Otón Brandés, que es el corresponsal aludido, al tomar el camino de hierro para salir de Francia. El tono de alguno de los periódicos á que nos referimos, singularmente el de alguno de ellos que tiene carácter oficial, pudo hacer creer que las cosas irían más allá de un desahogo de la prensa, eco más ó menos fiel de los sentimientos populares. No fué así, sin embargo, porque la verdad es que todas las grandes potencias temen hoy las complicaciones que pueden sobrevenir, y que aún las más apercebidas para la guerra ven con temor el posible rompimiento de las hostilidades. Así, pues, el señor Brandés hubo de cumplir la orden de expulsión y otro tanto el señor Wedel, y sólo para responder á estos

acuerdos del gobierno francés la policía política de Berlín ha recibido orden de formar una lista de los periodistas franceses que allí viven, á fin de someterlos á una vigilancia activa y de expulsarlos al primer ataque que dirijan al Emperador ó al Imperio. Como en este punto puede haber mucha latitud, el gobierno alemán empleará un criterio más ó menos riguroso, según se portare el gobierno francés, de manera que bien puede asegurarse que á un periodista alemán expulsado de Francia, le seguirá un periodista francés, á quien se obligará á abandonar el territorio de Alemania. En suma, guerra de guerrillas que mantendrá encendido el fuego del rencor entre las dos naciones.

* * *

En Inglaterra continúan haciendo los partidos conservador y unionista una guerra sin cuartel al proyecto del *Home Rule* para Irlanda. Lord Salisbury y su lugarteniente Mr. Balfour, en quien existe la pasta de un verdadero hombre de Estado, luchan ardorosamente para dificultar la marcha parlamentaria de aquel proyecto y hacen contra él una propaganda activa, realizando excursiones á este intento, y pronunciando largos y calurosos discursos. En la Cámara de los Comunes la oposición acude á todos los medios, hasta llegar al obstruccionismo para retardar la discusión de los proyectos y proposiciones sometidas á la resolución de aquella Cámara por el ministerio de Mr. Gladstone. Una de las sesiones, que empezó á las cuatro de la tarde, se prolongó hasta las cinco de la madrugada. Mr. Gladstone, en tanto, da cada día pruebas de una fuerza y de una virilidad que parecen maravillosas á su avanzada edad de ochenta y tres años bien cumplidos. A estas excepcionales condiciones aludimos en una de las pasadas crónicas. Ahora padeció un nuevo ataque de *influenza*, y apenas restablecido, reanudó la agitada vida que lleva todos los días. En uno de ellos—para que se vea su robustez—se ocupó asiduamente, de las diez de la mañana al medio día, en graves negocios de Estado, enterándose de todos ellos y despachándolos. En seguida tuvo en el ministerio de Negocios Extranjeros una numerosa reunión, que presidió, y en la que habló por espacio de tres cuartos de hora con su acostumbrada elocuencia, puesto que Mr. Gladstone es uno de los oradores más fáciles, más brillantes y más correctos de Inglaterra. A las cuatro de la tarde acudió á la Cámara de los Comunes para responder á diversas interpelaciones, y por fin, á las nueve y media de la noche, volvió á la misma Cámara, pronunciando entonces otro discurso de una hora para contestar á Mr. Balfour.

* * *

La cuestión de Egipto sigue preocupando á los ingleses. Ya dijimos que era difícil si no imposible que ni el Kedive, ni los ministros suyos, identificados con los sentimientos del país, renunciasen á sus aspiraciones de librarlo de la tutela de Inglaterra. Paróse el golpe merced á las gestiones de lord Cromer, pero Abbas Bajá sigue mostrándose aferrado á sus ideas, y otro tanto el presidente del Consejo de ministros Riaz Bajá, á pesar de haber sido admitido como transacción por el representante inglés. No se librá la Gran Bretaña de haber de tener ocupado militarmente el territorio egipcio, y de mantener en sus aguas una escuadra que imponga respeto, si quiere evitar que un alzamiento destruya á lo mejor toda su obra y sea origen de sangrientas escenas. La diplomacia, más ó menos tarde, habrá de intervenir en el asunto, lo cual acaso ya hubiera acontecido si Francia, la nación que más se opone á los proyectos de Inglaterra en el territorio del Nilo, no tuviese en su casa sobrados quebraderos de cabeza que le impiden pensar en la del vecino y mucho menos meterse en ella.

* * *

Dijimos que la augusta voz de León XIII podría oírse en la Exposición de Chicago merced al fonógrafo. Esta noticia ha sido confirmada. Edison, el famoso inventor de aquel aparato,

ha regalado á S. S. uno de plata con el cual pudo escuchar en las mismas habitaciones pontificias un sermón del cardenal de Westminster y un discurso de Mr. Gladstone. Seguidamente León XIII leyó en alta voz una oración muy bella que el fonógrafo retuvo y que el representante de Edison dejará oír en Chicago después que haya leído su mensaje el presidente de los Estados Unidos.

* * *

Existe en Italia una ley que prohíbe la enajenación de objetos de arte de toda clase sin consentimiento del Gobierno, que tiene en ellos un derecho muy privilegiado de tanteo. En ocasiones en que se ha tratado de ejemplares de mérito secundario, los gobiernos italianos no han sido muy exigentes en el cumplimiento de la expresada ley. Recientemente, empero, el príncipe Mateo Sciarra Colonna, que se encuentra arruinado en su fortuna, tuvo habilidad para sacar de la península cuadros de gran mérito de su célebre galería, y de venderlos en el extranjero á precios subidísimos. Súpose esto, como era de esperar, y el Gobierno le llevó ante los tribunales. Éstos le han condenado á tres meses de prisión y á 1.266,000 liras de reintegro al Estado por haber enajenado veintiún cuadros y una estatua. Este fallo ha producido triste efecto, por lo que afecta á la mencionada ilustre casa, una de las más consideradas en el patriado romano.

B.





LOS PASTELILLOS

I

AQUELLA mañana (era domingo) el confitero Sureau, de la calle Turena, llamó á su dependiente y le dijo:

—Aquí tienes los pastelillos del señor Bonnicar... llévaselos y vuelve en seguida... Según parece los versalleses han entrado en París.

El muchachuelo, que no sabía una palabra de política, puso los pastelillos, calientes aún, en su tartera, la tartera en una servilleta blanca, ambas cosas sobre su gorro y salió volando hacia la isla de San Luis, donde vivía el señor Bonnicar. La mañana se presentaba espléndida; el sol de Mayo había colmado las fruterías de lilas y de cerezas. A pesar de que la fusilería se oía en lontananza y los toques de clarín en las bocas calles, el barrio del Marais conservaba su apacible aspecto. Sentíase el domingo hasta en el aire de las calles: rondas de chiquillos en el interior de los patios, niñas jugando al volante frente las puertas, y la pequeña silueta blanca que se perdía en el desierto arroyo esparciendo un olorcillo de pastel caliente, completaban el cuadro de aquella mañana de batalla, comunicándole una especial sencillez y un particular aire de fiesta. Toda la animación del barrio parecía haberse extendido por la calle de Rivoli. Arrastrábanse cañones, se trabajaba en las barricadas, á cada paso se veían grupos de nacionales que andaban atareados; pero el buen aprendiz confitero no se inmutó por esto. ¡Están esos chiquillos tan acostumbrados á andar por entre la multitud y el ruido de la calle! Como precisamente en los días de fiesta y de bullicio, durante el trajín de los primeros del año y en los domingos de Carnaval, es cuando más tienen que andar, no les sorprenden mucho las revoluciones.

En verdad que era delicioso contemplar como aquel gorro blanco se deslizaba al través de los kepis y de las bayonetas, evitando los choques en gracioso balanceo, ora muy aprisa, ora con cierta lentitud forzada en la que se traslucía las ganas de correr más. ¡Qué le importaba la batalla! Lo principal era llegar á casa del señor Bonnicar al sonar las doce y recoger volando la propina que ya le esperaba en la mesita del recibidor.

De repente la multitud se fué arremolinando de un modo terrible; los *pupilos* de la República desfilaban con paso acelerado, cantando. Eran muchachos de doce á quince años, cargados con *chassepots*, encarnados cinturones y grandes botas, con el mismo orgullo de verse disfrazados de soldados, como cuando en días festivos juegan con sombreros de papel y algún ridículo trozo de tela encarnada en el arroyo del bulevar. El aprendiz vióse esta vez envuelto y de tal suerte empujado que le costó gran trabajo conservar el equilibrio; pero él y su tartera habían dado ya tantos resbalones en el hielo, habían jugado tanto por las aceras que los pastelillos salieron una vez más incólumes. Por desgracia el bullicio, los cantos, los cinturones rojos, la admiración que causaban aquellos muchachos despertaron en el aprendiz irresistible deseo de dar una vuelta por las calles en compañía tan agradable; así fué que, después de haber pasado ya el *Hôtel de Ville*, y los puentes de la isla de San Luis, vióse transportado Dios sabe dónde, envuelto en el polvo y el viento de aquella loca carrera.

II

Por lo menos hacía veinticinco años que los señores Bonnicar tenían la costumbre de comer pastelillos todos los domingos. A las doce en punto, cuando la familia (grandes y chicos) se hallaba reunida en el salón, un vivo y alegre campanillazo hacía exclamar á todos:

—¡Ah!... aquí está el pastelero.

Entonces, entre el extraordinario ruido de sillas y el crujido de la ropas del domingo, y el natural contento de los risueños chiquillos sentados delante la mesa puesta, aquellos felices burgueses se iban colocando alrededor de los pastelillos simétricamente puestos en pila sobre el escalfador de plata.

Pero aquel día la campanilla de la puerta permaneció silenciosa. Incomodado al último el señor Bonnicar miró el antiguo reloj de la casa, sobre el que se destacaba un airón disecado, reloj que siempre marchaba con extraordinaria precisión; los niños bostezaban aburridos, pegados á los cristales y acechando impacientes la esquina de la calle por donde el aprendiz solía pasar; la conversación decaía por momentos y el apetito, que se despierta con tanta fuerza cuando dan las doce, hacía que el comedor, á pesar de su antigua y luciente vajilla de plata sobre la adamsada mantelería, con sus servilletas dobladas á su alrededor en forma de blancos y recios cucuruchos, pareciera triste y desmantelado.

La antigua criada de la casa habíase presentado más de una vez para advertir al dueño hablándole al oído, que el asado se tostaba, que los guisantes estaban ya demasiado cocidos... Pero el señor Bonnicar estaba empeñado en no sentarse á la mesa sin tener los pastelillos; así es que, furioso contra Sureau, resolvió salir para averiguar lo que ocurría, motivando de esta suerte un nuevo é imprevisto retardo. Los vecinos, que le vieron salir colérico blandiendo el bastón, le advirtieron:

—Señor Bonnicar, vaya usted con cuidado... se asegura que los versalleses han entrado en París.

Pero el señor Bonnicar no quiso escucharles, ni hacer caso de los disparos de fusilería que se oían por la parte de Neuilly, ni aun del cañón de alarma del *Hôtel de Ville* que hacía retemblar los cristales del barrio.

—¡Oh! ¡ese Sureau... ese Sureau!

Y animado en su carrera, hablaba solo, se imaginaba ya en la tienda, golpeando las bal-

dosas con el bastón y conmoviendo los cristales del aparador con sus platos de babás. La barricada del puente de Luis Felipe cortó su cólera en seco. Algunos confederados de feroz aspecto, echados sobre el suelo desempedrado, tomaban el sol.

—¿A dónde vais, ciudadano? le preguntaron.

El buen ciudadano lo explicó, pero lo de los pastelillos parecióles sospechoso, tanto más, cuanto que el señor Bonnicar llevaba la magnífica levita de los domingos, anteojos de oro, en fin, tenía todas las apariencias de un viejo reaccionario.

—Nada, es un espía, dijeron los confederados; es preciso mandarle á Rigault.

En vista de lo cual, cuatro hombres de buena voluntad, á quienes no venía mal abandonar la barricada, empujaron á culatazos al infeliz y exasperado Bonnicar.

No sé lo que pasaría después, pero es lo cierto que al cabo de media hora, poco más ó menos, fueron presos por la tropa y llevados prisioneros á Versailles. El señor Bonnicar, levantando el bastón, protestaba más y más, explicando por centésima vez lo que ocurría, pero desgraciadamente aquella farsa de los pastelillos parecía en medio de aquel desconcierto tan absurda é increíble, que los oficiales no hacían más que reírse.

—¡Bravo, bravo, amigo!... Ya lo explicará usted en Versailles.

Y por los Campos Elíseos, blancos todavía por el humo de recientes disparos, la columna marchaba vacilante entre dos filas de cazadores.

III

Los prisioneros iban á cinco de fondo, en compactas y apretadas hileras. Para evitar que el convoy se dispersara se les obligaba á darse el brazo, y el gran rebaño humano, al pisar el polvo del camino, hacía un ruido parecido á la lluvia torrencial de una tormenta.

Al desdichado Bonnicar aquello le parecía un sueño. Sudando, jadeante y atontado por el miedo y el cansancio, andaba arrastrándose á la cola de la columna entre dos viejos repugnantes que oían á petróleo y aguardiente, y con tanto oír las palabras de confitero y pastelillos, que acompañaban siempre á las imprecaciones de Bonnicar, acabaron por creer que se había vuelto loco cuantos le rodeaban.

El caso es que el pobre señor perdía la cabeza. A las subidas y á las bajadas, cuando las hileras del convoy no marchaban tan compactas, ¿no se figuraba á cada paso ver allí entre el polvo que llenaba el fondo de los objetos, la chaqueta blanca y el gorro del aprendiz de casa Sureau? Esta blanca visión pasaba delante de sus ojos como para mortificarle, desapareciendo al instante entre la multitud de uniformes, blusas y andrajos.

Por fin, al caer la tarde llegaron á Versailles, y la multitud, al ver al viejo burgués de los anteojos, tan desaliñado, lleno de polvo y de tan salvaje aspecto, convino en que era un facineroso, y hasta algunos decían:

—Es Félix Pyat...

Y otros replicaban:

—No, es Delescluze.

No poco trabajo les costó á los cazadores de la escolta conducirle sano y salvo hasta el patio de la Orangerie. Una vez allí los pobres prisioneros pudieron dispersarse, echarse al suelo y tomar aliento. Unos dormían, otros maldecían de su suerte; éstos tosían, aquéllos lloraban; pero Bonnicar no dormía ni lloraba, sentado en el borde de un rellano de escalera y

con las manos á la cabeza, medio muerto de hambre, de vergüenza y de cansancio, volvió á ver en su imaginación la triste jornada de aquel día, la salida de su casa, la ansiedad de los convidados, su cubierto en la mesa que le estaría aguardando hasta la noche, la humillación, los insultos, los culatazos, todo, á causa de la falta de puntualidad de un pastelero.

—¡Señor Bonnicar, aquí tiene usted los pastelillos!... oyó que de pronto le decían.

Y el infeliz, al levantar la cabeza, quedóse asombrado viendo al aprendiz de Sureau que se había dejado coger con los *pupilos* de la República, descubrir la tartera que estaba oculta debajo del blanco mantel y ofrecérsela.

Y así fué como el señor Bonnicar, á pesar de la bullanga y de estar prisionero, pudo aquel domingo, al igual que los demás del año, comer sus pastelillos.

ALFONSO DAUDET.



ROMANCE

PADRE Adán, no lloréis duelos:
dejad, buen viejo, el llorar,
pues que fuisteis en la tierra
el más dichoso mortal.

De la variedad del mundo
entraste vos á gozar,
sin sastres, ni mercaderes,
plagas que trujo otra edad.

Para daros compañía,
quiso el Señor aguardar
hasta que llegó la hora
que sentistes soledad.

Costóos la mujer que os dieron
una costilla; y acá
todos los huesos nos cuestan,
aunque ellas nos poñen más.

Dormistes, y una mujer
hallastes al despertar;
y hoy, en durmiendo un marido,
halla á su lado otro Adán.

Un higo sólo os vedaron,
sea manzana si gustáis;
que yo para comer una,
Dios me lo había de mandar.

Tuvistes mujer sin madre;
¡grande suerte, y de envidiar!
gozaste mundo sin viejas,
ni suegrecita inmortal.

Si os quejáis de la serpiente,
que os hizo á entrambos marear,
cuanto es mejor la culebra
que la suegra, preguntad.

La culebra, por lo menos
os da á los dos que comáis:
si fuera suegra, os comiera
á los dos, y más y más.

Si Eva tuviera madre
como tuvo á Satanás,
comieran el Paraíso
no de un pero la mitad.

Las culebras mucho saben;
mas una suegra infernal
más sabe que las culebras:
ansí lo dice el refrán.

Llegaos á que aconsejara
madre de este temporal,
comer un bocado solo,
aunque fuera rejalgar.

Consejo fué del demonio,
que anda en ayunas lo más,
que las madres de un almuerzo
la tierra engullen y el mar.

Señor Adán, menos quejas,
y dejad el lamentar:
sabe estimar la culebra,
y no la tratéis tan mal.

Y si gustáis de trocarla
á suegras de este lugar,
ved lo que queréis encima,
que mil os la tomarán.

Esto dijo un ensuegrado,
llevándole á conjurar,
para sacarle la suegra
un cura y un sacristán.

FRANCISCO DE QUEVEDO.



CABEZA DE LEÓN

EL JUGUETE REGENERADOR



¿Qué edad tiene el pequeñuelo, señora?

A esta pregunta la madre miró al niño como quien mira al reloj para ver la hora, y contestó:

—¿Pepe? Veintinueve meses.

Bien podría decir dos años y medio; pero como Pepe demuestra gran precocidad de inteligencia y pueden contarse de él muchas cosas admirables para un niño de su edad, la madre no quiere ponerle ni un solo mes encima, no fuera que el chiquillo resultara un poco menos prodigioso ó que las otras madres sintieran una miajita menos de envidia. Tiene además otro motivo para no envejecer á su hijito ni de un solo día, y es que ella le querría siempre pequeñín, siempre *bebé*, pues á medida que vaya siendo mayor irá siendo todavía

menos suyo. Ahora mismo ya le parece como si se le fuera escapando poco á poco, porque esos ingrátuelos van desligándose de su mamá día tras día. ¡Cómo no, si el acto del nacimiento puede decirse que es ya una primera separación!

He aquí, pues, explicado el porqué Pepe cuenta precisamente veintinueve meses. ¡Buena edad! A mí, al menos, me inspira gran consideración; es la que cuentan muchos de mis amiguitos, que se portan conmigo de una manera excelente. Pero ninguno de ellos tiene la imaginación que tiene Pepe.

Pepe asocia las ideas con gran facilidad, aunque de una manera algo caprichosa. Se acuerda de las cosas por mucho tiempo y reconoce una fisonomía al cabo de más de un mes de no haberla visto. En las láminas iluminadas que le dan para jugar descubre mil particularidades que le encantan á la vez y le agitan vivamente. Cuando hojea cierto libro ilustrado con el cual se ha encariñado mucho (no ha rasgado más que la mitad de sus hojas), se excita hasta el punto de aparecer en sus mejillas manchas encarnadas, y de que sus ojos brillen demasiado.

Esas mejillas y esos ojos asustan mucho á la madre, que teme por aquella cabecita demasiado tierna aún para tanta actividad; teme la calentura, todo lo teme. Cree á veces con remordimiento que el orgullo que siente á menudo por tal precocidad de su niño ha de llevar desgracia á la criatura, y casi llega á desear que su hijo sea como el chico del panadero, que ella ve todos los días en el umbral de la tienda, con su cara gordinflona y chata, sus ojos azules sin expresión, su boca perdida entre las mejillas y su aspecto bestial de salud. Aquél no debe dar ningún cuidado á sus padres, mientras que Pepe cambia de color á cada momento, sus manecitas arden constantemente, y su sueño es siempre muy agitado.

Al médico no le gusta que el niño tenga tanta afición á mirar láminas y grabados, y recomienda que se imponga calma á sus ideas.

—Es muy sencillo, dice, hay que criarle como un perrito.

Sin embargo, eso no es tan sencillo como se figura el doctor, quien sin duda no tiene idea de la psicología de un niño de veintinueve meses. Pepe lleva en sí ricos gérmenes de vida y no tiene afectado ningún órgano esencial; pero, no cabe duda, está demasiado flaco y demasiado pálido.

Es un pequeño parisiense al que no conviene el aire de París, á pesar de lo mucho que París le gusta, precisamente por eso le conviene menos; porque le gusta demasiado, porque tantas formas, tantos colores, tanto movimiento lo agitan y le trastornan; porque siente y comprende en demasía; porque, en una palabra, se fatiga.

Pálido y enteco se lo llevó su madre en el mes de Julio á un rincón de Suiza, á un tibio valle donde no veía más que hierba y vacas; las vacas cuya espumosa leche bebía, y la aromática hierba de que se nutrían las vacas.

Aquel sencillo espectáculo no podía menos de hacerle bien: aquel reposo en el tranquilo seno de la Madre Naturaleza duró tres meses: tres meses de risueña serenidad y de comer mucho pan moreno.

En los primeros días de Octubre vi regresar á París á mi amiguito regenerado: era un Pepe enteramente nuevo; moreno, tostado, dorado, curtido, casi mofetudo, con las manos rústicas y callosas, y la voz y el reír broncos y fuertes.

—¡Miren qué horrible está mi Pepe! decía su mamá muy contenta; tiene los colores de una muñeca de sesenta céntimos.

Pero ¡ay! estos colores duraron poco. Pepe volvió á palidecer, volvió á la nervosidad y delicadeza de niño excesivamente refinado. Y era que París recobraba su ascendiente sobre él; aquel París que no se sabe en qué consiste y está en el aire que inspira agudeza de sensibilidad y de entendimiento, que perturba y que hasta á los niños da el genio de movilidad y de inventiva. Y he ahí otra vez á Pepe poniéndose pálido ó colorado sobre los libros ilustrados.

Hacia fin de Diciembre le vi nervioso, con sus ojos enormes de grandes, y sus manecitas resacas y ardientes: no quería comer ni podía dormir. El médico se contentaba con decir:

—Que coma, que coma mucho; no tiene nada.

¡Que coma! Su madre lo había probado ya todo, pero el niño no comía; y ella ahora no hacía más que llorar.

Con la noche de Navidad vinieron para Pepe multitud de juguetes, caballitos, polichinelas, soldados, etc., etc.; y á la mañana siguiente su madre, de pie delante la chimenea, contemplaba preocupada y con desconfianza tantísimo juguete haciendo tantísimo visaje.

—¡Cuántos hay, Dios mío! se dijo la madre, va á excitarse de una manera horrible.

Y muy quedito, para que Pepe no despertara, tomó el polichinela, que tenía una expresión maligna; los soldados de plomo, á los cuales creía muy capaces de llevarse más adelante á su niño á la guerra, y hasta el pobre caballo rojo, y se fué de puntillas á esconder todos estos juguetes en un armario, sin dejar sobre la chimenea más que una caja de madera blanca que contenía un establo en miniatura, juguete de siete reales que regalaba al niño un amigo pobre de la familia.

Después se acercó á la camita y se puso á contemplar al niño dormido. Mujer al fin, el bien intencionado engaño que acababa de realizar la hacía sonreír. Pero fijándose luego en los azulados párpados del niño, pensó de nuevo:

—¡Es atroz eso de no poder hacer comer nada á esta criatura!

Apenas acabaron de vestirle, Pepe abrió la caja y vió los carneros, las vacas, los caballos, los árboles (unos árboles muy rizaditos) y además el aldeano y la aldeana, él con la hoz y ella con el rastrillo (porque bien mirado, aquello más que un establo era una granja). Se conocía que iban al prado por hierba, á pesar de que su actitud no era de andar. La aldeana llevaba un vestido rojo y sombrero de paja. Pepe le dió un beso y ella en cambio le embadurnó la cara.

La casa era muy pequeñita y tan baja que la aldeana no hubiera cabido en ella; pero tenía una puerta, y en eso conoció Pepe que aquello era una casa.

¿Qué vieron en todas aquellas figuras los infantiles ojos del niño? Las apretaba fervorosamente en sus manecitas (que quedaban todas empegadas), las ponía en fila sobre su mesita, y llamaba apasionadamente á los carneros, á los caballos, por sus nombres: ¡*nero!* ¡*bayo!* y después al coger uno de los arbolitos: ¡*ino!*

¡Había comprendido que era un pino! Su madre quedó extasiada: si el niño no llega á decirselo ella nunca hubiera adivinado que aquel arbolito no podía representar sino un pino.

—¡Rey! ¡tesoro! dijo abrazando y besando al niño con tal ímpetu que la mayor parte de las figuritas rodaron por el suelo.

Sí, el niño descubría en aquellos arbolitos de juguete una semejanza con aquellos otros árboles que había visto allí, allí en el país de la hierba espesa y del aire sano; y descubría además muchas otras cosas que su madre no sospechaba: todos aquellos pedacitos de madera pintada evocaban en él imágenes vivas que le hacían vivir también á él otra vez en medio de aquella naturaleza alpestre, de aquella Suiza que le había engordado y robustecido. Entonces sus ideas fueron asociándose y quiso comer.

—¡Leche! ¡Pan! Y empezó á comer y á beber, y el apetito no cesó y cenó por la noche con el mismo afán con que almorzara por la mañana. Y al día siguiente, con sólo ver el juguete, volvió á tener igual apetito. ¡Lo que es la imaginación!

Quince días después estaba hecho de nuevo un muchachote robusto y alegre. Su madre estaba encantada y no cesaba de decir:

—¡Miren qué mofletes; parece una muñeca de sesenta céntimos! ¡Y pensar que todo esto no lo debemos más que al establo que le regaló este pobre señor Fulano!

ANATOLE FRANCE.





La Catedral (7,600 pies de altura)

LAS GRANDES SELVAS CALIFORNIANAS

POR

JOHN MUIR

(CONTINUACIÓN)

POR punto general, la cuenca Yosemite parece haber sido cubierta en cada período de su desarrollo por inmensas masas de granito, algunas de las cuales no muestran sino su extremidad superior, en tanto que otras se yerguen altivas, ya aisladamente, ya en grupos, en medio de los bosques. Otras forman eminencias y ondulaciones rodeadas de árboles y arbustos y enseñando una brillante superficie bruñida por las arremolinadas nieves del ventisquero. En la parte superior de la cuenca, cerca de las orillas ó al pie de todos los grandes ventisqueros, suelen acumularse montones de rocas despedazadas y enormes depósitos de arena gruesa, materiales que se han ido depositando allí en abundancia y entre los cuales ha brotado la vegetación apareciendo acá y acullá hermosas espesuras.

En esa región encuéntranse desparramados varios lagos y praderas y algunas pequeñas hoyadas interrumpiendo la monótona frondosidad de los bosques, mientras las márgenes de las corrientes ostentan vistosas alfombras de flores. Toda la espaciosa región superior de la cuenca está cubierta de una red de arroyos que corren á despeñarse al fondo del valle, ya resbalando sus cristalinas aguas por el bruñido lecho de roca, ya hundiéndose bajo los sauces como para lavar sus rojas raíces, ya filtrándose al través de las hoyadas, formando pequeñas cascadas, ya borbotando tumultuosos, ya sosegándose de pronto y discurriendo con apacible

calma para precipitarse de nuevo salpicando el musgoso agrotis alpino, las margaritas y las violetas blancas y azules que encuentran al paso, hasta que al dar con una valla de ásperos guijarros y árboles caídos juntan sus aguas y emprenden su camino con la tranquila majestad de un gran río.

Al cruzar la vereda del Mono, unas dos millas más arriba de donde principia la cascada Yosemite, tiene esta corriente cerca de diez pies de ancha y cuando, en la primavera, se derriten las nieves, no baja su profundidad de cuatro pies ni su velocidad de dos millas y media por hora. Tal es aproximadamente el volumen del agua que alimenta la cascada en los

meses de Mayo y Junio cuando ha abundado la nieve en invierno; pero varía mucho con el transcurso de los meses.

La nieve se derrite pronto en la región abierta de la cuenca que mira al Sur, de modo que sólo un corto número de tributarios retrocede á las nieves perennes y á las fuentes heladas de los umbríos anfiteatros situados en las laderas septentrionales del monte Hoffman. La extensión del declive recorrido por la corriente desde los manantiales más elevados hasta su confluencia con el río Merced, en el fondo del valle, es de unos 6,000 pies, en tanto que la distancia no pasa de diez millas, lo cual da la proporción de una por 600 pies. Durante la última milla corre el agua entre inmensos repliegues graníticos del terreno que forman como unas masas petrificadas de cúmulus. Al través de este espléndido valle corre á su destino ondulando graciosamente y entonando la postrera de sus baladas montañosas antes de llegar al vertiginoso salto donde se precipita desde una altura de 2,600 pies á otro mundo radicalmente distinto de aquella región por el clima, la vegetación y los habitantes. Al salir de este último cañón, deslízase la corriente for-



El Centinela

mando una serie de complicadas curvas á modo de lazos, cual si quisiese prepararse sosegadamente antes de dar el gran salto. Párase en primer lugar en un pequeño estanque; luego resbala por sus pulidos bordes despeñándose al precipicio, sobre el cual traza una magnífica curva rodeada de vapor acuoso en cuyo seno juguetea la luz vistiéndolo de irisados reflejos.

Al seguir la corriente por vez primera, deseoso de descubrir sus misterios, arrastrábame una ardiente curiosidad á llegar hasta el límite extremo de su curso para verla caer por los aires desde tan enorme altura; pero cuando hube gozado de este espectáculo y me encontré sano y salvo lejos de aquel paraje no me atreví nunca á aconsejar á nadie que tratase de imitarme. El último salto lo da la corriente por un terreno tan liso y escarpado que para seguirla hay que deslizarse con mucho cuidado, valiéndose de los pies y las manos, y el agua se precipita pasando tan cerca de la cabeza que ésta sufre vértigos por robusta que sea. Mas,

para disfrutar por completo de tan admirable perspectiva, se ha de ir más lejos, hasta un escollo de peñascos graníticos que ofrecen una senda de tres pulgadas de ancho, que es decir el espacio estrictamente necesario para sentar los talones. Parecióme que mis nervios no habían de resistir un ejercicio tan pesado como el de avanzar por aquel angosto camino, á la orilla de un precipicio tan próximo al estrepitoso torbellino del agua. Echando melancólicas miradas á la soberbia cascada que me atraía con su imponderable belleza y su himno sublime, resolví no tentar de aproximarme á ella, y sin embargo, hice todo lo contrario, á despecho del buen sentido. Viendo unas matas de artemisa en los intersticios de una roca, arranqué algunas hojas y las mastiqué recordando que esta yerba es un excelente preservativo contra el vértigo. Después llegué al borde del precipicio maniobrando hábilmente con los talones y avanzando de lado hasta ponerme á una distancia de veinte á treinta pies de las impetuosas corrientes, que en cierto modo me envolvían y secuestraban, aislándome y separándome del mundo bajo aquella enorme cantidad de agua que se despeñaba con imponente furia.

Como á unas cuarenta yardas de la cascada Yosemite puede gozarse de una perspectiva menos ocasionada á vértigos y peligros desde el borde de la escarpada roca, por donde se puede descender hasta 200 pies más abajo del salto del agua, en un punto donde ésta ruje y espumea aprisionada en un angosto canal de rocas. Vista desde aquí, hacia el Mediodía, la descomposición de la luz en el vapor acuoso viste la cascada con todos los visos y cambiantes del arco iris, hasta el punto de hacerse invisible el cristalino caudal de agua origen de tan bello fenómeno. La imponente majestad de aquellos descomunales peñascos, el ímpetu de la estrepitosa corriente y aquel arrebolado nimbo que la circunda forman un cuadro cuyo atractivo es superior á todo encarecimiento.



Pinar talado en la selva Stump, en Junio de 1887
 contenía más de 2,000 árboles en una área de ocho acres
 (Reproducción fotográfica)

La cascada Yosemite consta en realidad de dos saltos de agua, uno superior y otro inferior, separados por una serie de caídas ó despeñaderos escalonados en varios desniveles; pero vista de frente, desde el fondo del valle, produce el efecto de no haber sino uno.

La cascada Nevada se considera en general como la más interesante, después de la Yosemite, entre las cinco principales del valle. Atravesando el Pequeño Yosemite en mansas corrientes poéticamente cobijadas por la arboleda, estréllase fraccionándose en varios rápidos en las despedazadas peñas que fueron antaño el lecho de un ventisquero en el extremo inferior del valle. Desde allí prosigue su curso por un canal muy áspero y quebrado, abierto en el granito, chocando con ambas paredes del álveo y espumeando con tumultuosa cólera sin darse un momento de reposo. Así llega hasta el borde del precipicio corriendo como si le tardase llegar al aire libre. Pero antes de tocar al fondo del abismo despedázase de nuevo en las peñas que cubren la escarpada ladera, á la mitad del camino, formando la cascada más cristalina del valle y una de las más prodigiosas del mundo.

En la parte septentrional, cerca de la cascada, avanza al borde del precipicio una inmensa dala de granito formando un magnífico observatorio desde el cual se descubre una multitud de corrientes, quebrándose y espumeando en un lecho cubierto de esmeriles. Más abajo, al través de la neblina alzada por el agua, vese el río, juntando nuevamente su desparramado caudal, penetrar bulliciosamente en el cañón y arrojarle al lago Esmeralda, en donde por último se

sosiega y para. Todos los pormenores de este panorama están en consonancia con el carácter y aspecto que van dándole las aguas en su caprichoso curso. Las márgenes del cañón, con la sublime masa del ventisquero Point Ridge enfrente, forman una cuenca triangular parecida á una fosa, ó mejor á un angosto precipitado por el cual corre el río tan turbulento, fragoroso y bravío que parece empeñado en pulverizar las montañas que le cierran el paso.

El Vernal, famoso por sus arrebolados visos, es una tranquila y apacible cascada en la cual no se advierten los tumultuosos impetus de la Yosemite y la Nevada. Sin embargo, es la que tiene más visitas y admiradores, sin duda por ser la más accesible de todas. Un empinado pero excelente camino conduce á una meseta, desde la cual se puede contemplar la corriente viniendo del lago Esmeralda y despeñándose con majestuosa calma de una altura de 80 pies, envuelta en espléndidos cambiantes de luz que varían desde el blanco nevado hasta el purpúreo

ceniciento. Luego saliendo de la neblina por ella misma formada, ábrese un camino por el áspero cañón, saltando convertida en una infinidad de pequeñas cascadas, encanto de los mirlos acuáticos, hasta el pie de la Media Naranja, en las inmediaciones del valle principal.

La Illilouette, en general, se parece mucho á la Nevada. No es ni la mitad tan caudalosa como ésta; pero no le cede en altura (600 pies) y sus aguas descienden asimismo precipitadas por su choque contra las paredes de un canal irregular y peñoso. Es una hermosa cascada, blanca y hechiceramente armoniosa. En la primavera la rasgan y dividen los peñascos que avanzan á entrambos lados al borde del abismo, pero con ello no hacen más que estriar la columna de agua, cuyo efecto es realmente maravilloso. No es una cascada colosal como la Yosemite superior, ni tan simétrica como el Vernal, ni graciosa y sencilla como el Velo nupcial, ni ostenta un caudal tan imponente como la Nevada; pero en cambio las aventaja y eclipsa todas por la opulencia y la exquisita belleza de sus suaves ondulaciones.

Al borde de esta hermosa cascada disfruté de uno de los más atractivos espectáculos que he con-

templado en el valle Yosemite y fuera de él. Estábamos en el verano indio, en aquella época durante la cual las hojas de los árboles se tornan oscuras y los grandes peñascos se transfiguran por obra de la niebla. Había errado por la ruda extremidad superior del cañón de la Illilouette, admirando las bellas perspectivas que allí se disfrutaban de la Media Naranja y del cabo Libertad, el follaje de los acebuches, los cornejos, los escaramujos, etc., las últimas virgas áureas, con sus vistosas espigas de flores amarillas y la extremada pureza del agua que, dormida en inmóviles estanques, casi se hace allí completamente invisible.

El estrépito de la cascada había menguado mucho y su caudalosa corriente habíase convertido en una flotante gasa que ostentaba una multitud de lazos delicadamente bordados. Cuando llegué á la cascada, los rayos del sol brillaban en su cima, dejando el resto en la oscuridad, y en el iluminado borde del abismo un grupo de lentejas acuáticas de forma y belleza singulares ondulaba graciosamente, semejando inquietas llamas movidas al compás de los caprichosos movimientos del agua. Su color no cambiaba nunca. No he visto nada que le fuese comparable: ni las nubes, ni las flores, ni las alas de los pájaros, ni las nacaradas con-



Cuesta de la meseta del Vernal



PRECOCIDAD
CUADRO DE RAMÓN BORRELL

Ayuntamiento de Madrid

chas. Son los tonos más delicados que he visto, y sin encarecimiento puedo asegurar que una maravilla de color como aquella no le es dable al hombre contemplarla sino una vez en la vida, porque la naturaleza es avara de tan preciosos dones.

Como á una milla más abajo del Lago del Espejo el cañón es llano y está cubierto de abetos y libocedrus que forman una espesura muy amena á cuya entrada se encuentra la cascada Tenaya. Ha sido poco visitada y raras veces descrita, y sin embargo, yo tengo para mí que es la más pintoresca del valle. Desde una gran distancia viene el agua rodando cristalina y espumosa por un plano inclinado de 18 grados. Cuando es más caudalosa, esta loma de agua, despeñada en una serie de brillantes rápidos, tiene cerca de setenta pies de anchura, dividiéndola en tres ramas otros tantos canales paralelos que encuentra al paso. Estos canales, abiertos por la misma corriente, que ha ido resquebrajando sin tregua el duro suelo, son de diferentes anchuras y ligeramente sinuosos, viéndose en ellos grandes fragmentos de roca arrastrados y redondeados por la acción del agua á la cual oponen una barrera que la irrita y la desvía á trechos de su curso. Al llegar al despeñadero, divídese la corriente formando á la izquierda un salto vertical de ochenta pies en un poético recodo al que da sombra una frondosa vegetación, en tanto que á la derecha forma una impetuosa cascada.

También allí los rayos de la luna juegan en el vapor acuoso, dando nacimiento á una multitud de espléndidos arreboles, no tan vivos como los del sol, pero no menos hermosos y claramente definidos. Es un precioso espectáculo del cual puede gozarse todas las noches al pie de la cascada Yosemite superior, brillando en medio de la densa lobreguez del cañón con el fulgor de la luna reflejado en el vapor del agua. No puede darse un cuadro más adecuado para representar la más profunda calma de la naturaleza. Hay ocasiones en que llegan á distinguirse dos arco-iris en vez de uno.

El mejor punto para observarlos es el llamado la *Orilla de los Helechos*. Al salir la luna el arco tiene por espacio de algún tiempo cerca de 500 pies de diámetro y aparece en sentido vertical, con una punta sumergida en el fondo de la hirviente espuma y la otra descansando en el extremo de la cascada. A medida que la luna va subiendo, el arco va rebajándose é inclinándose. Como quiera que sea, aquel arco inmenso, resplandeciendo con tan suaves colores en medio de unas sombras tan densas y temerosas y del formidable estruendo de la cascada es uno de los más imponentes evangelios de las montañas.

Otra escena de salvaje grandiosidad, bien que no exenta de peligros, puede contemplarse desde la parte posterior de la cascada cuando la luna aparece iluminándola por uno de sus extremos. Una noche, después de recrearme largo rato escuchando el himno del agua y contemplando la formación del rutilante arco, eché á andar por la angosta orilla del abismo que se extiende detrás del salto desde la de los Helechos, solazándome en observar la misteriosa grandeza del cuadro. Desde allí me era dado gozar del aspecto exterior de aquella finísima gasa teniendo enfrente la luz que ponía de manifiesto sus primores. Deseoso de contemplar la luna al través de las mallas de alguna de las partes más densas de la cascada, lleguéme á ella como pude, sin curarme de imaginar las consecuencias que podría producir la acción del viento azotando de frente el agua.

TOMO II.—63.



Tala en el Valle Yosemite, hecha en 1887-88
Muchas como ésta se han hecho en otras partes del valle
(Reproducción fotográfica)

Entonces disfruté de un espectáculo embelesador. En todas partes resonaba á mi alrededor una hechicera y salvaje armonía, en tanto que la luna parecía pugnar por abrirse paso entre las turbulentas aguas en las cuales quebraba sus rayos vistiéndolas de mil arrebolados reflejos. Aquel contraste entre la lobreguez de los costados del torrente y la espléndida iluminación de la cascada tenía un hechizo que recordaba las más fantásticas escenas de los cuentos de hadas; mas, como en ellas, la reacción no se hizo esperar. De súbito apagóse la luz y encontréme rodeado de profundas tinieblas. Al mismo tiempo sentí caer sobre mis espaldas un diluvio de guijarros que vistos á cierta distancia parecían de todo punto inofensivos, pero entonces se me antojaron singularmente duros y pesados. Avanzando á gatas en medio de la oscuridad fui á refugiarme en un ángulo de la peña y allí me acurruqué escondiendo la cara entre las rodillas. No parecía sino que las rocas más enormes chocaban entre sí cual si se hubieran convertido en cantos rodados produciendo un estrépito espantoso.

¡Cuántos y cuán graves pensamientos le ocurren á uno en tales instantes! Todo se me volvía pensar en el medio de evadirme de aquel sitio en donde había pasado tan deliciosos momentos y calcular las probabilidades de salvación que las circunstancias del caso me ofrecían. La corriente era muy caudalosa y mi suerte pendía de un fenómeno tan azaroso como una ráfaga de viento. Por fortuna éste cambió de dirección cesando de batir el agua de frente. Merced á este cambio, favoreciéndome también la luna con algunos destellos de luz cuya extremada fugacidad no me permitió por cierto apresurar mi huida. Temeroso de caerme, alejéme lentamente y con suma precaución, tomando la misma senda por donde había venido; me arrimé á una peña y pegado á ella estuve, sin atreverme á dar un paso, hasta que la luz hubo recobrado definitivamente su imperio. Entonces, con los nervios crispados y todo el cuerpo entumecido y calado hasta los huesos, hice un acopio de ramas secas y hojarasca, encendí una pequeña hoguera, y cuando me hube calentado eché á correr hacia mi cabaña, entrando en ella á punto que despuntaban en Oriente los primeros destellos del alba. Un par de horas de descanso bastaron para reponerme de las fatigas de la noche, y aun me atrevo á decir que éstas y el baño que tan impensada é involuntariamente había tomado me sentaron á maravilla, pues aquel día me levanté más ágil y vigoroso que nunca.

De *The Century Magazine*, traducido por
J. COROLEU.

(Continuará).



¡MIRA, YA ESTÁN AQUÍ LAS GOLONDRINAS!

CUADRO DE H. HIRT

De golondrinas se trata también en este cuadro, de asunto primaveral como el primero. Todo el mundo sabe que las golondrinas vuelven, al regresar del África, al nido que abandonaron á la llegada del invierno, nido hecho por lo común en un alero de la cubierta, ó entre las vigas de una buhardilla ó de estancia poco frecuentada. En el campo se las mira con respeto por lo general, á pesar de la prevención injustificada que en algunos puntos se tiene contra los pajarillos, por suponerse que causan daño en las cosechas y en los árboles, cuando muy al revés, los amparan destruyendo gusanos y mariposas. La llegada de las golondrinas á su nido viene á ser una especie de fiesta, porque es nuncio de los días hermosos de la primavera y del verano. Además, con su dulce piar alegran el corazón y animan la existencia en las casas campesinas, en donde se sienten más y mejor que en las ciudades los goces que procura la naturaleza. Los niños toman parte principal en la acogida cariñosa que se hace á las golondrinas y bien lo sabía el artista H. Hirt cuando pintó el lindo é interesante cuadro que va en este número. ¡Qué preciosa escena de familia! ¡Cómo respira paz y bienestar en el ánimo! El abuelito sostiene en brazos al chiquitín de la casa para que vea mejor las golondrinas, y la niña, ya crecida, con cierta seriedad mujeril contempla encantada á las hermosas avecillas. «¡Mira, ya están aquí las golondrinas!» exclama uno de ellos, acaso el pequeñín, tal vez el abuelo, pensando á la vez y queriendo decir con aquellas palabras: «¡Mira! ya tenemos aquí otra vez á las compañeras de nuestra vida, á los pajaritos que simbolizan la primavera, el rejuvenecimiento, la aspiración al cielo, el ideal de la existencia humana.» Todo esto puede leerse en el precioso lienzo con gran maestría pintado por el artista de Munich H. Hirt.

CABEZA DE LEÓN

Sacado directamente del natural por el hábil artista Julián Bastinos, está la cabeza del Rey de los desiertos que damos en este número. La soberbia magnificencia

del león aparece en el dibujo, que reproduce exactamente la lámina; su fiero natural lo revelan la mirada y la actitud. La abundante melena imprime al león el regio aspecto que presenta en los mejores ejemplares. El dibujo se halla ejecutado con una pericia que sabrán apreciar nuestros inteligentes lectores.

PRECOCIDAD

CUADRO DE RAMÓN BORRELL

Simpático tema es el desarrollado por el pintor Ramón Borrell. Los dos chicos, hermanos á buen seguro, han dado con un trombón y arden en deseos de probar qué sonidos salen de su enorme panza. Pesa demasiado para que puedan cargar con él y soplar en la boquilla como los músicos de veras, por lo que el más atrevido acude al recurso de arrodillarse á fin de que su boca encaje bien con la del instrumento. El otro le contempla como escamado por lo que pudiera ocurrir si se descubriese la travesura. El precoz músico se pasará largo rato soplando, pero como no domina la embocadura del trombón, su curiosidad no quedará satisfecha, puesto que difícilmente podrá sacar de él sonido alguno, ó á lo más algún sonido apagado y desafinado. El artista ha compuesto con mucha verdad la escena y reproducido con idéntico acierto las actitudes de los dos chicos. El fondo con una arquilla, cuadros y otros objetos de arte contribuye á dar interés á esta obra, en la cual su joven autor ha demostrado poseer envidiables dotes para la pintura y que ha aprovechado bien las lecciones de su padre don Pedro, uno de los profesores más concienzudos entre los que se dedican aquí á la enseñanza y al ejercicio del arte.

LA VENIDA DE LAS GOLONDRINAS DEL AFRICA

CUADRO DE A. RICHTER

¡Qué bien presentada está la multitud de golondrinas que en legión abandona la región tórrida del África para buscar en Europa clima más templado en los meses del estío! Por millares se cuentan las aves en la bandada que con tanta exactitud ha dibujado el pintor Richter,

después de haber observado muy detenidamente el paso de las golondrinas. Piérdese en el espacio aquel apretado ejército en el cual parecen distinguirse á su cabeza los

generales que lo dirigen, aun cuando el instinto de aquellas aves es guta seguro para que lleguen todas á su destino. Atraviesan el mar porque, como no ignorarán

LA VENIDA DE LAS GOLONDRINAS DEL ÁFRICA.—CUADRO DE A. RICHTER



nuestros lectores, tienen grandísima resistencia para soportar sin fatiga viajes larguísimos sin descansar en punto alguno, yendo casi flechadas al sitio adonde han de encaminarse. Sin el embeleso del color, que ha de darle

mucho atractivo, lo tiene, sin embargo, el cuadro del artista alemán en el grabado que publicamos en este número.

¡PASIÓN!

NOVELA ORIGINAL

DE

M. Martínez Barrionuevo

(CONTINUACIÓN)

XXI

AL salir de la iglesia, acompañó Casilda á las dos damas. Seguialas Pericón Lobato á distancia respetuosa, hosco, terrible, sombrío, hasta producir espeluznos de pavora en quien le contemplase.

Doña Leonor, muy cansada, se retiró á sus habitaciones, y Blanca se metió en la suya, acompañándose de la hija de don Melchor.

Seguía ésta observándola atentamente, hasta el punto de que doña Blanca lo notase, aumentando su turbación; creía cometer un crimen amando á don Martín, y hasta irritábase consigo misma en medio de su dolor, porque no olvidaba alguna vez, aunque fuese por breve espacio siquiera, el amor que la consumía.

—Te dejo, dijo doña Casilda con indiferencia.



— ¡Oh! espera, espera, contestó doña Blanca febrilmente.

— Estás muy afligida, Blanca; presumo que sola te hallarás mejor.

Doña Blanca inclinó la frente sin contestar; su abatimiento era grande, vencíala el dolor. Doña Casilda entonces se dirigió á ella calladamente, la abrazó llorando, y le dijo con la ternura de una madre:

— ¡Qué desgraciada eres, Blanca de mi alma!

La hija de Máinez y Carrillo se levantó, como si de pronto su ser entero cobrara vigor formidable, y preguntó con dureza:

— ¿Por qué soy desgraciada?

— ¡Oh! dijo doña Casilda, no pensé nunca que me repelieras así, hiriéndome en el corazón, ya que no en el orgullo, porque jamás le tuve contigo.

— Pero contesta á mi pregunta. ¿Qué sabes tú de que yo pueda ser desgraciada ó no?

— Me parece que sufres, y eso es bastante para que crea que no eres feliz.

Cuando vió doña Blanca que su secreto no era conocido, se dirigió á su amiga con tan dulce expresión que la hizo conmover:

— Perdóname, Casilda; perdóname, que no sé lo que hice.

— Yo te perdono, contestó Casilda, con una majestad extraña, por el acento frívolo y la alegría juvenil que siempre había demostrado. Yo te perdono, porque te amo como amaría á mi madre, á quien no conocí; pero no obsta para que te diga que ese orgullo loco que te domina será tu perdición.

Se alejó doña Casilda al decir esto, sin dirigirle ya la palabra, ni volver el rostro: todavía, no obstante, esperó que su amiga la impidiese salir: lo que le dijo fué demasiado duro para que ella no se defendiese ó no protestase.

Pero la esperanza que tenía se disipó muy pronto, porque la hija de Máinez y Carrillo no la llamó, no la dirigió la palabra tampoco, no hizo un ademán siquiera que pareciese intencionado de interrumpir su salida. ¡Oh, qué organismo, qué corazón, qué carácter el de doña Blanca!

Habiendo parecido indiferente y hasta sorda á las últimas palabras de su amiga, una batalla cruel como ninguna manteníase en su pecho, de pie, inmóvil, en medio de la estancia, con los ojos fijos en el tapiz, que cayó cuando doña Casilda hubo salido, y con lividez cada-
vérica. ¡Oh! ¡qué momento! doña Blanca creyó que era el último de su vida. Lo primero que agitó su alma, cuando oyó á doña Casilda, fué un grito de protesta.

— No, no soy orgullosa, y si lo soy yo no quiero serlo, que es como si no lo fuera.

Esta fué la contestación que dió á doña Casilda, aunque doña Casilda no la oyese, porque no salió de sus labios; se la dió en su alma, en su corazón, en su cerebro, en su sangre; pero ¿qué culpa tuvo ella, Virgen bendita, de que la sangre se le hubiese paralizado cuando quiso contestar en voz alta para que su amiga la oyese, y que el corazón le hubiera dejado de latir, y que el cerebro dejara de pensar, y que los labios no se le desplegasen, y que toda ella quedase así, con un sopor profundo, mucho más horrible que el de la muerte?

Transcurrió un rato después que doña Casilda hubo salido, y todavía hallábase doña Blanca en la misma actitud, en la misma inmovilidad, en el mismo silencio, con la misma palidez, el silencio de la sala era solemne; ningún ruido oíase en la calle tampoco: parecía aquél un recinto encantado; grato perfume se aspiraba allí; la luz era tenue, medio perdida, al llegar de otra habitación próxima; la figura de doña Blanca destacábase en un ángulo, como la sombra funesta de algún tapiz de aquellos, que tomara vida de pronto, desprendiéndose de su lugar: hacía algunos instantes que empezó á llover: la lluvia fué aumentando, y el ruido del agua al azotar el muro fuertemente interrumpió entonces de un modo extraño la solemne calma del recinto: todavía permaneció doña Blanca allí: todavía hubiera creído cualquiera al contemplarla, que era una sombría figura abortada de lo profundo á la evocación de un mis-

terio: ni un pliegue de su brial oscuro se movía, la mirada no se movía, la respiración no movía el pecho, las facciones tenían inmovilidad de muerte. Lo único que acusaba la vida eran las lágrimas que salían de aquellos divinos ojos de virgen, manantial inagotable que se deslizaba por sus mejillas de cera, arrancando á la opaca luz relámpagos y reverberaciones como diamantes que tornasolan.

No, no estaba muerta, lo decían sus lágrimas: no estaba muerta, se movió al fin: anduvo lentamente algunos pasos, entró en su dormitorio, se dejó caer de rodillas delante del Crucifijo, y cruzando las manos rompió en habla, de este modo, con acento desgarrador:

—No, Dios mío, que no es orgullo: es otra cosa más grande que yo no puedo explicar; no es miedo, no es espanto tampoco, sino mucho peor: es que hay en mi alma una luz del cielo que me acaricia y repele á la vez; es que siento en mí un dolor profundo que me satisface y llena de alegría sumergiéndome en oscuridad de abismo: es un error, una pena, un remordimiento terrible que en mí gravita, y su inmensa pesadumbre á mis propios ojos me presenta como pecadora que perdón no merece: luz hay en mí, luz que me hace ver aún más allá de la vida, rodeándome de un esplendor celeste; y yo misma comprendo, no obstante, que necesito luz, porque en tinieblas ando, y de precipicio en precipicio doy: soy falaz, soy pecadora, y mi pecado es monstruoso porque lo cometo sin que me pese, pero con la pesadumbre de que ese pecado mismo sea la luz celestial que me ilumina; he ahí el sol, he ahí la sombra, ¡oh contraste! ¡piedad, Jesús amado!

La lluvia crecía y se levantó un aire también que se hizo á poco huracanado: callaba el viento un minuto, y la calma era entonces aterradora; la quietud parecía de muerte de verdad: rugía después el viento levantándose iracundo. Entonces, retorciéndose con furia en las herrumbres de los balcones y en los aleros de los tejados, oíase el pavoroso estruendo de un postigo que se cierra para abrirse otra vez y el golpear del agua sobre los cristales. ¡Ni una estrella en el cielo, ni una luz en la tierra! Córdoba parecía dormida de tal modo, que ningún pensamiento, al ver su mutismo y quietud, hubiese soñado siquiera en que podría despertar otra vez.

Doña Blanca permaneció de rodillas aún: al concluir sus últimas frases, que parecían hondos lamentos, había inclinado la cabeza, apoyando la frente sobre las cruzadas manos.

Dos veces la habéis visto ya en esa posición: cuando se hizo la pregunta de ¿á quién amaba? y esta noche de memoria perdurable, en que se conceptuó perdida para la tierra y para el cielo, por saber á quién amaba ya y por amar demasiado, según ella, lo que no debía amar poco ni mucho.

Levantó de repente la cabeza y fijó los ojos otra vez en el Cristo.

—¡Tú solo, exclamó mirándole con fijeza de loca, tú solo me comprendes!

Quedó contemplando la imagen, con profundo amor, y prosiguió luego, como olvidada del mundo y de las cosas y de la humanidad y de todo lo existente, y de ella misma.

—Pero si tú solo me comprendes, Cristo amado, y yo sé que de Tí sólo soy comprendida, ¿por qué no me comprendo yo misma? ¿por qué sufro con mis zozobras hasta el punto de figurárseme la muerte mucho más tolerable que ellas? ¿Qué es felicidad? ¿Qué es amor? ¿qué es remordimiento? Responde, mi alma lo invoca.

Se estremeció entonces doña Blanca en una gran sacudida; esperando la contestación á las preguntas que hizo; quedó con las manos cruzadas, llorosas y tristes las pupilas. El Cristo no habló, pero sus facciones desencajadas parecieron á la mujer que tomaban una expresión infinita de angustia que antes no observó en ellas.

—No me contestas; pero yo leo en esa mirada de aficciones lo que decirme quieres, Cristo mío; felicidad es lo que yo perdí, desde un día en que aquí á tus pies, desesperada y doliente, te pedí que me dijese á quién yo amaba; amor es lo que en mi alma hay, lo que me aturde y me desespera, lo que me pone paralización á la vez que me estremece, lo que me hace llorar

tanto, lo que me hace sonreír tras esas lágrimas; es tu luz, esta luz que me quita la mía de los ojos; y también me dice Dios lo que es remordimiento: remordimiento es lo que hay en mi conciencia, por el engaño que á mí misma quiero hacerme y el que hago á los demás, permitiendo que crean que amo á don Fermín y que don Fermín se case conmigo.

—No, eso no, eso nunca, añadió desesperadamente; no sé lo que haré ni lo que diré, pero no será: no, tú, Jesús mío, que estás dentro de mí; tú, testigo único de la grande aflicción que me lacera, consentirlo no puedes: ahí, quédate ahí inmóvil y helado; no me muestres tu santa faz dolorida: no me hables, no me mires, si sierva tuya no soy bastante humilde, para que con tal gracia me favorezcas; pero inspírame, Señor, inspírame.

Otra vez permaneció en silencio, otra vez puso la frente en sus manos: la luz que allí ardía inmóvil como si fuera luz eterna de otra vida, iluminó con vigor el Crucifijo arrancándole destellos extraños, aquel Crucifijo á cuyos pies estaba la frente inmaculada de quien le invocó clemencia y ayuda.

¿Respondió Cristo á la invocación de la sierva?

Sólo puedo decir que doña Blanca permaneció en aquella actitud algún tiempo; la tempestad de fuera aumentaba su furia, y la que rugía á los pies de aquella dulce figura del Señor, fué serenándose lentamente. Se levantó al fin doña Blanca, y pareció respirar con algún sosiego.

Dió un gran suspiro y se dirigió á otras habitaciones próximas donde estaba la luz. Una visión, una sombra que tenía algo de ideal y de fantástico en aquella noche de tempestades, se retiró de la puerta de la habitación donde doña Blanca estuvo: deslizóse por un largo corredor escasamente alumbrado por una luz macilenta.

Detúvose la sombra un instante y se oyó un suspiro ahogado.

Avanzó luego con más rapidez hasta el extremo del corredor, donde estaba la ancha escalera principal del edificio.

Otra sombra se destacó entonces de la pared, saliendo á encontrar á la primera.

Guareciéronse las dos bajo un oscuro arco, entablado á seguida muy quedo una breve plática.

—¡Oh, qué inquietud tuve esperándoos!

—¿Te ha visto alguien ahí?

—Nadie que yo sepa.

—A mí tampoco me pudieron observar.

—Ella os habrá visto.

—No. Te espero en mi casa.

—¡Oh! ¡en qué lance me metisteis! ¡si lo supiera doña Blanca algún día!

—Te espero inmediatamente que ella esté acostada; no temas.

—Hágase vuestra voluntad y la de Dios, por lo mismo que nada que no sea inspirado por Dios podríais vos hacer.

Se oyó en aquel punto la voz armoniosa de doña Blanca hacia el fondo del largo corredor.

—¡Estefanía! ¡Estefanía! dijo.

Las dos sombras guareciéronse más aún bajo el arco.

Una de ellas, la segunda, la que esperó á la otra exclamó temblorosamente:

—¡Oh, me llaman! ¿qué hacer Dios mío?

La otra contestó la primera con energía, aunque el tono apenas si llegó á los oídos de Estefanía:

—Adiós, hasta luego; mucho cuidado y sé valiente.

Estefanía se había guardado muy bien de contestar al llamamiento de doña Blanca: la hija de Máinez y Carrillo, volvió á entrar en sus habitaciones, sin encontrar á nadie en su camino, y al volver de pronto para tomar una luz, se encontró con Estefanía, así como adormilada y restregándose desesperadamente los lindos ojos con los puños cerrados.

—¿Te dormiste? preguntó doña Blanca.

—Ya lo veis, señora; pidoos perdón muy contrita, pero la noche que hace no es para menos, y con la soledad en que á una la dejan.

—¿Pero y la servidumbre? Voces he tenido que dar, porque nadie acudió al timbre.

—El que no está dormido, contestó la camarera de un modo que pareció asaz inocente, á Santa Marina fué; porque hay allí, está noche, gran jubileo de ir y venir y mucha curiosidad con esa flor que el caballero don Martín ha regalado á la Virgen.

Un calofrío de muerte corrió por el cuerpo de doña Blanca; pareció aquello un espolazo que el corazón le dió en los grandes dolores que ya tenía.

—A la servidumbre, por lo demás, añadió la muchacha, no hay que echarle culpa: durmiéndose ó yéndose á la iglesia, de un privilegio usan, porque mi buena señora, doña Leonor, suelta les dió esta noche con motivo del lance extraordinario.

—No importa, ni yo les hubiera reñido tampoco, exclamó doña Blanca, con aquella dulce suavidad de siempre, pero á uno necesito al instante, á Pericón Lobato.

—¡Ah! Ya podríais suponer que al viejo no se hubiera permitido salir estando vos en casa.

—¿Abajo está?

—En caballerizas como siempre; quien quiera hablarle, cuando no esté con vos, desde que don Martín se fué á tierra de moros, lo encontrará huraño y pensativo, en caballerizas, medio tumbado sobre los arneses de su potro de guerra.

—¿Y por qué sacas ahora el nombre de don Martín? exclamó ásperamente doña Blanca. Primero son en esta casa los nombres de don Hernando, mi padre, y del caballero Santisteban.

—Perdonad, doña Blanca, contestó Estefanía humildemente, fué una distracción.

—Di á Pericón Lobato que venga al instante.

—¡Oh! exclamó al quedar sola retorciéndose las manos; parece que todos quieren hacerme ver, que han visto ya, lo que yo misma me espanto de ver en mí... ¡parece que saben, Dios mío, que antes que don Fermín y antes que mi padre está en mi alma la figura de ese hombre! He ahí mi remordimento... ¿pero qué haré yo para redimirme? si mi protesta contra mí misma es bastante, yo protesto con toda mi alma, delante del cielo, contra el amor que en mi alma hay.

Detúvose en sus dolorosas reflexiones y levantó la cabeza de pronto: Pericón Lobato se presentó.

(Continuará).



LA MODA DE PARÍS



Sombrero Imperio de M.ª Julia

El habérsenos venido encima anticipadamente la primavera, ha sido gran fortuna para las nuevas modas. Han hecho ya su aparición en las carreras los vestidos ligeros y los sombreros de paja, que se verán en mayor número todavía en el Concurso hípico. Están en boga las telas tornasoladas, las lanas camaleón y los *foulards* y sedas Loïe Fuller.

Por lo que toca á las formas, se presentan singularmente excéntricas. Las mangas no tienen límites y se las rellena de crin; las bertas se alargan desmesuradamente sobre los hombros; el miriñaque nos acecha; las faldas tienen una anchura amenazadora, y Worth, guarneciéndolas interiormente de un ligero acolchado de volantes y de doble falda, les imprime un aire nuevo, tan gracioso, que las señoras más recalcitrantes se dan por vencidas, y se encantan ante estas obras maestras de subida elegancia. Por lo demás aquel maestro no piensa imponernos la horrible crinolina de tiempos pasados, verdadera

jaula de gallinas, con aceros incómodos, sino que, merced á la holgura de los nuevos trajes que ha inventado, nos llevará insensiblemente á la falda plegada, tipo de la moda de mañana.

El cuello es el único abrigo posible en este género de vestidos, cuellos pequeños, muy excéntricos ó muy cortos, ó puestos de modo que tapen bien la garganta y hasta la parte superior del rostro, y que sientan perfectamente con los lindos sombreros de M.ª Julia, llenos de flores primaverales.

Entre las últimas creaciones de esta modista artista, citaré un sombrero redondo encantador, el Loïe Fuller de encaje de paja, con las alas ligeramente movidas, adornado con mazos de rosas de matices cambiantes y un lazo de terciopelo tornasolado, de colores relacionados con el vestido. Dos lazos de cinta orquídea sirven de *aigrettes*. Muy lindo es igualmente otro sombrero en paja de arroz negra, con un lazo de



Capota de primavera de M.ª Julia
Cuello de M.ª Pelletier-Vidal

cinta de raso negro y un penacho de plumas también negras. Por detrás lleva clavadas dos agujas de diamantes y perlas finas.

No son dignas de menor encomio las capotitas, una de ellas de paja, color de saúco, con aplicaciones y dos plumitas de acero con *aigrette* de encaje y ramos de rosas amarillas y encarnadas; y otra en *paillasson* cardenal con una pequeña diadema y cuernos á lo Mefistófeles en azabache, y un grupo de plumas negras. Todos estos tocados recientes aparecerán en el Concurso hípico, proyectando su sombra sobre las bonitas *toilettes* de primavera que inaugurarán nuestras elegantes.

M.^{me} Pelletier-Vidal, cuyas elegantes parroquianas siguen con asiduidad las fiestas del *Sport*, confecciona en estos momentos preciosos vestidos, entre ellos uno de crespón color tabaco, mosqueado de seda violada. Las grandes mangas, el cuello y el cinturón son de terciopelo tornasolado, viola y oro bruñido, el cual produce un efecto indescriptible. Como trajes de tarde, tiene uno castaño y rosa pálida que causa también excelente efecto. Asimismo ha hecho M.^{me} Pelletier hermosos cuellos, que dejan al descubierto garganta y hombros, motivo por el que sienten por ellos particular aprecio las señoras algo gruesas.

Exquisito cuidado han de tener las señoras en la primavera para la conservación del cutis. En efecto, si el sol y el aire aprovechan para renovar las fuerzas, son muy perjudiciales para la epidermis, que se seca y se arruga bajo la acción directa de aquellos elementos. Muchas elegantes, cuyo color es irreprochable, imaginan erradamente que no han de adoptar precaución alguna para conservarlo. Notarán su error cuando será ya tarde. Si las señoras quisieran conservar siempre el aterciopelado del cutis.

En primer lugar no deberían emplear nunca las aguas y polvos que corren en el comercio y en las cuales entran sustancias corrosivas. En una casa de confianza habrían de elegir productos higiénicos, de base vegetal, fabricados con el jugo de plantas y de flores, productos más caros acaso que los otros, pero buenos, como por ejemplo la *Rosée Orkilia*, para quitar las manchas rojizas y las arrugas nacientes. Los polvos *Orkidée*, de flor de arroz completan este tratamiento primaveral.

Publicamos en esta revista dos modelos de sombreros, dibujados según los modelos de M.^{me} Julia, 7, *boulevard des Capucines*. Es el primero un sombrero Imperio, de paja verde, adornado con terciopelo negro sujeto por cuatro hebillas, y teniendo delante un penacho de plumas musgo y rosa.

El segundo modelo representa una capotita en *paillasson* verde agua, forma cuadrada,



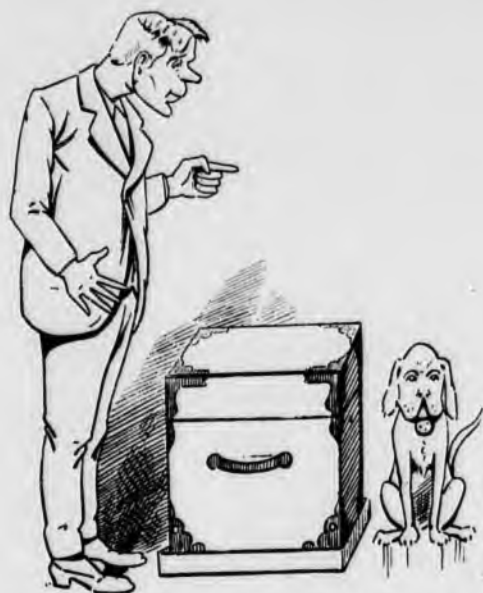
Toilette de primavera de M.^{me} Pelletier-Vidal

adornada por delante en cada ángulo con dos pequeños lazos de crespón verde agua. Hay detrás dos mazos de rosas sin hojas. La capa que acompaña á este sombrero nos ha sido comunicada por M.^{me} Pelletier-Vidal, 19, *rue de la Paix*. Confeccionada para llevarla en un traje de entretiempo, es de paño mirto, adornada con terciopelo tornasolado, mirto y malva, y con un cuello alto forrado de plumas. El forro, que se pone de color muy claro, para acrecentar la elegancia del vestido, es de seda malva sembrado de flores con hojas verde pálido.

En la *toilette* de primavera de la misma M.^{me} Pelletier-Vidal, se ha empleado el crespón color de tabaco, mosqueado de color violeta. La falda de raso tiene hasta su mitad cuatro líneas de crespón, con otra de terciopelo violado y castaño en cada una. El mismo terciopelo se usa en la cintura, en el soplado de las mangas, y en el canesú del cuerpo, embellecido este por una graciosa berta de crespón, cruzada por delante, abierta y formando puntas por detrás.

Curiosidad pagada

por N. MORAL



1.—Este armatoste debe contener algo grande.



2.—Veamos...



3.—¡Ya parece ceder!



4.—¡.....!!!



El laúd es un instrumento de música no usado hoy día. Al principio tenía seis hileras de cuerdas de tripa doble, á excepción de la prima; más tarde tuvo diez, doce y hasta veinticuatro, dispuestas sobre una caja acústica, redondeada en su parte posterior en forma de tortuga, y algo parecida á la mandolina. El mango de este instrumento está doblado en su extremidad. Se punteaba con la mano derecha, mientras que con la izquierda se apoyaba en los trastes, que solían ser en número de nueve. Un laúd de diez cuerdas alcanzaba tres octavas y una tercera mayor. Servía antes que la clave para acompañamientos bajos y continuos, y era muy difícil de templar.

La tiorba se diferenciaba del laúd por tener doble mango y no haber en ella más que cuerdas simples. En cambio la bandurria no fué más que un laúd pequeño, y el bandolín, que todavía se toca en nuestro país, una pequeña bandurria. Todos los instrumentos de que hemos hablado tenían mucha analogía con la guitarra, pero se diferenciaban de ésta, en que la parte posterior era en aquéllos redonda y en forma de tajadas de melón, que se llamaban latas. El laúd procede de los árabes. Los mejores laúdes eran los de Bolonia y Padua. Hoy día se ven algunos muy notables en colecciones particulares. El mejor método para aprender á tocar el laúd es el de Basset.

En la actualidad no se toca aquel instrumento; á mediados del siglo pasado cayó en desuso; sin embargo, el nombre de laúd, al igual que el de lira, se usa todavía en poesía para expresar un instrumento cualquiera destinado á acompañar el canto.

Para extraer del ojo un cuerpo extraño, hágase del modo siguiente: Luego que se haya introducido dentro de los párpados un cuerpo extraño que pueda afectar con perjuicio la vista por su naturaleza ó forma, se expulsará levantando el párpado superior é inclinando la cabeza hacia adelante, y teniendo así en reposo el ojo por algunos instantes, comenzarán á fluir lágrimas, que arrastrarán consigo el cuerpo extraño, ó á lo menos se dirigirá hacia el ángulo interior, del que se podrá sacar fácilmente con un lienzo fino, ó con la punta de un pañuelo.

Si esta operación no basta, se pasa muchas veces y con suavidad el dedo sobre el párpado, desde el ángulo exterior, con lo que se obligará á bajar la partícula extraña.

En fin, cuando este último medio no resulte bien, se levantará el párpado superior, descubriendo la pupila del ojo cuanto sea posible, y volviendo ésta hacia la nariz se pasará por dentro un pincelito mojado con nata, comenzando del ángulo exterior hacia el lagrimal; y de este modo no dejará de salir.

Pero si se hubiese pegado á la túnica del ojo y se hubiese fijado, será preciso entonces cogerlo con delicadeza con unas pinzas pequeñas cubiertas con hilo de algodón para que no lo rompan. En estos accidentes es casi siempre indispensable la asistencia de un facultativo hábil.

En todos casos es menester guardarse bien de frotar el ojo con la mano, como se practica casi siempre; y si el cuerpo extraño es cal, vitriolo, tabaco ó pimienta, no debe emplearse ningún remedio mordicante, ni baños de ojos, que aumentan el efecto del mal y el peligro. Después de la extracción del cuerpo extraño es cuando se lavará el ojo con agua fresca para calmar la inflamación.

La primera curación para las heridas debe practicarse del modo siguiente: Tómese un pedazo de pan tierno y remojado en agua, y después de haber lavado bien la herida, aplíquese sobre ésta sujetándolo con una venda de lienzo y manteniéndolo siempre húmedo, hasta al cabo de veinticuatro horas, que se quitará esta cataplasma.

Esta agua, muy superior para la aplicación externa á la bola de Marte, es muy buena para toda especie de heridas, abscesos, magulladuras, dolor de piernas, mal de ojos, cataratas y barros.

En tiempo del Consulado, un banquero, á quien el príncipe de Talleyrand había recibido muchas veces en su casa, le escribió cierto día pidiéndole una audiencia, que le fué concedida. Habíase á la sazón difundido por París el rumor de la muerte de Jorge III, rey de Inglaterra, y esta noticia debía tener gran influencia en la Bolsa. El indiscreto especulador, introducido en el gabinete de Talleyrand, no le ocultó el motivo de la audiencia que había solicitado, confesando al propio tiempo su indiscreción.

—¡Cómo indiscreción! le dijo Talleyrand con su imperturbable seriedad: nada de eso; no sois en manera alguna indiscreto, y me alegraría infinito de que pudiesen seros útiles para algo las noticias que voy á daros.

El banquero, al oír esto, se frotaba las manos de contento, y se deshacía ya en frases de gratitud.

—Pues señor, prosiguió Talleyrand con un tono de íntima confidencia, lo que hay es lo siguiente: unos dicen que el rey de Inglaterra ha muerto; otros dicen que está vivo; yo no doy crédito á los unos ni á los otros. Os lo comunico en confianza; ¡sobre todo no me comprometáis!

Cuando una persona se siente resfriada, bastará que empape una esponja en una infusión hirviente de flor de malva, salvia y borraja, y después de exprimirla un tanto, hay que aplicarla á la nariz y á la boca, lo más caliente posible, aspirando el vapor. Esta operación se renueva varias veces y á intervalos, siendo inmediata y segura la curación del resfriado.

Los ingleses atribuyen al lúpulo muy grandes virtudes soporíferas, y con razón. Una almohada llena de lúpulo, producirá un sueño muy tranquilo á toda persona que apoye la cabeza en ella, siempre que el lúpulo haya sido puesto á calentar de antemano durante un cuarto de hora en un sitio bien caliente, á fin de destruir los insectillos que las hojas pudiesen contener.

Gana poco, pero gana siempre.—PROVERBIO HOLANDES.

No hay ganancia más segura que las economías.—P. SYRO.

De dos hombres iguales en fuerza, el que tiene razón es el más fuerte.—PITAGÓRAS.

Lo que llamamos *liberalidad*, muchas veces no es más que la vanidad de dar.—LA ROCHEFOUCAULD.

El que compra cosas superfluas se expone á tener que vender las necesarias.—FRANCKLIN.

El verdadero huérfano es el que no ha recibido educación.—PROVERBIO TURCO.

Ten siempre presente que la última mitad de la vida del hombre no es más que una larga y dolorosa expiación de las faltas cometidas en la primera.—A. FÉE.

Siempre que te adviertan algún defecto, hazte cuenta de que nunca te dicen sino la mitad de lo que es.—NICOLE.

En la guerra nada es tan fácil como lo que el enemigo cree que es imposible.—MAQUIAVELO.

La opinión tiene más fuerza que la verdad.—STOBÉE.

La vanidad hiela el corazón.—M.^{me} NECKER.

Una gracia pagada envilece al que la recibe, y deshonra al que la hace.—DUCLOS.

Encargar el secreto, es estimular la indiscreción.—***



UN ELECTRÓFORO DOMÉSTICO

No vayan á figurarse los lectores que se trata aquí del gato; porque si bien es cierto que el tal felino es un verdadero acumulador de fluido eléctrico, en cambio sólo tiene de doméstico el nombre, porque animal más indómito no es posible hallarlo: sólo porque está á su gusto en las casas nos dispensa el obsequio de quedarse en ellas.

El electróforo en cuestión puede fabricarse de varias maneras: la más sencilla consiste en cubrir con hoja de estaño (de la que se envuelve el chocolate) un disco de madera, del tamaño de un plato, y suspenderle con un cordón de seda pasado por el centro del disco; golpeando éste con viveza, valiéndose de una piel de gato, se carga de electricidad y echa pequeñas chispas, pudiéndose hacer con él varios experimentos indicados en todas las obras elementales de física.

Hay otra máquina eléctrica fácil de construir y manejar, y por medio de la cual se obtienen resultados bastante notables y sobre todo sin obligar á un gato á que ceda *velis nolis* su precioso pellejo.

Se toma un tubo de lámpara bien limpio y seco; péguese en la mitad de su extensión un anillo de papel



de estaño, y perpendicularmente otra banda del mismo papel, según indicamos en el dibujo; luego se aprovecha un viejo chal de seda, con el cual se envuelve el escobillón limpia-tubos, y frotando fuerte con ese tapón, llega á electrizarse el tubo de vidrio hasta echar luz, que es más visible si la habitación está á oscuras.

Estos aparatos nada costosos, y sobre todo siempre disponibles, sirven para demostrar prácticamente la teoría de los buenos y malos conductores, y la oposición entre la electricidad vítrea ó positiva y resinosa ó negativa.

Por medio de esos sencillos aparatos y otros que oportunamente iremos presentando, pueden desvanecerse verdaderos errores científicos, que no por ser arraigados, como árbol seco, dejan de ser inútiles y aun perjudiciales.

JULIÁN.

Solución á las charadas anteriores:

- 1.^a JA-BA-LÍ
2.^a PA-LA

Solución al cuadrado numérico:

89	81	81	81	81	81	81	81	29
81	10	2	20	1	9	35	4	81
81	22	4	5	39	1	2	8	81
81	11	27	3	2	1	4	33	81
81	11	17	4	8	7	19	15	81
81	3	3	12	8	46	2	7	81
81	23	1	20	15	12	7	3	81
81	1	27	17	8	5	12	11	81
29	81	81	81	81	81	81	81	89

Solución á la criptografía:

Miguel Cervantes Saavedra

LOGOGRIFO

En Venecia y en Milán,
en Roma como en París,
á muchos pongo en un tris,
pues los buscan con afán;
relieve á las obras dñ
que salieron del pñcel,
y al empujar su bajel
el gondolero me invoca
cuando con el remo toca
los mármoles del dintel.

F. A.

CUADRADO

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Sustitúyanse estos puntos con letras, de modo que, leídas horizontal y verticalmente, den: 1.^o, animal; 2.^o, verbo; 3.^o, parte del cuerpo; 4.^o, trabajo del campo.

F. VALIAURE CORO, de Oviedo.

ROMPE CABEZAS

D. CARLOS PUDIRIO
BARCELONA

Formar con esta tarjeta, el nombre de cinco calles de Barcelona.

SALVADOR BADOSA R.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos mucho cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

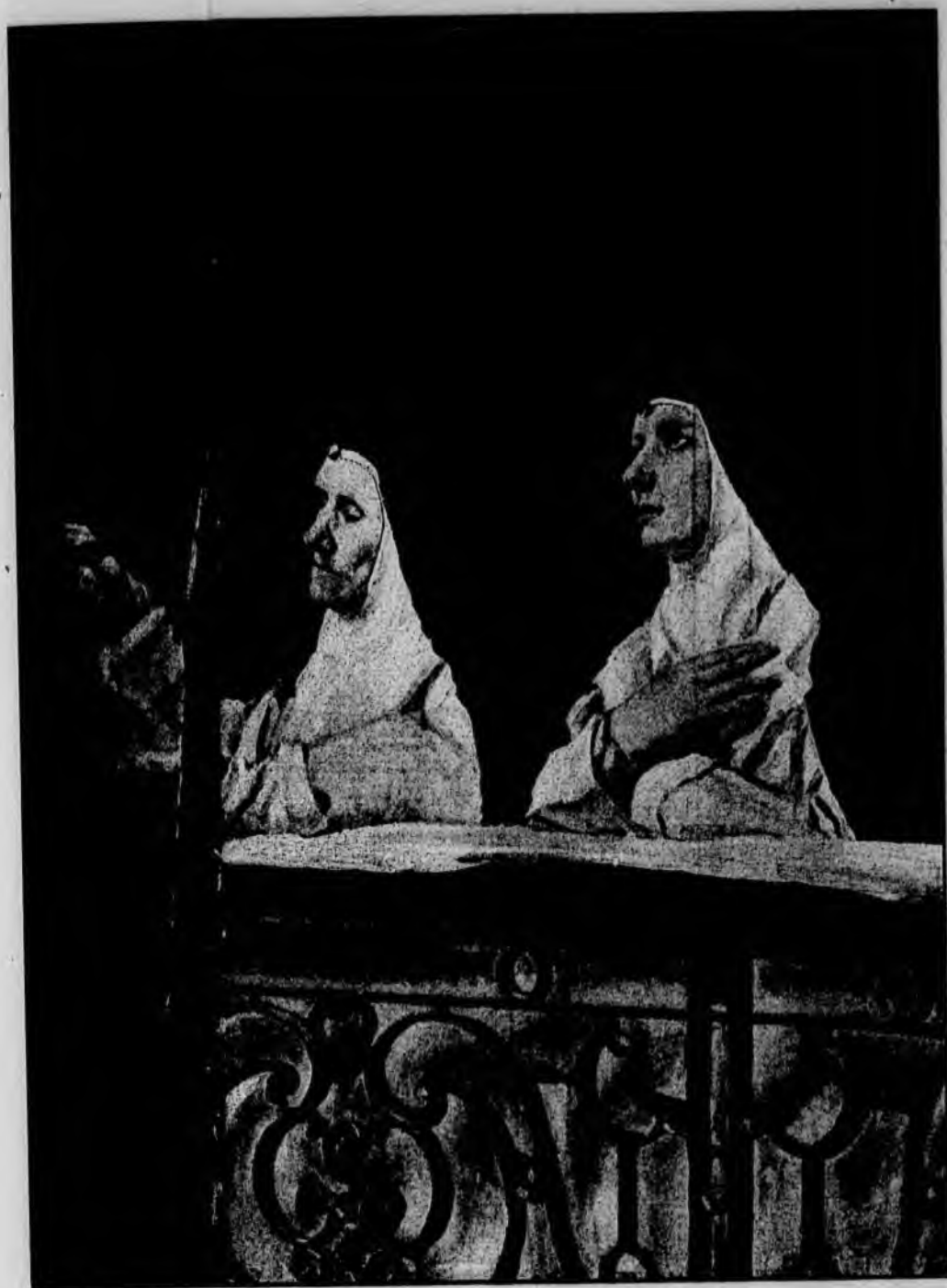
Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

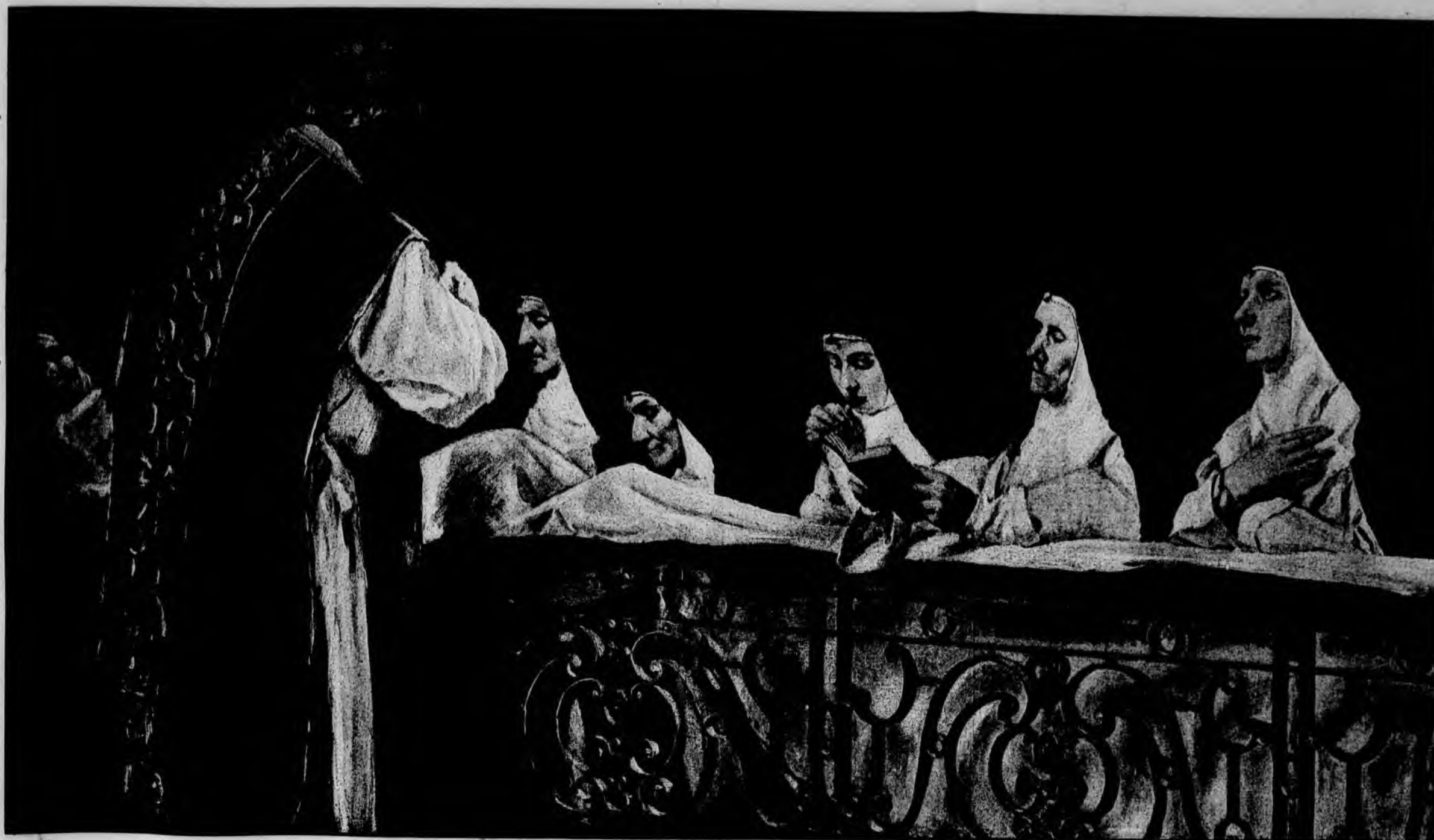
Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.^a*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados los derechos artísticos y literarios.—IMP. ESPASA Y COMP.^a



Ayuntamiento de Madrid



LA COMUNIÓN DE LAS MONJAS

CUADRO DE ENRIQUE MÉLIDA

Ayuntamiento de Madrid



MEMORÁNDUM

SABEN nuestros lectores que de algunos años acá el comercio de objetos de arte y de antigüedades ha adquirido gran desarrollo, en parte por causa de las adquisiciones hechas para la formación de Museos, y en parte por el capricho de algunos millonarios ó por la afición de los arqueólogos y artistas. Uno de los especuladores en ejemplares viejos, que figuraba en París en primera fila, murió hace tres años, y la colección que formó, mientras iba comprando y vendiendo, va á venderse en pública subasta en aquella capital. Federico Spitzer, que tal es el nombre del gran chamarilero y coleccionista, empezó el negocio sin poseer una peseta. Su instinto artístico, su tino para descubrir los objetos arqueológicos de valía, le dieron pronto renombre, logrando en breve codearse con millonarios como los Rothschild, Ephrussi y otros, de quienes fué el proveedor favorito. Mientras vendía á estos aficionados ejemplares de orfebrería ó de cerámica, con los cuales realizaba ganancias fabulosas, guardaba para sí otros, ó porque no creyera que se los pagasen bastante, ó porque los juzgase oportunos para redondear una colección. La de Spitzer contiene piezas sumamente interesantes, pocas de primísimo orden y que no puedan verse en los más celebrados Museos, muchas de ellas perfectamente conservadas é interesantes para la historia de las industrias suntuarias, aun cuando no sean cosas verdaderamente excepcionales. Lo más notable de la colección que va á venderse consiste en el número de objetos y en lo completo de cada serie, de modo que bien puede decirse que por sí sola forma un magnífico y rico museo artístico-industrial. En la subasta, que debió empezar el 17 de Abril y que concluirá á mediados de Junio, se venderán cerca de cuatro mil objetos, y no entrarán todavía las armas que había reunido Spitzer y que constituyen acaso una de las secciones más importantes y mejor redondeadas de su colección. En ella España figura de un modo brillante, conforme es de suponer, puesto que pocas naciones tienen un pasado artístico más envidiable que el nuestro. Limitándonos sólo á una sección, la de los bordados, causa pasmo el número de capas pluviales, de dalmáticas, de casullas, de frontales y paños de atril que adquirió Spitzer, sacándolos de nuestro país, en donde halló abundante cosecha para su colección. ¡Es doloroso que no podamos rescatar nada de esto para nuestros raquíticos Museos! ¡Es sensible que por la penuria de nuestro tesoro no figure España entre los compradores de todas las naciones que con carácter oficial acudirán á la subasta Spitzer! Muy bien decía un escritor francés hace pocos días, que hoy la guerra entre las naciones no se hace sólo con cañones y fusiles; se hace también quitándoles sus joyas de arte y

de las industrias suntuarias para estudiarlas luego, sacarles el jugo y aprovecharlo en los productos nuevos, con los cuales se anonada la industria del pueblo que abandonó al extranjero aquellos ejemplares tan fecundos en enseñanzas. Todos los países así lo han comprendido, singularmente Inglaterra, Alemania y Austria, menos nosotros, que seguimos en la indiferencia de que se ha visto palpable muestra con motivo de la Exposición histórico-europea é histórico-americana recientemente celebrada en Madrid.

* * *

Y ya que de Exposición hablamos, la de Chicago ha corrido algunos temporales en los últimos días. Tuvo primero una huelga de operarios, cosa nada extraña, pues era de esperar que los oficios aprovecharían la coyuntura para lograr beneficios en el precio y en las condiciones de los jornales. Como el tiempo apremia, y como los contratistas tienen interés en que las obras no se interrumpan, todo pudo componerse y la huelga cesó, probablemente con condiciones nada favorables para el capital. A los pocos días desencadenóse en aquella comarca un ciclón que causó graves daños, los cuales serán pronto reparados, ya que es bien sabido que los norteamericanos se crecen con las dificultades, y ahora tienen empeño en que Europa quede asombrada ante la grandiosidad y la riqueza de la *Feria del mundo*, como han bautizado pomposamente á la Exposición Universal de Chicago.

* * *

En Francia ha sido indultado M. Turpin, el inventor de la *melinita*, á quien se condenó, como recordarán nuestros lectores, por haber divulgado secretos militares al extranjero. Con este motivo se habla de las revelaciones que va á hacer, pues algunos le muestran dispuesto á no callarse. Hace algún tiempo se le prometió por un ministro que se le indultaría á cambio de ciertas condiciones de discreción que M. Turpin no quiso admitir, pidiendo que se le rehabilitase y que se le reintegrase en los cuadros de la Legión de Honor. Se han echado á volar ahora los nombres de M. Freycinet y del general Ladvoat, suponiéndose sean los que han desempeñado un papel nada limpio en el asunto de la *melinita*. ¿Será esto origen de un nuevo escándalo? El tiempo lo dirá, pero de momento procura ya ocasión á varios periódicos para insinuaciones difamatorias de las cuales no salen bien parados los nombres de personajes que figuraron en los últimos ministerios franceses.

* * *

Bélgica pasa por una crisis terrible, que previmos ya hace tiempo, cuando sólo empezaba á hablarse de la revisión constitucional. La ley electoral ha sido el pretexto ó el motivo para que libren batalla los distintos bandos políticos que de largo tiempo luchan en aquel floreciente Estado, uno de los más adelantados de Europa, en el concepto material. Varias proposiciones se presentaron para fijar las condiciones y la capacidad de los electores. La del ministerio que preside el ilustre M. Beernaert, estadista de peregrino talento y de firmísimo carácter, concedía el sufragio á todos cuantos pagasen una reducida contribución, pero fué desechada. Los socialistas y anarquistas, acogiéndose al refrán á río revuelto ganancia de pescadores, amparados por los partidos radicales y por los republicanos, no han desaprovechado la ocasión de producir disturbios, con el objeto de ver si en algún momento pueden encontrar desapercibido ó débil al Gobierno y lograr su caída y acaso tras de ella consecuencias más trascendentales. De momento se procuró que los trabajadores se declararan en huelga en las comarcas mineras y manufactureras; en Bruselas se repitieron á cada instante las manifestaciones en que salió la bandera roja y profririeron gritos más ó menos subversivos. El de «¡viva el sufragio universal!» se oyó de continuo en boca de los alborotadores. Se atacaron tiendas y algunas fueron saqueadas; se recibió á pedradas á la policía y á la guardia cívica, causándoles heridos, algunos

de no poca gravedad; en uno de los días fueron cortadas cañerías de gas, pegando fuego al fluido que por ellas se escapaba; en otro se roció con petróleo á los guardias que procuraban mantener el orden, y así por el estilo ocurrieron otros desórdenes que prueban la excitación de las clases populares en la capital del Reino. El burgomaestre, M. Buls, fué herido de un palo en la nuca. Cuando más enmarañado parecía todo, la Cámara aprobó el llamado voto plural, ó sea el que los electores tengan uno ó más votos, según su representación social, lo que es casi el sufragio universal, y la tranquilidad pareció quedar restablecida en aquel país.

* * *

El rey Alejandro de Servia ha dado un golpe de Estado. Contando sólo la juvenil edad de diez y seis años se ha proclamado mayor de edad, deteniendo á los regentes Ristich y Markovich, que gobernaban en oposición con la mayoría de la Cámara. Fué en seguida á los cuarteles y recorrió la ciudad, siendo objeto en todas partes de entusiastas ovaciones en la capital de sus Estados. Una vez llevado á buen fin su intento dejó en libertad á los regentes y constituyó ministerio, sacado casi todo de la mayoría de la Cámara.

* * *

Se ha hablado de un desembarco de los japoneses en las islas Palaos, del grupo de las Carolinas, diciéndose luego que sólo se trataba de haber arribado allí unos buques mercantes de la expresada nación. La verdad del caso no lo sabemos todavía con certeza, si bien es de creer que no revestirá la gravedad que se supuso en los primeros momentos. Tampoco dará origen á ningún conflicto internacional la reyerta en los Pirineos entre carabineros españoles y contrabandistas franceses, de la que resultó muerto uno de éstos. Por ambos lados se hacen averiguaciones para depurar los hechos, los cuales, si descubren alguna extralimitación y culpa por parte de los carabineros, no dejarán de dar á conocer asimismo una vez más la osadía de los que se dedican al contrabando, aprovechando lo fragoso del terreno en los Pirineos y lo poco frecuentado de algunas de sus sendas. Este asunto, repetimos, no dará muchos quebraderos de cabeza á los gobiernos de aquende y allende la frontera pirenaica.

B.



EL VIZCONDE DE ASSENEDE



sí como se ha definido el capital, diciendo que es trabajo acumulado, asimismo puede decirse que la verdadera nobleza consiste en el honor tradicionalmente conservado, y en servicios públicos oficialmente reconocidos y voluntariamente continuados. El capital debe servir para alimentar el trabajo y patrocinar á los trabajadores; los títulos nobiliarios no tienen valor actual sino á condición de que los titulares se muestren dignos de sus antepasados. En las sociedades modernas los ricos ociosos sólo pueden hacerse perdonar su fortuna por la elevación de su conducta personal, por ejemplos permanentes de civismo y virtudes privadas, y por su cooperación á los grandes patronatos sociales.

En estos últimos años nuestras costumbres públicas han mejorado tanto por un lado como han decaído por otro. El culto exclusivo del oro es causa de nuestra degeneración moral y social; porque enseña á despreciar el desinterés, la ley divina del trabajo y el espíritu de sacrificio; corrompe las alianzas, fundamento de las familias, por el feroz y egoísta afán de encontrar una buena dote, é impulsa á conquistar la fortuna por toda clase de medios. Y cuando el único fin y objeto de los que poseen mucho oro es el goce material, entonces la fortuna se envilece y no hay exceso que no pueda esperarse.

La ociosidad de los ricos es una de las formas de tal envilecimiento, y aunque no se manifiesta siempre en una forma censurable ó abyecta, es en todo caso, como dice un antiguo proverbio, la madre de todos los vicios.

Aparece en nuestras sociedades contemporáneas con cierta elegancia, con cierta distinción, hasta con cierto ingenio á veces. Basta ver la vida que llevan muchos jóvenes de esos que se llaman *comme il faut*. En invierno, de Navidad á Pascua, pasean por la ciudad, á caballo por la mañana y en coche por la tarde; almuerzan bien, comen mejor, pudiendo á duras penas atender á tantísimas invitaciones, resultado de una especie de colectivismo elegante, según el cual es cosa admitida que cada comida, de diez invitados lleve consigo media docena de nuevas invitaciones mutuas. Después de comer vanse al saloncito de fumar, que es el mayor enemigo de toda sociedad con señoras y el único elemento civilizador de aquellos caballeros. De allí al casino, á los bailes y á las recepciones. Tales son las principales, si no las únicas ocupaciones de los desocupados relativamente buenos y juiciosos; los que lo son menos van del casino al tapete verde ó á otras partes, y no se retiran hasta el amanecer.

Aguardan la *saison* de Cuaresma ó la Pascua para ir á pasar una ó dos semanas en la moderna Babilonia, en París, y después se resignan á ir al campo, porque es de mal tono el no

gustar de aquel rincón donde habitan los ancianos padres, y donde radican los principales intereses de la familia.

Tal método de vida no es el más á propósito para la salud física y la moral. El corazón y el estómago son atacados, el cerebro se entorpece, predisponiéndose á congestiones, y se fomenta la gota. Así es que, apenas llegados á sus lares, vense *obligados* á ir á tomar aguas; y hasta los más sanos van á Spa, ó á una playa cualquiera, hasta la inauguración anual de la caza: entonces llueven invitaciones cinegéticas, coronadas por succulentas comidas: finalmente, en Noviembre empiezan las batidas y las reuniones de otoño, que duran hasta Navidad y permiten transportar al campo las peores costumbres de la capital.

Esta es la existencia material, descolorida, sin letras, sin ciencias, sin arte, sin luchas, ni ideal, ni trabajo útil de la mayoría de los ociosos *acomodados*. Después acaban por hacer lo que se suele llamar un buen casamiento, es decir, un casamiento por interés, y este fin es el comienzo de una vida más material aún que la anterior.

El tronera y el jugador no observan tanta regularidad en sus ocios: tomando por pretexto su salud van á las playas á empeorarla. Levántanse á las diez, toman un baño tónico ó, mejor dicho, elegante, almuerzan copiosamente, van después á aburrirse en el *lawn tennis*, galantean en la playa, comen espléndida y alegremente en bulliciosa compañía, van al concierto á no oír, al baile á no bailar, frecuentan el tapete verde ó invierten en la cena toda la noche; en el mes de Agosto se acuestan cuando ya es día, y á todo esto llaman divertirse.

* * *

Pablo Beercele, vizconde de Assenede, descendía, por línea femenina, del jefe de una compañía de arqueros que se había inmortalizado en la batalla de las Espuelas de Oro. Su padre, en quien había ido á parar aquel ilustre nombre, poseía un castillejo en las orillas del Dendre. Su madre era hija de un opulento comerciante en telas de Courtrai. Su abuelo, miembro del Consejo de Flandes, había recibido de María Teresa el título de vizconde de Assenede.

Pablo Beercele había sacado escaso provecho de las lecciones de sus maestros del colegio de Nuestra Señora de la Paz, en Namur, donde se educó. El colegio fué para él una prisión donde hablaba de perros y de caballos con sus co-detenido. Su padre pensó hacer de él un diplomático (¡vaya una idea!) y lo mandó á Lovaina, donde el mozalbete aprendió á jugar al *baccara* y á tirar el dinero. El trabajo le repugnaba y sólo pensaba en aparecer muy *chic*, y en vestir con elegancia exagerada: era, en fin, una verdadera carga para sus padres. Y este muchacho ocioso, que debía su nombre á un soldado intrépido, su título á un magistrado de inteligencia y su fortuna á un comerciante laborioso, no se ocupaba más que de caballos, de *cocottes* y del juego. Incapaz de imitar á ninguno de aquellos tres antepasados suyos, la idea de entrar en la milicia ó en la Iglesia le parecía ridícula, porque el espíritu de sacrificio le faltaba por completo. Su pasión por los caballos no era la noble y viril distracción que hasta el hombre más ocupado se permite, no; era una especie de baja profesión que le hacía complacerse en el estiércol de las cuadras. Compraba sus carruajes en Inglaterra y sus caballos en Alemania: en el *boulevard* ó en los paseos no se le veía sino á caballo ó cerca de caballos: de manera que en las carreras y concursos hípicas figuraba como gran conocedor. Por eso un hermano de su madre, magistrado de la Audiencia de Gante, decía de él irónicamente: — Al menos sabe algo, sabe *hipología*. — El público y los que le trataban personalmente no encontraban en él otros méritos que los de sus carruajes y de sus caballos.

Era un gran jugador y jugaba fuerte: tan pronto perdía considerables sumas como ganaba centenares de miles de francos; y, á los treinta años, no vivía en realidad más que de recursos momentáneos ó del crédito que su pasado esplendor le procurara.

Tales situaciones pueden ir tirando por mucho tiempo, pero acaban fatalmente en una catástrofe.

* * *

Tres meses hacía que Pablo Beercele estaba luchando con una mala suerte aterradora. Una mañana al dejar el tapete verde se encontró sin un céntimo y debiendo 250,000 francos bajo palabra. No se decidió á acostarse y, presa de febril agitación, pasó el día vagando por la playa, por los muelles ó por la población. Como todo jugador acosado, á quien queda un vestigio de honor en el alma, pensó en el suicidio, al contrario de los viles que en semejantes circunstancias escapan ó se resuelven á vivir trampa adelante.

Pablo Beercele había recibido de su madre cristiana educación, y el recuerdo de ella y el de los felices días de su infancia aparecía de cuando en cuando á su memoria, breve, sin embargo, como un relámpago.

Para que un hombre pueda tomar grandes resoluciones debe hallarse armado no sólo con la ciencia del bien sino además y principalmente con su práctica. El castigo del hombre vicioso consiste en que sólo tiene fuerza para el mal y, por consiguiente, en las grandes circunstancias de la vida no encuentra otro refugio que la desesperación, y su último acto de virilidad viene á ser una cobardía: el suicidio es un acto de valor en aquellos que no lo tienen para otra cosa.

A las seis y media de la tarde Beercele se encontraba al extremo de una estacada, junto al mar, sitio completamente desierto á tal hora, y vacilaba en tomar una solución.

El día había sido templado, como suelen serlo en aquella costa los principios de otoño: el mar estaba en calma y el sol se había sepultado en las aguas. Una grande y accidentada faja negra limitaba el horizonte semejante á gigantesca cordillera, cuyas cimas hacia el Noroeste estaban orladas de oro, mientras del Poniente se desprendían aún rojizos resplandores: el firmamento estaba como manchado por nubecillas negras é inmóviles, que dejaban, sin embargo, grandes claros de azul: el mar parecía un lago de plomo derretido, cubierto de polvo y ligeramente plateado hacia Occidente: el crepúsculo descendía majestuosamente sobre las aguas. El lejano faro empezaba á brillar.

La imponente calma del paisaje y el frescor primero de la vecina noche habían apaciguado algo los agitados nervios de Pablo y habían aumentado las vacilaciones de su espíritu: á la desesperación había sucedido la reflexión.

El ronco aullido de un gran buque de vapor que se acercaba le sobresaltó sacándole de sus meditaciones.

Al volverse se encontró frente á frente con su acreedor, un inglés llamado Stretton, que le dijo:

- Iba buscando á usted desde esta mañana.
- ¡Teme usted que no le pague!
- Vamos, no sea usted así. Yo, en el fondo, le quiero á usted mucho.
- Será por lo que se ama usted á sí propio.
- No. Sólo porque soy hombre de más carácter que usted.
- Bueno, acabemos, ¿qué quiere usted?
- Quiero salvarle.

- Es demasiado tarde.
- Nunca es demasiado tarde mientras dura la vida.
- Es que mi vida se ha acabado: estoy perdido; usted lo sabe, y hágame el favor de evitarme el tormento de su conmiseración.
- Es usted un ingrato: yo puedo sacarle de apuros, y si es usted condescendiente...
- Vamos, ya veo, va á proponerme usted...
- Un casamiento.
- ¡Un casamiento! ¿para qué?
- Para devolver á usted cuadruplicada la fortuna que ha devorado. Véngase usted conmigo y le iré explicando... ¡Valor, hombre; sangre fría!

* * *

La noche había llegado. Las luces del dique y de las casas inmediatas al puerto daban á la playa un aspecto fantástico. Subía la pleamar, y las olas en cuatro ó cinco filas formando escalones iban á romper y á deshacerse con mugido regular y monótono como una respiración contra los pilares de la estacada. El vizconde, arrullado á la vez por la música de la naturaleza y por las fortalecedoras palabras de Stretton, dejábase llevar como ebrio.

Recordóle el inglés una excursión que habían hecho recientemente á Mariakerka en compañía de varias familias americanas. Mr. John Henry Schmalzhut, riquísimo comerciante de cerdos en Cincinnati, tenía una hija única, Edith, que estaba encantada de la vida elegante que se llevaba en aquella playa de Ostende. El fastuoso y refinado lujo de Beercele, sus maneras distinguidas, sus prodigalidades, habían impresionado profundamente á la chica. Stretton, que lo advirtió, dedicóse, con los pocos escrúpulos propios de un jugador inglés, á asediar al opulento *yankee*, y la misma mañana del desastre de Beercele, pensó: — Salvemos la caja, — y sin más cumplidos fué á pedir la mano de miss Edith para su deudor, sin siquiera prevenir á éste. Mr. Schmalzhut había presentado alguna dificultad, pero todo cedió ante la decidida é inmediata afirmativa de su hija. Tal era la buena nueva que Stretton había ido á anunciar á Beercele.

El vizconde de Assenede se casó con la hija de Mr. Schmalzhut, pagó sus deudas, descargó sus fincas de hipotecas y gravámenes, realizó sus cuadras, y se fué á pasar el invierno en Oriente, mientras el suegro volvía á sus cerdos y á sus salazones.

La lección había sido seria para el jugador empedernido, que supo aprovecharla y morigerarse hasta el punto de no gastar anualmente más que las doscientas mil libras de renta que su mujer había llevado en dote; y, lo mismo que su suegro, dióse á adorar al *Omnipotente Dollar*, que es el dios de los *yankees*.

Esto no le impedía el proclamarse católico y conservador, lo cual, al decir de sus adversarios, desacreditaba al catolicismo y al partido.

* * *

Ayer volví á verle. Apenas tiene cuarenta años y ya parece un viejo. Va ligeramente encorvado y se tiñe el bigote. Su paso no tiene la firmeza varonil que tan bien sienta á un hombre de edad avanzada: su lenguaje afectado, que diez años atrás podía pasar por de última moda, hoy resulta ridículo: está hecho un necio acabado y sin otra valía que la de los *dollars* de Edith Schmalzhut.

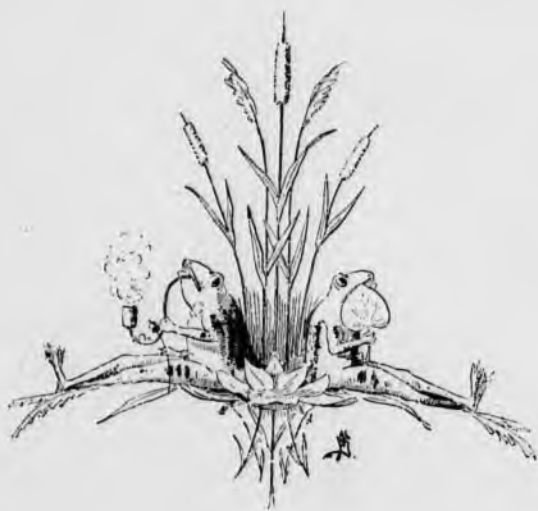
A los diez años de matrimonio es padre de tres niños escrofulosos, cuya sangre procura purificar cada verano por medio del cloruro de sodio de las playas arenosas adonde los lleva.

El suegro murió después de haber doblado la fortuna en prósperas operaciones de naturaleza algo... complicada.

La vizcondesa es modelo de elegancia y de lujo, así en la ciudad como en el campo y en la playa: su salón es muy frecuentado, pues da soirées exquisitas y suntuosas comidas; y aunque malas lenguas dicen que se deja cortejar, su marido está muy orgulloso de ella.

En cuanto á Stretton ha colocado en acciones de los ferrocarriles canadienses las diez mil libras esterlinas que pagó el suegro del vizconde, habiendo obtenido grandes provechos que le han servido de capital para especulaciones sobre terrenos auríferos en el Cabo de Buena Esperanza. Una vez se ha hecho rico, se ha lanzado á la política, y comparte las opiniones de sir Carlos Dilke: es radical y *home ruler*, y le han elegido miembro de la Cámara de los Comunes en las últimas elecciones, y hasta se pensó un momento en hacerle formar parte del gabinete Gladstone. Últimamente ha ido á ver á los Beercele en Ostende, donde por ocho días de habitación en un elegante hôtel le han exigido 2,000 francos que ha pagado de mala gana. Se ha puesto calvo, lleva barba corrida casi blanca, y anda penosamente á consecuencia de su obesidad. Pasa por hombre muy *comme il faut*, y es presidente de la Asociación de moralidad pública de su condado.

FÉLIX DE BREUX.





IN FRAGANTI. — CUADRO DE E. J. BOCKS

A UNA GOLONDRINA

De dónde vienes tú con sesgo vuelo,
alegre golondrina,
ahora que el sol el espacioso cielo
de fuego con raudales ilumina?
¿de dónde vienes ahora
que el monte y la colina
se ornan de nueva flor y nueva grama;
ahora que el torrente fragoroso
por el campo oloroso
sus claras ondas rápido derrama?
Ya pasó la estación de las tormentas,
ya las alegres horas van danzando,
y de arrayán y flores mil coronas
sobre el campo paterno derramando.

Ese que ves tan verde y tan florido
tu otero conocido,
y ese en que tu ala fugitiva rasa
es tu claro torrente,
y ese tu dulce nido
que, en el alar saliente,
vuelves á hallar de nuestra pobre casa.

¡Oh! sigue revolando vagarosa,
y sobre el campanario de la aldea
un momento reposa.
Desde allí todo el campo se domina,
y las mieses que suave el viento orea,
y el lejano molino y la musgosa,
alta cruz del blanqueado cementerio
que en medio de los árboles se empina...
Tiende la vista desde allí gozosa
y contempla tu patria deliciosa.

Al primer trueno del oscuro invierno,
y las lluvias primeras,
volaste abandonando las praderas
y tu apacible hogar y nido tierno.
¿A dónde entonces fuiste
con ala infatigable,
dejando atrás el horizonte triste
cubierto de tiniebla,
en cuyo oscuro seno el sol de Mayo
mal alcanzaba á disipar la niebla,
donde á intervalos con horror lucía
de tormentosa nube el presto rayo?

Tal vez á las regiones del Oriente
pasaste con las brisas sonoras,
y del Meta en la rápida corriente

remojaste las alas temblorosas;
tal vez desde la huta del salvaje,
ó desde la alta torre ya en ruina
de la antigua Misión viste la frente
doblar al sol detrás del horizonte,
cual mar sin playa de la gran sabana
de la risueña Arauca, ¡oh golondrina!
Es su tumba de azul, de oro y de grana
y al revolar de la áurea vespertina
trajo hasta tí la voz del gran desierto
quejas del bosque, son de ronco río,
y melodioso pío
de las aves del campo solitarias,
formando todo espléndido concierto
de júbilo solemne ó de plegarias.

¿Es venturoso, dime,
el indio entre su selva primitiva,
á quien la ley no oprime
y la cerviz altiva
tan sólo en el desierto
inclina al Grande Espíritu Sublime?
¿O le siguen doquier las mismas penas
y del alma las mismas tempestades,
y el pobre corazón lo mismo gime
que en las grandes ciudades
en medio de las vastas soledades;
oprimido de bárbaras cadenas? —
¡Oh! que también en el desierto crecen
flores para adornar la sepultura;
también brillan al sol de sus sabanas
lágrimas de dolor y de amargura.

En mi primera edad, con la luz pura
del sol, en el umbral de humilde techo
la banda de ruidosas golondrinas
miraba, henchido de placer el pecho,
ir, y volver, y revolar contentas
de la pajiza choza
á la extensa llanura,
cual pasa pronta y viva
la luz de las tormentas,
rozando con el ala fugitiva,
ya sobre la arboleda majestuosa,
ya sobre el ancho, azul tranquilo lago,
ya sobre la era antigua que llenaba
la flor del amarillo jaramago.

Cuando era niño, en casa de mis padres,
dejaba yo que se muriera el día,

y de las salas lóbregas desiertas,
 empujaba las puertas;
 ó los duros cerrojos con trabajo,
 de la antigua capilla descorría,
 y á descansar entraba
 de golondrinas banda innumerable;
 yo, de un varal larguísimo auxiliado,
 y de otros niños de mi edad seguido,
 por techos y cornisas implacable,
 sin respetar el inocente nido,
 á la avecilla tímida acosaba,
 que prisionera luego
 á una cárcel tristísima pasaba.

Mi sueño sin sosiego
 al clarear el alba interrumpía,
 y á cortarles las alas temblorosas,
 maligno niño, súbito corría.
 Hoy es, aún lo recuerdo... ¡los chirridos
 de la avecilla dan en mis oídos,
 y forcejando trémula la veo,
 y aún siento entre mi mano
 de sus alas el rápido aleteo!

Una, y fué la postrera,
 infeliz prisionera,
 con doloroso pío
 enterneció mi alma,
 y de repente dije:
¡Pobre! ¡vuelva á su campo! y al momento
 abrí la débil palma,
 y ella rasgó precipitada el viento.

¿A dónde huyó veloz el claro día
 de inocencia, de paz y de contento
 de la niñez afortunada mía?
 ¡Tú volviste, avecilla venturosa,
 á tu nido, y los campos paternos,
 sobre el ala de la aura sonora,
 pasados los funestos vendavales,
 cuando en el puro ambiente se difunde
 de los floridos campos la fragancia;
 mas á mi pobre corazón no vuelve
 la suave paz de su dichosa infancia!

JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ (1).

(1) José Joaquín Ortiz nació en Tunja (Estado de Boyacá, Colombia, el 10 de Julio de 1814. Fundó y dirigió por cuatro años el « Instituto de Cristo, » y ha sido profesor de varios establecimientos de educación. Como periodista se ha distinguido en la colaboración de varios periódicos; es, además, autor de varias compilaciones interesantes y de un hermoso tomo de *Poesías*.

Ha firmado algunas veces con el seudónimo de *José Nigreros*.





Camino del río Merced á las cascadas Vernal

LAS GRANDES SELVAS CALIFORNIANAS

POR

JOHN MUIR

(CONTINUACIÓN)

GRACIAS á la inclinación del valle hacia Occidente y á su grande profundidad, nótese una excesiva diferencia de clima entre su región septentrional y la meridional. Ésta se halla constantemente cubierta de sombra durante el invierno, mientras que aquélla se ve bañada por los rayos solares en todos los días serenos; así es que en la una se disfruta de una deliciosa temperatura primaveral en tanto que en la otra sufren los rigores de un crudo invierno. Entre los grandes peñascos del Norte encuéntranse muchos recodos alfombrados de flores que nacen y se conservan á su abrigo embalsamando en todos los meses del año la tibia atmósfera que las rodea. Vense asimismo en aquellos elevados jardines de invierno muchas mariposas que no emigran sino al aproximarse la tempestad, volviendo algunos días después de haber cesado por completo. Cerca de la cascada Yosemite inferior encontré en el mes de Enero á las hormigas leones en acecho, las rocas vestidas de helechos, el pie de lobo ó azufre vegetal y el laurel cubiertos de flores, y la madreselva ostentando ya un nuevo follaje. Todas las plantas parecían despertar de su letargo cual si ya sintiesen la aproximación del estío. Aun en la parte umbrosa del valle no son muy intensas las heladas. La temperatura más baja que he observado durante cuatro inviernos fué de $+ 7^{\circ}$. Los primeros veinticuatro días de Enero fué, por término medio, á las 8 de la mañana de 32° (mínimum 22°) y á las 3 de la tarde $40^{\circ} 30'$ (mínimum 32°).

Durante el invierno la espuma de la cascada Yosemite superior hiélase al caer y forma al pie del despeñadero un cono truncado vacío, que á veces alcanza más de 500 pies de altura, y al cual se precipita estruendosamente el agua como al cráter de un volcán. Una gran parte

de esta espuma cae sobre las peñas á entrambos lados de la cascada, cubriéndolas de un manto de hielo que por la noche tiene más de un pie de espesor. Cuando le da el sol se raja y desprende rodando hasta la base del cono; pero cuando sopla impetuoso el viento y es fuerte la helada, todas esas masas diseminadas de hielo se unen formando un cuerpo compacto. La caída de estas masas suele ocurrir á intervalos de pocos minutos, causando un estrépito cuya repercusión por los ecos del torrente es en invierno uno de los ruidos más característicos del valle y el constante acompañamiento de los rayos solares. Mientras se va formando el cono presenta una superficie inmaculada que lo asemeja á un cerro de cristal festoneado de espuma que lo adorna de ricos cambiantes. En cambio, en la primavera, cuando empieza á henderse y derrumbarse, se le ve cubierto de hojas, ramas, piedras, arena, etc., arrojadas por el viento á la cascada y arrastradas por ésta al abismo, transformándose la preciosa colina de cristal en un montón de detritus.

Cuando el cráter ha engullido y revuelto las aguas en su tempestuoso seno, salen por el arco abierto en la base del cono, tan presurosas que parecen escapar con gozo de una prisión donde fueron rudamente azotadas, salpicando con su espuma las rocas, la hierba y los matorrales de la orilla.

Deseando estudiar la estructura de aquella curiosa colina de hielo, probé de encaramarme á ella proveyéndome de una hacha para abrir en su resbaladiza superficie algunas pequeñas hendiduras donde sentar con seguridad la planta. Aún no había llegado á la base, cuando me ví envuelto en una nube de vapor acuoso arremolinado por el viento, tan densa y furiosa, que literalmente me cortó la respiración. No tuve más remedio que retroceder y dar un rodeo, acercándome por un camino en el cual era mucho menos sensible aquella ráfaga de viento huracanado. De este modo llegué hasta la cúspide, no sin pararme de cuando en cuando, para echar una ojeada á los alrededores al través de los torbellinos de húmeda neblina que me rodeaban, para escuchar el sublime fragor que retumbaba á mis pies haciendo resonar toda la colina como un tambor inmenso. Yo alimentaba la esperanza de que la cascada se despeñaría en un sentido bastante oblicuo para permitirme llegar hasta el borde del cráter y dirigir una mirada á sus entrañas; pero un sofocante remolino de aire y agua me desanimó por completo haciéndome desistir de mi propósito. Todo el cono vibraba á su impulso y yo temblaba, sin poderlo remediar, temiendo que se desplomase de un momento á otro. De pronto cruzaron el aire algunos fragmentos de hielo arrebatados por el torbellino, y como dió la casualidad que pasaron muy cerca de mí, apresuréme á tocar retirada aterido de frío y chorreándome el agua por todo el cuerpo, y corrí á secarme en una peña iluminada de lleno por los rayos solares.

El Velo nupcial, la Yosemite superior y la Tu-ce-u-la-la del Hetch Hetchy, el cañón más cercano por la parte Norte, á causa de su altura y de su situación, son constantemente azotados por los vientos. Los que en verano suben de la llanura por el cañón del río no suelen ser impetuosos, á lo que contribuye lo que debilitan su fuerza las fragosidades que encuentran en el camino. En cambio, en invierno, los vientos del Norte dejan profunda huella de su paso, desparramando á derecha é izquierda la corriente de las cascadas, despedazando muchos árboles de las selvas y colgando nevadas banderas de una milla de longitud de los picos más altos de la cordillera. Una mañana me despertó el estruendo de los pinos próximos á mi cabaña, salí á averiguar la causa de ello y ví que el viento Norte había tomado posesión del valle con unos rugidos tan terribles que no fueran mayores los de un mar tempestuoso, y doblando los pinos más recios de la selva, cual pudiera hacerlo con los flexibles troncos de una alameda. El valle

había sido recientemente visitado por una serie de tempestades de nieve, y el suelo, las peñas y toda la región circunvecina se habían visto pródigamente enriquecidas con las joyas más preciosas del invierno. Las rocas, los árboles, las praderas, todo, en fin, estaba cubierto de flores, y la atmósfera saturada de aromas, porque el aire esparcía por todos lados el oloroso polen de las plantas.

El viento aumentó durante el día. La nieve estaba cubierta de ramas, bellotas y piñas, y las cascadas, sin exceptuar las más caudalosas, veían sus aguas esparcidas y arrebatadas por los aires cual si fuesen un ligero velo de niebla. Por la mañana, la grande columna de la Yosemite superior, cuyo volumen había aumentado con la última nevada, fué embestida por una tremenda ráfaga de viento que interrumpió su curso llegando á pararla al borde mismo del despeñadero cual si á todo trance quisiese impedirle la entrada en el valle. Fué obra de diez ó quince minutos, pasados los cuales hubo un período de relativa calma, y la corriente prosiguió su majestuosa marcha. En medio de aquellas violentas sacudidas, de aquellas forzadas inflexiones y aquellos confusos torbellinos, veíanse iluminadas las aguas por los tranquilos rayos de la luna, que se quebraban y serpenteaban entre las delicadas agujas esculpidas por la nieve en las crestas de los peñascos. La cascada inferior, aunque menos expuesta á las injurias del viento, fué reciamente azotada y despedazada en su angosto cañón. A ratos aparecía como una refulgente masa de arreboles surgida del fondo del abismo como si se hubiesen juntado un centenar de arco-iris de cuatrocientos á quinientos pies de diámetro.

Por la tarde, mientras contemplaba la cascada superior desde un próximo pinar, presencié un fenómeno por todo extremo curioso. El agua se detuvo repentinamente en su descenso á la mitad del camino, sin ladearse á derecha ni á izquierda y quedando suspensa en el aire como si de improviso hubiese cesado de obrar la fuerza de gravitación. Aquella masa líquida tan descomunal, que pesaba centenares de toneladas, permaneció un rato quieta, inmovilizada; dándome tiempo para contar hasta 190, cual si fuera un liviano puñado de algodón. Entretanto la corriente iba formando un cono irregular de 700 pies de altura que parecía descansar en el vigoroso é invisible brazo del viento. De pronto, como obedeciendo á una voz de mando, abrióse por todos lados y el agua contenida en su interior se abrió paso por cien distintos canales bajando por el torrente con tumultuosa furia.

La cima del Capitán estaba ornada de largas flámulas de nieve, el Cloud's Rest envuelto en un velo formado de una multitud de flecos ó hilos volantes caprichosamente unidos á modo de telaraña, y la Media Naranja divisábase en lontananza circundada de un nimbo deslumbrador, como un ser sobrenatural cubierto de una gasa tejida por el viento. El choque de las corrientes en las alturas hacía aparecer á ratos en su cumbre un vaporoso penacho que la asemejaba á un volcán.

En verdad es un espectáculo arrobador el de esas rocas y esas aguas azotadas por la tempestad ó ostentando sus galas en los días de calma; pero es mucho más embelesador todavía el que, cuando reina un tiempo apacible, ofrecen las hondonadas, los desfiladeros y los cañones repitiendo por doquier el armonioso himno de las aguas.

Durante los varios inviernos que pasé en el valle sólo una vez he visto á la Yosemite despeñando toda su caudalosa corriente. En 1871 se inauguró el invierno con un tiempo delicioso: los días eran claros y serenos, las noches constantemente iluminadas por la luna, que mostraba los helechos y las hierbas cubiertas de una capa cristalina, primorosa labor de la escarcha. La tarde del 16 de Diciembre, mientras estaba dando un paseo por los praderas, divisé una inmensa y aislada nube carmesí que iba formándose sobre las rocas de la Catedral,

tan notable por su forma como por la riqueza y esplendor de sus visos. Su base era semejante á la de un añoso sequoia, y continuando más arriba la imagen de este gigantesco vegetal, seguía luego un tronco liso y una copa doblada á la manera de los hongos; todo de un transparente color carmesí. Impulsado por el afán de inquirir lo que podía augurar aquella nube tan especial y solitaria, subí dos veces á las alturas muy de mañana escrutando el horizonte por los cuatro puntos cardinales y no advertí novedad alguna. A la tarde aparecieron y desarrolláronse rápidamente unas nubes grises, rizadas y compactas como la madera del acebuche, y al cerrar la noche cayó una copiosa lluvia presto convertida en nevada. Al rayar el alba cubría los prados una capa de nieve de diez pulgadas de espesor y aún continuaba cayendo sin tregua en espesos copos.

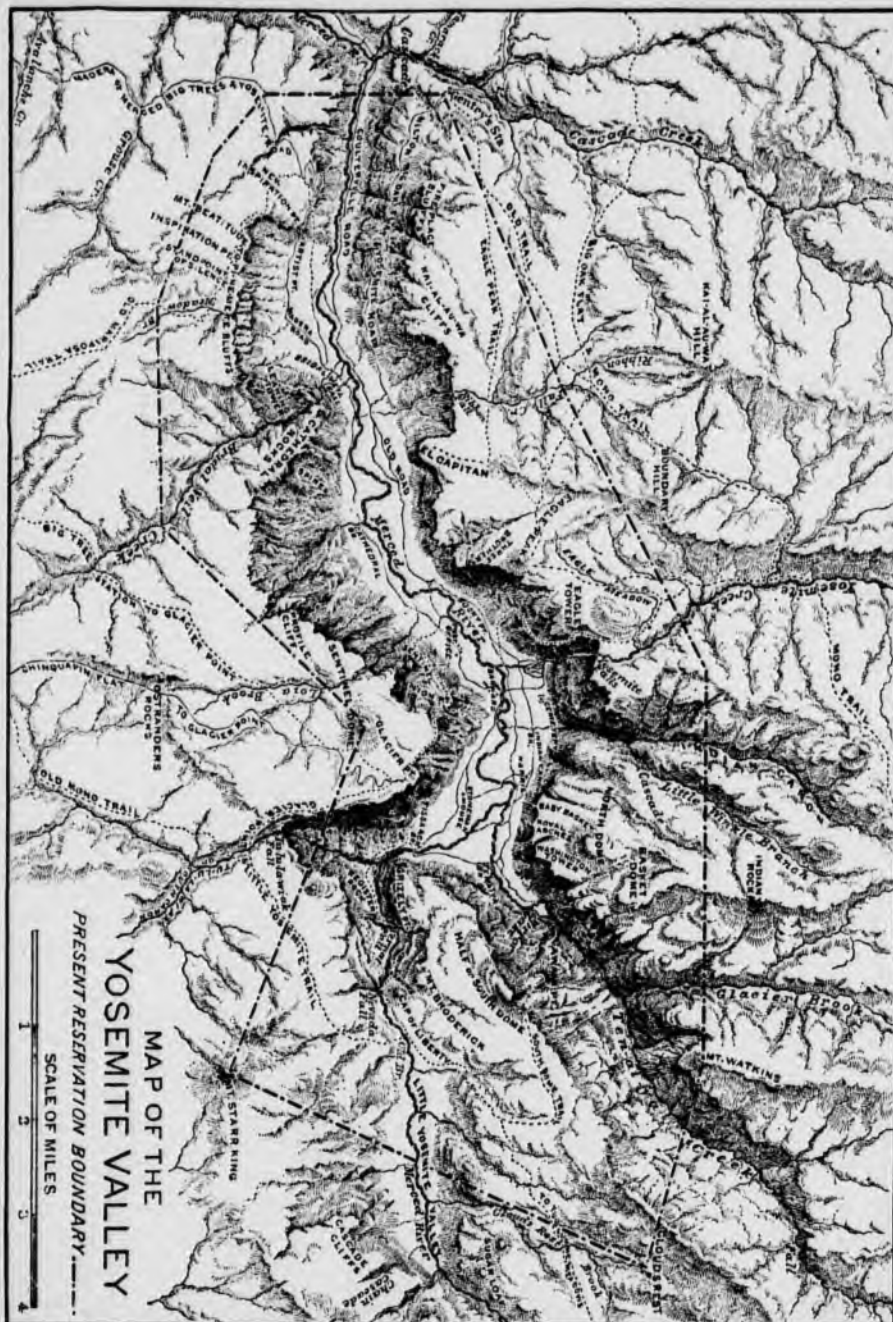
Durante la noche del 18 cayó sobre la nieve una lluvia torrencial; con todo, la temperatura era de 34°, la nieve no llegaba sino hasta algunos centenares de pies sobre el fondo del valle, y para llegar á esa región, evitando los furiosos torrentes de las montañas, no tenía que andar un gran trecho. Estos, por otra parte, en vez de engrosar con la tempestad, habían menguado notablemente, porque la nieve había absorbido mucha agua y cegado los pequeños tributarios. Hacia la media noche subió de improviso la temperatura á 42°, retrocediendo la nieve á una gran distancia del valle, hasta la cresta de la cordillera, y al rayar el alba descendía estruendosamente la Yosemite arrastrando un extraordinario caudal de agua. La tibia y copiosa lluvia caída durante la noche y el viento templado que al mismo tiempo soplabá produjeron un rápido deshielo, y la nieve, al derretirse, fué arrastrada y precipitada por las laderas de los montes, amontonándose y atropellándose las olas hasta que se despeñaban al fondo del valle como un alud de estupendas proporciones.

Despertado por aquel inmenso fragor, salí de mi cabaña echando de ver desde luego el extraordinario carácter de la tempestad que ante mis ojos se desencadenaba. La lluvia seguía cayendo á torrentes y el viento rugía con la fiereza y el ímpetu de un verdadero huracán. La región del Norte estaba cubierta de una red de cascadas circunstancialmente nacidas de aquel diluvio.

Ansioso por contemplar de cerca tan imponente espectáculo, cogí un pedazo de pan para desayunarme y alejéme de mi cabaña á la carrera. Las aguas parecían triscar de júbilo al verse libres de su prisión de hielo. Las dos cascadas del Centinela emulaban con las más grandiosas, y desde los Tres Hermanos divisé tantas en todas direcciones que no me fué dable contarlas. El valle se estremecía y retemblaba al fragor de aquellos innumerables saltos de agua, semejante al espantable rugido de la mar embravecida.

Al principio miré en torno sin saber qué partido tomar, porque en medio de tanto estruendo estaba literalmente desorientado. Por último, resolví subir á las praderas superiores, en donde el valle es más espacioso, considerando que desde allí gozaría de más holgadas perspectivas. Pero las praderas estaban inundadas formando como un lago salpicado de islas azules, y cortábame el paso un sinnúmero de corrientes que se precipitaban tumultuosamente batiendo furiosas las peñas y los troncos de los árboles en los mismos parajes donde poco antes embalsamaban el ambiente una multitud de lirios recién nacidos.

Encaramándome á una ladera en la cual las corrientes rompían contra un gran montón de guijarros, logré cruzar los arroyos y dirigíme por la parte superior del valle á Hutching's Bridge, en donde atravesé el río, encontrándome en medio de la pradera superior. Desde allí se descubría la mayor parte de las nuevas cascadas, espectáculo que, en su género, seguramente no ha tenido rival en el mundo. En esta parte de la región meridional, entre Hutching's y el



Centinela, había diez cascadas despeñándose fragorosas desde la altura de 3,000 pies y la más pequeña de las cuales podía oírse á varias millas de distancia. En las cercanías de Glacier Point había seis; entre los Tres Hermanos y la Yosemite, nueve; entre la Yosemite y las cascadas del Arco Real, diez; de la columna de Washington al monte Watkins, diez; en las faldas de la Media Naranja, enfrente del lago del Espejo, ocho; en la espalda de la Media Naranja, frente al valle, tres; 56 nuevas cascadas saltaban en el extremo superior de éste, y una infinidad de arroyos brillaba por todos lados cubriendo la tierra como una red de plata.

Era un desfilfarro de estrépito y de poesía que me sugirió la idea de haberse juntado todas las aguas del valle para celebrar con tan ostentosa manifestación algún grande acontecimiento.

Cuanto han visitado el valle durante el verano recordarán las belemnitas ó piedras del rayo de la cascada Yosemite y los lazos del Velo nupcial y la Nevada. En las que improvisan las tempestades de invierno abundan más estos últimos, pero tampoco faltan en ellas las belemnitas. La parte inferior de una de las cascadas del Centinela se componía de dos blancas masas, parecidas á dos fustes de columna, unidas por una gasa primorosamente bordada de perlas y al través de la cual apenas podía verse la roca purpúrea cenicienta del fondo. Las cascadas situadas más arriba del Glacier Point son de estructura más complicada todavía, pues presentan todas las formas imaginables en su curso, en sus choques y en su caída. Las del lado Norte, entre la columna de Washington y el Arco Real están de tal modo situadas que parecen formar una sola loma de agua y no las separa sino una corta distancia de las del Cañón Indio. El grupo cercano á los Tres Hermanos y el Capitán, por efecto de la topografía y de las hendiduras de las rocas por donde resbalan, son ya más irregulares. Las del Tissiack son comparativamente pequeñas, pero tienen suficiente poder para dotar de una voz atronadora á aquel augusto peñasco. En medio de tal estrépito apenas podía oírse la de la cascada Yosemite hasta las tres de la tarde, á cuya hora se oyó un súbito estruendo semejante al de un alud desprendido de la cumbre del monte. Era la corriente de la Yosemite, retardada en su camino por los hielos, y cuyo caudal, duplicado á la sazón, le adjudicaba la jefatura de aquel imponente coro. No había en ninguna parte una gota de agua inerte ó silenciosa: toda tomaba parte en aquel himno sublime con sus cantos ó con sus rugidos.

También los vientos cantaban jugueteando en el follaje de los árboles, embistiendo las enhiestas cumbres, silbando entre las peñascosas almenas de la cordillera, desviados á trechos de su camino y fraccionados en mil despeñadas corrientes que rodaban en torbellino al fondo del valle. Desde allí erguíanse de nuevo subiendo hasta las nubes, en cuyo seno abrían inmensas cavernas, rasgándolas y dispersando por el espacio sus deshilachados jirones. Esta obra devastadora era una guía excelente para mostrarnos el camino que hacía el viento por los aires.

Como por impulso de su propia iniciativa, aparecía á veces una nube cerniéndose sobre el valle, y luego erraba á lo largo de las praderas y en torno de los cerros y los pinares, y complacíase en poner de relieve la belleza de los árboles iluminando el fondo de la perspectiva con sus brillantes reflejos, mientras todos los vegetales ondulaban en cadenciosa armonía. A veces, mientras se condensaban y adelgazaban estas nubecillas convirtiéndose en vaporosas gasas, la mitad del valle quedaba súbitamente velada, viéndose acá y acullá alguna eminencia lóbrega, espectral, que se confundía con las nubes.

Durante las cuarenta y ocho horas que duró aquella terrible tempestad no vi que tuviese espectadores: ni un ser humano, ni un pájaro, ni un oso, ni una ardilla. Los turistas habían emigrado hacía meses y los que trabajaban en el valle estaban cuidadosamente encerrados en

sus viviendas, contentándose con el panorama que descubrían desde la ventana. Los osos debían estar escondidos en sus cavernas, las ardillas en sus guaridas, los gallos monteses en los abetos y los pajarillos en el chaparral. Lo que más me extrañó fué no encontrar ninguna palmípeda de la familia de los bañadores que tanto se goza en las tempestades.

La fantasía humana es incapaz de concebir un cuadro más sublime que aquel alarde ostentoso de la Naturaleza al cual contribuían de consuno las nubes, los vientos, las rocas y las aguas. Las escenas eran tantas como las localidades, variando de carácter en cada una de ellas; pero en todas cantaban los vientos y las aguas, en todas improvisaban las nubes preciosas vistas. En Hetch Hetchy, en las márgenes del río King y en todos los demás valles y cañones de la sierra, desde Shasta á las fuentes más meridionales del Kern veíanse por todos lados los saltos de agua en una extensión de quinientas millas. ¡Qué himno aquél!

De *The Century Magazine*, traducido por
J. COROLEU.

(Continuad.)





ENRIQUE MÉLIDA

Nació este distinguido artista el 6 de Abril de 1838 en Madrid, siendo sus padres don Nicolás Mélida y doña Leonor Alinari. El primero ocupó importantes puestos en la política, figurando como diputado á Cortes y alcanzando el puesto de ministro del Tribunal de Cuentas. Dedicó á su hijo Enrique á la carrera de Leyes, quien á los veintidós años se graduó de licenciado. Pero ya la vocación de Enrique Mélida no era la de abogado, sino la de las artes. Desde niño dibujaba por afición, en vista de lo cual su padre le encomendó á la enseñanza del pintor don José Méndez (muerto hace poco), artista que seguía la tradición del clasicismo alemán de Owerbeck. De mucho le sirvieron sin duda las enseñanzas de Méndez, pero su devoción instintiva á nuestros grandes maestros, Velázquez, Rivera, Zurbarán, etc., que representan la tradición naturalista genuinamente española, le llevaron poco después por otro rumbo. Hasta el año 68 sólo pintó como aficionado en los ratos que le dejaba libre el empleo que, como letrado, obtuvo en el Tribunal de Cuentas, si bien ya se había presentado y ganado premio en la Exposición Franco-española de Bayona de 1864. Cultivó también la crítica de artes en la revista *El arte en España*, de que fué uno de los fundadores. Desde el año 1866 concurrió á las Exposiciones nacionales de Bellas Artes.

Atribulado por una enfermedad que padeció en 1869, dióse en la convalecencia á buscar distracción en el arte, y primero en Aragón y más tarde en Andalucía pintó varios cuadros de género, é hizo numerosos estudios que le animaron á proseguir con todo empeño la carrera de la pintura, á lo cual le decidió al cabo el éxito obtenido en la Exposición de 1871 con los cuadros *Picador herido* y *Despacho parroquial*, y en una de las Exposiciones de París con el de *Un bautizo en la sacristía de San Luis*, que fué adquirido por el gobierno francés, y por esto se halla en el Museo de Luxemburgo. Por entonces pintó *La antesala del príncipe de la Paz*, que le fué premiada en Viena en 1873. *La lección de tóreo* y otros de asuntos tan intencionados como característicos de la época llamada de Goya. La más notable de sus obras de este género fué el cuadro titulado *Se agitó la fiesta*, que representa unas alegres parejas cuya merienda viene á sorprender la presencia de un toro. Este cuadro, que tan reproducido se ve, lo presentó en la Exposición de 1876, donde fué premiado con medalla de segunda clase, y, adquirido por el Gobierno, figura en el Museo Nacional.

Después hizo retratos, algunos tan importantes como los de las marquesas de Perijaa y Puerto Seguro, y el de la condesa de la Corzana, y algunos dibujos para ilustrar los *Episodios nacionales*, de Pérez Galdós.

Su casamiento con la hermana del ilustre pintor francés M. Leon Bonnat, le llevó á establecerse en París en 1882, desde cuya época pintó cuadros de otro géne-

ro, que revelan visiblemente sus adelantos. En París pintó el titulado *Herrar ó quitar el banco*, que expuso en Madrid en 1887; ejecutó figuras de *majas*, que expuso en el Salón anual con brillante éxito. Hizo cuadros de composición tan originales como la *Procesión de penitentes en España en el siglo XVII*, que presentó en el Salón de 1889, y fué adquirido para el Museo de Sidney; *La Comunión de las monjas*, que expuso en el Salón del 91, y acaba de figurar en la Exposición de Madrid, obra notable llena de verdad y de simbólico realismo, que reproduce nuestro grabado, y *La niña perdida*, su última obra y quizá la mejor por la soltura que se advierte en el toque, la propiedad y buena disposición del asunto, que es completamente parisiense. Así que hubo acabado este cuadro y le envió al Salón, en Abril del año último, cayó enfermo de pulmonía, que en pocos días le arrebató al arte cuando estaba en la plenitud de sus facultades y al cariño entrañable que por sus bellas prendas le profesaban su familia y sus amigos.

Falleció el 28 de Abril, y el día 2 de Mayo fué sepultado en el cementerio de *St.-Etienne*, de Bayona, donde descansan los restos de este reputado artista, uno de los que han figurado mercedamente en primera línea en la brillante pléyade de pintores españoles de nuestros días.

LA COMUNIÓN DE LAS MONJAS

CUADRO DE ENRIQUE MÉLIDA

Esta obra, la última de importancia que ejecutó su malogrado autor, muestra bien la índole de su talento. Mélida, á pesar de haberse establecido en París y de hallarse en continuo trato con pintores franceses, se mantiene genuinamente español. Se ve en el cuadro que publicamos la tradición de los grandes pintores de nuestra patria, sin imitaciones rebuscadas, sin alarde de seguir el estilo de tal ó cual artista. *La Comunión de las monjas* está tratado, con todo el carácter moderno, como lo hubieran hecho los artistas de los tiempos de Felipe III y Felipe IV. Hay en toda la escena, en la agrupación especialmente, una sencillez que embelesa; es el acto religioso sacado del mismo convento en que pasó, conforme lo hubiera hecho Claudio Coello, el autor famoso del cuadro de *La Sagrada Forma* en la sacristía del Escorial. Esta verdad se advierte en todos los rostros de las madres, en cada uno de los cuales la expresión del fervor místico aparece de una manera tan admirable como variada. Advértese cómo preparan su espíritu para recibir al Señor de cielo y tierra las dos monjas más jóvenes de la comunidad, una de ellas con vivo arroboamiento, la otra con ánimo reconcentrado. Fijese la atención en las caras de las ancianas, sobre todo en aquella que semeja ser la de más edad y la cual se siente como anonadada ante la merced inefable que va á recibir de Dios por medio del Santísimo Sacramento de la Eucari-

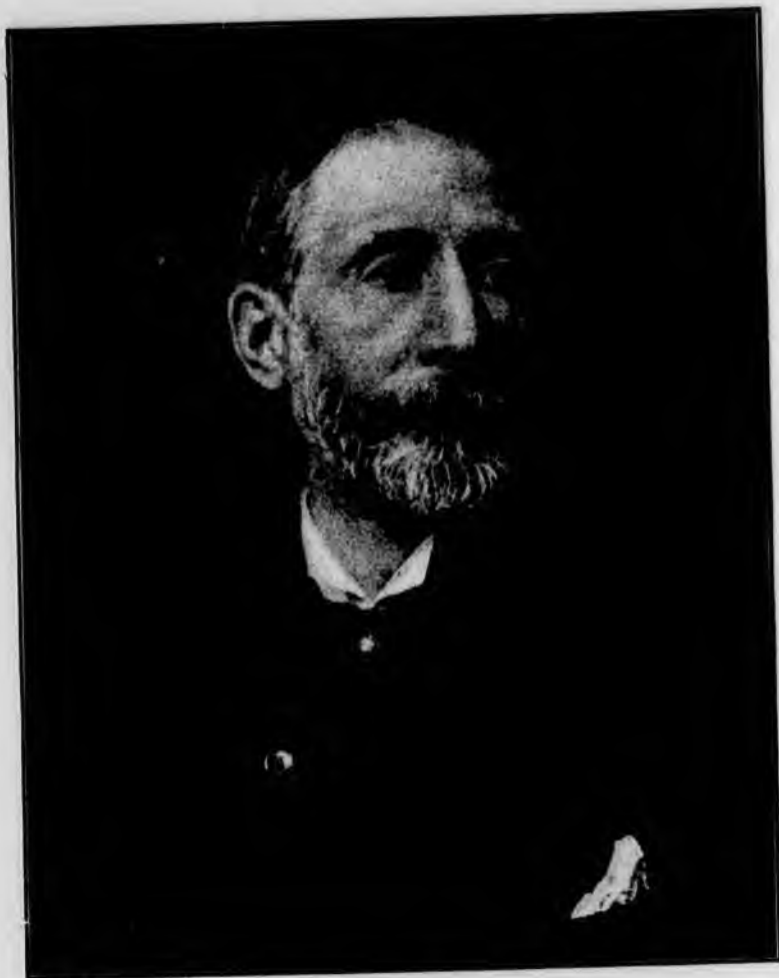
ristta. Cada una de aquellas cabezas acusa la mano de un pintor muy diestro, de un pintor que, además de saber copiar por fiel manera los rasgos humanos, pone en sus obras aquellos que dimanar del alma y que dan el cuadro que publicamos en este número una grandeza y una elevación que no se escapan a nuestros lectores. Por el creemos que formarán altísimo concepto del mérito de su autor Enrique Mélida, á quien LA ILUSTRACIÓN MODERNA ha querido honrar publicando su retrato y su

última producción, con la que alcanzó lauros póstumos en la Exposición nacional de Bellas Artes últimamente celebrada en la Corte de España.

IN FRAGANTI

CUADRO DE E. J. BOCKS

Tremenda es la sorpresa que sus amos les dan á los criados que se ven en el animado lienzo del pintor alemán



ENRIQUE MÉLIDA

E. J. Bocks. Cretáanse que no habían de aparecer aquellos por la puerta, cuando menos mientras durase el festín, y se habían instalado en el comedor, sentándose á la misma mesa de sus señores y regalándose con una opípara comida en la que no faltaba el champagne, puesto en nieve para mayor deleite. Las doncellas habían convidado á sus novios, y toda la gente de escalera abajo se hallaba entregada al jolgorio, cuando de repente tras de la mampara asoman los rostros de sus amos y de un hijo suyo, éste último teniendo que contener al *bull-dog*, que se hubiera lanzado contra todos los criados

y contra sus comensales sorprendidos *in fraganti*. El artista ha presentado con mucha exactitud el espanto que la inesperada aparición produce, variando la expresión de cada uno de los rostros, según los sentimientos que en los criados ó en las doncellas hubiere despertado. El grupo que forman es felicísimo, y el lujo del comedor, en donde pasa la escena, pone más de relieve el contraste de la regularidad que reina en una casa de rango con el desorden promovido por los que han abusado de la ausencia de sus jefes haciéndose acreedores á su enojo y á corrección severísima.



¡PASIÓN!

NOVELA ORIGINAL

DE

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

(CONTINUACIÓN)

XXII

MIRÁRONSE un momento con gran fijeza Pericón Lobato y doña Blanca. Pareció como que ambos querían tener poderío en su mirada para hacer que la del otro se inclinase.

Era un contraste digno de estudio el que aquellas dos figuras ofrecían: delicada ella, sutil, transparente casi, la idealidad misma, troquelada por Dios en el modelo de una mujer, y aquel viejo atleta de lengua barba, hirsuto, de labios gruesos, hercúleo, vigoroso, inmenso en toda la inmensidad de la materia, allí de pie, junto al diván donde ella se reclinaba con profunda emoción, como planta de estufa que se dobla sin la caliente savia.

Sin embargo, aquel ideal, cuya existencia parecía ser la efímera que da el organismo de las flores, y la robusta mole que tenía delante en la persona de Pericón Lobato, con vida y organización de ciclope, podían medir su fuerza, y podían mantener combate con el poder de la mirada: ¡Qué grande es Dios!

Pericón Lobato inclinó al fin los ojos: fué después inclinando también el cuerpo lentamente y cayó de rodillas delante de doña Blanca.

¿Qué esperó allí humillado y vencido?

Esperó lo que siempre había tenido y ahora no le daban, esperó que le tendieran una mano, aquella mano suave que se perdía entre las suyas como la hoja de una flor se perdería bajo una roca inmensa que rodase del monte al valle.

Doña Blanca le siguió contemplando con fijeza extraña, y dijo al fin en tono extraño también:

—Tú no me quieres ya.

El viejo pareció vacilar, como por un golpe rudo que en el corazón le asestaban.

Fué horrible aquello que había oído.

No era sueño, no; era verdad; para que no tuviese duda, aquellos labios de doña Blanca moviéronse otra vez, para lanzar el terrible anatema. Y lo lanzó, sí; doña Blanca repitió sus anteriores frases mirando siempre á Pericón Lobato.

—Tú no me quieres ya, dijo por tercera vez aún.

El escudero no hablaba, no se movía; de hinojos ante ella, la vista al suelo, oía una y otra vez aquellas frases, como viera un moribundo, sin hálitos para pedir auxilio, que le daban una puñalada y otra en el corazón.

Dejó escapar al fin un gran sollozo, que pareció más bien bramido de fiera, y exclamó roncamente:

—Sois muy niña, doña Blanca, para ser tan cruel. No es posible, os digo, que pronunciéis esas palabras sin haceros daño á vos misma, por la conciencia que tenéis del daño que yo en ellas recibo.

—Sí que sufro al arrojarte ese anatema al rostro; pero no por la conciencia de lo que tú sufres, sino por la convicción que tengo de lo que digo, y el desengaño que esa convicción me da.

—¿Puede un padre dejar de querer á su hija?

—Tú no eres mi padre, contestó doña Blanca orgullosamente.

Pericón Lobato levantó la cabeza entonces, y contestó con más orgullo que ella aún:

—Si vuestro padre no soy, más que el vuestro os amo, y más que él hice por vos.

—Bien, repuso doña Blanca, no te llamé para esto, sino para que me hagas un servicio.

—¿Cuál?

—Espera. Dije un servicio y dije mal; es á otra persona á quien servirás, y de rechazo en favor de tu alma habrá de caer.

—No os comprendo.

—Vas á ir á Granada.

—¿A Granada yo? exclamó Pericón Lobato levantándose.

—A Granada.

—No, eso nunca: aquí quedé devorando amargamente mi pena, porque no fuí con los demás caballeros y gente de armas en tiempo oportuno á guerrear contra los moros; aquí quedé para velar por vos y guardaros contra los demás, y me costó y me cuesta angustias mortales, y no es cosa de irme cuando la mala hora ya se pasó y dejaros abandonada.

—No estoy abandonada, queda mi madre conmigo.

—No os basta, repuso el escudero

—Quedo yo conmigo entonces, dijo doña Blanca soberbiamente levantándose también.

Habla tanta majestad, tanta grandeza, tanto orgullo en las palabras y en la actitud de la hija de los Máinez y Carrillo, que Pericón Lobato se inclinó otra vez como al peso de una fascinación inmensa.

Hubo una pausa, durante la cual siguió contemplándole ella implacable y adusta; una pausa que terminó ella misma también, repitiendo por tercera vez y lentamente:

— Irás á Granada.

— ¿Con pliegos para don Hernando? preguntó el escudero humildemente.

— No.

— ¿Con pliegos para don Fermín?

— No.

Pericón Lobato palidecía é inclinaba más la cabeza conforme preguntaba.

— Entonces... murmuró temblando como si una pavora terrible se apoderara de él.

— Entonces... repitió doña Blanca. ¿Qué?

Y al decir ¿Qué? sintió que se le subía al cerebro toda la sangre, y le extrañó no haberse vuelto loca en aquel segundo. Había creído entrever en aquellas preguntas y aquella vacilación del viejo la convicción de que, no siendo su padre, ni su futuro, el objeto por que doña Blanca le enviaba á Granada, sería don Martín.

Trémula, vacilante, con altivez de reina, á la par que disimulaba su angustiosa aflicción, repitió valientemente:

— Entonces... ¿qué? contesta.

Pericón Lobato se inclinó gravemente, y su áspero acento se dulcificó para decir con cierta solemnidad que puso fría el alma de la doncella:

— Entonces...

Doña Blanca esperó la frase terrible, pero el escudero, después de vacilar un poco, prosiguió:

— Entonces... no sé á lo que me mandaréis á Granada.

Doña Blanca inclinó la cabeza. Sentíase vencida á su vez. Hubo otra pausa. En la calle escuchábase el rugir del viento y el gotear de la lluvia; en la estancia, la respiración fuerte de Pericón Lobato.

— Bien, dijo la joven, es mi voluntad que vayas á Granada, Pericón Lobato.

— Iré.

— Es mi voluntad que busques al caballero don Martín Pedrosa, prosiguió doña Blanca, cerrando los ojos y pálida como la muerte.

— Le buscaré.

— Ningún mensaje le llevas.

— Escrito al menos.

— Ni hablado.

Pericón Lobato miró á su ama con profundo dolor; ella pareció no observarle, y añadió lentamente:

— No soy yo quien te manda.

— ¿Quién entonces?

— Vas tú.

— Cuentas me pedirá don Hernando.

— No se las darás.

— Castigo tendré.

— Lo sufres.

— Habré de engañarle, y mi conciencia...

Doña Blanca gritó entonces con voz acusadora:

— ¡Pues á qué te envió yo á Granada sino á que tu conciencia descargues!

— ¡Mi conciencia! exclamó el escudero temblando.

— Sí, la conciencia; si es que el asesino la tiene.

— ¡Oh, doña Blanca! señora, ¡ved mis cabellos blancos!

—Le quisiste matar y herido quedó.

—¡Dios poderoso! ¿él os lo ha dicho?

—¡Villano! ¿bastantes pruebas no te dió de caballero, que aún le ultrajas?

—¿Quién os lo dijo entonces?

—Dios.

Pericón Lobato inclinó la frente: otra vez le había tocado ser vencido; pero ahora estaba seguro de que perdió la partida para siempre; sólo la clemencia de doña Blanca le podía quedar, y digo esto, mis lectores, porque para Pericón Lobato no había más Dios que ella, y á nadie rendía tributo, ni hubiera dado jamás cuenta de sus acciones, como á ella no fuese. No temía los rigores de la justicia, cuando se descubriera al que intentó asesinar á don Martín; no temía la cólera del Rey; no temía la de don Hernando; lo que temía era el anatema... menos que el anatema, la reconvencción solamente de doña Blanca.

—Conocía yo tu cólera contra él, prosiguió doña Blanca, en tono más suave: llegaron á mis oídos las amenazas que proferiste; no sé qué cosas me dijo un día el de Sarabia que tenían que ver con eso; fué herido don Martín después y yo sospeché de tí, ¿lo entiendes? la noche primera que vino me retiré yo antes que él; en la galería que da al patio me detuve, y os ví á los dos. ¿Qué hacías? demandarle piedad no te oí, pero los movimientos bastaban; ¿por qué tenías tú que pedirle perdón? Por lo que yo sospeché. ¿Por qué no te dije una palabra cuando estuve convencida? Porque habiéndote él guardado secreto, comprendí que era su voluntad y lo guardé también. ¿Por qué te lo he dicho esta noche? para que de tu deber te penetres, y como puedas le pagues, limpiándote á sus ojos y á los míos, y á los de Dios principalmente, de la villanía que cometiste.

—Hablad, hablad, exclamó el viejo, balbuciente y sudoroso.

—¿Cómo, desgraciado? estando junto á él para velar por su vida, y salvársela si se ofrece perdiendo la tuya.

—Sí, sí.

—¿Cuándo partirás?

—Esta noche misma, ahora, en este instante.

—¡Adiós!

Doña Blanca extendió un brazo y señaló la puerta con el dedo; él la miró un instante con profunda ansiedad, y dijo luego suspirando:

—Por vos, solamente por vos fué.

Ella siguió seria, adusta; el viejo sintió que el corazón se le hacía pedazos: sin hablar ya, sin volver el rostro, se dirigió á la puerta; doña Blanca pareció vacilar en aquel momento: el brazo que tenía extendido aún cayó, sus pálidas facciones suavizáronse, y exclamó entonces dulcemente:

—Vén.

Volvió el escudero presuroso, y se encontró con doña Blanca que le tendía los brazos: lanzó una exclamación de alegría terrible, la cogió como se cogería una pluma, y la estrechó tiernamente contra su pecho.

—¿No me desprecias, es verdad, hija mía? preguntó entre un sollozo que hizo retemblar la sala.

—No, mi viejo amigo, contestó llorando; te quiero y te hago una súplica. ¡Vela por él!

XXIII

Don Melchor de Saravia hallábase en la guerra también; doña Casilda, aunque muy joven, quedó al frente de la casa; pero ya conocéis su condición: era ingeniosa, despierta, altiva como se ofreciese, y afable y buena con todos.

La ausencia de don Melchor fué motivo para que las jóvenes se uniesen más; aburriase doña Casilda, así lo manifestaba á lo menos, en sus grandes y viejos salones, y se iba con frecuencia á casa de Máinez y Carrillo, acompañándose de un rodrigón ó de la dueña que ya conocéis. El día del certamen estuvo con doña Blanca después que salieron de la iglesia; era ya muy entrada la noche cuando se dirigió á la suya. Al separarse de la hija de Máinez y Carrillo tomó el rostro de doña Casilda una muy grande expresión de gravedad.

La dueña la observó atentamente, y exclamó después muy solícita:

—Malas nuevas traéis.

—No sé qué te diga, Úrsula; muy triste es el negocio y cavilosa estoy.

—Ved, doña Casilda, el compromiso que os puede venir en ese lance.

—Venga lo que viniere, no puede ser ninguna cosa peor de lo que doña Blanca desea, ni lo que yo desearía también como se apagase en mí el destello leve de esperanza que el espíritu iluminó.

—Algún incidente grave ha ocurrido.

—Con doña Leonor y doña Blanca á Santa Marina fui por la tarde, la fiesta presenciamos, y ya puedes figurarte lo demás.

—La suerte os ayudó.

—Mucho, que no en vano confié en el gran ingenio y sabiduría de don Martín.

Úrsula no se atrevió á preguntar más, pero siguió contemplando á doña Casilda ansiosamente.

La joven observó aquella mirada y prosiguió sonriendo.

—Todo ha sucedido como yo quería, el primer paso se dió; atrás es imposible volver; estribando todo primeramente en que premiasen la composición de don Martín, de por fuerza habría ya que hacer lo que sigue.

—¿Y lo haréis, doña Casilda?

—Mejor creí que me conocieses, Úrsula, amiga; lo haré por grande que parezca el resultado á los demás; mira, y tenlo en cuenta, porque estoy segura de no equivocarme: preferible es toda esta trama que urdo, si trama puede llamarse, á verter una palabra delante de ella que con el negocio de su amor se relacione.

—Nada más sencillo, por el contrario, doña Casilda: cogedla á solas y decidle: doña Blanca, vos amáis á don Martín y no á don Fermín; os creéis con un gran secreto en el corazón; os morís pensando que ese secreto puede descubrirse, y barrunto que vuestro secreto lo sabe todo el mundo como pregón de corredera.

—¿Y quién sabe el secreto?

—¡Pues ahí es nada! mi señora doña Casilda, lo sabéis vos, lo sabe Pericón Lobato, lo sé yo, lo sabe Estefanía, y sabiéndolo Estefanía claro es que en boca anda el misterio de toda la servidumbre; pero venid, venid acá, hija de Dios, que habéis llegado hecha una sopa; acercaos á la chimenea; buena lumbre hay, que mi cuidado hube de distraer, atizando la lumbre, como si presintiese de la manera que os ibais á encajar en vuestra casa: ropa tenéis aquí, y ahora mismo habréis de mudaros. ¿Litera no hubo donde vinieseis, ni una miserable silla de manos tampoco? ¡Qué diría el caballero don Melchor si supiese que así su hija se desbanda por

TOMO II.—68.

callejones cordobeses luego de sonar la queda, sin otra compañía que la de un jayán de su casa y en una noche tal como la presente, que á ninguna de las noches de mi vida, que ya son muchas, comparar podré.

—Cepos quedos, la vieja Úrsula, dueña quintañona, que reza á semejanza de comer de sabañón y gruñe más que reza; calle el vejestorio sin dientes y no me saque de mis casillas, que desde que me comparó doña Blanca una noche á las de tu clase, odio abierto las tuve de declarar, y te eximí de entre ellas, por mucho amor que te puse; pero barrunto que entrarás en la banda como sigas gruñendo sin ton ni son, como cirio que arde sin saber para qué santo, y sólo porque lo encienden. Y echado ya mi réspice, ahora te digo, Úrsula, prosiguió doña Casilda en el tono alegre que empleó antes, que tuve que venirme á pie para no hacer alboroto, por figurarse doña Blanca que ya me vine, y en la cuenta podía caer de que anduve al acecho.

—Y eso es una falta que cometéis.

—Falta será, y Dios sabrá tomármela en cuenta, pero no me arrepiento, que para mal no lo hago ni la curiosidad me mueve, sino interés muy grande de la felicidad de ella y de la mía si es posible.

—Dejada estáis de la mano de Dios.

—¿Qué dejada? cogida y muy cogida, porque ahora es cuando más esperanza tengo, y ahora voy á lo otro que me dijiste; era que casi tienes razón en eso de que debí escoger el camino directo, diciéndole á doña Blanca bonitamente que su secreto no es tal, pero se tropezaba con un pequeño obstáculo.

—Pues no le veo yo.

—Lo creo: yo sí, y el obstáculo es que no lo acabaría de oír, de seguro, porque se volvía loca ó se moría en el acto.

—Poco cuento es eso, para que así picase en historia, doña Casilda.

—Tú no conoces á doña Blanca, Úrsula; hay que discurrir mucho y que andar con mucho tiento: todo lo que yo haga á lo mismo se encamina, á decírselo, á que sepa que su secreto no es secreto; á que se penetre, aun siendo muy despacio, de esa idea; á irle empapando el corazón de ella, y casi casi lo he conseguido; ya doña Blanca anda rumiando, de seguro con muy grandes escozores, la idea de que su amor está en la conciencia de los demás: se espanta de pensarlo, pero va transigiendo, y se contentará al fin, con que tácitamente todos lo reconozcan, pero sin que nadie ose decírselo para que ella siga haciéndose la ilusión de que no se ha vendido.

—El diablo sois, doña Casilda, exclamó Úrsula mirándola con orgullo de madre.

—Un diablo de diez y seis años, añadió la joven mirándose al espejo, lindo como hay Dios, y con una maldad que nadie sospecha, y unos planes que darían mucho que decir si se supiesen.

Diciendo esto, saltó doña Casilda al cuello de Úrsula y la abrazó.

—Vamos, vamos, exclamó la otra en tono que quiso hacer severo. ¿Y queréis decirme qué habréis adelantado con que doña Blanca sepa que se sabe lo suyo, y que en su conciencia esté, si nadie se atreve á decírselo ni vos tampoco?

—Pues sucederá que, como nadie le dirá nada, tendrá que decírselo ella á los demás.

—¿Estáis en vuestro juicio, doña Casilda?

—Y todo lo que yo hice hasta aquí, añadió la joven plácidamente sin hacerla caso, ¿sabes tú lo que fué, Úrsula? untar grasa en la rueda para que ande con menos dificultad.

—¡Virgen santa, qué lenguaje! pero os habéis vuelto loca, doña Casilda; vamos, fuera, fuera estos vestidos; me habéis hecho tiritar con vuestros abrazos.

—Pues figúrate, Úrsula, y te hablaré más claro para que lo comprendas de una vez, que doña Blanca tenga un pie á punto de torcérselo, y vaya á dar una caída.

— Bueno, ¿y qué?

— Que yo, por ejemplo, supiese la mala ventura, y cubriese con anticipación de blandos cojines el sitio para hacerle más llevadero el golpe.

— Mirad, doña Casilda, dejadme á mí de historias que yo nunca entenderé; perfectamente, aquí mismo os vestiréis, la estancia está muy abrigada y cerrada la puerta, así, junto al mismo fuego.

Mientras hablaban, la niña fué dejándose desnudar por Úrsula; la una gruñía y la otra hablaba alegremente, sin comprender Úrsula que la charla de la niña más era cosa de calentura que de estado normal, y de hondas inquietudes que la estuvieran flagelando.

Estando ya para ponerse la otra ropa, dió un saltito la deliciosa criatura, dirigiéndose á un gran armario próximo.

— No es ese vestido, no, decía; tengo yo aquí otro muy guardado que me sentará mejor. Tú no lo sabías, Úrsula: lo estrenaré esta noche; es el que yo mandé hacer, como regalo á Perucho el paje: trajéronle y me gustó y le guardé para yo estrenarlo: es un capricho de muchacha de que Úrsula se escandalizará.

— ¡Virgen de la Consolación, lo que veo! gritó Úrsula escandalizada, ¿á vestiros vais de hombre?

— Ni más ni menos, y ayúdame, que mucha urgencia he menester.

— No en mis días. ¡Ay, señor de Saravia, si volvierais á Córdoba en ocasión tal! ¡qué diríais de la grave dueña que como guardia severo á doña Casilda se puso desde nacer!

Pero Casilda no hizo caso y se vistió apresuradamente y con gran destreza; resultó un bellissimo muchacho de gran donaire: el traje era rico y asaz primoroso: al cinturón de cuero ciñó fina daga; Úrsula cruzaba las manos, mirándola á la vez con profundo estupor. Cogió en esto doña Casilda una capa, complemento del traje, se la puso, embozándose en ella, como lo haría el más diestro, se oyó entonces un tremebundo golpe de aldabón, que dieron sin duda en la puerta del edificio.

— ¡Dios nos valga! gritó Úrsula desencajadamente, ¿quién nos vendrá ahora?

— Vé aprisa y abre tú, exclamó la dama presurosa, que nadie vea quién nos viene.

— Pero, ¿conocéis á la persona por ventura?

— Estefanía es, la camarera de doña Leonor, ¿á quién esperas?

— ¿Y he de ir yo?

— Tú misma, pronto.

De tal manera pronunció aquellas frases la dama, que Úrsula cogió una luz y salió apresurándose cuanto pudo.

Volvió con Estefanía vestida de paje también. Doña Casilda salió á su encuentro sin paciencia para esperarla.

— ¿Estáis á punto, doña Casilda? preguntó la otra al verla.

— Ya lo ves.

— ¡Dios y la corte celestial me asistan! exclamó Úrsula levantando las manos cruzadas. ¿Qué va á ser de mí cuando don Melchor se entere del modo que de vuestro hogar saldréis, con la hora que es y el tiempo que hace? ¡Oh, doncellicas de hoy! no eran así, no, las hembras de mi tiempo: aquí habréis de quedaros, porque mi autoridad os lo impone.

Doña Casilda, sin contestar, hablaba quedamente con la camarera de doña Leonor.

— ¿Hay novedades? le había preguntado.

— Muchas.

— Doña Blanca, ¿para qué te llamaba?

— A Pericón Lobato quería, que no á mí: busquésele yo.

— ¿Y hablaron?

— Largamente y de provecho. Pericón Lobato va á Granada.

—¡A Granada, dices! exclamó doña Casilda con grande emoción. ¿A qué?

—A velar por la vida de don Martín. Se ha descubierto á Pericón Lobato, para obligarle á que vaya, diciéndole lo que vos sabéis, porque yo os lo dije; que le vió desde la galería besar la mano á don Martín aquella noche; pero venid, ya se hablará de eso: la noche avanza y es preciso aprovechar los segundos.

—Sí, que el temporal arrecia y el templo estará más solo. Pero dime, ¿esta noche misma partirá Pericón Lobato?

—Esta noche.

Doña Casilda se volvió entonces á Úrsula.

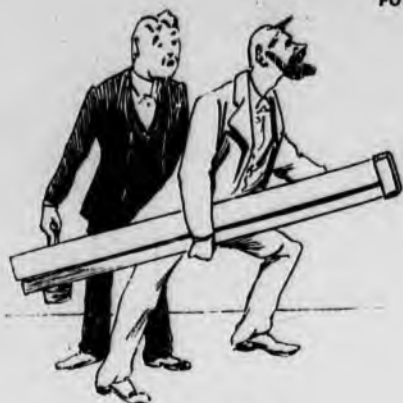
—Calla, le dijo enérgicamente; por tus exclamaciones atrás no he de volver, que ya está el juego echado y es preciso exponer alguna cosa para ganar. A Santa Marina voy: Pericón Lobato parte á Granada esta noche misma: antes vendrá aquí, estoy segura; dile, cuando por mí pregunte, adónde he ido, que espere á que yo vuelva, tarde lo que tarde. Adiós.

(Continuad).

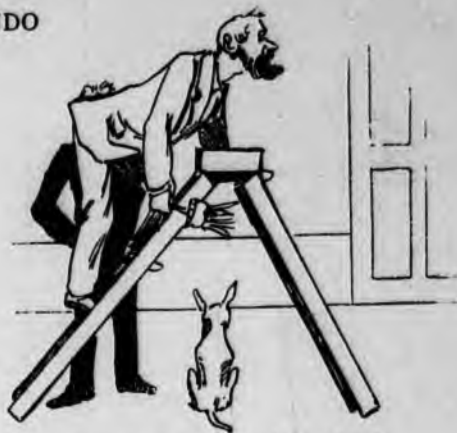


¡Por una mancha!

por JOSÉ PANDO



1. — Vamos allá.



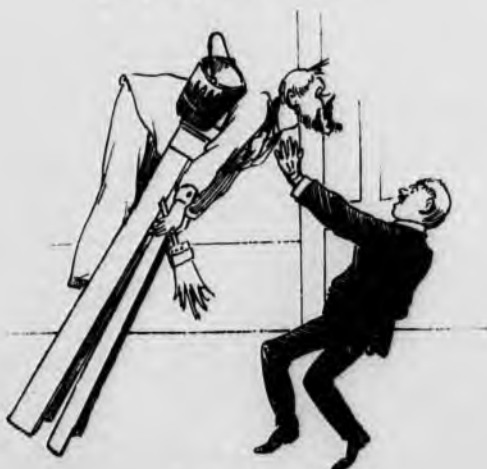
2. — ¿Así estará bien la escalera?



3. — ¡No, pues no estaba bien!



4. — Así es mejor.



5. — ¡.....!



6. — ¡.....!



LA marmota, mamífero que pertenece al orden de los roedores y que Linneo confundía con los ratones, es hoy el tipo de la familia de las artómidas. Las marmotas son del tamaño de pequeños conejos; tienen 22 dientes, la cabeza grande, el cuerpo recogido y los miembros extraordinariamente cortos. Sus uñas fuertes y cortantes, las formas pesadas, la cola regular y las orejas muy pequeñas. Cada año paren tres ó cuatro pequeños. Se cree que son omnívoras. Durante el invierno permanecen aletargadas; penetran anticipadamente en el interior de sus madrigueras bien provistas de heno y tapan el agujero de las mismas con tierra, y así se pasan encerradas el invierno. Cuando entran en el escondrijo están muy gordas y flaquísimas cuando despiertan del letargo.

El tipo del género es la marmota de los Alpes, común en Suiza, Saboya y los Pirineos. Mide de 30 á 40 centímetros de longitud, su pelo es gris amarillento y ceniciento hacia la cabeza. Este animal es tímido y humilde; en estado salvaje vive en sociedad, y cautivo se domestica fácilmente: los montañeses de los Alpes la emplean como alimento y utilizan su piel para guarnecer los guantes y las gorras. Además es cosa sabida que la marmota ha sido y es aún el sostén de algunos saboyanos pobres que la enseñan como curiosidad. Las marmotas de América se presentan más adornadas, con pelo de un color gris más bonito que las de Europa. Se tiñe el pelo de ambas de colores oscuros y de negro. Preparadas las pieles de las marmotas al agua fuerte, sirven para confeccionar ribetes ó cuellos en los abrigos. Las marmotas de Kamtchatka son muy notables por lo abigarrado de su piel.

Verificando Cromwell su entrada triunfal en Londres, le hicieron notar la gran afluencia de gentes que de todas partes acudían para verle.

—La misma afluencia habría si me llevaran al patíbulo.

El cardenal de Retz dijo un día á Gil Ménage:

—Dadme cuatro reglas para conocer el mérito de las poesías, á fin de que pueda decir algo acertado sobre los versos que me dirigen.

—Señor, contestó Ménage, cosa larga sería el enseñaros á calificar el mérito de los versos; pero cuando os lean ó dirijan algunos, decid siempre que no valen nada: de cien veces, lo acertaréis las noventa y nueve.

—Si hay para seis habrá para siete, decía un parásito ó gorrilla, sorprendido en una reunión de familia que iba á sentarse á la mesa.

—Si habla usted de la luz del quinqué, le contestó el amo de la casa, tiene usted razón.

Preguntado Pope por cuáles medios se había hecho tantos amigos, contestó:

—Haciendo aplicación de los dos axiomas siguientes: *Todo es posible. — Todo el mundo tiene razón.*

Detúvose un campesino delante la sala de espectáculos de Rochefort y, dirigiéndose al expendedor de billetes, le dijo:

—No he visto en mi vida la comedia y tengo ganas de saber qué es eso. Quiero pagar bien, pero también exijo que se me dé el mejor sitio.»

Hallábase en aquel momento uno de los actores en el despacho y, prometiendo complacerle, le acompañó al teatro y le hizo sentar en una butaca. Aquel día se representaba *Gastón y Bayardo*. La presencia de aquel hombre con un traje especial distraía á los espectadores. El campesino abría sus ojos para no perder los movimientos de los actores. Al llegar á una escena del quinto acto, en la que Altamoro quiere matar á Bayardo, al ver el campesino que el actor avanzaba con la lanza en la mano, se echó sobre él, le desarma, le coge por el cuello y le derriba diciéndole:

—Hace ya demasiado tiempo que martirizas á ese buen hombre con tus traiciones, pero yo te aseguro que serán las últimas.

Costó muchísimo librar al pobre actor de la inesperada agresión del campesino.

En el tribunal del departamento del Yonne había de verse una causa algo escandalosa, y como la vista era pública, acudieron todas las mujeres de la ciudad.

—Señores, dijo el presidente antes de comenzar los debates, el público ignora probablemente la índole de la causa que se va á fallar. Invito, por tanto, á las señoras honestas y pudorosas á que se retiren.

Ni una sola se movió de su sitio.

—Ahora que se han retirado las señoras honestas, añadió el juez, haciéndose el desentendido y dirigién-

dose á uno de los ministriles ó porteros, haga usted que despejen la sala las demás.

Hallábase *in extremis* el célebre matemático francés Bossut, rodeado de su familia, cuyos individuos todos le dirigían palabras consoladoras; pero él no daba señal alguna de conocimiento. Entró Maupertuis, y dijo:

—Ya veréis como le hago hablar: ¿Cuál es el cuadrado de doce?

—Ciento cuarenta y cuatro, respondió incontinenti Bossut.

Estas fueron sus últimas palabras.

En la parroquia de... (Luisiana) estaba el tribunal ocupado en la vista de una causa cuyo abogado no corría con el juez en mucha armonía que digamos. Reasumió el juez los hechos de la causa, cuando rebuznó descomposadamente un burro en el vecindario.

—¿Qué es eso? preguntó el juez con enojo.

—Nada, señor, contestó el abogado, el eco de la voz de vuestra señoría.

Callóse el juez, bien que hubiera podido mandar á la cárcel al insolente. Pero la casualidad vino en su ayuda. Cuando el abogado rebatía con gran calor ciertas observaciones del juez, volvió el maldito burro á rebuznar con tanta gana, que no se oía la voz del abogado.

El grave juez dijo al punto:

—Calle uno de ustedes, si quieren ser oídos, porque hablando los dos á un tiempo es imposible.

Construían en un lugar un pilón para abrevadero del ganado, y no sabiendo en qué altura dejarlo para que estuviese proporcionado, el alcalde se puso inclinado como pudiera una bestia, y dijo:

—Hágase la altura hasta aquí; que cuanto yo alcanzo, cualquier borrico alcanzará.

Para componer un buen betún para el calzado, tómense 500 gramos de melaza y tritúrense con 500 gramos negro de marfil. Háganse disolver separadamente 30 gra-

mos de sulfato de hierro con 250 de agua y échese dicha solución en la pasta: mézclese bien y añádase poco á poco removiéndolo 100 gramos de ácido sulfúrico; la masa entonces aumenta de volumen. Disuélvanse en seguida 30 gramos de agalla de tinta en 250 de agua, y añádase la solución á la masa, revolviéndola luego y añadiendo pocos gramos de agua con alguna cantidad de goma.

Para limpiar los guantes de piel, colóquense sobre una hoja de papel blanco y extiéndanse cuanto sea posible; puestos así, fróteselos con un retazo de ropa de lana, empapada de bencina ó de esencia mineral. Séquense luego por medio de un paño.

El modo de lisonjear con seguridad y finura á una mujer es decirle mal de sus rivales.—ESTANISLAO.

El mejor consejo es el de la experiencia, pero siempre lo recibimos demasiado tarde.—ANCELOT.

En la mayor parte de los hombres, el amor de la justicia no es más que el miedo de sufrir la injusticia.—LA ROCHEFOUCAULD.

La fortuna, no sólo es ciega, sino que ofusca y ciega también á sus favorecidos.—CICERÓN.

A la larga se acaba por creer en los elogios que uno compra, ó que se hace á sí mismo.—SÉNECA.

Los enemigos siempre son útiles, en cuanto te dirán algunas faltas y muchas verdades que te callarán los amigos.—PLUTARCO.

Los placeres son como los alimentos, los más sencillos son los que menos fastidian.—SANIAL DUBAY.



Solución al logogrifo anterior:

MARCOS

Solución al cuadrado:

VACA
AMAR
CARA
ARAR

Solución al rompe cabezas:

CARDERS CALL
BORIA DOU
PINO

LOGOGRIFO

Lector, no juegues conmigo
si eres tuerto, sobre todo;
pues tal vez quedes de modo
que no veas á tu amigo.
Soy hoja de buen color,
y en las plantas suelo hallar
honorífico lugar
casi formando la flor.
Tengo nombre literario;
estoy en lo alto de un buque,
y desde el mendigo al duque.
rindenme el culto más vario.
Doy luz; cubro pavimentos;
corro, soy tonto, pesado;
el hortera me ha arrugado
no sin hacer aspavientos.
Con mis letras, esto y más
puede formar el lector,
y de Bayardo el valor

extingui, siglos atrás.

Si averiguas con certeza
lo que signifíco, amigo,
podré, lector, ser testigo
de que es buena tu cabeza.

SANTOS MINA, del Perú.

ANAGRAMA MUSICAL



Combinar el nombre de estas notas de modo que resulte:
1.º el de un pintor; 2.º, el de un emperador romano (a. de J. C.);
3.º, el de un estudio, y 4.º, el de un verbo en primera persona
muy usado en el comercio.

J. ORTEA.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

1	2	3	4	5	6	7	8	9	Nombre de varón.
1	8	2	9	3	5	6	4		Diminutivo de nombre.
5	8	2	2	8	4	8			Población catalana.
8	2	7	6	9	3				"
1	8	2	2	6					Vehículo.
9	6	7	6						Cuadrúpedo.
7	6	8							Reptil.
3	2								Verbo irregular.
5									Consonante.

LUIS RINÉ, de Reus.

PROBLEMA

Descomponer el número 175 en cuatro cantidades
de modo que, sumada la primera con un número cual-
quiera, la segunda restada por el mismo número, la ter-
cera multiplicada y la cuarta dividida, den resultados
iguales.

JUAN NONITO.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos mucho cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de perso-
najes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los
datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.
Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales
librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—IMP. ESPASA Y COMP.



LA PEQUEÑA AURORA Y SU ABUELA. — CUADRO DE MISS ELLEN G. HILL

Ayuntamiento de Madrid

MEMORÁNDUM

La caliginosa nube que se había cernido sobre Bélgica, y casi diríamos sobre toda Europa, se desvaneció merced á la votación por la Cámara belga de la proposición Nyssens, que establecía el voto llamado plural, conforme ya lo dijimos en el anterior número. El ministerio que preside M. Beernaert se mostró hábil al aceptar la expresada proposición, porque si bien hubo de ver que con ella no se resolvía para siempre el problema, se conjuraba por lo menos el conflicto y se disponía de tiempo para prevenir en lo futuro nuevas dificultades y complicaciones. Tampoco los socialistas quedaron satisfechos de esta solución de momento, pero la aceptaron con el propósito de emprender luego la propaganda y la lucha en favor del sufragio universal sin limitaciones. Comprendieron que el Gobierno era fuerte y que les libraría ruda batalla, vieron también que la huelga general es ocasionada á contingencias graves y á consecuencias perjudiciales, casi siempre más para el obrero que para el patrono, y por tales motivos aceptaron ahora el voto plural como un compás de espera en la contienda política. Aparte de los riesgos que puede correr en el interior el país belga, uno de los peligros que más alarmada tenía la opinión pública en Europa era el de una intervención de Alemania en aquel territorio, cosa que hubiera podido suceder, según el sesgo que hubiesen tomado los acontecimientos. La entrada de un soldado alemán en Bélgica por la frontera del Norte hubiera sido la entrada inmediatamente de tropas francesas por el lado opuesto, y con ello la guerra entre ambas naciones, que hubiera acabado quizás en guerra europea. Comprenderán, pues, nuestros lectores con qué inquietud debían verse los sucesos de Bélgica.

El voto plural, de que tanto se ha hablado estos días, por la mencionada causa, consiste en que cada ciudadano que haya cumplido los veinticinco años, tenga un voto en las elecciones populares, pero que además cuente con uno ó dos votos más si reuniera otras determinadas cualidades. Así, el belga que hubiese llegado á los treinta y cinco años y fuere padre de familia tendrá un voto más sobre el ordinario, y otro tanto ocurrirá con el que pague cinco francos de contribución, ó posea dos mil francos, ó deposite cantidad igual en una Caja de Ahorros, ó hubiere obtenido cualquier título de segunda enseñanza. Este sistema ofrece un carácter racional, mas no se puede prever qué resultados dará en la práctica. En Inglaterra se combate hoy día para suprimir la acumulación de votos de que gozan algunos electores, pidiéndose la aplicación estricta del principio *one man, one vote* (un hombre, un voto), propaganda dirigida muy especialmente contra algunos próceres y potentados de la Gran Bretaña. Bélgica contaba 160,000 electores, número que con la proposición Nyssens subirá á 1.200,000. Hasta qué punto este guarismo influirá en bien ó en mal en la marcha de aquel rico y adelantado país, nos lo dirá el tiempo.

Sigue en Inglaterra la batalla empeñada por causa del proyecto del *Home Rule* para Irlanda. En la segunda lectura Mr. Gladstone ha sacado triunfante el proyecto en la Cámara de los Comunes por una mayoría de algo más de cuarenta votos. Todo el mundo opina que al fin la

mencionada ley será aprobada en la Cámara baja, pero luego habrá de pasar á la Cámara alta y entonces luchará el gabinete Gladstone con nuevas y mayores dificultades que le será muy difícil superar. No falta quiénes vaticinen que los lores no aprobarán el proyecto de *Home Rule* en manera alguna. Y aun cuando lo hicieren no habrían terminado los azares para el gabinete liberal, porque en Irlanda existe también viva oposición á la ley que se discute; en unos, porque entienden que ha de perjudicar á las relaciones de aquel país con Inglaterra desligándolo de ella, y en otros, porque lo encuentran poco regionalista, y en consecuencia que no satisface las aspiraciones verdaderas de los llamados nacionalistas ó separatistas.

* * *

Los reyes Humberto y Margarita han celebrado sus bodas de plata, y con tal motivo han acudido á felicitarles en su palacio del Quirinal algunos Príncipes extranjeros y los emperadores Guillermo II y Augusta. Como es de suponer, otra vez ha salido á relucir la triple alianza, suponiendo que el viaje á Italia del Emperador de Alemania algo tenía que ver también con aquel compromiso político. Guillermo II y su esposa hicieron igualmente una cariñosa visita á Su Santidad León XIII, expresando una vez más aquel soberano la elevada consideración en que tiene la sabiduría y la prudencia del actual Padre Santo.

* * *

De las elecciones municipales, que están próximas, se habla en nuestra casa, diciéndose si las aplazará ó no el gobierno del señor Sagasta. Para ello ha de acudir á las Cortes al objeto de que aprueben la correspondiente ley. Mientras tanto el Ayuntamiento de Madrid, que tanto ha dado que hacer á todos los gobiernos, trae también preocupado al actual. Es un hecho que en aquel cabildo se sucede un alcalde tras otro sin que ninguno consiga hacer marchar bien el carro municipal. El conde de San Bernardo, recientemente nombrado para presidirlo, se encontró pronto en situación tal con los concejales que se le hizo imposible llevar á cabo cosa alguna de provecho. Ante los obstáculos que se le oponían á su administración renunció el cargo, insistiendo en esto á pesar de los esfuerzos que hizo el señor Sagasta para disuadirle. Don Santiago Angulo, persona muy conocida en Madrid, antiguo progresista y ex ministro, le ha sustituido en la alcaldía de la villa y corte. Veremos si será más afortunado que sus antecesores.

* * *

Han salido ya para los Estados Unidos SS. AA. los Infantes doña Eulalia y don Antonio, embarcados en el magnífico vapor *María Cristina*, de la Compañía Trasatlántica. El día 5 de Mayo llegará el vapor á Puerto Rico, el 9 á la Habana, donde permanecerá hasta el 15, y el 19 á Nueva York. Va con los infantes la banda del regimiento de infantería de Zaragoza, que antes de marchar de Madrid dió, por voluntad de S. M. la Reina, un brillante concierto en el Real Palacio. Invitados por nuestra augusta soberana asistieron á la fiesta las personas más ilustres de Madrid. En aquella ciudad se han comenzado las obras de la nueva basílica de Atocha y trasladada á la iglesia del Buen Suceso la milagrosa imagen de la Virgen bajo la citada advocación, la Reina Regente ha aprovechado la oportunidad para hacer la primera visita á la Reina de Cielos y Tierra con el mismo ceremonial con que se celebraba antiguamente la *Salve*. Así se hizo, asistiendo á la función doña María Cristina con sus augustos Hijos, oficiando el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Madrid y asistiendo además al acto el señor Obispo de Sión.

* * *

La Real Academia de la Lengua se ocupó en la adjudicación del premio Cortina á la mejor obra dramática de la temporada. Diez académicos votaron para que se otorgase al drama *Mariana*, de don José Echegaray, y cinco para que se diese á *La Dolores*, de don José Feliu y Codina. La votación de la Real Academia Española prueba que *Mariana* y *La Dolores* han sido las dos producciones salientes entre las que se han estrenado durante este invierno en los diversos teatros de la Corte. Las dos habían sido representadas en el teatro de la Comedia por la compañía que dirige el hábil y estudioso actor don Emilio Mario. *La Dolores* se había hecho antes en el teatro de Novedades de Barcelona con el mismo aplauso que ha alcanzado en Madrid.—B.



EL MANTÓN DE MANILA

I

UN señor que habitaba realquilado en un tercer piso de la calle del Amparo, y á quien las vecinas daban el Don porque tuvo en tiempos una fortuna, se deshacía de un mantón de Manila, suntuosa prenda del vestuario que perteneció á su difunta consorte.

¡Vaya una tentación! Setenta y cinco duros pedía el hombre por aquel pañuelo, obra magnífica, que así valía á derecha ley sus cuatro mil reales, como es luz del sol la que nos alumbra á todos.

Se había corrido la voz, acudiendo sin tardanza todas la capacidades del barrio á conocer y justipreciar la prenda; y no existía moza de gusto en la calle del Amparo y dominios adyacentes que no se supiera de memoria los pelos y señales de aquella resplandeciente labor de flores, ramos y pájaros que campeaban esparcidos como en un carmen granadino, sobre la cuadrada tela de suavísimo color melado muy fino y muy señoril. Luego venía ciñendo aquel paraíso de colorines, una malla de menudo tejido, tan primoroso como de encaje, no menos ancha de una cuarta; y descolgábase en seguida el larguísimo fleco, movedizo como polvo de oro, tupido como un plumaje, sembrado de visos y matices como una aureola fantástica.

Allí estaba el soberbio ejemplar tentando las miradas y los corazones, extendido sobre la cama angosta del viudo solitario. Pero, ¿quién disponía de aquel dineral, ¡setenta y cinco duros! para llegar á convertir el apetito en posesión?

Filomena había subido veinte veces á extasiarse ante aquellos primores, y ni ella ni su novio, que también había subido, acertaban á hablar de otra cosa en sus coloquios de día y noche. A ella, le revoloteaban sin cesar dentro de la cabeza los pajaritos bordados, de copete rojo y larga cola, que decoraban el fondo del pañolón; y á él, que estaba embelesado con la hermosura de su novia, y que se moría por llevarla adonde la admirasen y le tuviesen á él envidia, deshacíasele el corazón con el afán de poder colgar en los hombros de Filomena aquel adorno que en ella reclamaba el cuerpo gentilísimo con tanto imperio como su pensamiento codicioso.

—¡Quién me lo diera! decía la muchacha. Verías tú con qué gracia me envolvía en él, y

con qué orgullo nos íbamos á las verbenas, y á San Isidro, y á la Cara de Dios la mañana del Viernes Santo.

Luego paraba el vuelo, y añadía poniendo una mueca:

—Pero ¡si no puede ser!

A Manolo, cuando la oía, se le metía esta frase por el cuerpo adentro, lo mismo que un áspid, y le mordía en las entrañas. ¡Claro que no podía ser! ¡Toma!... Pues si pudiera, ¿quién había de pavonearse con aquel atavío más que ella, la rubia de su alma, que le tenía perdido?

Muchas veces, al regresar de la Bombilla ó de las Ventas, ó al salir para ver una pieza en Apolo, ó para tomar un refrigerio en el Sótano H., la chica decía repentinamente á su galán enamorado:

—¿Quieres que subamos á ver el mantón?

Subían, y Filomena lo desplegaba, lo ponía en sus espaldas, se lo ceñía al talle gallardo y ondulante, echábase una punta al hombro con una arrogancia de princesa real, asomaba las pulidas manos de trabajadora en blanco por entre las espesuras del fleco y recorría la habitación sintiéndose en el alma una mezcla agri dulce de alegrías y desconsuelos.

A todo eso no se presentaba un comprador, y el pañuelo permanecía expuesto sobre la cama del viudo, como si no tuviera más destino que recrear los orgullos momentáneos y atizar las codicias de la rubia encaprichada, que ya iba considerando la prenda como cosa propia.

No hay calma, sin embargo, que mucho dure, y un día se supo que cierto pintor de cuadros, con hotel propio y taller abierto, andaba en regateos con el viudo para comprar el pañolón. ¡Ahora sí que se perdía toda esperanza!... ¡Qué lástima!... Pero ¡si tampoco había de poder ser!

—¡Pues ahora es cuando yo te digo que será! exclamó Manolo en un raptó. El mantón va á ser tuyo, y con él irás este Carnaval á la Alhambra á llevarte el premio en el baile de los mantones.

—¿Cómo va á ser eso, Manolo mío?...

—Porque tendré el dinero.

¡Ya se ve! El dinero, y más que fuera menester, estaba en los cajones de la Lonja del Azafrán, histórico y poderoso establecimiento de la Cava Baja, donde Manolo tenía su empleo de oficial cuarto ó quinto. Aquello era comercio, casa de cambio, banca, caja de depósitos, y se traspalaba la plata como si fuera trigo. Nada más á la mano para un factor algo metido en el trajín, que entretener una cuenta ó tirar de una gaveta, y hacerse de momento con la friolera que conviniese para cualquier apuro.

Manolo tenía el propósito de volver íntegramente á su sitio la cantidad. ¿No había de volverla? En su cabeza se habría encontrado este pensamiento enclavado en los sesos, agarrado, y entero y fuerte como un pedazo de hormigón. Por lo que hace á la seguridad de realizarlo, ¿qué duda cabía? Buenas manos y buena diligencia le había dado Dios al mozo para avanzar aquellos cuartos en poco tiempo. Sobre que apuradamente no le faltaban relaciones que no le dejarían perder; y en último término, hay en Madrid ruletas y mesas de monte y golfo, donde en un dos por tres se convierte en fortunón un billete de cinco duros.

Filomena tuvo, pues, su mantón de Manila en plena propiedad, con derecho de usar y abusar de él. Dióse tono con la compra entre las solteras y señoras del barrio, y saboreó el gustazo de dejar sin la prenda al pintor de cuadros, que precisamente iba con la suma dispuesta en el instante en que la gentil muchacha se rebullía loca de gozo bajo los pliegues del pañolón y se disponía á sacarlo de la casa del viudo. Y fué azar que debió de disponer el diablo, que en aquel momento, en que hueco y embebecido estaba Manolo contemplando á su rubia querida, hubo de sentir el primer despecho por aquella hermosura que él engalanaba;

porque el pintor, nada dolido de que se le escapase el pañuelo, y agradado como artista de buena madera del garbo con que Filomena ostentaba su trofeo, le propinó unos cuantos piropos de los que arden, y que en efecto, como tizones fueron á caer en el alma celosa y avarieta del factor enamorado.

—¡Cómo te ha requebrado ese pintamonas!

—Déjalo. ¡Valiente caso hago yo de las flores de los señoritos!

Ya no se le cocía á la costurerilla el bollo mientras no hallaba una ocasión tras otra de sacar á la luz el famoso regalo. Convidóse á una boda, para ostentarlo en la sacristía y en el merendero; sacó á un niño de pila, ganosa de deslumbrar hasta al sacristán y á los monaguillos; fué á los toros, á las romerías, á giras y á saraos; y cuando vino el Carnaval y se anunció en la Alhambra el baile de las modistas con el bullicioso y desenvuelto concurso de mantones que lo ilustra todos los años, allá se fué la muchacha desvanecida y locuela, colgada del brazo de su hortera de la Cava Baja; y allí mostró, subida en la picota alfombrada del escenario, bañándose y removiéndose en un Océano de luz, respirando el ambiente cálido y espeso de la bacanal, su cuerpo, ramillete de encantos, su cara de jazmines y amapolas y su mantón faustoso, al cual fué concedido el premio de la victoria entre la nube de floripondios que subieron á sostener el certamen.

Un triunfo colosal, tempestuoso; se encendían y estallaban en el aire los requiebros. Y era cosa fuerte, que del pañuelo dichoso, tan codiciado y á tan dura costa obtenido, habían de venirle á Manolo todas las desazones celosas; pues al mirar á Filomena encaramada en el proskenio, apedreada á piropos, revuelta entre el hervor de los entusiasmos, azotada por las olas de la licencia embravecida, el pobre muchacho volvió á sentir las punzadas en el corazón, y llegándose rabioso al pie de las tablas, de un recio tirón descompuso los pliegues del pañuelo laureado, diciendo á Filomena en un grito ronco y descompuesto:

—¡Bájate de ahí!... ¡Baja en seguida!

La traidora avispa quedó desde aquel instante zumbando y picando en el pecho del infeliz Manolo. Aquel espectáculo de admiraciones y arrebatos le puso la sangre fiera, y ya no hubo día sin celos, ni conversación sin quejas, ni ausencia sin acecho; que á todas horas temía el cuitado que le robasen aquella joya que era suya, ó siquiera que se acercase algún osado á empañarla con el hálito de su codicia. Y era positivamente el demonio quien había hecho saltar en el pobre novio la chispa de aquel incendio; porque la sospecha, y el afán de velar, y la cólera sorda le entraron á aquél tan á deshora, como que por no haberle sido posible restituir el dinero que sustrajo un día, en la Lonja del Azafrán se descubrió el hurto, y dos guardias del orden fueron por el desdichado, y con un auto del juez le llevaron al *Abanico*, en una de cuyas celdas dejáronle encerrado, lejos de Filomena y en compañía de sus celos, envidias y desesperaciones.

II

La costurerilla, aterrada, no pensó en volver á lucir el mantón de Manila. Guardábalo en el cajón primero de su cómoda, y lo contemplaba á solas, todavía con ojos cariciosos y deslumbrados. No sospechaba que aquella prenda, objeto de sus antojos, hubiese sido la causa de la mala acción de su pobre amante. Comprendía, sí, que lo que éste había querido regalarla en los restaurants, en los bailes y en los teatros, era el origen de aquella malandanza en que ambos se veían; pero sobre la magnificencia y esplendor del pañolón adorado no echaba ella ni aun la sombra de la más tenue mancha.

Ni por soñación pudo ocurrírsele abandonar á su preso, al cual quería con ternura, y desde entonces con abnegación generosa. Iba á verle al locutorio de la cárcel, y siempre dejaba para él las pocas pesetas que podía reunir á fuerza de cercenar su salario y vendiendo ó empeñando

lo que tenía en casa. La ropita aseada y rumbosa que siempre había lucido iba poniéndose raída y deformada.

El preso se lo decía, en el locutorio, los días de comunicación:

—Ya te he dicho que no quiero que por mí te castigues.

Pero ella seguía estrechándose, y empeñando, y vendiendo, porque en la cárcel había que pagar puntualmente, y Manolo no podía estar allí como si no tuviese en el mundo quien le quisiera.

Le había mandado colocar en una celda de pago.

Además le llevaba cajetillas, puros de los escogidos, ropa blanca, pasteles, y hasta calzado.

El gasto era terrible, y ya no le quedaba á la pobrecita más recurso que el mantón de Manila, allá, envuelto en papeles de seda, muy recogido y muy bien doblado. Resuelta estaba á venderlo, pero á lo último. ¡Le dolía tanto! Dejábalo como su postrer sacrificio, para la más rigurosa necesidad; la cual llegó sin falta y á paso de ataque. ¿No había de llegar? ¡Claro que llegó!

Ya sabía Filomena quién le compraría el mantón. ¡Como que iba á tenerlo extendido sobre la cama un mes ó dos, muerto de risa, según había pasado con el señor viudo de marras! El negocio traía urgencia, y cuando llegó la ocasión cogió el envoltorio llena de valentía, sofocando duelos, reprimiendo lágrimas, y encaminóse derecha á un hotel del barrio de Monasterio, cerca del Hipódromo, donde tenía su taller puesto el pintor de cuadros, aquel que deseó el pañuelo y se quedó sin él.

—¿Quiere usted aquel mantón?

—¡Hola! ¡ya lo vendemos?... Pues ahora no me hace falta.

La chica tembló, sintióse la sangre helada, mas no dió un paso atrás. El apremio era mortal; Manolo esperaba detrás de la reja del *Abanico*. Porfió, rogó con vivísima instancia; puso en juego toda su habitual desenvoltura. —¡Ea! era necesario que el señorito le comprase el pañuelo. Setenta duros... sesenta y cinco... sesenta; menos de lo que había costado. ¡Qué suerte tenía el señorito!... ¿No estaba viendo qué prodigio de mantón?... ¡Y qué ganga al mismo tiempo!... Además, ¡qué bien luciría en aquella sala donde se juntaba tanto boato, tanta balumba de trastos ricos, tanta bendición de cosas bonitas: cascotes, corazas, trajes, tapices, cuadros de media legua, baúles de marfil, alacenas de concha y nácar.

—Mire usted, aquí en este sitio, entre las dos ventanas, aquí lo pondría yo colgado, como un dosel, que sería una hermosura.

La moza acababa de acertar; por inspiración natural habíase subido á la escalera con ruedas, y levantando el pañolón extendido con las dos manos lo aplicaba al entrepaño, en medio de las dos ventanas, dejándolo prendido por el fleco, á dos clavos que sostenían grupos de panderetas, abanicos, peinas, moñas y banderillas. ¡Muy bien! El mantón pendía en pliegues desiguales y artísticos; en su tela bordada trazó sombras y encendió destellos la luz serena y cernida que entraba por la vidriera del Norte.

—¡Bravo, chiquilla! Deja el mantón donde lo has puesto.

Filomena se marchaba ya, muy satisfecha con su dinero, cuando la detuvo una voz del artista.

—Oye; vuelve acá. ¿Y cuándo se concluyan los cuartos del mantón?

—Ya no me queda más que vender.

—La costura no da para tu gasto. ¿Quieres ganarte un dinerillo?... Mira el lienzo que estoy pintando. Es para el techo del gran salón de un palacio. Ahí tienes: la huida de la Noche perseguida por la Aurora. Esta morena de carnes tostadas que vuelve la espalda, es la Noche que aprieta á correr. ¿Ves? Por este lado debe presentarse la Aurora. ¿Quieres servirme de modelo? Tú, tan rubia, tan blanca, tan fresca y tan gallarda me servirías á maravilla. ¿Quieres que te copie? Serás la Aurora y te pagaré bien.

—¿Que me copie usted?... Pero ¿así... desnuda, como á la morena?

—Por supuesto.

—¡No, señor!

Giró en seco sobre sus tacones y se marchó del taller dando un portazo. ¡Servir de modelo! Ya sabía ella algo de ese oficio; trataba á varias bellezas alquilonas, individuos del ramo. Ella, no; ella, nunca. Aunque pereciesen de hambre Manolo en su celda, y ella en su guardilla. Así se mantuvo firme, en tanto que de los duros del pañolón quedaron algunas pesetas. Después... Su preso iba á quedarse descalzo, tendría que comer el rancho, le faltaba todo, el regalo y el abrigo, la comodidad y el alimento...

Filomena se presentó valerosamente en el taller del Hipódromo.

—¡Aquí me tiene usted!

El pintor ya había buscado otra Aurora, y allí estaba reproducida en el lienzo; pero no le hacía; Filomena le gustaba más, su rubio era más dorado, su blancura más transparente, su persona más soberbia. Aquella era una Aurora con más luz. Pasó la brocha por encima de lo pintado, y la hermosa costurerilla, después de haberse ocultado en un rincón, detrás del biombo japonés, apareció dispuesta para el sacrificio, subió á la tarima frente al caballete, se soltó el cabello y tomó actitud para que la copiase el artista como á la otra del cuadro, la Noche que huía, la de las carnes morenas.

Allí siguió soportando todas las mañanas aquel suplicio, de pie sobre el tabladillo, su cuerpo en exposición, mortificada y corrida, sin que á nadie contara aquel pesar, ni diera el menor indicio por donde lo sospechase la gente con quien tenía trato.

Ello no obstante, algún vientecillo soplón debió de moverse, porque no tardó mucho la pobre chica en sentirse rodeada de zozobras y pesadumbres.

Un día en el locutorio, le dijo el preso:

—Dime; ¿y qué haces por ahí fuera?

—Lo de siempre... Pues trabajar mucho y aguardar la hora de venir á verte.

Desvió la conversación con monerías cariñosas, pero la pregunta de Manolo pareció que quedaba enredada entre las mallas del enrejado, porque á cada dos ó tres conferencias, Filomena volvía á oírla zumbar.

—¿Qué haces por ahí fuera?

—Déjalo, contestó por fin, cuando iban ya treinta veces. No te importa. Nada hago que deba tenerte con sobresalto.

Otro día:

—¿Sabes lo que han venido á decirme? Que te has hecho amiga de un pinta-monas.

—Dí que es mentira.

Más adelante los informes de Manolo fueron más cabales: que ella se veía con el pinta-monas, que iba á su casa, que eso era por la mañana... Toda la historia convertida en llo. Aquella música fatal de suspicacias y celos iba aumentando, aumentando, y ensordecía á la atribulada muchacha. Todos los días una queja más, y cada día más fiera, más emponzoñada, más amenazadora.

—¡Mentira, mentira!... repetía ella. Yo no te engaño.

—Es que si me engañases... Yo saldré de aquí, y entonces sí que sería perdición la tuya y la mía.

—¿Y cuándo sales? preguntaba Filomena.

—Todavía falta. Es una cuenta esta que no entiendo.

No; Manolo tenía su cuenta muy bien echada y la llevaba como por los granos de un rosario. Pero se la escondía á su novia, y con el enredo de los días que le desquitaban y el de los que le añadían por la prisión supletoria de la multa, armaba una trabacuenta con la que tenía á su novia desorientada.

Él sabía muy bien cuándo le tocaba salir á la calle; pero allá, en la soledad del calabozo, en sus horas largas, eternas, de celos impacientes, había trazado el plan de trasponer la puerta de la cárcel cauteloso y furtivo como si huyese de ella. Salir... salir, y dedicar su primera hora de libertad á la caza de pruebas que justificasen sus desconfianzas ó las extinguiesen.

Llegó el día.

La vaharada de aire libre que respiró el hortera al ponerse en la vía pública le embraveció, despertándole alientos de agresión y venganza. No se entretenía en dudar; consideraba cierta la traición hecha á sus amores, y se dirigió rectamente, á paso rápido, hacia la barriada del Hipódromo. Ya iba armado; en la misma cárcel compró el cuchillo. Guióle el instinto, la lucidez funesta de su coraje, y no erró la casa. Aquella era; la misma en que él se metió.

Filomena lanzó un alarido desesperado al verle súbitamente presentarse en la puerta del taller, y corrió despavorida á refugiarse detrás del biombo. Pero su amante ya la había visto en el centro del salón, abandonada, patente, denunciándose toda entera, en medio de la clara luz, á los ojos de un hombre, del enemigo, del pintamonas. Arrojóse tras de ella, blandiendo el hierro, y en el rincón del biombo sonó un rujido, luego un lamento de agonía; y cuando el dueño del taller acudió prestamente á sujetar al insensato, y logró reducirle, y le desarmó, Filomena con el pecho hendido y las carnes rojas salía tambaleándose, extendidos los brazos, y caía desplomada en el centro de la estancia, al lado de la tarima, frente al cuadro que la retrataba hermosa y fresca, personificando la Aurora.

El asesino huyó, y el artista, para tapar la desnudez ya sagrada de la modelo muerta, buscó un paño cualquiera. Allí en la entreventana pendía el mantón. Tiró de él, y tendiólo sobre el cuerpo inanimado.

Al presentarse los hombres negros, el juez, el escribano y el alguacil, hallaron el cadáver protegido por aquel lienzo sembrado de aves y rosas. La envolvieron en él para trasladarla al depósito, y así fué como el mantón de Manila vino á ser el sudario de la pobre Filomena.

JOSÉ FELIU Y CODINA.

Madrid, Febrero, 1893.



SILUETAS MODERNAS

CAROLINA CIVILI



ODECIENDO á no sé qué capricho de mi carácter, nada inclinado á la melancolía, siempre que llevo á un pueblo suele ser la del cementerio una de mis primeras visitas.

Después de conocer la ciudad de los vivos, experimento un deseo irresistible de ver la de los muertos; y acontece casi siempre que estas visitas, comenzadas con curiosidad poco menos que indiferente, acaban por ser para mí motivo de tristeza y de amargas reflexiones.

Mas no por eso renuncio á repetirlas. A los que pisamos los umbrales de la vejez nos conviene pensar en el término de la vida.

Una de las cosas que me entristecen al visitar los cementerios, es que nunca dejo de encontrar en los sepulcros los nombres de muchos amigos, ó por lo menos conocidos, á quienes he tratado con más ó menos intimidad.

Habiendo pasado la mayor parte de mi vida en Madrid, metido en las agitaciones de la política y sin separarme nunca por completo del mundo de las artes, claro es que he conocido á muchas personas de cierta notoriedad. Con unos he trabado relaciones íntimas, con otros no las he tenido más que superficiales, y los accidentes de la vida han hecho que las superficiales y hasta las íntimas, se fuesen renovando con el tiempo y las circunstancias. Pero al entrar en los cementerios, nombres que tenía poco menos que olvidados, han venido á despertar en mi memoria, viéndolos grabados en lápidas funerarias, el recuerdo de amistades antiguas, sugiriéndome el pensamiento de que cuando se llega al último tercio de la vida, tiene uno más afecciones debajo que encima de la tierra.

Hace tres años veraneaba en las inmediaciones de Madrid, en el pueblo de Carabanchel Alto.

Y cuidado que para veranear en Carabanchel se necesita estar dejado de la mano de Dios, porque es casi lo mismo que veranear en el desierto de Sahara.

Hace tanto calor como en Madrid y las molestias son infinitamente mayores.

Paseaba una tarde por el camino de Leganés, entre unos campos áridos y secos que daban gana de llorar, y contemplando á largas distancias tal cual grupo de árboles raquíticos, que denotaban la presencia de una vivienda sucia y pobre, y hacía el mismo efecto que deben producir los oasis á los que atraviesan los arenales de Africa, cuando de pronto hirieron mi vista unas tapias que formaban un cercado rectangular, el cual tenía ingreso por una puerta no muy grande, entreabierta en aquel momento.

Una cruz de hierro clavada sobre la puerta me hizo comprender que aquello era el cementerio, y siguiendo mi costumbre entré en el sagrado recinto.

TOMO II. — 70.

Allí no era probable que encontrase el nombre de ningún conocido, porque no recordaba haber tratado nunca á nadie que fuese vecino de Carabanchel Alto.

Sin embargo, encontré cuatro.

Al lado de la puerta de entrada, don Perfecto Arnaiz, gobernador que fué de varias provincias; poco más allá Javier de Ramírez, un periodista de no escaso talento, grande amigo de Castelar, á quien la exaltación política de los años 65 y 66 llevó á la cárcel por delito de imprenta y que salió del Saladero después de un año de prisión, para ser al poco tiempo recluso como demente; no muy lejos un compañero de la infancia que también murió loco.

Pero lo que más me sorprendió, porque estaba muy lejos de imaginarlo, fué encontrar entre cientos de nombres desconocidos, una lápida situada á la derecha de la capilla con esta inscripción:

Á LA MEMORIA

DE

CAROLINA SANTONI

SUS SOBRINOS

¡CAROLINA SANTONI! Una actriz italiana de mucho talento que vino á Madrid en la primavera de 1861 y alcanzó grandes aplausos en el que hoy se llama Español y entonces llevaba el nombre de Teatro del Príncipe.

No tenía la Santoni aquella corrección clásica que admiraba en la Ristori. Podía representar la tragedia, porque era artista de inspiración, educada en la escuela de Módena y muy capaz de llegar á las más altas cimas del arte. Pero representando la tragedia no estaba en su elemento. Comprendía á Fedra y á Medea, pero su manera de sentir, su temperamento artístico y hasta su declamación, despojada de todo énfasis, la hacían poco á propósito para calzar el coturno. Cuando vino á Madrid al frente de una compañía, era ya una mujer de cuarenta y tantos años. Tenía rostro expresivo, sin ser bello, y figura que debía haber sido buena, pero que iba perdiendo la esbeltez, como sucede á casi todas las mujeres en la edad madura. En suma, físicamente considerada, era una jamona de buen ver y nada más. Un compañero de redacción de *El Diario Español*, que á la sazón desempeñaba cierto consulado en Italia, me la recomendó por medio de una carta. La hice una visita en la fonda donde se alojaba y varias en su cuarto del teatro, y pude comprender desde luego que tenía un talento clarísimo y una cultura intelectual poco común.

He dicho que la tragedia no era su género. En la comedia estaba admirable, y en el drama moderno de grandes efectos llegaba á rayar en lo sublime. Apasionada por las comedias de Goldoni, que viene á ser un Moratin italiano, las representaba con singular acierto, prueba evidente de un detenido estudio. Mas lo que nunca olvidaré es su manera de ejecutar dos melodramas, que si no se recomiendan por su mérito literario, tienen la ventaja de interesar y conmover al público, sin apelar á recursos de mala ley ni halagar las malas pasiones. Llámase el uno *Los dos sargentos franceses en el cordón sanitario*, y se intitula el otro *Maria Giovanna*. ¡Qué naturalidad, qué corrección, qué lujo de detalles, qué lágrimas tan verdaderas, qué actitudes tan nobles en medio de ser tan sencillas!

¿Y cómo murió en Carabanchel aquella mujer? Lo ignoro. He preguntado á algunos vecinos del pueblo y nadie me ha dado razón de ella. Muchas veces la oí decir que se había enamorado de España y que la gustaría quedarse aquí, mas ignoraba que se hubiese realizado su propósito.

Pero me había propuesto trazar la silueta de Carolina Civili y hasta ahora no he hablado más que de Carolina Santoni. La cosa no es tan descabellada como á primera vista parece,

porque si la primera llegó á ser una actriz española, esto se debe probablemente á los consejos de la segunda.

Los sobrinos que habían dedicado una lápida á la memoria de la Santoni no podían ser otros que la Civili y su marido.

La Santoni, que era grande admiradora de nuestro teatro, decía muchas veces que envidiaba á las actrices españolas, porque los autores les dan hecho casi todo el trabajo. «Los escritores extranjeros, principalmente los franceses, añadía, no se cuidan más que del conjunto, y nosotros tenemos que buscar el éxito en un movimiento de pasión, en un detalle, en cualquier accidente de la obra; pero ustedes escriben parlamentos largos en versos hermosos y



CAROLINA CIVILI

sonoros y todo el que sepa decirlos encontrará el aplauso sin gran esfuerzo.» Y cuando hablaba de esto, lamentaba que su edad no la consintiera consagrarse á aprender nuestro idioma y declamar nuestras obras.

Lo que no pudo hacer Carolina Santoni lo hizo Carolina Civili, quizás influída por los consejos de aquélla.

Un año después que la primera vino á España la segunda, también figurando al frente de una compañía italiana.

La Civili no era ni con mucho lo que su tía. Conocía los secretos del arte, como lo conocen casi todos los actores italianos, y podía figurar muy dignamente como primera actriz en una buena compañía. Pero nada más. No sabemos si acarició alguna vez la ilusión de brillar en el teatro como astro de primera magnitud. En todo caso no tenía condiciones para conseguirlo. Le faltaba ese *quid divinum* de la inspiración que separa el genio del talento. En cambio reunía

todas las condiciones físicas que hacen triunfar en el teatro, sobre todo á las mujeres. Podría tener unos veinticinco años cuando vino á España. Los que juzguen de ella por el único retrato que hoy se conserva, y que es el que figura en este número, pueden decir que no la han conocido.

Era una mujer hermosísima. Blanca como la nieve, con abundante cabellera de oro y unos ojos azules muy oscuros llenos de expresión y de fuego; su rostro, un poco ovalado, cortado por una nariz de perfil griego y una boca pequeña, á la que daban cierta expresión de sensualidad los labios rojos y un tanto abultados, resultaba muy interesante. Recuerdo que en aquella época se reía mucho, tanto sin duda por la natural alegría de la juventud como para mostrar dos filas de dientes iguales, pequeños y blanquísimos. ¡Pobre mujer! En su vida debe de haber derramado muchas lágrimas, en triste compensación de aquellas risas juveniles. De elevada estatura y formas esculturales, tenía un ademán noble y majestuoso que la hacía parecer una reina. Al presentarse por primera vez en escena, lo primero que producía era un murmullo de admiración. El aplauso de cortesía con que el público suele recibir algunas veces á las celebridades desconocidas se lo otorgaban los hombres en aquel tiempo á la Civili de muy buen grado. El triunfo de la mujer era indiscutible.

Esto, por más que algunos digan, es una gran cosa. Ciertamente un artista, hombre ó mujer, puede conquistar el aplauso, siendo feo y en rigor hasta siendo deforme, pero la verdad es que tendrá que vencer muchas más dificultades que otro, empezando por la de su fealdad. He oído contar de un barítono notablemente feo, que al presentarse por primera vez en un teatro de Barcelona, viendo que el público se reía de su figura, tuvo la serenidad de adelantarse á la batería de luces y decir en italiano: «Señores, yo vengo aquí para que me oigan y no para que me vean.» Esto es muy ingenioso y revela grande aplomo y no poca confianza en las dotes de artista, pero no es enteramente exacto. El actor, como el cantante dramático, se presenta en escena para que le vean y le oigan, por eso tiene que cuidar de su traje y de todos los accidentes externos. Don Juan Tenorio jorobado ó Aida con muletas harían reír, y por muy bien que el uno declamase ó cantase la otra, sería difícil que el espectador se convenciera de que el amor del primero había recorrido *toda la escala social*, ni de que la segunda hubiera subyugado á Radamés hasta el punto de hacerle traidor á su patria y morir en castigo de su crimen.

La Civili no tenía que temer estos peligros. Como antes he dicho, y recuerdan cuantos la vieron en su juventud, era notablemente hermosa, y desde que aparecía sobre el tablado, todos quedaban convencidos, sin más que abrir los ojos, de que podía inspirar grandes pasiones, que es generalmente el papel que toca á la dama en la mayor parte de las obras dramáticas.

Tenía, además, el órgano vocal más privilegiado que he conocido. Su voz sonora y armoniosa atesoraba todos los registros, y unas veces dulce y suave como una caricia, otras amenazadora y terrible como el trueno, parecía hecho de encargo para expresar todos los afectos, todos los sentimientos, todas las pasiones.

Al presentarse en Madrid con su compañía italiana fué bien recibida, pero sin lograr el entusiasmo que habían excitado la Ristori y la Santoni. La verdad es que no estaba á su altura. Mas ella venía sin duda resuelta á ser actriz española, y dotada de una facilidad maravillosa para los idiomas, pues hablaba á la perfección dos ó tres, cosa rara en los italianos, logró en poco tiempo dominar el nuestro, y á los dos meses de haber venido á España, representó en castellano una pieza en un acto, intitulada *La casa de campo*. Cada uno de los tres ó cuatro tipos que tenía que representar en esta comedia fué para la Civili un triunfo. El teatro se llenó por espacio de treinta ó cuarenta noches. Aquel éxito decidió su porvenir y casi puede decirse que fué el comienzo de su calvario.

Los empresarios de nuestros teatros de primer orden nunca contaron con ella, á pesar de que en muchas ocasiones se vieron en la necesidad de contratar medianías, muy inferiores á la

pobre artista italiana. Quizás haya contribuido á esta injusta preterición, la circunstancia de que contrajo matrimonio con un cómico subalterno, y tuviera la pretensión, frecuente en las artistas, de que contrata al marido el que ajusta á la mujer. En este caso es posible que los directores perdonasen el bollo por el coscorrón. Esto no pasa de ser una conjetura.

Lo cierto es que Carolina Civili comenzó á recorrer los teatros de provincia, y no los más principales, al frente de compañías que muchas de ellas no merecían ni siquiera el nombre de piquetes.

La última vez que la vi fué en Barcelona. Representaba en un teatro del paseo de Gracia *El gladiador de Rávena*, una tragedia en un acto que el insigne Echegaray había escrito expresamente para ella.

Se encontraba ya en la edad madura. Había engordado mucho, y su belleza desaparecía rápidamente. En cuanto á sus ilusiones artísticas es seguro que se habrían desvanecido mucho antes que su belleza.

No volví á oír hablar de ella hasta que supe por los periódicos que, después de larga y dolorosa enfermedad, había fallecido en una casa de salud, poco menos que en un hospital.

¡Pobre Carolina Civili! Amó mucho á España y España se mostró con ella poco agradecida. Bien merece que consagremos un recuerdo á su memoria. ¡Dios la tenga en su seno!

EDUARDO ZAMORA CABALLERO.



LA CARIDAD Y LA GRATITUD

Si me presta sus favores
precisa y fiel la memoria,
voy á contaros la historia
de un arroyo y de unas flores.

Recuerdo que la leí,
y ganó mi corazón;
pero prestadme atención;
la historia comienza así:

Por la rápida pendiente
de una montaña sombría,
un débil arroyo huía
de la furia de un torrente.

Despeñábase violento,
y con rapidez tan suma,
que convertido en espuma
iba en las alas del viento.

De tan penoso camino
el pobre arroyo cansado,
llegó á la margen de un prado
de la montaña vecino,

donde en diversos colores
alzando sus sueltos talles,
formaban listas y calles,
mirtos, laureles y flores.

Y allí su planta ligera
detuvo, formó un remanso,
y apenas tomó descanso,
murmuró de esta manera:

«—¡Triste de mí! Mal intento
salvar mi clara corriente...
Es poderoso el torrente,
y sigue audaz y violento.

»Y entre sus ondas oscuras,
por breñas y peñascales,
turbios irán mis cristales,
perdidas sus ondas puras.

»En vano de la montaña
abandono el seno inculto.
¡En dónde, en dónde me oculto
de su poderosa saña!»

Calló el arroyo, y sentido,
dice la historia, y pausado,

por los recintos del prado
se oyó volar un gemido.

Y al soplo del aura fieles,
doblando los sueltos talles,
abrieron sus mansas calles
mirtos, flores y laureles.

Y por callar el dolor
del arroyo y las congojas;
unieron sus verdes hojas
para ocultarlo mejor.

Él, viendo tales favores,
y llorando de ternura,
se ocultó entre la espesura
que le formaron las flores.

Y por si el eco le asombra,
cuando silencio reclama,
se tendió la verde grama
para servirle de alfombra.

Así el arroyo callado
salvó su clara corriente
de la furia del torrente
entre las flores del prado.

Aquí, sin que la fatigue,
recuerda bien mi memoria
que haciendo punto la historia,
de esta manera prosigue:

Viéronse desde este día
á las bienhechoras flores
lucir más bellos colores,
más pomposa lozanía.

Tan ricas y tan hermosas
eran, y tanto admiraban,
que de muy lejos llegaban
por verlas las mariposas.

¿Quién en el prado ha vertido
tanta gala y hermosura?
La gratitud tierna y pura
del arroyo agradecido.

Sin ellas él no vería
su corriente tan serena;
y ellas murieran de pena
sin su dulce compañía.

JOSÉ SELGAS. (1)

(1) Don José Selgas y Carrasco nació en Murcia al año 1824. Hizo sus primeros estudios en el Seminario Conciliar de San Fulgencio; mas hubo de abandonarlos pronto para atender á las necesidades de su familia. El conde de San Luis le llamó á la Corte nombrándole auxiliar del Ministerio de la Gobernación. Rehuyó los cargos políticos, y sólo por excepción desempeñó la Secretaría de la Presidencia del Consejo en el gabinete presidido por el general Martínez de Campos. Fué uno de los principales redactores del famoso *Padre Cobos*, y se distinguió por su ingenio en otras publicaciones periódicas. Sus poesías le han dado renombre merecido. Era individuo de la Academia Española cuando falleció en Madrid el 5 de Febrero de 1882.



Las grandes praderas del Tuolumne y los montes Dana y Gibbs
(Vista tomada desde las cercanías de las fuentes Soda)

LAS GRANDES SELVAS CALIFORNIANAS

DETALLES DEL PROYECTADO PARQUE NACIONAL YOSEMITA

POR

JOHN MUIR

(CONTINUACIÓN)

EL valle del Tuolumne superior es el más espacioso y ameno de la alta sierra al par que el menos quebrado y fragoso. Unido al Yosemite por dos buenos caminos y á las naciones civilizadas por una excelente carretera que va desde el Yosemite al monte Hoffman, es el más accesible de todos. Hállase situado en el corazón de la sierra, á una altura de 8,500 á 9,000 pies sobre el nivel del mar y á menos de diez millas del límite Nordeste de los terrenos reservados del Yosemite. Confina al Suroeste con la cenicienta, dentellada y pintoresca cordillera de la Catedral, que extiende hacia el Sureste, desde el pico de la Catedral hasta los montes Lyell y Pitter, las cumbres culminantes de la gran masa de montañas nevadas que forman la llamada corona de la sierra; al Noreste por una parecida cordillera ó estribación cuya cima más elevada es el monte Conness; al Este por los majestuosos montes Dana, Gibbs, Orde y otros en el eje de la cordillera principal, y al Oeste, por las undosas peñas sobre las cuales descuellan las riscosas masas del ya citado monte Hoffman. En el fondo y al través de la llanura bañada por el sol, corre el cristalino Tuolumne, refrescado por las fuentes que manan en las escondidas soledades de las alturas, sobre todo al Norte del monte Lyell y el monte Mac Clure.

A lo largo del río hay una serie de hermosas praderas que se extienden casi sin interrupción del uno al otro extremo del valle, ocupando un espacio de doce millas y formando una suave pendiente al pie de las majestuosas montañas que parecen contemplarlas desde las serenas alturas donde se esconden sus picos entre las nubes. Cruzan de parte á parte la alfombra de los prados unas estrechas fajas de pinos, y de cuando en cuando encuéntranse tupidas arboledas, grandes peñascos procedentes de antiguos ventisqueros y troncos de árboles despeñados de las cumbres por el derrumbamiento de los aludes; pero en algunos puntos el terreno es tan llano y despojado que puede pasear por él de frente un centenar de jinetes.

La sección inferior de la región principal de las praderas tiene unas cuatro millas de largo y cerca de media milla de ancho; mas por término medio la anchura del valle es de unas ocho

millas. Siguiendo el curso del río, encontramos que se bifurca una milla más arriba de las fuentes Soda, que están situadas en la margen izquierda, frente al camino de la Catedral, dirigiéndose el brazo mayor hacia el Sur, en dirección al monte Lyell y el otro hacia el Este, donde están los montes Dana y Gibbs. Uno y otro tienen las riberas cubiertas por la alfombra del prado. Sus secciones más hermosas se extienden sobre unas cuencas lacustres que las aguas del río han ido paulatinamente llenando. Aún existen algunos de estos lagos, que por cierto son de escasa profundidad y parecen próximos á secarse. El musgo que alfombra el suelo es extraordinariamente bello y sedoso, sin malas hierbas ni zarzas y esmaltado por un sinnúmero de preciosas florecillas, entre las cuales abundan especialmente las pequeñas margaritas, las ivas y las rosadas campanillas de los diminutos jacintos. En las márgenes del río y de sus tributarios se encuentran casiopeas y bryantus en unos parajes en donde el musgo forma rizados relieves y junto á las eminencias formadas por el amontonamiento de los guijarros. La hierba que más abunda en estas praderas es una delicada calamagrostis de hojas muy finas.



Región meridional de las praderas Tuolumne. Picos del Unicornio y de la Catedral

Cuando está en flor no parece sino que el suelo se halla cubierto de una niebla de color de púrpura bajo. Los tallos de las espiguetas formadas por aquellas florecillas silvestres son tan delgados, que casi llegan á hacerse invisibles y al pisarlos no se advierte su existencia.

A lo largo de los lindes de las praderas, debajo de los pinares y al través de la mayor parte del valle, crecen en abundancia unas hierbas muy altas y hojosas, principalmente el bromo, la grama y las agróstidas.

En el mes de Octubre hiela todas las noches, y al salir el sol las hojas de los vegetales, cubiertas de una capa de cristal, ofrecen un espectáculo por todo extremo curioso. Los días son apacibles y templados y las abejas y las mariposas continúan revoloteando y zumbando en torno de las flores recientemente abiertas, hasta la llegada de la nieve, que suele ocurrir en Noviembre. Entonces las tempestades se suceden sin interrupción, inundando las praderas, que se convierten en lagos de diez á veinte pies de profundidad, en tanto que desde las enhiestas cumbres se despeñan fragorosos los aludes, formando inmensos montones de nieve mezclada con los árboles y las peñas que arrancaron de cuajo al rodar por las faldas del monte. En la solana la nieve dura hasta el mes de Junio; pero la nueva vegetación no florece por lo común hasta muy avanzado el de Julio. Yo tengo para mí que la época mejor para visitar



ROCAS LLAMADAS FARAGLIONI, CERCA DE LA ISLA DE CAPRI. — CUADRO DE AUGUSTO LEU

Ayuntamiento de Madrid

el valle es en Agosto. Entonces la nieve se ha derretido, las praderas están secas y disfrútase en ellas de una tibia temperatura; la atmósfera está serena, bañada por el sol, apacible y risueña, y las raras nubes que empañan el cielo y los ligeros chubascos que á veces regalan, no producen otro efecto que aumentar el fresco en el aire, la fragancia de las flores y la belleza del paisaje.

Las espesuras circunvecinas de las fuentes Soda son los sitios más frecuentados por los turistas, que acampan en esos parajes, así por lo fresca y agradable que es allí el agua, saturada de ácido carbónico, como por la hermosa perspectiva de las montañas—el Ventisquero, el Pico de la Catedral, las Agujas de la Catedral, el Pico del Unicornio—y otra infinidad de cumbres que se alzan sobre las frondosas selvas situadas á la izquierda del antiguo ventisquero Tuolumne. Éste, por su extensión y profundidad, contribuye mucho á caracterizar aquella región de la sierra. Pero, á lo largo de las praderas, hay muchos sitios á propósito para establecer un campamento, de modo que en verano puede irse todos los días de una á otra disfrutando así de una gran variedad de panoramas.

Cuatro son las principales excursiones que desde allí pueden hacerse, á saber, á las cumbres de los montes Dana y Lyell; al lago Mono y á los volcanes, atravesando el Cañón Sangriento, y al gran Cañón Tuolumne, hasta el pie de las grandes cascadas. Todas estas excursiones son magníficas y fecundas en sorpresas por todo extremo agradables; pero quizá no hay ninguna que produzca en el ánimo un embeleso comparable al que se experimenta errando por las márgenes del río cubiertas de la aterciopelada alfombra de la pradera, compartiendo la luz y el puro ambiente con los árboles y las montañas y participando de la calma de la naturaleza en aquellas majestuosas soledades.

La excursión á la cima del monte Dana es sumamente fácil, pues si bien tiene ésta una altura de 13,000 pies, la falda occidental forma un declive tan suave que puede subirse toda á caballo. Al través de una multitud de rápidas corrientes, presenta aquella florida senda una infinidad de sublimes perspectivas, raras veces veladas por los primeros términos. A medida que va subiéndose van apareciendo nuevas montañas que enriquecen el paisaje con mayor número de quebradas y fragosidades; un pico descuella sobre otro pico, haciendo gala de su peculiar arquitectura y de sus nevadas fuentes, variadas hasta lo infinito por sus condiciones topográficas, de luz y de sombra.



El pico de la Catedral. (Vista tomada del Oeste, sobre el lago Tenaya)

(Continuad).

TOMO II.—71.

De *The Century Magazine*, traducido por
J. COROLEU.

NUESTROS GRABADOS

LA PEQUEÑA AURORA Y SU ABUELA

CUADRO DE MISS ELLEN G. HILL

La artista inglesa que pintó esta obra á la aguada, sacó el tema de la *Histoire de ma vie* de la escritora francesa, conocida por el seudónimo de Jorge Sand. En aquel libro puso estas líneas: «Mi abuela cantaba con gusto y entusiasmo las óperas de su juventud. Acostumbraba yo escucharla tendida debajo del viejo clavicordio, con Brillante, su perro favorito, y así me hubiera pasado días y días fascinada por su delicada voz y sus gorgoritos.» El asunto no puede estar interpretado con mayor exactitud ni con mayor acierto. La futura novelista escucha la voz de su abuela con embeleso, dominada enteramente por ella, y es una figurita llena de gracia, como las pintadas por Reynolds y Gainsborough, que en esta especialidad se adelantan á todos los maestros del mundo. De fijo los recordaría Miss Ellen G. Hill al componer y al desarrollar su bonita aguada. Con la niña forma contraste la abuela, una de esas señoras de aire noble de principios del siglo. La escenografía contribuye á embellecer el cuadro, porque resultan sumamente apropiados como fondo y como accesorios de aquel interesante grupo el clavicordio lujosamente decorado con talla y dorados, y los plafones, pilastras y puerta de la estancia, todo según el elegante estilo llamado de

Luis XVI, nombre del infortunado monarca durante cuyo reinado se desarrolló y floreció en Francia.

ROCAS LLAMADAS FARAGLIONI, CERCA DE LA ISLA DE CAPRI

CUADRO DE AUGUSTO LEU

¡Qué deliciosa vista! ¡Qué paisaje y qué marina tan encantadores! El artista que ha pintado esta obra tomó con fidelidad las líneas que le ofrecía la naturaleza y las trasladó al lienzo sin alterarlas. Pero como tenía empeño en que el asunto tuviese vivo interés, con mucha discreción y buen gusto escogió una hora en que el sol produjese en el mar los deliciosos efectos que se hallan hábilmente indicados en el cuadro. Las entonaciones doradas, de un color encendido, que se ven con tanta frecuencia en las costas del Mediodía, iluminaban las pin-

torescas rocas, iluminaban la orilla, iluminaban el mar en el momento del día elegido por Augusto Leu para pintar su marina y su paisaje, pues que de ambos géneros participan las rocas llamadas Faraglioni, que se alzan cerca de la poética isla de Capri. Esta obra, siendo un estudio del natural, reúne con todo circunstancias propias del paisaje llamado historiado.

M. BEERNAERT

PRESIDENTE DEL MINISTERIO DE BÉLGICA

Damos en este número el retrato del ilustre hombre político que ha desempeñado el principal papel en los

últimos acontecimientos de Bélgica.

M. Beernaert, jefe del partido conservador católico belga y presidente del actual ministerio, es oriundo de Ostende y tiene en el día unos sesenta y cuatro años. Es hombre de temperamento robusto, de mirada viva y penetrante y uno de los más elocuentes oradores de la tribuna belga. Señalase su elocuencia por la claridad; sea cual fuere la materia que dilucide, pero en especial en las referentes á Hacienda y Obras públicas, no tiene rival en punto á presentar las cuestiones de modo que el auditorio las vea y las palpe. En 1850 fué inscrito entre los abogados del Tribunal de Apelación en Bruselas, y en 1859, á los treinta años de edad, fué llamado á figurar entre los abogados del Tribunal Supremo. Absorbíale su profesión, y casi

se mantenía alejado de la política, cuando en 1873 M. Malou, que había sabido apreciar su mérito, le ofreció la cartera de Obras públicas. Aceptóla M. Beernaert y desde entonces ha brillado á la cabeza del partido católico. Después de las elecciones de 1878 fueron llamados los liberales y M. Beernaert quedó en la oposición hasta 1884, en que de nuevo triunfaron los católicos. Fué entonces presidente del Ministerio M. Malou, quedándose M. Beernaert con la cartera que había desempeñado anteriormente; mas sintiéndose el primero viejo y cansado se retiró, quedando él en la presidencia del Consejo y con el ministerio de Hacienda, en el que se halla desde hace nueve años. Ha vencido numerosas y arduas dificultades en este período de tiempo y ahora también su tino político ha logrado conjurar el terrible conflicto que amenazaba la paz de Europa. Mucho ha de esperar Bélgica del talento y de la prudencia de este insigne hombre de Estado.



M. BEERNAERT, PRESIDENTE DEL MINISTERIO DE BÉLGICA



¡PASIÓN!

NOVELA ORIGINAL

DE

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

(CONTINUACIÓN)

XXIV

Las dos mujeres habian salido muy rebozadas y guareciéndose cuanto podían del aire y de la lluvia, deslizándose junto á la pared, bajo los enormes aleros de los tejados y los salientes balconajes de las calles cordobesas.

—¡Qué noche, Dios bendito! exclamaba Estefanía á menudo, en voz temblorosa.

—Calla, dijo una vez doña Casilda; calla, que eso nos favorece; á nadie nos encontramos de ese modo, á nadie á quien se le antojara pedirnos cuentas de nuestras acciones, ni hacer requisitorias de quiénes somos, ni adónde vamos.

—Afortunadamente no está lejos, respondió Estefanía; pero dígoos que en gran riesgo nos pusimos, y que no sé adónde iremos á parar con todo.

—¿Tienes en mi confianza?

—¡Váleme Dios! pues si no la tuviera, ¿creéis por ventura que estaría yo en este punto fuera de la cámara de mi señora doña Leonor?

—Pues adelante, y pongamos á la empresa remate de una vez.

—Adelante, y Dios sea con nosotros; por aquí, venid por aquí.

Estefanía torció, metiéndose en una callejilla estrecha como todas.

—Una linterna debimos traer, dijo la de Saravia entonces.

—No, por Dios, saltó la camarista de pronto; oscuro está como abismo, pero no le hace; bien conozco todo este laberinto de callejuelas, y no nos perderemos; quédese la linterna allá, que más que para guiarnos serviría de seguro para guiar á los curiosos á nuestras personas... Por aquí, pajecico, por aquí.

Torcieron otra vez y otra: hablaban muy quedo, y más parecía la conversación excusa para espantar el miedo que tuviesen; he dicho que hablaban, y he dicho mal, hablaba Estefanía como si fuese sola, y si alguien sentíase con un gran pavor ella era.

—¡Cállate ya! dijo doña Casilda de pronto. ¿Qué te pones en la lengua de noche que así la mueves, criatura de Dios? calla, que por quedo que susurres, el fuerte aire se lleva las palabras, y en algún sitio podrían caer que no nos trajese cuenta.

—Ved hacia allá, exclamó Estefanía, deteniéndose de pronto azorada.

—¿Qué he de ver?

—¡Luces... somos perdidas, es una ronda! ¿Qué va á suceder, Dios piadoso, si nos sorprenden? El alcalde Ponce de Ocaña será, que anda siempre desalado por el cumplimiento de su deber, para que le aprecie y estime el señor Zapata de Cisneros. ¡Mal haya sean todos los alcaldes y los corregidores del mundo, amén!

—Silencio, para acá vienen.

—¡Huyamos, por la Virgen!

—No, lo principal es lo otro: hay que estar en Santa Marina al instante: ni podemos huir ni quiero que me vean tampoco: nada ha de venir contra nosotras, porque quien quiera que ronde, mi alcurnia ha de saber, y me conocerá lo mismo: el tiempo no más, el tiempo que se pierde.

La ronda se aproximaba. Doña Casilda tiró de Estefanía y se replegaron las dos apretadamente en el quicio de una puerta. Sentíanse los pasos muy próximos: los dos pajecillos esperraron con profunda ansiedad, latiendoles el corazón fuertemente y conteniendo las respiraciones: pasó al fin la ronda. Iba Ponce de Ocaña delante, ceñudo, huraño, con su tiesa vara y su capa negra amplísima, sujetándosela por el cuello y extendiéndosela hacia atrás, plegándose y desplegándose en siniestro crujido por la fuerza del viento: parecía la capa los grandes alones de un diablo negro, y diablos parecieron á Estefanía aquellos ministriles, negruzcos y espetadotes, que seguían al alcalde silenciosos como almas en pena.

Pasó la ronda y las dos mujeres respiraron con ansia.

—¿En dónde estamos? preguntó doña Casilda.

—Pues en el campo de la Merced. ¡Jesús, qué viento! nos va á llevar en volandas, como quiere llevarse á esos golillas. La lluvia cesó... ¡Ánimas del purgatorio, qué miedo! ¡cómo ruge el vendabal! ¡qué negruras allá arriba y en todos lados! Yo no sé cómo me tengo, y cómo mi flaqueza de piernas no hace que caiga.

—Adelante, guía y adelante.

Estefanía detúvose de pronto: no podía andar de miedo.

—¿No veis, no veis, doña Casilda, aquello que se mueve ó reluce allí en lo alto? ¿estantigua será ó el genio de la Malmuerta, esperando que la torre se derrita en oro?

—Me estás irritando con tus impertinencias; el atalaya de la Malmuerta es; le reluce el casco, y se mueve, porque se pasea; óyele como canta.

Estefanía cobró alientos: la noche hacíase más lóbrega; aumentó la niebla; amontonábanse las nubes, partiéndose de repente en jirones, como por los hachazos de un cíclope, descargados furiosamente una y otra vez en el cielo.

Delizábanse presurosas las dos mujeres, y allá sobre la plataforma de la Malmuerta, rebujándose en su tabardo, cantaba el centinela cadenciosamente:

Señor de triste sonrisa,
que de tu gloria olvidado
la frente abates cuitado
y se enmohece tu arnés;
vén, que la Francia te reta;
vén y verás á los fieros
empujes de tus guerreros
huir al valiente francés.

Vedle allí, la frente adusta
y la mirada sombría,
preso de melancolía
al que es en la guerra Cid.
Mas de pronto grita fiero
con indómita pujanza:
—¡Un caballo y una lanza!
¡Mis valientes, á la lid!

Se oye la voz que retumba
en toda la fortaleza:
ya la confusión empieza...
ya aumenta la confusión;
estrecha el conde á su dama,
le visten sus escuderos,
le traen sus palafreneros
fuerte lanza y buen bridón.

¡A la guerra! No es de nobles
que un infanzón de Castilla,
cubriéndose de maucilla,
esté en mullido diván
y se hagan otros pedazos
como indómitos leones
cuando en sus nobles pendones
bordadas tus armas van.

¡Ya marcha! ya con estrépito
cruje al bajar el rastrillo
la poterna del castillo
despide como feroz
occeano que se desborda
á las huestes aguerridas,
cuyas corazas bruñidas
arrancan besos al sol.

El conde, volviendo el rostro,
clava la ardiente mirada
sobre la torre almenada
que va dejando tras sí.
Vistiendo serio atavío,
pálido el bello semblante
y despidiéndole amante
la castellana está allí.

Ya no correrá los cotos
del extenso señorío
sobre el alazán bravío
que piafa de placer.
Rezando, mientras resuenan
los cantos en la abadía,
recordará su alegría
y su embeleso de ayer.

¿Quién cuando brille la aurora
con túnica de arboles,
con bella risa de soles
y ambrosía de la flor,
la despertará, posando
sobre sus divinos ojos
beso de paz y de antojos
y de dulzura y de amor?

¡PASIÓN!

Bravo conde, bravo conde,
 en ristre lleva la lanza
 y con sus bravos avanza
 irritado el corazón,
 y es en el campo el ejército
 de acero rugiente ola
 que se aquita y tornasola
 con gigante rotación.

Ya llega; ya se dan vista
 el francés y el castellano;
 pronto se verá en el llano
 de sangre rojo tapiz,
 que si es valiente la Francia
 también Castilla es valiente
 y á Castilla tiene enfrente
 la famosa flor de lis.

Para cada veinte condes
 de esos francos altaneros
 con uno de tus guerreros
 solamente ha de bastar;
 pues dicen crónicas viejas
 que el más valiente se humilla
 cuando el pendón de Castilla
 se ve en los aires flotar.

La lucha empieza; ya late
 el pecho entre la coraza;
 con furia Francia rechaza
 al castellano león.
 Vibra la trompa guerrera
 retumba el clarín agudo
 y salta roto el escudo
 y el jinete del arzón.

Piña el alazán tascando
 las riendas ensangrentadas,
 indómitas las mesnadas
 á morir enteras van,
 y en el aluvión, banderas,
 arneses, cascos bruñidos
 en el suelo, confundidos
 como despojos están.

¡Sus! ¡al arma! bravos hijos
 de Castilla la famosa!
 Ruja la sangre fogosa
 que os hace latir la sien!
 E indómitos y pujantes
 y sin cansar vuestros brazos
 caigan á golpes de hachazos
 las cabezas de cercén.

La canción del atalaya perdiase en el espacio con lúgubre eco, cuando las dos mujeres llegaban á la iglesia de Santa Marina.

Entró Estefanía en la iglesia, y salió á los pocos segundos.

—Dos ó tres personas hay no más, dijo:

—¿Y los clérigos? ¿en vela están?

—En vela.

—Ya lo presumía, porque no es para menos.

—¿Entramos, doña Casilda?

—No tal, han de verte en el preciso instante: pegadas al muro aguardaremos.

—Pero, ¿y si acude más gente por esperar á que salga la que hay?

—Dios será servido de que así no suceda; vén acá y esperemos.

Acabando estaba de hablar doña Casilda, y salió una persona de la iglesia: detrás salieron otras dos; doña Casilda oró un instante fervorosamente.

—Pues ya presumo que habrán salido todas: figúrome que la ocasión la pintan calva: sino es ahora no será.

—Adelante y Dios nos ayude: dijo doña Casilda; toma y entra.

Hablando así, entregó á Estefanía una pesada bolsa.

Estefanía se persignó devotamente, preparándose como si fuera á correr un gran peligro y entró sin decir más.

Conocíase que las dos mujeres estaban ya de acuerdo en todo y que venían entendiéndose de mucho atrás, para aquel grave negocio.

Doña Casilda entró poco después cautelosamente. Detúvose un instante en la oscuridad y juntando las manos, murmuró temblando:

—¡Dios mío, favorecedme!

El silencio de la iglesia imponía; del altar mayor surgía un poco de luz; no teniendo la luz fuerza bastante para iluminar todo el venerado recinto, interrumpíase en vaga penumbra, mucho más imponente que la oscuridad completa.

Esto era á quince ó á veinte pasos del altar; después yendo hacia la puerta hundíase todo en sombra.

Sintióse al principio la joven como presa del vértigo, ante aquella pavorosa quietud; adelantó con sigilo atenuando en lo posible su menudo pisar; creyó que sus primeros pasos retumbaban poderosamente en las huecas naves.

Anduvo así hasta quedarse como incrustada en una columna: avanzó luego más furtivamente, mientras hablaba Estefanía con los clérigos: empezaban allí á recubrirse la pared y las columnas con los tapices oscuros con que se adornó la iglesia para el lucido ceremonial del certamen. Doña Casilda avanzó entonces; su figurita delicada y flexible deslizábase junto al tapiz, sin ser apercibida por los otros: la misma doncella de doña Leonor, cuya misión, como habréis comprendido, era distraer á los piadosos hombres, no hubiera podido decir en qué parte de la iglesia encontraríase la de Saravia.

Continuó Estefanía su diálogo con los guardianes del altar, con gran zozobra de que algún sujeto entrase en la iglesia, y con zozobra también de no apercibirse de los pasos que doña Casilda daba para saber en qué punto su misión podía terminar.

—No sé deciros otra cosa, mis reverendos padres, exclamaba Estefanía blandamente, presentando el pesado bolsillo atestado de oro: mi encargo cumplí como bueno; díjome mi señora, una dama de mucho rango: id con gran secreto y mucho recato de guardar mi nombre, á la iglesia de Santa Marina: á la primera persona de carácter sagrado que allí os encontréis, dad estos cien escudos de oro para que se digan misas por el alma del caballero don Martín Pedrosa, como la flor se marchite, y para que se reparta entre los pobres del barrio, si el milagro ocurriere.

Estefanía hablaba con gran parsimonia; habíase colocado al hablar, de modo que los graves señores tuvieran que volver un poco hacia ella desviando la vista del altar.

—Nosotros, dijo uno, podemos tomar esa dádiva, venga de quien viniere, aunque más valdría que la entregaseis á persona de más autoridad.

—Ni vosotros, reverendos padres, podéis retiraros de aquí para avisar á otra persona, pues no estaría bien, por ningún punto á mi humilde ver, que un momento siquiera, las preces de tan dignos varones por la vida de don Martín, dejen de llegar al Señor, ni yo podría detenerme más porque urge mi partida...

Vaciló un instante el pajecillo y palideció como si de pronto la vida se le acabara: había visto arrastrarse una sombra á los pies del altar, una mano que tocaba rápidamente el vaso de oro donde la flor estaba... y no vió más.

Dominó cuanto le fué posible la turbación en que aquello le puso, y prosiguió en aquel tono comedido y suave:

—Además, creo yo que lo mismo que cualquiera, mis reverendos padres, seréis vosotros para acoger la ofrenda que una alma caritativa hace; con esto que dije, ahí se queda el don y yo me marcho, que me conturba el pensamiento de lo que mi ama pueda pensar por lo que tardo; ¿vuestra bendición no me daréis?

Uno de los clérigos bendijo á Estefanía mientras el otro tomó la bolsa: la muchacha se inclinó humildemente delante del altar; besó el suelo, inclinóse otra vez para los piadosos varones, y salió luego con reposado y gentil continente.

Doña Casilda esperaba á pocos pasos de la puerta.

—Vamos, vamos, dijo apresuradamente.

—¿Todo está listo?

—Listo y á satisfacción: la Virgen Santísima intercederá por mi favor y que á pecado no me lo tomen.

Avanzaron con rapidez por las estrechas calles: ni un solo transeunte se les cruzó en el camino: el viento bramaba con furia, y allá lejano escuchábase aún el eco vagaroso de la canción del francés, entonada por el vigía de la Malmuerta.

XXV

Iban los dos pajecillos aproximándose á la casa de don Melchor; Estefanía no desplegó los labios desde que se encontraron al salir de la iglesia.

Tampoco pareció doña Casilda con mucho deseo de hablar; apoyándose en el brazo de la otra avanzaba, con cuanta ligereza le permitían sus delicados pies, por los contrahechos y desempedrados callejones.

No creáis, no, que doña Casilda preocupábase entonces del paso grave que acababa de dar; su travesura de siempre habíala hecho idear un plan que llevó á cabo, con bien, por milagro, don de los cielos, y que ya se hizo. No había que pensar más en aquel negocio, sino mantenerse callada y esperar las consecuencias.

Doña Casilda, así, no iba pensando en lo que acababa de hacer: eran otros sus pensamientos; aquella canción del atalaya de la Malmuerta llenó su espíritu de indecisas sombras; el crugir del viento, la aspereza del cantor y el belicoso cantar, habían dejado en el espíritu de doña Casilda una vaga impresión de pena; parecía estar viendo en aquel punto los ásperos breñales de los montes donde los moros se guarecían, tendiendo sus emboscadas á los hidalgos caballeros cristianos; sintió en su corazón, haciéndola estremecer profundamente, el crugido de las armaduras, el tic-tac de los aceros, el disparo de los arcabuces, los golpes de hachas, los lamentos de dolor, los rugidos de agonía, las plegarias, los vivos estruendos, todo el marasmo, en fin, ensordecedor y horripilante del fragor tremebundo de la pelea; figurábasele ver á don Fermín, en el sitio más peligroso, revolviéndose como una fiera, hiriendo á su alrededor; su ardiente fantasía se lo fingió hermoso, magnífico, héroe, que sobresalía entre todos los demás héroes caballeros, y una dulce languidez de amor hacía que se olvidara de la hora que era, del sitio que atravesaban, de todo lo que pasó anteriormente y de todo lo que podría pasar.

Estefanía la sacó de su profundo éxtasis lanzando un ligero grito y deteniéndose azorada.

—¿Qué ocurre? preguntó doña Casilda como adormilada.

—¿No oís pisadas?

—Sí, exclamó la joven; luz no trae quien sea, ni nosotros la llevamos; de modo que así nos guareceremos mejor.

—¿Y si fuera Pericón Lobato?

—Tal vez, ¿y cómo conocerle?

—Dejad, doña Casilda, dijo la camarera á quien el valor de la joven devolvía la serenidad inmediatamente; á ver si yo sirvo también para alguna cosa.

—¿Qué intentas?

—Si es Pericón Lobato le he de reconocer con más arte que el más enfurecido podenco de su jauría; replegaos acá, si no es, que no nos note y pase de largo.

No había allí donde guarecerse y se arrimaron á la pared en la convicción de que quien viniera de allá, por en medio de la calle iría, costumbre de entonces al caminar á deshora.

Era un hombre, y bastante hecho, juzgando por el fuerte pisar: iba aproximándose: no se veía nada absolutamente: el hombre pasó, aprisa, con ruido de correajes, de hierros, de zapatos, y de respiración sobre todo.

—Schit, schit, señor Pericón, dijo Estefanía entonces.

Paróse el desconocido de repente y echó mano á la espada.

—¿Quién va? preguntó con aspereza.

—Somos nosotras, señor Pericón Lobato.

—¿Cómo le conociste? preguntó doña Casilda admirada.

—Toma, exclamó Estefanía picarescamente, por el resuello: ¿no lo notáis? Se oye á tiro de arcabuz; como el cantar de la Malmuerta.

—Por Dios vivo, exclamaba Pericón Lobato chascando los dientes, que á nadie en el mundo se le ocurría andar esta noche, como andan ciertas hembras que no miento, sino á la hija de don Melchor de Saravia. Ganas me están dando de cogerlos á las dos, á la una, por asaz atrevida, y á la otra por zurcidora, y hacer un escarmiento para enseñanza ejemplar de doncellas con recato.

—Quedo, quedo, señor Lobato, saltó doña Casilda de muy mal humor por aquella rociada que hubo de parecerle asaz inoportuna; téngase el escudero, que no estoy para aguantar dichos de viejos rancios.

—Pues yo diré á don Melchor, en cuanto le columbre, en los pasos que vos andáis, mi señora doña Casilda.

—Lo que vos haréis, señor Lobato, será callar y que yo no os oiga, porque no estoy para aguantar á nadie, y con esto os vendréis detrás de nosotras guardándonos las espaldas, que bien lo ha menester una dama de mi rango.

—No salierais como una mujercilla cualquiera, bufó Pericón Lobato, y no tuvierais que pedir ahora que os guardasen.

—Si lo pedí fué por antojo, señor Lobato, y ciertamente que no os llamé; eso es lo primero, y lo segundo, que yo no soy doña Blanca, ni me habéis visto nacer á mí como á ella, ni mi casa tiene que ver pizca con la suya, ni vos debéis tener conmigo las libertades que allá se os autorizan por vuestros años y vuestros servicios.

Pericón Lobato se desconcertó; aquello fué amargo para él, irritante, duro; amaba á doña Casilda punto menos que á doña Blanca, juntas se criaron las dos, y el viejo las vió crecer; su ruda aspereza por un lado y la confianza que los Máinez y Carrillo dispensáronle por otro, amén del mucho amor que le tenían, hizo que se permitiera alguna vez confianzas que jamás le motejaron; como á su padre amábalo doña Blanca, y tuvo siempre la convicción de que como á doña Blanca podría tratar, cuando se ofreciera, á doña Casilda; lo hizo muchas veces y nunca ella le puso á raya como la noche de referencia. Como por este motivo no iba él á callarse, sino por el contrario, hablar más todavía y protestar más fuerte, echó por aquella boca lo que no podréis imaginaros; debo advertiros, mis lectores, que en su gran palabrería trataba de expresar una cólera tremenda, siendo al revés, y demostrando á lo último el gran sentimiento y pena grandísima también que le puso la dureza de doña Casilda.

La de Saravia se arrepintió de haberle tratado mal; para aplacarle, siguió en el mismo diapasón de adustez que ya había usado.

—Téngase, téngase el escudero, y á mi padre podrá ir la estantigua con la historia de mis correrías nocturnas.

—Sí que iré, por que se corrijan, que ninguna dama mantendrá su opinión de esa suerte.

—Hiciera cada uno sus negocios, contestó doña Casilda intencionadamente, y no tendría yo que sufrir réspices de viejos desagradecidos por salir á deshora á llevar adelante negocios ajenos. ¿A Granada vais?

Hizo esta pregunta doña Casilda, tan sobre lo que antes habló, que Pericón Lobato se desconcertó otra vez y no contestó inmediatamente.

—¿A Granada vais? repitió doña Casilda con estudiada aspereza.

—Perdonad, doña Casilda, pero no contesté pensando lo que decíais, tan grande me pareció, aunque tan baladí parezca, que mi cavilación me quitó el habla. A Granada voy, y los minutos me parecerán siglos mientras allí no esté.

—¿Quién os envía?

—Mi señora doña Blanca.

—Lo presumía, y por eso os advertí que me avisaseis de vuestra marcha.

Llegaron en este punto á casa de don Melchor, Úrsula esperábales tras la puerta temblando de miedo: abrió inmediatamente al sentirlos: entraron todos, y doña Casilda, sin escuchar las aspaentadas exclamaciones de la dueña, la pidió recado de escribir. Mientras se lo llevaba dijo á Pericón Lobato:

—Hablar serio y sin ambages precisa: ya sé á lo que vais á Granada, Pericón: yo también os ruego lo mismo que ella os rogó: velad por la vida de don Martín.

—¡Oh! exclamó el escudero con más blandura; cosa de encanto es esta, ¿cómo sabéis lo que yo no os dije?... pero no le hace; no me lo digáis, que no soy tan torpe, algo columbro, y ojalá Dios se sirva iluminarnos, porque á lo que presumo, mi señora, va á consistir en vos la felicidad de todos; no sé lo que traéis entre manos, pero las palabras que os oí en la calle, caviloso me pusieron. ¡Y todo por ella! Perdonadme si os ofendí, doña Casilda, mi afecto á vos me movía y no interés ninguno que maldad tuviese.

—El tiempo apremia, exclamó la de Saravia con bondad; daréis á don Martín un pliego que escribiré en esta hora.

Pericón Lobato no contestó, aunque parecía lleno de ansiedad; quedó de pie detrás del sillón que doña Casilda ocupaba; Úrsula iba y venía de un lado para otro, como si hubiera perdido el juicio; Estefanía se aproximó al fuego y confortaba plácidamente su lindo cuerpo aterido de frío.

Reinó una pausa, durante ella sólo se oía la respiración formidable de Pericón Lobato, las pisadas de monja de Úrsula y el ruido de la pluma al garabatear sobre el papel.

—Ea, tomad, dijo doña Casilda después que hubo doblado y sellado el papel; id con Dios, viejo, y buena fortuna.

—¿Qué me dais aquí, doña Casilda? preguntó el escudero mirándolo ansioso.

—¿No os lo dije? una epístola para don Martín.

—No, no es eso lo que yo os pregunto, comprendedme, os lo suplico.

Doña Casilda se conmovió.

—Id, Pericón Lobato, exclamó dándole un golpecito en el hombro; yo os juro que hice lo que pude para que doña Blanca sea dichosa.

Hablaban quedo y retirados de Úrsula y Estefanía.

Cuando Pericón Lobato oyó lo que la de Saravia le dijo, se estremeció de felicidad; confiaba en doña Casilda más que en todos los remedios del mundo que para hacer feliz á la hija

de Máinez y Carrillo pudiese haber. Besó la mano de doña Casilda y salió con gran ruido de espuelas.

—Ahora, Estefanía, añadió doña Casilda, vamos nosotras.

—¡Virgen de la Exaltación, otra vez á la calle! gritó Úrsula.

—Otra vez, contestó doña Casilda resignadamente.

—¿Sola?

—No, que podrán acompañarnos, pero antes cambiaré mis vestidos; dirás al viejo Gastón que vaya tras de nosotras: aprisa; es preciso llegar antes que amanezca. Ea, Úrsula, tranquilízate. Vamos á casa de Máinez y Carrillo.

Acabó de vestirse la de Saravia y salieron las dos mujeres seguidas de Gastón.

(Continuad).



LA MODA DE PARÍS

DE una quincena á otra cambian las modas con rapidez extraordinaria. Cásanse pronto las señoras de un color ó de una forma, y la habilidad de las modistas estriba precisamente en prevenir este cansancio. La moda es, en resumidas cuentas, un uso, tanto más imperioso cuanto menor duración tiene.

Así durante algunas semanas lo inspiró todo la danza serpentina. Nuestros trajes, la ropa blanca, pañuelos, corsés, en todo hubo entonaciones de aurora y de arco iris: todos los tejidos, en lana ó en seda, recordaban la túnica luminosa de Loïe Fuller. Hoy día, el *modisto* que da el tono deja para otros aquellas telas más excéntricas que bonitas, y vuelve al tafetán tornasolado, con grandes flores estampadas, á los *foulards* flexibles, ondulantes con los que se confeccionan graciosísimos vestidos. Con ellos imprime Doucer á las modas de primavera una impulsión nueva, un sello parisiense de una seductora sencillez.

Para la mañana ha inventado un traje de lana azul merino, con falda formada por dos altos volantes orlados de guipure. La chaqueta sin faldones, con adornos guipure, se abre sobre un fondo de *foulard*. Otro traje de calle está hecho de lana con falda lisa en lo alto, muy ancha abajo, cayendo en pliegues flexibles. Una camiseta abollada en surah color de rosa va sujeta al talle por un cinturón de cuero blanco, incrustado de oro cincelado. La chaqueta, que no pasa del talle, se halla forrada de manera que forma berta.

Para estos trajecitos ha inventado Virot el *Niçois*, un sombrerito redondo, mezcla de

paja negra y color castaño en la copa y de paja de fantasía Habana para sus pequeñas alas, de formas planas. Un guipure antiguo envuelve la copa, y dos lazos de terciopelo coronados por alas se alzan formando *aigrette*. Con estos tocados sencillos y coquetones es de rigor un velillo crema de tul bordado y muy transparente.

Para los paseos al bosque, las carreras y los próximos *vernissages* de los Campos Elíseos y del Campo de Marte se preparan muchos trajes de seda ligera, de tafetán ó de crespón mez-



Traje de verano

clado con seda tornasolada. Doucer arregla, en los momentos actuales, estas encantadoras combinaciones. Y vaya como ejemplo una bonita *toilette* con falda de crespón maíz y cuerpo de *foulard* japonés, fondo amarillo adornado con guipure; y otro de faya, color de pato silvestre combinado con una camiseta de muselina de seda negra, realzada por una orla de perlas de azabache, cayendo como lluvia sobre el cuerpo, y sujetando la cintura un lazo negro.

Dan aire juvenil los vestidos de *foulard*. Uno de ellos aparece adornado con tres grandes volantes orlados de pequeños fruncidos: el cuerpo flojo lleva un gracioso fichú del mismo *foulard* con un entredós y un ancho valenciennes. Las mangas, muy holgadas y caídas, están adornadas con el propio encaje. Otro de los vestidos á que aludo, es de *foulard* rosa, con una greca de terciopelo negro, cuerpo en muselina de seda, atravesado con guipure. El cuello, apropiado al vestido, ha de ser también del tejido empleado en éste, orlado de terciopelo negro.

Como complemento, mántiéndose aún el pequeño abrigo, de la forma de un fichú ó de un chal adornado de tafetán tornasolado.

Los sombreros destinados á las carreras y á las exposiciones, confeccionados por Viro, son tan lindos que no resistimos al deseo de describir algunos de ellos. He ahí el *Saxe-Cobourg*, en encaje de paja, crema, alas muy levantadas por delante, gracias á dos lacitos de cinta de raso crema, surmontados por una pluma blanca. A cada lado tiene dos ramilletes de rosas musgo.

Otro de los sombreros de Viro está hecho con paja tornasol, verde pálido y malva, adornado con un lazo malva y antenas de amatista. Le sigue el *Jane Hading* que ofrece un sello muy personal, en paja antigua y con un turbante de terciopelo, color de madera, y un grupo de plumas negras, al lado, sujetas por agujas japonesas.

Los sombreros redondos cubiertos con tul de ilusión son especialmente coquetones y sientan muy bien al rostro, adornándolos lazos y mazos de flores en *aigrette*. Tienen asimismo grande éxito los grandes plegados de tul *point d'esprit*, boas ligeros que recuerdan el adorno del sombrero, el cual se confecciona igualmente en tul sobre paja cereza con un sencillo marabú.

Nada podemos decir este año del Concurso hípico, que ha resultado muy poco interesante. ¿Se cansa de él ya el público de los verdaderos aficionados? ¿Es una moda que se va como tantas otras? El concurso del año venidero nos lo dirá definitivamente.

El figurín que damos en esta revista, es el modelo de un traje de verano en tafetán tornasol, color viola y oro, con un volante en el extremo inferior de la falda. El cuerpo es de muselina de seda paja, fruncido todo él, adornado de un encaje en fichú, que se pierde en la cintura, hecho de una cinta amarilla anudada al lado. Las mangas son de tafetán, muy holgadas y adornadas abajo por encaje muy ancho.



MESA REVUELTA

La embriaguez es un estado determinado por el abuso de las bebidas fermentadas, y que comprende desde el momento en que la acción de éstas perturba la inteligencia y destruye la voluntad, hasta que viene el delirio, ya más acentuado, el sueño involuntario, el coma profundo y á veces la muerte. La embriaguez presenta una serie de variados fenómenos; las consecuencias que produce son distintas según las personas que la sufren, y se manifiesta de modo muy diferente según la edad, el temperamento y el clima. Los niños y los adultos, á causa de la rápida circulación y de la extraordinaria movilidad de los nervios, se emborrachan fácilmente, y á poca diferencia lo mismo acontece con las mujeres.

En el estado de embriaguez los individuos de temperamento sanguíneo son ruidosos, turbulentos, enamorados y celosos. Los pletóricos se sienten propensos al sopor, al ahogo y á la apoplejía. Los biliosos son pendenciosos, coléricos, furiosos, la embriaguez les pone intratables, enfermos. El melancólico se vuelve taciturno, terco, mal intencionado, caprichoso y propenso á la venganza. En invierno se soportan más las bebidas fuertes que en verano; en tiempo húmedo más que en tiempo seco, y por último por la noche más que por la mañana.

Desde el punto de vista patológico, puede considerarse la embriaguez como un acceso momentáneo de fiebre, producido por la ingestión de bebidas fermentadas, que presenta en su más alto grado los síntomas del delirio y del coma. Termina con una abundante secreción de orina, grandes sudores, el sueño, algunas veces con vómitos, deyecciones violentas, la apoplejía, convulsiones y parálisis parciales. Por lo común una borrachera termina sin necesidad del auxilio de la medicina y no es más que una forma particular del narcotismo, que se cura fácilmente tomando seis ú ocho gotas de amoníaco en un vaso de agua azucarada, ó éter sulfúrico mezclado con aceite en proporción de veinticinco gotas por cada onza (31 gramos) de aceite. En algunos casos es conveniente facilitar los vómitos por medio de agua tibia, de ipecacuana, ó bien pasando suavemente una pluma por la faringe y también provocando con lavativas las deyecciones alvinas. Algunos suelen aliviarse tomando café flojo; otros con agua azucarada, ó con una limonada tartarizada ó bien mezclada con una infusión de manzanilla. El estado apoplético que, conforme hemos dicho, suele presentarse durante la embria-

guez, hace necesaria á veces la sangría en el brazo, las sanguijuelas en el ano, los sinapismos en los pies, etc.

Se aconsejan como medios preservativos contra la embriaguez, las almendras amargas, los dientes de ajo, comer col y masticar hojas de laurel. Por último, hay quien asegura que la embriaguez se *contiene rápidamente* sumergiendo al borracho en un baño de agua fría.

* * *

Unos labradores vivían en paz y en el seno de la abundancia en su aldea. Sucedió que un año hubo una gran sequía, la cual fué tan grande que todos temieron morir de hambre. El común se juntó, y después de haber deliberado por largo tiempo sin haber decidido nada, un viejo toma la palabra y dice:

—A poca distancia de este lugar hay un gran lago. Id á sangrarle, pero sabed ahora dirigir sus aguas. Cuando nuestros campos estén bien saciados, cerraremos las sangrías que hayamos hecho.

Corren al instante para ejecutar la inundación, abren en cien parajes, el lago se desagua con violencia é inunda toda la llanura, sumergiendo y arrastrando consigo toda la cosecha. Cuando ven que todo está anegado y perdido, echan en cara al viejo su mal consejo.

—Mi consejo era saludable, respondió él; queríais un poco de agua y le dais rienda suelta; debíais regar y habéis inundado; el exceso de un gran bien se convierte muchas veces en un mal muy grande.

* * *

Un médico de Londres, establecido en la Barbada, poseía un ingenio y varios negros; en cierta ocasión le fué robada una cuantiosa suma, reunió á los negros y les dijo el astuto médico:

—Amigos míos, la gran serpiente se me ha aparecido durante la noche y me ha dicho que aquel que me ha robado tendrá en este momento plumas de papagayo sobre la nariz.

Al oír esto el culpable llevó al instante la mano á su nariz.

—Eres tú quien me ha robado, dijo el amo; oigo á la gran serpiente que me lo está diciendo.

El negro atónito y confuso devolvió al instante el dinero.

* * *

Uno de los marqueses más elegantes de París había

ido á buscar á unas señoras para acompañarlas al Observatorio, en donde el célebre Cassini debía observar un eclipse de sol. Como las señoras se hicieron aguardar mucho entretenidas por su tocado, al presentarse el petimetre en la puerta del Observatorio, el eclipse había ya pasado.

—No importa, tengan ustedes la bondad de subir, amables señoras, decía el marqués; el señor de Cassini es uno de mis amigos; no dudo que por complacerme tendrá la bondad de repetir el experimento.

Uno de los hijos de la señora Thibault, primera camarista de María Antonieta, habiéndose batido en duelo en el parque de Compiégne, tuvo la desgracia de matar á su rival. La madre imploró al instante los bondadosos sentimientos de la delфина á favor de su hijo, y valiéndose de esta poderosa intercesión, pudo sustraerlo á la severidad de las leyes. Habiéndose permitido una dama de la corte decir que madama Thibault no había implorado su protección sino después de haber sufrido una negativa de madama Dubarry, María Antonieta exclamó:

—Si yo fuese madre, para salvar á mi hijo me echaría á los pies de Zamoro, — que era el negro de madama Dubarry.

Para limpiar las esponjas, se recomienda el empleo del agua con una disolución de amoníaco (una cucharada por cada litro), dejándolas sumergir completamente en este líquido por espacio de algunas horas. Hecho esto lávense en seguida las esponjas en agua y quedarán como nuevas.

Los pañuelos de seda pueden limpiarse por el si-

guiente procedimiento: Échese agua hirviendo en una cantidad de salvado y fíltrese por medio de una tela. Cuando la solución esté fría, sumérjanse en ella los pañuelos, y jabónense frotándolos suavemente con la palma de la mano. Enjuáguese luego con agua fría, séquense por compresión entre dos tejidos de tela y pláñchense luego.

El valor es la única virtud que no se puede contra-hacer.—EL REY ESTANISLAO.

Temed al que os teme.—PROVERBIO PERSA.

La experiencia es la demostración de las demostraciones.—VAUVENARGUES.

La malicia no nombra, pero designa.—***.

Hoy día, servir al Estado no es, cual en otro tiempo, servir al príncipe, que sabía castigar y recompensar. Hoy servir al Estado es servir á todo el mundo. Y todo el mundo es una entidad que no se cuida de nadie en particular. Luego servir á todo el mundo no es servir á nadie. Nadie no se interesa por nadie. Un empleado vive entre esas dos negaciones.—BALZAC.

La danza no se diferencia de la locura sino en que no puede durar tanto.—ALFONSO, REY DE ARAGÓN.

En París nunca estarás de sobras, ni nunca te echarán de menos.—BALZAC.



EL TONEL GENEROSO

Por un contrasentido inexplicable, llámase generoso al vino más caro, y por consecuencia menos liberalmente repartido: más razón hay en decorar con el simpático adjetivo *generoso* al tonel que paga el daño con un beneficio; cualquiera puede cerciorarse de la verdad de nuestro aserto, mientras haya en su bodega un tonel lleno, lo cual no es difícil en nuestros tiempos. Baje, pues, el afortunado y complaciente lector á su *cave* más ó menos bien abastecida, y encargando á los asistentes que

alumbren bien el sitio donde va á realizarse el prodigio empiece sin más preámbulos la experiencia siguiente.

Se trata de llenar de vino una botella que contenga agua; y esto debe verificarse sin abrir ninguna espita, valiéndose simplemente de la botella.

Para obtener tal resultado es preciso que se produzca un vacío más ó menos completo en el interior de la botella: ¿cómo? vamos á decirlo: llena de agua la botella se tapa con la yema del dedo y se la coloca en sentido inverso á manera de embudo, dentro del orificio superior del tonel: una vez introducido el cuello en el

orificio, se destapa con precaución la botella, y ésta va vertiendo en el interior del tonel el agua que contenía y que dejando exhausta de aire la cámara de vidrio, es reemplazada poco á poco por el vino, que asciende por el cuello, en virtud de ser más ligero que el agua y de cumplir escrupulosamente la ley que manda á los cuerpos ocupar los sitios donde es nula ó insignificante la presión atmosférica.

Así, pues, por el agua con que se alteró la pureza



del vino, el tonel devuelve el mismo volumen de vino puro, maravilla que no es capaz de realizar el más bonachón tabernero del mundo, y que corrobora mi aserto al asegurar que es verdaderamente *generoso* el tonel de que se trata.

Este experimento es sencillo y original y puede acreditar de generoso al tonel y á su dueño, porque se supone que luego de verificado el cange, se dará á catar el vino ascendido á los amigos que presenciaron la maravilla, para desvanecer toda idea de mistificación.

JULIÁN.

Solución al logogrifo anterior:

PELOTAS	LOPE	LELO	SOL
PÉTALOS	POSTAS	PESAS	LOSETAS
PELOS	TOPE	TELAS	PESETAS

Solución al anagrama musical:

DO-RÉ SI-LA SOL-FA MI-DÓ

Solución al logogrifo numérico:

CRISTÓBAL

Solución al problema:

$$\begin{array}{r} 24 + 4 = 28 \\ 32 - 4 = 28 \\ 7 \times 4 = 28 \\ 112 : 4 = 28 \\ \hline 175 \end{array}$$

CHARADA

- ¿Mi primera? —Cierra puertas.
 —¿Mi tercera? —Peña da.
 —¿Prima y dos? —Son hebras muertas.
 —¿Y si tres una?... —No aciertas.
 —¿Tres prima?... —Cosa será.
 —¿Tres una dos? —Italianas.
 —¿De las bellas? —Cierto es.
 —¿En Florencia? —Allí, galanas,
 ¿podré hallarlas? —Si te afanas;
 —¿Quién lo asegura? —Un francés.
 —¿El todo? —Es algo ligero.
 —¿Y además? —Interjección.
 —¿Cómo se entiende? —Yo infiero...
 —Dímelo ya. —Soy severo.
 —Busco y no hallo... —Solución.

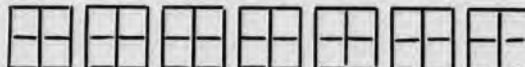
LOSANGE



Sustitúyanse los puntos por letras, de modo que leídas vertical y horizontalmente den: 1.º, consonante; 2.º, nombre masculino; 3.º, ciudad italiana; 4.º, rey filósofo; 5.º, sustantivo en plural; 6.º, pronombre; 7.º, consonante.

LUIS M.^a GIBERT, de Barcelona.

CUADROS DE LÍNEAS



Eliminando veintiuna líneas y tres medias de las cuarenta y dos de que se componen estos siete cuadrados, transfórmenlos en letras, de modo que resulte el nombre de una capital de provincia.

ANGEL SUERO, de Sevilla.



LA HERMANITA GUARDIANA

CUADRO DE LUIS GRANER

Ayuntamiento de Madrid



EL CABALLERO DE FRILEUSE

(ESTILO SIGLO XVIII)

I

EL caballero Frileuse era el hombre más galante y al mismo tiempo el más feliz del mundo; no porque en su camino no hubiera encontrado algunas punzadoras espinas, sino porque en la piel de filósofo que aquel dichoso mortal había logrado formarse, las espinas más agudas se embotaban: pues quien dice piel de filósofo dice cuero impenetrable y á toda prueba.

Era caballero de gran ingenio, pero más prudente aún que ingenioso: la única travesura que se le conocía era la de haber vivido cincuenta y cuatro años sin indisponerse con nadie; y esto bien podía llamarse travesura si se tenían en cuenta las admirables astucias de que había debido valerse para llegar á tal edad en estado de soltería. Bastaba ver su manera de arrimarse á las viudas, para proclamarle gran político; y sin embargo, uno no podía menos de cobrarle afecto al mirarle cruzar, ligero el paso, alta la cabeza, sonrisa luminosa, apoyado en su hermoso bastón de plateado puño, bastón que, bien se comprendía, llevaba el caballero por mera forma ó por costumbre, y que ponía debajo del brazo en cuanto salía de la ciudad. Más bien cabía dudar de la deslumbrante blancura de su cabellera espesa, y si no fuera por el respeto que inspira su venerable memoria, diría que aquel color de nieve inmaculada no parecía del todo auténtico. Para mí era evidente que el señor de Frileuse se teñía el pelo, y que sus cabellos eran en su natural realidad los más francamente negros del mundo. La explicación de esta coquetería ó de esta diplomacia encuéntrala el que bien sepa buscarla.

No era el buen caballero más realista de lo que las conveniencias exigían, pero tenía en mucho su blasón, hasta entonces sin mancha, no por vanidad nobiliaria, sino por respeto de heredero responsable: lo mismo hubiera hecho á llamarse Durand ó Balourdot. Como vivía retirado, á causa de ser su patrimonio muy modesto, trataba á pocas personas y no ponía el pie en los castillos de sus vecinos sino por rara excepción y sólo cuando altas conveniencias así

lo exigían. Pero aunque viviera oscuramente, no se ocultaba en lo más mínimo; al contrario, conocía el proverbio indio: «Si quieres pasar desapercibido vive en casa de cristal,» y su casa era de cristal transparente. Bien es verdad que estaba poco en ella y que al primer rayo del sol el buen señor se echaba afuera, persuadido de que, á pesar de sus cincuenta y cuatro años y de que en todos los días de ellos había contemplado la naturaleza, no la conocía bastante todavía; mientras que respecto á los hombres creía todo lo contrario. ¡Oh! ¡qué hombre tan original era el señor de Frileuse!

Tenía un amigo, uno solo, pero bueno; el cual acudía á este simple llamamiento: ¡*Turco!* y todo se volvían caricias sin fin ni pretexto y por el solo placer de acariciar.

Un hermano que uno vuelve á ver después de una ausencia de veinte años, no es recibido con los transportes con que el caballero recibía á su perro todas las mañanas, después de sólo una noche de separación.

—Hallo en *Turco*, decía el señor de Frileuse, una superioridad evidente sobre todos los amigos de la raza que piensa y habla: y es que *Turco* piensa sin hablar, y el hombre habla sin pensar. De ello resulta que *Turco* no puede ir á contar á nadie el mal que, más ó menos, piensa de mí, y, teniendo tan á la vista mis más secretas faltas, no puede llamar á la murmuración y á la calumnia á que se recreen con ellas. Además, como *Turco* no es admitido en los salones, esto me dispensa de frecuentarlos, aunque yo tenga entrada en ellos, porque todo el mundo sabe que *Turco* y yo somos inseparables: y como las antedichas murmuraciones y calumnias sientan principalmente en los salones sus reales, de ahí que *Turco* me libre de sus ataques, y que su amistad me valga la calma y serenidad de que disfruto. *Felix qui potuit!*

El 1.º de Mayo de 18... el caballero Frileuse se despertó de mal humor, y descolgando el almanaque que tenía puesto en la pared, lo extendió sobre sus rodillas, é hizo el siguiente monólogo:

—Vamos, es hoy, no hay más remedio. A lo hecho, pecho; y ya que fuiste bastante tonto para dar tu palabra, no hay que volverse atrás.

Hacía ya un ratito que *Turco* estaba arañando la puerta, y, por primera vez quizás, su buen amigo no le oía, tal era su preocupación. Pero *Turco*, que no lo sospechaba, temiendo que el caballero se hubiera vuelto sordo, empezó á ladrar tan formidablemente como el caso exigía. El caballero dió un salto de un extremo á otro de la cama y abrió la puerta sin reparo. *Turco* entró con los ojos brillantes de alegría, y saltando al cuello de su señor, empezó á lavarle la cara de tal modo que por fuerza debió hacerle desesperar de nunca más tenerla limpia.

—¡Bueno, bueno! exclamaba el caballero; sí, eres tú, ya lo veo; pero ¡qué demontre! no sabía que te impacientaras de esta manera; y además, la verdad, no te había oído. Bueno, bueno, ¡basta ya! dame un apretón de patas y vamos á nuestro paseo aperitivo. Hace un tiempo espléndido, «el mejor para andar á caballo por la tierra y por el mar,» como dijo el buen Malebranche. A ver, dame los calzones, y si te portas bien... en fin, ya verás.

Turco tomó delicadamente entre sus mandíbulas los calzones de M. de Frileuse, levantándolos del suelo donde estaban, y los llevó á su amo. Éste entonces saltó de la cama silbando su aire de caza de un modo tan festivo y que evocaba tantas armonías de los lejanos montes, que *Turco* dió tres brincos por el cuarto con la cola al aire.

—¿Ves? decía el caballero, desleyendo su jabón con la brocha de afeitar en un vasito descantillado, ¿ves, querido mío? á pesar de todo, esta mañana estoy de muy mal humor, y voy á decirte por qué.

Turco, arrellanado sobre su cuarto trasero y con la lengua colgándole fuera de la boca, empezó á escuchar á su amigo con el mayor interés.

—Pues es el caso, continuó el caballero, que me veré obligado á mandarte á casa temprano, porque he de ir á la de una señora de ilustre abolengo, que al lado de esta gran cualidad tiene el defecto de apreciar extremadamente sus tapices; también á ti, amigo mío, te gustan mucho los tapices, pero la verdad es que no sabes establecer la diferencia necesaria entre ellos y el vulgar lecho de paja en que duermes ó el delicioso césped adonde ahora iremos á revolcarnos.

Al llegar á este punto el caballero comenzó á afeitarse, mientras el perro no supo disimular un primer bostezo de hambre.

—Ya veo, continuó el buen señor, cuánto simpatizas con mis apuros, y hasta acabas de mostrarme, con el ingenio que te es ordinario, el efecto que sobre todo cerebro de filósofo produce lo que se ha dado en llamar placer de los salones. ¡Oh! ¡los salones! allí se bosteza sobre poco más ó menos de la misma manera que tú acabas de hacerlo. Mi padre, que era hombre de experiencia, á quien tú desgraciadamente no has llegado á conocer, decía á menudo...

Aquí el señor de Frileuse, después de haber pasado lentamente la navaja por el cuero, empezó á afeitarse el duro pelo de la barba, interrumpiendo sus confidencias. *Turco* aprovechó esta tregua para dar cuatro saltos en persecución de un abejorro azul que había entrado en la estancia montado en un rayo de sol.

—Pues, como te decía, continuó el caballero mientras limpiaba la navaja en un trapo, mi padre hizo una vez insertar en el *Mercurio* una sátira sobre eso de los salones, sátira que por su vigor y alcance rivaliza con las mejores producciones de ese pobre Gilbert, cuyo deplorable fin te he contado algunas veces. He aquí dos versos de ella que confío á tu excelente memoria:

El fastidio no nace — de la uniformidad
sino de los cumplidos — de la sociedad.

Ante tan hermosa cita, que el caballero recitó con voz sonora, llevando con la navaja el compás de la rima y del metro, *Turco* había ido á refugiarse en un rincón del cuarto batiendo el suelo con la cola, lo cual es la única manera de aplaudir que tienen los perros y también el único procedimiento de edificación que usan los castores.

—Bueno, bueno, modera tu entusiasmo, dijo el señor de Frileuse, mi padre escribió eso sin pretensión de ninguna clase. Y ahora vén á estrenar mi barba afeitada; no quiero que, como Andrómaca, puedas decir:

que hoy no le he besado todavía.

En pocos momentos el caballero acabó su tocado; tomó su bastón de puño de plata, abrió la puerta del jardín, la de la calle, y pronto entró en pleno campo.

La mañana estaba espléndida. En la fría y límpida atmósfera el paisaje se dibujaba de relieve como un bordado japonés: bandadas de pájaros se diseminaban por el bosque como collares desgranados, y todos los pueblecillos del valle parecían sumergidos en la inundación de los verdes trigos. Al pasar delante de las chozas, muchachuelos con la cara untada de manteca saludaban al excelente señor sin dejar de comer á boca llena sendas rebanadas, mientras que *Turco*, loco de alborozo, perseguía á los ánades hasta hacerlos zambullir en los charcos que eran su refugio. Después volvía hacia su amigo, corría á su alrededor en todos sentidos, y salía disparado como una flecha á perderse entre los trigos.

—¿No es cosa extraordinaria, pensaba entretanto el caballero marcando el paso con su

bastón sobre el camino, á mi edad verme sujeto todavía á tales empresas? ¡Dios mío! ¡cuán difícil es en este mundo el conservar uno su libertad! Si fuera yo joven y elegante como *Turco*, pase; pero ¿no es triste cosa á los cincuenta y cuatro años inspirar todavía pasiones? La señora de Vilanel es una mujer amabilísima, no cabe negarlo: toca admirablemente el clavicordio y Aracné envidiaría la perfección de su bordado: es inteligente é instruída, y su carácter no puede ser mejor de lo que es. ¡Ah! ¡si nos hubiéramos conocido veinte años antes! Entonces *Turco* no existía aún: ¿no es verdad, amigo mío, que veinte años atrás tú no habías nacido todavía?

De repente *Turco* enderezó las orejas: entre los árboles se había oído el son de una campana que denotaba la proximidad de un castillo.

—Ya lo ves, me esperan, dijo el señor de Frileuse; es la campana del almuerzo. Todos los años en esta fecha mi cubierto está puesto en la mesa de la excelente señora condesa de Vilanel: se atenta á mi libertad con succulentos manjares, y se sujeta mi razón á la prueba de las trufas. Haces bien en ladrar; ¡quién sabe si este hermoso sol alumbrará mi derrota! En cuanto á tí, pobre compañero mío, no puedo presentarte á la condesa á causa de los famosos tapices de que ya te he hablado. Pero este país es bellissimo: encontrarás en él parajes deliciosos y puntos de vista dignos del pincel de Delille: conque pásate un poco, y á las tres vén á buscarme. En el pueblo encontrarás seguramente una posada aceptable, y tal vez tengas allí ocasión de hacerte con buenas relaciones.

Pronto *Turco* se perdió entre los campos, mientras el caballero llamaba á la reja del castillo.

En el patio, adornado con guirnaldas de frescas flores, la señora de Vilanel, rodeada de su servidumbre, aguardaba al caballero. Su vestido era de un color verde suave muy significativo, y ella parecía una Flora algo madura entre los verdores primaverales. Sus blancas espaldas desnudas, y verdaderamente dignas de estarlo, salían de una orla de negros encajes que se estremecían de deleite á cada atrevimiento de los cefirillos. Tenía en la mano un pañuelo bordado, y un poco oprimida de cuerpo por lo ajustado del vestido, estaba allí tiesa é inmóvil en majestuosa actitud.

Decir de ella que había sido muy hermosa, fuera, cuando menos, mala fe, pues indudablemente lo era todavía. Sus ojos seguían siendo, como en su juventud, cándidos y puros al igual de dos violetas, y su linda y sonrosada boca guardaba constantemente la forma de una sonrisa. Inalterable bondad resplandecía en sus amables facciones, y en verdad que era precisa toda la terquedad del señor de Frileuse para poder resistir durante diez años el amor de la pobre condesa.

Porque esto era lo cierto; la condesa le amaba diez años hacía; pero esto exige una explicación.

El año mismo en que quedó viuda la señora de Vilanel, que entonces no confesaba más que treinta y dos años, había hecho conocimiento con el caballero, que contaba cuarenta y cuatro, y, desde aquel encuentro, había declarado repetidas veces que no volvería á casarse.

Mas contra este vano juramento juntaron sus fuerzas el amor y la ocasión, con tal éxito, que, á la tercera visita, el señor de Frileuse comprendió que aquella mujer era atentatoria á su independencia de soltero. Conmovido, sin embargo, por la ingenuidad del tierno sentimiento que inspiraba, juzgó deuda de honor el explicarse con ella, y tomándole dulcemente la mano le habló de esta manera:

—La ilusión, noble señora, habita en vuestros hechiceros ojos. Oídme: mi amistad es lo más que yo puedo ofreceros, porque Dios me ha hecho solterón perpetuo. El celibato es para mí no sólo una irresistible vocación, sino una condición esencial de mi existencia. Hay personas

que nacen para ser el *cuarto* en el juego del *whist*: yo soy una de esas personas. Tengo manías muy arraigadas y costumbres de pájaro nocturno, sin hablar de mi carácter, que muchas veces á mí mismo se me hace insoportable. Añadid á eso una repugnancia feroz por todo lo que huele á indisolubilidad y juzgad si con todo ello puedo ser el esposo con que soñáis.

La señora de Vilanel, sonriendo tristemente, había contestado tan sólo:

—Esperaré.

II

—¡Esperaré!

Mágica palabra que había precipitado en el ánimo del caballero el espumoso torrente de la perplejidad.

Después, acompañándole hasta la verja, la condesa había añadido:

—No ignoro que no volveré ya á veros desde ahora: os esforzaréis en evitarme, porque los hombres sois así. Pídoos, pues, una última gracia; prometedme otorgármela. Estamos hoy á 1.º de Mayo; todos los años, en tal día, os aguardaré en el umbral de mi puerta, ¿vendréis á encontrarme? El día en que no me encontréis allí, no entréis: será que os he olvidado ó que estoy muerta.

Y repuso con los ojos llenos de lágrimas:

—¿Es mucho una visita al año?

—Os doy mi palabra de caballero, contestó éste muy emocionado, que cada 1.º de Mayo, á las once de la mañana, llamaré á la verja del castillo de Vilanel.

Y después de haber besado la mano de su pobre enamorada, se alejó echando pestes interiormente contra la imperiosa vocación que le mantenía soltero.

Este año era, pues, la décima visita. Desde que la condesa divisó al caballero, su cara se coloreó con todos los alegres matices de la alborada: en eso conoció el ingrato que seguía siendo tan amado como siempre. Tanta fidelidad no dejó, sin embargo, de interesarle, tanto más en cuanto la condesa, ajustándose á los ritos de la galantería, le aguardaba á pie firme y sin adelantarse en lo alto de la escalera, rodeada de sus servidores, inmóviles como garzas que hacen la digestión.

—¡Siempre encantadora! dijo el señor de Frileuse al saludarla.

—Y vos siempre exacto, contestó ella; ¡cuánto os lo agradezco!

En la gran sala había preparado un suntuoso almuerzo. El caballero ofreció su enguantado puño á la condesa, y ambos tomaron asiento en sillones de alto respaldo.

Los rayos del sol arrancaban vivos destellos del servicio completo de plata, reflejándolos en los tapices de fondo blanco, donde escenas pastoriles, llenas de frescura, alternaban con cacerías reales. Doce retratos de antepasados desfilaban hasta la penumbra de la alta chimenea sus altaneros rasgos de hombres valientes ó famosos, y á cada uno de ellos el óvalo del marco formaba como una aureola de oro, multiplicándose hasta lo infinito dentro de los espejos. Al través de las grandes ventanas veíase desplegarse el parque, con sus árboles seculares, sus céspedes sembrados de flores, sus largas avenidas y paseos, y en el gran surtidor veíase reflejarse, límpida y temblorosa, la silueta del viejo castillo estilo Luis XIII. La primavera enviaba á los comensales sus aromas más suaves y sus mágicas armonías, y á ello se mezclaban los menos suaves olores de los apetitosos asados, y como coronación de todo la condesa sonreía á su amado caballero; pero ¡con qué sonrisa!

Sin embargo, el caballero no estaba allí del todo bien. Inclínabase maquinalmente ya á la derecha, ya á la izquierda, como buscando alguna cosa de la que ni él mismo se daba cuenta. ¡Ay! ¡echaba de menos á *Turco*, y no sabía qué hacer de los huesos del asado!

Entretanto la condesa, que no tenía apetito, contemplaba al caballero que, para disimular su embarazo, devoraba más que comía, y ella le encontraba admirable aun bajo este aspecto.

—¿Sabéis, amigo mío, dijo de pronto, que voy á cumplir cuarenta y dos años?

El caballero soltó el vaso en que iba á beber. El reproche, fina é ingenuamente expresado, le había ido al alma: sintióse tentado de echarse á los pies de la condesa y pedirle perdón.

—¿Es posible? exclamó; ¡pero esto es espantoso!

—¡Ah, caballero! continuó la condesa interpretando mal aquella exclamación; hace diez años yo no tenía más que treinta y dos.

El señor de Frileuse no contestó; pero en su turbación tendió maquinalmente el plato debajo de la mesa á *Turco*, que no estaba allí, con una insistencia tan cómica que el criado que tenía detrás le tiró discretamente de la casaca para advertirle de su error.

—¡Abajo las patas! gritó el caballero, encantado de poder mudar de conversación.

Y dirigiéndose á la condesa, añadió:

—¡Este animal es insoportable!

La condesa hizo un signo y los criados se retiraron estupefactos.

—Ahora, amigo mío, dijo ella, ya estamos solos.

El señor de Frileuse quedó sumamente perplejo; y sin embargo, era menester hablar. Levantóse, acercóse á la condesa, tomó el extremo de sus dedos y le dijo con singular ingenio:

—¿Qué edad creéis, señora, tenía el divino Ulises al regresar á Itaca?

—¡Caballero! exclamó la condesa retrocediendo, con la faz encendida.

—Júroos, señora, que interpretáis mal el sentido de mis palabras; porque si bien yo no soy Ulises, vos sois indudablemente Penélope, y digo poco: esta era la intención de mi pregunta, y todo estriba en ella; porque yo nunca había creído en la realidad de Penélope; la fidelidad me había parecido hasta ahora cosa exclusiva de los perros. Dígalo sino aquel Argos de que nos habla el mismo Homero, aquel Argos que, al cabo de veinte años de no ver á su dueño, murió de alegría al hallarle de nuevo y reconocerle. Pero he aquí que ya me rindo y me convenzo. Lo que siento, condesa, es ser más viejo de lo que era Ulises, y confieso que es gran pecado no haber sabido aprender hasta tan tarde lo que de tal interés era conocer desde la juventud.

—¿Decís verdad? exclamó ella; ¿cedéis al fin?

—Debería ceder sin duda, porque ahora conozco que os amo con todo mi corazón. Pero considerad cuanto más ventajoso no sería para vos y para mí el continuar siendo solo buenos amigos; permitidme que os demuestre...

—Caballero, interrumpió la condesa levantándose con dignidad; puedo aguardar todavía...

Y fué á sentarse delante del clavicordio, haciéndole susurrar una vieja canción dulce y triste como el amor que tenía en el alma. El señor de Frileuse se había parado ante un tapiz que representaba la caza del jabalí, y parecía absorto en contemplar la atropellada carrera de una jauría de perros y los grupos diseminados de picadores sonando las trompas de caza; pero en realidad pensaba sólo en su deplorable situación. No veía otra jauría que la de sus faltas para con la condesa, ni oía otra música que la de los reproches que él mismo dirigía á su propio egoísmo. Durante estas reflexiones, la canción acentuaba su melancólico estribillo, y el corazón del caballero iba enterneciéndose por momentos. Sentíase el buen señor asediado por las mira-

das de los excelentes abuelos de la condesa, un poco fanfarrones, sí, pero buena gente al fin y al cabo, metidos en sus cotas de malla y en sus musleras y sus tremendos cascos. «¿Afrentarás de esta manera, parecían decirle, la noble raza de los Vilanel?» Además, por las abiertas ventanas entraban á oleadas los revividores efluvios de la primavera; la antigua canción iba haciéndose cada vez más tierna... acababa en lánguido suspiro... y el caballero cayó á los pies de la condesa.

En aquel mismo instante dieron las tres, y uno de los postigos de la ventana chocó violentamente con la pared y derribó con gran estrépito una silla á impulsos de un cuerpo negro, fangoso, erizado, que penetró en el salón dando un alegre aullido. Era *Turco* que venía á buscar á su amo á la hora convenida.

—¡Oh! ¡qué cosa tan horrible! ¡qué estupidez de perro! gritó asustada la condesa.

A estas palabras el caballero palideció un poco, y, sin querer oír más, se levantó, tomó su sombrero, su bastón de puño de plata; y después de haber saludado ceremoniosamente á la señora de Vilanel, llamó silbando á *Turco*, salió y se volvió á casa tan soltero como antes.

Al año siguiente, cuando, fiel á su palabra, se presentó en el castillo el día 1.º de Mayo, la condesa no le aguardaba en lo alto de la escalinata, sino que, junto á la verja, fué acogido por una espantosa jauría de perros de todas clases, aullando todos á la vez como furias. Aquel año la señora de Vilanel se había casado con el noble vizconde de la Paludière, gran cazador y coleccionador emérito de perros de todas castas, tamaños y aptitudes, perros sabios inclusive.

—Por uno que yo tenía, pensó el caballero, no valía la pena de... ¡ah! la mujer, la mujer... Y se alejó.

EMILIO BERGERAT.



EL GUITARRISTA.—CUADRO DE LUIS GRANER



La casa paterna

ALFREDO KRUPP Y LA FUNDICIÓN DE ESSEN

POR

MAX GEITEL

(TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL ALEMÁN)

OSCURECIDO durante el día por las negras nubes de humo de las hulleras y fundiciones pegadas las unas á las otras, por la noche vivamente iluminado por sus innumerables fuegos, el territorio industrial del Rhin en Westfalia, sin carecer del todo de encantos en el paisaje, ofrece, empero, un aspecto poco atractivo al admirador de las bellezas de la naturaleza que lo atraviesa rápidamente en uno de sus numerosos ferrocarriles. Resignado el viajero, se reclina en los cojines del vagón para sustraerse, en brazos de Morfeo, al fastidio de un viaje en ferrocarril. Con todo, sus esfuerzos son vanos. Una estación sucede inmediatamente á la otra; apenas la máquina ha atravesado furiosa una de ellas que ya el pito señala la proximidad de ramificaciones nuevas, en las cuales se ven largas filas de vagones para llevar á sus distintos destinos los productos de las minas de carbón y los de la industria metalúrgica.

Al Este de Dortmund, las mallas de la red de ferrocarriles se estrechan de tal manera, que forman un laberinto cuya clave sólo se encuentra estudiando concienzudamente la guía de ferrocarriles. Allí donde se juntan las diversas líneas formando un nudo gordiano, en el valle de Ruhr, se levanta la ciudad de Essen. Si se llega á ella por el tren procedente de Duisburgo, causan agradable sorpresa sus calles largas y bien tiradas, cuyas casas con un jardincito delante causan, á pesar de su regularidad, cierta impresión de edificios confortables. Ante los ojos tenemos una de las ciudades de obreros de la fundición de Krupp, que ha convertido la pequeña



UN CUENTO. — CUADRO DE LUIS GRANER
Ayuntamiento de Madrid

población del campo en una de las más conocidas del mundo: nos hallamos en el reino del Rey del cañón. Por muy significativo que sea este título, no expresa, con todo, los múltiples méritos del más genial y afortunado de nuestros industriales. Porque, ¿quién se atrevería á determinar en qué concepto aparece más grande Alfredo Krupp, si como incomparable fundidor de la *ultima ratio regum*, ó si como iniciador del reinado pacífico de la técnica del hierro y del acero? Entre los que en primera fila contribuyeron á las revoluciones políticas del último decenio, y á la formación de la unión de Alemania, el nombre de Alfredo Krupp brillará con no menos esplendor que los de sus contemporáneos que con la plenitud y poder de sus atrevidas ideas y obras promueven continuamente el progreso del género humano.

La familia Krupp descende, por una serie de generaciones, de una de las más reputadas familias protestantes de la ciudad de Essen; y es de especial interés hacer notar el hecho de que ya á principios del siglo xvii un Krupp era propietario de una fábrica de armas. Pedro Federico Krupp, cuyo nombre ha sido religiosamente conservado por sus sucesores en la firma social que continúa siendo Federico Krupp, nació en 17 de Julio de 1787. Estimulado por el invento que se guardaba secreto, del acero fundido por medio de la refundición del acero ordinario en el crisol, invento debido al inglés Huntsmann, lanzóse Federico Krupp, después de haber alcanzado una rara perfección como obrero fundidor, á la fabricación de este ya entonces importante material en sus múltiples aplicaciones á las armas. Su actividad y sentido práctico fueron coronados por tan feliz éxito, que ya en el año 1812 pudo participar á sus corresponsales que fabricaba «toda clase de aceros finos, y también acero colado.» Antes de montar su pequeño taller, Federico Krupp había sido, aunque por corto tiempo, infiel á su vocación, abriendo bajo la firma «Federico Krupp» una casa principalmente dedicada á los cafés. Mencionamos esto, porque no deja de ser curioso que nuestro más importante establecimiento lleve una firma empleada en sus comienzos en tan distinto negocio.

La primera fábrica de acero colado montada por Federico Krupp no se encontraba en el lugar que el establecimiento ocupa hoy día. A este último se trasladó el año 1819: era un sencillo edificio de 183 pies, el cual se estrenó con la primera fundición el día 18 de Octubre. Aun cuando el acero colado de Krupp iba acreditándose, no le fué dado á su inventor saborear el fruto de su incansable laboriosidad. Tenido por sus amigos por un soñador, perseguido por contrariedades en los negocios y perdidas las fuerzas por una pertinaz dolencia, Federico Krupp vió desaparecer rápidamente lo que había heredado de sus antepasados. Fuéle preciso imponerse á sí mismo y á los suyos varios sacrificios para no tener que abandonar la obra empezada, mas la muerte le sorprendió en medio de sus planes, el 18 de Octubre de 1826, dejando á su viuda con cuatro hijos, de los cuales era el mayor Alfredo, nacido el 26 de Abril de 1812.

Cuando visitamos el gigantesco establecimiento ante el cual uno de los muchos ilustres personajes que lo han visitado, el príncipe Jerónimo Napoleón, pronunció involuntariamente las significativas palabras: —*¡Pero esto es un Estado dentro del Estado! Jamás en Francia se toleraría esto,*—llamó nuestra atención el ver en la sección de los talleres metalúrgicos, una pequeña y modesta casita que contrasta notablemente con las viviendas de obreros que la rodean. Es la llamada «casa paterna,» la morada de Federico Krupp. Allí murió en medio de sus penas y preocupaciones el fundador de la fábrica de acero colado de Essen; de allí, sesenta y un años después, en 18 de Julio de 1887, y conforme á su última voluntad, fué conducido Alfredo Krupp, por miles de sus obreros y por los representantes de los poderosos de la tierra á su última morada. La casa paterna, que contiene el despacho del actual propietario, es conservada con gran esmero en su primitivo estado, como un símbolo del éxito sin igual de un particular, como silencioso pero expresivo testimonio de lo que pueden una voluntad de hierro y una gran fortaleza de ánimo, aun luchando contra la más perversa de las suertes.

A pesar de su juventud, Alfredo Krupp, á la muerte de su padre, se arregló de manera

Vista general de la fundición de Krupp, en Essen



que pudiese su juiciosa y animosa madre participar á los amigos de la huérfana sociedad que, «el secreto del acero colado no se había perdido, sino que por previsión de su marido lo poseía su hijo mayor.» Los primeros productos de la fábrica consistían en cuños, prensas, hojas de las tijeras de tundidor, cilindros y herramientas para curtidores.

Con una seriedad propia de la edad madura, el joven propietario de la fábrica, inesperadamente arrancado de la clase cuarta del Gimnasio de Essen, tomó la dirección de su difícil empresa. Como consecuencia de la larga enfermedad del padre, los encargos habían disminuido considerablemente en los últimos tiempos; cuatro obreros solamente trabajaban en el taller. A pesar de esto, lanzóse Alfredo Krupp intrépido al trabajo, no perdonando esfuerzos y vigilando siempre, año tras año, hasta que por fin, venciendo contrariedades y vicisitudes, vió



Alfredo Krupp

recompensados sus afanes. En los últimos años de su vida, Krupp se expresaba de la manera siguiente, refiriéndose á su situación pasada: «Según el testamento de mi padre debía yo continuar la fábrica por cuenta de mi madre, sin conocimientos, sin experiencia, sin fuerzas, sin medios ni crédito. A los catorce años tenía las obligaciones de un padre de familia: ocupaciones durante el día, y por la noche cavilar de qué manera vencería las dificultades. Con trabajo tan pesado, me alimentaba únicamente de patatas, café, manteca y pan, sin carne, con el afán de un padre que ha de hacer economías. Perseveré así durante veinticinco años, hasta que por último, mejorando cada vez más las circunstancias, logré llevar una existencia más tolerable. Mi último recuerdo del pasado es la continua amenaza de hundirme, y la victoria por medio de la perseverancia, de las privaciones y del trabajo, y esto es lo que yo diría para animarle á cualquier joven que no tuviese nada, que no fuese nada, y que quisiese ser algo.»

El primer gran resultado que obtuvo fué el cilindro para cucharas, que usan los plate-

ros para la fabricación de estos objetos. Éste, comparado con los demás inventos de Krupp, fué de tanta mayor importancia para el desarrollo de la fábrica de acero colado, cuanto sus provechosos resultados proporcionaron los medios para la explotación más en grande y en parte para acudir á las obligaciones todavía pendientes. Ya en esta ocasión manifestóse brillantemente el espíritu emprendedor y la penetración de Krupp, que trabajó entretanto en el año 1844 para obtener las patentes austriacas necesarias al objeto de trasladar la fábrica de artículos de metal de Krupp y Schölez, después tan floreciente, desde Berndorf á Leobersdorf. La dirección de este establecimiento fué confiada al hermano pequeño, Hermann Krupp. El año 1844 logró la primera distinción pública la fábrica de acero colado de Krupp, cual fué la medalla de oro en la Exposición de productos de la industria nacional de Berlín. Así fueron mejorando gradualmente las circunstancias. Mientras que todavía en el año 1832 el número de los obreros era de diez, habíase ya en 1845 elevado á ciento veintidós, lo cual demostraba la



Federico Alfredo Krupp

capacidad del joven dueño de la fábrica, mayormente si se tiene en cuenta la escasa importancia del comercio y de la industria alemana en aquellos tiempos.

Al entrar en los cuarenta años, dedicóse Krupp á introducir el acero colado en la fabricación de las armas, renglón en que debía ocupar en lo sucesivo el primer puesto. Su primer ensayo en esta especialidad consistió en dos cañones cóncavos de acero colado, que forjó hábilmente con sus propias manos, y que presentó á fines del año 1843 al ministerio de la Guerra prusiano. Opinábase en la generalidad de los círculos «que las armas prusianas eran tan perfectas que ya no necesitaban ser mejoradas,» por lo que el envío fué devuelto sin mirarlo siquiera. El ministro de la Guerra francés, mariscal Soult, á quien luego Krupp presentó su novísima obra, mandó practicar ensayos, cuyos favorables resultados movieron también al gobierno prusiano, especialmente en vista de la introducción del fusil de aguja Dreyse, á adquirir algunos de dichos cañones. Krupp, sin embargo, no logró la recompensa que merecía por su invento. La competencia se apoderó de él, y como no se había sacado el derecho de privilegio, se aprovechó del mismo sin escrúpulos.

A fines de ese período de diez años, vemos á Krupp ocupado en las pruebas que dieron por resultado el cañón de hierro colado. Con sumo acierto comprendió que, en vista de la mucha aspereza y poca solidez del hierro colado, y de la demasiada flexibilidad del bronce, el porvenir sería del acero colado. El primer cañón de aquella clase terminóse en el año 1847. Tenía un armazón de acero colado y estaba cubierto con una capa de hierro, colado también, para que se pudiese poner en la cureña. En el año 1849, hiciéronse en Berlín las pruebas de este cañón de á tres con un éxito extraordinario, ya que teniendo las paredes sumamente delgadas — de 32'7 milímetros, mientras que en los cañones de bronce eran de 62'8 milímetros —



Taller en la fábrica de Krupp

no presentaban después de doscientos disparos ninguno de los desperfectos que se observaban en los cañones de bronce.

Mientras se ocupaba en estos ensayos, á principios del año 1848, el 24 de Febrero, quedóse Krupp la fábrica de acero colado para él solo. Las dificultades por que atravesaba la industria alemana, á causa de la inseguridad política en los años de la revolución, amenazaban con conmover hasta en los cimientos la obra de Krupp. El número de los obreros disminuyó hasta setenta y dos, y se vió precisado, para atender á sus obligaciones, á convertir en dinero los objetos de plata de su familia. Desde aquella época, y á pesar de su posición verdaderamente regia, no ha vuelto á usarse ningún objeto de plata en el ajuar de la casa de los Krupp; en su lugar emplea el metal blanco de la mencionada fábrica de su hermano en Berndorf.

(Continuá).



La ofrenda de un anillo

TRADUCIDO DE LAS «PALABRAS SINCERAS» DE COPÉE

ALLÁ en un tiempo remoto,
el Rey de Persia en un viaje
halló de negro follaje
un cedro enorme en un soto.

Rodeando aquel tronco fuerte
hizo de oro á su platero
poner un anillo entero
por librarle de la muerte;

No hiciera suerte funesta
que un leñador codicioso
hendiese el tronco frondoso
de aquel rey de la floresta.

En el curso de mi vida
he encontrado yo á mi paso
más extraordinario caso:
tu corazón que no olvida.

Y del Príncipe remedo
que marcó el árbol robusto,
poner quisiera mi gusto
una sortija en tu dedo.

ADOLFO DE LA FUENTE.



COLECCIÓN ZOOLOGICA

DEL PARQUE DE BARCELONA

I



BIEN durante una de esas tardes primaverales, sobre todo si coincide con ser día festivo, dedique un par de horas á pasear por el Parque de Barcelona, verá indefectiblemente numerosísimas personas que acuden y permanecen largos ratos entretenidas ante las instalaciones de los animales vivos que forman la colección zoológica expuesta en el llamado Paseo de los Álamos. Este hecho tan frecuente, por poco que se medite, patentiza lo mucho que atrae la atención y excita la curiosidad todo aquello que de una manera sensible permite apreciar las bellezas que ostentan los seres animados que nos rodean, las actividades que despliegan para asegurar su existencia, las utilidades que inmediata

ó mediatamente puede el hombre obtener de los mismos, los distintos medios que exige la vida en sus múltiples manifestaciones y otro sin fin de circunstancias que de una ú otra manera las relacionan con nuestro propio ser y hacen que necesariamente nos interesen.

Es innegable que la instrucción popular constituye quizás el principal factor para asegurar el bienestar de una nación; por consiguiente, todo cuanto contribuya al desarrollo intelectual de nuestro pueblo ha de ocupar con predilección á quien de buen español se precie; y como estamos plenamente convencidos de que los jardines ó parques zoológicos dispuestos del modo debido, á la vez que sirvan de solaz ó esparcimiento (tan necesario especialmente para los moradores de las grandes poblaciones) constituyen un poderoso elemento instructivo, no vacilamos en llamar la atención de nuestras autoridades locales acerca de la citada colección, pues juzgamos no ha de considerarse como objeto baladí sino altamente provechoso; porque si hoy es aquélla poco numerosa, en relación con lo que pudiera y debiera ser, dada la importancia de nuestra hermosa ciudad, si se atiende como merece, adquirirá indudablemente, en muy corto plazo, y sin grandes dispendios, el incremento necesario, y podrá disponerse de manera que llegue á constituir un valioso establecimiento zoológico, análogo al que ostentan con orgullo gran número de ciudades extranjeras. Por otra parte, cuanto se haga para popularizar los conocimientos histórico-naturales ha de apreciarse no sólo como oportuno sino de gran conveniencia, por la sencilla razón de que tales conocimientos proporcionarán, casi con seguridad, medios poderosísimos para levantar la abatida agricultura patria de la postración en que desgraciadamente se encuentra.

Las apuntadas consideraciones, entre otras muchas que se nos ocurren, han motivado que escribamos algunos artículos en los cuales procuraremos exponer, de la manera más sencilla y compendiada posible, todo aquello que á nuestro entender ofrecen de interesante las especies

zoológicas contenidas en dicha colección y que sean notables por lo útiles, por sus costumbres especiales ó cualquiera otro concepto. Y á fin de hacer nuestro trabajo esencialmente práctico, las daremos á conocer en el mismo orden que las hallará instaladas quien recorra de arriba abajo la parte izquierda del citado Paseo de los Olmos; omitiendo de intento, por no considerarla pertinente en este caso, toda cuestión taxonómica ó de clasificación.

Lo primero que se observa digno de mencionarse es una suerte de invernáculo, dentro del cual, además de tres pequeñas jaulas cada una con un cuadrumano ó mono de poca importancia, se contienen varias aves prensoras.

Muchas de las personas que se detienen á contemplar la belleza del plumaje á la vez que

los variados y graciosos movimientos de estas aves, las conocen con el único nombre de *Loros*, siendo así que en la actualidad no hay en el invernáculo *Loros* propiamente dichos, únicamente se ven algunos *Guacamayos*, una *Cotorra* y pocas *Cacatúas*.

Los *Guacamayos* se distinguen por su mayor volumen, mejillas desnudas, cola muy larga y el plumaje espléndido y de colores variadísimos. Son originarios de la América del Sur, y por más que en estado salvaje se hallan solamente en las selvas vírgenes, frondosas, y por lo tanto lejanas de la morada humana, cuando se cogen pequeños se dejan domesticar fácilmente, soportando bien la cautividad, razón por la cual abundan muchísimo en Europa; pudiendo asegurarse que no hay jardín público ó privado de alguna importancia en donde no se vean estas magníficas aves constituyendo siempre uno de los adornos más preciados. Debe tenerse en consideración que los *Guacamayos* domesticados, aun aquellos que parecen más dóciles, dan á lo mejor un picotazo á la persona que se les acerca, si bien sea con objeto de acariciarlos; por cuyo motivo, si no se les conoce, hay que tratarlos siempre con cierta precaución. En libertad se alimentan de frutos, reúnen en pequeñas bandadas, y anidan en los huecos de los árboles. Se les caza para utilizar especialmente sus magníficas plumas.

Las *Cotorras* se asemejan á los *Guacamayos*, pero tienen plumosas las mejillas, son más pequeñas y de coloración menos variada, predominando

en ellas, por punto general, el color verde. Proceden de América, viven también en los bosques, se juntan á veces en gran número, comen frutos y semillas, causando frecuentemente inmensos destrozos en las plantaciones, y anidan en los árboles huecos. Cuando no se les hostiga, desde el rayar de la aurora y durante el día están en continuo movimiento: trepan, suben y bajan de rama en rama ayudándose de su pico, y si á esto se agrega la algarabía que en ocasiones promueven con sus penetrantes gritos y chirridos, se comprenderá la animación, la alegría y vida que comunican estas aves á los solitarios lugares en que se encuentran. Se avienen fácilmente al cautiverio, reproduciéndose en este estado casi sin necesidad de cuidados. Algunas especies domesticadas se aprecian muchísimo por su índole pacífica y porque son muy cariñosas.



Aves prensoras, llamadas vulgarmente *Loros*

Las *Cacatúas* se caracterizan á primera vista por el moño de plumas eréctiles de que tienen guarnecida la cabeza. Son frecuentes en ciertas comarcas de África, Asia y Oceanía, pero las especies más notables proceden de las Indias y Australia. En estado libre viven en los bosques, salen á las llanuras en busca de alimento, que lo constituyen frutos, semillas, pequeños bulbos y tubérculos, desenterrando hábilmente estos últimos á picotazos; y como por lo regular se reúnen en bandadas numerosísimas, ocasionan daños considerables en los sembrados recientes, así como también en los campos de maíz cuando este cereal está próximo á la madurez. Esto explica el aborrecimiento que á dichas aves tienen los cultivadores de Australia y el porqué las persiguen hasta con encarnizamiento, no perdonando medio que pueda exterminarlas.

Los australienses emplean ordinariamente para cazarlas una arma especial que ellos llaman *boumerang*, la cual tiene forma de hoz y está constituída de madera dura ó madera y hierro, arma que algunos manejan maravillosamente arrojándola á una distancia de 30 ó 40 metros. El indigena que persigue á una bandada de cacatúas, como éstas se hacen recelosas, procura acercarse con la mayor cautela al bosque ó llanura en que se hallan; cuando ha logrado ponerse á distancia conveniente, se deja ver de aquéllas, y en el momento que se remontan en el aire para huir, les lanza con fuerza un *boumerang* hacia el centro de la bandada; el arma que gira rápidamente las aturrulla, y como al primer *boumerang* siguen otro y otros, gran número de las aves caen sucesivamente en tierra muertas ó heridas.

Las cacatúas se cogen vivas sin grandes dificultades, por esto abundan tanto en Europa y se venden á precios relativamente bajos. Por lo demás, se acostumbran pronto á vivir con el hombre, domesticanse con facilidad, tienen mucha memoria, y ciertas especies se distinguen por lo inteligentes, pues no sólo aprenden á remedar la palabra humana, sino también otras diversas habilidades.

Loros propiamente dichos. Aunque en la actualidad no los hemos visto en la colección zoológica del Parque, bueno es saber que se diferencian por tener las mejillas cubiertas de plumas y la cola corta, cuadrada ó redondeada. En estado de libertad se hallan en todas las partes del mundo excepto en Europa, habitando principalmente las zonas tropicales. Por su mucha inteligencia les llaman *monos alados*, se avienen sin dificultad á vivir con el hombre, tienen excelente memoria y aprenden pronto, no sólo á remedar nuestra voz articulada, sino también la risa, el lloro y otras manifestaciones humanas. Estas circunstancias hacen que se les estime en mucho, vendiéndose algunos que en ellas sobresalen á precios considerables.

Si bien puede decirse que las aves prensoras en estado salvaje son frugívoras, en cautividad se acostumbran fácilmente á comer de todo, prefiriendo, sin embargo, por punto general, las sustancias feculentas y azucaradas. En los países donde viven en libertad se cazan especialmente para utilizar las plumas ó la carne de algunas; mas entre nosotros, que sólo es dable poseerlas cautivas, constituyen mero objeto de adorno, teniéndolas enjauladas, unas especies para deleitarnos admirando su esplendoroso y magnífico plumaje, y otras por la distracción que nos proporcionan con su continua charla y graciosos movimientos.

En el siguiente número nos ocuparemos de las gallinas y palomas.

M. MIR Y NAVARRO.



El ventisquero Lyell

LAS GRANDES SELVAS CALIFORNIANAS

DETALLES DEL PROYECTADO PARQUE NACIONAL YOSEMITA

POR

JOHN MUIR

(CONTINUACIÓN)

DESCÚBRESE desde allí los inmensos peñascales que indican la situación de antiguos ventisqueros, desenvolviéndose en graciosas curvas desde el fondo de los abismos y presentando un aspecto regular y en apariencia ordenado que recuerda los terraplenes de los ferrocarriles. Más allá atraen nuestras miradas las brillantes ondulaciones del suelo, bruñido ha mil años por heladas corrientes.

Hacia la base de la montaña adviértese lo desmedrados que son los árboles, hasta que á una altura de 11,000 pies se encuentra una capa de fragmentos de la blanca corteza de los pinos, tan apretada por diez ó veinte pies de nieve acumulada todos los inviernos por espacio de siglos, que al pasar por allí parece que está uno pisando alfombras. Allí veríais cuán vivaz y animoso es en tales sitios ese árbol montaraz, que no tiene más de cuatro pies de alto y algunas pulgadas de diámetro, contando ya tres ó cuatro siglos de edad, y sin embargo, está bravamente apegado á la vida, agitando alegremente sus ramillas á merced de la brisa y absorbiendo los rayos del sol que hacen madurar sus hermosas bellotas purpúreas, como si estuviese dotado de una vida eterna.

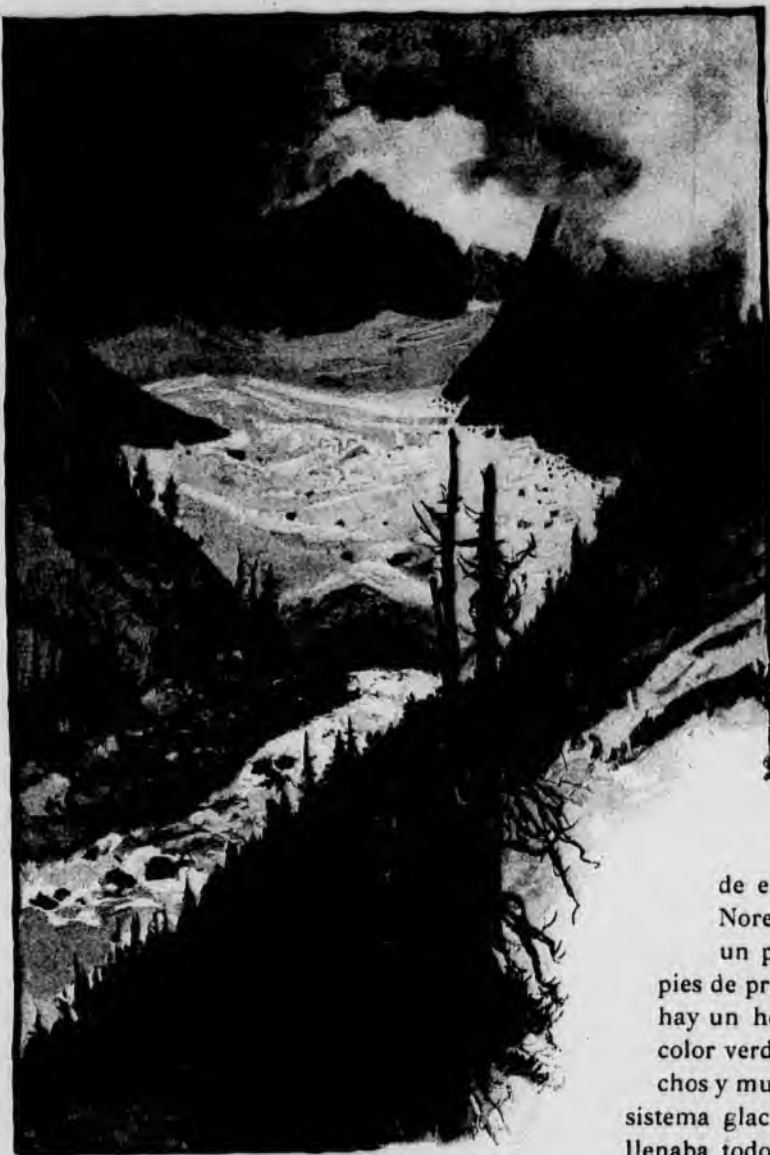
El panorama que se descubre desde la cima es uno de los más extensos y sublimes que ofrece la cordillera. Por el lado de Oriente divisase allende los abrasados desiertos y las montañas de la gran cuenca una serie de cordilleras cuyos suaves contornos se dibujan en lontananza, ostentando hermosos tintes azulados y purpúreos. A más de seis mil pies de profundidad podéis contemplar el Lago Mono, al cual sombrea el monte donde estáis situados. Tiene diez

millas de diámetro de Norte á Sur y catorce de Este á Oeste, pero parece casi circular mostrándose en el desnudo desierto como un disco de bruñido metal azotado á veces por los tempestuosos vientos de las montañas que encrespan sus aguas vistiéndolas de espuma. Al Sur del lago vese una cordillera de cenicientos volcanes, hoy apagados, y aunque el más riscoso de ellos se alza á casi dos mil pies sobre el nivel del agua, podéis echar una mirada al interior de sus

cráteres desde los cuales, en una época relativamente próxima, brotaban llamas y cenizas.

Hacia el Oeste se divisa una multitud de nevadas cumbres separadas entre sí por un laberinto de cañones y entre las cuales se extienden varias fajas de arboleda, en tanto que en primer término se perciben algunos pequeños lagos y praderas. Al Norte y al Sur álzanse altaneros los dentellados picos alineados á lo largo del eje de la cordillera y en algunos puntos agrupados como los árboles en la selva formando paisaje de salvaje y asombrosa magnificencia, tranquilos y silenciosos como el escenario de los cielos.

Desde allí pueden verse ocho ventisqueros. Uno de ellos es el de Dana, situado al Noreste de la montaña, al pie de un precipicio que tiene unos mil pies de profundidad. Un poco más abajo hay un hermoso lago, cuyas aguas, de color verde claro, son uno de los muchos y muy achicados vestigios del vasto sistema glacial de la sierra, que antaño llenaba todos los valles y abismos de las montañas y cubría las cimas menos elevadas debajo de los inmediatos manantiales



La falda meridional del monte Lyell

que corrían á derecha é izquierda de la cordillera pródigamente alimentadas por las nieves del período glacial.

En la excursión al monte Lyell puede llegarse cómodamente hasta el pie del monte á caballo siguiendo las sinuosidades del río. Pasado el punto donde éste hace su bifurcación vuélvese al Sur costeano el brazo Lyell del valle que pasa por un paraje bastante angosto y profundo para merecer el nombre de cañón. El terreno llano de la pradera tiene unas

300 X 200 yardas de extensión y lo limitan unos tajos de granito ceniciento coronados por un pinar que cruzan en varios puntos los barrancos de los aludes. Hacia el extremo superior del cañón se descubre la cima de la grande sierra, que es un sublime y armonioso cuadro. Aparece en primer término la purpúrea pradera listada por varias hileras de sauces y en segundo término unas grandes lomas de granito que forman la base de la masa general de la montaña franjeadas de oscuras arboledas siempre cubiertas de nieve excepto en otoño.

Una milla más arriba hay un paraje muy á propósito para establecer un campamento, en la margen oriental del río. Allí puede hacerse alto gozando de la vista y armonía de una pre-

ciosa cascada que se despeña del tajado muro del cañón. Siguiendo por allí la ascensión hay que trepar con cautela; pero no son tan grandes la dificultad y el peligro que puedan ser parte á arredrar á un turista de vigor y habilidad regulares, en tanto que el panorama que se descubre desde la cima es sobre toda ponderación espléndido y admirable. Hacia el Norte hay el monte Mammoth, los montes Gibbs, Dana, Warreu, Couness y muchos otros; al Suroeste la bravía y dentellada cresta del monte Ritter y los Alminares; al Suroeste la línea divisoria de la cordillera entre el brazo septentrional del San Joaquín y el río Merced, uniéndose al grupo de picos que dan nacimiento á las fuentes principales del ramal Illilouette del río Merced; al Noroeste se extienden las alturas de la Catedral. Todas estas estriba-

ciones vienen á espirar á sus pies, semejando otras tantas cordilleras y agrupándose en admirables combinaciones, en tanto que, apiñados y confundidos con ellas, se ve un sinnúmero de anfiteatros, cañones y masas secundarias haciendo gala de sus lagos, ventisqueros y campos de nieve.

Haciendo la ascensión en Junio ó en Octubre, el ventisquero es muy accesible, porque entonces el manto de nieve que cubre el suelo es suave y en gran parte ya derretido. Pero en mitad del verano es una operación bastante fastidiosa, por cuanto el hielo forma una multitud de capas tan bellas como resbaladizas. Todas se inclinan hacia el borde del ventisquero formando con perfecta regularidad una multitud de ángulos rectos y separados entre sí por zanjas de tres pies de profundidad. No puede darse un espectáculo más interesante para el turista que da un paseo alrededor de un ventisquero así esculpido y exornado.

El del monte Lyell tiene como una milla de ancho y próximamente otro tanto de largo; mas ofrece al espectador todos los rasgos característicos que suelen buscarse en estos parajes: peñascales, hondonadas, oteros, venas azules, etc. Las corrientes que manan de ese gran depó-



El río Tuolumne cerca de la boca del gran cañón

sito de nieve salen enturbiadas por el musgo de las rocas y su incesante acción bruñe y pulimenta el duro lecho que las encauza.

Sin duda alguna es el más interesante de todos, como el más elevado de los que nos quedan de la región del Tuolumne, cuyos vestigios aún se vislumbran á cincuenta millas de distancia y cuya influencia tan hondamente impresa se ve en el paisaje. El Mac Clure, en otro tiempo tributario del Lyell, es mucho más pequeño. Ha diez y ocho años hice una serie de expediciones para determinar el promedio de su velocidad y, á fines de verano, encontré que en medio del ventisquero bajaba el nivel de la nieve poco más de una pulgada en el espacio de veinticuatro horas.

Basta un día para trasladarse de las fuentes Soda al Mono; pero el cañón Sangriento es en verdad harto fragoso para las caballerías. Con todo, ofrece un espectáculo por todo extremo salvaje é interesante, y nadie se ha arrepentido de haber pasado algunos días en las orillas del lago ó visitando sus islas y volcanes.

Bajando el gran cañón de Tuolumne pueden llevarse las cabalgaduras del diestro hasta



Entrada del valle Hetch Hetchy

una herbosa cuenca que fué antaño el lecho de un lago y está situado más abajo del sendero del Creek Virginia. Desde este punto, el turista habituado á recorrer aquel terreno tan quebrado á consecuencia de los terremotos y alfombrado por el chaparral del cañón, puede llegar muy fácilmente hasta las grandes cascadas y volver al campamento en un día. Sin embargo, como no todos son capaces de hacerlo, es mucho mejor emprender cómodamente la expedición yendo preparado á acampar en cualquier parte y gozar del maravilloso espectáculo que aquel punto de observación ofrece.

El cañón empieza cerca del extremo inferior de las praderas y se extiende hasta el valle Hetch Hetchy en un espacio de cerca 18 millas, aunque en realidad parece mucho más largo á los que trepan por él. Tiene 1,200 á 5,000 pies de profundidad y es comparativamente estrecho; pero tiene algunas entradas bellas y espaciosas á manera de parques y en toda su extensión abundan las maravillas que más hermocean y caracterizan los paisajes del Yosemite; las cúpulas, las rocas del Capitán, los Centinelas, los Arcos reales, las agujas de la Catedral, etc. Hasta hay otra Media Naranja, bien que no tan hermosa y sublime como la del Yosemite. También contiene un sinnúmero de cristalinas cascadas cuya corriente se enturbia al derretirse la nieve á principios de primavera. No son ni con mucho tan caudalosas como las del Yosemite y las

del Hetchy; pero muchas de ellas son bellísimas, y en cualquier otro país se considerarían como grandes maravillas.

En el brazo principal del río hay cascadas y saltos de agua que superan en volumen, extensión y variedad á las de todos los demás cañones de la sierra. Las cascadas más fastuosas é interesantes se encuentran casi todas en la región superior del cañón, más arriba del punto donde empiezan los recodos Hoffman y de la Catedral. Por espacio de algunas millas el río corre veloz y tumultuoso desparramándose por un espacioso lecho de granito, atravesando los declives de los aludes, espumeando furioso entre los pedruscos que le cierran el paso, saltando al aire en torbellino, arremolinándose y llenando con su estrépito las cuencas y los desfiladeros de los montes.

Un turista ágil y robusto puede recorrer en ese punto en toda su longitud el cañón que allí empieza. Es una excursión en la cual no hay un solo paso monótono y fastidioso y á cuyo término se encuentra el valle Hetch Hetchy, el cual es otro Yosemite aunque con notables diferencias que le caracterizan.

Muchos de los visitantes del valle Yosemite se figuran que no hay otro como él en la tierra. Estas negaciones absolutas son de todo punto inadmisibles, porque la Naturaleza es muy rica para agotar sus recursos en un solo alarde, por ostentoso que nos parezca. El explorador puede encontrar en esos lugares varios Yosemitas tan parecidos entre sí como un árbol á otro de la misma especie. Ocupan las mismas posiciones relativas en las faldas de los montes, han sido formados por iguales fuerzas é idénticas clases de granito y su vegetación, sus esculturas y saltos de agua tienen estrecha analogía con los del Yosemite.

El valle Hetch Hetchy ha sido á causa de esto denominado por mucho tiempo el Tuolumne Yosemite. Dicese que fué descubierto por un cazador llamado José Screech en 1850, un año antes de descubrirse el gran Merced Yosemite. Empieza en el extenso valle de este nombre y se extiende en dirección al Noroeste en un espacio de veinte millas y éntrese en él por una senda muy cómoda que parte de la vasta *Llanura de la Encina* en las praderas Bronson, algunas millas más abajo del *Llano de la Grulla*. Pero el mejor camino para el turista dotado de buenas piernas es el que cruza la divisoria de los dos valles. Viniendo del Yosemite por el cañón Indio ó el cañón Cascada se atraviesa la peñascosa cuenca del *Yosemite Creek*, dóblase á la izquierda y dase la vuelta á las fuentes del brazo meridional del Tuolumne hasta el extremo superior del gran cañón de este nombre, algunas millas más arriba del punto donde comienza el Hetch Hetchy. Allí gozaréis de un panorama soberbio. A una profundidad de más de 4,000 pies contemplaréis una hermosa llanura cruzada por una cinta de plata que en ciertas épocas del año aparece verde ó amarillenta. La llanura es una sección de la pradera y la cinta el brazo mayor del río Tuolumne. En el lado opuesto del cañón vese una multitud de precipicios, cuyos bordes, ora igualmente escarpados, ora suavemente redondeados, recuerdan los del Yosemite, y desde allí extiéndose una serie de montañas cuyas cumbres forman una inmensa gradería y cuyo remate son los nevados picos de la cordillera. El del *Castillo* es el rey de estas altaneras cimas. No puede darse nada más bello y majestuoso que aquella eminencia vestida de luz y de nieve alzando al cielo sus innumerables agujas.

De *The Century Magazine*, traducido por
J. COROLEU.

(Concluirá).



¡PASIÓN!

NOVELA ORIGINAL

DE

M. MARTINEZ BARRIONUEVO

(CONTINUACIÓN)

XXVI

TODA la noche la pasó en vela doña Blanca, en su alcoba, de rodillas unas veces, sobre el cojín de su reclinatorio, orando piadosa, ó paseando, con mucho desasosiego, en la cámara.

Como iban pasando por su imaginación uno por uno todos los detalles que concurrieron en su existencia desde que conoció á don Martín, en qué hora llegó á tierras cordobesas el mensajero de don Felipe, creía volverse loca; cuanto más callado tenía el nombre de don Martín, y más oculto en el fondo de su pecho, más grandes eran sus torcedores y más dolorosas sus angustias; hubiera querido hablar de él, nombrarle á cada paso en presencia de los demás;

llenarlo todo con su nombre, como con su imagen venerada tenía el corazón lleno; deteníase alguna vez, y se preguntaba si ella era ella.

—No, ¡imposible! yo no soy yo; yo no soy la de otros tiempos, adusta, severa, intransigente y orgullosa mujer; mi espíritu gira en otro espacio; mis ojos se bañan en otras luces; mi cuerpo se alienta en otra sangre; el latir de mi corazón es otro. ¡Virgen madre de Dios, Señora excelsa, tranquiliza mi ánimo; recogimiento ansía el conturbado espíritu que pecador se cree; me ahogo y desfallezco, Virgen mía!

Como aquella noche en que por vez primera comprendió que don Martín era su destino, estuvo también en el balcón largo espacio. ¿Qué la importaba la oscuridad de la noche, ni el agua que caía, ni el viento que silbaba? El agua azotó su rostro y sintió alivio muy grande, como si se amortiguara un punto el fuego que la consumía. Ni una estrella iluminaba el cielo; quedó extática con los ojos fijos y la respiración suspensa.

—¡Oh, Dios mío! exclamó acongojadamente; ¿qué interminable lucha es ésta, en la que no tengo esperanza ninguna de salir vencedora?

Acudió á su pensamiento una triste visión que la hizo sumergir en dulces y lánguidos sopores: era la sombra de don Martín, que parecía vagar en derredor suyo. ¡Qué importaba lo que ocurriese después, si entonces tenía la convicción de que don Martín pensaba en ella!

No veía, como la noche á que me referí, dos figuras misteriosas en la penumbra del muro; no eran la representación del caballero Pedrosa y la de don Fermín; la que enfrente tenía era la de don Martín solo, como una centella resplandeciente, que le cegaba las pupilas, que caldeaba su cerebro, que encendía su corazón en dulce llama, que la estremecía toda como arbusto de la sierra que se estremece con el huracán desencadenado.

Todo, todo pasó por su imaginación; acordábase perfectamente de cuando creyó verse muerta á sí misma, con espanto profundo de no ver á don Martín, con sus deudos alrededor del ataúd. ¡Oh! ¡qué horrible sería!

Para que la ilusión fuese más grande, vibró la campana también en tañido lúgubre. ¡Dios de gloria, qué sonos tenía la campana! Nunca le parecieron tan tristes. ¡Qué imágenes tan fantásticas acudían á su cerebro, pasando por él en torbellino desenfrenado todas las figuras de las comedias que vió, de los libros que había leído, de personajes de carne y hueso que sólo vió alguna vez en lejanas épocas y otros que su fantasía poderosa creaba! Aquella ardiente imaginación contenida bajo la máscara de frialdad que todos vieron en doña Blanca siempre desbordándose, como aluvión inmenso que despedaza todos los diques. ¡Ay! un dique sólo podría contener aquella locura, y era este dique don Martín.

¡Don Martín!

Pronunció aquel nombre con un deleite supremo.

Y estremecida lanzó un grito pavoroso.

Al pronunciar el nombre había respondido la campana con un tañido, lúgubre como ninguno, pavoroso, sobrenatural. Le pareció que aquello era un toque de agonía.

Le pareció que doblaban por el alma de don Martín.

Las campanadas lentas, dulces, poderosas, vibraban en la inmensidad haciendo coro á sus ecos las sinfonías del aire y el monótono y triste gotear del agua.

—¡Don Martín! exclamó ella en el inmenso concertante de la campana, el viento y la lluvia. ¡Don Martín, es imposible que vos muráis, sin que yo esté á vuestro lado! ¡Qué ajeno estaréis vos, generoso caballero, de las luchas que en mí despertasteis! ¡cómo sufriríais de saber la dolorosa aflicción en que su mala ventura puso á la altiva doña Blanca Máinez! Si mi espíritu, señor, pudiera volar hasta donde vos estáis, y confundirse con el vuestro; si pudiera, sin yo desplegar mis labios, decir á vuestro espíritu lo que en mi alma hay, ¿qué haríais vos, generoso dueño de todo mi ser? ¿Qué haríais vos para consolarme si no me pudierais amar, si dicen que

el amor, amor solamente quiere para alivio, y no otras palabras ni otros actos que á impulsos del amor no vengan?

La campana siguió tañendo, y un vago perfume fué llegando lentamente al corazón de la hija de Máinez y Carrillo; ¡era un perfume que la estremecía, que la doblegaba con suavidad como amorosa sensitiva con el beso de la luna!

Se retiró del balcón, sin cerrar; avanzó vacilante hasta la alcoba, se arrodilló otra vez en su reclinatorio, y el perfume seguía penetrando en su corazón, en su alma, en su sangre, en sus moléculas, envolviéndola, fascinándola, posesionándose de ella, avasallador, tirano, potente.

—¡Oh, Dios mío! exclamó ella, mirando con las pupilas veladas de dulces lágrimas de amor; ¡qué es lo que me agobia!

Volvió la cabeza á un lado y á otro; le pareció haber oído que contestaban á su pregunta.

Fué una voz dulce, vaga, un eco que pareció nacer y morir en ella misma.

Le dijo así:

—De la flor del vaso de oro es ese perfume; de la flor del vaso de oro que hay en el altar de la iglesia de Santa Marina.

Doña Blanca tembló poderosamente. ¡Dios de bondades! Aquella flor, ¿no era por ventura el alma misma de don Martín y la esencia de todo su ser?

Con la frente inclinada sobre el reclinatorio, rezó con fe de los cielos; el ruido del aire llegó á su alma entonces como queja medrosa; la campana siguió redoblando tétricamente como en un gemido sin fin.

La loca fantasía vió allí delante de sus ojos, aunque los tuviera cerrados, una dulce manchita negra.

Fué alejándose la mancha y empequeñeciéndose conforme se alejaba.

El punto negro cambió de color de repente, se hizo rojo; fué una luz pura, intensa, infinita, poderosa, inmóvil, igual.

La luz se convirtió de repente, después de unas ligeras oscilaciones, en una flor.

Pudo contemplarle muy bien la hija de Máinez y Carrillo.

Era la flor del vaso de oro; la del perfume, la encarnación del ser de don Martín, la vida, el alma de don Martín.

¡La vió allí, no ya en el altar, sino delante de ella, en el reclinatorio mismo, á cuyos pies se había arrodillado!

Quiso levantarse doña Blanca y no pudo; quiso hablar y le fué imposible; intentó elevar una plegaria y el pensamiento se le negó.

¡Imposible! Imposible todo lo que no fuera consagrar su pensamiento, su vida, su alma, á la contemplación dulce del alma de don Martín, representándosele en la flor del vaso de oro.

El rostro de doña Blanca se dilató lentamente por una suave sonrisa.

Fué porque vió que la rosa del vaso de oro había sonreído.

Las hojas de la flor se movieron también misteriosamente. Doña Blanca lo observó, estremecida de felicidad.

¿Por qué se movían las hojas de la flor?

Esta pregunta hacíase, y sintió entonces un eco dulce, sonoro, lleno de vaguedades como el que ya sintió al principio.

¡Ay! comprendió la doncella lo que aquello quería decir.

Era que la flor hablaba.

¡Virgen piadosa! ¿qué iba á escuchar?

Inquieto, vacilante, ansioso, estuvo el espíritu de la mujer, para ocuparse bien de lo que aquel otro espíritu encarnado en la flor del vaso de oro tenía sin duda que decirle:

—Es verdad lo que tú has pensado; yo soy su alma.

—¡Bendita seas, entonces, bendita seas! exclamó el espíritu que la oyó; el espíritu grande y poderoso de doña Blanca Máinez.

—Tu bendición me alienta, pero no me da vida; yo soy un alma que muere.

—No, tú no morirás; yo sé que tú no morirás, porque no alentaría yo entonces tampoco; yo me siento vivir, siento mi plenitud, y como sé que moriría si tú murieses, garantido te tengo en mí mismo.

Los ojos de la flor quedaron inmóviles; parecieron muy tristes; resbalaron por ellas algunas gotas de rocío.

—¿Lloras? preguntó el espíritu de doña Blanca.

—Lloro de amor.

—¡De amor! ¡ay flor hermosa! ¿no ves mis lágrimas? yo también lloro.

—Y ¿de qué lloras?

—De amor era también, pero siento en mí, en tanto, que otro sentimiento me arranca también lágrimas, menos dulces, menos suaves, menos buenas; son lágrimas que me hieren como si fueran puñales, que me calcinan como si fuesen lava de volcán, que me quitan el ser como si fuese veneno que en mi sangre han metido.

—De celos son esas lágrimas, entonces.

—De celos, ¡piadosa Virgen! Yo, que no supe jamás lo que esa pasión era; yo, que tantas veces me burlé en mi interior, creyendo que los celos no podían existir.

—¿Y nunca lloraste de celos?

—Nunca, hasta ahora. ¡Ay, si yo me atreviera á seguir! ¿Tú me escuchas benigno?

—Te escucho ansioso.

—Mira, es un secreto, dulce flor; de celos lloré por vez primera en este instante, cuando tú me has dicho que llorabas de amor.

—¿Me amas, entonces?

—Te amo, me muero por tí; el ser me falta y el aliento, si tu savia pura no me nutre.

La flor suspiró; sonrió luego tristemente y dijo luego en un rumorcillo suave de aletear de mariposa:

—¡Yo lloraba de amor por tí!

—¡Por mí!

Esto lo dijo el espíritu de doña Blanca; pero lo dijo ella también en una exclamación suprema levantándose del reclinatorio.

Las campanas segulan vibrando pavorosamente, el aire rugía retorciéndose. La lluvia cesó.

Temblorosa, inmóvil, pálida, en desorden el cabello, fijos los ojos, permaneció doña Blanca, como si continuase escuchando el diálogo de su espíritu con el de don Martín.

La flor había dicho:

—¡Y qué debe importarme el amor, si voy á morir!

—No, no, contestaba el espíritu que le oía; es imposible.

—Sí, moriré; estoy muriendo; ¿oyes? ¿oyes?

—¿Qué?

También hizo doña Blanca esta pregunta, dando un paso hacia el balcón. Oyó la respuesta al mismo tiempo.

—Esas campanas que vibran.

—¡Y qué!

Doña Blanca seguía hacia el balcón temblorosa, vacilante, aterrada.

—Doblan á muerto; moriré.

—No, no doblan á muerto, no morirás, estoy yo viva; gritó doña Blanca.

— ¡Doblan por mí!

Oyó esto doña Blanca y lanzó un grito desgarrador, vió á la par que la flor se inclinaba marchita de repente en el rico vaso de oro.

En aquel momento entró doña Casilda precipitadamente, la miró ansiosa, y exclamó temblando:

— ¿No oyes, Blanca, no oyes?...

— Que me aterras, dijo doña Blanca, ¿qué quieres que oiga?

— Esas campanas; doblan á muerto...

— Sí, oi eso; hace mucho tiempo que lo oí, repuso doña Blanca mirando á un lado y á otro como si perdiese la idea; ¿y eso qué es?

— Las otras campanas doblan lo mismo, Blanca, las de todos los templos, ¿no oyes?

Efectivamente; oíase el lúgubre clamor de las iglesias próximas; al mismo tiempo empezó á oírse también un sordo rumor en la calle que fué aumentando progresivamente.

— ¡Oh, Dios mío! ¿qué ocurre? exclamó doña Blanca con loco terror.

— La flor se ha secado, contestó Casilda; ya se sabe en toda la ciudad; todas las campanas doblan; todos los cordobeses van ahora á Santa Marina:

Doña Blanca lanzó un grito supremo, desgarrador, angustioso, formidable, de amor y de locura.

Iba á caer, pero doña Casilda, aterrada, la sostuvo en sus brazos.

— ¡Oh, Dios mío! pensó, ¿habré ido demasiado lejos?

— No, suelta, decía doña Blanca, suelta; estoy firme, puedo andar, quiero ir á Santa Marina.

Y como la de Saravia no se atreviese á soltarla, gritó la hija de Máinez y Carrillo:

— ¿Pero no oyes que quiero ir? ¿pero no ves que me moriré si no voy? ¿pero no comprendes que la vida de don Martín era mi vida y que quiero yo ir á la iglesia, y coger la flor, que es su alma, que ha muerto, y guardarla siempre junto á mi corazón, muerto también hasta que yo vaya á su lado?

— ¡Blanca, Blanca, por piedad, repórtate!

— No, no, siguió clamando la hija de Máinez y Carrillo; me ahogaré como lo digo: ¡Madre! ¡madre!

Entraba doña Leonor entonces y corrió á su hija recibéndola en sus brazos.

— ¡Hija de mi alma! exclamó doña Leonor; ¿qué te sucede?

— ¡Ay, que ha muerto!

Esta frase no más fué suficiente. Doña Leonor, presa de profundo terror y asombro, comprendió en el acto; el corazón de madre se sintió herido poderosamente en su más tierna fibra, al oír la exclamación del tierno ángel de su vida. ¡Amaba su hija á don Martín!

No pronunció una frase; estrechó á su hija en sus brazos con profundo amor, procurando á la vez serenarla.

— ¡Quiero ir, madre, quiero ir á Santa Marina!

— Ahora mismo, exclamó doña Leonor. Casilda, llama; que nos traigan los mantos.

Estefanía acudió inmediatamente al llamamiento de la hija de Saravia; ni se miraron siquiera; pareció que no se habían visto desde la noche antes.

No había amanecido aún; ¡qué importaba! Rebozaronse las tres mujeres, y salieron presurosas.

En la promediación del camino estaban, cuando se detuvieron ante la puerta de los Máinez y Carrillo algunos hombres de á caballo.

Era don Fermín de Santisteban con sus escuderos; se apeó, supo lo que ocurría por boca de la servidumbre, y salió presuroso hacia Santa Marina.

—¡Oh, fatalismo! decía, ¡cómo va penetrando en mi alma la sospecha! ¿qué será esto? Hay aquí algo de providencial; herido gravemente cayó don Martín, reventando caballos vine sin que nadie pudiera adelantarme, y aquí se tiene ya noticia de que murió.

Llegó á la iglesia en esto, pálido, tembloroso, jadeante; introdujose entre la multitud, y encontraron sus ojos inmediatamente á doña Blanca.

Era el momento precisamente en que doña Blanca llegaba al altar; avanzó hasta el ara misma; miró la flor, no ya marchita sino seca, y ante la horrible convicción, lanzó un ¡ay! de muerte, y cayó sin sentido.

(Continuará).





NUESTROS GRABADOS

EL GUITARRISTA

CUADRO DE LUIS GRANER

Consecuentes con nuestro propósito de dar á conocer en las páginas de LA ILUSTRACIÓN MODERNA á los artistas españoles que se distinguen en la pintura y en la escultura, publicamos en este número las reproducciones de tres cuadros debidos al pincel de Luis Graner, que en poco tiempo se ha conquistado un puesto envidiable. Graner, sin ser imitador, porque esto repugna á su carácter independiente, sigue, no obstante, las huellas de los grandes maestros de la pintura española. Nunca ha tratado de remedar á Velázquez, y con todo, el nombre de Velázquez se le viene á la memoria al que contempla alguno de sus cuadros ejecutados con un vigor notable en el claro oscuro y con holgura superior en la pincelada. Algo de Velázquez y algo también del genial Goya se descubre en *El guitarrista*. Sirvióle de modelo, sin duda, unos de esos bohemios que se escudan con el arte para holgazanear y en quienes se ven á veces chispazos de artista de veras. Graner lo sacó con una verdad que encanta. Aquel rostro barbudo, protegido por un sombrero que podría competir con los que usaban los discípulos de Monopodio, sigue atentamente el movimiento de la izquierda mano en los trastes de la guitarra. Ambas manos no pueden ser más naturales, pisando bien los dedos de la izquierda y lanzándose los de la derecha para arrancar del instrumento sus plañideros sonidos. Es una figura realista, por el estilo de las que pintaron los maestros que hemos citado, con un realismo á la española, que pone la verdad del natural y que no resulta antipático ni menos repugnante, gracias á que el arte preside en él y embellece lo que acaso no se presenta bello en la realidad misma.

LA HERMANITA GUARDIANA

CUADRO DEL MISMO ARTISTA

En esta obra Graner acaba de redondear su personalidad artística. En ella no existe propósito precon-

bido alguno; es sólo un apunte del natural convertido en cuadro, merced al cariño con que lo estudió su autor. Las dos figuritas que hay en él se encuentran en todas las casas de las gentes del pueblo en Cataluña. Todo el mundo al contemplarlas dirá: «Las he visto en tal ó cual casa.» La niña, ya crecida, haciendo calceta y guardando á su hermanito chiquitín, bien puede decirse que es un cuadro popular de nuestra tierra. Y como los tipos lo son también, porque de ella han sido sacados, resulta que la pintura tiene indudablemente un aire catalán. La hermanita pone toda su atención en los puntos de la media, sin descuidar al pequeñín, cuya cabeza está perfectamente dibujada. Los dos forman un grupo interesante.

UN CUENTO

CUADRO DEL MISMO ARTISTA

Congregados en pobre casa, á la mortecina luz de un velón, escuchan dos individuos de fea catadura y una mujer que allá se va con ellos, el cuento ó historia que les refiere un cuarto. ¿Qué es el cuento? ¿De qué trata la historia? ¿Sería sobre algún crimen? ¿Tiene que ver con la política? Ni esto puede deducirse del cuadro, ni probablemente se ha preocupado el autor de ello. Buscó sólo un efecto de luz y supo encontrarlo. A pesar de que el grabado no puede darnos el color, con el cual se precisan mejor los efectos luminosos, con el claro oscuro solamente se representa ya muy bien el foco de la luz del velón, los rostros iluminados directamente y las oscuras sombras que los cuatro personajes proyectan. Los dos hombres sentados frente al que está hablando ofrecen dos siluetas que causan la ilusión más acabada. En este cuadro, más que en el anterior, Luis Graner recuerda el modo de pintar y de poner la luz del celebrado don Francisco de Goya y Lucientes. La pintura en conjunto tiene el aire de aquellas composiciones de visión fantástica, conforme acontece, aún más que en sus cuadros, en los celebrados grabados al agua fuerte titulados *Los caprichos* y *Los proverbios*.



MESA REVUELTA

La máscara ó careta, ó sea el falso rostro con que se cubre la cara, ya para disfrazarse, ya para resguardar el cutis, se fabrica de cartón, de cera, de terciopelo, de seda, de lino, etc... Unas y otras se forman sobre moldes que ordinariamente son de yeso, contruidos según una cara en relieve modelada expresamente para este objeto. Á las máscaras de cartón se les da color, primero con una capa de color de carne muy ligera, luego con otra, y por último con el bermellón. Hecho esto, y cuando los colores están ya secos, se les aplica una cola clara que se deja secar, y por último un barniz. La base de las máscaras de cera es un tejido de lino muy sutil ó que esté algo usado. Las máscaras de ropa para los que visten dominós se llaman *lobas*.

El uso de las máscaras y la costumbre de las mascaradas se remontan á la más remota antigüedad. Se las encuentra entre los egipcios, griegos y romanos. Usábanse particularmente en las fiestas de Baco y durante las Saturnales y Lupercales. En los primeros tiempos se limitaban los actores para caracterizarse á embadurnarse con barro. Esquilo fué quien introdujo el uso de las máscaras en la escena. Las que usaban los actores eran una especie de casco de madera ó de metal esculpido que cubría toda la cabeza, y que, además de los rasgos salientes del rostro, imitaba la barba, los cabellos y las orejas. Su boca, siempre entreabierta, estaba construída de un modo especial y propio para que la voz apareciese más clara y sonora. Las máscaras eran distintas, según que las representaciones fueran trágicas, cómicas ó satíricas, y según el sexo ó edad de aquel á quien debía representarse.

Según se cree, hasta el siglo xiv no aparecieron las máscaras en Francia. Procedían de Italia, país en donde existían varias ciudades, Venecia, sobre todo, que tenían gran renombre por las mascaradas que en ellas se organizaban durante el carnaval. Con ocasión de las bodas de Carlos VI en 1389, se vieron por primera vez las máscaras en Francia. Hasta el siglo xvi no se usaron más que en ciertas fiestas ó para tomar parte en los juegos de azar. Desde el siglo xvi hasta el xviii las mujeres llevaban ciertas mascaritas para guardarse del frío que se llamaron *lobas*, según hemos dicho. Durante la Regencia el colorado y los lunares postizos sustituyeron á las lobas, las cuales desde entonces sólo se usaron para disfrazarse. Italia, y muy particularmente Venecia, tuvo por largo tiempo el monopolio de la fabricación de las máscaras. Hoy día París las produce para todos los países. La primera fábrica de máscaras fué montada por un italiano llamado Marassi.

En el arte de la esgrima se usa una máscara formada con un bastidor de hierro ovalado, cubierto de una tela metálica muy cóncava. Tiene por objeto evitar los golpes de florete ó las estocadas en el rostro; en su parte superior hay un arco de hierro provisto en su extremidad de una placa del mismo metal, que se apoya en el occipucio y mantiene sujeta la máscara sin necesidad de ningún cordoncito. Los agujeros de la tela metálica son lo suficientemente grandes para que no intercepten la vista, pero de un tamaño, al mismo tiempo, que el florete no pueda penetrar por ellos.

Contaba un día cierto oficial portugués el valor de sus soldados de esta manera:

— Hay tanta distancia de un soldado castezhao á un portuguesíño, como de lo vivo á lo pintado; y si no, á la prueba. Viene una bala, le derriba al portugués el chacó, y él, sin embargo, forte que forte. Viene otra bala, le atraviesa la cartuchera y el portuguesíño forte que forte, pero viene una bala, le pega al castezhao en el corazón ó en la frente, y... cátales muertos.

Sabidas son las precauciones que toman los ciegos para ocultar el dinero. Uno que poseía quinientos reales, no fiándose de tenerlos escondidos en el miserable cuarto que habitaba, bajó una noche al corral de la casa y los enterró al pie de un árbol. El exquisito tacto de que están dotados los ciegos le facilitaba el poder encontrar el lugar que encerraba su tesoro. Un vecino de la misma casa, que por casualidad había bajado al patio, notó la acción del ciego, y, al retirarse éste, desenterró los quinientos reales.

¡Cual no fué la desesperación del ciego, al notar la falta! Á fuerza de observar á todas las personas que en la casa vivían, por algunas palabras cayó en sospechas del ladrón; fuése derecho á él y le dijo:

— Poseo mil reales y desearía esconderlos en un paraje seguro donde tengo ya quinientos; pero como somos mortales, desearía que usted presenciara la operación para que alguno se aprovechara de esta suma que quedaría perdida.

Alegróse el vecino, y le animó á que lo hiciera así para atrapar la mayor suma. Quedaron convenidos para aquella noche, y el ladrón tuvo cuidado de depositar los quinientos reales que había sustraído, á fin de que no notara el ciego la falta.

Luego que llegaron al paraje, cogió éste su dinero recién enterrado, y dijo al otro:

— Amigo mío, convenga usted conmigo en que el

Ciego ha visto más claro que el que goza de buena vista.

Un negro de la Jamaica entregó á su amo un chelín que encontró barriendo las alfombras. El amo le dijo:

—Guárdatelo en premio de tu honradez.

Poco tiempo después, habiendo perdido el amo un lapicero de oro y buscándolo inútilmente por toda la casa, preguntó al negro si lo había visto:

—Sí, mi amo, le respondió, pero me lo guardo en premio de mi honradez.

Un aragonés se enteró de que desde la estación donde se metió en el tren, á Zaragoza, había doce leguas; pero admirado de llegar tan pronto, exclamó:

—¡Rediós! Si lo sé me vengo á pie.

Á un campesino le preguntaron en la fonda de qué clase quería el cubierto, y equivocando la materia con el precio, contestó:

—Como me den mucho que comer, no me importa que la cuchara sea de palo.

Un predicador enseñaba un cráneo y decía, para probar en lo que vienen á parar las miserias humanas:

—Mirad, mirad esta calavera. ¿Hay alguno entre vosotros que sepa de quién es?

Y un patán, que lo escuchaba, contestó:

—Sí, señor; de *cualqué defunto*.

Al ver el alcalde de cierto pueblo que un vecino del mismo iba á pegarle á un cerdo, puso la vara de la autoridad encima del lomo del animal, diciendo:

—Anda, tócalo, si te atreves con la justicia.

Para destruir las avispas empéñense unas estopas con esencia de trementina, introduciéndolas encendidas en la entrada del avispero, en un momento en que las avispas estén reunidas dentro, que es una ó dos horas después de puesto el sol, y así se ahogarán todos los insectos.

Puede hacerse una buena almáciga para la loza, calcinando conchas de ostra, y reduciéndolas á polvo finísimo, pasado por un tamiz de seda ó molido sobre mármol hasta hacerlo impalpable. Tomando una ó muchas claras de huevo, según el polvo ó obras que se han de hacer, y después de bien batidas y dejadas en reposo, luego con el líquido que resulta y el polvo, debe hacerse una pasta ó cola bastante líquida, con la que se juntarán los dos pedazos de loza, colocándolos convenientemente, y atándolos para que permanezcan en este estado ocho minutos. No necesita más tiempo este luten para secarse perfectamente, y tiene la ventaja de resistir al fuego y al agua sin romperse aun cuando la loza cayera en tierra. Si se han de unir muchos pedazos, se pegará uno después de otro, y las fracturas apenas se verán después de compuestas.

Las dos cosas que más pronto envejecen, son los favores y las noticias.—SEGUR.

Muchas de nuestras llamadas virtudes no son más que vicios disfrazados.—LA ROCHEFOUCAULD.

Os quejáis que cada cual no atiende más que á su interés, y yo me afijo de lo contrario. Conocer sus verdaderos intereses es el principio de la moral; obrar de una manera consiguiente es su complemento.—SAV.

La felicidad es una planta que no crece sino en la zona templada de las pasiones.—SANIAL-DUBAY.

Los grandes habladores son como los vasos vacíos, que hacen más ruido que los que están llenos.—FOCIÓN.

Difícil es hallar la verdad; pero más difícil todavía hacerla comprender y admitir.—SAV.

Por muy erguida que lleve la cabeza una hermosa, siempre toca con los pies en la tierra.—KEND-ALTAR.



ULTRAMARINOS RETOZONES

Si el café es una especie de final obligado en nuestras comidas, el cigarro sirve maravillosamente... para resolver el problema que consiste en figurar que se hace algo sin hacer nada.

No conviene abusar de esos excitantes, pero en razo-

nable proporción sirven á los fines digestivos, cuando menos porque obligan á demorar los trabajos en que debe intervenir la imaginación, y que por ser forzosos tienen más influjo sobre la transformación del alimento en sustancia nutritiva.

Consecuentes en nuestro sistema de utilizar todos los recursos fáciles para obtener el *utile dulci* de Horacio,

veamos en qué forma sirven á tal objeto nuestros dos ultramarinos, el café y el tabaco.

En primer lugar, el café tiene una influencia marcada sobre el sistema nervioso; y aspirar los vapores que se escapan de una taza de excelente mezcla de Moka y Puerto-Rico (que es la mezcla más abonada para obtener buen café), sirve mucho para desvanecer las ligeras jaquecas y hasta para aliviar las que son de padre y señor mío.

Puede también utilizarse el café para observar el estado de la atmósfera; si las burbujas se reúnen en el centro indican buen tiempo, y malo si se dispersan y forman un collar de burbujitas en el borde; pero es preciso abstenerse de revolverlo, porque entonces no obran las moléculas con libertad.

También vale el café para divertirse viendo los enmarañados dibujos que forma en su superficie líquida, cuando la hierre la luz de la lámpara y se remueven sus capas con la cucharilla; agítese más ó menos y saldrán unas combinaciones más complicadas que la firma del Sultán de Turquía.

Ahora le toca el turno al cigarro.

Supongo que en el centro de la mesa hay un ramillete: pues bien; basta tocar con la ceniza caliente del



cigarro los pétalos rojos de la flor del hibiscus para pintar en ellos unas manchas azules; si se practica lo mismo en los pétalos de otras flores aparecerán manchas verdes ó azules según la composición química del color que las matiza. Este resultado se debe al álcali que se desprende por combustión de la nicotina, principio esencial del tabaco.

He aquí algunas de las consecuencias científicas que pueden obtenerse con el café y el tabaco.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior
CA-NAS-TOS

Solución al losange:

S
MAR
MILÁN
SALOMON
RAMOS
NOS
N

Solución á los cuadros de líneas:

SEVILLA

CHARADA

Tengo una *todo* preciosa favorita de mi esposa, y *tres un* de buen tamaño que estoy usando hace un año. Tengo, como sabéis vos, un niño que le queremos con los mayores extremos, á pesar de ser *tres dos*. Pues bien, amigo Tremiño, verá usted lo que hizo el niño: un *prima dos* encontró, rompe el *tres un* indiscreto, y siendo el drama completo allí mi *todo* murió.

PA. SA. MA.

SUSTITUCIÓN

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

Sustituyendo los puntos por letras, se ha de leer en cada línea el nombre de una capital de provincia española. Los signos de multiplicar, sustituidos también por letras, darán, leídos verticalmente, el nombre de una capital de provincia también española.

J. SOLER FORCADA.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos mucho cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello. Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.^a*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—IMP. ESPASA Y COMP.^a



S. M. LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA, EMPERATRIZ DE LAS INDIAS
Ayuntamiento de Madrid



ALFREDO KRUPP

Y LA FUNDICIÓN DE ESSEN

POR

MAX GEITEL

(TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL ALEMÁN)

(CONTINUACIÓN)

LA primera Exposición internacional de artes é industrias de Londres procuró ocasión para dar á conocer en otros círculos la perfección del acero colado de Essen y de los objetos con él fabricados. Krupp, quien luego de vencida la crisis de 1848, había aumentado hasta doscientos treinta y siete el número de sus obreros, mandó á la misma, además de un cilindro de á seis de acero colado templado y bruñido, ejes de vagones, muelles de suspensión y de choque, corazas, etc., etc. Llamó especialmente la atención la pieza más importante de la sección de Krupp, consistente en un bloque de acero colado en bruto, de peso 4,500 libras, obra que se puede llamar de arte y que hasta entonces nadie había logrado ejecutar. En la fabricación de ese enorme y homogéneo bloque de acero colado, cuyas múltiples operaciones se hicieron con el martinete de vapor, el trabajo industrial de Krupp no ha sido hasta ahora igualado. Ni siquiera en Inglaterra, la tierra de los aceros colados, se habían podido lograr pequeños bloques como los que se necesitan para la fabricación de herramientas, cuchillos, tijeras, etc. En un informe sobre la citada Exposición se leía lo que sigue: «En la Exposición de industrias de Londres se lleva Alemania la palma en la fabricación del hierro. La obra maestra de esta fabricación, la verdadera corona de la fundición del hierro, no es inglesa si no alemana, es el reputado acero colado de Krupp, de Essen. Ha presentado este industrial una pieza de unas doce pulgadas de diámetro que al ser partida deja ver una ejecución tan perfecta como hasta aquí no se había visto. Una masa inglesa de acero colado de unas 1,000 libras aproximadamente, llevaba la inscripción «Pieza monstruo.» Para competir con ella, Krupp mandó traer de su fábrica una masa de 4,500 libras.»

A los artículos que envió á Londres se les concedió, en la sección del hierro y acero, la *Council Medal*, sólo otra vez otorgada.

La importancia que en esta primera Exposición internacional adquirieron los productos de la casa Krupp se tradujo en mucho mayor número de pedidos: y como consecuencia en un aumento en el número de obreros, que llegó á trescientos cuarenta, y en la ampliación de la organización técnica. Mientras que en el año 1851 todavía bastaban dos máquinas de vapor, fué preciso doblar su número al año siguiente. También en la misma época se aumentaron desde cuatro hasta seis los martillos de vapor. La producción del año 1852 ascendió á 1.450,000 libras de acero colado.

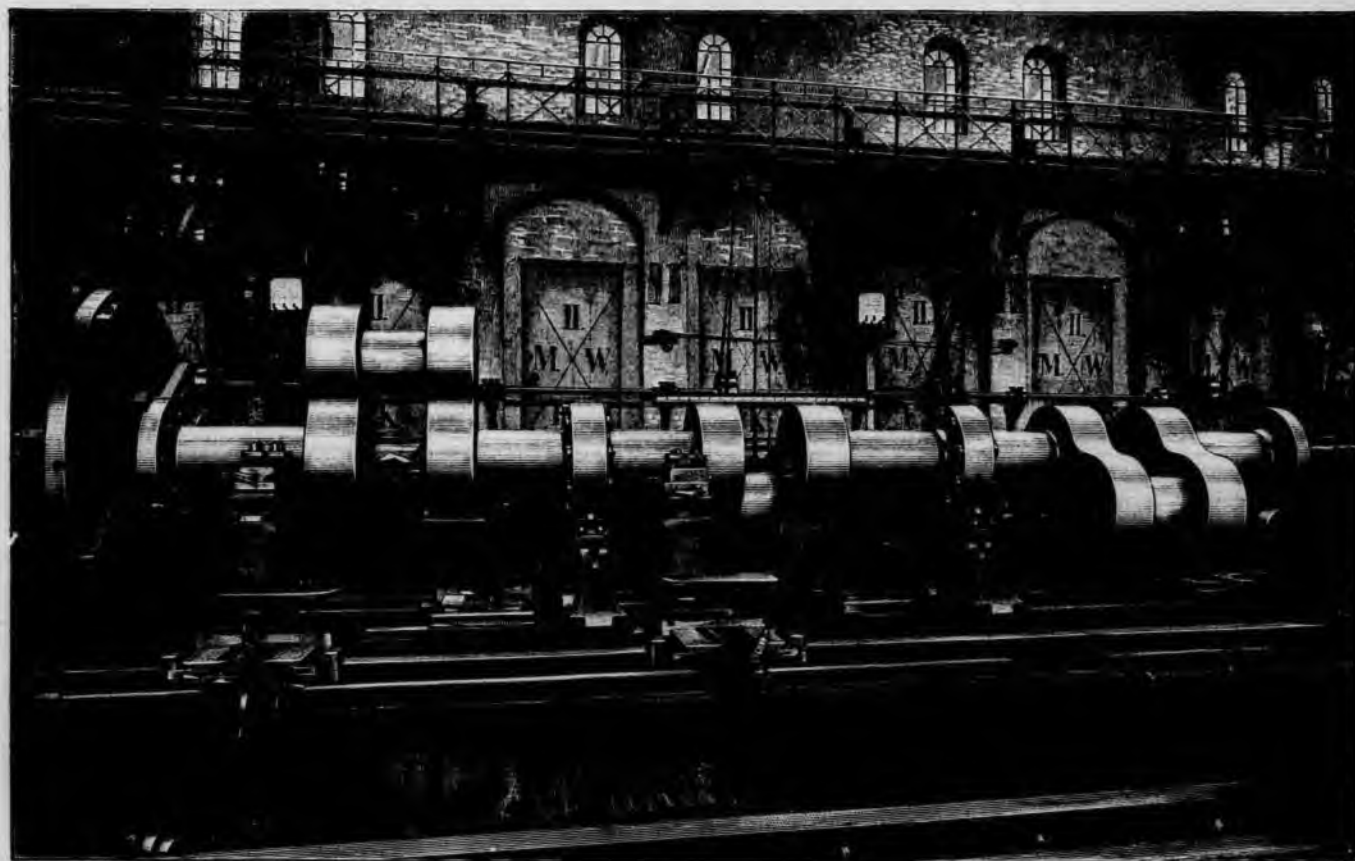
Como puede deducirse de la pequeña reseña de los artículos expuestos en Londres, Krupp

TOMO II.—77.

se dedicaba también á materiales de ferrocarriles. Hacía en primer lugar ejes para las máquinas, cuya seguridad aumentaba el empleo del acero colado en cantidad determinada; aún en el día los ejes de acero colado constituyen uno de los ramos más importantes de la fabricación en los talleres de Essen. Asimismo fabricaba Krupp con gran éxito los cilindros de los malacates de las minas; como también los cilindros de las manecillas y tornillos de las máquinas de vapor. Construyó un cilindro de manecilla para un vapor trasatlántico que pesaba unos 45,000 kilos. Prueba sus buenas condiciones el hecho de que un cilindro del vapor correo *Frisia*, de la Compañía de las Mensajerías Hamburgo-Americanas, hizo 66 y medio millones de reviradas, y anduvo 262,000 millas marítimas sin la menor señal de desperfecto. Esto nos muestra otro de los méritos de Krupp, á saber, su extraordinaria y jamás vista habilidad en la manipulación de grandes masas. No fué solamente maestro en la producción de masas en bruto de un peso enorme, sino que halló también el medio de manejarlas, trabajarlas y perfeccionarlas.

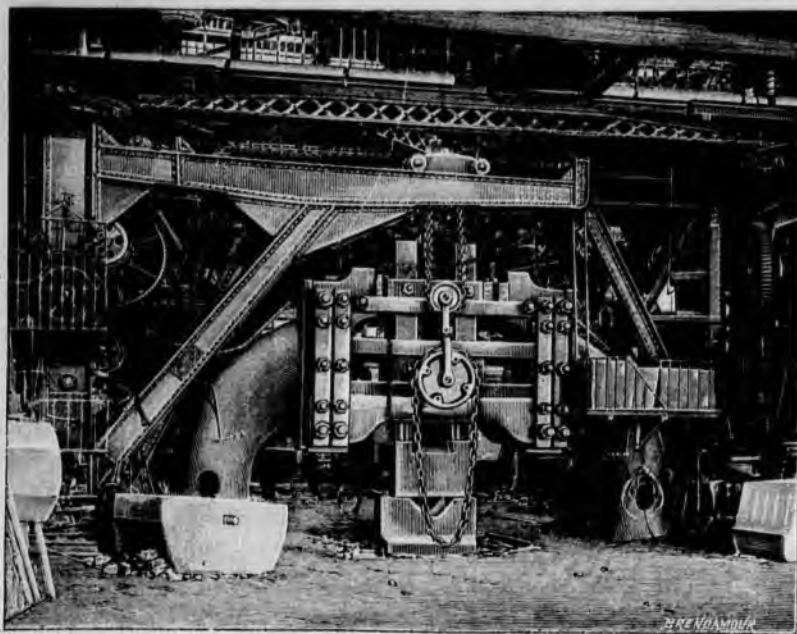
En el año 1853 alcanzó Krupp un grandísimo triunfo por lo que se refiere á material de caminos de hierro, con la implantación de aros sin soldar para ruedas de vagones, una de las más importantes innovaciones modernas. Conviene hacer resaltar esta circunstancia á los ojos de los profanos, tanto más cuanto, merced á las ganancias que esto le proporcionó, pudo al fin cumplir los compromisos anteriores que aún estaban pendientes. Los aros que se colocaban antes en las ruedas de los vagones, á semejanza de los de las ruedas de los carruajes ordinarios, constituían al rodar por la vía un peligro constante. Esto dimanaba de la fabricación que consistía en formar un aro con el hierro y soldar los dos extremos. La necesidad cada día creciente de mejoras, respecto de la carga y velocidad de los trenes, dió lugar á una inspección de los aros de las ruedas, la que ofreció por resultado una cantidad espantosa de roturas y rajaduras en la soldadura. Con los cambios de temperatura y la continua dilatación y encogimiento del hierro que producían la rotura del aro de la rueda, se sucedían los contratiempos con fatal regularidad. De cuanta importancia sea la buena ó mala construcción de los aros de las ruedas respecto á la regularidad del tráfico, puede fácilmente deducirse de las estadísticas, publicadas todos los años, en los caminos de hierro del reino. A pesar de la gran perfección de las ruedas en los vagones de ahora, en el año 1889 arrojan aquellos cuadros veintidós descarrilamientos y ciento setenta y un retrasos en los trenes de los ferrocarriles alemanes por causa de roturas en los aros de las ruedas. La ventaja del invento de Krupp se fundó en evitar la soldadura, que era un peligro, y en sacar de una masa de acero colado un aro igual y sólido, que después se pulimentaba en talleres contruidos ex profeso. Hoy día usan todos los ferrocarriles del mundo el procedimiento de Krupp, que ha ido perfeccionándose con el tiempo. Cuán numerosos fueron los pedidos de este material de caminos de hierro, lo demuestra el que la fábrica de acero colado de Essen entregase en un solo año 65,000 piezas de aquella clase, una tercera parte de ellas destinada á Inglaterra y América. Aun cuando Krupp no reclamase para sí otro mérito que el de la invención de los aros de rueda sin soldadura, tendría ya asegurado sitio privilegiado entre los industriales que han perfeccionado el material de caminos de hierro.

En Mayo del año 1853 fundó Krupp una casa para él solo. Al mes siguiente la fábrica de acero colado vió en sus muros al primero de los numerosos é ilustres visitantes que la honraron con su presencia. Era el príncipe de Prusia en aquella época, más tarde primer emperador de Alemania. Ninguno de los que presenciaron aquella visita podía sospechar los grandes acontecimientos en que había de intervenir el regio huésped, ni la parte importante que en su desarrollo desempeñarían los productos de la fábrica. La innovación del cañón de acero colado no produjo gran resultado. Krupp mismo, hablando más tarde de ello, decía que «los accesorios para la construcción de los cañones» le habían costado mucho dinero; y efectivamente, no hubiese podido llegar nunca á la perfección que luego les dió, á no ser por sus numerosos «artículos de paz,» especialmente el privilegio para la fabricación de los aros de ruedas, que fueron una verdadera mina. El año 1854, en cuyos comienzos le nació un hijo, Federico Alfredo, el solo y único jefe hoy día de la sociedad, trajo también consigo el éxito decisivo del



Manecilla de cilindro de un buque, de 45,000 kilos de peso, en construcción, en los talleres de Krupp

cañón, y cosa digna de notarse, ocurrió esto en un pequeño Estado alemán, el ducado de Brunswick. Según el informe del que era entonces jefe de la artillería de Brunswick, el teniente coronel Jorge Orges, había en Essen un cañón de á doce «de dimensiones nunca vistas,» construido de acero colado, del cual se habían hecho serios ensayos en aquel país. La opinión del referido oficial, muy conocido en los círculos militares, probó su extraordinaria penetración,



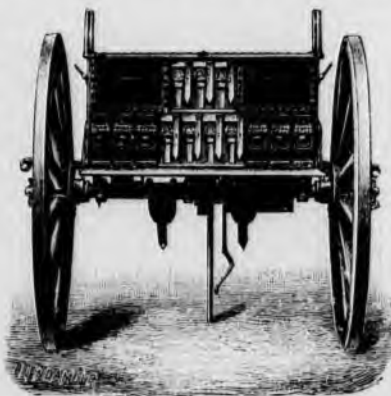
Martinete de 1,000 quintales

y dió oficialmente á conocer, por vez primera, las ventajas de los cañones Krupp, después reconocidas por todos. «Yo no dudo en afirmar,— así se expresaba el teniente coronel Orges,— que los cañones Krupp de metales de Westfalia sirven más que los mejores cañones de bronce; que su adopción por la artillería de campaña traería grandes ventajas; y que sería de grande utilidad adoptarlos para la artillería de plaza y la rodada, así como también de una manera especial para el artillado de marina. Procura-

riarse, además, con esto, millones á la industria metalúrgica alemana, y habría medio de proveerse de pertrechos de guerra sin necesidad de acudir al extranjero.» Resultó de este informe, que sólo en parte reproducimos, que los demás Estados confederados de Alemania ensayasen también el cañón Krupp y lo adoptasen.

La Exposición de París de 1855 proporcionó nuevos laureles en la lucha internacional. Si el bloque de acero colado, presentado en la Exposición que tuvo lugar cuatro años antes en Londres, pesaba 2,000 kilos, el que presentó en la de París, llamado la *Sacre tête carrée d'Allemagne*, pesaba 5,000. El brillante éxito que obtuvieron en París los productos de Essen, junto con la introducción de las armas rayadas, que tendían poderosamente á aumentar el alcance de la artillería, motivaron un gran número de pedidos de los distintos Estados del mundo. Egipto abrió la serie con un pedido de treinta y seis cañones de acero colado. En el año 1859 quiso Prusia tener también cañones Krupp, y en 7 de Mayo encargó el príncipe regente una pronta remesa de trescientos cañones rayados de acero. El texto de la orden del gabinete real se refería á un centenar de piezas; pero el príncipe, de su propia mano, lo cambió elevando el número hasta trescientos; ¡tan convencido estaba de la superioridad de los cañones de Essen! Con motivo de estos considerables pedidos aumentó el número de los obreros, en el curso del año 1860, hasta mil setecientos sesenta y cuatro, y la producción de acero colado se elevó á ocho millones de libras.

El año 1861 representa una época importante en el desarrollo de la fábrica, pues en el mes



Cañón de campaña ligero de 7,5 cent. (1885)

de Septiembre se inauguró el gran martinete de vapor de mil quintales de peso, en presión, conocido por todo el mundo técnico con el nombre de «Martinete Federico.» Así que se supo el plan de Krupp de construir tal monstruo, de todas partes se le dirigieron serias observaciones, y realmente aún hoy debe considerarse como una empresa arriesgada, dada la escasa práctica de aquel tiempo en la construcción de martinetes de vapor. Nada, empero, detuvo á Krupp, y cuando por vez primera cayó el coloso con toda su fuerza sobre una masa de acero colado haciendo temblar el suelo, retrocedió todo el mundo espantado menos Krupp, que permaneció inmóvil y tranquilo en su puesto. Había contado con este resultado. Sus cálculos no habían salido fallidos, y podía gloriarse de poseer una máquina poderosa como nadie en la redondez de la tierra poseyera otra igual. Poco tiempo después tenía la satisfacción de enseñar este último fruto de su ingenio á su elevado protector, el rey Guillermo, al príncipe heredero Federico Guillermo y al ministro de la Guerra von Roon.



Cañón de campaña ligero de 7,5 centímetros (1885)

Los varios artículos de la fábrica de Essen adquirieron con los años tal fama, que fácilmente pudo Krupp llevar con paciencia que el Jurado de la segunda Exposición Universal de Londres del año 1862 le adjudicase dos medallas de bronce, á pesar de la opinión de los inteligentes y de los profanos. Por causa de haberle señalado tan bajo puesto, se le trató con muy poca cortesía, tanto que el *Times* se expresaba sobre este asunto en los siguientes términos: «Felicitamos á Krupp por la alta consideración que se le dispensa en todo el mundo como constructor de las mayores y más perfectas masas de acero, pero no por el bajo lugar en que le ha puesto la Expo-



Cañón de campaña ligero de 7,5 centímetros (1885)

sición. ¿De qué depende esto? Se ve claramente que el sebo, los juguetes y las confituras disfrutaban de la preferencia de los comisionados de Su Majestad.» En estos tiempos prodújose una gran revolución en los productos de acero, con motivo del descubrimiento hecho por el inglés Bessemer, cuyo procedimiento reemplaza con

ventaja el uso pesado y lento de la pólvora, y permite producir masas extraordinariamente grandes de acero en pocos minutos. La aplicación general del acero en la fabricación de rieles de ferrocarriles data del invento de Enrique Bessemer, pero Krupp tuvo el mérito de reconocer su oportunidad y de traer el aparato de Bessemer á Alemania. Ya en el año 1862 se trabajaba en Essen con cuatro aparatos Bessemer, llamados convexos, de dos toneladas y media de fuerza, y en 1889 funcionaban catorce convexos de seis toneladas. Habiéndose lanzado la fábrica de acero colado á la fabricación de rieles y planchas, después de haber introducido el procedimiento Bessemer, tuvo un aumento sin precedente de trabajadores y producción en los años 1863 y 1864, elevándose el número de los primeros de 2,512 á 6,693, y el segundo de 13 á 54 millones de libras.

(Continuad.).



LA VISIÓN DE DODY

Ah! dijo Dody, ya sé lo que voy á pedir al Niño Jesús por Navidad.

Al decir esto se había incorporado á medias con vivacidad en su camita, donde la enfermedad la tenía postrada dos largos meses hacia. La pobrecita Dody sonreía y sus ojos de violeta brillaban de una manera extraña bajo su fina cabellera de oro.

—Sí, sí; ya sé qué voy á pedirle yo al buen Jesusito.

—Dody, le dijo su madre, que estaba sentada junto al fuego, y temía que por la cabecita de su niña enferma cruzara algún deseo poco realizable; Dody, hija mía, no olvides que somos pobrecitos.

—¡Oh! replicó la niña, y esto ¿qué importa? por lo mismo podemos pedir siempre. Dios es para los pobres más que para los ricos: los pobres le necesitamos más. Pero, añadió después de una corta pausa, lo que voy á pedir á Jesús, aunque sea mucho, no le costará muy caro.

Eran las cuatro: caía la tarde. La plaza estaba blanca de nieve, blancos estaban también los tejados, blanca la torre del campanario y blancos los cipreses del cementerio. Detrás de las ventanas empezaban á brillar algunas luces, pero dos resplandores más intensos iban medrando rojizos sobre la nieve á expensas del fugitivo crepúsculo, y eran los que salían de los abiertos portales de la herrería de Reyns, que era el padre de Dody, ocupado en aquel momento en herrar el caballo del molinero, y de la tahona de Kremmels, cuyo horno flameaba en el fondo.

—Kremmels tiene mucho trabajo, dijo Dody; Janneke me ha dicho que el Niño Jesús ha encargado á Kremmels los pastelitos de Navidad, porque los ángeles no han podido hacer todos los que Jesús necesitaba. ¡Mira tú cuántos niños habrán sido buenos este año!

Calló Dody, y miró pasar bajo sus ventanas á los niños que bulliciosamente volvían de la escuela y que al acercarse á la herrería procuraban atenuar el ruido de sus pasos, y bajaban la voz... hablando misteriosamente de Dody, la de los ojos de violeta, que estaba enferma hacía mucho, mucho tiempo...

Pero de pronto se abrió lentamente la puerta de la habitación, y Dody batió palmas al ver entrar á su amiguito Janneke, el niño del panadero.

—¡Oh, Janneke! exclamó la niña; ¡cuánto me alegro de verte!

Janneke avanzaba con precaución, llevando delicadamente en sus manos algo bien envuelto en una servilleta.

—Es un pastel de Navidad, dijo; un magnífico pastel que mi padre ha hecho para Dody.

Lo colocó sobre la camita de la niña, y entreabriendo la servilleta, enseñó un pastel soberbio, cubierto de azúcar blanco con el nombre de Dody escrito en letras de azúcar rojo.

—¡Ay! ¡qué hermoso pastel! gritó la niña maravillada. Muchas gracias, Janneke, á tí y á tu padre.

—Come de él en seguida, Dody, murmuró Janneke; cómelo; ¡me gustaría vértelo comer!

—Sí, contestó Dody con una sonrisa misteriosa; tienes razón, Janneke, vale más que coma en seguida.

Y su madre cortó un pedazo de pastel, que la niña comió con mucho apetito, diciendo:

—Está muy bueno; no sé si los ángeles hubieran podido hacerlo mejor.

Y añadió muy bajito:

—Eso pronto lo sabré, de seguro.

Un momento en que su madre salió del cuarto, Dody cogió la mano de Janneke atrayéndolo hacia sí, y le dijo con efusión:

—Oye, Janneke: la iglesia debe estar abierta, el señor cura confiesa y el sacristán habrá colocado ya el Niño Jesús en el pesebre delante del altar.

—Creo que sí, contestó Janneke.

—Pues bien; vas á hacerme un gran favor. Véte á la iglesia, ponte de rodillas delante del Niño y dile: «La enfermita Dody os pide que, como aguinaldo, os la llevéis al cielo esta noche.»

Janneke la miró aturdido; sus ojos se llenaron de lágrimas y exclamó en tono de reproche:

—¡Ah, Dody, Dody! ¿tanta prisa tienes por dejarnos?

—Es que he oído decir, contestó ella como meditando, que en la tierra no hay más que penas, mientras que en el cielo todo es felicidad, y para siempre. Allí se juega con los ángeles entre las flores siempre frescas de una primavera eterna. Sí, Janneke, me gustaría mucho estar allí, y te ruego que vayas á pedir á Jesús lo que te he dicho.

El chico no se movía; al cabo de un rato la enfermita le preguntó:

—¿No me quieres, Janneke?

—¡Oh, sí, muchísimo!

—Pues entonces, prosiguió gravemente la niña, ¿por qué no quieres hacer lo que te pido?

El muchacho se fué; atravesó lentamente la plaza, hundiendo sus zuecos en la nieve, y entró en la iglesia. El Niño Jesús estaba ya en el pesebre, acostado sobre paja, cubierto de copos de algodón en rama imitando la nieve.

Janneke se adelantó hasta muy cerca y arrodillándose, dijo:

—Buen Jesús, Dody, que está enferma, os pide que, como aguinaldo, os la llevéis al cielo esta noche.

Luego, entristecido, añadió:

—Y hacedme la gracia de llevarme á mí al mismo tiempo que á ella.

Después volvió á casa Dody, que al verle entrar le preguntó:

—¿Qué ha contestado el Niño Jesús?

—Nada, respondió Janneke poniéndose alegre de pronto.

Pero la niña, después de haber meditado algunos instantes, repuso como explicándose la cosa:

—No importa, Jesús no contesta así como así; pero ya sabe lo que ha de hacer.

Por la noche, Kremmels, el panadero, decía á Janneke:

—¡Caramba, qué tiempo tan malo! Yo creo que el Niño Jesús no se atreverá á venir esta noche.

Janneke escuchó, y al oír los aullidos del viento furioso y el sedoso ruido de la nieve echada contra las paredes, pensó que su padre tal vez tenía razón, y deseó con toda su alma que el viento soplara aún más fuerte y que la nieve cayera más espesa, para que no viniera el Niño Jesús.

Cuando daban las doce de la noche en la torre de la iglesia, Janneke despertó súbitamente y creyó ver un inmenso resplandor atravesar las rendijas de su ventana. Pensó que sin duda á aquella hora el cielo se entreabría para recibir al Niño Dios que volvía al lado de su Padre, después de haber distribuido sus aguinaldos á los niños buenos, y pensó con miedo que tal vez no se volvía solo...

Las doce campanadas despertaron también á Reyns, el herrero, que, creyendo haber oído á Dody moverse, llamó á su mujer. Ambos escucharon un rato, pero como nada turbaba el nocturno silencio, la mujer dijo:

—Te habrás equivocado; yo creo que duerme muy bien.

¡Ay! sí que dormía bien la pobrecita Dody; tan bien, que cuando sus padres la llamaron alegremente á la siguiente mañana, no la pudieron despertar.

—¡Dody, Dody! decía el padre; ha venido el Niño Jesús; mira lo que ha traído para tí.

Y le enseñaba una hermosa muñeca que, la antevíspera, él había ido á comprar á la ciudad y en la cual el pobre herrador se había gastado mucho dinero.

Pero al acercar la luz los dos esposos ahogaron un grito: la pobrecita Dody, de ojos de violeta, estaba blanca, fría, muerta.

Cuando Janneke entró, un poco más tarde, y vió á su amiguita de aquella manera, comprendió que el Niño Jesús había oído su ruego. El pobre muchachuelo no dijo una palabra y ni siquiera lloró: sólo sintió invadirle y penetrarle hasta el corazón un frío muy grande. Después salió, volviendo á cada paso la cabeza hacia Dody, y se dirigió á la iglesia iluminada para la misa del alba; entró, y encaminándose al pesebre, rodeado de luces, se hincó de rodillas ante él y dijo:

—Buen Jesús, soy Janneke: os ruego que no me olvidéis para el año que viene.

L. DENUIT.

CANDOR INFANTIL

AQUELLA noche de Navidad el belén se había arreglado en el mismo cuarto del niño delante de la inmensa chimenea; al través de los cristales se veía caer la nieve fina y desmenuzada en remolinos.

Con papel-cartón gris, algodón en rama, paja y candelitas azules y rosadas se había representado el sitio memorable donde, diez y nueve siglos atrás, y en una noche también de frío y nieve, el Rey de los Cielos quiso venir al mundo.

La evocación de aquella escena de sublime sencillez en el lujoso cuarto del niño resultaba encantadora; el pobre belén hecho de cosas bastas se destacaba poéticamente sobre el rico y delicado fondo de cortinajes bordados, espesos tapices, elegantes muebles y preciosos objetos decorativos, á la luz mortecina de aquel pálido día de invierno...

Y el mismo pequeñuelo, único espectador de aquel cuadro, contrastaba extrañamente, vestido como estaba de gruesas y calientes telas, con el Niño medio desnudo que sonreía en su pobre lecho de pajas. La madre había tenido esto en cuenta; había puesto la pobreza del pesebre á los ojos de su hijito para inspirarle la piedad y sembrar en su corazón un primer germen de amor hacia Aquél á quien debía amar más que á ella misma, á quien debía adorar

cuando fuera hombre; pensó que ante un Dios niño como él, su corazón se abriría sin recelo y se entregaría con más espontaneidad.

Ella, con sus propias manos, había colocado aquellas imágenes bajo las figuradas peñas; había escondido las candelas de color y las lamparitas suspendidas con cadenillas de plata; había, con multitud de pequeños detalles y lindezas, dado piadosamente á la santa cueva un aspecto de iglesia, un aire de recogimiento. Y entonces, tomando en brazos á su niño, á su hijo vestido de blanco, le había dicho, mostrándole á Jesús:

—¿Ves? era un pequeñín como tú.

El niño se puso muy serio y no contestó; pero luego, mirando más de cerca la imagen de la Virgen María, pareció descubrir en ella algo que no le era desconocido y que le hizo exclamar de pronto:

—¡Ay, mamá! ¡cómo se te parece!

Llegó la noche: el niño estaba ya acostado y la madre velaba en la sombra por su hijo, cuya camita con pabellón de blanca muselina y lazos azul pálido estaba junto al rústico belén. Al través de los cristales veíanse brillar débilmente las estrellas temblorosas, y la blancura de la mullida camita, semejante á un nido de plumas, se destacaba misteriosamente en la semi-oscuridad. Bajo las cortinas de bordada muselina no reinaba aún el sueño; una inquietud asediaba á la cabecita rubia en la finísima almohada. ¡Ay! ¡qué frío debía sentir el otro Niño, el que sonreía con los brazos abiertos en su lecho de pajas! ¡Cuánto debía sufrir, pobre y miserablemente abrigado como estaba!

Pensando esto, el niño se agitaba triste, inquieto y conmovido. En su cándida imaginación la apariencia se convertía en realidad, la maravillosa historia cobraba vida, la pequeña imagen sonrosada era un niño en carne y hueso que existía y respiraba dentro la cueva de cartón gris, y Jesús venía á nacer en aquel cuartito de niño, en la noche de Navidad de 1892.

Una gran emoción de amor y piedad llenaba todo su corazón. Levantóse sin ruido y dirigiéndose al humilde pesebre donde yacía el Niño-Dios, tomó á éste con gran precaución y ternura y lo llevó á su camita caliente y mullida. Después vaciló un momento sin saber qué hacer, hasta que, de pronto, resuelto y sonriente, fué á acostarse en el sitio vacío sobre la paja del pesebre bajo la mirada de la Virgen que se parecía á su madre.

Al día siguiente despertó como siempre en su cama entre muselinas y bajo el bordado pabellón.

—¡Mamá! gritó en seguida.

Y su madre, encantada y con los ojos llenos de lágrimas, escuchó estas palabras que su niño le dijo misteriosamente, en voz baja:

—Ya me figuré que se volvería el niño Jesús; ¡qué bueno es!

IXE.

DEMOSTRACIÓN ELOCUENTE

(IMITACIÓN DE CARLOS CARAFA DI NOJA)

YA se llenó el salón hasta el exceso,
dió la grey femenil su conferencia:
háblase de *injusticia* y de *progreso*,
con arte, con vigor, con elocuencia,
y exclama, del debate en el proceso,
una nueva D'Auclert:—Con evidencia
quedó probado ya, noble congreso,

que no hay de un sexo al otro diferencia:
iguales somos en ardor guerrero
y...—Mas salta al escaño temblorosa
porque un ratón le derribó el tintero...
Imítale la turba clamorosa
y en un punto se armó tal gritería
que el techo derrumbarse parecía...

FRANCISCO DÍAZ PLAZA.

COLECCIÓN ZOOLOGICA

DEL PARQUE DE BARCELONA

II

A continuación de las aves *Prensoras* se hallan instaladas las *Palomas* y *Gallinas*. Así como dijimos en el artículo anterior (1) que los Guacamayos, Cotorras, Cacatúas y Loros constituían para nosotros mero objeto de adorno ó recreo, de la gran mayoría de las especies comprendidas en las *Palomas* y *Gallinas* puede asegurarse, por el contrario, que en todos tiempos y lugares han proporcionado al hombre grandísimas utilidades, mereciendo ser calificadas algunas de las que se tienen en domesticidad como los animales de pluma más provechosos.

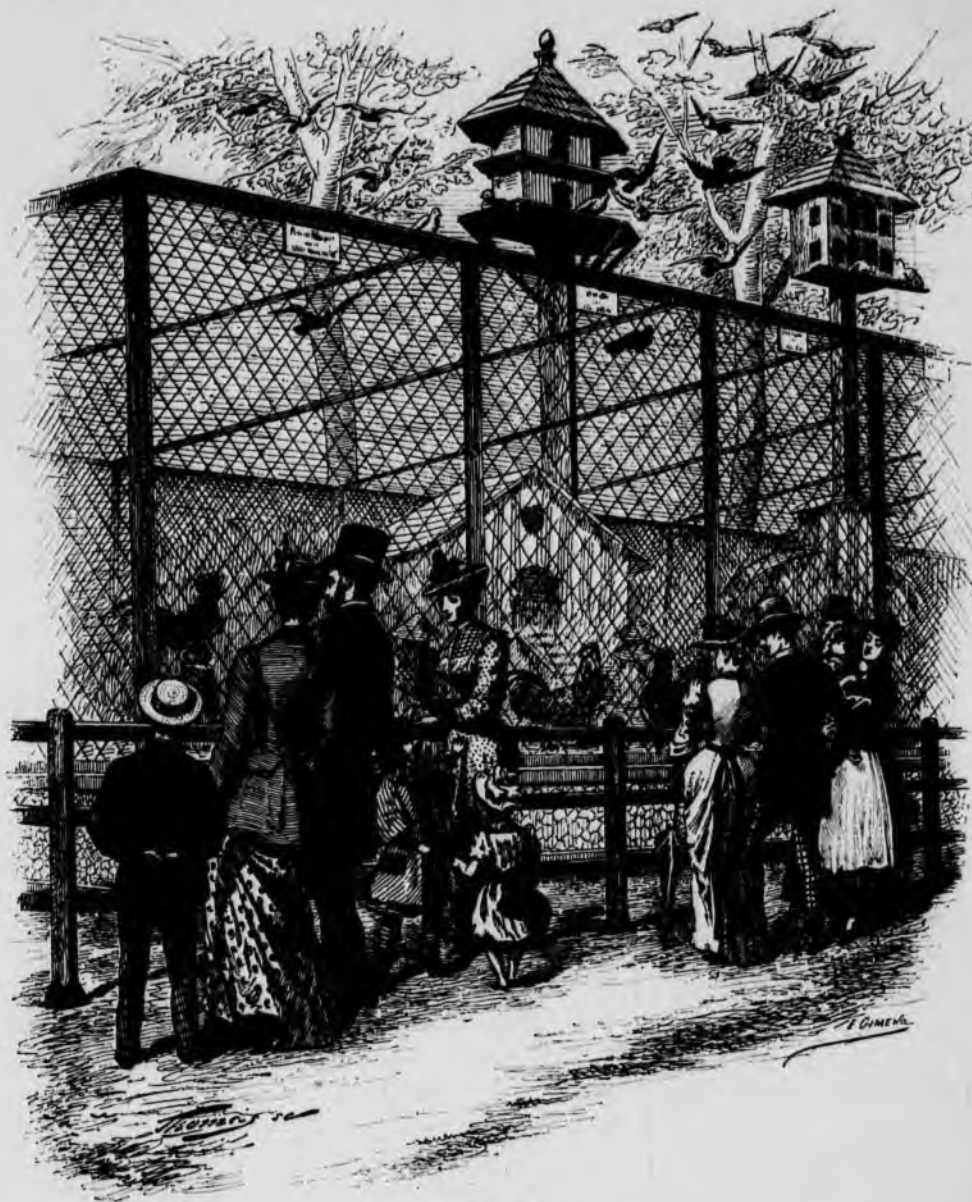
PALOMAS

Los naturalistas no están por cierto de acuerdo acerca de la especie ó especies que han originado el inmenso número de razas, subrazas y variedades de palomas que en todas las partes del mundo civilizado viven sometidas al hombre; sin embargo, á pesar de la diversidad de magnitud, formas, coloración, fecundidad, costumbres, etc., que ofrecen, consideran algunos como rama madre de todas las domésticas á la llamada *Paloma Silvestre* ó *Montés*. Caracterízase ésta por alcanzar mediano volumen, es de color pizarroso con reflejos de variados matices, tiene el obispillo ó rabadilla blanco y las alas cruzadas por dos listas ó fajas negras. Aunque emigradora, se la encuentra siempre en las costas de Europa, Asia y Norte de África. Aliméntase de cereales, semillas de ciertas leguminosas y de algunas otras plantas, causando algún perjuicio en la época de la sementera; pero como destruye multitud de semillas de malas hierbas, superan en mucho los beneficios que proporciona al agricultor. En estado libre anida por lo regular dos veces al año, fijando el nido en las cavernas, rocas ó paredes. Domésticase con facilidad, sobre todo si se cogen individuos jóvenes, conservando, no obstante, independencia, ó sea que no se muestra nunca tan sumisa al hombre como las razas domésticas.

A la manera de lo acontecido con otros animales, como por ejemplo, el perro, el caballo, la oveja, etc., que á beneficio de estar desde épocas remotas bajo el inmediato dominio del hombre han sufrido tales modificaciones, que en muchos casos se hace difícil comprender si proceden de un tronco común los actuales individuos de una misma especie, así el esmero con que se ha cultivado la paloma montés en domesticidad ha motivado ese gran número de razas domésticas, habiéndose llegado en ocasiones al extremo de precisar *a priori* la obtención de variedades de palomas con tal ó cual coloración de plumaje, potencia fecundante, instintos especiales

(1) Véase el número 50.

y otras diversas propiedades particulares. Es una verdad que para lograr tales efectos ha sido necesario elegir con gran cuidado los individuos destinados á la producción, conocer; la mayor influencia que los machos tienen respecto á las formas de la progenie; calcular de antemano los resultados que podría dar la mezcla de tal ó cual coloración en el plumaje, y otras muchas



Palomas y Gallinas

circunstancias; necesitándose siempre, para obtener lo que se pretendía, una solicitud extrema y una gran perseverancia, y aun con todo ello no siempre el éxito ha coronado los trabajos empleados.

El hombre ha diseminado las palomas domésticas, aclimatándolas en todos los países adonde ha llevado la civilización, obteniendo razas tan importantes como la *Buchona*, llamada así por la facultad que tiene de dilatar considerablemente el buche, y es apreciada por su fecundidad;

la *Ecuestre*, que origina individuos de formas muy esbeltas y sumamente fecundos; la *Monjil*, con la cabeza adornada de plumas que le forman una especie de capucha; las *Calzadas*, que tienen las patas cubiertas de plumas hasta las falanges de los dedos; las *Correos* ó *Belgas*, de alas largas y puntiagudas, vuelo muy veloz y que ofrecen la particularidad de encariñarse tanto con el palomar en donde crían, que aun cuando se trasladen á grandes distancias de su nido, al dejarlas en libertad se orientan con facilidad volviendo rápidamente al mismo, especialmente si son de buenas razas y están bien adiestradas. Hay, además, las palomas *romana*, *turca*, *polaca*, *de cresta*, *volteadora*, *temblona*, *cola ancha*, *golondrina* y tantísimas otras.

Cuanto se diga de lo útiles que son las palomas domésticas para la economía y la agricultura será pálido comparado con la realidad. Podrá formarse una idea aproximada, considerando que una sola pareja de buena raza criadora verifica por lo menos ocho puestas al año, produciendo dos pequeñuelos por cría, ó diez y seis anuales; y como los pichones al mes de nacidos están en disposición de mandarlos al mercado, vendiéndose, particularmente en las grandes poblaciones, por lo menos á dos ó tres reales cada uno, fácil es calcular el producto que proporcionarán dos ó tres centenares de parejas de dichas aves, que sin dificultad pueden tenerse en un palomar de buenas condiciones y cuidadas por una sola persona, sin que los gastos sean ni con mucho equivalentes á la producción. Agréguese á esto, que los excrementos de las palomas (*palomina*) constituyen un precioso abono muy rico en nitrógeno, mereciendo ser considerado como producto de no escasa importancia.

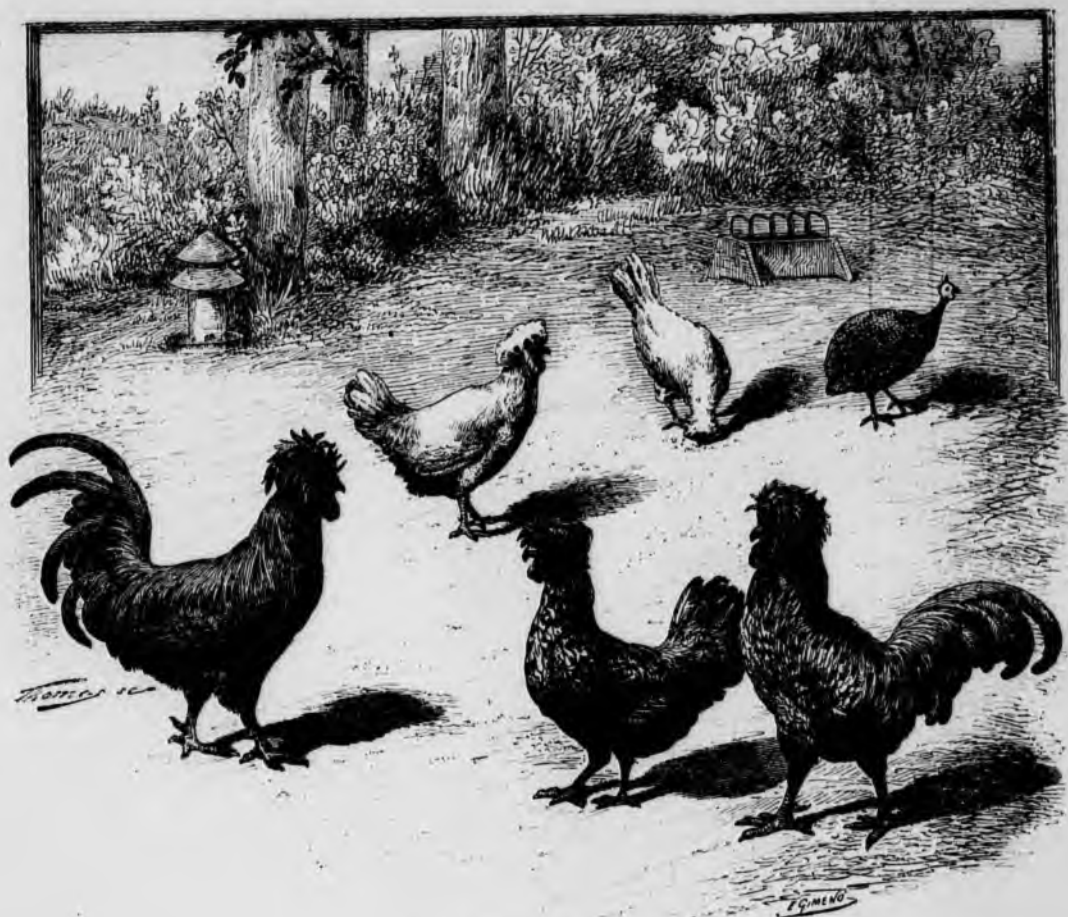
Las palomas correos, llamadas *mensajeras*, se las tiene en gran estima, pues, además de otros usos, se utilizan para establecer comunicaciones entre una plaza sitiada y el exterior salvando las huestes sitiadoras. Aunque desde época muy antigua se han empleado con el propio objeto (en el primer siglo de nuestra era sirviéronse ya los romanos de palomas correos para pasar partes por encima de las líneas enemigas), no puede negarse que desde el último sitio de París han adquirido una importancia considerable, hasta el punto de que muchas naciones, incluso España, las consideran como elemento útil para la guerra, habiéndose construido ex profeso, en puntos y lugares á propósito, palomares en los cuales se crían y adiestran convenientemente gran número de tan interesantes volátiles.

En el grupo que los ornitólogos denominan *Gallinas*, se incluyen, entre otras muchas aves, los *Gallos* y *Gallinas* domésticos, los *Pavos reales* y los *Faisanes*.

El *Gallo* y *Gallina* domésticos, que en todas partes forman el factor principal de las aves útiles, fueron reducidos á domesticidad desde tiempo inmemorial, desconociéndose por completo los medios que se emplearon para someterlos á esclavitud; pero se han avenido tan bien á la misma que nunca han vuelto al estado salvaje, habiendo fracasado cuantas tentativas se han hecho para poblar los bosques con tales animales. Tampoco se sabe de una manera cierta la especie ó especies que los originaron, suponiendo algunos que proceden del *Gallo bankiva*, hermosa gallinácea que habita salvaje en Java, Sumatra y Filipinas; asegurándose que las múltiples causas mesológicas, el tiempo y el cultivo explican fácilmente el que haya producido esa inmensidad de razas y variedades domésticas que contemplamos en nuestros corrales, las cuales ofrecen tan distintas magnitudes, diversas formas, variadas coloraciones, potencia fecundante y riqueza de carnes tan diferentes, y otras muchas condiciones ciertamente bien desemejantes.

Entre las razas que se observan en la instalación del Parque merecen citarse como productivas: la *Cochinchina* ó de *Nankin*, que da lugar á individuos cuyo peso llega hasta 5 kilos; la de *Dorking*, que alcanza también bastante magnitud, de carne muy blanca y exquisito sabor; la *Española*, distinguida por la belleza, robustez, sobriedad, riqueza de carne y fecundidad de

sus individuos; la *Creue-cœur*, productora de polluelos que crecen y se ceban con gran rapidez, y la de *Houdan*, cuyos individuos son sumamente precoces y se desarrollan en muy corto tiempo. Como razas de adorno son notables: la de *Padua*, por el hermoso y relativamente enorme moño que ostentan tanto los machos como las hembras; la *Holandesa*, parecida á la anterior, si bien el moño, tanto en el gallo como en la gallina, es menor y á manera de sombrilla; la de *Bantan* ó *Bántica*, pequeña raza, pero que, tanto los machos como las hembras, presentan á veces el plumaje de una riqueza y regularidad admirables. No dejan de ser interesantes, por más que no haya ejemplares en la instalación, la raza de la *Flecha*, procedente de la Española



Gallos y Gallinas domésticos

y á la cual se parece mucho; la de *Breda*, originaria, según se cree, de Holanda, y distinguible por la cresta pequeña de forma especial que tienen los machos y las hembras; la de *Brujas*, que proporciona los gallos más á propósito para la lucha, y por último la *Malaya*, muy apreciada por los ingleses, quienes la utilizan en los cruzamientos para dar más peso á los pollos que destinan al consumo.

Cabe afirmar que el gallo y gallina comunes son las aves de mayor producto, pagando siempre con usura los gastos y trabajo que ocasiona su cría, porque sobre poderlos alimentar á poca costa, nos proporcionan ricas carnes, y las gallinas de buenas razas ponen gran número de huevos que constituyen también un excelente alimento; además, en muchos casos, se emplean las plumas para diferentes usos y se utilizan los excrementos (*gallinaza*) que forman un abono

de importancia. Por todos estos motivos, doquiera que vive el hombre ha procurado aclimatar y multiplicar unos animales tan beneficiosos.

Hoy, que nuestros agricultores ven sus fincas sobrecargadas de impuestos, destruida ó seriamente amenazada la importantísima cosecha de la vid, y en depreciación constante cuanto logran recolectar después de grandes afanes, interesa vivamente fomentar las pequeñas industrias agrícolas, y no puede desconocerse que la avicultura daría en muchos puntos de nuestro país magníficos resultados si se cultivaban las aves de corral, especialmente el gallo y gallina ordinarios, no procediendo, como ordinariamente se acostumbra, de una manera rutinaria, anticientífica y poco racional, sino adoptando los medios que aconsejan la ciencia y prácticas modernas. Conviene, y es de suma importancia, elegir las razas que ofrezcan ventajas por su mayor y más rica producción, precocidad en el desarrollo de los pequeñuelos, rapidez con que permitan cebarlos, que puedan alimentarse fácilmente, relacionando todas estas circunstancias con el clima y elementos propios de cada localidad, y por último, fomentar cuanto sea posible la incubación artificial, dándose á conocer las incubadoras más modernas y que sean esencialmente prácticas por la sencillez, baratura, fácil manejo, que empollen cada vez mayor número de huevos y desperdicien los menos posibles. Pues nadie podrá negar, que si hace miles de años los antiguos egipcios con sus hornos incubadores obtenían anualmente más de 100 millones de pollos, no bajando aún hoy día de 30 millones los que logran con tal medio; si para los chinos sus *Pao-jangs* ó establecimientos destinados á sacar pollos (especie de casetas que contienen 18 pequeños hornos cada una) constituyen una verdadera industria, nosotros, que disponemos de mayores y más valiosos elementos científicos, podremos conseguir más pingües rendimientos de la incubación artificial.

M. MIR y NAVARRO.

(Continuará).



S. M. LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA

EMPERATRIZ DE LAS INDIAS

Con motivo de la estancia que acaba de hacer en Italia, en la *villa* Palmieri, la reina Victoria de Inglaterra, se han publicado nuevos retratos de esta augusta soberana, uno de los cuales, que se recomienda por su acabada exactitud, incluimos en este número. La reina Victoria nació en el palacio de Kensington el día 24 de Mayo de 1819. Es única hija de Eduardo, duque de Kent y de Victoria María Luisa, hija del duque de Sajonia Coburgo Saalfeld. El padre tenía por costumbre presentarla á sus amigos con estas palabras: «Miradla bien, puesto que algún día será reina de Inglaterra.»

El vaticinio era arriesgado porque no parecía entonces probable que aquella niña pudiese subir al trono de la Gran Bretaña. Reinaba entonces Jorge IV y el duque de Kent era cuarto hijo del rey Jorge III. Muerta la princesa Carlota, hija única de Jorge III, el duque de York, hermano segundo del Rey, quedó como presunto heredero de la Corona. Muerta también la hija del duque de Clarence, que no tuvo hijos, la princesa Victoria, hija del duque de Kent, fué ya el único vástago de la familia real.

Al morir el rey Guillermo IV en 20 de Junio de 1837 la princesa Victoria hubo de ser llamada al trono. El príncipe Alberto de Sajonia fué de los primeros en felicitar á su prima, escribiéndole estas palabras: «Sois Reina del más poderoso país de Europa y en vuestras manos se halla la felicidad de millones de súbditos. El Cielo os ayude y conceda fuerzas en la ardua empresa que os está confiada. Espero que vuestro reinado será largo, feliz y glorioso y que vuestros esfuerzos serán premiados con la gratitud y el amor de vuestros súbditos.» En Noviembre de 1840, conforme prescribe la etiqueta, la reina Victoria propuso al príncipe Alberto su matrimonio y algunos días después se reunió el Consejo privado en el palacio de Buckingham para hacer saber oficialmente el feliz suceso. Bien saben nuestros lectores cuán dichosos fueron en su vida conyugal los reyes Victoria y Alberto. Muy conocida es también la parte que tomó el príncipe Alberto, que así se le llamó siempre, en los adelantamientos de su país, siendo entre otras cosas el promovedor de las Exposiciones Universales de Londres y el creador de los Museos y Escuelas de South Kensington que tanta trascendencia han tenido en el arte y en la industria de la Gran Bretaña. La muerte del príncipe Alberto sumió en el dolor á la reina Victoria, que no se ha consolado aún de esta pérdida. Mantiénese alejada de las fiestas y del

bullicio, llevando en Balmoral, en Windsor y en Osborne, sus sitios predilectos, una vida retirada, cosa que le permite hacer el carácter que la política y la gobernación del Estado tienen en Inglaterra. En las primaveras va á Italia ó al Mediodía de Francia. Este año ha elegido la Toscana, alojándose en la *villa* Palmieri, cerca de Florencia, donde estuvo ya el año 1888.

VISTA GENERAL DE LA «VILLA» PALMIERI

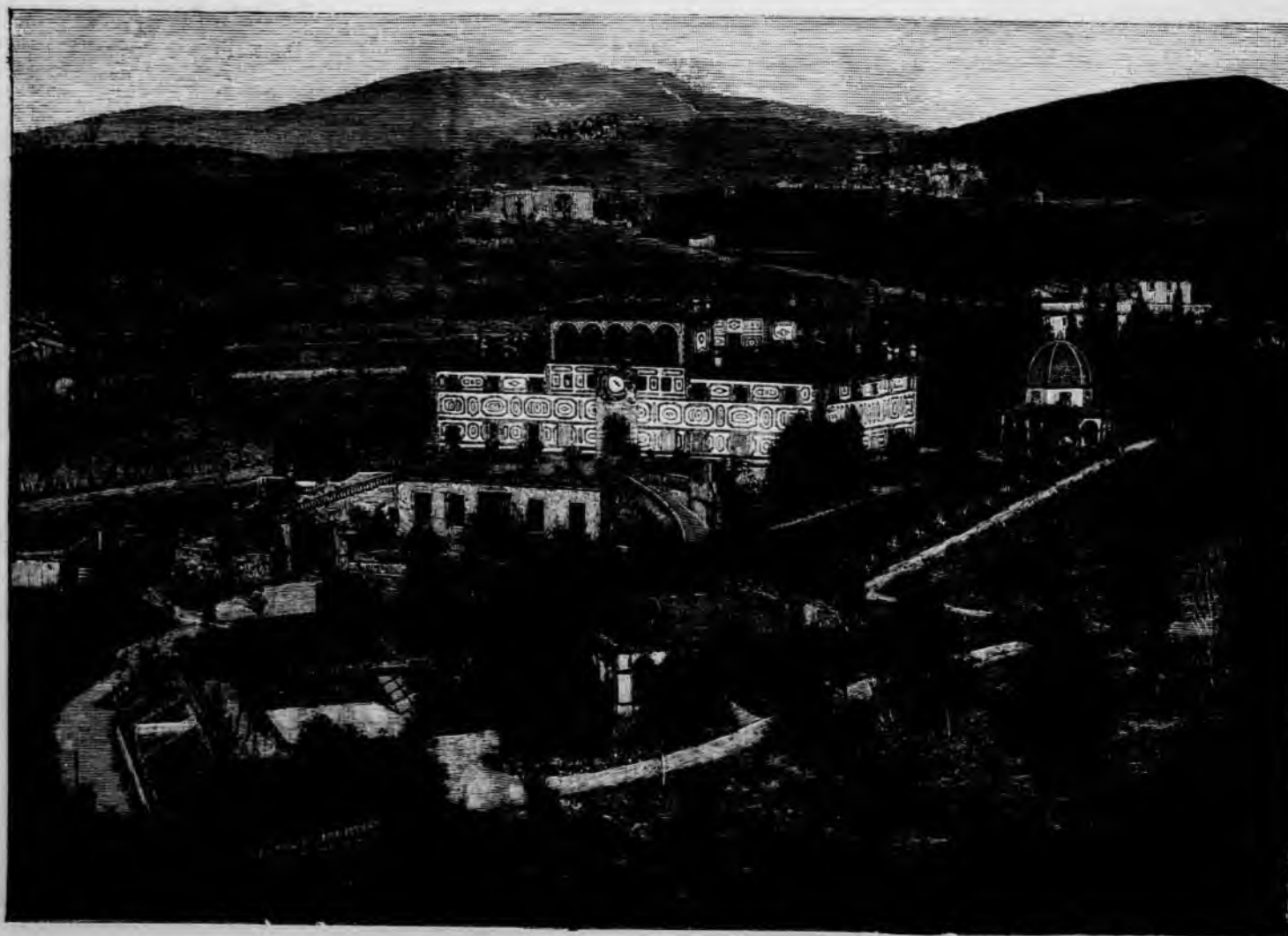
VISTA DEL PATIO DE LA MISMA VILLA

Cercana á la artística capital de la Toscana se encuentra esta *villa*, hermoso tipo de las quintas italianas. Una inscripción marmórea colocada en uno de los muros dice que allí se refugió el Boccaccio, en la peste del año 1348, con la alegre gente del *Decamerone*; pero esto no pasa de ser una suposición equivocada. Pruébalo el que la *villa* no fué ensanchada como se pretende, sino edificada desde los cimientos, ciento veinte años después de aquella fecha, ó dígase en 1468, por Mateo Palmieri, *gonfaloniere* de Florencia. Por muchos años perteneció á la familia Palmieri, y entre 1670 y 1680, uno de ellos, llamado Palmero Palmieri, la mandó adornar según el estilo barroco del tiempo, añadiéndole una capilla que después sirvió para el rito anglicano.

La *villa* Palmieri pasó en el siglo anterior á ser propiedad de un lord, Gregorio Nassau Clavering, tercer conde Cowper, que fué á Florencia en 1764 y murió en aquella ciudad. De la citada época data la fama de la *villa* entre los ingleses, fama que acrecentó la circunstancia de que un hijo de lord Cowper y de la bella miss Gora fuese el primer marido de lady Palmerston.

Una inglesa, admiradora de Italia como lord Cowper, miss María Farhill, entró en posesión de la *villa*, y en 1824 la legó en testamento á María Antonieta de Borbón, gran duquesa de Toscana. Habiendo dejado este país en 1859 la familia gran ducal, compró la *villa* Palmieri otro inglés, lord Crawford de Balcarres, cuya viuda, hace cinco años, la puso á disposición de la Reina de Inglaterra, con satisfacción de S. M., que fué á habitarla entonces y que ha permanecido ahora en ella una temporada con su hija la princesa Beatriz y su yerno el príncipe de Battemberg.

La arquitectura de la *villa* Palmieri, así en sus fachadas, como en el patio, sigue el estilo que tanto predomina en Florencia, en toda la Toscana y en algunas otras comarcas italianas. Los mármoles de diversos colores aparecen combinados en los alzados con elegancia y de manera que el conjunto produzca una impresión alegre y pintoresca. El estuco, á veces, viene á hacer el



VISTA GENERAL DE LA «VILLA» PALMIERI

Ayuntamiento de Madrid



VISTA DEL PATIO DE LA MISMA «VILLA»

Ayuntamiento de Madrid

oficio de mármol, no perdiendo nada la visualidad de los edificios, pero teniendo estos cuadros menor riqueza.

SORPRESA

CUADRO DE M. GRÖNVOLD

El medallón que contempla la hermosa joven de

este cuadro, á buen seguro que contiene el retrato de su novio. Se lo dejaría en alguna de aquellas preciosas miniaturas que ejecutaban los artistas de fines del pasado siglo y comienzos del presente, al marchar á alguna lejana expedición, acaso á alguna de las guerras que hubo en aquellos tiempos. En verdad que el artista ha cuidado de que en el rostro de la joven se transparen-



SORPRESA. — CUADRO DE M. GRÖNVOLD

tara lo que sentía su alma. Impulso de amor sin disputa le mueve á mirarlo con tan intenso cariño. Por esto el viejo que asoma por la puerta siente mayor curiosidad para averiguar de quién es el retrato. Al lente acude para que preste alcance á su vista y su atención pone entera en descubrir las líneas del medalloncito á fin de dar con la fisonomía del retratado y asegurarse por tal camino de lo que sospecha. ¿Será acaso uno de los pre-

tendientes de la muchacha? No parece ser el padre, antes un galán, ya entrado en años, que aspira, sin embargo, á llevar á los altares á la garrida doncella de la pintura. Pretendiente semeja ser en lo compuesto y emperegilado. Mas ella, tan absorta se encuentra en su contemplación, que nada advierte, por lo cual prosigue en la dulce tarea de mirar y admirar el rostro del elegido de su alma.



El lago Tenaya á vista de pájaro

LAS GRANDES SELVAS CALIFORNIANAS

DETALLES DEL PROYECTADO PARQUE NACIONAL YOSEMITA

POR

JOHN MUIR

(CONCLUSIÓN)

No es difícil el descenso al interior del cañón, porque se encuentran muchas veredas de osos desde los prados más altos hasta los verjeles silvestres del Hetch Hetchy, en los cuales abundan por cierto extraordinariamente las bellotas y toda suerte de bayas montesas. Al llegar á la margen del río sólo tiene que andarse un par de millas para llegar al terreno despejado. Entonces basta echar una mirada en torno para hacerse cargo de que aquella región es ni más ni menos que otro valle Yosemite. Así como éste lo atraviesa el río Merced, aquél es cruzado por el Tuolumne. El fondo del Yosemite está á unos 4,000 pies sobre el nivel del mar y el del Hetch Hetchy á unos 3,800 pies; ambos valles están limitados por cenicientas eminencias de granito que forman grandes tajos á modo de murallas, con muy pocos fragmentos peñascosos en su base.

Aquel sitio fué en otro tiempo morada y fortaleza de los indios tuolumnes, así como Ahwahne lo fué de los osos grises. Hirguiéndose altiva en el tajo meridional cerca del extremo inferior del valle, hay la célebre roca Kolana, la más avanzada del pintoresco grupo que corresponde allí al Yosemite de la Catedral, y en verdad que no cede á éste en altura. Frente á la roca Kolana, al norte del valle, hay otra de 1,800 pies, desnuda y brillante como el Capitán, y por cuyo borde resbala una caudalosa corriente formando la más graciosa cascada que han visto mis ojos. Su nombre indio es Tuiulala y no sé que le hayan puesto otro. Desde la orilla del despeñadero arrójase dando un salto de mil pies, y ya en el fondo del abismo desparrámase formando como una red de saltos de agua entre las despedazadas peñas de un

talud hecho por los terremotos. A fines de verano trae poca agua; pero en Mayo y Junio es verdaderamente soberbia. La única cascada que, á mi juicio, se le puede comparar, es el *Velo nupcial*, pero sin duda le aventaja en apacible gracia. Si contempláis atentamente el *Velo nupcial*, aun en mitad del estío, cuando empieza á menguar su caudal, observaréis que, en cuanto sopla con alguna fuerza el viento, ruje y espumea el agua con imponente braveza, en tanto que la otra es una cascada tranquila, majestuosa, que nunca se encrespa ni irrita. Por otra parte, el *Velo nupcial* se halla situado en un umbroso retiro al abrigo de los impetuosos vientos del valle, y las modificaciones que experimenta son debidas á corrientes y torbellinos

irregulares, mientras que la Tuiulala, encontrándose en un punto despejado, expuesta constantemente á los rayos del sol, está á la merced de todos los vientos.

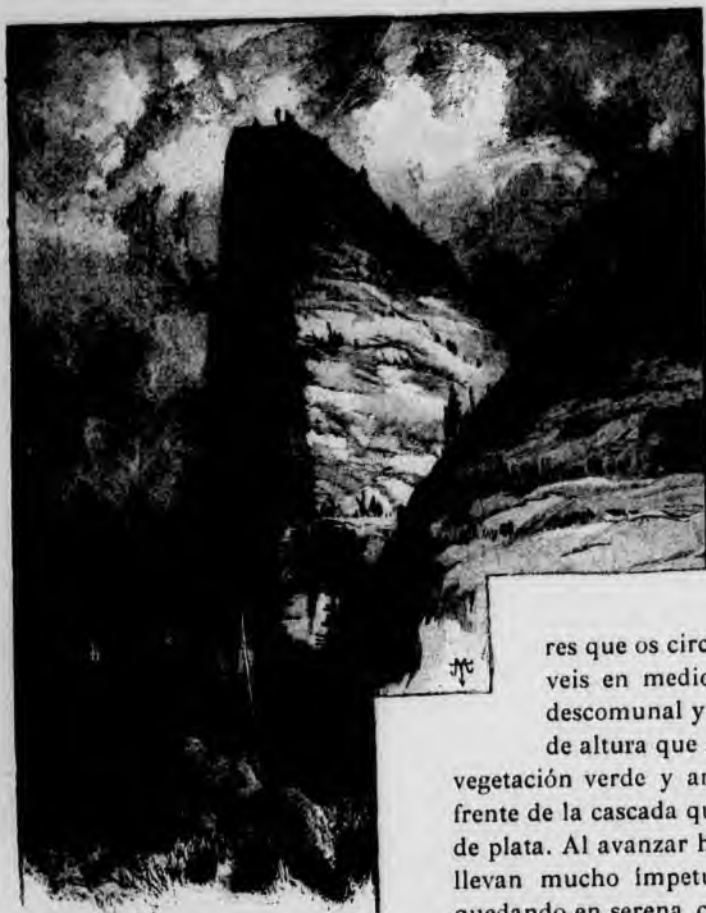
Los que no se han dedicado al estudio de esas corrientes montañosas figúranse que cuando escapan de los peñascos canales que las aprisionan se derraman turbulentas por el llano. Precisamente sucede todo lo contrario, pues en ninguna sección de su curso avanzan con más regularidad y calma. En los serenos días de Junio los pinos se mueven con suave armonía, y os encontráis allí materialmente tapados por la hierba y las flores que os circundan. Mirando al través del valle

veis en medio de unas magníficas arboledas una descomunal y tajada peña de granito de 1,800 pies de altura que se levanta en medio de una opulenta

vegetación verde y amarilla, brillando á la luz del sol enfrente de la cascada que aparece como una borrosa banda de plata. Al avanzar hasta el borde del abismo sus aguas llevan mucho ímpetu, pero se apaciguan muy pronto, quedando en serena calma, y es de ver entonces la limpieza y la delicada labor de aquel líquido tejido que los rayos solares tiñen de admirables colores. El agua corre,

ondula y acaba por dormirse delante de aquel gran peñasco ceniciento, de modo que pueden observarse con toda comodidad su delicada urdimbre y sus variados modelos cual pudiera hacerse con una pieza de blonda. Es una maravillosa loma compuesta de aire melodioso, agua y luz solar combinadas armoniosamente y formando un conjunto parecido á la celeste vestidura que los poetas atribuyen á las almas.

La gran cascada Hetch Hetchy, llamada Wapama por los tuolumnes, está en una región del valle semejante á la del Velo, y tan cerca de ésta que ambas pueden contemplarse á un tiempo. Tiene cerca de 1,800 pies de altura, y mirada de frente parece casi vertical, aunque forma una pendiente asaz inclinada. Su situación es muy parecida á la de la cascada Yosemite, pero es mucho más caudalosa que ésta. Con dificultad se encontrarían dos cascadas tan dife-



La roca Kolana

rentes como la Wapama y la Tuiulala, pues la una se despeña rugiente por un lóbrego desfiladero y la otra se desliza con suave murmullo y ostentando las delicadas gradaciones de sus visos cenicientos, morados y purpúreos. La una es la imagen de la calma y la otra recuerda el fragor del carro lanzado á la carrera por un terreno quebrado. De todas suertes, son las dos cascadas principales del valle, en el cual hay muchas de menor importancia que contribuyen á la armonía del conjunto.

El tajo de la Wapama es análogo en su diseño y detalles escultóricos al de la Yosemite. Cerca de éste el áspero declive tiene dos abultados bancos que se extienden en dirección horizontal á 500 y á 1,500 pies sobre el nivel del valle. Dos bancos semejantes á éstos por su situación y sus formas se encuentran en el Hetch Hetchy. El extremo superior del Yosemite está cerrado por la Media Naranja, y el mismo extremo lo cierra en el Hetch Hetchy una inmensa mole peñascosa. Ambos ocupan ángulos formados por la confluencia de dos espaciosos ventisqueros que han desaparecido desde ha mucho tiempo. Frente á la gran roca bifurca el río como el Merced en el Yosemite. El brazo derecho es el mayor del Tuolumne, que nace en un ventisquero situado en la falda septentrional del monte Lyell y se precipita al llano encajonado en el mayor de los cañones. No he seguido el brazo izquierdo hasta sus fuentes; mas, á juzgar por la dirección general de las cumbres, no deben estar lejos del pico llamado *del Castillo*. Más arriba de este brazo izquierdo ó septentrional hay una interesante serie de cinco cascadas alineadas á lo largo de un pintoresco desfiladero, al cual se trepa fácilmente y desde donde se goza de curiosas perspectivas embellecidas por el caprichoso curso de las aguas.



Vista de una parte de las grandes cascadas del cañón Tuolumne mayor

Éstas forman, en primer término, un inmenso abanico, ora saltando, ora deslizándose mansamente por un terreno inclinado hasta que se confunden con las del brazo mayor. Un poco más arriba del origen de esta cascada descúbrese la segunda, no menos bravia y hermosa que la primera. Precipitase al abismo por un despeñadero que los líquenes tiñen á trechos de amarillos y rojos matices y cuyos dentellados bordes están cubiertos de carrascas y sabinas. En el fondo hay una porción de húmedas cavernas desde las cuales se ve un precioso jardín de helechos, lirios y azaleas.

Más arriba, á unas 400 yardas de distancia, encuéntrase el tercer salto de agua, el más caudaloso de todos. Fórmanlo tres corrientes muy armoniosas y de las cuales se alza una

neblina abundosa en arco-iris. Un poco más abajo conviértese en una loma cristalina que se desenrolla como una pieza de tela de 150 pies de ancho y que materialmente parece despedir chispas y surtidores de diamantes. Más adelante oye un sordo mugido que va aumentando en intensidad hasta que, saliendo de la florida maleza, descúbrese por fin la quinta y última cascada. El fondo del precipicio es un terreno sumamente desigual, lleno de prominencias, entre las cuales espumean borbollando juguetonas las aguas.

Divide el fondo del valle una barrera de granito bruñida por el hielo. La región inferior es casi toda tierra de pasto, y la superior, seca y arenosa, cubierta de hermosas encinas cuyos troncos tienen á veces seis ó siete pies de diámetro. En las pendientes vense espesos carrascales que con su lustroso follaje amarillo verdoso forman una bóveda por todo extremo pintoresca. Encuéntranse en el valle algunos ejemplares de pinos dulces y cedros americanos y de los dos pinos epicea. El abeto Douglas y el libocedrus llegan á ser muy crecidos cuando les es favorable el terreno, y en la zona meridional se ven algunos ejemplares de la interesante *Torreya Californica*. Los rosales silvestres forman hermosos grupos desparramados, mientras que en las praderas los lirios, las espuelas de caballero y varias clases de altramuces abundan en extremo, creciendo de tal modo que á veces pasan de la talla humana. Los helechos, que son allí hermosísimos, se propagan desde el borde hasta el fondo de los abismos. *Pellaea densa*, *P. mucronata*, *P. Bridgessi*, *Cheilanthes gracillima*, *Allosorus*, etc. En los parajes musgosos próximos á las cascadas se encuentra el *Adiantum pedatum*. El *Woodwardia radicans* y el *Asplenium felix fœmina* son los helechos más altos del valle, alcanzando algunos de ellos la talla de seis á siete pies. La última vez que estuve allí todo el valle era un ameno jardín y no se notaban en él más progresos que algunas chozas de indios y una solitaria cabaña.

He descrito someramente varios de los más notables caracteres de una región que hay el propósito de reservar para el público esparcimiento, con cuyo objeto Mr. Vandever ha presentado ya al Congreso un proyecto de ley por cuya virtud se destinan á parque nacional esos terrenos. Es de desear que este proyecto sea pronto aprobado. De otro modo, aquella región será completamente devastada más ó menos tarde por los ganaderos y los comerciantes en maderas. Hoy por hoy hállase en algunas partes tan pisoteado el suelo y despojado de los arbustos y matorrales de antaño, que tiene todas las trazas de un desierto, y si continúa la tala de sus bosques la ruina será completa. Hasta en el Yosemite se observa una gran perturbación en la venida de las aguas, pues las corrientes, en otro tiempo tan puras y cristalinas, aparecen turbias y en su caudal varias é irregulares. También es de desear que el Hetch Hetchy se libre de la devastación que ha sufrido el Yosemite, en donde hachas, arados, cerdos y caballos contribuyeron á porfía á destruir los jardines y la arboleda. La región más bárbaramente talada del Yosemite ha sido la sierra, no obstante de estar especialmente puesta bajo la protección del gobierno. Y lo peor es que esta destrucción de los atractivos más preciosos de la comarca por su belleza ó por su selvático carácter ni siquiera puede explicarse por razones de egoísmo. Se destruye por afán de destruir.

De *The Century Magazine*, traducido por
J. COROLEU.



¡PASIÓN!

NOVELA ORIGINAL

DE

M. MARTINEZ BARRIONUEVO

(CONTINUACIÓN)

XXVII

AL abrir los ojos se encontró en su lecho; sentíase con una debilidad muy grande.
Á quien primero vió fué á la de Saravia.
—¡Oh, Casilda!

Esa sola frase pronunció; iba á seguir hablando y no pudo.

Contemplábala doña Casilda con profundo interés: había en la mirada de la valiente joven una tristeza profunda; su rostro pareció á doña Blanca demacrado y triste.

Quedáronse contemplando las dos mujeres largo tiempo sin atreverse á proferir una palabra; la hija de Máinez y Carrillo no se dió cuenta bien aún de sus pensamientos, porque su debilidad se lo hubiera impedido; doña Casilda, por una especie de timidez é inquietud que

pareció revelarse en toda ella cuando notó la mirada escudriñadora y profunda de la hija de Máinez y Carrillo.

Fuéronse anublando los ojos de doña Blanca; la idea iba tomando vigor; la figura de don Martín fué levantando ante ella, livida, imponente, aterradora; pero no le producía espanto aquella imagen; producíale amargor, angustia, dolor intenso en las entrañas, en el corazón, en la sangre, en los ojos: fiebre, locura. Era el cadáver de don Martín lo que veía. Todo lo recordaba ya. Don Martín murió.

En un arranque poderoso tendió los brazos hacia aquella imagen adorada de don Martín y lanzó un grito.

Doña Casilda se precipitó en aquellos brazos.

—¡Llora, Blanca mía, exclamó dulcemente, llora!

—¡Pero ha muerto! ¿es verdad que ha muerto?

Doña Casilda gimió; sus dulces ojos levantáronse al cielo.

—¿Qué he de decirte, Blanca? exclamó temblorosa. Vale más que recemos por él; si ha muerto, por su alma, si vive, porque no muera.

—¡Oh! aquella flor ha muerto; yo la ví marchita en la iglesia; pero ¿qué le hace, si ya la había visto yo en mi alma? Porque la flor del vaso de oro, sabelo tú, Casilda, era el alma de don Martín.

Doña Casilda miró con espanto á la enferma; la creyó loca; sus ojos habíanse desencajado; sus facciones lo mismo que los ojos; tenía la boca contraída, secos y pálidos los labios, y el divino pecho, mal velado por rica nube de encajes, se levantaba y deprimía.

—No, dijo doña Blanca; yo te probaré que no estoy loca; yo estaba velando; quería ir á la iglesia; no tuve valor, el orgullo, la opinión me avergonzaba; sufría mucho; no fui, y velé delante de mi reclinatorio; y allá, en el balcón, ¡cómo caía el agua! ¡cómo mugía el aire! ¡oh noche, yo te bendigo! la zozobra matábame, mi angustia era cosa de morir.

—¡Pobre Blanca!

—En esta tribulación de mi alma y de mi pensamiento no sé qué imágenes venían hasta mí, empujándome á no sé también qué precipicios negros, mientras me llenaban por contraste muy vivo de unas luces gloriosas; á los pies de mi reclinatorio hallábame llorosa, triste, inclinada la cabeza, y ví en aquel punto que surgía delante de mis ojos aquel vaso del altar de Santa Marina con la flor dentro; la flor, que era el espíritu de don Martín, habló con el rocío, me lo contó todo; ¿sabes, Casilda? todo... Díjome que se moría de amor; mi espíritu le contestó que se moría de celos; habló él, habló él entonces de que su espíritu se moría por él y entonces el espíritu mío vió ya la gloria, ¡ay! la gloria para dar en la muerte de propio momento; porque dijo el espíritu que de todos modos se moría ya, y murió... Yo le ví, murió porque yo ví que la flor se marchitaba delante de mis ojos; ¿era locura? ¿aberración quizás? no lo sé: convencerme quise cuando tú llegaste, y contigo fui á Santa Marina. He aquí todo: yo te digo que más daño me produjo la corroboración de lo que antes fantásticamente había visto, que la muerte misma del noble caballero.

—¡Qué cosa más extraordinaria! exclamó doña Casilda temblando; oí hablar alguna vez de una doble vista que tienen, al decir de los sabios, algunas personas, y creo que tú eres así, en lo que se refiere á la relación de tu alma con el alma grande de aquel hombre.

—Murió, repuso doña Blanca, entre un desgarrado sollozo.

—¡Quién sabe, Blanca! punto es ese de gran misterio; todo lo que pasó, soñar me ha parecido, como á tí te parecerá sin duda. Hay que esperar todavía.

—Pero ¿te parece poco haber yo visto marchitarse la flor en mi misma cámara del modo y manera que la encontré luego en el triste vaso de oro del altar de Santa Marina?

—Grande es eso y hará fasto en los anales religiosos de la muy noble ciudad cordobesa; mas dígame yo, que por lo mismo de ser cosa del espíritu, ¿qué tiene que ver con las alturas?

Aguardar debemos pruebas materiales puramente, que podamos comprender nosotros los de la tierra, para entregarnos entonces totalmente á la angustiosa verdad.

—¡No, no, exclamó doña Blanca; tú me estás engañando! Oye, Casilda, ha muerto; ya lo sabes tú.

—¿Y así me lo aseguras?

—Oye: al yo caer sin sentido, en una última idea que tuve de la realidad, ví á don Fermín que penetraba en la iglesia aceleradamente; de eso estoy segura; no es delirio; no son aleteos misteriosos de la imaginación: yo le ví, y tú no podrás negármelo.

—No, no te lo niego, Blanca, exclamó doña Casilda con un amargo lloro; no te lo niego.

—Cuando volví en mí, hace poco, te ví demacrada, te ví doliente, y lo primero que pensé, viéndote así, fué en que Santisteban había corroborado lo que ya sabía todo Córdoba.

—No, Blanca; yo te juro que no.

—No me engañes, Casilda; tú no sabes mentir; no te vengues ahora del silencio que yo te guardé de mi amor á don Martín; no era yo la que callaba, era otra cosa que había en mí, sellándome los labios y quebrantándome el cerebro y el alma; contéstame, Casilda, contéstame: ¿cuánto tiempo estuve sin dar cuenta de mí?

—Dos días, contestó la de Saravia apagadamente.

—¿Y don Fermín se marchó?

—En Córdoba está.

—Quiero hablarle.

—Te venderás á él...

—¡Qué importa, si tiene que saberlo!

Doña Casilda cerró los ojos: la felicidad y el dolor, al mismo tiempo, quitáronle el alma; felicidad de que sus propósitos se realizasen con la certidumbre de la separación de don Fermín y doña Blanca, y su dolor profundo, inmenso, por las infaustas nuevas que don Fermín trajo de Granada.

—¡Dios lo ha querido! pensó resignadamente.

Miró á la hija de Máinez y Carrillo con profunda inquietud.

—¿Y cómo hablarás con él?

—Aquí mismo.

—¿Aquí?

—Ó me levanto de otro modo; me vestirán mis doncellas, saldré á mi cámara, y allí le oiré. ¡Si yo no quiero hablar, si yo lo que quiero es oírle; oír por su propia boca la relación sin que le falte un punto: por su misma boca, por la boca de Santisteban ha de ser, para que empiece á ver mi primo, por todo el dolor que me causa su relato, lo que yo adoraba á aquel hombre, lo que le adoro aún, lo que le adoraré siempre!

Doña Casilda movió la cabeza.

—¡Ay! dijo; un día te recliné que no supieses lo que era amor: yo amaba entonces y no creía que hubiese en el mundo hembra que como yo amase. ¡Cuán ajena vivía de que serías tú la que me hicieras comprender que había en el mundo quién me enseñase aún lo que era amar!

—¡Tú amabas! exclamó la hija de Máinez y Carrillo con profunda sorpresa.

Doña Casilda no supo contestar y estalló en sollozos.

—¡Tú amabas! repitió la otra; ¿por qué no me lo dijiste?

—¿Me contaste, acaso, cosa alguna de tu amor tampoco?

—Es que no éramos lo mismo; es que tú eras como tú y yo como yo; y sin contarte yo á tí nada, podías tú no haber hecho de tu amor secreto.

—Cálmate, Blanca; asunto es el que á mi corazón concierne, trivialísimo como de tí se trate.

Habló así doña Casilda con mucha turbación sin atreverse á continuar; hubiera querido desahogar el alma en el alma de su amiga; faltáronle fuerzas y las tuvo solamente para seguir llorando.

La hija de Máinez y Carrillo pareció caer de pronto en una meditación profunda.

Doña Casilda la miró asustada. ¡Cielos! ¿habría sido descubierta á su vez? ¿sospechó acaso doña Blanca quién era el hombre misterioso á quien ella había entregado su corazón?

—¡Oh! ¿qué tienes? ¿qué tienes? la interrogó creciendo en su inquietud.

—Nada, no es nada.

—Pero ¿por qué te quedaste así pensativa de pronto? Yo quiero saberlo.

—No, déjame; no sabría explicártelo; es una cosa muy extraña que de pronto se me ha ocurrido.

Miró luego atentamente á doña Casilda y exclamó como si hablase con su conciencia:

—¿Y por qué había de ser extraño?

Doña Casilda estaba pendiente de sus menores movimientos, de su mirar, de sus ademanes. Se estremeció de pronto.

Doña Blanca tuvo una sacudida inmensa en todo su ser; de nuevo habíanse agolpado á su corazón y á su mente todas aquellas ideas, todas aquellas inquietudes y dolores.

—¡Oh, Dios mío! Blanca, dominate, que enfermarás otra vez; yo te lo ruego; óyeme, es Casilda; es tu amiga, tu compañera, tu hermana de tu alma.

—¡Ahora, ahora mismo! exclamó la hija de Máinez y Carrillo exaltadamente; ¡pero si yo quiero que sea ahora!

Entró doña Leonor entonces y se abrazó á ella también.

—¿Qué, vamos? exclamó con infinita dulzura besándola en la frente; ¿qué es lo que tú deseas ahora mismo?

—¡Madre, madre, hablar con don Fermín!

—Pues hablarás, hablarás, y sea lo que Dios quiera.

Fué avisado don Fermín inmediatamente por orden de su tía.

—¡No, acostada no! exclamó doña Blanca entonces; quiero levantarme; que me vistan mientras don Fermín viene.

—¡Blanca, que puedes empeorar! exclamó Casilda suplicante.

Doña Leonor, por su parte, comprendió que oponerse entonces á sus deseos sería tal vez mucho peor de lo que pudiera ocurrir como se levantase, y contestó gravemente:

—¡No, déjala, déjala que se levante; que la vistan, que hable con don Fermín!

Doña Leonor decía aquello con profunda tristeza; entristeciase por su sobrino.

Se levantó doña Blanca; introdujeron á don Fermín; la felicitó éste por su notable alivio, y exponiendo doña Blanca su deseo, se retiraron luego los demás, quedando á solas ambos jóvenes.

XXVIII

—Me han dicho que queríais hablarme, exclamó don Fermín mirando á su prima con marcada inquietud; decidme lo que queréis; ya estamos solos.

—Don Fermín, es muy doloroso y muy extraño quizás lo que tengo que deciros, ¿me lo perdonaréis si recibieseis mal?

—Os amo, doña Blanca, contestó Santisteban noblemente; os amo, como de mi sangre que sois, y os amo, además, porque sois la dueña de mi corazón y de mi vida.

Doña Blanca se turbó mucho oyendo estas razones; no sabía cómo empezar: estuvo muy cierta en lo que expuso á don Fermín, de que era muy grande lo que tenía que decirle.

Notó el joven aquella turbación.

—Hablad, dijo ansioso; ¿qué os sucede? ¿Qué noto en vos que tanto daño me está haciendo? Decíais que era doloroso lo que iba á saber; más dolor estoy recibiendo aún, por grande que sea el que ha de venir, que éste que me está causando la congoja en que os veo y la profunda inquietud que os flagela y aplaná. Hablad, os lo suplico: si locuras habéis visto siempre en mí, y cosas de mozo inexperto, perded cuidado, que en presentándose la ocasión, alma grande tengo para llegar á otras almas y comprenderlas, y corazón fuerte que sabe resistir los grandes golpes del infortunio.

—¡Oh! ¡cuán bueno sois, y cuánto me aflijo por el pensamiento de que podáis ser desgraciado!

Esto habló doña Blanca y se echó á llorar desgarradoramente.

El rostro de don Fermín iba cubriéndose de color terroso, más duro, más tétrico que la lividez misma de la muerte: temblaba á su pesar, y alguna cosa tremenda parecía que le pasaba por el cerebro; doña Blanca ocultó el rostro con las manos; no pudo notar lo que á su primo sucedía; se repuso él prontamente y cogió sus manos.

—Vamos, exclamó con profunda emoción, no seáis niña; me estáis causando, no ya dolor, sino sorpresa, hasta un punto en que no os podéis figurar ¡Cómo! la valiente hija de los Máinez y Carrillo, el asombro de Córdoba por su orgullo frío que lo domina todo; la que hace temblar al hombre más endurecido con una sola mirada de sus altivos ojos de reina; la que jamás lloró delante de ningún nacido propio ó extraño, ¿así se deja aniquilar, así llora y se humilla, así permite que el dolor la flagele?...

—¡Oh, no! exclamó doña Blanca interrumpiéndole nuevamente; inútil es cuanto me digáis, imposible; vuestro propósito noble comprendo: queréis despertar mi orgullo para que me domine y me sobreponga á este dolor de mi alma que no sabéis todavía cuál es.

—Ni quiero ya saberlo tampoco, de pensar solamente que vos sufrís.

—Sí, sufro mucho; se me hace el corazón pedazos; no desde ahora, desde hace mucho tiempo; ¿vos no lo sabíais? bien, sabedlo ya: soy buena, soy noble; más que todo eso, soy mujer. ¿Qué mujer no llora, qué mujer no ama? ¿Y acaso el amor no es sufrir? ¡Oh! ¿qué digo? ¡Me arde la cabeza! ¡Me voy á volver loca!

Don Fermín, dominando el doloroso terror que iba llenándole el alma, replicó más afa-
ble aún:

—Vamos, mi noble prima; preciso es que os tranquilicéis; ved que así nada se consigue; os estáis matando, y no os digo lo que estáis haciendo de mi corazón, porque yo nada importo como de vos se trate.

—Sí, sí, hablaré, es necesario; pero me perdonaréis, ¿es verdad que me perdonaréis?

—Pero ¿qué podéis haber hecho vos, Virgen divina, para que yo tenga que perdonaros?

—Mucho, hice mucho, he sido mala; ¿veis cómo sufro?

—Bueno, contad; contad vuestras maldades; tenéis un confesor ciertamente que os ama mucho para no absolveros con anticipación.

Había tanta resignación, tanta dulzura, una melancolía tan dolorosa en las frases que acabó don Fermín de pronunciar, que doña Blanca levantó la cabeza de pronto y le miró con ansiedad misteriosa.

Don Fermín sostuvo aquella mirada con otra mirada leal, dulce, firme, que hizo sonreír á doña Blanca en medio de su dolor.

¡Qué orgullosa se sintió en aquel punto de que la sangre de don Fermín fuese su propia sangre! ¡Cómo se ahondó su dolor pensando en la imposibilidad de ser esposa de don Fermín! La grave figura del mensajero del rey interponíase entre los dos, pálida siempre, seria, de ojos

graves y mirar reposado y dulce; no pudo remediarlo; teniendo siempre ante sus ojos la imagen de don Martín, por grande, por caballero, por leal y hermoso que Santisteban fuese, parecíale una dulce y agradable sombra, que no se vigorizaba, que no se sobreponía, que no tomaba el relieve necesario, ni vigor para arrancar á su pecho la nota grande y divina del amor de la mujer.

Quedáronse contemplando así largo intervalo muy próximos; ¿qué dos mundos eran los que ardían en aquellos dos cerebros? Ambos hubieran querido morir en aquella hora por no pensar lo que pensando estaban. Saltó ella así de repente:

—Don Fermín, ¿no sabéis lo que tengo que deciros?

Se hizo más grande la palidez de Santisteban y habló... pero habló sin protestar, no varió siquiera del tono que había usado antes; fué dulce, melancólico, lleno de resignación y de tristeza.

—¡No sé lo que vais á decir, exclamó; os lo aseguro!

—Pero lo sospecháis entonces, repuso ella con ardor de calentura.

—No engañé nunca á nadie, aunque me fuese la vida en ello; con mucho menos motivo engañaré á vos: sí, lo sospecho.

—Entonces ¡Dios mío! me evitaréis una explicación cuyo pensamiento me abrumba, me desespera, me hace enloquecer.

—No, no, es imposible; es preciso que habléis; vuestro dolor me hace también mucho daño; rehuir hubiera querido esta mala hora; ya veis que no fuí yo ¡desgraciado de mí! quien la quiso traer.

—¡Oh! me reprocháis y lo merezco; ya os lo dije: he sido una infame.

—No, eso nunca; no os reprocho: antes renegar de la existencia, de todo, y morir condenado; no penséis así; no os reprocho ni os creo mala. Vos, ¡qué locura! pobre niña, que sin conocer el mundo y sin saber los lazos que las pasiones tienden á la vida os parapetasteis con vuestra altivez para sufrir ahora hasta la locura. ¿Qué pecado habéis cometido? Ninguno. Os rindieron, habéis sucumbido, y no quiso Dios que yo fuese el que os rindiera: ved, doña Blanca, cómo al fin mi vida disipada casi me fué provechosa, porque me dió experiencia para comprenderos y comprender á los demás; ya que no para que mi dolor sea menos grande para que os considere en el vuestro.

—¡Oh! ¿Comprenderéis entonces que nuestra unión es imposible?

—¡Ah! ¿Luego era cierto? ¿Luego le amabais entonces?

—¡Oh, don Fermín! ¡perdonadme, perdonadme por piedad!

—Nada tengo que perdonaros; es una ley divina que se cumple; al corazón nadie se sobrepone.

—¡Oh, bendito seáis! ¡Cuán grande, cuán bueno sois! No seréis mi amor, don Fermín, pero sois mi orgullo.

Esto dijo doña Blanca en un arranque de entusiasmo, cayendo de rodillas á los pies de su primo.

Se apresuró don Fermín á levantarla diciendo entrecortadamente:

—No es grandeza la mía, no es bondad tampoco; es suya la grandeza y la bondad; es de él, ¿entendéis, prima? Os amo, os adoro; pero me confieso infinitamente inferior á don Martín; todo lo que en vuestro primo admiráis obra es del caballero Pedrosa.

—¿Qué decís? interrogó doña Blanca extrañándose singularmente de lo que oía.

—¿No observasteis en mí otra conducta, que me hizo valer más á vuestros ojos en los últimos tiempos antes de partirme á la guerra?

—Sí, es verdad; y os lo dije.

—Desde que tuve confianza con don Martín fué eso; desde que le hice mi confidente y le rogué que me iluminase con su talento para llegar á vuestra alma.

—¡Oh, Dios mío! ¿qué estáis diciendo, don Fermín?

—No era yo el que llegaba, era él; lo que yo hiciera que vos admiraseis, él me lo aconsejó, á él se debía: no me admiráis á mí, admiradle á él.

—¡Ha muerto!

—Admirad su memoria; ¡dichoso él, dichoso veces mil, que murió y le amáis! Yo vivo y os soy indiferente.

Doña Blanca, en medio de su profunda agonía, tuvo piedad de don Fermín.

—No, dijo; vos no sois, vos no seréis menos grande por eso; al contrario, me dais una prueba más de que lo sois, porque supisteis ponerlos á su altura, comprendiéndole para llegar á comprenderme.

Y después, volviendo otra vez á las hondas torturas de su corazón, prosiguió:

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto!

—Por Dios, doña Blanca, ved lo que me atormentáis.

Así dijo don Fermín profundamente conmovido; su voz era entrecortada y su respiración estertorosa; pero la hija de Máinez y Carrillo repetía en el mismo tono desgarrador y lamentososo:

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto!

Santisteban se levantó vacilante, como si no pudiera ya sostenerse y fué á salir. Quería estar solo para entregarse á la pena que le ahogaba.

Pero doña Blanca le contuvo de repente con un ademán.

—Perdonadme otra vez, dijo; perdonadme ¡loca de mí! aunque perdón no merezco.

—¡Oh, doña Blanca!

—No; culpa tengo y grande; no es ya esto que hay en mí debilidad de humano, que es torpe condición de hembra, y castigo merezco con el desprecio y el abandono de los demás.

—No, doña Blanca; yo os amaré y respetaré siempre; no seré vuestro esposo, pero seré vuestro hermano y hasta os amaré ahora y os respetaré más que nunca, porque sois desgraciada.

—¡Ah, don Fermín! repuso ella llorando; esa es nobleza que no se aprende; eso que estáis haciendo, consolándome con dulces palabras en vuestras torturas, no os lo enseñó don Martín ni nadie; eso está en vuestra sangre y es vuestra honra; por algo os han dicho muchas veces que sois el orgullo y el ornamento de nuestra familia.

—¡Callaos, por el cielo, que vais á desesperarme, doña Blanca! No creáis con tanta fijeza en mi superioridad, que podríais luego recibir un desengaño: no es grande mi alma; es todo producto de una lógica irrefutable: vos sois desgraciada, yo lo soy también y debo ayudaros...

—Por eso os admiro.

—Es que debo ayudaros porque sois más desgraciada que yo; infinitamente más.

Doña Blanca hizo un triste ademán como de no creer en lo que su primo decía.

—¿Queréis que os lo pruebe? preguntó don Fermín sonriendo con tristeza.

—Sí, hablad.

—Amamos los dos sin esperanza: el hombre de vuestro amor ha muerto; la mujer del mío vive; vos os encerraréis en un claustro á llorar su pérdida; yo quedo en el mundo, libre; puedo distraerme, ir á la guerra, trocar en ambición lo que es hoy amor divino: vos, ni el consuelo tenéis de ver á vuestro amado; yo, aunque me fuera doloroso, podría veros cuando quisiera y hasta el consuelo más grande puede quedar en mi alma, de que vos, ya que no me pertenezcáis á mí, no perteneceréis tampoco á ningún hombre.

—¡Oh, eso jamás!

Esto dijo doña Blanca en un arranque supremo de su corazón.

Don Fermín prosiguió entonces melancólicamente:

—He ahí por lo que sois más desgraciada que yo; he ahí por lo que yo debo consolaros.

La hija de Máinez y Carrillo inclinó la cabeza nuevamente; de nuevo rompió á llorar y su llanto corroboró lo que don Fermín había dicho. Olvidándose de la presencia de su primo fué al reclinatorio y se arrodilló ante él; contempló al Cristo con profundo dolor, y los dolientes ojos del mártir parecieron contemplarle con honda ternura. Cruzó las manos y oró fervorosamente, pero los sollozos ahogaban en su boca la ferviente oración.

Don Fermín se aproximó á ella, se inclinó cogiéndola una mano, volvió doña Blanca el rostro, y aquellos dos semblantes juveniles y doloridos se tocaron casi.

—Todavía puedo daros un consuelo, exclamó don Fermín muy bajo y con honda tristeza.

—¡Consuelo! ¡Dios mío! exclamó ella.

—Sí, aún podéis tener un consuelo, dulce, poderoso, bendito.

—¡Dios mío! ¿Vivirá acaso? Hablad, hablad.

—Es mejor que su vida.

—¡Más que su vida, decís! Vais á volverme loca.

—Sí, más que su vida. ¡Don Martín os amaba!

(Continuará).



MESA REVUELTA

Los lápices más comunmente empleados hoy día son los de grafito, sustancia metálica de color gris, impropriadamente llamada *lápiz-plomo*, que no es más que un carburo de hierro muy blando y fácil de cortar. Para la fabricación de los lápices, antiguamente se limitaban á serrar directamente el grafito en pequeños paralelepípedos que se incrustaban luego en unas cubiertas de madera de cedro ó de otra clase; en 1795 se inventaron los lápices *conté*, llamados así por el nombre de su inventor; se componían de grafito reducido á polvo calentado hasta el rojo en un crisol y mezclado luego en diversas proporciones con arcilla. Más tarde se usaron también pedacitos cilíndricos de grafito colocado entre portaplápices metálicos.

Los lápices negros para dibujar se fabrican también con una pasta arcillosa muy fina, colorada con negro de humo y más ó menos cocida; luego se vacían en prismas ó en cilindros. Se fabrican, además, lápices negros, bastos para los carpinteros y los canteros; éstos se obtienen de una variedad del esquisto llamada *amphibolita*. También se emplea para el propio uso esquisto arcilloso gris ó azulado; estos lápices proceden del Maine, Bretaña y Normandía.

Se fabrican, además, con una mezcla de jabón, de cera y de sebo colorado con negro de humo, lápices negros llamados *litográficos*, que se emplean para dibujar sobre la piedra.

Los lápices usados para pintar al pastel se componen de las mismas sustancias que los de *conté*, de que hemos hablado.

Llámanse lápices de pasta colorada, los que se conservan en estuches de madera al igual que los de esquisto, pero que tienen por base la arcilla colorada con azul de Prusia, blanco de plomo, vermellón, etc. También se fabrican lápices para el pastel con arcillas diversamente coloradas: los *lápices blancos* son de arcilla clarificada por una serie de lavaduras y reducida á pasta fina; se vende al menudeo en forma de varitas; los *rojos* se fabrican con hematita en polvo con la cual se hace una pasta por medio de la cola de pescado y goma arábiga. Los lápices de pizarra ó grises son los destinados á escribir en pizarras. Ordinariamente no son más que un pedazo de pizarra blanda.

Un mercader perdió una bolsa que contenía cincuenta escudos.

Al día siguiente, como es uso y costumbre, apareció en los periódicos el siguiente anuncio:

«Se ruega á la persona que hubiera encontrado una bolsa con cincuenta escudos, que se perdió en el día de ayer, la entregue á su dueño... quien dará la gratificación de diez escudos.»

El hallazgo no se hizo esperar. A las pocas horas un hombre, pobre según las apariencias, se presentó en casa del mercader.

—Amigo, le dijo éste recogiendo el dinero y cerciorándose de que estaba completo, siento decirle á usted que ha sido una equivocación haber anunciado que la pérdida era de cincuenta escudos; mi bolsillo contenía sesenta, y faltando aquí diez para componer esa suma, son los que yo había pensado dar de gratificación, y que usted sin duda ha tomado. Puede usted, por consiguiente, marcharse.

El pobre hombre palideció; los diez escudos con que contaba, se habían evaporado entre las manos del mercader.

—Señor, exclamó, puedo jurarle á usted que yo he encontrado la bolsa tal como está, y por consiguiente, pido los diez escudos que me corresponden.

—Eso sería obligarme á que perdiera veinte. Vaya usted con Dios, ó de lo contrario daré parte al juez del distrito y le contaré la sustracción que usted ha cometido.

El acusado tomó una resolución extrema y desesperada.

—Y yo, si usted no me entrega los diez escudos, no me moveré de este sitio y haré á usted responsable de los perjuicios que esto me ocasione.

Poco después el avaro mandó llamar al juez del distrito. Contóle el suceso y le previno arrojara de su casa al miserable que quería cobrar dos veces el premio del hallazgo.

El juez impuso silencio á los contendientes, y preguntó al mercader:

—¿Usted anunció la pérdida de una bolsa con cincuenta escudos?

—Sí, señor.

—¿Pero la bolsa contenía sesenta, según ahora dice usted?

—Eso es.

—Pues bien; entonces devuelva usted los cincuenta escudos á ese infeliz; no es esa la bolsa que usted ha perdido. Y vos, pobre hombre, guardaos ese dinero; pero tened cuidado, y la primera bolsa que encontréis con sesenta escudos, entregádmela, porque será seguramente la del señor.

Escribió una señora al célebre Talleyrand, dándole parte de la muerte de su marido. El gran diplomático le respondió:

—¡*Hélas! Madame, votre très-humble serviteur.* (¡Ah! señora, vuestro muy humilde servidor).

Al año justo, la misma señora volvió á escribirle dándole cuenta de haber contraído segundo matrimonio. La respuesta fué:

—¡*Oh! Oh! Madame, votre très-humble serviteur.* (¡Oh! Oh! señora, vuestro muy humilde servidor).

Si la locura fuese dolor, en cada casa darían voces. (Refrán).

—¿Cuánto ganas cada día? preguntó un mendigo que no era más que tuerto, á otro que estaba ciego, manco, cojo y leproso.—Unas dos pesetas.—¡Torpe eres! Si yo tuviese la suerte de estar tan lisiado y desfigurado como tú, no daría mi jornal por media onza diaria...

—*Un cabo no es un hombre*, decía un soldado raso á un cabo de su compañía.—¡Cómo se entiende, salvaje! Voy á probarte que lo soy, repuso el cabo.—Es inútil que te canses; y si no, mira como por las mañanas, en la parada, el Mayor dice: «Para tal punto, cuatro *hombres* y un *cabo*.» Ya ves, por consiguiente, que *los cabos no son hombres*.

Lamentábase cierta señora, algo entrada ya en edad, de haber tenido hijos.—¡Qué lástima! exclamó para consolarla uno de sus tertulios; ¿y su señora madre de usted, tuvo familia?...

Se aconseja la siguiente receta para formar una buena pasta depilatoria. Pulverícense 60 gramos de cal viva junto con 15 de oropimento (sulfuro amarillo de arsénico). Tómese una pequeña cantidad de esta mezcla y póngase en una cuchara de madera, añadiéndole luego algunas gotas de agua tibia, de modo que pueda formar una pasta espesa que deberá aplicarse por espacio de cinco ó seis minutos sobre la piel y en el sitio donde se

desea que desaparezca el pelo. Inmediatamente conviene que se lave con agua tibia evitando, no obstante, todo frotamiento. Si con una aplicación no desaparece el pelo ó vello, debe repetirse la operación al cabo de 24 horas.

Este depilatorio está muy en boga en Oriente con el nombre de *Rusma del Serrallo*. Si se le añade una pequeña cantidad de almidón, obra con menos fuerza y no hay cuidado de que se produzca ninguna inflamación en la piel, que podría temerse si se empleara demasiada cantidad de pasta depilatoria á la vez.

Por valiente que sea un hombre, siempre le place verse fuera de peligro.—NAPOLEÓN.

La verdadera grandeza es la que no necesita de la humillación de los demás.—DARW.

No es menos precioso el diamante porque caiga en un basurero, ni menos vil el polvo que el viento levanta hasta las nubes...—VERGANI.

Qui bene latuit, bene vivit. (Vivir oculto es vivir feliz).—OVIDIO.

Si dudas, calla.—ZOROASTRO.

En todo negocio humano se puede hallar siempre un inconveniente.—MADAME DE STAEL.

RECREOS INSTRUCTIVOS

Solución á la charada anterior:

PA-LO-MA

Solución á la sustitución:

H U E S C A
C Á C E R E S
S E G O V I A
L É R I D A
P A L E N C I A
B I L B A O
Z A R Á G O Z A

CHARADA

Sin *primera*, hay poca vida,
y hasta la piden á voces
los muchachillos atroces
que lo comen sin medida.

Dos y *prima* hacen los gatos
después de cierta experiencia:
dos *cuatro*, con su insistencia
da á las reses malos ratos.

Tres y *cuatro* es una fiera
valiente, fuerte y osada,
es guerrero sin espada
y hasta noble, á su manera.

El *todo*, amigo lector,
es un nombre algo emblemático,
que te hará quedar extático
aunque te sobre el valor.

J. P., de Barcelona.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

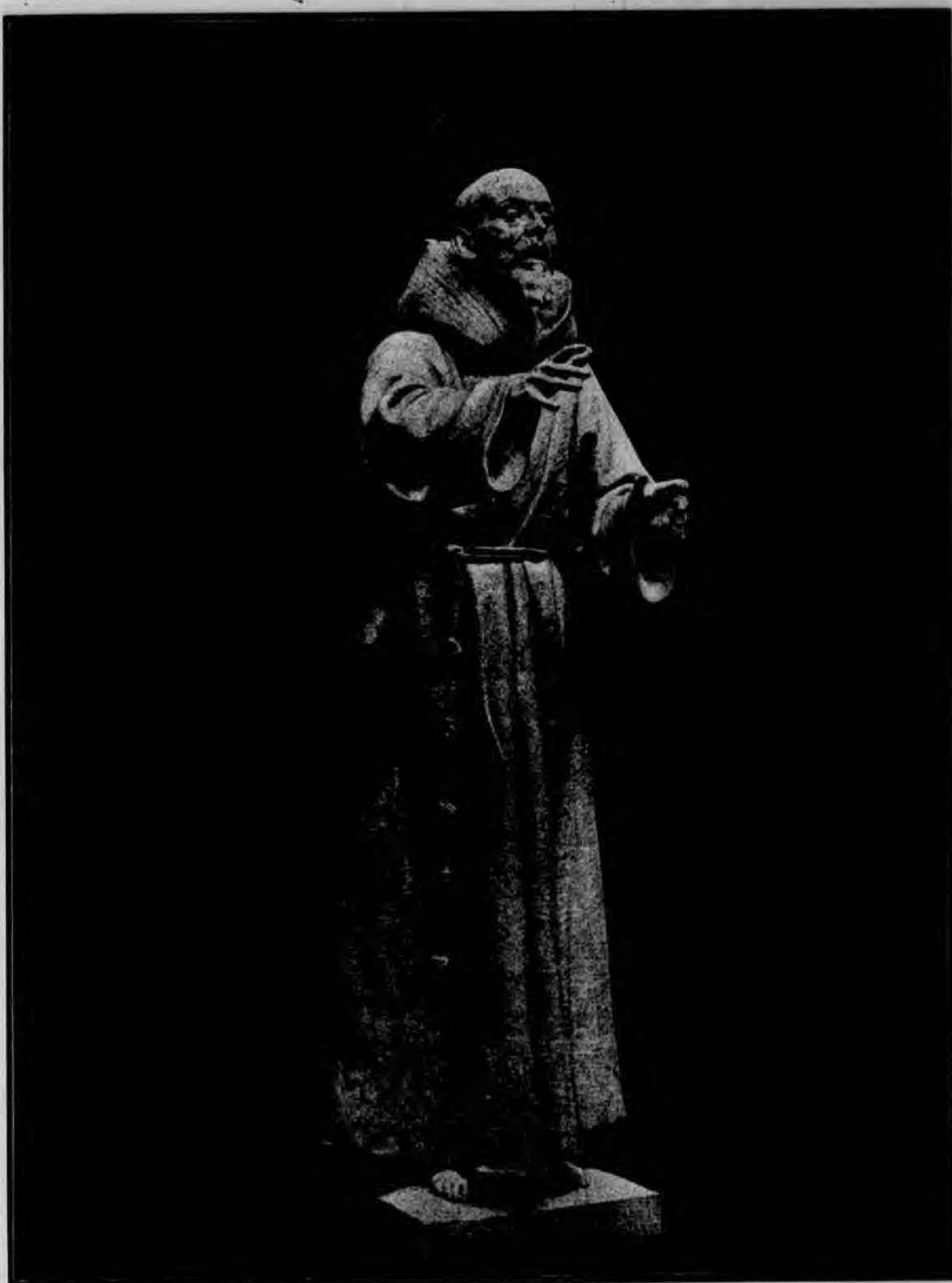
1	2	3	4	5	6	7	8	9	Nombre de varón.
5	3	4	3	2	6	3	7		Isla española.
4	3	2	5	6	7	9			Nombre de varón.
8	3	7	9	2	3				Ciudad asiática.
1	3	2	9	7					En muchos puertos hay.
1	9	8	3						Animal vivíparo.
3	7	6							Adverbio afirmativo.
1	3								Nota musical.
4									Consonante.
7	6								Nota musical.
9	5	3							Ave.
3	7	4	9						Animal cuadrúpedo.
8	3	6	2	9					Ciudad africana.
3	1	2	6	5	3				Una de las cinco partes del globo.
1	2	3	4	8	9	7			Moneda.
1	3	7	5	6	4	3	2		Verbo.
5	9	4	1	6	7	8	3	2	Verbo.

S. G., de San Andrés de Palomar.

CUADRADO

* * * * *

Sustituir los asteriscos por letras de modo que leídas vertical y horizontalmente resulten: 1.ª línea, carrera; 2.ª, lo que nos hace vivir; 3.ª, en la flor.



SAN FRANCISCO DE ASÍS
IMAGEN ESCULTÓRICA DE MANUEL FUXÁ

Ayuntamiento de Madrid



ALFREDO KRUPP Y LA FUNDICIÓN DE ESSEN

POR

MAX GEITEL

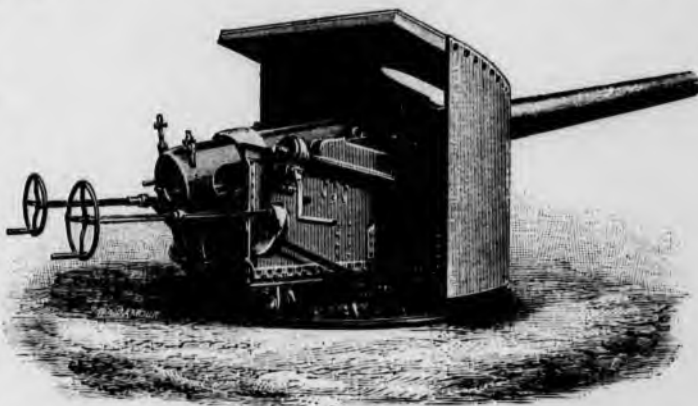
(TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL ALEMÁN)

(CONTINUACIÓN)

HASTA entonces los cañones Krupp habían tenido que probar su fuerza únicamente en el campo de tiro. La guerra danesa de 1864 dió ocasión para que se acreditasen en batallas y sitios. El número de cañones que los prusianos tenían en campaña era de ciento diez, entre los cuales había treinta y ocho piezas Krupp que se cargaban por la recámara. El 2 de Febrero hicieron por primera vez fuego contra el enemigo veinticuatro de los últimos en Missunde. El éxito en todas las acciones fué tal, que ya el 18 de Abril, en la jornada de Duppel, el ministerio de la Guerra prusiano ordenó la introducción del cañón de ocho centímetros (de á cuatro libras) en sustitución del obús, y encargó trescientas piezas á la casa Krupp. El número de cañones que se comprometió á construir Krupp en el año 1864 ascendió á ochocientos diez y siete, excediendo en seiscientos trece el número de pedidos al del año anterior. En otoño del mismo año el presidente del Consejo de ministros, von Bismark, visitó, á su regreso de Biarritz y París, los talleres de Krupp.

Hacía ya tiempo que el peso de los negocios, junto con el incremento que iba tomando la fábrica, superaban á las fuerzas de Krupp, que reunía en su persona los oficios de artífice, capataz, ingeniero y negociante. Ya en el año 1862 se nombró una gerencia de dos personas en sustitución de la de un solo gerente que hasta entonces había habido. Este número hubo de

TOMO II.—81.

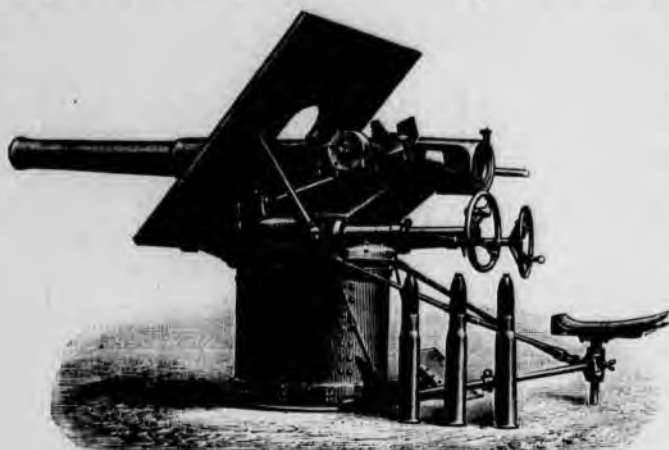


Cañón de 15 centímetros sobre cureña rotatoria (1888)

aumentarse con el tiempo, de modo que á la muerte de Alfredo Krupp la gerencia se componía de siete individuos, entre los cuales se contaba su único hijo Federico Alfredo Krupp.

A la guerra danesa sucedió, tras corto intermedio, la de 1866, precisamente en una época en que tan sólo una parte de la artillería poseía el nuevo material y en que aún no estaba fami-

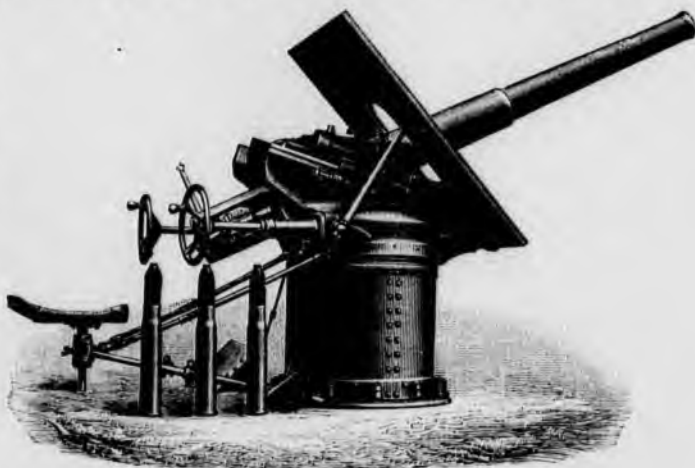
liarizada con él. El ejército del Elba poseía cuatrocientos setenta y ocho cañones rayados y además treinta y seis bruñidos. Tampoco estaba resuelta todavía la cuestión del proyectil más apropiado para los cañones rayados, es decir, si bombas, metralla ó granadas. Por lo tanto, á nadie sorprendió que no se realizasen las grandes esperanzas puestas en el nuevo material. Esto tuvo para Krupp la desagradable consecuencia de que autorizadas opiniones se alzasen contra su acero colado, y efectivamente, en Octubre de 1866 la



Cañón de tiro rápido de 6 centímetros (1888)

comisión prusiana de pruebas de artillería recibió el encargo de proyectar y ensayar un cañón de bronce rayado de nueve centímetros. Los ataques contra el acero colado se fundaban en el hecho de que varios de estos cañones, sin dar de ello señales y sin defecto visible, habían estallado. Krupp se vió, por lo tanto, obligado á retirar los trescientos cañones que había entregado antes de la campaña y á sustituirlos por otros contruidos de distinta manera. Debe notarse que en adelante Krupp proveyó siempre de cañones á la artillería por empeño del rey Guillermo. Pronto se comprendió en Essen que la causa de haber reventado la recámara de algunos cañones de acero colado rayados consistía en el doble cierre completamente inútil; mas el genio activo de Krupp supo hallar un remedio en el llamado cierre circular. Este último sistema fué en seguida adoptado por Rusia.

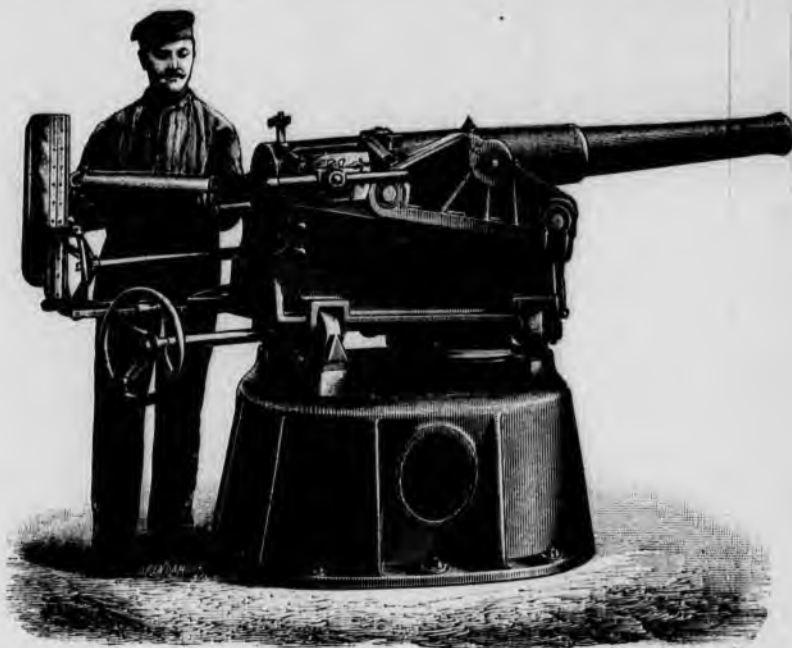
El cierre circular causaba en los cañones de gran calibre un aumento de presión en los gases de la pólvora, que no podían resistir los cañones de acero colado; por consiguiente fué preciso, para poder aprovechar las ventajas de dicho cierre, que se estudiase la manera de aumentar la solidez del cañón. Krupp resolvió el problema con el cañón circular, dentro del cual va colocado un cilindro de acero colado que al enfriarse se contrae, aprieta interiormente el cañón, y de esta manera aumenta su resistencia contra la presión interior. En la segunda Exposición de París, en Abril de 1867, presentó Krupp un cañón monstruo construido por este sistema; el calibre era de 35,5 centímetros, el cañón pesaba 100,000 libras y el coste ascendía



Cañón de tiro rápido de 6 centímetros (1889)

á 100,000 thalers. Al lado de otros numerosos artículos veíase, en la sección de Krupp, otra masa sorprendente de acero colado que pesaba 80,000 libras; como recompensa obtuvo Krupp uno de los tres *grands prix* por sus aceros y artículos forjados, así como también una mención honorífica por ser uno de los «establecimientos cuyos trabajadores están en mejor situación y en los cuales reina una recíproca buena armonía.» No hacemos más que mencionar brevemente esta última distinción, pues más tarde habremos de ocuparnos en las numerosas instituciones benéficas fundadas por Alfredo Krupp.

A pesar de la buena impresión que produjeron los artículos de Krupp en la Exposición de París, no fué suficiente para que introdujesen los cañones de acero en el ejército francés. El encargado militar, coronel Stoffel, había informado á su gobierno, respecto de los cañones, en Febrero de 1868 en los siguientes términos: «Hay que convencerse de la gran superioridad del cañón de campaña prusiano sobre el cañón austriaco, superioridad que desgraciadamente existe



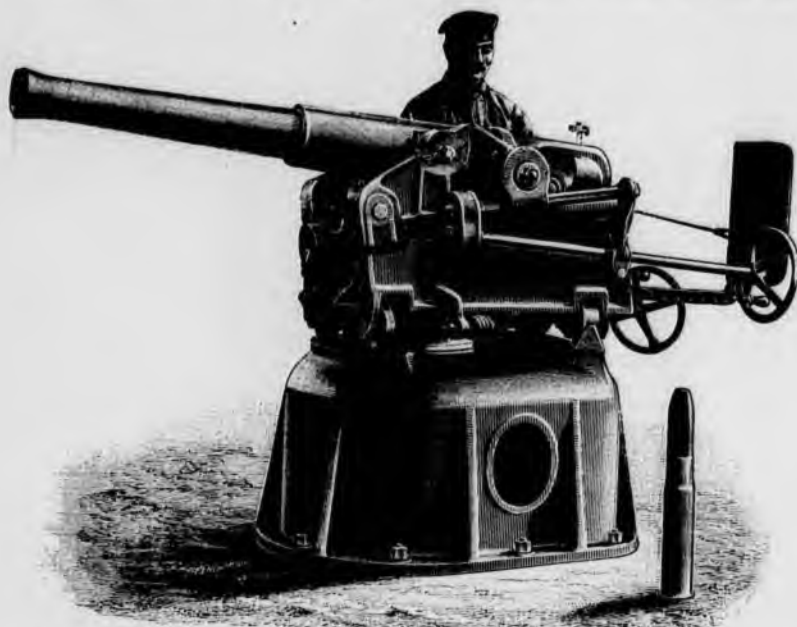
Cañones de tiro rápido de 7,5 centímetros sobre cureña para defensa de los fosos (1889)

también sobre el nuestro.» A esto contestó Lebœuf con la siguiente lacónica nota: «No hay nada que hacer. Archívese, 11 Marzo 1868.»—Pocos años debían transcurrir para que resaltase de una manera decisiva la superioridad de Krupp sobre la industria metalúrgica francesa, en el fragor de los combates y en los sitios.

A pesar del éxito que había alcanzado, los cañones de acero atravesaron una nueva crisis en las pruebas que en la primavera de 1868 se hicieron en presencia del rey Guillermo, en las que dieron poco resultado las planchas de blindaje, aun cuando se había adelantado mucho en su perfeccionamiento. Consecuencia de esto fué la competencia que se entabló con un cañón de hierro colado de la conocida fábrica de Armstrong. Krupp había ya previsto que la boca de sus cañones no era suficiente para la defectuosa combustión de la pólvora prusiana, poco á propósito para grueso calibre, y por lo tanto pidió que fuese sustituida por la pólvora prismática rusa, pero su dictamen no prevaleció en determinados círculos. Muy crítica se presentó la cosa cuando, al hacerse en el mes de Junio pruebas de comparación, se llevó la palma el cañón Armstrong, si bien mediaba la circunstancia de que éste había empleado una pólvora especial

para su uso. Krupp solicitó y obtuvo que se examinase su cañón detenidamente en Berlín, operando con pólvora prismática de San Petersburgo. Cuando, á consecuencia de esto, se repitieron las pruebas de comparación, éstas dieron una brillante victoria á los cañones Krupp sobre los de Armstrong.

La guerra de 1870 halló á la artillería de campaña ya equipada con cañones rayados que se cargaban por la recámara; también la mayor parte de la artillería de sitio poseía las mismas armas. El ejército francés, á excepción de algunos pesados cañones, poseía solamente cañones rayados cargados por la culata. Desde el primer día hasta el último de la campaña se marcó, de una manera notable, la superioridad de la artillería alemana. El príncipe Kraft de Hohenlohe-Ingelfingen describe una serie de hechos interesantes, como por ejemplo, que en St. Privat una triple carga de infantería fuese rechazada únicamente con el fuego graneado de la artillería; «era imposible vencer; no tenéis idea de lo que era tener que avanzar bajo el fuego de vuestra



Cañón de tiro rápido de 7,5 centímetros sobre cureña para defensa de los fosos (1889)

artillería,» así se expresaba algunos años después un ayudante del general Ladmirault, que había tomado parte en aquel ataque. La acción de la artillería alemana fué especialmente decisiva en la batalla de Sedán. Napoleón III, que contaba entre sus amigos al artillero von Fachs, reconocía, disculpando así su derrota, que todo cuanto se ponía al alcance de los cañones alemanes, quedaba en seguida destruido. Para dar una prueba de la prontitud de invención de Krupp, bastará saber que hizo construir, y regaló al ejército prusiano, un número de ligeros cañones destinados á perseguir los globos aerostáticos que los parisienses tenían para comunicarse con las provincias. El año 1870-71 fué de gran actividad para la fábrica de acero colado que hubo de elevar el número de obreros de 7,337 á 8,314.

No acostumbraba Krupp dormirse sobre sus laureles, y por esto después de sus brillantes éxitos siguió construyendo nuevos cañones de acero cargados por la culata, procurando continuamente su perfeccionamiento. Pertenece al número de sus inventos la cureña de hierro forjado, hoy día generalizada y que ha sustituido á la de madera, propensa á descomponerse é inutilizarse.

De un año para otro ibanse perfeccionando las condiciones técnicas de la floreciente

fábrica. Por lo que toca á las primeras materias—el hierro y el carbón—buscó manera de que la producción no estuviese sujeta á las alteraciones del mercado. Ya desde muchos años había adquirido Krupp las fundiciones Saymer y Hermann, de Neuwied, y arrendado la mayor parte de la explotación á una caracterizada sociedad minera. Estas pertenencias, fuera de las que dependían directamente de la fábrica de acero, se aumentaron setenta años después con la adquisición de la fundición Johannes, que producía cerca de 160,000 kilogramos de hierro en bruto diariamente. Al mismo tiempo tenía Krupp también, en el año 1872, once altos hornos en movimiento que daban aproximadamente 10 millones de kilogramos de hierro en bruto al mes. De mucha importancia fué la participación que en aquella época obtuvo en la sociedad minera La Orconera, que explotaba las minas de hierro de Bilbao en



Traviesas para ferrocarriles de campaña

el Norte de España, circunstancia que valió grandes beneficios al establecimiento de Essen por haber subido extraordinariamente los precios del hierro.

La prosperidad económica de Alemania en los primeros años después de la guerra fué causa de gran movimiento en los talleres de Krupp, tanto en los artículos de «paz» como en los de «guerra.» Así, por ejemplo, se fabricaron en el año 1872 45,000 piezas de los ya mencionados aros sin soldadura para ruedas y 50 millones de kilogramos de rieles. En 24 de Febrero de 1873 se celebró el vigésimo quinto aniversario de hallarse Krupp al frente de la razón social de su apellido.

En la Exposición Universal de Viena en 1873 los artículos fabricados en Essen obtuvieron



Traviesas para ferrocarriles de campaña

la mayor recompensa, ó sea el diploma de Honor. En aquella época adquirió Krupp una gran extensión de territorio en las cercanías de Dulmen, en Vestfalia, y estableció allí un campo de tiro que servía para hacer las pruebas de los cañones que se construían. Hacia fines del año 1873 encargó Prusia un gran número

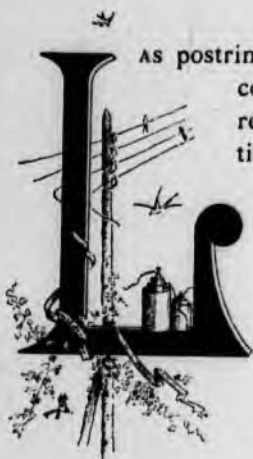
de cañones, que se distinguían por estar recubierto el cañón con una capa de acero colado. Da una idea del gran trabajo de Krupp el encargo de 2,931 cañones que se le hizo en el año 1874.

Es sabido que después de aquellos años de especulación la industria del hierro atravesó una crisis que perjudicó también á Krupp, tanto más cuanto, en vista del aumento de pedidos, había sido necesario ensanchar notablemente varias secciones que luego no procuraron ningún beneficio por el súbito descenso en los encargos. De resultas de ello Krupp, en Abril del año 1874, á pesar de los grandes pedidos de material de guerra, hubo de contratar un empréstito de 30 millones de marcos reembolsables hasta el año 1883. Estas desfavorables circunstancias hicieron que á fines de 1874 se bajasen los salarios, que con el tiempo habían subido de un modo asombroso. Si bien la perfección de los productos de Essen iba siempre en aumento, en cambio el número de ellos y de los trabajadores disminuía más y más cada día, de manera que en el año 1875 se produjeron 20.580,000 kilos de acero colado menos que el año anterior.

(Concluirá).

RECUERDOS DEL CENTENARIO ROJO

LOS PROFETAS DE LA REVOLUCIÓN



AS postrimerías del reinado de Luis XV, como toda época que antecede á otra de convulsiones, ó más bien de cataclismos gigantes, revelan en mil pormenores ese estado enfermizo de los espíritus, mezcla de descreimiento y superstición, en que si no se cree en Dios se adora al diablo. El XVIII tuvo su período *fin de siglo*, como lo había tenido el reinado de Luis XIV, como lo tiene todo instante de decadencia, de incertidumbre y de miedo á lo porvenir. Presagios, terrores, milagrerías, anuncios fatídicos, dedos misteriosos que escriben en la pared, á la hora del festín, el terrible *Mane, Tecel, Fares*, de la cólera divina: tal es la romántica leyenda que precede á la revolución.

La Dubarry, hija del arroyo, modistilla humilde, elevada hasta el primer escalón del trono de Francia, que alguna vez pensó ocupar legítimamente, aunque en secreto, como la Maintenon, era el espíritu más predispuesto á que en él prendiese la semilla del miedo sobrenatural, y arraigasen las creencias en sueños, agüeros y rayas de manos. La sortería había revestido faz nueva. Si bajo Luis XIV y la Montespán lo que privaba en la corte era la magia negra, los sacrilegios de la Voisin, los venenos, los mortales filtros, bajo la Dubarry, en tiempos de la Enciclopedia, la magia se hace docta, las ciencias ocultas aspiran á la popularidad, y las enigmáticas figuras de Mesmer el magnetizador y de Cagliostro el brujo cruzan en lontananza, proyectando sobre el reinado decadente sombra diabólica.

Cuando la Dubarry no había salido aún de su oscuridad primera, cuando vivía con su hábil é intrigante cuñado, una tarde, al cruzar las Tullerías, notó que la seguía un hombre joven, como de unos veintidós á veinticuatro años, de elegante apostura, aunque con trazas de ocupar en el mundo modesta posición. Sin decir palabra, fué, paso á paso, tras Juana, deteniéndose cuando ella se detenía, mirándola fijamente y esperándola á la puerta de las casas donde iba entrando. Nada de nuevo ni de singular parecía tener el suceso: una linda moza, seguida por un mancebo gallardo, es cosa que se ve todos los días, y que no asusta á mujeres del temple de la futura condesa Dubarry. No obstante, lejos de sentir la emoción de la galante aventura, sintió Juana frío en el corazón y hielo en las venas. En el rostro del perseguidor creyó advertir expresión sombría y siniestra. Su extraño silencio acrecentaba el susto.

Al volver á su casa, notando que aún estaba parado al pie de las ventanas el mudo *encerador*, encargó á una mujer de toda su confianza que fuése á preguntarle qué quería y cuál era el móvil de su conducta. La mujer volvió alarmada.

—Señora, ó es un loco ó es un embustero. Dice que no la ha seguido á usted, y que no se acuerda de usted para nada.

La respuesta debía inquietar y sorprender á Juana en mayor grado. Al día siguiente vuelve á las Tullerías, y ya está allí, pegada á sus pasos, la sombra. Impaciente, encarándose con el caballero, le pregunta qué pretende, á qué aspira, por qué la hostiga así. El desconocido sonríe.

—Prométame usted concederme el primer favor que la pida cuando sea usted reina de Francia.

—¡Reina de Francia!

La Dubarry se ríe, confirmando interiormente la suposición de que tiene que habérselas con un loco. Pero él ha leído en su pensamiento.

—No, señorita, no estoy loco. Soy un profeta. Será usted reina de Francia y después de su encumbramiento, no habrá cosa más sorprendente que su fin.

Si fuese cierto este episodio — que la misma Dubarry refirió á sus amigos en una cena — bien se podría creer que, en efecto, la rara profecía inspiró á los caballeros de industria que á Juana rodeaban la idea de presentar su candidatura, de ofrecer al envejecido y hastiado Luis XV aquella sirena encantadora. Los presagios á veces no anuncian sino que dictan é inspiran los acontecimientos. Mas no paró aquí la profecía.

Poco después de la primer jornada que con Luis XV hizo la favorita al castillo de Compiègne, un día, oyendo misa en la capilla de Versalles, vió, detrás del altar mayor, en un ángulo, á su profeta, que la miraba fija é intensamente, con ojeada fascinadora. La favorita se sofocó, y tembló ante el hombre que era viviente imagen del Destino... Él sonreía, y con la mano dibujaba un aro alrededor de la cabeza, aludiendo á aquella corona de Francia pronosticada tiempo atrás. Asediada por extraños presentimientos y temores, la Dubarry refirió á sus adláteres la nueva aparición del brujo, y éstos, por serla agradables, encargaron á la policía que le buscase, le cogiese y presentase á la dama. Pero los activos sabuesos no lograron descubrir ni rastro de la pieza. Una mañana, la Dubarry recibió una carta cerrada con tres grandes obleas negras.

—«Que no me busquen, —decía la fatídica misiva, — porque no me encontrarán. El enigma de mi ser sólo se aclara á las puertas de la muerte. Si usted me busca, peor para usted. La predije fortuna; acerté; ahora la predigo reveses; acertaré también. Cuando vuelva usted á verme por tercera vez, despídase del mundo de los vivos.»

Terror profundo se apoderó de la Dubarry. Su corazón latió; sus ojos se nublaron; su alegría viva y picaresca desapareció por algún tiempo. Desahogó su miedo refiriendo el caso al rey.

—Que la policía se esté quieta; que no busquen más á ese hombre; —fué el consejo del monarca, que también sentía el estremecimiento de lo desconocido.

Dícese que cuando Luis XV, ya herido de muerte, fué trasladado de Trianón á Versalles, la Dubarry, al llegar á la residencia real, vió junto á la reja al sortero, y lanzando un grito, mandó que le detuviesen. Otras consejas afirman que la Dubarry no volvió á ver por tercera vez á su profeta hasta ocasión mucho más solemne y terrible: en las gradas del cadalso, y en la persona del verdugo que se aprestaba á degollarla. Sea como quiera, lo cierto es que no fué ésta la única leyenda mágica de la vida de la Dubarry. Falta aún su visita al lebrillo encantado de Mesmer.

Hablábase mucho en la corte de cierto austriaco, inventor de una panacea universal é infalible, conocida por *magnetismo animal*. Para algunos, Mesmer era un charlatán; para otros un bienhechor de la humanidad, un sabio, un nuevo redentor. Las curaciones procedían de algo que no prescriben en sus rícepes los médicos; fuerzas desconocidas de la naturaleza y extraños fluidos concurrían á sus efectos, y en el lebrillo de agua que exponía á los visitantes aparecía dibujado el porvenir. La Dubarry, que no había olvidado al profeta de las Tullerías, quiso consultar al brujo de Viena.

Mesmer, previos los pases consabidos, la durmió.

—¿Ve usted ya? la preguntó con imperio.

—Veo algo confuso, respondió ella con alteradísima voz, indicio de la tremenda visión que empezaba á condensarse.

—La ordeno á usted que vea, insistió Mesmer.

Y la condesa, exhalando terrible clamor, retorciéndose los brazos y dilatadas de horror las pupilas, gritó:

—¡Jesús mil veces! ¡Un patíbulo... una reina... yo... sangre... sangre!

El magnetizador la despertó en seguida, y al preguntarla si recordaba algo de lo visto en sueños, contestó que lo recordaba vagamente, y que parecía cosa horrible, pero muy remota, muy lejana ya en sus recuerdos.

El que refiere esta escena, añade alardeando del esceptismo de un cortesano viejo:

«Vaya al diablo el farsante de Mesmer. Es indudable que con sus garatusas y sus morisquetas le causó á la condesa un ataque de nervios.»

Porque el espíritu cortesano de entonces discurría así:

«Los médicos y los profetas son causa de la tristeza general que en este país reina. Los profetas nos alarman para el año próximo, los médicos para el presente.»

Nada más característico que esta diatriba contra otros pájaros de mal agüero, los predicadores:

«Los filósofos hablan en nombre de la razón, y son locos; los economistas en nombre de la ciencia, y son ciegos; los predicadores en nombre de Dios, y son embusteros. Pueden excusarse la locura y la ceguera, pero ¿qué hombre de corazón y de buen sentido perdonará la mentira?»

Tal fué, repito, el escéptico lenguaje de los partidarios del antiguo régimen, impacientes con los continuos y lúgubres augurios que nublaban y oscurecían el aire. Como en el imperio de Moctezuma al acercarse los españoles á destruirlo, pululaban tristes y funestas apariciones. La revolución, profetizada por el Tasso, lo había sido también por Nostradamus; se recordaban tales vaticinios, y se temblaba; pero lo más público, lo más singular, lo que más perturbó y desquició las imaginaciones ya enfermas, fué el claro y terminante emplazamiento de Luis XV.

Tiempo hacía que en el espíritu del rey, viejo y á fuer de viejo receloso de la muerte, verificábase una transformación semejante á la que había arrojado á Luis XIV en brazos de la Maintenon, como en un lugar de refugio. El retiro de madama Luisa al convento de las Carmelitas por no presenciar los escándalos de la corte, hizo mella en Luis XV: los jesuitas adquirían poco á poco benéfica influencia: en el incansable libertino sexagenario extinguíase el fuego de las pasiones; por eso, con melancólico humorismo, solía decir:

—Me aconsejan que tome mujer... pero es un modo indirecto de aconsejarme que deje á la condesa.

El rey tenía miedo; el rey se convertía; las cenas y fiestas galantes no alegraban ya la corte; soplo de terror pasaba sobre las cabezas; súbitas muertes obligaban á Luis XV á pensar en la propia: el embajador de Génova, Armentières, sucumbe en pocas horas; el abate de la Ville y el marqués de Chauvelin, al salir de la Audiencia real, caen como heridos por el rayo. Luis decide confesar y comulgar, por Pascua florida, con gran devoción y propósito de la enmienda, no sin haber preguntado antes, con suspicacia de pecador empedernido, *si será tiempo ya de arrepentirse*. Entonces el abate de Beauvais sube al púlpito para predicar en la real capilla los sermones de Semana Santa: y con voz grave, dura, en que tiembla la cólera, encárase con el rey, y le emplaza así:

«Este carnaval es ya el último, señor. No bien pasen cuarenta días será destruída Ninive.»

Descolorido y demudado, el rey inclina la cabeza. ¡Cuarenta días! Al siguiente ordena

que se disponga gran cacería, confesando á la Dubarry que no quiere estar solo ni silencioso; que la soledad y el silencio le parecen antesala del sepulcro. Entre el bullicio de la cacería, el aire libre, el ejercicio y las bromas del duque de Richelieu, disípanse algo los terrores del emplazado rey, que murmura sordamente:

—No estaré tranquilo hasta que pasen los cuarenta días.

También la Dubarry ha sido emplazada. El Almanaque de Lieja decía, en las predicciones correspondientes al mes de Abril: *Una favorita desempeñará el último papel*. Y llena la mente de terrores, encogida y apocada el alma, la Dubarry, á solas con el rey, exclama llorosa:

—¡Cuándo pasará este mes maldito!

—¡Cuándo pasará! repite el rey, que de noche, en el silencio de su regia cámara, en la suave magnificencia del muelle lecho tapizado de raso y revestido de holandas y encajes, siente pasar por la raíz de los cabellos el estremecimiento indefinible de que habla la Biblia en el libro de Job, y bañado en sudor glacial, erizado el cabello, horripilado, silabea con el espanto del que se ve al borde de un abismo profundo: «¡Hay que morir!»

Pocos días faltaban para cumplirse el plazo, cuando Luis XV, no sabiendo cómo vencer el miedo, quiere aturdirse. Prepara una de sus antiguas cenas en Trianón, cena en que la Dubarry, para distraer al monarca, recobra su travesura, su loca y argentina risa, y arde el ponche, innovación traída por la Dubarry, de Londres, á los gabinetes de Versalles. Una leyenda, ó por lo menos un aserto poco fundado, atribuye á Luis XV, en esta última hora de su mal vivir, la seducción de una pobre criatura, una aldeanilla que guardaba vacas, y que, teniendo un hermano atacado de viruelas, como por providencial castigo transmitió al rey el contagio. Lo cierto es que el rey, después de cenar, hubo de sentir fortísimo dolor de cabeza; que se le alzó fiebre muy intensa; que los médicos le trasladaron así de Trianón á Versalles; que le extenuaron con aquellas bárbaras sangrías tan combatidas por nuestro Feijoó; que la viruela se declaró en aquel hombre de sesenta y cuatro años, arruinado por el vicio, y que á los cuarenta días, hora por hora, del emplazamiento del predicador, de viruelas se moría el *Bien Amado*, y la Dubarry caía de su altura casi regia.

El hedor del cadáver de Luis XV era tal, que fué preciso guardarlo, sin pérdida de tiempo, en un ataúd de plomo, llamando á los artesanos más miserables para que por gran recompensa lo cerrasen, pues nadie quería desempeñar semejante tarea. Rodeado de perfumes y de flores, protegido ya por doble caja el cuerpo, el olor de la descomposición sobresalía é infestaba el palacio. Una actriz de conducta ligera, Sofía Arnould, hizo la oración fúnebre del rey y la de la privanza de la Dubarry, exclamando:

—¡Ay Dios! Nos quedamos huérfanas de padre y madre.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA TRACA

(ESPECTÁCULO VALENCIANO)

ALguna vez oisteis
las bombas de la *traca*?
en el cerebro suenan
con ruido de metralla.
La imitativa música
de su triunfal descarga
remeda los fragores
de horrisona batalla.
A recto alambre asida
la resonante carga
por la alameda hermosa
de tronco á tronco pasa;
y da la larga vuelta
oculta entre las ramas
con sus colgantes *truenos*
que harán explosión bárbara.
El plano de la feria
contiene cien mil almas
que esperan ver en torno
surgir la hirviente llama.
Ruidos y pregones
se mezclan y enmarañan
en mareante estruendo
que los oídos rasga.
Una aguadora linda,
en la cintura el ánfora,
cruza por el bullicio
diciendo:— « ¡Fresca el agua! »
Otra pregonera flores,
cual de Valencia, gratas;
otra sabrosas chufas
y dulces y avellanas.
Los pueblos ribereños,
luciendo ricas galas,
absortos en la feria
contemplan la velada,
y esperan el momento
de que la mecha rauda
contagie el artificio
de fuegos con su llama.
Por fin un trueno ronco
anuncia la batalla
y empieza en la alameda
el *traca* que te *traca*.
Un vivo clamoreo

arrojan las gargantas
en explosión de júbilo
al empezar la salva,
y corre el pueblo todo
al sitio en que desgaja
su bronco tiroteo
la pólvora inflamada.
¡Qué borbolar de gente!
¡qué de animosas caras
por los chispazos fúlgidos
de súbito alumbradas!
A medias las figuras
bañando las bengalas,
despiden un torrente
de notas irisadas.
Sopla rabioso el chorro
de la furiosa llama
que fugitivo y fiero
por el alambre pasa,
y un repicar de bombas
como en tronante fragua
donde martillos músicos
de vario son, trabajan,
sube por el paseo
soltando sus descargas
desconcertando el aire
que conmovido brama.
Ya como rosa abierta
de luz radiante y mágica
arden la laca roja
clorato y estronciana.
Ya muda el manganeso
las notas encarnadas
y de otro tono pinta
la rosa iluminada.
Ya azufre y antimonio
engendran la luz pálida,
que en verde luego muda,
y en violeta cambia.
La química esplendente
luce sus fiestas mágicas
de tonos y colores
relámpagos y llamas.
Se escucha el tiroteo
más recio al par que avanza,

y el fiero olor á pólvora
los ánimos contagia.
Al resonar tremendo,
la sangre caldeada
se siente en las cabezas
latir con fuerza brava;
y en pelotón la gente
como en feroz batalla,
tras del reguero corre
de la crujiente traca,
y avanza en tropel ciego
envuelta entre las ráfagas
con que la luz el fondo
de las tinieblas rasga.
El suelo se conmueve
con ruido de montaña
que el terremoto trunca
y ronco despedaza.

Madrid, Mayo, 1893.

Cristales y edificios
trepidan á las salvas
y los sentidos piensan
que el mundo se desgaja.
Por fin la última bomba
su cañonazo lanza
como un final de guerra
que los oídos pasma.

Luego el alambre cruza
ave de fuego rauda,
capricho del artífice
donde prendió la gracia,
y deja tras la huella
de sus veloces alas,
¡¡toda la feria ardiendo
en luces de bengala!!

SALVADOR RUEDA.



COLECCIÓN ZOOLOGICA

DEL PARQUE DE BARCELONA

(CONTINUACIÓN)

III

PAVOS REALES DOMÉSTICOS

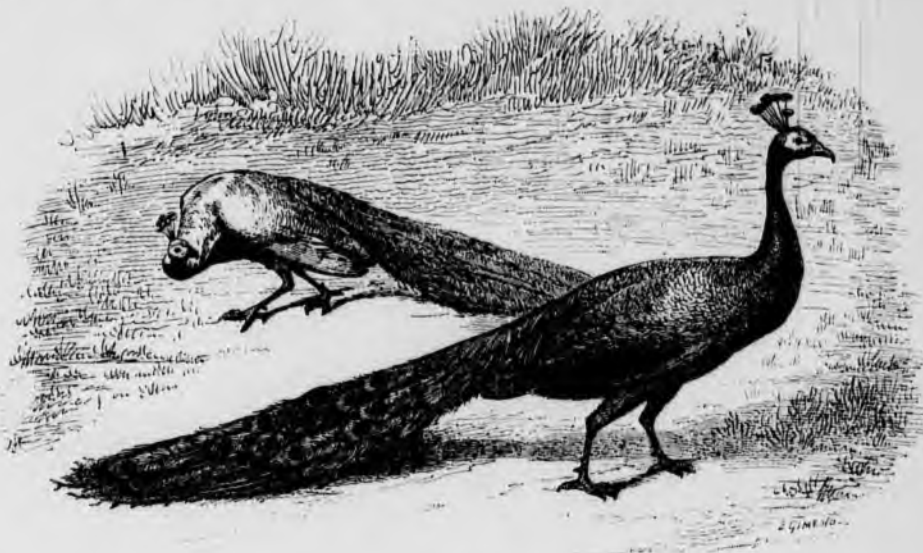
Los *Pavos reales domésticos* son las más hermosas aves de cuantas se tienen en cautividad, y proceden del Pavo real ordinario, preciosísimo volátil que vive salvaje en las Indias y Ceilán; se le encuentra, por lo regular, en los juncales de los bosques, sobre todo de país montañoso, viéndosele á veces á una elevación de más de 2,000 metros sobre el nivel del mar, y busca con preferencia los sitios abundantes de aguas, especialmente aquellos que le permiten esconderse con facilidad entre las hierbas altas ó matorrales. Observa un régimen alimenticio verdaderamente omnívoro, pues no sólo come semillas y partes tiernas ó retoños de muchas plantas, sino que acomete á los animales, consiguiendo, en más de un caso, apoderarse de algunos bastante fuertes, como culebras de cierta talla, que mata y en parte devora. Para reproducirse forma un nido grosero, generalmente en paraje elevado del bosque ó debajo de una gran breña; la hembra pone corto número de huevos y los cubre con gran esmero mientras no se le incomoda. Los pequeñuelos se crían fácilmente como acontece con casi todas las gallináceas. Hay varios puntos de la India en donde lo consideran como ave sagrada, creyendo los indígenas que solamente con la muerte puede pagar su delito quien se atreve á matarlo. En las inmediaciones de ciertos templos indios se ven bandadas de pavos reales semisalvajes, siendo uno de los deberes de los sacerdotes el protegerlos y cuidarlos. Ningún viajero que haya logrado ver una manada numerosa de pavos reales salvajes, que á veces se encuentran reunidos á centenares, ha dejado de experimentar un verdadero éxtasis al contemplar la magnificencia del plumaje que ostentan, sobre todo cuando las aves están posadas, excediendo á toda ponderación, pues la brillantez de sus múltiples y variadísimos colores sólo es comparable con los destellos que despiden el zafiro, el rubí, el topacio, la esmeralda y muchas otras piedras preciosas reunidas.

En las localidades donde no se les considera sagrados, se cogen muchos vivos con lazos, trampas y otros medios; soportando fácilmente el cautiverio cuando tienen cierta edad, pero si son muy jóvenes mueren la mayor parte.

Desde la más remota antigüedad se hallan los pavos reales en estado doméstico, pues en los libros sagrados ya se hace mención de ellos, diciéndose que «constituían uno de los más preciosos productos que traía del Asia la flota del rey Salomón.» Asegúrase que Alejandro Magno, en la expedición que hizo á la India, quedó tan maravillado al ver aves de tal esplen-

didez que prohibió á sus soldados el matarlas bajo penas severísimas; afirmando muchos que fué el gran conquistador quien las introdujo en Grecia; siendo muy cierto que en Atenas, durante mucho tiempo, se consideraron como objeto de gran rareza los pavos reales, hasta el punto de acudir desde poblaciones muy lejanas para verlos. Hoy son tan frecuentes en Europa, que se les ve en muchísimos jardines formando su esplendoroso plumaje verdadera competencia con los bellos y variados matices de las flores.

En cautividad se mantiene fácilmente el pavo real, pues come casi de todo como las demás gallináceas, siendo, sin embargo, bastante aficionado á las sustancias verdes; necesita locales desahogados y de cierta altura, manifestando siempre tendencia á los sitios elevados. El macho es sumamente vanidoso, desplegando su incomparable cola, no solamente para halagar á su compañera, que viste una librea mucho más modesta, sino también, casi puede decirse, cuando observa que el hombre lo admira. Como es muy egoísta y hasta déspota, no se aviene á estar



Pavos reales

én corrales que haya otras aves, acometiéndolas, especialmente si son más débiles que él, y maltratándolas á veces hasta que las mata. Para que críe es preciso dejarlo en cierta libertad, porque la hembra no cubre, abandonando los huevos ó polluelos, por poco que se le moleste. La incubación dura unos treinta días, los pequeñuelos crecen con cierta rapidez, distinguiéndose á los tres meses el macho de la hembra, pero no adquieren el completo desarrollo hasta los tres años, durando unos veinticinco á treinta su vida.

Transportado el pavo real azul ú ordinario desde la India á ciertos puntos de Europa, como Suecia, Noruega y otras comarcas de climas fríos, se ha logrado, después de diversas generaciones, obtener una raza completamente albina, notable por su deslumbradora blancura, principalmente en las plumas de la cola, cuyos extremos presentan, sin embargo, manchas que á manera de brillantes ojos forman un preciosísimo adorno, recordando las que ofrece la especie de que procede. Esta raza es muy apreciada, exigiendo su cría mucho cuidado, porque los pequeñuelos suelen ser muy delicados.

FAISANES

Designanse vulgarmente con el nombre de *faisanes*, un grupo de hermosas aves procedentes del Asia, en donde las que gozan de completa libertad, viven escondidas entre los brezos y matorrales, muy rara vez en los bosques montañosos, pues parece prefieren la proximidad de los campos y praderas. Son de vuelo pesado y hasta dificultoso, no emprendiéndolo sino cuando se ven muy obligadas, pero en cambio andan y corren con facilidad, pudiendo competir en ligereza con las demás gallináceas. Pasan el día en tierra buscando alimento, suelen recorrer á veces distancias de algunos kilómetros, y no reposan sino para entregarse al sueño. Nútrense de sustancias vegetales y animales, comiendo semillas, ciertos frutos y partes tiernas



Faisanes

de las plantas, utilizando, además, larvas, insectos, moluscos y, hasta algunas, vertebrados de poca magnitud, como ranas y serpientes pequeñas. Al igual de casi todos los demás animales polígamos, la hembra es la única encargada de la progeñe; de manera que, una vez verificado el apareamiento, busca algún sitio retirado, forma en el suelo una suerte de nido grosero, pone generalmente de seis á doce huevos, pocas veces mayor número, los incuba ella sola, y á los 25 ó 26 días de incubación, nacen los pequeñuelos, que son ágiles, vivarachos y están muy luego en disposición de seguir á la madre, creciendo tan rápidamente, que á los tres meses pueden considerarse ya adultos. Se cazan los faisanes con avidez por su sabrosísima carne y para utilizar las plumas de algunos, que son apreciadas como objeto de adorno; además, á causa de la escasa inteligencia de que están dotados, perecen también muchos entre las garras de los animales carniceros. No es difícil cogerlos vivos, pero mueren la mayor parte porque se avienen poco con la cautividad; sin embargo, el hombre ha logrado reducir gran número de especies al estado doméstico ó semisalvaje.

En la instalación del Parque se ven algunos de los que se tienen en domesticidad, siendo

interesantísimos: el *Faisán dorado*, que procede de la China, y si bien no alcanzan gran magnitud, es muy notable por su sorprendente hermosura, refiriéndose indudablemente á esta preciosa gallinácea cuantas leyendas sobre el *ave fénix* nos han legado los poetas; debiendo decirse que, á pesar de ser conocido desde remotos tiempos y hoy día frecuente en estado doméstico, á causa del espléndido plumaje que ostentan los machos, en cuya librea campean los brillantes colores del oro y la púrpura, hace que se le contemple siempre con admiración. El *plateado*, originario asimismo de la China, adquiere el volumen de un gallo ordinario, y se le ha llamado *nictemero* (la noche y el día), por los colores negro y blanco de su vistoso plumaje; desconócese la época que fué importado en Europa, aunque probablemente no debió ser antes del siglo xvi, mas puede asegurarse que en muchas naciones europeas, si se le cuida convenientemente, prospera muy bien, tanto en libertad como en las grandes pajareras ó los corrales, y que si no se ha conseguido todavía aclimatarlo en nuestros bosques, como fuera de desear, se debe más á la caza furtiva de que es objeto por parte del hombre y á la guerra activa de que es blanco por parte de los animales carnívoros, que á las dificultades del clima, condiciones topográficas y productos de nuestra península, bastante apropiados para la vida y multiplicación de una ave tan útil como bella. El *venerado* ó de *Reeves* es de la talla del *plateado*, tiene la cola muy larga y puede calificársele de magnífico por los variadísimos y brillantes colores de su soberbio plumaje; procede, al igual que los anteriores, de la China, en cuyo país lo crían los magnates en sus corrales y pajareras, considerándolo como ave rara, de gran valía y hasta venerada en ciertas localidades donde domina la superstición religiosa. El *Lady Amherst* rivaliza en belleza con la especie anterior, y su nombre recuerda el de la señora inglesa que lo trajo desde la China, habiendo tenido gran empeño en que llegasen vivos á Londres dos faisanes de esta especie que le había regalado el rey de Ava. Por último, y aunque no esté en la instalación, merece citarse de una manera especial, por ser el más antiguamente conocido y uno de los más importantes, el *Faisán común*, ave hermosísima, de bastante tamaño, cola larga y plumaje brillante y vistoso, pero sumamente abigarrado. La hembra es más pequeña, pardusca, con varias manchas y rayas oscuras. Admítese que este precioso volátil estaba relegado á la Cólquida antes de la famosa expedición de los argonautas, quienes, al remontar el río Faso para llegar á Colcos, encontraron gran número de individuos de la mentada especie por las márgenes del río, llamándolos faisanes, esto es, aves del Faso, en recuerdo del lugar de que procedían. Al regresar los expedicionarios las trajeron á Europa, desde donde se han extendido por casi todos los países y en algunas partes profusamente.

Hasta hace poco se criaban los faisanes en bosques ó parques cerrados, y como aves semi-salvajes, más bien para que sirvieran de recreo que de utilidad, siendo en más de una ocasión objeto de cacerías verdaderamente regias; mas actualmente, á pesar de que teniéndolos cautivos ofrece su cría ciertos cuidados, son en algunos países objeto especial de cultivo; el *Faisán común* y el *plateado* por su carne, que es apreciada como exquisito manjar, y las demás especies de plumaje vistoso por constituir uno de los más bellos adornos doquiera que se tienen domésticas; debiéndose á tales circunstancias el que unos y otros se vendan siempre á precios relativamente subidos.

M. MIR y NAVARRO.

(Continuará).



NUESTROS GRABADOS

SAN FRANCISCO DE ASÍS

IMAGEN ESCULTÓRICA DE MANUEL FUXÁ

Ha llamado la atención, con justicia, esta imagen del Santo de Asís, lo mismo en Barcelona que en Madrid, puntos en donde se ha expuesto. Todo el mundo ha aplaudido el ingenio de su autor, y si en Madrid se la galardonó con una medalla de segunda clase en la Exposición Nacional, en nuestra ciudad la opinión pública y la crítica lo acogieron también con aplauso, y por un numeroso grupo de distinguidos artistas se presentó una petición al Ayuntamiento pidiéndole que la adquiriera para el Museo municipal de Bellas Artes, lo cual es muy posible que se realice. Basta examinar la reproducción que damos, para descubrir en seguida los méritos de la imagen. También en ella Fuxá ha seguido, con gran fortuna, las huellas de los antiguos imagineros españoles. Como éstos, es realista en el *San Francisco de Asís*, puesto que reproduce con nimia exactitud todos los pormenores de su rostro y de sus extremidades maceradas por los ayunos y las mortificaciones, y con ello los más pequeños accidentes del tosco sayal que viste el Santo. Pero á la vez que saca el escultor de la verdad real todos esos elementos de verdad artística y de vida, acude á otras fuentes más altas para dar á la cara y á las mismas manos de *San Francisco de Asís* la expresión de encendido amor, de arrobamiento místico, de fe profunda que en toda la imagen se ven impresos y singularmente en el rostro, que semeja el de un ser humano transfigurado, el de un servidor de Dios que se encuentra fuera de este mundo, que vive ya en regiones de inefable bienandanza. Por igual camino anduvieron los mejores escultores que España ha tenido, y el haber evocado su memoria Manuel Fuxá en la imagen de que hablamos, constituye para él un triunfo al par que es un buen ejemplo para los artistas noveles que se dedican al difícil arte de la escultura. Buscando las enseñanzas en nuestra misma patria, en nuestra misma casa, encontraremos más ó menos tarde un arte que tendrá fisonomía propia, la fisonomía del terruño, y que no será una imitación deslabazada de lo que han llevado á cabo artistas extranjeros al influjo de sentimientos y de afecciones diversas de las que reinan en tierra de España.

EL OBISPO FRAY FRANCISCO ARMANYÁ

ESTATUA DEL MISMO ARTISTA

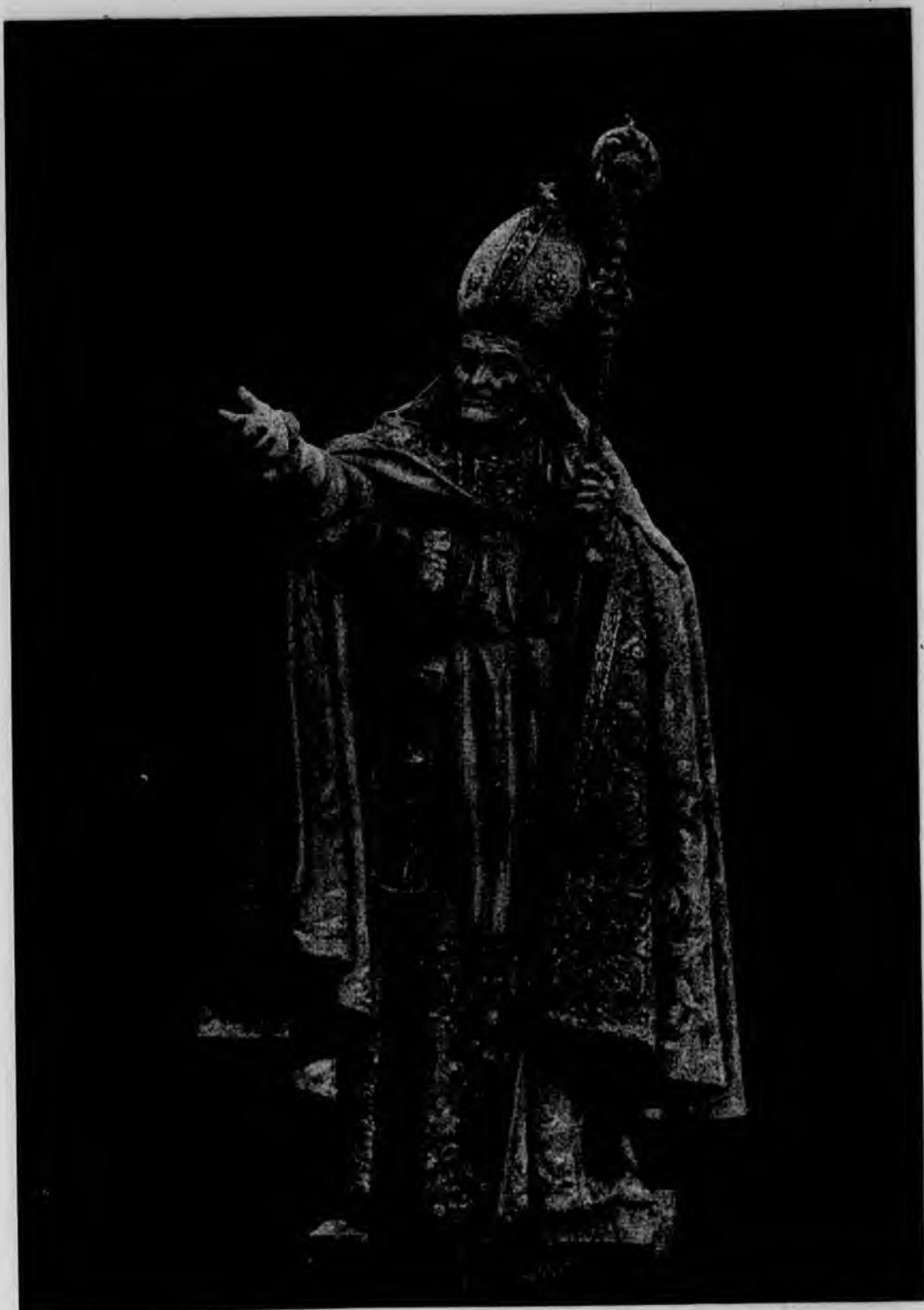
Hállase colocada esta escultura en uno de los intercolumnios del Museo Biblioteca Balaguer, generosamente fundado y sostenido en Villanueva y Geltrú por don Víctor Balaguer. Fué el obispo Armanyá uno de los doctos é ilustres hijos de aquella villa, por cuyo motivo la Junta que dirige el Museo Biblioteca acordó que en él se pusiera su estatua. Abrióse concurso público al

intento, y Manuel Fuxá se llevó la palma del vencimiento. Su obispo Armanyá figura, sin disputa, entre las obras inspiradas que ha modelado y esculpido. Para hacer su elogio cedamos la palabra al Jurado calificador de los trabajos enviados al concurso, el cual encareció en ella «la grandiosidad propia de la monumental escultura con que está concebido y ejecutado el modelo; la gallardía y elegancia de líneas que ofrece mirado desde los cuatro principales puntos de vista que tendrá la estatua una vez colocada en su sitio; la bondadosa majestad que respira la bien modelada testa del personaje y su postura toda; la holgura en el plegado del ropaje, y la calidad que se observa en todas las partes de la figura, así en las carnes como en los bordados, así en el tisú de la capa pluvial como en las blondas del alba.» Nuestros lectores comprenderán que estos elogios son justos si contemplan la reproducción que damos en este número de la estatua del obispo *fray Francisco Armanyá*. El ilustrísimo Armanyá nació, como hemos dicho, en Villanueva y Geltrú, el año 1718, siendo hijo de padres pescadores. Vistió el hábito de san Agustín y ya por sus merecimientos el rey Carlos IV le presentó para el obispado de Lugo, siendo más tarde arzobispo de Tarragona. Sus virtudes fueron admirables y en las ciencias eclesiásticas dejó pruebas de su vasta erudición y de su claro talento en numerosos volúmenes. Fué ejemplar su muerte acaecida el 4 de Mayo de 1803, contando el venerable prelado la edad de ochenta y cuatro años cumplidos.

MONAGUILLO

ESTATUA DEL MISMO ARTISTA

El escultor que ha hecho esta deliciosa obra la sacó sin disputa del natural, copiando fielmente á alguno de los monaguillos que sirven en nuestras iglesias. Pero si este estudio le facilitó el sacar los rasgos exactos y las líneas precisas de la figura del muchacho, no pudo darle lo que constituye el mérito mayor de la estatua ó sea la actitud y la expresión. Para ponerlas en la obra escultórica como las ha puesto, con tan extraordinaria verdad, le fué preciso sorprenderlas en la realidad misma, cazarlas al vuelo, conforme se dice vulgarmente. En alguna iglesia vería pasar á un monaguillo, como el de la estatua, cargado con el misal, cuyo peso sentía, y con los cirios, probablemente dirigiéndose á un altar en el que debía celebrarse el Santo Sacrificio de la Misa. Vió el moñín que haría el chicuelo con su carga, su andar resuelto para abreviar el tiempo de la fatiga, se quedó todo esto bien grabado en su imaginación y logró luego trasladarlo al barro, dando á la estatua la extraordinaria vida que tiene, consiguiendo que el monaguillo en escultura fuese trasunto de los que en carne y hueso visten la sotana y el roquete, y haciendo una obra realista de buena casta en la cual resplandecen las cualidades de la escultura española.



EL OBISPO FRAY FRANCISCO ARMANYA
ESTATUA DE MANUEL FUXÁ

Ayuntamiento de Madrid

VEINTE PAYASADAS

CORREN por los escenarios unas *veinte payasadas* necias y desabridas, á las cuales recurren los cómicos ramplones y autores indocumentados.

Lo extraño es que, saliendo tan de continuo á escena chistes tan repetidos y manoseados, haya público que los aguante sin llenar el escenario de berzas y patatas, y autoridades que los consientan sin aplicar á los *criminales* el correctivo que merece todo ataque al buen gusto y á la dignidad del teatro.

No pasan de veinte las *payasadas clásicas*.

Una cualquiera de ellas califica á un cómico.

En las principales poblaciones, alguna vez nos encontramos con tal ó cual comediante que enseña la alpargata al salir en escena con una de las veinte sandeces de nuestra lista. Pero donde la cosa llega á su colmo es en las poblaciones de segundo orden, como Sobreda.

El que quiera, pues, tan sólo en una noche, pasar revista á las *veinte payasadas* estúpidas, manoseadas y trasnochadas, véngase á Sobreda y tome asiento en el Gran Teatro de Talía Putrefacta.

* * *

EL CONSONANTE REPETIDO.— *Gracia* núm. 1.

Mostrenco. Pero, ¿ella te quería?

Lipendi. Yo lo *presumía*, y como me tocó la lotería, decía que se casaría.

Mostrenco. Pues cuéntaselo á tu tía.

* * *

EL CHASCO DE LA SILLA.— *Payasada* núm. 2.

Es muy sencillo y está al alcance de cualquier adolecente.

Mostrenco ofrece una silla á *Lipendi*, éste la acepta, pero al ir á sentarse, se encuentra con que *Mostrenco* se ha sentado ya en ella.

* * *

LAS SILLAS MERECIDAS.— *Rebuzno* núm. 3.

Al ir á sentarse *Mostrenco* y *Lipendi*, suelen decir, la noche que están de chispa:

«Ensillémonos.»

Si el público se sonríe, no lo duden ustedes, es porque comprende que eso es lo que se merecen.

Que los ensillen.

* * *

LA PETACA Y LA FOSFORERA.— *Memada* núm. 4.

Esto sí que es gracioso. Y eso que su invención data de los tiempos prehistóricos.

TOMO II.— 83.



Mostrenco. Vaya un pitillo. (*Dando la petaca á Lipendi*).

Lipendi. Gracias. (*Toma un cigarrillo y se guarda la petaca*).

La misma pantomima se repite con la fosforera.

* * *

EL FALDÓN ABANICO.—*Estupidez* núm. 5.

Desmáyase *doña Pánfila*. *Lipendi* le hace aire con el faldón de la levita.

* * *

LA CONTESTACIÓN INGENIOSA.—*Imbecilidad* núm. 6.

Después de la gracia anterior, viene otra en donde los caletres de calabaza suelen volcar el puchero del ingenio.

—¿En dónde estoy? (*Dice doña Pánfila volviendo en sí*).

—En el teatro de Sobreda. (*Morcillea Lipendi*).

Si la representación se da en Valdemelones la contestación ingeniosa se modifica así:

—¿En dónde estoy?

—En el teatro de Valdemelones.

* * *

EL HACE QUE SE VA Y VUELVE.—*Abuso* núm. 7.

Mostrenco. (*Volviendo desde el foro*).—Ya sabe usted que no le pierdo de vista.

Lipendi. Bien, hombre, bien; vaya usted á...

Mostrenco. (*Hace que se va y vuelve*).—Que le vigilo á usted.

Lipendi. ¿Me quiere usted dejar en paz?

Mostrenco. (*Hace que se va y vuelve*).—Que mucho ojo.

Y así sucesivamente hasta agotar la paciencia del público.

* * *

EL FALDÓN SECANTE.—*Tontada* núm. 8.

Secarse el llanto con el faldón de la levita es cosa tan nueva como el escupir, y sin embargo, siguen los comediantes cursis sirviéndose del faldón.

* * *

EL PERMISO INNECESARIO.—*Sandez* núm. 9.

Cosa sencillita, pero de resultado seguro.

Consiste en colarse *Mostrenco* en escena y, cuando está á la altura de *Lipendi*, le pregunta:

—¿Da usted su permiso?

* * *

EL APELLIDO EQUIVOCADO.—*Paparrucha múltiple* núm. 10.

Es de gran recurso, porque la gracia dura toda la obra por larga que sea.

Si hay un personaje llamado Mochila, se le llamará Cartuchera, Bayoneta, Fusil, Canana, Chacó, Polainas, Regimiento ó Batallón.

Si se trata del señor de Fagot, se le llamará señor de Clarinete, señor de Pentágrama ó señor de Redoblante.

* * *

EL MUTIS DE MOLINETE.—*Sosada núm. 11.*

Mostrenco no quiere marcharse sin contar lo mucho que sabe para el esclarecimiento de cuanto extraordinario ocurre en el curso de la obra, pero *Lipendi*, doña *Pánfila* y algún otro personaje, le empujan hacia la puerta del foro mientras *Mostrenco* va dando vueltas y diciendo:

— ¡Pero!... ¡Pero!... ¡Pero!...

* * *

EL CAMELO VOLUNTARIO.—*Melonada núm. 12.*

Es de lo que más se abusa. Equivocarse á sabiendas.

— «Beso á usted la mona,» por «Beso á usted la mano;» «Voy á beberme una batalla,» por «Voy á beberme una botella;» etc.

* * *

EL BASTONCITO FUSILABLE.—*Asquerosidad n.º 13.*

Esta desdichada gracia es de las que debieran castigarse con diez años y un día de cuadra con ronza á paja y agua.

Mostrenco.—A mí me gusta su sobrina de usted. (*Dando á Lipendi un golpecito de bastón en las manos. Lipendi da un saltito y hace una mueca de disgusto.*)

Mostrenco. Y pienso casarme con ella. (*Otro golpecito de bastón en las rodillas de Lipendi y otra mueca de éste.*)

Así continúa una interminable escena; *Mostrenco* dando golpecitos con el bastón y *Lipendi* haciendo contorsiones.



En honor á la verdad, hay que confesar que esta gracia sólo la emplean aquellos artistas que con anterioridad fueron arrieros ó barrenderos del Municipio.

* * *

LA CUCAMONA REPUGNANTE.—*Hediondez n.º 14.*

Gracia femenina propia de canturreadoras de bajísima estofa.

Después de haber bailoteado el tango y haber revuelto los estómagos del público á fuerza de chulaperías, toda canturreadora debe despedirse de *Lipendi* dándole en la cara un golpecito con el abanico ó con la mano, diciendo al mismo tiempo:

—Adiós, pillín.

* * *

EL PAÑUELO PUNTIAGUDO.—*Gansada núm. 15.*

Cuando hay que llorar produciendo mucha gracia, pero mucha, *Mostrenco* y *Lipendi* se rascan los ojos con el pañuelo en forma de puntero.

* * *

EL PAÑUELO MONSTRUO.—*Burrada* núm. 16.

Sacar en vez del pañuelo de bolsillo la colcha de casa de la patrona es cosa altamente fósil y que aguantamos todavía con resignación.



* * *

LA RECTIFICACIÓN.—*Pesadez* núm. 17.

Mostrenco. Me ha salido un divieso en salva sea la parte.

Lipendi. Me alegro.

Mostrenco. ¿Cómo se entiende? ¡¡Se alegra usted!!

Lipendi. No... Si lo que digo es que... me alegro de que no sea más que uno y no sean una docena.

Mostrenco. ¡Ah! Eso es otra cosa.

* * *

LA AMENAZA APROVECHANDO.—*Patosidad* n.º 18.

Mostrenco. Me he comprado una corbata azul.

Lipendi. (Ap.) Yo sí que voy á ponerte azul.

Mostrenco. He dado un paseo por la verde pradera.

Lipendi. (Ap.) Yo sí que voy á ponerte verde como te descuides.

Mostrenco. De buena gana me comía una chuleta.

Lipendi. (Ap.) No estás hecho tú mala chuleta.

* * *

LOS PULGARES GIRATORIOS.—*Mamarrachería* núm. 19.

Se cruzan las manos sobre el abdomen y se dan vueltas á los dedos pulgares, mientras se tienen las piernas abiertas y se pone cara de soso.

Así es como suelen presumir de naturalidad algunos tan malos como presuntuosos canturreadores.



* * *

EL OSO VOLUNTARIO.—*Osada* núm. 20.

Mostrenco, vestido con un terno de tela de colchones, baila solo dando vueltas al bastón y cantando:

Yo soy así
tarará tarará.
Yo soy así
tarará tarará.
Venga de aquí
venga de acá
olé que sí
olé y olá.

MELITÓN GONZÁLEZ.



¡PASIÓN!

NOVELA ORIGINAL

DE

M. MARTINEZ BARRIONUEVO

(CONTINUACIÓN)

XXIX

FUO un instante en que la mujer no pudo articular palabra alguna. Aquello que oyó en labios de don Fermín fué tan grande, tan inesperado, tan fuera de todo lo que en su corazón había, que estuvo á punto de volverse loca.

Don Fermín la contemplaba con profunda tristeza; el asombro quitó á doña Blanca la luz para ver el nuevo mundo que ante su cerebro se revelaba, y la alegría de tan fausta nueva no pudo entrar aún verdaderamente en su espíritu.

Aquella pausa fué de gran trascendencia para el corazón de los dos.

—Pero ¿vos aseguráis lo que acabasteis de decir?

—Por mi desdicha y para vuestro consuelo es verdad lo que dije.

—¡Oh, don Fermín! No seáis desgraciado, siquiera porque yo lo soy. Mundos inmensos hay delante de vuestros ojos y delante de vuestro corazón para que el alma y el pensamiento se os vuelen allá; vuestra juventud os abona, vuestra bondad y vuestro ingenio. Sed dichoso, que bien lo merecéis, y dejadme á mí con mi triste dicha; triste, pero grande como

ninguna; la de morir encerrada en la celda de un claustro, con el alma puesta y los sentidos con el alma en que don Martín Pedrosa me amó.

—¡Pero esto es imposible, doña Blanca; vos no podéis entregaros de esa manera á la muerte! Malograríais vuestro porvenir y vuestra hermosura, y morirían de dolor vuestros padres.

—¿Qué importan mi hermosura y mi porvenir, Dios piadoso, estando él muerto? Mis padres, por lo demás, tendrán el consuelo de que, encerrándome en un claustro, se alargarán mis días mucho más que entre la vana pompa del mundo. ¡Pero si lo estoy pensando y me parece un sueño; si la consideración de esa realidad que vos me anunciasteis, me pasma y me maravilla y hace que mi espíritu se revuelva turbulento y con hondas inquietudes á la idea de que don Martín me amó! ¡Cómo pudo amarme y cómo no pude yo comprenderlo, desdichada de mí, cuando dicen que no hay mujer que no comprenda, por inocente y por sencilla que sea, el sentimiento de amor que lograra inspirar al hombre!

—Os amaba y ocultó su amor. Caballero siempre, he de reconocerlo y lo reconozco con orgullo, ocultó su amor viéndoos imposible para él por el lazo que á mí os ligaba, y lejos de descubrirse, aconsejábame generoso que usase con vos el comportamiento que él hubiera usado para que vos sintierais por mí lo que él hubiese querido que por él sintierais.

—¡Bendito seáis vos, don Fermín! ¡Bendito seáis vos, que así reconocéis su generosidad y su hidalguía! Tenéis mi sangre y lo confieso con orgullo. Gran caballero es don Martín, pero no os supera.

Gruesas lágrimas brotaron de los ojos de don Fermín, que doña Blanca no pudo ver porque inclinó el rostro al mismo tiempo ocultándole entre sus pequeñas manos. Sentía don Fermín que el corazón le faltaba ya; ahogábale la pena. ¡Ay! ¡Si en vez de ser don Martín hubiese sido otro hombre á quien su prima amara!... Viendo que la joven no pronunció una frase más y que permanecía en una quietud que semejava la de la muerte, y no teniendo fuerzas para resistir aquel hondo suplicio de su corazón, se retiró silencioso sin que la hija de Máinez y Carrillo lo notase.

Temblaba al andar y vaciló alguna vez como si le faltase el terreno: los latidos de su corazón repercutíanse en sus sienes con recio golpe y le abrasaba la calentura. Las lágrimas deslizábanse por sus mejillas como un cordón de fuego y retorcíase las manos con dolorosa desesperación. Salió así de la cámara entregándose ya del todo á su dolor profundo. Hubo un momento en que pareció que le faltaba la vida; detúvose pálido y sin fuerzas para continuar, dejándose caer en un asiento próximo. No tenía, en aquel instante, noción de nada, fué un decaimiento absoluto, tan grande como la misma muerte. Inclinó la cabeza, y hubiera caído al suelo á no lanzarse á él una persona que presencié aquella escena desde el principio hasta el final, recatándose tras un tapiz.

Era doña Casilda.

Lo mismo que doña Blanca, llegó un punto que se olvidó de todo; lo mismo que don Fermín de todo habíase olvidado en aquel momento, de igual manera lo olvidaba entonces doña Casilda.

Sostuvo la cabeza de don Fermín sobre su pecho con amor que hubiera parecido maternal á no ser doña Casilda de tan tempranos años, á no alternar en su semblante la palidez profunda con el vivo sonrojo, á no verter sus dulces ojos enamorados tristes lágrimas de amoroso duelo.

—¡Ay! pensaba doña Casilda sosteniendo aún contra el tembloroso seno la noble cabeza del hombre querido. Aquí mismo caí yo de espanto y de agonía cuando supe que estaba destinado á otra mujer; aquí me socorrió él cuando salía de esa misma cámara como yo ahora le socorro en su mismo sufrimiento, porque la mujer á quien ama se destina á Dios. ¡Qué iguales circunstancias! ¡Qué iguales impresiones! ¡Dios bendito tenga piedad de nosotros!

Acabó así doña Casilda, y un torrente de lágrimas brotando de sus ojos inundó su hermosísimo semblante de virgen.

Como don Fermín no volviese á la vida, profunda congoja se apoderó del alma de la doncella. Le creyó moribundo y acabó de olvidarse de todo, del lugar en que se hallaba, de que la podían sorprender, y hasta se olvidó de sí misma por completo. Arrodillándose á los pies de don Fermín, besó sus manos heladas inundándolas á la vez de llanto abrasador.

No pedía socorro, no porque temiese que la encontraran con don Fermín en aquella actitud, sino porque no tuvo idea de que lo debió hacer. Transida el alma de inquietudes y dolores, desencajado el rostro, llorosas y espantadas las pupilas, permaneció de hinojos junto al hombre amado, echando atrás la cabeza para contemplarle ansiosa y estrechando contra su pecho las manos de don Fermín, que parecían de piedra en aquel instante.

Permanecieron de esta manera sin darse cuenta doña Casilda del tiempo que transcurrió; tan fuera estaba del mundo de la realidad, como el mismo don Fermín.

Fué éste haciéndose cargo de lo que le rodeaba, fué volviendo á la realidad lentamente sin que doña Casilda saliera de aquel profundo sopor en que la sumergieron juntamente su alma enamoradísima y el dolor inmenso á que se había entregado.

Pudo don Fermín apreciar perfectamente como si de pronto hubiese llegado á su corazón la luz pura y gigantesca del amor que en el de doña Casilda ardía, penetrándose en un punto del amor de ella, de sus torturas, de sus grandes suplicios, y sin explicarse la causa sintió un consuelo grande, pero que le pareció de egoísmo, y un rubor á la vez que, de pálido que estaba como un muerto, le hizo tornar al rostro súbitamente un vivísimo carmín.

Sin darse cuenta de lo que hizo, estrechó las manos que doña Casilda tenía entre las suyas, exclamando con más bríos ciertamente de lo que la pobre doña Casilda podía esperar creyéndole poco menos que un cadáver:

—¡Gracias, doña Casilda, gracias!

Lanzó ella un grito de espanto y de vergüenza al verse así sorprendida en los más íntimos sentimientos de su corazón por el mismo hombre que tan tiernamente le hacía latir; quedó suspensa, sin habla, de rodillas é inmóvil, como si de pronto se hubiese petrificado, y don Fermín mirábala con profunda gratitud, admirándose á la par de la hermosura correctísima de aquel rostro que tenía delante, de sus ojos magníficos llenos de lágrimas y de expresión dolorosa que le daba en aquel punto su mismo sonrojo. ¡Ay! ¡Nunca hasta entonces había podido admirar de aquella manera la hermosura de doña Casilda!

Doña Blanca, entretanto, había permanecido inmóvil también en el diván donde se sentó, cuando ya no pudo con las emociones infinitas que la embargaron. Ni se acordó de la presencia de su primo ni pudo notar luego que se marchaba; no le sintió salir; su alma hallábase en otros mundos muy lejanos á la verdad de aquel infinitamente pequeño de las personas que le rodeaban y aun de sí misma. Cerrados los ojos, inclinada la frente, oculto en sus manos el lívido rostro de muerta, miraba dentro de sí aquellas regiones inconmensurables donde creía ver vagar con plácido vuelo el alma de don Martín, el alma de aquel hombre grande como no conoció ninguna, el alma de aquel hombre que ella supo comprender y que la había comprendido.

Fué comprendida por él, fué amada, y él había muerto y ella vivía. ¡Oh, Dios omnipotente! ¡Cómo pudo ser aquello de que sin la vida de don Martín pudiese vivir ella!

—¡Yo quiero estar con él, yo quiero ir á su lado; mi vida no me pertenece porque es de Dios; yo no puedo matarme para que mi alma vaya con la suya, porque matándome yo, mi alma estaría en pecado y mi alma en pecado no podría estar con el alma grande de don Martín allá donde estén las almas buenas! Yo esperaré; pero retirada del mundo, en el claustro, en la celda, en la contemplación de Dios y en la contemplación del alma grande de don Martín, que es la luz del alma mía; todo por él, todo para él; vivo él hubiera yo muerto sin confesar mi

amor; muerto, nadie sellará mi boca. El amor de mi alma irá á mis padres, irá á mis deudos, irá con el aire que azota huracanadamente los muros, irá con las brisas que besan las flores; y todos sabrán que yo amé, sabrán cómo yo amo, sabrán cómo me conservo fiel y grande para la gloria divina de ese amor mío, cuya celestial encarnación veré en las paredes negras del monasterio, en las luces melancólicas que arden en las lámparas de plata de los altares, en el incienso perfumado que llena las cúpulas y hasta en mis hábitos mismos de religiosa.

En estas lucubraciones de su pensamiento estaba y las sacó de ellas, repentinamente, un inmenso grito.

Volvió la cabeza á un lado y á otro, se vió sola, pensó en don Fermín. ¿Por qué se fué? ¿dónde había ido? Y como el grito aquel, aunque ya extinguido, siguiese repercutiendo en su alma, se levantó presurosa, corrió á la puerta, la abrió, encontrándose con el cuadro, que ya recordaréis, de don Fermín y doña Casilda.

Don Fermín se puso de pie instantáneamente, doña Blanca, inmóvil junto á la puerta, revelaba en su semblante el profundo estupor que aquello le había causado. Doña Casilda no se movió, no tuvo fuerzas para ello. Miró á doña Blanca con dolorosa ternura, cruzó las manos, y humillándose al peso mismo de su amor y de su vergüenza, inclinó la frente y se echó á llorar.

Doña Blanca á su vez lo olvidó todo por su amiga; saliendo de su estupor, corrió á ella y la levantó en los brazos. Doña Casilda continuó su lloro desgarrador con la cabeza recostada sobre el pecho de la hija de Máinez y Carrillo. Don Fermín, por su parte, confuso, dolorido y asombrado, no sabía qué hacer.

—¡Idos, don Fermín! exclamó doña Blanca enérgicamente. ¡Idos: yo os lo ruego!

Don Fermín se alejó y la hija de Máinez y Carrillo hizo entrar á doña Casilda con ella en su cámara.

Cuando estuvieron solas, confundieronse las dos en un estrecho abrazo.

—¡Casilda! exclamó doña Blanca tiernamente; ¡Casilda!

Doña Casilda contestó en un profundo sollozo:

—¡Yo le amaba, Blanca de mi corazón, yo le amaba!...

(Continuad.)



LA MODA DE PARÍS

ABUNDANTE es la cosecha de fiestas y de placeres en esta época de la primavera. *Raouts*, bailes de trajes, *vernissages*, grandes matrimonios constituyen otras tantas ocasiones para exhibir trajes nuevos, recientemente producidos por la imaginación de nuestras modistas.

En los últimos días las parisienses han podido contemplar un *trousseau* de príncipe, destinado á una rica y encantadora heredera de la aristocracia romana. ¡Qué lindos eran aquellos trajes! Coloristas inimitables M.^{mes} Lipman y artistas verdaderas, convierten los tejidos en una paleta inagotable. La perfección del corte sólo la excede la armonía de las tintas.

Estilo y tonalidad todo era armonioso y encantador en aquellas brillantes *toilettes* expuestas en los salones de la *rue de la Paix*. El vestido de novia era espléndido, de raso duquesa marfil, cola inmensa orlada con un soberbio volante de Inglaterra, formando á los lados cascada hasta la cintura. El cuerpo muy sencillo, con plegado de viejo punto formando hombreras y cuello de encaje, cerrado al lado por un ramito de flor de azahar. Otro ramo de lo mismo había en los encajes de la falda.

El vestido para el contrato era precioso, hecho de muselina de seda crema, con punto á la aguja sobre un transparente de faya rosa, orlado de hojas de rosa. Tenía esta falda dos cuerpos: uno alto con *fichú* de encaje muy gracioso, ajustado al talle por un cinturón de terciopelo rosa. Las mangas acababan en el codo por medio de un brazalete de terciopelo. El segundo cuerpo, con escote, iba adornado de rosas y llevaba una berta finamente plegada é incrustada de punto á la aguja.

Entre los numerosos trajes que componían el *trousseau* hemos de citar un bonito vestido de raso real crema, adornado de un volante de encaje y de entredoses puestos en el tejido. El cuerpo formaba una berta graciosísima. Otro de ellos estaba confeccionado en *foulard*, adornado de volantes, que ensanchaban la falda por abajo. Un tercer vestido cortado en gasa listada, venía completado por un delicioso chal en el propio tejido.

TOMO II. —84.



Vestido de verano de la casa Lipman
Sombrero de M.^{me} Julia

Entre los collarines he ahí uno encantador en terciopelo negro con guipure, forrado de raso blanco y de una forma muy nueva. Todos los refajos y las piezas interiores merecerían una detallada descripción, pudiendo llamar ideal una de ellas en muselina de seda arco iris, sencillamente sujeta al talle por una cinta.

Es de notar que las mujeres de todos los países sueñan en vestirse como nuestras parisien-ses. Las fiestas de las bodas de plata del rey Humberto y la reina Margarita han sido un nuevo triunfo para el gusto parisiense. M.^{me} Lipman, á las que acudimos, nos perdonarán la indiscreción que vamos á cometer describiendo á nuestras lectoras los trajes de bodas que acaban de hacer para la elegante y graciosa reina María Pía de Portugal. Entre aquellas maravillas de elegancia indicaremos un espléndido vestido princesa en terciopelo pensamiento, adornado con bordados que representaban ramos de orquídeas entrelazadas y teniendo un delantal de piel de seda malva, bordado, asimismo, de orquídeas. En el cuerpo escotado, una berta de terciopelo, del todo bordada, cae sobre las grandes mangas. Otro vestido no menos elegante es de brocado gris plata, finamente bordado, en el extremo inferior de la falda, de perlas de acero y plata mezcladas con perlas finas. El cuerpo, enriquecido con bordados, es muy gracioso, teniendo por delante y por detrás punto antiguo de Venecia formando anchas caídas á los dos lados de la falda.

Debemos mencionar aún un soberbio vestido de baile en tejido de oro con larga cola adornada de punto de Argentán y fijado al lado de la falda por una preciosa pieza de amatistas. Realza el cuerpo escotado una berta elegantemente dispuesta en encaje de Argentán. Un traje de día muy bonito, se halla confeccionado en crespón de la China, brochado, con mangas y delantero en tejido de plata, figurando en él, además, á modo de pequeño chal, una berta de terciopelo amatista.

También deberíamos hablar de varios vestidos negros, singularmente de uno, incrustado de guipure antiguo, y de otro enteramente bordado de azabache. Sombreros y sombrillas merecerían capítulo especial. Entre las últimas véase una muy elegante en piel de seda crema, enriquecida con oro, cifra y corona bordadas en la seda. El bastón era de marfil finamente esculpado.

Favorecidas por una temperatura excepcionalmente suave, las reuniones del *sport* han dado motivo para torneos de elegancia. Se han visto vestidos de *foulard* y de seda colores claros, llenos de encajes crema ó negros, con sombreros de paja adornados con rosas y con todas las flores de la estación. ¡Qué coquetones son estos sombreros de verano, puestos sobre las lindas cabezas de las rubias parisien-ses! Héte ahí un bonito modelo de M.^{me} Julia, que llamó la atención en las últimas fiestas del *sport*. Es de paja forrado de terciopelo violado; *choux* de la misma tinta van sujetos detrás y un penacho de plumas negras se alza por delante, con ramitas de alelí en *aigrette*. Otro de los sombreros, á que hemos aludido, está hecho de paja de



Pelerina y sombrero de niña
de M.^{me} Thirion

Italia, cubierto de encaje crema, un lazo glicina y rosas para tapar la peineta. Es muy gracioso un sombrero redondo de paja marrón y paja crema mezcladas, con un lazo de terciopelo que sostiene las alas muy levantadas por delante. Tiene detrás flores y frutos.

Un sombrero pequeño, de la propia modista, presenta la forma de un cuadrado bastante plano en paja madera. Un ramito de rosas va sujeto en los cuatro ángulos y alitas metidas en encaje crema forman una *aigrette*. Es de notar que si nuestros cuerpos y nuestros vestidos tienden á ensancharse, lo propio hacen los sombreros, los cuales se extienden por los lados, descansando en los cabellos crespos del peinado en boga, tal como lo entiende Lenteric, maestro en la cosa.

Las niñas y las señoritas no escapan de este movimiento de la moda, y M.^{me} Thirion, que ha sido la primera inspiradora, crea cada día nuevos modelos en armonía con los lindos vestidos que inventa para sus jóvenes parroquianas. En los últimos días se trataba de un encantador sombrero *paillason* crema con lazo de terciopelo negro y rosas sin hojarasca. Segula á éste otro en paja verde agua, con lazo de terciopelo verde y ramos de margaritas. Las pequeñas pelerinas son modelos de coquetería y al par de sencillez infantil, cortadas en paño, forradas de tafetán fantasía y con formas variadísimas en relación con los vestidos. Éstos son deliciosos, tales como los hace M.^{me} Thirion. Uno, verbigracia, de crespón verde con reflejos dorados, tiene el cuerpo fruncido marcando el talle y una berta del propio tejido con orla de terciopelo, abierta en los hombros y cruzada por delante y por detrás. Tres biés de crespón, orlados de terciopelo, adornan la falda. Otro vestido de la misma modista es de crespón chiné, adornado de crespón de China verde prado.

Si el verano cumple lo que promete se verán muchas *toilettes* en muselina blanca con motitas, volantes orlados de valenciennes en la falda y gran cuello acanalado formando berta en el cuerpo, con valenciennes. Un cinturón chal de crespón de China blanco ó de gasa sujeta el talle.

Nuestro primer grabado representa un vestido de calle en tejido cruzado, crema y paja, inventado por M.^{mes} Lipman, 2, *rue de la Paix*. La falda lisa, terminada abajo por pespuntos, se abre por los lados sobre surah paja, sujetándola lazos también de paja. El cuerpo tiene la forma de una chaquetita sujeta por un cinturón de surah maíz. El mismo surah forma una camisita floja con cuello. Para ir con esta *toilette* M.^{mes} Lipman habían hecho un precioso refajo de seda maíz, deliciosamente adornado de muselina de seda y encaje.

El sombrero que acompaña á este vestido es uno de los bonitos modelos de M.^{me} Julia, 7, *bulevar des Capucines*. Es de paja de arroz negra, adornado con un lazo de raso negro, sujeto por las alas detrás por medio de dos artísticas agujas y adornando la parte de delante un hermoso penacho de plumas.



Traje de *soirée* de la casa Pelletier-Vidal

Nuestro segundo figurín representa una pequeña pelerina para señorita y un sombrero, dibujados según los modelos de M.^{me} Thirion, 19, *rue de la Paix*. La pelerina está hecha de paño *beige*, forrado de tafetán labrado glicina y verde agua, presentando por delante graciosas vueltas. El canesú de seda está cubierto de guipure y va adornado con una *ruche* de tafetán deshilado. Tiene la pelerina largas caídas que se cruzan por delante y se anudan por detrás.

El sombrero es muy coquetón y se le llama *sombrero Margarita*. Se emplea en él paja de fantasía verde y oro, adornada con terciopelo negro, teniendo delante un ramo de flores amarillas sujeto por el propio terciopelo.

Va en el tercer grabado un traje para comidas y reuniones, de M.^{me} Pelletier-Vidal, en piel de seda maíz, con larga cola, encuadrada por un ligero abollado de terciopelo rosa y maíz. Dos fajas de magníficos bordados adornan la parte anterior del vestido, el cual se abre sobre un delantero de raso crema, adornado con dobladillos. El cuerpo plegado sin costuras lleva una berta bordada que forma hombreras, las cuales caen sobre las mangas de terciopelo matizado maíz y rosa.





El marfil no es más que la sustancia huesosa que forman los colmillos de los elefantes. Es susceptible de ser pulimentado y se lo emplea para la confección de dientes artificiales, mangos de algunos instrumentos, abanicos, estatuillas y gran número de objetos de adorno. Esta industria es una especialidad de la ciudad de Dieppe. La mayor parte de los colmillos de elefante proceden del África, particularmente de la costa de Guinea; también los hay procedentes de las Indias Orientales, en particular de Ceilán. A los colmillos sin labrar es á lo que se conoce propiamente con el nombre de marfil. Algunos han alcanzado un peso de 87 kilogramos. Los dientes ó colmillos del hipopótamo, del morso y del narval producen también diferentes clases de marfil que son muy estimadas.

El marfil pierde la blancura al ponerse en contacto con el aire ó el polvo; sin embargo, se evita que tome el color amarillo encerrándole herméticamente en una caja de cristal. Si una vez metido en la caja se pone al sol, se vuelve más blanco. Toma color sumergiéndole en un baño de palo del Brasil, de azafrán, de agracejo, verde gris, campeche ó sal de hierro, según que se quiera que sea rojo, amarillo, verde ó negro; pero ante todo es indispensable que se empape durante algunas horas en una solución de alumbre ó de vinagre.

Antiguamente se le empleaba como medicamento, que se conocía con el nombre de marfil calcinado y no era más que el marfil en polvo; se le consideraba astringente.

El marfil llega á nuestros puertos en forma de colmillos enteros y procede de Guinea, Egipto, el Cabo de Buena Esperanza, la India, etc., etc. Pero cada uno de estos puntos tiene una clase especial de marfil; así el de Guinea es el más compacto, más pesado y más estimado de todos; tiene un color algo dorado, es transparente y se vuelve más blanco con el tiempo, mientras que todos los demás se vuelven amarillos; el del Cabo es blanco, mate, y á veces algo amarillento; el de Ceilán es de un blanco rosado, más suave que el primero y muy escaso. El fósil de Siberia, á pesar de que está enterrado desde la última revolución del globo, es muy abundante y está perfectamente conservado; se conoce en el comercio con el nombre de marfil verde, porque es de un blanco verdoso.

El marfil era conocido por los pueblos de la antigüedad, que lo empleaban, ya para adornar las casas y los templos, ya para esculpir las imágenes de los dioses, ya para construir varios muebles: la silla curul de los

romanos era de marfil, ó mejor dicho, adornada con marfil. Los artistas griegos lo emplearon por primera vez al regresar de la expedición de Troya. Los hebreos adornaban también con marfil sus muebles, así como las paredes de los palacios, como lo prueban varios paisajes de la Biblia.

Hace algunos años se inventó un marfil artificial sobre el que se han obtenido pruebas fotográficas muy bonitas.

El marfil vegetal es una sustancia blanca y dura, producto de la concreción del líquido que contiene en sus frutos el fitelefes. Los torneros lo sustituyen al marfil para las obras de poca importancia. En París se fabrican con dicha sustancia gran número de objetos de adorno.

Se puede distinguir el verdadero marfil del marfil vegetal, echando sobre su superficie una gota de ácido sulfúrico concentrado; si el marfil es vegetal da á dicha sustancia un ligero color de rosa que con una simple lavadura desaparece, mientras que si es animal, no lo altera.

Un león, abatido por el calor y por el cansancio, dormía un día á la sombra de un árbol. Un ratón, que le vió, saltó sobre su cuerpo para divertirse. Despertó el león, alargó la pata, y se apoderó de él. El habitante de los graneros, viéndose preso sin esperanza de escapar, pidió perdón al habitante de los bosques de su descortesía, que había sido al mismo tiempo un grande atrevimiento, y le suplicó con mucha humildad que le salvara la vida. El león, movido á lástima por tal sumisión, dejóle ir. No se hizo en vano este favor, como se va á ver. Habiendo el habitante de los bosques caído unos días después en una red de que no podía salir, púsose á rugir con toda su fuerza. El ratón, que conoció por los rugidos del león que estaba preso, acudió prontamente para socorrerle. Púsose al instante á roer las mallas de la red, y habiéndolas roto, su bienhechor pudo evadirse y librarse de este modo de la muerte segura.

El que disimula una ligera falta, gana á menudo el afecto de aquel á quien ha perdonado.

En una noche profundamente oscura, un pobre ciego andaba por las calles con una luz en la mano, y una cántara llena á la espalda. Topó con él uno que pasaba corriendo, y sorprendido por aquella luz, preguntóle por qué había tomado semejante precaución, puesto

que para él todo era oscuridad completa.—¡Oh! no es por mí, para quien llevo esta luz, sino para que los atolondrados como tú no tropiecen conmigo y derriben mi cántara.

Los aduladores del rey Canuto le decían en cierta

ocasión que nada había superior á su poderío. Sin contestarles los llevó el rey á orillas del mar en el momento en que estaba la marea alta. Al llegar allí, en tono altanero mandó al agua que se retirara, pero la irrespetuosa ola mojó los pies del monarca, el cual, volviéndose hacia los cortesanos, les dijo:—Sabed que todos



MONAGUILLO.—ESTATUA POR MANUEL FUXÁ

los mortales son débiles criaturas. El Ser creador es tan sólo el Poderoso, y el único que puede decir al Océano: «No irás más allá.»

Hallábase en oración un sacerdote turco al salir el sol en los alrededores del Cairo, y como viese un fantasma que se dirigía á la ciudad, se acercó á él preguntándole:

—¿Quién eres?

—Soy la Peste, respondió.

—¿A dónde vas?

—Al Cairo.

—¿A qué?

—A matar quince mil hombres.

—¿No hay medio de impedirte?

—No; así está escrito.

—Marcha, pues; pero cuidado que mates uno más de los quince mil que has dicho.

Cuando hubo desaparecido el contagio, volvió á repetirse el mismo encuentro, y el sacerdote volvió á comenzar su interrogatorio diciendo:

—¿Vuelves del Cairo?

—Sí.

—¿Qué has hecho allí?

—Maté los quince mil hombres.

—Mientes, embustero; porque los muertos fueron treinta mil.

—Es verdad, pero yo no maté más que quince mil; los otros quince mil se murieron de miedo.

—Si encuentra usted un tenor tan sobresaliente como yo en todos los teatros de España, me dejo cortar la cabeza.

Así decía á un empresario de provincia un prójimo que trataba de ajustarse para la zarzuela.

—¿Pues cómo, teniendo usted tanto mérito, se aviene á desempeñar un papel tan secundario?

—Ahí verá usted, le replicó el individuo; en España no se premia el mérito; si yo fuera italiano ya estaría de primer tenor en el teatro Real; pero tengo la desgracia de ser gallego.

—¿Y en qué teatros ha cantado usted?

—Hasta ahora en ninguno, señor.

—Pues entonces, ¿cómo conoce usted su prodigioso mérito?

—Porque me lo ha dicho mi padre.

Convencido el empresario de la modestia del corista, le prometió ajustarle... para apagar las luces.

Para conservar las castañas durante todo el invierno, colóquense dentro de un barril pequeño entre capas de arena seca hasta que quede completamente lleno. Si dichas frutas empezaran á secarse, colóquense por espacio de algunos días en arena húmeda; por este medio absorberán la humedad y recobrarán su natural frescor.

Las manchas grasientas y aceitosas se quitan muy bien por medio de un líquido compuesto de las siguientes sustancias:

Alcohol rectificado.	30 gramos
Eter sulfúrico.	30 „
Esencia de trementina.	240 „
Esencia de limón.	algunas gotas

El líquido resultante de la mezcla de las indicadas sustancias, se coloca en una botellita y debe agitarse antes de emplearla. Para quitar con él la mancha se pondrá debajo de la ropa manchada una tela doblada varias veces, mojando con el líquido la parte manchada y frotando luego con otra tela suave y seca.

No hay contratiempo ó accidente alguno tan desgraciado que de él no saquen partido las personas entendidas; ni accidente alguno tan feliz, que los imprudentes no puedan trocar en desventaja. — LA ROCHEFOUCAULD.

Las grandes necesidades nacen de las grandes fortunas, y el resultado es casi igualar al rico con el pobre. — EL REY ESTANISLAO.

La educación debe tender á que el amor de sí mismo no ahogue el amor al prójimo. — MADAME DE GENLIS.

La fidelidad comprada siempre es sospechosa, y por lo general, de corta duración. — TÁCITO.

El que adula comete una bajeza, el que se deja adular comete otra. — A. PÉREZ.

En los negocios humanos no es la fe la que salva, sino la desconfianza. — NAPOLEÓN.

Entre todas las afectaciones, la más difícil es la de la liberalidad. — OXENSTERN.

La modestia afectada es mucho más insoportable que la vanidad. — BIGNICOURT.

A juzgar del amor por sus efectos, en el mayor número de casos se parece más al odio que á la amistad. — LA ROCHEFOUCAULD.

Las personas muy aficionadas á divertirse son las que con mayor dificultad encuentran diversiones. — SARNIAL-DUBAY.

El mayor suplicio para un avaro sería ver el uso que del dinero que atesoró hacen sus herederos. — D. G. TREMBLAY.



TENAZAS Y CERBATANA

Son innumerables las aplicaciones que de los objetos más vulgares pueden hacerse; todo el éxito de estas operaciones estriba en la perseverancia con que se vuelve á

empezar lo que de momento no dió resultado; es preciso recordar que sin trabajo y paciencia nada se consigue, ni aun lo más sencillo; pues si todo lo fácil no tuviese ninguna dificultad, no sería necesaria la inteligencia para lograr todo cuanto nos proponemos.

Y vayan por ejemplo y corroboración los dos trabajos que proponemos á nuestros lectores. Un *casca-nueces* de acero es muy útil allí donde se comen *men-*



TIC

dients ó frutas secas; pero además de ser relativamente caro, produce una desagradable impresión en la mano, por su frialdad en invierno y por su dureza en todo tiempo.

Así, pues, un *casca-nueces* barato y no desagradable tendrá ventaja sobre aquél, y puede conseguirse fácilmente cortando en un trozo de rama fuerte, pero verde (como por ejemplo la del avellano), las entalladuras que indico en el grabado; tiene, además, la ventaja de que por su ligereza no puede romper copas en la mesa, como sucede con los *casca-nueces* metálicos que han de ser pesados para ser fuertes.

Vamos ahora á la cerbatana *lanza flechas*; para cons-



TIC

truir la se toma un tubo de caña del calibre de los proyectiles, que consisten en rabos de pinceles viejos, atravesados por un alfiler; y no digo aguja, porque si se da mala dirección al proyectil y alguien se lastima, cosa que debe evitarse cuidadosamente, siempre es menos

peligrosa una herida de alfiler, que es de alambre cocido y flexible, que la de una aguja de acero cuyas punzadas son verdaderamente temibles. Colocada la flecha dentro del tubo, inmediata á la boca se sopla con fuerza, y el proyectil recorre un trecho cuya extensión asombrará al que experimente ese nuevo tiro al blanco. Pero insisto en que se haga el experimento con toda la prudencia de un padre de familia, pues no es cosa de que degeneren en peligrosa diversión un ensayo científico doméstico; merced á él puede conocerse la gran fuerza que tiene una corriente de aire cuando va contenida lateralmente: las barbas del pincel se atufan y llenando el tubo forman un escobillón que no deja pasar en dirección contraria el aire atmosférico.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

PAN-TA-LE-ÓN

Solución al logogrifo numérico:

FRANCISCO

Solución al cuadrado:

M É D I C O
D I N E R O
C O R O L A

CHARADA

Si te abruma *una dos tres*,
tienes *dos una* expedita,
pero tal medio no evita
que ande tu seso al revés.

Si en ajedrez eres ducho,
una dos darás al cabo,
y *una tres* maneja el rabo
si las moscas pican mucho.

Una repetida es guasa,
dos, pregunta y reticencia;
y la *tres una* evidencia
la situación de una casa.

Te dije cuanto me es dado
para que adivines luego;
así, pues,—¡apunten!... ¡fuego!

¿La solución has tocado?

FERNANDO

LOGOGRIFO NUMÉRICO

1	2	3	4	5	6	7	8	9	0	Nombre de hombre.
4	5	3	0	1	4	8	4	6		
1	5	4	1	0	5	7	0			
1	0	5	5	7	0	8				Nombre de ave.
9	0	5	3	7	5					Verbo.
7	8	9	7	0						Raza.
7	8	4	6							Nombre de mujer.
6	4	5								Verbo.
9	0									Nota musical.
2										Vocal.

LUIS RIBÉ, de Reus.

PALABRAS VOCALÓFILAS

La que tiene más	A	cuál es?
» » » »	E	» »
» » » »	I	» »
» » » »	O	» »
» » » »	U	» »

JUAN PELlicer, de Reus.



Ayuntamiento de Madrid



CARRERAS DE CABALLOS EN EL HIPÓDROMO DE BARCELONA

DIBUJO ORIGINAL DE JOSÉ CABRINETY



ALFREDO KRUPP

Y LA FUNDICIÓN DE ESSEN

POR

MAX GEITEL

(TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL ALEMÁN)

(CONCLUSIÓN)

LAS pretensiones que se tenían con los cañones iban en aumento á medida que se iba perfeccionando el blindaje. Partiendo de este concepto, construyó Krupp entonces un obús de 28 centímetros con un cañón de 3,2 metros de largo, cuyo proyectil por 70 metros de elevación se hundía 3 metros en la tierra á una distancia de 4,200 metros. El mismo éxito colosal obtuvo Krupp con un nuevo cañón circular de 35,5 metros, cuyos tiros no podían resistir los más sólidos blindajes de entonces.

La guerra turco-rusa de 1877 acreditó nuevamente los cañones de acero colado, aumentándose el número de los pedidos, y por consecuencia también de mil el número de los obreros. En aquella época llamó poderosamente la atención entre los artilleros un nuevo cañón Krupp de 15 centímetros para baterías blindadas, que ofrecía la ventaja de no producir retroceso al disparar por tener metida la parte superior dentro de la plancha blindada, y quedar así en la misma posición. Resultaba con este sistema, que una vez escogido el blanco no se desviaba la dirección del proyectil, lo cual aumentaba considerablemente el número de disparos.

La rebaja de los derechos del hierro causó graves perjuicios á la industria minera. Una prueba de ello es que en el año 1879, solamente en la comarca minera de Dortmund, tuvieron que ser despedidos 9,500 trabajadores.

TOMO II.—85.

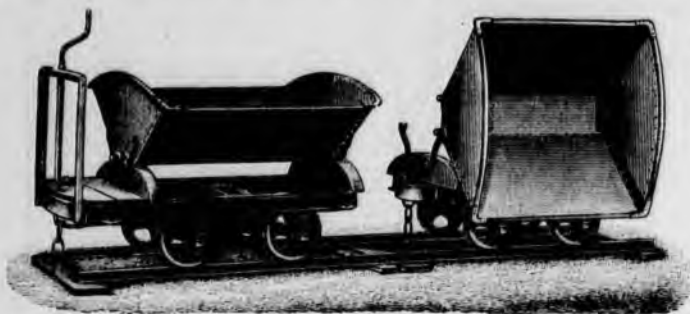


Colocación de rieles para ferrocarriles de campaña

Gran suerte fué para la ciudad de Essen que la fábrica de Krupp volviese á hallarse en plena actividad. En el mismo año hubo de arreglarse, por no bastar los que había, un nuevo terreno de unos diez y siete kilómetros para tiro al blanco en las cercanías de Meppen. Allí alcanzaron repetidos triunfos las últimas producciones de Essen, en presencia de los representantes de las primeras potencias militares. Para ir de un extremo á otro de este inmenso campo de pruebas se necesitan más de cinco horas. Entre los personajes que durante el año 1878 visitaron la fábrica de Krupp se cuenta el que era entonces príncipe Guillermo de

Prusia, que demostró el interés y la protección que dispensaba al establecimiento de Essen y á su propietario con una segunda visita hecha siendo emperador de Alemania.

Al terminar los pedidos que le había hecho Rusia, sintió Krupp otra vez los efectos de la mala situación de la industria metalúrgica, de manera, que en 1879 se vió obligado á tomar veintidós



Vagoneta para ferrocarriles de campaña

y medio millones de marcos para hacer la conversión que tenía por objeto reembolsar las obligaciones no amortizadas todavía del empréstito que había contratado cinco años antes.

«Es digno de mencionarse, dice refiriéndose á este asunto un periódico financiero de Berlín, que la razón social Krupp estaba en disposición, haciendo algún esfuerzo, de amortizar en metálico todo el primer empréstito sin necesidad de levantar otro. Krupp, empero, se vió apremiado por los individuos del consejo para hacer el expresado arreglo.» El empréstito se hizo con obligaciones del cinco por ciento de 600 marcos cada una, reembolsables por 660 marcos; debiendo quedar extinguido el 1.º de Abril de 1889.

Después de esto, y como siempre, continuó la fábrica de Essen produciendo nuevos modelos de distintos géneros que llamaban poderosamente la atención. Entre los artículos para tiempo de paz, son dignos de mencionarse las dragas y las ruedas para vagones. Entre los nu-



Vagoneta para transporte de leña en los ferrocarriles de campaña

merosos inventos de artillería sobresalía el colosal cañón de 40 centímetros que sobrepasaba al de 4 y medio centímetros también de Krupp que pasaba por el más grande; el cañón tenía 10 metros de largo y pesaba 72,000 kilogramos. En las pruebas que en Agosto de 1879 se hicieron en el campo de tiro de Meppen, resultó que el más sólido blindaje no podía resistir á este último invento de la fábrica de Essen. En el verano de 1885 se construyeron para el puerto de guerra de la Spezzia cuatro de estos colosos, cuyos cañones tenían 14 metros de largo y 121,000 kilogramos de peso. El proyectil pesaba 1,050 kilogramos, la carga de pólvora de 330 á 375 kilogramos. El transporte de estos gigantescos cañones, que debía verificarse por la línea del San Gotardo, hubo de hacerse por mar desde Amberes, porque los puentes de las líneas suizas no tenían bastante resistencia para soportar un peso tan grande.

Las pruebas que se hicieron con uno de los cañones para buque de guerra de 8,4 centímetros, demostraron que se podían disparar seis fuertes tiros en un minuto; otros diez en el espacio de 34 segundos á 400 metros de distancia hicieron blanco en la punta de un torpedero. Estos cañones de fuego á discreción se diferencian de los cañones ordinarios en que, siguiendo el sistema de las armas modernas cargadas por la culata, se les adapta una pieza que contiene el proyectil junto con la carga, y en cuyo fondo hay una cápsula; estas piezas son invención de W. Lorenz de Carlsruhe.

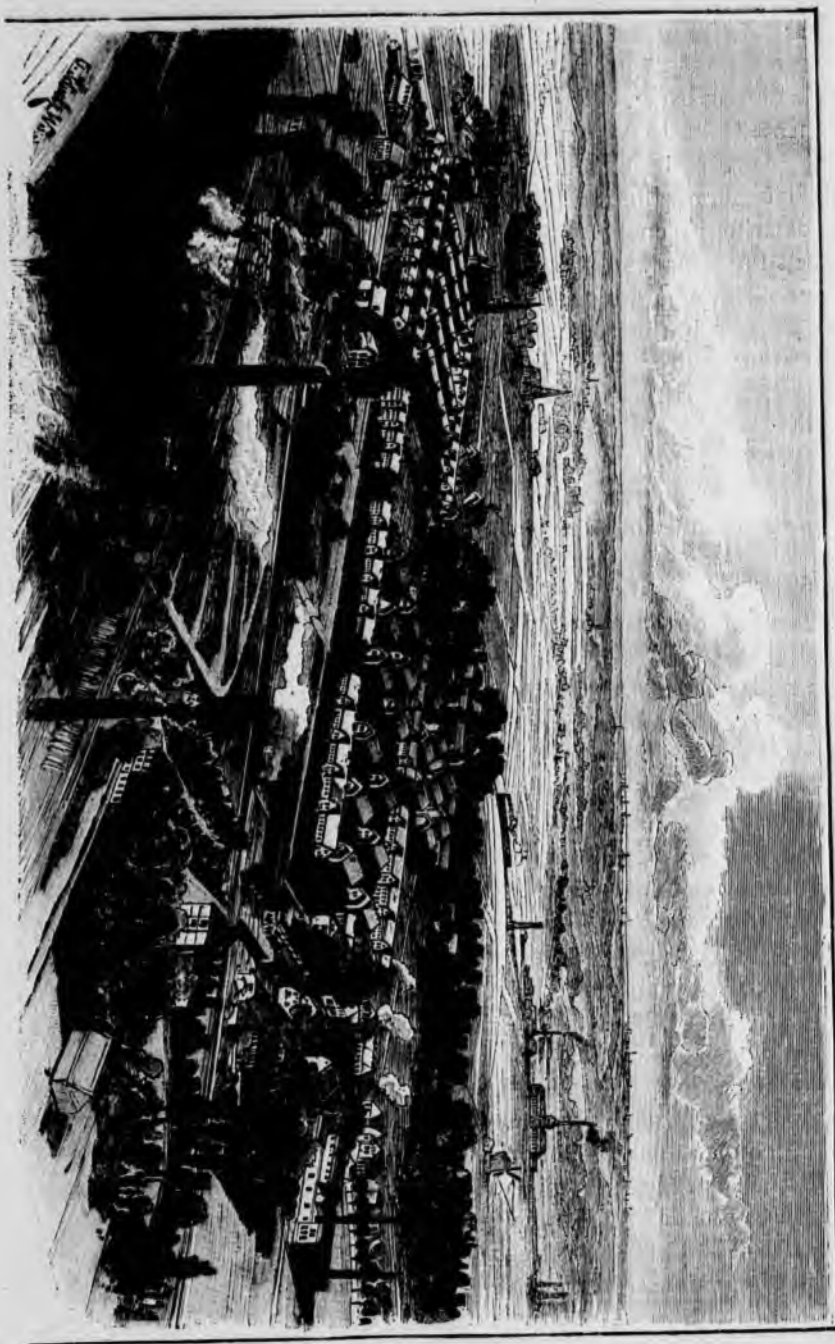
Últimamente la sección de artículos propios para tiempo de paz tomó gran impulso, gracias al aumento y pronta realización de vías férreas en los campos y en los montes. Los artículos para esta clase de obras salidos de los talleres de Essen son muy numerosos y muy apreciados.

Hemos descrito ya en breves rasgos los servicios técnicos prestados por Alfredo Krupp. El interés que su persona y su obra despiertan, no sólo en las personas peritas, si que también en las de alguna ilustración, ha dado lugar á la publicación de una serie de relaciones más ó menos auténticas sobre este tema. Recientemente ha escrito Diedrich Baedeker una interesante obra de autorizado origen con el título de *Alfredo Krupp, y el desarrollo de la fábrica de Essen*, de la cual hemos sacado algunos datos.

Tendríamos un retrato incompleto de la individualidad de Krupp si nos limitásemos á ponderar sus servicios en la especialidad del hierro y del acero. Allí donde llega la fama de la fábrica de Krupp resuenan también las alabanzas de las instituciones humanitarias debidas á este infatigable emprendedor. Aquí aparece Krupp como un verdadero defensor de las prácticas cristianas. Desde el año 1853 habíase fundado un montepío para el caso de muerte ó enfermedad, dando Krupp la mitad del capital del mismo é instituyéndose con el sobrante una caja de pensiones. Tres años después se organizó una casa de comida para que pudiesen comer los obreros lo que gustasen á muy bajo precio, y la comida que quedaba se distribuía entre viudas y obreros necesitados. En 1858 se inauguró una panadería que, ampliada con el tiempo, llegó á producir, por ejemplo, en 1873-1874, 597,000 panes blancos y 368,000 panes negros. Con solicitud paternal se dedicó Krupp á construir casas para sus obreros, á fin de procurarles alojamiento sano y decoroso. La afluencia de gente, consecuencia del gran desarrollo de la fábrica, hizo encarecer los alquileres y que empeorasen las condiciones de las casas. Después de haber dispuesto Krupp en el año 1860 un número de casas para sus obreros, empezó tres años más tarde á fundar unas colonias especiales de obreros, la primera de las cuales fué la de Westend con 160 casas, número que en breve aumentó considerablemente. Con el tiempo se fueron fundando las de Nordhof con 162 casas y Dreilinden con 62, y en el año 1872 Shederhof con 492 y Kronenberg con 1,248. En general dichas colonias eran capaces para quince mil personas cada una. En la de Kronenberg había un mercado semanal cuya dirección estaba á cargo de un individuo nombrado por la casa Krupp. En el año 1868 tomó Krupp por su cuenta una sociedad cooperativa de comestibles formada en su mayoría por obreros de la fábrica y gravada con un déficit importante. Este establecimiento adquirió tal vuelo que los ingresos, que fueron en 1868 de 482,500 marcos, ascendieron en tres años á 1.135,700 marcos. Al principio hubo Krupp de enjugar las deudas que un gran número de sus obreros habían contraído con los comerciantes, para que de esta manera pudiesen aprovecharse de las ventajas del establecimiento de comestibles. Extendióse luego su acción á productos coloniales y géneros, acabando por establecer en 1871 una sastrería y una zapatería. Algunos años después constituyeron también el negocio de dicho establecimiento los productos de las manufacturas, como cortes de vestido, muebles, camas y máquinas de coser. Una carnicería cuidaba de proveer la carne necesaria.

De esta manera se explica que los ingresos de los establecimientos de comestibles de Essen y de las distintas colonias ascendiesen en los años 1874-1875 á 3.230,000 marcos.

Verdaderamente no había necesidad que no remediase Krupp con el tiempo. Por igual camino se establecieron una casa de salud para los obreros, un hospital para enfermedades



Colonia de obreros en Kronenberg

contagiosas, un establecimiento de baños y un aparato desinfectante, que era conducido en un carro allí donde se necesitaba. Mientras en la guerra franco-prusiana, los cañones de acero colado sembraban la muerte y la ruina, organizaba Krupp en Essen una ambulancia de cien camas á sus costas. Con no menos solicitud atendió al bien moral de los obreros y de sus familias, creando escuelas industriales y de aplicación.

Teniendo presente la conducta del amo para con sus obreros, se comprende que ni las tempestades revolucionarias de 1848, ni las revueltas de los últimos tiempos hayan entrado en el establecimiento de Krupp. La disposición de este Estado dentro del Estado se hallaba tan sólidamente basada en la mutua consideración entre el amo y los subordinados, que cuando aquél, pagando tributo á la edad, hubo de soltar las riendas, pudo ponerlas tranquilo en las honradas manos de su hijo único y de sus fieles cooperadores. Krupp, empero, continuó al corriente de cuanto se relacionaba con sus inventos, y tenía siempre al lado de su cama papel y lápiz para escribir las nuevas ideas que se le ocurrían. Cuando á la muerte de su atribulado padre pasó á su cargo la fábrica de Essen ésta contaba cuatro obreros; en el año 1880 se elevaba su número á 20,960 con 52,809 individuos más que componían sus familias, lo cual da 73,769 personas que se sustentaban de la casa Krupp. Para dar idea aproximada de la importancia de la fábrica de Essen, añadiremos que en el mismo año 1888 se construyeron 286 calderas, 370 máquinas de vapor, cuyas fuerzas reunidas sumaban 27,000 caballos, y 92 martinetes de vapor desde 100 hasta 50,000 kilos de fuerza. El tráfico por entre calles y edificios del establecimiento se hacía por medio de 28 locomotivas, cerca de 1000 vagones, 60 caballos, 31 estaciones telegráficas, 124 aparatos del teléfono central y 12 estaciones. Una fábrica propia de gas producía hasta 49,000 metros cúbicos diarios de fluido para el alumbrado. Para los envíos á Ultramar posee la casa cuatro grandes buques. El servicio de incendios está confiado á 64 bomberos.

Ya desde el año 1864 había trasladado Krupp su domicilio á Werden en una villa poéticamente situada á orillas del Ruhr, y desde allí se dirigía todos los días á caballo á Essen. De esta época son los conocidos retratos que le representan con botas de montar, chaqueta ajustada y gorra, y que más semejan ser de un propietario del campo que de un gran industrial. El retrato que damos es de los últimos años de su vida.

Las molestias de la vejez fueron acentuándose al llegar Krupp á los setenta años. Sus visitas á la fábrica iban siendo más raras, hasta que hubo de renunciar á ellas por completo. Grande fué su alegría cuando en el año 1882 se casó su hijo único con la hija del primer presidente barón von Ende.

Parecía que el doctor Schweninger, médico del príncipe canciller, lograría con su tratamiento prolongarle la vida. Efectivamente, el anciano fabricante volvió á aparecer con su antigua energía en la vida pública cuando las elecciones para el *Reichstag* en 1887. Poco tiempo después empeoró y en la tarde del 14 de Julio murió sin sufrimientos.

En la noche del 17 al 18 de Julio, fué llevado su cadáver por los bomberos á la casa donde habitó y murió Federico Krupp, de la cual hemos hablado al principio, y de allí al día siguiente fué conducido al cementerio de Essen acompañado por pobres y ricos. A un millón y medio de marcos ascendió el legado que hizo Krupp á los obreros de la fábrica de acero y de sus dependencias, así como también á la ciudad de Essen para fines benéficos y de utilidad pública. Con Alfredo Krupp desapareció uno de los principales iniciadores del progreso humano. Mientras la locomotora circule por el camino de hierro, mientras la suerte de los pueblos se decida con el estampido de la última *ratio regum*, el nombre de Alfredo Krupp brillará entre los nombres de los principales promovedores de la industria y de los que más han trabajado para su adelantamiento.

Traducción de
C. G.

SILUETAS MODERNAS

BRETÓN DE LOS FERREROS



UANDO le conocí estaba ya en la escala de reserva. Algo brusco, de buena estatura, fornido sin ser grueso; la frente surcada por una profunda cicatriz que principiaba cerca del pelo y concluía en el ojo izquierdo, que le faltaba; muy limpio, bien vestido, pero sin pretensiones, era el tipo de un burgués acomodado. Hablaba poco, y en sus últimos años nunca de literatura; vivía metódicamente; se levantaba temprano, se encerraba en su despacho, donde leía ó escribía hasta la hora de almorzar; aunque no era gastrónomo comía con apetito y le gustaba la buena mesa; todas las tardes daba un largo paseo en coche y entretenía la velada jugando al tresillo con algunas personas de su familia ó amigos de su intimidad. Sencillo en las costumbres, poco ameno en el trato, llevando pintadas en el rostro la honradez y la formalidad, que eran norma de su vida, un tanto gruñón y un mucho bondadoso, encerraba un corazón de oro y una inteligencia de primer orden, bajo la corteza tosca de un hombre vulgar.

Nunca le oí hablar mal de nadie y por eso presumo que el brindis que en comida de amigos le dedicó Ventura de la Vega, y decía :

Una víbora picó
á Manuel Bretón el tuerto.
—¿Murió Bretón?— No, por cierto;
la víbora reventó,

se refería á la malicia con que sabía rechazar las agresiones y no á que el poeta fuera maldiciente y venenoso, como parece indicar la redondilla.

De su manera de contestar los ataques, da buena idea la conocida anécdota en que fueron actores el celebrado autor dramático y el famoso doctor Mata.

Vivían los dos en la misma casa, y como parece que á la puerta del médico llamaban muchas personas que iban al poeta, quiso aquél evitarlo fijando un cartelito que decía :

En esta mi habitación
no vive ningún *bretón*.

Sin duda hubo de molestar al vate riojano el tono un tanto desdeñoso de este dístico, y se apresuró á contestar, escribiendo en la puerta de su morada :

Vive en esta vecindad
cierto médico-poeta,
que al pie de cada receta
pone, *mata*, y es verdad.

Para pintar el carácter brusco y á la vez bondadoso de Bretón, me bastará referir una historieta que hoy probablemente no sabe nadie más que yo.

En los años anteriores á la Revolución, cuando ya el insigne poeta vivía encastillado en su piso segundo de la calle de Valverde, ajeno por completo al movimiento literario, en todo lo que no tuviera relación con la Academia de la Lengua, que consideraba como cosa propia, había en Madrid un pobre diablo, que era el rigor de las desdichas. En su primera juventud tomó parte en la guerra civil, decidiéndose por don Carlos, y consiguiendo el empleo de teniente en uno de los batallones de Cabrera. Herido de dos balazos en una pierna, quedó cojo, y acogido al convenio de Vergara, logró que se le reconociera su empleo, quedando en situación de retirado, pero sin poder ingresar en el cuerpo de inválidos por no reunir las condiciones reglamentarias. Vivía, pues, aquel infeliz con un retiro insignificante, que apenas le bastaba para pagar su cuartucho en humildísima casa de huéspedes, donde no le daban más asistencia que el almuerzo, seguramente no muy succulento. Comía á salto de mata. Unas veces en casa de alguno de sus amigos, otras en un bodegón, y es probable que algunas no comiera en ninguna parte, porque el inválido era hombre pundonoroso y delicado, incapaz de pedir á nadie una peseta, y que, á pesar de su falta de recursos, realizaba el milagro de vestir decentemente y llevar siempre camisa limpia. No sé si él mismo se las lavaba.

Como hombre pobre todo es trazas, el bueno del carlista decidió hacerse poeta y se metió á componer comedias, creyendo sin duda que la necesidad podía suplir á la educación literaria y á la inspiración poética, de que en absoluto carecía.

Había entrado en relaciones conmigo por medio de uno de mis deudos, que sirvió con él en las filas carlistas, y me obligó á leer muchas de sus obras. El pobre tenía una fecundidad pasmosa, y escribía á destajo desatinos capaces de poner susto al miedo. A él se debe una redondilla que se ha hecho célebre, atribuyéndola á otros escritores, y dice:

Hermoso jardín es este.
Hay una estatua. Es Minerva.
¡Y cómo crece la hierba
con este viento Sudeste!

Con ser tan mala esta redondilla, es la mejor obra literaria que produjo aquel malogrado ingenio, porque siquiera los versos están bien medidos, cosa que por rara casualidad le sucedía.

Logró que una señora, muy allegada al que esto escribe, le presentara en la tertulia del inmortal poeta; y una vez introducido en el santuario, no paró hasta conseguir que Bretón le oyera leer una de sus comedias. ¡Prodigios de la tenacidad! Aquel pobre hombre obtuvo lo que quizás no hubiera obtenido Ayala.

No es Bretón quien me contó el suceso, é ignoro si aguantó toda la lectura. Lo que sé es que el juicio fué despiadado, y que, bien después de oír los tres actos de la obra, bien atajando al lector cuando sólo había desembuchado cuatro ó cinco escenas, lo cual me parece más probable, le dijo sin circunloquios, que ni aquello era comedia, ni el autor de semejante engendro podría escribirlas nunca.

—Pero, señor don Manuel, yo no tengo recursos, exclamó el poetastro, ¿qué quiere usted que haga?

—Haga usted cestas, respondió tranquilamente el interpelado.

Y después de tratar tan implacablemente al hijastro de las Musas, recordaba las desgracias del hombre, le convidaba á comer, y le invitaba con verdadera cordialidad á que fuese todos los días. No aceptó el otro la invitación al pie de la letra, pero lo menos dos veces por semana se sentaba á la mesa del autor de *Marcela*, y cuando por casualidad dejaba de ir más de tres ó cuatro días, decía Bretón á su digna esposa:

—Tomasita, don Bruno — que así se llamaba — debe estar enfermo ó se habrá incomodado con nosotros. Envíale un recado á ver qué le sucede.

El malhadado autor de los versos que he copiado antes era recibido en casa de Bretón de los Herreros como pudieran serlo Lope de Vega y Calderón de la Barca.

Cuando el infeliz don Bruno, antes de morir, permaneció postrado en el lecho algunos meses, por habérsele abierto una de sus heridas, Bretón, que á causa de sus achaques no podía subir los cien escalones de su vivienda, le enviaba con frecuencia á uno de sus sobrinos, y me consta que el visitante solía dejar olvidado algún billete de Banco en la silla que servía de mesa de noche al pobre inválido.

Nació don Manuel Bretón de los Herreros en Quel, provincia de Logroño, el día 19 de Diciembre de 1792. Era hijo de don Antonio Bretón y Pérez y doña María Petra de los Herreros y Abadía, modestos propietarios de aquella villa.

Dice el marqués de Molins — que cumpliendo un acuerdo de la Real Academia Española, escribió, con el título de *Recuerdos*, una completísima biografía del insigne vate — que á los siete años de edad ya sacaba versos, como decían en su casa, é improvisaba redondillas sobre cualquier consonante que le daban. Antes de cumplir los diez se trasladó con su padre á Madrid, donde estudió latinidad en las Escuelas Pías de San Antonio Abad, y donde, sin duda, se perfeccionó en la escritura, adquiriendo el hermoso carácter de letra española que conservó hasta su muerte.

Su buen padre pasó en Madrid cinco años pretendiendo un empleo, sin conseguirlo, y cuando ya había consumido su escaso patrimonio, falleció, quizás de pena, joven todavía, asistido por sus hijos Manuel y Laureano, y dejando, además de éstos, cuatro huérfanos, dos varones y dos hembras. La situación de tan numerosa familia, sin más amparo que el de Dios y el de la desconsolada viuda, fué, sin duda, muy precaria.

Se cree que á don Manuel le recogió un pariente, en cuya casa, según parece, encontró albergue, pero no demasiado buen tratamiento, y como el mozo tenía un carácter poco sufrido, permaneció allí solamente desde 1811, en que quedó huérfano, hasta Mayo de 1812 en que, á pesar de su edad adolescente, pues sólo contaba quince años y medio, se ausentó de corte y fué á parar á la provincia de Ávila, casi dominada por los guerrilleros del Empecinado, que sostenía con bastante ventaja la guerra contra los franceses. Allí sentó plaza el 24 de dicho mes, ingresando como soldado en el *batallón de á caballo*, según reza su filiación, tomando parte en varios hechos de armas y no abandonando nunca el cultivo de las letras, por más que sus composiciones no tuvieran otro público que el de sus camaradas, poco aptos, sin duda, para aquilatar primores literarios.

No es mi propósito referir las vicisitudes de su carrera militar, bastante larga, toda vez que sirvió cerca de diez años, ó sea hasta el 8 de Marzo de 1822, y no muy afortunada, porque sólo consiguió llegar á cabo primero.

Al dejar el servicio de las armas tenía Bretón poco más de 25 años, un ojo menos y la comedia intitulada *A la vejez viruelas*, que había escrito en 1817, sin lograr que se representara, suponiendo que lo intentase, cosa que ignoro.

De la profunda cuchillada que le surcaba la frente y le costó quedar tuerto, no hablaba nunca, y nadie ha sabido á punto fijo cómo ni cuándo la recibió, por lo cual se cree que no fué en acción de guerra y se supone que el percance hubo de ser ocasionado por cuestión de faldas, á las que tuvo bastante afición en sus mocedades.

Al tomar la licencia absoluta, obtuvo un destinillo en Hacienda, sirviendo en las Intendencias de Játiva y Valencia. En 1823 acompañó al gobierno derrocado hasta Cartagena, su último baluarte. Triunfante la reacción, perdió su empleo, y á costa de riesgos y penalidades, logró llegar á su pueblo, hambriento y casi desnudo.

«Bretón, dice el marqués de Molins, fué patriota en el albor de su vida, político rara vez, ambicioso nunca, poeta siempre. Así y todo, hubo de ser arrollado por la reacción y de quedarse, como él decía, á la luna de Valencia, más negra para él que para otro alguno. En

la milicia, ya veterano, licenciado, inválido, aunque joven; en la administración, *impurificado*, á pesar de su purísima conducta; en las letras, de todo punto desconocido y novicio, aunque ya muy hombre. Forzado á procurarse decorosa subsistencia, sin patrimonio, sin empleo, sin carrera, á vivir de su pluma, de una pluma que no sabía escribir pedimentos, ni recetas, ni sermones, ni letras de cambio, ni mucho menos delaciones de policía.

»¡Su pluma! Esto era para él lo más amargo; conocía bien por su clarísimo talento que aun el rumbo que había hasta entonces seguido era errado; había de comenzar otro nuevo;



BRETÓN DE LOS HERREROS

faltábale para ello el punto de partida ya remoto de su primera educación... había olvidado el latín, no sabía francés, no tenía bien estudiados nuestros clásicos, y los modelos que había imitado los reconocía detestables. Se acercaba á los treinta años, y, como los antiguos conversos, tenía necesidad de creer y de adorar lo que había ignorado y perseguido, y destruir y abominar cuanto había seguido y adorado, y lo hizo; él, hombre ya, dió principio y remate á su educación literaria; ejemplo admirable, conocido y justamente alabado, como único, en el Santo Capitán de Loyola; pero, á lo que yo entiendo, nuevo en los anales literarios.»

La perseverancia verdaderamente riojana de Bretón venció todos los obstáculos, y aquel soldado que, siguiendo únicamente los impulsos de su inspiración, había escrito infinidad de composiciones poéticas, notables no sólo por la espontaneidad, sino por el mal gusto, como

TOMO II.—86.

calcadas en el modelo de Gerardo Lobo, logró hacerse en poco tiempo un literato en toda la extensión de la palabra.

Tuvo la suerte de tropezar en Madrid con don Juan de Grimaldi, un caballero francés que vino á España formando parte de la administración militar en el ejército comandado por el duque de Angulema, se quedó entre nosotros, contrajo matrimonio con la famosa Concepción Rodríguez, á la sazón la primera de nuestras actrices, y acometió la empresa de restaurar el teatro español, haciéndose desde luego empresario-director de uno de los principales.

Grimaldi, hombre de gran talento y muy entendido en materias teatrales, comprendió desde luego todo lo que valía Bretón, é hizo poner en escena su primera comedia *A la vejez viruelas*, escrita, como hemos dicho, en 1817, y representada por primera vez en el teatro del Príncipe el 14 de Octubre de 1824.

El éxito fué bueno, y desde aquel momento Bretón, solicitado por Grimaldi y estimulado por la necesidad, comenzó á escribir á destajo.

Por cierto que apenas se concibe que hubiera entonces un hombre capaz de abrazar la profesión de autor dramático, como medio de atender á su subsistencia. El mismo poeta dice que *A Madrid me vuelvo*, una comedia original que se representó más de un mes, le valió sesenta y cinco duros. Remendar zapatos en un portal era más lucrativo que componer comedias.

El gusto literario de Bretón había cambiado tan completamente, que el que como poeta lírico comenzó por imitar á Gerardo Lobo, fué en el teatro un partidario acérrimo de Moratín. *A la vejez viruelas* está escrita en prosa, y por su corte y su estructura recuerda *El sí de las niñas*.

Trabajando poco menos que á jornal, tradujo nuestro poeta una porción de obras dramáticas francesas y refundió no pocas del teatro antiguo español, lo cual le sirvió indudablemente, no sólo para ganar el sustento, sino para formar su gusto y aprender el manejo de los resortes de la escena.

Se puede dar idea de la fecunda laboriosidad de Bretón, con decir que en cuatro años, ó sea desde 1824 hasta 1828, dió al teatro seis comedias originales y hasta treinta y tres entre refundiciones y traducciones, unas en prosa y otras en verso.

Sólo en el mes de Noviembre de 1828 se estrenaron tres producciones suyas; *María Estuardo* (tragedia), traducción en verso; *El Ingenuo*, comedia original en prosa; *Ingenio y Virtud*, traducción también en prosa.

Como si esto fuese poco, aún le quedaba tiempo para componer un sinnúmero de poesías sueltas, que publicaba en el *Correo literario y mercantil*.

En cuanto á improvisar á propósito de todo, era cosa que hacía tan naturalmente como respirar. Quizás no fuese paradoja decir que pensaba en verso.

«Dicho se está, escribe el marqués de Molins, después de enumerar los títulos de las producciones dramáticas á que nos hemos referido, que todas estas obras no contenían cosa alguna contra la moral y buenas costumbres, ni contra las regalías de Su Majestad, ni chispa de alusión política. Bonito era para consentirlo el Rdo. P. Carrillo (1), conventual de la Victoria, que porque en una traducción de Vega vió que un personaje decía aborrezco la victoria, lo quitó, escribiendo de su puño este dístico de aleluya: *no consiento — que se aluda á mi convento*.

»Cuando el mismo Vega tradujo la primera escena y Bretón la tragedia de María Estuardo, el reverendo censor exigió que se enmendara el final.—Pero, ¿cómo ha de suceder eso si la reina murió? dijo el poeta.—Todos hemos de morir.—Ya, pero la reina de Escocia fué decapitada.—Eso no puede ser, añadió el religioso, y lo siento, porque la tragedia me gusta; yo le haré otro desenlace.—Aterrado Bretón con esta amenaza, modificó el final de la tragedia de

(1) Censor de teatros.

Lebrún, que se representó en el teatro del Príncipe, y así corre impresa en las obras del poeta español.»

Hasta entonces, siguiendo Bretón los preceptos de la escuela moratiniana, había escrito todas sus comedias en prosa ó cuando más en largos romances. Así siguió, hasta que en 1831 anunció á sus colegas, en una reunión de literatos, que ya era tiempo de volver á la versificación galana de nuestros padres, añadiendo que en la comedia que iba á empezar estaba resuelto á emplear «toda la rítmica castellana y caiga el que caiga.»

Esta obra fué *Marcela*, que se estrenó el 30 de Diciembre de 1831.

En tan felicísimo ensayo pudo ver que era posible conciliar la pintura vigorosa de afectos y caracteres, la vis cómica del diálogo y la naturalidad del lenguaje con una versificación más artificiosa, más variada y más galana que la que Moratín empleara en sus comedias en verso.

Piensen algunos que *Marcela* es la mejor comedia de Bretón. No opino yo lo mismo, sin que esto sea quitar ni un ápice á su indiscutible mérito. Para declararla superior á todas sus hermanas, sería necesario olvidar que entre éstas hay algunas tan bellas como *Muérrete y verás*, *La batelera de Pasajes*, *¿Quién es ella?* y ese prodigio de habilidad y de *savoir faire* que se llama *El cuarto de hora*.

El temor de Bretón, de que el rigor de los consonantes y la gala de la versificación perjudicasen á la verosimilitud de los caracteres, quedó desvanecido desde la primera representación de *Marcela*, porque antes de terminar ésta todos habían conocido á los personajes, que son retratos de personas con quienes el poeta vivía en grande intimidad. Aquel hablador incansable que se llama en la obra el capitán don Martín Campana y Centellas, era don Patricio de la Escosura, á la sazón oficial de artillería de la guardia real. En el taciturno y amartelado poeta don Amadeo Tristán del Valle, quiso retratar al entonces capitán de caballería y hoy capitán general de los ejércitos nacionales, don Juan de la Pezuela, conde de Cheste. Los demás eran también retratos de personas que no han logrado tanta autoridad, y hasta la protagonista pareció, al decir de los que vivían en aquella época, copia de la hija de un médico famoso.

El insigne poeta tuvo siempre particular predilección por las hijas de los médicos. En los principios de su carrera literaria consagró bellísimas poesías á una de las tres de cierto Galeno que tenía en las inmediaciones de Madrid una casa de campo muy visitada por literatos; en *Marcela* retrató, como decimos, á la hija de otro alumno de Esculapio; y por último, contrajo matrimonio con la señora doña Tomasa Andrés, hija también de un doctor célebre, dama notable por su hermosura y sus virtudes, que ha bajado al sepulcro hace poco tiempo.

Ni es mi propósito hacer la crítica literaria de las obras de Bretón, para lo cual necesitaría escribir un libro, ni tampoco puedo seguir paso á paso las vicisitudes de su existencia. Pero ¿cómo es posible dejar de copiar algún trozo del insigne pintor de costumbres, cuyas obras, en este concepto, tienen un carácter, por decirlo así, histórico, porque á ellas habrá de acudir el que quiera estudiar la sociedad española de la clase media, en el segundo tercio de este siglo?

Aquí la dificultad consiste en desechar, porque por donde quiera que se abran las comedias del vate riojano se encuentran bellezas que desea uno trasladar al papel.

Me lanzo, pues, con los ojos cerrados, abro la colección por cualquier parte y encuentro *A lo hecho pecho*, donde don Tadeo refiere sus desdichas matrimoniales á un hermano suyo, en estas redondillas, que serán siempre modelo de viveza, de gracia y de naturalidad:

Mi resolución discreta
se funda en causas muy graves.
Mi mujer, si no lo sabes,
fué una solemne coqueta.
Educada en el gran mundo
antes de ser mi consorte,
era asombro de la corte
su talento sin segundo.
Su talle era el figurín

que estudiaban las modistas,
si bailaba... ¡qué conquistas!
si cantaba... ¡un querubín!
Con su gracia y su beldad
á todos tentaba el diablo...
Era, en fin, querido Pablo,
una notabilidad.
Como adorarla era moda,
yo también caigo en la red;

me declaro, y cate usted
que acepta y se hace la boda.
No bien el cura nos vela,
cuando la elegante Julia
hace á mi casa tertulia
de toda su clientela;
y como un marido posma,
según la moderna táctica,
cosa es, que sólo está en práctica
allá por el Burgo de Osma,
entre tanto hombre de pro
con rubor te lo confieso,
todos tenían acceso
á su lado, menos yo.
Sólo reservarme quiso
el honor mi cara prenda
de acompañarla á la tienda
de *Ginés* ó de *Narciso*,
y ningún conde ó barón
se atrevió á hacerme la afrenta,
de pagar por mí una cuenta
á madama *Petibon*.
Es decir, que mi Julieta
amable, que el cielo goza,
si coqueta cuando moza,
fué después archicoqueta.
Quise volver sobre mí;
pero en vano ¡ya era tarde!
y aunque nunca fui cobarde
no hubo arbitrio, ¡sucumbí!
Que á uno se da un puntapié,
mas contra tanto adminículo
¿quién?... Por no hacerme ridículo

me arruinaba al *ecarté*.
No era mi cara *mitad*,
ni mi cuarterón siquiera
Julia, porque era... en fin, era
una notabilidad.
Olvidando la lección
moral de la vid y el olmo,
un día exclamé en el colmo
de la desesperación:
¡Preciso será, Dios mío,
que nuestro lazo destruya,
una pulmonía suya
ó un pistoletazo mío!
No por mi plegaria impía,
sino porque plugo á Dios
darnos descanso á los dos,
envió la pulmonía.
Para ahorrarte la pregunta
de si lloré ó no lloré,
confieso de buena fe
que no lloré á la difunta:
mas la culta sociedad
de la corte castellana,
lloró la muerte temprana
de *una notabilidad*.
Quedóme esta criatura
que, encerrada en un colegio,
tuvo el feliz privilegio
de ignorar tanta locura.
Tan linda y en tierna edad,
dije un día para mí:
¡Sus! No tengamos aquí
otra *notabilidad*.

La última comedia intitulada *Los sentidos corporales* se representó en el teatro de Jove-llanos el 16 de Enero de 1867, por la compañía que dirigía don Manuel Catalina, de la cual formaba parte la inolvidable Matilde Díez.

Ya entonces tenía el poeta más de setenta años y se hallaba en inevitable decadencia.

Llevaba escritas desde 1824 ciento setenta y cinco comedias, entre originales, traducciones y refundiciones.

Había tocado todos los géneros, desde la tragedia hasta la zarzuela, en la cual fué poco afortunado.

Entre sus traducciones es digna de llamar la atención la que hizo en verso del drama de Casimiro Delavigne, *Los hijos de Eduardo*. La traducción es muy superior al original.

Después de lo que llevo dicho ¿qué importa que Bretón fuese periodista, cuando si escribió en algunos periódicos fué seguramente por la necesidad de ganar un sueldo? ¿qué importan sus opiniones políticas, que sin duda las tenía, si no estuvo afiliado en ningún partido? La política no le produjo más que algunas desazones, porque fué causa de que le silbaran dos ó tres comedias y de que ciertos periódicos le trataran con escasa consideración, desconociendo sus méritos literarios. Como todos los españoles, se vió obligado á aceptar varios empleos, y fué segundo jefe de la Biblioteca Nacional y más tarde director de la *Gaceta*; pero tampoco su vida de empleado ofrece ningún interés para mis lectores.

Bretón, el verdadero Bretón, el que ha de ocupar un día un puesto distinguido en la historia de la literatura española, es el poeta cómico, autor de tantas y tan celebradas producciones escénicas.

De carácter un tanto huraño, era hombre de poco mundo, que pasó los últimos años de su vida retraído del trato social, casi por completo, y refugiado en el cariño de su familia que le adoraba. Muy sensible á la crítica, había en él una mezcla de candor y de malicia que se refleja

en todas sus obras. Tenía conciencia de su propio valer y quizás en su retraimiento hubiera sido fácil descubrir algo de orgullo ofendido.

La Academia de la Lengua, que le nombró su secretario perpetuo, se vió privada de sus servicios por motivos que el marqués de Molins refiere en estos términos:

«De los vientos y tempestades que por todos lados le combatían, procuraba él abrigarse ó defenderse en el seguro y repuesto asilo de la calle de Valverde; allí se reunía la Academia, que confortaba su ánimo; allí moraba su familia, que dulcificaba su corazón, y tan mezclados estaban en él estos dos afectos que, como ya se ha insinuado, apenas sabía distinguir, ni reparaba bien la diferencia que media entre la autoridad soberana del padre de familia y la igualdad fraternal del socio literario. Para Bretón, ahorrar á la Academia un gasto, aun cuando fuese destinado á honrar el nombre de nuestros grandes predecesores, era aumentar meritoriamente el patrimonio de nuestros descendientes; para él la aprobación de un acta, ó la aceptación de un vocablo, era cuestión de honra personal; discutía con vehemente amor é incontestable buen sentido, pero con inquebrantable tenacidad, y cuando era vencido en las votaciones por el número, se contentaba con decir: «supongo que nada de esto constará en actas;» y obteniéndolo así por el respetuoso cariño de todos, se consolaba con que la opinión contraria á la suya no se perpetuase en la historia académica.

«Con tales antecedentes, á nadie sorprendió, aunque á todos fué doloroso, oírle en la sesión de 5 de Enero de 1870, participar oficialmente á la Academia que estaba en disidencia fundamental con sus colegas de la Comisión de Diccionario, y que en la sesión próxima sometería el punto á la Academia en pleno. En efecto, tres días después, el 8 de Enero, se discute ampliamente el sistema que había de adoptarse para remunerar los trabajos de la Comisión de Diccionario, y tras largo y concienzudo debate, sujeto el fallo á votación, quedó Bretón en minoría.

«Todavía asistió á la sesión inmediata del miércoles 12 de Enero de 1870, en que leyó el acta de la anterior, que fué aprobada; pero ésta fué la última en que presencié nuestras discusiones, porque al siguiente día, jueves 13 de Enero, se excusó por enfermo y le sustituyó Ferrer del Río.»

En seguida renunció la presidencia de la Comisión de Diccionario y á poco la secretaría de la Academia. Todas las súplicas, todos los ruegos, todas las instancias de sus colegas para que desistiera de su propósito fueron menos poderosas que su tenacidad de riojano.

Había ocupado su silla 1368 veces y la Academia acordó que se le diese por presente á todas las sesiones, honor que los Estatutos, sólo por rarísima excepción, consienten.

Dos grandes satisfacciones tuvo el insigne poeta en los últimos años de su vida. Fué la primera el hecho de que por iniciativa de su comprovinciano, el ilustre don Salustiano Olózaga, se perpetuase en el pueblo de Quel, por medio de una lápida, el recuerdo de la casa en que había nacido. Y la segunda el hecho, por demás honroso, de que el emperador del Brasil, don Pedro de Braganza, le visitara en su domicilio al día siguiente de haber llegado á Madrid. El monarca brasileño y el príncipe de los ingenios de su época departieron amistosamente durante un rato nada breve.

El 8 de Noviembre de 1873, es decir, cuando le faltaba poco más de un mes para cumplir setenta y siete años, pasó á mejor vida el que no sólo puede presentarse como modelo de poetas cómicos, sino como tipo acabado y perfecto de hombres de bien.

EDUARDO ZAMORA CABALLERO.

ECONOMÍA DOMÉSTICA

EL CALDO

DE todos los productos del arte culinario el más generalizado es sin duda el caldo; y con ser tan sencilla al parecer su preparación, da pie á diversos procedimientos, defendidos hasta con pasión por sus respectivos partidarios. Útil siempre y necesario muchas veces es el caldo, y por lo tanto importa que esté bien confeccionado, particularmente cuando sirve de alimento á los enfermos. En Cataluña existe la preocupación bastante generalizada de que el caldo para ser bueno es necesario que sea espeso, es decir, pringoso, y así se dice para alabarlos: «es un caldo que se puede cortar.» La grasa repugna al paladar, fatiga el estómago y no da alimento, con lo cual se opone á las tres condiciones que debe reunir un caldo para merecer el título de bueno: ser agradable al paladar, ligero al estómago y nutritivo. Dicho esto, pondremos á la vista de nuestros lectores las recetas que están más en uso para obtener un caldo de buena calidad. El procedimiento más usual es el siguiente: En una marmita de cobre perfectamente estañada, de hierro, ó el popular puchero de barro cocido y vidriado, de una cabida de ocho ó nueve azumbres de líquido, se ponen ocho libras de carne de vaca fresca, prefiriendo la de la cadera ó bien de la pierna. Se le dará una buena figura, atándola con un bramante, para que así salga entera y pueda aprovecharse para otros usos. Dos libras y media de ternera preparada como la anterior, y luego una gallina bien limpia y lavada con agua templada. Se cubrirán estas carnes con agua fría, de modo que quede la marmita como unos dos ó tres dedos vacía. Se pone sobre un fuego bastante vivo echándole sal. Cuando haga espuma, se quita ésta con una espumadera, hasta que cuece, y entonces se le echa un poco de agua fría para que dé más espuma; cuando no dé más, se retira la marmita á un lado del hornillo, poniéndole dentro un manojo de legumbres atadas y limpias, compuesto de zanahorias, dos cebollas medianas, apio y dos puerros. En esta disposición se deja cocer poco á poco bien tapada, por espacio de cinco ó seis horas, mas á las dos podrá retirarse la ternera, después, un poco más tarde, la gallina si no es muy vieja, dejando la carne de vaca hasta el completo de su cocimiento, que se podrá retirar, y pasar el caldo á otra vasija por medio de una servilleta mojada en agua fría. Después de reposado el caldo, podrá quitarse la grasa que tiene en su superficie por medio de una cuchara.

No todos aprueban en absoluto este procedimiento, pues el señor Becerro de Bengoa lo censura por medio de una carta dirigida al célebre autor de las *Conferencias culinarias* en los términos que van á ver nuestros lectores:

«Madrid 10 de Mayo de 1890.

»Querido compañero y amigo Muro: Como la gastronomía no está refida con la caridad, dígnese usted practicar tal virtud, en obsequio á las cocineras españolas, haciendo pública, en cualquiera de sus sabrosas y artísticas conferencias, la manera de redimir las de un penoso trabajo diario.

»Contra la invasión de la cocina extranjera, de que es usted entusiasta y humorístico apóstol, se levantará siempre el fortísimo dique, no de nuestro patriotismo, sino de los garbanzos.

»El garbanzo, «la cebada racional», que dijo el P. Stephanus Rodericus en su obra *De Potus*, es, con la carne de vaca, la base de nuestro puchero. El puchero al hervir, repleto de carne y garbanzo, necesita espumarse.

»Seguramente, desde cuarenta siglos por lo menos, las españolas («la mujer de su casa» entre la clase modesta, y la cocinera) vienen diariamente haciendo guardia al puchero con la cuchara de palo en la mano, para quitarle la espuma mientras hierve.

»Pues bien, he aquí una de las mejoras prácticas del trabajo de las clases obreras femeninas: la supresión del espumar el puchero.

»¿Por qué el puchero produce la espuma densa y oscura? Por qué se hacen hervir al mismo tiempo los garbanzos y la carne. El garbanzo origina la espuma, y la carne produce los coágulos que la ennegrecen.

»¿Como se evita y se suprime el espumar? Pónganse á cocer en el agua hirviendo los garbanzos solamente; dejándoles que hiervan media hora, sin hacer caso de la espuma blanca que se forma y que poco á poco se consume, y añádase después la carne. Ni más ni menos. No hay fórmula ni receta más sencilla ni más verdadera en todos los libros de cocina, de filosofía ni de magia.

»Ya lo había presumido el cocinero Plinio, cuando dijo en su libro XVIII, cap. XII: *Ciceris natura est gigny cum salsilagine: ideo solum urit nec nisi madefactum prius seri debet.*

»Pero esta presunción, como todos los gérmenes de las grandes ideas prácticas, ha necesitado cerca de dos mil años para madurarse. «Ecco il progresso.»

»En mi casa no se espuma nunca el puchero, y dan un cocido limpiísimo. Aprendí esta fórmula allá en la tierra de Campos, donde, aunque la gente parece atrasada, es muy entendida por tradición y por naturaleza, y sabe mucho más de lo que le han enseñado.

»Aún impera el puchero en millares de casas, ilustre Muro. Calcule usted, pues, cuántas bendiciones lanzarán sobre su persona por esta redención «gloriosa» las esclavas de la espuma. ¡Que aprovechen!

«Siempre de usted y del puchero castellano, muy devoto amigo

RICARDO BECERRO DE BENGUA.»

CALDO DE AVES

Se podrán aprovechar para hacer este caldo los desperdicios de aves, como son cuellos, patas, alas, huesos, etc., como igualmente los de ternera, mas si no los hubiese, ó fuesen pocos para hacer mucha cantidad, podrá aumentarse á lo dicho un jarrete de ternera, que es la parte más baja de la pierna, y por consiguiente lo más nervioso, juntamente con una gallina vieja bien chamuscada, descañonada, en fin, bien limpia y lavada con agua caliente; se pondrán en una cacerola ó marmita pequeña, cubriéndola con seis u ocho cuartillos de agua fría, á buen fuego, espumándolo bien: se retirará á un lado del hornillo después de haberle puesto un poco de sal y algunas legumbres, y al cabo de unas tres horas podrá colarse y desengrasarse.

CALDO DE CAZA Ó DE CAZADOR

Este caldo, favorito de los cazadores piamonteses, les ofrece, al mismo tiempo que una sopa excelente, un plato delicado, con los ingredientes de que se compone. Después de haber pelado y chamuscado, etc., las diferentes aves de caza menor, como tórtolas, becadas, codornices, alondras, perdices, etc., se ponen en una marmita con tocino entre magro y gordo á pedacitos, con uno ó dos cuartillos de agua caliente; lo hacen cocer á poco fuego por espacio de dos ó tres horas, al cabo de las cuales retiran toda la caza con un poco de la salsa que ha formado, y sobre el resto aumentan agua caliente con un poco de sal y pimienta; lo dejan cocer una media hora, y con éste forman la sopa.

CALDO DE PESCADO

Para prepararlo se emplearán diferentes clases de pescados, debiéndose preferir aquellos que tengan la carne dura, como anguilas, carpas, merluzas, congrios, etc., y además si hay desperdicios de otros, como son las cabezas y espinas. Para esta operación se principiará por cortarlos en pedazos y lavarlos bien; se untará el fondo de una cacerola con manteca de vaca fresca, sobre cuyo fondo se pondrán unas rebanadas de cebolla y zanahorias, y sobre éstas el pescado. Se pondrá á fuego fuerte, aumentándole un poco de agua, y se tapa la cacerola; mas de vez en cuando habrá que mirarla para que no se queme, aumentándole siempre un poco de agua, hasta que la cebolla haya tomado un hermoso color de oro; entonces se cubre bien todo con agua caliente, cuidando que la cantidad de ésta no sea tan excesiva como la de carne, en atención á que el pescado no ha de cocer tanto como aquélla, por no contener tantos principios nutritivos; mas se ha de tener mucho cuidado de espumarlo como los otros caldos, y retirarlo al ángulo del hornillo, para que su cocimiento sea muy lento; á las dos horas podrá retirarse y colarlo con una servilleta.

CALDO DE CANGREJOS

Se rehoga un poco de cebolla y perejil recortado, todo en aceite; se añade una cucharadita de fécula de maíz y se alarga al sazónar con el doble del agua, que ha de hacer el caldo.

Cuando cuece á borbotones, se echan veinticuatro

cangrejos por litro de agua, se cuecen hasta reducción de la mitad del agua, y con el caldo se calan tostadas de pan y se sirven. No tiene que ver nada esta sopa con la *bisque*.

CALDO DE VIGILIA

En una cacerola se pone media libra de manteca de vaca, y se tienen preparadas, limpias y muy lavadas, tres ó cuatro zanahorias, igual cantidad de nabos cortados al través y delgados, dos cebollas, una lechuga, un pie de apio, como una libra de col ó repollo, un poco de perifollo y dos puerros, atado todo con un bramante; se rehoga al fuego con la manteca hasta que ya no quede ninguna humedad; entonces se le ponen cuatro ó cinco cuartillos de agua hirviendo, se le aumentará un puñado de setas y una media libra de garbanzos, y se deja cocer todo muy poco á fuego lento por cuatro ó cinco horas; luego se retira y concuete como los anteriores.

SUSTANCIA Ó JUGO

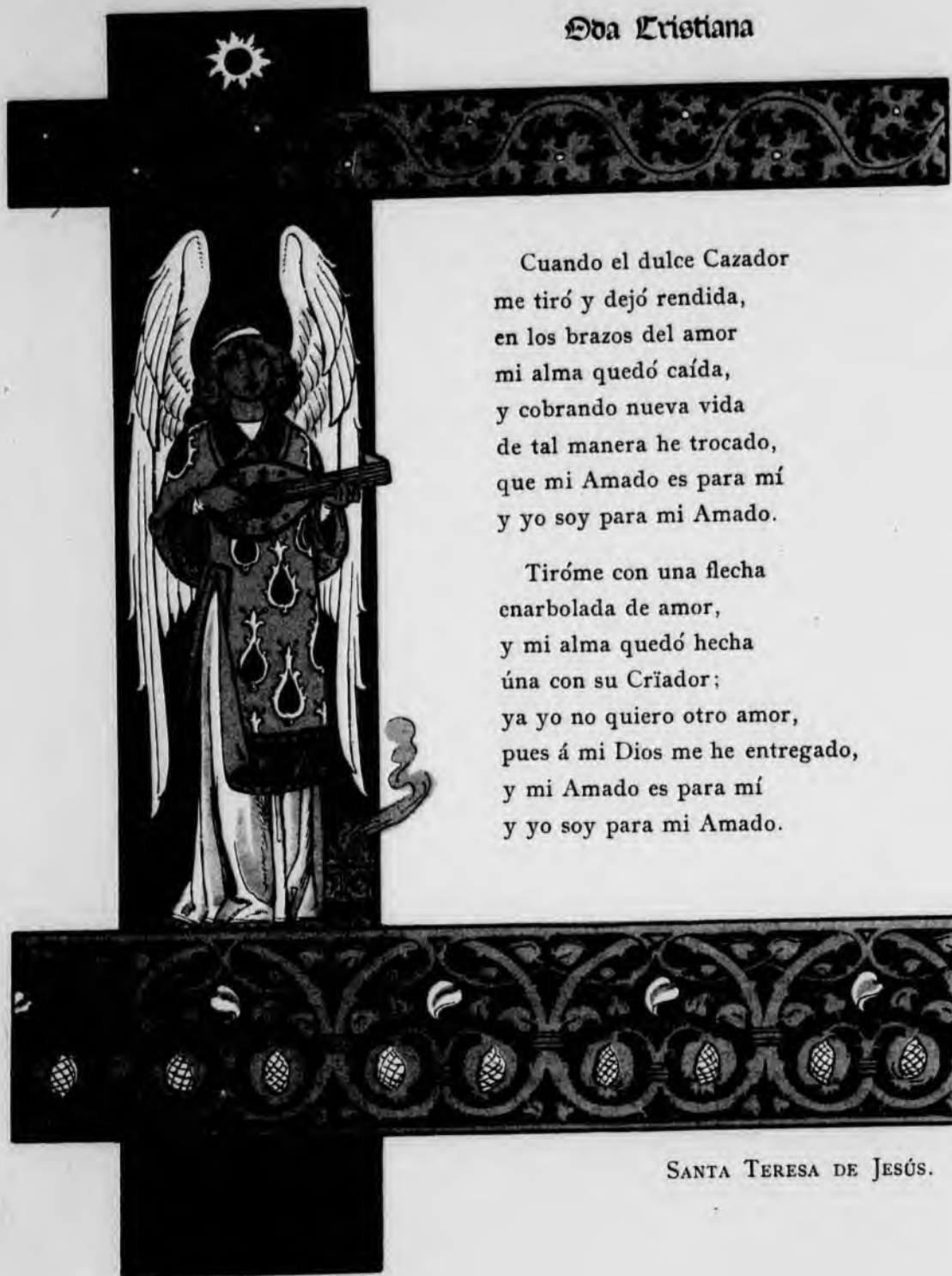
No hay cocinero que al principiar sus trabajos culinarios no tenga preparada esta sustancia; le es de tanta necesidad que se vería apurado si careciese de ella. Para hacerla se toma una cacerola muy limpia y bien estafiada, pero de fondo muy grueso; se unta éste con un poco de manteca, y sobre ella rebanadas de tocino muy delgadas, de modo que quede cubierto todo él; encima se ponen cebollas cortadas del grueso de medio dedo, algunas ruedas de zanahoria, un poco de tomillo, dos hojas de laurel y dos clavos de especia, y sobre todo esto unos pedazos de vaca del grueso de tres ó cuatro dedos, interponiendo una libra de jamón bien limpio y lavado. Así arreglado todo, agréguese un cuartillo de agua y póngase al fuego para que se vaya rehogando. Cuando no tenga más humedad, se le aumenta otro poco de agua, y así sucesivamente, hasta que la cebolla está de un color de café. Entonces se cubre bien de agua, se le aumenta un manojo hecho con un poco de perejil, dos cebollas, y dos puerros; se le echa una copa de Jerez, se tapa, y se deja que cueza muy lentamente por cinco ó seis horas.

CALDO HECHO EN UNA HORA

Se cortan en pedacitos dos libras de carne de vaca ó de ternera, de la calidad que se quiera: se aplastan bien y se ponen en una cacerola con cebolla, un poco de tocino, cortado también en cuadros pequeños, media libra de jamón y un poco de zanahoria: se le echa como un cuartillo de agua, y se le deja cocer á buen fuego, hasta que se consume el agua, cuidando no se pegue á la cacerola. En esta disposición se le añade agua caliente, se deja cocer, y al cabo de unos veinte minutos se podrá usar, después de pasarlo por una servilleta.

Todos estos caldos pueden clarificarse y dejarlos transparentes, y de este modo quedan purificados de tantos cuerpos extraños como tienen; lo cual se consigue batiendo dos ó tres claras de huevo con unos alambres, y á medio batir aumentarlas un poco de caldo sin dejar de agitarlas, para incorporar todo esto al caldo hasta que esté bien desengrasado; se arrima entonces á buen fuego sin dejar de mover el líquido. Cuando levante un poco el hervor, se aparta del fuego al ángulo del hornillo, dejándolo quieto, hasta que cociendo poco á poco llegue á quedarse toda la clara coagulada y el caldo transparente; entonces se pasa por una servilleta.

Oda Cristiana



Cuando el dulce Cazador
me tiró y dejó rendida,
en los brazos del amor
mi alma quedó caída,
y cobrando nueva vida
de tal manera he trocado,
que mi Amado es para mí
y yo soy para mi Amado.

Tiróme con una flecha
enarbolada de amor,
y mi alma quedó hecha
úna con su Criador;
ya yo no quiero otro amor,
pues á mi Dios me he entregado,
y mi Amado es para mí
y yo soy para mi Amado.

SANTA TERESA DE JESÚS.

Oda Pagana

La graciosa doncella
en apartada estancia
pasa su edad florida
de delicias privada.
Sus cuidadosos padres
dicen: «Amor la espanta;
allí vive contenta,
que no quiere de Pafia
las sũaves caricias.»
Mas ¡ay! niña cuitada,
que ya siente tu pecho
las amorosas llamas,
triste, cerrada y sola,
niña y enamorada.



SAFO.



PROFESIONES HONORÍFICAS

Esto de honoríficas es una metáfora.

Quiere decir: profesiones de esas que no dan de comer, como las clasificaba *Figaro*.
Conocerán ustedes á varios ejemplares.

Hay gentes para todo.

Espíritus superiores á otros espíritus.

Así como hay vinos espirituosos, superiores á otros vinos espirituosos.

Corazones generosos también como algunos vinos.

Hombres que trabajan á beneficio del público, no con rebaja de precios, según anuncian las empresas teatrales en días extraordinarios, sino gratuitamente, sin pensar en la remuneración.

Trabajan por convicción y por amor al arte, aunque «les esté muy mal el decirlo.»

Tal era Adalberto: un joven que «sacaba de su cabeza» odas y poemas para dar veladas á domicilio, en teatros particulares, ó coadyuvar en los entreactos á las funciones benéficas en la Alhambra, Madrid, Martín y Ríos.

Todavía repiten los ecos de aquellas elegantes salas los versos del chico poeta.

¡Qué chico! digo, ¡qué genio!

Era un manantial inagotable de inspiración, un torrente de poesía y la mar de pasión y sentimiento.

¡Y qué facilidad la suya tan dificultosa!

Cuando escribía parecía que patinaba.

Su fuerte eran los versos de arte, no mayor, sino «más grande que mayor.»

Recitó una noche, en un teatro de los más humildes de Madrid, unas cuantas composiciones modelos.

Era la función á beneficio de un profesor de esgrima libre de enseñanza, ó sea lo que denominan las gentes «sablacista,» y con el propósito noble de redimirle del «penoso servicio de las armas.»

Adalberto leyó composiciones alusivas ó abusivas, y otras de asunto en libertad.

Entre éstas un... *infundio*, y ustedes perdonen, al Tajo.

Y al mismo río, aquel que «sacó el pecho fuera» para hablar con Rodrigo y la Florinda; le decía el muchacho:

«Un tiempo yo fui niño y no pensaba
lo que era el mundo ni su loco anhelo;
yo no sé por qué error, me figuraba
que era todo lo mismo, tierra y cielo:
entonces yo vivía venturoso...
¿te acuerdas, Tajo dichoso?»

Bien podía serlo el vate, porque es muy halagüeño el privilegio de ser niño una temporada.
La otra estrofa ó lo que fuera decía:

«No sabía él tocar á su vedado;
ni aun á zozobrar había aprendido:
era ignorante... y al par más candoroso:
¿te acuerdas, Tajo dichoso?»

Después de tomarla con el Tajo, la emprendió con una oriental, recitada con sentimiento.

La oriental excitó casi una revolución en la concurrencia.
Empezaba así:

«Siéntate en los cojines de tersa seda
del aduar blando;
cúbrante blancas plumas de cien palmeras,
que estoy amando.»

Un espectador torpe del oído, se aventuró á preguntar en voz alta desde el anfiteatro principal:

—¿Mamando? Pues ya tienes edad para comer solo.

Allí terminaron la oriental y la lectura de coplas.

Personas curiosas se preguntaban:

—¿De qué vivirá ese muchacho? Las musas dan honor, mas no dan renta.

—Que se sepa no tiene padres, ni otros parientes, ni carrera, ni oficio más que el de componer versos, menos productivo que el de componer zapatos.

Pero estas murmuraciones no acobardaban al vate.

—He nacido para cantar, decía—y aun consignaba su profesión de trovador en el padrón de vecinos, cuando le sorprendía el reparto de las hojas para el empadronamiento en alguna casa de pupilos.

En otras ocasiones vivía y dormía en el Retiro.

Con razón aseguraba que tenía puntos de mira muy elevados.

Como que pernoctaba en algún árbol.

Era un ave parlara con cazadora.

Contaba con pocos amigos, pero buenos.

Uno de éstos era un tal Sinibaldo, pintor de historia, según él se clasificaba, y lo era, en efecto, de historia accidentada, de paisaje, de naturaleza muerta y aun putrefacta, de flores y de letras de adorno.

Y, á las veces, pintor «de grandes masas,» que es lo que vulgarmente se dice «de puertas y ventanas.»

Vivía proyectando, desde su infancia, un cuadro revolucionario en el arte.

Pero carecía de las primeras materias.

Del lienzo y de los colores.

En cambio, en la mesa del café que favorecía con su asistencia para distraerse y sentarse

y hablar con varios amigos que tomaban algo, dejaba siempre una muestra de su habilidad artística.

Dibujaba en el tablero de la mesa alguna caricatura ó un paisaje ó una cabeza de animal fantástico.

Cuando el camarero, para avergonzarle por su sobriedad, puesto que nunca tomaba, sino era por invitación de algún amigo, café con medias ó copa ó cerveza, le preguntaba:

—¿Qué va á ser?

Respondía con frescura el artista:

—Lo de siempre.

Si podía proporcionarse alguna caja de tabacos de la Habana ó casi de la Habana, sin tabacos, por supuesto, pintaba en las seis tablas seis paisajes ó seis caprichos y se las vendía á un corredor de bellas artes, de esos que recorren los cafés ofreciendo joyas pictóricas.

«A dos pesetas, una tabla con otra, y negocio redondo.»

Pero esto con las correcciones que le pedían los agentes artístico-mercantiles.

Que frecuentemente volvía alguno de ellos con una de las tablas diciendo al «maestro:»

—Mire usted, un caballero me compra este paisaje; pero quiere que ponga usted un majo á caballo en esta vereda, y en la orilla del riachuelo un par de mozas lavando.

Y el pintor formaba en el acto el majo, el caballo y las mozas.

Otro pedía que echara media luna al país, como quien dijera: medias suelas.

Y el benévolo artista pintaba una tajada de melón donde mejor le parecía, sin cuidarse de luces ni de sombras.

—Un parroquiano, le notificaba el corredor artístico, me compraría este paisaje del castillo morisco, si pudiera perder de vista á esos dos moros que ha puesto usted en traje de baño.

El pintor corría un velo sobre los infieles: una mano de verde cortaba la conversación de los moros y dejaba el campo libre.

—¿De qué vivirá este chico? se preguntaban algunas personas.

Y no faltaba quien, poco caritativo, decía:

—Varios días se salva en una tabla; se las pagan á dos pesetas, cuando hay pedidos.

Otro amigo de Adalberto, y al par amigo de Sinibaldo, era Heliodoro, chico de la prensa.

Un joven todo gracejo, de fácil palabra, aun cuando en su vida había pronunciado una, siquiera, con ingenio y oportunidad.

Pero «hacía frases,» y sus amigos las repetían, unos para celebrarlas y otros para reír á costa del autor.

Estaba en un periódico por la manutención, y revisaba la prensa de provincias para sacar noticias, iba por las del juzgado de guardia y por las del gobierno civil, escribía articulitos y cuentos literarios, según él, revistas de música, «hacía la barba» y algunos «mandados» al director y le cepillaba la ropa y el calzado.

—Tú, le decía algún «compañero» con cierta emulación, estás como quieres; el director te aprecia y, andando el tiempo, te calzarás un distrito.

—O un par de «botillos,» rectificaba un «guasón.»

Cuando leía alguna composición Adalberto, en Ríus ó en cualquier reunión *à demi-poil*, como escribe otro periodista perito en idiomas vivos, se «hacía pedazos ó tiestos,» que dicen en Andalucía, elogiando á su amigo.

Salía á luz todo aquel repertorio de imágenes brillantes, conceptos sublimes, pasión y demás.

Y las comparaciones como:

«La galanura y la inspiración que para sí quisieran Campoamor, Núñez, Ferrari, Grilo y tantos otros ya maduros.»

Como si éstos fueran la antítesis de los poetas verdes, que los hay, y dignos del verde también.

Las personas que trataban á Heliodoro se preguntaban:

—¿De qué vivirá este chico?

—Hombre, respondía algún amigo, come con el director.

—¿Y casa?

—Duerme en una banqueta en la redacción.

—¿Y vestir?

—El director le regala alguna ropilla en mediano uso.

—Pues está como quiere: tiene de todo.

—Ya lo creo, añadía un chusco, y gajes: como que el director le envía una vez á llevar unas cartas al correo y le da dinero para los sellos de franqueo y siempre le falta algún perro; otra vez le manda á buscar un coche ó á recoger alguna prenda de casa del sastre; en fin, qué le trata con suma franqueza.

—Así está él de soberbio, añadía otro de los de la reunión del café.

Un pianista excedente, profesor de piano, según él se tasaba, compositor de música inédito y postergado.

No había escritor que le diera un libro para echarle unas piezas de música.

Aseguraba que tenía discípulos de piano.

Era pianista, pero con manubrio, según se supo.

—¿Dé qué vivirá este muchacho? se preguntaban las gentes.

—¡Alimentarse con corcheas y semifusas!

Pero aquel infeliz se declaró, por fin.

Sin ser comunista, se dedicó al reparto.

Al reparto de periódicos á domicilio, por el modesto jornal de cincuenta céntimos de peseta.

¡Media peseta para cubrir todas sus necesidades!

¿Cómo viviría el pobre ex pianista?

Pero, hablando con justicia para honra de la humanidad, debe consignarse que entonces nadie preguntaba:

—¿De qué vivirá ese desgraciado?

Porque pudiera responder el agraviado:

—Del reparto.

—Aquí no se puede vivir, caballero, me decía un «artista» con casa abierta; como que funcionaba de zapatero en un portal. No hay arte, ni estímulo, ni protección gubernamental: hace algunos años los hombres se mataban por defender sus opiniones políticas y por el triunfo de sus ideales artísticos. Había convicciones, consecuencia.

—¿Y venta de botillos y zapatos? le pregunté.

—Eso es; porque se disfrutaba de cierta holgura, relativa, en la emisión del pensamiento mayormente, y del calzado.

Era un apóstol de obra prima.

- Daba gusto oírle hablar, particularmente de política y economía.
Un día cerró el establecimiento.
El capital había triunfado sobre el trabajo.
El dueño de la casa le plantó en la calle, por causa de derribo de la finca.
El *maestro* se lanzó á la vida activa de la política.
De la noche á la mañana se vió de presidente de un círculo.
Le encontré un día y me lo dijo.
—¿Y abandonó usted el arte? le pregunté.
—He modificado mis ideales, respondió; el hombre no es un «manolito.»
(Quería decir, supongo, un monolito).
—¿De suerte que ahora?...
—Soy presidente de un círculo y llevo un diez por ciento en los recreos.
—¡Ah! ¿Pero se juega en el círculo?
—Hasta el pelo, caballero.

EDUARDO DE PALACIO.





A LA PRIMAVERA

FUVO, por fin, el perezoso Invierno:
las parcas nubes que apiñadas antes
coronaban los turbios horizontes
en gigantescas masas divididas,
disipándose van. Ya no se escucha
mugir soberbio en las quebradas rocas,
ni trémulo azotar las ramas secas,
al Abrego sañudo; ni á su empuje
rechinando girar en la alta torre
la atrevida veleta. Leves giran
por el tranquilo azul del firmamento
tímidas bandas de fugaz blancura,
recamadas de púrpura y de oro.
Con ellas ciñe virginal Aurora
sus contornos de luz cuando en Oriente
al mundo anuncia la feliz mañana,
y el mundo todo de placer sonríe.

Portadora de dulces armonías,
el aura en fácil y apacible vuelo
sus alas tiende y bulliciosa mide
de la ancha vega la llanura hermosa,
y todo al soplo de su amor verdea.
En risueña cascada se desprende
del alto monte el saltador arroyo,
y al prado llega y lo fecunda y baña:
y ora entre juncos murmurando corre,
ora en remansos por correr se inquieta,
ora su dócil curso prosiguiendo,
las caprichosas márgenes matiza
de tiernas flores que á su paso brotan,
y al dulce influjo de su aliento crecen.

Y pomposa la vid, fresca y lozana,
del olmo ciñe el corpulento tronco;
trepa á sus ramas, y en la ertiva copa
briosa muestra su naciente fruto.
Riza sus ondas sin descanso el río,
doblan su tallo las esbeltas cañas;
él les da perlas de su rica espuma,
y ellas temblando de placer suspiran;
y en dulces besos y sentidos ayes,
sus dichas cantan y su amor le dicen.
Todos cubiertos de riqueza y gala,
pródigos de perfumes, á lo lejos
formando bosques, los naranjos tienden
sus verdes ramos, de azahar vestido
el dulce fruto semejante al oro.

Y las aves en tanto ya se ocultan
en el follaje oscuro, ya ligeras
con vuelo desigual cortan el viento,
ya, caprichosos círculos formando,
lucen sus alas de brillantes plumas,
lucen su voz en armoniosos trinos.
Naturaleza toda se levanta
fecunda en flores, de perfumes llena
y respirando amor. Abre el tesoro
de sus inmensos bienes, y afanosa,
como tributo de su amor, lo ofrece
al apacible cielo que la admira,
al encendido sol que la fecunda.
Lo mismo que en la edad de la inocencia,
por deliciosos sueños de esperanza
atravesan risueñas ilusiones,
así en el campo de colores lleno
ahora se siente resbalar tranquilo,
brillante y claro, el bullicioso día,
tibias y castas las serenas noches,
dulces las horas.

Primavera hermosa,
Primavera feliz, ¡bendita seas!
Don celestial, magnífico presente;
estación de los dulces pensamientos,
estación del amor. Harto cansada
de las palidas horas del invierno,
el alma te esperó. Tu influjo blando
despierta al triste corazón dormido
en el sueño mortal de sus pesares.
Renacen ¡ay! como tus bellas flores,
las bellas esperanzas. La alegría
brotó del blando sol de tus mañanas,
y es preciso olvidar. No más recuerdos
de penosa inquietud. ¿Acaso sólo
es patrimonio de la vida el llanto?
Quien las penas nos dió, ¿no dió el consuelo?
Renace, corazón, olvida y vive;
puedes amar también; Naturaleza
tiene templos de amor, y en sus altares
el alma del pesar se purifica.

¡Cuán dulce y perfumado el pensamiento
vuela en las brisas, y en las flores bebe
misterios infinitos de ternura!...
¡Sé bien venida, Primavera hermosa!
¡Primavera feliz, bendita seas!

JOSÉ SELGAS.



CARRERAS DE CABALLOS EN EL HIPÓDROMO DE BARCELONA

DIBUJO ORIGINAL DE JOSÉ CABRINETY

Trasunto fiel de un día de carreras en el Hipódromo de Barcelona es el dibujo que publicamos, debido al lápiz firme y verdadero de José Cabrinety. Ha dado éste al cuadro una forma apaisada y muy prolongada, para señalar así, de un modo gráfico, el extenso horizonte que se abarca en aquel sitio. Contemplando la lámina se forma idea de aquel grande espacio y del hervidero que hay en el mismo una tarde en que se verifiquen carreras de caballos. Sobre el mismo terreno sacó el apunte Cabrinety para desarrollar luego su obra, y así salió, tan extraordinariamente exacto. Vense muy bien los grupos de coches de distintas clases que se reúnen en la *pelousse*, puesto que en ella se encuentra el punto de vista; el movimiento y la agitación que se apodera de los espectadores apenas han arrancado los caballos para la carrera; la ansiedad de los unos para saber quién saldrá vencedor, ansiedad que procede de aficiones hípcas ó de haber apostado por alguno; la curiosidad simple de los más, nacida sólo del interés que, una vez en el Hipódromo, se toma por la fiesta. En el fondo del cuadro aparecen las tribunas con el hormigueo de gentes que á ellas acuden, en segundo término la pista en el momento de empezar una carrera. Todo se halla muy bien presentado, con numerosos detalles que harán aún más interesante para nuestros lectores este lindísimo dibujo, en el que José Cabrinety ha dado

una nueva prueba de las superiores dotes de dibujante que posee y de la fidelidad con que reproduce las escenas de la vida contemporánea.

ODA CRISTIANA — ODA PAGANA

Orlas adecuadas al carácter de los textos ha dibujado el artista Apeles Mestres para simbolizar la oda pagana y la oda cristiana. Cada una de ellas tiene el estilo de la arquitectura y del arte que por modo más cabal responden al sentimiento de la oda pagana y de la oda cristiana. La de la primera recuerda la arquitectura helénica, aquel arte clásico que es complemento de su poesía, conforme lo ha dicho uno de los más profundos críticos. La orla cristiana despierta al instante en la imaginación la memoria de los portentosos edificios que el arte ojival levantó en Europa en los siglos XIII y XIV y de las admirables tablas que nos han legado los místicos pintores de entonces. La sencillez general del dibujo, no excluye la riqueza, dentro de cada una de las orlas, esa riqueza que no procede de complicación de elementos sino de la facilidad y de la espontaneidad en manejar los que el artista ha elegido. Encuadran las orlas de que hablamos, en una de las páginas, la correspondiente á la *Oda pagana*, un canto de la poetisa griega Safo, puesto en verso castellano por el mismo Apeles Mestres, tan inspirado poeta como hábil dibujante; y en la otra, la referente á la *Oda cristiana*, una de las profundas y tiernas composiciones de nuestra incomparable doctora Santa Teresa de Jesús.



¡PASIÓN!

NOVELA ORIGINAL

DE

M. MARTINEZ BARRIONUEVO

(CONTINUACIÓN)

XXX

AQUELLA misma noche el viejo escudero Pericón Lobato subía á caballo lentamente por la cuesta del Chapí seguido de dos hombres de la Compañía negra; detúvose un instante en la plazoleta que hoy se ve aún y ante la misma puerta de la casa famosísima del Chapí.

—Bueno, dijo á los que le seguían. Ni Cristo pasó de la cruz, ni yo creo que pueda pasar de aquí, si uno de vosotros no va delante.

—Pues anda tú, Beltrán, que conoces esto como la punta de tu nariz; anda y guía al señor Pericón Lobato, que yo voy detrás para guardaros las espaldas á los dos.

Así dijo uno de los soldados de don Martín, y el compañero echó adelante sin responder una palabra.

Caminaron los tres silenciosos por el camino del Sacro Monte. Todavía no había inten-

TOMO II.—88.

tado el cardenal Antolínez la creación del colegio en el hermoso monte de Valparaíso. Hacía una luna clarísima, porque no fué aquella noche ciertamente de borrasca en el suelo granadino como en la noble Córdoba. Internáronse por la estrecha y laberíntica senda, teniendo á un lado las pendientes que terminaban en el Darro, y al otro las accidentaciones de la montaña á cuyo pie se abrían las sombrías bocas de las cuevas, que tanta fama lograron desde los tiempos de Nerón, redoblándose por la época de mi relato, con el encuentro de la sagrada reliquia de San Cecilio y sus dos compañeros mártires.

El de la Compañía negra que caminaba detrás de Pericón Lobato murmuraba á menudo no sé qué cosas que hablan de gustar al escudero muy poco; pero Pericón Lobato, con la idea fija en otros más importantes puntos, echaba, aunque os parezca mentira, su mismo desagrado á buena parte, no queriéndose incomodar en volver el brazo para tirar de un revés al otro por la pendiente y que no parase hasta zambullirse en el río.

—¡Voto al mismísimo diablo! seguía murmurando aquél. Estoy ya que me ahogo de sudor con esta caminata; á caballo podíamos haber venido.

—¡Animal de los mayores! exclamó ásperamente Pericón Lobato, á quien faltó ya la paciencia. ¿Por qué no lo pensaste tú? ¿querías acaso que yo lo tuviese en cuenta, siendo aquí forastero y sin saber el sitio donde me ibais á llevar?

—Pues ese maldito de la cantilena que va delante nos lo debió decir, porque yo nunca vine tampoco por estos sitios.

El de la Compañía negra que caminaba delante no hizo caso de las amonestaciones del compañero, y seguía entonando una canción empezada poco antes, melancólica, dulce, apenada, que venía bien con aquellas tristes bocas de las cuevas, con aquellos retorcidos nogales del monte que semejaban esqueletos abrazándose en retorcido furor á la luz de la luna y aquel rumor cadencioso y continuo de las aguas del río de Oro deslizándose por el valle, arrancando reflejos tenues al astro de la noche que titilaban en las ondas, como vago destellar de las luces de los cementerios.

Declinó la tarde hermosa,
y después que el sol moría,
cual cierra el cáliz la rosa,
de entre la niebla medrosa
surgió la noche sombría.

—
¡Y fué noche de quebrantos!
de esas noches que bañada
la luna parece en llantos
y perdidos sus encantos
y por la pena enlutada.

—
De esas noches que los vientos
parece que lanzan quejas
y luchan los pensamientos,
y se oyen tristes lamentos,
y se oyen tristes consejas.

—
En sombríos pabellones
el cielo allá se partía,
y entonando sus canciones
en los viejos torreones
el viento se retorció.

—
Como invisible serpiente
se iba furioso enroscando
al muro, al foso y al puente,
fiera dando al torrente
y fuerza á las lluvias dando.

—¡Pero por vida de San Juan, y de San Pedro, y de la Corte Celestial, sin que falte un santo siquiera! ¿quieres tú á mí decirme, Beltrán, si vas á ponernos el corazón en tenazas

candentes con esas ali-cuerverías de tu endemoniado cantuco? El alma tengo ya encogida de miedo.

Beltrán contestó á su compañero, que fué quien así habló:

—¡Como que vas tú á impedirme que yo cante! Es el único recurso que le queda al soldado; ¿ni enemigos, ni botín? pues venga canturia.

—¡Hombre de Dios, canta á lo menos alguna cosa que nos agrade, y no eso que pone cuitas y mueve á lágrimas!

—Para coplas jocosas está el tiempo, refunfuñó Pericón Lobato con su aspereza de costumbre. Callaos los dos en suma y decidme si falta mucho para llegar adonde don Martín se encuentra.

No sé de qué manera pronunció aquellas palabras Pericón Lobato; pero los dos quedaron mudos como zorras, y Beltrán dijo luego muy comedidamente:

—Un cuarto de hora lo menos quedará todavía, y por Dios que la determinación de don Juan de Austria de que don Martín viniese á estos lugares á cicatrizar su herida fué cosa de mucha razón y por eso quizá no se haya muerto.

—¿Pero tú estás seguro de que vive? preguntó Pericón Lobato, cuyos dientes castañeteaban al hacer la pregunta, y cuyo cuerpo llenábase todo de profundo escalofrío.

—Vivo está como yo, es decir, si no ha muerto desde esta mañana; pero yo le ví, y sin ser médico puedo juraros que no barrunté ninguna cosa que á muerto oliera, sino antes al contrario, vida y mucha vida de que iba llenándose el cuerpo lo mismo que el alma.

—Adelante y aprisa, dijo Pericón Lobato.

Callaron los tres, y sólo se oyó durante algún tiempo el pisar de las gruesas botas y el rumor del río, al que acompañó bien pronto Beltrán con la continuación de su cantilena, que no le fué posible seguir conteniendo en el cuerpo.

Efectivamente, don Martín Pedrosa fué conducido de orden de don Juan de Austria á las alturas del Sacro Monte, á un campamento provisional que allí se levantó para enfermería; allí estaba don Martín con otros capitanes heridos, que adelantaban en su curación, más que por saber de médicos y por medicinas, por la vida que introduce á borbotones en el corazón el aire puro y lleno de savia de aquellos famosos lugares.

Pese á la desesperación de doña Blanca, al dolor de doña Casilda y don Fermín y á la creencia general de que el mensajero del Rey murió, don Martín, herido de un arcabuzazo en el pecho, vivía aún para desdicha suya, según él. Amodorrado hallábase en el lecho de dolor, débil, triste, flagelada el alma por la eterna cuita que ponía en ella la imagen, que allí se grabó para siempre, de doña Blanca Máinez y Carrillo. Sentía un dolor profundo, inmenso; se lanzó á la muerte y la muerte no le quiso coger entre sus garras frías; con los ojos cerrados contemplaba constantemente delante de sí la figura de Blanca hermosa, dulce, seria, profundamente feliz en su altivo recogimiento, feliz en brazos de don Fermín y cogida en ellos como el mismo Pedrosa deseaba estar cogido y estrechado de los de la muerte. Sin familia, sin amigos, sin ambición, sin esperanza de nada, ¡qué larga es la vida! ¡qué hondo suplicio no tener cobardía bastante para desprenderse de ella! Más que de su dolor físico amodorrábase de la aflicción cruenta de su alma.

En aquel sopor en que estaba sumergido toda la noche, vibró en sus oídos una armonía extraña, un eco vago que llegó hasta él como un perfume triste que dilató, sin embargo, su espíritu, sintiéndose acariciado como por un sople de bienestar suave.

Y para que lo sepáis vosotros, lo que don Martín Pedrosa sentía era la canción de Beltrán por donde el soldado volvió á tomarla, llegando hasta él primeramente como un eco perdido y aumentando con lentitud, conforme el cantor se aproximaba.

¡PASIÓN!

Noche de pena y tristuras
y embriagos y maleficios...
¡Qué tristes las sepulturas,
y sobre hermosas venturas,
cuán torpe acechando el vicio!

Y sin que marque su huella
como faro misterioso,
en los cielos, una estrella
que borde tranquila y bella
su largo festón medroso.

Sin que agradables fulgores
disipen las sombras vanas
ni alejen sueños traidores
el cantar de los pastores
y el vibrar de las campanas.

Mas no: en el árbol copudo,
que en la verde primavera
tuvo galas, hoy desnudo,
encontrar así lo pudo,
el ave triste agorera.

Y desde el ramaje muerto
de algún ciprés funerario,
malévolo, y fijo, y yerto,
y por la nieve cubierto,
su plumaje cual sudario,

lanza á los aires perdidos,
el son de sus cantilenas,
que en desgarrado gemido
predicen muerte y olvido,
predicen llantos y penas.

¿Por qué, Dios bendito, aquel canto lúgubre pareció á don Martín de felicidad?

Terminó el canto y él hubiera querido que continuase. No: no lo oyó más; habíase extinguido allí, junto á la misma puerta sin duda.

—¡Gastón, Gastón! exclamó débilmente llamando á uno de sus escuderos que siempre permanecía á su lado.

—¿Qué queréis? preguntó el escudero acercándose.

—¿Qué hombre era ese que se acercaba?

—Un soldado de vuestra compañía que me guió hasta vuestro lecho, amado señor.

—¡Cómo! ¿quién me habla? ¿no eres tú, Gastón?

Decía esto don Martín, sintiendo á la par que le cogían una mano y se la llenaban de lágrimas y besos.

—Soy yo, soy Pericón Lobato.

—¡Ah! amigo, ya ves cómo se cumplió mi palabra; estarás contento, voy á morir pronto.

—No me desgarréis el alma, señor, con esas frases, yo os lo suplico.

—Bien, perdóname...

Reinó una pausa, durante la cual siguió Pericón Lobato llorando en silencio, con la enflaquecida mano de don Martín puesta sobre su corazón.

—¿Y doña Blanca? preguntó don Martín cerrando los ojos.

—¡Oh! ¡señor!... ¡si supierais!

—¡Qué! habla, ¿á qué has venido? ¿ocurrió algún percance triste?

—No, sosegaos por el cielo: os traigo una carta.

—¿De ella? preguntó don Martín vivamente.

—¡Ay no! de doña Casilda; ¡pero quién sabe! doña Casilda os ama á vos tiernamente, como á un hermano, y ama á doña Blanca lo mismo; pero, ¿cómo la leeréis?

—Sí, sí, podré leerla ahora mismo: incorpórame un poco; trae aquel farol luego y dame la carta.

—Empeoraréis.

—No, yo te juro que no; la inquietud y la duda de lo que dirá ese pliego me hace más daño del que pudiera hacerme su contenido.

Hecho todo lo que don Martín dispuso, tomó la carta febrilmente, la abrió, la leyó afanoso y, antes de concluirla, quedó sin sentido en los brazos del escudero.

(Continuad.)





MESA REVUELTA

LAS primitivas camas no eran más que unas pajazas con hierbas, montones de junco y de cañas colocadas en el suelo, ó bien telas suspendidas entre los troncos de los árboles ó de postes, como nuestras hamacas; luego se emplearon distintas pieles de animales, y por último, se inventó la cama de madera.

En Oriente muy pronto se construyeron camas bellas y elegantes. En la antigua Roma, que, como sabemos, no tan sólo las empleaba para dormir, sino también para comer, y que desplegaba en estos muebles un lujo extraordinario, construía camas con maderas más ó menos raras, adornadas con ricas incrustaciones, y hasta con marfil, plata y oro. Algunas de la Edad Media son muy bellas, pero generalmente macizas y sin elegancia. Lo mismo puede decirse que ha ocurrido, por espacio de mucho tiempo, en la edad moderna; eran muy altas, como acontece aún hoy día entre los aldeanos, y debía subirse á ellas con el auxilio de unas gradas y taburetes; además, se hallaban sobre un entarimado y una balaustrada les rodeaba, por lo menos, por tres de sus lados. Hoy día las camas se distinguen, ante todo, por la elegancia y el *comfort*.

Bartolomé Socino, célebre jurisconsulto de Pisa, disputaba á menudo sobre materias de derecho con Jasón Magno, otro jurisconsulto muy famoso. Un día que Lorenzo de Médicis presenciaba la disputa, viéndose Jasón apretado por Socino, se le ocurrió inventar una ley que daba la victoria á la causa que defendía. Apercibióse Socino de la superchería, y, como no era menos astuto que Jasón, derogó al instante aquella ley con otra tan imaginaria como la primera. Jasón, que no había oído hablar nunca de ella, intimó á Socino á que citara el lugar donde estaba; entonces Socino, sin vacilar, le contestó:

—Se halla al lado de aquella que acabáis de citar.

La condesa de Esclignac era una de las señoras más aprensivas, vaporosas y afectadas de los nervios que había en París. El entendido doctor Bouvart, que era médico y que conocía perfectamente la índole de los males de la vieja condesa, le tenía prescrito un régimen sencillísimo, como que consistía en tomar un vaso de agua clara al levantarse, y media hora después una jicara de chocolate seguida de otro vaso de agua.—Cierta día se olvidó de tomar el primer vaso de agua, no reparando en tal olvido hasta después de haber tomado ya el chocolate con un vaso de agua detrás. Grande fué con este motivo el desconsuelo de la condesa; se agita

se desespera y manda llamar al médico. Éste la encuentra realmente desazonada y con algún movimiento febril, nacido de la agitación misma. El prudente doctor se informa, hace mil preguntas, se enterá con gran interés, y bien convencido de que toda la causa de aquel aparato morboso era la inofensiva omisión del primer vaso de agua, dice á su noble enferma:

—Señora, habéis hecho bien en llamarme; el caso es grave, pero felizmente todavía llegará á tiempo el remedio. El objeto fundamental de mi plan, ó sea del régimen matutino que os he prescrito, es mantener el chocolate entre dos aguas, á fin de que no se os haga pesado ni estimule los nervios del estómago. Hoy, según parece, habéis tomado lo primero el chocolate y encima un vaso de agua, ahora falta sólo el agua de debajo; pues bien, tomad en seguida una lavativa de agua clara, y nada habremos perdido.

La condesa comprendió la fuerza del raciocinio, se dió una ayuda de agua clara y al punto quedó restablecida.

Se ha dicho, y con fundamento, que la razón de ser tan poco común el devolver los libros prestados, es que cuesta menos retener un libro que su contenido.

—¿Ha leído usted el *Numa Pompilio*? preguntaron á una señora muy sabidilla poco después de haber publicado Florián aquella obrita.

—Mucho que sí que la he leído.

—Y ¿qué le parece á usted?

—¡Psé!... regular y no más. Desde la primera página adiviné el desenlace...

—¿Qué desenlace?

—El casamiento de los dos amantes...

—Nada... ¡que Pompilio se casa al fin con Numa!...

Un empleado que había quedado cesante, empezó á decir en público que la pérdida de su empleo podría, quizás, costar la vida á más de quinientas personas. Llega esto á oídos del subdelegado de policía, y, creyendo que significaba una amenaza, le manda arrestar y conducirlo á su presencia.

—¿Qué pretende usted significar con esa fanfarronada? le preguntó.

—Yo, señor, no he amenazado á nadie, sólo he querido significar que me iba á hacer médico.

Para limpiar galones de oro y de plata así como también toda clase de pasamanerías doradas ó plateadas, tómese hiel de buey, disuélvase en agua y frótense con

ella los adornos de oro y plata; el agua espumea mucho y los principios ácidos de la hiel desoxidán aquellos metales, que recobran su brillo ordinario.

Para lavar la franela disuélvanse 88 gramos de alumbre en agua caliente y échese esta disolución en un cubo de agua tibia. Sumérjase luego la franela en ella, jabonándola con jabón duro; enjuáguese y escúrrase convenientemente sin torcerla y pláñchese cuando aún se conserve húmeda.

Si se quiere un buen cemento ó pasta para unir loza y porcelana, háganse fundir partes iguales de cera y resina añadiendo greda en polvo. Una vez mezclado, caliéntense poco á poco los pedazos que deban unirse, aplicándoles después el cemento fundido.

Si amas la vida economiza el tiempo, porque de tiempo se compone la vida.—FRANKLIN.

El hombre es mortal por sus temores, é inmortal por sus deseos.—PITÁGORAS.

Hay tres especies de ignorancia: 1.ª no saber nada; 2.ª saber mal lo que se ha aprendido; 3.ª saber otra cosa diferente de lo que se debe saber.—DUCLOS.

La falsa modestia es la más decente de todas las mentiras.—CAMPFORT.

La moral es la higiene del alma.—SINGRÉE.

No te asombres de la suerte del malvado, ni te aflijas por los contratiempos del justo; porque la vida es un

libro, y las erratas no se encuentran hasta el final.—PETIT-SENN.

La paciencia es el arte de esperar.—VAUVENARGUES.

Un mal marido es á veces buen padre, pero una mala esposa nunca es buena madre.—***

Los contemporáneos prodigan elogios; sólo la posteridad hace justicia.—DUCLOS.

Los hombres pierden el tiempo presente en lamentarse del pretérito, que ya no es, y en atormentarse por el futuro, que aún ha de venir.—SAMAL-DUBAY.

Dudar de la verdad de la religión es un error personal; combatirla, es un atentado contra la sociedad.—MONTESQUIEU.

Hay en el hombre dos especies de sensibilidad: una que le hace irritable, y otra que le hace compasivo.—MABIRE.

Las personas tímidas rara vez son necias, pero tienen la desgracia de parecerlo.—SAMAL-DUBAY.

La boca es el médico y el verdugo del estómago.—PROVERBIO ALEMÁN.

Lo inútil siempre es caro.—CATÓN.

En tiempos de corrupción es cuando más leyes se dan.—CONDILLAC.



INSTRUMENTOS EXÓTICOS

Los pueblos á quienes para distinguirlos de nosotros llamamos *no civilizados*, tienen relativamente más cultura musical por estar el gusto de la melodía más extendido entre ínfimas clases; los mismos instrumentos primitivos que emplean dan fe de su gusto artístico innato y de su afición musical directamente inspirada por la natura.

No pretendemos detallar el gran número de instrumentos verdaderamente naturales de que hacen uso los africanos, los javaneses, los mongoles y los polinesios, á pesar de ser muy notables y curiosísimos; hoy sólo se trata de demostrar á los lectores de una manera fácil y persuasiva el principio fijo de que parten los aborígenes

de los países cálidos para formar sus instrumentos; este principio estriba en la posibilidad de convertir en instrumento cualquier cuerpo en sus tres estados, combinando los efectos de la producción y difusión del sonido.

Por ejemplo: recójense fragmentos de sílex ó *pedra de chispa*, de diferentes formas ó tamaños, suspéndanse por su centro de gravedad con un bramante á un poste horizontal, y golpeando con otra piedra sílex á las suspendidas, se obtendrán sonidos más ó menos armónicos según la homogeneidad de las piedras, pero entre éstas se hallarán algunas que dan unas notas hermosísimas.

Un ingeniero francés propuso formar un instrumento con... tubos de cartón de los que sirven para envolver periódicos; se suspenden por los puntos extremos en

progresión descendente y algo separados, y así se obtiene un instrumento que por percusión da también notas inesperadas.

Todo el mundo conoce la voz cristalina (sin hipérbole) de las copas de cristal humedecidas; pero aún es más curioso observar cómo las gotas de agua, cayendo con regularidad dentro de una botella de cristal de forma parecida á un tonel, va marcando el compás de diferentes tiempos musicales, subiendo al propio tiempo el tono desde grave á agudo, á medida que va siendo más pequeña la masa de aire disminuida por la ascensión del líquido.

Puede formarse también un violín extraño suspendiendo de una caja de tabacos vacía, sin papeles pegados y bien clavada, una cuerda *prima* de violín en cuyo extremo se ata un peso.

Para construir una especie de cítara con medio coco ó una calabaza vacía, se atan las cuerdas sobre los agujeros abiertos en los bordes; y hasta un sombrero de copa nos servirá de tambor, fijando con cola una circunferencia de papel vegetal bien tirante en el nervio de las alas, y quitando antes los forros, cintas, etc., de modo que sólo queden el cartón y la piel del difunto conejo.

Es sabido que las célebres *tibias* de los antiguos no son más que los huesos *tibias* de los asnos; cuando del esqueleto de un animal tan opuesto á la melodía pueden sacarse tan excelentes flautas, ¿qué instrumento habrá que sea imposible? Los aficionados á las charangas familiares, á los conciertos veraniegos pueden utilizar estas indicaciones y formar verdaderas orquestas con poco gasto y algún trabajo, que será bien recompensado por el gusto propio y el aplauso ajeno (1).

JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

JA-QUE-CA

Solución al logogrifo numérico:

GUMERSINDO

Solución á las palabras vocaífilas:

GUADALAJARA
REVERENDÍSIMAMENTE
INFINITESIMAL
NABUCODONOSOR
CUCURUCHO

CHARADA

Tres sílabas solamente
y saca frutos muy bellos;
es un vegetal doliente
y no habrá moro imprudente
que quiera hacer uso de ellos.

Uno dos el ladronzuelo;
dice el lobo:—Yo *dos una*;
tercera y *dos* ¡santo cielo!

(1) En otro número publicaremos los dibujos de algunos de esos instrumentos para facilitar su construcción.

siendo el escolar modelo
no le da pena ninguna.

Que *dos dos* el niño tierno,
todos al fin lo sabemos;
y en verano y en invierno
en Cuba como en Salerno
chupar el *dos* *tercia* vemos.

El *tres* es chino y no cuela
cuando el chico es celemín,
aunque no saber le duela,
y el mismo maestro de escuela
se la muestre con buen fin.

RAFAEL.

ARAÑA ENIGMÁTICA



Formar una frase combinando las letras que rodean la araña.
(Comienza en el núm. 1 y termina en el 6).

LOGOGRIFO NUMÉRICO

- | | |
|---|---------------------------------|
| 1 | Vocal. |
| 4 | 3 Nota. |
| 2 | 3 6 Sitio público. |
| 5 | 6 4 1 Fruta seca. |
| 5 | 1 2 3 1 Variedad del melocotón. |
| 1 | 2 3 4 5 6 Insecto himenóptero. |
| 5 | 6 2 1 4 Aves. |
| 5 | 1 3 4 Territorio. |
| 1 | 4 3 Adverbio de modo. |
| 1 | 4 Naípe. |
| 6 | Vocal. |

ANGEL SUERO, de Sevilla.

ROMPE CABEZAS

TERESA SOL DE MUNTEAL

Con estas letras componer el nombre de un drama lírico.
M. Brujó, de Barcelona.

CÍRCULO DEL «PADRE COBOS»

(De una fotografía contemporánea)



D. Adelardo López de Ayala D. José Selgas D. Cándido Nocedal
D. Esteban Garrido D. Francisco N. Villoslada D. Ceferino Suárez Bravo D. Emilio Arrieta D. Eduardo G. Pedrosa



CAPTACIÓN

La vieja Marta vino á despertarme para decirme:

—¡Su tío de usted se muere!

Bajé en seguida, y heme otra vez delante de la puerta entreabierta desde donde hace dos días observo la agonía de aquel que me educó, de aquel que fué para mí un tutor cariñoso. Me ha prohibido que le visite; es más, ha exigido que no me admitan en la casa, todo sin motivo, sin ofensa, sino sólo *porque por ella me ha desheredado*.

¡Ella! La veo cerca de mí moverse de un lado para otro en el aposento del moribundo. Allí reina como verdadera soberana; se *consagra* en un todo al enfermo, contesta á cada pregunta del doctor que junto con ella vela también. No se me escapa ni uno siquiera de sus movimientos. Odio mortal, mezcla de angustia, humillación y disgusto arde en mis venas. Luego soy víctima de horrible dolor, de inmensa pesadumbre:

—¡Ah, bribona! ¡Ah, insolente!

La incierta luz que la ilumina descubre la belleza que refleja su semblante como se vislumbra la de los pálidos lirios al través de las oscuras hojas. Pero por esto precisamente la detesto, por el infame uso que de su gracia ha hecho, porque se ha servido de ella como se sirve de su puñal el enemigo y de unas ganzúas el ladrón.

Los recuerdos se agolpan en mi imaginación como nubes empujadas por tempestuoso viento.

Me parece que la veo, instalada en casa del anciano, cuando regresé de Alemania, y que oigo todavía las palabras de mi tío:

—Es la hija del viejo Senart... El infeliz ha muerto arruinado... Espero me permitirás que la haga un pequeño dote... No dejarás por eso de ser millonario...

El carácter altanero y taciturno de la protegida, su mirada misteriosa y su tez encantadora, envuelta en la sombra, de la cabellera, no la predisponían á tal favor. El caso es que, á pesar de recibirme con frialdad, me interesó al momento; me emocionaban sus pisadas, me extasiaba su delicado perfil envuelto entre los fantásticos perales plateados por las nubes.

Al cabo de un mes habría dado por aquella mujer el cielo y la tierra. Atrévime á declararme, pedí su mano, pero ella sin vacilar me rehusó.

—¡Nunca! me dijo.

TOMO II.—89.

¡Ah! aquel «nunca» fué para mí terrible, desconsolador; los álamos se conmovieron coronados por maravillosas nubes. La melancólica y delicada joven se presentaba á mi imaginación como uno de esos crueles misterios inmortalizados por las leyendas. Es verdad que me destrozó el corazón, pero con todo la creía sincera, noble y pura.

—Hubiera usted podido tratarme con menos dureza, le dije con amabilidad.

—Sí, pero esto, me contestó, no hubiera sido tan eficaz.

No sé qué especie de grandeza salvaje revelaba aquella sinceridad que yo como un imbécil sentimental de veintidós años admiraba con asombro.

Pero en la actualidad no ignoro lo que aquella joven de penetrante mirada ocultaba. Ahora comprendo su silencio, la fría acogida que me dispensó, su insultante desprecio; es que ya estaba segura del negocio, es que sabía que debía despojarme por completo de mi fortuna. ¡Y pensar que, en estos dos días, ni aun me he atrevido á despreciarla, que me he contentado con evitar su presencia, con no dirigirle la palabra! En verdad que debe reirse lindamente de mí, del joven estúpido.

Al pensar en ello, monto en cólera dispuesto á atravesar la puerta, pero las palabras del doctor zumban, movidas por el recuerdo, en mis oídos:

—¿Quiere usted matar al enfermo?... Es cuestión de un minuto... Una emoción viva, una sorpresa... y crac.

Por este modo hasta la misma naturaleza viene á declararse en favor de la usurpadora... De nuevo la contemplo inclinada sobre la cama guardando la actitud de virgen altiva, conservando aquella misteriosa expresión que me había enamorado y aquella belleza que esgrime como arma de ignominia...

En este momento el anciano se agita y gime como un niño. Mi corazón se conmueve, da lástima oír al enfermo que levantando la voz:

—¡Laura! grita.

¡Oh! ¡cuánto le aborrezco, cuánto maldigo su estupidez, su vil, su infame amor por aquella advenediza! Es más; comprendo que tengo el derecho de aborrecerle, pues el abandono en que me tiene no es en modo alguno excusable.

El doctor se mueve, oigo un confuso murmullo y luego un grito:

—¡Me ahogo!... Me... me...

A esto siguió un horrible silencio, el especial sufrimiento que causa el espanto, el estertor de la muerte y el silencio otra vez.

Luego el doctor se acerca al enfermo, lo ausculta.

Por fin dice en voz baja:

—¡Ha muerto!

Ella oculta el rostro entre las manos; me adelanto, quiero gritar, pero un sentimiento pueril me lo impide y la joven rompe el silencio diciendo:

—Deseo hablar con usted.

Sus ojos están preñados de lágrimas, pero su voz es segura. Me parece una honrada muchacha.

Así es que consiento en hablar con ella, y la acompaño al aposento del lado. Durante un minuto nos miramos con cierta melancolía. Por fin, también ella es quien rompe el silencio:

—Debo explicar á usted por qué no le he llamado antes... Su tío no quería en modo alguno verle, y en el estado en que se encontraba debía forzosamente obedecer... Por lo demás, esta era la categórica advertencia del doctor... Crea usted que lo siento.



—Lo *creo*, añadí con injuriosa sonrisa.

Mírome cara á cara; sus ojos echaban chispas; cesó de llorar y:

—Se arrepentirá usted de esta sonrisa, dijo con altivez. Es indigna... Su deber de hombre galante es, ante todo, escucharme...

La verdad es que su actitud me conmovió, á pesar de creer que de nuevo trataba de engañarme; así es que respondí con gravedad:

—Está bien... Escucho.

Y continuó con vehemencia:

—Ya sé que usted cree que he influido en el ánimo de su tío de usted... ya sé que usted me cree culpable de haber desviado el afecto que por usted sentía... y de haberme sabido ganar su herencia... ya sé que usted me cree ambiciosa, mentirosa, intrigante, infame... Y sin embargo, nada de esto es verdad.

—¿Luego usted no es heredera? le pregunté con triste ironía.

—Sí, señor, soy heredera... Pero nada he hecho que no pueda ser aprobado por la persona más escrupulosa y delicada... Mientras me ha sido posible pedir á su tío que se acordara de usted, se lo he pedido... Únicamente cuando el doctor me ha rogado que no insistiera más en ello, he callado... Su tío de usted era mi bienhechor: me salvó de la miseria; no podía dejar de cumplir con los deberes que impone el agradecimiento, y cuando le ha entrado la extraña manía de preferirme á usted, no me ha quedado más remedio que someterme; su enfermedad era demasiado grave para que fuese posible contrariarle.

—Pero el caso es que usted hereda, repuse yo con la misma ironía melancólica.

—Heredito... ¿y qué?

Su ardiente y misteriosa mirada no se apartaba un instante de mí.

—En mi lugar ¿qué pensaría usted? exclamé.

—Lo que usted va á ver, dijo sacando de su corpiño una cartera que me entregó. Perdóne usted al anciano... y olvide usted esta prueba de su locura.

Permanecía inmóvil; me temblaban las manos. Vislumbraba confusamente lo horrible de mi error.

—¿Qué quiere usted decir? tartamudeé al fin.

—Aquí está el testamento... que entrego á usted como único heredero de su desgraciado tío...

Se me partía el corazón. Me apoyé en la pared, bañado en sudor, sofocado por la vergüenza y el disgusto, no atreviéndome ni á mirar siquiera á la que tan ignominiosamente había acusado.

Al cabo de algunos minutos recobré las fuerzas; sentí que la sangre me subía á la cabeza y exclamé con voz suplicante:

—Perdóneme usted... Guárdese usted esta cartera... prefiero morir antes que aceptar la herencia en estas condiciones...

—¿Y cree usted, exclamó la joven con desdén y vehemencia, que yo quiero cobrar nada?... ¿me cree usted capaz de cometer un robo?

—¡No la conocí!... exclamé delirante. ¡Me he portado con usted de un modo brutal; soy un miserable, un imbécil!

—¿Qué importa?... Probablemente ya no nos veremos más.

Hablaba con dulzura, con cierto aire de abandono, la mirada fija en el vacío; entonces comprendí que realmente era inocente, altiva é impecable. Sentíme vencido por un temor horrible, mezcla de adoración y humildad.

—¡Miseria!... murmuré, ¡qué me importa á mí este dinero!... Recibirle de sus manos es para mí el más atroz suplicio... No, no quiero recibirle de quien tan cruelmente me ha

desechado... de usted que me desdigna con esta dulzura humilde... me sentiría envilecido toda mi vida.

—¿Qué dice usted? ¿Envilecido porque le entrego á usted sus bienes? ¿Porque no quiero sacar partido del delirio de un enfermo?...

Al decir esto había dado la joven un paso hacia atrás; el solo movimiento de su vestido, los variados matices de su cabellera y la gracia de su boca severa me anonadaron.

—¡Dios mío! ¿por qué no quiere corresponder á mi amor?... ¿por qué me ha rechazado usted para siempre?...

—Era una pobre niña... recogida con bondad y confianza... Hubiera hecho traición á tanto favor si hubiese escuchado á usted.

—¿Luego me habría usted escuchado, prorrumpí yo delirante, si hubiese sido rica?

Bajó la vista y permaneció un minuto indecisa. Sus grandes pestañas volvieron á levantarse.

—Creo que sí, añadió.

Mi entusiasmo llegó á su colmo; las palabras me faltaban; tan sólo pude balbucear:

—¿Luego... usted podría... aún?...

Hizo un gesto imponiéndome silencio.

—Déjeme usted reflexionar.

Los dos quedamos callados. Contemplábala como se contemplan las sagradas imágenes en los templos, y permanecía suspenso, creyendo hallarme en los confines del universo, en un lugar sagrado donde iba á realizarse algún milagro.

—Hoy, dijo, creo que tengo el derecho de escucharle; mi aceptación ó mi negativa ya no dependen más que de mi inclinación.

Acerqueme á ella temblando como un azogado.

—Tome usted mi existencia ó rehúsela.

—No la rehusó, dijo con dulzura.

Y al momento, sonriente con expresión de bondad y de sutil ironía femenil, añadió:

—Y nunca le hubiera rechazado... porque si usted me amó en seguida, por mi parte no he tardado en amar á usted.

Sentíame tan dulcemente embelesado, que apenas tenía conciencia de mí mismo. Cogí las manos de Laura, las besé con humildad; fué menester que me recordara la presencia de la muerte, que como un loco había olvidado. Bajamos la voz, pero sentía en mí el olvido de la tumba y el fuego de la juventud, que en los mayores desastres quiere para sí la vida y la dicha.

De esta manera adquirí mi herencia.

J. H. ROSNY.



EL CÍRCULO DEL «PADRE COBOS»

La fotografía, de la cual es exacta reproducción, aunque en menor tamaño, la que hoy se publica por primera vez, fué hecha pocos meses después de la desaparición del *Padre Cobos*, por el fotógrafo de Madrid, Albiñana, inutilizándose la matriz después de haber sacado una copia para cada uno de los retratados. La hemos puesto por título *Círculo del Padre Cobos* y no *Redacción*, porque en rigor, dos de las personas que en ella figuran, don Cándido Nocedal y don Emilio Arrieta, no escribieron en el periódico, aunque sin dejar por eso de tener en la obra una participación importante, puesto que el primero se señaló con la pericia y brillantez de que guardan todavía memoria la tribuna y el foro, en la defensa de la mayoría de los números denunciados, que lo fueron casi todos, y el segundo, si bien con fines puramente artísticos, fué el primer fundador del periódico, y aun no sería difícil señalar aquí y allí, en la colección, algún dardo salido de su aljaba, pues el ilustre compositor no nació con talento sólo para la música.

Los demás todos fueron redactores, si bien Ayala con intermitencias á que le obligaba la tiranía que ejerce la musa escénica sobre los que aspiran á sus favores. Justo es decir también que el autor de *Consuelo* andaba ya en aquellos tiempos solicitando los sufragios de los centros dispensadores de la ruidosa fama, siempre reñidos con las ideas que la obra anónima del *Padre Cobos* sustentaba, dando al periódico, esto es, á la España católica, sus íntimos pensamientos, pero acabando por dar su persona á la *España con honra*, que le hizo ministro.

Los trabajos del *Padre Cobos* no contienen ni una sola firma, y aunque fué grande la curiosidad del público por conocer los nombres de sus redactores (lo que se explica por el extraordinario favor que gozaba, no igualado por ninguna otra publicación de su género), nunca pudo ponerse esto bien en claro. Realmente la cosa ofrecía sus peligros. Sólo el nombre de Selgas, cuyo estilo (que después generalizó el plagio) creyeron algunos reconocer en las chispeantes salidas del periódico, flotaba siempre en las presunciones de la opinión, no sin peligro para el punzante escritor, que corrió riesgo en una ocasión de ser víctima de un atropello salvaje.

Este misterio que envolvía el nombre de sus redactores fué ocasión para ellos de cómicos incidentes. En el verano de 1855 entraba el que esto escribe, después de haberse quitado el polvo del camino, en el comedor de los baños de Santa Águeda, y le tocó sentarse al lado de la

famosa poetisa doña Gertrudis Gómez de Avellaneda. Se discutía el tema, entonces muy frecuente, de quiénes eran los redactores del *Padre Cobos*. Unos lanzaban un nombre, otros otro, quien con acierto, quien sin él. La poetisa cubana sostenía con calor la paternidad de Ventura de la Vega.

—¡Figúrese usted, dijo volviéndose á mí, si yo conoceré el estilo de Ventura!

—Me lo figuro, le contesté, no sin echar una rápida ojeada á mi mano derecha temiendo verla todavía manchada de la tinta con que se había escrito el último número. Ventura debe colaborar en el *Padre Cobos*, pero el primero á quien necesita usted convencer es á él, porque lo niega.

El insigne escritor tenía, á la verdad, toda clase de motivos para negarlo; pero la Tula Avellaneda (que con este nombre se la designaba en los círculos literarios) no se dejó convencer por el argumento que, aunque exacto, no era convincente.

Durante la primera época, corrió una vez la noticia de que había sido apaleado un quidam en la Puerta del Sol, por creer las turbas que era Selgas. El hecho no se pudo nunca poner bien en claro. Nuestro amigo aseguró á los que se lo fueron á referir, que aunque los palos eran evidentemente para él, no tenía intención de reclamarlos.

En los últimos tiempos el anónimo se fué ya transparentando, hasta el punto de que un palco del Teatro Real, inmediato al proscenio, que el empresario Urries daba reservadamente al periódico y al que concurríamos casi todas las noches, era llamado el palco del *Padre Cobos*. Es verdad que entonces el favor que gozaba la publicación se había extendido de tal modo entre casi todas las clases, que una violencia contra los que la redactaban no hubiera carecido de riesgo para los agresores.

Dos años vivió el periódico con un descanso, durante los meses de Julio y Agosto, que los redactores se tomaban para veranear por las provincias del Norte, con gran perjuicio, como puede imaginarse, de la parte administrativa. Pero aunque era una empresa que producía dinero, su aspecto industrial no les preocupaba, y al tener noticia en Guipúzcoa, durante el verano del 55, del golpe de Estado de O'Donnell, no vacilaron en matar el periódico en toda la plenitud de su fama, por considerar que si no con sus ideas, O'Donnell gobernaría con relativa firmeza, haciendo respetar el principio de autoridad á la sazón por los suelos. Esta resolución, por otra parte, conjuraba el peligro de que aquella brillante campaña, sostenida en pro de los buenos principios y de la buena literatura, decayese por cansancio ó por otras causas, y estimaron que era mejor cortarla en todo el apogeo de su savia y de su crédito.

No entramos más en materia, por temor de rozarnos con la política, á la cual esta revista no ha de mirar más que de lejos; pero el que desee más noticias puede consultar los artículos que con el título de *Sátira política* publicó el *Diario de Barcelona* en Diciembre de 1891.

No tuvo el periódico director propiamente dicho, pero en realidad lo fué González Pedroso, cuya vasta instrucción, exquisito gusto literario y don especial para imponer y persuadir su opinión, sin lastimar las de los otros, le hacían particularmente apto para el caso. Fueron, pues, los únicos redactores del *Padre Cobos*, Pedroso, Selgas, Villoslada, Ayala, Garrido, cerrando la lista el que firma esta breve reseña,

si ch'io fui sesto fra cotanto senno.

C. SUÁREZ BRAVO.

EL TEQUENDAMA

Oír ansí tu trueno majestuoso,
tremendo Tequendama! ansí sentarme
á orillas de tu abismo pavoroso,
teniendo por dosel de parda nube
el penacho que se alza por tu frente,
que cual el polvo de la lid ardiente
en confundidos torbellinos sube.
Quise también mezclar mi acento débil
al grande acento de tus muchas aguas;
y respirando el aire de tu gloria,
ensalzarla también con voz ferviente,
mi lira haciendo digna de memoria
y arrojarla después á tu corriente.

Heme aquí contemplándote anhelante
suspense de tu abismo...
mi alma atónita, absorta, confundida
con tan grande impresión te sigue ansiosa
en tu glorioso vuelo,
y al querer comprenderte desfallece
de tanta fuerza y majestad vencida!

Tu voz es cual la voz de un Dios que pasma
de asombro y de terror á las naciones,
cual rimbomba el cañón de la pelea,
y anuncia así de lejos al viajero
la hórrida majestad que te rodea.
Los ecos ensordecen y se cansan
de repetir la horrrisona armonía:
que de tí suena en torno,
cual si fueran los himnos de un triunfo
lleno de pompa y bélica armonía,
el águila asustada alza sus vuelos
por el éter brillante, á las montañas
donde chillan hambrientos sus hijuelos.

Te avanzas presuroso, omnipotente,
lleno de majestad, de gloria suma,
y saltas de un abismo á otro más hondo
en sábanas lumbrosas de alba espuma.
La roca al golpe contrastada gime;
hiere la honda atormentada y gira,
se rompe, se revuelve, se comprime
con clamoroso y desigual estruendo,
ó como quien se queja y quien suspira,
y como el humo de una grande hoguera
en torbellinos al Olimpo sube
de clara niebla en argentina nube.

El Angel guardador de tus raudales
aquí de tarde á contemplarte viene,
y en ese altar de piedra que se avanza
lleno de algas, de espuma zarpeado,
se sienta, el ruido de tu choque oyendo.
Su cabeza de juncos ven ceñida
y de silvestres ovas,
y su capa de púrpura teñida
los montañeses, y oyen el concierto
de su laúd divino, al brillo incierto
de la pálida luna,
cuando en silencio está todo el desierto.

¡Prodigio del Creador! ¡Oh! nada falta
á tu gloria: pictórico horizonte
delante se abre; antiguos como el mundo
los árboles se elevan en tu monte;
solemnes armonías
resuenan en tu seno ancho y profundo;
flores, aromas, luz y movimiento,
aire esencial de vida en cada aliento;
un cielo claro encima,
cual el alma de un niño, ven los ojos;
y por diadema para ornar tu frente
iris de oro, de púrpura y diamantes
que cruzan sobre tí reverberantes.

Mas ¿dónde están ¡oh río! aquellos pueblos
de esta región antiguos moradores?
¿Qué se hicieron los cipas triunfadores
que se asentaban sobre el trono de oro,
y que, padres más bien que augustos reyes,
con amor sonriendo y frente lada,
de paz y amor dictando iguales leyes,
cual se gobierna á una familia, al pueblo
con el cayado patriarcal llevaban
cual con riendas de seda?
¿En dónde el templo en láminas de oro,
resplandeciente al sol? ¿A qué comarca
trasladaron las aras en que ardía
el aroma suavísimo entre el coro
de virginales voces noche y día?
¿Dónde Aquimín, el Bogotá, el Tundama?
¿A dónde el santo Sugamuxy? ¿á dónde?
¡Tu trueno asordador, como un lamento,
es la voz sola que á mi voz responde!
¡Pobres indios, abyectos, decaídos

del vigor varonil, desheredados
de este tan bello y tan fecundo suelo,
vosotros no poseéis de vuestra patria
sino el dulce aire y el brillante cielo
ó una heredad cortísima! El arado
rompe la tierra y de las tumbas saca
los ídolos pequeños, confundidos
con el polvo sagrado
de un sacerdote, un cipa, un rey de Iraca.
Como se avanzan á este abismo oscuro,
y en él se pierden las pesadas ondas,
así su pobre raza desaparece:
parte cayó bajo el acero duro
de los conquistadores; en los hierros,
en infectas prisiones y sombrías
se marchitó su juventud lozana;
otra se pierde en el extraño abrazo
con sangre de verdugos confundida...
nación ayer, no existirá mañana!

Y este río caudal sigue corriendo
como corrió desde la edad antigua;
y el trueno aterrador que estoy oyendo
sonaba entonces como suena ahora,
duro, rabioso, asordador, tremendo,
como una eternidad devoradora;
y sonará cuando al sepulcro caiga
este hombre oscuro, débil, ignorado
que oyéndolo á su borde está sentado.

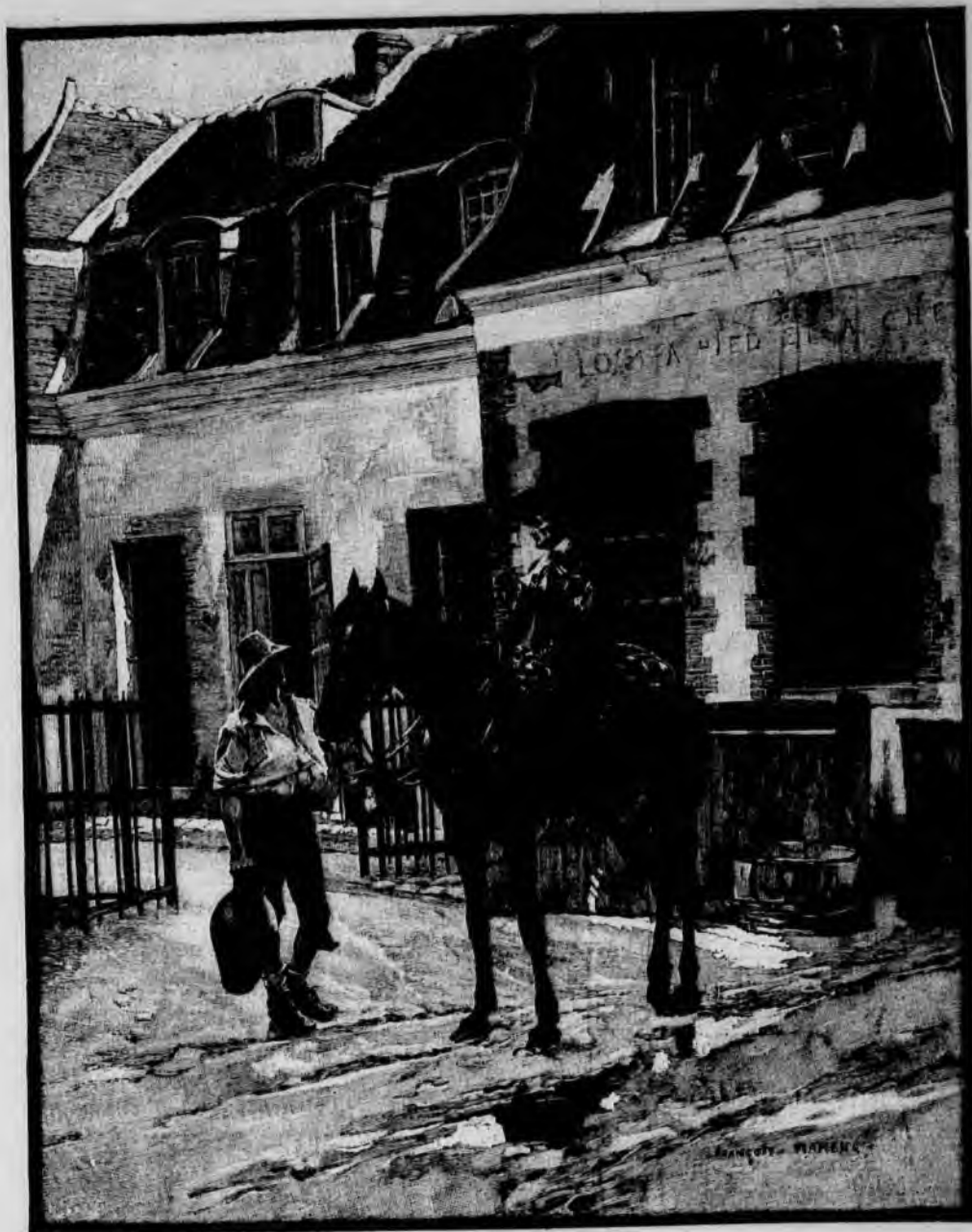
¡Oh, qué objetos, el hombre y Tequendama!
El hombre sin poder, pincel ni acento
con que pintar lo que su mente inflama;
que ayer nacido vivirá un momento,

y mañana en el polvo del sepulcro,
de su vivir se apagará la llama!
Y esta tremenda catarata, eterna,
con esa voz cual la de mil tambores;
cual ruido estrepitoso
de cien y cien caballos triunfadores
en el afán de una total derrota;
y ese hervir fragoroso, inextinguible,
y esa su roca firme, estable, inmota,
que alcanzará á los años de los años
y del mundo á la edad la más remota!

Calma un momento el torbellino rauda
en que ruedas ¡oh río! al ciego abismo,
y ese fragor y la explosión del trueno;
disipa el pabellón de negra nube
que á cada instante de tu lecho sube
para velar tu majestad! Mi alma,
mis deslumbrados ojos, mis oídos,
sordos ya con el ruido de tus aguas,
anhelan comprenderte un solo instante
y dejarte después agradecidos!
Porque tu vista horriblemente bella
asombro, pasmo, horror sublime inspira,
y de verdad severa lección grande
deja en la mente con profunda huella;
aire de gloria y de virtud respira
el hombre en tí; capaz de más se siente:
de legar á los siglos su memoria,
de ser un héroe, un santo ó un poeta,
y sacar de su lira
un son tan armonioso y tan sublime
como el iris que brilla por tu frente,
como el eco de triunfo que en tí gime!

JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ
(De Colombia)





PREGUNTANDO...

CUADRO DE FRANCISCO FLAMENG

TOMO II.—90.

Ayuntamiento de Madrid



FELIPE EL GATO

I

Cherburgo, Julio, 1429.

SINIESTRO era el aspecto del castillo de Cherburgo, flanqueado de sus diez y seis torreon- nes, sólidamente asentado sobre vastas plataformas y coronado de enormes terrazas, en las cuales la guardia inglesa hacía noche y día la ronda. Empero, una noche de verano del año 1429, toda la vida de la inmensa fortaleza se hallaba concentrada en la cámara de una niña. Esta pieza, la única algo risueña del castillo, daba á una minúscula terraza donde florecían rosas rojas y blancas.

Las puertas abiertas dejaban entrar el perfume de las flores; una ligera brisa del mar agitaba los grandes tapices representando aventuras de Ricardo Corazón de León que colgaban de los muros de piedra.

Pero ni el perfume ni la brisa lograban aliviar á la niña enferma, que dormía recostada sobre un montón de cojines bordados con rosas y leopardos en el banco de piedra de la ventana. Cinco ó seis médicos ingleses rodeaban su lecho murmurando entre ellos palabras incom- prensibles para la nodriza, una francesa de Cherburgo, pálida por el dolor.

—Falta probar, decía uno, la teriaca de Nerón.

—Muy fuerte es para una niña de nueve años apenas, dijo otro. Yo más bien aconsejaría darle una pizca de perlas trituradas en una infusión de tila y violetas.

Un joven de cabello rojo tomó la palabra:

—Podríase ensayar el tratamiento de moda: decorar con seda escarlata la cámara del paciente y tocar el clarín para alegrar su espíritu.

—Esto es una tontería, refunfuñó un anciano: no hay más que la sangría; pero ya la he sangrado cinco veces y la niña no tiene más que algunas onzas de sangre en las venas.

Empero, sacó una lanceta de su bolsillo, haciendo seña á la nodriza para que trajese una taza.

Pero ésta, que entendía mejor el gesto que las palabras, se arrojó desolada á los pies de los sabios atónitos, y murmuró con ademán de súplica rayano á la locura:

—¡Ah! Ya que va á morir, ¿por qué atormentarla, mi paloma, mi Antígona, ya que va á

morir? ¡Dejádmela, señores, al menos durante su agonía! Le habéis hecho ya tanto daño, y con todo no cura. Está débil como un pájaro. Morirá durante la sangría.

—Verdad hay en lo que dice, observó el más joven de los médicos.

— ¡Bah! dijo el anciano; siempre esta francesa pone reparos.

— ¡Y el duque! exclamó otro, ¿qué dirá el buen duque Humphrey, si su hija muere en nuestras manos sin que hayamos cumplido nuestro deber hasta el fin?

—El duque está en Inglaterra, dijo la nodriza. Nada sabrá.

Los médicos, convencidos de la cercana muerte de su enferma y contentos interiormente de salvar su responsabilidad, cuchichearon siempre en inglés; al cabo de algunos instantes, tomaron el partido de marcharse solemnemente y como contrariados, y mientras salían:

— ¡Que la sangre de esta niña caiga sobre vuestra cabeza, nodriza! exclamó el anciano con énfasis.

II

Tres semanas después sólo se hablaba, en la buena ciudad de Cherburgo, de la milagrosa curación de Madame Antígona, hija del duque de Gloucester, tío del rey y gobernador de Cherburgo; curación debida, decía la nodriza Marión, al aire puro, al reposo y á inofensivas bebidas calientes, pero atribuída, empero, á ocultos poderes, superiores aun á aquellos por los que sentía Nora, la vieja bruja irlandesa, un supersticioso respeto en todo el Cotentino.

Los médicos, algo descontentos de esta resurrección inesperada, hacían observar que la niña no estaba aún del todo buena.

Efectivamente, se le veía débil y pálida por el castillo. Con su magnífica cabellera sajona, semejava una pequeña aparición, blanca como la nieve, todavía no definitivamente llegada del pálido y lejano jardín de la muerte.

Marión se desesperaba de esta anemia. Sus canciones no lograban adormecer á la niña, que sonreía, los ojos muy abiertos.

Todos los pájaros que vuelan y todos los peces del mar morían en vano para despertar el apetito de la pequeña princesa.

—Pruébalo, amor mío, te lo ruego, imploraba Marión por centésima vez quizás, una noche que le servía una gelatina de pescado.

—No puedo, repetía como siempre la niña.

Mas al ver las lágrimas asomar en los ojos de Marión:

—Lo probaré, dijo, lo probaré, si haces venir al capitán Hungeford para que me cuente historietas.

—¿El capitán Hungeford? dijo Marión con una sombra de desagrado. ¿Quieres, pues, siempre á ese hombre tan gordo?

— ¡Sí, mucho le quiero! contestó la niña.

—¿Y por qué? preguntó la otra.

— ¡Eh! ¡Le quiero... le quiero... le quiero, porque es tan fuerte!

Marión hizo un prolongado suspiro.

— ¡Ah! ¡eres una verdadera inglesa! ¡Yo, ves, amor mío, las dos cosas que más amo en el mundo, las amo mil veces más porque son tan débiles!

— ¿Cuáles son estas dos cosas? preguntó con interés la niña.

—Eres tú, Antígona mía, y la Francia.

La niña echó los brazos al cuello de su nodriza.

— ¡Yo también! exclamó, ¡yo también amo la Francia! ¡y te amo á tí, y amo á Filipón!

Y se puso á charlar tan graciosamente que una sonrisa disipó los temores de Marión.

El pescado, con todo, seguía dentro de la gelatina intacto.

Después de algunos momentos la nodriza lo advirtió.

—¡Vamos! dijo, nos olvidamos de cenar. Voy en seguida á buscar á tu grueso capitán, ya que es necesario.

—¡Sí! ¡sí! ¡Hungeford! ¡Hungeford! exclamó la niña dando palmadas.

III

Con paso pesado, el capitán Hungeford siguió á Marión hasta el sillón de la niña enferma. Era un buen mozo, rojizo, de facciones enérgicas y ojos gris de acero. En aquel momento tenía el aire preocupado, á pesar de la sonrisa que guardaba únicamente para su amiguita.

Era un hombre fuerte y adusto, que no tenía ninguna debilidad en su vida que reprocharse, y que jamás había perdonado ninguna á otro. Muy temido y muy respetado, nadie le amaba más que la hija de su amo.

—¡Hungeford! ¡Hungeford! gritó la niña contentísima al acercarse su favorito. Ponte aquí, mi buen Hungeford, y cuéntame pronto la historia del rey Reinaldo.

—¡Ah! no, señora, dijo el capitán tomando en su gruesa mano las calenturientas manecitas de la niña. Si algo os cuento esta noche, no serán las buenas viejas historias de otros tiempos, sino una triste historia de hoy, que es verídica y que os toca de cerca, señora.

—¡La prefiero mil veces! exclamó la niña. ¡Buen Hungeford! Vas á ver, nodriza, qué bien comeré.

El capitán sonrió un instante para sus adentros; mas su rostro se nubló pronto, y con voz grave y triste empezó:

—Había una vez un rey muy noble, recto y valiente. Y ese rey tenía derecho sobre un país vecino que unos ladrones querían arrebatarle. El rey sabía que era voluntad de Dios que reinase sobre aquel país donde el pobre pueblo sufría males sin cuento de los que lo gobernaban sin fe ni ley. Por lo tanto, reunió á sus caballeros é hizo guerra contra el imperio. Y le venció tres veces, en Crécy, en Poitiers, en Azincourt. Y Dios puso el poder en su mano.

Un murmullo de rabia sorda se escapó de los labios de Marión.

El capitán continuó:

—Y por algún tiempo, el pueblo bendijo el yugo que le guiaba por el surco. Pero había en el país traidores y jefes que sublevaban al pueblo contra su rey. Y el pueblo mordió la mano que le alimentaba. Empero, señora, á pesar de vuestros pocos años, habéis podido ver qué paz y qué abundancia hemos vuelto á traer á esta pobre tierra abandonada. Alrededor de Cherburgo habéis visto á menudo las ricas granjas que dan á nuestros colonos una cosecha dos veces más rica que la de los tiempos de los antiguos arrendatarios. En la calle de Humphrey, y en la de Gloucester, habéis podido admirar las hermosas casas de los Highrray, de los Cobbham y de otros comerciantes ingleses, allí donde en tiempo de los franceses apenas había algunas chozas. Y sabéis que nosotros, los que aquí vivimos, nos entregamos por entero, de corazón y pensamiento, al mayor bien de la Francia inglesa.

—¡La Francia! ¡la Francia! exclamó fuera de sí la nodriza.

El capitán la miró un instante con ojos distraídos, y dirigiéndose á la niña, continuó:

—Pues bien, sabed que todos nuestros esfuerzos han sido vanos á los ojos de un pueblo ingrato. ¡Señora, la Francia se levanta contra nosotros!

—¡Lo sé! dijo Antígona con aire que revelaba cuán bien comprendía lo que se le estaba diciendo.

—¿Cómo lo sabéis? exclamó el capitán; ¿comprendéis, pues, la vergüenza que hace volver blancos los cabellos de vuestro joven padre? ¿Sabéis que esta nación loca, inconstante y ligera, se ha dado un dios á su imagen, mujer como ella, y, como ella... no puedo deciros la palabra... ¡una bruja y peor todavía! ¿Os han dicho, acaso, que este engendro del diablo nos ha derrotado tres veces, á nosotros? ¿que los valientes han sucumbido delante de la rueca

embruja de una muchacha callejera? ¡Ah! bien enterada estáis, y, ¡pardiez! ¡quisiera saber el origen de vuestras noticias! Mas os prevengo, señora, que no será por largo tiempo, y que estas cabalgatas sobre la escoba de una embaucadora de aldea acabarán mal. Pronto la cogemos á su Juana, y la ataremos bien apretada junto á un haz de leña. La quemaremos como se merece, y de su boca se verán salir un enjambre de mentiras, de sortilegios y otros asquerosos diablillos que arderán con ella en el fuego, que todo lo purifica.

—¡Toma! dijo Antígona, no es así como me cuenta Filipón la historia de la *Doncella*.

—¡La historia de la *Doncella*! rugió el capitán; ¡la *Doncella*! Contádmela, señora, esta historia, pues daría la mitad de cuanto poseo por oír de qué manera la cuentan á la sobrina del rey de Inglaterra.

—Pues bien... empezó la niña.

—¡No! ¡no! gritó Marión; ¡no la hagáis charlar! Tiene ya calentura. Estará enferma toda la noche. Idos, por el amor de Dios, capitán, pues me parece, sin ánimo de ofenderos, que no sabéis distraer á los niños enfermos.

—Sé lo que hago, dijo Hungeford clavándole sus penetrantes ojos, y me iré tan pronto como sepa á qué atenerme acerca de algunas cosas bastante graves. Para ello, necesito oír la historia de esta niña. Empezad, señora.

—¡No hables, Antígona, yo te lo prohibo! exclamó Marión.

—Señora Marión, respondió con viveza el capitán, en nombre del rey, yo os arresto.

M.^{me} JAMES DARMESTETER.
(Mary Robinson).

(Concluir).



CUERPO DE GUARDIA.—CUADRO DE GUILLERMO LOEWITH

EL TOCADOR

HIGIENE DE LA PIEL

La piel que, como nadie ignora, es una membrana sólida y elástica que cubre completamente el cuerpo, se compone de dos capas, la epidermis y la dermis, y está atravesada de una parte á otra por gran número de pequeños orificios, que son las aberturas de las glándulas sudoríparas, de los pelos y de las glándulas sebáceas.

Pues bien, como estas glándulas no cesan de segregar en la superficie del cuerpo un líquido graso sobre el que se pega fácilmente el polvo, el cual se mezcla á su vez con las células epiteliales procedentes de la incessante exfoliación de la piel, no tardaría en formarse en todo el cuerpo una costra nada antiséptica, si no tomáramos la precaución de usar la hidroterapia. Conviene, por consiguiente, lavarse cada día, tanto la cara como el cuerpo, y adviértase que no es tan sólo por la limpieza que esto debe practicarse, sino también por la salud; la respiración y la absorción cutáneas no se verifican convenientemente más que en una piel sana y perfectamente desprovista de la costra que hemos mencionado.

Lo mejor, siempre que sea posible, es tomar por las mañanas, al abandonar la cama, un baño de agua tibia á una temperatura de 25 á 30 grados. Recomendamos que el agua sea tibia, ó por lo menos templada, porque los baños fríos sólo deben tomarse en el mar ó en los ríos, pues en estos casos, ya nadando, ya moviéndose, podemos resistir el enfriamiento que nos coge al entrar en el agua, mientras que, si permanecemos quietos en una bañera, la acción del frío se prolonga, la respiración se vuelve fatigosa, sobrevienen temblores y escalofríos y nos exponemos en gran manera á las congestiones. En cuanto á los baños calientes, no son tampoco recomendables porque pueden ocasionarnos síncope y desvanecimientos, debilitando siempre el organismo. Conviene, pues, tomar diariamente un baño en agua tibia, que no pase de 20 minutos; este baño tendrá por de pronto la ventaja de calmar la excitación nerviosa, de aliviar el cuerpo y de devolver á la piel su natural suavidad y blandura. Si se quiere aromatizar el baño, mézclese al agua esencia de tomillo, romero, espliego ó serpol (en proporción de 5 gramos de esencia con 40 gramos de alcohol). Cuando se emplea jabón debe usarse al terminar el baño, siendo preciso sumergirse de nuevo en agua clara, y que el jabón sea blanco, perfectamente puro y poco aromatizado.

Como es muy difícil para un gran número de perso-

nas tomar diariamente un baño en casa, y como, además, es posible en caso de tomarlos por espacio de mucho tiempo que se cansen, conviene en estos casos, para tonificar y comunicar cierta suavidad á los músculos, lavarse por las mañanas, con agua fría, valiéndose de una esponja de gran tamaño. Esta ablución tiene la desventaja, si se compara con el baño, de ser de muy corta duración y, por consiguiente, menos favorable por lo que á la limpieza se refiere. Debe practicarse del modo siguiente: la persona que ha de lavarse se ha de colocar en el centro de un baño de asiento y se mojará inmediatamente y con gran rapidez todas las partes del cuerpo, dándose luego muchas fricciones al objeto de favorecer la reacción ó acostarse por espacio de media hora. Los lavados fríos acostumbran al cuerpo á soportar los bruscos cambios de temperatura, evitan los sabañones y son un remedio contra el linfatismo y la anemia; también van muy bien á las personas que tienen predisposición al reumatismo y á la gota.

La cara debe lavarse en invierno con agua fría, y en verano es conveniente que se haga con agua templada ó caliente, á fin de establecer el equilibrio con la temperatura exterior. El agua de lluvia ó de río es la mejor; en todo caso puede templarse con un poco de bórax ó de amoníaco, pero evítese el empleo del alcohol, que seca y endurece la piel. El zumo del limón limpia mucho y puede usarse sin peligro.

Cuando el aire del mar ó del campo ha producido alguna alteración en la tez se logrará fácilmente repararla lavándose por la noche con una infusión fría de cohombros (cortados en pedazos) y leche.

Para quitar las pecas puede emplearse la siguiente loción:

Bórax..	4 gramos.
Agua de rosas.	90 »
Agua de flor de azahar.	90 »

Si se quieren hacer desaparecer las verrugas aplíqueseles diariamente una mezcla de colodión y bicloruro de mercurio (1 gramo de bicloruro de mercurio por 30 gramos de colodión).

Para las pequeñas manchas herpéticas de la cara hágase una fricción con zumo de limón ó de fresa.

Con respecto al vello de la nariz y de la barba no es posible destruirle por completo más que por medio de la operación eléctrica conocida por el nombre de electrolisis: los epilatorios no dan ningún resultado y son peligrosos para la piel.

Cuando á causa del frío se forman en los labios pequeñas grietas, aplíqueseles la siguiente pomada:

Cera virgen.	12 gramos.
Aceite de olivas.	60 »
Tintura de benjuí.	10 gotas.

Si las cejas son poco pobladas y desiguales, toman un color negro, muy agradable, por medio de una disolución de tinta china en agua de rosas. Esta fórmula es completamente inofensiva y puede ser muy conveniente para algunas señoras; es que es muy feo que en lugar del negro de las cejas aparezca en el rostro una línea encarnada ó irregular.

Para evitar que se ponga colorada la nariz puede emplearse la loción que hemos indicado para combatir las pecas, tomando, además, la precaución de lavarse con agua caliente, no comer carne de tocino, ni alimentos especiados y no estrechar demasiado el corsé.

Para lavarse las manos es muy conveniente usar el jabón de Marsella poco perfumado; si son muy manchadas puede emplearse una pequeña cantidad de bórax ó de amoníaco. La arena fina y blanca y el limón son también muy útiles en estos casos. Cuando están perfectamente limpias, se cubren con harina de trigo que esté bien seca; el colcrem no es conveniente más que en el caso de que estén muy estropeadas. Si están húmedas

conviene sumergirlas en una solución de alum con agua ó bien empaparlas con la siguiente preparación:

Agua de Colonia.	70 gramos.
Tintura de belladona.	15 »

El mejor modo de evitar las grietas y las ulceraciones consiste en enjugarse bien las manos cuando acaban de lavarse y no exponerlas nunca, cuando están húmedas, á la acción del frío ó al calor del fuego. En cuanto á las escoriaciones, á veces muy dolorosas, el siguiente linimento las curará en seguida:

Mentol.	1'50 gramos.
Salol.	3 »
Aceite de olivas.	2 »
Lanolina.	50 »

Úntense las escoriaciones dos veces al día.

Para hacer desaparecer los sabañones no llagados, puede aplicárseles, y dejarla secar, la siguiente mezcla:

Tintura de yodo.	5 gramos.
Licor de Labarraque.	10 »

Las ulceraciones desaparecerán usando la siguiente pomada:

Ungüento de estorace stírax.	2 gramos.
Aceite de olivas.	1 »

DR. LUIS PETIT.



COLECCIÓN ZOOLOGICA

DEL PARQUE DE BARCELONA

(CONTINUACIÓN)

IV

AVES ACUÁTICAS

Si al instalar en nuestro parque las aves *Zancudas* y *Palmipedas* se hubiese llevado á efecto la distribución de las mismas bajo la inmediata dirección de una persona conocedora de las circunstancias que deben reunir tal género de instalaciones, se verían indudablemente colocados los ejemplares de manera que se armonizasen en lo posible las condiciones de existencia de aquéllos con la distribución taxonómica reclamada por la ciencia á la vez que con las exigencias de la estética, muy atendibles siempre en todo establecimiento público, y entonces se habría llenado el doble objetivo de que sirvieran no solamente para distracción ó recreo, sino de provechosa enseñanza popular. Claro está que de haberse tenido presente lo indicado, no se hallarían intercalados *Arrendajos* y *Cuervos* entre *Calamones* y *Gaviotas*, ni esparcidas aquí y allá aves tan afines como los llamados *Patos mandarines*, *labrador*, *mignon* y otros. Consecuentes con nuestro propósito de que estos artículos sean esencialmente prácticos, citaremos las especies de que nos proponemos hablar hoy en el propio orden al poco más ó menos en que se encuentran instaladas, si bien, como es fácil presumir, no separaremos aquellas que la persona menos iniciada en los conocimientos histórico-naturales comprenderá á simple vista que constituyen un solo grupo ornitológico.

Encuéntranse primeramente colocados los hermosos *Calamones*, y entre ellos el bellissimo *Porfirio azul de Europa*, frecuente en España é Italia y muy común en la Albufera de Valencia. Estas esbeltas zancudas son emigradoras, viven en localidades húmedas y pantanosas, alimentándose de sustancias vegetales, aunque comen también los huevecillos y pequeñuelos que encuentran en los nidos de otras aves, atacando hasta los roedores de poco tamaño. Los *Calamones* son muy recelosos, pero se dejan domesticar con facilidad. Se les caza especialmente para utilizar su carne, si bien no es tan estimada como la de las becadas y otras aves de los pantanos.

Casi á continuación se hallan instaladas la bellísima *Grulla pavo real* ó *baleárica* y la *cenicienta*. La primera, además de ser muy esbelta, se distingue por el color negro brillante que domina en su plumaje, y tener la cabeza coronada de un hermoso penacho de plumas coloreadas de negro y amarillo de oro; aunque se le llama grulla de las Baleares, es originaria del África central. En la segunda predomina un bonito color gris-ceniciento, y no es raro encontrarla en todo el continente antiguo. Las grullas, y sobre todo la cenicienta, son esencial-

a
-
n
-
o
a
o
y
-
-
n
o
es
no
a.
n-
ue
a-
nte
os
la
nte
as
ria
aro
al-



UN ASALTO

CUADRO DE RAMIRO LORENZALE

Ayuntamiento de Madrid

mente emigradoras, nótrense de sustancias vegetales, sin desdeñar del todo los animales pequeños, como larvas, insectos, gusanos, ranas, reptiles acuáticos, etc., y anidan en terrenos pantanosos; la hembra pone por lo regular solamente dos huevos, concurriendo ella y el macho, tanto á la incubación como al cuidado de los pequeñuelos, á quienes defienden valerosamente de cualquier enemigo. Como animales sumamente cautos y recelosos hacen bastante difícil su caza; asegurándose que en la época de la puesta, tiene la grulla cenicienta hembra la singular costumbre de embadurnarse el plumaje con tierra turbosa á fin de escapar más fácilmente á la vista del que la persigue. En cautividad pueden conservarse bastantes años las grullas, no siendo costosa la alimentación, porque se acostumbran sin gran trabajo á comer de las más variadas sustancias vegetales ó animales.

Inmediata á las grullas, está situada la inteligente y por demás útil *Cigüeña blanca*, calificada con mucha razón de ave semidoméstica, porque busca con preferencia los parajes habitados por el hombre. Emigradora por excelencia, se presenta en los países templados y por consiguiente en el nuestro á principios de la primavera, siendo, al igual que las golondrinas, mensajera de la estación de las flores, y no desaparece por regla general hasta últimos del verano. Así que llega, busca para establecerse las llanuras extensas y ricas en aguas corrientes ó pantanosas, y se puede asegurar que, excepción de las regiones muy septentrionales, no falta en casi ningún país de Europa, siendo por fortuna bastante común en España; debiendo, no obstante, observarse que, á causa de ser la *Cigüeña blanca* muy amiga de la tranquilidad, escasea algún tanto en las comarcas de la península que han sido más castigadas por nuestras luchas intestinas. Destruye para su alimento multitud de animalejos perjudiciales, como pequeños roedores, reptiles é insectos, siendo esto motivo suficiente para que la respeten en muchas de las localidades que frecuente, conociendo lo cual, tan interesante zancuda manifiesta cierta predilección por el hombre hasta el punto de que, acostumbrando anidar en la copa de los árboles ó en la parte alta de los edificios (tejados, cúpulas de los templos, campanarios, etc.), prefiere lo último cuando no se le molesta, y vuelve invariablemente cada año á fabricar el nido en el mismo sitio. Es incontestable la utilidad de las cigüeñas, principalmente para los moradores del campo, puesto que la presencia de tan interesantes aves coincide siempre con la desaparición de animales dañinos y hasta de las carnes en descomposición, que también las comen si las hallan abandonadas; por esto en algunos países se celebra con verdadero regocijo doméstico el regreso de las cigüeñas, é indudablemente por igual motivo se divinizaron en algunos pueblos de la antigüedad, en donde se castigaba con penas severísimas á quien osaba matar tan siquiera una de tan beneficiosas ardéidas. La *Cigüeña blanca* se acostumbra muy bien al estado de cautividad, especialmente si se le coge en el nido; domesticase sin grandes dificultades, y como es inteli-



Grulla pavo-real

gente, á la vez que está dotada de excelente memoria, no sólo conoce pronto á los moradores de la casa en que está, manifestando afecto á unos y aversión á los otros, sino que los distingue perfectamente de los forasteros.

Reunidos, y casi puede decirse en amigable consorcio, se ven el *Marabús del Senegal* y los *Pelicanos blancos*. El primero, tan desgarbado como tragón y receloso, nadie lo ha diseñado con tanta precisión como Vierthaler, quien lo compara «á un viejo funcionario encorvado bajo el peso de numerosos años de servicios, que, cubierta la cabeza con una raída peluca, vistiendo casaca negra y pantalón blanco ceñido, mira con timidez é inquietud á su severo jefe, esperando humildemente sus órdenes.» Los segundos son ágiles y vuelan con igual facilidad con



Grupo de Zancudas y Palmípedas

que nadan; son piscívoros, aunque también comen otras sustancias animales, sumamente voraces, y moran por lo regular en aguas dulces ó saladas pero de poco fondo. Su carne es poco apreciada, y en el Sur de Europa se cazan por considerarlos perjudiciales para los peces. La tan conocida fábula de que los pelicanos se abren el pecho para alimentar con su sangre á sus hijos, y la cual ha dado motivo á que más de un poeta los ensalzase, considerándolos como el prototipo de la ternura maternal, proviene de que cuando crían á los pequeñuelos, abren la boca apretando contra la garganta la bolsa de que está guarnecida su mandíbula inferior y que se halla repleta de pescados despedazados, y aquéllos los cogen á medida que van saliendo. Por lo demás, estas palmípedas soportan bien el cautiverio y aprenden con facilidad á volver al sitio en que se les tiene, viéndose en ciertos pueblos costaneros de Egipto pelicanos domesticados que salen por la mañana para ir á pescar y retornan por la tarde á casa del amo.

COLECCIÓN ZOOLOGICA DEL PARQUE DE BARCELONA



En algunos países se les enseña á pescar para el hombre, poniéndoles un anillo metálico en el cuello que les impide el deglutir, aprendiendo, después de cierta educación, á traer á su dueño el pescado que cogen.

Pueden asimismo observarse otras interesantísimas especies, como las productivas *Ocas comunes*, las hermosas *del Danubio*, con su níveo y rizado plumaje, y las *de Egipto*, de colores verdaderamente abigarrados; los majestuosos *Cisnes blanco y negro*, tan admirables por la belleza de sus formas y tupida librea como por la gracia de sus movimientos cuando nadan; y finalmente, esparcidos en diversos puntos de la instalación, se ven algunas especies de *Patos*, entre los que descuellan, por lo magníficos, el *Aix de la Carolina*, una de las más preciosas aves que existen, y el *Mandarin*, representante de aquél en el antiguo continente, y que, á nuestro modo de ver, de entre todas las aves acuáticas merece el premio de la hermosura.

Si las dos especies que acaban de mentarse nos maravillan con el regio vestido de gala que ostentan los machos, las grandes utilidades que proporciona al hombre el *Pato común ó silvestre*, habiendo además originado la multitud de razas y variedades de ánades domésticos, son motivos más que suficientes para que se le considere como una de las palmípedas de mayor importancia; sobre que el macho adulto es ciertamente una hermosa ave por su vistoso plumaje, entre cuyos colores descuellan el verde-metálico que presenta en la cabeza y el azul-brillante del cuello.

El *Pato silvestre* es sociable, viviendo en buena armonía con las demás aves de los sitios en que mora, y hasta, si no se le hostiga, se muestra muy confiado del hombre, presentándose á veces en los estanques de los parques y jardines públicos; mas si se le persigue muéstrase sumamente tímido y receloso. Su voracidad es tan grande que todo el tiempo que no consagra al reposo lo emplea en comer, tragando hojas, retoños de hierbas, granos, tubérculos y animales acuáticos, desde los gusanos hasta los pequeños reptiles, anfibios y peces. Ninguna ave merece mejor el calificativo de común, pues si bien habita por lo regular al Norte, se le encuentra en todas partes, emigrando en Octubre y Noviembre á los países templados, llegando en ocasiones hasta los tropicales, siendo muy frecuente en las aguas pantanosas cercanas al Mediterráneo, sobre todo en inviernos rigurosos, cobrando apego á las localidades de tal manera que vuelve todos los años á los mismos lugares. Al regresar de sus excursiones invernales, anida cerca del agua, cuidando de la prole solamente la hembra. Se caza con gran avidez por lo excelente de su carne, empleándose para ello medios más ó menos ingeniosos en algunos países. Desde remotos tiempos se redujo á domesticidad, en cuyo estado ha experimentado notables modificaciones en el color de las plumas, magnitud, riqueza de carne, poder fecundante, costumbres y en otros varios caracteres; pudiendo asegurarse que en la actualidad los patos domésticos ocupan un lugar preferente en nuestros corrales, por proporcionar muy buena carne, las hembras ponen gran número de sabrosos huevos, y hasta las plumas ó plumón se utilizan para diferentes usos. Su cría es fácil y altamente ventajosa, no sólo por lo muy fecundas que son tales aves, sino porque se avienen con cualquier alimento y no exigen vigilancia ni cuidados especiales. Esto explica el que casi no hay lugar habitado por el hombre donde éste no utilice tan beneficiosos volátiles, constituyendo en ciertos países una verdadera industria la incubación artificial y la cría del pato doméstico, siendo los chinos verdaderos maestros en la materia, y, según el señor de la Gironier, algunos pueblos de Filipinas se dedican casi exclusivamente á la citada industria, haciendo un gran comercio con los productos que de ella obtienen. He aquí otro ramo de la avicultura que, análogamente á lo que dijimos al hablar del gallo y gallina domésticos, podría muy bien explotarse provechosamente en muchas poblaciones de nuestras costas y riberas.

M. MIR Y NAVARRO.

(Concluirá)



CÍRCULO DEL «PADRE COBOS»

Véase su artículo.

PREGUNTANDO...

CUADRO DE FRANCISCO FLAMENG

No era el viajar cosa tan cómoda en el siglo XVIII como lo es en el nuestro. Aparte de las molestias que debía soportar el viajero por lo imperfecto de los medios de locomoción, no encontraba tantas facilidades como ahora en averiguar todo cuanto le importaba saber para su ruta, cuando recorría alguna por vez primera. No le quedaba entonces más recurso que informarse de los pormenores del viaje, para no extraviarse y perder tiempo y dinero, acudiendo á las hosterías y casas que encontrase en el camino. Así lo hace el jinete pintado en el cuadro del pintor francés Francisco Flameng. Aires señoriles aparenta tener, mas al propio tiempo modesta debía ser su fortuna, ya que de otro modo le hubiera acompañado escudero ó espolique. Al aldeano que ha salido fuera del rastrillo, al paso de la caballería, le hace la pregunta que le ahorrará á buen seguro tiempo y molestias, y bien muestra aquél la mejor voluntad en servirle por el aire con que le contesta. Este cuadro, que recuerda el modo de hacer del difunto Ernesto Meissonnier, es de una imponderable elegancia, en su disposición general y en todos sus detalles, brillando además por cualidades de dibujo que sabrá apreciar todo observador medianamente inteligente en arte.

CUERPO DE GUARDIA

CUADRO DE GUILLERMO LOEWITH

Presentó este cuadro el artista alemán Loewith en la última Exposición de Munich, y en ella llamó la atención de los inteligentes por su colorido de época y por la fidelidad con que están tratados los personajes y los uniformes. Figura ser un cuerpo de guardia de húsares en una población de Alemania, en los últimos tiempos del Directorio ó en los comienzos del Consulado ó del Imperio. Los soldados del cuadro, como buenos alemanes, son grandes fumadores de pipas y fuertes bebedores de cerveza. Chupan algunos la pipa con verdadero deleite, y el tarro de cerveza puesto sobre una mesa dice que entre chupada y chupada apuran á sorbos la deliciosa bebida fermentada. Algo interesante refiere uno de los húsares, acaso un incidente bélico que tuvo algo de cómico, á juzgar por el aire burlón con que él lo cuenta y con el aspecto entre regocijado ó de sorna con que le escuchan sus compañeros. La agrupación de las cuatro figuras es excelente, viéndose en ellas verdad y movimiento. La expresión de todas revela á un artista obser-

vador y un pincel hábil en traducir el natural. A la vez Loewith con los tipos de los húsares, con los numerosos detalles de su rico y característico uniforme, con toques acertadísimos en todo el cuadro ha sabido retrotraerse al periodo histórico que pinta, imprimiendo á aquellos hombres un cierto aire fanfarrón, que indudablemente tuvieron, según nos cuentan los historiadores, algunos de aquellos cuerpos que tomaron parte principal en las jornadas que en las épocas mencionadas y durante todo el Imperio trastornaron la vieja Europa.

UN ASALTO

CUADRO DE RAMIRO LORENZALE

Lleva el autor de esta obra un apellido ilustre en el arte, y atento al adagio «nobleza obliga» trabaja noblemente para conservarlo con la misma brillantez. El cuadro que publicamos, exactamente reproducido del original que se expuso en el Salón Parés, es una prueba elocuente de nuestras afirmaciones. De un tema casi vulgar ha sabido hacer Lorenzale una obra de arte, esto debido á los méritos de una ejecución esmerada, distinguida, aristocrática, podríamos decir, por la pincelada y el colorido. Todo el lienzo está pintado con admirable delicadeza que se adivina muy bien en la reproducción. Cada una de aquellas figuras se halla dibujada con el mayor cariño y pintada con una minuciosidad de detalle que recuerda las obras de los flamencos ó las que modernamente han ejecutado diversos pintores á cuyo frente debe colocarse á Ernesto Meissonnier. ¡Cuántos primores se advierten en aquellas lindas figuritas, de líneas variadas y muy movidas, respondiendo perfectamente á la alegría que á todas domina al ir á dar un asalto á familia principalísima! Que lo es, dícelo el zaguán que forma la escenografía del cuadro. Con muy buen gusto lo ha sacado Ramiro Lorenzale de una antigua casa de Barcelona. Vese con todos sus bonitos perfiles la baranda de la escalera, en la casa á que aludimos, con relieves del Renacimiento de portentosa elegancia y con aspecto más italiano que genuinamente español. Aquellas esculturas están copiadas en el cuadro con una verdad que nada deja que desear y á la vez con sentimiento artístico. Movidísimo por este mismo sentimiento puso el joven artista, autor de la pintura, en el fondo del zaguán ó patio una verja de estilo de la Edad Media, de lindísimo dibujo, bien ajustada á los ejemplares de entonces, y que si no figura en la casa aludida, bien puede estar en la misma, dada la antigüedad de la aristocrática familia á la cual pertenece. Todo se armoniza en este cuadro, el fondo, que es de superior buen gusto, y las figuras que se señalan por idéntico mérito, resultando así una obra de arte digna de ser empleada para decorar un lujoso camarín de nuestros días.



¡PASIÓN!

NOVELA ORIGINAL

DE

M. MARTINEZ BARRIONUEVO

(CONTINUACIÓN)

XXXI

Qué dulce encanto en medio de la melancolía y el aniquilamiento que en la hija de Máinez y Carrillo había hecho presa desde que tuvo la seguridad de la muerte de don Martín Pedrosa! Al mismo tiempo casi de saber su muerte, supo por la boca misma de don Fermín que había sido amada del muerto, y fué esta noticia otra vida nueva que calentó su sangre, haciéndola circular fuertemente, que dió pulsaciones nuevas á su corazón, aunque algunas veces, por desdicha, aquellas pulsaciones fuesen agitadas como por la flagelación de la calentura.

Tres semanas habían transcurrido desde la última entrevista que celebraron la hija de Máinez y Carrillo y su primo el de Santisteban. Tres semanas transcurrieron desde que doña Casilda de Saravia fué sorprendida en dulce postración á los pies del hombre adorado por la doliente doncella de la casa de los Máinez y Carrillo. Don Fermín partió á la guerra nuevamente, aquel mismo día, sin despedirse de nadie. Tan extrañas, tan incomprensibles, tan dolorosas eran las sensaciones que en su espíritu ardían; aquellas sensaciones mezcladas de duelo infinito por el desamor de su prima y el recuerdo de aquel semblante conmovido y aquellas pupilas llorosas de doña Casilda de Saravia.

Las dos pobres mujeres quedáronse otra vez solas, hundidas como nunca en aquellas grandes incertidumbres y desconsuelos sin fin por sí propias y por el mutuo dolor de cada una. Llorosas, tiernas, abrazadas, como se abrazan las flores al enredarse en sus tallos, así tuvieron ambas mujeres una larga explicación, confesando doña Blanca todas las calladas torturas que sufrió por el cariño oculto profesado á don Martín y confesando doña Casilda también los grandes suplicios de su corazón, porque vió imposible siempre su felicidad si doña Blanca se unía al de Santisteban. Se guardó muy bien doña Casilda de revelar á la hija de Máinez y Carrillo las sutiles tretas de que se hubo de valer para que doña Blanca confesase, en un espontáneo y doloroso grito, el amor inmenso que por don Martín sentía.

En su mismo dolor manifestábanse valientes, consolándose la una á la otra.

—Deja, deja, decía doña Blanca mirando á su amiga con fijeza de muerte, mientras que el llanto quemaba sus mejillas. Deja, verás tú cómo la misericordia del cielo habrá de ampararnos; tú has de ser feliz y yo lo mismo.

—¡Y cómo lo serás tú ni yo tampoco, bendita Virgen; cómo será eso si lloras tú la muerte del hombre querido y yo la vergüenza de que el hombre mismo á quien amo me sorprendiese en mi honda cuita de amor! Además de que yo no consentiré nunca en ser feliz con el hombre que hubiera podido hacer tu felicidad: ¿cómo es posible, Dios piadoso, que á don Fermín de Santisteban se le ocurra jamás requerir de amores á quien tan tristemente, para desprestigio de su opinión, confesó el suyo tirándole así por el suelo de los altares del alma?

—No, Casilda, yo te lo digo. El instante se acerca; yo voy al claustro, allá en Málaga, con mi parienta, la de las Catalinas; allí rezaré siempre porque tus ilusiones se realicen, y mis rezos por tu felicidad han de servir también para que mi espíritu vaya purificándose y haciéndose digno de otra vida que alcanzaré en breve, una vida eterna durante la cual mi espíritu gozará deleites sin fin, unido en yugo misterioso é inquebrantable á aquel otro espíritu del hombre amado que me espera.

—¡Ay, Blanca! ¿cómo quieres tú consolarte con este mismo dolor que te ahoga? contéstaba la hija de don Melchor abrazándola dulcemente.

Transcurrieron así dos semanas más y llegó el momento terrible, el momento de la separación. Doña Blanca saldría de Córdoba con buen acompañamiento para Málaga, allí haría el año de noviciado, junto á su parienta sor María Egipcíaca de la Transfiguración, tomando el velo inmediatamente.

No se habían tenido nuevas de Granada desde las que dió don Fermín; ni don Melchor ni don Hernando habían escrito. Doña Blanca no esperó de ninguna manera el consentimiento de su padre, al tomar aquella determinación, por la seguridad que tuvo desde el principio de que éste no lo negaría. Doña Leonor tampoco puso inconveniente. Había seguido con palpitante ansiedad y con dolor callado toda la misteriosa evolución del alma de su hija. No sólo tenía la noble dama en su corazón el martirio de lo que doña Blanca padeciese, sino lo que don Fermín, á quien sabéis cuánto idolatraba, padecería viéndose relegado de ella. Llegó, pues, el instante.

Doña Leonor había escrito un pliego á su esposo, que envió con un mensajero casi detrás de don Fermín. En este pliego dábale cuenta de todo y de la resolución irrevocable de su hija; añadíale que se lo contaba desde el principio hasta el fin detalladamente para que no martirizase con preguntas al sobrino, respetando de esta manera el dolor profundo que sentiría.

Doña Casilda y doña Leonor habían decidido, por su parte, acompañar á doña Blanca hasta que quedara en el convento de las Catalinas. Tiénese de este modo que ante la puerta de los Máinez y Carrillo, y en una gran extensión de la calle Ancha, extendíase en largo tren de galeras y carros con pertrechos para el camino, pues para un viaje, aunque fuese de quince ó veinte leguas nada más, sobre todo siendo damas las que lo hacían, se necesitaban grandes pre-

parativos. La servidumbre de las dos casas de Máinez y Carrillo y de Saravia lo tenían también todo dispuesto para partir; allí estaba Estefanía con su gracioso palmito, su hablar descocado y su gracejo de siempre, constituyendo la pesadilla de Marmitón y del respetable Saltillo; los pajes iban y venían con gran algazara por entre los otros de la servidumbre, y Úrsula, la dueña de doña Casilda, conversaba misteriosamente con Guiomar, la de doña Blanca. No sé qué cosas hablarían, aunque se tiene seguridad de que fueron de gran monta. El secreto de aquel importante diálogo quedó impenetrable entonces y no llegó por esa causa á nuestros días. Siento dolor profundo de no comunicárselo al lector, y paso á deciros que mientras todo aquel barullo armábase en el patio y ante la puerta del gran caserón de los Máinez y Carrillo, doña Casilda y doña Leonor hacían su tocado rápidamente, y doña Blanca, dispuesta ya para bajar, rigurosamente vestida de luto, cuya negrura contrastaba vigorosamente con la palidez cadavérica de su dulce rostro de diosa, habíase arrodillado por última vez ante el Crucifijo de su dormitorio, y sus ojos, de mirada febril, claváronse con ansiedad en la imagen del Justo como en súplica de no sabía ella misma qué cosa grande que necesitaba dentro de su corazón para adquirir fuerzas en aquel instante dolorosísimo.

Iba á salir para siempre de aquella casa; allí había visto la luz primera; allí recibió las primeras caricias también de su madre de su alma; allí pasó su vida recibiendo los homenajes y la adoración de todos. ¡Dios de misericordias! allí había conocido á don Martín.

Iban pasando por su imaginación calenturienta desde los primeros detalles de su conocimiento con el mensajero del rey hasta que le perdió de vista para siempre; recordó aquella tarde á cuya luz última distinguió en el patio, por vez primera, á don Martín Pedrosa, cuando volvía éste de las habitaciones de su madre. ¡Qué dulzura, qué gravedad afectuosa, qué diafanidad de pensamiento observó desde el principio en aquel hombre admirable! Se rebeló de sí misma de no haberle amado desde el primer instante que le vió, se creyó despreciable, porque aquella noche, después de quedarse sola en su cámara, rió locamente recordando la calva de don Martín y pensando que don Martín pudiese requerirla de amores.

¡Ay! por mucho que doña Blanca quisiese consolarse en su propio dolor, ya presentía ella que el convento sería su muerte.

—¡A la muerte, pues! dijo con energía.

Se levantó pálida como si la muerte misma la hubiera ya marcado con su triste señal, avanzó vacilante hacia la puerta de la cámara con intención de dirigirse á la de su madre y bajar con ella y con doña Casilda.

Pero antes de llegar á la puerta sintió en el patio un griterío inmenso, entre la gran balumba de un tropel de caballos, que se detuvo indudablemente ante la casa de los Máinez y Carrillo. Detúvose doña Blanca irresoluta, sin alientos; no supo explicarse el motivo, pero empezó á latirle el corazón fuertemente, como si le quisiera romper el pecho.

La confusión aumentaba abajo y parecía subir, y llegaba hasta los mismos corredores en cuyo fondo situábase su cámara; la joven permaneció aún inmóvil en aquel lugar, retenido el aliento, y los ojos fijos allá en los corredores por donde vió avanzar á un caballero seguido de doña Leonor, de doña Casilda, de Estefanía, de toda la servidumbre.

—¡Dios! exclamó echándose para atrás y tapándose el rostro con las manos.

Habíale parecido aquel caballero don Martín Pedrosa.

Era él, sí, no se había equivocado; levantó la cabeza otra vez, y más que su orgullo, más que su pudor de mujer, más que el cuidado de que la estuviesen viendo, pudo más en ella la poderosa alegría de tan inesperada nueva; el amor de su alma estalló en un grito supremo; vacilante, desencajada, adelantó hasta don Martín.

—¿Pero es verdad, Dios mío? exclamó ahogadamente.

Iba á caer y la sostuvo don Martín en sus brazos.

—Sí, es verdad, dijo él temblando y llenas de lágrimas sus pálidas facciones de convale-

ciente; es verdad; sin tu amor hubiera muerto, pero no había muerto aún cuando supe que me amabas, y esto me dió la vida.

—¡Oh! ¡no puedo, no puedo más!... exclamó doña Blanca, muriéndose ya de vergüenza y de alegría; pero, ¡Dios mío! ¿cómo fué?... ¿Estoy soñando, Virgen de mi alma? ¡si estoy soñando, no quiero despertar!

—No, Blanca, no, dijo entonces doña Leonor adelantándose y besándola en la frente; acuérdate de que mandaste á Pericón Lobato á Granada, y á lo que lo mandaste.

La joven inclinó la cabeza encendida de rubor.

—Sí, Blanca, sí, añadió Pedrosa besando sus manos apasionadamente; y Casilda, Casilda, á quien se lo debemos todo, me envió una carta con Pericón Lobato dándome cuenta de todo, y jurándome por su honor que tú me amabas.

Se guardó muy bien don Martín de vender á doña Casilda revelando el secreto del milagro de la flor.

—¡Cómo! exclamó doña Blanca en el colmo de la sorpresa volviéndose á doña Casilda. ¿Tú has hecho eso?

Doña Casilda inclinó la frente y dijo con sencillez:

—Os amabais los dos y yo lo sabía. Tú nunca hubieras revelado tu cariño, por tu condición de mujer; él, en su modestia, se conceptuaba tan inferior á tí, que jamás te hubiera dicho una frase de amor, temiendo hasta ofenderte; amándoos yo á mi vez como hermanos, y estando en vuestro secreto, aunque vosotros nada me revelaseis á mí, me correspondía hacer lo que hice.

—¡Gracias, Casilda, gracias! exclamó doña Blanca arrojándose en sus brazos.

(Concluída).



LA MODA DE PARÍS

ALABADO sea Dios! Al fin hemos tenido un *vernissage* con sol alegre y animado. Desde mucho tiempo no se había visto tan completo al todo París elegante. La multitud fué considerable y en ella figuraban en gran número las señoras luciendo preciosos trajes.



Traje de paseo de M.^{me} Pelletier-Vidal

Sólo por la mañana fué posible circular por el *salón* y pararse delante de las obras predilectas. Los retratos de personas conocidas tienen el privilegio de excitar la curiosidad general, singularmente cuando reúnen mérito artístico. Por esto había constantemente un grupo de espectadores ante el admirable retrato de lord Dufferin, por M. Benjamin Constant, y ante el cuadro de M. Marcelo Baschet, que presenta á M. *Francisque Sarcey*, *chez sa fille M.^{me} Adolphe Brisson*, obra de gran valor y en la cual se advierte el arte vigoroso de aquel artista joven, lleno de talento y con envidiable porvenir. M. Sarcey, retratado en la intimidad de su familia, es exactísimo y muy natural. M.^{me} Brisson, de fisonomía graciosa, con los ojos vivos y de fuego, y agradable sonrisa, se halla sentada junto á la mesa pronta á servir el té. Como verdadera parisiense que es, lleva un lindo vestido, de una elegancia sobria, de un sello muy personal, firmado Lipmann. La entonación Nilo, tornasol de rosa pálido, es encantadora; la falda muy ancha es lisa y el cuerpo fruncido, abierto en corazón y guarnecido de marta zibelina. A la izquierda del cuadro aparece la figura de M. Adolfo Brisson.

Al propio artista Baschet pertenece el delicado retratito de una hermosa dama que cubre sus cabellos con una ligera mantilla de aplicación, la cual encuadra, además, su linda carita. Más lejos está el retrato de Severine, hecho por M.^{me} Maury Saurel, y que llama la atención. El de Sarah Bernhard, en el papel de *Cleopatra*, y el de M.^{me} Caron en *Salambó*, atraen por algunos

momentos á los visitantes, quienes corren en seguida hacia el retrato de la madre de Bonnat, pintado por este artista.

En las salas de los pasteles es objeto de admiración el retrato de S. A. R. la princesa Elena de Orleans, cuya belleza y distinción extraordinaria la hacen una de las más hermosas señoritas

del día. Con su arte exquisito, M.^{me} Huillard ha copiado la graciosa belleza de la princesa Elena, que es tipo perfecto de la parisiense aristocrática, con su talle esbelto, su *toilette* exquisita y la magia de toda su persona.

Entre las obras de género se cuentan dos interesantes lienzos, *La toilette des communiantes* y un interior, de M. Pablo Thomas. En la sección de escultura, M.^{me} la duquesa de Uzès, con el pseudónimo de Manuela, expone este año una Ofelia y el busto del sacerdote M. de Galard.

Antes de abandonar el *salón* citaremos, entre las prendas notables, una pequeña manteleta de muselina de seda, compuesta de varios volantes orlados con viejos valencienes. Es una de las fantasías que incesantemente inventa Virot, quien acaba de imaginar un bonito adorno de cuerpo, hecho de guipur *bise* y de cintas negras.

El colmo de la elegancia este año se halla en el blanco y en el negro. Los sombreros no escapan á este nuevo capricho de la moda; y así Virot compone, por tal camino, cosas deliciosas. Vaya, como ejemplo, un coquetón sombrero de paja negro, adornado de un lazo de gasa de seda con picos y entredoses de encaje blanco. Dos plumas con pie de azabache forman *aigrette*. Hay otro gentil modelo en paja, marrón, y alrededor del casco una guirnalda de hiedra, en la cual va fijada por detrás un ramo de rosas, entrelazadas de plumas. Las próximas fiestas del *sport* presenciarán el triunfo de los tejidos muy ligeros, muselina de seda, *foulard*, crespón de la China, muselina bordada, etc., etc.

M.^{me} Vidal-Pelletier, en su doble calidad de parisiense y de artista, acaba de crear una serie de bonitos modelos. Entre ellos sobresale una deliciosa *toilette* en crespón de China Nilo, falda ajustada á las caderas y ensanchada abajo por un volante de ochenta centímetros, plegado y terminado arriba por una pequeña *ruche* de cinta color Nilo. El cuerpo plegado está listado transversalmente de entredoses de tul bordado, ciñendo la cintura una cinta Nilo que se anuda al lado.

M.^{me} Pelletier-Vidal, muy hábil en moldear un cuerpo, posee á maravilla el arte de vestir á las señoritas desde los catorce años; especialidad que conocen y aprecian las señoras que frecuentan su casa. En efecto, á la citada edad se forma el talle, el corsé no basta para guiar el busto, y por lo tanto se ha de contribuir á formarlo, dejando en holgura el pecho. Los vestidos flotantes que suelen llevar las señoritas son causa de que cojan el vicio de dejarse caer, redondeándose demasiado el busto. Más tarde es casi imposible remediar este defecto, y de aquí que haya tantas mujeres mal formadas, por haberse mirado con descuido su talle en la edad del desarrollo. M.^{me} Pelletier-Vidal ha comprendido todos los inconvenientes de esto, ha estudiado con detención los cuerpos y ha imaginado un número considerable de recursos para mantener altos los hombros de las señoritas que tienen tendencia á ponerse caídas.



Traje de carreras de M.^{me} Pelletier-Vidal
Sombrero de Virot

Existen otros cuidados en la *toilette* que, al parecer, ignoran muchas señoras. Varias lectoras nos consultan acerca de los medios que pueden emplearse para impedir la caída del cabello y para evitar las canas. Otras desean poseer una receta para blanquear y conservar la dentadura. Pues bien; todo el mundo sabe que las señoras con abundante cabellera han empleado siempre el extracto capilar de los Benedictinos del Monte Majella, compuesto de jugos de plantas, en plena eflorescencia, cogidas en los montes Abruzzos. Este extracto, no sólo impide la caída del cabello, sino que ayuda á su desarrollo y retarda la aparición de las canas. Además, quita las películas y destruye las causas de ellas, por lo cual es utilísimo para conservar el cabello de los niños y de las señoritas. Por lo que toca á la dentadura, recordaremos los enjuagues, mañana y tarde, con agua tibia, y con ésta una buena agua dentífrica, como verbigracia el elixir dentífrico de los Benedictinos de Majella, que fortifica el esmalte, refuerza las encías, y perfuma agradablemente el aliento. El polvo y la pasta dentífrica de los propios Padres dan blancura y brillantez á los dientes.

Los dos figurines que ilustran esta REVISTA nos han sido comunicados por M.^{me} Pelletier-Vidal, 19, *rue de la Paix*. Uno de ellos, el primero, consiste en un traje sencillo de paseo, en lana de varias tintas mezcladas en las cuales dominan el gris y el verde. Adornan la falda acanalada serpentinas en paño verde gris. El cuerpo liso, marcando el talle, va adornado también, lo propio que las mangas, con serpentinas de paño.

El segundo figurín es un traje para carreras, de seda labrada, verde agua, con tornasol malva, guarnecida la falda con un volante de muselina de seda, con abollados de cinta de raso malva en lo alto, repitiéndose varias veces los mismos abollados en la falda. El cuerpo es muy bonito, compuesto de cintas de raso malva, separadas por entredoses de guipure, y con el talle ceñido por una cinta malva. Las mangas en cinta y guipure terminan por unos vuelos de guipure.

El sombrero que acompaña á este vestido es un modelo de Viro, 12, *rue de la Paix*. Está hecho de paja de Italia, guarnecido con encajes de aplicación, y adornado con una *aigrette* de marabú negro y de rosas negras.



MESA REVUELTA

TODO cuerpo pulimentado, capaz de reflejar los rayos luminosos, puede considerarse como un espejo. Éstos generalmente son ó bien de cristal azogado ó de metal. Los primeros son más económicos y menos alterables que los segundos, pero tienen el inconveniente de reflejar dos imágenes por efecto de la doble reflexión que se verifica en cada una de las caras del cristal. Por esto no pueden usarse en los experimentos de óptica, que exigen perfecta exactitud, pero en cambio son muy ventajosos para el uso ordinario.

Los antiguos sólo conocieron los espejos de metal, que no eran más que discos de plata, oro, hierro bruñido ó bronce. Plinio nos habla de los espejos de vidrio (*vitrum obsidianum*), que procedían de Etiopía, pero el vidrio á que se refiere era una sustancia negra parecida al azabache, susceptible de ser bien pulimentada. Los que hoy se fabrican para los telescopios y otros instrumentos de óptica consisten en una aleación de cobre, estaño y arsénico, y algunas veces de cobre y platino.

Los espejos son comunmente planos ó esféricos. En los primeros, la imagen se ve detrás de ellos á igual distancia y de idéntico tamaño, que el objeto que se les pone delante, apareciendo además derecha y simétrica. Los esféricos pueden ser cóncavos ó convexos; los cóncavos son convergentes porque reconcentran en su foco los rayos luminosos, y los convexos son divergentes porque los desparraman. Los primeros aumentan los objetos situados entre el centro de la esfera y la superficie reflectora; en los espejos que se usan para afeitar, todos hemos podido observar este fenómeno: si, por el contrario, el objeto se halla antes del centro de la esfera, la imagen se ve en la parte de afuera del espejo y más pequeña y vuelta al revés; si el objeto está muy distante, la imagen se presenta en el foco principal. Á medida que el objeto se acerca al espejo, la imagen se aleja, y cuando aquél se halla en el foco principal la imagen se forma en el infinito. En los espejos convexos la imagen se ve siempre detrás del espejo, pero algo más pequeña y más cerca de la superficie reflectora de lo que realmente lo está el objeto.

Se ha dado el nombre de espejo ustorio á un espejo esférico ó de distintas caras planas, convergentes todas ellas en un mismo foco, de modo que se concentren en él todos los rayos solares, produciendo de esta manera el calor suficiente para inflamar las materias combustibles. Se atribuye la invención de estos espejos á Arquímedes, el cual los empleó para incendiar la flota de los

romanos en el sitio de Siracusa. Más tarde, siguiendo el ejemplo de este sabio, Proclo pegó fuego, por medio de un espejo ustorio, á la flota de Vitelio cuando éste sitió la ciudad de Constantinopla en el año 515 de nuestra era.

Entre los modernos, el P. Kircher, Villette y Buffon, en el siglo XVIII, construyeron espejos ustorios, con los cuales obtuvieron grandes resultados: Buffon pegó fuego á unos maderos situados á una distancia de setenta metros.

* * *

Un comerciante muy rico mandó construir un magnífico jardín, sobre cuya puerta colocó el siguiente letrero:

Este jardín será adjudicado sin interés alguno, y para siempre, á aquel que pruebe estar verdaderamente contento.

Pasaron muchos días, y nadie se presentó. Una tarde, al declinar el sol, se paseaba el comerciante por su jardín reflexionando sobre la *felicidad*, don supremo que Esquines suponía en el sueño, Píndaro en la salud, Zenón en la corona que ponían á los que ganaban el premio en la lucha, los corintios en el juego, como Epicuro en la sensualidad y Aristóteles en la virtud y en la sabiduría. Ya pensaba borrar el letrero de la puerta y adjudicar la finca á cualquiera de sus criados, cuando vió parado delante de la verja á un hombre que leía el ofrecimiento con atención. Dirigió hacia él sus pasos, y no tardó en hallarse enfrente del desconocido, que le preguntó:

- ¿Sois por casualidad el dueño de este jardín?
- El mismo, para servirlos.
- Entonces firmemos el contrato de cesión; yo soy ese hombre contento que buscáis.
- ¿De veras?
- Os lo juro.
- ¿No echáis nada de menos en vuestra posición?
- Nada.
- Sin embargo, no sois vos el que yo solicito para darle mi posesión.
- Entonces, faltáis á lo prometido.
- Tengo la seguridad de que no es así.
- ¿No ofrecéis dársela al que esté verdaderamente contento?
- Sí.
- Pues yo lo estoy; os lo juro y lo probaré.
- No os molestéis, repuso el comerciante cerrando

Humorada
 POR
RAMÓN ESCALER



1



2



3



4



5



6

la verja y dejando fuera al pretendiente, si vos estuvierais efectivamente contento no solicitaríais mi jardín.

Devanabase los sesos un sacristán sobre cuál podría ser el motivo de que en los campanarios de las iglesias se acostumbra poner un gallo, sin que, ni aun por equivocación, se pusiese nunca una gallina. Por fin logró darse la explicación de este enigma.—Será (dijo para sí) porque si la gallina llegase á poner, se estrellarían los huevos al caer de tan alto.

Oyendo hablar un gallego de un hombre que había muerto á la edad de cien años, como si fuese una cosa muy extraordinaria, dijo:

—¡Vean ustedes qué maravilla! si mi padre no hubiese muerto, tendría actualmente ciento veintiocho años.

Un labrador había pedido prestados 200 reales á un vecino suyo, y no pensaba ya más en devolvérselos. Un día, que fué á vender unos pollos á la ciudad, le ocurrió consultar el caso con un abogado. Éste, colocándose en el punto de vista del deudor, le preguntó si había dado recibo de los 200 reales á su acreedor.

—No, dijo el patán.

—Pues entonces, repuso el abogado, envíadle á la porra...

Satisfecho nuestro hombre con el dictamen del letrado, dióle las gracias, y se preparaba para marchar cuando el abogado le llama y le dice:

—Amigo mío, ¿no me pagáis la consulta?

—Diga usted, señor abogado, ¿por ventura le he firmado á usted recibo?

—Ya se ve que no.

—Pues entonces, ¡váyase usted á la porra!...

Para fortificar los dientes se tomará un pedazo de acero echado á la piedra imán, de seis pulgadas de largo y dos líneas de ancho, se aplica sobre el diente que duele, teniendo la boca abierta y vuelto el rostro, así como el acero, hacia la parte septentrional. Esta aplicación produce primero en el diente un frío bastante vivo, al que sigue después un ligero movimiento y una

especie de latido, que en tres ó cuatro minutos quita el dolor más agudo.

Otros hacen volver el rostro hacia el Norte, y en vez de aplicar el polo boreal del imán al diente del enfermo, presentan siempre el polo austral.

Los tapones de corcho mojados dos ó tres veces con una mezcla de dos terceras partes de cera virgen y un tercio de grasa de buey, y colocados por el extremo más ancho sobre una piedra ó una plancha de hierro, se dejan dentro de un horno caliente hasta que estén secos. Con esta operación adquieren la propiedad de interceptar enteramente el paso de las partes sutiles de los líquidos más fuertes y espirituosos; y se conservan, por consiguiente, los vinos sin comunicarles ningún mal olor.

En todas las escenas del mundo los espectadores envidian á los actores, y éstos á los espectadores.—HENNEQUIN.

La emulación es un extracto de la envidia, á la manera que ciertos remedios útiles se extraen de algunas plantas venenosas.—MABIRE.

La experiencia es maestro que hace pagar caras sus lecciones; pero su escuela es la única donde pueden aprender los insensatos.—FRANKLIN.

La ciencia más útil y más honrosa para una mujer es la economía doméstica.—MONTAIGNE.

El hombre ocioso mata el tiempo, y el tiempo mata al hombre ocioso.—COMMERSORO.

La falta de memoria tiene dos ventajas, porque libra de los recuerdos molestos y hace encontrar nuevo lo que no lo es.—SARIAL-DUBAY.

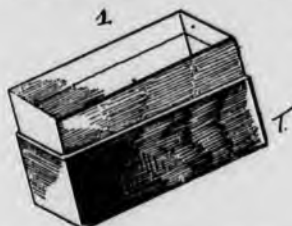
El hombre indiscreto es una carta abierta: todo el mundo puede leerla.—CHAMFORT.

Recreos instructivos

INSTRUMENTOS EXÓTICOS

Dijimos en el número anterior que presentaríamos los croquis de varios instrumentos de los descritos, y cumplimos nuestra palabra: vamos á hacer la sucinta descripción de ellos.

Núm. 1. *El imitador zoológico*: basta frotar los bordes de esta sencilla cajita, un pequeño arco de



violín de feria, para que imite, según los movimientos que se impriman al arco (untado de pez griega), el graznido de la rana, alaridos de perro, gritos de loro y otras aves más ó menos estridentes.

Núm. 2. *Lira africana*: tiene poca resonancia pero sí notas muy finas: se forma con medio coco, ó cala-

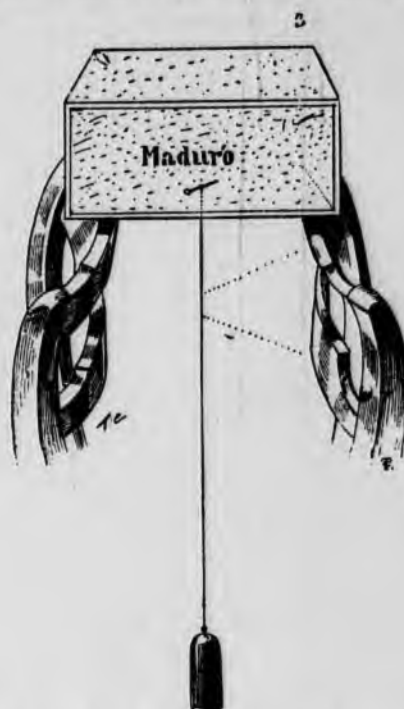


baza, sujetándose las cuerdas en los agujeros y afinándolas por medio de vueltas con el clavo que sirve de clavija.

Núm. 3. *El violín de risa*: el dibujo indica su disposición: la cuerda se sujeta con un clavo atravesado sobre el agujero del fondo.

Puédense obtener sonidos muy raros, que hasta imitan la voz humana, con este singular violín: basta para ello coger con la mano izquierda la pesa de reloj, y tirando más ó menos de ella, y aflojándola á veces bruscamente mientras la mano izquierda con el tercer dedo hace vibrar la cuerda; la

práctica enseñará á imitar por este medio el rumor



del agua, las voces infantiles, las conversaciones ininteligibles y otros sonos imitados.

Núm. 4. *El clarinete de pastor*: es sencillísimo y consiste en un tubo de caña bien seca (1) en uno de



cuyos extremos se sujeta un papel de fumar ó papel vegetal: basta tararear dentro del tubo para que se transforme el sonido en un moscardeo bastante raro, pero penetrante y mezclado á otros sonos,

(1) Decimos seca, porque la caña verde contiene un principio tóxico sumamente violento y más peligroso cuando se trata de llevar la caña á la boca, y aun seca la caña es preciso limpiarla bien.

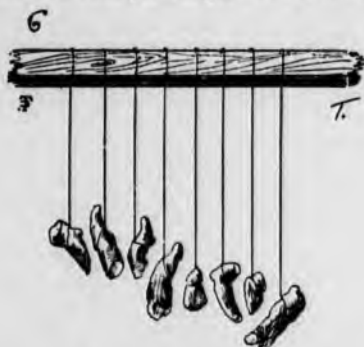
como, por ejemplo, los acompañamientos de guitarra; produce muy buen efecto.

Núm. 5. *Lira de cartón*: con tubos de cartón ó cañas, ó tubos de hojalata, aun con cristales, se forma un



salterio ó lira que da por percusión los sonidos más agradables: hay que buscar el tono por tanteo, pero la construcción es sencilla.

Núm. 6. *Piano geológico*: consiste en fragmentos de piedra de chispa, colgados según se indica; golpeados con otras piedras producen sonidos intensos



y cristalinos, es difícil hallar todos los tonos, pero cuando se consigue obtener una octava, esas piedras ofuscan con su sonoridad las mismas notas de un piano de cola.

Núm. 7. *El rascador universal*: este sencillo instrumento de percusión sirve para hacer vibrar las cuerdas, sustituyendo la pequeña pinza de concha



de los bandurristas ó el toque triangular de que se valen los japoneses para tañer el *samien*: se hace de caña, y los distintos calibres que ésta presenta se prestan maravillosamente á todos los tamaños, formas y proporciones.

Esta serie de instrumentos sencillos y raros, podría prolongarse indefinidamente.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

TO-MA-TE

Solución á la araña enigmática:

La araña es el vicio; la mosca el hombre incauto

Solución al logogrifo numérico:

AVISPA

Solución al rompe cabezas:

Los amantes de Teruel

CHARADA

Vocal verás mi *primera*,
segunda preposición,
nota musical *tercera*;
el *todo* es niña hechicera
que adora mi corazón.

JUAN NONITO.

TRIÁNGULO

Combina veintiocho letras
de modo que leer consigas,
bien sea en horizontales,
bien en verticales líneas;
un animal que se arrastra;
unas flores amarillas;
una planta muy hermosa
que á todo el mundo cautiva;
un verbo en infinitivo;
una modesta hortaliza;
un pronombre personal,
y por fin letra que indica
cierto número romano.

Con que... ¿á ver quién lo adivina?

J. SOLER FORCADA.

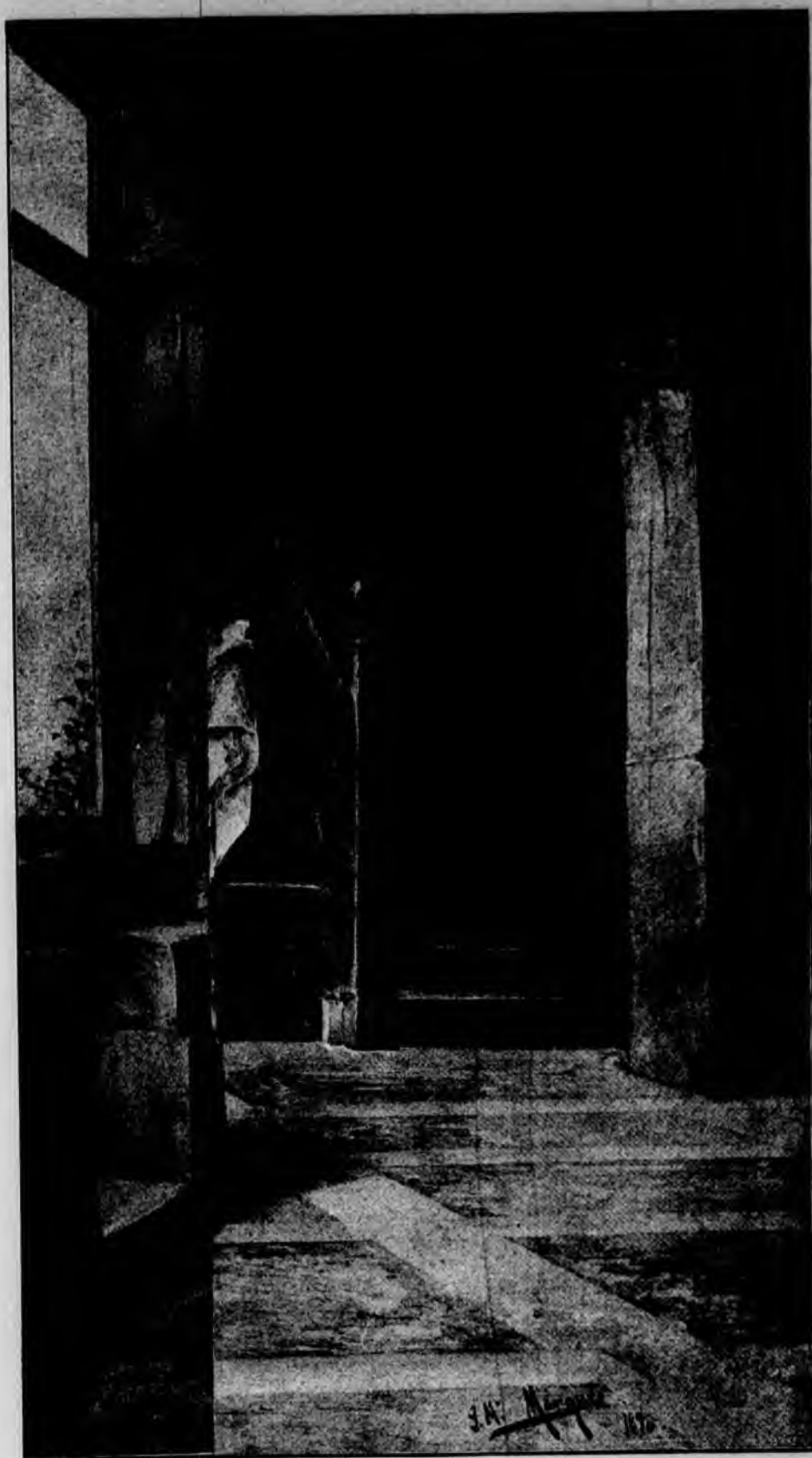
ESTRELLA

D	V	A
.	.	.
S	O	A
.	.	.
C	A	S

Sustituir los puntos por letras de modo que resulte el nombre de dos capitales españolas, un apellido y un nombre de mujer.

J. ORTEA.

NOTA.—Siendo muchas las composiciones para Recreos que recibimos de nuestros suscriptores, es imposible publicar en esta Sección la mayor parte de ellas; rogamos, pues, á los que nos favorecen con el envío de dichos trabajos que tengan en cuenta dicha circunstancia y envíen combinaciones *no numéricas*, pues preferiremos las composiciones más cortas, originales y variadas.—(N. de la R.)



Ayuntamiento de Madrid



LECCIÓN DE CATECISMO. — ¿CUÁNTOS DIOSES HAY?
CUADRO DE JOSÉ M.^o MARQUÉS

Ayuntamiento de Madrid



CONSOLITA

QUÉ mujer!

Toda corazón.

No puede ver una desgracia ocurrida á un animal, sin considerarla como propia. Lloro como una chiquilla cuando lee en la prensa periódica, por ejemplo, la noticia de la intoxicación de varios perros, por los dependientes del ayuntamiento, ó el número de caballos muertos en la última corrida de toros.

Doña Consolación ó Consolita, según, á ruego de ella misma, la nombran su criada y las amigas, es una paloma sin hiel, pero mayor de edad.

Una señora completa.

Es decir, completa no, porque nada es completo en este mundo, y á Consolita «la falta su marido.»

Es viuda en defensa propia; porque su esposo fué un hombre terrible, de carácter violento, y la sacudía, de cuando en cuando, simbólicamente, según él; vamos, en prueba de cariño.

Con que ella, al decir de malas lenguas, le mató á sofocones.

Ama á los animales, en general, y amaba á su marido, en particular.

—¿Y cómo no, si aun los insectos me seducen? suele exclamar ó declamar Consolita.

Tiene en su casa, en pequeño y contra la voluntad del propietario de la finca, quien ya la ha suplicado varias veces que se mude ó que renuncie á la compañía, pajarera, palomar, gallinero, conejos de campo y urbanos ó sea de Indias, un loro, un gato de Angola, un perro con gabán de pieles de esos de Terranova, un ruiseñor, un grillo, un mono de cría y varios peces de colores.

Aprovechando la estancia en Madrid de un francés «domesticador» de pulgas, presentadas por él al público, é instruidas en equitación y gimnasia higiénica, quiso comprar Consolita aquellas artistas para criarlas y conservarlas.

En una ocasión compró á un domador de fieras, que funcionaba en un circo de Madrid, un cachorrito, recién nacido de una leona, que formaba en la colección del mencionado domador.

Cuando le llevaron á su casa, le dejó suelto y en libertad.

El esposo de Consolita había salido.

TOMO II.—93.

De regreso en su domicilio, encontró á su mujer encerrada en el tocador.

La criada, que estaba igualmente en su habitación, salió y abrió apresuradamente la puerta.

—No pase usted, señor, dijo trémula.

—¿Qué ocurre? ¿Y la señora? preguntó el esposo de Consolita.

—Encerrada en su tocador.

—¿Pero por qué?

—Porque *ese*, respondió dificultosamente la muchacha, el perrito, que decía la señora, ha devorado al gato.

Pero no escarmentó por esto ni perdió su afición á los animales, ni deshizo la colección que poseía.

Al contrario.

Ha nacido para los animaies.

Es la madre adoptiva de cuantos trata.

Ver á un perro pobre, en la «vida» pública ó en la vía, hablando con menos elegancia y corrección, y no socorrerle, sería para ella un martirio.

Cualquier gato huerfanito, abandonado por la familia de su madre, ó sea por los dueños de la gata matriz, halla acogida en la casa de Consolita.

Consolita les sirve de madrina y aun de madre no política.

Recibía todos los jueves á los amigos y á las amigas, en su «domicilio-menagerie.»

Pero amigas y amigos, todos protectores de animales menesterosos.

Había conversación y música.

Una de las amigas, que tenía por boca un tornavoz ó una boca de calle, cantaba.

Viéndola se explicaban los concurrentes que hubiera alcanzado una ovación, en algún concierto vocal, en teatros particulares.

Tenía voz de ocarina.

Uno de los concurrentes tocaba la guitarra por convicción y sin principios.

Pero tocando era un «mozárabe,» que decía Consolita, queriendo decir «un Mozart,» por más de que, hasta ella, nadie había reconocido esa gracia del ilustre maestro.

El mencionado contertulio de la viuda hacía hablar á la guitarra, aunque mal, cosas feas.

Otro de los amigos de la casa escribía odas y elegías ó herejías en verso, siempre «sobre asuntos de animales, domésticos ó no.»

Leía con entonación tan triste como si estuviera condenado á lectura perpetua de poesías fúnebres.

Otro de los concurrentes ejecutaba en el violín piezas clásicas, así como la *mandolinata*, la marcha fúnebre de *Cachupin* y algunas de su invención.

Entre éstas, una, titulada por su autor, *A través de la sierra*: una partitura, según él creía y la clasificaba.

Y, efectivamente, la música tenía «color de localidad.»

Se oía, sin que el autor lo hubiera escrito, ni aun pensado, el rechinar de las ruedas de las carretas, subiendo ó bajando por la sierra.

Verdad es que el profesor que había compuesto aquella pieza campestre, lo mismo que manejaba el arco del violín habría podido manejar la vara, guiando á una pareja de bueyes, uncidos en una carreta.

Otro de los amigos de Consolita hacía de prestidigitador y escamoteaba con limpieza y aseo, aun cuando en algún juego le sorprendían *in fraganti*.

Una pensionista, de las de la reunión, echaba las cartas, aunque con rubor y timidez, y cantaba *flamenco*.

Pero aquellas reuniones deliciosas, que terminaban con modesto *lunch* para las personas,



y una cena opípara, distribuida entre los animales, á la vista de los concurrentes, lo mismo que los domadores terminan los espectáculos, en ciertas horas, con la comida de las fieras, se desbarataron.

Las amigas y los amigos de Consolita dejaron de asistir á las recepciones, por causa de las pulgas.

—Hijo, me confesaba una señora que, por cierto, estaba enamorada del violinista, yo me retiré de aquella casa porque siempre había algo picante.

—¿En las conversaciones? la pregunté.

—No, señor, respondió, en todo el cuerpo, y en las piernas particularmente.

Los animales abusaban también de los amigos de la casa.

Una vez el perro de Terranova se levantaba de manos y, jugando, las apoyaba en los hombros de algún caballero y le sentaba *sur le tapis*.

Ya se presentaba en la sala el mono con un sombrero de copa en la mano, haciendo monerías.

Era el sombrero perteneciente á uno de los contertulios de Consolita.

Ésta celebraba las gracias de sus animales.

—Señora, dijo una noche el dueño del sombrero agraciado ó desgraciado, si esto vuelve á ocurrir, estrangulo al mono.

—¡Ave María, hombre! replicó la dueña del *titi*. ¡Qué carácter!

Aquella fué la señal de la dispersión.

—Señora, se lamentaba un día la criada, el loro me ha picado en un dedo al darle los garbanzos, y me ha lastimado.

—Es muy *monín* y muy travieso, respondió Consolita riendo.

—¿Y eso la excita la risa?

—Ya lo creo.

—Bueno; pues mire usted, replicó la muchacha, que estaba ya muy harta de vivir entre animales; déme la cuenta ahora mismo, que me voy. Me parece que entre el loro y yo...

—El loro, terminó resueltamente la señora. No se compare usted con él, fregona.

—Yo soy fregona, pero usted es una *cursile* adulterá por los bichos.

—¿Eh?

—¿Se apuesta usted, tía *chiflá*, á que retuerzo el pescuezo á tos los animales y después á usted?

—¡Ay, qué mujer tan infame! exclamó alarmada Consolita.

—¡Luego dicen que hay criadas malas! Si está haciendo falta todos los días un escarmiento: un ejemplar de ama escabechá; un día sí y otro no cuando menos.

Desde entonces, al recibir á una criada, lo primero que la encarga es el cariño á los animales.

—Usted no se compare siquiera con ellos, la dice; yo soy algo violenta con las personas; pero es un defecto de carácter; en el fondo, una malva; se me pasa en seguida la indignación y en paz. Eso sí: para mis pobrecitos bichos no tengo jamás una mala razón.

El principal cuidado de Consolita era el de mudar el agua á sus peces, para que la criada no cometiera alguna barbaridad.

En días de sol claro, sacaba las dos peceras, donde los conservaba, y las ponía en un balcón.

—Así creen ellos, pensaba, que gozan de su autonomía en un estanque.

Pero llegó un día ¡día terrible! en que todo acabó: autonomía y peces.

Pasadas las horas reglamentarias de recreo, Consolita, la cariñosa é infatigable protectora, se dirigió al balcón, donde suponía que estaban los inocentes pececillos para preservarlos del fresco de la noche, y vió que el agua no era agua, ó por lo menos agua limpia.

—¿Qué es esto? se preguntó en voz alta.

Examinó minuciosamente una pecera, y después la otra, y convulsa y ahogándose de dolor, se apartó horrorizada.

Los peces se habían vuelto negros con vetas.

Una sospecha terrible la ocurrió.

—¡Fritos! ¡fritos! repetía trémula y convulsa.

Y en seguida empezó á llamar á gritos á la criada y á pedir socorro.

Algunos vecinos se asomaron á los balcones para enterarse de lo que ocasionaba aquellas voces.

La criada acudió inmediatamente.

—¿Qué ocurre, señora? preguntó asustada.

—Una desgracia horrible.

—Pero tranquilícese usted.

—¿Que me tranquilice? Vén aquí, mira ¡mira! gritó.

Y diciendo esto, asió de un brazo á la criada y la aproximó á las peceras, diciendo con voz cavernosa y actitud dramática, por lo menos:

—Recréate en esa hecatombe.

—¡Ay! ¡los peces de alivio de luto!

—¡Animal! rugió Consolita.

—Señora; si yo creo, Dios me perdone, que están fritos los pobrecitos.

—¡Sí, fritos! ¡fritos alevosamente! clamaba furiosa la madrina de los peces.

Y luego, aproximándose á la sirvienta como si fuera á devorarla con la vista, la preguntó:

—¿Tú has tocado á las peceras?

—Señora; ni me he acercado á verlas siquiera hasta ahora, en los días que han pasado desde que entré en la casa.

—Lo creo; tú pareces una chica honrada y sensible, rectificó la madre de los animales.

—Vea usted, señora, vea usted; si el agua tiene ojos.

—¿Qué dices, mujer?

—Los ojos que forma el aceite en el agua.

—Sí; ya no cabe duda; están fritos. ¿Pero quién ha entrado aquí?

Consolita enfermó; y en poco más, va á reunirse con sus peces, como ella pedía, delirando, en las horas de fiebre.

Era para perder el juicio el estudio de aquel fenómeno químico ó físico.

O, mejor dicho, fenómeno de sartén.

¡Unos peces que se suicidan!

¡Unos peces que se frien solos!

La criada del segundo izquierda había sido la autora del hecho.

La del picotazo del loro, que servía á la sazón en el piso segundo y en el cuarto correspondiente sobre el de su ama antigua, que era el principal de la izquierda.

Para conseguir el fin que se proponía, valiéndose de un hilo y un anzuelo, fué pescando desde el balcón los pececillos que «jugueteaban» en sus estanques de cristal, colocados en el balcón de Consolita, y, después de freirlos, se los devolvió.

Así se vengó aquella traidora de la que había sido un tiempo su ama.

Tropezándose en la escalera con la nueva criada de la viuda, la preguntó:

—¿A dónde va usted tan ligera?

—A buscar un médico para la señora, que se ha puesto malita de repente, respondió la sirvienta nueva con afectada pesadumbre.

—¡Ay pobrecita! exclamó la pescadora de afición, ¿y qué tiene?

—Un disgusto muy grande que ha pasado: figúrese usted que se le han frito en el balcón unos peces de colores.

La criminal soltó una carcajada.

—¿Se ríe usted?

—Créame usted á mí y no avise á un médico para la señora; á quien debe usted avisar es al «vetelinario;» vamos, médico pa los animales. ¿No ve usted que es la «divilidad» de su señora, según dicen?

Cuando Consolita recobró la salud, uno de los amigos á quienes consultó, hombre muy instruído que se leía tres ó cuatro periódicos políticos todas las mañanas, la explicó el fenómeno de los peces con envidiable sencillez.

—¿Usted los expuso al sol el día del eclipse? la preguntó.

—¡Ay, sí, señor! respondió la viuda.

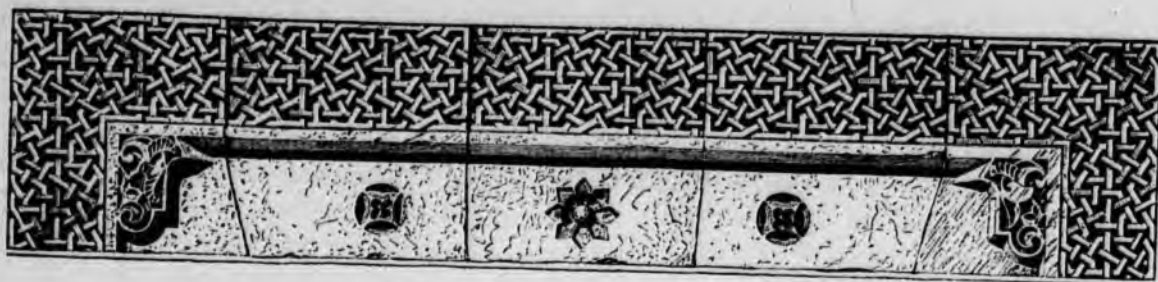
—Pues no lo atribuya usted á otra cosa.

EDUARDO DE PALACIO,



PAÍS DE HOLANDA

CUADRO DE JOSÉ M.^a MARQUÉS



FELIPE EL GATO

(CONCLUSIÓN)

IV

No es más que un juego, señora, amada mía, dijo el grueso capitán, cuando los arque-
ros se hubieron llevado á Marión.

Y apretaba la mano de la niña deshecha en lágrimas:

—No es más que un juego de escondite. Volverá luego, ¡os lo juro! Me contaréis vuestra
bonita historia y en seguida, después, os lo aseguro, os devolveré á Marión.

—¿Es cierto? preguntó la niña. ¿Realmente no es más que un juego? ¿Volveré á verla
luego?

—¡Vaya que sí, monina! Contadme sólo la historia de la Doncella.

—Érase en otro tiempo... empezó la niña.

Empero le ocurrió una duda, y miró indecisa y con curiosidad á Hungeford.

—¿Qué pasa? dijo el soldado.

—¡Es que Marión me prohibía que la contase... mi historia!

La impaciencia nubló la frente de Hungeford.

—Y yo os lo mando, dijo. Yo soy vuestro gobernador, y Marión no es más que vuestra sir-
vienta. Y para castigarla por su insolencia, no volverá aquí que no me hayáis contado la fábula.

Las lágrimas asomaron en los ojos de la niña.

—Creía que era un juego, dijo.

—Un juego es, en efecto. Pero me parece que se juega demasiado bien.

Hungeford tenía el aire tan sombrío que la niña, sobrecogida de respeto y de miedo,
empezó muy de prisa á contar su historia con una voccecita clara y fatigada.

—Érase en otro tiempo, decía, y había un hermoso país—es la Francia—y los ingleses lo
tomaron y se lo quedaron. Y luego Dios estaba enojado con los ingleses, que son los más
fuertes, porque hacían la guerra á los buenos franceses en vez de hacerla al Turco. Y luego
había una hermosa niña, y Dios le dijo que se fuese á echar á los ingleses y que le daría en el
cielo la mitad de su reino. He ahí que toma una espada y una bandera y monta á caballo para ir
á la guerra. Como es virgen, las armas nada pueden contra ella: por lo tanto triunfa siempre.
Además, ¿sabéis? Dios la protege. Y mientras se pasea por los zarzales, echa á los ingleses
¡lejos! ¡lejos! ¡hasta el mar! Y cuando los habrá echado hasta el mar, se pondrá un hermoso
vestido color de cielo, tenderá su mano bella y santa al rey de Inglaterra, con su voz dulce y

sin odio le ofrecerá la paz, y se casará con el príncipe más hermoso del país. Luego las dos naciones serán como dos hermanas; harán la guerra al Turco y le meterán en un oscuro calabozo; libertarán el Santo Sepulcro; todo el mundo estará contento, y franceses é ingleses serán tan felices los unos como los otros... No es tan bonito como me lo cuenta Filipón, ¡porque estoy tan cansada esta noche! Pero el sentido es el mismo, me parece.

—¿Quién es Filipón? dijo Hungeford mordiéndose la barba.

—¡Oh! ¡Ya lo sabéis, Hungeford! Es mi buen Filipón el arpista... *¡Felipe el Gato!*

Y la niña se reía con su risita aguda y enfermiza.

—¿Sabéis? ¡El hombre de los ojos azules que vive en la esquina del muelle de San Luis!

—¡Calle de Humphrey! dijo á pesar suyo el capitán.

—¡Oh! ¡aquí decimos siempre el muelle de San Luis!

El capitán reprimió un movimiento de cólera, se levantó y dijo:

—Os he prometido vuestra nodriza, princesa mía. Voy á enviárosla, pues veo que no podríais pasaros sin sus cuidados. Pero, sea lo que fuere lo que oyereis cuando vuestro viejo Hungeford no esté aquí, no olvidéis, señora, que sois de la sangre real de Inglaterra. Rogad por vuestro padre para que venza á sus enemigos. ¡Que Dios os guarde, señora, amada mía! ¡Que Él os conserve pura de toda infamia y de toda traición! ¡Que Él os guarde como á Daniel en la cueva de los leones! ¡Adiós!

Y el capitán salió bruscamente.

V

Dos hombres de armas acompañaron á Marión hasta la puerta de la cámara. Entró sola y, arrodillándose precipitadamente, murmuró al oído de Antígona:

—¿No has dicho nada?

—Sí, por cierto, dijo la niña; me he visto obligada á decirlo todo. Él me decía que no volvería á verte antes de que hubiese contado mi historia. Por consiguiente, ya puedes pensar que lo he dicho todo bien de prisa.

Marión apretó la niña entre sus brazos y la abrazó conteniendo un sollozo.

—Niña, niña, ¿tendré tal vez de arrepentirme de haberte librado de la muerte?

La niña, rendida de tantas emociones, se echó á llorar con el desconsuelo de los niños que sufren. Por vez primera Marión no le prodigaba sus consuelos. De pie, delante de la ventana, concentraba su pensamiento sobre lo que acababa de pasar. Procuraba tranquilizarse, diciéndose que en realidad la niña nada sabía de la conspiración. ¿Cómo habría sabido que, aprovechando lo reducido de la guarnición, una parte de la cual acababa de ser llamada para socorrer al ejército inglés en el centro, debían introducirse los defensores del monte Saint-Michel en la fortaleza de Cherburgo?

¡Qué fatalidad, empero, que las palabras de Antígona hubiesen dado á conocer á Hungeford el nombre del arpista, alma de la conspiración! Él era quien, con sus cantos patrióticos, excitaba á los campesinos del Cotentino á la rebelión. Él era el que se encargaba de la correspondencia entre algunos señores normandos que se habían quedado en Cherburgo y los heroicos defensores del monte Saint-Michel; él era el que llevaba de granja en granja, de casa en casa, la noticia de las milagrosas victorias de Juana de Arco... ¡Si se le ocurría á Hungeford la idea de registrar la casa del arpista!... Marión se estremeció. ¡Cuántas vidas inocentes y nobles pagarían la indiscreción de una niña! Era preciso, sí, era preciso rasgar cuanto antes el fatal documento escondido en la casa, demasiado accesible, del arpista; era preciso avisarle el peligro que pendía sobre su cabeza.

Estaba el crepúsculo ya al caer: las puertas del castillo debían hallarse cerradas. ¿Cómo salir? ¿Cómo dar la alarma? Mañana por la mañana sería quizás demasiado tarde. Además, mañana por la mañana sería sospechosa á toda la guarnición, pues los hombres de armas que

hacia un momento la habían tan presto encarcelado y tan pronto soltado, no guardarían el secreto. Preciso era aprovechar los últimos instantes de su indiscutible autoridad como aya de la hija del duque. Envolvióse en su manto, salió y bajó la escalera. La puerta del primer circuito del castillo estaba abierta todavía; la segunda estaban á punto de cerrarla; dejáronla pasar sin decir una palabra. Mas la tercera estaba ya atrancada, los puentes levantados y la guardia dispuesta para la noche.

Marión se acercó al jefe de guardia.

—La niña no está tan bien, le dijo. Quiero ir á buscar una droga á casa de Nora, la nigromántica; pero los puentes están levantados. ¿Tomaríais bajo vuestra responsabilidad el dejarme pasar? Porque temo que la niña muera durante la noche por falta de auxilio.

—Debía haberse pensado antes, refunfuñó el hombre.

—Hasta esta noche seguía bien, dijo Marión; pero ha reído demasiado con el capitán, y le ha sobrevenido una congoja así que él se ha marchado.

—Pues bien; mostradme un salvoconducto del capitán.

—¡Ah! ¡no, por cierto! exclamó la nodriza. Él me encajaría otra vez sus seis médicos de ultramar. Bien sabéis que no quiere oír hablar de la nigromántica, que, sea como fuere, ha salvado la vida de la niña.

—Es verdad, dijo el otro.

Y anduvo algunos pasos en silencio.

—Después de todo, se trata de la hija del duque... y yo os conozco desde hace nueve años, señora Marión. A no ser así...

Y empezó á desatar las pesadas cadenas.

—Lo que estoy haciendo es casi un caso de muerte. Espero que guardaréis el secreto, nodriza.

—¡Oh! en cuanto á esto, dijo Marión riendo, os lo prometo. Ni vos tampoco digáis nada á nadie.

Y ella reía con una risa nerviosa.

—Os doy gracias por vuestra bondad.

Ya estaba fuera de la fortaleza y se fué á la calle casi sonriendo. No le gustaba mentir, pero era mujer y encontraba gusto en burlar á un tirano cándido. Gracias á su astucia, iba á salvar la vida de mucha gente... Atravesó de prisa los muelles hasta llegar á la esquina donde se hallaba la vieja casa de Felipe el Gato.

Todo en ella era oscuro y desierto. Marión llamó tres veces en voz baja; nadie contestó. Empujó la puerta de roble y entró en una gran sala destartada, débilmente iluminada por la puesta del sol. Miró hacia un rincón: el arpa no estaba allí. Felipe, pues, había partido, tal vez lejos, lejos en el Cotentino. Dió un suspiro como si se sintiera aliviada y recordando el verdadero objeto de su visita, se fué con paso rápido al hogar, arrodillóse, levantó uno de los ladrillos y sacó una docena de hojas de papel que estaban allí escondidas. Eran listas de personas, inventarios de armas, indicaciones de hora y lugar, y toda la correspondencia entre los conjurados de Cherburgo y los defensores de la isla. Marión escondió en su seno estos papeles de vida y muerte, volvió á poner cuidadosamente en su sitio el ladrillo que los escondía; salió sin meter ruido y continuó su camino en dirección al mar.

La marea estaba alta; grandes olas batían los bordes del muelle: ¡nadie! Bajóse, cogió una pesada piedra, atóla á los papeles con la cinta de sus cabellos, y, con más fuerza que la de un brazo de mujer, lanzó al seno agitado de la Mancha el secreto de la patria renaciente.

VI

De vuelta á la fortaleza, la especie de alivio que había como inundado el corazón de Marión durante su peligroso trayecto, la abandonó súbitamente y volvió de nuevo á sentirse inquieta, desolada y llena de angustia.



La mayoría de los conspiradores estaban ahora al abrigo de toda prueba; pero no había podido avisar á Felipe. La idea del peligro que corría Felipe la volvía loca; nada había hecho, puesto que no le había salvado. ¿Dónde estaba? ¿Y cómo encontrarle en plena campiña? ¿Cómo hacerle saber que debía á toda costa mantenerse lejos de Cherburgo? ¿Por qué lado buscarle? ¿Del lado de Caen? ¿De Granville? ¿De San Ló? Marión cerró dolorosamente los ojos esforzándose en recoger el pensamiento. No veía más que á Felipe, su andar jadeante y pesado por la carga del arpa, su rostro sombrío y soñador con ojos de un azul pálido llenos de melancolía, y su tímida y dulce sonrisa. Vió con el pensamiento sus grandes facciones debajo su espesa cabellera rizada de celta. Por vez primera encontró que era hermoso, que le amaba profundamente, y que cada rasgo de su cara estaba grabado al buril en su corazón de mujer.

Le vió luego en alguna granja solitaria, en medio de un centenar de campesinos que habrían acudido á la cita, bien sabían ellos con qué riesgo, para discutir los detalles del próximo levantamiento. ¡Dios mío! ¿cómo se defendería este hombre protegido hasta ahora por su sola simplicidad? ¡Ah! él no conocía la astucia ni sabía esconderse. Sólo sabía cantar algunas canciones comprometedoras; contar algunas historias, cada una de las cuales podía costarle la vida; señalar el dintel de los amigos con la misteriosa cruz francesa, y esconder en su seno de pájaro mensajero la correspondencia más secreta y más peligrosa del mundo.

Arrojóse desconsolada á los pies de un enorme crucifijo de plata dorada que velaba la cama de la pequeña princesa. ¡Jesús! ¡Jesús! ¿cómo proteger á este hombre cuyas únicas armas, su aspecto inocente y como de niño, habían sido descubiertas por una criatura inconsciente? ¿Cómo luchar contra Hungeford para salvar la vida del pobre cantor?

Marión lloraba amargamente. De repente le pareció que le decían un nombre al oído: «Domingo Martín.» Era el nombre de un buhonero de teriaca, hijo de uno de los numerosos inmigrantes irlandeses que formaban una parte tan grande de la población de Cherburgo.

Como era del otro lado del mar, pasaba por fiel á los ingleses, pero Marión sabía que estaba muy iniciado en los secretos de Felipe, y que era un conspirador de raza, hábil y audaz, por lo cual resolvió mandarle al día siguiente á avisar al arpista.

—Puede ir por todo el país sin infundir sospecha y sabrá encontrarle. Iré mañana cuando vaya á misa.

Súbitamente tranquilizada con la idea de la posibilidad de socorrerle, Marión se dejó caer sobre las gradas argentinas del crucifijo. Durmióse; pero en su sueño parecióle que la cabeza del Cristo se transformaba en humana, que los ojos se dilataban, vagos y abstraídos, que las facciones se contraían de dolor; sólo la boca conservaba siempre su sonrisa toda de amor y compasión... Era la cabeza de Felipe el arpista que se inclinaba un instante desde la cruz, y que llevaba por una hora en la frente las eternas espinas del Dios inmolado.

VII

Mientras Marión soñaba con el arpista, el capitán del castillo trabajaba para arrestarle. Hacía ya unos diez días que seguía la pista de una vasta conspiración tramada contra los ingleses. Empero sus sospechas no habían recaído ni aun remotamente en el arpista, tonto y tímido, con su bondadosa sonrisa. Felipe entraba libremente en la fortaleza, iba y venía cuando quería. Las palabras de Antígona habían iluminado súbitamente á Hungeford sobre el papel de aquel juglar insignificante.

—¡Espía! murmuró él; el plano del castillo está, desde hace meses, en manos de los defensores del monte Saint-Michel.

Estos pensamientos le habían asaltado así que salió del cuarto de la niña. Más tarde, al anochecer, mandó sus arqueros para prender á Felipe el Gato. Mas el pájaro había volado, y se desquitaron con un joven irlandés á quien encontraron en el acto de meter un papel debajo de un ladrillo del hogar. El muchacho tuvo tiempo para tragarse el billete: el escondrijo estaba

ya vacío, y los soldados, contrariados por el escaso éxito de su comisión, llevaron al prisionero delante del capitán.

El irlandés temblaba como un azogado; pero miró á Hungeford con una llama casi impertinente en sus ojos de fiera apresada.

—¡Ah! dijo el capitán, es el buhonero de teriaca. Hace tiempo, amigo mío, que tengo los ojos puestos en tí... Está bien, añadió haciendo un signo á los soldados; id á aguardarme en la sala. Si os necesito, golpearé tres veces el suelo con mi espada, y vendréis al momento.

Los hombres armados se alejaron; Domingo Martín sonrió y, con voz á la vez audaz y servil, dijo:

—¿Así, pues, vuestro honor se digna comprar algún objeto de mi humilde pacotilla?

Y se arrodilló como para deshacer su paquete.

—Sí, contestó Hungeford impasible. Quiero comprarte la dirección de tu amigo Filipón el Gato.

Domingo se estremeció.

—¿Filipón? tartamudeó él.

—Sí, dijo Hungeford. Para colgarle mañana por la mañana.

—¡Pero si yo no sé nada! exclamó el irlandés.

—Entonces te obligaremos á que sepas.

El buhonero miró la habitación, desde el suelo hasta el techo, como una fiera que se apresta para saltar. No había medio de huir. Entonces, como si le aplastara la vergüenza, dijo en voz muy baja:

—Está en el camino de Granville, en casa del arrendador de Serizy, al lado de la abadía.

Hungeford le sondeó un instante con su penetrante mirada.

—Está bien, dijo; al levantarse el día conducirás allí á mi gente.

El buhonero escondió el rostro entre sus manos.

—Y si tu arpista no está allí, prosiguió el inglés con su voz igual, te colgaremos á tí en su lugar delante de la abadía.

Domingo volvió á caer súbitamente de rodillas, exhalando un largo quejido.

—¿No tenéis, pues, entrañas, vosotros los ingleses?

Hungeford soltó una risa breve y altanera.

—¿Para los traidores? No, amigo mío, ni para tí ni para tu condenado Filipón, ¡pardiez!

Hubo un instante de silencio. El inglés prosiguió:

—¿Por qué preferirías la vida del arpista más que la tuya? Tú no tienes honor... Habla, y te perdono, dijo levantando la espada; y si no hablas, ésta te obligará.

Domingo seguía callando.

—¡Llamol dijo el capitán. Y dejó caer ruidosamente la espada sobre el pavimento.

Un gran temblor sacudió al pobre buhonero. El inglés sonrió y levantó la espada por segunda vez. Entonces, pálido como la cera, gritó el otro:

—Está en casa de Colín Gadet, al Gros-Guesnoy, cerca de Caen.

VIII

Al día siguiente, cuando Marión quiso salir del castillo, se le advirtió que por orden del capitán debía permanecer retirada en la torre de madame Antígona. Allí era ella dueña; pero si salía sería en seguida considerada como prisionera que se fugaba. La pobre mujer se consumía en aquella torre. Los días se deslizaban interminables sin que llegase hasta ella ninguna noticia del exterior. Su única distracción consistía en pasearse por el tejado de la torre al amanecer, bajo el sol ardiente de la tarde, ó también al anochecer, mientras que la niña convaleciente dormitaba. Marión veía entonces á sus pies, pero ¡cuán cambiados y casi difíciles de conocer desde aquella altura! los muelles y las calles de Cherburgo. La gente iba y

venía, se paraba y se agrupaba; mas toda esta población de sombras anónimas y diminutas se convertía en desconocida para aquella que no podía distinguir las caras ni cambiar una palabra con ellas ni oír un grito tan sólo. ¿Qué era, pues, lo que le interesaba de aquella tribu de átomos negros? La comunidad de sentimientos iba apagándose poco á poco en su corazón; las ideas de patria, de acción y de rendición palidecían é iban volviéndose inciertas y lentas, mientras que otro sentimiento, hasta entonces inconsciente, se acentuaba cada día más, se desarrollaba misteriosamente y llenaba su soledad. Era una pasión humana y ardiente por Felipe el arpista. Ya no era la Francia por la que ella ansiaba sacrificarse; si Felipe vivía, ¿qué le importaba todo lo demás? ¡Ah! ¡qué loca había sido de animarle, casi de empujarle á tales peligros! Si él moría... No podía terminar el pensamiento: el espanto la helaba: le parecía que Felipe estaba ya muerto. Mas no podía creerlo, y la esperanza renacía incesantemente aun en medio de sus angustias, pues le parecía que la fuerza y la realidad de la pasión que sentía eran como una viva prueba de la existencia de su objeto.

Un día, como mirase al patio desde la ventana de Antígona, vió á Domingo Martín que hablaba con dos soldados. Hízole un signo imperioso, pero él no miraba hacia aquel lado. Entonces, loca de ansiedad, se llevó las dos manos á la boca y gritó como con una bocina:

—¿Vive todavía?

Domingo volvió la cabeza y la miró tristemente. Puso el dedo índice en los labios, movió la cabeza con sentimiento y se marchó como á la fuerza.

Tres días después, cuando subió al tejado de la torre, un poco antes de amanecer, vió frente de ella, en la torre del centro, una lanza que sostenía un jirón ensangrentado: era la cabeza de algún francés. Miróla fijamente largo rato y con intensidad... luego cayó desmayada. Empero el aire fresco de la mañana le devolvió el conocimiento; la sangre volvió á circular en sus venas aterrorizadas... Le parecía estar viendo, como en un sueño, la cabeza del Cristo que se inclinaba pálida y ensangrentada. Los ojos estaban abiertos tristemente y miraban lejos, lejos á través de la campiña de Francia, que no había podido libertar. La boca estaba abierta. Abrió Marión del todo los ojos, vió el jirón rojo y descabellado levantado en la lanza y prorrumpió en la carcajada horrorosa de la locura. Era la cabeza de Felipe el Gato.

El mismo día el capitán Hungeford, con los auxiliares de la justicia, procedía á la venta de los bienes del decapitado. ¡Cuál sería la extrañeza de aquellos funcionarios cuando en la guarida del jefe de la conspiración encontraron por todo mobiliario un arpa! Era toda la fortuna del revolucionario. Púsose, empero, á subasta esta arpa tan temible. Mas, fuese lástima al muerto ó temor del Señor, nadie se presentó á comprarla. Por último, un cura de aldea pidió que se la diesen y que rogaría por el alma del difunto. El instrumento fué entregado al anciano sacerdote. Uno y otro estaban ya muy viejos y usados. Uno y otro, empero, poseían un principio de larga vida... pues, veinte años después, el 12 de Agosto de 1450, en una antigua capilla, cuando por vez primera se entonó el cántico de la redención que se canta hoy todavía, una vez al año, en todas las iglesias de Normandía, un anciano sacerdote tocó el canto de triunfo en el arpa desafinada de Felipe el Gato.

Hæreditas patrum nostrorum injuste ab inimicis nostris aliquo possessa est. Nos vero, tempus habentes, vindicamus hæreditatem patrum nostrorum (1).

M.^{me} JAMES DARMESTER.
(Mary Robinson).

(1) La herencia de nuestros padres fué poseída en otro tiempo, injustamente, por nuestros enemigos; pero nosotros reivindicamos la herencia de nuestros padres.



«Dichosos los que mueren
en el Señor»

CUANDO, con dolor profundo,
veo que, mirando al cielo,
se resigna el moribundo,
y el que se queda en el mundo
gime y llora sin consuelo;
como un vértigo me da,
sin que reprimirlo pueda,
y exclamo:—No hay duda ya:
¡Ay triste del que se queda!
¡Dichoso del que se va!!—

J. FEDERICO MUNTADAS.



EL SOL EN LA CASA

NOVELA

POR

MAURICIO DE REICHENBACH

HEM! querido barón, para terminar: usted ha asistido á demasiadas comidas opíparas, bailado demasiadas noches, bebido demasiadas copitas, y además de esto, tal vez, ha trabajado bastante seriamente en sus ocupaciones ministeriales, pues le acuso de ser algo ambicioso, ¿tengo razón?

—Creo, señor doctor, que su diagnóstico es acertado.

El anciano se rió y movió un par de veces la cabeza como si quisiese imponerse á sí mismo su propio parecer.

—Antes de ser el médico de su abuelo de usted, éramos ya compatriotas, ambos prusianos. Conocí á su padre cuando tenía tres años, por consiguiente, puedo juzgarle á usted. El estudio de la transmisión y adaptación es el lado más interesante de nuestra profesión, tan desagradable por varios conceptos. Usted tiene la ambición y la sensibilidad de su padre, disposición á disfrutar de los placeres que tenía su abuelo, y á pesar de todo esto la blandura de alma que ha heredado de su madre. No mueva usted la cabeza; ya sé que todo se halla cubierto con la espesa capa del polvo del hastío, propio de la vida de la corte; quizás de vez en cuando se note en usted algo del frío cálculo de su abuela, pero esto no es más que un matiz en la escala de colores de su ser. Pero, dispénsame usted; estamos divagando; vamos al grano. Usted tiene, en general, buena salud; el dolor de cabeza frecuente y las demás molestias provienen de la agitación de los nervios, y si quiere usted que le dé un buen consejo, váyase á los baños de mar en el Norte; pero si es posible ni á Ostende ni á Norderney, sino á un lugar donde no encuentre usted la misma sociedad que aquí en Berlín. Algún descanso, pensar sólo en usted, y dejar obrar la naturaleza sin fatigarla con tabaco turco y almuerzos rociados con champagne; esto es lo que usted necesita. Debe usted ir, pues, á Borkum.

—Pero, doctor, ¡aquello debe ser aburridísimo!

—Tanto mejor; yo estuve allí el año pasado, y me gustó. Ahora haga usted lo que le plazca; pero si dentro de cuatro semanas no se me presenta con mejor color y con los nervios más tranquilizados, busque usted otro médico, pues será señal de que no habrá seguido mi tratamiento. ¡He dicho!

Con esto terminó la consulta, y el barón Ernesto Stevenschütz abandonó el gabinete del doctor.

—¡Qué viejo tan original! pensó el barón Ernesto medio enojado con el doctor mientras cerraba tras sí la puerta de la casa.

En el primer remanso de la escalera convenci6se de que el anciano habia estado acertado al hablar de sus padres.

La ambici6n y la sensibilidad habian encumbrado r6pidamente 6 su padre y le habian conducido tambi6n prematuramente al sepulcro por el exceso de trabajo. ¿Y la blandura de su madre? S6, esto era lo que daba aquella expresi6n triste y velada 6 sus ojos, aquel timbre de voz tan atractivo que embelesaba el o6do y el coraz6n del hij6, y que parecia tener tan pocos encantos para el padre.

En un instante record6 Ernesto escenas en las cuales nunca habia pensado, y que le revelaban bien claramente que la blandura de su madre no se avenia con la viveza del padre. Ella no podia agitarse como 6l; 6l no queria soñar como ella, y 6 pesar de esto, despu6s de su muerte, ella no volvi6 jams 6 estar alegre, y cerr6, pocos años despu6s, sus hermosos ojos tan 6 menudo llenos de l6grimas. ¿Y el abuelo? Todav6a resonaba su modo de reir en los recuerdos de la infancia de Ernesto. Le habia amado tanto como temido 6 su severa abuela. Fr6a y calculadora la habia llamado el doctor, refiri6ndose 6 las cualidades por las que 6l se habia acostumbrado 6 llamarle mujer razonable y de talento. De todos era la 6nica que a6n vivia. El abuelo muri6 de un accidente de caza poco despu6s de haber cumplido en cabal salud y vigor los sesenta, y las 6ltimas palabras que le oy6 decir Ernesto fueron:

—Hijos m6os, cuando muera, no me llor6is, pues he disfrutado de la vida cuanto he podido, y no podria ahora decir de qu6 cosa me costar6a m6s separarme.

¿No se advierte acaso una disonancia en este modo de acabar la vida? ¿Hubiera hablado de esta manera si hubiese estado ligado 6 su mujer con un afecto profundo, ennoblecido por el tiempo? Esto revelaba la poca armonia que existia entre los dos seres que m6s debian amarse.

—Est6pidos pensamientos, murmur6 Ernesto en su interior; decididamente me siento inclinado 6 abismarme en in6tiles cavilaciones y 6 tomar las cosas por el lado tr6gico.

Mientras tanto habia llegado 6 casa de su abuela, que le aguardaba 6 comer.

Era aquella seõora una majestuosa anciana, tiesa como un r6bano, con rizos blancos tan irreprochables como su vestido de seda negra. Alarg6le la punta de los dedos para que los besase, ech6 una investigadora mirada 6 su *toilette*, pareci6 satisfecha de ella y dijo:

—Me alegro que seas puntual, tengo hoy 6 comer 6 los Helmscheids, y me hubiera contrariado que hubieses llegado despu6s de ellos.

—Me hubiera sido indiferente por lo que toca 6 los Helmscheids, abuela; pero ya sabes que 6 t6 nunca te hago aguardar.

—Lo reconozco y te lo agradezco; pero ¿por qu6 acent6as tanto tu indiferencia respecto de los Helmscheids?

—No la acent6o, abuela, la siento.

—¿Lo lamento!

—¿Por qu6?

—Porque son una gente excelente; la madre de antigua familia, el padre noble de reciente cuño, pero de reputaci6n intachable, 6 pesar de sus millones, y Ada, bonita, muy bien educada y uno de los m6s brillantes partidos.

—¿Por qu6 me dices esto?

—Para que no desaproveches la ocasi6n de labrar tu felicidad. Ada est6 prendada de t6, sus padres lo ven con buenos ojos.

Ernesto sonri6.

—Los tres son muy amables.

—Vuelvo 6 tener hoy dolor de cabeza, abuela, y todo el mundo, sin exceptuar Ada, tiene para m6 pocos atractivos.

La anciana seõora le examin6 atentamente; luego mene6 la cabeza.

—Este no es el medio de hacerte una posici6n en el mundo, le dijo. Yo s6 que no dejas de

ser ambicioso y que tienes en mucho las cosas buenas de la tierra. Si tienes suerte puedes, en doce ó quince años, alcanzar con tus propias fuerzas un empleo regular, es decir, puedes ser consejero superior de Regencia en alguna de las grandes ciudades de provincias, con un sueldo que te permitirá vivir decentemente, pero sin lujo y sin coche. Siendo yerno de una persona como Helmscheid, poco te costaría entrar en la carrera diplomática, tendrías ocasión de distinguirte entre los demás, de hacerte notar...

En aquel instante llamaron á la puerta.

—Aquí están mis invitados, dijo la anciana señora; estoy lejos de querer hacerte presión, sólo te hago reflexiones. ¡Cada uno se labra su propia felicidad!

En seguida entraron los convidados. El barón los examinó atentamente aun cuando los conocía de tiempo. Hubiera querido encontrarles alguna ridiculez para poder burlarse de ellos. ¡Nada de esto! Ada era realmente bella y distinguida, y á pesar de la antipatía que le profesaba veíase obligado á reconocerlo. Sus padres eran dignos y agradables, y la comida transcurrió correcta y animada como todas las que daba la abuela. Ada nada dijo que tuviese un interés especial, ni tampoco ninguna tontería; no habló ni demasiado ni poco, pero su risa mesurada parecíale á Ernesto que le atacaba los nervios y que le aumentaba el dolor de cabeza. Repentinamente vino al pensamiento:

—¡Dios mío! no es culpa suya si es tan completamente diferente de Adela Dollmen, y yo soy tan injusto con ella. Positivamente es una muchacha agradable.

Y como si temiese avivar demasiado el recuerdo de Adela Dollmen y con él todas las luchas del invierno anterior, metióse con más viveza en la conversación.

Repentinamente dijo el señor Helmscheid á la abuela:

—Figúrese usted que la señorita von Dollmen ha despreciado al joven Amsberg.

—Me parece muy desacertado; pues á mi juicio, una joven pobre y formal no debe querer escoger demasiado. Por supuesto, cuando se trata de un hombre honrado como el señor Amsberg. ¿Qué es, pues, lo que Adela piensa hacer?

—Ha marchado con su madre á Dresde y se dedicará á la pintura.

—Lo cual es también una tontería, observó la anciana señora.

Ernesto, aun cuando seguía hablando con mayor animación con Ada, cuya risa iba aumentándole la jaqueca, no perdió ni una palabra de la conversación.

—Creo, dijo la señora von Helmscheid, que los Dollmens no carecen por completo de fortuna.

Empero, quedó probado que mil quinientos thalers al año era no tener fortuna, mayormente cuando madre é hija debían vivir de esta cantidad.

Una hora después del café despidiéronse los Helmscheids.

—¿Y bien? preguntó la abuela cuando estuvo sola con Ernesto.

Éste se encogió de hombros.

La señora se sentó en un sillón y cogió una labor.

—¿Piensas todavía en la señorita von Dollmen? preguntó con su voz reposada.

—¿Quién dice que haya jamás pensado en ella?

—Me lo había parecido, y como es una muchacha bonita, nada tendría de extraño que te hubiese interesado, y si tú fueses un hombre ordinario é insignificante no tendría nada que oponer á que te casases con ella, pues siempre tendríais para vivir reducidos. Pero con tus pretensiones, tus proyectos para el porvenir, tener una casa de alquiler regular, con dos criadas, y contar mucho para poder cumplir con tus deberes sociales, y pagar la cuenta de la modista de tu mujer...

Aquí se rió la anciana señora.

—Este es un cuadro muy disparatado, continuó luego en tono del todo serio.

—Sí, dijo Ernesto secamente.

Y se puso á contemplar el crepúsculo.

La abuela, que estaba observándole, le dijo:

—¡Cómo te pareces ahora á tu madre; enteramente los mismos ojos!

Ernesto se estremeció. Era la blandura de alma que en él vibraba, paralizando su energía y claro criterio.

—Quiero irme á orillas del mar para la jaqueca, dijo de repente.

—Bien pensado, y mientras tanto podrás reflexionar sobre lo que te he dicho.

—Una casa de alquiler, dos criadas, una vida oscura; no salir nunca de la escasez de cada día, resonaba en la cabeza de Ernesto, y todo esto por culpa de una muchacha que uno se figura amar; ¡bah! mis padres y mis abuelos se figuraban tal vez lo mismo cuando se casaron, y sin embargo, resultó que no se avinieron.

Cuando volvió á su casa estaba de muy mal humor, y al día siguiente, al despertarse, parecióle todo de color triste, sintiendo otra vez un peso en la cabeza.

Ocho días después encontróse con el señor Helmscheid en la calle.

—Nos estamos disponiendo para marchar á mi propiedad de Sajonia, díjole éste, ¿quiere usted conocerla? Dice la gente que la plantación del parque ha resultado muy acertada.

—Tengo la licencia para irme á los baños en el bolsillo, y marchó mañana.

—Pues al regreso. ¿A dónde va usted?

—Al mar del Norte.

—¡Vaya, vaya! Que usted se divierta; ya nos veremos cuando regrese después de terminado el tratamiento.

—Es usted muy amable, contestó Ernesto titubeando.

Pero en seguida, casi contra su voluntad y como si le empujase el demonio, añadió:

—Tendré presente su atenta invitación.

Y se separaron con un apretón de manos.

—¡Es mi destino! murmuró el barón por el camino; así parece realmente... es mi destino; la risa de Ada, la cual nada tiene de desagradable, y que, sin embargo, me da jaqueca!

(Concluirá).

(Traducido del alemán).





MARGARITA.—CUADRO DE JOSÉ M.ª MARQUÉS

TOMO II.—95.

ANATOMÍA Y FISIOLOGÍA

EL CORAZÓN

La sangre, líquido nutritivo del organismo humano, circula por todas las partes de nuestro cuerpo y pasa por unos conductos conocidos con los nombres de arterias, venas y capilares.

Las arterias conducen sangre utilizable a nuestros órganos.

Para que dicha sangre pueda ser utilizada por éstos, es indispensable que se divida pasando por conductos microscópicos, de paredes extremadamente delgadas al través de las cuales se verifican los cambios químicos; dichos conductos son los llamados capilares.

En cuanto a las venas, su única función consiste en volver a traer hacia el centro, a la sangre utilizada, que adquiere entonces un color negro, está llena de principios nocivos y debe modificarse por completo, volverse nueva.

Esta modificación de la sangre negra, su transformación en sangre roja, oxigenada y nutritiva, se encargan de verificarla los pulmones, que son simplemente unos aparatos destinados a poner la sangre en contacto con el aire que la vivifica.

La circulación de la sangre resulta ser, pues, un fenómeno doble, compuesto de dos actos sucesivos, que vamos a examinar.

Primer acto. — Las arterias conducen la sangre roja a los órganos de nuestro cuerpo que la necesitan para su nutrición; gracias a la extraordinaria tenuidad del calibre y de las paredes de los vasos capilares, últimas ramificaciones de las arterias, puede la sangre dar a los órganos los elementos necesarios para la nutrición, recibiendo, en cambio, los sobrantes inútiles de las nutriciones anteriores; con estos sobrantes, y saturada de ácido carbónico, vuelve la sangre al centro pasando a lo largo de las venas.

Segundo acto. — En cuanto ha llegado la sangre negra al centro, se ve impulsada hacia los pulmones; una arteria la conduce allí, otros capilares la distribuyen y otras venas se encargan de volverla a conducir saturada de oxígeno y de nuevo utilizable.

El primer acto, se conoce en fisiología con el nombre de gran circulación, y el segundo, ó sea el que tiene lugar en los pulmones, con el de pequeña circulación, pero, circulación vale tanto como decir movimiento, y, por consiguiente, órgano motor.

El órgano motor de la sangre, el aparato, la bomba impelente que produce la grande y la pequeña circulación, es el corazón.

Distintas veces hemos empleado de intento la palabra impropia centro, en la sucinta explicación que acabamos de dar, porque el centro del aparato circulatorio de donde sale y vuelve la sangre es el corazón.

Fácil será ahora comprender la función de tan interesante órgano.

La sangre roja procede de los pulmones, en donde se revivifica: es, por lo tanto, indispensable una primera cavidad que la aspire y que la reciba. Pero al propio tiempo es indispensable la existencia de una segunda cavidad que la recoja luego y que le dé un movimiento

de propulsión muy energético, dirigiéndola hacia los órganos.

La sangre negra procede de los órganos que ya la han utilizado; es, por lo tanto, indispensable, una tercera cavidad que la aspire y la atraiga. Por último, es preciso también que exista una cuarta cavidad que la recoja y le dé otro movimiento de propulsión hacia los pulmones.

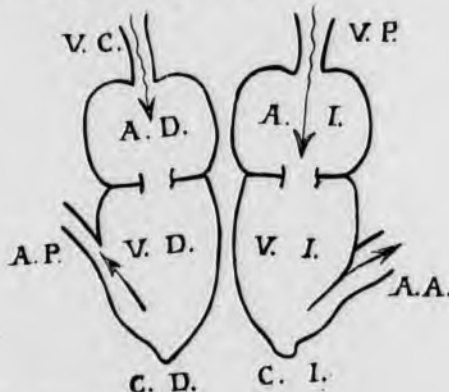
Por esto el corazón está formado de cuatro cavidades que toman el nombre de aurículas las dos que reciben la sangre, y ventrículos las dos que le dan el movimiento de propulsión.

Existen una aurícula y un ventrículo izquierdos, y una aurícula y un ventrículo derechos. En realidad, pues, tenemos dos corazones, el de la derecha y el de la izquierda; es verdad que están yuxtapuestos, pero no tienen, por eso, comunicación entre ellos.

El izquierdo está destinado a la sangre roja: la recibe del pulmón en su aurícula y la manda a los órganos por medio de su ventrículo.

El derecho está destinado a la sangre negra, que también la recibe del pulmón en su aurícula, pero que la devuelve otra vez a los pulmones por medio de su ventrículo.

Una sencilla figura esquemática fijará mejor la descripción que acabamos de dar.



C. D. — Corazón derecho (sangre negra).

C. I. — Corazón izquierdo (sangre roja).

A. D. — Aurícula derecha (recibe la sangre negra que procede de los órganos).

V. D. — Ventrículo derecho (da un movimiento de impulsión a la sangre negra dirigiéndola hacia los pulmones).

A. I. — Aurícula izquierda (recibe la sangre roja que procede de los pulmones).

V. I. — Ventrículo izquierdo (da un movimiento de propulsión a la sangre roja impeliéndola hacia los órganos).

V. C. — Vena cava (conduce la sangre negra).

A. P. — Arteria pulmonar (conduce la sangre negra a los pulmones).

V. P. — Vena pulmonar (conduce sangre roja).

A. A. — Arteria aorta (conduce sangre roja a los órganos).

En resumen, el corazón es una bomba doble, aspi-

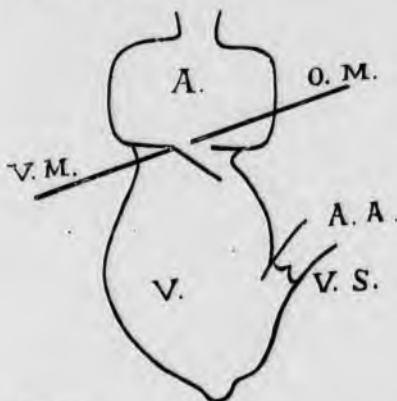
rante é impelente que funciona movida por el sistema nervioso, cuyo mecanismo es como sigue:

Las paredes del corazón (ventrículos y aurículas, principalmente los primeros) se componen de carne muscular, ó en otros términos, de una sustancia cuya principal propiedad consiste en contraerse. El corazón es un músculo vacío que se contrae, por término medio, 70 veces por minuto, ó sea 36 millones de veces al año, incesantemente, hasta la muerte.

Se contrae estrechándose por sí mismo y expeliendo de esta suerte la sangre que contiene; hecho esto, se dilata, y por su propia dilatación aspira nueva sangre y se llena de nuevo.

Algunos números pueden dar una idea de la energía de contracción del músculo cardíaco: en cada contracción penetran en la aorta 175 á 180 gramos de sangre á una presión de un cuarto de atmósfera y con una velocidad de 40 á 50 centímetros por minuto.

Pero para que la sangre no refluya, es decir, no retroceda, para que la bomba impelente funcione sin obstrucción, es indispensable que el maravilloso aparato esté provisto de válvulas.



- A. — Aurícula.
 V. — Ventrículo.
 O. M. — Orificio mitral (por donde pasa la sangre de la aurícula al ventrículo).
 V. M. — Válvula mitral (que cierra de abajo hacia arriba).
 A. A. — Arteria aorta.
 V. S. — Válvulas sigmoides de la aorta.

Las que el Creador ha dispuesto que funcionen en los distintos orificios del corazón son verdaderas mara-

villas de fabricación natural. Por causa de su mucha complicación no nos es posible describirlas en este lugar, debiendo limitarnos tan sólo á fijar el sitio que ocupan y su dirección, por medio de un pequeño esquema (fig. 2), en el que representamos el corazón izquierdo por ser el derecho idéntico.

Cuando la onda de sangre ha pasado por el orificio mitral (O. M.), de la aurícula al ventrículo, y cuando este último se contrae de nuevo para expeler la sangre que contiene, su presión tiende á empujar la onda de aquel líquido hacia los dos orificios que se le presentan como sólidos ó sea el orificio aórtico; pero la válvula mitral (V. M.) se cierra por sí misma bajo esta presión y toda la sangre tiene necesariamente que salir por la aorta, por su verdadera vía.

Al objeto de que no pueda refluir desde la aorta hacia el ventrículo, existe otro sistema de válvulas que funcionan del modo siguiente: tres de ellas tienen la forma de nido de palomas, y están pegadas en las paredes de la aorta; cuando la sangre tiende á volver hacia atrás en el momento en que el ventrículo se dilata, estas tres válvulas se unen estrictamente, pero sin adherirse unas con otras, y juntando sus respectivos bordes forman un receptáculo en forma de pequeña bóveda que viene á ser un dique contra la sangre que refluye.

El tic-tac del corazón se debe al ruido de la válvula mitral cuando se cierra (tic), y por la tensión repentina de la vibración de las tres válvulas antes descritas de la aorta (tac).

Por fin, si se tiene además en cuenta que el corazón funciona bajo la influencia de un sistema nervioso extremadamente sensible, nutrido por diminutas arterias llamadas *coronarios*, podemos explicarnos casi todas las enfermedades de tan interesante órgano.

Estas son de dos clases: enfermedades *valvulares* y enfermedades *vasculares*, según las llama M. Huchard. Las valvulares consisten en deformaciones de las válvulas, y son ordinariamente consecuencia del reumatismo articular agudo. Endurecidas, hinchadas y densas, no cierran herméticamente ó dejan de moverse con facilidad, y el corazón entonces se consume luchando continuamente contra un perpetuo estorbo. Afortunadamente no se cansa en la lucha y son menester muchos años para que el mal pueda traer un terrible desenlace.

En cuanto á las enfermedades vasculares, casi siempre reconocen por causa un trabajo anormal del cardíaco debido á palpitaciones excesivas; pueden curarse radicalmente con sólo sujetarse á un régimen higiénico adecuado, si se usa en tiempo oportuno.

COLECCIÓN ZOOLOGICA

DEL PARQUE DE BARCELONA

(CONCLUSIÓN)

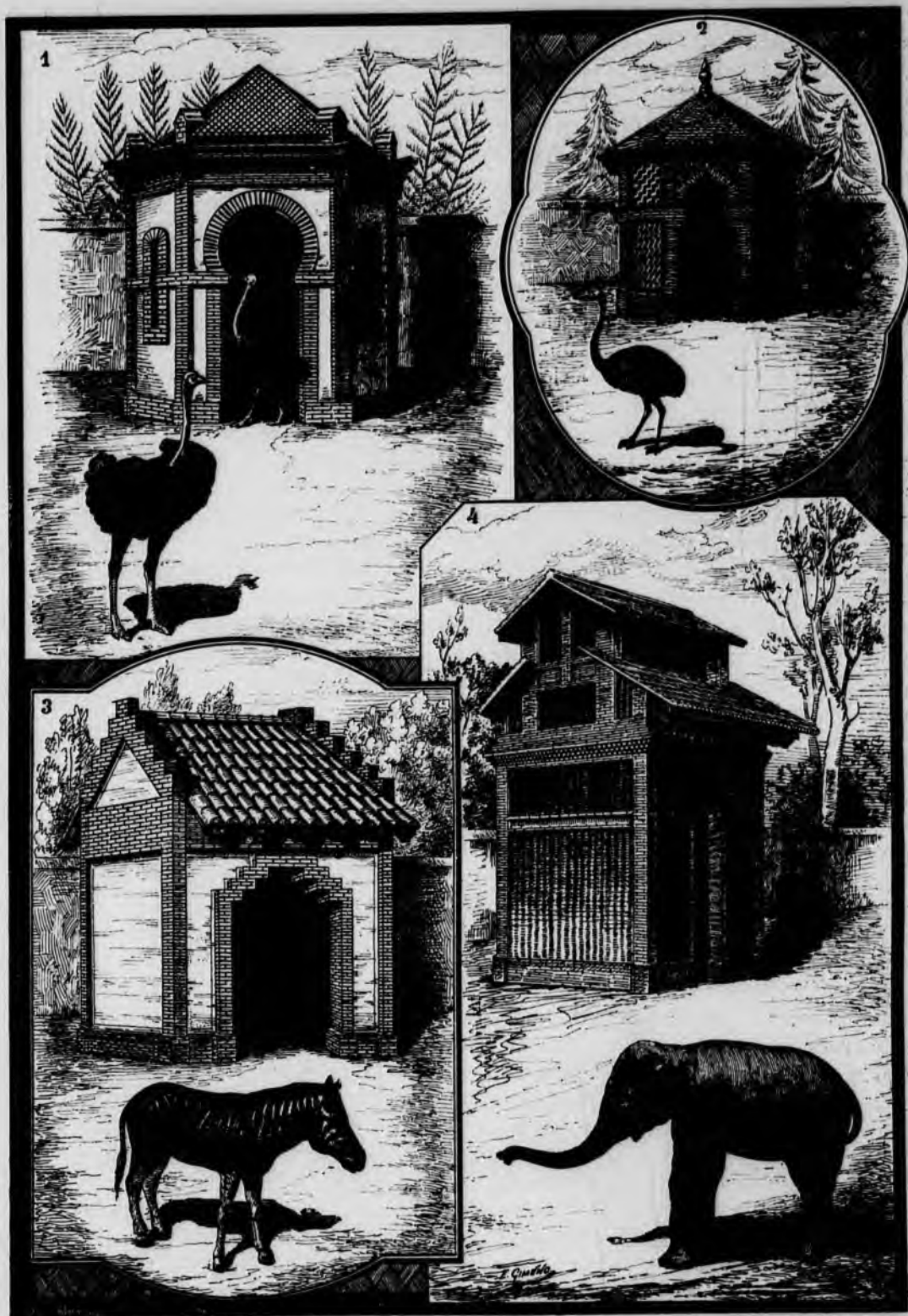
V

CON objeto de dar á estos artículos siquiera cierto tinte de unidad científica, aunque nos separemos algún tanto de nuestro plan, precisa que en el presente nos ocupemos de las aves que después de las palmípedas se hallan en el Parque instaladas entre los mamíferos y al final de los mismos; mereciendo, á nuestro juicio, el calificativo de importantes las dos especies que hay de corredoras y algunas rapaces.

AVESTRUJES

Quien observe con alguna atención la pareja de voluminosas aves que ocupan la instalación inmediata á la de los *Kanguros*, no extrañará que el *Avestruj camello*, á cuya especie corresponde la citada pareja, se considere como el gigante de las aves que viven en la actualidad y el prototipo de las de carrera veloz. Su enorme peso, que en algunos individuos alcanza más de 40 kilogramos, las alas que en todos son exiguas y las tienen cubiertas de plumas flojas, semejantes más bien á pelos por no tener entrelazadas las barbas y barbillas, y la disposición anatómica ó estructura interior de estos animales, los despojos de la prerrogativa principal de que gozan todas las demás aves, esto es, la facultad de volar; pero en cambio, sus altas y gruesas patas con la pierna desprovista de plumas, la gran robustez muscular de los muslos, sus potentes tarsos terminados en dos solos dedos, y aun el externo sin uña, con otras muchas circunstancias que concurren en la disposición exterior é interior de su organismo, revelan que en el *Avestruj* está todo dispuesto para correr con gran velocidad, y nótese bien: la aparente discordancia que en dicha ave se observa, hállase maravillosamente armonizada con las necesidades, costumbres y lugares que habita, poniendo una vez más de relieve la infinita sabiduría del Criador, quien ha dotado á cada ser de todo cuanto necesita para asegurar su existencia y lo ha colocado en el medio más apropiado en que pudiera desarrollarse y reproducirse con mayor facilidad.

Como el *Avestruj* es sumamente sociable, se reúne con otros de su especie, formando á veces bandadas muy numerosas; nútrese principalmente de sustancias vegetales, pero come también insectos, moluscos terrestres y hasta pequeños vertebrados, siendo tan poco precavido que deglute indistintamente sustancias alimenticias y otras que, como los trapos, maderas, piedras, metales, etc., no solamente le son inútiles sino perjudiciales. En la época del celo, construye una especie de nido que consiste en un simple hoyo sobre un montoncito de arena;



1. Avestruz camello. — 2. Nandú. — 3. Cebra. — 4. Elefante

la hembra pone de doce á veinte ó más huevos, cuyo volumen es tan considerable que, sin exagerar, la dura cáscara de cada uno puede contener cerca de un litro de líquido, y el macho concurre tanto al trabajo de la incubación como al cuidado de los pequeñuelos, á quienes defiende valerosamente, en ocasiones, aun de las más terribles fieras. Hacia los tres meses de nacidos se revisten los pequeños avestruces de plumas, teniéndolas en un principio todas grisáceas como la madre, pero á los dos años pueden ya distinguirse los de uno y otro sexo por el color del plumaje, y á los tres adquieren, por fin, los machos sus plumas negras, lo cual indica que son completamente adultos y aptos para la reproducción. Habita el *Avestruz* gran parte del África, encontrándosele asimismo en la Arabia, y aunque para establecerse busca con preferencia los oasis ó sitios abundantes de aguas, se le puede considerar como el verdadero morador del desierto; ofreciendo tantos caracteres comunes y costumbres tan análogas al *Camello*, que no sólo le cuadra perfectísimamente este nombre específico, sino que podría muy bien decirse que es el mismo rumiante transformado en ave. Por su carne, que es sabrosa, si bien algo dura y coriácea la de los individuos adultos; para utilizar las plumas, que en algunos países son muy apreciadas, y por consiguiente de bastante valor, ha sido siempre objeto de una caza activísima, lo cual ha ocasionado que disminuyera mucho y hasta desapareciera de ciertas comarcas en que antes abundaba. Si se coge muy joven, se aviene fácilmente á la cautividad, y en ciertos puntos se tiene doméstico, habiéndose practicado algunos ensayos con felices resultados para aclimatarlo en Europa. Por la docilidad de los individuos de esta especie, rapidez con que se desarrollan los pequeñuelos, el poco coste de su manutención, la excelente carne que proporcionarían, teniéndose en cuenta que la hembra, en condiciones abonadas, pone al año de 40 á 50 huevos no sólo buenos como alimento para el hombre sino que cada uno equivale á 10 ó 12 de los de gallina, y como además la grasa, plumas y pieles son utilizables, se comprende que, sobre no ser dificultoso reducir el *Avestruz* al estado doméstico, se obtendrían de su cría grandes rendimientos. Estos motivos hacen presumir que dicho animal no tardará en aumentar las aves de corral.

Junto á los avestruces se ve instalado el *Rhea americano* ó *Nandú*, que es el verdadero representante de aquéllos en el Nuevo continente, debiendo decirse que se encuentra hasta con profusión en las pampas de la América del Sur, pertenecientes á todos los Estados del Río de la Plata. Aunque es más pequeño, de color ceniciento algo oscuro, tanto el macho como la hembra adultos, y además tiene las patas terminadas en tres dedos todos con uñas, sin embargo, su aspecto, organización, condiciones de existencia y costumbres lo asemejan notablemente al *Avestruz africano*. Al igual que éste, sirve de alimento al hombre, siendo muy buena la carne, especialmente la de los individuos jóvenes; los huevos, que la hembra pone en bastante número, tienen un volumen equivalente de 8 á 10 de gallina, y se califican de excelente manjar, sobre todo por los indígenas de los países que habita; además, la industria utiliza las plumas como objetos de adorno, para fabricar tapices y otros diferentes usos. Por todas estas circunstancias, fácil es inferir que se le persigue con gran avidez. Si se coge vivo y pequeño acostúmbrase luego á estar cautivo, se domestica fácilmente, y como cuesta poco el aclimatarlo en nuestro país, no siendo más difícil de alimentar que el *Avestruz*, cabe asegurarse que podría constituir como éste una provechosísima ave doméstica.

AVES CARNÍVORAS

Como remate ó terminación de las instalaciones del Parque, formando casi grupo, pero colocadas en diferentes jaulas, vense algunas aves rapaces, de entre las cuales llaman la atención, y son verdaderamente interesantes, un hermoso *Buitre*, dos magníficas *Águilas* y un *Autilo* ó *Gran duque*. El primero, con su voluminoso cuerpo, anchas alas, plumaje apretado, aunque suave, cuello fuerte y desnudo, vigoroso pico y garras robustas, manifiesta de la más

clara manera que ha de necesitar mucho alimento, ha de ser de vuelo sostenido y que todo en él está dispuesto para estrujar carnes. Con efecto: son los *Buitres* sumamente voraces, alimentándose ordinariamente de carnes en descomposición, y se ceban, sobre todo, en los cadáveres de los mamíferos de alguna talla que encuentran abandonados. Vuelan á gran altura, viven en parajes agrestes ó muy montañosos, pero se presentan en las llanuras, reunidos á veces en bastante número, cuando distinguen algún animal muerto. A consecuencia de que consumen gran cantidad de carnes en putrefacción, evitando por tal motivo el que en muchas ocasiones se cargue la atmósfera de miasmas deletéreos, deben ser tenidos más bien como aves útiles que perjudiciales.

En una jaula próxima á la del buitre, bien poco capaz ciertamente para las dos aves de la magnitud y condiciones que la ocupan, hállanse dos hermosas y esbeltas *Águilas*, cuya gran talla é imponente aspecto revelan á primera vista que dichas falcónidas pertenecen á las más terribles de entre todas las aves de rapiña. Su pico robusto, cortante, agudo y encorvado, recuerda los temibles caninos de la pantera y el león; así como sus potentes patas armadas de fuertes, ganchosas y aceradas uñas, representan á nuestra imaginación las garras del feroz tigre. Considéranse las *Águilas* como aves errantes, puesto que se encuentran en muy distantes países; sin embargo, acostumbran á permanecer fieles á la localidad que eligen, aunque siempre ha de ser un dominio extenso, á causa de la gran cantidad de alimento que necesitan para sustentarse. Su poderoso vuelo les facilita el que se puedan remontar á grandes alturas y lanzarse con asombrosa rapidez sobre la víctima que su perspicaz vista les permite atisbar desde grandes distancias; y en virtud de que están dotadas de una agilidad grandísima, siendo



Águila

además valientes á toda prueba y audaces hasta lo temerario, acometen á la mayoría de los demás animales, no librándose de su rapacidad, especialmente cuando están hambrientas, ni muchas de las fieras ni aun el hombre mismo; y por más que se haya dicho que no utilizaban sino carnes palpitantes, es muy cierto que no desdeñan las de los cadáveres que encuentran, aun cuando se hallen en estado de descomposición. Para reproducirse forman un nido grosero que colocan, por regla general, en sitios de difícil acceso; por fortuna son poco fecundas, poniendo la hembra solamente dos ó tres huevos, y tanto ésta como el macho cuidan de la prole, á la manera de lo que se observa en otras aves monógamas, proporcionando alimento á los aguiluchos durante algún tiempo después de nacidos. El hombre persigue sin tregua á las *Águilas*, principalmente para evitar los inmensos perjuicios que causan, puesto que destruyen multitud de animales provechosos; debiendo ser miradas como una verdadera calamidad para el país en que fijan su residencia, porque, sobre todo en la época del celo, no solamente atacan á presas para alimentarse, sino que con el fin de dar de comer á sus pequeñuelos llevan al nido cuantos animales pueden coger. Se domestican pronto cuando son pequeñas, acostumbrándose

fácilmente al amo, á quien reconocen cobrándole verdadero afecto; y cuando se cuidan bien soportan la cautividad durante varios años, habiendo países que adiestran para la caza alguna de las especies. Los mogoles, y también muchos bárbaros é indios de América, dan gran valor á las grandes plumas de las águilas; siendo muy presumible que la grandiosidad y poderoso vuelo de dichas aves hayan influido para que se tomaran como símbolo de guerra por gran número de pueblos desde los antiguos persas acá, figurando aún hoy día en las armas ó escudos de muchas casas reales.

Ultimamente, siquiera por ser la mayor y la más perjudicial de las aves nocturnas, dedicaremos un breve párrafo al *Autilo* ó *Buho mayor*. Puede verse en el Parque uno de los individuos de esta especie, instalado cerca de las *Águilas*, bastando solamente observar su gran corpulencia, robusto y acerado pico, á la vez que sus potentes garras, para comprender que se trata de una ave temible. Habita en ambos continentes, es muy común en Europa y más frecuente de lo que convendría en nuestra península. Huye de la compañía del hombre, guareciéndose durante el día en las montañas ó bosques muy espesos en donde pueda encontrar un retiro tranquilo y seguro, saliendo por la noche á verificar sus correrías, acomete á muchos animales como liebres, conejos, ardillas, ratas, gansos, patos, perdices, etc., ocasionando á veces grandes destrozos en los corrales, sin que se libren de su insaciable voracidad los reptiles ni los insectos. En la época de la reproducción, que en nuestro país tiene lugar en el mes de Marzo, se reúne una pareja, fabrica un grosero nido, que lo coloca, lo más oculto posible, sea en una madriguera, bien en la grieta de una roca, ya en el hueco de un árbol, ora en un cañaveral, etc., ó bien utiliza, siempre que lo encuentra, el que han abandonado otras aves de alguna talla como el cuervo ó la cigüeña; la hembra pone dos ó tres huevos, que cubre con afán, manteniéndola el macho mientras dura la incubación; ambos cuidan de los pequeños llevándoles más alimento del que necesitan y defendiéndolos de cualquier peligro hasta el punto de sacrificar la vida por ellos. El hombre persigue activamente al *Autilo* ó *Gran duque*, para evitar los inmensos perjuicios que ocasiona; tiénenle también aborrecimiento algunas fieras y muchas otras aves rapaces, por cuyo motivo le acosan con encarnizamiento, sin embargo, se defiende de quien le acomete llevando la ventaja en muchos casos.

Juzgamos que puede ponerse punto final á lo que nos propusimos escribir acerca de las aves que hay actualmente en el Parque de Barcelona; de los mamíferos instalados en el mismo, y entre los que pueden observarse especies interesantísimas, nos ocuparemos en otra serie de artículos.

M. MIR Y NAVARRO.



¡PASIÓN!

NOVELA ORIGINAL

DE

M. MARTINEZ BARRIONUEVO

(CONCLUSIÓN)

XXXII

HAN pasado algunos meses. ¡Oh tiempo, cuánta filosofía y cuánta enseñanza encierras! ¡Qué contrastes logras formar de una á otra época! ¡qué disparidad de memorias y de pareceres! ¿Quién piensa ya en las torturas sufridas por don Martín Pedrosa y doña Blanca Máinez y Carrillo? Se casaron, son dichosos...

Don Hernando Máinez y Carrillo estaba loco de placer con el yerno que le deparó la suerte; mucho se hubiera alegrado de que don Fermín fuese marido de su hija, pero cuando supo el desenlace que todo aquello había tenido, se encogió de hombros, diciendo que no había perdido nada en el cambio. Esto fué al principio, pero cuando comprendió, por el amor que los recién casados se profesaban, la funesta catástrofe que había producido indudablemente en aquellos dos corazones la separación, su alma se llenó de temores y dió gracias á la Virgen en muy ferviente rezo porque amparó á los que se amaban y le amparó á él de este modo.

TOMO II. — 96.

Doña Leonor gozaba y sufría: gozaba por su hija, y por don Martín, á quien amaba lo mismo que á doña Blanca; su dolor era también grande, infinito. ¡Ah Fermín! ¡cómo hizo derramar desconsoladoras lágrimas á su adorable tía! ¡cómo pasó la noble mujer largas horas de insomnio pensando en las tribulaciones de su sobrino!

Don Hernando volvió de la guerra; don Melchor también; Gutiérrez de los Ríos, todos los caballeros cordobeses, en fin, que no entregaron como leales su vida en el campo del honor guerreando contra infieles; pero don Fermín no quiso volver hasta que la guerra estuviese terminada.

¿Sería que estaba buscando la muerte, porque la vida le fuera pesada por el pensamiento de la felicidad de su prima y don Martín?

Otra persona había que se encerró desde el casamiento de doña Blanca en la más absoluta reserva. Otra persona que sufría más que todos: don Melchor no consiguió volver á su hija á la animación y la alegría de otras veces; no iba á ninguna parte, ni á casa de doña Blanca tampoco; ni para cumplir con Dios salía á la calle, porque no necesitaba ir á la iglesia; en la capilla del palacio de los Saravia decía misa el capellán todas las mañanas; entonces era solamente cuando doña Casilda dejábase ver de la servidumbre, porque ésta oía misa también devotamente.

¡Qué días tan tristes! ¡Qué noches tan largas! Don Melchor habíase vuelto huraño; el consuelo de su vejez era su hija, y no solamente no le consolaba, sino que ni á recibir consuelos de nadie se prestaba ella.

—No, padre mío, dijo la joven en cierta ocasión, contestando á una pregunta del caballero; no; yo os juro que no soy desgraciada; yo juro que este recogimiento mío no es de dolor; creed á vuestra hija que nunca os ha engañado; yo os ruego que os tranquilicéis.

Don Melchor quedó profundamente sorprendido, como supondréis; se encogió de hombros, comprendiendo que le sería imposible recabar una palabra más de las que ya la hija había pronunciado, y esperó los acontecimientos. Se consoló, no obstante; conocía á su hija perfectamente; no olvidó nunca que bajo su aspecto de frivolidad hechicera ocultábase un juicio maduro, y bajo su exterior delicado un alma valiente que con dificultad se rendía.

Cuando doña Casilda acabó de hablar con su padre en aquella ocasión, se encerró como siempre en su cámara; al quedarse sola miró á un lado y á otro, como para asegurarse de que no sería sorprendida, y su semblante iba cambiando de expresión, dilatándose con una dulce placidez de cielo. Se dirigió á su secreter próximo, le abrió, tiró luego de un cajoncito, y tembló al tirar, como si estuviese cometiendo un crimen. ¡Ah! pero no era aquel temblor ciertamente el del remordimiento; el de la felicidad parecía más bien.

Cuando tuvo el cajoncito delante, sacó de él un paquete de cartas, que se llevó á sus labios besándolas con religioso amor.

—¡Ah, Fermín! dijo temblorosamente.

Y quedó muda, inmóvil, de pie ante el rico mueble, con los ojos cerrados, por entre cuyos párpados deslizábanse dulces lágrimas de amor que caían sobre el paquete de cartas que tenía aún contra su boca. Quedó abstraída en largas meditaciones, y no sé yo cuándo hubiera salido de ellas, á no interrumpirla don Melchor, que llamó á la puerta precipitadamente.

—¿Qué ocurre? preguntó doña Casilda adelantando presurosa.

—Nuevas tenemos y muy faustas.

—¿De Granada? le preguntó doña Casilda temblando.

—De Granada, sí, contestó don Melchor sin apercibirse de la agitación de su hija; la guerra ha terminado.

Doña Casilda lanzó un grito de alegría, y preguntó ansiosa:

—¿Esas nuevas que recibisteis fueron directas?

—Las ha traído Pericón Lobato, con cartas de don Fermín para Máinez y Carrillo.

Doña Casilda estuvo á punto de caer y su padre la sostuvo.

—¿Qué te apena? preguntó sorprendido.

—Es alegría, padre; no os sorprenda ni os asustéis.

—¿Alegría?

—Sí. Pericón Lobato traerá también pliegos para vos y para mí, ó para mí á lo menos.

—¿Y tú, por qué lo sabes?

Doña Casilda inclinó la frente con profundo rubor, y en aquel punto se presentó Pericón Lobato. Su semblante, duro siempre, destacábase entonces por una expresión de contento que no le era posible disimular.

—Doña Casilda, dijo, guárdeos Dios; aquí tenéis vuestra carta.

Doña Casilda la entregó á su padre sin abrir.

—Leedla vos, padre mío, exclamó llorando; leedla vos primero.

Don Melchor cogió la carta con más sorpresa aún, y desde los primeros renglones miró á su hija suspenso, sin atreverse á continuar.

—Leed, leed, repitió la joven dulcemente; no lei yo nada, pero me figuro todo lo que dice.

Siguió don Melchor la lectura; un párrafo de la carta aquella decía así:

«Con la muerte de Aben-Abo, último rey de estas hordas, puede decirse que todo está concluido; terminada la guerra, mi promesa tócame cumplir, realizando de este modo las aspiraciones de mi alma; cerca de un año hace que no os veo, y desde entonces acá, ¡cuánto he sufrido y gozado á la idea de que me pudieseis despreciar ó me amaseis! Vuestras cartas no me han bastado, y por eso os pedí que no nos escribiésemos más hasta que terminase la guerra. Para entonces, os decía en mi última carta, para cuando esté terminada la guerra, os escribiré y escribiré á mis tíos para que pidan vuestra mano en mi nombre; ya llegó la hora; esta misma carta servirá á vuestro padre; leédsela ó que la lea, y hacedme feliz, así como yo pienso dedicar toda mi vida á la felicidad vuestra.»

Doña Casilda lloraba de amor, y su padre, profundamente conmovido, la estrechó contra su pecho.

Pericón Lobato habíase retirado un poco, y se aproximó á una señal que le hacía desde lejos.

—Señor, dijo al padre de doña Casilda; mi señora, doña Leonor, con su hija doña Blanca, desean hablaros.

—Sí, sí, dijo doña Blanca adelantándose; sí, Casilda mía, yo no me sorprendo de tu felicidad, porque estaba en tu secreto, y he querido acompañar á mi madre; don Hernando y don Martín seguían á las dos damas.

—¡Oh, Dios mío! dijo doña Casilda al fin, y se arrojó en los brazos de su amiga.

Don Hernando mientras pedía solemnemente la mano de doña Casilda de Saravia y Soto Mayor, para su señor sobrino, don Fermín de Santisteban y Villapando, maestro de campo de los ejércitos del rey.

Doña Blanca sollozó de alegría al oír la petición, y don Melchor, pasmado y aturdido, no supo qué contestar.

—¿No nos contestáis á nosotras? exclamó doña Leonor con aquella gentileza de niña que usaba algunas veces; pues bien, á ver ahora si os atrevéis á permanecer en silencio delante del mismo interesado; venid acá, don Fermín.

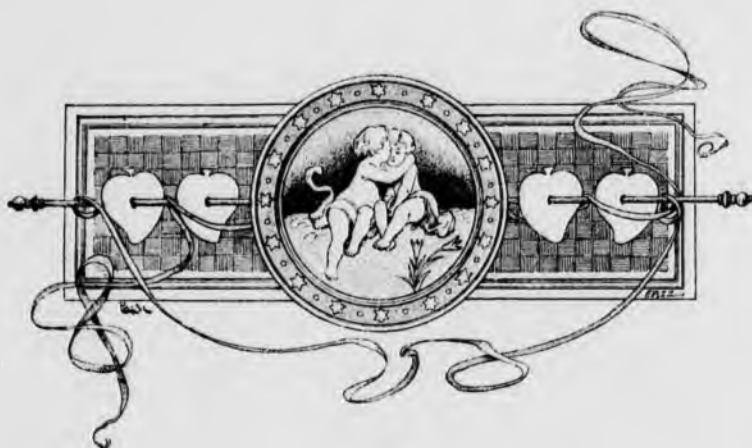
Don Fermín se adelantó desde el fondo de los corredores, y doña Casilda, al verle, se puso pálida como una muerta, y quedó sin sentido en los brazos de doña Blanca. Nadie se alarmó, nadie tuvo miedo; fué la impresión de felicidad lo que la abatió así. Don Fermín abrazó á don Melchor.

—Sí, díjole el caballero, seréis mi hijo, y haréis su felicidad. Dios es grande.

Cogiendo don Fermín las manos de doña Casilda, se las besó dulcemente; y ella sonreía,

con placidez de gloria, y mientras doña Blanca murmuró en su oído como un eco dulcísimo de vaguedades y sueños:

—Todo esto sucedió porque tenía que suceder; estábamos predestinadas, tú para Santisteban y yo para don Martín; todo esto, lo que padecimos para lograr nuestros ideales, lo hizo Dios para que supiésemos apreciar después lo grande de la felicidad que nos concedía. Amemos siempre á Dios, y sepamos engrandecer con nuestras acciones esta vida de felicidad á que nos tenía predestinadas.





NUESTROS GRABADOS

LECCIÓN DE CATECISMO. — ¿CUÁNTOS DIOSES HAY?

CUADRO DE JOSÉ M.^a MARQUÉS

Bien precisada está en el lienzo que reproducimos la escena que adoptó por tema el artista. El padre capuchino sentado en el viejo sillón de vaqueta le pregunta al tierno infante, deseoso de examinarle de Doctrina cristiana: — ¿Cuántos dioses hay? — A lo cual respondería el niño con su media lengua: — Un solo Dios todopoderoso. — Y haciendo lo que suelen practicar los niños y las personas de escasa instrucción, ó sea el acompañar la palabra con la mímica imitativa, levantaría el dedo índice, así como se ve en el cuadro para marcar bien que es uno solo, un Dios no más, principio y fin de todas las cosas. El buen capuchino, tan severo en su rostro y en su porte, acoge con verdadero regocijo la respuesta del pequeño, regocijo que se transparenta en su misma cara. Mayor es si cabe la satisfacción de la madre que figura en el propio lienzo, lo cual se comprende perfectamente, ya que le alegra y la envanece por un lado la precocidad de su hijo, y por otro el que éste pueda mostrar ante el padre que se halla ya algo instruído en lo que enseña el Catecismo de la Iglesia. Marqués, que pintó esta obra, supo poner en ella el aire catalán, ya en los tipos de las tres figuras, ya también en el fondo de perspectiva sacado de alguna vieja casa de Cataluña. Todo se halla estudiado con cariño, siendo varios los méritos que reúne este cuadro, que forma parte de la colección de pinturas existente en el Museo Municipal de Barcelona.

PAÍS DE HOLANDA

CUADRO DEL MISMO ARTISTA

Pinta Marqués el paisaje con maestría y con exquisito buen gusto. Diestro en elegir los temas, de varios viajes que ha realizado, ha traído un caudal magnífico de apuntes en dibujo, á la aguada y al óleo, á la vez que algunos cuadros del todo concluídos. En el número de los últimos se encuentra el País de Holanda, del que publicamos una reproducción fiel. ¡Qué lindo tema! ¡Qué hábilmente supo copiarlo el autor, embelleciéndolo

todavía con la magia de su pincel! La Holanda, el poético país de los ríos y de los canales, le procuró esta hermosa página pictórica, en la cual se ve perfectamente presentada aquella suerte de vaguedad en las líneas que ofrecen los países septentrionales, á causa de la constante humedad de la atmósfera, convertida en niebla ó neblina en repetidísimas ocasiones. En el país de Marqués no se llega á la indecisión de los contornos, antes aparecen éstos con bastante precisión, permitiendo apreciar todos los primores de dibujo en el tema elegido por el artista. Un desempeño espontáneo, una abundancia de luz notable, la perspectiva aérea hábilmente interpretada aumentan las condiciones artísticas que reúne la citada obra.

MARGARITA

CUADRO DEL MISMO ARTISTA

La famosa heroína del poema de Goethe ha procurado inspiración á gran número de artistas, pintores y escultores, pudiéndose decir también que otro tanto ha sucedido con los músicos. De muy diversos modos ha sido presentada. Nos la dan unos como una muchacha alemana, rolliza, de cara sonrosada, cabello rubio y gruesas trenzas; es para otros un ser ideal, rubio también, pero fino, delgado, vaporoso. Sobre estos tipos las variantes son numerosas. Quizás el primero es el que mejor corresponde á la Margarita pintada por el insigne autor del *Fausto*. José M.^a Marqués casi puede decirse que se ha colocado en un término medio, puesto que ni se ha ido por la corriente naturalista en absoluto, ni tampoco ha idealizado el personaje hasta el punto de convertirlo en una especie de aparición que apenas toque el suelo con los pies. La figura resulta muy elegante en las líneas, su actitud natural, simpática en el rostro y en el conjunto con cierto aroma de poesía. Sirve de hermoso fondo el paisaje dibujado y pintado con la habilidad peculiar del autor en este género. La reproducción permite adivinar estas bellezas, y también el colorido, que es sumamente armonioso y rico, fundiéndose de un modo en extremo agradable para la vista los distintos matices de la figura y del paisaje.



EL microscopio es un instrumento de óptica destinado á aumentar el tamaño de los objetos perceptibles á simple vista. Puede ser simple ó compuesto. El primero se compone de una sola lente convergente de foco muy corto; el segundo tiene por lo menos dos lentes de foco corto; una de ellas se conoce con el nombre de *objetivo* y da en la parte posterior de la misma la imagen aumentada del objeto que se halla delante, algo más apartada de la distancia focal. La otra lente se llama *ocular*, porque por ella debe mirarse, y está colocada á cierta distancia de la imagen, de modo que ésta se halla entre la segunda lente y su foco. La *ocular* obra sobre la imagen á modo de cristal de aumento y la hace ver de tamaño mayor. El aumento de tamaño, por consiguiente, que se obtiene con el microscopio, se debe á una primera ampliación, producida por hallarse el objeto delante del foco del objetivo, y luego á una segunda, que es el resultado de la posición de la imagen en un punto situado entre el ojo del observador y el foco de la lente ocular. El microscopio, construido tal como se halla descrito, produce la descomposición de los rayos luminosos, lo cual es causa de que las imágenes no se presenten completamente claras, y como no es posible acromatizar lentes tan diminutos, se evita este inconveniente colocando en el microscopio un cristal convergente. El aparato, en su conjunto, se compone sólo de tubos que se ajustan unos sobre otros; el porta-ocular, el porta-objetivo y un anillo circular que se avanza y retira á voluntad. En dicho anillo se coloca el objeto que se desea observar, y de este modo puede situarse á la distancia conveniente según convenga á la vista del observador. El objeto se ilumina por medio de un espejo ligeramente cóncavo, que refleje sobre aquél la luz del día, ó bien empleando una bujía encendida con un cristal convergente que concentra los rayos sobre el objeto.

Se cree que el microscopio fué inventado por un óptico de Middelbourg, llamado Zacarías Jasen, en 1590. Dicho aparato se ha perfeccionado, particularmente en nuestros días, de una manera extraordinaria, debido á los trabajos de MM. Amici, de Módena, C. Chevalier, Fraunhofer, Jorge Oberhauser y otros. El empleo del microscopio ha contribuido en gran parte al progreso de las ciencias naturales; á él se deben importantísimos descubrimientos en anatomía, zoología y muy particularmente en botánica.

El llamado microscopio solar es una especie de linterna mágica y se compone de un espejo destinado á recibir los rayos solares, que puede inclinarse de mane-

ra que los refleje paralelamente al horizonte, sobre una grande lente. Este reconcentra los rayos sobre un objeto transparente metido dentro de un tubo, delante del cual se halla colocado un microscopio simple. Los rayos que se salen del objeto divergen al atravesar el microscopio y presentan muy aumentada la imagen sobre una superficie colocada á una distancia conveniente. Este aparato debe funcionar en un aposento á oscuras, y de modo que el espejo se halle fuera sin que puedan penetrar en el local más rayos que los que pasan al través del microscopio. El efecto que produce este aparato es uno de los más interesantes é instructivos que nos proporciona la óptica. El microscopio solar fué inventado en 1743 por el doctor Lieberkuhn, quien lo dió á conocer á la Sociedad Real de Londres.

A Triboulet, bufón de la corte de Francisco I, le amenazó un magnate con hacerle matar á palos por haberse propasado á hablar de él con demasiado atrevimiento. Triboulet fué á quejarse al rey.

—Si alguien fuere bastante osado para darte la muerte, le dijo el monarca, un cuarto de hora después le mandaré ahorcar.

—¡Ah, señor! repuso Triboulet. ¡Cuánto mejor sería que V. M. le mandase ahorcar un cuarto de hora antes!

Un prestamista usurero y avaro prestó á uno de sus clientes, hijo de familia, 6,000 reales de vellón por un año al 50 por 100, descontando los intereses; es decir, que le hizo firmar un pagaré de 6,000 reales, no dándole en realidad más que 3,000. Concluida esta negociación, nuestro hombre espera con impaciencia á su mujer para hacérsela saber con júbilo. Llega la mujer con su raquítica y menguada compra, por la cual había estado altercando y regateando una hora en la plaza del mercado, y le explica la lucrativa operación de préstamo que acababa de consumir, pero la mujer, echándole una mirada de desdén, le dice:

—Has prestado 6,000 reales por un año y no has entregado más que 3,000. ¡Bestia! ¿Por qué no los prestabas por dos años, y no hubieras tenido que dar nada?

Decía Carnot, hablando de Talleyrand:

—Si desprecia tanto á los hombres, es porque se ha estudiado mucho á sí mismo!

El vizconde de Segur interpeló un día á M. de Vaines en estos términos:

—¿Es cierto, caballerito, que en una casa donde tuvieron la bondad de calificarme de hombre de talento, os atrevisteis á sostener la calificación contraria?

—Os han engañado de medio á medio, señor vizconde, contestó M. de Vaines, porque en ninguna de las casas que yo visito he oído decir jamás que os tengan por hombre de talento.

Hallábase un suizo en Rusia, paseando por las calles de cierta ciudad, y se vió acometido con furia por varios perros. Bajóse á coger una piedra para defenderse de aquellos canes, mas no pudo arrancarla.

—¡Maldito país! exclamó; ¡está gracioso; en esta tierra sujetan las piedras y sueltan los perros!

Cierto general de ejército estaba en marcha para llevar á cabo una expedición importante. Un oficial, ayudante suyo, le preguntó qué plan llevaba, y cuáles eran sus designios.

—¿Guardaréis el secreto si os lo digo? le contestó el general.

—Sí, mi general; os lo juro.

—Pues entonces, ¿por qué queréis que yo no tenga, como vos, el talento de guardar un secreto?

El magistrado Rose era sórdidamente avaro. En una tertulia donde se encontraba hicieron una cuestación para una familia desgraciada, y cada concurrente, incluso Rose, metió en el bolsón lo que quiso. Salióse por un momento de la sala nuestro avaro, y cuando volvió á entrar, la señora encargada de la cuestación, no acordándose de si el señor Rose había dado ya algo, volvió á presentarle la bolsa.

—Ya he dado, señora, dijo con cierta aspereza el avaro.

—Dispense usted; le creo á usted, pero no lo había visto.

—Yo lo he visto y no lo creo, añadió Fontenelle.

Para limpiar el mármol, tómese una hiel de novillo ó buey joven, una azumbre de heces de jabón, media azumbre de trementina, fórmese una pasta sobre el mármol y déjese un día ó dos. Pasado este tiempo se quita frotando con fuerza, y se vuelve á aplicar una segunda capa, y hasta una tercera si el operador no ha quedado satisfecho del resultado de la primera.

Si se quiere impedir la corrupción de la madera puez usarse el siguiente procedimiento:

Hágase disolver en agua destilada ó de lluvia una dracma de deutocloruro de mercurio (sublimado corro-

sivo) y mézclese en seguida una libra de agua de cal. Después de agitada la mezcla, se moja en ella un pincel y se da una mano á la madera.

Los aposentos en los que la madera está preparada de este modo, no pueden habitarse hasta pasados quince días.

El hombre más execrable es el superior que cree que respecto de su inferior, no tiene más que derechos, y ningún deber.—SAINT-FOIX.

Si no se trata más que de saber, buena es la verdad; pero si se trata de vivir, mejor es la prudencia.—Joubert.

El público es exagerador por naturaleza.—V.

Las criaturas nunca están bien cuidadas sino por sus madres, y los maridos por sus mujeres.—Joubert.

En una controversia el primero que se enfada es el que no tiene razón.—***

Con orden y tiempo se encuentra el secreto de hacerlo todo y de hacerlo bien.—PITÁGORAS.

Muchas veces se tiene culpa por el modo con que se tiene razón.—DE BRUIX.

El que no da un oficio á su hijo le enseña á ser ladrón.—PROVERBIO TURCO.

¡Venturoso aquel á quien el cielo da un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo á otro que al mismo cielo!—CERVANTES.

Todos los hombres buscan la paz del alma, pero la buscan donde no está.—FENELÓN.

Cuando uno no puede *justificar* á su amigo, todavía está obligado al menos á *defenderle*.—LEVIS.

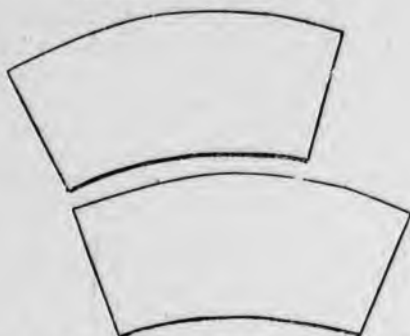
La misericordia es una parte integrante de la justicia.—BOSSUET.

El atender con esmero á las cosas muy pequeñas, ó al parecer insignificantes, es señal de una gran fuerza de atención y de mucha capacidad para las empresas importantes.—TÁCITO.

La atención es el buril de la memoria.—LEVIS.



ILUSIONES DE ÓPTICA



Cortar dos trozos de cartulina, de forma parecida á la del grabado; según como se coloquen respectivamente parecerán de diferente tamaño siendo idénticos.

JUAN PELLICER, de Reus.

Solución á la charada anterior:

A-DE-LA

Solución al triángulo:

CARACOL
AKOMOS
ROSAL
AMAR
COL
OS
L

Solución á la estrella:

D V A
O I L
L T R
S E G O V I A
Z R R
A I E
C A S

CARTITA CHARADÍSTICA

Para salir de una *cuatro*
no teniendo tú *tres dos*,
te escribo, del tiempo en pos,
con una pluma de Albatro.

Tu cutis, cual *dos* y *cuarta*,
me inspira versos alevés,
y tú á llamarme te atreves
cuatro *cuatro* en una carta!

En *cuatro* *prima* ninguno
quiere poner un veneno,
y yo, leal, honrado y bueno,
digo que es santo *uno uno*.

Si el *todo* quieres negar
á quien en los limbos mora,
antes, y después y ahora,
ingrata te he de llamar.

ARÍSTIDES DE PEÑAFIEL, de Barcelona.

ROMPE CABEZAS

* * * V * * * *
* * E * * *
* R * * * * *
* D *
* I * * * * *

Sustituir los asteriscos por letras de modo que resulten, junto con las del nombre del autor, cinco de sus óperas.

PROBLEMA

* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *

Sustituir los puntos por cantidades de manera que sumadas vertical y horizontalmente den el mismo resultado.

SALVADOR FREIXA, de Tarragona.

ANAGRAMA

¡ÚNICO CASO!
PASTA MALC

Formar con estas letras debidamente combinadas el nombre de un campo de batalla (siglo IV).

E. L. DE G., de Barcelona.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

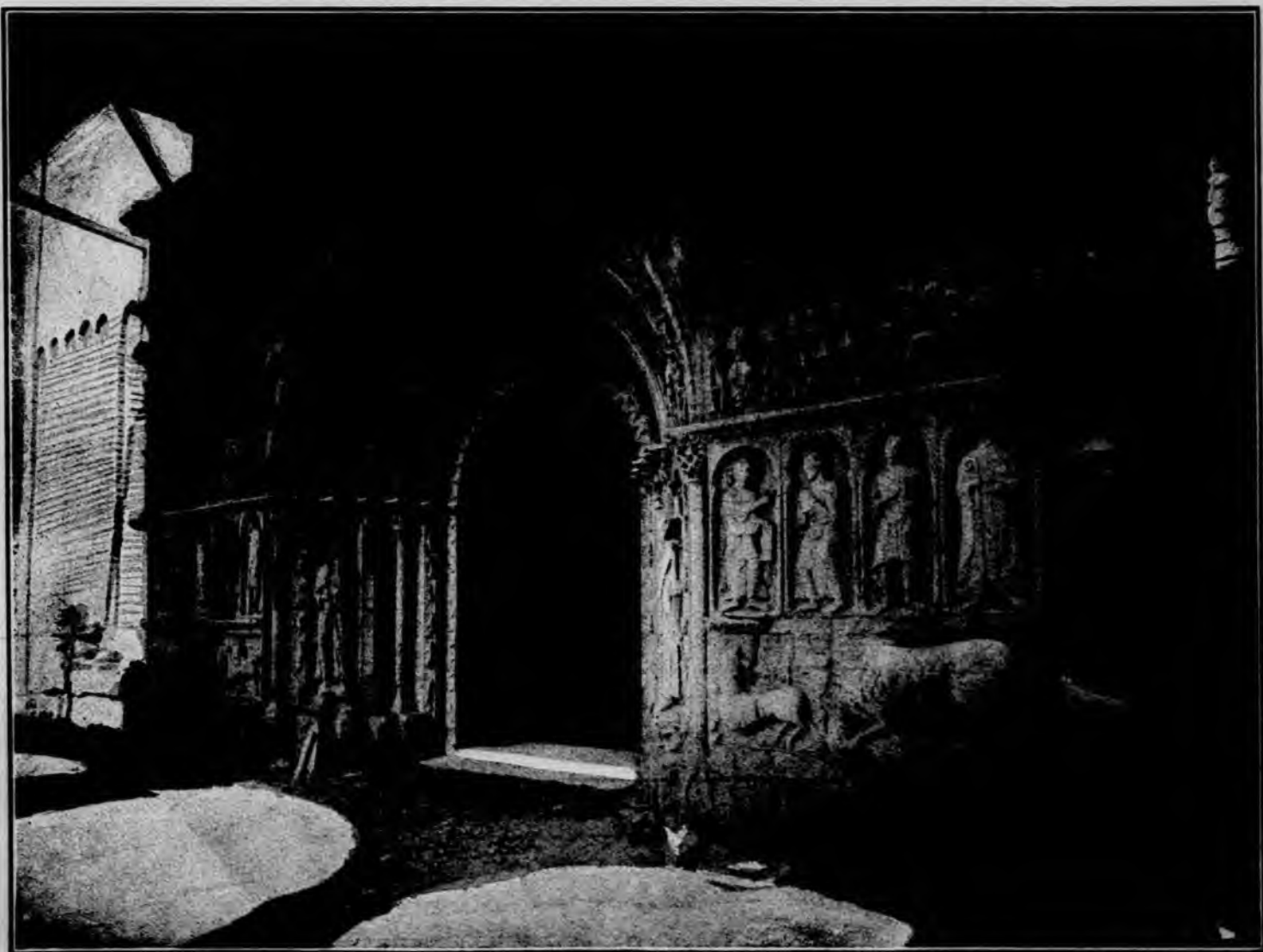
Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

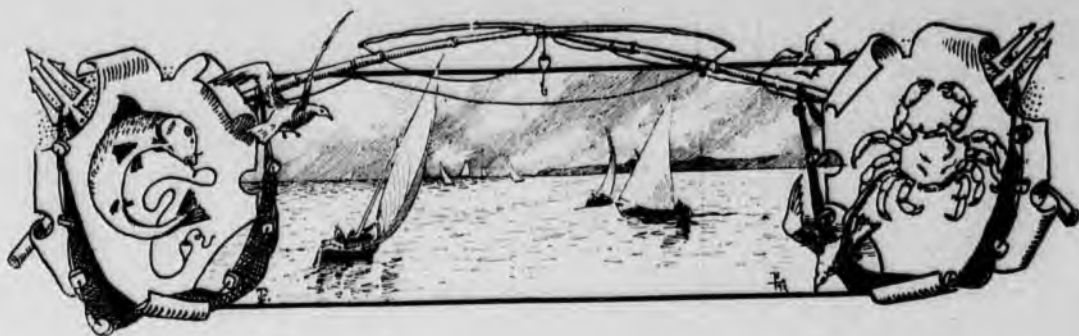
Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.^ª*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria. — IMP. ESPASA Y COMP.^ª



PORTADA DEL MONASTERIO DE RIPOLL

Ayuntamiento de Ripoll (De fotografía de los Sres. Audouard y C.ª)



POBRE PESCADOR

LA chalupa número 18 del patrón Petrus había salido á la pesca de los langostinos y se hallaba á un cuarto de hora de la costa. La mar, agitada, negra y embravecida por el vendabal, levantaba la barca cual bola de cristal suspendida por el chorro de un surtidor. Sumergíase y salía del agua completamente vertical, con gran rapidez, azotada por la blanca espuma, haciendo agua y produciendo con sus velas extendidas un ruido atronador. Tres hombres la tripulaban: Petrus y sus dos muchachos, uno de veinte años y otro de diez y seis.

Al apuntar el alba habían puesto á cocer en la marmita, sobre un crisol de hierro fundido sujeto á la camareta, la pesca de la noche, consistente en tres cestas de langostinos. Luego, confiando en el mal tiempo, que removía el fondo de las aguas, extendieron la red. La barca inclinábase del lado en que llevaba las redes y surcaba veloz el mar en su marcha vertiginosa.

Petrus, hombre de piel curtida, rechoncho, vigoroso, de ojos azules, con los cabellos tiesos por la sal de la mar, con su garibaldina y calzones rojos de franela, y grandes botas que le llegaban hasta los muslos, gobernaba el timón, y sólo de vez en cuando daba breves voces de mando.

Iba á mandar que con el cabrestante subieran la red, cuando divisó á lo lejos una barca que media hora antes habían visto salir por el extremo del dique y aventurarse en el tumulto de las aguas, y que por causa de una ráfaga de viento flotaba con la quilla al aire. Era una barca de recreo de aquel pequeño puerto, un cascarón delgado y ligero con palos demasiado frágiles para resistir una tormenta. Petrus vió dos hombres á bordo. Sin duda el manejo desacertado del timón, alguna maniobra defectuosa de la vela... tal vez una sacudida violenta habían hecho zozobrar el esquife.

— ¡Valor, hijos míos! exclamó el patrón.

Durante un momento, los dos muchachos, de pie, contemplaron en silencio el horizonte, y con gran serenidad en medio del ensordecedor ruido de las aguas cambiaron las velas, mientras el padre ponía la proa hacia los náufragos.

Un ser humano apenas visible en medio de las olas, un infeliz, luchaba en vano tratando de ganar la costa; de vez en cuando, al pasar una ola, aquel pequeño ser subía arrastrado por el agua...

De pronto dejaron de verle: luego apareció algo que flotaba.

Petrus intentó cortar las ondas y situar su barca entre el náufrago y la playa, pero la borrasca estalló, y con furioso ímpetu viéronse arrojados mar adentro. Cuando el timón hizo virar la barca, la cabeza del nadador aparecía como una bola que iba dando vueltas entre la espuma.

En aquel instante el reflujo lo arrastraba, y arremolinado por las olas luchaba desesperadamente; sus fuerzas estaban ya agotadas.

—¡Ánimo, hijos míos! gritó por segunda vez el patrón.

La maniobra les salió bien; el náufrago se hallaba ya á poca distancia. Matías, el hijo mayor, echó un calabrote, y una mano salió del agua agitándose vacilante en el aire; pero el calabrote se fué hacia el lado opuesto. La barca entonces sufrió tan brusca sacudida que todos creyeron que el infeliz se había enredado con las redes: de repente aquella cabeza salió del agua. Petrus dió nueva dirección al timón; Matías echó el bichero al agua; los dos brazos hicieron un supremo esfuerzo, pero al instante el cuerpo entero se sumergió: había llegado su fin.

Petrus mandó inmediatamente al hijo mayor al timón, atóse á la cintura un nudo corredizo, que hizo precipitadamente en el calabrote, hizo la señal de la cruz, y mientras el hijo menor sostenía el otro extremo del calabrote, oyóse un ruido producido por la espuma; el padre se había echado al agua.

Ninguno de los dos hijos pronunció una palabra: el padre acababa de hablar y se habían sometido á su voluntad. El mayor seguía de pie en el timón; su hermano, inclinado sobre la borda con la cuerda envuelta entre las manos; los dos miraban conmovidos, pero animosos.

El náufrago se sumergía cuando Petrus á su vez se levantaba; los pesados puños del pescador cayeron sobre él, sintió que se le aproximaba una masa de carne inerte, sin movimiento. Por fin pudo pasarle un brazo por el sobaco; por un instante sumergiéronse los dos en toda la extensión del calabrote, pero como los dos hermanos á la vez tiraban rápidamente de la cuerda, salieron del agua. Matías, como más fuerte, agarró al viejo por su garibaldina y lo levantó en alto por encima del empalletado.

Había tragado gran cantidad de agua y la arrojaba por la boca y la nariz. Estaba algo quebrantado, mas, á pesar de todo, permanecía tranquilo al lado de sus hijos, las manos en las rodillas y las piernas separadas metidas en las pesadas botas llenas de agua, contemplando el rostro de un joven, pálido y bello y en el que apenas apuntaba el bozo.

Al momento Matías volvióse al timón y dirigió el barco hacia el canal, mientras su hermano daba vueltas al cabrestante para sacar la red. El viejo quedó, chorreando agua del mar, al lado del náufrago, puesto de rodillas, soplándole en las narices, pegado á aquel rostro frío que se esforzaba por reanimar con su propio calor.

Una lancha de salvamento había salido de la playa, y á fuerza de remos llegaba casi á la vez que la chalupa de Petrus á la entrada del puerto, llevando también otro náufrago á bordo, uno de los hombres que tripulaban el pequeño yacht, un joven marinero del puerto, que en cuanto se vió á salvo pidió una copita de ginebra y un cigarro.

En la estacada habíase reunido un gran número de personas. Un caballero anciano corría á lo largo del parapeto dando voces de: «¡Hijo mío! ¡hijo mío!» con los brazos extendidos en dirección á las barcas. Por último, éstas lograron ganar el canal; la multitud se apiñaba llena de curiosidad, queriendo ver de cerca el drama del dolor paterno cuando la víctima llegaría á tierra.

Esta misma multitud, presa de repente de la más hipócrita ternura, que era sólo un refinamiento de crueldad, detuvo al padre para impedir que se arrojara al mar, movido por el deseo de ver más pronto á su hijo, que ya se divisaba tendido é inanimado en los brazos de Petrus. Éste, en el momento en que la barca con sus velas replegadas atracaba junto á una de las escaleras, dió un grito.

— ¡Vive! exclamó.

Y mostraba con reposada sonrisa al joven, que con los brazos extendidos parecía querer luchar todavía con las olas. El padre, sujeto por la gente que le rodeaba, pudo ver como el viejo marino subía la escalera, tranquilo, con sus pesadas botas, llevando á cuestas al hijo. De improviso el pobre padre intentó librarse violentamente de los que le mantenían sujeto, y se arrojó sobre aquel montón de carne, pálido, agitado por un temblor horrible. Petrus se conmovió por un instante á la vista de aquel padre, que, loco de ternura, le arrancaba el joven de los brazos. Nadie reparaba en él, pasando completamente inadvertido en medio de los empujones, del choque de aquella multitud pendiente de los gestos del padre y que sentía casi el desenlace de aquel drama.

Algunos hombres de aquel puerto salieron corriendo seguidos de la multitud. Llevaban los colchones que en una casa vecina les habían prestado y sobre los cuales habían puesto al muchacho... Petrus quedó solo, sin indignarse ni sorprenderse y con la serenidad propia del hombre honrado. Bajó en seguida para ayudar á sus hijos en la descarga de la pesca. Sólo pensaba en el precio que de ella sacaría.

A la mañana siguiente, al despertarse en su pequeño aposento de pescador, sintió cierta inquietud. ¿Viviría aquel infeliz después de la terrible crisis por que había pasado? Vistióse con la mejor ropa que tenía y fuese á indagar entre sus compañeros cómo se llamaba el padre. Era un banquero de una ciudad vecina que había venido á veranear en una *villa* del dique. Se llamaba M. Trémoret.

Terminado su trabajo, habiendo vendido los langostinos y amarrado la chalupa, encendió la pipa, y con las manos en los bolsillos correteaba por delante la *villa*, acechando si alguien salía, algo cortado, como si su curiosidad fuese indiscreta.

La puerta de la casa se abrió, y una voz le llamó por su nombre. Fingió no haber oído nada, y fué hacia el mar, como contrariado de que le hubiesen conocido. Pero sintió luego que alguien le tiraba del vestido; viró en redondo sobre sus grandes zuecos, y reconoció al médico del puerto que, con la sonrisa en los labios, sacudiéndole y empujándole hacia la casa, le decía:

— ¡Maldito socarrón! Hace más de una hora que ando buscándote... Se te quiere recompensar... Por fortuna he visto cuando pasabas...

— ¿Y cómo sigue el enfermo? preguntó el bueno de Petrus entre confuso y avergonzado.

— Ya le verás; está allí echado en un sofá; ahora duerme... Lo mismo da; sin tí... lo hubiera pasado mal.

El viejo dejó de excusarse, y los dos subieron los tres peldaños de la entrada. De repente, en el fondo de la habitación donde penetraron, aparecieron algunas personas que se dirigieron hacia ellos. A causa de la oscuridad que allí reinaba, por estar tiradas las cortinas de los balcones, el pobre hombre no pudo reconocer al padre, á aquel hombre que tanto gritaba y se movía en la estacada. Pero Trémoret, dándole un golpe en la espalda, con tono que marcaba la distancia que existía entre ellos, le dijo:

— Muy bien, muy bien... Has cumplido con tu deber; eres un hombre de bien.

Y volviéndose hacia los presentes, añadió:

— ¿No les parece á ustedes que es un hombre de bien?

Petrus vió algunas cabezas de mujer que hacían signos afirmativos, indicando que, en efecto, era un hombre honrado. Los niños le dirigían miradas de curiosidad. Trémoret repitió por tercera vez las mismas palabras, escuchándose á sí mismo, sin hallar otras más oportunas, pasada la horrible crisis del día anterior. La situación resultaba fría, y la grandeza de ánimo de aquel pobre hombre dejaba helados á aquellos espíritus egoístas que, trastornados un momento por aquel accidente, estaban en el fondo convencidos de la venalidad del marino.

Una señora de edad avanzada alzó el cortinón y con fría dignidad dijo:

—¡Ah! ¿eres tú?... Petrus, ¿verdad? Mi hijo ha preguntado por tí dos veces... Será preciso que vuelvas para verle... ¡Vamos, todos te estamos agradecidos!... Y dime, ¿tú, indudablemente, sabes nadar?

El viejo hizo un movimiento con la cabeza, dando á entender que no sabía nadar, lo cual produjo cierto murmullo de sorpresa entre las señoras; Trémoret dijo:

—Es una imprudencia... En tu oficio todos deberíais saber nadar.

Y luego añadió casi con severidad:

—Así, pues, por poco no puedes salvar á mi hijo.

Petrus, con el hongo en la mano, movía suavemente la cabeza, y mirando la alfombra del aposento, exclamó:

—Es claro... es claro...

Pero el banquero no quiso dejarle salir inmediatamente después del reproche que le había dirigido, por lo cual, con un gesto que indicaba el perdón, le dijo:

—Después de todo, esto no te ha impedido hacer lo que todo hombre honrado haría en iguales circunstancias... Procuraremos que te concedan la medalla... Sí, sí, cuenta conmigo... Y entretanto toma esta pequeña cantidad.

Y esto diciendo, le ponía en las manos un billete de cien francos. A Petrus no se le había en verdad ocurrido que por la pesca de un hombre se le pagase como si se tratara de lenguados y langostinos, y, sorprendido, contempló por un instante el billete, sin encontrar palabras con que expresarse; pero Trémoret insistió diciendo:

—Es tuyo, te lo doy... No me des las gracias...

El pescador entonces, tomando el sombrero con la mano izquierda y quedándole libre la derecha, metió el billete en el fondo de su bolsillo y saludó á los presentes con ligeros movimientos de cabeza.

Contemplábanle sonrientes cuantos allí estaban; los niños se habían plantado delante del pescador como si se tratara de un animal raro. Pero como á cada movimiento que hacía el olorcillo particular del agua salada se esparcía por el aposento, viéronse las señoras obligadas á aspirar con fuerza los perfumes de sus pañuelos.

Trémoret, molestado también, y por otra parte satisfecho de haber cumplido con su deber, procuró con disimulo acompañar al marinero hasta la puerta. Pero el pobre viejo no podía decidirse á salir, y ora daba un paso hacia atrás, ora se quedaba plantado, tosía, exhalaba un suspiro, daba una vuelta, y con la mirada tímida de pobre vergonzante parecía que tenía que dirigir una petición muy embarazosa.

Trémoret, que era buen conocedor de los hombres, dijo en alemán á su mujer:

—Ya sé lo que busca; quiere probar si me saca otro billete.

Y redobló sus esfuerzos para que saliera pronto empujándole más enérgicamente con su ancho pecho de hombre bien cuidado y que á pesar de los años conserva todo su vigor.

Por fin, al atravesar el dintel de la puerta, Petrus, con grande humildad, atreviéndose á levantar los ojos y sacando el billete de la faltriquera, formuló su petición:

—Dispense usted si molesto, pero prefiero devolvérselo á usted, y que pueda venir sin cumplidos á pasar un rato con su hijo el día que quiera hablar conmigo.

CAMILO LEMONNIER



EL MONASTERIO DE SANTA MARÍA DE RIPOLL

EN la confluencia de los ríos Ter y Freser se levanta la villa de Ripoll, que debe su celebridad en parte principalísima á haber sido cuna de la nación catalana. Imagen de ella es el antiquísimo cenobio que hace pocos años se hallaba en ruinas, y que se encuentra ahora renovado, merced al celo, á la inteligencia y á la infatigable actividad del Excmo. é Ilmo. Dr. D. José Morgades y Gili, obispo de Vich, y administrador apostólico de la diócesis de Solsona. Dentro de breves días será consagrado solemnemente el templo renovado, celebrándose la que se ha titulado ya fiesta *pairal* de la familia catalana.

La pasión política y la barbarie destruyeron el famoso monasterio. Páginas dolorosas fueron aquéllas, de las cuales hemos de apartar la vista en estos momentos de regocijo. Por fortuna, ni el fuego, ni la piqueta, ni la más crasa ignorancia luego, pudieron hacer desaparecer lo fundamental de aquella grandiosa fábrica. Hasta nosotros han llegado parte de las naves de la basilica, el precioso ábside con los siete cuerpos que aparecen en el interior lo propio que en el exterior del templo, gran trozo de su claustro, y la soberbia portada, maravilla de la imaginería románica y arco triunfal del cristianismo, según la ha denominado un erudito escritor contemporáneo. Había lo bastante para emprender la restauración, para poderla acometer con la certeza de que no había de desfigurarse la fisonomía del monumento. Y así ha acaecido, en efecto, conforme lo podrán atestiguar cuantos visiten ahora la villa de Ripoll. El primer galardón en esta empresa, lo merece, conforme hemos dicho, el Ilmo. Prelado vicense, debiendo seguirle el arquitecto don Elías Rogent, autor del proyecto de restauración, y el que ha dirigido las obras, secundándole varios jóvenes arquitectos y otros artistas de envidiable talento. Á los benefactores de Santa María, á los que con sus cuantiosas dádivas han facilitado la realización del pensamiento, Cataluña ha de estarles también agradecida.

Es el monumento de que hablamos tipo interesantísimo del arte románico español. Acaso estudiándolo bien, se notaría en él, más que en otras construcciones románicas de nuestro país, la influencia bizantina que nos recuerda Santa Sofía de Constantinopla y alguna de las basílicas de Jerusalén. Partes que tendría el antiguo templo y que desaparecieron después, ó por las vicisitudes de los siglos, ó por la mano airada de los hombres, acabarían sin duda de imprimirle el aire bizantino. De todos modos, hubo de ofrecer la imponente grandiosidad de las obras románicas, la severidad que se advierte en las más famosas, y que deja el espíritu

como anonadado cuando medita bajo sus bóvedas de cañón. Contadas aberturas, y éstas muy angostas, esparcían por el recinto una tenue luz, á propósito para aumentar el misterio y el misticismo de su nave principal y del crucero. En éste, como hemos apuntado antes, existían siete capillas absidales, siendo la mayor la central, y comprendiendo en el crucero un espacio levantado sobre el resto de la iglesia y destinado á imprimir más grandeza al retablo mayor y á todo el presbiterio.

El cenobio de Santa María ha pasado por diferentes etapas. Consagrósele por última vez en 1032; mas con anterioridad al siglo xi había sido objeto de idéntica ceremonia, merced á las sucesivas construcciones que se fueron levantando. En 977 lo fué la obra de los abades Arnulfo y Guidiselo, en 935 la del abad Enego, y en 888 la de Vifredo el Velloso. A este conde soberano de Cataluña puede, por lo tanto, concederse la fundación de la iglesia de Santa María. El edificio que levantó sería modesto sin duda alguna, y por ello lo ensancharían y tal vez lo embellecerían los abades Enego, Arnulfo y Guidiselo. Mezquina consideró todavía la traza del último templo el insigne obispo y abad Oliva, y por ello alzó la nueva fábrica, quizás guardando fragmentos de las antiguas, según opinan algunos arqueólogos, tal vez haciendo *tabula rasa*, según dictamen de otros, lo cual sólo podrán precisar ulteriores investigaciones, si por acaso no queda siempre en la oscuridad este punto. En tiempos de Oliva se esculpió la maravillosa portada, trabajo sólo comparable en nuestra patria con el celebrado pórtico de la Gloria en Santiago de Galicia, al cual, empero, supera por su fecha y por su carácter.

Un siglo después de la consagración de Oliva, se agregaba á la iglesia el magnífico claustro, románico también, mas no ya con la rudeza que se advierte en la parte escultórica de la fachada. Los capiteles del claustro descubren un arte más formado, que posee mayores recursos para la expresión de sus ideas, y que va tanteando las bellezas de la forma en toda clase de seres y de objetos. Las distintas fechas en que fueron esculpidos los capiteles aparecen indicadas por la ejecución más delicada que en algunos se observa y por detalles de indumentaria. Puso la primera piedra de este claustro el abad Raimundo de Berga, que fué elegido en 1172, y se continuaban las obras en tiempos del abad Galcerán de Besora, fallecido en 1383, y que aún dejó por terminar el segundo piso. Así procedió, por regla general, la Edad Media en sus construcciones. Sin precipitaciones, origen casi siempre de disparates é inconveniencias, puso piedra tras piedra, labrándolas con mano de artista y con sentimiento de cristiano, á fin de realzar la casa del Señor y poder decir que en ella habían trabajado varias generaciones. La historia de casi todas las catedrales, colegiatas y cenobios haría buenas nuestras afirmaciones.

El señor don José María Pellicer y Pagés, diligentísimo historiador del monasterio de que hablamos, describe en su obra *Santa María de Ripoll* el aspecto que presentaba el día en que se llevó á cabo la consagración de Oliva. Dice que la portada brillaba con el decorado policromo de sus relieves, en los cuales se emplearon el oro, minio, verde y azul celeste. En el crucero se admiraba el mosaico—del que se encontraron restos y que se ha restaurado también—en cuyo dibujo en rojo, amarillo y azul sobre fondo blanco se veía representada en una parte la situación de Santa María en la confluencia del Ter y del Freser, y en la otra la victoria en el valle ripollés de los cristianos contra los adalides de Mahoma. El altar mayor consistía en una mesa de jaspe rojizo, apoyada en grupos primorosamente esculpidos, representando el combate entre las pasiones y la razón. En los ángulos se alzaban cuatro esbeltas columnas destinadas á sustentar la cúpula, ó *ciborium*. Un precioso velo, semejante al que Godmaro regaló el día de la primera dedicación, adornaba los intercolumnios y ocultaba el altar durante la consagración. Otro paño de rico brocado se veía sobre el ara, en recuerdo de los de color de sangre que los primeros cristianos extendían sobre las tumbas de los mártires. Del centro del *ciborium* pendía una paloma de oro y esmaltes, en la que se guardaban las Sagradas Formas reservadas para viático á los enfermos. El retablo del altar mayor era un exquisito

trabajo de orfebrería, cuajado de rubíes y de otras piedras preciosas, en el cual se habían invertido ciento sesenta onzas de oro y gran cantidad de plata. Recordaba — advierte el señor Pellicer y Pagés — por su valor intrínseco y artístico, el *pallio* ó frontal de plata de San Ambrosio de Milán y la *palla* de oro de San Marcos de Venecia. De él puede formarse idea, añadiremos nosotros, contemplando el precioso retablo de plata con esmaltes que posee la catedral de Gerona, y que colocamos, asimismo, en el número de los más notables monumentos del arte y de la orfebrería cristianos. Componíase el de Ripoll de varios cuadros con pasos de la vida de



EL EXCMO. É ILMO. SR. DR. D. JOSÉ MORGADES Y GILI
OBISPO DE VICH Y ADMINISTRADOR APOSTÓLICO DE SOLSONA

la Santísima Virgen, y desapareció en el siglo xv. Regalo particular del abad Oliva, era anterior al retablo de Gerona.

Fué igualmente el insigne Oliva quien aumentó la biblioteca y archivo, procurándole magníficos códices, algunos de los cuales pudieron ser salvados de las llamas pasando á formar parte del Archivo de la Corona de Aragón en donde se custodian. Verdaderas maravillas poseyó en punto á códices el cenobio benedictino de Ripoll. Uno de ellos, denominado *Psalterium argenteum*, hallábase escrito con letras de plata, en finísima vitela sobre fondo morado, con las versales y epígrafes de oro, quedando cerradas todas sus planas por vistosas orlas, llenas de fantásticas serpientes, delicadamente miniaturadas en oro y colores.

Agolpándosele todas estas ideas en la mente, con su alma de artista y de poeta, Pablo Piferrer, al hallarse en medio de las ruinas de Ripoll, — que así se han llamado siempre las del Monasterio, — cuando escribió los *Recuerdos y bellezas de España*, dejó escapar de su valiente pluma estas sentidas y patrióticas exclamaciones:

«¡Cuán bellas son estas ruinas, sobre todo para el que las contempla desde la ya destrozada puerta bizantina que abre paso del claustro al monasterio! Por entre ellas se levanta orgullosamente uno de los más grandiosos y severos torreones romano-bizantinos, el campanario del monasterio, ceñido de un triple ventanaje y de cenefas de arquitos cegados, defendido por grandes almenas, entre los cuales nos parece que aún vemos asomar á los agigantados héroes de su siglo. Al pie de la puerta yacen amontonados acá y acullá columnas, abacos, capiteles, escombros confusos cubiertos por los espinosos ramajes de las plantas rastreras... ¡ah! no vayas, viajero, á pisarlos con planta indiferente; bajo esos montones de ruinas están los sepulcros de los condes, las tumbas de nuestros antiguos reyes. ¿Te estremeces? ¡qué vergüenza! ¿ese es el monumento que han erigido nuestros contemporáneos á los que rompieron con su espada el yugo de los árabes? ¿á los que restablecieron con su sangre nuestra libertad é independencia? ¿Y no hay una mano que levante de entre los escombros los sepulcros? ¿Son ya nada para nosotros los recuerdos? ¿Es ya tan esplendoroso nuestro presente que no necesite de los brillantes reflejos de lo pasado?... Nos queda aún una esperanza: el egoísmo, la codicia, harán quizás lo que no hizo hasta ahora el amor á nuestras glorias. Mas ¡ay! ¿quién sabe si cuando venga á sentarse algún establecimiento industrial sobre esas ruinas serán arrojadas al aire las cenizas de los héroes y enterradas las piedras de sus tumbas entre los cimientos de la nueva fábrica?»

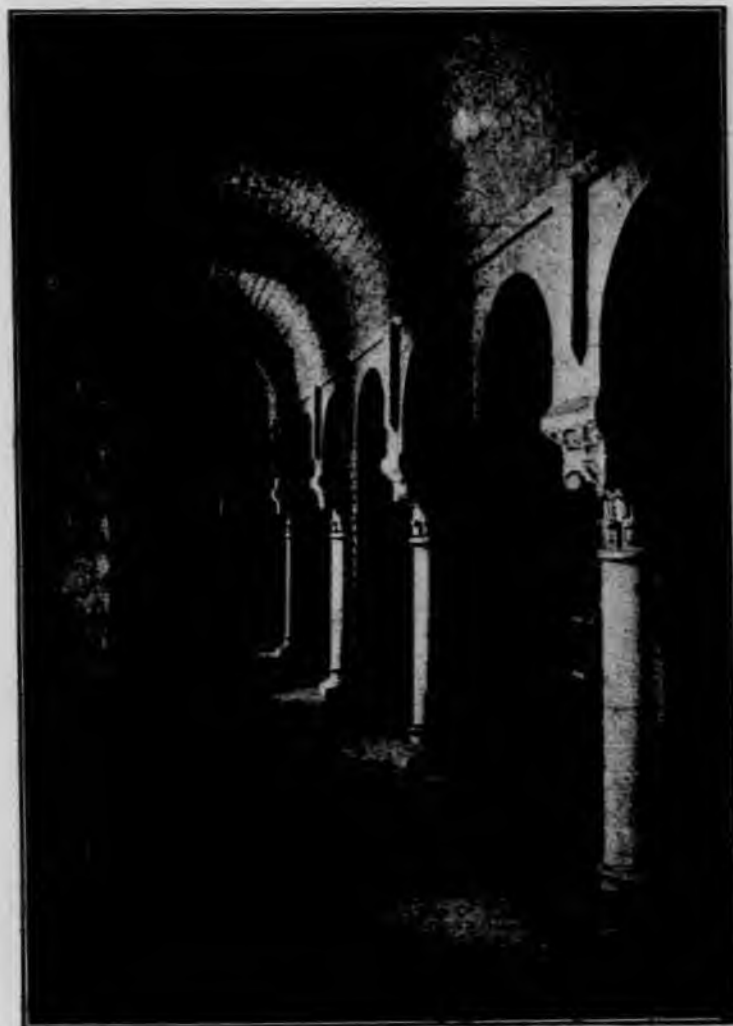
¡Loado sea Dios! los temores de Pablo Piferrer no se han realizado y su palabra ha sido oída. Una mano ha habido que ha levantado «de entre los escombros los sepulcros,» y merced á ella Vifredo el Velloso, Bernat Tallaferró y Ramón Berenguer III el Grande, — después de haber salvado los restos del último la mano piadosa del ilustre don Próspero de Bofarull, — descansarán nuevamente bajo la reconstruida bóveda de Santa María, y oirán otra vez las frases sublimes y consoladoras de la Iglesia católica, y aquellas palabras de inefable consuelo y de indecible esperanza *et lux eterna luceat cis*. Allí reposarán los que «restablecieron con su sangre nuestra libertad é independencia.» La nueva dedicación de Santa María de Ripoll, hecha por el Ilmo. Obispo Morgades, por el sucesor de Arnulfo y de Oliva, en el año 1893, constituirá una reparación á la memoria de aquellos ínclitos varones y enaltecerá la fe religiosa y el amor á Cataluña de cuantos han contribuido, en cualquier forma que fuere, á la restauración del templo, asunto de este artículo.

F. MIQUEL Y BADÍA.



CLAUSTRO DEL MONASTERIO DE RIPOLL

(De fotografía de los Sres. Audouard y C.^{as})



VISTA DEL INTERIOR RESTAURADO DE SANTA MARÍA
DE RIPOLL

(De fotografía de los Sres. Audouard y C.^{as})

LA MODESTIA

POR las flores proclamado
rey de una hermosa pradera,
un clavel afortunado
dió principio á su reinado
al nacer la primavera.

Con majestad soberana
llevaba y con noble brío
el regio manto de grana,
y sobre la frente ufana
la corona de rocío.

Su comitiva de honor
mandaba, por ser costumbre,
el céfiro volador,
y había en su servidumbre
hierbas y malvas de olor.

Su voluntad poderosa,
porque también era el uso,
quiso una flor para esposa;
y regimiento dispuso
elegir la más hermosa.

Como era costumbre y ley,
y porque causa delicia
en la numerosa grey,
pronto corrió la noticia
por los Estados del rey.

Y en revuelta actividad,
cada flor abre el arcano
de su fecunda beldad,
por prender la voluntad
del hermoso soberano.

Y hasta las menos apuestas
engalanarse se vían
con harta envidia, dispuestas
á ver las solemnes fiestas
que celebrarse debían.

Lujosa la corte brilla,
el rey admirado duda,
cuando ocultarse sencilla

vió una tierna florecilla
entre la hierba menuda.

Y por si el regio esplendor
de su corona le inquieta,
preguntale con amor:
«—¿Cómo te llamas?»—«Violeta,»
dijo temblando la flor.

«—¿Y te ocultas cuidadosa,
y no luces tus colores,
Violeta dulce y medrosa,
hoy que entre todas las flores
va el rey á elegir esposa?»

Siempre temblando la flor,
aunque llena de placer,
suspiró, y dijo:—«Señor,
yo no puedo merecer
tan distinguido favor.»

El rey suspenso la mira
y se inclina dulcemente;
tanta modestia le admira,
su blanda esencia respira,
y dice alzando la frente:

«—Me depara mi ventura
esposa noble y apuesta,
sepa, si alguno murmura,
que la mejor hermosura
es la hermosura modesta.»

Dijo, y el aura afanosa
publicó en forma de ley,
con voz dulce y melodiosa,
que la violeta es la esposa
elegida por el rey.

Hubo magníficas fiestas,
ambos esposos se dieron
pruebas de amor manifiestas;
y en aquel reinado fueron
todas las flores modestas.

JOSÉ SELGAS.

EL SOL EN LA CASA

NOVELA

POR

MAURICIO DE REICHENBACH

(CONCLUSIÓN)

* * *

HACIA ocho días que el barón estaba en Borkum, y ya había dado largos paseos á la vela, visitando la costa hoiandesa, cuyo arbolado en un día claro se destaca en el horizonte, y el torpedero anclado á alguna distancia de la isla. Había también trabado amistad con los marineros, y encontraba un embeleso desconocido en oír contar á aquellos hombres de rostro tostado y manos callosas historias y costumbres de lejanas tierras que en los países del interior sólo son conocidas de la gente ilustrada. Allí estaba el moreno Miguel, que había estado cuatro veces en América y que parecía conocer Valparaíso y Nueva-York como el bolsillo de su chaqueta; Janssen, que había pasado tres años en el Japón, donde había hecho tanto uso de sus ojos azules como en su «risueña isla,» que así llamaba á Borkum. Ernesto conversaba con aquellas gentes, mientras el aire fresco del mar oreaba su frente, y contemplaba la inmensa superficie que se extendía á sus ojos, tan pronto plateada con reflejos azules y rojos, como de un verde oscuro con agitada y blanca espuma jugueteando alrededor del buque. Y cuando luego atravesaba por la abigarrada multitud de bañistas metidos en sus sillas de playa y dentro de tiendas, riendo ó bostezando, se acordaba del doctor y le decía interiormente: «¡gracias!» ó bien: «¡teníais razón!»

Como los hoteles de la playa estuviesen atestados, Ernesto hubo de tomar habitación en una villa algo apartada. Al mirar por vez primera desde su ventana, delante de la cual se extendían las marismas, parecióle todo monótono y fastidioso. Mas luego aprendió á mirarlo de otro modo. La extensa cadena de marismas sobre las cuales las movedizas nubes proyectaban sombras variadas, parecíanle montañas. Detrás de ellas vela el mar brillando con nuevos colores, y, cercanas á las marismas, extenderse á lo lejos verdes praderas llenas de vacas. Al principio sólo el mar atraía á Ernesto. Luego empezó á frecuentar los caminos de las marismas y á sentarse sobre su hierba movediza, allí donde, protegida contra las tempestades, florece en abundantes grupos la delicada hierba doncella. Sobre su cabeza volaban pausadamente las blancas gaviotas, y en aquel silencio llegaba hasta su oído el rumor de las rompientes. Cuando en medio de este ambiente pensaba en su vida de Berlín, parecíale que el viento arremolinaba nubes de polvo que oscurecían el aire y que desaparecían luego sin dejar vestigio. ¿Sin dejar vestigio? ¡No! Siempre quedaba alguna imagen. Vela... ¡pero que le dejasen en paz! Ernesto no quería acordarse de nadie, ni permitir que los ojos de las mujeres ni las palabras

de los hombres interrumpiesen su *dolce far niente*, pues ahora empezaba á comprender, sintiendo correr nueva vida en sus venas, la necesidad que tenía de reposo. Decíase á si mismo:

—Creo que verdaderamente estaba en camino de enfermar.

Otra semana había transcurrido.

—¿Hay todavía tierra detrás de las marismas? preguntó un día en uno de sus paseos á un viejo que llevaba el traje de los insulares.

—Sí, hay el Oriente, contestó el viejo sin quitarse la boquilla de la boca.

—¿El Oriente? ¿Qué es eso?

—Son tres pueblos de campesinos y la Colonia de las Gaviotas.

—¿Están lejos de aquí?

—No mucho. Hay allí unos baños, y si usted quiere, yo le conduciré.

—¿Tenéis un carruaje?

—Sí, lo tengo.

Pronto quedó Ernesto convenido con el viejo para hacer la excursión aquella tarde misma.

El carruaje, de seis asientos con altas ruedas, al cual se subía por una verdadera escalera, y tirado por dos diminutos caballos, cuyos arreos eran, en su mayor parte, de punto de media, tenía un aspecto bastante malo.

—¿Viajáis siempre en estos coches? preguntó Ernesto.

—Sí, á causa de la mucha arena, y también porque algunas veces se ha de pasar el agua.

Efectivamente, muy arenoso era el camino por el cual empezó á avanzar lentamente el carruaje hasta llegar al terreno más firme que conducía al interior de las marismas.

—¿Probablemente no llevaréis nunca un bañista solo en este gran coche? preguntó al cabo de un rato Ernesto.

El viejo se sentó medio de lado en el pescante, miró al viajero con sus ojos grises y penetrantes, y le contestó:

—Casi nunca, pero el señor nada pierde en ir solo.

—¿Sí? ¿Sois acaso enemigo de los hombres?

—No es esto precisamente; pero nada se gana con su trato, pues hay entre ellos muchos embusteros.

—¿Acaso estáis escarmentado?

—No, señor; mas tengo setenta y dos años, viajo mucho y he acopiado mucha experiencia. ¡En esta isla la gente es formal y honrada, pero los extranjeros ya es otra cosa!

—¿Lo creéis así? ¡Ved que yo soy también un extranjero!

El viejo meneó la cabeza.

—En sus ojos y en la manera de hablarme veo que no lo es usted. Usted comprende el bajo alemán; yo he aprendido también el alto alemán, pero distraídamente me sucede mezclar en la conversación palabras del bajo. Un verdadero extranjero ni me hablaría ni me comprendería.

—Pero vos habláis en muy buen alemán.

—Es que he estado bastante tiempo por allá.

—¿Habéis sido marino?

—Navegaba cuando era joven en un buque de Hamburgo. Hubiesen querido que continuase, pero yo siempre pensé: es mejor ser un amo insignificante que un servidor importante.

—¡Y teníais razón!

—Vaya si la tenía, y así me lo dice también mi mujer.

—¿Vive vuestra mujer todavía?

—Sí, señor, vive, y aunque tiene setenta y cuatro años está todavía muy fuerte. ¡Ésta es una mujer! ¡Hola, hola! gritó azuzando á los caballos que habían acortado el paso; como estamos charlando, los caballos escuchan y dejan de correr.

Y el hombre se rió de su agudeza, mientras Ernesto miraba con interés á aquel anciano que, á pesar de sus setenta y dos años, se aguantaba tan tieso en el pescante sin que una vida indudablemente penosa le quitase el buen humor, y cuyos ojos brillaban con fuego juvenil al hablar de «su mujer,» que debía ser una viejecita encorvada. Callóse por algunos momentos pensativo y también se calló el viejo.

De repente exclamó éste:

—¡Es una tontería!

—¿Qué es lo que es tontería? preguntó Ernesto.

—Quiero decir que el orgullo es una tontería.

—¿Qué queréis decir con esto?

—Que tengo setenta y dos años, y cuando pienso en los años pasados veo que nada queda de ellos. Usted es joven, sólo tiene veintinueve años, y si quisiera pensar en los que tengo más que usted, sería una tontería. Usted es un señor elegante, tal vez de la nobleza, y yo soy un hombre sencillo. Conversamos los dos, y si no fuese así, yo estaría en mi asiento encontrando el tiempo largo, y usted en su puesto encontrando también el tiempo largo. Resulta, pues, que somos personas razonables, y que es una tontería ser orgulloso.

Ernesto se rió y alargó una mano al anciano que la apretó cordialmente.

—Tenéis razón, Klaas Yuist, ¿no es este vuestro nombre?

—Efectivamente, así me llamo.

—¿Y cómo se llama vuestra mujer?

—Se llama Bina, es decir, Jacobina.

—¿Tenéis hijos?

—Sí, señor, hijos y nietos, pues mis dos hijos y mi hija eran casados. Un hijo se murió en un naufragio; es el único disgusto que me ha dado, y los niños viven con mi mujer.

—¿Os casasteis joven?

—A los treinta años.

—Entonces vuestra mujer no era ya joven, puesto que tiene dos años más que vos.

—Mi mujer era la muchacha más bonita de toda la isla.

—Contadme cómo tardasteis tanto en casaros, siendo así que ambos sois insulares y debíais conocerlos de tiempo.

—Pues sucedió que mis padres querían que me casase con la hija de unos campesinos del Levante. Pero yo no quise, y si hoy todavía tuviese que escoger entre Bina y mi casita, y la granja con Antje, volvería á decidirme por Bina. Sin embargo, casarme y meterme en la miseria, tampoco lo quería, ni debe hacerlo ningún hombre honrado cuando ama á una mujer. Marché, pues, y entré al servicio trabajando noche y día hasta que tuve lo suficiente para poder presentarme á Bina sin avergonzarme. Tenía veintiún años cuando me marché, y volví á los treinta, y Bina me había aguardado y no había mirado á ningún otro, aun cuando era la muchacha más bonita de Borkum.

—¿Sabéis, Klaas Yuist, que muy pocos habrían obrado como vos?

—No lo sé, ni quiero saberlo. Lo cierto es que la mujer es en la casa lo que el sol en el cielo. Ella hace el tiempo, y con mal tiempo no madura la mies. Tenemos aquí un proverbio que dice: la mañana y la noche la hace el buen Dios, el medio día lo hace la mujer. No sólo comparte ella con el buen Dios el hacer las divisiones del día, sino que cuando quiere le estropea también la mañana y la noche. ¡Pero mi mujer no es de aquellas que estropee las obras de Dios!

—De todos modos tuvisteis suerte, porque en nueve años hubiera podido cambiar. Nadie es capaz de decir lo que una joven de veinte años será á los treinta.

—¿No? dijo Klaas Yuist en tono medio chancero medio burlón, mirando á Ernesto con fijeza como si no hubiese réplica á lo que iba á añadir: Yo opino que cuando un hombre

tiene corazón, encuentra que la mujer que Dios le destina á él y no á otro es la mejor, y el que no la toma es un tonto. Así pensaba yo á los veinte años, y ahora ya viejo digo que lo acerté. He aquí que hemos llegado á la Colonia de las Gaviotas: puede usted bajar y tomar un billete.

—¡Qué lástima! dijo Ernesto, que siguió, empero, el consejo.

Tomó el billete en la portería y recorrió las marismas donde tienen sus crías las gaviotas. Encima y en torno suyo las aves llenaban el aire con sus gritos, que tan pronto parecían de angustia como de alegría.

—No sé por qué vengo á asustaros, dijo Ernesto parándose de pronto. ¡Quiero volverme y hacer una visita á la señora Bina! ¿Qué es lo que dijo el viejo Yuist? ¡La mujer es el sol en la casa! ¡Vaya un zorro este Klaas Yuist!

Trató con el pensamiento de aplicar su crítica escéptica al viejo insular y á su modo de ver la vida, y mientras tomaba un vaso de cerveza en la portería, que era también una especie de restaurant, logró casi desfigurar en su interior la figura de Klaas Yuist. Empero así que se hubo sentado otra vez en el carruaje, volvió á la primera impresión; se hizo contar otras cosas sin cansarse de escuchar. Despidióse luego de Yuist como de un antiguo conocido, y al día siguiente, después de un par de recaídas en su escepticismo, recorrió al anochecer el pueblo hasta llegar á la casita con la puerta recién pintada de verde claro y blancas las anchas ventanas, en cuyo umbral se hallaba plantado un cerezo, árbol rarísimo en la isla y que Klaas llamaba el símbolo de su casa. En el aseado zaguanete, tapizado con una limpiísima estera, encontró á la señora Bina.

—Vuestro marido me ha hablado tanto de vos que he querido conoceros, dijo Ernesto á la mujer que le recibió con cordialidad y sin encogimiento, alargándole la mano.

—También Klaas me ha hablado de vos. Lo que es de mí, poco hay que decir, pero ya sé que á Klaas le gusta chancearse.

Ernesto contempló con interés el rostro todavía fresco y liso de la anciana, cuyas facciones revelaban que Klaas no había exagerado cuando dijo que había sido la muchacha más bonita del lugar.

—Nadie diría que tenéis setenta y cuatro años, dijo Ernesto involuntariamente.

Una sonrisa melancólica se dibujó en los labios de la señora Bina.

—¡Ah, señor! mis trabajos he pasado; ¡tener hijos y criarlos bien es una misión algo penosa para una mujer! Es verdad que Klaas me ha ayudado y así la tarea me ha sido menos difícil.

En este momento Klaas Yuist, que estaba cuidando de los caballos, entró en la habitación, y al ver á Ernesto se sonrió satisfecho, y la mirada con que contemplaba á su mujer y al barón revelaba cuán cierto estaba de no haber exagerado al ponderar los méritos de cada uno de ellos.

—Filemón y Baucis, pensó Ernesto mirando á aquella pareja; esto sucede todavía, y no es una fábula.

Y el grande y antiguo reloj con su tic tac acompasado, los relucientes utensilios colgados en la pared, y los sencillos y aseados muebles, todo lo que rodeaba á los dos viejos parecía hablar un lenguaje que armonizaba con los rostros alegres y los ojos todavía jóvenes de Klaas y Bina, y anunciar á Ernesto que la verdadera felicidad del hombre no es ninguna regla de aritmética.

Quince días después entraba éste otra vez en el cuarto de su abuela.

—Aquí estoy, y creo que las brisas del mar me han devuelto la salud, dijo.

La abuela le miró con atención.

—De todas maneras parece que estás muchísimo mejor que cuatro semanas atrás. Los Helmscheid se hallan en el campo, y Ada me escribe que te están aguardando.

Ernesto se sonrió.

—Dime, abuela, voy á hacerte una pregunta singular, pero te ruego que me contestes lealmente: dime: ¿fué tu casamiento lo que se llama un matrimonio de inclinación, y se casaron también mis padres por amor?

La anciana permaneció un momento callada reflexionando, y luego dijo:

—Me explico fácilmente tu pregunta, pues me parece que no amas con locura á Ada, aunque me parece imposible. Debo, no obstante, decirte para tu tranquilidad, que ni mi casamiento ni el de tus padres fueron verdaderos casamientos de inclinación, á lo menos por ambas partes, á pesar de lo cual dieron buenos resultados, como tú ya sabes.

—Y ¿cómo fué que ninguno de vosotros se casase por amor?

—¡Qué pregunta tan necia! En la vida hay otros factores más necesarios que el amor. Era yo una joven rica perteneciente á la burguesía, y tu abuelo pobre, aunque de antigua familia. De esta manera fué ventajoso para ambos el unirnos, y como nos apreciábamos y considerábamos el uno al otro, no había ningún otro motivo razonable para no casarnos. Por lo que toca á tu padre quería hacer carrera, y tu madre, que según creo, estaba muy enamorada de él, era la hija de su principal. También en su casamiento desempeñaron su papel las razones de conveniencia.

—Perfectamente; y luego, abuela, luego se perdió la mayor parte de tu fortuna en la quiebra de los hermanos Müller, y mi padre murió antes de hacer carrera. ¿No fué así?

La anciana le miró con extrañeza, y le dijo con su peculiar dignidad:

—Las desgracias inmerecidas se deben llevar con resignación.

Ernesto hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, pero no querrá uno ser causa de la desgracia de su vida, cerrando voluntariamente los ojos á la luz del sol.

La anciana agitaba la cabeza mientras Ernesto salía de la habitación.

—Nada sabía de Klaas Yuist y «del sol en la casa.» ¿Cómo era posible que le comprendiese?

El barón, empero, llegóse á la más próxima oficina de telégrafos y expidió un telegrama á la señorita Adela von Dollmen, en Dresde, cuyo contenido era el siguiente: «¿Puedo ir mañana á Dresde?»

Detrás de la ventana del médico había luz cuando Ernesto pasó por allí al volver á su casa. Levantó la cabeza y sonrióse.

—Ya que es mi destino sufrir y tratar de armonizar las distintas condiciones heredadas de mis padres y abuelos, ¿no sería yo un insensato si no llevase á mi casa el verdadero sol bajo cuyos ardientes rayos fructificarán la felicidad y la paz? ¡Pobres padres y abuelos! La discordia de vuestra vida que resuena hasta mí engendrará al fin una completa y pura armonía.

Y una íntima expresión de gracias subió hasta el viejo doctor y atravesó las tranquilas islas del mar del Norte hasta llegar á Klaas Yuist y á su Bina.

(Traducido del alemán).



PORTADA DEL MONASTERIO DE RIPOLL

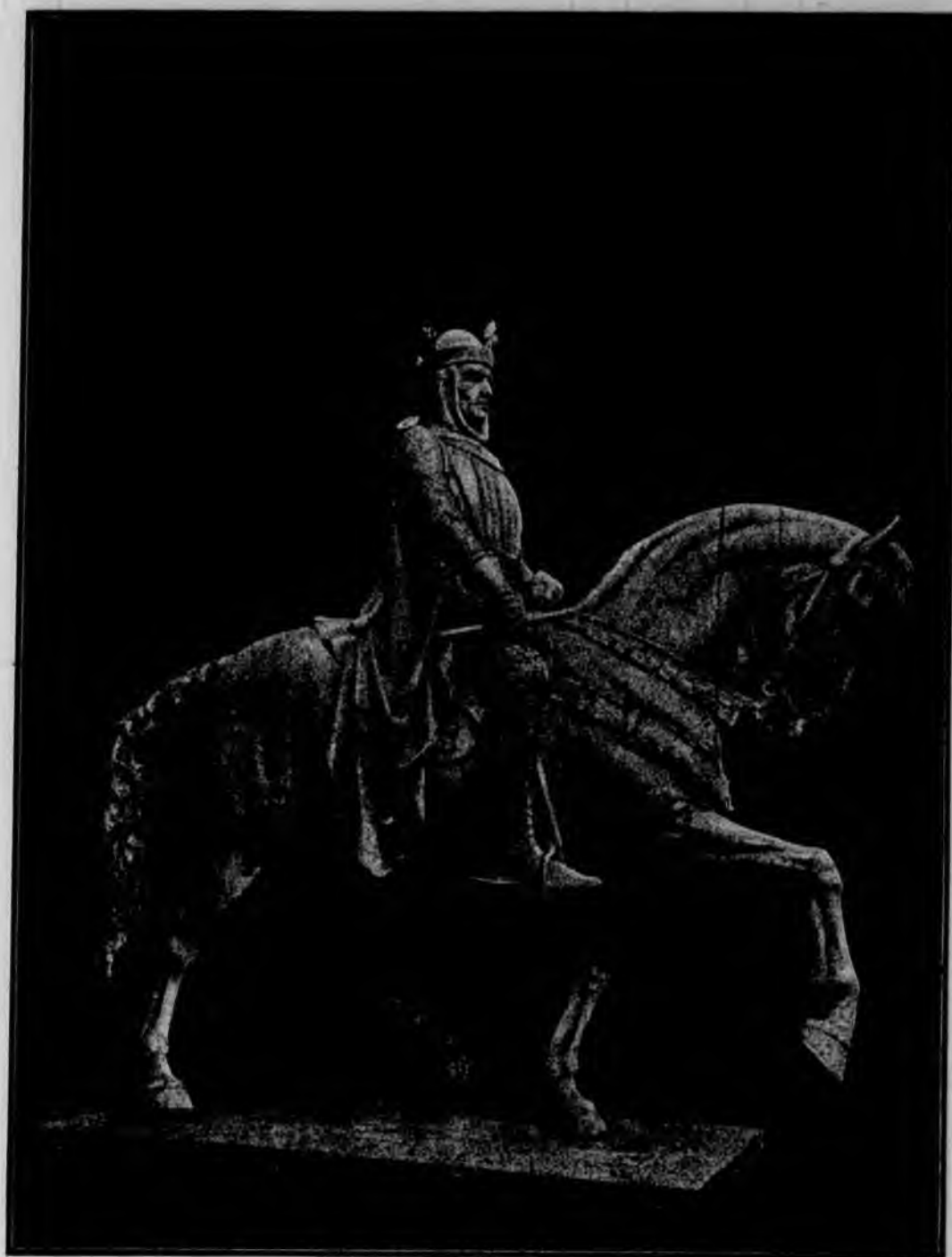
(De fotografía de los Sres. Audouard y C.²)

En el artículo que dedicamos en este mismo número al famoso cenobio benedictino, se habla de la portada que constituye uno de los restos más interesantes de la obra del obispo y abad Oliva. Está dividida en siete compartimentos, quizás con sentido místico, pudiéndose afirmar que algunos trozos exceden del bajo relieve llegando al alto relieve. En el centro se halla sentada en su trono la imagen de Dios Padre, adorada por ángeles, colocados entre los símbolos de los evangelistas y servida por una serie de príncipes, la mayor parte con corona, que van a presentarle sus ofrendas. Debajo de estas figuras que ocupan el primer compartimento, se ven en el segundo y el tercero otras distribuidas en diversos grupos que representan, al decir de los cronistas del monasterio, escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento. Hállase figurada en el cuarto, a la derecha, una batalla entre infantes y jinetes, y a la izquierda el asalto de una ciudad, en la cual al través de unos arcos aparecen los habitantes durmiendo sosegadamente y en las murallas soldados que asoman la cabeza por entre las almenas, composiciones de valor alegórico ó moral sin duda alguna. El quinto, casi de doble altura que los demás, contiene bajo cinco arcos sostenidos por ligeras columnitas, ya á un príncipe entre tres prelados y Jesucristo que al parecer les bendice, ya al mismo magnate sentado en humilde trono entre cuatro músicos. Campean en el sexto, en altos relieves, un centauro que pelea con un león que sujeta á otra fiera entre sus garras y un caballero armado de punta en blanco alanceando á otro león, tras del que se ve á un escudero que huye; y constituye, por fin, el séptimo compartimento un motivo de ornamentación con imagerie, que puede señalarse como modelo en el estilo románico. Muchos eruditos han ejercitado su inteligencia en la interpretación del sentido de cada una de las representaciones que forman esta interesantísima fachada, siendo diversos los pareceres y habiendo dado motivo á larga controversia. Aun sin penetrar del todo la significación de la portada que reproducimos, lo que de ella adivina quien la contemple atentamente, causa en el ánimo impresión profunda, acrecentada por la severidad de la escultura y por el carácter grandioso que en toda ella domina. Por las condiciones del sitio es ardua tarea sacar una fotografía de esta portada. El fotógrafo Audouard, tan hábil en su arte, venció todas las dificultades y la obtuvo con la fortuna que proclama la reproducción que publicamos.

EL EXCMO. É ILMO. SR. DR. D. JOSÉ MORGADÉS Y GILI

OBISPO DE VICH Y ADMINISTRADOR APOSTÓLICO DE SOLSONA

Ofrecemos en este número el retrato del ilustre Prelado á quien, según decimos en otro lugar, se debe la restauración del monasterio románico de Ripoll. Esta hermosa página de la vida del ilustrísimo Morgades, va acompañada en ella de otras no menos hermosas y en las que brilla su celo evangélico, su profunda ciencia y su espíritu práctico. Vilafranca del Panadés se honra en contarle entre sus preclaros hijos. Apenas hubo salido de las aulas del Seminario, desplegó ya sus virtudes cristianas en la terrible epidemia de cólera del año 1854, como lo hizo después en 1865 y en 1885, en la última fecha siendo ya obispo de la diócesis vicense. En reñidas oposiciones ganó la dignidad de Penitenciario en el Cabildo Catedral de Barcelona, cargo en el que se hizo popular por su sabiduría, por su discreción suma, por el tacto con que procedió en los más arduos asuntos y por el fervor con que impulsó todas las instituciones creadas para honrar á Dios y á sus Santos y para aliviar las miserias del prójimo. Todos los institutos barceloneses de caridad tienen escrito en sus anales con letras de oro el nombre del Penitenciario Morgades. Elevado por sus virtudes, méritos é inteligencia á la silla episcopal de Vich, encontró en ella más ancho campo todavía para llevar á cabo la obra religiosa y social que de largo tiempo iba realizando. Son en gran número las fundaciones que ha creado en aquella diócesis, y después en la de Solsona, ó á las que ha impulsado y mejorado por hallarse ya establecidas. Para el Ilmo. Morgades no existen obstáculos. Con la perseverancia por un lado, con su talento, que salva las mayores dificultades, y con una fe firmísima, que no se arredra nunca, ni siquiera ante las más enconadas oposiciones, ha conseguido llevar á realización feliz todo cuanto se ha propuesto ejecutar. Numerosas cartas pastorales, en las que aparece su sabiduría en las ciencias teológicas y filosóficas, en las Sagradas Escrituras y en los Santos Padres, han contribuido eficazmente á la propaganda de las verdades y de las salvadoras doctrinas de nuestra Santa Religión Católica, no sólo por la diócesis de Vich y de Solsona, sino también fuera de ellas, en todas partes donde las pastorales han sido leídas. En la cuestión social sobre el capital y el trabajo se ha ocupado también con grandísimo acierto, tratándola bajo todos los puntos de vista, inspirándose en las enseñanzas sobre el particular de nuestro amantísimo Padre León XIII.



ESTATUA ECUESTRE DE RAMÓN BERENGUER III

POR JOSÉ LLIMONA

Ayuntamiento de Madrid

Co
es
la
di
ci
n

Corona, por fin, de su episcopado, hasta la hora en que escribimos estos párrafos, habrá sido la obra magna de la restauración de Santa María de Ripoll, empresa cuyas dificultades sólo pueden apreciar en toda su importancia, cuantos hubieren estudiado aquellas ruinas y examinen hoy la iglesia restaurada.

CLAUSTRO DEL MISMO MONASTERIO

(De fotografía de los Sres. Audouard y C.^{sa})

Es el mayor de los claustros románicos que existen en Cataluña. Los claustros levantados durante los siglos XI y XII, fueron de dimensiones muy reducidas y algunos tan pequeños como el de San Pablo del Campo, en Barcelona. No obstante, en San Cugat del Vallés hay un ejemplo de claustro románico más desahogado, sin duda porque se levantó cuando ya se sentía la próxima influencia de la arquitectura ojival. Otro tanto ocurre con el de Ripoll, cuya construcción se empezó en el siglo XII, pero se prolongó hasta el inmediato, cuando ya en otras regiones dominaba el estilo que se llamó germánico al principio, porque nos venía de Alemania. Cataluña, en todos tiempos, se ha mostrado rehacia á admitir las innovaciones, y por esto el estilo románico persistió en ella más que en otras comarcas, y lo mismo pasó después con el estilo ojival ó gótico. El claustro de Ripoll, dentro de la fisonomía propia de la arquitectura románica, ofrece mayor galanura que ésta. Los capiteles de sus columnas, variados hasta un punto asombroso, románicos puros unas veces, de carácter árabe otras, con imaginaria en algunos que no hubieran rechazado los escultores góticos, son encanto del artista que los examina detenidamente y atraen asimismo la atención del visitante vulgar que descubre en ellos la imaginación y la habilidad de los artífices de aquellos remotos tiempos. Los capiteles de Santa María de Ripoll forman, por lo tanto, una de las páginas más interesantes de la escultura románica de nuestra patria, que las tiene tan bellas en toda la región pirenaica y en las de la Vasconia, Cantabria y Galicia.

VISTA DEL INTERIOR RESTAURADO DE SANTA MARÍA DE RIPOLL

(De fotografía de los Sres. Audouard y C.^{sa})

Aun cuando abarque sólo esta vista una sección de la nave mayor de la citada iglesia, por ella puede formarse idea de la grandiosidad y de la severidad con que la restauración se ha realizado. Hasta en el aparejo se ha puesto minucioso empeño en que correspondiese el nuevo al viejo. Los albañiles de Ripoll comprendieron en seguida las indicaciones del arquitecto y supieron realizarlas admirablemente, como si al través de tantas generaciones hubiesen persistido en ellos las aptitudes de los alarifes que alzaron la Basílica en los tiempos de Oliva. Esta lámina prueba el acierto con que procedió el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Vich al encomendar la dirección de la obra al hábil y erudito arquitecto don Elías Rogent, quien, antes de proponer cosa alguna en definitiva, hizo una excursión por las

iglesias de los Pirineos catalán y francés que le dió materia para escribir una monografía muy importante por lo sustanciosa y por las observaciones atinadas que contiene.

ESTATUA ECUESTRE DE RAMÓN BERENGUER III

POR JOSÉ LLIMONA

(De fotografía de los Sres. Joaristi y Martescurrena)

En la estatua del Conde Ramón Berenguer III, á quien se llamó el *Grande* por los hechos insignes de su reinado, reveló José Llimona de una manera especial su envidiable talento de escultor. Llimona va tras del realismo, pero no del realismo vulgar y grosero sino de aquel que, presentando la verdad en todo, procura levantar la materia por medio de la expresión, de la dignidad en el concepto y de la nobleza misma de la forma. Esto se advierte en la estatua de Berenguer III. Para ella hizo detenidos estudios en el modelo vivo, sirviéndole para el rostro y para toda la figura del Conde soberano algún hombre de nuestro país que conservara el tipo catalán y dándole luego Llimona, al modelarlo, el carácter que no podrá tener el hombre del pueblo. El propio estudio se advierte en el caballo, que se aparta de aquellos antiguos corceles de las pinturas españolas, casi podríamos decir colosales y pesados, presentando más la estampa de los caballos de nuestros días, tales cuales se ven por calles y plazas y tales cuales los interpreta el arte. En conjunto respira grandiosidad y en detalle contiene muchos primores la obra de Llimona, que fielmente reproducida damos en este número.

LUNA DE MIEL (VENECIA)

CUADRO DE LEOPOLDO ROCA

La Reina del Adriático ha movido en todas épocas la inspiración de los artistas. Nada más poético, á la verdad, que el cuadro de una ciudad alzándose en el agua, cruzada toda por canales, en los cuales se reflejan sus gallardos edificios de mármol de variados colores y de oro en algunos palacios. La góndola, la barca de los enamorados y de los soñadores, completa el encanto de las escenas venecianas. Y si á ellas se añade, como en el cuadro de Leopoldo Roca que repartimos en este número, la donosura y la riqueza de trajes de pasados siglos, el conjunto resulta esplendoroso y propiamente artístico. Así acontece en *Luna de miel*, donde dos esposos disfrutan de los primeros días del matrimonio en medio del ambiente encantador de Venecia, paseando en góndola por sus canales, meciéndose al rumor de las aguas azotadas por los remos y al más acordado son del laúd, el instrumento propio de las trovas amorosas. Este sentimiento aparece en la pintura de Leopoldo Roca, bien compuesta, dibujada con elegancia y con una magnificencia en el color que reproduce perfectamente la copia que acompaña á este número.



ESPERO GORGONI, EL GONDOLERO

RELATO ESCRITO É ILUSTRADO

POR,

F. HOPKINSON SMITH

I

El pobre Ingenio, mi viejo y simpático gondolero cinco años antes, tan notable por su blanca cabellera, su hija diminuta como una muñeca y coja por más señas y su siempre melancólica esposa; el pobre Ingenio, que tenía su vivienda cerca de la iglesia, detrás del Rialto, había hecho su postrera travesía. Cuando pregunté por él al sacristán, meneó tristemente la cabeza y alzó el índice al cielo. La puerta de su vivienda, que consistía en un raro enverjado de madera, estaba cerrada y las ventanas cubiertas de telarañas y ennegrecidas por el polvo.

No le conocía ni me había dado razón de su paradero ninguno de los gondoleros del Rialto, ninguno de aquellos hombres que con una ganchuda estaca sujetan el bote mientras saltáis en tierra. Respondíanme que cinco años eran un espacio de tiempo muy largo y que durante aquel período había habido una peste.

Contemplé atentamente las ventanas del viejo palacio ante el cual me había parado tantas veces para llamarle, y aún me pareció verle con la pequeña Julieta en sus brazos apareciendo á mis ojos en medio de las vistosas y trepadoras flores que cultivaba con tanto esmero y que me decía como antes: —*Si, signore, subito*. Después de un momento de muda contemplación apartéme tristemente de aquel edificio.

Pero aún tenía delante el mismo antiguo muelle de las góndolas, las mismas estacas azules, el mismo puente, con la conocida escuadrilla de góndolas balanceándose á su alrededor y una docena de robustos mozos aparejados á empuñar los remos y á servirme día y noche por una pitanza tan miserable que, en otra localidad, hubieran temido morir de hambre si hubiesen tenido que contentarse con ella. Mi buena estrella me había enviado un día al buen Ingenio, que fué el primero en advertir las señas que les hacía. ¿Por qué fué él y no otro?

Tal es la razón por la cual me encontraba en el muelle, cerca del Rialto, aquella hermosa

mañana contemplando las góndolas que serpenteaban en todas direcciones y á los gondoleros que con las manos alzadas semejando una hilera de remos iban declarando á voces sus respectivos números y calificaciones.

No conozco nada tan pictórico en la tierra como una góndola, sobre todo en verano, y entonces nos encontrábamos precisamente en pleno estío. En esa época, todos estos que podríamos llamar fiacres marítimos, tienen un gozoso é indescribible aspecto con su aparejo bañado por los rayos del sol. Los gondoleros hanse quitado el oscuro capote que les sirve de impermeable, tendiendo sobre la navecilla un ligero toldo de un color blanco lechoso, sostenido por una delgada percha de hierro y que cuelga á modo de cortina por ambos lados y á popa. Dentro de esa tienda podéis entregaros, si os place, á un ensueño de fastuosa opulencia, ó al deleite de una voluptuosa pereza, abismados en la contemplación de los objetos que os rodean.

En mis largas peregrinaciones había tenido ocasión de aprovechar y pintar toda suerte de medios de locomoción: las tartanas en España, las volantas en Cuba, los lugres en Holanda, las mulas en Méjico y los fiacres ó coches-simones en todas partes. Aún recuerdo con gusto á un viejo cochero de Amsterdam que me ofreció el asiento del pescante para que me sirviese de caballete, el látigo para que hiciese las veces de tiento y un pequeño armario para guardar las brochas y los pinceles. A la verdad, estas comodidades podía encontrarlas en todos los cabs ó fiacres del mundo.

Pero aún así, un cab dista mucho de ser una góndola.

En una góndola no os sentís nunca molestado por los bruscos movimientos de un jamelgo que cojea de puro fatigado, ni por el chiquillo que asoma á la portezuela su impertinente cabeza, ni por el cochero que va alternativamente durmiéndose y despertando con unas sacudidas que producen otras tantas en la diestra del pintor y un sin fin de garabatos en su cuadro.

En vez de sufrir estas incomodidades, os encontráis en una hermosa tienda de campaña flotante, en una especie de *boudoir* provisto de blandos almohadones y suaves mantas marroquies orladas de seda. Es de ver con qué arrogancia yergue la cabeza, ora esté parada ó en movimiento, siempre dócil á vuestras más leves indicaciones, semejante á la gaviota que cruza regocijada el aire enardecido por los rayos solares y al delfín que rasga veloz las oscuras olas.

Si lleváis prisa y los remos azotan el agua con rapidez y violencia, vuestra góndola se estremece como el lebre l poseído de la excitación de la caza. Es un estremecimiento que la sacude de proa á popa agitando todos sus nervios, cual si el golpe del remo en el agua le hiciese el mismo efecto que le hace al caballo el pinchazo del acicate. Si queréis descansar y descabezar el sueño en un oscuro canal, á la sombra de un gran balcón ó junto á las enmohecidas paredes de un antiguo palacio, vuestra golondrina marítima avanza con paso tardo y perezoso, cual si estuviese dormida, por espacio de horas enteras, resbalando con indolencia sobre las olas que lamen sumisas y espumeantes su proa.

En Venecia mi góndola es mi vivienda y mi gondolero mi mejor amigo. Así, cuando yendo en busca de Ingenio me encontré enfrente de una puerta llena de telarañas y de un balcón herméticamente cerrado y el sacristán me hubo participado la triste noticia, estuve un rato examinando ansiosamente los semblantes que se alzaban contemplando el mío y permanecí algunos minutos sin acertar á elegir el sucesor de aquel desgraciado.

No sé cuál fué la razón por la cual me decidí al fin á llamar á Espero, como no fuese por la indiferencia con que seguía á sus camaradas que en tropel se me acercaban, prefiriendo ceder su puesto á un anciano que por efecto de su precipitación estuvo á pique de romper un remo provocando con ello la hilaridad de los circunstantes.

Acaso también pudo incitarme á ello su franca, juvenil é interesante fisonomía, animada por dos negros y alegres ojos, ó el tentador aspecto de sus almohadones que me invitaban á sentarme bajo la blanca tienda, y la pequeña alfombra tendida en el suelo. Me inclino á creer que la sugestión emanó del conjunto altamente pintoresco de todas estas cosas y en especial de

la perfecta armonía que noté entre el hombre y la góndola. Porque tal como le ví, parado y en mangas de camisa á la luz del sol, que le daba un vigoroso relieve sobre el fondo oscuro del mar, gobernando con artística gentileza en medio de aquel grupo de marinos sobre los cuales descollaba por su gallarda apostura, el hombre y el bote no parecían formar sino un solo organismo y me hizo el efecto de una especie de centauro marino, tan bravo como el prodigioso mito de los antiguos. De todas suertes, mi buena estrella mostrábase en el momento oportuno y un momento después ya había embarcado mis bocetos diciendo al saltar al bote:

—¡A la Salud!

El gondolero empuñó los remos, estremeciéndose la sensible embarcación y nos deslizamos suavemente sobre las aguas del Gran canal.

No hay en el mundo una vista comparable á aquélla. Figuraos una doble hilera de blancos palacios cubiertos de rojos tejados sobre los cuales descuella una multitud de elegantes chimeneas; una serie de espaciosos balcones de mármol, llenos de flores; los muelles poblados de una animada multitud cuyos abigarrados trajes producen á la luz del sol un efecto extraordinario; un verdadero hormigueo de góndolas, barcas y embarcaciones menores serpenteando en todas direcciones, y en medio de ellas los perezosos lugres con las velas encarnadas, cargados de



Astillero de góndolas

melones y cuya proa avanza rodeada de verdes reflejos, en tanto que en el fondo del cuadro resalta la gran curva del puente sobre el azulado firmamento como un hermoso arco de marfil echado por gala entre ambas orillas.

Espero pasó como en carrera de baquetas entre dos escuadrillas de botes, dió un rodeo para apartarse de los vaporcitos que venían del Lido despidiendo fuertes resoplidos, entramos en un angosto canal y luego salimos otra vez al ancho mar, no parando hasta que la afilada proa de la navecilla tocó la escalinata de la Salud.

Yo frecuentaba mucho aquella hermosa iglesia, que por cierto se halla situada en un punto muy céntrico respecto al Jardín Público, la Guiudecca, las Lagunas y el barrio de los pescadores y el Rialto.

En las horas frescas de la mañana, cuando su bella cúpula proyecta una gran sombra en la plaza, no puede darse un paraje más á propósito para inspirar á un artista. Mi propósito era situarme junto á la Fondamenta della Pallada, corto y angosto canal en donde suelen amarrar sus botes los pescadores.

—¿Cómo os llamáis, gondolero? pregunté.

—Espero Gorgoni, respondió el interpelado con voz armoniosa.

Y su respuesta fué acompañada de un movimiento de cabeza gracioso, pero digno.

—¿Conocéis la Pallada?

—Si.

—Pues vamos allá. Pararemos en el punto donde los pescadores acostumbran dejar sus cestos de cangrejos.

Volvieron los remos á herir el agua haciendo trazar á la góndola una curva al través de la Guiudecca y penetramos en un canal que conducía á las Lagunas. Es el barrio de los pescadores, compuesto de casas de tres ó cuatro pisos que antaño fueron probablemente almacenes marítimos y todas metidas en el agua. Junto á sus ventanas bajas descansan los botes ostentando sus alegres velas pintadas, y cerca de ellas vese una hilera de estacas á las cuales atan los grandes cestos de mimbres donde meten los cangrejos y los peces, botín de la diaria pesca.

Espero situó la góndola á la sombra de una protectora vela y cinco minutos después ya estaba yo principiando mi tarea.

El caso no era nuevo para él. Lo conocí viendo con qué inteligencia abría la tienda por el



Cerca de ellas vese una hilera de estacas á las cuales atan los grandes cestos de mimbres donde meten los cangrejos y los peces...

lado conveniente, con qué tino armaba el caballete y vaciaba la caja volviendo los almohadones del revés para que no se manchasen, y la prudencia con que tomaba tierra de modo que la góndola pudiese estar completamente quieta. Al cabo de un rato precipitábase hacia nosotros una turba de chiquillos que estaban espiándome desde el dintel de la puerta más inmediata. Media hora después desternillábanse de risa oyendo los cuentos que mi gondolero les relataba, haciendo saltar á los dos más pequeños sobre sus rodillas. No pude menos de pensar, en vista de ello, que Espero era muchacho de seso, dotado de un excelente carácter y grandemente apasionado por los niños. Y hecha esta reflexión, dí principio á mi trabajo.

Cuando vino el pescador á preparar su bote para la pesca, hube de quejarme de la vela á cuya sombra nos habíamos colocado, tan baja y ondeante que debía apartarla sin cesar temeroso de ver borrado mi boceto. Espero, sin decir palabra, levantóse y la quitó, llevándola á la casa. Cinco minutos después llamábame desde la orilla diciéndome que podía continuar mi trabajo sin apresurarme mientras él iba con su amigo el pescador á echar un trago. Lo dicho. El tal Espero valía un tesoro. Como siguiese portándose de este modo, no tendría que echar de menos al malogrado Ingenio.

Al día siguiente atravesamos las lagunas y al otro la Guiudecca, pasando por delante de los almacenes donde descargan las gabarras. Aún no había transcurrido una semana cuando ya había recobrado mi antigua costumbre de compartir el almuerzo y los cigarrillos con mi gondolero, que diariamente descubría nuevas prendas utilizables de carácter y nuevos atractivos en sus maneras.

¡Qué deliciosos eran aquellos almuerzos en la góndola, á las primeras horas de la mañana, recreado el rostro por la fresca brisa y los oídos por el armonioso rumor de las olas! A nuestros pies humeaba la cafetera esparciendo el grato perfume del Moka, y más arriba, en unas bolsas de madera, tentaba los ojos y excitaba el apetito nuestra provisión de frutos. ¡Con qué avidez cortábamos el melón y con qué prodigalidad tirábamos al agua las tajadas aún no enteramente aprovechada la carne del rico vegetal! ¡Qué sabroso pescado! ¡Qué pan más gustoso y sazonado! Espero había ido por estas provisiones á un café, á una frutería y á una panadería. Si no lo



El Rialto

hubiesen visto mis ojos, nadie me hubiera hecho creer que un pedacito de plata no mayor que la uña de mi dedo pulgar hubiese bastado para comprar tantas y tan exquisitas cosas.

Cuando refrescaba el viento y los botes de Chioggia desplegaban sus velas, Espero enderezaba la proa de la navecilla hacia el Jardín Público, desembarcadero de todas, siguiéndolas hasta que había llenado de apuntes mi álbum, tomando nota de sus variadas formas y sus caprichosos colores. Así abordamos una multitud de botes que derivaban á merced de las olas, ó atracaban bajo los antiguos muros del jardín, que Espero escalaba volviendo al poco rato cargado de flores, con las cuales cubría la tienda de vistosas guirnaldas, cuyos extremos colgaban á modo de rozagante cola deslizándose á entrambos lados de la espumosa estela trazada por la barquilla.

Así dábamos á veces un paseo circular por los alrededores de la Salud, ya hacia la derecha dejando atrás una porción de gabarras, ya hacia la izquierda, contemplando á lo lejos la Aduana, y á mayor distancia todavía una dilatada hilera de palacios. A veces también nos acercábamos á las iglesias, escuchando la música que resonaba bajo sus naves, ó nos entreteníamos en seguir con los ojos á las esbeltas y graciosas venecianas que iban y venían en todas direcciones.

Un día noté que mi gondolero se arreglaba de modo que en todas nuestras excursiones hallaba medio de pasar por un estrecho y sinuoso canal próximo á la Salud. De una manera ú otra el pretexto nunca hacía falta: él siempre necesitaba ir allá en busca de algo. Esta porfía picó mi curiosidad, púseme en observación y no tardé en descubrir el misterio. La culpa la tenía una linda muchacha á cuyo hechicero rostro servía de marco un pañolito de seda amarilla atado bajo la barba y que le saludaba con la mano desde un balcón lleno de rododendros, situado en el primer piso de un viejo y ruinoso palacio. ¡Qué días aquellos!

Lo soberbio sobre toda ponderación en aquellos lugares era el espectáculo que ofrecían á la hora del crepúsculo con los palacios, las torres y las cúpulas débilmente iluminados por los postreros fulgores del sol que convertían el canal en un río de oro derretido por el cual circulaban las góndolas con los faroles encendidos semejando ejércitos de luciérnagas.

Una tarde, en estos poéticos momentos, bogamos hasta más allá de San Jorge, amarramos la góndola á una grande argolla de hierro que debió haber servido á las antiguas galeras tripuladas por chusmas de galeotes, y nos sentamos á contemplar cómo iban invadiendo lentamente las tinieblas el espacio donde se alza la ciudad, sumergiéndola en la profunda quietud del sueño. Véase en lontananza, á la derecha, el *Campanile*, con su aguja cónica dorada, y más allá, sobre el lejano fondo azul del cuadro, la torre que parece su hermana gemela.

Aquella escena despertó en mi mente una infinidad de recuerdos locales y púseme á hablar de ellas á Espero, que estaba tendido á mis pies en la marmórea escalinata, evocando la memoria de aquellos tiempos en que el muelle donde nos encontrábamos estaba lleno de naves de todos los países del mundo portadoras de preciosos cargamentos. Le hablé también de las grandes regatas que allí se habían hecho en otras épocas; de los buques de guerra de dos puentes, movidos por los galeotes que remaban desde entrambos: del admirable *Bucentauro*, barco del Dux incrustado de oro como el modelo que habíamos visto la víspera en el Arsenal y en el cual remaban los miembros del Arsenalotti, especie de gremio ó corporación que formaban los obreros del arsenal. Le expliqué cómo se celebraba todos los años la ceremonia del desposorio con el Atlántico y cómo al regreso del *Bucentauro* se celebraba un gran banquete á expensas del Estado, siendo invitados á él los arsenalotti, con la particularidad de que tenían el privilegio de poder llevarse todos los objetos que había sobre la mesa, sin exceptuar la vajilla, las copas ni los manteles.

La actitud y el gesto de Espero invitábanme á proseguir mi relato. Tenía mi oyente una singular manera de enarcar las cejas cuando le interesaba la narración; movimiento facial equivalente á una muda pregunta y que yo interpretaba como un tributo pagado á mi superioridad intelectual. Nunca me interrogó de un modo explícito y verbal, pero esa expresión fugaz y elocuente aparecía muy á menudo en su rostro, asaz habituado á revelar con ingenua naturalidad las impresiones que su ánimo experimentaba. Sea como fuere, yo le agradecía el interés con que escuchaba mis palabras estimulándome á continuar el discurso.

Así sugestionado por el hechizo de aquella escena tan poética, con los ojos de Espero clavados en los míos y su hermosa cabeza resaltando sobre el pálido fondo del cielo, complacíame en alargar mi conferencia histórica, persuadido de que le daba con ello muchísimo gusto. Le referí como los arsenalotti se hicieron gondoleros uniéndose á los castellani—porque entonces los gondoleros estaban divididos en dos bandos, los castellani, que llevaban las capuchas encarnadas, y los nicolletti, que las llevaban negras;—como esos castellani eran aristócratas y vivían en la región oriental de la ciudad, que era la que habitaba el Dux, pues tenía el palacio en la plaza de San Marcos, mientras que los nicolletti eran demócratas. Finalmente, le conté que muchos de esos castellani, además de servir al Dux en público, servíanle también en la vida privada.

Espero me escuchaba atentamente alzando la cabeza y mirándome con curiosidad al hablarle de los castellani, y riéndose á carcajada tendida cuando le expliqué el saqueo que

hacían los arsenalotti en el banquete del *Bucentauro*. Sin embargo, no hizo ningún comentario á mi relato. Sólo le oí una observación hecha con pesaroso acento, y fué la de que, si hubiese vivido en aquel tiempo, quizás habría tenido una góndola propia en vez de tener que contentarse con la de su abuelo, que ya estaba dando las boqueadas. Más tarde he recordado que en aquel momento su semblante tomó una expresión meditabunda, cual si mis palabras hubiesen despertado algún recuerdo en su memoria.

De pronto cortó mi discurso un bote lleno de músicos y cantores que pasó por nuestro lado, y al cual seguimos abriéndonos paso entre una multitud de góndolas. Cuando le alcanzamos Espero preguntó qué dirección llevaba y respondiéronle que iba á la plaza y que podíamos oír el concierto parándonos bajo el Puente de los Suspiros.

Cinco minutos estuvimos serpenteando otra vez entre las góndolas, que iban agrupándose en torno del bote, y al cabo de otros cinco ya estábamos en el angosto canal en donde se alza el hermoso puente apoyado en dos grandes masas sombrías, el palacio y la cárcel, que se reflejan en las tristes y dormidas aguas. No se ve ni un farol á lo largo de aquel siniestro canal. Solamente lo iluminan de cuando en cuando con fugitivos resplandores las linternas de las góndolas que van á reposar á la sombra de los grandes edificios, la vacilante luz del farol que señala el paso de una pesada barca y el trémulo fulgor de las estrellas.

Al cabo de un rato pasó junto á nosotros el bote de los músicos, y uno de ellos ató una cuerda á una argolla de hierro delante de un antiguo palacio, cuya húmeda fachada parecía destilar agua fangosa al través de sus enmohecidas piedras. Espero arrimó la góndola á la pared de enfrente, que pertenecía al lóbrego edificio de la cárcel.

—¿Qué queréis que canten? me preguntó.

—Lo que se les antoje.

Yo había oído cantar el *Miserere*, en el silencio de la noche, en las calles de una antigua ciudad italiana á la fantástica luz de las antorchas, que rasgaba á trechos las tupidas tinieblas; había sentido llenarse mis ojos de lágrimas al escuchar de hinojos sobre el marmóreo pavimento, las armonías de aquel salmo en la mezquita de Córdoba; pero nunca su grandeza y majestad habían herido tan vivamente mi imaginación, ni arrebatado mi espíritu como aquella noche, bajo el sereno firmamento de Italia, con aquel siniestro palacio á mis espaldas, y las traidoras y silenciosas aguas del canal bajo mis plantas.

No tenía más que alargar la mano para tocar las piedras que habían sido sepulcro de tantos cadáveres vivientes. Fijando los ojos en los desgastados mármoles de la orilla, habría visto el paraje en cuyo fondo yació el decapitado cuerpo metido en un saco y atado con una soga esperando que lo arrastrase el variable movimiento de la marea, y desde mi asiento, sin sacar la cabeza fuera de la góndola, podía ver en aquel arco de lúgubres memorias que se proyectaba sobre el estrellado campo del cielo la estrecha ventana por la cual vieron tantos desventurados el postrer relámpago de luz y de vida.

Cuando espiraron los últimos acordes del fúnebre salmo, Espero se levantó, dirigióse agitadamente al otro extremo de la góndola é hincóse de rodillas exclamando con voz trémula de emoción:

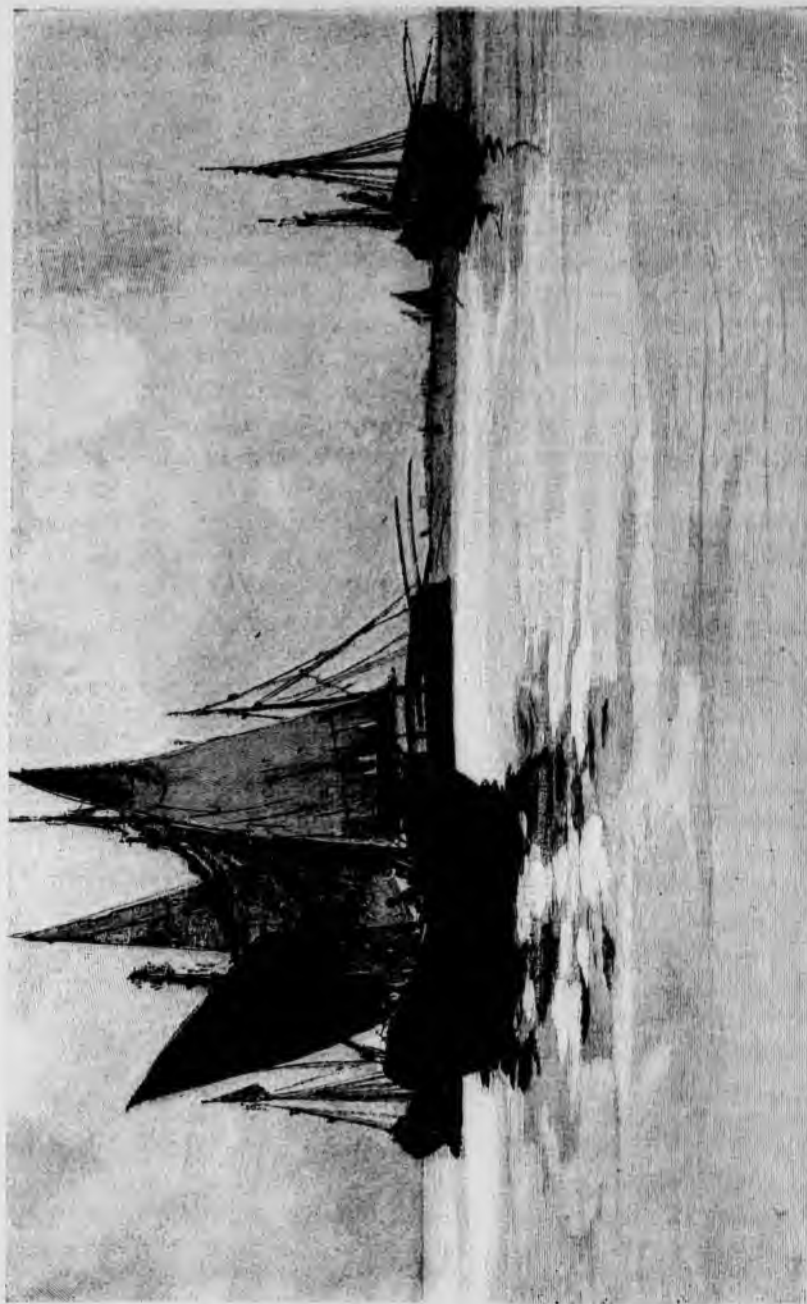
—Señor, ¿escuchasteis el paso de aquellos desventurados por el puente y el gemido de los moribundos al pie de estas paredes? ¡Oh, santo Dios! ¡qué terrible debía ser!

La barca de los cantores ya estaba lejos. Miré al gondolero y ví que tenía arrasados de lágrimas los ojos.

II

Aquel hombre empezaba á inspirarme un vivo interés. Exteriormente era un simple gondolero veneciano que llevaba una camisa azul muy remendada, y raras veces más de un franco en el bolsillo, y sin embargo, tenía un no sé qué muy especial que le daba un atractivo extraor-

dinario. No era precisamente la gracia de sus movimientos, ni la armonía de su voz, ni la bondad con que trataba á sus semejantes, sino más pronto la indefinible y cortés independencia de su carácter,



Barcos pescadores de Venecia

Nunca me pareció que empuñase los remos para ganarse la vida, sino por pura afición á aquel ejercicio, porque le gustaba sentir el ardiente ósculo del sol en sus mejillas, y le agradaba oír el cadencioso rumor del agua herida con rítmica regularidad por sus remos, y sobre todo porque le halagaba aquella existencia independiente y alegre. Su contrata conmigo venía á ser de este modo como un mal necesario para cobrar los cinco francos de jornal que yo le

TOMO II. — 100.

pagaba. Cuando digo un mal, no me explico seguramente de una manera exacta, pues también él me había cobrado cariño y prestábame con mucho gusto sus servicios que, en último resultado, le proporcionaban una buena compañía, y el aire, la luz y el movimiento que tanto le embelesaban.

Era verdaderamente infatigable: á todas horas le tenía á mi disposición. Muy á menudo se me antojaba pasar la noche al sereno, y entonces volvíamos á la dormida ciudad al despuntar el alba deteniéndonos á oír la primera misa en la Piedad ó siguiendo desde el Lido las barcas de los fruteros y los pescadores.

Así íbamos visitando todos los lugares notables de Venecia, desde San Jorge hasta Murano, y así iba yo descubriendo diariamente nuevas calidades de su espíritu, por las cuales sentía aumentar sin tregua las simpatías que desde los primeros momentos me había inspirado. Era un fenómeno muy natural y que á cualquiera le habría ocurrido. Una vez, en la Guiudecca, en ocasión que estaban las aguas muy bajas y el mar parecía un espejo de acero, remontó la góndola hasta ponerse á sotavento de una barquilla cargada de melones, cuya vela, poco menos que inservible, no podía hincharse al desmayado soplo del aire que á la sazón reinaba, colgando inerte á lo largo del palo. Espero cogió los remos del barquillero, fatigado por la pesada travesía que había hecho desde el Lido, y llevó su cargamento á tierra. Y esto lo hizo riendo y brincando de regocijo, cual si fuese la cosa más divertida del mundo lo que acababa de hacer por un hombre á quien no había visto en su vida.

Otro día llegó providencialmente á tiempo para salvar á Beppo de caer al fondo del mar. Ese Beppo era un anciano cuya edad no sabía nadie á punto fijo. Según la leyenda de este Matusalén de los gondoleros, ya hacía siglos que varias series y generaciones de camaradas le veían atracar en la escalinata de la Salud. Otra ruina medioeval, otro viejo barquillero al cual no llevaba Beppo muchos años, quitóle á éste el puesto que ocupaba en la plaza de la Iglesia. Habiendo llegado el hecho á noticia de Espero, no tuvo sosiego hasta que hubo arrojado de allí al usurpador, advirtiéndole de paso que como se atreviese á reincidir en ello, le rompería toda la osamenta almacenada en su momificado pellejo.

A pesar de las muchas ocasiones que se nos ofrecían para intimarnos, al cabo de una larga temporada estaba tan enterado de sus cosas como el día que lo contraté, hablándole por vez primera. Yo no era para él sino un pintor de marinas que había arrendado sus servicios y á quien él los prestaba leal y gustosamente por la suma de cinco francos diarios. De su hogar y de su existencia, fuera de las horas que pasaba conmigo, no estaba yo más enterado que de la vida de los demás gondoleros que discurrían por el canal ensordeciéndonos con sus gritos. El único indicio que había descubierto de su vida privada era aquella linda veneciana que le saludaba tan cariñosamente al verle pasar bajo sus balcones, y una vez le había tirado una ramilla de rododendro. Pero él no me había revelado su nombre ni enseñado la puerta de su casa.

Esta reserva casi me apesaba, pues parecía evitar sistemáticamente las confidencias.

Un domingo por la mañana, que hacía un tiempo espléndido, ocurrióme la idea de invitarle á almorzar sin parar mientes en su remendada camisa azul. Muchas veces lo había hecho en la góndola, á la sombra de un palacio, ó junto á las barracas del mercado de frutos; pero en el gran café Florian, en la plaza de San Marcos, á las doce del día, en medio de una multitud de militares cubiertos de entorchados, arrastrando el sable y con el bigote atusado y de una infinidad de elegantes damas, la cosa ya variaba de especie. Sin embargo, mi resolución estaba tomada y no habían de hacerme desistir de ella tan pueriles miramientos. Así le dije:

—Espero, deja la góndola al cuidado de un camarada y vénte conmigo.

Echamos á andar por un laberinto de callejones, nos abrimos paso entre la agitada multitud que transitaba por los muelles, cuya angostura hacían más sensible los toldos de los

establecimientos públicos y las mesas de los consumidores que saboreaban el café á su grata sombra, y por fin entramos en el restaurant, en donde quedó el mozo con tanta boca abierta al oír que le decía:

—¡Almuerzo para dos! y que, volviéndome á Espero; añadía á renglón seguido: Toma una mesa próxima á la ventana.

Al escuchar estas palabras, su semblante se puso radiante de gozo. Pero no leí en aquella fisonomía ni la sombra de un sentimiento de humildad; nada que indicase la convicción de que le dispensaban un inmerecido obsequio. Sentóse simplemente donde le había indicado y desplegó su servilleta con tal naturalidad y soltura que no parecía sino que no había hecho otra cosa en su vida.

Inmediatamente hice la lista, pidiendo pescado, huevos, ensalada, chuletas, fruta y una botella de Chianti con borlas de seda en el gollete. Espero fué despachando los platos con el despejo de un Chesterfield y el buen gusto y urbanidad de un hombre de mundo.

El único que allí expresó verbalmente su asombro fué el mozo, quien al ver que tendía un cigarrillo á Espero después de haberme tomado la molestia de encenderlo, no pudo reprimir una exclamación de sorpresa diciendo á un camarada:

—¡Qué originales son esos pintores!

Una hora después ya volvíamos á estar en el agua embarcándonos en la escalinata de la plaza.

Entonces observé por primera vez un cambio en la conducta de Espero, y fué que desapareció por completo hasta aquella sombra de humildad por la cual se reconocía obligado á cierta gratitud en pago del salario que yo le daba.

No era la manifestación de una presuntuosa familiaridad nacida de la idea de que ya no existía ninguna barrera social entre nosotros, sino antes el proceder de un hombre que tiene conciencia de los deberes que le ligan con su huésped. Hasta entonces, al verme saltar á la góndola, me presentaba la rodilla; aquel día me ofreció la mano.

Cuando hubimos tomado asiento, no me preguntó, como solía, hacia dónde había de enderezar la proa, sino que tomando él la iniciativa, me dijo:

—Hay aquí cerca un antiguo y famoso claustro que quiero enseñaros. Todos los artistas lo pintan. Ahora vamos á verlo.

Dicho esto dirigió la góndola hacia el angosto y tortuoso canal parándola ante un antiguo arco de mármol primorosamente esculpido.

Este acto me causó verdadero asombro. ¿Qué significaba aquel cambio? ¿Si todos pintaban aquel claustro ¿por qué no me había hablado de él hasta entonces?

Aún más expresiva fué la conducta de Espero al desembarcar, pues en cuanto hubo amarrado la góndola tendióme graciosamente la mano y guióme á lo largo de un húmedo pasaje parecido á un túnel hasta que llegamos á un claustro abandonado que debió de haber sido en otro tiempo el más hermoso *cortile* de Venecia.

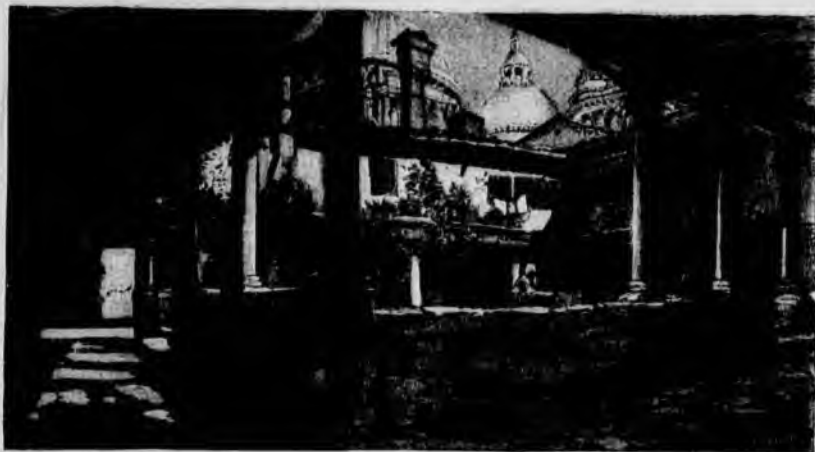
Cuando penetramos en aquel recinto el sol daba de lleno en la pared de enfrente, mientras que las columnas más próximas á nosotros cortaban á trechos aquel esplendente fondo con sus negras siluetas. Una opulenta parra y una multitud de plantas trepadoras festoneaban las paredes, enroscándose á los fustes de las elegantes columnitas y colgando de los arcos una infinidad de guirnalda más elegantes todavía. En el centro del patio y rodeado de un tupido campo de hierba muy alta, veíase un pozo del cual estaba una muchacha sacando agua con un cántaro de cobre.

Espero notó el entusiasmo que producía en mi ánimo aquel cuadro tan pintoresco, echándose á reír al ver con qué resolución me disponía á copiarlo sin pérdida de momento, y luego, con aire muy deferente, llevóme hacia una puerta que conducía á una entrada pavimentada con enormes y enmohecidas baldosas, tiró de un cordón que colgaba al dintel y sonó una

campana. A este llamamiento abrióse un postigo en el primer piso y aparecieron dos negros ojos entre varias macetas de rododendros. Era el mismo semblante al cual tantas veces había visto sonreír á Espero desde el balcón. Por lo visto, aquel edificio daba por otro lado al canal. ¡Ya estaba descubierto el misterio!

Un momento después abrióse la puerta y la linda veneciana nos introdujo en un vestíbulo cuadrado, desde el cual, por una escalerilla interior, subimos al primer piso. Allí tuve una sorpresa tan grata como extraordinaria al ver que cubría las paredes de la sala una colección de cuadros antiguos, cada uno de los cuales era un embeleso para los ojos de un pintor. Todos eran tipos vestidos á la moda del tiempo de los Dux, uno con un traje negro y color de escarlata, otro con un vestido azul turquí, otro ostentando una especie de uniforme militar y ciñendo una corta espada... Todos tenían una fisonomía marcada y característica y la cabeza cubierta por una brillante capucha encarnada.

Espero no apartó los ojos de mi rostro mientras me vió contemplar aquellos retratos. En verdad produjéronme tal asombro y tan agradable sorpresa que sólo instantáneamente aparté



Llegamos á un claustro abandonado que había sido un hermoso *cortile*

de ellos la mirada para saludar á la encantadora veneciana. También ésta parecía solazarse en mi admiración, pues no cesaba de mirarme y de sonreírse.

—¿Quién vive aquí, Espero? pregunté.

—Mi abuelo, que es muy viejo, habita este piso. Mi esposa y yo, añadió volviéndose á su compañera, ocupamos el segundo.

Así diciendo, besó en la frente á la encantadora joven y tomándole la diestra púsola en la mía.

—¿Y esos retratos? le pregunté.

—Son algunos de los famosos gondoleros de antaño. Ese era el jefe de los arsenalotti y grande amigo del Dux.

—¿Y los otros?

Los ojos de Espero centellearon, una sonrisa burlona y no exenta de arrogancia iluminó su semblante, y respondióme:

—Todos son antepasados míos. En mi familia somos gondoleros desde ha dos siglos. ¡Yo soy castellani!

Traducido del inglés por
J. COROLEU.

Aguzar el ingenio

FOR

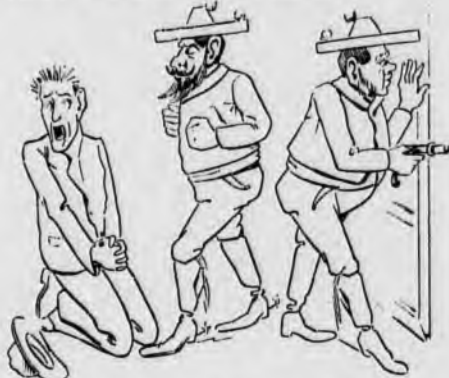
N. MORAL



1. — Como el hambre es mala consejera y la tenía de veras Silvestre, penetra éste en el interior de un caserío á la husma de algo que comer.



2. — A primera vista le pareció que estaba solitario, pero no lo estaba en efecto, porque al entrar en una de las habitaciones le sorprenden dos hombres feroces.



3. — Quienes, queriendo vengar su atrevimiento, le cogen prisionero. Para lo cual cierran la puerta de la habitación.



4. — Pero como Silvestre no era tonto, recapacita al manera de escapar; y como éstos hubieran de ponerse á hacer las migas y á disputar la manera de volverlas que tenía el Terrible ó el Rayo, hubo de decir:



5. — Ni ustedes ni esos... señores que han nombrado son capaces de hacer lo que yo haga.
— ¿Y qué es ello? pregunta uno de los bandidos.
— ¡Pues arrojar las migas por la chimenea y apararlas en medio del campo!...



6. — Los bandidos aceptaron su proposición; al efecto abren la puerta de par en par, y... ¡aquí la libertad de Silvestre! Pidió socorro á los talones, y aunque cogiendo alguna que otra liebre, al fin se vió libre de las garras de los bandidos.



MESA REVUELTA

El naranjo es oriundo del Asia oriental; de los pétalos de sus flores se extrae el aceite de neroli, esencia de olor tan fuerte que una sola gota basta para aromatizar una gran cantidad de agua. Este perfume toma el nombre de esencia de flor de azahar. Los frutos de este árbol, cuando se hallan verdes y son muy amargos, se emplean en la fabricación de diversos licores, y cuando están completamente maduros son muy refrescantes y agradables. La corteza de las naranjas entra en la composición del curazao y puede confitarse; además, se extrae el aceite volátil de corteza de naranja, que se usa para tocador, y un jarabe amargo muy recomendado como tónico. El zumo de la naranja, mezclado con agua y azúcar en proporciones convenientes, es una bebida refrescante y temperante muy útil contra ciertas enfermedades de carácter inflamatorio. Al igual que la limonada, la naranjada se prepara fría ó caliente, según convenga.

Nadie ignora las propiedades antiespasmódicas del agua de azahar. Esta flor es el símbolo de la dulzura y de la pureza, y con ella se adornan las novias para asistir á la ceremonia nupcial.

En los países fríos, y aun en los relativamente templados, el cultivo de los naranjos en macetones exige que se les guarde siete meses del año en invernáculos á una temperatura de 6 á 8 grados centígrados, en los que sólo puede renovarse el aire cuando hace muy buen tiempo; para este cultivo se ha construido en los grandes palacios (particularmente en Versalles) vastas salas llamadas *orangeries* en las que es preciso gastar mucho dinero si se quiere conservar tan precioso árbol.

El naranjo fué conocido por todos los pueblos de la antigüedad. Se cree que es originario de la India, al otro lado del Ganges; desde allí fué probablemente importado á la Arabia, más tarde á la Palestina, al Egipto y á las regiones en las que los poetas de la antigüedad situaban el Jardín de las Hespérides.

Hasta el siglo xi no fué importado á Sicilia. Los cruzados extendieron su cultivo por toda la Italia y hasta Provenza. En esta época los árabes lo habían importado á España. Hoy día el cultivo de este precioso árbol está muy generalizado y el comercio de sus frutos muy extendido en todos los países civilizados.

—¿Por qué no os habéis casado? le preguntaron al anciano mariscal de Huxelles.

—Porque todavía, contestó, no he conocido á una mujer de la cual hubiese querido ser esposo, ni á un hombre de quien hubiese querido ser padre.

Jugaban dos al dominó en un café, y uno de ellos, caballero de industria, se señaló 55 puntos en vez de 45, que eran los que le correspondían. Advirtióselo el compañero, y el tuno se disculpó diciendo:

—Disimule usted, me había engañado.

—No tal, repuso el otro; el engañado no era usted.

Fastidiado el gran Condé de oír á un necio que estaba siempre hablando de su *señor padre*, y de su *señora madre*, y de su *señor tío*, etc., le interrumpió exclamando:

—¡Mi *señor lacayo*! decid á mi *señor cochero* que enganche mis *señores* caballos á mi *señora* carretela.

Hallándose en la corte de Enrique VIII de Inglaterra el pintor Holbein, encargóle el monarca varios cuadros. El famoso artista gustaba de trabajar solo, y no pocas veces se incomodó cuando los cortesanos del palacio visitaban su taller para verle trabajar. Cierta conde, principalmente, solía importunar más de lo regular al pintor, y un día éste, cediendo á su mal humor, echó al señor cortesano fuera de su taller, tirándole por la escalera abajo hasta el punto de lastimarle. Imagínese el furor y las amenazas del malhadado señor conde pidiendo venganza y castigo. Pero el rey prohibió severamente cualquier acto de venganza, so pena de la vida, diciéndole al grande en presencia de los demás cortesanos:

—Ten entendido que de cualquiera de esos señores puedo hacer un conde como tú, pero que con todos mis vasallos juntos jamás conseguiría hacer un artista como Holbein.

Pueden secarse los guisantes para el invierno del modo siguiente: tómese para dos libras de guisantes media azumbre de agua, hágase hervir, échense en ella los guisantes y, cuando comience á hervir de nuevo, sáquense y pónganse inmediatamente en un tamiz. Luego que estén bien enjutos, se pasarán á otro tamiz para que se sequen, poniéndole debajo un fuego muy

lento, y dejándoles de este modo por espacio de veinticuatro horas, sin que sea menester cubrirlos, pero sí cuidando de revolverlos de tiempo en tiempo.

Del mismo modo se secan las habas blancas tiernas y las de huerta.

Para quitar de los vestidos las manchas producidas por la grasa del pelo, si se trata de vestidos de lana, bastará frotar la parte manchada con un poco de miga de pan tierno, y si se trata de vestidos ó prendas de seda, se empleará para el caso una muñeca de algodón en rama impregnada de éter sulfúrico.

El hombre se halla á veces en ciertas posiciones en las cuales no puede cometer más que faltas.—EL CARDENAL DE RETZ.

Alabar cordialmente una buena acción es, en cierto modo, tomar parte en ella.—LA ROCHEFOUCAULD.

La renta más segura es la economía; la economía es hija del orden y de la asiduidad.—CICERÓN.

La envidia es el gusano roedor del mérito y la gloria.—BACON.

La esperanza, no obstante lo ilusorio de sus promesas, todavía es mejor consejera que el miedo.—LINGRÉE.

El tedio es una enfermedad que tiene por verdadero remedio el trabajo: las distracciones ó los placeres no son más que paliativos.—LEVIS.

En ninguna ocasión se necesita tanto talento como cuando hemos de tratar con un tonto.—PENSAMIENTO CHINO.

Se me atribuye una mala intención; pues, ¿qué importa si no la he tenido? Se me atribuye una acción vituperable, ¿por qué me aflijo si soy inocente? La opinión de los demás, ¿puede despojarme de mi virtud? —IDEM.

El fuego ennegrece lo que no consume.—PROVERBIO INDIO.

El tiempo es el que más acierta en cambiar las cosas.—MEIDANI.

El lobo muda el pelo, pero no el natural.—PROVERBIO TURCO.

Cuando se estanca el agua se corrompe; para que se conserve siempre limpia es preciso que corra.—PENSAMIENTO ÁRABE.



TRANSFORMACIONES

El lector menos hábil y la lectora más asustadiza pueden (aunque no sea más que en efígie) cazar y enjaular un ratón; para lograr este resultado basta colocar entre la ratonera y el astuto roedor un cristal plano, de la dimensión del doble de una tarjeta de visita, y mirando por encima del corte del cristal, pasa al interior de la ratonera nuestro diminuto *mus musculus*; siendo de notar que, según como se mire, se verán dos ratoneras con un ratón ó uno libre y otro enjaulado:

moviendo ligeramente el cristal se moverá también el animalito, saliendo y entrando en la jaula con la mayor facilidad del mundo. Es esta una aplicación del principio de refracción de la luz, que sobrepone dos imágenes sobre una misma superficie.

Además aquí se comprueba la teoría de la aparente desaparición de los poros cuando se mira una superficie por su escorzo horizontal: las manchas circulares del sol, que aparecen como cráter, vistas paralelamente á su superficie, van desapareciendo á medida que se acentúa el escorzo y dejan de verse totalmente cuando el eje de

su masa es perpendicular á la línea visual: esos fenómenos mejor se experimentan que se explican: para cerciorarse de ello, mírese la superficie de una mesa pulimen-



tada y se advertirán los poros; mas luego agachándose hasta poner los ojos junto al borde de la mesa, se verá aumentada la tersura de la superficie, y si se coloca en el otro extremo una luz, se verá su imagen invertida sobre la tersa superficie.

Y vamos á otra experiencia. ¿Se quiere hacer reír al inglés más serie y afectado de *spleen*? ¿se trata de cambiar la fisonomía poco satisfactoria de un hombre feo? Porque hay muchos individuos que no se figuran



cuánto puede transformarse una fisonomía con las variaciones más tenues: pues entonces se coloca el consabido cristal en el centro de la cara dibujada, y moviéndolo más ó menos de derecha á izquierda, y mirándolo algo oblicuamente en el cristal perpendicular al dibujo se obtienen las más grotescas fisonomías: esto puede aplicarse también á los retratos en fotografía estando la cara de frente; á medida que se corre el cristal hacia la izquierda, la cara se pone lánguida y las facciones adquieren todas las grotescas líneas de la cara de *clown*: mientras que moviendo el cristal hacia la derecha, sin separarlo del punto medio de la barbilla, se agranda la parte superior de la cabeza, y moviéndose en sentido inverso, cambia por completo la cara.

Este recreo se presta á muchas variaciones y es tan fácil como variado y entretenido.

JULIÁN.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos mucho cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria. — IMP. ESPASA Y COMP.^a

Solución á la cartita charadística anterior:

PA-RA-I-SO

Solución al rompe cabezas:

TROVATORE
OTELLO
TRAVIATA
AIDA
RIGOLETTO

Solución al problema:

11	21	31	41	51	61	226
21	31	41	51	61	11	226
31	41	51	61	11	21	226
41	51	61	11	21	31	226
51	61	11	21	31	41	226
61	11	21	31	41	51	226

226 226 226 226 226 226

Solución al anagrama:

Campos Cataláunicos

CHARADA

Después de una *dos uno*
perdió una *tres*
estando en agua el *todo*
viento á través.

J. L. DE O.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

1 2 3 4 5 6 7	Clase de verso.
1 4 3 2 5 4	Nombre de mujer.
1 4 3 2 5	Nombre de hombre.
3 4 5 2	Parte del cuerpo.
3 4 1	Opuesto á tierra.
1 7	Nota musical.
6	Consonante.
5 2	Preposición negativa.
1 2 5	Bebida.
1 2 3 4	Capital europea.
3 4 5 6 2	Defecto físico.
6 2 1 2 5 4	Indicio de tristeza ó gloria.
1 2 3 4 5 6 7	Clase de verso.

E. L. DE G., de Barcelona.

COMBINACIÓN

Escribese una frase que resulte igual, ya se lea de derecha á izquierda ó ya de izquierda á derecha.

A. NISCK, de Barcelona.

ÍNDICE LITERARIO

- AGUILÓ (TOMÁS).— Los siglos ante Jesucristo, poesía, 396.
- B.— Memorándum, 2, 33, 65, 97, 129, 161, 193, 225, 257, 289, 321, 353, 385, 417, 449, 481, 513 y 545.
- BARÓ (TEODORO).— Antonchu y Marichu, 42.— Anécdotas, 466.
- BECCUER (GUSTAVO A.).— El miserere, 388.
- BERGERAT (EMILIO).— El caballero de Frileuse (estilo siglo XVIII), 577.
- BRETÓN DE LOS HERREROS (MANUEL).— ¿Quién es ella? poesía, 76.
- BREUX (FÉLIX DE).— El vizconde de Assenede, 516.
- CAMPOAMOR (RAMÓN DE).— Últimas abjuraciones, poesía, 40.
- CANCIONERO GENERAL.— El conde Arnaldos, poesía, 234.
- COLOMA (P. LUIS).— Polvos y lodos, 68 y 101.
- COROLEU (J.).— *Cuentos populares celticos*, (traducidos de la obra *Celtic fairy tales*, de José Jacobs): El sastre avisado, 111.— Las aventuras de Conall, 112.— Arbol de oro y árbol de plata, 332.— Manila y sus alrededores, por el Dr. SAMUEL KNEELAND, traducción, 140 y 174.— Los pigmeos de la grande selva africana, por ENRIQUE M. STANLEY, traducción, 205, 238 y 299.— Las grandes selvas californianas, por JOHN MUIR, traducción, 430, 458, 493, 524, 559, 594 y 627.
- DAUDET (ALFONSO).— Los pastelillos, 484.
- DARMESTER (M.^{re} JAMES).— La condesa de Danmartin, 78.— Felipe el Gato, 714 y 742.
- DENUIT (L.).— La visión de Dody, 614.
- DÍAZ PLAZA (FRANCISCO).— Demostración elocuente, poesía, 617.
- ECONOMÍA DOMÉSTICA.— Conservación y coloración de las flores, 335.— Peces, 371.— El caldo, 636.
- E. N.— Plantas y flores, 84 y 109.
- FELIU Y CODINA (JOSÉ).— La tiple nueva, 14.— El específico, 356.— El mantón de Manila, 547.
- FRANCE (ANATOLE).— El juguete regenerador, 490.
- FUENTE (ADOLFO DE LA).— El velo, poesía, (de las «Orientales» de VÍCTOR HUGO), 10.— Canaris, poesía, 455.— La ofrenda de un anillo, poesía, (de las «Palabras sinceras» de COPÉE), 590.
- GARROS (PABLO DE).— Reservado para señoras, 420.
- GRITEL (MAX).— Alfredo Krupp y la fundición de Essen, 584, 609, 641 y 673.
- GÓNGORA (LUIS DE).— Ande yo caliente, poesía, 138.
- GONZÁLEZ (MELITÓN).— Cuentecillos, 52.— Un prospecto del día, 337.— Veinte payasadas, 657.
- HALÉVY (LUDOVICO).— Noiraud, 133.
- HOPKINSON SMITH (F.).— Espero Gorgoni, el Gondolero, 786.
- IXE.— Candor infantil, 616.
- JACOBS (JOSÉ). v. COROLEU (J.).
- JAMES (DR.).— *El Tocador*: El cabello, 145.
- JULBERT-DUMONTEIL.— Curiosidades científicas, 235.
- JULIÁN.— Recreos instructivos, todos los números.
- KNEELAND (DR. SAMUEL). v. COROLEU (J.).
- LABADIE-LAGRAVE (G.).— Las ardillas, 18.
- LEMONNIER (CAMILO).— Pobre pescador, 769.
- LLOPIS Y BOFILL (M.).— La torre de Garraf, episodio histórico, 452.
- MANRIQUE (JORGE).— Coplas á la muerte de su padre, el maestro don Rodrigo, poesía, 330 y 362.
- MARTÍNEZ BARRIONUEVO (M.).— ¡Pasión! novela, 23, 55, 87, 119, 151, 181, 213, 249, 279, 307, 341, 373, 409, 437, 473, 501, 533, 563, 599, 631, 661, 697, 725 y 761.
- MIQUEL Y BADÍA (F.).— El monasterio de Santa María de Ripoll, 773.
- MIR Y NAVARRO (M.).— Colección zoológica del parque de Barcelona, 591, 618, 652, 720 y 756.
- MOINAUX (JULIO).— Libre de servicio, 197.
- MUIR (JOHN). v. COROLEU (J.).
- MUNTADAS (J. FEDERICO).— Un diputado modelo, poesía, 303.— Dichosos los que mueren con el Señor, poesía, 748.
- ORTIZ (JOSÉ JOAQUÍN).— A una golondrina, poesía, 522.— El Tequendama, poesía, 711.
- PALACIO (EDUARDO DE).— Profesiones honoríficas, 690.— Consolita, 737.
- PARDO BAZÁN (EMILIA).— RECUERDOS DEL CENTENARIO ROJO: Los profetas de la Revolución, 646.
- PETIT (DR. LUIS).— *El Tocador*: Higiene de la piel, 718.
- PIFERRER (PABLO).— *Bellas Artes*: Música sacra, Stabat de Rossini, 324, 364 y 399.— La cascada y la campana, poesía, 426.
- QUEVEDO (FRANCISCO DE).— Romance satírico, poesía, 108.— Sonetos, 156.— Romance, 488.
- REICHEMBACH (MAURICIO DE).— El sol en la casa, 749 y 779.
- ROSNY (J. H.).— Captación, 705.
- RUEDA (SALVADOR).— La traca, espectáculo valenciana, poesía, 650.
- SAFO.— Oda pagana, 689.
- SELGAS (JOSÉ).— La Caridad y la Gratitude, poesía, 558.— A la primavera, poesía, 695.— La modestia, poesía, 778.
- STANLEY (ENRIQUE M.). v. COROLEU (J.).
- SUÁREZ BRAVO (C.).— El modelo y la imitación, 229 y 292.— El Círculo del Padre Cobos, 709.
- TERESA DE JESÚS (SANTA).— Oda cristiana, 688.

ÍNDICE LITERARIO

- TRUEBA (ANTONIO DE).— El maestro de hacer cucharas, 164.
 ZAMORA CABALLERO (EDUARDO).— *Siluetas modernas*: Don Miguel de los Santos Alvarez, 5. — Roque Barcia, 36. — Zorrilla, 261. — Carolina Civili, 553. — Bretón de los Herberos, 678.
 ZORRILLA (JOSÉ).— A buen juez mejor testigo, tradición de Toledo, 269.
- Anatomía y fisiología.— El corazón, 754.
 La bella Margarita, balada inglesa, 204.
 La moda de París, 60, 218, 316, 379, 444, 506, 572, 665 y 729.
 La moneda, 12.
 Mesa revuelta, todos los números.
 Nuestros grabados, todos los números.
 Opinión de J. J. Rousseau sobre los Evangelios, 404.

MÚSICA

- ARNAU (LUIS).— Gondolera, para piano, 161.
 CAMPA (G. E.).— Miniaturas, minuetto para piano, 673.
 COSTA NOGUERAS (V.).— Charla infantil, capricho para piano, 577.
 GRANADOS (E.).— Hojas de álbum, 385. — Marcha oriental, 449.
- LAMOTE DI GRIGNON (G.).— Pei campi, romanza, 65.
 MARTÍNEZ IMBERT (C.).— Paspí, 1.
 ROMANÍ (JUAN).— Hoja de álbum, 513.
 SADURNÍ (C.).— Danza rústica, 225.
 VILAR (J. T.).— Celia, vals de salón para piano, 321.
 VIVES (A.).— Boyra (Neblina), mazurca, 737.



ÍNDICE ARTÍSTICO

	Pág.		Pág.
Abbas I, Kediye de Egipto.	304	Avestruz camello.—Ñandú.—Zebra.—Elefante. .	757
A buen juez mejor testigo, ilustraciones de Apeles Mestres.	269	Águila.	759
Aguzar el ingenio, por N. Moral.	797	Consistorio celebrado en el Vaticano el día 19 de Enero de 1893.	233
ALFREDO KRUPP Y LA FUNDICIÓN DE ESSEN.—La casa paterna.	584	Cordelia, cuadro de A. Reiffenstein.	149
Vista general de la fundición de Krupp, en Essen. Alfredo Krupp.	586	Cuerpo de guardia, cuadro de Guillermo Loewith. .	717
Federico Alfredo Krupp.	588	CUESTIÓN DEL CANAL DE PANAMÁ.—Principales personajes que han figurado en la misma: M. Eiffel, M. Delahaye, M. Fernando de Lesseps, El barón Reinach, M. Arton.	246
Taller en la fábrica de Krupp.	589	Curiosidad pagada, por N. Moral.	509
Manecilla de cilindro de un bnque, de 45,000 kilos de peso, en construcción, en los talleres de Krupp.	611	Echar las cartas, cuadro de Antonio Coll y Pl. . . .	329
Martinete de 1,000 quintales.—Cañón de campaña ligero de 7,5 cent. (1885).	612 y 613	El Cenáculo, en Jerusalén.	408
Cañón de 15 cent. sobre cureña rotatoria (1888). .	641	El descendimiento de la Cruz, cuadro de Pablo Dela-roche.	385
Cañón de tiro rápido de 6 cent. (1188).—Cañón de tiro rápido de 6 cent. (1889).	642	El Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. José Morgadas y Gili, Obispo de Vich.	775
Cañones de tiro rápido de 7,5 cent. sobre cureña para defensa de los fosos (1889).	643 y 644	El guitarrista, cuadro de Luis Graner.	583
Traviesas para ferrocarriles de campaña.	645	El hambriento, por N. Moral.	157
Colocación de rieles para ferrocarriles de campaña. Vagoneta para ferrocarriles de campaña.—Vagoneta para transporte de leña en los ferrocarriles de campaña.	673	El obispo fray Francisco Armanyá, estatua de Manuel Fuxá.	657
Colonia de obreros en Kronenberg.	676	El perro vengador.	93
¡Alto! cuadro de José Cusachs.	472	En la antesala, acuarela de José Moragas Pomar. .	77
Apuesta de velocipedistas, en París.	417	Enrique Mérida, retrato.	532
Atisbando..., cabeza de estudio, por E. Löwenthal. .	1	Enseñando la Doctrina, cuadro de José Benlliure. .	65
Bretón de los Herreros, retrato, dibujo de J. Diéguez.	681	ESPERO GORGONI, EL GONDOLERO (ilustraciones de F. Hopkinson Smith).—Astillero de góndolas. . . .	788
Buenas noticias, cuadro de C. Muller Maszdorf. . .	436	Cerca de ellas vese una hilera de estacas á las cuales atan los grandes cestos de mimbrés. . . .	789
Busto romano encontrado en Ampurias, visto de frente y de perfil, dibujos de J. Ferrer y Carreras. .	464 y 465	El Rialto.	790
Cabeza de león.	489	Barcos pescadores de Venecia.	793
Capilla de la Invencción de la Santa Cruz, en Jerusalén. Capilla de Santa Elena en la Basílica del Santo Sepulcro, en Jerusalén.	403	Llegamos á un claustro abandonado.	796
Carolina Civili, retrato, de J. Diéguez.	555	Estatua de don Quijote de la Mancha (del proyecto de monumento á Miguel de Cervantes Saavedra, por Agapito Vallmitjana.	179
Carreras de caballos en el Hipódromo de Barcelona, dibujo original de José Cabrinety.	673	Estatua ecuestre de Berenguer III, de José Llimona. .	785
Círculo del «Padre Cobos» (de una fotografía contemporánea).	705	Estatua de Sancho Panza (del mismo proyecto). . .	180
Claustro del monasterio de Ripoll (de fotografía de los Sres. Audouard y C. ^{as}).	797	Expedición á Garmendiola, de una fotografía comunicada por don Casimiro Laborde.	349
COLECCIÓN ZOOLOGICA DEL PARQUE DE BARCELONA (ilustraciones de E. Gimeno).—Aves prensoras, llamadas vulgarmente loros.	592	EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO, EN 1893.—Vista general.—Palacio de la Agricultura.	298
Palomas y gallinas.	619	Edificio para la Administración.—Palacio para la Electricidad.	305
Gallos y gallinas domésticos.	621	Palacio para los transportes.	306
Pavos reales.	653	— de la Pesca y Pesquerías.	346
Faisanes.	654	La laguna vista desde el Sur.	347
Grulla pavo-real.	721	Palacio de la Horticultura.—Palacio de las Minas y Minería.	348
Grupo de zancudas y palmípedas.	722	Fachada del palacio de Carlos V, en Granada. . . .	264
		Felicidad materna, cuadro de E. Klimsch.	203
		Fiestas conmemorativas del descubrimiento de América, en Montevideo.	97
		Gran Salón del Palacio de Bellas Artes de Barcelona en la Exposición nacional de industrias artísticas	

ÍNDICE ARTÍSTICO

	Pág.		Pág.
é internacional de reproducciones, dibujo de José Cabrinety.	193	Calle de la Escolta.	142
Homenaje al poeta José Zorrilla con motivo de la solemne coronación en la ciudad de Granada.	265	Campanario de la catedral derribado por el terremoto de 1880.	143
Humorada, por Ramón Escaler.	733	Tipo tagal.	175
Impertinencia, historia sin palabras por Apeles Mestres.	29	Cigarrera.	176
Indecisión, cuadro de J. Agrassot.	1	Una calle de los suburbios con chozas de nipa.	177
In fraganti, cuadro de E. J. Bocks.	521	M. Beernaert, presidente del ministerio de Bélgica.	562
Jarrón en el Parque de Barcelona, de José Reynés (de una fotografía de R. de Valero).	105	Margarita, cuadro de José M. ^a Marqués.	763
«Jorn de gloria», grupo en yeso de Juan Massó y Huguet.	429	Metamorfosis, por Ramón Escaler.	221
José Verdi, retrato.	359	¡Mira, ya están aquí las golondrinas! cuadro de H. Hirt.	481
José Zorrilla, retrato por J. Diéguez.	257	Monaguillo, estatua de Manuel Fuxá.	670
Justos por pecadores, por Ramón Escaler.	381	Muerte de don Juan I de Aragón, el «Cazador», cuadro de Félix Urgellés.	169
La Anunciación de Nuestra Señora, cuadro de Pablo Hoecker.	353	Nobleza obliga, por Ramón Escaler.	125 y 126
La comunión de las monjas, cuadro de Enrique Médida.	513	Oda cristiana, por Apeles Mestres.	688
La hermanita guardiana, cuadro de Luis Graner.	577	Oda pagana, por el mismo.	689
La nobleza romana felicitando el año nuevo a los cardenales, acuarela de Tomás Moragas.	11	Pablo Piferrer, retrato, por P. C. Gariot.	425
La pequeña Aurora y su abuela, cuadro de Miss Ellen G. Hill.	545	País de Holanda, cuadro de José M. ^a Marqués.	741
LAS GRANDES SELVAS CALIFORNIANAS.—Vista del valle Yosemite desde la punta Lookout.	430	País, por Modesto Urgell.	139
Descendiendo al valle.	431	¡Pasión! ilustraciones de P. Eriz. Todos los números.	457
Obra de destrucción realizada en el valle Yosemite en Octubre de 1888.	458	Paso de un río, cuadro de José Cusachs.	360 y 361
Los Tres Hermanos.	460	Personajes de la ópera <i>Falstaff</i> de Verdi.	407
El Capitán.	461	Portada del edículo del Santo Sepulcro.	769
Vista refleja de las cascadas Yosemite.	462	Portada del Monasterio de Ripoll (de fotografía de los Sres. Audouard y C. ^{as}).	541
La Catedral.	493	¡Por una mancha! por José Pando.	497
El Centinela.	494	Precocidad, cuadro de Ramón Borrell.	713
Pinar talado en la selva Stump, en Junio de 1887.	495	Preguntando..., cuadro de F. Flameng.	161
Cuesta de la meseta del Vernal.	496	Proyecto de monumento a Miguel de Cervantes Saavedra, por Agapito Vallmitjana.	211
Tala en el valle Yosemite, hecha en 1887-88.	497	Proyecto de monumento al Emperador Guillermo I de Alemania, por Reinhold Begas.	449
Camino del río Merced a las cascadas Vernal.	524	Reconocimiento de un vado, cuadro de José Cusachs.	113
Mapa del valle Yosemite.	528	Retratos de Mr. Grover Cleveland, presidente de los Estados Unidos, y de su esposa Mrs. Cleveland.	561
Las grandes praderas del Tuolumne y los montes Dana y Gibbs.	559	Rocas llamadas «Faraglioni», cerca de la isla de Capri, cuadro de Augusto Leu.	36
Región meridional de las praderas Tuolumne. Picos del Unicornio y de la Catedral.	560	Roque Barcia, retrato, por J. Diéguez.	641
El pico de la Catedral.	561	San Francisco de Asís, imagen escultórica de Manuel Fuxá.	11
El ventisquero Lyell.	594	Santa Cecilia, grabado por G. Heuer.	240
La falda meridional del monte Lyell.	595	S. A. R. el príncipe Fernando, heredero del trono de Rumanía.	241
El río Tuolumne.	596	S. A. R. la princesa María de Edimburgo.	237
Entrada del valle Hetch Hetchy.	597	S. A. R. la princesa María de Edimburgo con el traje popular rumano.	470
El lago Tenaya a vista de pájaro.	627	Sellos de correos del Centenario de América en los Estados Unidos.	129
La roca Kolana.	628	Simpatía, dibujo de José Llovera.	609
Vista de una parte de las grandes cascadas del cañón Tuolumne mayor.	629	S. M. la Reina Victoria de Inglaterra.	626
La venida de las golondrinas del África, cuadro de A. Richter.	500	Sorpesa, cuadro de M. Grönvold.	127
La Virgen y el Niño Jesús, cuadro de Juan Llimona.	33	SS. MM. el Rey don Alfonso XIII y la Reina doña María Cristina, grupo en mármol de Venancio Vallmitjana.	289
La viuda, cuadro de Antonio Coll y Pi.	321	Sucesos de Egipto: El Kedive aclamado por el pueblo, en el Cairo.	225
Lección de catecismo.—¿Cuántos dioses hay? cuadro de José M. ^a Marqués.	737	Su Santidad el Papa León XIII.	41
Libre de servicio, ilustraciones de J. Pellicer Montseny.	197	Tipo meridional, por E. von Blaas.	83
«Los guardián de la casa», cuadro de Tomás Moragas.	457	Una canción, cuadro de Teodoro Grust.	368
LOS PIGMEOS DE LA GRANDE SELVA AFRICANA: Pigmeo en acecho.	206	Una escena de <i>Falstaff</i> , de Verdi, en el teatro de la Scala, en Milán, dibujo de G. Amato.	721
Un asistente zanzibarita y un pigmeo.	207	Un asalto, cuadro de Ramiro Lorenzale.	145
Trampa para cazar animales salvajes.	239	¡Una vela! cuadro de Ulises Butin.	529
Una familia de pigmeos ante la tienda de Stanley.	242	Una vieja catalana, cuadro de Antonio Coll y Pi.	585
Pigmeo prisionero.	300	Un cuento, cuadro de Luis Graner.	624
Flechas de los pigmeos africanos.	302	Vista general de la villa Palmieri.	625
Luna de miel (cromolitografía).	769	Vista del patio de la misma villa.	777
MANILA Y SUS ALREDEDORES: Cabañas indias en el río Pasig, cerca de Manila.	140	Vista del interior restaurado del monasterio de Santa María de Ripoll (de fotografía de los señores Audouard y C. ^{as}).	212
		Vista total del proyecto de monumento a Guillermo I de Alemania.	

7
0
9
9
6

7
9
5
1
3

8
21
45
29
35
24
25

77
12

ÍNDICE ARTÍSTICO

	Pág.		Pág.
é internacional de reproducciones, dibujo de José Cabrinety.	193	Calle de la Escolta.	142
Homenaje al poeta José Zorrilla con motivo de la solemne coronación en la ciudad de Granada.	265	Campanario de la catedral derribado por el terremoto de 1880.	143
Humorada, por Ramón Escaler.	733	Tipo tagal.	175
Impertinencia, historia sin palabras por Apeles Mestres.	29	Cigarrera.	176
Indecisión, cuadro de J. Agrassot.	1	Una calle de los suburbios con chozas de nipa.	177
In fraganti, cuadro de E. J. Bocks.	521	M. Beernaert, presidente del ministerio de Bélgica.	562
Jarrón en el Parque de Barcelona, de José Reynés (de una fotografía de R. de Valero).	105	Margarita, cuadro de José M. ^a Marqués.	763
«Jorn de gloria,» grupo en yeso, de Juan Massó y Huguet.	429	Metamorfosis, por Ramón Escaler.	221
José Verdi, retrato.	359	¡Mira, ya están aquí las golondrinas! cuadro de H. Hirt.	481
José Zorrilla, retrato por J. Diéguez.	257	Monaguillo, estatua de Manuel Fuxá.	670
Justos por pecadores, por Ramón Escaler.	381	Muerte de don Juan I de Aragón, el «Cazador,» cuadro de Félix Urgellés.	169
La Anunciación de Nuestra Señora, cuadro de Pablo Hoecker.	353	Nobleza obliga, por Ramón Escaler.	125 y 126
La comunión de las monjas, cuadro de Enrique Médida.	513	Oda cristiana, por Apeles Mestres.	688
La hermanita guardiana, cuadro de Luis Graner.	577	Oda pagana, por el mismo.	689
La nobleza romana felicitando el año nuevo á los cardenales, acuarela de Tomás Moragas.	11	Pablo Pífferrer, retrato, por P. C. Gariot.	425
La pequeña Aurora y su abuela, cuadro de Miss Ellen G. Hill.	545	País de Holanda, cuadro de José M. ^a Marqués.	741
LAS GRANDES SELVAS CALIFORNIANAS.—Vista del valle Yosemite desde la punta Lookout.	430	País, por Modesto Urgell.	139
Descendiendo al valle.	431	¡Pasión! ilustraciones de P. Eriz. Todos los números.	
Obra de destrucción realizada en el valle Yosemite en Octubre de 1888.	458	Paso de un río, cuadro de José Cusachs.	457
Los Tres Hermanos.	460	Personajes de la ópera <i>Falstaff</i> de Verdi.	360 y 331
El Capitán.	461	Portada del edículo del Santo Sepulcro.	407
Vista refleja de las cascadas Yosemiteas.	462	Portada del Monasterio de Ripoll (de fotografía de los Sres. Audouard y C. ^a).	769
La Catedral.	493	¡Por una mancha! por José Pando.	541
El Centinela.	494	Precocidad, cuadro de Ramón Borrell.	497
Pinar talado en la selva Stump, en Junio de 1887.	495	Preguntando..., cuadro de F. Flameng.	713
Cuesta de la meseta del Vernal.	496	Proyecto de monumento á Miguel de Cervantes Saavedra, por Agapito Vallmitjana.	161
Tala en el valle Yosemite, hecha en 1887-88.	497	Proyecto de monumento al Emperador Guillermo I de Alemania, por Reinhold Begas.	211
Camino del río Merced á las cascadas Vernal.	524	Reconocimiento de un vado, cuadro de José Cusachs.	449
Mapa del valle Yosemite.	528	Retratos de Mr. Grover Cleveland, presidente de los Estados Unidos, y de su esposa Mrs. Cleveland.	113
Las grandes praderas del Tuolumne y los montes Dana y Gibbs.	559	Rocas llamadas «Faraglioni,» cerca de la isla de Capri, cuadro de Augusto Leu.	561
Región meridional de las praderas Tuolumne. Picos del Unicornio y de la Catedral.	560	Roque Barcia, retrato, por J. Diéguez.	36
El pico de la Catedral.	561	San Francisco de Asís, imagen escultórica de Manuel Fuxá.	641
El ventisquero Lyell.	594	Santa Cecilia, grabado por G. Heuer.	11
La falda meridional del monte Lyell.	595	S. A. R. el príncipe Fernando, heredero del trono de Rumania.	240
El río Tuolumne.	596	S. A. R. la princesa María de Edimburgo.	241
Entrada del valle Hetch Hetchy.	597	S. A. R. la princesa María de Edimburgo con el traje popular rumano.	237
El lago Tenaya á vista de pájaro.	627	Sellos de correos del Centenario de América en los Estados Unidos.	470
La roca Kolana.	628	Simpatía, dibujo de José Llovera.	129
Vista de una parte de las grandes cascadas del cañón Tuolumne mayor.	629	S. M. la Reina Victoria de Inglaterra.	609
La venida de las golondrinas del África, cuadro de A. Richter.	500	Sorpresa, cuadro de M. Grönvold.	626
La Virgen y el Niño Jesús, cuadro de Juan Llimona.	33	SS. MM. el Rey don Alfonso XIII y la Reina doña María Cristina, grupo en mármol de Venancio Vallmitjana.	127
La viuda, cuadro de Antonio Coll y Pi.	321	SUCESOS DE EGIPTO: El Kedive aclamado por el pueblo, en el Cairo.	289
Lección de catecismo.—¿Cuántos dioses hay? cuadro de José M. ^a Marqués.	737	Su Santidad el Papa León XIII.	225
Libre de servicio, ilustraciones de J. Pellicer Montseny.	197	Tipo meridional, por E. von Blaas.	41
«Los guardiáns de la casa,» cuadro de Tomás Moragas.	457	Una canción, cuadro de Teodoro Grust.	83
LOS PIGMEOS DE LA GRANDE SELVA AFRICANA: Pigmeo en acecho.	206	Una escena de <i>Falstaff</i> , de Verdi, en el teatro de la Scala, en Milán, dibujo de G. Amato.	368
Un asistente zanzibarita y un pigmeo.	207	Un asalto, cuadro de Ramiro Lorenzale.	721
Trampa para cazar animales salvajes.	239	¡Una vela! cuadro de Ulises Butin.	145
Una familia de pigmeos ante la tienda de Stanley.	242	Una vieja catalana, cuadro de Antonio Coll y Pi.	329
Pigmeo prisionero.	300	Un cuento, cuadro de Luis Graner.	585
Flechas de los pigmeos africanos.	302	Vista general de la villa Palmieri.	624
Luna de miel (cromolitografía).	769	Vista del patio de la misma villa.	625
MANILA Y SUS ALREDEDORES: Cabañas indias en el río Pasig, cerca de Manila.	140	Vista del interior restaurado del monasterio de Santa María de Ripoll (de fotografía de los señores Audouard y C. ^a).	777
		Vista total del proyecto de monumento á Guillermo I de Alemania.	212